JEAN M. AUEL

Los Hijos de la Tierra®

LAS LLANURAS DEL TRANSITO

Ayla y Jondalar emprenden de nuevo el camino. Tras su estancia y aprendizaje con los Mamutoi, Jondalar siente el irreprimible deseo de volver de nuevo a su hogar. Ayla le acompaña. En plena naturaleza inhóspita e inestable, Ayla y Jondalar inician el último viaje que les llevará a atravesar todo el mundo conocido. Acompañados de los caballos a los que han aprendido a montar y del lobo que cuidaron desde que era un cachorro, ambos atravesarán valles, ríos, planicies y glaciares en la última etapa en busca de un lugar donde asentarse definitivamente. Esta vez, sus pasos les llevarán hasta otras tribus, de las que aprenderán y a las que, también, enseñarán. Marcados por el hecho de vivir con animales, deberán aprender a luchar contra la desconfianza que siembran a su paso, en un viaje duro e inolvidable que durará más de un año.

Jean M. Auel

Las llanuras del tránsito

Los hijos de la tierra - 4

ePub r1.0
Titivillus 26.06.15

Título original: *The Plains of Passage*
Jean M. Auel, 1990
Traducción: Aníbal Leal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para LENORE,

la última en llegar al hogar,

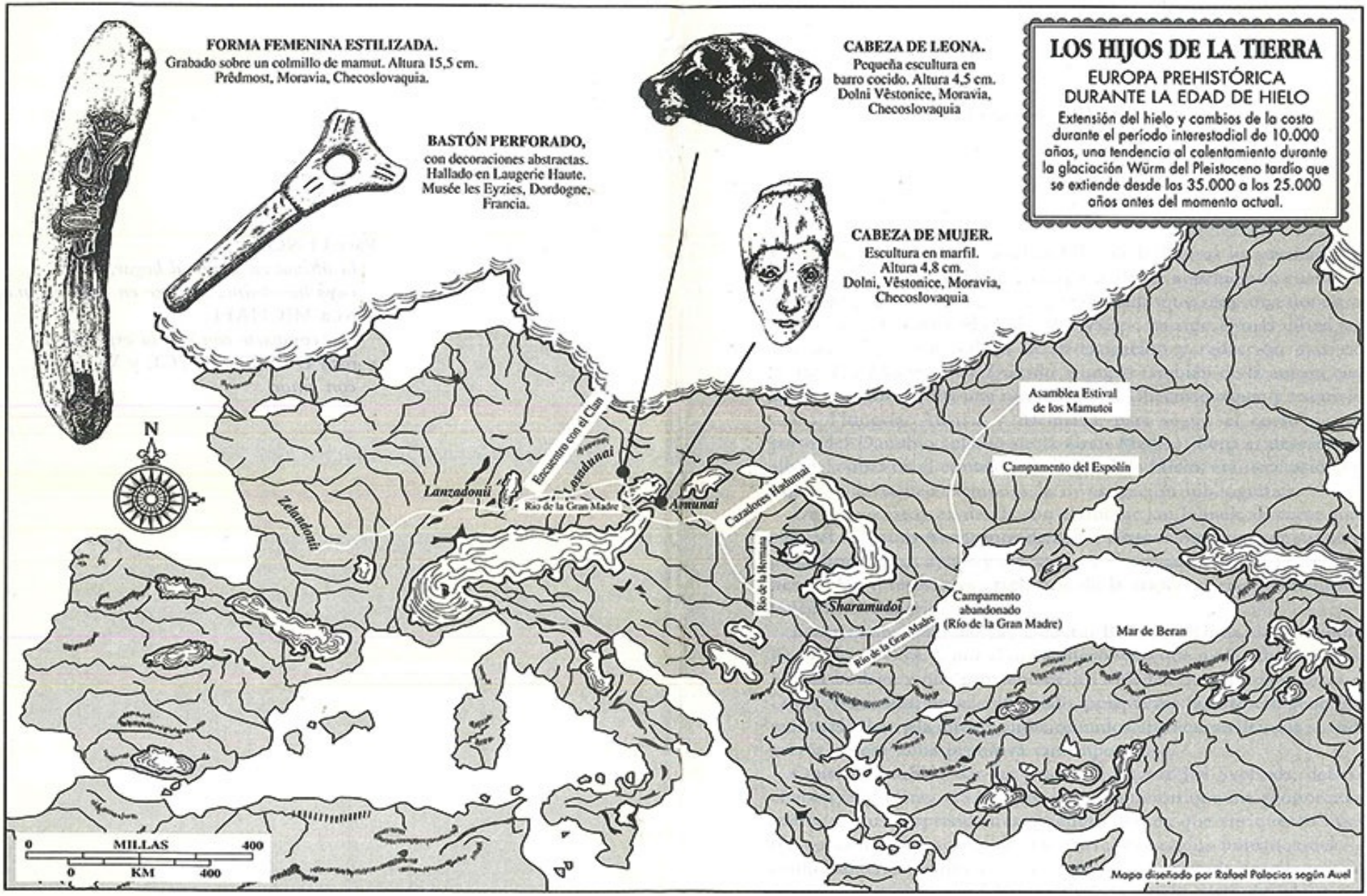
cuya homónima aparece en estas páginas,

y para MICHAEL,

que comparte con ella la expectativa,

y para DUSTIN JOYCEN y WENDY,

con amor.



ebookelo.com - Página 6

Agradecimientos

Cada libro de esta serie de «Los hijos de la Tierra» ha suscitado sus propias y específicas dificultades pero, desde el principio, cuando se concibió por primera vez el esquema de lo que sería una novela en seis libros, el cuarto, el «Libro del Viaje», ha sido el más difícil y el que ha exigido un trabajo de investigación y redacción más exigente. *Las Llanuras del Tránsito* requirió también de la autora ciertos viajes, entre ellos una nueva visita a Checoslovaquia y excursiones a Hungría, Austria y Alemania, para seguir el curso de una parte del Danubio (el Río de la Gran Madre). Pero si deseábamos situar la obra en el contexto de la Edad de Hielo, era necesario consagrar todavía más tiempo a la investigación bibliográfica.

De nuevo estoy en deuda con el doctor Jan Jelinek, director emérito del Instituto Anthropos de Brno, Checoslovaquia, por su infatigable bondad, su ayuda y sus sagaces observaciones e interpretaciones de los interesantes artefactos de la región correspondientes al Paleolítico Superior.

Estoy también agradecida al doctor Bohuslav Klima, del Archeologicky Ustav CSAV, por el maravilloso vino que pude saborear en su propia bodega y que proviene de los viñedos que él posee cerca de Dolni Vestonice, pero, sobre todo, porque me facilitó tan generosamente el saber y la información, reunidos en el curso de toda su vida, acerca de esa zona primitiva tan importante.

Quisiera también dar las gracias al doctor Jiri Svoboda, del Archeologicky Ustav CSAV, por la información que me proporcionó acerca de sus sorprendentes descubrimientos que enriquecen nuestro conocimiento acerca de nuestros antepasados humanos del Período Moderno Temprano, que vivieron hace más de doscientos cincuenta siglos, cuando el hielo cubría la cuarta parte del globo.

Expreso mi agradecimiento y mi inconmensurable gratitud a la doctora Olga Soffer, principal experta norteamericana en el tema de los habitantes del Paleolítico Superior de Europa central y oriental, ya que me mantuvo informada acerca de los descubrimientos más recientes y me suministró los últimos trabajos, incluso los resultados de un estudio nuevo referente al más primitivo arte de la cerámica en la historia humana.

Quiero dar las gracias al doctor Milford Wolpoff, de la Universidad de Michigan, por sus aportaciones durante nuestra discusión acerca de la distribución demográfica en los continentes septentrionales durante la última Edad de Hielo, cuando nuestros modernos antepasados humanos se agruparon, concentrándose en ciertas regiones favorables, y dejaron despoblada, aunque con abundancia de vida animal, la mayor parte de la Tierra.

Hallar las piezas del rompecabezas necesarias para crear este mundo novelístico del pasado prehistórico era un desafío; armarlas era otro. Después de estudiar el material disponible acerca de los glaciares y el ambiente que los rodeaba, aún no alcanzaba a dibujar un cuadro completamente claro de todas las regiones

septentrionales, un cuadro que me permitiera mover a mis personajes en ese mundo. Había interrogantes, teorías que se contradecían —algunas no parecían muy bien pensadas— y piezas que no encajaban.

Finalmente, con profundo alivio y entusiasmo cada vez más vivo, descubrí el único estudio claramente expuesto y bien concebido que me permitió percibir palmariamente los perfiles del mundo de la Edad de Hielo. Respondía a los interrogantes que yo misma me había formulado y me permitió armonizar el resto de las piezas provenientes de otras fuentes, así como mis propias conjeturas, a fin de construir un panorama más lógico. Estaré eternamente agradecida a R. Dale Guthrie por su artículo «Mammals of the Mammoth Steppe as Paleoenvironmental Indicators», páginas 307-326, publicado en *Paleoecology of Beringia* (compilación de David M. Hopkins, John V. Matthews Jr., Charles E. Schweger y Steven B. Young, Academic Press, 1982). Más que cualquier otra obra monográfica, ese trabajo permitió que este libro se convirtiese en un todo coherente, global y comprensible.

Como los mamuts lanudos simbolizan la Edad de Hielo, consagramos un esfuerzo considerable a la tarea de infundir vida a estos paquidermos prehistóricos. Mi investigación abarcó el examen de todo lo que pude hallar acerca de los mamuts y, puesto que hay un parentesco tan estrecho entre ellos, de los elefantes modernos. Entre estas fuentes, *Elephant Memories: Thirteen Years in the Life of an Elephant Family*, de la doctora Cynthia Moss (William Morrow & Co., Inc., 1988), se destaca como una obra definitiva. Estoy en deuda con la doctora Moss por sus muchos años de estudio y su obra inteligente y sumamente legible.

Además de la investigación, un autor se preocupa por resolver el problema de la redacción, del estilo y del enlace armónico entre las palabras y la calidad de la obra terminada. Agradezco profundamente a Laurie Stark, editora ejecutiva del Crown Publishing Group, la persona que se encarga de que el manuscrito terminado se convirtiera en las páginas impresas de un libro trabajado con acierto. Ha sido responsable de los cuatro libros, y, en un mundo tan cambiante, yo aprecio la continuidad y la calidad siempre elevada y pareja que ella ha obtenido.

También doy las gracias a Betty A. Prashker, redactora-jefa, vicepresidente y, lo que es más importante, principal editora, que encauza —o más bien amadrina— el manuscrito que yo entrego hasta que adquiere su forma definitiva.

Mi agradecimiento total a Jean V. Naggar; ¡en el universo de las Olimpiadas Literarias tiene categoría mundial, es una figura de primera clase, merecedora de todas las medallas de oro que se conceden al vencedor!

Y finalmente, a Ray Auel, mi amor y mi aprecio más allá de todo lo que las palabras pueden expresar.

Capítulo 1

La mujer vislumbró un movimiento a través de la bruma polvorienta que había frente a ella y se preguntó si sería el lobo, al que antes había visto brincar en aquella dirección.

Miró a su compañero con gesto preocupado y después buscó de nuevo al lobo, esforzándose por ver a través de la polvareda.

—¡Jondalar! ¡Mira! —dijo, señalando al frente.

Hacia su izquierda, los perfiles imprecisos de varias tiendas cónicas eran apenas visibles a través del viento seco y polvoriento.

El lobo estaba siguiendo a dos criaturas de dos patas que habían comenzado a emerger del aire turbio, portando lanzas que apuntaban directamente hacia ellos.

—Ayla, creo que hemos llegado al río, pero me parece que no somos los únicos que queremos acampar aquí —dijo el hombre, tirando de las riendas para detener a su caballo.

La mujer indicó a su caballo que se detuviera con la presión del músculo del muslo, una fuerza sutil que era consecuencia de un acto reflejo, hasta el punto de que jamás hubiera concebido que sirviera como un medio de controlar al animal.

Ayla oyó un gruñido amenazador que brotaba de la garganta del lobo y vio que su postura había pasado de una actitud defensiva a otra más bien agresiva. ¡Estaba preparándose para atacar! La mujer emitió un sonido áspero y peculiar, semejante al grito de un ave, aunque de ninguna de las aves conocidas. El lobo suspendió su aproximación subrepticia y avanzó hacia la mujer montada a caballo.

—¡Lobo, quédate cerca! —dijo ella, al mismo tiempo que hacía una señal con la mano. El lobo trotó junto a la yegua de color amarillo pardo, mientras el hombre y la mujer se acercaron lentamente, montados en sus caballos, a las personas situadas entre ellos y las tiendas.

Un viento racheado y caprichoso, que mantenía en suspensión la tierra de fino loess, remolineaba alrededor de ellos y hacía confusas las imágenes de aquellos que portaban lanzas. Ayla alzó una pierna y desmontó. Se arrodilló al lado del lobo. Apoyó un brazo sobre el lomo del animal y otro sobre su pecho, para tranquilizarlo y retenerlo si fuera necesario. Podía sentir el gruñido que rumoreaba en su garganta y la ansiosa tensión de los músculos dispuestos para el salto. Ayla miró a Jondalar. Una delgada película de polvo cubría los hombros y los largos cabellos color de lino del hombre de elevada estatura y confería al pelaje de su montura, de tonalidad pardo oscura, el color leonado más usual de su resistente raza. Ella y Whinney tenían el mismo aspecto. Aunque aún estaban a principios del verano, los fuertes vientos que provenían del gigantesco glaciar del norte ya estaban secando las estepas en una ancha faja al sur del hielo.

Ayla percibió que el lobo estaba tenso y que presionaba sobre su brazo; fue entonces cuando vio que otra figura aparecía detrás de los portadores de lanzas,

vestida como Mamut podría hacerlo para una ceremonia importante, y usaba una máscara con cuernos de bisonte y vestiduras pintadas y decoradas con símbolos enigmáticos.

El Mamut les apuntó con su báculo, agitándolo vigorosamente, y gritó:

—¡Fuera, malos espíritus! ¡Abandonad este lugar!

Ayla pensó que la voz que provenía de detrás de la máscara se asemejaba a la de una mujer, pero no estaba segura; de todos modos, había hablado en mamutoi. El Mamut se abalanzó hacia ellos agitando de nuevo el cayado, mientras Ayla retenía al lobo. Justamente después, la figura disfrazada comenzó a cantar y bailar, mientras agitaba el cayado y saltaba rápidamente hacia ellos, para retroceder otra vez, como si intentara asustarlos o alejarlos, aunque sólo lograba atemorizar a los caballos.

La sorprendió que Lobo estuviese dispuesto a atacar; los lobos rara vez amenazaban a la gente. Pero al recordar su comportamiento, creyó entender. Ayla había observado con frecuencia a los lobos cuando aprendía todo lo necesario para cazar, y sabía que estos animales se mostraban afectuosos y fieles sólo con su propia manada. Se apresuraban a expulsar de su territorio a los extraños, y se conocían casos en que habían luchado con otros lobos para proteger lo que consideraban su dominio exclusivo.

Para el minúsculo cachorro de lobo que ella había encontrado y llevado a la guarida mamutoi, el Campamento del León era su manada; para él, otras personas eran simplemente lobos forasteros. Había gruñido a humanos desconocidos que llegaban de visita, cuando aún no había madurado. Ahora, en territorio desconocido, quizá el territorio de otra manada, era natural que adoptase una actitud defensiva en cuanto veía a extraños, y sobre todo a extraños hostiles armados con lanzas. ¿Por qué la gente de aquel campamento blandía sus lanzas?

A Ayla le pareció encontrar en los cánticos algo conocido; después comprendió de qué se trataba. Las palabras pertenecían a la lengua arcaica sagrada que sólo entendían los mamutoi. Ayla no la comprendía por completo. Mamut apenas había comenzado a enseñarle el idioma antes de que ella se marchara, pero advirtió que el significado del canto estridente era esencialmente el mismo que el de las palabras proferidas antes, aunque los términos usados fueran un poco más suaves. Consistía en una exhortación a los espíritus del pueblo de los lobos y los caballos para que se alejaran y les dejasen en paz, a fin de que regresaran al mundo de los espíritus al que pertenecían.

En idioma zelandoni, de modo que la gente del campamento no la entendiese, Ayla explicó a Jondalar lo que el Mamut decía:

—¿Creen que somos espíritus? ¡Naturalmente! —observó Jondalar—. Debería haberme dado cuenta. Nos temen. Por eso nos amenazan con lanzas. Ayla, tendremos este problema siempre que nos encontremos con gente en el camino. Ahora estamos acostumbrados a los animales, pero la mayoría de la gente siempre pensó que los caballos o los lobos eran sólo comida o pieles.

—Los mamutoi de la Reunión de Verano estaban inquietos en un principio. Les llevó un tiempo acotumbrarse a la idea de tener cerca a los caballos y a Lobo, pero finalmente lo consiguieron —dijo Ayla.

—Cuando abrí los ojos por primera vez en la caverna de tu valle, y te vi ayudando a Whinney que daba a luz a Corredor, pensé que el león me había destruido y que yo había despertado en el mundo de los espíritus —dijo Jondalar—. Quizá yo también debería desmontar, para demostrarles que soy hombre y que no estoy unido a Corredor como si fuera una especie de espíritu hombre-caballo.

Jondalar desmontó, pero sostuvo en la mano la cuerda unida al freno que él mismo había fabricado. Corredor sacudía la cabeza y trataba de apartarse del Mamut que se acercaba, sin dejar de agitar el cayado y cantando a voz en cuello. Whinney estaba detrás de la mujer arrodillada, con la cabeza inclinada, tocándola. Ayla no usaba cuerdas ni frenos para guiar a su caballo. Dirigía a su cabalgadura solamente con la presión de sus piernas y los movimientos del cuerpo.

Al oír algunos fragmentos del extraño lenguaje que los espíritus hablaban y ver que Jondalar desmontaba, el hechicero cantó en voz aún más alta, rogando a los espíritus que se alejasen, brindándoles ceremonias y tratando de aplacarlos con la promesa de ofrendas.

—Creo que deberías decirles quiénes somos —observó Ayla—. Ese Mamut está muy preocupado.

Jondalar sostuvo la cuerda cerca de la cabeza del corcel. Corredor, asustado, trataba de retroceder, y el Mamut, con su cayado y sus gritos, no mejoraba la situación. Incluso Whinney comenzaba a espantarse, a pesar de que era una yegua de temperamento más sosegado que su brioso retoño.

—No somos espíritus —gritó Jondalar cuando el Mamut se detuvo para tomar aliento—. Soy un visitante, un viajero que hace su viaje, y ella —señaló a Ayla— es una mamutoi, del Hogar de los Mamuts.

Los que estaban enfrente se miraron unos a otros con expresión de duda, y el Mamut cesó de gritar y bailar, aunque continuaba agitando de cuando en cuando el cayado, mientras los observaba. Quizá los espíritus les engañaban, pero por lo menos se habían visto obligados a hablar en una lengua que todos podían entender. Finalmente, el Mamut habló:

—¿Por qué tenemos que creeros? ¿Cómo sabemos que no intentáis engañarnos? Dices que ella viene del Hogar de los Mamuts, pero ¿dónde está su señal? No tiene tatuaje en la cara.

—Él no ha dicho que yo fuera una Mamut —intervino entonces Ayla—. Ha dicho que pertenecía al Hogar de los Mamuts. La vieja Mamut del Campamento del León estaba adiestrándome antes de que yo partiese, pero mi instrucción aún no ha terminado.

El Mamut se alejó unos pasos para conferenciar con una mujer y un hombre; después regresó.

—Éste —dijo, señalando a Jondalar— es, como él mismo dice, un visitante. Aunque habla bastante bien, tiene el acento de una lengua extranjera. Pero la mujer dice que es mamutoi, y hay algo en su forma de hablar que no es mamutoi.

Jondalar contuvo la respiración y esperó. En efecto, Ayla hablaba de una manera especial. No podía emitir ciertos sonidos y el modo de pronunciarlos era extrañamente personal. Se entendía perfectamente lo que decía a su estilo y la entonación no resultaba desagradable —a Jondalar más bien le complacía—, pero la diferencia era perceptible. No era precisamente el acento de otra lengua; era algo más que eso, y distinto. Sin embargo, no dejaba de ser eso: un acento, pero de una lengua que la mayoría de la gente no había escuchado y que ni siquiera reconocería como lenguaje. Ayla hablaba con el acento de la lengua difícil, gutural y vocalmente limitada del pueblo que había recogido a la niña huérfana y la había criado.

—No nací en el pueblo de los mamutoi —dijo Ayla, siempre refrenando a Lobo, pese a que su gruñido había cesado—. Fui adoptada por un Hogar de los Mamuts y por el propio Mamut.

Se produjo entonces un agitado murmullo originado por los diálogos entre la gente y una nueva consulta privada entre el Mamut, la mujer y el hombre.

—Si no perteneces al mundo de los espíritus, ¿cómo controlas a ese lobo y consigues que los caballos te soporten sobre el lomo? —preguntó el Mamut, que había decidido concretar la aclaración.

—No es difícil conseguirlo, si uno los recoge cuando son muy jóvenes —contestó Ayla.

—Por lo que dices, parece muy sencillo. Pero no creo que sea tan fácil.

Aquella mujer no podía engañar a un Mamut que también pertenecía al Hogar de los Mamuts.

—Yo vi cómo ella trajo al cachorro de lobo a nuestro refugio. —Trató de explicar Jondalar—. Era tan pequeño que aún mamaba, y yo estaba seguro de que moriría. Pero ella lo alimentó con pequeños trozos de carne y caldo, y se despertaba en medio de la noche para atenderle como se hace con un niño de pecho. Y cuando el lobo vivió y comenzó a crecer, todos se sorprendieron, pero eso fue sólo al principio. Después, le enseñó a obedecer, a no orinar ni defecar en el refugio, ni morder a los niños aunque ellos le hicieran daño. Si no lo hubiese visto, no habría creído que un lobo pudiese aprender y comprender tanto. Por supuesto que se necesita mucho más que encontrarlo de pequeño. Lo atendió como si hubiese sido su hijo. Es una madre para este animal y por eso hace lo que ella quiere.

—¿Y los caballos? —preguntó el hombre que estaba de pie, al lado del hechicero. Había estado mirando fijamente al brioso corcel, así como al hombre de elevada estatura que lo dominaba.

—Sucede lo mismo con los caballos. Uno puede enseñarles si los encuentra pequeños y los cuida. Se necesita tiempo y paciencia, pero aprenden.

La gente había bajado las lanzas y escuchaba ahora con mucho interés. Nadie

había escuchado a los espíritus hablar en lenguaje común, aunque las explicaciones acerca de servir de padres a los animales eran exactamente el tipo de extraña conversación que caracterizaba a los espíritus, palabras que no significaban precisamente lo que aparentaban.

De pronto la mujer del campamento habló.

—Nada sé sobre eso de ser una madre para los animales, pero lo que sí sé es que el Hogar de los Mamuts no adopta a extraños y los convierte en mamutoi. No es un hogar común. Está consagrado a Los Que Sirven a la Madre. Las gentes eligen el Hogar de los Mamuts o son elegidas. Tengo parientes en el Campamento del León. Mamut es muy viejo, quizá el hombre más viejo que aún vive. ¿Por qué querría adoptar a alguien? Y no creo que Lutie lo hubiese permitido. Es muy difícil creer lo que decís, y tampoco sé por qué tenemos que creeros.

Ayla percibió algo ambiguo en el modo de hablar de la mujer, o más bien en los sutiles amaneramientos que acompañaban a sus palabras: la rigidez de la espalda, la tensión de los hombros, la expresión ansiosa. Parecía que estuviese previendo algo desagradable. Y de pronto, Ayla comprendió que no era una equivocación verbal; la mujer había incluido con toda intención algo falso en su declaración; en su pregunta había deslizado una trampa sutil. Pero de acuerdo con el pasado tan particular de Ayla, la trampa era clara y evidente.

Los que habían criado a Ayla, el pueblo llamado de los cabezas chatas, que se autodesignaban con el nombre de clan, se comunicaban con profundidad y exactitud, aunque no principalmente con palabras. Pocas personas advertían que en realidad poseían una lengua. Su capacidad de expresión era muy limitada, y a menudo se les desacreditaba, afirmando que eran inferiores a los humanos, animales que no sabían hablar. Utilizaban una lengua de gestos y signos, pero no por ello ésta era menos compleja.

La cantidad relativamente reducida de palabras utilizadas por el clan —palabras que Jondalar casi no lograba reproducir, del mismo modo que ella no era totalmente capaz de pronunciar ciertos sonidos en zelandoni o mamutoi— dependían de un tipo peculiar de vocalización y solían usarse para subrayar algo o para mencionar los nombres de las personas o las cosas. Los matices y los detalles más sutiles del sentido se indicaban mediante la actitud, la postura y los gestos faciales, que conferían profundidad y diversidad a la lengua, exactamente como sucede con los tonos y las inflexiones en el lenguaje verbal.

Pero al utilizar medios tan directos de comunicación, era casi imposible expresar una mentira sin revelar el hecho; no podían mentir.

Ayla había aprendido a percibir y comprender las sutiles señales del movimiento corporal y la expresión facial mientras aprendía a hablar con signos; todo aquello era necesario para alcanzar una absoluta comprensión. Cuando estaba reaprendiendo a hablar verbalmente con Jondalar y adquiría mayor fluidez con el mamutoi, Ayla descubrió que percibía las señales involuntarias contenidas en los leves movimientos

faciales y la postura incluso de la gente que hablaba con palabras, aunque el propósito de dichos gestos no era representar una parte de lo que se decía.

Descubrió que comprendía más que las palabras, aunque esto al principio le causaba cierta confusión y un poco de inquietud, porque las palabras pronunciadas no siempre coincidían con las señales emitidas, y ella nada sabía de las mentiras. Lo que más se podía aproximar a la negación de la verdad era abstenerse de hablar.

Con el tiempo, llegó a saber que a menudo ciertas mentiras leves tenían el carácter de cortesías. Pero cuando llegó a entender el humor —que generalmente dependía de que se dijese una cosa que en realidad significaba otra—, de pronto aprendió el carácter del lenguaje hablado y de la gente que lo usaba. Entonces su capacidad para interpretar las señales inconscientes agregó una dimensión inesperada a sus habilidades verbales en desarrollo: una percepción casi misteriosa de lo que la gente realmente quería decir. Esto le concedió una ventaja poco común. Aunque ella misma no sabía mentir, excepto por omisión, por regla general captaba enseguida cuándo otro no decía la verdad.

—Cuando estuve en el Campamento del León nadie se llamaba Lutie. —Ayla había decidido hablar con franqueza—. Tulie es la jefa y su hermano Talut es el jefe.

La mujer asintió imperceptiblemente, mientras Ayla continuaba hablando.

—Sé que una persona generalmente está consagrada al Hogar del Mamut, y que no se la adopta. Talut y Nezzie fueron los que me lo pidieron, y Talut incluso agrandó su caverna para formar un refugio especial en invierno destinado a los caballos, pero el viejo Mamut les sorprendió a todos. Durante la ceremonia, me adoptó. Dijo que yo pertenecía al Hogar del Mamut y que había nacido para él.

—Si llevaste esos caballos contigo al Campamento del León, entiendo por qué el viejo Mamut dijo eso —afirmó el hombre.

La mujer le miró irritada y dijo unas pocas palabras por lo bajo. Después, las tres personas volvieron a hablar entre ellas. El hombre había llegado a la conclusión de que los extraños probablemente eran personas y no espíritus que tendían trampas —o que si lo hacían, por lo menos no eran peligrosas—, pero no creía que fuesen precisamente lo que afirmaban ser. La explicación del hombre alto para aclarar la extraña conducta de los animales era demasiado sencilla, pero le interesaba. Los caballos y el lobo le intrigaban. La mujer sentía que los forasteros hablaban con excesiva fluidez, explicaban demasiadas cosas, eran excesivamente francos, y estaba segura de que en el asunto había más de lo que cualquiera de ellos decía. No confiaba y no quería saber nada de ellos.

El Mamut los aceptó como humanos sólo después de concebir otra idea que, para quien entendía esas cosas, hacía que resultase más plausible el comportamiento extraordinario de los animales. Estaba seguro de que la mujer rubia era una poderosa visitante, y el anciano Mamut seguramente sabía que aquella mujer había nacido con un extraño control sobre los animales. Quizá lo mismo podía decirse del hombre. Después, cuando su campamento llegase a la Reunión de Verano, sería interesante

hablar con el Campamento del León, y los mamuts sin duda dirían algo acerca de aquellos dos. Era más fácil creer en la magia que en la absurda idea de que se podía domesticar a los animales.

Mientras se consultaban, se produjeron ciertas discrepancias. La mujer se sentía incómoda; los forasteros la turbaban. Si hubiese pensado en el asunto, quizá habría reconocido que tenía miedo. No le agradaba estar cerca de una manifestación tan clara de poder oculto, pero imperó el criterio de sus compañeros. El hombre habló.

—Este lugar, donde se unen los ríos, es bueno para acampar. Hemos tenido buena caza y un rebaño de venados gigantes viene hacia aquí. Llegarán dentro de pocos días. No nos opondremos si decidís acampar cerca y os unís a nosotros en la caza.

—Apreciamos el ofrecimiento —dijo Jondalar—. Podemos acampar cerca por esta noche, pero debemos partir por la mañana.

Era un ofrecimiento prudente, no precisamente la bienvenida que a menudo le habían dispensado otros extraños, cuando él y su hermano viajaban juntos a pie. El saludo formal, transmitido en nombre de la Madre, ofrecía más que hospitalidad. Era una invitación a unirse al resto, a permanecer con ellos y convivir un tiempo. La invitación más limitada del hombre revelaba su incertidumbre, pero, por lo menos, ya no seguían amenazándolos con sus lanzas.

—Entonces, en nombre de Mut, por lo menos esta noche compartid la cena con nosotros y comed con nosotros también por la mañana.

Hasta ahí el jefe podía darles la bienvenida, y Jondalar intuyó que le habría gustado ofrecer más.

—En nombre de la Gran Madre Tierra, nos alegrará cenar con vosotros esta noche, después de preparar nuestro campamento —aceptó Jondalar—; pero debemos partir temprano.

—¿Por qué tenéis tanta prisa?

La franqueza que era típica de los mamutoi sorprendió no obstante a Jondalar, a pesar del tiempo que había convivido con ellos, y sobre todo proviniendo de un extraño. La pregunta del jefe hubiera parecido un tanto descortés en el pueblo de Jondalar; no una indiscreción grave, sino sólo un signo de inmadurez o de falta de aprecio por el lenguaje más sutil e indirecto de los adultos sensatos.

Pero Jondalar había aprendido que el candor y la franqueza eran cualidades apropiadas a los ojos de los mamutoi, y que la falta de franqueza era sospechosa, pese a que las actitudes de los mamutoi no eran tan absolutamente francas como parecían. Había sutilezas. Todo consistía en el modo en que uno expresaba la franqueza, de qué forma era acogida ésta y lo que no se decía. Pero la curiosidad franca del jefe de este campamento coincidía completamente con el estilo de los mamutoi.

—Vuelvo a casa —dijo Jondalar—, y llevo conmigo a esta mujer.

—¿Por qué un día o dos son importantes?

—Mi hogar está muy hacia el oeste. Me marché hace… —Jondalar se interrumpió para contar— cuatro años, y el regreso me llevará otro año, si tenemos

suerte. Hay algunos pasos peligrosos, ríos y hielos, en el camino, y no quiero llegar en la peor estación.

—¿Vais hacia el oeste? Pensaba que os dirigíais hacia el sur.

—Sí. Buscamos el Mar de Beran y el Río de la Gran Madre. Remontaremos su curso.

—Mi primo fue al oeste para traficar hace unos años. Dijo que algunos viven cerca de un río al que también llaman la Gran Madre —explicó el hombre—. Creía que era el mismo. Desde aquí viajaron hacia el oeste. Todo depende de cuándo quieras remontar el curso, pero hay un pasaje al sur del Gran Hielo, aunque al norte de las montañas, hacia el oeste. Puedes acortar mucho tu viaje si sigues este camino.

Talut me habló de la ruta del norte, pero nadie parece saber con seguridad si es el mismo río. Si no lo es, puede llevarme más tiempo tratar de encontrar el camino. Vine por el sur y conozco esa ruta. Además, tengo parientes en el Pueblo del Río. Mi hermano se unió con una mujer sharamudoi y yo viví con ellos. Me agradaría verlos otra vez. No es probable que vuelva a encontrarlos.

—Traficamos con el Pueblo del Río… Creo haber oído hablar de unos forasteros, hace un año o dos, que vivían con ese grupo y se les unió una mujer mamutoi. Ahora que pienso en ello, eran dos hermanos. Los sharamudoi tienen distintas costumbres para formar pareja, pero, según recuerdo, ella y su compañero debían reunirse con otra pareja, supongo que era una forma de adopción. Invitaron a todos los parientes mamutoi que quisiesen acudir. Algunos fueron, y después uno o dos regresaron.

—Ése era mi hermano, Thonolan —dijo Jondalar, complacido porque el relato tendía a ratificar su versión, aunque aún no podía pronunciar el nombre de su hermano sin experimentar dolor—. Fue su ceremonia matrimonial. Se unió a Jetamio, y formaron uniones cruzadas con Markeno y Tholie. Tholie fue la que primero me enseñó a hablar mamutoi.

—Tholie es mi prima lejana, ¿y tú eres hermano de uno de sus compañeros? —El hombre se volvió hacia su hermana—. Thurie, este hombre es pariente. Creo que debemos darles la bienvenida. —Sin esperar respuesta, dijo—: Soy Rutan, jefe del Campamento del Halcón. En el nombre de Mut, la Gran Madre, os damos la bienvenida.

La mujer no tenía alternativa. No podía avergonzar a su hermano negándose a ofrecer la misma bienvenida, aunque en ese momento pensó en varias cosas que le diría a solas.

—Soy Thurie, jefa del Campamento del Halcón. En nombre de la Madre, te doy la bienvenida. En verano tenemos el Campamento del Espolín.

No era la acogida más cálida que Jondalar había recibido. Percibió una actitud definida de reserva y restricción. Ella le daba la bienvenida a aquel lugar concreto, pero se trataba de un campamento provisional. Jondalar sabía que la denominación del Campamento del Espolín designaba un campamento cualquiera de los que se organizaban durante la cacería estival. Los mamutoi eran sedentarios en invierno, y

aquel grupo, como el resto, vivía en un campamento o comunidad permanente formado por uno o dos refugios semisubterráneos, o por varios refugios más pequeños, a los que denominaban Campamento del Halcón. Ella no le daba la bienvenida a aquel lugar.

—Soy Jondalar de los zelandonii y te saludo en nombre de la Gran Madre Tierra, a quien llamamos Doni.

—Tenemos lugares para dormir en la tienda del Mamut —continuó Thurie—, pero no sé qué haremos con los… animales.

—Si no os importa —dijo Jondalar, en una actitud cortés—, para nosotros sería más fácil organizar cerca nuestro propio campamento, en lugar de quedarnos aquí. Apreciamos vuestra hospitalidad, pero los caballos necesitan pastar, y como conocen nuestra tienda, volverán allí. Podrían inquietarse si tienen que entrar en vuestro campamento.

—Por supuesto —dijo Thurie, aliviada. También ella se hubiera sentido nerviosa.

Ayla comprendió que ella también necesitaba intercambiar bienvenidas. Lobo parecía observar una actitud menos defensiva y Ayla probó a aflojar un poco su vigilancia. Pensó: «No puedo permanecer aquí, sosteniendo a Lobo». Cuando se incorporó, Lobo intentó saltarle encima, pero ella le ordenó que se echara.

Sin extender la mano ni ofrecerle un mayor acercamiento, Rutan le dio la bienvenida a su campamento. Ella correspondió debidamente al saludo:

—Soy Ayla de los mamutoi —dijo, y añadió—: Del Hogar del Mamut. Te saludo en el nombre de Mut.

Thurie agregó su bienvenida y se las ingenió para limitarla sólo a aquel lugar, como había hecho con Jondalar. Ayla respondió con fría cortesía. Deseaba que le hubiesen demostrado más cordialidad, pero imaginaba que no podía hacerles blanco de sus críticas. La idea de que los animales viajasen por su propia voluntad con la gente podía ser temible. No todos aceptarían como Talut esta extraña innovación; así lo comprendió Ayla, y como una punzada de dolor sintió la ausencia de la gente a la que había amado en el Campamento del León.

Ayla se volvió hacia Jondalar:

—Ahora Lobo ya no tiene una actitud tan protectora. Creo que me obedecerá, pero necesito tener algo que lo contenga mientras merodea alrededor de este campamento, y después para retenerle en el caso de que nos crucemos con otras personas —dijo en zelandoni, pues prefería no hablar con absoluta franqueza acerca del Campamento de los Mamutoi, aunque hubiera deseado poder hacerlo—. Quizá algo parecido a esa cuerda que fabricaste para Corredor. Hay muchas cuerdas y correas sueltas en el fondo de uno de mis canastos. Le enseñaré que no debe arrojarse así sobre los extraños; tiene que aprender a quedarse donde yo le diga.

Sin duda, Lobo había comprendido que levantar las lanzas significaba un gesto amenazador. Ayla apenas si podía censurarle por saltar en defensa de la gente y los caballos que formaban su extraña manada. Desde su punto de vista era una actitud

completamente comprensible; pero eso no quería decir que fuese aceptable. No podía enfrentarse a todas las personas que encontraran en el curso del viaje como si fueran lobos forasteros. Ayla tenía que enseñarle a modificar su conducta, a tratar con menos agresividad a los desconocidos. Incluso mientras concebía esta idea, Ayla se preguntó si habría otras personas capaces de comprender que un lobo podía responder a los deseos de una mujer, o que un caballo podía permitir que un humano montase sobre él.

—Quédate con él. Traeré la cuerda —dijo Jondalar. Sin dejar de sostener la cuerda que sujetaba a Corredor, pese a que el potro se había calmado, Jondalar buscó la correa en los canastos que cargaba Whinney. La hostilidad del campamento se había atenuado y la gente parecía apenas más cautelosa de lo que se hubiera mostrado respecto a otros forasteros cualesquiera. Por su modo de observar, el temor parecía haberse convertido en curiosidad.

Whinney también se había calmado. Jondalar la rascó y palmoteó, hablándole afectuosamente mientras revisaba los canastos. Sentía mucho afecto por la robusta yegua, y aunque le agradaba mucho el espíritu brioso de Corredor, admiraba la serena paciencia de Whinney. La yegua ejercía un efecto calmante sobre el joven corcel. El hombre ató la cuerda de Corredor a la correa que sujetaba los canastos que cargaba Whinney. Jondalar deseaba a menudo que le hubiera sido posible controlar a Corredor lo mismo que Ayla controlaba a Whinney, sin freno ni cuerda. Pero a medida que cabalgaba, descubría la sorprendente sensibilidad de la piel del caballo, mejoraba su estilo ecuestre y comenzaba a guiar a Corredor mediante la presión y la postura.

Ayla pasó del lado opuesto de la yegua, acompañada por Lobo. Al entregarle la cuerda, Jondalar le habló en voz baja.

—Ayla, no es necesario que permanezcamos aquí. Aún es temprano. Podemos encontrar otro lugar a orillas de este río o de cualquier otro.

—Creo que es conveniente que Lobo se acostumbre a la gente, y sobre todo a los extraños, e incluso si ellos no se muestran demasiado amistosos, deseo visitarlos. Jondalar, son mamutoi, pertenecen a mi pueblo. Quizá ellos sean los últimos mamutoi que yo vea. Me pregunto si asistirán a la Reunión de Verano. Tal vez podamos enviar con ellos un mensaje al Campamento del León.

Ayla y Jondalar instalaron su propio campamento a poca distancia del Campamento del Espolín, río arriba, a orillas del importante afluente. Retiraron los bultos de los caballos y dejaron a éstos en libertad para pastar. Ayla experimentó un momento de inquietud cuando vio que desaparecían en la bruma movediza y polvorienta, alejándose del campamento.

La mujer y el hombre habían avanzado por la orilla derecha del ancho río, pero a cierta distancia de la corriente. Aunque en general se deslizaba hacia el sur, el río

seguía un curso sinuoso a través del paisaje, serpenteando mientras cavaba un profundo foso en la llanura lisa. Si se mantenían en las estepas que se extendían a cierta altura sobre el valle del río, los viajeros podían seguir un camino más directo, pero se verían expuestos al viento implacable y a los efectos más crueles del sol y la lluvia en terreno abierto.

—¿Éste es el río del que nos hablaron? —preguntó Ayla, mientras desenrollaba las pieles para dormir.

El hombre hundió la mano en una de las dos canastas y extrajo un pedazo liso y bastante ancho de colmillo de mamut, con marcas talladas. Dirigió la mirada hacia el sector del cielo descolorido que resplandecía con una luz insoportablemente intensa aunque difusa, y después hacia el paisaje más oscuro. Era el final de la tarde, no cabía duda, pero no podía arriesgarse a decir mucho más.

—Ayla, no hay forma de saberlo —dijo Jondalar, y devolvió el mapa a su lugar —. No puedo ver señales, y estoy acostumbrado a juzgar la distancia recorrida con mis propias piernas. Corredor avanza con diferente paso.

—¿Realmente nos llevará un año entero llegar a tu casa? —preguntó la mujer.

—No estoy seguro. Depende de lo que encontremos en el camino, de los problemas con que tropecemos, de la frecuencia con que nos detengamos. Si conseguimos regresar a los zelandonii a estas alturas del año próximo, podremos considerarnos afortunados. Ni siquiera hemos llegado al Mar de Beran, donde termina el Río de la Gran Madre, y tendremos que seguirlo hasta alcanzar la fuente del glaciar, y después continuar —dijo Jondalar. Sus ojos, de un azul intenso y desusadamente vívido, tenían una expresión inquieta y su frente presentaba las consabidas arrugas de la preocupación.

—Tendremos que atravesar algunos ríos anchos; sin embargo, Ayla, lo que más me inquieta es ese glaciar. Tenemos que cruzarlo cuando el hielo esté completamente sólido, es decir, antes de la primavera, y eso siempre es imprevisible. En esta región sopla un fuerte viento sur que puede compensar en un día el frío más intenso. Y entonces, la nieve y el hielo de la superficie se funden, quebrándose como madera podrida. Se abren grandes grietas y la nieve que las cubría se derrumba. A través del hielo fluyen arroyos, incluso ríos de agua como resultado del hielo derretido, y que a veces desaparecen en profundos agujeros. Entonces se crea una situación muy peligrosa, y puede suceder de repente. Ahora estamos en verano, y aunque el invierno parezca muy lejano, tenemos que viajar mucho más de lo que crees.

La mujer asintió. No tenía sentido pensar siquiera en lo que les llevaría el viaje o lo que sucedería cuando llegasen. Mejor era pensar en cada día y hacer planes sólo para un día o dos. Era mejor no inquietarse por la gente de Jondalar ni preguntarse si la aceptarían como a uno de ellos, igual que habían hecho los mamutoi.

—Ojalá cesara de soplar el viento —comentó.

—Yo también estoy cansado de comer tierra —dijo Jondalar—. ¿Por qué no vamos a visitar a nuestros vecinos y vemos si nos dan algo mejor?

Llevaron a Lobo con ellos cuando regresaron al Campamento del Espolín, pero Ayla lo mantuvo a su lado. Se unieron a un grupo reunido alrededor de una hoguera, donde se asaba un gran cuarto trasero. Al principio, la conversación tardó un poco en entablarse, pero no pasó mucho rato para que la curiosidad se convirtiese en cálido interés y la reserva temerosa diera paso a una charla animada. Las pocas personas que habitaban aquellas estepas periglaciares casi no tenían oportunidad de conocer a otra gente, y la excitación provocada por esta reunión casual impulsaría las discusiones y sería tema de comentarios durante mucho tiempo en el Campamento del Halcón. Ayla trabó amistad con varias personas, y sobre todo con una joven que tenía una niña pequeña, aunque ya en edad de sentarse sin ayuda y de reír ruidosamente, algo que encantó a todos, pero sobre todo a Lobo.

La joven madre al principio se inquietó cuando el animal buscó a la niña para concederle su atención solícita, pero cuando los lamidos entusiastas de Lobo provocaron la risa complacida de la pequeña, y el animal mostró una suave moderación, pese a que la pequeña le cogía puñados de pelo y trataba de arrancárselos, todos se sintieron sorprendidos.

Los restantes niños quisieron tocarlo y poco después Lobo jugaba con ellos. Ayla explicó que Lobo había crecido con los niños del Campamento del León y probablemente los echaba de menos. Siempre se había mostrado muy delicado con los más pequeños, o con los débiles, y parecía conocer la diferencia entre el pellizco demasiado entusiasta y sin mala intención de un niño pequeño y el tirón intencionado de la cola o la oreja propinado por un niño mayor. Permitía lo primero con paciente tolerancia, y respondía a lo segundo con un gruñido de advertencia, o un mordisco suave que no rasgaba la piel pero demostraba que podría hacerlo.

Jondalar mencionó que poco antes habían salido de la Reunión de Verano, y Rutan les dijo que las reparaciones indispensables que habían debido realizar en su refugio habían demorado la partida de su grupo, pues, de lo contrario, ya estarían allí. Preguntó a Jondalar acerca de sus viajes y de Corredor, y la mayoría escuchaba. Parecían más renuentes a interrogar a Ayla, y ésta no se prestó a hablar demasiado, aunque al Mamut le habría gustado llevarla aparte para comentar temas más esotéricos; ella, sin embargo, prefirió permanecer con el campamento. Incluso la jefa se mostró más tranquila y cordial cuando los dos visitantes retornaron a su propio campamento y Ayla le pidió que transmitiese su afecto y sus recuerdos al Campamento del León cuando finalmente llegaran para la Reunión de Verano.

Esa noche, Ayla permaneció despierta, pensando. Se alegraba porque no se había dejado arrastrar por su vacilación natural ante la perspectiva de incorporarse al campamento, cuyos miembros no le habían brindado una acogida demasiado cálida. Cuando se les ofreció la oportunidad de superar su temor a lo extraño o lo desconocido, aquella gente había demostrado interés y voluntad de aprender. Ella había comprendido también que viajar con acompañantes tan insólitos probablemente provocaría fuertes reacciones en todos los que se les cruzaran en el camino. No tenía

idea de lo que podía esperar, pero no dudaba de que aquel viaje sería mucho más azaroso de lo que había imaginado.

Capítulo 2

Jondalar quería haber partido temprano la mañana siguiente, pero, antes de hacerlo, Ayla deseaba regresar y saludar a las amistades que había hecho en el Campamento del Espolín. Jondalar estaba cada vez más impaciente, pero aun así Ayla dedicó cierto tiempo a las despedidas. Cuando al fin partieron, era casi mediodía.

La pradera abierta, de colinas suavemente onduladas y horizontes lejanos, por donde habían viajado después de salir de la Reunión de Verano, se elevaba cada vez más. La corriente veloz del afluente, nacida en terreno más alto, emergía con mayor vigor que la sinuosa corriente principal y excavaba un canal profundo con altas orillas en el suelo de loess batido por el viento. Aunque Jondalar deseaba marchar hacia el sur, se vieron obligados a desplazarse hacia el oeste y después hacia el noroeste, mientras buscaban el lugar adecuado para tratar de vadear el río.

Cuanto más se alejaban de su camino, más irritado e impaciente se sentía Jondalar. No estaba seguro de que hubiera sido acertada su decisión de seguir la ruta meridional, más larga, en lugar de la septentrional que le habían sugerido —más de una vez— y en cuya dirección el río parecía decidido a llevarles. Si bien no estaba familiarizado con aquel camino, que era mucho más corto, quizá hubieran debido seguirlo. Pensó que si podía adquirir la certeza de que llegarían a la meseta del glaciar, más hacia el oeste, en la fuente del Gran Río Madre, antes de la primavera, seguiría ese camino.

Esto significaría renunciar a su última oportunidad de ver a los sharamudoi, pero ¿era eso tan importante? Tenía que reconocer que en realidad deseaba verlos. Le ilusionaba la idea desde hacía tiempo. Jondalar no estaba seguro de que su decisión de marchar hacia el sur obedeciera realmente a su deseo de seguir el camino conocido y, por tanto, más seguro para que regresaran Ayla y él, o antes bien a su deseo de ver a los integrantes de su familia. Le preocupaban las consecuencias de una decisión errónea.

Ayla interrumpió sus cavilaciones.

—Jondalar, creo que podemos cruzar por aquí —dijo—. Parece fácil ganar la orilla opuesta.

Estaban en un recodo del río y se detuvieron para estudiarlo. La corriente rápida y turbulenta que seguía la curva excavaba profundamente el borde externo en el que ellos estaban y formaba una orilla alta y empinada. Pero el lateral interno del recodo, en la orilla opuesta, emergía gradualmente del agua, formando una estrecha playa de suelo pardo grisáceo y duro, con un fondo de matorrales.

—¿Crees que los caballos pueden descender por esta orilla?

—Me parece que sí. La parte más profunda del río debe de estar cerca de este lado, donde corta la orilla. Es difícil conocer la profundidad, ni siquiera sabemos si los caballos tendrán que nadar. Tal vez sea mejor que nosotros también desmontemos y nademos —dijo Ayla, y después advirtió que Jondalar parecía incómodo—; pero si

no es demasiado profundo, podemos cruzar a caballo. Detesto mojarme la ropa, pero tampoco quiero quitármela para atravesarlo a nado.

Alentaron a los caballos a descender por el borde empinado. Los cascos se deslizaron y resbalaron sobre el suelo de grano fino de la orilla, hasta entrar en el agua con un chapoteo, sumergiéndose en la rápida corriente que los llevó río abajo. Era más profundo de lo que Ayla había pensado. Los caballos experimentaron un momento de pánico antes de acostumbrarse al nuevo elemento, pero después empezaron a nadar contra la corriente, en busca de la pendiente de la orilla opuesta. Cuando comenzaron a remontar la pendiente gradual de la curva interior del recodo, Ayla buscó a Lobo. Se volvió y le vio todavía en la orilla que habían abandonado, gimiendo y aullando, en un ir y venir desesperado.

—Tiene miedo de zambullirse —dijo Jondalar.

—¡Vamos, Lobo! ¡Vamos! —gritó Ayla—. Sabes nadar.

Mas el joven lobo gimió quejumbrosamente y metió la cola entre las patas.

—¿Qué le pasa? Ha cruzado ríos otras veces —dijo Jondalar, irritado ante la nueva demora. Había abrigado la esperanza de recorrer una distancia considerable ese día, pero todo parecía conspirar para que se retrasaran.

Habían partido tarde, viéndose obligados después a retroceder hacia el norte y el oeste, un rumbo que él no tenía previsto, y, ahora, para empeorar las cosas, Lobo no quería atravesar el río. También sabía que debían detenerse y verificar el contenido de los canastos, después del remojón, a pesar de que estaban bien tejidos y eran prácticamente impermeables. Para colmo de males, estaba mojado, y el tiempo transcurrido. Podía sentir el viento frío y sabía que debían cambiarse de ropa y poner a secar la que ahora llevaban. Los días de verano eran bastante cálidos, pero los vientos nocturnos todavía solían traer el gélido soplo del hielo. Los efectos del enorme glaciar que aplastaba las tierras septentrionales bajo capas de hielo altas como montañas podían sentirse en todos los rincones de la Tierra, pero sobre todo en las estepas frías, cerca de los bordes.

Si hubiera sido más temprano, habrían podido viajar con la ropa mojada, ya que el viento y el sol la habrían secado mientras avanzaban. Jondalar se sintió tentado de continuar de todos modos hacia el sur, sólo para salvar cierta distancia… si es que en realidad podían continuar viaje.

—El río es más veloz de lo que él está acostumbrado y no puede acercarse al agua caminando. Tiene que saltar y nunca lo ha hecho antes —dijo Ayla.

—¿Qué te propones hacer?

—Si no puedo conseguir que salte, tendré que ir a buscarlo —replicó ella.

—Ayla, estoy seguro de que si seguimos cabalgando, saltará al agua y te seguirá. Si queremos recorrer alguna distancia hoy, tenemos que partir.

La terrible expresión de incredulidad y cólera que apareció en la cara de Ayla provocó en Jondalar la intención de tragarse sus palabras.

—¿Te agradaría que te dejasen atrás porque tuvieras miedo? No quiere saltar al

río porque antes nunca hizo nada parecido. ¿Qué pretendes?

—Sólo quise decir… Ayla, no es más que un lobo. Los lobos siempre cruzan los ríos. Solamente necesita una razón para zambullirse. Si no nos alcanza, volveremos a buscarlo. No pretendí decir que íbamos a abandonarlo aquí.

—No hace falta que te preocupes. Iré a buscarlo ahora mismo —dijo Ayla, dando la espalda al hombre e instando a Whinney a entrar en el agua.

El joven lobo no dejaba de gemir y olfatear las huellas dejadas en el suelo por los cascos de los caballos, y miraba a las personas y los caballos que se encontraban en el lado opuesto de la corriente. Ayla volvió a llamarlo, cuando la yegua entró en la corriente. En mitad del camino, Whinney sintió que el suelo cedía y relinchó alarmada, tratando de encontrar una base más firme.

—¡Lobo! ¡Ven aquí, Lobo! ¡No es más que agua! ¡Vamos, Lobo! ¡Entra! —gritó Ayla, en un intento de atraer al río que discurría entre remolinos al animal joven y aprensivo. Luego se deslizó del lomo de Whinney y decidió nadar hasta la empinada orilla. Finalmente, Lobo reunió valor y se zambulló. Cayó con un fuerte chapoteo y empezó a nadar hacia ella.

—¡Eso es! ¡Muy bien, Lobo!

Whinney luchaba por hacer pie y Ayla, con el brazo alrededor de Lobo, trataba de llegar a la yegua. Jondalar ya estaba allí, hundido en el agua hasta el pecho, tranquilizando a la yegua y acercándose a Ayla. Todos juntos llegaron a la otra orilla.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos recorrer hoy un poco de terreno —dijo Ayla, los ojos todavía coléricos mientras montaba de nuevo en la yegua.

—No —dijo Jondalar, reteniéndola—. No partiremos antes de que te hayas cambiado de ropa. Y creo que habría que cepillar a los caballos para secarlos, y quizá también a ese lobo. Hoy ya hemos viajado bastante. Esta noche acamparemos aquí. Me llevó cuatro años llegar a este lugar. No me importa si necesito cuatro años para retornar; pero, Ayla, quiero llevarte allí sana y salva.

Cuando Ayla le miró, la expresión de inquietud y amor en los ojos intensamente azules de Jondalar disipó los últimos vestigios de la cólera que había experimentado. Extendió la mano hacia él, mientras Jondalar inclinaba la cabeza hacia ella, y Ayla sintió la misma increíble maravilla que la había embargado la primera vez que él había unido sus labios a los de ella, enseñándole lo que era un beso. Una alegría inenarrable llenó todo su ser al darse cuenta de que viajaba con él, regresaba al hogar con él. Le amaba más de lo que era capaz de expresar, su amor incluso era más fuerte ahora, después del prolongado invierno, cuando había llegado a creer que Jondalar ya no la amaba y que se marcharía sin ella.

Jondalar había temido por ella cuando regresó al río y ahora la apretaba contra su cuerpo, abrazándola. La amaba más de lo que jamás hubiera creído posible amar a alguien. Antes de Ayla, él no sabía que podía llegar a amar tanto. En cierta ocasión casi la había perdido. Aquella vez estaba seguro de que Ayla continuaría junto al hombre moreno de los ojos vivaces, y ahora no podía soportar la idea de perderla de

nuevo.

Con dos caballos y un lobo como compañero, en un mundo donde antes hubiera sido impensable la posibilidad de domesticar a tales animales, un hombre estaba solo, con la mujer a la que amaba, en medio de una vasta y fría pradera, en la que abundaban animales muy diferentes y en donde casi no había existencia humana, proyectando un viaje que se extendía a través de un continente. Sin embargo, a veces el mero pensamiento de que ella pudiera sufrir algún daño le abrumaba tan intensamente que casi se le cortaba la respiración. En esos momentos deseaba unirse eternamente a Ayla en un estrecho abrazo.

Jondalar sintió la calidez del cuerpo de Ayla, y la boca que de buen grado se unía a la suya, lo que hizo aumentar la necesidad que tenía de ella. Pero aquello podía esperar. Ayla tenía frío y estaba mojada; necesitaba ropas secas y fuego. El borde de aquel río era un lugar tan conveniente como cualquier otro para acampar, y si bien era un tanto temprano para detenerse, eso les daría tiempo para que secaran las ropas que vestían, y así podrían partir temprano por la mañana.

—¡Lobo! ¡Deja eso! —gritó Ayla, y corrió para arrebatar el envoltorio de cuero al joven animal—. Creí que habías aprendido a apartarte del cuero. —Cuando ella trató de quitárselo, Lobo lo detuvo juguetonamente con los dientes, echando la cabeza a uno y otro lado, entre gruñidos. Ella soltó el objeto y suspendió el juego—. ¡Deja eso! —dijo ásperamente. Bajó una mano, como si se dispusiera a golpear el hocico de Lobo, pero no completó el movimiento. Ante la señal y la orden, Lobo metió la cola entre las patas, se arrastró sumiso hacia ella y soltó el bulto a sus pies, gimiendo en son de paz.

—Es la segunda vez que la emprende contra estas cosas —dijo Ayla, mientras recogía aquel envoltorio y otro más que él había estado masticando—. Sabe lo que tiene que hacer, pero no puede contenerse cuando se trata de cuero.

Jondalar se acercó para ayudar a Ayla.

—No sé qué decirte. Suelta lo que tiene en cuanto se lo ordenas, pero no se lo puedes ordenar si no estás allí, y no puedes vigilarlo siempre… ¿Qué es esto? No recuerdo haberlo visto antes —dijo, y miró intrigado un bulto envuelto cuidadosamente en una piel suave y muy bien atado.

Sonrojándose un poco, Ayla le arrebató rápidamente el bulto.

—Es… sólo una cosa que traje conmigo…, algo… que traje del Campamento del León —dijo, y depositó el bulto en el fondo de uno de sus canastos.

La actitud de Ayla desconcertó a Jondalar. Ambos habían limitado sus posesiones y objetos de viaje al mínimo, incluyendo muy pocas cosas que no fuesen esenciales. El bulto no era grande, pero tampoco era pequeño. Probablemente ella había podido agregar otra cosa en el espacio ocupado por el objeto en cuestión. ¿De qué podría tratarse?

—¡Lobo! ¡Deja eso!

Jondalar vio que Ayla perseguía de nuevo al joven lobo, y no pudo por menos que sonreír. No estaba seguro, pero casi daba la impresión de que Lobo se comportaba mal intencionadamente, se burlaba de Ayla para obligarla a perseguirlo y que jugara con ella. Había descubierto uno de los zapatos que ella usaba en el campamento, una especie de mocasín blando que le cubría el pie y que a veces se ponía para mayor comodidad después de organizar el campamento, sobre todo si el suelo estaba congelado o húmedo y frío y deseaba airear o secar el calzado habitual, bastante más sólido.

—¡No sé qué voy a hacer con él! —exclamó Ayla, exasperada, mientras se acercaba al hombre. Sostenía en la mano el objeto de la última travesura de Lobo y miraba severamente al pícaro malhechor. Lobo se arrastraba hacia ella, al parecer arrepentido, gimiendo en abyecta humillación ante la desaprobación de su ama; pero un atisbo de picardía acechaba bajo su aparente angustia. El animal sabía que le amaba, y tan pronto cediera en su rigor, comenzaría a retorcerse y a aullar con verdadero placer, dispuesto a jugar otra vez.

Si bien tenía el tamaño de un animal adulto, aunque de aspecto más rechoncho, Lobo era poco más que un cachorro. Había nacido en invierno, fuera de temporada, de una loba solitaria cuyo compañero había muerto. El pelaje de Lobo tenía el matiz usual gris leonado —resultado de las franjas blancas, rojas, pardas y negras que coloreaban la capa externa, lo que creaba un dibujo indistinto que permitía a los lobos un perfecto mimetismo con el paisaje natural de matorrales, pasto, tierra, piedras y nieve—, aunque su madre había sido negra.

Precisamente aquel color poco común había incitado a las hembras de la manada a perseguirla implacablemente, relegándola a la situación más baja y, con el tiempo, a expulsarla. A partir de entonces había errado sola, aprendiendo a sobrevivir en los territorios de las diferentes manadas, hasta que finalmente descubrió a otro solitario, un viejo macho que había abandonado a su manada porque ya no estaba en condiciones de seguir su ritmo. Juntos lo pasaron bien algún tiempo. Ella era la cazadora más fuerte, pero él tenía experiencia e incluso había comenzado a delimitar y defender como propia una pequeña área de territorio. Quizá como consecuencia de la mejor dieta que les proporcionó la cooperación de ambos, de la compañía y la proximidad de un macho amigo, o de su propia predisposición genética, lo cierto es que la loba tuvo el celo fuera de temporada. En todo caso, su viejo compañero no experimentó desagrado, y al no tener competencia, se mostró dispuesto a responder y, en definitiva, fue capaz de hacerlo.

Por desgracia, sus rígidos y viejos huesos no pudieron resistir los embates de otro invierno difícil en las estepas periglaciares. No duró mucho después del comienzo de la estación fría. Fue una pérdida terrible para la hembra negra, que debía dar a luz sola y en invierno. El ambiente natural no tolera demasiado bien a los animales que se desvían tanto de la norma, y los ciclos estacionales se imponen por sí mismos. Una

cazadora de pelaje negro en un paisaje de hierba rojiza, tierra parda y nieve barrida o arrastrada por el viento puede ser vista fácilmente por la escasa y astuta fauna invernal. Sin compañero ni otro tipo de parientes maduros que ayudaran a la madre a alimentar a los cachorros recién nacidos y a cuidar de ellos, la hembra negra se debilitó, y uno tras otro sus hijos sucumbieron, hasta que sólo quedó uno.

Ayla conocía a los lobos. Los había observado y estudiado desde que comenzó a cazar, pero ignoraba que el lobo negro que trató de robar el armiño que ella había matado con su honda era una hembra hambrienta que estaba criando. No era la estación de los cachorros. Cuando intentó recuperar su presa y en una actitud poco frecuente el lobo atacó, ella lo mató en defensa propia. Más tarde se percató de la condición del animal y comprendió que seguramente era una solitaria. Sintió entonces una extraña afinidad con aquella loba que, sin duda, había sido expulsada de su manada, y decidió encontrar a los cachorros huérfanos, que no tendrían una familia que los adoptase. Siguió el rastro de la loba, encontró la madriguera, se deslizó en su interior y descubrió al último cachorro, todavía sin destetar, con los ojos apenas abiertos. Lo llevó consigo al Campamento del León.

Todos se sorprendieron cuando Ayla les mostró al minúsculo cachorro de lobo, pero ella ya había llegado otras veces con caballos que le obedecían. Habían acabado por acostumbrarse a ellos y a la mujer que se sentía tan afín a los animales, y sentían curiosidad por el lobo y por lo que ella haría con él. Que supiese criarlo y entenderle maravilló a muchos. Aun ahora, Jondalar se sorprendía ante la vivacidad demostrada por el animal; una inteligencia que parecía casi humana.

—Ayla, creo que está jugando contigo —dijo el hombre.

Ella miró a Lobo y no pudo evitar una sonrisa, y el animal, al verla, irguió la cabeza y comenzó a golpear el suelo con la cola, expectante.

—Creo que tienes razón, pero eso no me ayudará a impedir que lo mastique todo —dijo Ayla, mirando los jirones del zapato que usaba en el campamento—. Bien; puedo dejarle esto, ya lo ha destrozado, y quizá así, al menos por un rato, no se interesará tanto por el resto de nuestras cosas.

Le arrojó el zapato y Lobo saltó y lo atrapó en el aire; Jondalar casi tuvo la certeza de que Lobo había insinuado una sonrisa lobuna.

—Será mejor que lo guardemos todo —dijo Jondalar, al recordar que la víspera no habían recorrido mucho camino hacia el sur.

Ayla miró a su alrededor, protegiéndose los ojos del sol luminoso que por el este comenzaba a elevarse en el cielo. Vio a Whinney y a Corredor en el prado que estaba más allá de la parcela cubierta de árboles y matorrales en torno a los cuales el río describía una curva, y emitió un silbido peculiar, parecido al que empleaba para llamar a Lobo, pero no igual. La yegua de color amarillo oscuro alzó la cabeza, relinchó y galopó hacia la mujer. El joven corcel la siguió.

Levantaron el campamento, cargaron los caballos y ya estaban dispuestos a partir, cuando Jondalar decidió redistribuir los palos de la tienda, que guardó en un canasto,

y las lanzas, que puso en otro para equilibrar la carga. Ayla estaba apoyada sobre Whinney mientras esperaba. Era una postura cómoda y familiar para ambas, un modo de estar en contacto que había nacido cuando la joven yegua era la única compañía de Ayla en el valle feraz pero solitario.

Ayla también había dado muerte a la madre de Whinney. En aquella época de su vida llevaba varios años cazando, pero sólo con la honda. Ayla la utilizaba con extraordinaria habilidad y, además, era un arma de caza que podía ocultarse fácilmente, lo que justificaba su incumplimiento de los tabúes del clan al cazar principalmente depredadores, que competían por el mismo alimento y a veces les robaban la carne. Pero el caballo fue el primer animal grande, proveedor de carne, que ella mató, y la primera vez que usó una lanza para realizar la hazaña.

En el clan se habría considerado que era su primera captura, de haber sido Ayla varón, y se le hubiera permitido cazar con lanza. Como mujer, si hubiera usado una lanza no se le habría permitido vivir. Pero matar al caballo había sido necesario para su supervivencia, aunque ella no había deseado que una yegua que aún amamantaba a su cría fuese la que cayese en su trampa. Cuando vio por primera vez al potrillo le compadeció, consciente de que moriría sin su madre; sin embargo, no se le ocurrió la idea de criarlo ella misma. No había motivo para que lo pensara; nadie lo había hecho antes.

Pero cuando las hienas comenzaron a perseguir al asustado potrillo, Ayla recordó a la hiena que había tratado de llevarse al hijito de Oga. Ayla detestaba a las hienas, quizá por la dura prueba que había tenido que soportar cuando mató a aquella hiena en particular y descubrió su secreto. No eran peores que otros depredadores y carroñeros naturales, pero a los ojos de Ayla representaban todo lo que era cruel, maligno o perverso. Su reacción en ese momento fue tan espontánea como lo había sido en la ocasión anterior, y las veloces piedras lanzadas con su honda fueron igualmente eficaces. Mató a una hiena, ahuyentó a las otras y rescató al animal joven e indefenso; pero esta vez, en lugar de sufrimiento, encontró la compañía que alivió su soledad y una enorme alegría en la entrañable relación que se estableció entre ellos.

Ayla amaba al joven lobo como habría amado a un niño inteligente y encantador, pero sus sentimientos hacia el caballo eran de otra índole. Whinney había compartido su aislamiento; habían crecido tan cerca una de la otra como rara vez podrían hacerlo dos criaturas tan distintas. Se conocían, se comprendían y confiaban la una en la otra. La yegua amarilla no era sólo una compañía animal útil, o un animal preferido, o incluso un niño bienamado. Whinney había sido la única compañía de Ayla a lo largo de varios años, y era su amiga.

Pero la primera vez que Ayla montó sobre la yegua y cabalgó como el viento fue un acto espontáneo, hasta irracional. Recordaba con toda claridad la excitación que había vivido durante aquella experiencia. Al principio, ella no se esforzó de manera consciente por conducir al caballo, pero eran dos seres que mantenían una relación

tan íntima que la mutua comprensión se acentuó con cada cabalgada.

Mientras esperaba a que Jondalar terminase, Ayla observó cómo Lobo masticaba juguetonamente el zapato, y pensó en la posibilidad de controlar una costumbre tan destructiva. Sus ojos se posaron casualmente en la vegetación que crecía en el lugar donde habían acampado. Limitadas por la alta orilla del lado opuesto del río, que se curvaba para formar un brusco recodo, las tierras bajas de aquel lado se inundaban todos los años, dejando un sedimento fértil que alimentaba una fecunda variedad de matorrales, hierbas e incluso pequeños árboles, así como los abundantes pastos que se extendían a lo lejos. Ayla siempre prestaba atención a las plantas que crecían cerca. Para ella era una segunda naturaleza tomar conciencia de todo lo que crecía, y su conocimiento estaba tan arraigado que era casi instintivo en ella catalogarlo e interpretarlo.

Vio una planta de gayuba, un brezal enano de verdor permanente con hojas pequeñas, correosas, de un verde profundo, y abundancia de florecillas blancas, redondas, con su toque rosado, que prometían una abundante cosecha de bayas rojas. Aunque eran ácidas y un tanto astringentes, tenían buen sabor cuando se las cocía con otros alimentos; pero más que por su valor alimenticio, Ayla sabía que el jugo de la baya era eficaz para aliviar la sensación ardiente que se sentía al orinar, sobre todo cuando la sangre hacía que la orina adquiriese un color sonrosado.

Cerca había una planta de rábano picante con flores blancas agrupadas en un ramillete, al extremo de tallos con hojas estrechas y pequeñas, y más abajo, hojas verdes largas, puntiagudas, con matices oscuros y brillantes que crecían en el suelo. La raíz era robusta y bastante larga, con un aroma acre y un sabor cálido y ardiente. En cantidades muy pequeñas, proporcionaba a las carnes un sabor agradable, pero Ayla se sentía más intrigada por su uso medicinal como estimulante del estómago y como diurético, y también por su aplicación sobre las articulaciones doloridas e inflamadas. Pensó en la posibilidad de detenerse para recoger algunas plantas, pero después decidió que probablemente no valía la pena perder tiempo.

No obstante, echó mano sin vacilar del palo puntiagudo de cavar cuando vio la artemisa. La raíz era uno de los ingredientes de su infusión matutina especial, la que bebía durante su período lunar, cuando sangraba. En otras ocasiones usaba distintas plantas, en particular el trébol dorado, que siempre crecía sobre otras plantas y a menudo las mataba. Mucho tiempo atrás Iza le había hablado de las plantas mágicas, cuyas propiedades podían conferir al espíritu de su tótem fuerza suficiente para derrotar al espíritu del tótem de un hombre, de modo que un niño no comenzara a crecer dentro de su cuerpo. Iza siempre le había advertido que no debía decírselo a nadie, y menos todavía a un hombre.

Ayla no tenía muy claro si eran los espíritus los que engendraban a los niños. Creía que un hombre tenía más que ver con el asunto, pero, de todos modos, las plantas secretas eran eficaces. La vida nueva no comenzaba en ella cuando bebía las infusiones especiales, y para el caso poco importaba que hubiera estado o no cerca de

un hombre. No era que ella pensase en oponerse cuando se asentaran en un lugar, pero Jondalar le había hecho comprender que, en vista del largo viaje que les esperaba, era peligroso que se quedase embarazada en el camino.

Mientras extraía la raíz de la artemisa y sacudía la tierra, vio las hojas en forma de corazón y las largas flores tubulares amarillas de la serpentaria, que era idónea para prevenir el aborto. Con un estremecimiento de dolor, recordó la vez que Iza había ido a buscar la planta para ella. Cuando se incorporó y fue a depositar las raíces frescas que acababa de recoger en un canasto especial colocado casi encima de una de las canastas que Whinney cargaba, vio que la yegua mordisqueaba selectivamente los extremos de las plantas de avena silvestre. Pensó que eran unas semillas que también le gustaban una vez cocidas; su mente continuaba de forma automática la catalogación medicinal, agregó la información de que las flores y los tallos facilitaban la digestión.

El caballo había defecado y Ayla observó las moscas que zumbaban alrededor de los excrementos. Pensó que, en ciertas estaciones, los insectos podían ser terribles, y decidió buscar plantas para repelerlos. ¿Quién sabía qué clase de territorio tendrían que atravesar?

En su recorrido superficial de la vegetación local vio un arbusto espinoso que reconoció como perteneciente a la variedad del ajenjo, de sabor amargo y fuerte olor a alcanfor; pensó que no era un repelente de insectos, pero tenía sus aplicaciones. Cerca había geranios, especies silvestres con hojas muy dentadas y flores rosadas y rojizas de cinco pétalos, los cuales daban frutos semejantes a los picos de las cigüeñas. Las hojas secas y molidas ayudaban a detener las hemorragias y sanaban las heridas; preparadas como infusión curaban las llagas y sarpullidos bucales, y las raíces eran buenas para la diarrea y otros problemas estomacales. Tenían un sabor acre y áspero, pero eran lo bastante suaves para administrarlas a los niños y los ancianos.

Cuando volvió los ojos hacia Jondalar, vio de nuevo a Lobo, que continuaba masticando el zapato. De pronto, suspendió sus cavilaciones y concentró su atención en las últimas plantas que había visto. ¿Por qué habían atraído su atención? Algo en ellas parecía importante. De golpe comprendió. Extendió rápidamente la mano hacia el palo de cavar y comenzó a abrir el suelo alrededor del ajenjo de sabor acre con fuerte olor a alcanfor, y después junto al geranio áspero, astringente, pero relativamente inofensivo.

Jondalar había montado y se preparaba para reanudar la marcha cuando se volvió hacia ella.

—Ayla, ¿por qué estás recolectando plantas? Tenemos que continuar. ¿Realmente las necesitas ahora?

—Sí —dijo ella—, no tardaré mucho —agregó, y comenzó a extraer la raíz larga y gruesa del rábano picante, con el sabor cálido y ardiente—. Creo que he descubierto el modo de mantenerlo alejado de nuestras cosas —dijo Ayla, señalando al joven lobo

que juguetonamente masticaba lo que quedaba del zapato de cuero—. Voy a preparar un «repelente contra Lobo».

Desde el lugar donde habían acampado enfilaron hacia el sudeste, para regresar al río cuyo curso habían venido siguiendo. El polvo que el viento esparcía se había aquietado durante la noche, y en el aire despejado y limpio el cielo infinito revelaba el límite lejano del horizonte, que antes estaba sumido en sombras. Mientras cabalgaban a través del campo, el paisaje entero de un extremo a otro de la Tierra, de norte a sur, de este a oeste, ondulando y agitándose, siempre en movimiento, era todo hierba; una vasta, inmensa pradera. Los pocos árboles que crecían únicamente cerca de los cursos de agua, destacaban de la vegetación dominante. Pero la magnitud de la planicie cubierta de hierba era la más extensa que los viajeros habían visto en su vida.

Láminas macizas de hielo, de dos, tres, cinco e incluso ocho kilómetros de espesor, cubrían los confines de la Tierra y se extendían a las áreas septentrionales, aplastando la corteza pétrea del continente y deprimiendo el propio lecho de rocas con un peso inverosímil. Al sur del hielo estaban las estepas —prados fríos y secos tan anchos como el continente, que se extendían desde el océano occidental hasta el mar oriental—. Toda la tierra que bordeaba el hielo era una inmensa llanura de hierba. Por doquier, recorriendo la inmensidad, desde el valle bajo hasta la colina azotada por el viento, había hierba. Las montañas, los ríos, los lagos y los mares que suministraban humedad suficiente a los árboles eran las únicas interrupciones en el carácter esencialmente de pastizales de las tierras septentrionales durante la Edad del Hielo.

Ayla y Jondalar notaron que el nivel del suelo comenzaba a descender hacia el valle del río más ancho, pese a que aún estaban a cierta distancia del agua. Al poco rato se vieron rodeados por hierbas más altas. Esforzándose por ver por encima de las matas de dos metros y medio de altura, incluso montada en Whinney, Ayla podía divisar poco más que la cabeza y los hombros de Jondalar entre los extremos plumosos y los tallos que se balanceaban con sus florecillas minúsculas de color dorado que adquirían un matiz levemente rojizo a cierta altura, sobre los tallos delgados de color verdeazul. De tanto en tanto veía al caballo pardo oscuro, pero reconocía a Corredor sólo porque sabía que era él. Le alegraba la ventaja de que gozaban gracias a la altura de los caballos. Ayla sabía que si hubieran ido andando habría sido como atravesar un espeso bosque de altos hierbajos verdes agitados por el viento.

De cualquier modo, las hierbas no eran obstáculo a pesar de su tamaño, pues se separaban fácilmente frente a ellos a medida que cabalgaban, pero podían ver sólo a poca distancia de los tallos más próximos; por detrás la hierba volvía a cerrarse, dejando escaso rastro del camino ya recorrido. La visión de ambos estaba limitada a la zona más próxima que les rodeaba, como si hubieran llevado consigo un

receptáculo de su propio espacio a medida que avanzaban. Con sólo la brillante incandescencia para marcar la senda conocida en el claro y alto azul del cielo, y los tallos que se inclinaban para señalar la dirección del viento dominante, les habría sido más difícil encontrar el camino, y muy fácil separarse.

Mientras cabalgaba, Ayla escuchaba el silbido del viento y el zumbido agudo de los mosquitos que revoloteaban junto a su oído. Hacía calor y reinaba una atmósfera sofocante en medio de la densa vegetación. Aunque alcanzaba a ver las altas gramíneas que se balanceaban, apenas sentía la caricia del viento. El zumbido de las moscas y un repentino olor a estiércol fresco le indicaron que Corredor había defecado recientemente. Aunque el corcel no se hubiera encontrado a corta distancia, algunos pasos por delante, Ayla habría sabido que el joven animal había pasado por allí. Conocía su olor tan bien como el de la yegua que montaba y el olor de su propio cuerpo. Alrededor prevalecía el denso aroma a humus de la tierra y el perfume verde de la vegetación que brotaba. Ayla no clasificaba los olores como buenos o malos; utilizaba su nariz, igual que usaba sus ojos y sus oídos, con consciente discriminación, para facilitar la investigación y el análisis del mundo perceptible.

Al cabo de un rato, la monotonía del paisaje, largos tallos verdes tras largos tallos verdes, el movimiento rítmico del caballo y el cálido sol que caía casi a plomo sobre sus cabezas, provocó cierto letargo en Ayla; estaba despierta, pero no del todo consciente. Los tallos de hierba repetitivos, altos, delgados, entrecruzándose, se convirtieron en una mancha que ella ya no veía. En cambio, comenzó a oler la restante vegetación. Como de costumbre, allí crecían muchas más plantas que gramíneas y Ayla lo anotó mentalmente, sin pensar conscientemente en ello. Era sencillamente el modo de percibir su propio ambiente.

Allí, pensaba Ayla, en ese espacio abierto —practicado por algún animal al revolcarse— estaban los pies de ánade, como los llamaba Nezzie, y el amaranto que crecía cerca de la caverna del clan. Ayla murmuró que debía recoger un poco, pero no hizo ningún esfuerzo en ese sentido. Aquella planta, con las flores amarillas y las hojas enroscadas alrededor del tallo, era un repollo silvestre. Convendría cogerlo para la noche, pero lo dejó pasar. Aquellas flores de color azul púrpura, con hojitas, eran la algarroba, y tenían muchas vainas. ¿Ya serían comestibles? Probablemente no. Allá delante, una flor ancha y blanca, con el centro redondeado y rosado, era la zanahoria silvestre. Le pareció que Corredor acababa de pisar algunas de las hojas. Usaría su palo de cavar, pero había más a lo lejos. Al parecer había gran cantidad de zanahorias silvestres. Podía esperar; hacía demasiado calor. Trató de espantar un par de moscas que zumbaban alrededor de sus cabellos empapados de sudor. Hacía rato que no veía a Lobo. ¿Dónde estaría?

Se volvió en busca del lobo y vio que marchaba a poca distancia de la yegua, olisqueando el terreno. El animal se detuvo, alzó la cabeza para captar otro olor, y después desapareció entre los pastos, a la izquierda de su ama. Ayla vio una gran libélula azul de alas manchadas, asustada por el paso del lobo a través de la densa

cortina animada, la cual revoloteaba alrededor del lugar donde él había estado, como si quisiera marcarlo. Poco después, un graznido y un batir de alas anunciaron la repentina aparición de una gran avutarda que echaba a volar. Ayla buscó su honda, que llevaba rodeándole la cabeza a la altura de la frente. Era un buen lugar para echar mano rápidamente del arma, y además le mantenía sujetos los cabellos.

Pero la enorme avutarda —con su docena de kilogramos, el ave más pesada de las estepas— volaba rápido a pesar de su tamaño, y estuvo fuera de alcance antes de que Ayla extrajese una piedra de su bolsa. Observó cómo el ave moteada, de alas blancas con bordes oscuros, aumentaba su velocidad, la cabeza tendida hacia delante, las patas hacia atrás, alejándose. Ayla pensó entonces que debería haber prestado atención al olor percibido por Lobo. La avutarda hubiera sido una maravillosa comida para los tres, y hasta habría sobrado bastante carne.

—Lástima no haber sido más rápidos —dijo Jondalar.

Ayla advirtió que Jondalar guardaba en el canasto una lanza liviana y el artefacto lanzador. Asintió, mientras volvía a colocarse la honda de cuero alrededor de la frente.

—Ojalá hubiese aprendido a usar el palo arrojadizo de Brecie —se lamentó—. Es mucho más rápido. Cuando nos detuvimos junto al pantano en el que anidaban tantos pájaros, de camino para cazar mamuts, parecía increíble lo rápido que era con él. Y podía abatir más de un pájaro cada vez.

—Era buena; pero probablemente practicó con ese palo arrojadizo tanto tiempo como tú con tu honda. No creo que esa clase de habilidad se aprenda en una temporada.

—Pero si estas hierbas no fueran tan altas, yo podría haber visto lo que Lobo perseguía a tiempo para preparar la honda y algunas piedras. Pensé que sólo era un ratón de campo.

—Tendríamos que mantener los ojos abiertos por si Lobo levanta otra presa —dijo Jondalar.

—Yo tengo los ojos abiertos. ¡Pero no alcanzo a ver nada! —dijo Ayla. Elevó los ojos al cielo para verificar la posición del sol y estiró el cuello para mirar por encima de la hierba—. Tienes razón —convino—. No nos vendría mal conseguir carne fresca para la noche. He visto toda clase de plantas que son buenas para comer. Había pensado detenerme para recoger algunas, pero me parece que abundan por todas partes; prefiero hacerlo después y comerlas frescas, y no cuando este sol tan abrasador las haya marchitado. Aún nos queda un poco de la carne asada de bisonte que nos dieron en el Campamento del Espolín, pero sólo durará una comida más, y no veo motivo para consumir la carne seca en esta época del año, cuando hay mucho alimento fresco alrededor. ¿Cuánto falta para que nos detengamos?

—Creo que no estamos lejos del río…, aquí hace más fresco y estas hierbas altas suelen crecer en las tierras bajas, alrededor del agua. Cuando lleguemos a la orilla, empezaremos a buscar un lugar para acampar mientras seguimos el curso del río —

dijo Jondalar, y reanudó la marcha.

La zona de hierbas altas se prolongó todo el camino hasta la orilla del río, aunque ahora también había grupos de árboles junto a la pendiente húmeda. Se detuvieron para permitir que los caballos bebiesen, y desmontaron para saciar su propia sed, utilizando un canastito de apretado tejido como cucharón y taza. Lobo apareció poco después y sació ruidosamente su sed; después, se echó y miró a Ayla, con la lengua fuera y un fuerte jadeo.

Ayla sonrió.

—Lobo también tiene calor. Creo que ha estado explorando —dijo—. Me gustaría saber lo que ha descubierto. Ve mucho más que nosotros en este lugar de hierbas altas.

—Quisiera dejarlas atrás antes de acampar. Estoy acostumbrado a ver más lejos, y esta vegetación consigue que me sienta como encerrado. No sé lo que ocurre a pocos metros, y quiero saber lo que hay a mi alrededor —dijo Jondalar, mientras se acercaba a su caballo. Apoyó la mano sobre el lomo de Corredor, justo debajo de la crin dura y rizada; luego, con un enérgico salto, pasó una pierna y, ayudándose con los brazos, se instaló a lomos del robusto corcel. Antes de comenzar a descender el curso del río, alejó al caballo de la orilla de tierra blanda, hasta encontrar un terreno más firme.

Las grandes estepas no constituían en modo alguno un paisaje vasto y monótono de tallos que se mecían grácilmente. Las hierbas altas crecían en ciertas zonas en las que había abundante humedad y donde también existía gran variedad de otras plantas. Dominada por vegetales de más de un metro y medio de altura, que en ocasiones alcanzaban los cuatro metros —grandes tallos azules bulbosos, espolines empenachados y cañuelas de las praderas—, la policromía de los prados sumaba una diversidad de hierbas florecidas de hojas anchas: aster y uña de caballo; la hierba del moro, amarilla y con muchos pétalos, y los grandes cuernos blancos de la datura; el maní y la zanahoria silvestre, los nabos y los repollos; el rábano picante, la mostaza y las cebolletas; el lis, los lirios y el botón de oro; grosellas y fresas; frambuesas rojas y negras.

En las regiones semiáridas de lluvias escasas, crecían los pastos bajos, que alcanzaban una altura inferior a los cuarenta y cinco centímetros. Se mantenían cerca del suelo, y la mayor parte de su desarrollo tenía lugar en la parte de abajo y retoñaban con pujanza sobre todo en tiempo de sequía. Compartían la tierra con el matorral, y en especial con las artemisas, con el ajenjo y la salvia.

Entre estos dos extremos se encontraban los pastos de mediana altura, que ocupaban los lugares demasiado fríos para el pasto bajo o demasiado secos para el pasto alto. Estos prados de humedad moderada también podían ser coloridos; abundaban las plantas en flor mezcladas con la tupida alfombra de avena silvestre, cebada carricera y, sobre todo, en las laderas y las tierras altas, las hierbas pequeñas. La espartina crecía en las tierras más húmedas; el pasto de hojas ahusadas en lugares

más fríos formados por suelos áridos y pedregosos. Había también muchas juncias —plantas de tallos sólidos, que se unían con las hojas que brotaban de los tallos de la hierba—, algunas incluso de corola esponjosa, sobre todo en la tundra y los suelos más húmedos. En los pantanos abundaban los carrizos, las espadañas y las aneas.

Hacía más fresco cerca del río y, a medida que anochecía, Ayla sentía impulsos contradictorios. Deseaba darse prisa y dejar atrás los pastos altos y sofocantes, pero también quería detenerse y recoger algunos de los vegetales que veía a lo largo del camino para incorporarlos a la comida nocturna. Comenzó a percibir un ritmo que la enervaba: sí, se detendría; no, no lo haría. Era un ritmo que se repetía una y otra vez en su cerebro.

Pronto el propio ritmo superó el significado de las palabras, y un latido silencioso que suscitaba en ella la sensación de un sonido muy alto intensificó su aprensión. Era inquietante la sensación de un sonido profundo y estridente que ella no alcanza a oír. Su malestar se acentuó a causa de las altas hierbas que la envolvían permitiéndole ver algo, pero no a suficiente distancia. Estaba acostumbrada a ver a lo lejos, a contemplar amplios paisajes, o por lo menos a ver más allá de la avasalladora cortina de vegetación. A medida que avanzaron, el sentimiento se acentuó, como si todo estuviera acercándose a ellos o como si se aproximaran a la fuente del sonido silencioso.

Ayla advirtió que el terreno aparecía pisoteado en varios lugares; arrugó la nariz cuando percibió un olor fuerte, acre y almizclado, y trató de identificarlo. De pronto, oyó un sordo gruñido que provenía de la garganta de Lobo.

—¡Jondalar! —gritó, y vio que él se había detenido y alzado una mano, para indicarle que no continuase. Sí, allí delante había algo. De pronto, surcó el aire un grito poderoso, estridente y resonante.

Capítulo 3

—¡Lobo! ¡Quédate aquí! —ordenó Ayla al joven animal que, movido por la inquietud, pugnaba por adelantarse. Ayla descendió del lomo de Whinney y caminó para acercarse a Jondalar, que también había desmontado y avanzaba cautelosamente a través de las hierbas menos tupidas que había al frente, en dirección a los alaridos y al sordo retumbar del suelo. Llegó al lado de Jondalar cuando éste se había detenido, y ambos apartaron los últimos tallos altos para tratar de averiguar lo que pasaba. Ayla dobló una rodilla para sujetar a Lobo al mismo tiempo que miraba, sin poder apartar los ojos de la escena que se producía en el claro.

Un agitado rebaño de mamuts lanudos se movía de un lado a otro; al comer habían dejado un enorme claro cerca del borde de la zona de hierbas altas; un mamut grande necesitaba más de trescientos kilos de alimento diario. Por lo tanto, un rebaño podía limpiar rápidamente de vegetación una zona considerable. Había animales de diferentes edades y tamaños, hasta algunos que sin duda habían nacido apenas unas semanas antes. Eso significaba que era un rebaño formado principalmente por hembras emparentadas: madres, hijas, hermanas y tías, acompañadas de sus retoños; una familia grande dirigida por una vieja matriarca sabia y astuta, una hembra visiblemente más corpulenta.

A primera vista, un pardo rojizo parecía ser el color dominante en los mamuts lanudos, pero un examen más atento revelaba muchos matices diferentes. Algunos eran más rojos, otros más pardos y otros tendían al amarillo y al oro, y no pocos parecían casi negros vistos desde lejos. Un pelaje espeso, de doble capa, los cubría por completo, desde los anchos troncos y las orejas excepcionalmente pequeñas, hasta las colas cortas que terminaban en mechones oscuros, así como las patas robustas y las anchas pezuñas. Las dos capas de pelo contribuían a acentuar las diferencias de color.

Aunque gran parte del vellón tibio, denso, sorprendentemente suave, había crecido en un período anterior al del verano, ya había comenzado la aparición del pelo del año siguiente y tenía un color más claro que la capa superior esponjosa, aunque más tosca, que protegía del viento al animal, proporcionándole además profundidad y diferentes matices. Los pelos externos más oscuros, de diferentes longitudes, algunos hasta de un metro de largo, colgaban como una falda de los flancos y formaban una masa espesa que partía del abdomen y la papada —la piel floja del cuello y el pecho— formando un colchón bajo el animal cuando éste se tumbaba en el suelo helado.

Ayla miraba fascinada a una pareja de mellizos jóvenes de hermoso pelaje de color rojo dorado, acentuado por los largos pelos negros del reborde, que asomaban detrás de las enormes patas y la larga falda ocre de la madre que los protegía.

El pelo color pardo oscuro de la vieja líder aparecía salpicado de gris. Ayla también divisó los pájaros blancos que eran permanentes compañeros de los mamuts,

tolerados e ignorados, ya eligieran posarse sobre una cabeza melenuda, o evitasen hábilmente una enorme pata, mientras se alimentaban de los insectos que merodeaban alrededor de las grandes bestias.

Lobo gimió, ansioso por investigar más de cerca a los gigantescos animales, pero Ayla lo contuvo, mientras Jondalar retiraba la cuerda del canasto de Whinney. La guía encanecida se volvió para mirar hacia donde ellos estaban; permaneció así un buen rato —vieron que tenía quebrado uno de sus largos colmillos— y, después, desvió su atención hacia cosas más importantes.

Sólo los machos muy jóvenes permanecían con las hembras; generalmente se separaban del rebaño natal algún tiempo después de alcanzar la pubertad, alrededor de los doce años, pero varios solteros jóvenes, incluso unos pocos de más edad, pertenecían a este grupo. Los había atraído una hembra de pelaje castaño oscuro. Estaba en celo y era la causa de la conmoción que Ayla y Jondalar habían oído. Una hembra en celo, es decir, en el período reproductor en el que las hembras podían concebir, resultaba sexualmente atractiva para todos los machos, a veces en mayor grado de lo que a ella le hubiera gustado.

La hembra de pelaje castaño acababa de reunirse con su grupo de familia, después de separarse de tres machos jóvenes de poco más de veinte años, que habían estado persiguiéndola. Los machos que habían renunciado a su intento, aunque sólo de momento, se mantenían a cierta distancia del apretado rebaño que descansaba mientras ella buscaba respiro después del ajetreo en medio de las hembras excitadas. Una cría de dos años corrió hacia el objeto de la atención del macho y fue saludado con un suave toque de una trompa; encontró uno de los dos pechos entre las patas delanteras de la hembra y comenzó a mamar, mientras ella arrancaba una carga de forraje. Los machos la habían perseguido y acosado el día entero y había tenido escasa oportunidad de alimentar a su cría, ni siquiera de comer o beber ella misma. Tampoco ahora se le ofrecerían demasiadas posibilidades.

Un macho de tamaño mediano se aproximó al rebaño y comenzó a tocar a las restantes hembras con la trompa, entre las patas traseras, a bastante distancia de la cola, oliendo y saboreando para comprobar su disposición. Como los mamuts continuaban creciendo a lo largo de toda su vida, las proporciones de este ejemplar indicaban que era mayor que los tres que habían estado persiguiendo antes a la hembra en celo; probablemente tenía más de treinta años. Al verlo acercarse, la hembra de pelaje castaño se alejó a trote rápido. El macho abandonó inmediatamente a las otras hembras y partió tras ella. Ayla contuvo una exclamación cuando el animal liberó de su envoltura el órgano enorme y éste comenzó a hincharse para formar una S larga y curva.

Jondalar, que estaba en pie al lado de Ayla, oyó la respiración de ésta y le echó una ojeada. Ella se volvió a mirarlo, y los ojos de ambos, igualmente asombrados y maravillados, se encontraron y sostuvieron la mirada unos instantes. Aunque ambos habían cazado mamuts, ninguno de ellos había observado muy a menudo y tan de

cerca a las grandes bestias lanudas; y ninguno de ellos las había visto jamás acoplarse.

Mientras observaba a su compañera, Jondalar notó que la sangre se aceleraba en sus venas. Ella estaba excitada, sonrojada, la boca entreabierta; respiraba de prisa, y sus ojos, muy abiertos, emitían un centelleo de curiosidad. Fascinados por el sobrecogedor espectáculo de aquellas dos enormes criaturas que se disponían a honrar a la Gran Madre Tierra, tal como ella lo exigía a todos sus hijos, se dieron la vuelta y retrocedieron con rapidez.

Entretanto, la hembra describió un amplio arco, manteniéndose alejada del corpulento macho, y logró regresar al rebaño de su familia, aunque eso no modificó mucho la situación. Poco después volvía a ser perseguida. Un macho la alcanzó y comenzó a montarla, pero ella no cooperó y se lo quitó de encima, si bien el animal alcanzó a salpicarle las patas traseras. A veces, la cría trataba de seguir a la hembra castaña que continuaba zafándose de los solteros, hasta que por fin decidió permanecer con las otras hembras. Jondalar se preguntó por qué lucharía tanto por evitar a los machos interesados. ¿Acaso no esperaría la Madre que también las hembras de mamut le rindiesen honores?

Como si se hubieran puesto de acuerdo para detenerse y comer, hubo un rato de silencio; todos los mamuts se desplazaron lentamente hacia el sur, entre los altos pastos, arrancando rítmicamente un montón de hierba tras otro. En las escasas ocasiones en que estaba a salvo de la persecución de los machos, la hembra de pelaje castaño permanecía con la cabeza inclinada; tenía aspecto de estar muy fatigada mientras intentaba comer.

Los mamuts pasaron la mayor parte del día y la noche comiendo. Aunque fuese un alimento más basto y de peor calidad —incluso podían comer pedazos de corteza arrancados con los colmillos— era su comida más habitual en invierno; los mamuts necesitaban consumir enormes cantidades de sustancias fibrosas para sostenerse. En los varios centenares de kilos de vegetales que consumían todos los días y que pasaban por su cuerpo en el lapso de doce horas, se incluía una porción pequeña pero necesaria de plantas de hoja ancha que eran más nutritivas, y a veces algunas hojas bien elegidas de sauce, haya o aliso, cuyo valor alimenticio era más elevado que el de las ásperas hierbas altas y los juncos, aunque podían ser tóxicos para los mamuts si los ingerían en gran cantidad.

Cuando las enormes bestias lanudas se alejaron un poco, Ayla ató la cuerda al cuello del joven lobo, ya que parecía estar más interesado aún que ella y Jondalar. Quería acercarse más y más, pero Ayla no quería que molestara al rebaño o lo inquietase. Ayla intuía que la guía les había autorizado a permanecer allí, pero sólo si se mantenían a distancia. Tras coger de la rienda a los caballos, que se mostraban a su vez nerviosos y excitados, describieron un círculo a través de las hierbas altas y siguieron al rebaño. Aunque ya llevaban cierto tiempo observándolo, ni Ayla ni Jondalar deseaban alejarse. Los mamuts parecían seguir a la expectativa. Algo se

avecinaba. Quizá se trataba de que aún no se había producido el acoplamiento y se sentían poco menos que invitados a observar como testigos privilegiados, pero en realidad parecía existir algo más.

Mientras marchaban con paso lento tras el rebaño, ambos estudiaron de cerca a los enormes animales, pero cada uno lo hizo desde un ángulo distinto. Ayla había sido cazadora desde temprana edad y observaba con frecuencia a los animales, pero sus presas normalmente eran mucho más pequeñas. Por regla general, los individuos aislados no cazaban mamuts; eran la presa de grandes grupos organizados y coordinados. En realidad, ella ya había estado antes cerca de las grandes bestias, en las ocasiones en que había salido a cazarlas con los mamutoi. Pero durante la cacería se disponía de poco tiempo para observar y aprender, y Ayla no sabía cuándo se le ofrecería otra oportunidad para examinar tan atentamente a la hembra y al macho.

Aunque sabía que el perfil de cada uno tenía formas características, esta vez prestó especial atención al asunto. La cabeza de un mamut era grande y alta —con enormes cavidades nasales que ayudaban a entibiar el aire invernal terriblemente frío que respiraban— y las proporciones aumentaban a causa de un relleno de grasa y un conspicuo mechón de pelos duros y oscuros. Justo a continuación de la cabeza se hallaba la depresión profunda de la nuca del cuello corto, que conducía a un segundo relleno de grasa, sobre la cruz, a más altura que las paletillas. Desde allí, el lomo descendía bruscamente hacia la pelvis pequeña y las caderas casi esbeltas. Ayla sabía, gracias a la experiencia de descuartizar y comer carne de mamut, que la gordura de la segunda joroba tenía una calidad distinta que la capa de grasa de unos ocho centímetros de espesor que se extendía bajo la gruesa piel de más de dos centímetros. Era más delicada y más sabrosa.

Los mamuts lanudos tenían patas relativamente cortas en relación con su tamaño, cosa que les facilitaba la ingestión del alimento, pues comían principalmente pasto, no las hojas verdes y altas de los árboles, como era el caso de sus parientes ramoneadores de los climas tibios; había pocos árboles en las estepas. Pero lo mismo que les ocurría a aquéllos, la cabeza del mamut estaba a bastante distancia del suelo, y era demasiado grande y pesada, en particular a causa de los enormes colmillos, de tal modo que no podía sostenerse sobre un cuello largo para alcanzar directamente la comida y la bebida, como hacían los caballos o los ciervos. La evolución de la trompa había resuelto el problema de llevarse a la boca el alimento y el agua.

El hocico peludo y sinuoso del mamut lanudo tenía fuerza suficiente para arrancar un árbol o alzar un pesado bloque de hielo y arrojarlo al suelo para que se dividiera en fragmentos más pequeños y mejor aprovechables para obtener agua en invierno; además, el animal era bastante diestro para elegir y arrancar una sola hoja. El hocico también estaba maravillosamente adaptado a la tarea de arrancar la hierba. En el extremo tenía dos proyecciones. Un apéndice parecido a un dedo en la parte superior, el cual permitía un control delicado, y una estructura más ancha y chata, muy flexible, en la parte inferior, casi una mano, pero sin huesos o dedos.

Jondalar contempló asombrado la agilidad y la fuerza de la trompa cuando vio a un mamut enrollar la proyección inferior muscular alrededor de un haz de hierbas altas que crecían muy cerca unas de otras, y sujetarlas, mientras el dígito superior tocaba otros tallos que crecían cerca, de forma que finalmente se acumuló una buena carga. Aseguró la sujeción del conjunto cerrando el dedo superior alrededor del manojo, como si hubiese sido un pulgar contrapuesto, y la trompa peluda arrancó la hierba del suelo, junto con las raíces. Después de sacudir parte de la tierra, el mamut se llevó el alimento a la boca, y mientras masticaba iba buscando más.

La devastación que un rebaño dejaba tras de sí a medida que realizaba su larga emigración por las estepas era considerable, o al menos causaba esa impresión. Sin embargo, a pesar de toda la hierba arrancada de raíz y de la corteza extraída de los árboles, aquella destrucción resultaba beneficiosa para las estepas y para otros animales. Como eliminaban las hierbas altas de tallos leñosos y los arbolillos, quedaban libres lugares que permitían el crecimiento de vegetales más sustanciosos y hierbas nuevas; un alimento que era esencial para el resto de los habitantes de las estepas.

Ayla se estremeció de pronto y experimentó una extraña sensación en los huesos. Advirtió que los mamuts habían cesado de comer. Varios levantaron la cabeza y miraron hacia el sur, las orejas peludas atentas, la cabeza moviéndose hacia delante y hacia atrás. Jondalar advirtió un cambio en la hembra color rojo oscuro, la misma que antes había sido perseguida por todos los machos. Su expresión de fatiga había desaparecido; ahora su actitud era expectante. De pronto, emitió un mugido profundo y vibrante. Ayla notó su resonancia dentro de su cabeza, luego, como reacción, se le puso la carne de gallina, porque del sudoeste, a modo de respuesta, llegó un mugido sordo que parecía el sonido de un trueno distante.

—Jondalar —dijo Ayla—. ¡Mira hacia allí!

Jondalar miró hacia el lugar que ella señalaba. Corriendo hacia ellos, envuelto en una nube de polvo que se elevaba como agitada por un torbellino, pero con la cabeza abovedada y las paletillas visibles sobre las altas hierbas, apareció un enorme mamut rojo pálido, de colmillos fantásticos e inmensos, curvados hacia arriba. Donde nacían, a ambos lados de la mandíbula superior, eran enormes. Se abrían hacia los costados a medida que descendían, para después curvarse hacia arriba y formar una espiral hacia dentro, cuyas puntas gastadas apenas se tocaban. Con el tiempo, si no se rompían, formarían un gran círculo con los extremos cruzados al frente.

Los elefantes de espeso pelaje de la Edad del Hierro eran animales bastante macizos, que rara vez superaban los tres metros treinta en la cruz, pero sus colmillos alcanzaban un enorme tamaño, el más espectacular de todas estas especies. Cuando un mamut macho robusto cumplía los setenta años, los grandes apéndices curvos de marfil podían alcanzar una longitud de casi cinco metros, y cada uno pesaba unos ciento veinte kilos.

Se percibió un olor fuerte, acre y almizclado mucho antes de que se aproximara el

macho rojizo, provocando una oleada de frenética excitación entre las hembras. Cuando llegó al claro, todas corrieron hacia él, ofreciéndole su olor con grandes chapoteos de orina, chillando, trompeteando y emitiendo sus saludos. Lo rodearon, volviéndose y mostrándole las ancas, o tratando de tocarle con las trompas. Se sentían atraídas, pero también abrumadas. Entretanto, los machos se retiraron hacia la periferia del grupo.

Cuando el recién llegado estuvo bastante cerca, de modo que Ayla y Jondalar pudieron contemplarlo a sus anchas, también ellos se sintieron desconcertados. Tenía una gran cabeza abovedada, que permitía ver con nitidez las líneas de marfil enroscado. Por una parte superaban con mucho la longitud y el diámetro de los colmillos más pequeños y más rectos de las hembras, pero, por añadidura, aquellos colmillos impresionantes lograban que los apéndices más que respetables de otros grandes machos parecieran minúsculos. Las orejas pequeñas y peludas, ahora erguidas, el mechón oscuro rígido y erecto, y el pelaje pardorrojizo claro, con los pelos más largos desordenados y flotando al viento, lograban que el cuerpo enorme de por sí pareciese aún más grande. Con casi sesenta centímetros más que los machos de mayor corpulencia, y doble peso que las hembras, era con mucho el animal más gigantesco que cualquiera de los dos humanos hubiera visto jamás. Después de sobrevivir a tiempos difíciles y gozar de momentos propicios durante más de cuarenta y cinco años, estaba en la cumbre de sus condiciones físicas, era un mamut macho en la plenitud de la fuerza; en verdad ofrecía una estampa magnífica.

En cualquier caso, los restantes machos retrocedieron no sólo por el dominio natural que ejercía el tamaño de aquel ejemplar. Ayla vio que tenía las sienes muy hinchadas y, a medio camino entre los ojos y las orejas, el pelaje rojizo estaba manchado con hilos negros, dejados por un fluido almizclado y viscoso que manaba sin cesar. De su cuerpo surgía continuamente, y a veces el propio animal la lamía, una orina de un fuerte olor acre, que revestía el pelo de las patas y la funda de su órgano viril con una espuma verdosa. Ayla se preguntó si estaría enfermo.

Pero las glándulas temporales hinchadas y otros síntomas no indicaban enfermedad. En los mamuts lanudos, no sólo las hembras entraban en celo, otro tanto les ocurría todos los años a los machos que habían alcanzado la edad adulta; es decir, entraban en un período en el que la disposición sexual se acentuaba. Aunque un mamut macho llegaba a la pubertad alrededor de los doce años, no comenzaba el celo antes de frisar los treinta, y entonces duraba sólo una semana; pero cuando entraba en los cuarenta se encontraba en óptimas condiciones físicas y podía tener un celo que duraba tres o cuatro meses cada año. Aunque después de la pubertad cualquier macho podía acoplarse con una hembra receptiva, los machos tenían mucho más éxito cuando estaban en celo.

El gran macho de pelaje rojizo no sólo dominaba con su cuerpo al resto, sino que estaba en pleno celo y había llegado, en respuesta a la llamada de la hembra, para unirse con otro animal en celo.

A corta distancia, los mamuts machos sabían cuándo estaban preparadas las hembras para concebir, porque el olor les advertía, lo mismo que sucedía con la mayor parte de los machos de las especies cuadrúpedas. No obstante, los mamuts recorrían territorios tan dilatados que habían adquirido otro modo de comunicar que estaban preparados para acoplarse. Cuando una hembra estaba en celo, o en el caso de que lo estuviera un macho, el timbre de la voz descendía. Los sonidos muy graves no se apagan cuando atraviesan distancias largas, como sucede con los tonos más altos, y las llamadas profundas y retumbantes emitidas sólo en estas circunstancias recorrían muchos kilómetros a través de las vastas planicies.

Jondalar y Ayla podían oír el rumor grave del celo femenino con bastante claridad, pero el macho en celo usaba tonos profundos tan discretos que apenas alcanzaban a escuchar. Incluso en circunstancias normales los mamuts se comunicaban con frecuencia a través de la distancia con mugidos profundos y llamadas que la mayoría de la gente no advertía. Sin embargo, las llamadas del mamut macho en celo eran en realidad rugidos muy potentes y profundos; la llamada de la hembra en celo era incluso más estridente. Aunque pocas personas podían percibir las vibraciones sonoras de los tonos profundos, la mayor parte de los elementos de esos sonidos eran tan graves que quedaban por debajo del umbral de la audición humana.

La hembra de pelaje castaño había retornado al grupo de solteros más jóvenes, seducidos también por el olor atractivo que de ella se desprendía, así como por los mugidos sonoros llamados graves, que podían ser oídos a gran distancia por otros mamuts, aunque no por la gente. Pero ella quería que un macho mayor y dominante fuese el padre de su hijo; tenía que ser un macho cuyos años de vida le demostrasen su salud y sus instintos de supervivencia, y que ella supiera que tenía virilidad suficiente para ser padre; en otras palabras, un macho en celo. Por supuesto que no se lo planteaba precisamente de ese modo, pero su cuerpo sabía a qué atenerse.

Ahora que él había llegado, la hembra estaba preparada. Con el largo reborde de pelo que se movía a cada paso que daba, la hembra de pelaje castaño corrió hacia el gran macho, emitiendo sonoros mugidos mientras agitaba las orejas pequeñas y peludas. Orinó con fuerza formando un gran charco y después acercó la trompa al órgano largo en forma de S, lo olió y saboreó la orina del macho. Después de emitir un bramido poderoso, giró sobre sí misma y le mostró las caderas, la cabeza erguida.

El enorme macho apoyó el tronco contra la grupa de la hembra, acariciándola y calmándola; su enorme órgano casi tocaba el suelo. Después, se levantó sobre las patas traseras y la montó, apoyando las dos patas delanteras sobre el lomo de la hembra. Tenía casi doble tamaño que ella; era tan corpulento que parecía que podía aplastarla, pero la mayor parte del peso recaía sobre sus propias patas traseras. Con el extremo curvo de su órgano maravillosamente móvil, encontró la abertura baja; después pareció elevarse y penetró profundamente, en tanto abría la boca para emitir un rugido.

El rumor profundo que Jondalar oyó parecía sofocado y lejano, si bien él mismo experimentó una suerte de latido. Ayla oyó el rugido con fuerza apenas un poco mayor, pero se estremeció violentamente porque una vibración le recorrió el cuerpo. La hembra de pelaje castaño y el macho rojizo mantuvieron largo rato esa posición. Los largos mechones rojizos del pelaje del macho relucían sobre su cuerpo por la intensidad del esfuerzo, pese a que el movimiento era leve. Después, el macho desmontó y orinó casi inmediatamente. Ella avanzó y emitió un mugido grave y prolongado, que provocó un intenso escalofrío en la espina dorsal de Ayla y le erizó la piel.

Todo el rebaño corrió hacia la hembra de pelaje castaño, trompeteando y mugiendo, tocándole la boca y la vagina abierta con las trompas, defecando y orinando en un estallido de excitación. El mamut rojizo parecía no advertir el alegre pandemonio, mientras descansaba con la cabeza inclinada. Finalmente, todos se calmaron y comenzaron a alejarse en busca de alimento. Sólo la cría permaneció cerca de su madre. La hembra de pelaje castaño emitió de nuevo un mugido profundo, y después frotó la cabeza contra la grupa cubierta de pelo rojizo.

Ninguno de los restantes machos se aproximó al rebaño donde estaba el gran macho, aunque la hembra castaña no era menos tentadora. Además de determinar que los machos fuesen irresistibles para las hembras, el celo les proporcionaba una situación de dominio sobre los otros machos y los convertía en animales muy agresivos incluso frente a los que tenían más corpulencia, a menos que éstos también compartieran el mismo estado de excitación. Los demás machos se alejaron, pues sabían que el de pelo rojizo se irritaría fácilmente. Únicamente otro animal en celo se atrevería a enfrentársele, y eso sólo si tenía unas proporciones parecidas. Después, si ambos se sentían atraídos por la misma hembra y se encontraban cerca el uno del otro, invariablemente combatían; el resultado podría ser de graves consecuencias: heridas profundas o simplemente la muerte.

Casi, como si hubieran tenido conciencia de lo que podía sucederles, se esforzaban por evitarse y así esquivar la lucha. Las llamadas de tono grave y los acres regueros de orina del macho en celo no sólo anunciaban su presencia a las hembras ansiosas, también indicaban dónde se encontraba en beneficio de otros machos. Sólo tres o cuatro machos estaban simultáneamente en celo durante el período de seis o siete meses en que las hembras podían estar en iguales condiciones; pero era improbable que cualquiera de ellos desafiara al gran macho rojizo por conseguir los favores de la hembra que estaba en celo. Era el animal dominante entre los de su especie, al margen de que estuviera o no en celo, y los demás sabían a qué atenerse.

Mientras continuaban mirando, Ayla vio que incluso cuando la hembra de pelo rojizo y el macho de color más claro comenzaron a alimentarse, permanecían cerca uno del otro. En cierto momento la hembra se alejó unos metros, para comer más hierbas especialmente suculentas. Un macho joven, poco más que un adolescente, trató de acercarse a ella, pero cuando la hembra trotó de regreso al lado de su

consorte, el macho rojizo se abalanzó sobre el joven, emitiendo un mugido sordo. El olor intenso acre peculiar y el gruñido impresionaron al joven macho. Se alejó deprisa, después de inclinar respetuoso la cabeza, y se mantuvo a distancia. Por fin, manteniéndose cerca del macho en celo, la hembra pudo descansar y alimentarse sin que la persiguieran.

La mujer y el hombre no acababan de decidirse a reanudar la marcha, a pesar de que sabían que todo había terminado, y Jondalar de nuevo comenzaba a sentir la necesidad de continuar viaje. Se sentían sobrecogidos y honrados porque se les había permitido presenciar el acoplamiento de los mamuts. Y no sólo habían podido observar, sino que se sentían parte del acontecimiento, como si hubiesen sido protagonistas de una ceremonia conmovedora e importante. Ayla hubiera deseado acercarse a la carrera y tocarlos para manifestarles su aprecio y compartir su alegría.

Antes de alejarse, Ayla advirtió que muchas de las plantas comestibles que había visto a lo largo del camino crecían cerca y decidió coger algunas, con la ayuda de su palo de excavar para extraer las raíces y de un cuchillo especial, bastante grueso y fuerte, muy útil para cortar los tallos y las hojas. Jondalar desmontó para ayudarla, aunque tuvo que pedirle que le señalase exactamente lo que deseaba llevarse.

La situación todavía le sorprendía. Durante el tiempo en que habían vivido en el Campamento del León, Ayla había aprendido las costumbres y la forma de trabajar de los mamutoi, diferentes de las del clan. Pero incluso allí, Ayla a menudo trabajaba con Deegie o Nezzie, o bien muchas personas trabajaban juntas, y Ayla había olvidado la disposición de Jondalar a realizar tareas que los hombres de la aldea del clan habrían considerado propias de mujeres. Sin embargo, desde los primeros tiempos en su valle, Jondalar nunca había vacilado en hacer todo lo que ella hiciera, y le sorprendía que ella no le pidiese participar en todas las tareas necesarias. Ahora que estaban los dos solos, Ayla recordó de nuevo este rasgo del carácter de Jondalar.

Cuando al fin partieron, cabalgaron un rato en silencio. Ayla continuó pensando en los mamuts; no podía apartarlos de su mente. Pero también pensaba en los mamutoi, que le habían proporcionado un hogar y un sitio al cual pertenecer cuando no tenía nada. Ellos mismos llevaban el nombre de Cazadores del Mamut, pese a que cazaban otras muchas clases de animales, y concedían a las enormes bestias lanudas un lugar especialmente honroso, a pesar de que las cazaban. Además de suministrarles gran parte de lo que necesitaban para sobrevivir —carne, grasa, cuero, lana para fibras y cuerdas, marfil para fabricar herramientas y tallar objetos, huesos para levantar viviendas e incluso combustible—, la cacería del mamut encerraba para ellos un profundo significado espiritual.

Ahora, Ayla se sentía más mamutoi, a pesar de que estaba alejándose. Se decía que no era casual que hubiesen tropezado con el rebaño precisamente aquel día. Estaba segura de que había una razón para ello, y se preguntó si Mut, la Madre

Tierra, o quizá su tótem intentaban decirle algo. En los últimos tiempos había pensado con frecuencia en el espíritu del Gran León de la Caverna, que era el tótem que le había dado Creb, y solía preguntarse si él continuaba protegiéndola aunque ella ya no pertenecía al clan y si un espíritu del tótem del clan tendría cabida en su nueva vida con Jondalar.

Las hierbas altas finalmente comenzaron a ralear y los dos se acercaron más al río, mientras buscaban un lugar donde acampar. Jondalar volvió los ojos hacia el sol que se ponía por el oeste y decidió que era demasiado tarde para tratar de cazar esa noche. No lamentaba haberse detenido a mirar a los mamuts, pero había abrigado la esperanza de cazar y conseguir carne, no sólo para la cena, sino para sobrevivir los días siguientes. No deseaba verse obligado a utilizar los alimentos secos que llevaban consigo, a menos que los necesitaran realmente. Así pues, tendría que ocuparse de aquel asunto por la mañana.

El valle, con su frondosa vegetación en las tierras bajas cercanas al río, había ido cambiando, y el paisaje vegetal también variaba. A medida que las orillas del curso de aguas rápidas se elevaban más y más, la naturaleza de las hierbas cambiaba y, con gran alivio de Jondalar, tendía a tener menor altura. Apenas rozaba los vientres de los caballos. Prefería tener la posibilidad de ver cómo y por dónde avanzar. Cuando el terreno comenzó a nivelarse, cerca de la cima de una loma, el paisaje presentaba un aspecto conocido. Nunca habían estado precisamente en aquel sitio, pero era similar a la región que se extendía alrededor del Campamento del León, con altas orillas y barrancos erosionados que conducían al río.

Ascendieron la loma levemente empinada, y Jondalar advirtió que el curso del río se desviaba hacia la izquierda, en dirección este. Era hora de alejarse del curso de agua, que se desplazaba lenta y sinuosamente hacia el sur; ahora había que girar hacia el oeste, a campo traviesa. Se detuvo para consultar el mapa que Talut había tallado en marfil para Jondalar. Cuando levantó la mirada, vio que Ayla había desmontado y estaba de pie en la orilla, contemplando el río. Algo en la actitud de Ayla le hizo presentir que se sentía inquieta o desgraciada.

Alzó una pierna, desmontó y se acercó a ella. Al otro lado del río vio lo que había atraído la atención de Ayla. En la loma, sobre una terraza, a medio camino hacia la cima de la orilla opuesta del río había un montículo ancho y largo, con matas de hierbas que crecían en los flancos. Parecía ser parte de la propia orilla, pero la entrada en arco, cerrada por una gruesa cortina de piel de mamut, revelaba su actual naturaleza. Era un refugio, similar al hogar del Campamento del León, donde habían vivido el invierno pasado.

Mientras Ayla miraba la estructura de aspecto conocido, recordó vívidamente el interior del refugio del Campamento del León. La espaciosa vivienda semisubterránea era sólida y había sido construida con el propósito de que durase muchos años. Se había excavado el piso en el suelo de fino loess de la orilla del río, y estaba bajo el nivel del terreno. Tanto las paredes como el techo redondeado de tierra

cubierta con arcilla del río estaban sólidamente apuntalados por una estructura de más de una tonelada de grandes huesos de mamut, con cornamentas de ciervo entrelazadas y unidas en el techo, y un espeso revestimiento de hierbas y juncos amalgamados con los huesos y la arcilla. Varios bancos de tierra situados en los laterales servían de abrigada cama, y se habían creado zonas de almacenaje al nivel de los hielos perpetuos. El arco estaba formado por dos grandes colmillos curvos de mamut, con las bases en el suelo y las puntas enfrentadas y unidas. Desde luego, no era una construcción provisional, sino un asiento permanente bajo un techo, con amplitud suficiente para albergar a varias familias numerosas. Ayla tenía la certeza de que los constructores de un refugio semejante tenían el firme propósito de regresar, exactamente como sucedía todos los inviernos con los habitantes del Campamento del León.

—Seguramente están en la Reunión de Verano —dijo Ayla—. ¿A quién puede pertenecer este campamento?

—Quizá al Campamento del Espolín —sugirió Jondalar.

—Tal vez —dijo Ayla, y después miró en silencio, más allá del torrente—. Parece tan desierto —agregó al cabo de un rato—. Cuando partimos no pensé que jamás volvería a ver el Campamento del León. Recuerdo cuando estaba buscando mis cosas para llevar a la reunión y dejé algunas. Si hubiera sabido que no iba a volver, tal vez las habría llevado conmigo.

—Ayla, ¿lamentas haberte marchado? —La preocupación de Jondalar se manifestó, como siempre, en las arrugas de inquietud que le surcaban la frente—. Te dije que yo permanecería allí y me convertiría también en mamutoi, si tú lo deseabas. Sé que encontraste con ellos un hogar y que eras feliz. No es demasiado tarde. Aún podemos regresar.

—No; me entristece haberme ido de allí, pero no lo lamento. Deseo estar contigo. Es lo que quise desde el principio. Jondalar, sé que deseas volver a tu hogar. Quisiste retornar desde que te conocí. Podrías acostumbrarte a vivir aquí, pero nunca serías realmente feliz. Siempre echarías de menos a tu gente, a tu familia, a los seres entre los cuales naciste. Eso no es importante para mí. Nunca sabré con quiénes nací. El clan era mi gente.

Ayla reflexionó un momento, y Jondalar vio que una tierna sonrisa suavizaba su expresión.

—A Iza le hubiera hecho muy feliz saber que me iba contigo. Me quería y hubiera simpatizado contigo. Me dijo con insistencia antes de que yo partiera que yo no era parte del clan, a pesar de que no podía recordar nada ni a nadie excepto mi vida con ellos. Iza era mi madre, la única que conocí, pero deseaba que me alejara del clan. Temía por mí. Antes de morir me dijo: «Busca tu propio pueblo, encuentra a tu propio compañero». No un hombre del clan, sino un hombre de mi misma raza, alguien a quien pudiera amar y que me amase. Pero estuve sola tanto tiempo en el valle que no creí posible encontrar jamás a alguien. Y después llegaste tú. Iza tenía

razón. Aunque partir fuera difícil, necesitaba hallar a mi propia gente. Excepto por lo que a Durc se refiere, casi podría agradecerle a Broud que me obligara a marcharme. Jamás habría encontrado a un hombre que me amase si no hubiese abandonado el clan; y tampoco habría hallado a alguien a quien amara tanto.

—Ayla, no somos tan distintos. No creía que jamás pudiese encontrar a alguien a quien amar, a pesar de que conocí a muchas mujeres entre los zelandonii, y a muchas más en nuestro viaje. Thonolan hacía fácilmente amigos, incluso entre extraños, y él me allanó las cosas. —Cerró los ojos durante un momento de angustia, como si quisiera borrar recuerdos, mientras un pesar profundo se dibujaba en su rostro. El dolor todavía era intenso. Ayla podía apreciarlo siempre que hablaba de su hermano.

Miró a Jondalar, su cuerpo excepcionalmente alto y musculoso, los cabellos largos, lacios y amarillos unidos sobre la nuca con un cordel, y sus facciones finas y bien cinceladas. Después de haberlo observado en la Reunión de Verano, Ayla dudaba de que él necesitara la ayuda de su hermano para granjearse amistades, especialmente entre las mujeres, y sabía cuál era la razón. Incluso más que su cuerpo o su hermosa cara, sus ojos, aquellos ojos que sorprendían por lo luminosos y expresivos, parecían revelar lo más íntimo de aquel hombre tan reservado; le dotaban de una atracción magnética, de una presencia tan arrebatadora que era casi irresistible.

Tal como ella le veía en aquel momento, los ojos de Jondalar expresaban amor y deseo. Ayla sentía que su propio cuerpo respondía al mero contacto con los ojos de Jondalar. Pensó en la mamut de pelaje castaño, que rechazaba a todos los machos, mientras aguardaba la llegada del corpulento animal de pelaje rojizo, y que después ya no quiso esperar más; pero también en prolongar la espera había placer.

Le agradaba mirarle, colmarse de la presencia de aquel hombre. Lo consideró bello desde la primera vez que le vio, aunque no tenía con quién compararlo. Después se había dado cuenta de que a otras mujeres también les gustaba mirarle; lo consideraban notable, incluso abrumadoramente atractivo; y cuando se lo decían, él se avergonzaba. Su apostura le había provocado por lo menos tanto sufrimiento como placer, ya que destacarse por cualidades que no implicaban grandes méritos no le aportaban la satisfacción del esfuerzo realizado. Eran dones de la Madre, no el resultado de sus propios logros.

Pero la Gran Madre Tierra no se había limitado a la mera apariencia externa. Le había proporcionado una inteligencia viva y despierta, que se inclinaba hacia cierta sensibilidad y comprensión de los aspectos físicos del mundo, además de dotarle de una gran destreza natural. Gracias a las enseñanzas del hombre con quien su madre estaba unida cuando él nació, y que era reconocido como el mejor en su especialidad, Jondalar era un hábil fabricante de herramientas de piedra y, por añadidura, había perfeccionado su oficio en el transcurso de un viaje, aprendiendo las técnicas de otros tallistas en pedernal.

Para Ayla, además, era bello no sólo porque se trataba de un hombre excepcionalmente atractivo según los cánones de su propio pueblo, sino porque era la

primera persona que podía recordar que se le asemejaba. Era un hombre que pertenecía a los Otros, no al clan. El primer día que apareció en el valle de Ayla, ésta había examinado minuciosamente su rostro, aunque con disimulo; incluso le había observado mientras dormía. Era realmente maravilloso ver una cara con el aspecto familiar de la suya propia después de tantos años de ser la única que era distinta de los que la rodeaban; una cara que no tenía los huesos orbitales salientes ni la frente sesgada hacia atrás, ni una nariz ancha y afilada de puente alto, en un rostro de rasgos acentuados, de mandíbulas sin mentón.

Como en el caso de Ayla, la frente de Jondalar se elevaba vertical y suavemente, sin arcos orbitales salientes. Su nariz, incluso sus dientes, eran pequeños en comparación, y tenía una protuberancia ósea bajo la boca, un mentón, exactamente como ella. Después de verle, Ayla comprendió por qué el clan creía que ella tenía la cara chata y la frente prominente. Ayla había visto su propio reflejo en el agua quieta y creía lo que ellos le habían dicho. Pese al hecho de que Jondalar la sobrepasaba en estatura tanto como ella sobrepasaba a los miembros del clan, y a que más de un hombre le había dicho que era hermosa, en su fuero interno aún creía que era demasiado corpulenta y fea.

Pero como Jondalar era varón, con rasgos más acusados y ángulos más pronunciados, a los ojos de Ayla se asemejaba al clan más que ella misma. Se trataba de las gentes con las que había crecido, estaba habituada a su aspecto, y a diferencia del resto de su linaje, los creía muy hermosos. Jondalar, que tenía una cara semejante a la de Ayla, pero más parecida que la de ella a las caras del clan, era hermoso.

La frente despejada de Jondalar se suavizó al sonreír.

—Me alegra que creas que ella me habría aprobado. Ojalá hubiese conocido a tu Iza —dijo—, y al resto de tu clan. Pero tenía que conocerte primero, pues, de lo contrario, jamás habría entendido que eran personas y que yo podía conocerlas. A juzgar por el modo en que hablas del clan, seguramente son buena gente. Me agradaría conocerlos más adelante.

—Muchas personas son buenas. El clan me recibió después del terremoto, cuando yo era pequeña. Luego, cuando Broud me expulsó del clan, no tuve a nadie. Yo era Ayla la «Sin Pueblo», hasta que el Campamento del León me aceptó, me dio un lugar al que pertenecer y me convirtió en Ayla de los mamutoi.

—Los mamutoi y los zelandonii no son tan distintos. Creo que te gustarán los míos, y tú a ellos.

—No siempre estuviste tan seguro de eso —dijo Ayla—. Recuerdo cuando temías que no me quisieran, por haber crecido con el clan y a causa de Durc.

Jondalar sintió un acceso de vergüenza.

—Dirían que mi hijo era una abominación, un niño engendrado por espíritus hostiles, medio animal, tú mismo lo dijiste una vez, y como yo lo engendré, pensarían todavía peor de mí.

—Ayla, antes de abandonar la Reunión de Verano me obligaste a prometer que te

diría siempre la verdad y no me guardaría nada. En realidad, al principio estaba preocupado. Deseaba que vinieses conmigo, pero no quería que tú hablases de ti misma a la gente. Ansiaba que ocultases tu niñez, que mintieras acerca de eso, a pesar de que detesto las mentiras… y tú no sabes cuán profundo es ese sentimiento. Temía que te rechazaran. Conozco el sentimiento que eso provoca, y no quería que te lastimasen; pero también temía por mí. Tenía miedo de que me rechazaran porque te llevaba conmigo, y no deseaba pasar otra vez por eso. Sin embargo, no pude soportar la idea de vivir sin tu compañía. No sabía qué hacer.

Ayla recordaba demasiado bien su propia confusión y desesperación ante la dolorosa incertidumbre de Jondalar. A pesar de haber sido muy feliz con los mamutoi, también se había sentido en extremo desdichada a causa de Jondalar.

—Ahora sé, Ayla, a pesar de que casi te perdí antes de comprenderlo —continuó Jondalar—, que para mí no hay nadie más importante que tú. Quiero que seas tú misma, que digas o hagas lo que creas que debes decir o hacer, porque eso es lo que amo en ti, y ahora creo que la mayoría de la gente te recibirá bien. Verás como es así. En el Campamento del León y con los mamutoi aprendí algo importante. No todas las personas piensan igual y las opiniones pueden cambiar. Algunas personas te apoyarán, a veces las que menos hubieras podido imaginar que harían tal cosa, y otras son lo bastante compasivas para amar y criar a un niño a quien otros consideran una abominación.

—No me gustó la forma en que trataron a Rydag en la Reunión de Verano —dijo Ayla—. Algunos ni siquiera querían que tuviera un entierro adecuado.

Jondalar percibió la cólera en la voz de Ayla, pero también vio las lágrimas que amenazaban con brotar tras esa cólera.

—Tampoco a mí me gustó. Algunos nunca cambiarán. No quieren abrir los ojos y mirar lo que está a la vista de todos. Comprender esto me llevó mucho tiempo. Ayla, no puedo prometerte que los zelandonii te aceptarán, pero si no lo hacen, buscaremos otro sitio. Sí, quiero regresar. Quiero volver con mi gente. Quiero ver a mi familia y a mis amigos. Quiero hablarle de Thonolan a mi madre, y pedir a Zelandoni que busque su espíritu, por si todavía no encontró el camino que lleva al otro mundo. Confío en que allí encontraremos un lugar. Pero si no es así, a mí ya no me parece tan importante. Ésa es otra de las cosas que aprendí. Por eso te dije que estaba dispuesto a continuar aquí contigo, si tú lo deseabas. Lo dije en serio.

La sostenía con las manos aferrándole los hombros, mirándola a los ojos con fiera decisión, deseoso de asegurarse de que Ayla le entendía. Ella percibió la convicción de Jondalar y su amor, pero ahora se preguntaba si habían hecho bien en emprender el viaje.

—Si tu gente no nos quiere, ¿adónde iremos?

—Ayla, si es necesario, buscaremos otro lugar —sonrió tranquilizador—; pero no creo que lleguemos a eso. Ya te lo dije, los zelandonii no son tan diferentes de los mamutoi. Te amarán exactamente como yo te amo. Eso ya ha dejado de inquietarme;

y no sé por qué llegó a preocuparme alguna vez.

Ayla le sonrió, complacida de que él se sintiera tan seguro de que su pueblo la aceptaría. En todo caso, ojalá hubiera podido compartir esa confianza. Quizá él había olvidado, o tal vez no había comprendido, la intensa y duradera impresión que había causado en ella la primera reacción que él manifestó cuando se enteró de la existencia del hijo de Ayla y de su origen. Se había apartado y la había mirado con tanta repugnancia que ella jamás lo olvidaría. Había sido exactamente como si en Ayla hubiese visto a una hiena sucia y repulsiva.

Mientras continuaban su camino, Ayla siguió pensando en lo que tal vez la esperaba al final del viaje. Era cierto, la gente podía cambiar. Jondalar había cambiado por completo. Ayla sabía que en él no quedaba rastro de aquel sentimiento de rechazo, pero ¿qué sucedería con la gente que le había enseñado a reaccionar así? Si su reacción había sido tan inmediata y tan intensa, no cabía duda de que su pueblo se la había inculcado a medida que crecía. ¿Por qué ellos debían responder frente a Ayla de distinto modo que Jondalar? Por mucho que deseara estar con Jondalar, y por mucho que la alegrase el deseo que él manifestaba de llevarla consigo a su hogar, no se sentía en absoluto esperanzada ante la idea de ver a los zelandonii.

Capítulo 4

Permanecieron cerca del río mientras continuaban avanzando. Jondalar estaba casi seguro de que el curso de la corriente giraba hacia el este, pero le inquietaba la posibilidad de que fuera sólo un amplio arco en su curso en general sinuoso. Si en realidad estaba cambiando de dirección, aquél era el lugar indicado para alejarse —perdiendo al mismo tiempo la seguridad de seguir una ruta fácilmente definida— y continuar a campo traviesa; y él deseaba asegurarse de que se encontraban en el lugar exacto.

Hubieran podido detenerse en varios lugares para pasar la noche, pero, al mismo tiempo que consultaba con frecuencia el mapa, Jondalar buscaba un campamento indicado por Talut. Era el hito que necesitaba para comprobar el lugar en que estaban. Era un sitio utilizado habitualmente, y Jondalar abrigaba la esperanza de acertar en su idea de que ya se encontraban cerca; mas el mapa incluía sólo indicaciones y señales generales, y en el mejor de los casos, resultaba impreciso. Había sido grabado deprisa sobre una lámina de marfil para complementar las explicaciones verbales suministradas a Jondalar y simplemente para ayudarle a recordarlas, y no aspiraba a ser una reproducción exacta del camino.

Cuando la orilla continuó elevándose y retrocediendo, ellos se mantuvieron en las tierras altas, que les ofrecían una visión más amplia, pese a que se alejaban un poco del río. Abajo, más cerca del agua que corría, un lago encerrado en un recodo se había transformado en un pantano. Había comenzado como una curva natural del río que avanzaba y retrocedía, igual que todas las aguas que fluyen cuando atraviesan campo abierto. La curva, con el tiempo, se cerró sobre sí misma, y después se llenó de agua para formar un lago, que quedó aislado cuando el río cambió su curso. Como no era alimentado, comenzó a secarse. La tierra baja protegida era ahora un prado húmedo donde medraban los juncos de los pantanos y las uñas de gato, en tanto que las plantas acuáticas llenaban el extremo más profundo. Al transcurrir el tiempo, la alfombra verde se convertiría en un pastizal enriquecido a causa de la humedad.

Jondalar estuvo a punto de coger una lanza cuando vio un alce que salía del refugio de la vegetación, cerca de la orilla, y se internaba en el agua, pero el animal corpulento estaba fuera de alcance, incluso del lanzavenablos; además, sería difícil retirarlo del pantano. Ayla observó al animal en apariencia desmañado, con el hocico alargado y la cornamenta plana, todavía aterciopelada, que se internaba en el pantano. Levantaba mucho las largas patas y hundía con un chasquido las anchas pezuñas, lo cual le impedía enterrarse en el fondo fangoso; así avanzó hasta que el agua le tocó los flancos. Acto seguido, hundió la cabeza y la retiró con un puñado de plantas chorreantes y bistorta de agua. Las aves acuáticas próximas, que anidaban entre los juncos, ignoraron su presencia.

Más allá del pantano, las laderas bien drenadas, con barrancos y orillas cortadas a pico, ofrecían recovecos protegidos a especies como el pie de ánade y las ortigas, así

como plantas cariofiláceas como la pamplina de hojas peludas, con pequeñas florecillas blancas. Ayla tomó su honda y sacó unas cuantas piedras redondas de un bolso que llevaba preparado. Al fondo de su valle había conocido un lugar semejante, donde a menudo observaba y cazaba ardillas terrestres excepcionalmente grandes de las estepas. Una o dos podían suministrar una comida satisfactoria.

Ese terreno irregular que llevaba a los campos abiertos de pastizales era el hábitat preferido de estos animales. Las nutritivas simientes de los pastizales próximos, guardadas en escondrijos mientras las ardillas hibernaban, las sustentaban en primavera, de modo que procreaban en el momento exacto en que aparecían plantas nuevas, y de esta forma podían alimentar a sus crías. Las plantas ricas en proteínas eran esenciales si pretendían que las crías alcanzaran la madurez antes del invierno. Pero ninguna ardilla terrestre asomó el hocico mientras pasaban los viajeros, y parecía que Lobo no podía o no quería buscarlas.

Mientras continuaban hacia el sur, la gran plataforma de granito, al pie de la ancha pradera que se extendía a gran distancia hacia el este, inició una curva ascendente para iniciar una sucesión de colinas. Antes, en épocas muy remotas, la región que ahora atravesaban estuvo formada por montañas que se habían erosionado hacía mucho tiempo. Ahora sus restos constituían un sólido escudo de roca que resistía las inmensas presiones que combaban la tierra para formar nuevas montañas y las enormes fuerzas interiores capaces de sacudir y fragmentar una superficie menos estable. Se habían formado rocas más recientes sobre el antiguo macizo, pero los afloramientos de las montañas originales todavía perforaban la costra sedimentaria.

En el período en que los mamuts recorrían las estepas, los pastos y las hierbas, como los animales por excelencia de aquella antigua región, florecían no sólo en gran abundancia, sino con una sorprendente diversidad de gamas y en asociaciones imprevistas. A diferencia de los pastizales de épocas posteriores, aquellas estepas no estaban dispuestas en anchas fajas cubiertas por ciertos tipos limitados de vegetación, determinados a su vez por la temperatura y el clima. Por el contrario, formaban un complejo mosaico con una mayor diversidad de plantas, incluidas numerosas variedades de pastos y prolíficas hierbas y matorrales.

Un valle bien irrigado, un prado alto, la cima de una colina o un ligero descenso de la altura, originaban cada cual su propia comunidad de vida vegetal, que se desarrollaba formando núcleos de vegetación en los que cada especie era independiente de la otra. Una ladera que miraba hacia el sur podía fomentar el crecimiento propio del clima cálido, muy distinto de la vegetación boreal adaptada al frío que dominaba en la cara septentrional de la misma elevación.

El suelo de la accidentada meseta que Ayla y Jondalar estaban atravesando no era demasiado fértil, y la capa de hierba, más bien rala y corta. El viento había erosionado barrancos más profundos, y en el alto valle de un antiguo torrente, el lecho del río se había secado y, al carecer de vegetación, se había convertido en dunas de arena.

Aunque después sólo era posible dar con ellos en las estribaciones de la montaña, en este terreno accidentado, no demasiado lejos de los ríos de las tierras bajas, los ratones de campo y las liebres enanas estaban muy atareados cortando hierbas, para secarlas y almacenarlas. En lugar de hibernar en invierno, construían túneles y nidos bajo los ventisqueros que se acumulaban en las grietas y los huecos, así como en el lado protegido de las rocas, y se alimentaban del heno almacenado. Lobo espiaba a los pequeños roedores y se dedicó a perseguirlos, pero Ayla no se molestó en usar su honda. Eran demasiado pequeños para suministrar una comida a los seres humanos, excepto cuando su cantidad era elevada.

Las hierbas árticas, que prosperaban en el flanco septentrional más húmedo de los pantanos y los fangales, aprovechaban en primavera la humedad suplementaria de los hielos que se fundían y crecían, en una asociación poco usual, junto a los pequeños y resistentes arbustos alpinos, en salientes elevados y en colinas barridas por el viento. La cincoenrama ártica, con sus pequeñas flores amarillas, se protegía del viento en los mismos huecos y cavidades preferidas por las liebres enanas; en cambio, en las superficies expuestas las capas de musgo coronario, con flores púrpuras o rosadas, formaban sus propios salientes protectores de tallos frondosos, que dificultaban la entrada de los vientos fríos y secos. A su lado, la hierba sambenito se aferraba a los salientes rocosos y a las colinas de esta accidentada región baja, exactamente como lo hacía en las laderas de las montañas, con sus ramas bajas y siempre verdes de minúsculas hojas y solitarias flores amarillas que se extendían, a lo largo de muchos años, hasta formar una tupida alfombra.

Ayla percibió el aroma fragante de la cazamoscas rosada, cuyos capullos comenzaban a abrirse. Comprendió que estaba haciéndose tarde, y volvió los ojos hacia el sol que descendía por el oeste, para comprobar el dato que su olfato había recogido. Las flores pegajosas se abrían por la noche, ofreciendo refugio a los insectos —mariposas y moscas— a cambio de la difusión del polen. Tenían escaso valor medicinal o alimenticio, pero su perfume agradable le atraía tanto que concibió fugazmente la idea de coger algunas. Sin embargo, la jornada ya estaba avanzada y no deseaba detenerse. Pensó que pronto tendrían que acampar, sobre todo si deseaba preparar antes de que oscureciese la cena que había pensado.

Vio pulsatilas de color azul púrpura, erguidas y bellas, surgiendo entre las hojas que se abrían, cubiertas de fino vello; casi sin proponérselo, su mente evocó las aplicaciones medicinales —la planta seca era útil para aliviar las jaquecas y las indisposiciones femeninas—, pero la planta le agradaba tanto por su belleza como por su utilidad. Atrajeron su mirada los ásteres alpinos de largos y finos pétalos amarillos y violetas, que crecían partiendo de rosetas de hojas sedosas y velludas, y la idea fugaz se convirtió en la tentación consciente de coger unas pocas, así como algunas de las restantes flores, sin otro motivo que el ansia de gozar de su belleza. Pero ¿dónde las pondría? De todos modos, pensó, acabarían marchitándose.

Jondalar empezaba a preguntarse si el campamento señalado les habría pasado

inadvertido, o si la distancia que les separaba del mismo era mayor de lo que había creído. Aunque de mala gana, estaba a punto de llegar a la conclusión de que tendrían que acampar pronto y dejar para el día siguiente la búsqueda del campamento en cuestión. Por esa razón, y debido también a la necesidad de cazar, probablemente perderían otro día, y él no creía que pudieran dilapidar tanto tiempo. Estaba tan enfrascado en sus pensamientos, preocupado ante la posibilidad de haberse equivocado al continuar hacia el sur y las desastrosas consecuencias que su error podría acarrear, que no prestó mayor atención a la conmoción que se producía en una colina, a su derecha, aparte de comprobar que aparentemente se trataba de una manada de hienas que habían cobrado una presa.

Aunque a menudo comían carroña, y cuando estaban hambrientas se satisfacían con repulsivos cadáveres descompuestos, las grandes hienas, dotadas de poderosas mandíbulas que hasta podían cortar huesos, también eran eficaces cazadoras. Habían abatido a una cría de bisonte, un animal de un año, casi adulto, que aún no estaba del todo desarrollado. Su inexperiencia con los métodos de los depredadores le había ocasionado la muerte. En las inmediaciones había algunos bisontes más que parecían sentirse seguros una vez que uno de ellos había sucumbido; entretanto, otro ejemplar observaba a las hienas y mugía inquieto ante el olor de la sangre fresca.

A diferencia de los mamuts y los caballos de la estepa, que no eran excepcionalmente grandes para su especie, los bisontes eran gigantes. El que estaba más cerca medía casi dos metros en la cruz, y tenía el tórax y el tronco corpulentos, si bien los flancos eran casi gráciles. Tenía los cascos pequeños, adaptados a una carrera muy veloz sobre los suelos secos y firmes, y evitaba los pantanos en los cuales podía quedar atrapado. La cabeza grande estaba protegida por macizos y largos cuernos negros, que medían un metro ochenta y se curvaban hacia fuera y después hacia arriba. El abundante pelaje pardo oscuro era espeso, sobre todo en el tórax y los omoplatos. El bisonte tendía a hacer frente a los vientos fríos, y estaba mejor protegido en la parte delantera, en donde el pelo le caía en mechones que alcanzaban una longitud de setenta y cinco centímetros; hasta la corta cola estaba cubierta de pelos.

Aunque la mayor parte eran herbívoros, no todos ingerían idéntico alimento. Poseían sistemas digestivos distintos y diferentes hábitos, alcanzaban formas sutilmente diversas de adaptación. Los tallos muy fibrosos que mantenían a los caballos y los mamuts no eran suficientes para el bisonte y otros rumiantes. Necesitaban vainas y hojas con un contenido más elevado de proteínas; en consecuencia, el bisonte prefería las hierbas cortas y más nutritivas de las regiones más secas. Sólo se aventuraban en las regiones de hierbas medianas y altas de las estepas cuando buscaban nuevos territorios, sobre todo en primavera, el período en que todas las áreas abundaban en pastos y hierbas frescas; era también la única época del año en que crecían los huesos y los cuernos de estos animales. La primavera prolongada, húmeda y fértil de las praderas periglaciares ofrecía al bisonte y a otros

animales una prolongada estación que facilitaba el crecimiento, lo que determinaba que alcanzaran proporciones gigantescas.

Como consecuencia de su humor sombrío e introspectivo, transcurrieron unos instantes antes de que Jondalar advirtiese las posibilidades de la escena que se desarrollaba en la colina. Cuando echó mano de su lanzador de venablos y de una lanza, con la idea de abatir también él un bisonte, como habían hecho las hienas, Ayla ya había calibrado la situación y había decidido pasar a la acción de una forma un tanto distinta.

—¡Jai! ¡Jai! ¡Fuera de ahí! ¡Fuera, sucias bestias! ¡Salid de ahí! —gritó, lanzando a Whinney al galope sobre ellas, mientras disparaba piedras con su honda. Lobo estaba al lado de Ayla, y parecía complacido consigo mismo, mientras gruñía y emitía agudos ladridos de amenaza dedicados a la manada en retirada.

Algunos aullidos de dolor demostraron que las piedras de Ayla habían dado en el blanco, pese a que había moderado la fuerza del arma, apuntando a lugares del cuerpo que no eran vitales. De habérselo propuesto, las piedras podrían haber sido fatales; no hubiera sido la primera vez que mataba una hiena, mas no era ésta su intención.

—¿Qué estás haciendo, Ayla? —preguntó Jondalar, que cabalgó hacia ella mientras Ayla se aproximaba al bisonte muerto por las hienas.

—Echar de aquí a esas hienas repulsivas y sucias —dijo Ayla, aunque era evidente que ése había sido su propósito.

—¿Por qué?

—Porque tendrán que compartir con nosotros el bisonte —contestó ella.

—Precisamente me proponía cazar uno de los que están aquí cerca —dijo Jondalar.

—No necesitamos un bisonte entero, a menos que nos propongamos secar la carne, y éste es joven y tierno. Los que están alrededor son casi todos machos viejos y duros —explicó Ayla mientras descendía de Whinney para apartar a Lobo del animal muerto.

Jondalar miró con mayor atención a los machos gigantescos, que también habían retrocedido ante la acometida de Ayla, y después al animal joven tendido en el suelo.

—Tienes razón. Es un rebaño de machos. Y éste probablemente hacía poco que dejó el rebaño de su madre y acababa de unirse a este grupo de machos. Todavía le quedaba mucho que aprender.

—Está recién muerto —anunció Ayla después de examinarlo—. Sólo le han desgarrado la garganta, la tripa y también el flanco, pero poco. Podemos coger lo que necesitamos y dejarles el resto. Así no hará falta que nos entretengamos en tratar de abatir uno de los otros. Son rápidos cuando corren y podrían escapar. Me parece que junto al río he visto un lugar que tal vez haya sido un campamento. Si es el que buscamos, aún tendré tiempo de preparar algo bueno esta noche con todo lo que hemos cogido y esta carne.

Ayla ya estaba ocupada en cortar la piel del animal desde el estómago hasta el

flanco antes de que Jondalar hubiese acabado de comprender todo lo que ella había dicho. Todo había sucedido con demasiada rapidez, pero de pronto se disiparon todas las inquietudes que hasta entonces había abrigado ante la perspectiva de perder un día más debido a la necesidad de cazar y buscar el campamento.

—Ayla, ¡eres maravillosa! —exclamó sonriente, mientras bajaba del joven corcel. Extrajo un afilado cuchillo de pedernal, engastado en un mango de marfil, que llevaba guardado en una vaina de duro cuero crudo colgada del cinturón, y se acercó para ayudar a cortar las partes que ellos necesitaban—. Es lo que me encanta de ti. Siempre tienes sorpresas que se convierten en buenas ideas. Llevemos también la lengua. Lástima que se hayan comido el hígado, pero al fin y al cabo ellos lo cazaron.

—No me importa que les pertenezca —dijo Ayla—, siempre que sea una presa reciente. Me arrebataron muchas cosas. No me importa quitarles algo a esos perversos animales. ¡Detesto a las hienas!

—Las odias mucho, ¿verdad? Nunca te he oído hablar así de otros animales, ni siquiera de los glotones, que a veces comen carne descompuesta, son más crueles y huelen peor.

La manada de hienas se había reagrupado para regresar junto al bisonte con el que esperaban alimentarse y expresaban con gruñidos su desagrado. Ayla lanzó contra ellas algunas piedras más para obligarlas a retroceder. Una de ellas aulló, y varias emitieron una risa estridente y tartajosa que le puso la piel de gallina. Cuando las hienas decidieron arriesgarse de nuevo y afrontar la honda, Ayla y Jondalar ya habían conseguido lo que deseaban.

Se alejaron a caballo, descendiendo por un barranco en dirección al río; Ayla iba delante, mientras el resto del bisonte quedaba atrás con las bestias que gruñían y habían regresado con rapidez para reanudar la tarea de despedazarlo.

Las señales que la joven había visto no eran las del propio campamento, sino un montón de piedras que indicaban el camino. Bajo la pila de piedras había algunos alimentos secos de emergencia, varias herramientas y otros objetos, elementos para hacer fuego y una plataforma con un poco de yesca seca, así como una piel bastante dura con parches de pelo que estaba desprendiéndose. De todos modos, podía proteger un poco del frío, pero ya era necesario reemplazarla. Cerca del extremo superior del túmulo, bien asegurado por pesadas piedras, estaba el extremo roto de un colmillo de mamut cuya punta señalaba un gran peñasco parcialmente sumergido en mitad del río. Sobre él había pintado en rojo un rombo horizontal, con el ángulo en V del extremo derecho repetido dos veces, formando el dibujo de un cheurón que apuntaba río abajo.

Después de dejar todo tal como lo habían encontrado, siguieron el curso del río hasta llegar a un segundo túmulo con un colmillo pequeño que apuntaba tierra adentro, hacia un agradable claro apartado del río, rodeado de hayas y alisos, con algún que otro pino. Divisaron un tercer túmulo, y cuando llegaron a la altura del mismo, descubrieron que se encontraba al lado de una pequeña fuente de agua

límpida y dulce. También había raciones de emergencia y diferentes objetos en el interior del montón de piedras, además de una gran lámina de cuero que, a pesar de ser muy dura, podía convertirse en una tienda o en una pared protectora. Detrás del túmulo, cerca de un círculo de piedras que rodeaba un pozo poco profundo oscurecido por el carbón vegetal, se veía una pila de leña y restos de madera arrastrados hasta allí por el agua.

—Es conveniente conocer este lugar —dijo Jondalar—. Me alegro de que no necesitemos usar estos elementos, pero si viviera en esta región y necesitara utilizarlos, me tranquilizaría saber que están aquí.

—Es una buena idea —convino Ayla, maravillada ante la previsión de quienes habían planeado y organizado el campamento.

Retiraron rápidamente los canastos y los frenos de los caballos, enrollaron las cuerdas y los cordeles gruesos que los sujetaban y dejaron a los animales en libertad de pastar y descansar. Sonrieron al ver que Corredor, sin perder un minuto, se echaba sobre la hierba y se revolcaba, como si le picara todo el cuerpo y ansiara rascarse con premura.

—Yo también tengo calor y me escuece el cuerpo —dijo Ayla, desatando los cordeles que unían las suaves cubiertas superiores de su calzado para quitárselo. Aflojó el cinturón, que sostenía la vaina de un cuchillo y varias bolsitas, se despojó de un collar de cuentas de marfil, del que colgaba un bolso decorado, y se quitó también la túnica y los pantalones; a continuación, corrió hacia el agua y Lobo la acompañó saltando—. ¿Vienes tú también? —preguntó a Jondalar.

—Después —contestó éste—. Prefiero esperar hasta que haya conseguido la leña, porque no deseo acostarme sucio de tierra y polvo de corteza.

Ayla volvió poco después, poniéndose la túnica y los pantalones que utilizaba por la noche, pero conservó el mismo cinturón y el collar. Jondalar había abierto algunos fardos y ella le ayudó a organizar el campamento. Ya habían creado un sistema de colaboración que no les exigía adoptar decisiones repentinas. Entre los dos armaron la tienda; extendieron sobre el suelo un lienzo ovalado y después clavaron en la tierra delgadas estacas de madera para sostener una lámina de cuero formada por varias pieles cosidas entre sí. La tienda cónica tenía las paredes redondeadas y una abertura en el extremo superior para permitir el paso del humo si necesitaban hacer fuego dentro, aunque esto solía ocurrir raras veces; había, además, una solapa suplementaria cosida por la parte interior, para cerrar el respiradero si el estado del tiempo así lo requería.

Colocaron cuerdas bien apretadas alrededor de la base de la tienda, para fijarla a las estacas clavadas en el suelo. Si soplaban vientos fuertes, podía unirse el lienzo de la base con el cuero de la tienda mediante cuerdas adicionales, y la solapa de la entrada podía afirmarse con mucha solidez. Llevaban consigo una segunda lámina de cuero para obtener una tienda de pared doble, mejor aislada, aunque hasta ahora la habían utilizado en pocas ocasiones.

Sacaron las pieles para dormir, extendiéndolas a lo largo del óvalo, de modo que en el interior sólo quedó el espacio indispensable para guardar a sendos lados los canastos y otras pertenencias, y para permitir que Lobo durmiese a los pies de ambos si hacía mal tiempo. Al principio habían utilizado dos pieles de dormir distintas, pero pronto se las habían ingeniado para combinarlas, con el fin de dormir juntos. Una vez montada la tienda, Jondalar fue a recoger más leña, con el propósito de reemplazar la que habían gastado, y Ayla por su parte comenzó a preparar la comida.

Aunque sabía encender el fuego con los elementos que había en el túmulo, es decir, haciendo girar la larga varilla entre las palmas contra la plataforma lisa de madera para formar una brasa que producía llama al soplarla, el equipo que Ayla utilizaba para hacer fuego era único. Cuando vivía sola en su valle, había hecho un descubrimiento. Por casualidad había recogido un pedazo de pirita de hierro del lecho de piedras junto al arroyo, en lugar del percutor que utilizaba para fabricarse nuevas herramientas con el pedernal. Como había encendido fuego a menudo, comprendió enseguida lo que podía obtener cuando el choque de la pirita de hierro con el pedernal provocó una chispa bastante duradera que le quemó la pierna.

Al principio necesitó hacer varias pruebas, pero no tardó en descubrir cómo sacar el mejor partido del uso del pedernal. En adelante fue capaz de hacer fuego con más rapidez de lo que jamás hubieran llegado siquiera a imaginar los que usaban la varilla y la plataforma, afanándose lo indecible. La primera vez que Jondalar la vio en acción, no podía creerlo, y aquella maravilla contribuyó a que la aceptaran en el Campamento del León cuando Talut propuso que la adoptasen. Estaban convencidos de que ella lo hacía mediante la magia.

Ayla también pensó que era magia, pero creía que la magia estaba en el pedernal, no en ella. Antes de abandonar el valle por última vez, ella y Jondalar habían cogido el mayor número posible de las piedras metálicas de color gris amarillento, pues no sabían si lograrían hallarlas en otro lugar. Habían regalado algunas al Campamento del León y a otros mamutoi, pero aún tenían muchas. Jondalar deseaba compartirlas con su pueblo. La capacidad para hacer fuego rápidamente podía ser muy útil, y para fines diversos.

Dentro del anillo de piedras, la joven formó una pequeña pila de trozos muy secos de corteza y usó la pelusa de los arbustos como yesca; al lado preparó otro tanto de ramitas y astillas para avivar el fuego. A poca distancia estaban los residuos secos desprendidos de la pila de madera. Acercándola mucho a la yesca, Ayla sostuvo un pedazo de pirita de hierro en un ángulo que, como sabía por experiencia, era el más apropiado, y acto seguido golpeó la mágica piedra amarillenta, en el centro de la muesca que estaba formándose por efecto del uso, con un pedazo de pedernal. De la piedra brotó una chispa grande, luminosa y duradera, que cayó sobre la yesca, enviando al aire un hilo de humo. Con un gesto rápido, Ayla rodeó la chispa con una mano y sopló suavemente. Una pequeña brasa resplandeció con una luz roja y se originó una lluvia de minúsculas chispas amarillas. Un segundo soplo provocó una

pequeña llama. Agregó ramitas y maderas pequeñas, y una vez que el fuego se encendió, un montón de maderas secas.

Cuando Jondalar regresó, Ayla tenía varias piedras redondeadas, recogidas de un estanque seco cerca del río, calentándose en el fuego para cocinar, y un buen pedazo de carne de bisonte puesto sobre las llamas; la capa externa de grasa ya chirriaba. Había lavado y estaba cortando raíces de espadaña y otra raíz blanca feculenta, con una piel pardo oscura, llamada chufa, preparándolas para introducirlas en un canasto impermeable de apretado tejido, medio lleno de agua, en el que esperaba la grasienta lengua. Al lado había un pequeño montón de zanahorias silvestres enteras. El hombre de elevada estatura depositó en el suelo su carga de leña.

—¡Qué bien huele ya! —exclamó—. ¿Qué es lo que cocinas?

—Estoy asando el bisonte, pero pienso destinarlo sobre todo para el viaje. Es fácil comer carne asada fría por el camino. Para esta noche y mañana por la mañana preparo sopa con la lengua y las verduras, y los restos que nos quedaron del Campamento del Espolín —contestó.

Con un palo retiró del fuego una piedra caliente y usando una ramita provista de hojas, retiró las cenizas. Después, con un segundo palo, que unió al primero, los empleó a modo de tenazas para levantar la piedra y la introdujo en el canasto con el agua y la lengua. La piedra chisporroteó y desprendió vapor, al transferir su calor al agua. Con movimientos rápidos, depositó varias piedras más en el canasto, agregó algunas hojas que había cortado y lo tapó.

—¿Qué pones en la sopa?

Ayla sonrió para sí. Él siempre deseaba conocer los detalles de su cocina, e incluso las hierbas que usaba para preparar las infusiones. Era otra de las características que al principio le habían sorprendido de él, porque los hombres del clan ni siquiera concebían la idea de manifestar semejante interés, aunque sintieran curiosidad, por las tareas que desempeñaban las mujeres ni por los conocimientos que éstas adquirían.

—Además de estas raíces, agregaré los extremos verdes de la espadaña, los bulbos, las hojas y las flores de estas cebollas verdes, rebanadas de tallos pelados de cardo, las arvejas de las vainas de astrágalo, y para dar sabor, algunas hojas de salvia y tomillo. Y tal vez le añada un poco de uña de caballo, porque tiene cierto sabor salado. Si nos acercamos al Mar de Beran, tal vez podamos conseguir más sal. Cuando yo vivía con el clan, siempre teníamos sal —aclaró—. Creo que majaré para el asado un poco de ese rábano que descubrimos esta mañana. Lo aprendí en la Reunión de Verano. Es fuerte, y no es necesario poner demasiada cantidad, pero le da un gusto agradable a la carne. Te gustará.

—¿Para qué son esas hojas? —preguntó él, refiriéndose a un manojo que ella había recogido, pero no mencionado. Le gustaba saber lo que ella usaba y lo que pensaba acerca de la comida. Le gustaba la comida de Ayla, pero era un tanto extraña. Había ciertos sabores que eran exclusivos de sus recetas y no se parecían a los gustos

de los alimentos que él había conocido en el curso de su vida.

—Esto es pie de ánade, para envolver el asado cuando esté cocido. Los dos sabores juntos casan muy bien cuando están fríos —hizo una pausa y adoptó una actitud reflexiva—. Quizá espolvoree un poco de ceniza de madera sobre el asado; eso también le agrega un poco de sal. Y es posible que añada parte del asado a la sopa, después de que ésta espese, para darle color y gusto. Con la lengua y el asado, tendremos un caldo sabroso, y mañana por la mañana convendría cocer parte del cereal que trajimos. También quedará un pedazo de lengua, pero lo envolveré en hierba seca y lo guardaré en mi depósito, para después. Hay espacio, incluso con el resto de la carne cruda y contando el pedazo que reservamos para Lobo. Si se mantiene fría durante la noche, se conservará algún tiempo.

—Me parece que estará todo delicioso. Casi no puedo esperar —dijo Jondalar, sonriendo ilusionado, y Ayla pensó que no era sólo por la comida—. A propósito, ¿tienes un canasto que yo pueda usar?

—Sí, ¿por qué?

—Te lo diré cuando vuelva —dijo Jondalar, sonriendo, pero sin revelar su secreto.

Ayla dio una vuelta al asado, después retiró las piedras y agregó otras más calientes a la sopa. Mientras se hacía la comida, revisó las hierbas que había reunido para usarlas como «repelente de Lobo», y separó la planta que había cogido para su propio uso. Aplastó parte de la raíz de rábano picante con un poco de caldo, para la comida de los dos, y después comenzó a desmenuzar el resto del rábano y las otras hierbas fuertes, ásperas, de olor intenso, que había recolectado esa misma mañana, tratando de crear la combinación más explosiva que podía imaginar. Pensó que el ardiente rábano sería muy eficaz, aunque el penetrante aroma de alcanfor de la artemisa también podía ser muy útil.

Pero la planta que había separado atrajo su pensamiento. Pensó: «Me alegro de haberla encontrado. Sé que no tengo suficiente cantidad de las hierbas que necesito para mi infusión de la mañana, si quiero que dure el viaje entero. Tendré que encontrar más en el camino, para así estar segura de que no habrá un hijo, sobre todo porque estoy todo el tiempo con Jondalar». Sonrió ante la idea.

«Estoy segura de que es así como se originan los hijos, no importa lo que la gente diga acerca de los espíritus. Por eso los hombres quieren poner sus órganos en ese lugar de donde vienen los niños, y por eso las mujeres lo desean. La Madre ofreció Su Don del Placer para que los tuvieran. El Don de la Vida también proviene de Ella, y quiere que sus hijos gocen creando una nueva idea, sobre todo porque dar a luz no es fácil. Es posible que las mujeres no quisieran dar a luz si la Madre no las hubiera dotado de su Don del Placer. Los niños son maravillosos, pero uno no sabe cuán maravillosos son hasta que los tiene». Ayla había concebido por su cuenta esas ideas heterodoxas acerca de la concepción de la vida durante el invierno en que se dedicó a aprender cosas acerca de Mut, la Gran Madre Tierra, de labios de Mamut, el anciano maestro del Campamento del León, aunque había concebido mucho antes la idea

original.

«Pero, recordó Ayla, Broud no fue un placer para mí. Odié todo eso cuando me forzó, pero ahora estoy segura de que así empezó Durc. Nadie creyó que yo tendría un niño. Pensaban que mi tótem de la Caverna del León era demasiado fuerte y que el espíritu del tótem de un hombre no podría vencerlo. Eso sorprendió a todos. Pero sucedió únicamente después de que Broud comenzara a forzarme, y yo pude ver sus rasgos en mi hijo. Sin duda, él fue quien dio forma a Durc en mi cuerpo. Mi tótem sabía que yo deseaba mucho tener un hijo; quizá también lo sabía la Madre. Tal vez ése era el único modo. Mamut dijo que sabemos que los placeres son un Don de la Madre precisamente cuando son tan poderosos. Es muy difícil resistir. Y dijo que para los hombres es aún más irresistible que para las mujeres.

»Y así sucedió con la mamut de color rojo oscuro. Todos los machos la deseaban, pero ella no los quería. Ella quería esperar a su macho grande. ¿Por eso Broud no me dejaba en paz? Aunque me odiaba, ¿el Don del Placer de la Madre era más poderoso que su odio?

»Tal vez, pero no creo que él lo hiciera sólo por los placeres. Eso podía conseguirlo con su propia compañera, o con otra mujer a quien deseara. Creo que él sabía cuánto le detestaba yo y por eso su placer fue mayor. Es posible que Broud comenzara un hijo en mí, o tal vez mi León de la Caverna permitió que le derrotaran porque sabía cuánto deseaba yo tener un hijo, pero Broud podía darme únicamente su órgano. No podía darme el Don de los Placeres de la Madre. Sólo Jondalar lo consiguió.

»En Su Don seguramente hay algo más que los placeres. Si Ella sencillamente quería conceder a Sus hijos un Don del Placer, ¿por qué debía hacerlo en ese lugar de donde nacen los niños? Un lugar para los placeres podría estar situado en otro rincón cualquiera. El mío no está exactamente donde está el de Jondalar. Su placer lo obtiene cuando está dentro de mí, pero el mío está en un lugar diferente. Cuando él me da placer allí, todo parece maravilloso, dentro y alrededor. Entonces, deseo sentirlo dentro de mí. No querría que mi lugar del placer estuviese dentro. A veces estoy sensible; entonces Jondalar tiene que ser muy suave, porque de lo contrario me duele, y dar a luz no es una cosa suave. Si el lugar del placer de una mujer estuviese dentro, dar a luz sería mucho más difícil, y ya es demasiado duro según son las cosas.

»¿Por qué Jondalar siempre sabe lo que tiene que hacer? Él conocía el modo de darme placeres antes de que yo supiera lo que eran. Creo que ese gran mamut también sabía cómo dar placeres a la bonita pelirroja. Me parece que ella emitió ese sonido grave e intenso porque él consiguió que sintiera los placeres, y por eso toda su familia se sentía tan feliz por ella».

Estos pensamientos provocaban en Ayla cierta sensación de cosquilleo y su rostro estaba arrebolado. Miró hacia el área boscosa, hacia el lugar donde Jondalar había desaparecido, y se preguntó cuándo regresaría.

«Pero un niño no comienza siempre que se comparten los placeres», continuó

pensando. «Quizá son necesarios también los espíritus. Ya se trate de los espíritus totémicos de los hombres del clan o de la esencia del espíritu de un hombre lo que la Madre toma y da a una mujer, en todo caso el asunto comienza cuando un hombre introduce su órgano y deja allí su esencia. De ese modo Ella da un hijo a una mujer, no con los espíritus, sino con Su Don del Placer. Sin embargo, Ella decide qué esencia del hombre iniciará la nueva vida, y cuándo comenzará la vida.

»Si la Madre decide, ¿por qué la medicina de Iza impide que una mujer quede embarazada? Quizá no permite que la esencia de un hombre, o su espíritu, se mezcle con la de una mujer. Iza no sabía por qué era eficaz, aunque casi siempre lo es.

»Me gustaría permitir que comenzase un niño cuando Jondalar comparta conmigo los placeres. Deseo con todas mis fuerzas tener un hijo, sobre todo que sea parte de él. De su esencia o de su espíritu. Pero él está en lo cierto. Tenemos que esperar. Para mí fue muy difícil tener a Durc. ¿Qué habría hecho si no hubiese estado Iza? Necesito estar segura de tener gente a mi alrededor, gente que sepa cómo ayudarme.

»Continuaré bebiendo todas las mañanas el té de Iza, y no diré nada. Será lo mejor. Tampoco debo hablar mucho sobre los niños que nacen del órgano de un hombre. Jondalar se preocupó tanto cuando mencioné el asunto que pensó que debíamos interrumpir nuestros placeres. Si no puedo tener todavía un hijo, por lo menos deseo compartir con él los placeres.

»Igual que lo habían hecho los mamuts. ¿Era eso lo que estaba haciendo el gran mamut? ¿Conseguir que un hijo se iniciara en la hembra de pelaje rojo oscuro? Era realmente maravilloso compartir sus placeres con el rebaño. Me alegra de veras haberlo presenciado. Me preguntaba a cada momento por qué huía ella de los otros machos, pero lo cierto es que no le interesaban. Quería elegir a su propio compañero y no marcharse con cualquiera de los que la deseaban. Estaba esperando al gran macho de pelaje pardo claro, y apenas él llegó, la hembra tuvo la seguridad de que era el elegido. No pudo contenerse y corrió hacia él. Había esperado mucho tiempo. Comprendo lo que sentía».

Lobo llegó trotando al claro; sostenía orgullosamente entre las fauces un hueso viejo y descompuesto, de manera que ella lo viese. Lo dejó caer a los pies de Ayla y la miró expectante.

—¡Uf! ¡Qué mal huele! Lobo, ¿dónde has encontrado eso? Seguramente en algún lugar en el que están enterrados los restos de alguien. Sé que te encanta la carne descompuesta. Tal vez éste sea el momento oportuno para comprobar si te agrada el sabor ardiente y fuerte —dijo—. Tomó el hueso y extendió sobre el hallazgo de Lobo un poco de la mezcla que había estado preparando. Después, arrojó el hueso al centro del claro.

El animal joven se lanzó ansiosamente sobre el hueso, pero antes de levantarlo lo olió cautelosamente. Aún tenía ese olor a podrido que él adoraba, pero no estaba muy seguro de lo que significaba el otro aroma extraño. Por fin se animó y lo cogió entre los dientes, pero lo soltó deprisa y comenzó a gruñir, a resoplar y sacudir la cabeza.

Ayla no pudo evitarlo, sus maniobras eran tan divertidas que se echó a reír estrepitosamente. Lobo olfateó de nuevo el hueso y después retrocedió y gruñó, con un aire de profundo desagrado, y corrió hacia la fuente.

—Lobo, no te gusta, ¿verdad? ¡Magnífico! Ésa era la intención —dijo Ayla, y sintió que la risa le burbujeaba en el cuerpo mientras lo miraba. La ingestión de agua al parecer no le sirvió de mucho. Lobo alzó una pata y se frotó con ella el costado de la cara, tratando de limpiarse el hocico, como si creyera que así podía eliminar el sabor. Aún estaba resoplando y agitando la cabeza cuando echó a correr hacia el interior del bosque.

Jondalar se cruzó con él y, cuando llegó al claro, vio a Ayla que reía tanto que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó.

—Deberías haberlo visto —dijo ella, todavía sofocada—. Pobre Lobo, estaba tan orgulloso de ese hueso viejo y descompuesto que descubrió… No sabía lo que pasaba, y ha hecho todo lo posible por quitarse de la boca el mal sabor. Jondalar, si crees que puedes soportar el olor del rábano picante y el alcanfor, creo que he descubierto el modo de mantener a Lobo alejado de nuestras cosas. —Mostró el cuenco de madera que había estado usando para mezclar los ingredientes—. Aquí lo tienes. ¡Repelente para Lobo!

—Me alegro de que sea eficaz —dijo Jondalar—. También él sonreía, pero el regocijo que chispeaba en sus ojos no tenía que ver con Lobo. De pronto, Ayla advirtió que tenía las manos en la espalda.

—¿Qué escondes ahí detrás? —preguntó, en un súbito acceso de curiosidad.

—Bien, se trata sólo de que cuando estaba buscando leña encontré otra cosa. Y si prometes ser buena, tal vez te dé algo.

—¿Algo de qué?

Él extendió una mano en la que sostenía un canasto lleno de fruta.

—¡Frambuesas rojas, grandes y jugosas! —anunció.

A Ayla se le encendieron los ojos.

—¡Oh!, me encantan las frambuesas.

—¿Crees que no lo sé? ¿Qué me das a cambio? —preguntó con un guiño.

Ayla le miró, y mientras se le acercaba, sus labios se curvaron en una sonrisa amplia y hermosa que se transmitió a sus ojos y decía cuánto le amaba. Con ella demostraba el calor de sus sentimientos y el placer que experimentaba al ver que él deseaba sorprenderla.

—Creo que he conseguido lo que me proponía —dijo Jondalar, dejando escapar el aliento que, ahora lo advertía, había estado conteniendo—. Oh, Madre, eres bella cuando sonríes. Siempre eres bella, pero sobre todo cuando sonríes.

De pronto, Jondalar se percató de cuanto ella representaba, fue consciente de todas sus características, de todos los detalles de Ayla. Los cabellos largos, espesos, de un tono rubio oscuro, relucientes con matices luminosos donde el sol los había

aclarado, estaban sujetos por un cordel; pero tenían una ondulación natural y algunos mechones sueltos se escapaban de la correa de cuero colocada alrededor de la cara curtida; uno de esos mechones le caía sobre la frente, casi hasta los ojos. Jondalar contuvo el ansia de alargar la mano y arreglar el mechón.

Ayla era alta y hacía buena pareja con Jondalar, que medía un metro noventa y cinco. Sus músculos lisos, planos y resistentes, que delataban una auténtica fuerza física, estaban bien definidos en las piernas y los brazos largos. Era una de las mujeres más fuertes que él había conocido; tenía tanta fuerza como la de muchos hombres que él conocía. Las características del pueblo que la había criado consistían en un vigor corporal bastante más acusado que el del pueblo de individuos de mayor estatura, pero de menor peso, en el que ella había nacido, y aunque cuando vivía en el clan nadie la consideraba especialmente vigorosa, ella había logrado adquirir una fuerza mucho mayor que la que normalmente podía haber alcanzado, merced a su voluntad de mantenerse al nivel de los otros. Además, gracias a los años consagrados a observar, caminar y seguir pistas en la caza, Ayla utilizaba su cuerpo con desenvoltura y se movía con una gracia incomparable.

La túnica de cuero sin mangas que la joven usaba, sujeta con un cinturón, sobre las polainas de cuero, constituía un atuendo cómodo, pero no ocultaba los pechos firmes y llenos, que podían parecer pesados, pero no lo eran; o sus caderas femeninas, que se curvaban y formaban unos glúteos bien redondeados y firmes. Los cordones de la base de las polainas estaban abiertos, y Ayla procedió a descalzarse. Alrededor del cuello llevaba una bolsita bellamente bordada y decorada, con plumas de cigüeña en el fondo, en cuyo exterior se percibían los relieves de los misteriosos objetos que en ella guardaba.

Del cinturón colgaba una funda para el cuchillo, confeccionada con rígido cuero crudo, el cuero de un animal que había sido limpiado y raspado, pero que no había sido sometido a ningún otro proceso de elaboración, de manera que se endurecía cualquiera que fuese la forma que se le diese, aunque al humedecerlo podía ablandarse. La honda pendía a la derecha del cinturón, cerca de la bolsita que contenía piedras. Del lado izquierdo colgaba un objeto bastante extraño, semejante a un saquito. Aunque viejo y gastado, era evidente que había sido confeccionado con una piel entera de nutria, curada sin cortarle las patas, la cola y la cabeza. Al animal le había sido practicada una incisión a la altura del cuello, con el fin de extraerle las entrañas; después, habían pasado un cordel por dos agujeros para cerrarlo. La cabeza achatada cubría la abertura. Era la bolsa de las medicinas, la que había traído consigo del clan, la misma que Iza le había entregado.

Jondalar pensaba: «No tiene el rostro de una mujer zelandonii; verán que tiene un aire extranjero», pero su belleza era innegable. Los ojos grandes eran de color azul grisáceo —Jondalar se dijo que era el color del pedernal fino— y estaban bien separados, protegidos por pestañas un poco más oscuras que los cabellos; las cejas eran algo más claras, a medio camino entre los cabellos y las pestañas. Tenía la cara

redondeada, más bien ancha, con los pómulos salientes, la mandíbula bien dibujada y el mentón estrecho. La nariz era recta y perfectamente cincelada, y los labios gruesos, curvados en las comisuras, se abrían y retraían, mostrando los dientes en una sonrisa que le iluminaba los ojos y anunciaba cuánto la complacía el acto mismo de sonreír.

Aunque sus sonrisas y su modo de reír le hicieron otrora sentirse diferente, lo que la indujo a moderar sus manifestaciones, a Jondalar le encantaba verla sonreír y la satisfacción que ella sentía cuando contemplaba sus risas, sus bromas y sus juegos, que transformaba mágicamente la expresión ya amable de por sí de los rasgos de Ayla; en efecto, era incluso más bella cuando sonreía. Jondalar sintió de pronto una alegría desbordante al mirarla, así como por el amor que le profesaba, y en silencio agradeció de nuevo a la Madre que le hubiera devuelto a esta mujer.

—¿Qué deseas que te dé a cambio de las frambuesas? —preguntó Ayla—. Dímelo y aceptaré.

—A ti; te quiero a ti, Ayla —dijo Jondalar, y su voz temblaba a causa del sentimiento que le embargaba. Dejó en el suelo el canasto, y un instante después la estrechaba entre sus brazos, besándola con pasión—. Te amo, no quiero perderte nunca —dijo con un ronco murmullo, besándola una y otra vez.

Una ola de calor recorrió el cuerpo de Ayla, que reaccionó con un sentimiento igualmente intenso.

—Yo también te amo —dijo—, y te necesito, pero ¿puedo retirar primero la carne del fuego? No quiero que se queme mientras estamos… atareados.

Jondalar la miró un momento, como si no hubiese entendido las palabras que ella pronunciaba; después, aflojó la presión de los brazos, la acercó de nuevo a su cuerpo, y finalmente retrocedió, sonriendo a disgusto.

—No fue mi intención ser tan insistente. Lo que sucede es que te amo tanto, que a veces es difícil soportarlo. Podemos esperar hasta más tarde.

Ella continuaba sintiendo la reacción cálida y chispeante ante el ardor de Jondalar, y no sabía muy bien si ahora deseaba detenerse. Lamentó un poco su propio comentario, que había interrumpido aquel momento.

—No es necesario que retire la carne —dijo.

Jondalar se echó a reír.

—Ayla, eres una mujer increíble —dijo, meneando la cabeza y sonriendo—. ¿Tienes idea de que eres verdaderamente notable? Siempre estás dispuesta a aceptar apenas yo lo deseo. Siempre ha sido así. Y no sólo dispuesta a aceptar, te venga bien o no, sino aquí mismo, preparada para interrumpir lo que haces, con tal de complacerme.

—Pero yo te deseo siempre que tú me deseas.

—No sabes qué desusado es eso. La mayoría de las mujeres necesitan que las presionen, y si están haciendo algo, no quieren que se les interrumpa.

—Las mujeres con quienes crecí siempre estaban dispuestas cuando un hombre daba la señal. Tú me diste tu señal, me besaste y demostraste que me deseabas.

—Tal vez lamente decir esto, pero, mira, puedes negarte. —Arrugó la frente por el esfuerzo que le costaba tratar de explicarse—. Por supuesto, no es necesario que aceptes siempre que yo lo deseo. Ya no estás viviendo con el clan.

—No entiendes —dijo Ayla, meneando la cabeza y haciendo un gran esfuerzo para lograr que él comprendiese—. No creo que haga falta estar preparada. Cuando me das tu señal, estoy preparada. Tal vez sea así porque de ese modo se comportaron siempre las mujeres del clan, o quizá porque tú fuiste quien me enseñó cuán maravilloso es compartir los placeres. También es posible que ocurra porque es mucho lo que te amo, pero lo cierto es que cuando me das tu señal no pienso en ello, lo siento en mi interior. Tu señal, tus besos, que me dicen que me necesitas, consiguen que yo, a mi vez, te necesite a ti.

Él sonrió de nuevo, aliviado y complacido.

—Tú también consigues que yo esté dispuesto. Nada más que con mirarte.

Inclinó la cabeza hacia Ayla, y ella elevó su rostro hacia Jondalar, acercando su cuerpo al del hombre, quien la abrazó con fuerza.

Jondalar contuvo la impetuosa ansiedad que sentía, aunque experimentó un extraño sentimiento de placer, al comprobar que aún la deseaba tanto. Se había cansado de otras mujeres después de una sola experiencia, pero con Ayla siempre parecía algo nuevo. Podía sentir el cuerpo firme y fuerte de Ayla contra el suyo y sus brazos alrededor de su cuello. Alargó entonces las manos y sostuvo lateralmente los pechos de Ayla mientras se inclinaba para besar la curva de su cuello.

Ayla retiró los brazos del cuello de Jondalar y comenzó a desanudar el cinturón, dejándolo caer al suelo con todos los objetos que de él pendían. Jondalar deslizó las manos bajo la túnica de Ayla y la levantó cuando encontró las formas redondas de los pezones erectos y tensos. Levantó todavía más la túnica, dejando al descubierto la aréola de color rosado oscuro que rodeaba el nódulo duro y sensible. Palpando esa tibia plenitud con la mano, rozó el pezón con la lengua, y después lo introdujo en su boca y lo apretó.

Inquietas punzadas de fuego acudieron al lugar que estaba en la profundidad de su cuerpo, y un pequeño gemido de placer escapó de los labios de Ayla. Le pareció increíble sentirse tan dispuesta. Igual que la hembra de pelaje rojo oscuro, sentía como si hubiese estado esperando el día entero y no deseaba perder un minuto más. Una imagen fugaz del gran macho rojizo, con su órgano largo y curvo, pasó por su mente. Jondalar la soltó y ella aferró la abertura de la túnica en el cuello y pasó la prenda por encima de su cabeza en un único y ágil movimiento.

Jondalar contuvo la respiración al verla, acarició la piel suave y buscó los dos pechos turgentes. Acarició un pezón duro, pellizcándolo y frotándolo, mientras tiraba del otro y lo mordisqueaba. Ayla sintió deliciosas palpitaciones de excitación y cerró los ojos mientras se entregaba a la maravillosa sensación. Cuando él cesó en las suaves caricias y los tocamientos, ella mantuvo los ojos cerrados e inmediatamente sintió que él la besaba. Abrió la boca para recibir una lengua que la exploraba

dulcemente. Cuando cerró los brazos alrededor del cuello de Jondalar, notó las arrugas de la túnica de cuero que él vestía contra sus pezones todavía sensibles.

Él pasó las manos sobre la piel suave de la espalda de Ayla, y sintió el movimiento de los músculos firmes. La reacción inmediata de la joven acentuó el ardor de Jondalar y su virilidad dura y erecta presionó contra la ropa.

—¡Oh, mujer! —jadeó Jondalar—. ¡Cómo te deseo!

—Estoy preparada para ti.

—Me quitaré estas cosas —dijo Jondalar. Soltó el cinturón y después se quitó la túnica, sacándosela por la cabeza. Ayla vio la protuberancia tensa, la acarició y después comenzó a desatar el cordel, mientras él aflojaba el de Ayla. Ambos se desprendieron de sus polainas y fueron el uno al encuentro del otro, uniéndose en un beso largo, lento y sensual. Jondalar exploró rápidamente el claro con la mirada, en busca de un lugar apropiado, pero Ayla se dejó caer allí mismo sobre las manos y las rodillas y después le miró con una sonrisa juguetona.

—Quizá tu piel sea amarilla, y no pardo clara, pero tú eres el que yo elijo —afirmó.

Él correspondió a la sonrisa y se agachó detrás de ella.

—Y tus cabellos no son rojos, tienen el color del heno maduro, aunque encierran algo que es semejante a una flor roja con muchos pétalos. Pero no tengo una trompa peluda para llegar a ti. Tendré que usar otra cosa —dijo.

La empujó suavemente hacia delante, separándole los muslos para dejar al descubierto la húmeda abertura femenina, y después se inclinó para gustar el tibio sabor salado. Adelantó la lengua y encontró el nódulo duro en la profundidad de los pliegues. Ella lanzó una exclamación y se movió para facilitar el acceso del hombre, mientras éste presionaba y hocicaba, para luego hundirse aún más en la invitadora abertura, llevado por su afán de saborear y explorar. Siempre le encantaba sentir el sabor de Ayla.

La joven se movía agitada por una oleada de sensaciones, apenas consciente de otra cosa que no fuera el cálido latir, delirio del placer que la recorría. La sensibilidad de su cuerpo era más acusada que de costumbre, y todos los lugares que él tocaba o besaba confluían, en definitiva, en el punto decisivo, que se hallaba en lo más profundo de sí misma y ardía de deseo. No advirtió que su propia respiración se aceleraba ni oyó los gritos de placer que lanzaba; pero Jondalar sí tuvo conciencia de todo.

Se enderezó tras ella, se acercó más y buscó su cavidad profunda con su propia virilidad ansiosa y erecta. Cuando empezó a penetrar, ella se echó hacia atrás, oponiéndose a él hasta que lo recibió por completo. Jondalar gritó al sentir la acogida increíblemente cálida; después, sujetándole las caderas, retrocedió un poco. Le rodeó la pelvis con la mano y encontró el pequeño nódulo duro del placer y lo acarició mientras ella presionaba hacia atrás. La sensación de Jondalar casi llegó a la culminación. Retrocedió una vez más, y al sentir que ella estaba dispuesta, empujó

con más fuerza hasta penetrarla por completo. Ella gritó al liberarse y la voz de Jondalar se unió a la suya.

Ayla yacía extendida, boca abajo, sobre la hierba, sentía el peso agradable de Jondalar encima de su cuerpo y la respiración del hombre cosquilleándole la espalda. Abrió los ojos, y sin ningún deseo de moverse, vio una hormiga que se ajetreaba en el suelo, alrededor de un tallo. Notó que el hombre se movía y acto seguido rodaba a un costado, manteniendo el brazo alrededor de la cintura de su compañera.

—Jondalar, eres un hombre increíble. ¿Tienes idea de que eres realmente notable? —inquirió Ayla.

—¿No he escuchado antes las mismas palabras? Me parece que yo te las dije —observó él.

—Pero son ciertas aplicadas a ti. ¿Cómo me conoces tan bien? Sentí que me perdía en mí misma, tenía conciencia de lo que me hacías.

—Creo que estabas preparada.

—Es cierto. Siempre es maravilloso, pero esta vez…, no sé. Quizá a causa de los mamuts. Estuve pensando el día entero en esa bonita mamut roja y en su maravilloso y corpulento macho… y en ti.

—Bien; tal vez tendremos que jugar de nuevo a ser mamuts —dijo él, con una ancha sonrisa, mientras se ponía de espaldas.

Ayla se sentó.

—Está bien, pero ahora voy a jugar en el río antes de que oscurezca. —Se inclinó y besó a Jondalar, y percibió en él su propio sabor—. Después me ocuparé de la comida.

Corrió hacia el fuego, hizo girar de nuevo la carne de bisonte, retiró las piedras de cocer, agregó al fuego moribundo un par de ascuas más que aún estaban calientes, echó más astillas a las llamas, y corrió hacia el río. El agua estaba fría, pero no le importó. Estaba acostumbrada. Jondalar no tardó en acercarse; llevaba al hombro un cuero de becerro grande y suave. Lo dejó en el suelo y entró en el río con más precauciones que Ayla, hasta que por fin respiró hondo y se zambulló. Cuando emergió, se retiró los cabellos que le cubrían los ojos.

—¡Está fría! —dijo.

Ella se le acercó por el costado, y con una sonrisa de picardía, le salpicó. Él respondió del mismo modo y se entabló una ruidosa batalla en el agua. Con una última salpicadura, Ayla salió del agua, se apoderó del cuero suave y comenzó a secarse. Pasó el cuero a Jondalar cuando éste salió del río, y después volvió deprisa al campamento y se vistió rápidamente. Estaba sirviendo la sopa en los cuencos individuales cuando Jondalar regresó del río.

Capítulo 5

Los últimos rayos del sol estival atravesaron las ramas de los árboles cuando el astro ya tocaba el borde de las mesetas que se extendían hacia el oeste. Con una sonrisa satisfecha destinada a Jondalar, Ayla hundió la mano en el cuenco para retirar la última frambuesa madura, y se la introdujo en la boca. Después, se puso de pie para limpiar y ordenar las cosas, de modo que por la mañana pudieran partir cómodamente y sin demora.

Dio a Lobo los restos que había en los cuencos, y agregó granos partidos y tostados —las semillas de trigo silvestre, cebada y pie de ánade que Nezzie le había entregado al partir— a la sopa caliente y la dejó al borde del fuego. La carne asada de bisonte y la lengua que habían sobrado de la comida las colocó en una alforja de cuero crudo, en la que guardaba comida. Unió los bordes del gran envoltorio de cuero duro, lo aseguró con cordeles sólidos y lo suspendió del centro de un trípode formado por largas estacas, para mantenerlo fuera del alcance de los merodeadores nocturnos.

Aquellas estacas eran árboles enteros, altos, estrechos y rectos, despojados de las ramas y la corteza. Ayla los llevaba para usarlos como apoyos especiales; sobresalían detrás de los dos canastos que Whinney transportaba, del mismo modo que Jondalar llevaba las estacas más cortas que utilizaban para montar la tienda. Las estacas largas también eran empleadas a veces para formar unas angarillas que los caballos arrastraban, en las cuales podían transportarse cargas pesadas o voluminosas. Llevaban consigo las largas estacas de madera porque los árboles que pudieran servir para obtener piezas semejantes rara vez crecían en las estepas abiertas. Incluso en las proximidades de los ríos por lo general sólo se encontraban matorrales enmarañados y poco más.

Cuando la penumbra se acentuó, Jondalar agregó más madera al fuego; luego cogió la lámina de marfil con el mapa grabado y la acercó a la luz del fuego para estudiarla. Cuando Ayla terminó y se sentó a su lado, Jondalar parecía distraído, y en su rostro se reflejaba una inquietud ansiosa que ella había observado con frecuencia en los últimos días. Le miró un momento y después agregó piedras al fuego con el propósito de hervir agua para la infusión de la noche, como era su costumbre; pero en lugar de las hierbas sabrosas aunque inocuas que solía beber, extrajo algunos paquetes de su bolso de piel de nutria. Una infusión calmante podía ser útil, quizá matricaria o raíz de aguileña, en un cocimiento de aspérula, aunque lo que la preocupaba era no conocer el problema que a él le inquietaba. Ansiaba preguntarle, pero no estaba segura de que fuera lo más conveniente. Por fin, se decidió.

—Jondalar, ¿recuerdas el invierno pasado, cuando no estabas seguro de lo que yo sentía y yo no estaba segura de lo que tú sentías? —dijo Ayla.

Él había estado tan absorto en sus pensamientos que necesitó unos instantes antes de comprender la pregunta.

—Por supuesto, lo recuerdo. Ahora tú no dudas de lo mucho que te amo,

¿verdad? Yo tampoco dudo acerca de tus sentimientos hacia mí.

—No, no tengo ninguna duda, pero puede haber malentendidos acerca de muchas cosas, y no sólo en lo referente a tu amor por mí o a mi amor por ti, y no quiero que vuelva a suceder nada semejante a lo del último invierno. Creo que no podría soportar que surgieran más problemas sólo porque no hablamos de ellos. Antes de salir de la Reunión de Verano prometiste que si algo te molestaba, me lo dirías. Jondalar, algo te molesta, y quiero que me digas de qué se trata.

—No es nada, Ayla. Nada que deba preocuparte.

—Sin embargo, te preocupa a ti. Si algo te inquieta, ¿no crees que yo debería saberlo? —preguntó Ayla.

De un cesto de mimbre donde había varios cuencos y utensilios cogió dos pequeños recipientes, cada uno tejido con fina corteza de junco que formaba una delicada trama. Se interrumpió un momento, sin dejar de pensar, y después eligió las hojas secas de matricaria y aspérula, agregadas a la manzanilla para Jondalar, y sólo la camomila para ella misma, y llenó los contenedores.

—Si a ti te inquieta, también a mí debe inquietarme. ¿No viajamos acaso juntos?

—Bien, sí, pero yo soy quien decide y no quiero inquietarte sin necesidad —dijo Jondalar, y se levantó para acercarse a la bota de agua, que colgaba de un poste cercano a la entrada de la tienda, a pocos pasos del fuego. Echó una cantidad de líquido en un pequeño cuenco para cocinar y agregó las piedras calientes.

—No sé si es necesario o no, pero ya estás inquietándome. ¿Por qué no me explicas la razón?

Ayla puso los recipientes en las bandejas individuales de madera, vertió sobre ellos agua caliente y los apartó a un costado para que la infusión se concentrara.

Jondalar tomó la lámina grabada de colmillo de mamut y la examinó; sentía deseos de que aquel objeto le dijera lo que le esperaba en el camino y si, en efecto, estaba adoptando la mejor decisión. Cuando se trataba sólo de su hermano y del propio Jondalar, no importaba demasiado. Realizaban un viaje, una aventura, y lo que ocurriese era parte de sus andanzas. Entonces no estaba seguro de que jamás retornarían; ni siquiera estaba seguro de desearlo. La mujer a quien le habían prohibido amar había elegido un camino que llevaba incluso más lejos, y la mujer con quien se esperaba que él se uniese era… no precisamente la que él quería. Pero este viaje era distinto. Esta vez marchaba junto a una mujer a la que amaba más que a su propia vida. No sólo deseaba volver al hogar, sino que deseaba que ella llegase sana y salva. Cuanto más pensaba en los posibles peligros que podía encontrar a lo largo del camino, más imaginaba otros incluso más graves; pero sus vagas inquietudes no podía explicarlas fácilmente.

—Me preocupa cuánto tiempo nos llevará este viaje. Necesitamos llegar a ese glaciar antes de que termine el invierno —dijo.

—Ya me explicaste antes eso mismo —dijo Ayla—. Pero ¿por qué? ¿Qué sucedería si no llegásemos en el momento que tú dices? —preguntó la joven.

—El hielo empieza a fundirse en primavera y entonces es demasiado peligroso para intentar cruzarlo.

—Bien, si es demasiado peligroso, no lo intentaremos. Pero ¿qué haremos si no podemos cruzar? —preguntó Ayla, obligando a Jondalar a pensar en alternativas que él había rehuido hasta ese momento—. ¿Hay algún otro modo de llegar?

—No estoy seguro. El hielo que tenemos que cruzar es sólo un pequeño glaciar en forma de meseta, en las tierras altas, al norte de las grandes montañas. Hay una región al norte, pero nadie ha seguido nunca ese camino. Nos alejaría todavía más de nuestra ruta, y es muy frío. Dicen que allí el hielo del norte está más cerca y que penetra profundamente hacia el sur de esa región. La zona entre las altas montañas del sur y el gran hielo del norte es la más fría. Nunca se calienta, ni siquiera en verano —dijo Jondalar.

—Pero ¿acaso no hace frío en ese glaciar que tú quieres cruzar?

—Por supuesto, hace frío también en el glaciar, pero es un camino más corto, y una vez al otro lado, se necesitan pocos días para llegar a la Caverna de Dalanar. —Jondalar dejó el mapa en el suelo para recibir la taza con la infusión caliente que Ayla le tendía y miró un momento el contenido humeante—. Imagino que podríamos intentar una ruta por el norte, rodeando el glaciar de la meseta, si fuera necesario, pero no lo deseo. Y de todos modos, ése es terreno llano —intentó explicar.

—¿Quieres decir que la gente del clan vive al norte de ese glaciar que nosotros debemos cruzar? —preguntó Ayla, deteniéndose cuando ya se disponía a retirar de la bandeja el recipiente. Sentía una extraña mezcla de temor y excitación.

—Lo siento. Creo que debería llamarlos gente del clan, pero no son los mismos que tú conoces. Viven muy lejos de aquí, no podrías imaginar cuán lejos. De ningún modo son los mismos.

—En realidad sí, Jondalar —dijo Ayla, y bebió un sorbo del líquido caliente y espeso—. Quizá su lenguaje cotidiano y sus costumbres sean un tanto distintos, pero la gente del clan tiene los mismos recuerdos, por lo menos los que se refieren a los hechos más antiguos. Incluso en la Reunión del Clan todos conocían el antiguo lenguaje de los signos, que se usa para invocar al mundo de los espíritus y se comunicaban entre ellos utilizándolo —dijo Ayla.

—Pero no quieren vernos en su territorio —dijo Jondalar—. Ya nos explicaron eso cuando Thonolan y yo estuvimos en la orilla prohibida del río.

—Estoy segura de que lo que dices es cierto. La gente del clan no quiere estar cerca de los Otros. De modo que si no podemos cruzar el glaciar cuando lleguemos allí, y tampoco podemos rodearlo, ¿qué haremos? —preguntó Ayla, volviendo al problema inicial—. ¿No podríamos esperar hasta que el glaciar nos ofrezca seguridad para reanudar la marcha?

—Sí; imagino que tendremos que hacer eso, pero puede transcurrir un año hasta el invierno próximo.

—Pero si esperamos un año, ¿lo lograremos? ¿Hay algún lugar donde podamos

esperar?

—Bueno, sí; podríamos vivir con cierta gente. Los losadunai siempre se mostraron amistosos. Pero, Ayla, quiero volver a casa —dijo Jondalar, con un tono tan angustiado que ella comprendió cuán importante era para él—. Deseo que nos asentemos.

—Jondalar, yo también quiero asentarme y creo que deberíamos hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para llegar allí cuando todavía sea segura la travesía por el glaciar. Pero si es demasiado tarde, eso no significa que no volvamos a tu hogar. Significa únicamente una espera más prolongada. Y continuaríamos juntos.

—Es cierto —asintió Jondalar, aunque con un aire muy poco feliz—. Creo que no sería tan grave si, en efecto, llegásemos tarde, pero no quiero esperar un año entero —dijo, y después frunció el entrecejo—. Y tal vez si fuésemos por el otro camino, llegaríamos a tiempo. Aún no es demasiado tarde.

—¿Hay otra manera de llegar?

—Sí; Talut me explicó que podíamos rodear el extremo norte de la cordillera a la cual nos estamos acercando. Y Rutan, del Campamento del Espolín, dijo que el camino estaba al noroeste de este lugar. He estado pensando que quizá deberíamos seguir esa ruta, pero había abrigado la esperanza de ver una vez más a los sharamudoi. Si no los veo ahora, creo que nunca volveré a encontrarme con ellos. Y esa gente vive cerca del extremo sur de las montañas, a lo largo del Río de la Gran Madre —aclaró Jondalar.

Ayla asintió, en actitud reflexiva. «Ahora lo entiendo», pensó.

—Los sharamudoi son la gente con la que tú viviste un tiempo y tu hermano se unió con una mujer de ese pueblo, ¿verdad?

—Sí; para mí es como si fueran de mi familia.

—En ese caso, por supuesto debemos ir hacia el sur, y así podrás visitarlos por última vez. Tú amas a esa gente. Si eso significa que no podemos llegar a tiempo al glaciar, aguardaremos hasta la temporada siguiente para cruzar. Incluso si eso significase esperar otro año antes de llegar a tu hogar, ¿no crees que valdría la pena ese retraso para ver de nuevo a tu otra familia? Si parte de la razón por la cual quieres volver a tu hogar es comunicar a tu madre lo que le sucedió a tu hermano, ¿no crees que los sharamudoi querrán saber a su vez lo que le pasó? También eran parte de su familia.

Jondalar acentuó el ceño, pero después se le iluminó la cara.

—Tienes razón, Ayla. Querrán saber lo que le sucedió a Thonolan. Estaba tan preocupado tratando de decidir cuál era la actitud acertada, que no pensé demasiado en eso.

Sonrió, aliviado.

Jondalar contempló las llamas que bailoteaban sobre los trozos de madera ennegrecida, saltando y brincando en alegre crepitar poco duradero, mientras con su luz rechazaban las sombras. Sorbió su infusión, sin dejar de pensar en el largo viaje

que les esperaba, pero ya no se sentía tan angustiado. Miró a Ayla.

—Era necesario comentar el problema. Creo que todavía no me he acostumbrado a hacer partícipe de mis preocupaciones a otra persona. Además, me parece que lograremos cruzar a tiempo; si no fuera así, no habría comenzado por elegir esta ruta. El viaje será más largo, pero por lo menos conozco bien los lugares que atravesaremos. En cambio, no conozco el camino del norte.

—Jondalar, creo que has adoptado la decisión más apropiada. Si pudiera, si no hubiese recibido la maldición de la muerte, yo visitaría el clan de Brun —dijo Ayla. Y después agregó, en voz tan baja que él apenas pudo oírla—: Si pudiera, si realmente pudiera, iría a ver a Durc por última vez.

El acento desfalleciente y vacío de la voz de Ayla advirtió a Jondalar de que en ese momento ella sentía profundamente su pérdida.

—Ayla, ¿deseas tratar de encontrarle?

—Sí; por supuesto que lo deseo, pero no puedo. Solamente conseguiría turbar a todos. Sobre mí recayó la maldición. Si me viesen, creerían que soy un espíritu maligno. Estoy muerta para ellos, y no puedo hacer ni decir nada que les convenza de que estoy viva.

Los ojos de Ayla parecieron quedarse fijos en un lugar muy lejano, pero en realidad estaban viendo una imagen interior, un recuerdo.

—Además, Durc no es el niño que yo dejé atrás. Ahora está acercándose a la edad viril, aunque yo alcancé tarde la condición de mujer, para ser un miembro del clan. Es mi hijo, y tal vez también él se desarrolle más tardíamente que los restantes varones. Pero dentro de poco Ura irá a vivir con el Clan de Brun; no, ahora es el Clan de Broud —se corrigió Ayla, mientras fruncía el ceño—. Éste es el verano de la Reunión del Clan y, por lo tanto, este otoño Ura abandonará su clan e irá a vivir con Brun y Ebra, y cuando sean lo bastante mayores, será la compañera de Durc. —Hizo una pausa y agregó—: Ojalá pudiese estar allí para darle la bienvenida, pero lo único que conseguiría sería atemorizarla y tal vez inducirla a pensar que Durc tiene poca suerte, si el espíritu de su extraña madre no permanece donde tiene que estar, es decir, en el otro mundo.

—¿Estás segura, Ayla? Te lo digo con sinceridad, nos tomaremos el tiempo necesario para buscarlos, si lo deseas —dijo Jondalar.

—Aun en el caso de que quisiera dar con él —dijo Ayla—, no sabría dónde buscar. Ignoro dónde está su nueva caverna, y tampoco sé dónde se realiza la Reunión del Clan. Mi destino impide que vea a Durc. Ya no es mi hijo. Lo entregué a Uba. Ahora es el hijo de Uba. —Ayla miró a Jondalar. Él comprendió que ella estaba al borde de las lágrimas—. Cuando murió Rydag supe que jamás volvería a ver a Durc. Enterré a Rydag con el manto de Durc, el que llevé conmigo cuando abandoné el clan, y en mi corazón enterré al mismo tiempo a Durc. Sé que jamás volveré a verle. Estoy muerta para él y es mejor que él esté muerto para mí.

Las lágrimas le humedecían las mejillas, aunque Ayla aparentara indiferencia ante

su propio llanto, como si no supiera que había comenzado a llorar.

—Mira, realmente soy afortunada —añadió—. Piensa en Nezzie. Rydag era como un hijo para ella y lo crió, aunque no lo dio a luz y sabía que lo perdería. Incluso sabía que por mucho que él viviese, nunca llevaría una vida normal. Otras madres que pierden a sus hijos sólo pueden imaginarlos en otro mundo, viviendo con los espíritus, pero yo puedo imaginar a Durc aquí, siempre seguro, siempre afortunado y feliz. Puedo pensar en él viviendo con Ura, teniendo hijos en su propio hogar… aunque nunca los vea.

Su voz se quebró en un sollozo y fue incapaz de contener el dolor que la embargaba.

Jondalar la besó y la apretó contra su cuerpo. El recuerdo de Rydag también le entristecía. Nadie hubiera podido hacer nada por él, aunque todos sabían que Ayla lo había intentado. Era un niño débil. Nezzie decía que siempre había sido así. Pero Ayla le había proporcionado algo que nadie había podido ofrecerle. Después de que ella llegara y empezara a orientarle, lo mismo que al resto del Campamento del León, a enseñarle la forma en que hablaba el clan, valiéndose de signos de la mano, él se sintió más feliz. Era la primera vez, en su joven vida, que podía comunicarse con las personas a las que amaba. Podía explicar sus necesidades y sus deseos y decir a la gente lo que sentía, y decírselo sobre todo a Nezzie, que le había protegido desde que su verdadera madre muriera al darle a luz. Y, por fin, podía decirle que la amaba.

Para los miembros del Campamento del León fue una sorpresa cuando se dieron cuenta de que era mucho más que un animal bastante astuto, aunque no hablara, simplemente un tipo distinto de persona, con una lengua diferente. Entonces comenzaron también a comprender que era inteligente y a aceptarle poco a poco. La sorpresa no había sido menor para Jondalar, a pesar de que ella había intentado explicarle el caso, después de que él empezara a enseñarle a hablar de nuevo con palabras. Jondalar había aprendido los signos al mismo tiempo que los otros, y había llegado a apreciar la cordialidad y la gran capacidad de comprensión de aquel niño de la antigua raza.

Jondalar apretó contra su pecho a la mujer amada, mientras ella emitía hondos sollozos y daba rienda suelta a su dolor. Sabía que Ayla había ocultado su pesar por la muerte del niño que era casi un miembro del clan y que Nezzie había adoptado, el niño que tanto le recordaba a su propio hijo, y comprendía también que ahora ella, además, sufría por ese hijo.

Mas no se trataba sólo de Rydag o de Durc. Ayla sufría por todas sus pérdidas: las que había soportado mucho tiempo atrás, los seres amados que pertenecían al clan y la pérdida del propio clan. El clan de Brun había sido su familia, Iza y Creb la habían criado y cuidado, y a pesar de que su aspecto era diferente, llegó un momento en que creyó ser parte del clan. Aunque había decidido partir con Jondalar, porque le amaba y deseaba estar con él, la comunicación entre ambos le había llevado a comprender cuán lejos vivía él; necesitarían un año, quizá dos, para llegar allá. De pronto había

comprendido cabalmente lo que eso significaba: jamás regresaría.

No sólo estaba renunciando a su nueva vida con los mamutoi, que le habían ofrecido un lugar entre ellos, sino también a la débil esperanza de ver una vez más a los miembros de su clan o al hijo que había dejado con ellos. Ayla había vivido con sus antiguas penas el tiempo suficiente para permitir que se atenuaran un poco, pero Rydag había muerto poco antes de que ellos abandonaran la Reunión de Verano; por tanto, su muerte aún estaba demasiado reciente, y la pena todavía latente. El dolor de aquel episodio había relegado el sufrimiento por las restantes pérdidas, y la conciencia de la distancia que en adelante la separaría de todos ellos la habría preparado para imaginar, resignada, que la esperanza de recobrar aquella parte de su pasado tendría que morir también.

Ayla ya había perdido la primera parte de su vida. No tenía idea de la identidad de su verdadera madre, o de cuál era su pueblo, los seres entre los cuales había nacido. Excepto débiles recuerdos —sentimientos más que otra cosa—, no podía recordar nada que fuese anterior al terremoto; tampoco a ningún pueblo anterior al clan. Pero el clan la había desterrado; Broud había descargado sobre ella la maldición de la muerte. Para ellos estaba muerta y se daba perfecta cuenta de que cuando ellos la expulsaron había perdido esa parte de su vida. En adelante, nunca sabría de su procedencia, nunca se encontraría con un amigo de la niñez, no conocería a nadie, ni siquiera a Jondalar, que comprendiese el pasado que la había hecho ser lo que era.

Ayla aceptaba la pérdida de su pasado, excepto el que palpitaba en su mente y su corazón, pero eso le dolía, hasta el punto de preguntarse qué era lo que la esperaría al fin de su viaje. Y encontrara lo que encontrara, fuera como fuese el pueblo de Jondalar, ella no tendría otra cosa que sus recuerdos… y el futuro.

En el claro del bosque todo estaba oscuro. No podía distinguirse el más mínimo atisbo de una silueta o de una sombra más densa sobre el trasfondo que les rodeaba, salvo un débil resplandor rojo de las últimas brasas del fuego y la refulgente manifestación de las estrellas. Ahora que sólo una leve brisa penetraba en el claro protegido, habían trasladado sus pieles de dormir fuera de la tienda. Ayla yacía despierta bajo el cielo estrellado, contemplando la disposición de las constelaciones y escuchando los sonidos nocturnos: el viento que silbaba entre los árboles, el rumor suave y líquido del río, el canto de los grillos, el fuerte croar de un sapo. Oyó un fuerte golpe y un chapoteo, seguido del grito sobrecogedor de un búho, y a lo lejos, el rugido profundo de un león y el resonante barritar de un mamut.

Instantes antes, Lobo se había estremecido excitado al oír los aullidos de otros lobos y se había alejado corriendo. No mucho después, Ayla oyó de nuevo el aullido del lobo, y otro aullido de respuesta que provenía de mucho más cerca. Esperó a que el animal regresara. Cuando oyó su respiración jadeante —pensó que seguramente había estado corriendo— y al notar que se acurrucaba a sus pies, se tranquilizó.

Acababa de adormecerse cuando de pronto se despertó por completo. Alerta y tensa, permaneció inmóvil, tratando de descubrir qué era lo que la había despertado. Primero oyó el gruñido grave, casi inaudible, que vibraba a través de sus mantas y partía del bulto situado a sus pies. Después, oyó débiles roces. En el campamento había una presencia extraña.

—¿Jondalar? —dijo en voz baja.

—Creo que la carne atrae a los animales. Puede ser un oso, pero creo que es más probable que se trate de un glotón o de una hiena —replicó Jondalar en un murmullo apenas audible.

—¿Qué hacemos? No quiero que se lleven nuestra carne.

—Todavía nada. Sea lo que fuere, quizá no pueda apoderarse de la carne. Esperemos.

Pero Lobo sabía con exactitud quién era el curioso visitante y no tenía la menor intención de esperar. Cuando ellos instalaban su campamento, Lobo lo consideraba como su territorio y asumía la tarea de defenderlo. Ayla sintió que se alejaba, y un instante después le oyó gruñir amenazador. El gruñido que le respondió tenía un tono completamente distinto y parecía provenir de un lugar más alto. Ayla se sentó y se apoderó de su honda, pero Jondalar ya estaba de pie con la larga lanza preparada.

—¡Es un oso! —dijo—. Creo que está erguido sobre las patas traseras, pero aún no veo nada.

Oyeron movimientos, sonidos apagados procedentes de algún lugar que estaba entre el fuego y las estacas de las cuales colgaba la carne, y a continuación los gruñidos de los animales que se enfrentaban. De pronto, desde el extremo opuesto, Whinney relinchó cada vez más fuerte, y también Corredor manifestó su inquietud. Hubo más sonidos que indicaban movimientos en la oscuridad, y entonces Ayla oyó el rezongar especial, excitado y profundo, que indicaba la intención de atacar de Lobo.

—¡Lobo! —gritó Ayla, tratando de impedir el peligroso enfrentamiento.

De pronto, entre gruñidos irritados, se oyó un alarido sonoro; luego, un aullido de dolor y una lluvia de chispas brillantes alrededor de una forma de gran tamaño que tropezó con el fuego. Ayla oyó el silbido de un objeto que se desplazaba rápidamente en el aire, muy cerca de ella. Un golpe sólido fue seguido por un alarido y después por el ruido de algo que se abría paso ruidosamente entre los árboles y huía a toda prisa. Ayla emitió el silbido que usaba para llamar a Lobo. No quería que siguiese la pista.

Se arrodilló para abrazar, aliviada, al joven lobo cuando éste se acercó, mientras Jondalar avivaba las brasas. A la luz del fuego, descubrió un rastro de sangre dejado por el animal en retirada.

—Estoy seguro de que mi lanza ha alcanzado el cuerpo del oso —dijo el hombre —, pero no he podido ver dónde he logrado herirle. Será mejor seguirle la pista por la mañana. Un oso herido puede ser peligroso y no sabemos quién utilizará después este

campamento.

Ayla examinó el reguero de sangre.

—Creo que está perdiendo mucha sangre. Tal vez no llegue lejos —dijo—, pero Lobo me preocupa. Era un animal grande. Podía haberlo herido.

—No estoy seguro de que Lobo haya estado acertado al atacarlo. Hasta es posible que provocara a ese oso; de todos modos, fue una actitud valerosa y me alegra saber que siempre está dispuesto a protegerte. Me pregunto qué haría si alguien realmente intentara lastimarte —dijo Jondalar.

—No lo sé, pero Whinney y Corredor estaban inquietos por la presencia de ese oso. Creo que iré a ver cómo se encuentran.

Jondalar también quiso examinarlos. Vieron que los caballos se habían movido para acercarse al fuego. Whinney había aprendido mucho tiempo antes que el fuego encendido por la gente solía proporcionar seguridad, y Corredor estaba aprendiendo por propia experiencia, además de aprovechar la de su madre. Parecieron tranquilizarse tras las palabras y las caricias reconfortantes brindadas por las personas en quienes confiaban, pero Ayla estaba nerviosa y sabía que tendría dificultades para conciliar el sueño. Decidió prepararse un poco de infusión calmante y entró en la tienda para coger su bolso de piel de nutria con las medicinas.

Mientras las piedras de cocinar se calentaban, acarició la piel del gastado bolso, recordando el momento en que Iza se lo había entregado, así como su propia vida con el clan, especialmente el último día. «¿Por qué Creb tenía que regresar a la caverna?», pensó. Quizá habría podido conservar la vida, a pesar de que estaba viejo y débil. Pero no parecía débil durante la última ceremonia, la noche anterior, cuando convirtió a Goov en el nuevo Mog-Ur. De nuevo era un hombre fuerte, el Mog-Ur, exactamente como antes. Pero Goov nunca será tan poderoso como lo fue Creb.

Jondalar advirtió la actitud pensativa de Ayla. Supuso que ella estaba pensando en el niño que había muerto y en el hijo a quien nunca volvería a ver, y no sabía qué decir. Deseaba ayudar, pero no quería entrometerse. Estaban sentados juntos, cerca del fuego, bebiendo la infusión, y de pronto a Ayla se le ocurrió mirar al cielo. Lo que vio le hizo contener la respiración.

—¡Mira, Jondalar! —exclamó—. Mira el cielo. Ha enrojecido como un fuego, pero muy alto y muy lejano. ¿Qué es?

—¡El fuego del hielo! —contestó Jondalar—. Así lo llamamos cuando tiene ese tono de rojo, o a veces también decimos que son los Fuegos del Norte.

Observaron un rato el despliegue luminoso mientras las luces septentrionales formaban un arco a través del cielo, como cortinas de gasa agitadas por un viento cósmico.

—Tiene franjas blancas —dijo Ayla—, y está moviéndose, como si fuera una serie de hilos de humo o estuviese cubierto por agua blanca de cal. Y hay otros colores.

—Humo de Estrellas —dijo Jondalar—. Así lo denominan algunas personas, o

también Nubes de Estrellas cuando es blanco. Tiene diferentes nombres. La mayoría de la gente sabe a qué te refieres cuando utilizas cualquiera de esos nombres.

—¿Por qué no he visto nunca esa luz en el cielo? —preguntó Ayla, sobrecogida y con cierto temor.

—Quizá porque vivías muy al sur. Por eso también es conocida como Fuegos del Norte. No lo he visto con mucha frecuencia, y desde luego nunca tan intenso, de un color tan rojo, pero la gente que ha realizado viajes al norte afirma que cuanto más se adentran en esa dirección mejor se ve.

—Pero puedes internarte hacia el norte sólo hasta el muro del hielo.

—Es posible dejar atrás el hielo si se viaja por agua. Al oeste del lugar en que yo nací, a una distancia de varios días, según la estación, la tierra termina al borde de las Grandes Aguas. Es un agua muy salada y nunca se congela, aunque a veces pueden verse grandes pedazos de hielo. Dicen que algunas personas han pasado el muro de hielo en bote, mientras cazan animales que viven en el agua.

—¿Quieres decir como los botes curvos que los mamutoi usaban para cruzar los ríos?

—Creo que son parecidos, pero más grandes y más sólidos. Nunca los había visto y no creía demasiado en esos relatos hasta que me encontré con los sharamudoi y vi las embarcaciones que fabricaban. A lo largo del Río Madre crecen muchos árboles cerca de su campamento, árboles grandes. Con ellos fabrican botes. Ya verás cuando los conozcas. No lo creerás. No se limitan a cruzar el río, sino que viajan por agua, río arriba y río abajo, en esos botes.

Ayla advirtió su entusiasmo. Realmente se sentía ilusionado ante la posibilidad de volver a verlos, ahora que había resuelto su dilema. Sin embargo, ella no pensaba en la perspectiva de conocer el otro pueblo de Jondalar. La extraña luz del cielo la inquietaba. No sabía en concreto por qué. Era un espectáculo que la conmovía y deseaba comprender su significado, pero no le infundía el temor que sentía en presencia de las perturbaciones de la tierra. Los movimientos de la tierra, y sobre todo los terremotos, la aterrorizaban, no sólo por el temblor de lo que debía ser suelo firme, un hecho amenazador en sí, sino porque esos episodios habían señalado siempre el comienzo de un cambio drástico y desgarrador en su propia vida.

Un terremoto la había apartado de su propio pueblo y le había deparado una niñez que era ajena a todo lo que había conocido antes, y un terremoto había determinado que se viese condenada al ostracismo en el clan, o por lo menos había proporcionado a Broud la excusa para ello. Incluso la erupción volcánica, que había comenzado muy lejos, hacia el sudoeste, y arrojado sobre ellos una fina lluvia de polvo de ceniza, parecía haber presagiado su separación de los mamutoi, aunque la decisión había partido de la propia Ayla, sin que nadie se la impusiera. Ignoraba qué significaban las señales celestes, e incluso si aquélla era o no una señal.

—Estoy segura de que Creb pensaría que un cielo así es señal de algo —dijo Ayla —. Fue el Mog-Ur poderoso de todos los clanes, y algo semejante a esto le habría

inducido a meditar hasta aclarar su significado. Creo que Mamut también pensaría que es una señal. ¿Qué te parece, Jondalar? ¿Es un signo de algo? ¿Quizá de algo que… no es bueno?

—Yo… no lo sé, Ayla. —Vacilaba ante la posibilidad de explicarle la creencia de su pueblo en el sentido de que, cuando las luces del norte eran rojas, a menudo se consideraba el hecho como una advertencia; pero no siempre. A veces, sólo presagiaba algo muy importante—. Yo no soy Uno Que Sirve a la Madre. Podría ser la señal de algo bueno.

—Pero este Fuego del Hielo es una señal poderosa de algo, ¿verdad?

—Generalmente. Por lo menos, así piensa la mayor parte de la gente.

Ayla mezcló un poco de raíz de aguileña y ajenjo en su infusión de manzanilla, operación con la que obtuvo una bebida de intenso efecto calmante, ya que se sentía inquieta desde la visita del oso al campamento y la aparición del extraño resplandor en el cielo. Incluso con el sedante, Ayla no podía conciliar el sueño. Ensayó toda clase de posturas para dormirse, primero de costado, después de espaldas, más tarde del otro lado, un instante después boca abajo, y estaba segura de que sus movimientos y su agitación molestaban a Jondalar. Cuando al fin consiguió adormecerse, su descanso fue accidentado y lleno de perturbadores sueños.

Un rugido colérico quebró el silencio y la gente que miraba retrocedió atemorizada. El enorme oso de las cavernas presionó sobre la puerta de la jaula y, después de arrancarla, la arrojó al suelo. ¡El oso enloquecido estaba suelto! Broud estaba encaramado sobre sus hombros; otros dos hombres se aferraban a su pelaje. De pronto, uno cayó en las garras del monstruoso animal, pero su alarido de dolor se interrumpió bruscamente cuando un poderoso abrazo del oso le quebró la columna vertebral. El Mog-Ur recogió el cuerpo y, con solemne dignidad, lo introdujo en una caverna. Creb, con su capa de piel de oso, marchaba al frente.

Ayla miró fijamente un líquido blanco que se movía en un agrietado cuenco de madera. El color del líquido se transformó en rojo sangre y se espesó, mientras franjas blancas y luminosas surcaban lentamente su superficie. Experimentó una honda inquietud, algo había hecho mal. No debía quedar líquido en el cuenco. Se lo acercó a los labios y lo vació.

Su perspectiva cambió: la luz blanca estaba en su interior y parecía que ella crecía y miraba desde lo alto a las estrellas que marcaban un camino. Las estrellas se convirtieron en pequeñas luces parpadeantes que indicaban el camino a través de una caverna larga e interminable. Después, una luz roja que estaba al final se agrandó, ocupando toda su visión, y con una sensación deprimente, al borde de la náusea, vio a los mog-ures sentados en círculo, semiocultos por las estalagmitas.

Ella se hundía cada vez más en un abismo oscuro, paralizada por el

temor. De pronto, Creb apareció allí, con la luz resplandeciente dentro de ella, ayudándola, sosteniéndola, calmando sus temores. La guió en un extraño viaje de retorno a los comienzos comunes, a través de agua salada y dolorosos golpes de aire, tierra fangosa y altos árboles. De pronto, se encontraron en tierra, caminando erguidos sobre las dos piernas, salvando una gran distancia, avanzando hacia el oeste, en dirección al gran mar salado. Llegaron a un empinado muro que daba a un río y una planicie, con una profunda entrada bajo un ancho saliente; era la caverna de un antiguo antepasado de Creb. Pero cuando se acercaron a la caverna, Creb comenzó a desvanecerse, a abandonarla.

La escena se desdibujó. Creb se desvanecía cada vez más rápidamente, casi había desaparecido del todo, y ella sintió que el pánico la dominaba. «¡Creb! ¡No te vayas, por favor, no te vayas!», gritó. Exploró con la mirada el paisaje, buscándolo desesperadamente. Y entonces lo vio en la cima del risco, sobre la caverna de su antepasado, cerca de un peñasco, una columna rocosa larga y levemente achatada que se inclinaba sobre el borde, como si hubiese quedado paralizado en el mismo lugar un instante antes de caer. Ella gritó de nuevo, pero él se había desvanecido en la roca. Ayla se sentía desolada; Creb se había marchado y ella estaba sola, agobiada por el dolor, deseando que le hubiese quedado algo de Creb para recordar, algo para tocar y guardar, pero todo lo que tenía era un dolor irresistible. De pronto, echó a correr, y corrió con toda la velocidad de sus piernas; tenía que alejarse, tenía que alejarse.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¡Despierta! —gritó Jondalar, sacudiéndola.

—Jondalar —musitó ella, y se sentó. Después, siempre presa de la misma desolación, se aferró a él y le brotaron las lágrimas—. Se fue… ¡Oh, Jondalar!

—Está bien —dijo, sosteniéndola—. Seguramente ha sido una pesadilla terrible. Gritabas y llorabas. ¿Te servirá de algo contármelo?

—Era Creb. He soñado con Creb y con aquella Reunión del Clan, cuando entré en la caverna y ocurrieron tantas cosas extrañas. Después, durante mucho tiempo él estuvo muy disgustado conmigo. Y más tarde, cuando al fin volvíamos a estar unidos, murió, casi no tuvimos tiempo de hablar. Y dijo que Durc era el hijo del clan. Yo nunca supe muy bien lo que quiso decir. Había tantas cosas de las cuales hubiera deseado hablarle, tantas cosas que ahora desearía haberle preguntado. Algunas personas creían que él era simplemente el poderoso Mog-Ur, y el ojo y el brazo que le faltaban lograban que pareciera feo y más temible. Pero no le conocían. Creb era sabio y bondadoso. Comprendía el mundo de los espíritus, pero también entendía a la gente. Yo quería hablarle en mi sueño y creo que él también intentaba hacerlo conmigo.

—Quizá fuera así. Yo nunca he podido entender los sueños —dijo Jondalar—.

¿Te sientes mejor?

—Ahora estoy bien —dijo Ayla—, pero ojalá supiera más acerca de los sueños.

—Creo que no deberías ir solo en busca de ese oso —dijo Ayla después del desayuno —. Tú mismo has dicho que un oso herido podía ser peligroso.

—Estaré alerta.

—Iré contigo, los dos podemos vigilar; permanecer en el campamento no es más seguro para mí. El oso puede regresar en tu ausencia.

—Es cierto. Está bien, ven conmigo.

Comenzaron a internarse en el bosque, siguiendo el rastro del oso. Lobo decidió rastrear y se zambulló entre los matorrales, remontando la corriente del río. Habían recorrido más de un kilómetro cuando oyeron una conmoción, rezongos y gruñidos. Se adelantaron deprisa y encontraron a Lobo con el pelo erizado, brotándole un gruñido de lo más profundo de la garganta, mientras mantenía la cabeza baja y la cola entre las patas, a cierta distancia de una pequeña manada de lobos que montaban guardia sobre el cuerpo pardo oscuro del oso.

—Por lo menos no tendremos que preocuparnos por un oso herido —dijo Ayla, que tenía dispuesta su lanza.

—No es más que una manada de lobos peligrosos. —Jondalar también estaba preparado para arrojar su lanza—. ¿Quieres comer carne de oso?

—No, tenemos suficiente carne. No hay espacio para guardar más. Dejemos el oso a estas bestias.

—No me importa la carne, pero me gustaría llevarme las garras y los colmillos —dijo Jondalar.

—¿Por qué no los coges? Te pertenecen. Mataste al oso. Puedo alejar a los lobos con mi honda el tiempo que necesites.

Jondalar no pensó que fuera algo que él hubiera podido intentar solo. La idea de apartar a una manada de lobos de la carne que consideraban suya parecía un gesto peligroso, pero recordó la conducta de Ayla la víspera, cuando había ahuyentado a las hienas.

—Adelante —dijo, mientras extraía su afilado cuchillo.

Lobo se excitó mucho cuando Ayla comenzó a arrojar piedras para ahuyentar a la manada de lobos, y montó guardia sobre el cadáver del oso mientras Jondalar se apresuraba a cortarle las garras. Fue un poco más difícil arrancarle los dientes de las mandíbulas, pero pronto consiguió sus trofeos. Ayla observaba a Lobo y sonreía. Apenas su «manada» expulsó a la manada salvaje, su actitud y su postura cambiaron. Mantenía la cabeza alta, la cola recta, en la actitud de un lobo dominante, y su gruñido era más agresivo. El jefe de la manada le observaba atentamente y parecía dispuesto a desafiarle.

Cuando ya se alejaban del cadáver del oso, el jefe de la manada alzó la cabeza y

aulló. Fue un aullido profundo y penetrante. Lobo levantó la cabeza y replicó con otro aullido, pero el suyo carecía de resonancia. Era más joven, no había completado su desarrollo, y eso se manifestaba en su voz.

—Vamos, Lobo. Ese animal es más corpulento que tú, sin hablar de que es más viejo y más sabio. Te dominaría en un par de segundos —dijo Ayla, pero Lobo volvió a aullar, no como un reto, sino porque estaba en una comunidad de su propia especie.

Los restantes lobos de la manada se unieron a los dos primeros, hasta que Jondalar se sintió rodeado por un coro de gruñidos y aullidos. Y entonces, simplemente porque lo deseaba, Ayla irguió la cabeza y aulló. El sonido provocó un escalofrío en la espalda del hombre y le puso carne de gallina. A su juicio, era una imitación perfecta de los lobos. Incluso Lobo volvió la cabeza hacia ella, y entonces emitió otro gemido prolongado en un tono más confiado. Los restantes lobos contestaron a su vez y pronto retumbó en los bosques la escalofriante y bella canción de los lobos.

Cuando regresaron al campamento, Jondalar limpió las garras y los colmillos del oso; mientras Ayla cargaba las cosas en Whinney, él continuaba recogiendo los elementos del campamento, todavía atareado cuando ella ya había concluido. Ayla se apoyaba en el cuerpo de la yegua y la rascaba distraídamente sintiéndose complacida de su presencia; de pronto, vio que Lobo había encontrado otro hueso viejo y descompuesto. Pero esta vez el animal se mantuvo a distancia, gruñendo juguetonamente con su preciado hallazgo entre los dientes, la mirada atenta en la mujer, pero sin hacer ningún esfuerzo para llevarle el hueso.

—¡Lobo! ¡Ven aquí, Lobo! —gritó Ayla. Lobo soltó el hueso y se acercó a Ayla —. Creo que es hora de comenzar a enseñarte algo nuevo —dijo la joven.

Quería enseñarle a permanecer quieto si ella se lo ordenaba, y que procediera así incluso en el caso de que Ayla se alejara. Consideraba importante que aprendiese a obedecer este tipo de orden, aunque presumía que el aprendizaje iba a ser lento. A juzgar por la recepción que les habían dispensado hasta entonces las personas con las cuales se había cruzado en el camino, y por la reacción de Lobo, le inquietaba que el animal se arrojase sobre extraños que pertenecían a otra «manada» de humanos.

Ayla había prometido cierta vez a Talut que mataría al lobo con sus propias manos si lastimaba a alguno de los habitantes del Campamento del León, y aún creía que era responsabilidad suya asegurarse de que el animal carnívoro que ella ponía en contacto estrecho con la gente no dañase a nadie. Pero, además, le inquietaba la seguridad del propio Lobo. Su aproximación amenazadora provocaba inmediatamente una reacción defensiva y Ayla temía que, por temor, cualquier cazador intentara matarlo cuando pareciese amenazar a su campamento, antes de que ella pudiera impedirlo.

Decidió comenzar atándolo a un árbol y ordenándole que permaneciera allí mientras ella se alejaba, pero la cuerda que rodeaba su cuello era demasiado holgada y Lobo consiguió sacar su cabeza. Lo ató con más fuerza la vez siguiente, pero le

preocupaba la posibilidad de que la cuerda asfixiara al animal si estaba demasiado apretada. Tal como había sospechado que sucedería, Lobo gemía, aullaba y saltaba tratando de seguirla en cuanto Ayla comenzaba a alejarse. Desde una distancia de varios metros, ella le repetía la orden de permanecer allí, y con la mano hacía un gesto para indicarle que no tenía que moverse.

Cuando al fin Lobo se aquietó, ella regresó y le elogió. Repitió el intento varias veces, hasta que vio a Jondalar ya preparado, por lo que soltó a Lobo. Era un entrenamiento suficiente para un día, pero después de esforzarse por desatar los nudos que Lobo había apretado con fuerza con sus maniobras, Ayla no se sentía complacida con la idea de la cuerda alrededor del cuello del animal. Primero tendría que ajustarla exactamente, ni muy tensa ni muy floja, y además se veía en dificultades para desatar los nudos. Tendría que pensar en ello.

—¿Crees realmente que podrás enseñarle que no debe amenazar a los extraños? —preguntó Jondalar, después de observar los primeros intentos, al parecer fracasados —. ¿No me dijiste que es natural que los lobos desconfíen de otros? ¿Cómo puedes abrigar la esperanza de enseñarle algo que va en contra de sus inclinaciones naturales?

Jondalar montó en Corredor mientras ella apartaba la cuerda y después se instalaba a lomos de Whinney.

—¿Es una inclinación natural del caballo permitirte que montes sobre su lomo? —preguntó Ayla.

—Ayla, creo que no es lo mismo —dijo Jondalar mientras comenzaban a alejarse del campamento, cabalgando uno al lado del otro—. Los caballos comen pasto, no carne, y me parece que por naturaleza tienden más a evitar los problemas. Cuando ven a extraños, o algo que parezca amenazador, prefieren huir. Un corcel quizá luche con otro caballo en ciertas ocasiones, o se enfrente a algo que le amenaza directamente, pero Corredor y Whinney optan por alejarse ante una situación anormal. En cambio, Lobo adopta una actitud defensiva. Se muestra mucho más dispuesto a combatir.

—Jondalar, también huiría si nosotros escapásemos con él. Adopta esa actitud defensiva porque está protegiéndonos. Y, en efecto, come carne, y podría matar a un hombre, pero no lo hace. Y no creo que lo haga, a menos que suponga que uno de nosotros está amenazado. Los animales pueden aprender, exactamente como las personas. Su inclinación natural no es considerar que las personas y los caballos son su «manada». Incluso Whinney aprendió cosas que no habría aprendido si hubiese vivido con otros caballos. ¿Acaso es natural que un caballo considere amigo a un lobo? Hasta tuvo por amigo a un león de las cavernas. ¿Es eso una inclinación natural?

—Tal vez no —dijo Jondalar—, pero no sabes cómo me preocupé cuando Bebé apareció en la Reunión de Verano y tú te acercaste a él sin vacilar, montada en Whinney. ¿Cómo sabías que te recordaría? ¿O que recordaría a Whinney? ¿O que

Whinney lo recordaría a él?

—Crecieron juntos. Bebé…, quiero decir que Bebé…

La palabra que ella usó significaba «niño de mantilla», pero tenía un sonido y una inflexión extraños, a diferencia de todas las lenguas que ella y Jondalar solían utilizar; una pronunciación áspera y gutural, como si el sonido hubiese brotado de la garganta. Jondalar era incapaz de reproducirlo, ni siquiera de emitir algo parecido; era una del número relativamente reducido de palabras habladas de la lengua del clan. Aunque ella la había pronunciado con frecuencia suficiente como para que él pudiera reconocerla, Ayla había adoptado la costumbre de traducir inmediatamente las palabras de la lengua del clan que a veces empleaba, para facilitar las cosas. Cuando Jondalar aludió al león que Ayla había criado desde que era cachorro, utilizó la forma traducida del nombre que ella le había enseñado, pero en todo caso siempre le había parecido incongruente que un gigantesco león de las cavernas macho se llamase «Bebé».

—Bebé era… un cachorro cuando lo encontré, un animalito muy pequeño. Ni siquiera estaba destetado. Le habían golpeado en la cabeza, creo que un ciervo lanzado a la carrera, y estaba medio muerto. Por eso su madre le abandonó. También para Whinney fue como un cachorrito. Ella me ayudó a cuidarlo; era muy divertido cuando empezaron a jugar juntos, y sobre todo cuando Bebé se deslizaba cautelosamente y trataba de atrapar la cola de Whinney. Sé que hubo veces en que ella la movía a propósito frente al hocico de Bebé. O cada uno aferraba el extremo de un cuero y trataba de quitárselo al otro. Ese año perdí infinidad de cueros, pero me divertí mucho.

La expresión de Ayla adquirió un aire reflexivo.

—Antes nunca había sabido lo que era reír. La gente del clan no reía con voz fuerte. No hacía ruidos innecesarios, y los sonidos altos generalmente representaban avisos. Y ése que te gusta, mostrando los dientes, y que llamamos sonrisa, lo usaban para indicar que estaban nerviosos, o para adoptar una actitud protectora y defensiva, o con ciertos ademanes de la mano para sugerir una amenaza. Para ellos no era una expresión feliz. No les agradaba cuando yo era pequeña que sonriera o riese, de modo que aprendí a evitarlo dentro de lo posible.

Cabalgaron un rato junto al borde del río, sobre una zona ancha y lisa de grava.

—Mucha gente sonríe cuando está nerviosa, y cuando se encuentra con extraños —dijo Jondalar—, la intención no es defenderse o amenazar. Creo que la sonrisa está destinada a demostrar que uno tiene miedo.

Ayla cabalgaba delante de Jondalar y ahora se inclinó hacia un costado para indicar a su caballo la necesidad de rodear unos matorrales que crecían junto a un arroyuelo que iba a desaguar en el río. Después de que Jondalar ideara el freno que usaba para guiar a Corredor, también Ayla comenzó a usar uno para emplearlo ocasionalmente con Whinney, o para atarla cuando deseaba mantenerla en el mismo sitio; pero aunque la yegua lo llevara puesto, Ayla nunca lo usaba mientras cabalgaba.

La primera vez que montó sobre el lomo de la yegua su intención no había sido entrenar al animal; el proceso de aprendizaje mutuo había sido gradual y al principio inconsciente. No obstante, tan pronto comprendió lo que estaba sucediendo, la mujer entrenó adrede a la yegua para que hiciera determinadas cosas, siempre en el marco de la profunda comprensión que existía entre ambas.

—Pero si una sonrisa está destinada a demostrar que se tiene miedo, ¿significa que no tienes nada que temer? ¿Que te sientes fuerte y nada temes? —preguntó Ayla, cuando los dos cabalgaron de nuevo a la par.

—En realidad, nunca había pensado en ello. Thonolan siempre sonreía y parecía muy seguro de sí mismo cuando conocía a otras personas, pero no siempre se sentía tan seguro como aparentaba. Trataba de inducir a la gente a pensar que no estaba asustado, de modo que tal vez se podría decir que era una especie de gesto defensivo, un modo de afirmar: «Soy tan fuerte que nada tengo que temer de ti».

—¿Y mostrar tu fuerza no es un modo de amenazar? Cuando Lobo muestra los dientes a los extraños, ¿no está mostrándoles su fuerza? —insistió Ayla.

—Quizá en las dos cosas haya algo que puede ser igual, pero hay mucha diferencia entre una sonrisa de bienvenida y Lobo mostrando los dientes y gruñendo.

—Sí, eso es cierto —reconoció Ayla—. Una sonrisa nos complace.

—O por lo menos nos alivia. Si te encuentras con un extraño y corresponde a tu sonrisa, eso significa generalmente que eres bien recibido, de forma que sabes cuál es el terreno que pisas. No todas las sonrisas están destinadas siempre a complacerte.

—Quizá sentirse aliviado sea el comienzo del sentimiento de felicidad —dijo Ayla.

Cabalgaron en silencio un rato. Después, la mujer continuó:

—Creo que hay algo análogo en una persona que sonríe como saludo cuando se siente nerviosa frente a los extraños, y las gentes del clan que en su lengua hacen el gesto de mostrar los dientes para expresar nerviosismo o para sugerir una amenaza. Y cuando Lobo enseña sus dientes a los extraños, les amenaza porque se siente nervioso y adopta una actitud protectora.

—Entonces, cuando nos enseña los dientes a nosotros, puesto que somos su propia manada, se trata de su sonrisa —dijo Jondalar—. En ciertas ocasiones estoy convencido de que sonríe y sospecho que se burla de ti. Estoy seguro de que también te ama, pero el problema es que en su caso es natural que muestre los dientes y amenace a la gente a la que no conoce. Si él quiere protegerte, ¿cómo lograrás enseñarle para que permanezca quieto donde le ordenas, cuando tú no estás? ¿Cómo puedes enseñarle a que se abstenga de atacar a los extraños si él decide atacarlos? —La inquietud de Jondalar era seria. No estaba seguro de que llevar con ellos al animal fuera una buena idea. Lobo podía provocar muchos problemas—. Recuerda, los lobos atacan para conseguir su alimento; así los hizo la Madre. Lobo es un cazador. Puedes enseñarle muchas cosas, ¿pero cómo puedes enseñarle a un cazador que no cace? ¿Que no ataque a los extraños?

—Jondalar, tú eras un extraño al aparecer en mi valle. ¿Recuerdas cuando Bebé regresó para visitarme y se encontró contigo? —preguntó Ayla, mientras volvían a separarse y ascendían en fila india un barranco que se alejaba del río en dirección a la meseta. Jondalar sintió una oleada de calor, no precisamente de vergüenza, sino provocado más bien por el recuerdo de las intensas emociones experimentadas durante aquel encuentro. Nunca se había asustado tanto en su vida; en aquellos momentos estaba seguro de que moriría.

Tardaron algún tiempo en abrirse paso a lo largo del estrecho barranco, esquivando las piedras acumuladas durante las inundaciones de primavera, y las artemisas de tallo negro revivían con las lluvias y se secaban y parecían muertas cuando éstas cesaban. Jondalar recordó la ocasión en que Bebé regresó al lugar donde Ayla le había criado, y encontró a un extraño sobre la ancha repisa que se extendía frente a la pequeña caverna de la joven.

Ningún león de las cavernas era pequeño, pero Bebé era el más grande que él había visto en su vida, casi tan alto como Whinney, y más corpulento. Jondalar todavía estaba recuperándose del mal trato que el mismo león, o su compañera, le había infligido antes, el día en que él y su hermano se metieron como dos atolondrados en la madriguera de los animales. Fue el último episodio de la vida de Thonolan. Jondalar estaba convencido de que había llegado el final cuando el león de las cavernas rugió y se preparó para saltar. De pronto, Ayla se interpuso, alzando la mano para ordenarle que se detuviese, ¡y el león se detuvo! De no haber estado como petrificado, habría sido cómico observar cómo la enorme bestia se encogía y retrocedía para evitar a Ayla. Y cuando por fin fue capaz de reaccionar, vio que ella rascaba al gigantesco gato y jugaba con él.

—Sí, lo recuerdo —dijo, cuando llegaron a la meseta y de nuevo cabalgaron uno al lado del otro—. Todavía no sé cómo conseguiste que se detuviera en mitad de su ataque.

—Cuando Bebé no era más que un cachorro, su juego consistía en atacarme, pero cuando comenzó a crecer era demasiado corpulento y yo ya no podía jugar así con él. Era demasiado rudo. Tuve que enseñarle a obedecer cuando yo le ordenaba que parase —explicó Ayla—. Ahora tengo que enseñar a Lobo que no debe atacar a los extraños, y que ha de quedarse atrás si yo se lo ordeno. No sólo para evitar que hiera a la gente, sino también porque no deseo que los demás le hagan daño.

—Ayla, si alguien puede enseñárselo, eres tú —dijo Jondalar. Ayla había aclarado sus ideas, y si podía realizar su objetivo, sería más fácil viajar con Lobo; pero Jondalar todavía se preguntaba cuántas dificultades podría causarles el lobo. Había retrasado el cruce del río y destrozado a mordiscos varias cosas, si bien, al parecer, Ayla había resuelto también ese problema. No era que el animal no le cayese bien. Le agradaba. Era fascinante observar tan de cerca a un lobo, y Jondalar se sorprendía de que Lobo fuera tan cordial y afectuoso; pero había que dedicarle tiempo y atención, y, por otra parte, consumía provisiones. Los caballos necesitaban cuidados, pero

Corredor respondía muy bien a Jondalar y ambos eran de gran ayuda. El viaje de regreso sería bastante difícil; no hacía falta agregar la carga de un animal que casi causaba tantas preocupaciones como un niño.

«Un niño hubiera sido un problema grave», pensó Jondalar mientras cabalgaba. «Sólo deseo que la Gran Madre Tierra no le dé un niño a Ayla antes de haber completado nuestro viaje de regreso. Si ya estuviésemos allí, bien instalados, sería diferente. En ese caso, podríamos pensar en los niños. Aunque, desde luego, nada podemos hacer al respecto, salvo encomendarnos a la Madre. ¿Cómo será tener un pequeño cerca?

»¿Y si Ayla tiene razón y los niños vienen de los placeres? Pero llevamos juntos algún tiempo y aún no veo signos de la llegada de los niños. Sin duda, Doni pone al niño dentro de la mujer, pero ¿qué sucede si la Madre decide que no le dará un niño a Ayla? Ya tuvo uno, aunque era mestizo. Después que Doni da un hijo, generalmente da más. Quizá se trate de mí. Me pregunto si Ayla podrá tener un niño que provenga de mi espíritu. ¿Podrá hacerlo una mujer cualquiera?

»He compartido los placeres y honrado a Doni con muchas mujeres. ¿Quizá alguna de ellas llegó a tener un niño comenzado por mí? ¿Cómo lo sabe un hombre? Ranec sabía. Su cutis era tan oscuro y sus rasgos tan peculiares que uno alcanzaba a ver su esencia en algunos de los niños que estaban en la Reunión de Verano. Yo no poseo ese cutis oscuro ni esos rasgos…, ¿o sí?

»¿Y qué sucedió cuando los cazadores hadumai se detuvieron aquí, haciendo un alto en el camino? Ese viejo Haduma deseaba que Noria tuviese un niño de ojos azules como los míos, y después de sus Primeros Ritos, Noria me dijo que tendría un hijo de mi espíritu, con mis ojos azules. Se lo había dicho Haduma. ¿Habrá tenido ese niño?

»Serenio creía que cuando yo partí quizá ella había quedado embarazada. Me pregunto si tuvo un hijo con ojos azules, del mismo color que los míos. Serenio tuvo un hijo, pero después nunca tuvo más, y Darvo era casi un joven. ¿Qué pensará ella de Ayla, o qué pensará Ayla de ella?

»Quizá no estaba embarazada. Tal vez la Madre aún no ha olvidado lo que yo hice, y éste es Su modo de decir que no merezco un niño ni tampoco un hogar. Pero Ella me devolvió a Ayla. Zelandoni siempre me dijo que Doni jamás me rehusaría nada de lo que yo le pidiese, pero me advirtió que pusiese cuidado en lo que pedía, porque, según dijo, lo conseguiría. Por eso me obligó a prometer que no la pediría a la Madre, cuando ella todavía era Zolena.

»¿Por qué alguien pedirá algo si no lo desea? En realidad, nunca entendía a los que hablaban con el mundo de los espíritus. Siempre tienen una sombra sobre su lengua. Solían decir que Thonolan era favorito de Doni cuando hablaban de su facilidad para llevarse bien con la gente. Y, por otra parte, afirman que hay que tener cuidado con los favores de la Madre. Si Ella favorece demasiado, no quiere que uno se aparte de Ella demasiado tiempo. ¿Por eso Thonolan murió? ¿La Gran Madre

Tierra se lo llevó? ¿Qué significa realmente cuando dicen que Doni favorece a alguien?

»No sé si Ella me favorece o no. Pero ahora sé que Zolena adoptó la decisión precisa cuando decidió unirse a los zelandonii. Era también lo que convenía. Lo que hice estuvo mal, pero yo jamás habría realizado el viaje con Thonolan si ella no se hubiese convertido en zelandonii y jamás habría conocido a Ayla. Quizá Ella me favorece un poco, pero yo no quiero aprovecharme de su bondad hacia mí. Ya le he pedido que nos permita regresar sanos y salvos; no puedo pedirle que conceda a Ayla un hijo de mi espíritu, y sobre todo no puedo pedirlo ahora. Pero me gustaría saber si llegará a tener hijos».

Capítulo 6

Ayla y Jondalar se apartaron del río cuyo curso habían venido siguiendo, y desviándose hacia el oeste, en su rumbo general hacia el sur, avanzaban a través de la campiña. Llegaron al valle de otro ancho curso de agua que fluía en dirección oeste, para unirse, en un lugar del curso inferior, con el que acababan de dejar atrás. El valle era ancho, con una suave ladera cubierta de hierba que conducía a un río de aguas rápidas, cuyo curso atravesaba el centro de una planicie aluvial, salpicada de piedras de diferentes tamaños, desde grandes peñascos hasta fina grava arenosa. Excepto unas pocas matas de pasto y una ocasional hierba florecida, el camino rocoso formaba un terreno desnudo, privado de vegetación por el diluvio de la primavera.

Unos pocos troncos, árboles enteros despojados de hojas y corteza, aparecían caídos sobre la superficie de cascajo y ripio, y enmarañados arbustos y matorrales de aliso con hojas grises velludas cubrían las proximidades de la orilla. Un pequeño rebaño de ciervos gigantes, cuyas fantásticas cornamentas palmeadas hacían que pareciesen casi pequeñas las anchas palas del alce, se alimentaba en la periferia de los frondosos sauces agrupados en las húmedas tierras bajas que se extendían cerca del agua.

Lobo estaba muy animado y no cesaba de brincar bajo las patas de los caballos, en torno de éstos, y en particular de Corredor. Whinney parecía capaz de desentenderse de tanta exuberancia, pero el joven corcel se mostraba más excitable. Ayla creía que el joven animal habría respondido en consonancia con el espíritu juguetón de Lobo si se le hubiese permitido hacerlo, pero como Jondalar dirigía sus movimientos, tenía que conformarse, aunque en cualquier caso las cabriolas del lobo le distraían. El hombre no se sentía complacido, pues las travesuras de Lobo le obligaban a controlar más estrechamente al caballo. Su irritación se acentuaba por momentos, y estaba tentado de pedir a Ayla que mantuviese al lobo apartado de Corredor.

De pronto, con gran alivio de Jondalar, Lobo se alejó. Había olfateado el olor de los ciervos y fue a investigar. La primera imagen de las largas patas de un ciervo gigante fue irresistible; Lobo llegó a la conclusión de que se trataba de otro alto animal cuadrúpedo con quien podía jugar. Pero cuando el venado al que se acercó inclinó la cabeza para rechazar al animal que cargaba sobre él, Lobo se detuvo. ¡La magnífica y ancha cornamenta del poderoso ciervo tenía una longitud de cuatro metros! La enorme bestia mordisqueaba el pasto de hojas anchas que arrancaba del suelo, y no desconocía la presencia del carnívoro, pero se mostraba indiferente, como si hubiera sabido que tenía poco que temer de un lobo solitario.

Ayla, que observaba la escena, sonrió.

—Mírale, Jondalar. Lobo creía que el megaceros era otro caballo al que podía molestar.

Jondalar también sonrió.

—Sí, parece sorprendido. Esa cornamenta es un poco más grande de lo que él esperaba.

Cabalgaron lentamente hacia el agua, conscientes, sin que les hiciera falta expresarlo con palabras, de que no debían asustar al enorme ciervo. Ambos experimentaban un sentimiento de sobrecogido asombro al aproximarse a las grandes criaturas que les sobrepasaban en altura, incluso montados a caballo. Con majestuosa elegancia, el rebaño se apartó cuando se acercaron los humanos y los caballos; no estaban asustados, sólo se mostraban prudentes, y mientras se alejaban mordisqueaban las peludas hojas de sauce.

—Es también un poco más de lo que yo esperaba —dijo Ayla—. Nunca los había visto a tan corta distancia.

Aunque en sus proporciones físicas era apenas un poco más grande que el alce, el ciervo gigante, con su grandiosa y complicada cornamenta, que se extendía hacia los costados y hacia arriba sobre la cabeza, parecía enorme. Cada año perdía tan fantásticos cuernos, y el nuevo par que crecía para reemplazarlos alcanzaba mayor longitud y complejidad, y finalmente llegaba a los cuatro metros o más durante una sola temporada en ciertos machos viejos. Pero incluso cuando tenían la cabeza desnuda, el miembro más corpulento de la tribu de los ciervos era enorme comparado con otro animal cualquiera de su misma especie. El pelaje enmarañado y los macizos músculos de los hombros y el cuello, extraordinariamente desarrollados para sostener el peso de los inmensos cuernos, contribuían a su aspecto formidable. Los ciervos gigantes eran animales de las planicies. Su cornamenta prodigiosa representaba una molestia en el terreno boscoso, y por eso los animales evitaban los árboles que sobrepasaban la altura de un arbusto; se sabía que algunos habían muerto de hambre, atrapados por su propia y gloriosa cornamenta trabada en las ramas de un árbol.

Cuando llegaron al río, Ayla y Jondalar se detuvieron y estudiaron el curso del agua y el área circundante, para determinar dónde era más conveniente vadearlo. El río era profundo y la corriente veloz, y los peñascos grandes e irregulares originaban rápidos en ciertos sitios. Examinaron las condiciones río arriba y río abajo, pero les pareció que el carácter del río era más o menos el mismo a lo largo de cierto trecho. Finalmente, decidieron intentar cruzarlo en el punto que parecía relativamente libre de piedras.

Los dos desmontaron, aseguraron los canastos sobre el lomo de los caballos y guardaron en su interior los protectores de los pies y las prendas más cálidas que habían usado para combatir el frío de la mañana. Jondalar se despojó de su camisa sin mangas, y Ayla contempló la posibilidad de desnudarse por completo, porque no deseaba tener que preocuparse luego de secar sus ropas; pero después de comprobar con el pie la temperatura del agua, cambió de idea. Estaba acostumbrada al agua fría, pero esta corriente de curso rápido parecía tan fría como el agua donde se había bañado la noche antes, para encontrarla por la mañana cubierta por una delgada capa de hielo. Incluso húmedas, la túnica y las polainas de suave cuero de becerro le

proporcionarían un poco de calor.

Los dos caballos estaban agitados y se apartaban de la orilla húmeda dando botes, agitándose, relinchando y moviendo la cabeza. Ayla aplicó a Whinney el cabestro con la cuerda, para ayudarse a guiar a la yegua durante la travesía. Después, al percibir el nerviosismo cada vez más acentuado de la yegua, la joven abrazó el cuello de desordenada crin y habló al animal en el reconfortante lenguaje íntimo que ella había inventado cuando ambas estaban en el valle.

Ayla lo había ideado inconscientemente, basándose en los signos complejos, pero ante todo en las pocas palabras que eran parte de la lengua del clan, y le había agregado los sonidos repetitivos y desprovistos de sentido que ella y su hijo habían comenzado a usar, y a los cuales había atribuido significados. También incluía sonidos propios de los caballos, de los cuales captaba cierto sentido, y que había aprendido a reproducir, así como de vez en cuando el gruñido de un león e incluso unos pocos silbidos característicos de las aves.

Jondalar se volvió para escuchar. Aunque estaba acostumbrado a que ella hablase de ese modo con el caballo, no tenía idea de lo que Ayla estaba diciendo. La joven poseía una misteriosa habilidad para reproducir los sonidos de los animales —había aprendido su lengua cuando vivía sola, antes de que él volviese a enseñarle el modo de expresión verbal— y Jondalar creía que esa lengua tenía propiedades extrañas y ultraterrenas.

Corredor movió las patas y agitó la cabeza, en tanto emitía sonidos de ansiedad. Jondalar le habló en voz baja, mientras le acariciaba y le rascaba. Ayla lo observó y advirtió que las manos maravillosamente sensibles del hombre alto ejercían un efecto calmante casi instantáneo sobre el inquieto y joven caballo. Le complació ver la intimidad que se había creado entre ellos. Después, sus pensamientos evocaron durante un instante el modo en que las manos de Jondalar provocaban ciertas sensaciones en ella misma, y Ayla se sonrojó un poco. Ciertamente, él no la calmaba.

Los caballos no eran los únicos animales nerviosos. Lobo sabía lo que se avecinaba y no deseaba nadar en el agua fría. Gemía y caminaba arriba y abajo por la orilla, hasta que por fin se sentó, elevó el hocico y manifestó su queja con un aullido lastimero.

—Ven aquí, Lobo —dijo Ayla, inclinándose para abrazar al joven animal—. ¿Tú también estás un poco asustado?

—¿También nos creará problemas al atravesar este río? —preguntó Jondalar, que aún estaba irritado con el lobo por haberles molestado antes a él y a Corredor.

—Para mí no es problema. Sólo está un poco nervioso, lo mismo que los caballos —observó Ayla, que se preguntó por qué el temor perfectamente natural de Lobo parecía irritar a Jondalar, sobre todo si se tenía en cuenta la actitud tan comprensiva que mostraba con respecto al joven corcel.

Las aguas del río estaban frías, pero los caballos eran nadadores vigorosos, y una vez que se dejaron convencer para meterse, no tuvieron dificultad en llegar a la orilla

opuesta, conduciendo a los humanos tanto como eran dirigidos por éstos. Tampoco Lobo creó dificultades. Bailoteó y gimió en la orilla, avanzando hacia el agua fría y retrocediendo unas pocas veces, hasta que al fin se zambulló. Con el hocico en alto, nadó en pos de los caballos, que avanzaban cargados de bultos y paquetes, y de los humanos que nadaban a ambos costados.

Cuando ganaron la orilla opuesta, se cambiaron de ropa, secaron a los animales y continuaron su camino. Ayla recordó otros cruces de ríos que ella había realizado cuando viajaba sola, después de alejarse del clan, y se sintió agradecida por la presencia de los robustos caballos. Pasar de una orilla de un río a la opuesta nunca era fácil. En el mejor de los casos, cuando uno viajaba a pie, generalmente significaba mojarse. Sin embargo, con los caballos se podían cruzar muchos cursos pequeños con unas pocas salpicaduras, e incluso los grandes ríos ofrecían menores dificultades.

Mientras continuaban avanzando hacia el sudoeste, el terreno cambió. Las colinas de las tierras altas, que se convertían en estribaciones más elevadas a medida que se acercaban a las montañas del oeste, estaban cortadas por los valles profundos y estrechos de los ríos que habían tenido que cruzar. A veces, Jondalar se daba cuenta de que dedicaban demasiado tiempo a ascender y descender y hacían escasos progresos; pero los valles proporcionaban lugares protegidos para acampar, al abrigo del viento, y los ríos aportaban el agua necesaria en una región que, por lo demás, era seca.

Se detuvieron en la cima de una elevada colina, en la zona central de las altas planicies montañosas que corrían paralelas a los ríos. Un amplio panorama se abría hacia los cuatro puntos cardinales. Excepto las débiles formas grises de la montaña, alzándose en lontananza hacia el oeste, el vasto paisaje no mostraba interrupciones.

Aunque la extensión ventosa y árida no podía haber sido más diferente, las estepas, que se extendían frente a los dos jinetes en un monótono paisaje de interminables hierbas ondulantes que cubrían las colinas bajas y redondeadas, recordaban el mar con su regularidad sin accidentes. La analogía podía llegar más lejos. A pesar de la monótona uniformidad, el antiguo pastizal agitado por el viento era engañosamente amplio y variado, y, lo mismo que el mar, encerraba una variedad profusa y exótica de vida. Un conjunto de extrañas criaturas, que exhibían abundancia de adornos sociales biológicamente costosos en forma de enormes cuernos y cornamentas, pelambres, gorgueras y gibas, compartían las grandes estepas con otros animales que habían alcanzado proporciones monumentales.

Los gigantes lanudos, los mamuts y los rinocerontes, espléndidos en sus apretadas pieles dobles —el pelaje largo y exuberante sobre las capas interiores suaves y tibias — con espesas capas de grasa, exhibían colmillos extravagantes y cuernos exagerados. Los ciervos gigantescos, adornados con majestuosas e inmensas cornamentas palmeadas, pastaban junto a los uros, los espléndidos antepasados

salvajes de los rebaños del plácido ganado vacuno doméstico, y eran casi tan gigantescos como el macizo bisonte que exhibía cuernos enormes. Incluso los animales pequeños alcanzaban unas proporciones que eran el resultado de la abundancia de las estepas; había grandes jerbos, hámsteres gigantes y ardillas terrestres, que figuraban entre las especies de mayor tamaño.

Los extensos pastizales también alimentaban a otros muchos animales, buen número de ellos de proporciones notables. Los caballos, los asnos y los onagros se repartían el espacio y el alimento en las tierras bajas; las ovejas salvajes, las gamuzas y las cabras montesas se dividían los terrenos más altos. Los antílopes saiga recorrían la planicie. Los bosques cubrían los valles fluviales o se alzaban en las inmediaciones de los estanques y los lagos, y las ocasionales estepas boscosas y la tundra albergaban venados de todas las variedades, desde el gamo manchado y el tímido corzo al alce, el ciervo rojo y el reno, llamados ante, alce y caribú cuando emigraban a otras regiones. Liebres y conejos, ratones comunes y de campo, marmotas, ardillas y lemmings abundaban en enorme cantidad; sapos, ranas, serpientes y lagartos también ocupaban su correspondiente lugar. Aves de todo tipo de formas y tamaños, desde las grandes cigüeñas a las minúsculas alondras, agregaban su voz y su color. Incluso los insectos desempeñaban su papel.

Los nutridos rebaños de animales que pastaban, así como los ramoneadores y consumidores de semillas, se veían limitados y controlados por los carnívoros. Éstos, que se adaptaban mejor a su propio ámbito y podían habitar donde quiera que viviesen sus presas, también alcanzaban enormes proporciones a causa de la abundancia y la calidad del alimento de que disponían. Los gigantescos leones de las cavernas, cuyo tamaño era doble que el de sus descendientes meridionales, cazaban a los ejemplares jóvenes y viejos incluso de los animales herbívoros más corpulentos, si bien un mamut lanudo en la plenitud de sus fuerzas tenía poco que temer. Habitualmente las preferencias de los grandes gatos se inclinaban por el enorme bisonte, los uros y el venado, y por su parte las manadas de grandes hienas, lobos y perros salvajes elegían presas de categoría media. Se dividían las abundantes presas con los linces, los leopardos y los pequeños gatos salvajes.

Los monstruosos osos de las cavernas, en esencia vegetarianos y sólo en parte cazadores, tenían doble peso que los osos pardos o negros, más pequeños, los cuales también preferían una dieta omnívora que a menudo incluía hierbas, si bien el oso blanco de las costas heladas se alimentaba de la carne que extraía del mar. Los crueles glotones y las mofetas de la estepa apresaban su cuota de animales más pequeños, entre ellos el vasto número y la diversidad de roedores, y lo mismo hacían las astutas martas cibelinas, las comadrejas, las nutrias, los hurones, las garduñas, los visones y los armiños, que en la nieve se volvían blancos. Algunos zorros también se transformaban en blancos, o bien su pelaje adquiría un intenso color gris llamado azul, para confundirse con la escenografía invernal y cazar subrepticiamente. Las águilas tostadas y doradas, los halcones, los gavilanes, los cuervos y los búhos

atrapaban en vuelo a las presas pequeñas desprevenidas o infortunadas, y los buitres y los milanos negros limpiaban los restos que otros dejaban en tierra.

La gran variedad y el considerable tamaño de los animales que vivían en aquellas antiguas estepas, más el excedente de los exagerados y poderosos apéndices, así como el desarrollo complementario, podían mantenerse sólo en un ambiente de calidad excepcional. Sin embargo, era una tierra frígida, seca y dura, rodeada por barreras de hielo altas como montañas y sombríos océanos de agua helada. Parecía contradictorio que un ambiente tan duro pudiese suministrar la riqueza necesaria para el desmesurado crecimiento de los animales, pero en realidad el ambiente era el más apropiado para propiciarlo. El clima frío y seco facilitaba el crecimiento de la hierba e impedía el de los árboles.

Los árboles, por ejemplo, los robles o los abetos, crecen de manera pasmosa, pero necesitan mucho tiempo y abundante humedad para madurar. Los bosques pueden alimentar y sostener toda una gama de distintas plantas y diferentes animales, pero los árboles necesitan recursos para mantenerse y no facilitan el desarrollo de multitud de grandes animales. Unos pocos animales pueden consumir nueces o frutos, y otros alimentarse de hojas, o incluso de las ramitas de un árbol, pero la corteza y la madera en general son incomibles y vuelven a crecer despacio una vez destruidas. La misma energía e iguales nutrientes del suelo aplicados al mismo peso de pasto alimentarán a muchos, muchos más individuos, y la hierba se renovará constantemente. Un bosque puede ser el ejemplo fundamental de una vida vegetal fecunda y productiva, pero la hierba fue lo que originó la vida animal extraordinaria y abundante, y los pastizales fueron el factor que la apoyó y la sostuvo.

Ayla se sentía incómoda, pero no sabía muy bien por qué. No era nada específico, sólo un sentimiento extraño y excitante. Antes de que comenzaran a descender la alta colina, habían visto nubes de tormenta que se agrupaban a cierta altura sobre las montañas, hacia el oeste, e incluso relámpagos, y habían oído el retumbar distante de los truenos. Sobre sus cabezas, empero, el cielo ostentaba un azul claro e intenso, y el sol continuaba alto, aunque ya había pasado el cenit. Era improbable que lloviese cerca, pero a Ayla no le gustaban los truenos y se preguntaba si la amenaza de tormenta sería la causa de su inquietud. El profundo retumbar de los truenos siempre le recordaba los terremotos.

«Quizá sea sólo que mi período lunar comenzará dentro de un día o dos», pensó Ayla, y trató de ahuyentar su preocupación. «Será mejor que tenga preparadas mis correas de cuero y la lana de musmón que Nezzie me dio. Me dijo que era el mejor acolchado para usar de viaje, y tenía razón. Después podré lavar la sangre con agua fría».

Ayla no había visto antes onagros, y, absorta en sus pensamientos, no prestaba atención mientras los animales descendían la pendiente. Creyó que se trataba de

caballos, pero cuando se acercaron, comenzó a percibir las diferencias. Eran un poco más pequeños, con las orejas más largas, y las colas no eran una trenza móvil de muchos mechones de pelo, sino una suerte de eje más corto y fino cubierto con el mismo tipo de pelo que tenían en el cuerpo, y con un pompón más oscuro en el extremo. Ambas clases de animales tenían crines erectas, pero en los onagros eran más desiguales. El pelaje de los animales del pequeño rebaño era de color pardo rojizo claro en el lomo y los costados, con una tonalidad mucho más clara, casi blanca, en el vientre, incluso en las patas y los hocicos; además tenían una raya oscura a lo largo de los omoplatos, otra a través de las paletillas y varias fajas más oscuras en las patas.

Aunque el pelaje leonado de Whinney era un poco más claro de lo común y presentaba un intenso tono amarillo dorado, la mayor parte de los caballos de la estepa poseían un matiz pardo grisáceo neutro análogo, y en general se asemejaban a la yegua de Ayla. El tono pardo intenso de Corredor era desusado en su especie. La tupida y dura melena de la yegua era gris oscura, y el color descendía por el centro de su lomo hasta la cola larga y suelta. La zona inferior de las patas también era oscura, casi negra, y apenas podía percibirse la leve sugerencia de unas rayas en el sector superior de las patas. El color del corcel bayo era demasiado oscuro para mostrar muy claramente la raya feral negra que descendía por la columna vertebral, pero su melena negra, la cola y las patas se ajustaban al esquema típico.

Para los entendidos en caballos, la conformación del cuerpo de los animales que marchaban frente a ellos era también un tanto distinta. No obstante, parecían caballos. Ayla advirtió que incluso Whinney demostraba más interés del acostumbrado al ver a otros animales. Entretanto, el rebaño había dejado de pastar y les observaba. Lobo también estaba interesado y había adoptado una postura de acecho, preparado para perseguirlo, pero Ayla le ordenó que permaneciera sentado. Deseaba observarlos. Uno de los onagros emitió de pronto un sonido y ella percibió la diferencia. No era un relincho o un gemido, sino más bien un rebuzno que parecía tener mayor estridencia.

Corredor movió la cabeza y relinchó en respuesta, y después adelantó enérgicamente la cabeza para oler un gran montón de estiércol fresco. A juicio de Ayla, que cabalgaba junto a Jondalar, tenía el aspecto y el olor del estiércol de caballo. Whinney rozó y olió también el montón, y cuando el olor llegó más fuerte a su nariz, Ayla creyó percibir un componente distinto, quizá como consecuencia de diferentes preferencias alimenticias.

—¿Son caballos? —preguntó.

—No exactamente. Se parecen a los caballos, como los antes se parecen a los renos, o los alces a los ciervos. Se llaman onagros —explicó Jondalar.

—Me gustaría saber por qué no los he visto antes.

—No lo sé, pero parece que les agrada esta clase de lugar —dijo Jondalar, inclinando la cabeza en un gesto que aludía a las colinas rocosas y la escasa vegetación de las planicies altas, áridas y semidesérticas por las que atravesaban. Los

onagros no eran un cruce de caballos con asnos, aunque parecían serlo, sino más bien una especie única y viable, con ciertas características de las dos anteriores, y muy resistente. Podían subsistir con una dieta alimenticia más basta que la de los caballos, en la que entraban cortezas, hojas y raíces.

Cuando se acercaron más al rebaño, Ayla vio un par de animales jóvenes y no pudo evitar una sonrisa. Le recordaron a Whinney cuando era de temprana edad. En ese momento, el lobo aulló para atraer su atención.

—Está bien, Lobo. Si quieres cazar a estos… onagros —pronunció lentamente la palabra nueva, acostumbrándose al sonido—, adelante.

Ayla se sentía complacida con los progresos que realizaba en el entrenamiento del animal, pero a Lobo no le agradaba permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Aún rebosaba el entusiasmo y la curiosidad propios del cachorro. Lobo aulló y saltó en pos del rebaño. Con un movimiento de sobresalto, los onagros huyeron a una velocidad constante y no tardaron en dejar atrás al joven y supuesto cazador. Lobo se reunió con Ayla y Jondalar cuando éstos ya se aproximaban a un ancho valle.

Aunque los valles de los ríos que transportaban el sedimento originado por la lenta erosión de las montañas todavía les salían al paso mientras avanzaban, en realidad el suelo descendía gradualmente hacia la cuenca del delta del Río de la Gran Madre y el Mar de Beran. A medida que se desplazaban hacia el sur, el verano era más intenso y los vientos cálidos provocados por el desplazamiento de las depresiones atmosféricas a través del mar se sumaban a las temperaturas cada vez más elevadas de la estación, así como a las turbulencias del tiempo.

Los dos viajeros ya no vestían prendas de abrigo, ni siquiera cuando apenas se habían levantado. Ayla pensaba que el aire fresco y limpio a primera hora de la mañana era el mejor momento del día. Una vez entrada la tarde hacía calor, más calor que de costumbre, y ella sentía deseos de descubrir un arroyo agradable y fresco para nadar. Echó una mirada al hombre que cabalgaba unos pocos metros delante. Estaba desnudo hasta la cintura, y también llevaba las piernas descubiertas; se cubría sólo con un taparrabos. Los largos cabellos rubios, recogidos y sujetos con una cuerda sobre la nuca, tenían mechones más claros a causa del sol y aparecían más oscuros allí donde la transpiración los había humedecido.

De tanto en tanto veía la cara afeitada de Jondalar, y le agradaba contemplar la mandíbula fuerte y el mentón bien dibujado, si bien aún le resultaba extraño, al menos en parte, ver a un hombre adulto sin barba. Él le había explicado una vez que le gustaba dejarse crecer la barba en invierno para calentarse la cara, pero siempre se la cortaba en verano, porque así estaba más fresco. Todas las mañanas, para afeitarse, usaba una hoja especial de pedernal, muy afilada, tallada por él mismo y repuesta cuando era necesario.

También Ayla había reducido su atuendo a una breve prenda, parecida al taparrabos de Jondalar. Ambas prendas consistían básicamente en un retazo de cuero suave, pasado entre las piernas y sostenido con una cuerda alrededor de la cintura. Él

lo usaba con el extremo suelto de la espalda asegurado por el cordel y el extremo del frente formando una solapa corta. Ayla también sujetaba el suyo con un cordel alrededor de la cintura, pero la pieza era más larga, y los dos extremos estaban sueltos, uniéndose a los costados para colgar a guisa de delantal delante y detrás. El resultado era una especie de camisa corta abierta en los costados. Con la protección del cuero suave y poroso que servía como asiento, la cabalgata durante períodos prolongados a lomos de un caballo sudoroso era más cómoda, si bien la piel de becerro echada sobre el lomo del animal también contribuía a ello.

Jondalar había aprovechado la alta colina para determinar el lugar en que se encontraban. Se sentía complacido con los progresos de la marcha, y por lo mismo su actitud respecto del viaje era más optimista. Ayla advirtió que parecía más tranquilo. Sabía que este cambio se debía, en parte, al dominio cada vez mayor que ejercía sobre el joven corcel. Aunque ya había cabalgado en él a menudo, el viaje a caballo le proporcionaba la asociación constante que le permitía comprender el carácter, las preferencias y los hábitos de Corredor, y al mismo tiempo permitía que el caballo conociera mejor a Jondalar. Incluso los músculos de éste habían aprendido a adaptarse al movimiento del animal, y su modo de sentarse era más cómodo, tanto para él como para el corcel.

En cualquier caso, Ayla creía que la postura cómoda y descansada con que cabalgaba indicaba algo más que una mayor destreza en el dominio del caballo. Había menos tensión en sus movimientos y era evidente que la inquietud de Jondalar se había atenuado. Aunque no podía verle la cara, adivinó que la expresión inquieta había desaparecido y que quizá estaba dispuesto a sonreír. A ella le encantaba que él sonriera y adoptase una actitud juguetona. Observó el modo en que los músculos de Jondalar se movían bajo la piel bronceada, al compás del paso de Corredor, en un suave movimiento hacia arriba y hacia abajo, y entonces sintió una ola cálida que nada tenía que ver con la temperatura… y sonrió para sí misma. Le agradaba observarlo.

Hacia el este, aún podían ver las montañas que se elevaban con su color púrpura a lo lejos, coronadas por el blanco reluciente que atravesaba las nubes más oscuras. Raras veces veían los picos helados y a Jondalar le encantaba ese goce desusado. En general, estaban ocultos por las nubes brumosas y bajas que los envolvían como suaves pieles blancas destinadas a proteger un secreto chispeante, y que se abrían apenas lo suficiente para revelar tentadoras imágenes y hacer que fuesen aún más deseables.

También él sentía una oleada cálida, y hubiera querido estar más cerca de aquellas cumbres montañosas coronadas de nieve; tan cerca, por lo menos, como de las viviendas de los sharamudoi. Pero cuando vio el resplandor del agua en el valle, más abajo, y elevó los ojos al cielo para comprobar la posición del sol, decidió que bien podían detenerse y acampar aunque era más temprano que de costumbre. Avanzaban a buen ritmo, desplazándose con más rapidez de lo que él había calculado, aunque no

sabía cuánto tiempo les llevaría llegar a la siguiente fuente de agua.

La ladera alimentaba abundantes pastizales, principalmente espolín, festucas y hierbas mezcladas con variedades de gramíneas anuales de reproducción rápida. El espeso subsuelo de loess, que sustentaba una capa de marga negra y fértil con abundancia de humus procedente de la vida vegetal descompuesta, incluso favorecía el crecimiento de los árboles; éstos, excepto el ocasional pino achaparrado que luchaba por obtener el agua del subsuelo, eran poco habituales en las estepas de la región. Un bosque donde había hayas y alerces, así como coníferas cuyas agujas se desprendían en invierno, descendía por la ladera de la colina junto con ellos, y fue reemplazado más abajo por alisos y sauces. Al pie de la ladera, donde el suelo se nivelaba a cierta distancia del arroyo rumoroso, Ayla vio sorprendida algún que otro roble enano, una haya o un tilo en diferentes lugares abiertos. No había visto muchos árboles de hoja grande después de abandonar el Clan de Brun, en el extremo sur bien irrigado de la península que se internaba en el Mar de Beran.

El riachuelo se abría paso alrededor de los arbustos mientras atravesaba el fondo del valle, pero una de sus curvas se deslizaba más cerca de una hilera de sauces altos y esbeltos que eran una continuación de la ladera más boscosa del lado opuesto. Ayla y Jondalar generalmente preferían cruzar un río antes de acampar, porque de ese modo no necesitaban mojarse cuando partían por la mañana; por tanto, decidieron acampar en las inmediaciones de los sauces. Descendieron el curso del río, en busca de un lugar para atravesarlo, y encontraron un paso ancho, pedregoso, que permitía vadear la corriente; después, dieron media vuelta y regresaron al sitio elegido para acampar.

Mientras armaban la tienda, Jondalar advirtió que estaba observando a Ayla, consciente del cuerpo cálido y bronceado de la joven, mientras pensaba cuán afortunado era. No sólo era hermosa; su fuerza, su gracia flexible, la seguridad de sus movimientos, todo eso le agradaba, pero, además, era una buena compañera de viaje y contribuía al bienestar de ambos. Aunque Jondalar se sentía responsable de la seguridad de Ayla y deseaba protegerla de todo daño, también le reconfortaba saber que podía confiar en ella. En ciertos sentidos, viajar con Ayla era como viajar con su propio hermano. También había adoptado la misma actitud protectora con respecto a Thonolan. Entraba en su carácter preocuparse por los seres amados.

Pero sólo en ciertos aspectos. Cuando la joven levantó los brazos para sacudir la manta que iba a colocar en el suelo, Jondalar advirtió que la piel era más clara en la superficie inferior de los pechos redondos y sintió el deseo de comparar el tono con su propio brazo bronceado. No creía estar mirándola fijamente, pero comprendió que así era cuando ella suspendió su trabajo y se volvió a mirarle. Cuando los ojos de los dos se encontraron, Ayla sonrió lentamente.

De pronto, Jondalar sintió el ansia de hacer algo más que comparar tonos de piel. Le complacía saber que si deseaba compartir placeres con Ayla en ese mismo momento, ella se mostraría dispuesta. Eso también era reconfortante. No era preciso

aprovechar todas las oportunidades. El sentimiento era muy intenso, pero no podía decirse lo mismo del apremio, y a veces esperar un poco mejoraba las cosas. Jondalar podía pensar en ello y gozar con la expectativa. Correspondió a la sonrisa de Ayla.

Una vez montado el campamento, Ayla quiso explorar el valle. No era usual hallar una zona de bosques tan frondosos en medio de las estepas, y ella sentía curiosidad. Hacía años que no veía una vegetación como aquélla.

Jondalar también deseaba explorar. Después de la experiencia de ambos con el oso en el campamento próximo al bosquecillo, él deseaba examinar las huellas o cualquier otro indicio de los animales que podía haber en los alrededores. Ayla cogió su honda y un canasto, y Jondalar su lanzavenablos con un par de lanzas, y se internaron en el bosquecillo de sauces. Dejaron pastando a los caballos, pero Lobo mostró vivos deseos de acompañarles. Los bosques constituían un lugar extraño para él y abundaban en aromas fascinantes.

A cierta distancia del agua, los sauces dejaban el sitio a los alisos y después los abedules mezclados con alerces se generalizaron y aparecieron algunos pinos de gran tamaño. Ayla se apresuró a coger unas pocas piñas cuando vio que eran pinos doncel, porque contenían piñones grandes y deliciosos. Lo que le pareció realmente extraño fue la presencia ocasional de árboles de hoja grande. En un sector, todavía en la zona llana del valle, aunque cerca del comienzo de la ladera que conducía al pastizal abierto situado más arriba, había un bosquecillo de hayas.

Ayla examinó cuidadosamente los árboles, comparándolos con su recuerdo de árboles análogos que crecían cerca de la caverna donde había transcurrido su infancia. La corteza era lisa y gris, las hojas ovaladas se estrechaban hasta llegar a un punto en el extremo con afilados dientes alrededor del borde y una superficie blanca y sedosa debajo. Las pequeñas nueces pardas, encerradas en su cáscara peluda, aún no estaban maduras, pero la alfombra de nueces y cáscaras en el suelo, restos de la temporada anterior, demostraba que la cosecha solía ser abundante. Recordó que no era fácil romper las nueces de haya. Los árboles no eran tan grandes como los que ella recordaba, si bien las proporciones eran respetables. De pronto fijó la vista en las extrañas plantas que crecían bajo los árboles y se arrodilló para observarlas mejor.

—¿Te propones recolectar esas plantas? —preguntó Jondalar—. Parecen muertas. No tienen hojas.

—No están muertas. Crecen así. Toca; está fresco —dijo Ayla, arrancando un trozo del extremo superior del tallo suave y sin hojas que medía unos treinta centímetros y tenía esbeltas ramas en toda su extensión. La planta entera tenía un color rojizo apagado, que se observaba también en los capullos de las flores, sin un atisbo de verde.

—Crecen en las raíces de otras plantas —explicó Ayla—, como las que Iza solía ponerme en los ojos cuando yo lloraba, aunque aquéllas eran blancas y algo brillantes. Algunas personas las temían porque creían que el color se asemejaba al de una persona muerta. Incluso las llamaban… —hizo memoria—, algo así como planta

del muerto o planta del cadáver.

Clavó los ojos en el espacio, tratando de recordar.

—Iza creía que yo tenía los ojos débiles porque lagrimeaba, y eso la molestaba. —Ayla sonrió ante la idea—. Tomaba una de estas plantas blancas del cadáver y exprimía el jugo del tallo en mis ojos. Si los tenía irritados porque había llorado demasiado, de ese modo siempre mejoraba. —Guardó silencio un momento y después sacudió la cabeza—. No sé si éstas son buenas para los ojos. Iza las utilizaba para curar las pequeñas heridas y los golpes, y para ciertas inflamaciones.

—¿Cómo las llaman?

—Creo que el nombre que ella usaba… —se detuvo vacilante y añadió—: Jondalar, ¿cómo se llama este árbol?

—No estoy seguro. Me parece que no crecen cerca de mi hogar, pero el nombre sharamudoi es «haya».

—Entonces, creo que llamarían «gotas de haya» a estas plantas —dijo Ayla, mientras se incorporaba y se frotaba las manos para quitarse la tierra.

De pronto, Lobo se inmovilizó, el hocico apuntando a las profundidades del bosque. Jondalar vio su postura al acecho, y recordando que Lobo había olido la presencia del oso, extendió la mano para coger una lanza. La puso sobre la muesca de su lanzavenablos, un pedazo de madera que tenía aproximadamente la mitad de la longitud de la lanza y al que mantenía en posición horizontal con la mano derecha. Aplicó el hueco que había en el mango de la lanza a la muesca practicada en la parte posterior del lanzador. Después, pasó los dedos por los dos salientes que había cerca del frente del artefacto de lanzamiento y los deslizó hasta llegar casi al medio de la lanza, para mantener el eje en su lugar, apoyado sobre el lanzavenablos. Hizo todo esto con un movimiento ágil y permaneció con las rodillas levemente flexionadas, preparado para atacar. Por su parte, Ayla había cogido varias piedras y tenía a punto su honda, al mismo tiempo que formulaba mentalmente el deseo de haber traído también su lanzavenablos.

Desplazándose a través del matorral ralo, Lobo se abalanzó hacia un árbol. Hubo un movimiento agitado en el lecho de nueces y bayas; después un animal pequeño trepó en línea vertical sobre el tronco liso. Irguiéndose sobre las patas traseras, como si también él intentase trepar al árbol, Lobo aulló en dirección a la criatura peluda.

De pronto, una conmoción en las ramas altas del árbol atrajo la atención de los presentes. Alcanzaron a ver el lujoso pelaje pardo oscuro y la larga y sinuosa forma de una marta de las hayas que perseguía a la ardilla que chillaba ruidosamente y creía haberse puesto a salvo trepando por el árbol. Lobo no era el único interesado en la ardilla, aunque parecía llevar las de perder, ya que el robusto animal parecido a una comadreja, de cuarenta y cinco centímetros de longitud y cuya cola peluda agregaba otros treinta centímetros a sus dimensiones, tenía mejores posibilidades de éxito. Corriendo entre las altas ramas, era tan ágil y rápido como su presunta presa.

—Creo que esa ardilla ha saltado de la sartén para caer en las brasas —dijo

Jondalar, mientras contemplaba el desarrollo del drama.

—Quizá consiga huir —dijo Ayla.

—Lo dudo. No apostaría por eso un cuchillo roto.

La ardilla emitía chillidos sonoros. Un excitado arrendajo lanzó un graznido ronco y acentuó el escándalo, y acto seguido una agitación en el sauce donde se había posado denunció su estridente presencia. Lobo no pudo soportar en silencio semejante algarabía, tenía que unirse al coro. Echó hacia atrás la cabeza y emitió un aullido prolongado. La pequeña ardilla corrió hacia el extremo de una rama; y después, para sorpresa de las dos personas que observaban, saltó de ella. Abriendo las patas, extendió la ancha lámina de piel que corría a ambos costados de su cuerpo, la cual unía las patas delanteras y las traseras, y se lanzó al aire.

Ayla contuvo la respiración cuando vio cómo la ardilla voladora evitaba las ramas y los árboles. La cola peluda cumplía la función de timón, y mientras variaba la posición de las patas y la cola, lo cual modificaba la tensión de la membrana deslizante, la ardilla podía evitar los objetos que se cruzaban en su vuelo, mientras descendía en una curva larga y suave. Apuntaba a un árbol que estaba a cierta distancia, y cuando se aproximó, elevó tanto la cola como el cuerpo y aterrizó a baja altura sobre el tronco, y después trepó deprisa. Cuando llegó a unas ramas altas, el animalito peludo se volvió y descendió nuevamente, cabeza abajo, las garras traseras descubiertas para clavarse en la corteza y sostenerse. Miró alrededor, y después desapareció en el interior de un pequeño orificio. El dramático salto y el airoso vuelo habían impedido que la capturasen, aunque no siempre tan considerable hazaña tenía éxito.

Lobo continuaba sosteniéndose sobre las patas traseras, apoyado en el árbol, mientras buscaba a la ardilla que tan fácilmente le había esquivado. Luego cayó al suelo, comenzó a olfatear el matorral, y de pronto se alejó a la carrera, persiguiendo otra cosa.

—¡Jondalar! No sabía que las ardillas podían volar —dijo Ayla, con una sonrisa de sorprendida admiración.

—Yo hubiera podido explicártelo, pero nunca lo había visto, si bien lo había oído comentar. No sé si realmente lo creía. La gente siempre hablaba de que las ardillas vuelan por la noche, y yo pensé que probablemente se trataba de un murciélago que alguien había confundido con una ardilla. Pero no cabe duda de que ésta no era un murciélago —con una sonrisa maliciosa agregó—: Ahora será a mí a quien no crean cuando hable de la ardilla voladora.

—Me alegro de que sólo haya sido una ardilla —dijo Ayla, que de pronto sintió un escalofrío. Alzó la mirada y vio que una nube cubría el cielo. La piel se le erizó entre los hombros y en la espalda, aunque en realidad no hacía frío—. No sé qué es lo que hace Lobo ahora.

Sintiéndose un poco ridículo por haber reaccionado tan intensamente ante una amenaza que era puramente imaginaria, Jondalar sostuvo con menos fuerza la lanza y

el lanzavenablos, pero no los abandonó.

—Pensé que podría haber sido un oso —dijo—. Sobre todo porque estamos en un bosque muy espeso.

—Algunos árboles siempre crecen cerca de los ríos, pero no he visto árboles como éstos desde que abandoné el clan. ¿No es extraño que los hallemos aquí?

—No es normal. Este lugar me recuerda el país de los sharamudoi, pero eso está más al sur, incluso al sur de esas montañas que vemos hacia el oeste, y cerca de Donau, el Río de la Gran Madre.

De pronto, Ayla se detuvo en el sitio en que estaba. Con un gesto dirigido a Jondalar, señaló en silencio. Al principio, él no vio lo que había atraído la atención de la joven, y después percibió el tenue movimiento de un pelaje rojo zorruno y divisó la cornamenta de tres puntas de un corzo. La conmoción y el olor del Lobo habían determinado que el pequeño y cauteloso animal se paralizara. Había permanecido en el mismo lugar, sin moverse, oculto entre los arbustos, esperando para ver si había algo que temer del depredador. Pero ahora que el cazador cuadrúpedo se había alejado, el corzo había comenzado a avanzar cautelosamente. Jondalar continuaba sosteniendo con la mano derecha la lanza y el lanzavenablos. Lo alzó lentamente, y después de apuntar, dirigió la lanza al cuello del animal. El peligro que el corzo intuía había llegado de un ángulo inesperado. La lanza arrojada con fuerza dio en el blanco. Incluso al sentir el arma, el corzo intentó alejarse a saltos, dio algunos brincos y, por fin, se desplomó.

La fuga de la ardilla y el fracaso de la marta pronto quedaron olvidados. Jondalar salvó en pocos pasos la distancia que le separaba del corzo, y Ayla le acompañó. Mientras Ayla le volvía la cabeza, Jondalar se arrodilló al lado del animal que aún se debatía y le cortó el cuello con su afilada hoja para rematarlo deprisa y dejarle sangrar. Después, se incorporó.

—Corzo, cuando tu espíritu retorne a la Gran Madre Tierra, agradécele habernos dado uno de tu especie, de modo que podamos comer —dijo Jondalar en voz baja.

Ayla, que estaba de pie junto al hombre, asintió, y luego se preparó para ayudarle a desollar y descuartizar la cena.

Capítulo 7

—Lamento dejar el cuero. El corzo tiene un cuero tan suave —dijo Ayla, mientras depositaba el último pedazo de carne en su alforja—, ¿y has visto la piel de esa marta?

—Pero no tenemos tiempo de preparar el cuero, y tampoco podemos transportar mucho más de lo que ya llevamos —dijo Jondalar, ocupado en armar el trípode de estacas del cual colgaría la alforja llena de carne.

—Lo sé, pero de todos modos lamento abandonarlo.

Colgaron la alforja; después, Ayla miró en dirección al fuego y pensó en la comida que acababa de poner a cocer, a pesar de que nada era muy visible. Estaba cocinando en un horno de suelo, un orificio en el terreno revestido con piedras calientes, y en su interior había depositado la carne de corzo sazonada con hierbas, así como hongos, helechos y raíces de espadaña que ella misma había recogido, todo ello envuelto en hojas de uña de caballo. Luego colocó encima más piedras calientes y una capa de tierra. Pasaría un rato antes de que se completara la cocción, pero Ayla se alegraba de que se hubiesen detenido bastante temprano —y de haber tenido la buena suerte de conseguir carne fresca varias horas antes— para cocerla de ese modo. Era su método favorito, porque así el alimento conservaba el sabor y al mismo tiempo era tierno.

—Siento calor y el aire está pesado y húmedo. Voy a caminar y a refrescarme un poco —dijo ella—. Incluso pienso lavarme el cabello. He visto algunas raíces jaboneras que crecen río abajo. ¿Te animas a nadar?

—Sí; creo que sí, y también me lavaré el pelo, si encuentras suficiente cantidad de esa raíz jabonera para mí —dijo Jondalar. En sus ojos azules bailoteaba una sonrisa mientras se recogía un mechón de grasientos cabellos rubios que le habían caído sobre la frente.

Caminaron juntos a lo largo de la ancha y arenosa orilla del río. Lobo les seguía, entrando y saliendo de los arbustos, sin dejar de olfatear nuevos olores. De pronto, se abalanzó hacia delante y desapareció en un recodo.

Jondalar observó el rastro de cascos equinos y patas de lobo que habían dejado antes.

—Quisiera saber qué pensaría alguien si viese esto —dijo, sonriendo ante la idea.

—¿Qué pensarías tú? —preguntó Ayla.

—Si las huellas de Lobo fuesen claras, diría que un lobo está siguiendo a los caballos; pero en ciertos lugares es evidente que las huellas de los caballos están sobre las del lobo, de modo que no puede estar siguiéndolos. Está caminando con ellos, y eso confundiría al rastreador —dijo.

—Incluso si las huellas de Lobo fuesen claras, yo me preguntaría por qué un lobo está siguiendo a los dos caballos. Las huellas demuestran que son animales fuertes y sanos; mira lo profunda que es la marca y el dibujo de los cascos. Uno adivina que

van cargados —dijo Ayla.

—Eso también confundiría al rastreador.

—¡Oh, ahí están! —exclamó Ayla, al ver las plantas altas, un tanto irregulares, con flores rosadas y hojas que parecían puntas de lanza; eran las mismas que ella había visto antes. Con el palo de cavar ahuecó rápidamente varias raíces y las extrajo.

En el camino de regreso, buscó una piedra lisa y dura, o un pedazo de madera, y una piedra redonda para aplastar la raíz jabonera y liberar la saponina, que formaría espuma y les permitiría lavarse en el agua. En el recodo, río arriba, pero no demasiado lejos del campamento, el riachuelo había formado un estanque en el que el agua les llegaba hasta la cintura. El agua estaba fresca y agradable; después de lavarse, exploraron el río pedregoso, nadando y caminando aguas arriba, hasta que les detuvo una cascada caudalosa y con veloces rápidos allí donde las laderas en pendiente del valle se angostaban y empinaban.

El lugar recordó a Ayla el riachuelo de su valle, con su cascada de aguas inquietas de las cuales se desprendían vapores, y que, además, bloqueaban el avance hacia el curso superior, si bien el resto del lugar evocaba en su mente más bien los declives montañosos que circundaban la caverna en la que había crecido. Allí había una caída de agua, lo recordaba perfectamente; una cascada suave y alfombrada con musgo, que le había permitido llegar hasta una pequeña caverna donde se había instalado, y que más de una vez había sido un refugio para la joven.

Abandonaron sus cuerpos a la corriente para que los llevase de regreso, y en el camino se salpicaron y jugaron. A Ayla le encantaba el sonido de la risa de Jondalar. Aunque él sonreía, no reía a menudo, y tendía en cambio a mostrar un comportamiento más serio; pero cuando reía, era la suya una risa sonora y vibrante, que provocaba sorpresa.

Cuando salieron del agua y se secaron, aún hacía calor. La nube oscura que Ayla había visto antes ya no estaba en el cielo, encima de ellos, pero el sol descendía hacia una masa oscura y amenazadora por el oeste, y el laborioso movimiento de ésta se veía subrayado por una capa irregular que se extendía deprisa en dirección contraria. Apenas la esfera de fuego descendiera bajo las nubes oscuras y se apoyase en el reborde occidental, la temperatura bajaría rápidamente. Ayla buscó con la mirada a los caballos y vio que estaban en un prado abierto, a cierta distancia de la ladera, pero no demasiado lejos del campamento; podrían oír su silbido si les llamaba. A Lobo no se le veía; Ayla supuso que continuaría explorando en el curso inferior del río.

Extrajo el peine de marfil de largos dientes y un cepillo formado por duros pelos de mamut que Deegie le había proporcionado; después retiró de la tienda la piel de dormir, desplazándola para sentarse sobre ella mientras se peinaba. Jondalar se sentó enfrente de Ayla y comenzó a peinar sus propios cabellos con un peine de tres dientes; tenía que esforzarse para alisar algunos mechones enmarañados.

—Jondalar, déjame hacerlo —dijo Ayla, poniéndose de rodillas detrás de él. Aflojó con destreza los nudos que se habían formado en los cabellos amarillos largos

y lacios, de un tono un poco más claro que los suyos, y admiró el color. Cuando ella era más joven, tenía los cabellos casi blancos, pero después se habían ido oscureciendo y se asemejaban al pelaje de Whinney, con sus matices dorados y cenicientos.

Jondalar cerró los ojos mientras Ayla trabajaba en sus cabellos, pero tenía conciencia cálida de la joven afanándose a su espalda, y de su piel desnuda que rozaba de vez en cuando la del propio Jondalar; cuando ella terminó de peinarle, él ya sentía un calor que no estaba causado precisamente por el sol.

—Ahora me toca a mí peinarte —comentó Jondalar, y se incorporó para pasar detrás de ella. Durante un momento ella pensó oponerse. No era necesario. Él no tenía que peinarla sólo porque ella le hubiera peinado antes; pero cuando Jondalar apartó del cuello de Ayla los cabellos abundantes y los estiró entre sus dedos, como quien hace una caricia, aceptó de buen grado.

Los cabellos de Ayla tendían a rizarse y se enmarañaban fácilmente, pero él trabajó con cuidado, liberando cada mechón sin tirar demasiado. Después, le cepilló los cabellos hasta que quedaron lisos y casi secos. Ayla cerró los ojos, mientras experimentaba un placer extraño y muy dulce. Iza la peinaba cuando era muy pequeña; tiraba suavemente de los rizos enmarañados con un palo largo, liso y puntiagudo; pero jamás un hombre había hecho eso. Cuando Jondalar la peinaba, Ayla experimentaba un intenso sentimiento de ser cuidada y amada.

Y él estaba descubriendo que le complacía peinar y cepillar los cabellos de Ayla. El color oro oscuro le recordaba el pasto maduro, pero algunas mechas aclaradas por el sol eran casi blancas. Eran bellos y tan abundantes y suaves, que manipularlos era un placer sensual que le provocaba el deseo de sentirlo durante mucho tiempo. Cuando terminó, depositó el cepillo, después levantó las trenzas ligeramente húmedas y, apartándose a un costado, se inclinó para besar los hombros y la nuca de Ayla.

Ayla mantuvo los ojos cerrados y sintió los escalofríos provocados por la respiración tibia y los labios suaves que apenas le rozaban la piel. Él le mordisqueó el cuello y le acarició ambos brazos, y después extendió las manos para sostener los dos pechos, alzándolos y sintiendo el peso agradable y mórbido, y los pezones firmes y erectos.

Cuando él se inclinó para besarle el cuello, Ayla levantó la cabeza y giró apenas, y entonces sintió contra la espalda el órgano caliente y rígido. Se volvió y lo cogió en sus manos, gozando de la suavidad de la piel que cubría el eje tibio y duro. Puso una mano sobre la otra y las movió con firmeza hacia arriba y hacia abajo, y Jondalar experimentó una oleada de sensaciones; pero ese sentimiento alcanzó niveles inconcebibles cuando sintió la tibia humedad de la boca de Ayla que lo encerraba.

Jondalar dejó escapar un suspiro explosivo y cerró los ojos cuando las sensaciones le recorrieron el cuerpo. Después los entreabrió para mirar y tuvo que extender la mano para acariciar los hermosos y suaves cabellos que le cubrían los muslos. Cuando ella le atrajo todavía más hacia sí, Jondalar pensó por un momento

que ya no podría soportarlo y que cedería en ese instante. Pero quería esperar, deseaba que el exquisito placer que él recibía también fuese placer para ella. Le encantaba hacerlo, le encantaba saber que podía. Estaba casi dispuesto a renunciar a su placer para complacerla… casi.

Sin apenas saber cómo había llegado allí, Ayla descubrió que yacía sobre la piel de dormir y que Jondalar estaba tendido a su lado. Él la besó. Ayla abrió un poco la boca, apenas lo suficiente para permitir que él le introdujese la lengua, y rodeó al hombre con sus brazos. Le agradaba la sensación que sentía cuando los labios de Jondalar apretaban con firmeza los que ella le ofrecía y la lengua del hombre la exploraba suavemente. De pronto, él se apartó y la miró.

—Mujer, ¿tienes idea de lo mucho que te amo?

Ayla sabía que era cierto. Podía verlo en los ojos de Jondalar, sus ojos brillantes y vívidos, increíblemente azules, que la acariciaban con su mirada, e incluso desde lejos lograban estremecerla. Los ojos de Jondalar expresaban las emociones que él, con mucho esfuerzo, intentaba mantener controladas.

—Sé cuánto te amo —contestó Ayla.

—Por mi parte, todavía no puedo creerlo, creer que estés aquí conmigo, y no en la Reunión de Verano, unida a Ranec.

Cuando recordó cuán cerca había estado de perderla a manos del seductor y moreno tallador de marfil, la acercó bruscamente y la apretó con fuerza, para expresar su fiera necesidad.

Ella también le abrazó, agradecida porque el prolongado invierno del malentendido al fin había terminado. Había amado sinceramente a Ranec —era un buen hombre y había sido un buen compañero—, pero no era Jondalar, y su amor por el hombre alto que ahora la besaba iba más allá de todo cuanto ella podía expresar.

El intenso temor de perderla que experimentaba Jondalar se calmó, reemplazado, cuando sintió contra el suyo el cuerpo tibio de Ayla, por un deseo de poseerla que era igualmente profundo. De pronto, se encontró besándole el cuello, los hombros y los pechos, como si todo lo que ella le daba no pudiera saciarle nunca.

Entonces, Jondalar se interrumpió y respiró hondo. Deseaba que aquello durase, y quería aprovechar su habilidad para ofrecerle lo mejor que él tenía; en efecto, era hábil. Le había enseñado alguien que sabía y con más amor que el que debería haber sentido. Él había deseado complacer y se había mostrado más que dispuesto a aprender. Había aprendido con tal destreza que en su pueblo se comentaba en broma que Jondalar era experto en dos oficios, y que también era un excelente tallador de herramientas de pedernal.

Jondalar miró a Ayla y observó su respiración, disfrutando con la visión de sus formas llenas y femeninas, complaciéndose en el mero hecho de su existencia. La sombra que él proyectaba caía sobre Ayla y bloqueaba el calor del sol. Ayla abrió los ojos y miró a lo alto. El sol brillante detrás de Jondalar resplandecía alrededor de los cabellos rubios y rodeaba la cara en sombras con una aureola dorada. Ayla le deseaba,

estaba preparada para recibirle, pero cuando él sonrió y se inclinó para besarle el ombligo, ella volvió a cerrar los ojos y se ofreció al hombre, consciente de lo que él deseaba y de los placeres que podía proporcionarle.

Jondalar sostuvo los pechos de Ayla y después pasó lentamente la mano sobre el costado de la joven, hasta la curva de la cintura y la forma abundante de la cadera, para después descender por el muslo. Ella se estremeció ante el contacto. Jondalar movió la mano hacia la cara interior del muslo de Ayla y sintió la suavidad especial de su piel y los rizos tersos y dorados del pubis. Le acarició el estómago y después se inclinó para besarle el ombligo antes de elevarse nuevamente hacia los pechos y besar ambos pezones. Sus manos eran como un fuego suave, tibias y maravillosas, y le produjeron una ardiente excitación. El hombre volvió a acariciarla; la piel de Ayla registraba cada uno de los lugares que él tocaba.

La besó en la boca, y suave, lentamente, le besó los ojos y las mejillas, el mentón y la mandíbula, y después respiró junto al oído de Ayla. Su lengua encontró el hueco del cuello y continuó descendiendo entre los pechos. Luego cogió sus manos y las mantuvo juntas, complacido por su redondez, por el gusto levemente salado de Ayla y por la sensación de su piel, a medida que su propio deseo se acentuaba. Su lengua acarició un pezón, después el otro, y entonces ella sintió el latido profundo que se avivaba cuando él lo introducía en su propia boca. Jondalar exploró con la lengua el pezón, presionando, tironeando, mordisqueando apenas, y después buscó el otro con la mano.

Ella se apretó contra él y se perdió en las sensaciones que le recorrían el cuerpo, centrándose en la sede del placer en lo más profundo de sí misma. Con su lengua tibia, él volvió a buscar el ombligo de Ayla, y mientras un viento fresco le aliviaba la piel, describía círculos y después descendía más y más, hasta la suave pelambre rizada del pubis, y a continuación, durante un momento fugaz, hasta la abertura tibia y el nódulo duro del placer de Ayla. Ella elevó las caderas hacia Jondalar y lanzó un grito.

Jondalar se refugió entre las piernas de Ayla, y con las manos abrió la tibia flor rosada de pétalos y pliegues para contemplarla. Se inclinó para saborearla —conocía el sabor de Ayla y lo amaba— y después ya no se contuvo y se regodeó explorándola. Su lengua encontró los pliegues conocidos, penetró en la hondura profunda, y seguidamente se elevó en busca del nódulo pequeño y duro.

Mientras él jugueteaba con su lengua, sorbiendo y mordisqueando, ella gritaba y gritaba, y su respiración se aceleraba y el impulso interior se acentuaba. Toda la sensación se desplegaba internamente y ahora no había viento ni sol, sólo la creciente intensidad de sus sentidos. Jondalar sabía que se acercaba el momento, y aunque él apenas podía contenerse, aminoró el ritmo y retrocedió, con la esperanza de prolongar el instante; pero ella le buscó, incapaz de esperar. Cuando se aproximaba la culminación, cada vez más acentuada, más intensa, con una expectativa concentrada, oyó los gemidos de placer de Ayla.

De pronto llegó; oleadas intensas y estremecedoras la dominaron, y después, con un grito convulsivo, notó cómo se desplomaron sobre ella. Ayla estalló en el espasmo de la liberación, y entonces surgió el deseo indescriptible de sentir en su interior la virilidad de Jondalar. Le buscó, tratando de atraerle hacia ella.

Él sintió el fluido húmedo de Ayla, y al percibir que la joven le necesitaba, se irguió, cogiendo su miembro ansioso para introducirlo en el pozo profundo y acogedor de la mujer. Ella lo sintió entrar y se elevó para salir a su encuentro, al mismo tiempo que él se sumergía. El abrazo de los pliegues tibios de Ayla lo envolvió y Jondalar penetró profundamente, sin temor a que su propio tamaño fuese mayor de lo que ella podía recibir. Eso era parte de la maravilla de Ayla… su propia armonía con él.

Se retiró a medias, experimentando el placer exquisito del movimiento, y con total abandono entró otra vez, profundamente, mientras ella elevaba las caderas para apretarlas contra el cuerpo de Jondalar. Él casi alcanzó la culminación, pero la intensidad disminuyó y de nuevo volvió a salir para entrar una y otra vez, y con cada movimiento aumentaba la intensidad. Guiándose por la cadencia del movimiento de Jondalar, ella sintió la plenitud del hombre y después cómo se retiraba y la colmaba de nuevo, y cómo ya había superado la posibilidad de sentir otra cosa fuera de la pasión que le embargaba.

Ayla oyó la respiración intensa de Jondalar y la suya propia, y los gritos de ambos se entremezclaron. Después, él pronunció el nombre de su compañera y ella se alzó para salir a su encuentro; en un supremo estallido y desbordamiento, ambos sintieron una liberación que podía equipararse a la llama resplandeciente del fiero sol, que enviaba sus últimos rayos luminosos al valle y se hundía tras las nubes oscuras y móviles, delineadas con matices de oro bruñido.

Después de unos pocos movimientos más, él se aflojó sobre el cuerpo de Ayla, sintiendo bajo el suyo las curvas redondeadas de la joven. A ella siempre le encantaba ese momento con él, la sensación de su peso sobre ella. Nunca le parecía excesivo; era tan sólo una opresión cómoda y una intimidad que la entibiaba mientras ambos descansaban.

De pronto, una lengua tibia le lamió la cara y una nariz fría comenzó a explorar la intimidad de los dos cuerpos.

—Vete, Lobo —dijo ella, empujando al animal—. Vamos, fuera de aquí.

—¡Lobo, vete! —ordenó a su vez Jondalar con voz dura, apartando la nariz fría y húmeda; pero el encanto estaba roto. Mientras se apartaba de Ayla y rodaba de costado, casi estaba enojado, pero en realidad no podía sentir cólera; se sentía demasiado dichoso para ello.

Apoyado en un codo, Jondalar miró al animal que había retrocedido unos pocos pasos y estaba sentado sobre las patas traseras, observándoles con la lengua colgando por un extremo de la boca, jadeante; Jondalar habría jurado que el animal les sonreía, y a su vez el hombre sonrió a Ayla.

—Has estado enseñándole a permanecer quieto en un lugar. ¿Crees que serás capaz de enseñarle a que se aleje cuando se lo ordenas?

—Lo intentaré.

—Tener un lobo al lado representa mucho trabajo —dijo Jondalar.

—Bien, sí, exige un poco de esfuerzo, sobre todo por ser tan joven. Lo mismo sucede con los caballos, pero vale la pena. Me gusta tenerlos aquí. Son como unos amigos muy especiales.

Por lo menos, pensó el hombre, los caballos daban algo a cambio. Whinney y Corredor los transportaban y cargaban los bultos; gracias a ellos el viaje quizá no fuera tan largo. Por el contrario, aparte de descubrir algún animal de vez en cuando, Lobo no parecía aportar gran cosa. De todos modos, Jondalar decidió no decir lo que pensaba.

Con el sol oculto tras las móviles y agitadas nubes negras, difuminándose en lívidos tonos rojo y púrpura, como si el movimiento de la atmósfera lo hubiese maltratado e intimidado, en el valle boscoso la temperatura descendió con rapidez. Ayla se incorporó y fue a darse un chapuzón en el río. Jondalar la imitó. Mucho antes, cuando ella estaba creciendo, Iza, la hechicera del clan, la había iniciado en los ritos de purificación de la femineidad, aunque dudaba de que su hija adoptiva tan extraña y —hasta ella misma lo reconocía— tan fea, jamás lo necesitara. De todos modos, creía que ésa era su obligación y, entre otras cosas, le explicaba cómo debía cuidar de sí misma después de estar con un hombre. Subrayaba que, siempre que fuera posible, la purificación con agua era muy importante para el espíritu totémico de una mujer. El lavado, por fría que estuviese el agua, era un rito que Ayla siempre recordaba.

Ayla y Jondalar se secaron y se vistieron, llevaron de nuevo las pieles de dormir a la tienda y avivaron otra vez el fuego. La joven retiró la tierra y las piedras del horno en el suelo, y con sus pinzas de madera sacó la comida. Después, mientras Jondalar reorganizaba sus envoltorios, ella preparó todo lo necesario con vistas a una partida cómoda, incluyendo la acostumbrada comida matutina compuesta por sobrantes de la víspera, ingeridos fríos, excepto la infusión caliente de hierbas. Después, puso a calentar piedras de cocer para hervir agua; Ayla preparaba té a menudo y variaba los ingredientes en función del sabor o la necesidad.

Los caballos regresaron lentamente cuando los últimos rayos del sol poniente teñían el cielo. Generalmente comían por la noche, pues viajaban mucho durante el día, y necesitaban gran cantidad del áspero pasto de las estepas para mantenerse. Pero el pasto de los prados les había resultado especialmente sabroso y verde, y ahora preferían permanecer cerca del fuego durante la noche.

Mientras Ayla esperaba que las piedras se calentaran, contempló el valle envuelto con los últimos resplandores del atardecer, agregando a sus observaciones el saber acumulado durante el día: las laderas en acentuada pendiente que bruscamente se unían al suelo del valle ancho y liso con su riachuelo que serpenteaba en el centro. Era un valle feraz, que le recordaba su propia niñez con el clan; pero este lugar no le

agradaba. Había allí algo que la inquietaba, y aquel sentimiento se acentuó con la llegada de la noche. Además, experimentaba cierta sensación de pesadez en el estómago y un poco de dolor de espalda; atribuyó su inquietud a las leves incomodidades que a veces experimentaba cuando llegaba su período lunar. Deseaba salir a caminar; la actividad solía facilitar las cosas, pero ya estaba demasiado oscuro.

Escuchó el gemido del viento que silbaba entre los oscilantes sauces, recortados contra las nubes de plata. La luminosa luna llena, rodeada por un halo bien definido, unas veces se ocultaba y otras iluminaba intensamente el cielo de suave textura. Ayla decidió que una infusión de corteza de sauce podía aliviar su incomodidad y se incorporó rápidamente para obtener los elementos necesarios. Mientras estaba en eso, decidió recoger algunas ramas flexibles de sauce.

Cuando la infusión de la noche estuvo preparada y Jondalar se reunió con ella, el aire nocturno era frío y húmedo, lo que les obligó a ponerse más ropa. Se sentaron cerca del fuego, satisfechos de sorber la infusión caliente. Lobo había merodeado cerca de Ayla toda la noche, siguiéndola paso a paso, pero pareció encantado de enroscarse a los pies de su ama cuando ella se sentó cerca de las llamas cálidas, como si ya hubiese explorado bastante por aquel día. Ayla cogió las largas y finas ramas de sauce y comenzó a entretejerlas.

—¿Qué haces? —preguntó Jondalar.

—Un protector para la cabeza; nos servirá para cubrirnos de los rayos del sol. Hace demasiado calor en mitad del día —explicó Ayla. Hizo una breve pausa y agregó—: Pensé que te vendría bien.

—¿Lo confeccionas para mí? —dijo Jondalar con una sonrisa—. ¿Cómo has adivinado que, precisamente hoy, yo deseaba tener algo que me protegiese del sol?

—Una mujer del clan aprende a prever las necesidades de su compañero —sonrió —. Y tú eres mi compañero, ¿verdad?

—Sin ninguna duda, mujer mía del clan —repuso Jondalar devolviéndole la sonrisa—. Y lo anunciaremos a todos los zelandonii en la Ceremonia Matrimonial de la primera Reunión de Verano a la cual asistamos. Pero ¿cómo puedes adivinar las necesidades? ¿Y por qué las mujeres del clan han de aprender eso?

—No es difícil. Simplemente ocurre cuando se piensa en alguien. Hoy hacía calor, y pensé en la posibilidad de confeccionar un protector para la cabeza… un sombrero de sol…, para mí, de manera que comprendí que también tú debías de tener calor —dijo, mientras cogía otra rama de sauce para agregarla al sombrero más o menos cónico que comenzaba a cobrar forma—. A los hombres del clan no les agrada pedir nada, sobre todo si se trata de su propia comodidad. No se considera masculino que ellos piensen en la comodidad, y por eso una mujer debe prever las necesidades del hombre. Él la protege del peligro; y asegurarse de que tiene las prendas de vestir apropiadas y está bien alimentado es el modo en que ella le protege. No desea que le suceda nada malo. Si él no estuviera, ¿quién la protegería y defendería a sus hijos?

—¿Eso es lo que haces? ¿Me proteges para que yo pueda protegerte? —preguntó,

sonriente—. ¿Y a tus hijos?

A la luz del fuego, los ojos azules cobraban un tono violeta oscuro, y chispeaban divertidos.

—Bien, no exactamente —dijo Ayla, mirándose las manos—. Creo que en realidad es así como una mujer del clan dice a su compañero cuánto le ama, y no importa si tiene hijos o no. —Ayla observó sus propias manos que se movían deprisa, aunque Jondalar tenía la sensación de que ella no necesitaba ver lo que estaba haciendo. Habría podido confeccionar el sombrero en la oscuridad. La joven tomó otra rama larga, y después miró de frente a Jondalar—. Pero sí; quiero tener otro hijo antes de ser demasiado vieja.

—Te falta mucho para eso —dijo Jondalar, mientras agregaba al fuego otro tarugo de madera—. Aún eres joven.

—No; voy para vieja. Ya tengo… —Cerró los ojos para concentrarse, en tanto apretaba los dedos contra la pierna, diciendo los números que él le había enseñado, para comprobar ella misma la cifra exacta correspondiente al número de años que había vivido—… Dieciocho años.

—¡Qué vieja! —rió Jondalar—. Yo ya he visto veintidós años. Yo soy el viejo.

—Si el viaje dura un año, tendré diecinueve cuando lleguemos a tu casa. En el clan sería una mujer casi anciana para tener hijos.

—Muchas mujeres zelandonii tienen hijos a esa edad. Quizá no el primero, pero sí el segundo o el tercero. Tú eres fuerte y sana. No creo que seas demasiado anciana para tener hijos. Pero te diré una cosa. Hay ocasiones en que tus ojos parecen antiguos, como si hubieses vivido muchas vidas en tus dieciocho años.

Era raro que él dijera cosas así, y Ayla interrumpió su trabajo para mirarle. El sentimiento que Ayla evocaba en Jondalar era casi temible. Estaba tan hermosa a la luz de la hoguera, y él la amaba tanto, que no sabía qué haría si algo le sucedía. Abrumado, desvió la mirada. Después, para salvar la situación, trató de abordar un tema menos serio.

—Yo soy quien debe preocuparse por la edad. Y estaría dispuesto a apostar que seré el hombre más anciano de la Ceremonia Matrimonial —dijo, y después se echó a reír—. Veintitrés años son muchos para un hombre que se une por primera vez. La mayoría de los hombres de mi edad ya tienen varios hijos en sus hogares.

Él la miró, y Ayla percibió de nuevo en sus ojos aquella abrumadora expresión de amor y temor.

—Ayla, yo también quiero que tengas un hijo, pero no mientras viajamos. Sólo cuando hayamos regresado sanos y salvos. Todavía no.

—No, todavía no —dijo ella.

Trabajó en silencio un rato, pensando en el hijo que había dejado atrás con Uba, y en Rydag, que en muchos aspectos había sido como otro hijo para ella. A ambos los había perdido. Incluso Bebé, que en muchos aspectos era como un hijo —por lo menos, era el primer animal macho que ella había descubierto y cuidado—, la había

abandonado. Jamás volvería a verlo. Miró a Lobo, un tanto inquieta ante la posibilidad de perderlo también. «Me pregunto», pensó, «por qué mi tótem se lleva a todos mis hijos. Seguramente no soy afortunada con los hijos».

—Jondalar, ¿tu pueblo tiene costumbres especiales acerca del deseo de tener hijos? —preguntó Ayla—. De las mujeres del clan se supone siempre que desean hijos.

—No, en realidad no. Creo que los hombres desean que una mujer traiga hijos a su hogar. Pero me parece que las mujeres desean tener primero hijas.

—¿Qué desearías tener cuando llegue el momento?

Él se volvió para examinarla a la luz de las llamas. Parecía que algo la inquietaba.

—Ayla, eso no me importa. Lo que tú quieras, o lo que la Madre te dé.

Ahora le tocaba a Ayla estudiarle. Necesitaba estar segura de que él hablaba realmente en serio.

—Entonces, creo que desearé tener una hija. No quiero perder más hijos.

Jondalar no entendió muy bien lo que Ayla quería decir y no sabía cómo responder.

—Yo tampoco quiero que pierdas otros hijos —se limitó a decir.

Se sentaron en silencio, mientras Ayla trabajaba en los sombreros para el sol. De pronto, él preguntó:

—Ayla, ¿y qué pasa si tienes razón? ¿Qué sucede si los niños no provienen de Doni? Si comienzan cuando se comparten los placeres; quizá ahora, en este mismo momento, un niño está empezando dentro de ti, y ni siquiera lo sabes.

—No, Jondalar; no lo creo. Me parece que está a punto de iniciarse mi período lunar, y tú sabes que eso significa que no ha comenzado ningún niño.

En general, a ella no le agradaba hablar de cuestiones tan íntimas con un hombre, pero Jondalar siempre había observado una actitud franca con ella, a diferencia de los hombres del clan. Una mujer del clan debía poner un cuidado especial y evitar miradas directas a un hombre cuando estaba soportando su maldición femenina. Pero aunque ella lo hubiese deseado, no podía recluirse o evitar a Jondalar mientras viajaban, y Ayla adivinó que él necesitaba que le tranquilizaran. Pensó por un momento hablarle de la medicina secreta de Iza, la que ella estaba tomando para evitar las esencias fecundadoras, pero no pudo hacerlo. Ayla no podía mentir, del mismo modo que Iza tampoco podía; pero salvo una pregunta directa, sería mejor abstenerse de mencionarlo. Si ella no lo comentaba, era difícil que un hombre pensara en preguntarle si hacía algo para impedir el embarazo. La mayor parte de la gente no concebía la existencia de una magia tan poderosa.

—¿Estás segura? —preguntó Jondalar.

—Sí, estoy segura —contestó Ayla—. No estoy embarazada. Ningún niño comenzó a crecer en mi interior.

Entonces, él pareció tranquilizarse.

Mientras Ayla concluía los sombreros para protegerse del sol, sintió una suave

salpicadura de lluvia y se apresuró a concluir. Luego lo metieron todo en la tienda, con la única excepción de la alforja que colgaba de las estacas, e incluso el húmedo Lobo pareció complacido de enroscarse a los pies de Ayla. Ella dejó abierto para Lobo el sector interior de la solapa de la entrada, por si el animal necesitaba salir, pero cuando la lluvia comenzó a caer con más fuerza, cerraron la solapa que cubría el respiradero. Se acurrucaron apenas acostarse, dándose mutuamente calor; pero ambos tuvieron dificultad para conciliar el sueño.

Ayla se sentía inquieta y dolorida, pero evitaba agitarse y revolverse demasiado, porque no quería incomodar a Jondalar. Escuchó el repiqueteo de la lluvia sobre la tienda, pero el sonido no la adormeció, como solía ser el caso, sino que hizo nacer en ella el deseo de que llegase la mañana para levantarse y salir.

Por su parte, Jondalar, calmada su inquietud tras haberle asegurado Ayla que Doni no le había concedido su bendición, comenzó a preocuparse de nuevo, y ahora se preguntaba si habría algo malo en él. Permaneció despierto pensando, preguntándose si su espíritu o la ausencia, cualquiera que ésta fuese, que Doni extraía de él, tenía fuerza suficiente, o si la Madre le habría perdonado sus indiscreciones juveniles y lo permitiría.

Tal vez era ella. Ayla decía que deseaba un hijo. Pero en vista de todo el tiempo que pasaban juntos, si Ayla no estaba embarazada, podía ser que no estuviese en condiciones de tener hijos. Serenio nunca había vuelto a tenerlos…, a menos que esperase un hijo cuando él se marchó… Mientras contemplaba la oscuridad del interior de la tienda, escuchando la lluvia, se preguntó si alguna de las mujeres que él había conocido habría dado a luz una criatura o si habrían nacido niños con sus mismos ojos azules.

Ayla trepaba sin descanso por una alta pared rocosa, similar al empinado sendero que conducía a su caverna del valle, pero el recorrido era mucho más largo, y tenía que darse prisa. Contempló el pequeño río que remolineaba en el recodo, pero no era un río. Era un salto de agua, y el líquido caía formando anchas bandas de espuma sobre los salientes de roca suavizados por el musgo verde y abundante.

Alzó la mirada, ¡y allí estaba Creb! Le hacía señas y trazaba el signo que significaba darse prisa. Se volvió, y también él comenzó a trepar, apoyándose pesadamente en su cayado, conduciéndola a una elevada repisa junto a la cascada, en dirección a una pequeña cueva practicada en una pared rocosa oculta por arbustos de almendros. Sobre la caverna, en la cima de un risco, había un ancho peñasco liso que se inclinaba sobre el borde, a punto de desplomarse.

De pronto, ella se encontró en las profundidades de la caverna y avanzaba por un corredor largo y estrecho. ¡Había luz! Una antorcha con su llama que hacía señas, y después otra, y a continuación retumbó el estrépito

terrible de un terremoto. Un lobo aulló. Ayla sintió un vértigo porque su cuerpo giraba vertiginosamente, y entonces Creb se introdujo en el interior de su mente. «¡Sal!», ordenó. «¡Deprisa! ¡Sal ahora mismo!».

Se sentó sobresaltada, apartó de un solo golpe las pieles de dormir y se abalanzó sobre la abertura de la tienda.

—¡Ayla! ¿Qué sucede? —dijo Jondalar, cogiéndola.

De repente, se pudo ver un brillante relámpago a través del cuero de la tienda, y una luz cegadora alrededor de las costuras de la solapa del respiradero, así como en torno de la abertura de la entrada que había quedado entreabierta para Lobo. Siguió casi instantáneamente el estrépito de un estallido horrísono. Ayla gritó y Lobo aulló frente a la tienda.

—¡Ayla, Ayla! Todo está bien —dijo el hombre, abrazándola—. Es nada más que el rayo y el trueno.

—¡Tenemos que salir! Él dijo que nos diéramos prisa. ¡Que saliéramos ahora! —gritó Ayla, manoseando sus ropas.

—¿Quién lo dijo? No podemos salir de aquí. Está oscuro y llueve.

—Creb. En mi sueño. De nuevo tuve ese sueño. Con Creb. Él lo dijo. ¡Vamos, Jondalar! Démonos prisa.

—Ayla, cálmate. Sólo ha sido un sueño. Y probablemente la tormenta. Escúchame. Parece que allí hay una cascada. No querrás alejarte con esta lluvia. Esperemos hasta la mañana.

—¡Jondalar! Tengo que marcharme. Creb me dijo que lo hiciera, y no puedo soportar este lugar —dijo Ayla—. Por favor, Jondalar, date prisa.

Con la cara surcada de lágrimas, aunque ella ni siquiera se percataba de ello, comenzó a apilar las cosas en los canastos.

Jondalar decidió que sería lo más conveniente que él hiciera lo mismo. Era evidente que ella no estaba dispuesta a esperar hasta la mañana, y ahora él tampoco podría volver a dormir. Buscó sus ropas mientras Ayla abría la solapa de la entrada. La lluvia entró como si alguien la hubiese volcado con un recipiente. Ayla salió y lanzó un silbido agudo y prolongado. Siguió un alarido de Lobo a modo de respuesta. Después de esperar un momento, Ayla silbó de nuevo, y comenzó a arrancar del suelo las estacas de la tienda.

Oyó el ruido de los cascos de los caballos y gritó aliviada al verlos, aunque la sal de sus lágrimas se perdió en el diluvio de agua de lluvia. Extendió la mano hacia Whinney, la amiga que había venido a ayudarla, y abrazó el cuello sólido de la yegua completamente empapada. Notó entonces que ésta se estremecía asustada. El animal agitaba la cola y describía círculos nerviosos con pequeñas cabriolas; al mismo tiempo, volvía la cabeza y movía las orejas hacia delante y hacia atrás, tratando de descubrir e identificar la fuente de su propio miedo. Los temores de la yegua ayudaron a la mujer a dominar los suyos. Whinney la necesitaba. Habló al animal con

dulce tono, acariciándolo y tratando de calmarlo, y después se dio cuenta de que Corredor se apretaba contra ellas, más asustado aún que su madre.

Ayla intentó que se serenara, pero el animal pronto comenzó a retroceder con pequeños botes. Dejó juntos a los dos caballos mientras se acercaba rápidamente a la tienda, en busca de los arneses y los canastos. Jondalar había enrollado las pieles de dormir y las había apilado en su canasto, antes de oír el ruido de los cascos, y ya tenía preparados los arneses y el cabestro de Corredor.

—Jondalar, los caballos están muy asustados —dijo Ayla al entrar en la tienda—. Creo que Corredor está a un paso de encabritarse. Whinney está calmándolo un poco, pero también ella está asustada, y él agrava el nerviosismo de la yegua.

Jondalar recogió el cabestro y salió. El viento y la lluvia torrencial le empaparon en pocos segundos y casi le derribaron. Llovía con tanta intensidad que se sintió como si hubiera estado de pie bajo una cascada. Era mucho peor de lo que había creído. Antes de que pasara mucho tiempo la tienda se empaparía, y la lluvia mojaría enseguida el cuero que cubría el suelo y las pieles de dormir. Se alegraba de que Ayla hubiese insistido en que se levantasen y partieran. Otro relámpago surcó el cielo, y vio que ella se esforzaba tratando de asegurar los canastos en los flancos de Whinney. El corcel bayo estaba a su lado.

—¡Corredor! ¡Corredor, ven aquí! ¡Vamos, Corredor! —gritó—. Un espantoso trueno retumbó en el aire y pareció que el cielo mismo se desplomaba. El joven corcel se encabritó y relinchó, y después comenzó a saltar y a girar en círculos desordenados. Se le revolvían los ojos en las órbitas, se le quedaban en blanco, las aletas de la nariz se agitaban, la cola golpeaba con violencia y las orejas se movían en todas direcciones, tratando de descubrir el origen de sus temores; pero éstos eran inexplicables y estaban por doquier, lo que le parecía terrorífico.

El hombre de elevada estatura se acercó al caballo con la intención de rodearle el cuello con sus brazos para aquietarlo y hablarle con el propósito de que se calmara. Existía un fuerte vínculo de confianza entre ellos, y las manos y la voz conocidas ejercían un efecto calmante. Jondalar consiguió ponerle el cabestro, y cuando aferró las cuerdas del arnés, tuvo la esperanza de que el próximo relámpago y el trueno que lo seguiría no resultaran tan enervantes.

Ayla acudió a buscar las últimas cosas que quedaban en el interior de la tienda. El lobo la seguía, aunque ella no había visto antes al animal. Cuando salió del refugio cónico de piel, Lobo aulló, comenzó a correr hacia el bosque de sauces, volvió deprisa y aulló de nuevo a Ayla.

—Nos vamos, Lobo —dijo ella, y dirigiéndose a Jondalar anunció—: Ya está vacío. ¡Deprisa! —Corrió hacia Whinney y metió en un canasto la carga que llevaba.

Ayla había contagiado su inquietud a Jondalar, quien temía que Corredor no soportase mucho tiempo más la situación. No se preocupó de desmontar la tienda. Arrancó las estacas de sostén pasándolas por el respiradero, desprendió la solapa, metió todo en un canasto, y después apiló encima los pesados cueros empapados. El

inquieto caballo revolvió los ojos en las órbitas y retrocedió cuando Jondalar extendió la mano hacia la melena para ayudarse a montarlo. Aunque su maniobra fue un poco torpe, consiguió sentarse sobre el lomo del animal, y casi fue a parar al suelo cuando Corredor se encabritó. Sin embargo, rodeó con los brazos el cuello del corcel y consiguió sostenerse.

Ayla escuchó un prolongado alarido de Lobo y un extraño y profundo rugido cuando saltó a lomos de Whinney, y se volvió para ver a Jondalar que se mantenía encima del corcel encabritado. Apenas Corredor volvió a apoyar las patas en el suelo, ella se inclinó hacia delante y animó a Whinney. La yegua emprendió un rápido galope, como si alguien estuviese persiguiéndola, como si, al igual que Ayla, no pudiese esperar el momento de salir de allí. Lobo se lanzó también a la carrera entre los arbustos, y cuando Corredor y Jondalar comenzaron a correr detrás, a poca distancia, el rugido amenazador cobró más intensidad.

Whinney atravesó el bosque que cubría el fondo llano del valle, esquivando los árboles y saltando los obstáculos. Ayla mantenía la cabeza baja, y con los brazos rodeaba el cuello de su montura, permitiendo que la yegua encontrase su camino. No podía ver en medio de la oscuridad y la lluvia, pero adivinaba que se dirigía a la ladera que conducía a las estepas situadas en un plano más alto. De pronto, hubo otra llamarada de luz, que se difundió instantáneamente por todo el valle. Habían llegado al bosque de hayas y la pendiente no estaba lejos. Volvió los ojos hacia Jondalar y contuvo a duras penas una exclamación.

¡Detrás de Jondalar los árboles se movían! Antes de que la luz se extinguiese, varios pinos altos se inclinaron en una posición de equilibrio precario, y después todo volvió a oscurecerse. No había advertido que el retumbar era cada vez más intenso, hasta que trató de oír la caída de los árboles y comprendió que el tremendo ruido cubría el que hacían los árboles al caer. Incluso el estallido del trueno parecía disolverse en el horrísono rugido.

Estaban sobre una loma. El cambio en el paso de Whinney le dio a entender que estaban trepando, a pesar de que aún no podía ver nada. A lo sumo, podía confiar en el instinto de la yegua. Sintió que el animal resbalaba y que después recobraba la firmeza del paso. Un momento más tarde, salieron de los bosques y se encontraron en un claro. Ayla podía incluso ver a través de la lluvia las nubes deslizantes. Seguramente se encontraban en el prado de la loma donde habían pastado los caballos. Corredor y Jondalar se acercaron. También Jondalar abrazaba el cuello del caballo, aunque la oscuridad era demasiado densa para ver algo más que la forma de su silueta, una sombra oscura sobre negro.

Whinney estaba aminorando el paso y Ayla alcanzó a sentir la respiración agitada de la yegua. Los bosques que se elevaban en el lado opuesto del prado eran más ralos y Whinney ya no corría a un ritmo frenético, esquivando los árboles. Ayla se enderezó un poco, pero continuó manteniendo los brazos alrededor del cuello de su yegua. Corredor se había adelantado, llevado por su propia velocidad, pero pronto

comenzó a marchar al paso y Whinney le alcanzó. La lluvia amainaba. Los árboles dejaban paso a los matorrales, a la hierba, y la pendiente se niveló cuando se abrieron ante ellos las estepas, en una oscuridad atenuada apenas por las nubes iluminadas por una luna invisible a través de una cortina de lluvia.

Se detuvieron y Ayla desmontó para permitir que Whinney descansara. Jondalar se reunió con ella y permanecieron el uno al lado del otro, tratando de ver el valle cubierto por las sombras. Hubo un relámpago, pero muy lejos, y el trueno llegó más tarde con un lento retumbar. Aturdidos, contemplaron la oscura depresión del valle, conscientes de que había sobrevenido una gran destrucción, a pesar de que no podían ver nada. Sabían que habían escapado por poco a un terrible desastre, pero aún no podían calcular sus efectos.

Ayla sintió un extraño escozor en el cuero cabelludo y oyó una débil crepitación. Arrugó la nariz para defenderse del olor acre del ozono; era un peculiar olor a quemado, pero no se relacionaba con el fuego; no era tan sencillo como eso. De pronto pensó que debía ser el olor de los fuegos que estallaban en el cielo. Entonces abrió los ojos, entre maravillada y temerosa, y en un instante de pánico se aferró a Jondalar. Un alto pino, que crecía en la misma ladera, pero más abajo, y que estaba protegido de los fuertes vientos por un saliente rocoso que se proyectaba sobre la estepa, resplandecía con una misteriosa luz azul.

Jondalar la abrazó, deseando protegerla, pero él sentía las mismas sensaciones y los mismos temores, y sabía que era incapaz de controlar aquellos fuegos ultraterrenos. A lo sumo, podía retener cerca a Ayla. Después, en una sobrecogedora exhibición, un rayo irregular y crepitante formó un arco traspasando las nubes, se bifurcó en una red de temibles dardos, y con un resplandor cegador, descendió y atravesó el alto pino, iluminando el valle y las estepas con la claridad del mediodía. Ayla se sobresaltó al oír el ruidoso estallido, tan intenso que los oídos le zumbaron, y se estremeció cuando el retumbar poderoso reverberó a través del cielo. En ese momento de luz vieron la destrucción a la que habían escapado por muy poco.

El verde valle estaba arrasado. El suelo del fondo era un torbellino denso y remolineante. Frente a ellos, sobre la pendiente más lejana, una avalancha de lodo había apilado una masa de peñascos y árboles caídos en medio del torrente de aguas turbulentas, y había dejado al desnudo una áspera cicatriz de tierra rojiza.

La causa del desencadenamiento torrencial fue un conjunto de circunstancias que podían considerarse normales. Había comenzado en las montañas, hacia el oeste, con las consiguientes depresiones atmosféricas sobre el mar interior; el aire tibio y cargado de humedad se había elevado y condensado para formar enormes nubes móviles, con su blanca superficie superior batida por el viento, nubes que permanecían aparentemente detenidas sobre las colinas rocosas. Este aire cálido había sido invadido por un frente frío, y la turbulencia de la combinación consiguiente había originado una tormenta de peculiar intensidad.

La lluvia había caído de los cielos oscurecidos, llenando las depresiones y los

huecos que desembocaban en los arroyos, saltando sobre las rocas y confluyendo en cursos de agua que se desbordaban con frenética actividad. Con impulso cada vez mayor, las aguas tumultuosas, engrosadas por el diluvio permanente, habían descendido por las laderas empinadas de las colinas, derribado los obstáculos y confluido en diferentes cursos de agua, para unirse y formar murallas de fuerza arrolladora que destruían cuanto les salía al paso.

Cuando la rápida corriente alcanzó el barranco verde, saltó sobre la cascada, y con un rugido feroz, se tragó el valle entero; pero la depresión de exuberante y verde vegetación guardaba una sorpresa para las aguas irritadas. Durante toda aquella era, los grandes movimientos telúricos de la Tierra estaban levantando el suelo, elevando el nivel del pequeño mar interior que había al sur y abriendo pasos que comunicaban con un mar incluso más extenso y más al sur. En las décadas recientes, el movimiento ascendente había cerrado el valle, formando una cuenca poco profunda, la cual había sido colmada por el río, y esto había originado la formación de un pequeño lago detrás del dique natural. Pero pocos años antes se había abierto un desagüe, que drenaba el pequeño caudal de agua, dejando tras de sí humedad suficiente para permitir la formación de un valle boscoso en medio de las estepas secas.

Una segunda avalancha de lodo, a más distancia, sobre el curso inferior de la corriente, había vuelto a obstruir el canal de salida, de modo que la inundación, con sus aguas tumultuosas, se vio encerrada en los confines del valle y provocó un reflujo. Jondalar pensó que la escena que estaba contemplando a lo largo y a lo ancho del valle parecía una pesadilla. Apenas podía creer lo que veía. El valle entero era una masa salvaje, turbulenta y frenética de lodo y rocas, que iban y venían, destrozando los matorrales y arrancando de raíz árboles enteros, que se astillaban a causa de los golpes constantes.

Ningún ser vivo podía haberse salvado en aquel lugar, y Jondalar se estremeció al pensar en lo que habría sucedido si Ayla no hubiera despertado e insistido en alejarse. Dudaba que hubiesen podido salvarse sin los caballos. Miró en torno; los dos animales estaban quietos, las cabezas inclinadas, las patas separadas, y parecían tan exhaustos como era lógico que estuviesen. Lobo estaba junto a Ayla, y cuando vio que Jondalar le miraba, alzó la cabeza y aulló. El hombre tuvo un fugaz recuerdo de un aullido de lobo que turbó su sueño, un instante antes de que Ayla despertase.

Hubo otro relámpago centelleante, y al mismo tiempo que oía el sonido del trueno, Jondalar notó que Ayla se estremecía violentamente. Aún no estaban a salvo del peligro. Estaban mojados y sentían frío, todo estaba empapado, y, en medio de la llanura abierta y bajo una tormenta, Jondalar no sabía muy bien dónde hallarían refugio.

Capítulo 8

El alto pino herido por el rayo estaba ardiendo, pero la resina caliente que alimentaba el fuego debía luchar contra la lluvia torrencial, y las llamas vacilantes aportaban un poco de luz. De todos modos, era suficiente para señalar los perfiles generales del paisaje cercano. No había mucho que pudiera servir como refugio en las llanuras abiertas, salvo los matorrales bajos junto a una zanja de desagüe casi rebosante, que estaba seca la mayor parte del año.

Ayla contemplaba la oscuridad del valle, sobrecogida por la escena que había visto allá abajo. Mientras permanecían de pie en aquel lugar, la lluvia comenzó a caer de nuevo con más fuerza, les cubría y empapaba sus prendas ya mojadas, y finalmente apagó el fuego que hasta entonces había persistido en el árbol.

—Ayla, vamos —dijo Jondalar—. Tenemos que buscar refugio y defendernos de esta lluvia. Tienes frío. Los dos tenemos frío y estamos mojados.

Ella miró fijamente unos instantes más, y se estremeció.

—Estábamos allá abajo. —Miró al hombre—. Jondalar, habríamos perecido si la inundación nos hubiera atrapado.

—Pero salimos a tiempo. Ahora tenemos que encontrar un refugio. Si no hallamos un lugar para guarecernos, no importará que hayamos escapado del valle.

Jondalar tomó la cuerda de Corredor y avanzó hacia el matorral. Ayla hizo una señal a Whinney y le siguió, y Lobo trotó a su lado. Cuando llegaron a la zanja, vieron que los matorrales bajos conducían a un agrupamiento más espeso de matorrales más altos, casi de la altura de árboles pequeños, a cierta distancia del valle enclavado entre las estepas, y se dirigieron hacia allí.

Se abrieron paso hacia el centro del denso matorral de sauces. El suelo alrededor de las bases delgadas y con numerosos tallos del sauzal verde plateado estaba húmedo, y la lluvia aún se filtraba entre las hojas angostas, pero con menos fuerza. Arrancaron tallos leñosos de una pequeña haya, y después retiraron de los caballos los canastos con los enseres. Jondalar extrajo el pesado bulto de la tienda húmeda y la sacudió. Ayla cogió las estacas y las fijó alrededor del borde interior del área que acababan de limpiar, y después ayudó a extender los cueros de la tienda, todavía unidos a la base. Era una estructura improvisada, pero por el momento sólo deseaban sentirse protegidos de la lluvia.

Cogieron los canastos que formaban su equipaje y las demás cosas y lo metieron todo en el improvisado refugio, arrancaron hojas de los árboles para revestir el suelo mojado y extendieron las pieles de dormir también húmedas. Después, se quitaron las prendas exteriores. Entre los dos retorcieron el cuero empapado y colgaron las piezas de varias ramas. Finalmente, temblorosos, se acurrucaron y se cubrieron con las pieles de dormir. Lobo entró y se sacudió enérgicamente, difundiendo salpicaduras de agua, pero todo estaba tan húmedo que apenas importaba. Los caballos de la estepa, con su pelaje espeso e hirsuto, preferían con mucho el invierno frío y seco a la

tormenta estival que los empapaba, pero estaban acostumbrados a vivir al aire libre. Se mantenían muy juntos al abrigo de los matorrales, resignándose a que la lluvia cayese sobre ellos.

En el húmedo refugio, tan mojado que la posibilidad de encender fuego era impensable, Ayla y Jondalar, envueltos en gruesas pieles, se acurrucaron estrechamente abrazados, Lobo se enroscó sobre las pieles de dormir, apretándose contra ellos, y finalmente el calor de los cuerpos consiguió entibiar a todos. El hombre y la mujer dormitaron un poco, aunque ninguno pudo dormir demasiado. La lluvia amainó casi al amanecer, y sólo entonces consiguieron conciliar un sueño más profundo.

Ayla escuchó, sonriendo para sí, antes de abrir los ojos. Entre la barahúnda de cantos de pájaros que la había despertado, pudo distinguir un gorjeo de notas agudas y elaboradas. Después, oyó a una melodiosa curruca, que parecía cantar con voz cada vez más sonora, pero cuando intentó hallar la fuente de los trinos vibrantes, tuvo que mirar con mucha atención para distinguir a la pequeña alondra, de plumas pardas y poco llamativas. Ayla rodó de costado para observarla.

La alondra atravesó el terreno con movimientos ágiles y rápidos, bien equilibrada sobre las anchas garras de las patas, y acto seguido inclinó la cabeza empenachada; cuando la levantó, tenía una oruga en el pico. Luego corrió hacia una depresión del suelo, cerca de los tallos de un arbusto de sauce, en el que un grupo bien disimulado de polluelos cubiertos de plumón, nacidos poco antes, de pronto cobró vida y cada boca abierta pidió ansiosamente que le entregaran el preciado bocado. Poco después, un segundo pájaro, con las mismas características pero de plumaje algo más oscuro, casi invisible sobre el fondo pardo de las estepas, apareció con un insecto alado. Mientras lo metía en el pico abierto, el primer pájaro remontó el vuelo y describió círculos hasta casi perderse de vista. Pero su presencia no pasó inadvertida, ya que desapareció en una espiral coronada por un canto increíblemente bello.

Ayla emitió suavemente la llamada musical, reproduciendo los sonidos con tanta precisión que el pájaro hembra cesó de inspeccionar el suelo en busca de alimentos y se volvió hacia la joven. Ayla silbó de nuevo y sintió el deseo de tener algunos granos que ofrecer al pájaro, como hacía cuando vivía en su valle y comenzaba a imitar los reclamos de las aves. Después de que ella perfeccionara su técnica, las aves acudían a su llamada, al margen de que les ofreciese o no granos, y así le prestaban compañía durante aquellos días solitarios. La alondra madre se aproximó, buscando al ave que estaba invadiendo el territorio de su nido, pero como no vio a otras alondras, reanudó la tarea de alimentar a sus pequeños.

Los silbidos, repetidos varias veces, más dulces y terminados en una suerte de cloqueo, acentuaron todavía más el interés de Ayla. Las ortegas tenían tamaño suficiente para proporcionar una comida decente, y lo mismo podía decirse de las

tórtolas que se arrullaban, pensó Ayla, mirando alrededor para ver si podía distinguir a las aves de abultado pecho que se asemejaban a la ortega parda por el tamaño y la forma general. En las ramas bajas vio un sencillo nido de ramitas con tres huevos blancos, antes de distinguir a la regordeta paloma, con su cabecilla y su pico y sus patas cortas. El plumaje, suave y denso, era pardo claro, casi sonrosado, y en las alas y el lomo de firme dibujo, que se parecía un tanto a la concha de una tortuga, relucían sus manchas iridiscentes.

Jondalar se puso de costado y Ayla se volvió para mirar al hombre que yacía a su espalda, respirando con el ritmo profundo del sueño. Después advirtió que necesitaba levantarse para aliviar su vejiga. Temía despertar a Jondalar al moverse y detestaba la idea de molestarle, pero cuanto más intentaba olvidar el asunto, más la apremiaba su necesidad. Quizá debería deslizarse lentamente, pensó, tratando de salir de las pieles tibias y algo húmedas que los envolvían. Jondalar rezongó y se movió, mientras Ayla se liberaba de las pieles, pero cuando el hombre extendió la mano y descubrió que ella no estaba, se despertó.

—¿Ayla? ¡Oh!, estás ahí —murmuró.

—Vuelve a dormir, Jondalar. Aún no es necesario que te levantes —dijo Ayla, mientras salía del nido que ambos habían formado entre los matorrales.

Era una mañana luminosa y fresca, con el cielo de un azul claro y límpido, sin que se divisara tan siquiera el atisbo de una nube. Lobo había desaparecido, y Ayla supuso que habría salido a cazar y explorar. Los caballos también se habían alejado; los vio pastando cerca del borde del valle. Aunque el sol todavía estaba bajo, ya brotaba vapor del suelo mojado, y Ayla notó la humedad al agacharse para orinar. Después, vio las manchas rojas sobre la cara interior de sus propias piernas. Había empezado el período lunar, que sabía estaba al caer; tendría que lavarse y lavar sus prendas interiores, pero ante todo necesitaba la lana de musmón.

La zanja de desagüe estaba llena sólo hasta la mitad, pero el agua que corría por ella estaba limpia. Ayla se inclinó y se enjuagó las manos, bebió varias veces el líquido fresco y se apresuró a volver a la tienda. Jondalar se había levantado y sonrió cuando ella entró en el refugio en busca de uno de los canastos. Ayla lo sacó de la tienda y comenzó a revisarlo. Jondalar llevó afuera sus dos canastos y después regresó a buscar el resto de sus cosas. Deseaba comprobar los destrozos causados por la lluvia torrencial. En ese momento, Lobo llegó trotando y se acercó directamente a Ayla.

—Pareces satisfecho de ti mismo —dijo Ayla, frotándole el pelaje del cuello, tan espeso y abundante que casi parecía una melena. Cuando dejó de acariciarlo, Lobo saltó sobre ella; sus patas llenas de barro se apoyaron en el pecho de la mujer, casi al nivel de sus hombros. La pilló por sorpresa y estuvo a punto de derribarla, aunque recobró el equilibrio enseguida.

—¡Lobo! Mira cómo me has puesto de barro… —gritó, mientras él intentaba lamerle el cuello y la cara, y después, con un gruñido grave pero resonante, abrió la

boca y le apretó las mandíbulas con los dientes. A pesar de sus impresionantes colmillos, el gesto fue tan contenido y gentil como si Lobo hubiese estado sosteniendo a un cachorro recién nacido. Ninguno de los dientes rasgó la piel; apenas la presionó. Ayla enterró de nuevo las manos en el pelaje, apartó la cabeza de Lobo y contempló la devoción que se reflejaba en sus ojos lobunos con tanto afecto como el que él le demostraba. Luego, le aferró una pata con los dientes y le aplicó el mismo tipo de mordisco ruidoso y gentil.

—Ahora, bájate, Lobo. ¡Mira cómo me has puesto! Tendré que lavar también esto.

Se quitó la suelta túnica de cuero sin mangas que llevaba puesta sobre los calzones cortos, que usaba como ropa interior.

—Ayla, si no supiera a qué atenerme, me asustaría al verle hacer eso —dijo Jondalar—. Ha crecido mucho, es un animal muy grande, y, por añadidura, cazador. Podría matar a alguien.

—No tienes que preocuparte por Lobo cuando actúa así. Es el modo en que los lobos se saludan unos a otros y demuestran su cariño. Creo que más bien está contento porque le despertamos a tiempo para salir del valle.

—¿Has echado una ojeada a ese lugar?

—Todavía no… Lobo, fuera de aquí —dijo Ayla, apartándole cuando comenzó a olerla entre las piernas—. Es mi período lunar. —Desvió la mirada y se sonrojó un poco—. He venido a buscar mi piel de musmón y todavía no he podido encontrarla.

Mientras Ayla atendía su higiene íntima y lavaba sus ropas en el arroyuelo, además de asegurar las tiras que sostenían en su lugar la lana y buscar otra cosa que ponerse, Jondalar se acercó al borde del valle para orinar y mirar hacia abajo. No había indicios de campamento o de un lugar donde pudieran organizarse. La cuenca natural del valle estaba parcialmente llena de agua, y los troncos, los árboles y otros restos flotantes se balanceaban y hundían mientras las aguas inquietas continuaban elevándose. El riachuelo que alimentaba las aguas del valle aún no tenía salida y continuaba provocando reflujos, si bien no seguía agitado por el oleaje de ida y vuelta de la noche precedente.

Ayla se acercó en silencio a Jondalar, que había estado examinando atentamente el valle y pensando. La miró cuando advirtió su presencia.

—Lo más seguro es que este valle se estreche en el curso inferior, y algo debe estar bloqueando el río —dijo Jondalar—, probablemente piedras o una avalancha de lodo. En cualquier caso, impide el paso del agua. Tal vez por eso hay aquí tanto verdor; es posible que antes haya sucedido lo mismo.

—Por sí sola la inundación nos habría arrastrado si nos hubiera atrapado —dijo Ayla—. Mi valle solía inundarse en primavera; aquello no era tan grave, pero esto…

No pudo encontrar palabras para expresar su pensamiento, e inconscientemente concluyó su frase con los movimientos del lenguaje de los signos del clan, que, a su entender, expresaban con más energía y precisión sus sentimientos, mezcla de

desaliento y alivio.

Jondalar entendió. También a él le faltaban las palabras y compartía los sentimientos de Ayla. Ambos permanecieron de pie, en silencio, observando los movimientos allá abajo; de pronto, Ayla advirtió en la frente de Jondalar las arrugas que reflejaban su concentración y su inquietud. Finalmente, el hombre habló.

—Si la avalancha de lodo, o lo que sea, cede con demasiada rapidez, el agua que descienda río abajo será muy peligrosa. Ojalá no haya gente en esos parajes —dijo.

—En todo caso, no será más peligrosa que anoche —comentó Ayla—. ¿No te parece?

—Anoche estaba lloviendo y, por tanto, la gente podía esperar algo semejante a una inundación, pero si ésta se produce repentinamente, sin la advertencia de una gran tormenta, sorprenderá a todos y eso sería realmente destructivo —explicó.

Ayla asintió y después dijo:

—Pero si la gente utiliza este río, ¿no verá que las aguas ya no fluyen y tratará de descubrir la causa?

Jondalar se volvió para mirarla.

—¿Y nosotros, Ayla? Estamos de viaje, y no habría forma de que supiéramos que un río había cesado de correr. Podríamos encontrarnos en una situación parecida a ésta en un determinado momento, y sin recibir ningún aviso.

Ayla contempló una vez más las aguas que cubrían el valle y no contestó inmediatamente.

—Tienes razón, Jondalar —dijo al fin—. Podríamos vernos atrapados por otra súbita inundación, sin previo aviso. O el rayo podría habernos alcanzado, en lugar de destruir ese árbol. O un terremoto podría abrir una grieta en el suelo y tragarse a todos excepto a una niña pequeña, dejándola sola en el mundo. O alguien enferma, o nace con un defecto o una deformidad. El Mamut dijo que nadie puede saber cuándo decidirá la Madre convocar a uno de Sus hijos. De nada sirve preocuparse por cosas como ésas. No podemos cambiarlas. A Ella le toca decidir.

Jondalar escuchó con la misma expresión inquieta en su rostro; después, sus rasgos se suavizaron y abrazó a Ayla.

—Me preocupo demasiado. Es lo que solía decirme Thonolan. Se me ha ocurrido pensar en lo que habría podido suceder si hubiésemos estado en el extremo inferior de ese valle; no olvidaré lo de anoche. Y después pensé en la posibilidad de perderte y… —La apretó con más fuerza—. Ayla, no sé lo que haría si llegase a perderte —dijo, con súbito fervor, estrechándola contra su cuerpo—. Creo que no desearía continuar viviendo.

Ella experimentó cierta inquietud ante la intensa reacción que sus palabras habían provocado en el hombre.

—Jondalar, si eso ocurriera, confío en que continuarás viviendo y encontrarás otra persona a quien amar. Si llegara a sucederte algo, una parte de mí, de mi espíritu, se iría contigo, porque te amo, pero continuaría viviendo y una parte de tu espíritu

siempre viviría conmigo.

—No sería fácil encontrar a otra persona a quien amar. Nunca pensé que te hallaría. Y ni siquiera sé si querría buscarla —sentenció Jondalar.

Comenzaron a regresar, caminando juntos. Ayla guardó silencio un momento, pensando, y después dijo:

—Me pregunto si eso es lo que sucede cuando uno ama a alguien y esa persona también le ama. Me pregunto si los dos intercambian partes del espíritu de cada uno. Tal vez por eso duele tanto perder a una persona amada. —Hizo una pausa, y después continuó—: Es como los hombres del clan. Son hermanos por la caza, e intercambian una parte del espíritu de cada uno, sobre todo cuando uno salva la vida de otro. No es fácil continuar viviendo cuando falta una parte de tu espíritu, y cada cazador sabe que una parte de sí mismo irá al otro mundo si el otro desaparece, y por eso vigila y protege a su hermano y hace lo imposible para salvarle la vida. —Se interrumpió y miró a Jondalar—. ¿Crees que hemos intercambiado parte de nuestros espíritus? Somos compañeros en la caza, ¿verdad?

—Y tú una vez me salvaste la vida, pero eres mucho más que un hermano en la caza —dijo, sonriendo ante la idea—. Te amo. Comprendo ahora por qué Thonolan no quiso continuar viviendo cuando Jetamio murió. A veces, creo que él buscó el modo de ir al otro mundo, para encontrarlos… a Jetamio y al niño que nunca nació.

—Pero si algo me sucediera, yo no querría que tú me siguieras al mundo de los espíritus. Desearía que permanecieras aquí y que encontrases a otra persona —dijo Ayla con verdadera convicción. No le agradaba que él hablara acerca de otros mundos. No estaba segura de cómo sería otro mundo después de éste, y tampoco, en lo más hondo de su corazón, de que existiese ese mundo realmente. Lo que sí sabía era que, para llegar a otro mundo, uno tenía que morir en éste, y ella no deseaba que se hablara de la muerte de Jondalar, antes o después de que ella misma muriese.

La reflexión acerca de los mundos del espíritu llevó a otros pensamientos accidentales.

—Tal vez sea eso lo que sucede cuando uno envejece —dijo Ayla—. Si tú intercambias parte de tu espíritu con las personas amadas, después de haber perdido a muchas de ellas, tantas partes de tu espíritu las habrán acompañado al otro mundo que ya no te quedará suficiente para continuar vivo en éste. Es como un edificio en tu interior que se agranda cada vez más, de manera que deseas ir al otro mundo, donde está la mayor parte de tu espíritu y tus seres amados.

—¿Cómo sabes tanto? —preguntó Jondalar con una leve sonrisa. Pese a que ella sabía muy poco del mundo de los espíritus, las observaciones ingenuas y espontáneas que formulaba le parecían en cierto modo lógicas a Jondalar y demostraban una inteligencia auténtica y reflexiva, aunque él no tenía modo de saber si tales ideas poseían una base cierta. Pensó que si Zelandoni hubiera estado allí, habría podido preguntarle. Y de pronto recordó que regresaban al hogar y que no pasaría mucho tiempo antes de que él pudiese preguntarle.

—Perdí parte de mi espíritu cuando era muy pequeña y la gente de la cual nací pereció en el terremoto. Y también Iza se llevó una parte cuando murió, y Creb, y Rydag. Y aunque no ha muerto, incluso Durc tiene una parte de mí misma, de mi espíritu, que ya no volveré a ver. Tu hermano se llevó con él una parte de ti, ¿no es así?

—Sí —afirmó Jondalar—, eso hizo. Siempre le echaré de menos y siempre sufriré por ello. A veces, todavía creo que tuve yo la culpa y que debería haber hecho lo que fuese para salvarle.

—Jondalar, no creo que pudieras hacer nada. La Madre lo reclamaba, y a Ella le toca decidir; nadie debe alterar el camino que lleva al otro mundo.

Cuando regresaron al alto matorral de sauces en el que habían pasado la noche, comenzaron a revisar sus pertenencias. Casi todo estaba por lo menos húmedo, y muchos objetos empapados. Desataron los nudos hinchados que aún unían la base con las paredes de la tienda, y cada uno tomó un extremo y lo retorcieron en direcciones opuestas para escurrir el agua. Pero si retorcían demasiado, forzaban la costura. Cuando decidieron levantar la tienda para facilitar su secado, descubrieron que habían perdido alguna de las estacas.

Extendieron la base de la tienda sobre el matorral y después examinaron el resto de las ropas, todavía muy mojadas. Algunos objetos guardados en los canastos habían corrido mejor suerte. Muchas cosas estaban húmedas, pero probablemente se secarían con rapidez; las depositaron en un lugar tibio y seco para ventilarlas. Las estepas abiertas eran un lugar apropiado durante el día, pero era el momento en que ellos necesitaban viajar, y durante la noche el suelo estaba húmedo y frío. No tenían muchos deseos de dormir en una tienda húmeda.

—Creo que es hora de que tomemos una infusión caliente —dijo Ayla, sintiéndose desalentada. No era más tarde que otras veces. Encendió el fuego y puso a calentar piedras, pensando en el desayuno. Y en ese momento advirtieron que no tenían el alimento que había sobrado de la cena de la noche precedente.

—¡Oh, Jondalar!, no tenemos nada que comer esta mañana —se quejó Ayla—. La comida está en el fondo de ese valle. Dejamos los granos de mi recipiente para cocinar cerca de los carbones calientes. También hemos perdido el canasto para cocinar. Tengo otros, pero ése era bueno. Menos mal que conservo mi bolso de medicinas —dijo con evidente alivio cuando lo descubrió—, la piel de nutria aún resiste en el agua a pesar de ser vieja. Todo lo de dentro está seco. Al menos puedo preparar alguna infusión. Le agregaré hierbas de buen sabor. Iré a buscar un poco de agua —comentó, y miró alrededor—. ¿Dónde está mi recipiente para preparar té? ¿También lo he perdido? Creí que estaba en el interior de la tienda cuando empezó a llover. Seguramente se cayó cuando nos apresuramos a partir.

—Dejamos atrás otra cosa, y eso no te complacerá mucho —dijo Jondalar.

—¿Qué? —preguntó Ayla, inquieta.

—Tu alforja y las estacas largas.

Ayla cerró los ojos y meneó la cabeza, desalentada.

—¡Oh, no! Era muy buena para conservar la carne y estaba repleta de carne de corzo. Y las estacas tenían exactamente el tamaño apropiado. Será difícil reemplazarlas. Más vale que vea si hemos perdido algo más y que me asegure de que contamos con el alimento de reserva.

Buscó en el canasto donde guardaba las pocas cosas personales que llevaba consigo, y las ropas y el equipo que utilizaría después. Aunque todos los canastos estaban húmedos y deformados, las cuerdas depositadas en el fondo habían mantenido el recipiente bastante seco, sin demasiado deterioro. El alimento que consumían en el camino estaba cerca del extremo superior del canasto; debajo se hallaba el paquete con las raciones de repuesto, todavía bien atado y prácticamente seco. Ayla llegó a la conclusión de que era el momento apropiado para examinar las vituallas y comprobar que nada se había echado a perder, y también para calcular cuánto tiempo podrían durar.

Extrajo los diferentes tipos de alimentos secos conservados que había traído consigo y los distribuyó sobre la piel de dormir. Había bayas —zarzamoras, frambuesas, arándanos, saúco, fresas, solas o mezcladas— que habían sido aplastadas y secadas para formar tortas. Había otras variedades dulces ya cocidas y desecadas que presentaban una textura correosa, a veces mezcladas con pedazos de pequeñas manzanas duras, ásperas, pero con un elevado contenido de peptina. Las bayas enteras y las manzanas silvestres, así como otros productos, por ejemplo, peras y ciruelas silvestres, estaban cortadas en rebanadas o habían quedado enteras al secarse al sol y se habían endulzado un tanto. Cualquiera de estos alimentos podía ser ingerido tal como estaba, o bien empapado o cocido con agua, y a menudo se usaban para aliñar las sopas o las carnes. También había granos y semillas, algunos cocidos parcialmente y después tostados; avellanas sin cáscara tostadas; y las piñas de pino repletas de piñones que ella había recogido la víspera en el valle.

Ayla también solía secar diferentes plantas —tallos, brotes y, sobre todo, raíces ricas en almidón, por ejemplo, la espadaña, el cardo, el helecho dulce y los tallos bulbosos de diferentes lirios—. Algunos eran cocidos al vapor en hornos al nivel del suelo, antes de secarlos, pero otros eran extraídos, pelados y colgados inmediatamente de cuerdas confeccionadas con la sólida corteza de ciertas plantas o con los tendones del espinazo o las patas de diferentes animales. También se colgaban de este modo los hongos, y para mejorar el sabor a menudo eran puestos a secar sobre fuego humoso; también se cocían al vapor y se secaban ciertos líquenes comestibles para formar hogazas espesas y nutritivas. Se completaban las provisiones con una abundante colección de carne y pescado, ahumados y secos, y en un paquete especial, reservado para las emergencias, había una mezcla de carne seca molida, grasa derretida limpia y frutas secas, que formaban pequeñas tortas.

El alimento seco era compacto y se conservaba bien; una parte tenía más de un año: era un resto de las provisiones del invierno precedente, pero las cantidades de

ciertos artículos eran muy limitadas. Nezzie había reunido todos los productos pidiéndoselos a las familias y los parientes que llevaban las provisiones a la Reunión de Verano. Ayla había administrado con mucho cuidado las reservas de alimentos; en general, los dos vivían de lo que se procuraban ellos mismos durante el viaje. Era la temporada apropiada; si no podían sobrevivir aprovechando la abundancia de la Gran Madre Tierra cuando sus ofrendas proliferaban, jamás podrían abrigar la esperanza de sobrevivir atravesando las regiones durante los tiempos de escasez.

Ayla volvió a guardarlo todo. No quería depender de los alimentos secos para la comida matutina, a pesar de que en las estepas había menor número de pájaros con carnes abundantes que pudieran servirles como alimento. Con su honda derribó un par de ortegas, que fueron asadas ensartándolas en una estaca; algunos huevos de paloma que jamás serían incubados recibieron unos golpes leves y fueron puestos directamente al fuego, con la cáscara. El desayuno se enriqueció gracias al feliz hallazgo del escondrijo de una marmota, que había acumulado bellotas de primavera. El agujero en el suelo estaba debajo de las pieles para dormir y lo impregnaba el olor de las plantas dulces con abundante almidón que habían sido recogidas antes por el animalito, en el momento en que los bulbos, semejantes a raíces, habían alcanzado su mejor desarrollo. Los cocieron con los sabrosos piñones que Ayla había reunido la víspera, los cuales fueron extraídos de la piña con ayuda del fuego y golpeándolos con una piedra. Algunas zarzamoras frescas y maduras completaron la comida.

Después de abandonar el valle inundado, Ayla y Jondalar continuaron hacia el sur, girando levemente hacia el oeste, para acercarse poco a poco a la cadena montañosa. Aunque no era una cadena excepcionalmente elevada, los picos más altos de las montañas estaban perpetuamente cubiertos de nieve y a menudo envueltos en brumas y nubes.

Se encontraban en la región meridional del continente frío y el aspecto de los pastizales había cambiado sutilmente. Era algo más que una mera profusión de pastos y hierbas lo que explicaba la diversidad de animales que habitaban las llanuras frías. Los propios animales habían evolucionado y establecido diferencias en la dieta y en los esquemas migratorios, separaciones espaciales y variaciones estacionales; todos estos factores contribuían a la abundancia de vida. Como sucediera más tarde en las grandes llanuras ecuatoriales que se extendían mucho más al sur —el único lugar que casi estuvo cerca de igualar la extraordinaria fecundidad de las estepas de la Edad del Hielo—, la gran abundancia y variedad de animales compartía la tierra fértil en complejas interrelaciones que se apoyaban mutuamente.

Algunos animales se especializaban en la ingestión de determinadas plantas; otros, en ciertas partes de las plantas; algunos consumían las mismas plantas en etapas distintas de desarrollo; unos se alimentaban en lugares a los que otros no iban, o aparecían más tarde, o emigraban de distinta manera. Se mantenía la diversidad

porque los hábitos de alimentación y de vida de una especie armonizaban entre o alrededor de los de otra, en habitáculos complementarios.

Los mamuts lanudos necesitaban gran cantidad de sustancias fibrosas, pastos duros, tallos y juncos, y como estaban expuestos a hundirse en las nieves profundas, los pantanos o los prados fangosos, se mantenían en los terrenos firmes, barridos por el viento, que se extendían cerca de los glaciares. Realizaban largas migraciones a lo largo de la pared de hielo y se desplazaban hacia el sur únicamente en primavera y verano.

Los caballos de las estepas también necesitaban cantidades abundantes; como los mamuts, digerían deprisa los tallos y los pastos ásperos, pero se mostraban un poco más selectivos y preferían las variedades de hierba de altura media. Podían excavar la nieve para encontrar alimento, pero de ese modo gastaban más energía de la que obtenían y se veían en dificultades para recorrer el territorio cuando se acumulaba la nieve. No podían subsistir mucho tiempo en la nieve profunda y preferían las planicies de suelo duro, barridas por el viento.

A diferencia de los mamuts y los caballos, el bisonte necesitaba las hojas y las vainas del pasto para obtener un contenido de proteínas más elevado, con preferencia las hierbas cortas, acudiendo a las zonas de pastos medianos y altos sólo en los períodos en que había retoños, generalmente en primavera. Pero en verano se establecía una cooperación importante, aunque involuntaria. Los caballos utilizaban sus dientes como instrumentos cortantes para aprovechar los tallos duros. Una vez habían pasado los caballos, recortando los tallos, el pasto de densas raíces se veía estimulado a producir nuevos brotes de hojas. A las emigraciones de caballos seguía a menudo, después de un intervalo de pocos días, la del bisonte gigante, que consumía de buen grado los nuevos retoños.

En invierno, el bisonte pasaba a las extensiones meridionales de clima variable y nieve más abundante, lo que mantenía las hojas de pasto de reducido crecimiento más húmedas y frescas de cuanto podía observarse en las planicies septentrionales secas. Sabían apartar la nieve con el hocico y los carrillos para encontrar su alimento preferido, que crecía cerca del suelo, mas las estepas nevadas del sur no carecían de riesgos.

Aunque les mantenían calientes en un medio relativamente frío y seco, incluso en el sur, donde eran más intensas las nevadas, los pelajes densos y desordenados del bisonte y otros animales de capas cálidas que emigraban hacia el sur en invierno, podían ser peligrosos o incluso fatales cuando el clima era frío y húmedo, con frecuentes variaciones entre el hielo y el deshielo. Si el pelaje se empapaba durante el deshielo, podían ser vulnerables a un enfriamiento fatal durante una helada posterior, sobre todo si el golpe de frío les sorprendía descansando en el suelo. Entonces, si el pelo largo se congelaba deprisa, no podían volver a incorporarse. La nieve excesivamente profunda o la capa de hielo sobre la nieve también podían ser fatales, y otro tanto podía decirse de las ventiscas invernales, o de las caídas al romperse el

hielo delgado de los lagos cerrados o de los valles fluviales inundados.

La oveja musmón y los antílopes saiga también prosperaban; se alimentaban selectivamente con plantas adaptadas a condiciones muy secas, hierbas pequeñas y pastos cortos de hojas abundantes que crecían cerca del suelo; pero a diferencia del bisonte, el antílope saiga no tenía fácil su supervivencia en los terrenos irregulares o en la nieve profunda, donde no era capaz de saltar bien. Eran corredores veloces de larga distancia que podían dejar atrás a sus depredadores sólo en las superficies lisas y firmes de las estepas barridas por el viento. En cambio, el musmón, la oveja salvaje, era una experta trepadora y aprovechaba el terreno inclinado para huir, pero no podía sortear la nieve acumulada. Prefería los terrenos altos, rocosos y batidos por el viento.

Las especies caprinas emparentadas con el musmón, la gamuza y la cabra montesa, determinaban su ámbito según la altura, o a través de las diferencias del terreno y el paisaje; el antílope caprino salvaje y la cabra montesa, se instalaban en los terrenos más altos, de grietas más empinadas; seguía, en elevaciones un poco menores, la gamuza más pequeña y de extraordinaria agilidad; y más abajo, en el último puesto, se situaba el musmón. En cualquier caso, todos vivían en terrenos accidentados, incluso en los planos más bajos de las estepas áridas, porque estaban adaptados al frío, con tal de que éste fuese seco.

Los carneros almizcleros también eran animales de tipo caprino, aunque más corpulentos, y su espeso pelaje doble, que se asemejaba al de los mamuts y los rinocerontes lanudos, hacía que pareciesen más corpulentos, más «semejantes a bueyes». Mordisqueaban constantemente los matorrales bajos y los juncos, y estaban especialmente adaptados a las regiones más frías; preferían las llanuras abiertas, muy frías y ventosas, que estaban cerca del glaciar. Aunque perdían la lana interior en verano, los carneros almizcleros se veían en dificultades si el tiempo llegaba a ser demasiado cálido.

El ciervo gigante y el reno se mantenían en terreno abierto formando rebaños, pero la mayor parte de los restantes ciervos eran ramoneadores de hojas de los árboles. El alce solitario del bosque era un animal poco común. Le gustaban las hojas estivales de los árboles deciduos, las suculentas algas de los estanques y las plantas acuáticas de los pantanos y los lagos; con sus anchos cascos y sus largas patas podía atravesar los fondos pantanosos y lodosos. En invierno sobrevivía con los pastos más indigestos, o con el ramaje de los sauces que crecían en los terrenos bajos y los valles fluviales; las patas largas de pie ancho le permitían atravesar fácilmente la nieve barrida por el viento, que se desplazaba y apilaba por doquier.

Los renos eran animales amantes del invierno y se alimentaban de líquenes que crecían en los suelos yermos y en las rocas. Podían oler sus plantas favoritas incluso a través de la nieve y desde muy lejos; y sus cascos estaban adaptados para caminar a través de la nieve profunda si era necesario. En verano consumían pasto y matorrales de hojas abundantes.

Tanto el alce como el reno preferían los prados alpinos o las mesetas herbáceas en

primavera y verano, pero a menor altura que las ovejas que poblaban la zona; el alce tendía a ingerir más hierba que arbustos. Los asnos y los onagros preferían invariablemente las colinas áridas más altas; en cambio, el bisonte ocupaba un nivel un poco más bajo, aunque generalmente llegaba a mayor altura que los caballos, los cuales tenían la posibilidad de elegir terrenos más exteriores que los mamuts o los rinocerontes.

Aquellas llanuras primitivas, con sus pastizales complejos y variados, mantenían grandes multitudes de una mezcla fantástica de animales. Ningún otro lugar de la tierra consiguió en épocas posteriores otra cosa que aproximarse a algunos puntos de dicha zona. El ambiente frío y seco de las altas montañas no admitía comparación, aunque hubiera semejanzas. Las ovejas, las cabras y los antílopes moradores de las montañas extendían su ámbito hacia las áreas inferiores, pero los nutridos rebaños de animales no pudieron mantenerse en el terreno empinado y rocoso de las altas montañas cuando cambió el clima de las tierras bajas.

En los húmedos y precarios pantanos septentrionales no sucedía lo mismo. Eran demasiado húmedos para permitir el crecimiento de grandes masas de pasto, y sus reducidos y ácidos suelos producían plantas cuyas toxinas evitaban que fueran consumidas por grandes multitudes, las cuales habrían destruido la flora de crecimiento lento y delicado. Las variedades formaban un número limitado y ofrecían nutrientes pobres a la voracidad de inmensos rebaños; no había comida suficiente. Y sólo los animales que tenían pezuñas anchas, como el reno, podían vivir allí. Las enormes criaturas de mucho peso, con patas grandes y rechonchas, o los corredores veloces de pezuñas estrechas y elegantes se atascaban en la tierra blanda y húmeda. Necesitaban un suelo sólido, firme y seco.

Más tarde, las llanuras cubiertas de pasto de las regiones más cálidas y más templadas originaron fajas diferenciadas de vegetación, controladas por la temperatura y el clima. Aportaban muy escasa diversidad en verano y exceso de nieve en invierno. La nieve también atollaba a los animales que necesitaban un terreno firme, y para muchos era difícil apartar la nieve para llegar al alimento. El ciervo podía vivir en los bosques de nieve profunda, pero sólo porque ramoneaba hojas y los extremos de las ramitas de los árboles que crecían sobre la nieve; el reno podía excavar la nieve para llegar al liquen que le alimentaba en invierno. El bisonte y el uro subsistieron, pero alcanzaron menores proporciones, y ya no desplegaron todo su potencial. Otros animales, por ejemplo, los caballos, vieron disminuir su número al reducirse el medio que ellos preferían.

La combinación específica de los numerosos elementos de las estepas de la Edad de Hielo fomentó la aparición de las grandiosas manadas, y no había uno sólo de ellos que no fuera esencial, sin excluir el frío intenso, los crueles vientos y el hielo mismo. Y cuando los grandes glaciares retrocedieron limitándose a las regiones polares y desaparecieron de las latitudes inferiores, también los grandes rebaños y los animales gigantescos se empequeñecieron o desaparecieron por completo de un área

que había cambiado y que ya no podía proporcionarles sustento.

Mientras continuaban su viaje, la pérdida de la alforja y las largas estacas continuaba inquietando a Ayla. No sólo eran útiles, podían ser necesarias durante el largo viaje que tenían por delante. Ayla deseaba reemplazarlas, pero eso le obligaría a detenerse más de una noche, y ella sabía que Jondalar ansiaba continuar avanzando.

Pero Jondalar no se sentía muy a gusto con la tienda húmeda, ni ante la idea de verse obligado a buscar refugio en ella. Además, no era conveniente que las pieles húmedas estuviesen plegadas y formasen apretados bultos; podían echarse a perder. Era necesario ponerlas a secar, y probablemente habría que trabajar los cueros mientras se secaban, para conservar su flexibilidad, y eso a pesar del ahumado que habían recibido durante la preparación inicial. Jondalar estaba seguro de que eso les llevaría más de un día.

Por la tarde se acercaron a la profunda depresión de otro ancho río que separaba la llanura de las montañas. Desde el punto de mira de los dos, sobre la meseta de las estepas abiertas, a cierta altura sobre el ancho valle con su amplio curso de aguas rápidas, podían ver el territorio que se extendía al lado opuesto. Las estribaciones inferiores de las montañas, allende el río, estaban cortadas por infinidad de barrancos y desfiladeros secos, los accidentes provocados por la inundación, así como por muchos otros afluentes. Era un río importante, que recogía una parte considerable de las aguas y que drenaba la cara oriental de las montañas para volcarse en el mar exterior.

Mientras rodeaban el recodo de la planicie esteparia y descendían la pendiente, Ayla recordó el territorio que se extendía alrededor del Campamento del León, si bien el paisaje más accidentado del otro lado del río era distinto. Pero de este lado veía el mismo tipo de barrancos profundos tallados por la lluvia y la nieve hundida en el suelo de loess, y los altos pastos que en el suelo mismo se convertían en heno. Sobre la planicie aluvial, allá abajo, aparecían dispersos y aislados alerces y pinos entre matorrales frondosos, en tanto que los grupos de espadañas, altos juncos y eneas marcaban el borde del río.

Cuando llegaron al río, se detuvieron. Era un curso de agua importante, ancho y profundo, engrosado por las lluvias recientes. No sabían muy bien cómo lo cruzarían. Era necesario trazar un plan.

—Lástima que no tengamos un bote —dijo Ayla, mientras pensaba en los botes redondos recubiertos de cuero que los moradores del Campamento del León usaban para cruzar el río que discurría cerca de sus viviendas.

—Es cierto; creo que necesitaremos algún tipo de bote para cruzarlo sin que se moje todo. No sé muy bien por qué, pero no recuerdo que tuviera tanta dificultad para cruzar los ríos cuando Thonolan y yo viajábamos. Nos limitábamos a apilar nuestras cosas sobre un par de troncos y atravesábamos a nado —explicó Jondalar—. Pero me parece que no teníamos tantas cosas, sólo un saco que cada uno llevaba a la espalda. Era todo lo que podíamos transportar. Con los caballos, podemos tener más cosas,

aunque después surjan más motivos de preocupación.

Mientras descendían río abajo, examinando la situación, Ayla vio un grupo de altas y delgadas hayas que crecían en las inmediaciones del agua. El lugar le parecía tan conocido que casi esperaba ver la larga vivienda semisubterránea del Campamento del León excavada en el flanco de la ladera, al fondo de una terraza que terminaba en el río, con la hierba que crecía a los costados, la cima redondeada y la entrada de arco perfectamente simétrica que tanto le había sorprendido la primera vez que la había visto. Pero cuando, en efecto, vio un arco de ese estilo, sufrió una impresión sobrecogedora que la alarmó.

—¡Jondalar! ¡Mira!

Él volvió los ojos hacia la ladera, en dirección al lugar que ella señalaba. Y entonces vio no uno, sino varios arcos perfectamente simétricos, y cada uno de ellos era la entrada de una estructura circular y abovedada. Ambos desmontaron, y una vez que descubrieron el sendero que venía del río, ascendieron hasta el campamento.

Ayla se sorprendió al comprobar la gran ansiedad que sentía por conocer a la gente que vivía allí, y entonces comprendió que hacía mucho tiempo que no reían ni hablaban con nadie, fuera de la mutua compañía. Pero el lugar estaba vacío; plantada en el suelo, entre los dos colmillos curvos de mamut unidos por las puntas en el extremo superior que formaban la entrada en arco de una de las moradas, había una figurilla de marfil tallado que representaba a una mujer de pechos y caderas generosos.

—Por lo visto se han marchado —dijo Jondalar—. Han dejado un donii que proteja cada morada.

—Probablemente estarán cazando, o en una Reunión de Verano, o de visita —comentó Ayla, que se sintió sinceramente decepcionada al comprobar que allí no había gente—. Es una gran lástima. Me hubiera alegrado ver a alguien. —Se volvió con el propósito de salir de allí.

—Espera, Ayla. ¿Adónde vas?

—Vuelvo al río. —Le miró desconcertada.

—Pero esto es perfecto —dijo él—. Podemos quedarnos aquí.

—Dejaron un mutoi, un donii, que vigila sus moradas. El espíritu de la Madre les protege. No podemos permanecer aquí sin turbar su Espíritu. Nos acarreará mala suerte —dijo Ayla, consciente de que eso él ya lo sabía.

—Podemos quedarnos, si lo necesitamos. No podemos apoderarnos de nada que no nos haga falta. Eso se sobrentiende. Ayla, necesitamos un refugio. Nuestra tienda está empapada. Tenemos que ofrecerle la oportunidad de que se seque. Mientras esperamos, podemos salir a cazar. Si capturamos el tipo apropiado de animal, podremos emplear su piel para fabricar un bote que nos permita cruzar el río.

El entrecejo fruncido de Ayla se convirtió lentamente en una sonrisa luminosa, a medida que comprendía el sentido de las palabras de Jondalar y advertía sus implicaciones. En efecto, necesitaban unos días para recobrarse de lo que casi había

sido un desastre y sustituir algunas cosas perdidas.

—Quizá también consigamos cueros suficientes para confeccionar una nueva alforja —dijo—. Después de limpiarlo y quitarle el pelo, el cuero crudo no necesita mucho tiempo para asentarse, no más de lo que se requiere para secar la carne. Se necesita únicamente estirarlo y dejar que se endurezca. —Volvió los ojos hacia el río —. Mira todas esas hayas. Creo que podría fabricar unas buenas estacas con algunas de ellas. Jondalar, tienes razón. Es necesario que nos quedemos aquí unos días. La Madre comprenderá. Y podríamos dejar un poco de carne seca a la gente que vive aquí, para agradecerles la utilización de su campamento… si tenemos suerte en la caza. ¿Qué morada usaremos?

—El Hogar del Mamut. Allí es donde suelen alojarse los visitantes.

—¿Crees que hay un Hogar del Mamut? Es decir, ¿te parece que es un campamento mamutoi? —preguntó Ayla.

—No lo sé. No es una amplia residencia excavada en la tierra, donde viven todos, como en el Campamento del León —dijo Jondalar, mientras observaba el grupo de siete moradas redondas cubiertas con una leve capa de tierra endurecida y arcilla del río. En lugar de una sola casa amplia, para varias familias, como la que ellos habían ocupado durante el invierno, aquí había varias moradas más pequeñas agrupadas, pero el propósito era el mismo. Consistía en un asentamiento, una comunidad de familias más o menos emparentadas.

—No, es como el Campamento del León, donde se celebraba la Reunión de Verano —explicó Ayla al detenerse frente a la entrada de una de las pequeñas residencias, todavía un poco reacia a apartar la gruesa colgadura y entrar en la casa de extraños sin ser invitada, a pesar de las costumbres generalmente aceptadas que se habían afirmado como consecuencia de la necesidad mutua, en beneficio de la supervivencia en períodos de necesidad.

—Algunos de los más jóvenes que asistían a la Reunión de Verano creían que las moradas eran anticuadas —dijo Jondalar—. Les seducía la idea de una vivienda individual sólo para una o dos familias.

—¿Significa que deseaban vivir solos? ¿Una sola vivienda para una o dos familias? ¿En un campamento de invierno? —preguntó Ayla.

—No —contestó Jondalar—. Nadie deseaba vivir solo todo el invierno. Nunca se ve una de estas pequeñas moradas completamente aislada; siempre hay cinco o seis, a veces más. Ésa era la idea. La gente con la cual hablé creía que era más fácil construir una morada más pequeña para una o dos familias nuevas que amontonarse en una vivienda grande hasta que tuviesen que levantar otra. Pero deseaban construir cerca de sus familias y permanecer con sus campamentos, además de participar en las actividades y las comidas con los alimentos que recogían y acumulaban en común para el invierno.

Jondalar apartó el pesado cuero que colgaba de los colmillos unidos que formaban la entrada, se inclinó y pasó al interior. Ayla permaneció detrás,

sosteniendo la colgadura para permitir que entrara un poco de luz.

—¿Qué opinas, Ayla? ¿Parece una morada mamutoi?

—Podría ser. Es difícil decirlo. ¿Recuerdas aquel campamento sungaea donde nos detuvimos de camino a la Reunión de Verano? No era muy distinto de un campamento mamutoi. Sus costumbres quizá fueran algo diferentes, pero en muchos aspectos eran bastante similares a las de los Cazadores de Mamuts. Y Mamut dijo que hasta la ceremonia fúnebre era muy parecida. Creía que antes habían estado emparentados con los mamutoi. Pero yo observé que la forma de sus adornos no era la misma. —Hizo una pausa, tratando de recordar otras diferencias—. Y algunas de sus ropas…, como aquella hermosa manta de lana de mamut y de otros animales que usaron para cubrir a la muchacha que había muerto. También los campamentos mamutoi tienen distintas formas. Nezzie siempre sabía a qué campamento pertenecía alguien por las pequeñas variaciones del estilo y la forma de los dibujos de las túnicas, aunque yo misma no podía distinguir demasiado la diferencia.

Gracias a la luz que se filtraba por la entrada, era fácil ver los principales elementos de apoyo de la construcción. La morada no había sido armada con madera, aunque algunas estacas de haya estaban dispuestas estratégicamente; había sido levantada con huesos de mamut. Los huesos grandes y sólidos de las enormes bestias eran el material de construcción más abundante y fácil de obtener en aquellas estepas que casi no tenían árboles.

La mayor parte de los huesos de mamut utilizados como material de construcción no provenía de animales cazados con ese fin. Se obtenían de animales que habían perecido por causas naturales, y eran recogidos en los lugares donde aquéllos habían caído, en la estepa misma, o con más frecuencia, en los montones donde se habían acumulado hasta ser arrastrados por los ríos desbordados, cuyas aguas los depositaban en ciertos recodos o barreras del río. A menudo se construían refugios invernales permanentes sobre las terrazas fluviales cerca de tales pilas, porque los huesos y los colmillos de mamut eran pesados.

Por regla general se necesitaban varios individuos para levantar un solo hueso, y nadie deseaba llevarlos muy lejos; el peso total de los huesos de mamut utilizados para construir una pequeña morada alcanzaba de mil a mil quinientos kilos o más. Para la construcción de estos refugios no bastaba la actividad de una sola familia, sino un esfuerzo comunitario, dirigido por alguien que poseía saber y experiencia y organizado por quien era capaz de conseguir que otros ayudasen.

El lugar que ellos denominaban campamento era una aldea estable, y las personas que vivían allí no eran perseguidores nómadas de animales trashumantes, sino esencialmente cazadores y recolectores sedentarios. A veces el campamento quedaba desierto durante algún tiempo, en verano, es decir, el período en que los habitantes salían a cazar o a recolectar vegetales, alimentos que eran conservados en pozos cercanos, o a visitar a familiares y amigos de otras aldeas, con el fin de intercambiar noticias y también cosas; pero aun así, se trataba de la sede de un hogar permanente.

—No creo que esto sea un Hogar del Mamut, o como quiera que se llame aquí a estos hogares —dijo Jondalar, mientras dejaba caer la colgadura, que levantó una nube de polvo a su espalda.

Ayla enderezó la figurilla femenina, cuyos pies estaban intencionadamente apenas esbozados, de modo que las piernas presentaban una forma aguzada que había sido hundida en el suelo, para montar guardia frente a la entrada. A continuación siguió a Jondalar, que pasó a la morada siguiente.

—Ésta es probablemente la residencia del jefe o del Mamut, o tal vez de ambos —dijo Jondalar.

Ayla vio que era un poco más amplia y que la figura femenina que estaba delante había sido mejor trabajada, y asintió para indicar que coincidía con él.

—Creo que de un Mamut, si son mamutoi o un pueblo parecido. La jefa y el jefe del Campamento del León tenían moradas que eran más pequeñas que las del Mamut, pero la de éste servía para alojar a los visitantes y también a todos los demás cuando se reunían.

Ambos estaban de pie en la entrada, sosteniendo la colgadura, en espera de que sus ojos se adaptasen a la penumbra del interior. Pero dos lucecillas continuaban refulgiendo. Lobo gruñó y la nariz de Ayla percibió un olor que la inquietó.

—¡No entres, Jondalar! ¡Lobo! ¡Quieto! —ordenó, apoyando la orden con un gesto de la mano.

—¿Qué es, Ayla? —preguntó Jondalar.

—¿No lo hueles? Ahí hay un animal, algo que puede producir un olor fuerte, creo que es un tejón, y si lo asustamos producirá un olor terrible que tarda mucho en disiparse. No podremos usar esta vivienda, y la gente que vive aquí se verá en dificultades para eliminar el olor. Jondalar, si sostienes la colgadura, tal vez salga por propia voluntad. Estos animales cavan madrigueras y no les gusta demasiado la luz, aunque a veces cazan de día.

Lobo inició un gruñido grave y prolongado; era evidente que deseaba arrojarse sobre la fascinante criatura. Pero como la mayor parte de los miembros de la familia de la comadreja, el tejón podía rociar al atacante con el contenido extraordinariamente intenso y acre de sus glándulas anales. Lo que menos deseaba Ayla era tener cerca a un lobo que hediese con ese olor fuerte y almizclado, y no sabía muy bien cuánto tiempo podría retener a Lobo. Si el tejón no salía pronto, quizá tendría que emplear un método más drástico para librar a la morada del animal.

El tejón no veía bien con sus ojillos insignificantes, pero en todo caso éstos se mantenían fijos en la abertura iluminada. Cuando pareció evidente que el tejón no se marcharía, Ayla echó mano de la honda que llevaba sujeta a la cabeza y buscó una piedra en el saco que colgaba de su cintura. Puso una piedra en la honda, apuntó a las dos lucecillas, y con un movimiento rápido y experto para obtener mayor impulso, disparó la piedra. Oyó un golpe seco y las dos lucecillas se apagaron.

—¡Ayla, creo que le has dado! —dijo Jondalar, pero esperaron un momento hasta

asegurarse de que no había movimiento antes de penetrar en la morada.

Cuando entraron, miraron desconcertados. El animal, bastante grande, unos noventa centímetros desde la punta del hocico al extremo de la cola, estaba tendido en el suelo con una herida en la cabeza, pero era evidente que había pasado algún tiempo en la morada, explorando y destruyendo todo cuanto pudo hallar. ¡El lugar era un desastre! El suelo de tierra apisonada había sido arañado y excavado, y en algunos lugares aparecían los excrementos del animal. Dos esteras que antes cubrían el piso estaban desgarradas, lo mismo que varios recipientes tejidos. Los cueros y las pieles extendidos sobre las plataformas altas, utilizados como lechos, estaban masticados y desgarrados, y por doquier aparecía desparramado el relleno de plumas, lana o hierbas de las camas. Hasta había desaparecido una parte de la compacta pared; el tejón había perforado su propia entrada.

—¡Mira esto! No me gustaría volver y encontrar algo parecido —dijo Ayla.

—Es siempre el riesgo que se corre cuando se deja deshabitado un lugar. La Madre no protege una morada de Sus restantes criaturas. Sus hijos deben apelar directamente al espíritu animal y arreglárselas por su cuenta con los animales de este mundo —dijo Jondalar—. Quizá podamos limpiar un poco esta vivienda, aunque no logremos reparar todo el daño.

—Voy a desollar este tejón; dejaré aquí la piel y así sabrán qué fue lo que provocó todo esto. En todo caso, el cuero les servirá —confirmó Ayla, cogiendo por la cola al animal para llevarlo fuera.

Con mejor luz, pudo ver el lomo gris con su pelo duro, las partes inferiores más oscuras, y la peculiar cara de rayas negras y blancas, y comprobó que, en efecto, se trataba de un tejón. Lo desolló con un afilado cuchillo de pedernal y lo dejó sangrar. Después, regresó a la vivienda y se detuvo un momento antes de ir a inspeccionar el resto de las habitaciones abovedadas. Trató de imaginar cómo serían estando habitadas y experimentó un intenso sentimiento de pesar porque no lo estaban. Un ser humano podía sentirse muy solo sin la presencia de otras personas. De pronto, se sintió muy agradecida a Jondalar y, durante unos instantes, pensó que la desbordaba el amor que sentía por él.

Buscó el amuleto que colgaba de su cuello, palpó los objetos reconfortantes guardados en el saco de cuero y pensó en su tótem. No evocaba del mismo modo que antes al espíritu protector de su Caverna del León. Era un espíritu del clan, aunque Mamut le había dicho que su tótem siempre la acompañaría. Jondalar se refería constantemente a la Gran Madre Tierra cuando hablaba del mundo de los espíritus, y ahora Ayla pensaba más en la Madre, después de las enseñanzas que había recibido de Mamut; pero siempre pensaba que era su León de la Caverna quien le había traído a Jondalar y se sentía impulsada a comunicarse con su espíritu totémico.

Utilizando el antiguo lenguaje sagrado de los signos manuales que se empleaba para invocar al mundo de los espíritus, así como para comunicarse con otros clanes, cuyas sintéticas palabras cotidianas habladas y los signos manuales más comunes

eran distintos, Ayla cerró los ojos y dirigió sus pensamientos a su tótem.

«Gran Espíritu del León de la Caverna», dijo con gestos, «esta mujer se siente agradecida porque ha sido considerada digna de tu gracia; agradecida de haber sido elegida por el poderoso León de la Caverna. El Mog-Ur siempre dijo a esta mujer que era difícil convivir con un espíritu poderoso, pero que siempre valía la pena. El Mog-Ur acertó. Aunque las pruebas a veces han sido difíciles, los dones han estado a la altura de las dificultades. Esta mujer se siente muy agradecida por los dones, los dones del saber y la comprensión. Esta mujer también se siente agradecida por el hombre que el gran Espíritu totémico le permitió encontrar, y que está llevando a esta mujer de regreso a su hogar. El hombre no conoce los Espíritus del clan, y no comprende del todo que también él fue elegido por el Espíritu del Gran León de la Caverna, pero esta mujer se siente agradecida porque también a él se le consideró digno de tu gracia».

Se disponía a abrir los ojos, cuando de pronto concibió otro pensamiento.

«Gran Espíritu del León de la Caverna», continuó, mentalmente y con el lenguaje mudo, «el Mog-Ur dijo a esta mujer que los espíritus totémicos siempre quieren un hogar, un lugar al cual retornar, donde son bienvenidos y desean permanecer. Este viaje concluirá, pero el pueblo del hombre no conoce a los espíritus de los tótems del clan. El nuevo hogar de esta mujer no será el mismo, pero el hombre honra al espíritu animal de cada uno, y el pueblo del hombre debe conocer y honrar al Espíritu del León de la Caverna. Esta mujer diría que el Gran Espíritu del León de la Caverna siempre será bienvenido y siempre tendrá un lugar dondequiera se dé la bienvenida a esta mujer».

Cuando Ayla abrió los ojos, vio que Jondalar la miraba.

—Parecías… ocupada —dijo—. No quise molestarte.

—Estaba… pensando en mi tótem, mi León de la Caverna —dijo Ayla—, y en tu hogar. Ojalá sea… un lugar cómodo.

—Los espíritus animales se sienten cómodos cerca de Doni. La Gran Madre Tierra los creó y dio nacimiento a todos. Las leyendas hablan de eso —explicó él.

—¿Leyendas? ¿Historias acerca de los tiempos antiguos?

—Supongo que podría decirse que eran historias, pero se las llamaba de un modo especial.

—También había leyendas del clan. Me encantaba cuando Dorv las narraba. Mog-Ur puso a mi hijo el nombre de una de mis favoritas: «La leyenda de Durc» —dijo Ayla.

Jondalar se sintió algo sorprendido y no pudo reprimir un cierto grado de incredulidad ante la idea de que el pueblo del clan, tan atrasado, pudiera tener leyendas e historias. Para él era difícil superar ciertas ideas arraigadas que le habían inculcado desde la infancia, pero, en todo caso, ya había comprobado que aquella gente era mucho más compleja de lo que él hubiera creído posible; entonces, ¿por qué no podían tener leyendas e historias?

—¿Conoces algunas leyendas de la Madre Tierra? —preguntó Ayla.

—Bien, creo que recuerdo un fragmento de una de ellas. Las narran de modo que sea más fácil recordarlas, pero sólo los zelandonii especiales las conocen todas.

Hizo una pausa para recordar, y después inició una suerte de canturreo:

Las aguas de su parto afluyeron, llenando ríos y mares.
Después inundaron la Tierra y nacieron los árboles.
De cada gota caída, crecieron hojas y pastos nuevos.
Hasta que las verdes plantas que brotaban ocuparon toda la superficie de la Tierra.

Ayla sonrió.

—¡Qué maravilloso, Jondalar! Cuenta la historia con un grato sentimiento y palabras sonoras, algo que se asemeja a los ritmos de las canciones mamutoi. Seguramente es muy fácil recordarla.

—Suele cantarse a menudo. Distintas personas entonan a veces canciones diferentes para decir lo mismo, pero las palabras en general son casi siempre iguales. Algunas personas pueden cantar la historia entera, con todas las leyendas.

—¿Sabes otras?

—Algunas. Las he escuchado todas y generalmente conozco la historia, pero los versos son muchos y hay que esforzarse para recordarlos. La primera parte se refiere a Doni y su soledad, y al nacimiento del sol, es decir, Bali, «la gran alegría de la Madre, un niño inteligente y hermoso», y después las historias relatan cómo Ella lo pierde y de nuevo está sola. La luna es su Amante, Lumi, pero Ella también lo creó. Esa historia es más bien la leyenda de una mujer; se refiere a los períodos lunares y a su transformación en mujer. Hay otras leyendas en que Ella da a luz a todos los espíritus animales, y al espíritu mujer y hombre, a todos los Hijos de la Tierra.

En ese momento, Lobo ladró, un ladrido de cachorro que reclama atención y que había comprobado que le permitía alcanzar su objetivo; y eso le indujo a continuar con aullidos que ya no eran de cachorro. Ambos miraron hacia donde estaba Lobo; entonces comprendieron la causa de su excitación. Abajo, en la planicie aluvial del ancho río, con sus escasos árboles, un pequeño rebaño de uros se desplazaba lentamente. El ganado salvaje estaba formado por animales enormes, con macizos cuernos y pelaje desordenado, la mayor parte de un color rojizo intenso, casi negro. No obstante, en el rebaño había unos pocos que mostraban grandes manchas blancas, principalmente alrededor de la cara y los cuartos delanteros. Se trataba de leves aberraciones genéticas que aparecían ocasionalmente, sobre todo en los uros.

Casi en el mismo instante, Ayla y Jondalar se miraron, y ambos asintieron y llamaron a sus caballos. Retiraron deprisa los canastos, que depositaron en el interior de la morada, y después de coger los lanzavenablos y las lanzas, montaron y enfilaron hacia el río. Cuando se aproximaron al rebaño que pastaba, Jondalar se detuvo para

estudiar la situación y decidir cuál sería el mejor método. Ayla imitó el ejemplo y se detuvo a su vez. Ella conocía a los animales carnívoros, en especial a los más pequeños, si bien los animales de las proporciones del lince y la hiena de las cavernas, poderosa y corpulenta, habían sido algunas de sus presas, y un león había vivido antaño con ella, y ahora tenía un lobo; pero no estaba tan familiarizada con los animales que pastaban y ramoneaban, y a los que normalmente se daba caza para obtener alimento. Aunque había ideado sus propios métodos para cazarlos cuando vivía sola, Jondalar había crecido persiguiéndolos y tenía mayor experiencia.

Quizá porque había tratado de comunicarse con su tótem y con el mundo de los espíritus, Ayla se encontraba en una extraña disposición mental mientras contemplaba el rebaño. Casi parecía excesiva coincidencia que, precisamente cuando habían decidido que la Madre no se opondría si ellos permanecían allí algunos días para reparar sus pérdidas y cazar un animal que les suministrase un cuero resistente y mucha carne, de pronto apareciera un rebaño de uros. Ayla pensó si no sería un signo de la Madre o quizá del tótem que la protegía, y que tal vez fuesen ellos quienes habían llevado el rebaño hasta allí.

Sin embargo, no era un episodio infrecuente. A lo largo del año, y sobre todo durante las estaciones más cálidas, diferentes animales, en rebaño o individualmente, emigraban atravesando los bosques y los abundantes pastizales de los grandes valles fluviales. En muchos parajes distribuidos a lo largo de un río importante, era usual ver un tipo u otro de animales que hacían a menudo acto de presencia, y en ciertas estaciones había nutridos desfiles que se sucedían día tras día. Esta vez era un rebaño de ganado salvaje, exactamente el tipo de animal que podía satisfacer las necesidades de Jondalar y Ayla, aunque había otras especies que también hubieran sido útiles.

—Ayla, ¿ves aquella hembra corpulenta? —preguntó Jondalar—. ¿La que tiene la mancha blanca en la cara y en la paletilla izquierda?

—Sí —dijo la joven.

—Creo que deberíamos probar con ella —propuso Jondalar—. Ya es completamente adulta, pero, por el tamaño de los cuernos, no parece demasiado vieja, y se ha apartado del resto.

Ayla experimentó un escalofrío de reconocimiento. Ahora estaba convencida de que era un signo. ¡Jondalar había elegido al animal que se distinguía de los demás! El que tenía las manchas blancas. Cada vez que ella había afrontado situaciones difíciles en su vida, y después de pensarlo mucho, finalmente había razonado, o racionalizado, para llegar a una decisión, su tótem le había confirmado que era la actitud apropiada mediante un signo, un objeto desusado de cualquier género. Cuando era niña, Creb le había explicado tales signos y le había dicho que los conservase para propiciar la buena suerte. La mayor parte de los pequeños objetos que llevaba en el saquito decorado colgado del cuello eran signos de su tótem. La súbita aparición del rebaño de uros, después de haber optado por quedarse en el lugar, y la decisión de Jondalar en el sentido de cazar al animal diferente, parecían extrañamente afines a los signos

de un tótem.

Aunque la decisión de permanecer en aquel campamento no había sido personal ni dolorosa, era importante y les había obligado a reflexionar seriamente. Era el hogar invernal permanente de un grupo de personas que habían invocado el poder de la Madre para defender el lugar mientras ellos estaban ausentes. Si bien las necesidades de la supervivencia permitían, en efecto, que un extraño que pasara lo utilizara en caso de necesidad, tenía que haber una razón legítima. Nadie atraía a la ligera sobre su cabeza la posible cólera de la Madre.

La tierra estaba abundantemente poblada de criaturas vivas. En sus viajes, Ayla y Jondalar habían visto incontable número de animales muy variados, pero pocas personas. En un mundo tan desprovisto de vida humana, reconfortaba la idea de que un reino invisible de los espíritus supiera de la existencia de los humanos, se ocupara de sus actos y quizá dirigiera sus pasos. Incluso un espíritu severo u hostil que se interesaba lo suficiente como para exigir ciertos actos de desagravio era mejor que la cruel indiferencia de un mundo duro e indiferente, en que la vida de cada uno dependía exclusivamente de sí mismo, y no era posible acudir a nadie en momentos de necesidad, ni tampoco apelar a otro ni siquiera con el pensamiento.

Ayla había llegado a la conclusión de que si la caza tenía éxito, significaba que podían usar el campamento, pero si fracasaban, tendrían que irse. Les había sido revelado el signo, aquel animal poco común, y para merecer la buena suerte debían conservar una parte de él. Si no podían hacerlo, si el intento fracasaba, el hecho presagiaría mala suerte, sería un signo de que la Madre no deseaba que permanecieran allí y de que deberían marcharse inmediatamente. La joven se preguntó cuál sería el desenlace.

Capítulo 9

Jondalar observó la distribución de los uros a lo largo del río. Los animales estaban dispersos entre la base de la colina y el borde del agua; ocupaban diferentes pastizales pequeños de abundante hierba verde, que aparecían mezclados con arbustos y árboles. La hembra manchada estaba en un pequeño prado, con un denso bosquecillo de hayas y plantas de aliso en un extremo, separada del resto del rebaño. El matorral continuaba a lo largo de la falda de la colina y dejaba paso a grupos de juncos y cañas de hojas ahusadas en los terrenos bajos y húmedos del extremo opuesto, los cuales, a su vez, conducían a una entrada pantanosa cubierta de altos juncos y espadañas.

Jondalar se volvió hacia Ayla y señaló el pantano.

—Si cabalgas a lo largo del río y dejas atrás esos juncos y espadañas, y yo me acerco a través de la abertura que hay en los arbustos de aliso, la acosaremos entre los dos y podremos atraparla.

Ayla analizó la situación y asintió. Después, desmontó.

—Quiero preparar mi lanzador antes de que empecemos —dijo, y aseguró la larga funda de cuero crudo de forma tubular a las tiras que se unían con la manta de montar de suave piel de ciervo. En la funda de cuero duro había varias lanzas cuidadosamente fabricadas, con puntas de hueso redondas y finas, talladas y pulidas para darles filo y divididas en la base, con el fin de asegurarlas a las largas astas de madera. Cada lanza tenía dos plumas rectas en la base y se les había practicado una muesca en el mango.

Mientras Ayla aseguraba su funda, Jondalar extrajo una lanza del carcaj que llevaba a la espalda, sujeto por una cuerda pasada por un hombro. Siempre llevaba el carcaj cuando cazaba a pie y estaba acostumbrado a él; aunque cuando viajaba caminando sobre sus piernas y usaba un saco que cargaba sobre la espalda, mantenía las lanzas en un recipiente especial, a un costado. Colocó la lanza en su lanzavenablos para tenerla pronta.

Jondalar había inventado el lanzador durante el verano en que vivió con Ayla en su valle. Era una innovación original y trascendente, una creación fruto del talento que provenía de su aptitud técnica natural y de cierto sentido intuitivo de los principios físicos que serían definidos y codificados centenares de siglos más tarde. Aunque la idea era ingeniosa, el lanzador en sí era aparentemente sencillo.

Formado por una sola pieza de madera, tenía una longitud aproximada de cuarenta y cinco centímetros y unos cuatro centímetros de ancho, estrechándose hacia el extremo delantero. Estaba hecho para ser sostenido horizontalmente y tenía una ranura en el centro, en la cual descansaba la lanza. Una sencilla curva tallada en el extremo posterior del lanzador coincidía con la muesca en el mango de la lanza; esta curva actuaba como freno y ayudaba a sostener la lanza en su lugar cuando ésta era arrojada, lo cual contribuía a la precisión del arma. Cerca del extremo delantero, el lanzador llevaba adheridas dos presillas de cuero suave de becerro, una a cada lado.

Para usar el artefacto, se depositaba la lanza sobre el lanzador, con el mango apoyado en la depresión posterior. Los dos primeros dedos pasaban por las presillas de cuero, en la parte delantera del lanzador, que llegaba hasta un punto situado un poco antes del centro de la lanza, mucho más larga, con un buen equilibrio y que mantenía la lanza en su sitio. Pero una función mucho más importante entraba en juego cuando se disparaba la lanza. Al sostener con firmeza el frente del lanzador mientras se arrojaba la lanza, el extremo posterior se elevaba, y esto, al hacer las veces de una prolongación del brazo, aumentaba la longitud. El aumento de la longitud incrementaba la fuerza y el impulso, con lo cual se ampliaba la potencia y la distancia de vuelo de la lanza.

Arrojar la lanza con un lanzador era semejante a arrojarla con la mano; la diferencia estaba en los resultados. Con el lanzador, el largo eje de punta aguzada podía recorrer doble camino que una lanza arrojada con la mano, y se multiplicaba la fuerza.

La invención de Jondalar potenciaba la ventaja mecánica para transmitir y aumentar la fuerza de la potencia muscular, pero no era el primer instrumento que aprovechaba estos principios. Su pueblo poseía una tradición de invención creadora y había utilizado de otros modos ideas análogas. Por ejemplo, un pedazo afilado de pedernal sostenido con la mano era una eficaz herramienta de corte, pero al agregarle un mango, el usuario aumentaba extraordinariamente la fuerza y el control de la misma. La idea, en apariencia sencilla, de aplicar mangos a las cosas —cuchillos, hachas, azuelas y otras herramientas para tallar, cortar y perforar, y un mango más largo para las palas y los rastrillos, e incluso una forma de mango separable para arrojar una lanza multiplicaba muchas veces la eficacia—. No era simplemente una idea sencilla, también era una invención importante que facilitaba el trabajo y aumentaba la probabilidad de supervivencia.

Aunque los antepasados habían desarrollado y mejorado lentamente distintos instrumentos y herramientas, la gente como Jondalar y Ayla fueron los primeros que imaginaron e innovaron hasta un nivel tan notable. Tenían facilidad para la abstracción. Eran capaces de concebir una idea y planear el modo de realizarla. Partiendo de objetos sencillos basados en principios avanzados que ellos comprendían intuitivamente, sacaban conclusiones y las aplicaban en otras circunstancias. Hacían más que inventar herramientas utilizables, inventaban ciencia. Y a partir del mismo venero de capacidad creadora, merced a su capacidad de abstracción, fueron los primeros en ver de modo simbólico el mundo que les rodeaba, para extraer su esencia y reproducirla; es decir, crearon arte.

Cuando Ayla terminó de asegurar su portalanzas, volvió a montar. Entonces, al ver que Jondalar tenía preparada una lanza, ella también aplicó la suya a su lanzador, y sosteniéndola con soltura y cuidado, partió en la dirección que él había indicado. El ganado salvaje se desplazaba lentamente a lo largo del río, pastando a su paso, y la hembra que ellos habían elegido ya estaba en un lugar distinto y no aislada como

antes. Un becerro y otra hembra se le aproximaban. Ayla siguió el curso del río, guiando a Whinney con las rodillas, los músculos y los movimientos del cuerpo. Mientras se acercaba a la pieza elegida, vio que el hombre alto montado en su caballo cruzaba el prado verde aproximándose a través del claro en el matorral. Los tres uros estaban entre los dos.

Jondalar alzó el brazo que sostenía la lanza, con la esperanza de que Ayla interpretara que era la señal de que debía esperar. Quizá hubiera debido estudiar mejor la estrategia antes de separarse, pero era difícil planear con exactitud la táctica que se iba a emplear en la caza. Esto dependía en gran parte de la situación que encontraran y de las reacciones de la presa. Los dos animales que ahora se habían agregado y pastaban cerca de la hembra de manchas blancas representaban otra complicación, pero no era necesario apresurarse. Los animales no parecían alarmados por la presencia de los humanos y Jondalar deseaba trazar un plan antes de lanzarse al ataque.

De pronto, las hembras alzaron la cabeza, y su tranquila indiferencia se convirtió en inquietud ansiosa. Jondalar miró más allá de los animales y sintió una oleada de irritación que se convirtió en verdadera cólera. Lobo había llegado y avanzaba hacia los animales con la lengua colgando, con lo que su aspecto resultaba al mismo tiempo amenazador y juguetón. Ayla todavía no lo había visto, y Jondalar tuvo que contener el impulso de gritarle y decirle que apartase al lobo. Pero un grito asustaría cuando menos a las hembras, y probablemente las impulsaría a correr. En cambio, cuando un gesto de su brazo atrajo la mirada de Ayla, Jondalar señaló al lobo con su lanza.

Entonces, Ayla vio a Lobo, pero por los movimientos de Jondalar no sabía muy bien qué era lo que quería, y trató de responderle con gestos de la lengua del clan, pidiéndole que se explicase. Aunque comprendía esencialmente la lengua del clan, Jondalar no pensaba en los gestos como un idioma en ese preciso momento, y no identificó los signos de Ayla. Concentraba la atención en la manera de salvar una situación que se deterioraba. Las hembras habían comenzado a mugir, y el becerro, que notó el temor de los dos animales, comenzó a berrear. Todos parecían preparados para huir. Lo que había comenzado como una combinación casi perfecta para realizar una cacería fácil, se estaba convirtiendo rápidamente en un esfuerzo inútil.

Antes de que las cosas empeoraran, Jondalar espoleó a Corredor, y en el mismo instante la hembra de un solo color dio un brinco y comenzó a huir del caballo y el jinete que se acercaban, en dirección a los árboles y el matorral. El becerro que berreaba la siguió. Ayla esperó únicamente el tiempo necesario para saber a qué animal perseguía Jondalar, y después también ella se alejó en pos de la hembra manchada. Los dos estaban confluyendo sobre el uro que aún seguía en el prado, mirándolos y mugiendo nerviosamente, cuando el animal, de pronto, echó a correr dirigiéndose al pantano. La persiguieron, pero cuando ya se cerraban sobre ella, la hembra dio media vuelta, para pasar veloz entre los dos caballos en busca de los árboles, en el extremo opuesto del prado.

Ayla desplazó el peso de su cuerpo y Whinney cambió en el acto de dirección. La yegua estaba acostumbrada a los cambios rápidos. Ayla había cazado antes a caballo, aunque generalmente había perseguido animales pequeños a los que derribaba con su honda. Jondalar tenía mayores dificultades. La rienda no transmitía las órdenes con tanta rapidez como la variación del peso del cuerpo, y el hombre y su joven corcel tenían mucha menor experiencia en cacerías conjuntas; pero tras alguna vacilación inicial, ya estaban persiguiendo también al uro de manchas blancas.

La hembra enfilaba veloz hacia el bosquecillo y los espesos matorrales que crecían al frente. Si llegaba allí, sería difícil seguirla, y era muy posible que escapase. Ayla montada en Whinney, y detrás, Jondalar y Corredor estaban acortando la distancia, pero todos los animales herbívoros dependían de la velocidad para escapar de los depredadores, y los bovinos salvajes solían ser casi tan veloces como los caballos cuando se veían acosados.

Jondalar animó a Corredor y el caballo respondió con un supremo esfuerzo. Tratando de estabilizar su lanza para dirigirla contra el animal que huía, Jondalar alcanzó a Ayla, y después se adelantó, pero la yegua, obediente a una señal sutil de la mujer, mantuvo el mismo ritmo. Ayla tenía también preparada su lanza, pero incluso al galope ella cabalgaba con una gracia desenvuelta y natural que era el resultado de la práctica y de su entrenamiento inicial de los caballos, que había sido espontáneo. Ayla sentía que muchas de las señales que transmitía al caballo eran más una prolongación de su pensamiento que una orden propiamente dicha. Le bastaba pensar cómo y dónde deseaba que fuese la yegua, y Whinney obedecía. Se comprendían tan íntimamente, que Ayla apenas advertía que los sutiles movimientos de su cuerpo habían acompañado al pensamiento, que transmitía una señal al animal sensible e inteligente.

Cuando Ayla estaba preparando su lanza, de pronto Lobo apareció corriendo al costado de la hembra que huía. El uro prestó atención al depredador más conocido y se desvió hacia un lado, aminorando la carrera. Lobo saltó sobre el enorme uro, y la gran hembra manchada se volvió para rechazar con sus largos y afilados cuernos al cuadrúpedo depredador. El lobo cayó, volvió a incorporarse y, tratando de encontrar un lugar vulnerable, se aferró al hocico blando y espeso con los dientes afilados de sus fuertes mandíbulas. La enorme hembra mugió, alzó la cabeza, levantó del suelo a Lobo y lo sacudió, en un esfuerzo por librarse de la causa de su sufrimiento. Bailoteando como un saco de piel, el aguerrido y joven animal se mantuvo aferrado.

Jondalar había advertido enseguida el cambio de velocidad y estaba preparado para aprovecharlo. Corrió al galope hacia los animales, y así, desde cerca, arrojó con tremenda fuerza su lanza. La afilada punta de hueso penetró en el costado del uro y se deslizó entre las costillas para alcanzar órganos internos vitales. Ayla estaba detrás de Jondalar y su lanza encontró el blanco un momento después, entrando en un ángulo que estaba detrás de las costillas, en el lado opuesto, y penetró profundamente. Lobo continuó aferrado al hocico de la hembra hasta que ésta cayó al suelo. Con el peso del

corpulento lobo arrastrándola, se desplomó de costado, quebrando la lanza de Jondalar.

—Pero nos ayudó —dijo Ayla—. Detuvo a la hembra antes de que llegase a los árboles.

El hombre y la mujer se esforzaron por mover al enorme uro, con el propósito de dejar al descubierto el costado; hacían lo posible por evitar la sangre espesa que se había acumulado bajo el corte profundo que Jondalar había practicado en el cuello del animal.

—Si no hubiese empezado a perseguirla en ese momento, nuestra hembra probablemente no habría echado a correr hasta que hubiéramos estado casi encima de ella. Habría sido una presa fácil —se quejó Jondalar. Recogió el asta de su lanza rota y luego la arrojó de nuevo, pensando que habría podido conservarla si Lobo no hubiese derribado a la hembra sobre el arma. Se necesitaba mucho trabajo para obtener una buena lanza.

—No puedes estar seguro de eso. Nuestra hembra nos esquivó con mucha rapidez, y además era buena corredora.

—Todos esos uros apenas nos miraron, hasta que apareció Lobo. Traté de decirte que le llamases, pero no quería gritar y asustarlos.

—No sabía lo que deseabas. ¿Por qué no me lo dijiste con los signos del clan? Estuve preguntándote, pero no me prestaste atención —dijo Ayla.

«¿Los signos del clan?», pensó Jondalar. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que ella estuviera usando la lengua del clan. Podía ser un modo eficaz de emitir señales. Después, meneó la cabeza.

—Dudo que eso hubiera servido de mucho —dijo—. Lobo probablemente no se habría detenido aunque intentaras llamarle.

—Tal vez no; pero creo que Lobo podría aprender a ayudarnos. Ya me ayuda a espantar animales pequeños. Bebé aprendió a cazar conmigo. Y era un buen compañero de cacería. Si un león de las cavernas puede aprender a cazar con la gente, Lobo también podría —sentenció Ayla, adoptando una actitud protectora respecto al animal. Después de todo, habían abatido al uro y Lobo había colaborado.

Jondalar pensó que la opinión de Ayla acerca de las habilidades que un lobo podía asimilar no se ajustaba a la realidad, pero no tenía sentido discutir con ella. Trataba al animal como si fuera un niño, como en efecto lo era, y la discusión sólo conseguiría que lo defendiese aún más.

—Bien; será mejor que destripemos a esta hembra antes de que empiece a hincharse. Y habrá que desollarla aquí mismo y descuartizarla para poder llevar la carne al campamento —dijo Jondalar, y entonces advirtió que había otro problema—. ¿Qué vamos a hacer con el lobo?

—¿Qué sucede con Lobo? —preguntó Ayla.

—Si despedazamos al uro y llevamos una parte al campamento, él podrá comerse la carne que dejamos aquí —manifestó el hombre, cada vez más irritado—, y cuando regresemos para buscar más carne, él podrá hacer lo mismo con la que dejemos en el campamento. Uno de nosotros tendrá que permanecer aquí para vigilar, y el otro tendrá que estar allí. En ese caso, ¿cómo trasladamos la carne? Tendremos que armar aquí la tienda para secar la carne, en lugar de utilizar la morada del campamento, ¡y todo por culpa de Lobo!

Estaba exasperado por los problemas que, según él, provocaba el lobo y no pensaba con claridad.

Su actitud irritó a Ayla. Quizá Lobo se echara sobre la carne si ella no estaba, pero no se acercaría mientras Ayla le acompañase. Se ocuparía de que Lobo permaneciese con ella. No era un problema tan grave. ¿Por qué Jondalar se encarnizaba con Lobo? Se disponía a replicarle, pero cambió de idea y silbó para llamar a Whinney. Con un movimiento ágil, montó y después se volvió hacia Jondalar.

—No te preocupes. Yo llevaré el uro hasta el campamento —dijo mientras se alejaba y ordenaba a Lobo que la acompañase.

Fue hasta la vivienda, descendió de un salto y entró deprisa. De momento salió con un hacha de piedra de mango corto, que Jondalar le había fabricado. Volvió a montar y exhortó a Whinney a que se dirigiera hacia el bosque de hayas.

Jondalar la vio llegar y acercarse al bosque después de desmontar, y se preguntó qué pensaría hacer. Él había comenzado a cortar el vientre para retirar los intestinos y el estómago de la hembra, pero, mientras trabajaba, era presa de sentimientos contradictorios. Pensaba que su inquietud con respecto al joven lobo era lógica, pero lamentaba haber hablado del asunto con Ayla. Sabía lo que ella sentía por el animal. Las quejas de Jondalar no cambiarían nada, y él tenía que reconocer que las enseñanzas de Ayla habían logrado mucho más de lo que él hubiera creído posible.

Cuando oyó que ella estaba cortando madera, de pronto comprendió lo que se proponía hacer, y se encaminó hacia el bosque. Vio a Ayla ocupada en asestar fieros hachazos a una alta y erguida haya que crecía en el centro del bosquecillo. La joven descargaba su cólera a medida que trabajaba.

Se decía que Lobo no era tan malo como creía Jondalar. Era posible que hubiera asustado a los uros, pero después les ayudó. Hizo una pausa momentánea, para cobrar aliento, y frunció el ceño. Si no hubieran atrapado al uro, ¿significaría eso que no eran bienvenidos? ¿Que el espíritu de la Madre no deseaba que permaneciesen en el campamento? Si Lobo hubiese echado a perder la caza, ahora ella no estaría pensando en el modo de trasladar los restos, sino alejándose de allí. Pero si estaban destinados a permanecer en aquel sitio, él no podría haber estropeado la caza, ¿verdad? Volvió a su tarea de golpear el árbol con el hacha. La cosa era excesivamente complicada. Habían capturado a la hembra manchada, incluso con la interferencia —y la ayuda de Lobo—, de modo que era justo usar la vivienda. Quizá,

pensó, después de todo les había guiado hacia aquel lugar.

De pronto apareció Jondalar, quien trató de quitarle el hacha.

—¿Por qué no buscas otro árbol y me permites que termine yo con éste? —inquirió.

Aunque ya no estaba tan irritada, Ayla rechazó la ayuda que él le ofrecía.

—Ya te he dicho que llevaría este animal al campamento. Puedo hacerlo sin tu ayuda.

—Sé que puedes, del mismo modo que me llevaste a tu caverna en el valle. Pero si trabajamos los dos, conseguiremos con mayor rapidez tus estacas nuevas —dijo Jondalar, y después agregó—: Y sí, debo reconocer que tienes razón. Lobo nos ayudó.

Ella se detuvo en mitad de un hachazo y le miró. El entrecejo fruncido de Jondalar revelaba su sincera preocupación y sus expresivos ojos azules reflejaban una mezcla de sentimientos. Aunque ella no entendía las prevenciones de Jondalar acerca de Lobo, el intenso amor que él sentía por Ayla también se manifestaba en sus ojos. Ella se sintió atraída por esos ojos, por el magnetismo masculino de su proximidad, por la fascinación que él mismo no advertía del todo o cuya intensidad desconocía, y sintió que su resistencia se iba desvaneciendo.

—Bueno; tú también tienes razón —dijo Ayla, sintiéndose un tanto contrita—. Él asustó a los animales antes de que estuviéramos preparados, y habría echado a perder la cacería.

La tensión desapareció del rostro de Jondalar y sonrió aliviado.

—De modo que ambos tenemos razón —dijo. Ayla le sonrió; un instante después se abrazaban y la boca de Jondalar encontró la de Ayla. Se mantuvieron unidos, aliviados porque la discusión había terminado y deseosos de acortar con la proximidad física la distancia que los separaba.

Cuando dejaron de expresar su sentimiento de ferviente alivio, pero todavía abrazados, Ayla dijo:

—Sí, creo que Lobo podría ayudarnos a cazar. Solamente tenemos que enseñarle.

—No lo sé; quizá. De todas formas, puesto que viaja con nosotros, creo que deberías enseñarle todo lo que pueda aprender. A lo mejor consigues enseñarle a que no interfiera cuando estemos cazando —dijo Jondalar.

—Tú también deberías ayudar; de ese modo prestará atención a los dos.

—Dudo que me preste atención —repuso Jondalar, aunque al ver que ella se preparaba a discrepar, agregó—: Pero si lo deseas, lo intentaré. —Tomó el hacha de piedra de las manos de Ayla y decidió exponer una idea que ella misma había formulado—. Dijiste algo del uso de los signos del clan cuando no queramos gritar. Eso podría ser útil.

Ayla sonreía mientras se alejaba en busca de otro árbol de la forma y el tamaño apropiados.

Jondalar examinó el árbol en el que ella había estado trabajando para comprobar

cuántos golpes más necesitaba para cortarlo. Era difícil talar un árbol duro con un hacha de piedra. El quebradizo pedernal de la cabeza del hacha era bastante grueso, pero para impedir que se quebrase fácilmente con el golpe, había que manejarla con tiento y los hachazos no podían ser muy profundos. El árbol, pues, parecía mordisqueado más que astillado. Ayla escuchó el ruido rítmico de la piedra que cortaba la madera, sin dejar por ello de examinar con atención los árboles del bosquecillo. Cuando descubrió uno apropiado, marcó la corteza y buscó después un tercero.

Una vez cortados los árboles necesarios, los transportaron hasta el claro y utilizaron cuchillos y el hacha para despojarlos de las ramas, alineándolos luego en el suelo. Ayla calculó el tamaño y marcó los troncos; después los cortaron todos de modo que tuviesen la misma longitud. Mientras Jondalar retiraba los órganos internos del uro, ella regresó a la vivienda en busca de cuerdas y un artefacto que había confeccionado con tiras de cuero y correas anudadas y entretejidas. Cogió también una de las esteras rotas, y a continuación llamó a Whinney y le ajustó el arnés especial.

Utilizó dos de las largas estacas —la tercera era necesaria únicamente en el trípode que usaban para mantener el alimento fuera del alcance de los depredadores que siempre merodeaban— para unir los extremos más estrechos al arnés que había aplicado a la yegua, y los pasó sobre la cruz. Los extremos más pesados arrastraban por el suelo, uno a cada lado de la yegua. Aseguraron con varias cuerdas la estera de hierba sobre las pértigas bien separadas de las angarillas, cerca del suelo, y añadieron más cuerdas para atar y sujetar al uro lo mejor posible.

Al contemplar las proporciones de la enorme hembra, Ayla comenzó a preguntarse si no sería un peso excesivo para el fuerte caballo de la estepa. El hombre y la mujer se esforzaron para depositar el uro sobre las angarillas. La estera representaba tan sólo un soporte mínimo; por eso ataron al animal directamente a las pértigas, de modo que no arrastrara por el suelo. Después de los esfuerzos realizados, Ayla se sintió incluso más preocupada que antes por la posibilidad de que la carga fuese excesiva para Whinney, y casi cambió de idea. Jondalar ya había retirado el estómago, los intestinos y otros órganos; tal vez debieran desollarlo allí mismo y cortarlo en trozos que pudieran manipularse mejor. Ayla no sentía ya la necesidad de demostrar a Jondalar que podía llevar sola la presa al campamento, pero como el animal ya estaba colocado sobre las angarillas, decidió que Whinney lo intentase.

Si Ayla se sorprendió cuando el caballo comenzó a tirar de la pesada carga sobre el suelo irregular, el asombro de Jondalar fue todavía mayor. El uro era más grande y más pesado que Whinney, y exigía esfuerzo, pero como sólo arrastraba de dos puntos y la mayor parte del peso sostenido por las pértigas descansaba en el suelo, la carga era manejable. La pendiente fue más difícil, pero el robusto caballo de las estepas superó la prueba. Sobre el suelo desigual de una superficie natural, las angarillas eran con mucho el medio más eficaz para transportar cargas.

El artefacto era invención de Ayla y el resultado de la necesidad, la oportunidad y cierta visión intuitiva. Cuando vivía sola y nadie la ayudaba, a menudo había afrontado la necesidad de mover cosas que eran demasiado pesadas y que ella no podía transportar o arrastrar —por ejemplo, un animal adulto entero— y generalmente tenía que dividirlo en trozos más pequeños; después debía pensar en el modo de proteger de los depredadores lo que quedaba atrás. Su único recurso era la yegua que ella había criado y la posibilidad de utilizar la fuerza de un caballo para ayudarse. Mas su especial ventaja era un cerebro que sabía vislumbrar una posibilidad e idear los medios necesarios.

Cuando llegaron a la morada, Ayla y Jondalar desataron al uro, y después de dedicar a Whinney palabras de elogio y acariciarla en señal de agradecimiento, regresaron con ella al claro del bosque, para recoger las entrañas del animal, ya que también éstas eran útiles. Cuando llegaron al claro, Jondalar recogió su lanza rota. El frente del eje se había quebrado; la punta todavía seguía enterrada en el cuerpo del uro, pero la larga y recta sección posterior aún estaba entera. Jondalar pensó que quizá podría usarla, y decidió llevársela.

De vuelta al campamento, le quitaron el arnés a Whinney. Lobo se dedicaba a olfatear las entrañas, su plato favorito. Ayla vaciló un momento. De haberle hecho falta, podría aprovechar los intestinos para diversos fines, desde el almacenamiento de grasa a la confección de un recipiente impermeable; pero no era posible llevar con ellos mucho más de lo que ya tenían.

¿Por qué sería que, precisamente por tener caballos y poder llevar consigo más cosas, parecían necesitar aún más? Tras haberse hecho esta pregunta, Ayla recordó que, al abandonar el clan y viajar a pie, llevaba todo lo necesario en un canasto que cargaba a la espalda. Verdad era que la tienda que ahora usaban ambos era mucho más cómoda que el refugio de cuero de escasa altura utilizado por ella en aquel entonces, y que tenían mudas y prendas de invierno que aún no usaban, y más comida, más utensilios, y… comprendió que ahora no podría llevar todo eso en un canasto cargado a la espalda.

Arrojó a Lobo los intestinos, que eran útiles, pero por el momento innecesarios, y ella y Jondalar se dedicaron a descuartizar el bovino salvaje. Después de practicar varios cortes estratégicos, juntos comenzaron a arrancarle la piel, un proceso que era más eficaz que desprenderlo con un cuchillo. Usaban un instrumento afilado para cortar unos pocos puntos de adherencia. Con escaso esfuerzo, la membrana que separaba la piel del músculo podía desprenderse limpiamente, y así, al terminar, tuvieron una piel perfecta afeada únicamente por los dos agujeros de las puntas de las lanzas. La enrollaron para evitar que se secara con excesiva rapidez y separaron la cabeza. La lengua y los sesos eran sabrosos y tiernos, y se propusieron comer por la noche tan deliciosos bocados. Pero dejarían en el campamento el cráneo con los grandes cuernos. Podía tener un significado especial para alguien, y en todo caso, aún ofrecía muchas partes aprovechables.

Después, con el propósito de lavarlos, Ayla llevó el estómago y la vejiga al arroyuelo que suministraba agua al campamento, y Jondalar descendió al río en busca de mimbres y árboles delgados que fueran lo bastante flexibles para preparar un armazón redondo en forma de cuenco, es decir, la base de la pequeña embarcación. También buscaron ramas secas y madera arrastrada hasta allí por las aguas. Necesitarían varias hogueras para mantener alejados de la carne del uro a los animales y a los insectos, y también tendrían que encender fuego durante la noche en la morada.

Trabajaron casi hasta el anochecer; dividieron al uro en grandes pedazos, y después cortaron la carne en pequeñas piezas alargadas, que colgaron a secar sobre bastidores improvisados hechos con maderas del matorral; aunque eso no significaba que hubiesen terminado. Por la noche metieron los bastidores en la vivienda. La tienda aún estaba húmeda, pero la plegaron y la metieron también. Volverían a desplegarla al día siguiente, cuando sacaran al aire libre la carne; entonces el viento y el sol acabarían de secarla.

Por la mañana, cortados los últimos trozos de carne, Jondalar comenzó a construir el bote. Utilizando el vapor y las piedras calientes puestas al fuego, curvó la madera para formar la estructura del bote. Ayla se mostró muy interesada y quiso saber dónde había aprendido el método.

—De mi hermano Thonolan. Fabricaba lanzas —explicó Jondalar, mientras inclinaba el extremo de un arbolillo recto que había curvado, y ella lo unía a una sección circular con un tendón extraído de las patas traseras del uro.

—Pero ¿qué tiene que ver la fabricación de lanzas con la del bote?

—Thonolan podía fabricar el vástago de una lanza perfectamente recto y seguro. Sin embargo, para eliminar la curva de la madera, primero hay que aprender a doblarla, y él sabía hacerlo con la misma eficacia. En eso era mucho más hábil que yo. Tenía verdadero talento. Imagino que podría decirse que su oficio no era sólo el de fabricar lanzas, sino el de trabajar la madera. Podía confeccionar los mejores zapatos para la nieve; para ello tenía que coger una rama o un árbol recto y curvarlos por completo. Quizá por eso se sentía tan cómodo con los sharamudoi. Ellos eran expertos artesanos de la madera. Utilizaban agua caliente y vapor para dar a sus piraguas la forma que deseaban.

—¿Qué es una piragua? —preguntó Ayla.

—Es una embarcación trabajada sobre el tronco entero de un árbol. El extremo delantero forma un fino borde, y el posterior también, y puede deslizarse en el agua tan fácil y suavemente como si se la cortara con un cuchillo afilado. Son unas hermosas embarcaciones. La que estamos fabricando ahora es un tanto tosca comparada con la auténtica piragua, pero por aquí no hay árboles grandes. Verás piraguas cuando hayamos llegado al país de los sharamudoi.

—¿Cuánto tiempo nos falta para llegar?

—Todavía falta mucho. Hay que pasar esas montañas —dijo Jondalar, mirando

hacia el oeste, en dirección a las altas cumbres casi cubiertas por la bruma estival.

—¡Oh! —exclamó Ayla, sintiéndose decepcionada—. Confiaba en que no estarían tan lejos. Me gustaría ver a algunas personas. Ojalá hubiera aquí alguien en este campamento. Tal vez regresen antes de que nos marchemos.

Jondalar percibió ansiedad en el tono de voz de Ayla.

—¿Te sientes sola y deseas ver gente? —preguntó—. Pasaste tanto tiempo sola en tu valle, que creí que te habías acostumbrado.

—Quizá sea ésa la razón de lo que ahora siento. Ya pasé demasiado tiempo sola. No me importa si se trata de unos días, y a veces me gusta, pero hace mucho que no vemos a nadie…, me pareció que sería agradable conversar con alguien —dijo Ayla, y miró a Jondalar—. ¡Me alegro tanto de que estés conmigo! Me sentiría muy sola sin ti.

—Yo también soy feliz, Ayla. Feliz porque no tengo que hacer solo este viaje, y más feliz de lo que soy capaz de expresar porque has venido conmigo. También ansío ver gente. Cuando lleguemos al Río de la Gran Madre, veremos gente. Hemos estado avanzando a campo traviesa. La gente tiende a vivir cerca del agua dulce, de los ríos o los lagos, no a campo descubierto.

Ayla asintió, y después sostuvo el extremo de otro delgado tallo, que había estado calentándose sobre las piedras calientes y al vapor, mientras Jondalar lo curvaba cuidadosamente para formar un círculo; luego ella le ayudó a unirlo a los restantes. Fijándose en el tamaño del armazón, Ayla advirtió que se necesitaría toda la piel del uro para cubrirlo. Sólo sobrarían algunos trozos que no bastarían para confeccionar otro saco de cuero crudo donde guardar la carne, en sustitución del que habían perdido en la súbita inundación. Necesitaban el bote para cruzar el río, y ella tenía que pensar en la posibilidad de emplear otro material. Pensó que quizá serviría una canasta; la confeccionaría con un tejido muy apretado dándole una forma alargada, y más bien chata, además de añadir una tapa. Allí había espadañas, juncos y mimbres, es decir, abundancia de materiales para confeccionar canastas. Pero ¿serviría realmente la que se proponía hacer?

Al transportar la carne de un animal recién sacrificado, el problema era que la sangre continuaba manando, y por muy apretado que fuese el tejido, en algún momento se filtraba. Por eso el cuero crudo, grueso y duro era tan eficaz. Absorbía la sangre, pero lentamente, y no filtraba; después de un período de uso podía ser lavado para volver a secarlo. Ayla necesitaba algo que cumpliese la misma función.

El problema de reemplazar la alforja continuaba fijo en su mente, y una vez concluido el armazón, mientras dejaban que se asentase y aguardaban a que el tendón se secara, de modo que quedase duro y firme, Ayla bajó al río para recoger algunos materiales destinados a confeccionar una canasta. Jondalar la acompañó, pero sólo hasta el bosque de hayas. Puesto que se había dedicado a trabajar la madera, decidió fabricar algunas lanzas nuevas para sustituir a las que se habían perdido o roto.

Antes de partir, Wymez le había regalado buen pedernal tallado y con una forma

especial para fabricar puntas nuevas con facilidad. Había confeccionado las lanzas de punta de hueso antes de que abandonaran la Reunión de Verano, para demostrar cómo se hacían. Eran típicas del estilo de su pueblo, pero Jondalar había aprendido también a fabricar las lanzas mamutoi de punta de pedernal, y como era un experto tallador del pedernal, empleaba menos tiempo en hacerlas que en dar forma y alisar las puntas de hueso.

Por la tarde, Ayla comenzó a confeccionar un canasto especial para guardar carne. Cuando vivía en el valle, había pasado muchas y largas noches de invierno aliviando su soledad con la fabricación de canastos y esteras, entre otras cosas, y, además de lograr un buen tejido, había llegado a ser muy rápida. Casi podía fabricar un canasto en la oscuridad, y el nuevo contenedor de carne quedó concluido antes de acostarse. Estaba muy bien confeccionado; Ayla había pensado mucho en la forma y el tamaño, los materiales y la firmeza del tejido, pero aun así no se sentía del todo satisfecha con el resultado.

Salió a la penumbra cada vez más densa para cambiar su paño de lana absorbente y lavar en el arroyuelo la prenda que usaba. Puso el paño a secar cerca del fuego, pero fuera de la vista de Jondalar. Después, sin mirarlo, se acostó al lado del hombre, entre las pieles de dormir. A las mujeres del clan se les enseñaba a evitar todo lo posible a los hombres cuando sangraban y a no mirarlos nunca de frente. Los hombres del clan se inquietaban mucho si se hallaban próximos a las mujeres durante ese período. Ayla se había sorprendido cuando vio que Jondalar no modificaba su actitud hacia ella en tales circunstancias, pero de todas formas se sentía incómoda y hacía todo lo posible por cuidar de su propia persona con cierta discreción.

Jondalar siempre se había mostrado considerado con ella durante el período lunar, pues adivinaba las molestias de Ayla; pero cuando ella se acostó, Jondalar se inclinó para besarla. Aunque mantuvo los ojos cerrados, Ayla respondió cálidamente, y cuando él se puso de nuevo boca arriba, y estaban el uno al lado del otro mirando el juego de las luces del fuego sobre las paredes y el techo de la cómoda estructura, empezaron a conversar, si bien ella evitaba cuidadosamente mirarle.

—Desearía revestir ese pellejo después de montarlo sobre el armazón —dijo Jondalar—. Si hiervo los cascos y los restos de piel, junto con algunos huesos, durante varias horas, obtendré una especie de caldo muy espeso y pegajoso, que, al secarse, se endurecerá. ¿Tenemos algo que pueda usar para hacerlo?

—Seguramente podré pensar en algo. ¿La cocción dura mucho tiempo?

—Sí. Es necesario que se consuma el agua para que espese.

—En ese caso, será mejor cocerlo directamente sobre el fuego, como una sopa…, quizá con un pedazo de cuero. Habrá que vigilarlo, y agregar agua, pues mientras se mantenga húmedo, no se quemará… Espera…, ¿qué te parece el estómago de ese uro? Lo he llenado de agua, conque no se secará, porque necesito una provisión para cocinar y lavar, pero creo que también te serviría —concluyó Ayla.

—No lo creo —dijo Jondalar—. No tenemos que preocuparnos de agregar agua.

Lo que hace falta es que espese.

—Entonces, creo que será preferible utilizar un buen canasto impermeable y las piedras calientes. Puedo hacer uno por la mañana —dijo Ayla, pero después, mientras yacía en silencio, su mente no le permitía dormir. Pensaba que había un modo mejor de hervir la mezcla que Jondalar deseaba obtener. Sólo que no atinaba con el sistema perfecto. Casi se había dormido cuando, de pronto, lo descubrió—: ¡Jondalar! —gritó —. Ahora lo recuerdo…

También él estaba medio dormido y se despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Nada malo. Sólo que acabo de recordar cómo hacía Nezzie para derretir la grasa, y creo que sería la mejor manera de preparar esa sustancia espesa que tú quieres. Cavas un hoyo poco profundo en el suelo, en forma de cuenco, y lo revistes con un pedazo de pellejo, seguramente queda un trozo bastante grande del uro; eso servirá. Partes algunos huesos; los distribuyes sobre el fondo y después echas el agua y los cascos y todo lo que desees. Puedes hervirlo mientras continuemos calentando piedras; los pequeños trozos de hueso evitarán que las piedras calientes toquen directamente el pellejo, y así éste no se perforará.

—Muy bien, Ayla, eso es lo que haremos —murmuró Jondalar, que todavía seguía medio dormido. Se volvió, y al poco rato estaba profundamente dormido.

Pero en la mente de Ayla había otra cosa que la mantenía despierta. Había pensado dejar el estómago del uro a la gente del campamento, con la idea de que lo usaran como recipiente de agua después de que ellos se marcharan; pero era necesario mantenerlo húmedo. Cuando se secara, se convertiría en un material rígido y no recuperaría su condición original, la de una sustancia flexible y casi impermeable. Incluso en el caso de que lo llenara de agua, más tarde o más temprano el agua desaparecería, y ella no sabía cuándo volverían aquellas personas.

De pronto, concibió la idea. Estuvo a punto de llamar otra vez a su compañero, pero se contuvo a tiempo. Jondalar dormía y no quería despertarle. Dejaría que el estómago se secara, lo emplearía para forrar su nuevo depósito de carne y mientras aún estuviese húmedo le daría la forma exacta. Cuando se adormecía en la morada en sombra, Ayla se sintió complacida porque había hallado un modo de reemplazar un elemento tan necesario como el que habían perdido.

Durante los próximos días, mientras la carne se secaba, ambos estuvieron muy atareados. Completaron el bote redondo y lo revistieron con la gelatina que Jondalar preparó hirviendo los cascos, los huesos y los pedazos de pellejo. Mientras el revestimiento se secaba, Ayla confeccionó canastos para la carne que dejarían como regalo a los habitantes del campamento, para cocinar y reemplazar los que ella había perdido, y para recolectar; y parte de todo eso se proponía dejarlo allí. Recogió todos los días plantas y hierbas medicinales y secó algunas para llevarlas consigo.

Jondalar la acompañó un día, buscando algo que le permitiese fabricar remos para el bote. Poco después de salir, tuvo una agradable sorpresa al descubrir el cráneo de

un ciervo que había muerto antes de que la gran cornamenta chata se desprendiese; ahora tenía dos cuernos del mismo tamaño. Aunque era temprano, permaneció con Ayla el resto de la mañana. Jondalar estaba aprendiendo a identificar ciertos alimentos, y mientras lo hacía, empezaba a comprender que en realidad Ayla sabía mucho. El conocimiento que la joven tenía de las plantas y su memoria de las distintas aplicaciones era increíble. Cuando regresaron al campamento, Jondalar recortó las puntas de las anchas cornamentas, uniéndolas acto seguido a estacas sólidas y más bien cortas, de modo que se convirtieron en remos perfectamente útiles.

Al día siguiente decidió utilizar el artefacto para moldear la madera que había preparado para doblar la empleada en el armazón del bote; ahora lo empleó para enderezar los vástagos de las lanzas nuevas. Dar forma y alisar esos vástagos le llevó casi la totalidad de los dos o tres días siguientes, y eso a pesar de las herramientas especiales de que disponía, las cuales transportaba en un rollo de cuero atado con dos cuerdas. Pero mientras trabajaba, cada vez que pasaba por el lateral de la morada, donde la había arrojado, Jondalar miraba el asta rota de la lanza que había traído del valle y sentía una oleada de irritación. Le avergonzaba no haber podido rescatar aquel mango recto, sino tan sólo fabricar con él una lanza corta y desequilibrada. Cada una de las lanzas en las que estaba trabajando con tanta intensidad podía quebrarse con la misma facilidad.

Cuando llegó a la conclusión de que las lanzas surcarían bien el aire, empleó otro instrumento, una estrecha hoja de afilado pedernal con una punta parecida a un cincel, unida a un mango de cuerno de ciervo, para practicar una muesca profunda en los extremos más gruesos de los vástagos. Después, con los nódulos de pedernal preparados previamente que llevaba consigo, Jondalar talló nuevas hojas y las unió a los vástagos de las lanzas con la espesa gelatina preparada para revestir el bote y con tendones frescos. El resistente tendón se encogió al secarse y así formó una atadura fuerte y sólida. Jondalar terminó fijando varios pares de plumas largas, halladas cerca del río, y que provenían de las numerosas águilas de cola blanca, los halcones y los milanos negros que vivían en la región alimentándose de la abundante población de ardillas y otros pequeños roedores.

Habían preparado un blanco: una gruesa colchoneta rellena de hierba, destrozada e inutilizada por el tejón. Cubierto con parches de piel del uro, absorbía la fuerza de una lanza sin perjuicio para el arma. Jondalar y Ayla practicaban todos los días. Ayla lo hacía para conservar su precisión, pero Jondalar estaba experimentando con diferentes longitudes de los vástagos y los tamaños de las puntas, con el fin de comprobar cuál era más eficaz con el lanzador.

Una vez terminadas y secas las nuevas lanzas, las llevaron adonde estaba la diana para probarlas con el lanzador y elegir las que cada uno prefería. Aunque ambos eran muy aficionados a aquel tipo de arma de caza, algunos de los lanzamientos erraban mucho el blanco y pasaban por un lateral del objetivo acolchado; generalmente aterrizaban sin causar el menor daño. Pero cuando Jondalar arrojó una lanza recién

terminada con un poderoso impulso, y no sólo erró el blanco, sino que alcanzó un ancho hueso de mamut utilizado como asiento al aire libre, se estremeció. Oyó un crujido cuando la lanza se curvó y rebotó. El vástago de madera se había astillado en un punto débil, más o menos a treinta centímetros de la punta.

Cuando se acercó para examinar el arma, vio que la quebradiza punta de pedernal también se había roto en un borde; se había desprendido un trozo dejando una muesca en el resto; no valía la pena recogerla. Jondalar estaba furioso consigo mismo, porque había estropeado una lanza que le había costado tanto tiempo y esfuerzo, antes de usarla para algo provechoso. En un súbito impulso de cólera, apoyó la lanza sobre su rodilla, la partió en dos y después arrojó lejos los restos.

Cuando volvió la mirada, vio que Ayla le observaba y se apartó rojo de vergüenza por su estallido de furia. Luego dio unos pasos, se inclinó y recogió los pedazos rotos, deseoso de eliminarlos discretamente. Cuando volvió a mirar, Ayla se preparaba para arrojar otra lanza como si no hubiese visto nada. Jondalar se acercó a la morada y dejó caer la lanza rota cerca del vástago que se había quebrado durante la cacería; después de contemplar los pedazos, se dijo que era un estúpido. Era ridículo enojarse tanto por la pérdida de una lanza.

No obstante, no pudo por menos de pensar que fabricarla suponía mucho trabajo y clavó los ojos en el largo vástago con el extremo roto, así como en la sección de la otra lanza con la punta de pedernal rota aún adherida. Desde luego era una lástima que no fuera posible unir esos pedazos para formar por lo menos una lanza.

Mientras los miraba, comenzó a preguntarse si tal vez no sería posible hacer algo; recogió de nuevo ambos fragmentos, examinando con cuidado los extremos rotos. Los unió, y durante un instante, los extremos astillados se mantuvieron unidos, aunque después volvieron a separarse. Al examinar la totalidad del largo eje, observó la muesca que él había tallado al final del mango para insertarla en la depresión del lanzador, y a continuación miró de nuevo el extremo roto.

Pensó que si tallaba una muesca más profunda en aquel extremo y afilaba el extremo de aquel pedazo con el pedernal roto hasta adelgazarlo, y los unía, tal vez podrían mantenerse juntos. Muy excitado, entró en la morada y cogió su envoltorio de cuero. Una vez en el exterior, se sentó en el suelo y lo desenrolló, desplazando la diversidad de herramientas de pedernal cuidadosamente fabricadas, y eligió la que servía como cincel. La depositó a su lado, examinó el vástago roto, desenfundó el cuchillo de pedernal y comenzó a cortar las astillas y suavizar el extremo.

Ayla había cesado de practicar con su lanzador y lo depositó con sus lanzas en el contenedor que había adaptado para cargarlo al hombro, tal como hacía Jondalar. Regresaba a la vivienda, con algunas plantas que había arrancado, cuando Jondalar se acercó a ella con una gran sonrisa.

—¡Mira, Ayla! —exclamó, sosteniendo en alto la lanza. El fragmento con la punta rota todavía adherido estaba unido al extremo superior del largo vástago—. Lo he arreglado. ¡Ahora veremos si funciona!

Ella le acompañó hasta el blanco y le observó mientras colocaba la lanza en el lanzador; retrocedía y apuntaba, para después arrojar la lanza con fuerte impulso. El largo proyectil dio en el blanco y rebotó. Pero cuando Jondalar fue a ver lo que había pasado, descubrió que la punta rota unida al pequeño vástago ahusado estaba empotrada firmemente en el blanco. Con el impacto, el largo vástago se había soltado y rebotado, pero cuando Jondalar fue a inspeccionarlo, comprobó que no había sufrido ningún daño. La lanza compuesta de dos elementos había funcionado.

—¡Ayla! ¿Comprendes lo que eso significa? —Jondalar casi gritaba de tan excitado como se sentía.

—No estoy muy segura —dijo ella.

—Mira, la punta dio en el blanco, y después se ha separado del vástago sin romperse. Eso significa que la próxima vez sólo necesitaré una punta nueva y la añadiré a un vástago corto como éste. No necesito fabricar un vástago largo completamente nuevo. Puedo preparar dos puntas como ésta, en realidad varias, y sólo necesitaré unos pocos vástagos largos. Podemos llevar un número mucho mayor de vástagos cortos con puntas que de lanzas largas, y si perdemos algún vástago, no será tan difícil reemplazarlo. Mira, prueba —dijo, mientras aflojaba la punta rota clavada en el blanco.

Ayla miró a Jondalar.

—No soy muy buena fabricando el vástago de una lanza larga, y mis puntas no son tan hermosas como las tuyas —aseguró Ayla mirándole—; pero creo que incluso yo podría elaborar una de éstas.

Estaba tan entusiasmada como Jondalar.

La víspera del día en que se proponían partir pasaron revista a todo lo que habían hecho para reparar los estragos causados por el tejón; colocaron la piel del animal de un modo que, a su entender, demostraría claramente cuál había sido la causa del desastre, y alinearon sus regalos. Colgaron el canasto que contenía la carne de un bastidor de huesos de mamut para dificultar que fuese robada por otro animal merodeador. Ayla agrupó otros canastos y colgó también varios manojos de hierbas medicinales secas y plantas alimenticias, sobre todo de las que eran utilizadas habitualmente por los mamutoi. Jondalar dejó al propietario de la morada una lanza especialmente bien trabajada.

También pusieron el cráneo parcialmente seco del uro hembra, con sus enormes cuernos, encima de un poste que estaba frente a la vivienda, con el fin de que tampoco en este caso los depredadores pudiesen apoderarse del trofeo. Los cuernos y otras partes óseas del cráneo eran igualmente útiles, lo que, además, era una forma de explicar la clase de carne que habían dejado en el canasto.

El joven lobo y los caballos parecían percibir un cambio inminente. Lobo brincaba de aquí para allí, desbordante de entusiasmo y energía. Los caballos estaban

inquietos; Corredor hacía honor a su nombre, e iniciaba carreras cortas y veloces, mientras Whinney se mantenía cerca del campamento, sin perder de vista a Ayla, y relinchaba cuando ésta la miraba.

Antes de acostarse, lo guardaron todo excepto las pieles de dormir y los elementos esenciales para el desayuno, incluida la tienda seca, aunque era más difícil plegarla y meterla en el canasto. Los cueros habían sido ahumados antes de convertir las pieles en una tienda, por lo que incluso después de una buena mojadura se mantendrían bastante flexibles; pero el refugio portátil todavía estaba un tanto rígido y sólo recobraría la flexibilidad con el uso.

La última noche, en la comodidad de la morada que los acogía, Ayla observaba la luz parpadeante del fuego moribundo que jugueteaba sobre las paredes del sólido refugio y sentía que sus emociones se agitaban en su mente con un movimiento análogo de luces y sombras. Ansiaba reanudar la marcha, pero lamentaba dejar un lugar que, en el breve tiempo que habían estado allí, había llegado a ser como un hogar, aunque aparte de ellos no hubiera otras personas. Durante los últimos días se había sorprendido ella misma elevando los ojos hacia la cima de la pendiente, con la esperanza de que el regreso de la gente que vivía en el campamento se produjera antes de que ella y Jondalar tuvieran que irse.

Aunque aún deseaba que llegaran de improviso, había renunciado a que se cumpliera su esperanza, confiada en la posibilidad de llegar al Río de la Gran Madre y tal vez de cruzarse con alguien a lo largo de su curso. Amaba a Jondalar, pero sentía la ausencia de otras personas, de las mujeres y los niños, y de los ancianos, de las risas y las charlas, de los momentos compartidos con otros seres de su especie. Pero no deseaba pensar mucho más allá del día siguiente, o del próximo campamento con gente. No deseaba pensar en el pueblo de Jondalar, o en lo mucho que aún tendrían que viajar antes de llegar al hogar del hombre, y tampoco deseaba pensar en cómo tendrían que cruzar aquel río ancho y rápido, contando tan sólo con un pequeño bote redondo.

Jondalar también estaba despierto, inquieto a causa del viaje. Ansiaba volver a ponerse en camino, aunque en realidad estaba convencido de que su estancia en aquel lugar había sido muy provechosa. La tienda se había secado; se habían reabastecido de carne y reemplazado los elementos necesarios, perdidos o dañados; además, le entusiasmaban las posibilidades de la lanza de dos piezas. Se alegraba de tener el bote redondo, pero incluso así le preocupaba cómo cruzar el río. Era un curso muy grande, ancho y rápido. Probablemente no estaban muy lejos del mar, y no era probable que el curso de agua se estrechase. Muchas cosas podían suceder. Se alegraría de alcanzar la orilla opuesta.

Capítulo 10

Ayla despertó con frecuencia durante la noche y tenía los ojos abiertos cuando las primeras luces del alba se filtraron por el respiradero y enviaron sus débiles rayos a los recovecos sombríos, para dispersar las sombras y destacar las formas ocultas hasta entonces por la oscuridad. Cuando la noche oscura se convirtió en una penumbrosa media luz, ella estaba completamente despierta y ya no pudo volverse a dormir.

Se apartó en silencio de la tibieza de Jondalar y salió al aire libre. El frío nocturno le mordió la piel desnuda, y con su frígida sugerencia de las macizas capas de hielo del norte, le puso la carne de gallina. Mirando a través del brumoso valle fluvial, vio las formaciones imprecisas de la extensión todavía oscura del lado opuesto, recortadas contra el cielo resplandeciente. Sintió entonces el deseo de encontrarse ya allí.

Un pelaje áspero y tibio le rozó la pierna. Distraídamente, Ayla le dio unas palmaditas en la cabeza y rascó la pelambre del lobo que había aparecido junto a ella. El animal olió el aire, y al descubrir algo que le interesaba, descendió a la carrera la pendiente. Ayla buscó con la mirada a los caballos y vio el pelaje amarillento de la yegua que pastaba en uno de los retazos alfombrados que había en las inmediaciones del agua. El caballo de color pardo oscuro no era visible, pero ella tenía la plena seguridad de que estaba cerca.

Temblando de frío, caminó por la hierba húmeda en dirección al arroyuelo, y se dio cuenta de que el sol salía por el este. Contempló el cielo al oeste, con sus matices que iban del gris luminoso al azul pastel, con una diseminación de nubes rosadas que reflejaban el resplandor del sol matutino oculto detrás de la cresta de la vertiente.

Ayla se sintió tentada de remontar la ladera y ver el sol naciente, pero la detuvo una línea de brillo deslumbrante que provenía de la dirección opuesta. Aunque las pendientes cortadas por barrancos allende el río todavía estaban envueltas en una penumbra grisácea, hacia el oeste, las montañas, bañadas en la luz clara del sol del nuevo día, se destacaban con vívido relieve, grabadas con tan perfecto detalle que daba la impresión de que podía extender la mano y tocarlas. Coronando la cadena meridional de escasa altura, una tiara resplandeciente chispeaba en las cumbres heladas. Ayla observó maravillada el dibujo que cambiaba lentamente, absorta en la magnificencia de lo que podía denominarse el reverso del amanecer.

Cuando llegó al arroyuelo de agua clara que corría y brincaba pendiente abajo, el frío matutino había desaparecido. Depositó en el suelo la bolsa para el agua que había sacado de la morada, y al examinar su compresa de lana, se alegró de comprobar que su período lunar parecía haber concluido. Desató las cuerdas, se quitó el amuleto, y entró en un estanque poco profundo para lavarse. Cuando concluyó, llenó la bolsa para el agua en la rumorosa cascada que desaguaba en la leve depresión del estanque, después salió y se quitó el agua con ambas manos. Tras recoger el amuleto, la lana lavada y las cuerdas, volvió deprisa al refugio.

Jondalar estaba haciendo un nudo alrededor de las pieles que utilizaban para dormir, ya enrolladas cuando ella entró en la vivienda semisubterránea. La miró y sonrió. Al ver que Ayla ya no llevaba las cuerdas de cuero, su sonrisa adoptó un sesgo claramente sugestivo.

—Tal vez no debería haberme apresurado tanto en enrollar las pieles esta mañana —dijo.

Ella se sonrojó cuando comprendió que Jondalar sabía que había pasado el período lunar. Después, le miró directamente a los ojos, que desbordaban alegría burlona, amor y vivo deseo, y correspondió a la sonrisa.

—Siempre puedes volver a desenrollarlas.

—Y ahí terminan mis planes, que incluían una partida temprana —comentó Jondalar, tirando de un extremo de la cuerda para deshacer el nudo que sujetaba la piel de dormir. La desenrolló y se incorporó mientras ella se acercaba.

Después de la comida matutina no necesitaron mucho tiempo para concluir los preparativos. Reunieron todas sus pertenencias y descendieron al río con el bote y con los animales que eran sus compañeros de viaje. Pero decidir el mejor modo de cruzar era otra cuestión. Contemplaron el espejo de agua que pasaba veloz, tan ancho que era difícil divisar los detalles de la orilla opuesta. Con su rápida corriente, que se desbordaba y giraba sobre sí misma en anillos y remolinos que formaban pequeñas olas agitadas, el sonido del río profundo era casi más revelador que su aspecto. Su poder se expresaba con un retumbo apagado y gorgoteante.

Mientras fabricaba el artefacto circular, Jondalar había pensado a menudo en el río y en el modo de usar el bote para cruzarlo. Nunca había construido un bote redondo, y muy pocas veces había viajado en uno de ellos. Se había aficionado bastante a manejar las esbeltas piraguas cuando vivía con los sharamudoi, pero cuando había probado a impulsar los redondos botes de los mamutoi, llegó a la conclusión de que eran muy engorrosos. Flotaban bien, no volcaban con facilidad, pero era difícil controlarlos.

Los dos pueblos no sólo tenían diferentes materiales para construir sus artefactos flotantes, sino que usaban éstos con distintos propósitos. Los mamutoi eran ante todo cazadores de las estepas abiertas; la pesca era sólo una actividad ocasional. Empleaban sus botes principalmente cuando ellos y sus pertenencias tenían que cruzar los cursos de agua, ya fuesen éstos pequeños afluentes o los ríos que descendían a través de todo el continente, desde los glaciares del norte a los mares interiores del sur.

Los ramudoi, la rama de los sharamudoi que formaba el Pueblo de los Ríos, pescaban en el Río de la Gran Madre —aunque ellos lo consideraban una forma de caza cuando salían en busca de los esturiones de diez metros— y, en cambio, la mitad sharamudoi cazaba gamuzas y otros animales que vivían en los altos riscos y las

montañas desde los cuales se dominaba el río y cerca de su hogar lo limitaban en un gran cañón. Los ramudoi vivían en el río durante las estaciones cálidas, aprovechando al máximo sus recursos, incluso los grandes robles durmast que crecían en sus orillas y que eran empleados para fabricar las embarcaciones bellamente trabajadas y muy manejables.

—Bien; creo que sólo nos queda meter todo esto ahí —dijo Jondalar, levantando uno de sus canastos. Después, lo dejó en el suelo y levantó otro—. Probablemente es una buena idea depositar en el fondo las cosas más pesadas; en éste están mi pedernal y las herramientas.

Ayla asintió. También ella había estado pensando en la necesidad de llegar a la orilla opuesta con las pertenencias intactas, y había tratado de prever algunos de los posibles problemas, pues recordaba sus escasas excursiones en los botes redondos del Campamento del León.

—Deberíamos sentarnos el uno frente al otro, para equilibrar el bote. Dejaré sitio a Lobo, para que esté conmigo.

Jondalar se preguntó cómo se comportaría el lobo en el frágil redondel flotante, pero se abstuvo de decir nada. Ayla vio que tenía el entrecejo fruncido, pero tampoco hizo ningún comentario.

—También deberíamos llevar cada uno un remo —dijo Jondalar, y entregó uno a Ayla.

—Con todo esto, ojalá haya espacio —se preocupó Ayla, mientras depositaba la tienda en el bote, con el propósito de usarla como asiento.

Aunque no estaban muy cómodos, se las arreglaron para cargarlo todo en el bote recubierto de piel, a excepción de las pértigas.

—Tendremos que dejarlas, no caben —dijo Jondalar con aire disgustado, ya que acababan de hacerlas para reemplazar a las que habían perdido.

Ayla sonrió y mostró una cuerda que había separado.

—No, no las dejaremos. Flotarán —afirmó—. Las ataré al bote con esto, de manera que no se pierdan —dijo.

Jondalar no sabía si era una buena idea, y se le ocurrieron varias objeciones que hacer mientras pensaba en ello. Pero la pregunta siguiente de Ayla le distrajo.

—¿Qué vamos a hacer con los caballos?

—¿Qué sucede con los caballos? Pueden atravesar el río a nado, ¿no es cierto? —contestó el hombre.

—Sí, pero sabes que se inquietan demasiado, especialmente si se trata de algo que no han hecho antes. ¿Qué sucederá si se asustan a causa de algo que encuentren en el agua y deciden regresar? No intentarán cruzar de nuevo solos el río. Ni siquiera sabrán que estamos en la otra orilla. Tendríamos que regresar y obligarlos a cruzar. Por lo tanto, ¿no sería mejor obligarlos a nadar? —explicó Ayla.

Tenía razón. Los caballos probablemente se inquietarían, y tanto podían regresar como cruzar.

—Pero ¿cómo los guiaremos si estamos en el bote? —preguntó. El asunto estaba complicándose. Tratar de maniobrar un bote ya podía ser bastante difícil sin que, además, tuvieran que ocuparse del control de un par de caballos asustados. Jondalar se sentía cada vez más inquieto ante la perspectiva de intentar el cruce.

—Les pondremos los cabestros sujetos con cuerdas y ataremos las cuerdas al bote —sentenció Ayla.

—No sé… Tal vez no sea ése el mejor modo. Quizá deberíamos pensarlo mejor —dijo Jondalar.

—¿Qué quieres pensar? —preguntó Ayla, mientras ataba una cuerda alrededor de las tres pértigas. Después, extendió la cuerda y la aseguró al bote—. Tú fuiste quien quiso partir —añadió, mientras colocaba el cabestro a Whinney, le agregaba una cuerda y ataba ésta al bote, al lado opuesto de las pértigas. Sosteniendo la cuerda floja, Ayla se detuvo junto al bote, y acto seguido se volvió hacia Jondalar.

—Estoy preparada para partir.

Él vaciló, y después asintió, decidido.

—Muy bien. —Extrajo del canasto el cabestro de Corredor y llamó al caballo. El joven corcel irguió la cabeza y relinchó cuando el hombre intentó pasarle el cabestro sobre la cabeza, pero una vez que Jondalar le habló y le acarició la cara y el cuello, Corredor se calmó y permitió que le pusieran el cabestro. Jondalar ató la cuerda al bote, y después miró a Ayla—. Vamos —dijo.

Ayla ordenó a Lobo que entrase en el bote. A continuación los dos, sin dejar de sujetar las cuerdas de los caballos para mantener el control, empujaron el bote hacia el agua y se metieron en él.

Desde el principio hubo dificultades. La rápida corriente se apoderó de la pequeña embarcación y la impulsó, pero los caballos no estaban muy dispuestos a entrar en el ancho río. Retrocedieron al mismo tiempo que el bote trataba de alejarse, y lo sacudieron con tanta violencia que casi lo volcaron; Lobo trastabilló para recuperar el equilibrio y contempló nervioso la situación. Pero la carga era tan pesada que el bote se enderezó enseguida, aunque se hundió bastante en el agua. Las pértigas se habían adelantado, tratando de seguir la intensa corriente.

La fuerza del río que tiraba de los caballos al mismo tiempo que intentaba impulsar el bote río abajo, y las nerviosas palabras de aliento de Ayla y Jondalar, convencieron finalmente a los inquietos animales y lograron que entrasen en el agua. Primero, Whinney adelantó un casco vacilante y tocó fondo, seguida de Corredor, y gracias al constante tironeo los dos finalmente se zambulleron. La orilla se alejó deprisa y poco después los dos animales estaban nadando. Ayla y Jondalar no tuvieron otra alternativa que permitir que la corriente los llevase río abajo, hasta que toda aquella inverosímil combinación formada por tres largas pértigas, por un bote redondo pesadamente cargado que transportaba a una mujer, un hombre y un lobo muy nervioso, con dos caballos detrás, consiguió estabilizarse. Después, Ayla y Jondalar soltaron las cuerdas de los caballos y cada uno tomó un remo y trató de

cambiar la dirección, para desplazarse a través de la corriente.

Ayla, instalada en el lado que miraba hacia la orilla opuesta, no estaba en absoluto familiarizada con el uso del remo. Necesitó hacer varios intentos; Jondalar la aconsejaba mientras intentaba apartar el bote de la orilla, antes de que ella consiguiera realizar la maniobra y lograse utilizar el remo cooperando con él para dirigir el bote. Incluso entonces se movieron lentamente, con las largas pértigas al frente y los caballos detrás, con los ojos desorbitados de miedo porque la corriente los arrastraba contra su voluntad.

Consiguieron realizar progresos, aunque se deslizaban mucho más velozmente río abajo. Pero más adelante, el ancho y veloz curso de agua, que descendía siguiendo el declive gradual del terreno en su camino hacia el mar, formaba una brusca curva hacia el este. Una contracorriente, que bordeaba un saliente de arena formado en la orilla más próxima, golpeó las pértigas que avanzaban al frente del bote.

Los largos vástagos de haya, que flotaban libremente salvo por las cuerdas que los retenían, invirtieron el sentido de su movimiento y golpearon el bote recubierto de cuero sacudiéndolo con fuerza en un punto cercano a Jondalar; éste temió que la madera hubiese perforado la embarcación. El golpe sacudió a cuantos estaban a bordo, e imprimió un movimiento giratorio a la pequeña embarcación redonda, lo que a su vez provocó un tirón de las cuerdas que sujetaban a los caballos. Los animales relincharon dominados por el pánico, tragaron agua e intentaron con desesperación alejarse nadando, pero la corriente implacable que impulsaba el bote al que ellos estaban atados los arrastraba inexorablemente.

Mas los esfuerzos que realizaron no carecieron de efecto. Determinaron que la pequeña embarcación fuese sacudida y girase, y esto provocó un tirón en las pértigas, que de nuevo golpearon el bote. La corriente turbulenta y los brincos y las sacudidas de la embarcación sobrecargada lograron que saltase y se balancease mientras entraba agua en su interior, lo que incrementó el peso. Ahora corría el peligro de hundirse.

El lobo, asustado, estaba encogido, con la cola entre las patas, junto a Ayla, encima de la tienda plegada, y ella intentaba frenéticamente estabilizar el bote con un remo que no sabía usar, mientras Jondalar le gritaba instrucciones que ella no sabía interpretar. El relincho de los caballos asustados atrajo la atención de Ayla, y al darse cuenta del terror que los animales sentían, comprobó de golpe que debía dejarlos libres. Tiró el remo en el fondo del bote y desenfundó el cuchillo que llevaba a la cintura. Sabiendo que Corredor era más nervioso, se ocupó primero de su cuerda, y con poco esfuerzo el afilado pedernal cortó la cuerda.

La liberación de Corredor provocó más golpes y giros, y eso ya fue demasiado para Lobo. Saltó del bote al agua. Ayla le vio nadar frenéticamente; entonces cortó deprisa la cuerda de Whinney y se zambulló detrás de Lobo.

—¡Ayla! —gritó Jondalar, pero se vio sacudido de nuevo cuando el bote, súbitamente liberado y ahora más liviano, empezó a rotar y a golpear contra las pértigas. Cuando Jondalar miró, Ayla trataba de avanzar por el agua, alentando al

lobo que nadaba hacia ella. Whinney, y un poco más lejos Corredor, enfilaban hacia la orilla más lejana; la corriente llevaba a Jondalar aún más velozmente río abajo, lejos de Ayla.

Ella miró hacia atrás y alcanzó a echar una última ojeada a Jondalar y al bote, que enfilaba la curva del río, y experimentó un sobrecogedor instante de miedo, porque pensó que jamás volvería a verle. Por su mente cruzó el pensamiento de que no hubiera debido abandonar el bote, pero en ese momento no disponía de mucho tiempo para preocuparse. El lobo se acercaba a ella, luchando contra la corriente. Ayla dio unas pocas brazadas para acercarse, pero, cuando se unieron, él trató de ponerle las patas sobre los hombros y de lamerle la cara; en su ansiedad, la hundió bajo el agua. Ayla emergió escupiendo, aferró al lobo con un brazo y buscó a los caballos.

La yegua estaba nadando hacia la orilla, alejándose de Ayla. Ésta respiró hondo y emitió un silbido estridente y prolongado. El caballo irguió las orejas y volvió la cabeza en dirección al sonido. Ayla silbó de nuevo, y el caballo cambió de dirección y trató de nadar hacia ella, mientras Ayla intentaba a su vez reducir con largas brazadas la distancia que la separaba de Whinney. Ayla era buena nadadora. Moviéndose en general a favor de la corriente, aunque un poco en diagonal, tuvo que realizar un no pequeño esfuerzo para llegar hasta el animal completamente mojado. Cuando al fin lo logró, casi gritó aliviada. El lobo les alcanzó poco después, pero continuó nadando.

Ayla descansó un momento, aferrada al cuello de Whinney, y sólo entonces advirtió que el agua estaba muy fría. Vio la cuerda que flotaba en el agua, unida al cabestro que Whinney todavía tenía puesto, y pensó que podía ser muy peligroso para el caballo si la cuerda se enredaba en cualquier resto flotante. La mujer dedicó unos instantes a desatar el nudo, pero estaba muy hinchado y ella tenía los dedos ateridos de frío. Respiró hondo y comenzó de nuevo a nadar, pues no quería cargar al caballo y esperaba que el ejercicio la calentase.

Cuando al fin llegaron a la orilla opuesta, Ayla salió trastabillando del agua, exhausta y temblorosa, y cayó al suelo. El lobo y el caballo estaban un poco mejor. Ambos se sacudieron, salpicándolo todo de agua, y después Lobo se echó, respirando agitadamente. El desordenado pelaje de Whinney era denso incluso en verano, aunque sería mucho más espeso en invierno, cuando creciera el pelaje interior muy apretado. Permaneció de pie, las patas abiertas y el cuerpo tembloroso, la cabeza inclinada y las orejas caídas.

Pero el sol estival estaba alto, y la temperatura había aumentado; Ayla, tan pronto como descansó, cesó de temblar. Se puso de pie, buscando a Corredor, segura de que si ellos habían conseguido cruzar, el corcel también lo lograría. Silbó, imitando primero la llamada a Whinney, pues Corredor generalmente se aproximaba siempre que Ayla llamaba a su madre. Después emitió el silbido que empleaba Jondalar, y de pronto sintió el aguijón de la inquietud por el hombre. ¿Habría conseguido cruzar el

río en aquel bote pequeño y endeble? Y si así fuera, ¿dónde estaba? Silbó de nuevo, con la esperanza de que el hombre la oyese y respondiera, pero, de todas formas, se sintió aliviada cuando el corcel pardo oscuro apareció galopando, con el cabestro puesto, y un corto pedazo de cuerda colgando de aquél.

—¡Corredor! —gritó Ayla—. Lo conseguiste. Sabía que lo lograrías.

Whinney le dio la bienvenida, y Lobo le saludó con entusiastas ladridos de cachorro, que finalmente se convirtieron en un aullido a todo pulmón. Corredor contestó con sonoros relinchos, y Ayla tuvo la certeza de que encerraban una respuesta de alivio por haber encontrado a sus amigos de siempre. Cuando llegó a su lado, Corredor tocó con su hocico el de Lobo y permaneció cerca de su madre, la cabeza sobre el cuello de la hembra, reconfortado después del terrible cruce del río.

Ayla se acercó a ellos y abrazó a Corredor, dándole palmadas y acariciándole antes de quitarle el cabestro. Corredor estaba tan acostumbrado al artefacto que no parecía molestarle, y tampoco le impedía pastar, pero Ayla consideró que la cuerda que colgaba del cabestro podía causar problemas, y sabía que a ella no le habría agradado usar constantemente algo por el estilo. Después, retiró el cabestro de Whinney y sujetó los dos arneses con el cordel que usaba para atar su propia túnica. Pensó en quitarse las prendas húmedas, pero creyó necesario darse prisa, y, por otra parte, estaban secándose sobre su cuerpo.

—Bien; hemos encontrado a Corredor. Ahora ha llegado el momento de buscar a Jondalar —dijo en voz alta. El lobo la miraba expectante y ella dirigió al animal sus comentarios—. ¡Lobo, busquemos a Jondalar! —Montó a Whinney e inició la marcha río abajo.

Después de muchos giros, revueltas y saltos, el pequeño bote redondo, recubierto de cuero, con la ayuda de Jondalar, seguía serenamente la corriente, esta vez con las tres pértigas detrás. Después, con el único remo y un considerable esfuerzo, Jondalar comenzó a impulsar la pequeña embarcación para atravesar el ancho río. Descubrió que las tres pértigas que flotaban detrás tendían a estabilizar el bote, impidiéndole que rotase y facilitando el control.

Mientras trataba de acercarse a la orilla que se deslizaba al costado del bote, lamentaba no haber saltado al río detrás de Ayla. Pero todo había sucedido con tanta rapidez… Antes de que él hubiera podido darse cuenta, ella estaba fuera del bote y la corriente veloz alejaba a Jondalar. Era inútil saltar al río cuando ya ella había desaparecido de su vista. Jondalar no podía volver a su lado nadando contra la corriente, porque en ese caso perderían el bote y cuanto éste contenía.

Trató de consolarse pensando que ella era una nadadora experta y resistente, mas su inquietud le indujo a redoblar los esfuerzos para cruzar el río. Cuando, al fin, llegó a la orilla opuesta, a bastante distancia del punto de partida, y sintió que el fondo del bote rozaba la playa pedregosa que avanzaba desde el interior de un recodo, lanzó un

suspiro entrecortado. Después saltó al agua y arrastró a la orilla la pequeña embarcación con su pesada carga, y allí se desplomó, vencido por el agotamiento. Sin embargo, instantes después se incorporó y comenzó a remontar el curso del río en busca de Ayla.

Permaneció cerca del agua, y cuando llegó a un pequeño afluente que engrosaba el caudal del río, lo vadeó con toda facilidad. Pero al cabo de un rato, cuando llegó a otro río de proporciones más que respetables, vaciló. No era posible vadearlo, y si intentaba cruzarlo a nado tan cerca del curso principal de agua, la corriente le arrastraría. Tenía, por tanto, que remontar el curso del río menos caudaloso, hasta encontrar un lugar más apropiado para cruzarlo.

Ayla montó a Whinney y llegó al mismo río no mucho después; y también avanzó un trecho corriente arriba. Pero una decisión acerca de cruzarlo a caballo exigía otros planteamientos. No avanzó tanto, ni mucho menos, como Jondalar, antes de ordenar a su caballo que entrase en el agua.

Corredor y Lobo las siguieron, y después de nadar una corta distancia en medio del afluente, se encontraron en el lado opuesto. Ayla comenzó a descender hacia el río principal, pero, cuando volvió la cabeza, vio que Lobo avanzaba en dirección contraria.

—Vamos, Lobo; por aquí —llamó. Emitió un silbido impaciente, y después ordenó a Whinney que continuase. El lobo vaciló, trotó hacia ella y volvió a retroceder hasta que al fin la siguió. Cuando Ayla llegó al río principal, comenzó a descender su curso y obligó a la yegua a galopar.

El corazón de Ayla latió aceleradamente cuando le pareció ver un objeto redondo en una playa rocosa.

—¡Jondalar! ¡Jondalar! —gritó, y se acercó a toda velocidad. Descendió de un salto antes de que el caballo se hubiese detenido, y corrió hacia el bote. Examinó el interior y después recorrió la playa con la mirada. Parecía que todo estaba allí, incluso las tres pértigas, es decir, todo excepto Jondalar.

—Aquí está el bote, pero no veo a Jondalar —dijo en voz alta. Como si hubiera sido una respuesta, oyó el gruñido de Lobo—. ¿Por qué no puedo encontrar a Jondalar? ¿Dónde está? ¿El bote ha flotado solo hasta aquí? ¿Conseguiría cruzar?

De pronto, comprendió. Pensó que quizá estaría buscándola, aunque, si ella se había dirigido río abajo y él había marchado río arriba, ¿cómo era posible que no se hubieran visto?

—¡El río! —casi gritó. Otro gruñido de Lobo. De pronto, Ayla recordó la vacilación del lobo después de cruzar el afluente más importante—. ¡Lobo! —gritó.

El corpulento cuadrúpedo corrió hacia ella y brincó, apoyándole las patas delanteras en los hombros. Ella le aferró con las dos manos el espeso pelaje del cuello; miró el hocico largo y los ojos inteligentes, y en su memoria surgió la imagen

del niño pequeño y débil que le recordaba tanto a su hijo. Cierta vez Rydag había ordenado a Lobo que la buscase, y él había atravesado grandes extensiones para encontrarla. Ayla sabía que Lobo podía hallar a Jondalar; solamente era necesario que comprendiese lo que ella deseaba.

—¡Lobo, busca a Jondalar! —dijo. El animal apoyó entonces las patas delanteras en el suelo y comenzó a olfatear alrededor del bote, hasta que finalmente tomó el camino por donde todos habían venido, es decir, remontando el curso del río.

Jondalar había entrado en el agua, que ahora le llegaba a la cintura y avanzaba con mucho cuidado a través del río más pequeño, cuando, de pronto, le pareció oír los lejanos trinos de un ave; era una especie de llamada, un sonido conocido que parecía denotar impaciencia. Se detuvo y cerró los ojos, tratando de situarlo, y después meneó la cabeza; ni siquiera estaba seguro de haberlo escuchado, así que continuó avanzando. Cuando llegó a la orilla opuesta y comenzó a caminar hacia el río principal, no podía dejar de pensar en el asunto. Finalmente, su preocupación por encontrar a Ayla dominó su mente, si bien el recuerdo del sonido le asaltaba de vez en cuando.

Había caminado bastante con las ropas húmedas, y estaba seguro de que Ayla también estaría mojada; pensó que quizá hubiera debido llevar la tienda, o por lo menos algo que les sirviese como refugio. Estaba haciéndose tarde y quién sabe lo que podría haberle sucedido a Ayla. Incluso podía estar herida. La idea le indujo a explorar más a fondo con la mirada el agua, la orilla y la vegetación próxima.

De pronto, oyó de nuevo la llamada del ave, esta vez más estridente y cercana, seguida por una especie de yip, yip, yip, y un momento después, el aullido profundo de un lobo y el sonido de los cascos del caballo. Se volvió y sus labios dibujaron una ancha sonrisa de bienvenida cuando vio al lobo que se acercaba seguido de cerca por Corredor; y lo que era mejor: allí estaba Ayla a lomos de Whinney.

Lobo se abalanzó sobre el hombre, apoyó las enormes patas delanteras sobre el pecho de Jondalar y trató de lamerle el mentón. El hombre alto le aferró el pelaje del cuello, como había visto hacer a Ayla, y después abrazó a la bestia cuadrúpeda. Finalmente, apartó a Lobo en el momento mismo en que Ayla llegaba a caballo, descendía de un salto y corría hacia él.

—¡Jondalar! ¡Jondalar! —dijo Ayla, mientras él la recibía en sus brazos.

—¡Ayla! ¡Oh, Ayla! —murmuró, apretándola contra su pecho.

El lobo pegó un brinco y lamió a los dos en la cara, y ninguno pensó en apartarlo.

El ancho río que habían cruzado Ayla y Jondalar, con los caballos y el lobo, desembocaba en el espejo interior de aguas salobres que los mamutoi llamaban Mar de Beran, exactamente al norte del enorme delta del Río de la Gran Madre. A medida

que los viajeros se aproximaban a las numerosas desembocaduras en que terminaba el curso de agua, cuyo caudal había recorrido toda la amplitud del continente en una extensión de unos tres mil kilómetros, el declive del terreno se niveló.

Los grandiosos pastizales de esta región llana del sur sorprendieron a Ayla y Jondalar. Una abundante y nueva vegetación, anormal en un período tan tardío de la estación, recubría todo el paisaje abierto. La violenta tormenta, con su descarga de lluvias torrenciales, excepcional si se tenía en cuenta el momento en que se había producido y la gran extensión que había cubierto, era la causa de tanto verdor desacostumbrado que provocaba un renacimiento primaveral a las estepas; abundaban no sólo las hierbas, sino también las flores de infinidad de colores: lirios enanos de color púrpura y amarillo; peonías de muchos pétalos rojo oscuro, lirios de manchas rosadas, y arvejillas cuyos tonos abarcaban desde el amarillo y el anaranjado al rojo y el púrpura.

Una algarabía de estridentes silbidos y graznidos hizo que Ayla fijara su atención en las vociferantes aves negras y rosadas que planeaban y se zambullían, se separaban y reunían en grandes bandadas, produciendo una confusión de incesante actividad. La densa concentración de estorninos ruidosos, gregarios, de pelaje rosado, que se habían reunido cerca, provocaban el nerviosismo de la joven. Aunque se criaban en colonias, se alimentaban en bandadas y dormían juntos por la noche, ella no recordaba haber visto jamás tantos pájaros en un mismo lugar.

Vio que los cernícalos y otras aves también se congregaban. El ruido era cada vez más intenso, y se oía como fondo un zumbido estridente de ignotas posibilidades.

Entonces, Ayla divisó una ancha nube oscura, lo que resultaba extraño, pues, excepto aquella nube, el cielo estaba claro. Parecía que se acercaba, flotando en el viento. De pronto, la gran bandada de estorninos se agitó todavía más.

—Jondalar —dijo Ayla al hombre, que ya se había levantado—, mira esa nube tan extraña.

El hombre miró y se quedó inmóvil, con Ayla pegada a él. Mientras ambos miraban, la nube se agrandó visiblemente, o quizá se acercó más.

—No creo que sea una nube de lluvia —comentó Jondalar.

—Yo tampoco lo creo, pero entonces, ¿qué es? —dijo Ayla. Experimentaba el extraño deseo de buscar algún refugio—. ¿Crees que deberíamos montar la tienda y esperar a que pase eso?

—Prefiero continuar la marcha. Tal vez podamos alejarnos si nos damos prisa —concluyó Jondalar.

Apremiaron a los caballos para que avanzasen con más rapidez a través del campo verde, pero tanto las aves como la extraña nube fueron más veloces. El ruido estridente cobró mayor intensidad y se impuso incluso a los estrepitosos estorninos. De pronto, Ayla sintió que algo le tocaba el brazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, pero incluso antes de que terminase de pronunciar estas palabras, recibió otro golpe, y después otro. Algo cayó sobre

Whinney y después saltó lejos, pero llegaron más. Cuando ella miró a Jondalar, que cabalgaba delante, vio más cosas que volaban y saltaban. Una aterrizó exactamente frente a ellos, y un instante antes de que se alejase, Ayla la atrapó con la mano.

La alzó para examinarla más de cerca. Era un insecto, de una longitud aproximada a la del dedo medio, con el cuerpo grueso y las patas traseras largas. Parecía un saltamontes grande, pero no tenía el color verde oscuro que se fundía fácilmente con el paisaje, como los que ella había visto saltando en la hierba seca. El insecto llamaba la atención por sus rayas de intenso color negro, amarillo y anaranjado.

La lluvia era la causa de la diferencia. Durante la temporada normalmente seca, eran saltamontes, criaturas tímidas y solitarias, que soportaban a otros miembros de su especie sólo el tiempo necesario para aparearse; pero después de la intensa lluvia sobrevenía un cambio notable. Crecían hierbas nuevas y tiernas, y las hembras aprovechaban la abundancia de alimento para poner muchos más huevos, y era también mucho mayor el número de larvas que sobrevivían. A medida que aumentaba la población de saltamontes, sobrevenían cambios sorprendentes. Los saltamontes jóvenes lucían nuevos y llamativos colores, y comenzaban a buscar cada cual la compañía de los restantes. Ya no eran saltamontes; se habían convertido en langostas.

Poco después, nutridos grupos de langostas de vivos colores se unían a otros grupos, y cuando agotaban la provisión local de alimentos, los saltamontes remontaban el vuelo en grandes masas. Un enjambre de cinco mil millones no era cosa desusada, cubría fácilmente unos cien kilómetros cuadrados y devoraba ochenta mil toneladas de vegetación en una sola noche.

Cuando la vanguardia de la nube de langostas comenzó a descender para alimentarse con el nuevo pasto verde, Ayla y Jondalar se vieron cubiertos por los insectos que les envolvían, les golpeaban y rebotaban contra ellos y los caballos. No fue difícil inducir a Whinney y Corredor para que se lanzaran al galope; en realidad, habría sido casi imposible contenerlos. Mientras corrían a toda velocidad, apremiados por el diluvio de langostas, Ayla trató de encontrar a Lobo, pero el aire estaba ocupado por los insectos que volaban, saltaban y brincaban. Emitió el silbido más estridente que estaba a su alcance, con la esperanza de que él la oyera a pesar del ensordecedor zumbido.

Casi chocó contra un estornino de plumaje rosado cuando el ave se zambulló en el aire y atrapó una langosta exactamente frente a la cara de la joven. Entonces comprendió por qué las aves se habían reunido en cantidad tan elevada. Les atraía el inmenso suministro de alimentos, con sus colores vivos muy visibles. Pero los grandes contrastes que atraían a los pájaros también permitían a las langostas verse unas a otras cuando necesitaban volar en busca de nuevos territorios en los cuales alimentarse; incluso las grandes bandadas de pájaros contribuían poco a reducir los enjambres de langostas mientras la vegetación fuera tan abundante que pudiese alimentar a las nuevas generaciones. Sólo cuando cesaban las lluvias y los pastizales

retornaban a su condición normal de agostamiento, que podía alimentar sólo a un reducido número, las langostas volverían a ser saltamontes inocuos y perfectamente camuflados.

El lobo los encontró poco después de que hubieran dejado atrás el enjambre. Una vez que los voraces insectos se instalaron en el terreno para pasar la noche, Ayla y Jondalar ya habían acampado lejos. Cuando partieron la mañana siguiente, enfilaron de nuevo hacia el norte, si bien se desviaron un poco hacia el oeste, en dirección a una alta colina, con el fin de obtener una visión del paisaje llano, porque deseaban tener cierta idea de la distancia que les separaba del Río de la Gran Madre. Más allá de la cima de la colina vieron el borde de la región que había sido visitada por la nube de langostas, la hirviente masa empujada hacia el mar por los fuertes vientos. Se sintieron abrumados al contemplar la devastación.

La bella y primaveral campiña colmada de flores coloridas y hierbas nuevas había desaparecido; estaba totalmente desnuda. Hasta donde les alcanzaba la vista, no existía vegetación sobre la tierra. Ni una hoja, ni una mata de hierba, ni un solo indicio de verde cubría el suelo desnudo. Todo lo que era vegetación había sido devorado por la hambrienta horda. Los únicos signos de vida eran algunos estorninos que buscaban las últimas y escasas langostas que habían quedado atrás. La tierra había sido asolada, convertida en un erial, y aparecía en un estado de indecente desnudez. Sin embargo, se recuperaría de esa indignidad provocada por criaturas que ella misma había creado en ciclos vitales naturales, y de las raíces ocultas y las semillas empujadas por el viento volvería a formar de nuevo su propia vestidura verde.

Cuando el hombre y la mujer desviaron la vista, contemplaron un espectáculo completamente distinto, que aceleró el latido de sus corazones. Hacia el este, un vasto espejo de agua relucía al sol; era el Mar de Beran.

Mientras miraba, Ayla comprendió que era el mismo mar que había conocido en su niñez. En el extremo meridional de una península que, desde el norte penetraba en aquel gran espejo de agua, se encontraba la caverna donde ella había vivido con el Clan de Brun cuando era pequeña. La vida en el pueblo del clan a menudo había sido difícil. De todos modos, Ayla conservaba muchos recuerdos felices de su niñez, aunque, cuando pensaba en el hijo que se había visto obligada a abandonar, inevitablemente sentía tristeza. Pero sabía que eso era todo lo que le quedaba de aquel hijo a quien nunca volvería a ver.

Era mejor que él viviese con el clan. Uba era su madre, y el viejo Brun le enseñaría a cazar con una lanza, una bola y una honda y le inculcaría las costumbres del clan; de ese modo, Durc sería honrado y aceptado, y no zaherido y escarnecido como le había sucedido a Rydag. Pero Ayla no podía dejar de formularse preguntas acerca de su hijo. ¿El clan continuaría viviendo en la península, o se habría acercado

más a otros clanes que vivían en tierra firme o en las altas montañas orientales?

—¡Ayla! Mira allí. Ése es el delta, y puedes ver el Donau, o por lo menos una parte. Al lado opuesto de la gran isla, ¿ves ese curso de agua fangosa y parda? Creo que es el brazo principal, el que está al norte. ¡Allí está el final del Río de la Gran Madre! —concluyó Jondalar, con voz excitada.

También él se sentía abrumado por recuerdos teñidos de tristeza. La última vez que había visto ese río estaba con su hermano, y ahora Thonolan se había ido al mundo de los espíritus. De pronto, recordó la piedra con la superficie opalescente que él había retirado del lugar donde Ayla había sepultado a Thonolan. Ella le había dicho que esa piedra guardaba la esencia del espíritu de Thonolan, y Jondalar se proponía entregarla a su propia madre y a Zelandoni cuando regresara. Estaba en su canasto. Quizá, pensó, debería sacarla y llevarla consigo.

—¡Oh, Jondalar! Allí, junto al río, ¿es humo? ¿Hay gente que vive cerca de ese río? —preguntó Ayla, entusiasmada ante la perspectiva.

—Es posible —dijo Jondalar.

—Entonces, démonos prisa. —Ayla comenzó a descender la ladera de la colina y Jondalar cabalgó a su lado—. ¿Quiénes crees que puedan ser? —preguntó ella—. ¿Los conoces?

—Tal vez. Los sharamudoi a veces llegan hasta aquí en sus botes para traficar. Fue así como Markeno conoció a Tholie. Ella estaba con un campamento mamutoi y había ido en busca de sal y conchas. —Jondalar se interrumpió y echó una ojeada en torno, mirando más atentamente el delta y la isla que estaba a continuación de un estrecho canal; finalmente, estudió la tierra que se extendía sobre el curso inferior—. A decir verdad, creo que no estamos muy lejos del lugar en que Brecie estableció el Campamento del Sauce… ¿el último verano? ¿Fue entonces? Nos llevó allí después de que su campamento nos salvara a Thonolan y a mí de las arenas movedizas…

Jondalar cerró los ojos, pero Ayla percibió su sufrimiento.

—Fueron las últimas personas a quienes mi hermano vio… aparte de mí. Viajamos juntos un poco más. Yo tenía la esperanza de que él la olvidaría, pero Thonolan no quiso vivir sin Jetamio. Ansiaba que la Madre se lo llevase —dijo Jondalar. Después, bajando los ojos, agregó—: Y entonces encontramos a Bebé.

Jondalar miró a Ayla y ella vio que la expresión del hombre cambiaba. El dolor continuaba allí y Ayla identificó la expresión especial que se reflejaba en el rostro varonil cuando el amor que sentía por ella era más de lo que podía soportar, más de lo que ella misma podía soportar. Pero había también otra cosa, algo que la atemorizaba.

—Nunca pude comprender por qué quiso morir… después. —Se volvió, y animando a Corredor para que avanzara más deprisa, gritó—: ¡Vamos! Dijiste que querías que nos diésemos prisa.

Ayla indicó a Whinney que debía correr, aunque con más cuidado, y siguió al hombre que se adelantaba montado en el corcel lanzado al galope, en dirección al río. La carrera los reanimó, logró disipar el estado de ánimo extraño y triste que el lugar

había provocado en ambos. El lobo, excitado por el ritmo de los caballos y los jinetes, corrió en pos de ellos, y cuando llegaron por fin al borde del agua y se detuvieron, Lobo alzó la cabeza y emitió una melodiosa canción lobuna de aullidos prolongados. Ayla y Jondalar se miraron y sonrieron, y ambos pensaron que era un modo adecuado de anunciar que habían llegado al río que sería su compañero durante la mayor parte del resto del viaje.

—¿Es esto? ¿Hemos llegado al Río de la Gran Madre? —preguntó Ayla, los ojos chispeantes.

—Sí, es esto —confirmó Jondalar, y después miró hacia el oeste, río arriba. No deseaba apagar el entusiasmo que Ayla sentía por haber llegado al río, pero sabía que aún les faltaba mucho trecho.

Tenían que desandar todo el camino a través del continente, para llegar a la meseta helada que cubría las tierras altas en el nacimiento de la gran corriente de agua, y después ir aún más lejos, casi hasta las Grandes Aguas del borde de la tierra, muy al oeste. A lo largo de su curso sinuoso de dos mil novecientos kilómetros, el Donau —el río de Doni, la Gran Madre Tierra de los zelandonii— recibía las aguas de más de trescientos afluentes, el drenaje de dos cadenas de montañas cubiertas por glaciares, e incorporaba también una carga de sedimento.

Dividiéndose a menudo en numerosos canales mientras serpenteaba a través de las extensiones más llanas de su curso, el gran río transportaba una prodigiosa acumulación de sedimento suspendido en su voluminoso caudal. Pero antes de llegar al final de su curso, la tierra fina se depositaba en una inmensa extensión en forma de abanico, una maraña fangosa de islas bajas y orillas rodeadas por lagos poco profundos y arroyos serpenteantes, como si la Gran Madre de los ríos se hubiese fatigado tanto después de su largo viaje que abandonaba su pesada carga de limo poco antes de llegar a su destino, y como si en adelante avanzara lentamente, trastabillando, para caer al mar.

El ancho delta al que habían llegado, de una longitud doble que su anchura, comenzaba a muchos kilómetros del mar. El río, tan crecido que no podía contenerlo un solo canal en la llanura lisa entre el antiguo macizo de rocas afloradas al este y las suaves y onduladas colinas que descendían gradualmente desde las montañas al oeste, se dividía en cuatro brazos principales, cada uno de los cuales seguía una dirección distinta. Los canales interconectaban los diferentes brazos, creando un laberinto de arroyos sinuosos que, a su vez, se ampliaban para formar muchos lagos y lagunas. Grandes extensiones de juncos rodeaban la tierra firme, que formaba una amplia gama, desde los salientes arenosos y desnudos hasta las grandes islas donde había bosques y estepas, y que estaban pobladas por uros y ciervos, así como sus correspondientes depredadores.

—¿De dónde provenía ese humo? —preguntó Ayla—. Seguramente hay cerca un campamento.

—Creo que de esa isla grande que hemos visto río abajo, pasado el canal —dijo

Jondalar, y señaló en aquella dirección.

Cuando Ayla miró, todo lo que vio al principio fue una pared de altos juncos, con los extremos superiores plumosos, de color púrpura, doblegándose a impulsos de la brisa, unos cuatro metros sobre el suelo empapado de agua en que crecían. Después, vio las hermosas hojas de color verde plateado de las mimbreras que se extendían más a lo lejos. Pasó un momento antes de que pudiera hacer otra observación que la desconcertó. La mimbrera era generalmente un arbusto que crecía tan cerca del agua que, con frecuencia, sus raíces quedaban sumergidas durante las estaciones húmedas. Se parecía a ciertos sauces, pero la mimbrera nunca alcanzaba la altura de un árbol. ¿Tal vez estaba equivocada? ¿Se trataría de sauces? Ayla rara vez cometía un error semejante.

Continuaron avanzando río abajo, y cuando estuvieron frente a la isla, entraron en el canal. Ayla miró hacia atrás para asegurarse de que las pértigas de las angarillas, apoyadas en el suelo, con el bote redondo atado entre ellas, no quedaran atascadas; luego comprobó que los extremos cruzados al frente se movían libremente mientras las pértigas flotaban en el agua, detrás de la yegua. Cuando habían preparado los bultos, disponiéndose a dejar detrás el ancho río, al principio habían pensado en abandonar el bote. Había cumplido su finalidad, que era permitirles cruzar el río; pero después de todo el trabajo que su construcción les había exigido, y aunque la travesía no se había desarrollado exactamente como ellos lo habían planeado, ahora rechazaban la posibilidad de abandonar la pequeña embarcación redonda.

Ayla tuvo la idea de sujetarlo a las pértigas, aunque eso significaba que Whinney tendría que llevar puesto el arnés y arrastrar constantemente la carga, pero Jondalar comprendió que la pequeña embarcación les facilitaría el cruce de los ríos. Podían cargar el bote con todas sus cosas, y de ese modo nada se mojaría; y en lugar de obligar a los caballos a tratar de cruzar guiándolos con una cuerda atada a su vez al bote, Whinney podría atravesar a nado a su propio paso, arrastrando una carga liviana y flotante. Cuando ensayaron el método en el siguiente río que tuvieron que cruzar, incluso descubrieron que era necesario despojar del arnés a Whinney.

La corriente tendía a arrastrar el bote y las pértigas, y eso preocupó a Ayla, sobre todo al ver que Whinney y Corredor se asustaban al verse sometidos a tirones en una situación en la que ellos no podían controlar su propio paso. Decidió diseñar de otro modo las correas de cuero y el arnés, para que fuera posible cortarlos en el instante en que pareciera ponían en peligro a la yegua; pero el caballo compensó el impulso de la corriente y aceptó sin mucha dificultad la carga. Ayla se había tomado el tiempo necesario para que el caballo se familiarizase con la nueva idea, y Whinney se había acostumbrado a las angarillas y confiaba en la mujer.

En cualquier caso, el ancho bote abierto era una invitación a aumentar los bultos. Comenzaron usándolo para llevar madera, estiércol seco y otros materiales combustibles que recogían en el camino y destinaban al fuego de la noche, y a veces dejaban allí sus canastos después de cruzar el agua. Habían llegado a varios cursos de

agua de diferente importancia que corrían en dirección al mar interior, y Jondalar sabía que muchos afluentes aparecerían en su camino mientras realizaban su viaje, desplazándose a lo largo del Río de la Gran Madre.

Mientras vadeaban las aguas claras del canal más externo del delta, el corcel se inquietó y relinchó nerviosamente. Corredor se mostraba receloso con los ríos después de su temida aventura, pero Jondalar se había mostrado muy paciente todas las veces que tuvo que guiar al animal joven y sensible para cruzar los pequeños cursos de agua que se interponían en el camino, lo que ayudaba al caballo a superar su temor. Esa actitud complacía al hombre, pues antes de llegar a su hogar tendría que cruzar un número mucho más elevado de ríos.

El agua se desplazaba lentamente y era tan transparente que podían verse los peces nadando entre las plantas acuáticas. Después de abrirse paso a través de los altos juncos, llegaron a la isla larga y angosta. Lobo fue el primero en llegar a la lengua de tierra. Se sacudió enérgicamente y a continuación remontó la orilla en pendiente, formada por arena húmeda y bien comprimida, mezclada con arcilla, que terminaba en un bosque próximo de hermosas mimbreras de color verde plateado que alcanzaban el tamaño de árboles.

—Lo sabía —dijo Ayla.

—¿Qué sabías? —preguntó Jondalar, sonriendo ante la expresión satisfecha de la joven.

—Estos árboles son iguales a los arbustos que crecían en el lugar donde dormimos aquella noche, cuando llovió tanto. Pensé que eran mimbreras, pero nunca había visto que alcanzaran el tamaño de árboles. Las mimbreras generalmente son arbustos, pero éstos podrían ser sauces.

Montaron y condujeron a los caballos al espacio fresco y aireado del bosque. Avanzaron en silencio, vieron las sombras de las hojas que se mecían a impulsos de la ligera brisa, moteando la alfombra de hierba abundante iluminada por el sol, y entre los árboles del bosque divisaron algunos uros que pastaban a lo lejos. El viento soplaba en esa dirección, y cuando el ganado salvaje olió la presencia de los forasteros, los animales se alejaron deprisa. Jondalar pensó que sin duda ya habían sido perseguidos por seres humanos.

Los caballos arrancaron bocados de forraje verde con los dientes delanteros, mientras avanzaban por la bella región boscosa. Ayla se paró y empezó a retirar el arnés de Whinney.

—¿Por qué te detienes aquí? —preguntó Jondalar.

—Los caballos desean pastar. Pensé que podíamos detenernos un rato.

—Creo que podríamos avanzar un poco más. —Jondalar parecía preocupado—. Estoy seguro de que hay personas en esta isla y quisiera saber quiénes son antes de detenernos.

—¡Tienes razón! —Ayla sonrió—. Dijiste que el humo salía de aquí. Es un lugar tan hermoso…, casi lo había olvidado.

El terreno se había elevado gradualmente, y tierra adentro comenzaron a aparecer alisos, álamos y sauces blancos en el bosque no demasiado frondoso. Estos árboles hacían más variado el follaje de color verde grisáceo claro. Después unos pocos abetos y una antigua variedad de pinos, tan viejos en la región como las propias montañas, añadían un toque de verde más oscuro al mosaico, al que el alerce contribuía con un matiz más claro, todo ello iluminado por las matas entre doradas y verdosas de hierbas de las estepas que estaban madurando y se agitaban mecidas por el viento. La enredadera trepaba por los troncos de los árboles y las lianas colgaban del dosel boscoso más denso, mientras en las depresiones iluminadas por el sol las tonalidades de arbustos de jóvenes robles y los matorrales más altos de avellanos contrastaban con el resto del paisaje.

La isla se elevaba a lo sumo siete u ocho metros sobre el nivel del agua, después se allanaba para formar un campo largo que era una estepa en miniatura, con festucas y espolines que mostraban matices dorados bajo la luz del sol. Cruzaron la escasa anchura de la isla y contemplaron una pendiente mucho más empinada de dunas de arena, asentada por el pasto de la playa, y el muérdago marino. Las laderas arenosas descendían hacia una caleta que formaba una acentuada curva, casi una laguna, enmarcada por altos juncos de puntas púrpura, mezclados con espadañas y eneas y muchas variedades de plantas acuáticas más pequeñas. En la caleta, los nenúfares formaban una alfombra tan espesa que el agua era apenas visible; encaramados en ella había innumerables garzas.

Más allá de la isla había un canal ancho de aguas fangosas, el brazo más septentrional del gran río. Cerca del extremo de la isla vieron una corriente de aguas claras que entraba en el canal principal; Ayla se sorprendió al ver las dos corrientes, una transparente y la otra pardusca a causa del limo, que corrían una al lado de la otra, con una clara división de colores. Pero, finalmente, el agua parda prevalecía y el canal principal enturbiaba la corriente clara.

—Mira eso, Jondalar —dijo Ayla, señalando la visible definición de las aguas paralelas.

—Así sabes cuándo estás en el Río de la Gran Madre. Ese brazo te llevará directamente al mar —dijo—. Pero, mira allí…

Más allá de un bosquecillo, en un lateral de la caleta, un fino hilo de humo se elevaba hacia el cielo. Ayla sonrió expectante, pero Jondalar sentía cierto recelo mientras se acercaban al humo. Si era humo de un fuego, ¿por qué no habían visto a nadie? Los habitantes sin duda ya les habían visto a ellos. ¿Por qué no habían acudido a darles la bienvenida? Jondalar acortó la cuerda que usaba para conducir a Corredor y le dio unas palmadas en el cuello en un gesto tranquilizador.

Cuando vieron el perfil de una tienda cónica, Ayla comprendió que habían llegado a un campamento, y se preguntó quiénes serían los que lo habitaban. Pensó incluso que podían ser mamutoi y ordenó a Whinney que siguiera de cerca a Jondalar. Entonces advirtió que Lobo adoptaba una postura defensiva, y emitió la señal que le

había enseñado. Lobo retrocedió para acercarse al costado del caballo que montaba Ayla, y entraron todos en el pequeño campamento.

Capítulo 11

Whinney siguió de cerca a Ayla cuando la mujer entró en el campamento y se acercó al fuego que aún enviaba al cielo un tembloroso hilo de humo. Había cinco refugios dispuestos en semicírculo, y el foso del fuego, que era una excavación poco profunda en el suelo, estaba frente al refugio central. El fuego ardía vivamente; era obvio que el campamento había sido usado hasta poco antes, pero nadie anunció su derecho al lugar saliendo a saludarles. Ayla miró en torno suyo, se asomó al interior de las viviendas que estaban abiertas, pero no vio a nadie. Desconcertada, examinó más a fondo los refugios del campamento para comprobar si podía averiguar un poco más acerca de sus habitantes, así como de la razón por la cual se habían alejado.

El sector principal de cada una de las estructuras era análogo a la tienda cónica usada por los mamutoi en sus campamentos de verano; existían, no obstante, visibles diferencias. Los Cazadores del Mamut a menudo ampliaban el espacio habitable agregando piezas semicirculares confeccionadas con cueros a la vivienda principal, y con frecuencia usaban otras estacas para sustentar los suplementos laterales; en cambio, los refugios de este campamento presentaban añadidos en los que intervenían juncos y hierbas del pantano. Algunos eran sencillamente techos en pendiente, montados sobre varas más delgadas; otros estaban totalmente cerrados y eran estructuras redondas levantadas con paja y esterilla tejidas, agregadas a la vivienda principal.

Junto a la entrada del refugio más próximo, Ayla vio una pila de raíces pardas de espadaña encima de una estera de juncos trenzados. Al lado de la estera había dos canastos. El primero, confeccionado con un tejido muy apretado, contenía agua algo fangosa, el segundo estaba casi lleno de raíces blancas recién peladas. Ayla se acercó y sacó del canasto una raíz. Aún estaba húmeda; seguramente la habían depositado allí minutos antes.

Cuando volvió a meterla en el recipiente, vio un objeto extraño en el suelo. Estaba confeccionado con hojas de espadaña, entretejidas de manera que se asemejase a una persona, con dos brazos que partían de los costados y dos piernas, y un pedazo de cuero suave alrededor, como una túnica. Dos cortas rayas que representaban los ojos habían sido trazadas con carbón en la cara, en tanto que otra raya dibujaba una sonrisa. Dos matas de espolín adheridas a la cabeza hacían las veces de cabellos.

Las personas con quienes Ayla había crecido no fabricaban imágenes excepto para representar sencillos signos del tótem, por ejemplo, las marcas que ella exhibía en la pierna. Cuando era muy pequeña, un león de la caverna la había arañado gravemente, y debido a aquel accidente tenía el muslo izquierdo marcado por cuatro líneas rectas. El clan usaba un signo análogo para representar al tótem del León de la Caverna. Por eso Creb se había sentido tan seguro de que el León de la Caverna era el tótem de Ayla, pese al hecho de ser considerado como un tótem masculino. El

Espíritu del León de la Caverna la había elegido y la había marcado él mismo y, por lo tanto, él era su protector.

Otros tótems del clan eran representados de forma similar, con signos esquemáticos derivados del movimiento o los gestos de la lengua de los signos. Pero la primera imagen realmente representativa que ella había visto jamás era el tosco esbozo de un animal que Jondalar había dibujado sobre un pedazo de cuero utilizado como blanco, de modo que, al principio, el objeto que vio en el suelo la desconcertó. Después, en un relámpago de intuición, comprendió de qué se trataba. Ayla no había visto nunca una muñeca mientras crecía, pero recordaba objetos análogos con los que jugaban los niños mamutoi y comprendió que era un juguete infantil.

Ayla se volvió y vio a Jondalar, que aún sostenía la cuerda que sujetaba a Corredor; estaba inclinado, con una rodilla doblada, en medio de una serie de esquirlas de pedernal, y examinaba un pedazo de la piedra que le interesaba. Miró a Ayla.

—Alguien ha estropeado una punta muy buena con un golpe final mal dado. Habría bastado con rozar apenas la punta, pero erró el blanco y el golpe fue demasiado fuerte… como si algo hubiera interrumpido de pronto al tallista. ¡Y aquí está el martillo de piedra! Sencillamente, lo abandonó.

Las muescas en la dura piedra ovalada indicaban que se había usado mucho la herramienta, y a un tallista que tenía experiencia trabajando el pedernal le resultaba difícil imaginar que alguien abandonase una de sus herramientas favoritas.

Ayla miró alrededor y vio pescado secándose sobre un bastidor y otros pescados enteros en el suelo, muy cerca. Uno tenía el vientre abierto, pero lo habían dejado allí. Había más indicios de tareas interrumpidas, pero ni la más mínima señal de la gente.

—Jondalar, hace poco aquí había personas, pero se han marchado precipitadamente. Incluso el fuego continúa ardiendo. ¿Dónde estarán?

—No lo sé, pero tienes razón. Se fueron deprisa. Lo abandonaron todo y… huyeron. Como si… tuvieran miedo.

—¿Por qué? —dijo Ayla, mirando alrededor—. No veo nada que sea temible.

Jondalar comenzó a menear la cabeza y entonces se dio cuenta de que Lobo olfateaba los rincones del campamento abandonado y metía el hocico en las tiendas, además de revisar los lugares donde habían dejado las cosas. A continuación, su atención se vio atraída por la yegua color de heno que pastaba cerca, arrastrando el armazón de estacas y el bote redondo, extrañamente desinteresada tanto de ellos como del lobo. Luego, el hombre se volvió para mirar al joven corcel de color pardo oscuro que le había seguido sin oponer la más mínima resistencia. El animal cargaba los canastos y la manta de montar y se mantenía pacientemente al lado de Jondalar, retenido tan sólo por el lazo sujeto a su cabeza con una tira de cuero y una cuerda.

—Ayla, creo que éste puede ser el problema. Sólo que nosotros no lo vemos —dijo. Lobo interrumpió de pronto su inquisitiva exploración, miró atentamente en dirección al bosque y partió en esa dirección—. ¡Lobo! —llamó Jondalar. El animal

se detuvo y miró al hombre, meneando la cola—. Ayla, será mejor que le llames, porque quizá descubra a la gente de este campamento y la atemorice todavía más.

Ayla silbó y Lobo corrió hacia ella. La joven acarició el cuello de Lobo, pero miró preocupada a Jondalar.

—¿Quieres decir que nosotros los asustamos? ¿Que huyeron porque nos temen?

—¿Recuerdas el Campamento del Espolín? ¿Cómo se comportaron al vernos? Piensa lo que debemos parecerles a la gente cuando nos ven por primera vez. Viajamos con dos caballos y un lobo. Los animales no viajan con las personas; por regla general las evitan. Incluso los mamutoi de la Reunión de Verano necesitaron algún tiempo para acostumbrarse a nosotros, a pesar de que llegamos con la gente del Campamento del León. Si piensas en ello, debes reconocer que Talut se mostró muy valeroso al invitarnos, junto con nuestros caballos, a morar en su campamento la primera vez que le vimos —recordó Jondalar.

—¿Qué podemos hacer?

—Creo que deberíamos marcharnos. La gente de este campamento probablemente se oculta en el bosque y nos observa; cree que provenimos de algún lugar del mundo de los espíritus. Eso es lo que yo pensaría si viese a gente como nosotros que aparece de improviso.

—¡Oh! Jondalar —gimió Ayla, de pie en el centro del campamento vacío experimentando un sentimiento de decepción y soledad, pues ansiaba con todas sus fuerzas hablar con alguien. Miró de nuevo alrededor del campamento, y después inclinó la cabeza, asintiendo—. Tienes razón. Si la gente se ha marchado y no quiere darnos la bienvenida, debemos irnos. Pero me hubiese gustado conocer a la mujer con el niño que dejó el juguete y hablar con ella. —Empezó a caminar hacia Whinney, que acababa de salir del campamento—. No quiero que la gente me tema —dijo, volviéndose hacia el hombre—. ¿Podremos hablar con alguien en el curso de este viaje?

—No sé qué sucederá con los desconocidos, pero estoy seguro de que podremos visitar a los sharamudoi. Tal vez al principio se muestren un tanto temerosos, pero me conocen. Y ya sabes cómo es la gente. Una vez pasado el temor inicial, los animales les interesan mucho.

—Lamento que hayamos asustado a esta gente. Podemos dejarles un regalo, aunque no hayamos compartido su hospitalidad —dijo Ayla, y empezó a buscar en sus canastos—. Creo que un poco de comida estará bien…, quizá unos trozos de carne.

—Sí, es una buena idea. Por mi parte, tengo unas puntas de flecha. Creo que les dejaré una para reemplazar la que el artesano echó a perder. No hay nada más decepcionante que echar a perder una buena herramienta cuando uno está a un paso de terminarla —dijo Jondalar.

Mientras buscaba en su mochila el envoltorio de cuero en que guardaba las herramientas, Jondalar recordó que cuando él y su hermano viajaban, en el camino

habían conocido a mucha gente que generalmente les daba la bienvenida y a menudo les ayudaban. Incluso en un par de ocasiones unos desconocidos les habían salvado la vida. Pero si la gente se inclinaba a temerles a causa de los animales que les acompañaban, ¿qué sucedería si Ayla y él llegaban a necesitar ayuda?

Abandonaron el campamento y remontaron las dunas arenosas que les condujeron al llano que formaba el nivel superior de la isla larga y angosta, deteniéndose al llegar a los terrenos cubiertos de hierba. Desde esa altura contemplaron la fina columna de humo del campamento y el río pardo que discurría más abajo, con su corriente que avanzaba visiblemente hacia la ancha extensión azul del Mar de Beran. De tácito acuerdo, ambos montaron y se volvieron hacia el este, para mirar mejor —por última vez— el gran mar interior.

Cuando llegaron al extremo oriental de la isla, aunque aún estaban en el territorio dominado por el río, se encontraban tan cerca de las aguas encrespadas del mar que podían ver las olas cubriendo los bancos de arena con su espuma blanquecina. Ayla miró más allá del agua y pensó que casi alcanzaba a distinguir el perfil de una península. La caverna del Clan de Brun, el lugar en que ella había crecido, estaba situada en el extremo meridional. Allí ella había dado a luz a su hijo y allí había tenido que dejarle cuando se vio obligada a partir.

Se preguntó cómo estaría. Sin duda, sería más alto que todos los varones de su edad. ¿Sería fuerte? ¿Estaría sano? ¿Se sentiría feliz? ¿La recordaría? Quién sabe. Si por lo menos pudiera verle una vez más, pensó Ayla, y entonces comprendió que si quería verle, ésta sería su última oportunidad. Jondalar proyectaba alejarse de allí en dirección al oeste. Ella jamás volvería a estar cerca de su clan o de Durc. ¿Por qué no dirigirse, en cambio, hacia el este? Tan sólo se trataría de un breve desvío lateral antes de continuar. Si evitaban la costa septentrional del mar, probablemente llegarían a la península en pocos días. Jondalar decía que estaba dispuesto a acompañarla, si deseaba tratar de encontrar a Durc.

—¡Ayla, mira! ¡No sabía que hubiera focas en el Mar de Beran! No he visto esos animales desde que era un chiquillo y salía de excursión con Willomar —dijo Jondalar, con voz que expresaba excitación y añoranza—. Nos llevó a Thonolan y a mí a ver las Grandes Aguas, y, después, el pueblo que vive cerca del borde de la tierra nos llevó al norte en una embarcación. ¿Habías visto focas alguna vez?

Ayla volvió su mirada hacia el mar, pero más cerca, al sitio que él señalaba. Varias criaturas oscuras, ágiles y perfiladas, con el bajo vientre de color gris claro, brincaban torpemente a lo largo de un banco de arena que se había formado detrás de algunas rocas casi sumergidas. Mientras ellos miraban, la mayor parte de las focas volvió a zambullirse en el agua, al percibir un cardumen de peces. Vieron emerger las cabezas mientras las últimas del grupo, más pequeñas y más jóvenes, también se zambullían. Instantes después se alejaron y desaparecieron con la misma rapidez con que habían llegado.

—Sólo desde lejos —respondió Ayla a la pregunta de Jondalar—, durante la

estación fría. Les gustaban los hielos flotantes frente a la costa. El clan de Brun no se dedicaba a cazarlas. Nadie podía acercárseles, aunque Brun habló en cierta ocasión del día en que vio a varias de ellas sobre las rocas, cerca de una caverna marina. Algunas gentes creían que eran espíritus acuáticos invernales, no animales; pero una vez vi algunas muy pequeñas sobre el hielo y no pude creer que los espíritus acuáticos tuviesen hijos. Nunca supe dónde iban en verano. Seguramente venían aquí.

—Cuando lleguemos a mi hogar te llevaré a ver las Grandes Aguas. No tienes ni idea. Lo que tú ves aquí es un ancho mar, mucho más grande que todos los lagos que he visto en el curso de mi vida, y según dicen es de agua salada, pero no es nada comparado con las Grandes Aguas. Es como el cielo. Nadie llegó jamás procedente del lado opuesto.

Ayla percibió la ansiedad en la voz de Jondalar y sintió el anhelo de volver al hogar. Sabía que él no vacilaría en acompañarla si intentaba buscar el clan de Brun y a su hijo, si le decía que esto era lo que deseaba. Porque la amaba. Pero ella también le amaba y sabía que él se sentiría desgraciado a causa de su demora. Contempló el gran espejo de agua y después cerró los ojos tratando de contener las lágrimas.

De todos modos, pensó, no sabría dónde buscar al clan. Y ya no era el Clan de Brun. Ahora era el Clan de Broud y no le darían la bienvenida. Broud había lanzado contra ella la maldición de la muerte; estaba muerta para todos ellos, era un espíritu. Si ella y Jondalar habían atemorizado al campamento de la isla a causa de los animales y de su capacidad aparentemente sobrenatural de controlarlos, ¿cuánto más no atemorizarían al clan? Probablemente incluso a Uba y a Durc. A los ojos de aquella gente, ella sería un ser que retornaba del mundo de los espíritus y los animales que eran sus amigos constituían la mejor prueba de ello. Creían que un espíritu que volvía del país de los muertos lo hacía con el propósito de perjudicarlos.

Pero una vez que se encaminasen hacia el oeste, sería un paso definitivo. En adelante, y por el resto de su vida, Durc no sería más que un recuerdo. No tendría esperanza de volver a verle nunca. Ésa era la elección que debía realizar. Pensó que su decisión había sido tomada mucho tiempo atrás, pero no imaginaba que el dolor podría ser aún tan intenso. Volvió la cabeza, porque no quería que Jondalar viese las lágrimas que fluían a sus ojos mientras contemplaba la extensión de agua de color azul profundo, y en aquel momento Ayla envió por última vez un silencioso adiós a su hijo. Una renovada punzada de dolor atravesó su corazón, y comprendió que ese sufrimiento la acompañaría durante toda su vida.

Volvieron la espalda al mar y comenzaron a caminar a través de las altas hierbas de la estepa de la gran isla, permitiendo que los caballos descansaran y paciesen. El sol, luminoso y cálido, brillaba alto en el cielo. Trémulas oleadas de calor se elevaban del suelo polvoriento, portadoras del aroma cálido de la tierra y de lo que en ella crecía. En la planicie sin árboles que se extendía a cierta altura sobre la faja larga y estrecha

de tierra, avanzaron protegidos por los sombreros de hierba trenzada, pero la evaporación de los canales fluviales circundantes cargaba el aire de humedad; gruesas gotas de sudor descendían ahora sobre la piel polvorienta de los viajeros. Éstos recibían agradecidos el ocasional hálito fresco del mar, la brisa irregular que traía el fuerte olor de la vida albergada en sus aguas profundas.

Ayla se detuvo para quitar de su frente la honda de cuero, sujetándola bajo el cordel que llevaba a la cintura, pues no quería que se humedeciese demasiado. Lo sustituyó por un pedazo de cuero blanco, análogo al que usaba Jondalar, aplicado sobre la frente y atado detrás, para absorber la humedad que le empapaba la piel.

Continuó andando y vio un saltamontes verdoso que saltaba y caía después para ocultarse en el acto, gracias al camuflaje de su color. Luego vio otro. Algunos emitían sonidos esporádicos que recordaban los enjambres de langostas. Pero aquí eran tan sólo una variedad más de insectos, como las mariposas que exhibían sus brillantes colores en una danza estremecida sobre los extremos superiores de la festuca, o el inofensivo zángano, que se asemejaba a la abeja de afilado aguijón y que ahora revoloteaba sobre un capullo.

Aunque el terreno elevado era mucho más pequeño, tenía el aspecto conocido de las estepas secas; pero cuando llegaron al extremo opuesto de la isla y miraron, se sintieron asombrados ante el mundo amplio, extraño y húmedo del enorme delta. Hacia el norte, a la derecha, estaba la tierra firme; más allá de una franja de arbustos ribereños había un pastizal de apagados matices dorados y verdosos. Pero hacia el sur y el oeste, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista —en la distancia parecía tan sólido y dilatado como la tierra—, quedaba el universo pantanoso que era la salida del gran río. Formaba un amplio lecho de juncos de un verdor intenso, que se balanceaban en un movimiento constante como el del mar, con el ritmo que le imprimía el viento, interrumpido sólo por algunos árboles que proyectaban sombras sobre el verde ondulante y los senderos sinuosos de los cursos de agua.

Mientras descendían por la ladera a través de los bosques abiertos, Ayla advirtió la presencia de los pájaros, un sinfín de variedades como no había visto nunca en un solo lugar, algunas de ellas desconocidas. Cuervos, cuclillos, estorninos y tórtolas emitían cada cual su gorjeo peculiar. Una golondrina, perseguida por un halcón, se zambulló y viró, y luego se hundió entre los juncos. Los milanos negros que volaban a gran altura y los busardos de los pantanos que rozaban el suelo buscaban peces muertos o moribundos. Las pequeñas currucas y los cazamoscas saltaban de los arbustos a los árboles altos, y las minúsculas tringas, los petirrojos y los alcaudones volaban de rama en rama. Las golondrinas flotaban en las corrientes de aire, casi sin mover una sola pluma, los poderosos pelícanos, con su vuelo majestuoso, navegaban en las alturas batiendo las alas anchas y poderosas.

Ayla y Jondalar emergieron en un sector diferente del río cuando llegaron de nuevo al agua, cerca de un matorral de sauces cabrunos que era la sede de una heterogénea colonia de aves del pantano: garzas nocturnas, pequeños airones, garzas

púrpuras, cormoranes, y sobre todo relucientes ibis, todos ellos anidando juntos. En el mismo árbol, el acolchado nido de una variedad a menudo estaba a sólo una rama de distancia del nido de una especie completamente distinta, y en varios había huevos o polluelos. Las aves parecían mirar a los seres humanos y a los animales con tanta indiferencia como se miraban unas a otras, pero el activo lugar, hirviente de incesante actividad, era una atracción que el lobo joven y curioso era incapaz de ignorar.

Se aproximó lentamente, en actitud acechante, pero le distrajo la plétora de posibilidades. Finalmente, se abalanzó sobre cierto arbolito. Con estridentes chillidos y batir de alas, los pájaros más cercanos se elevaron en el aire, seguidos inmediatamente por otros que recibieron la advertencia. Otros más echaron a volar. El aire se pobló de aves del pantano, no cabía duda de que la vida aviar predominaba en el delta, puesto que más de diez mil individuos de diversas especies de la colonia mixta giraban y revoloteaban en un vuelo dramático.

Lobo volvió hacia el bosque, con la cola entre las patas, aullando y gañendo de temor ante la conmoción que él mismo había provocado. Para acrecentar el tumulto, los caballos, nerviosos y asustados, comenzaron a encabritarse y relinchar; después, galoparon hacia el agua.

Las angarillas limitaron los movimientos de la yegua, que en cierto modo tenía un carácter más equilibrado. Se aquietó con bastante rapidez, pero Jondalar tuvo bastantes dificultades con el joven corcel. Corrió hacia el agua en pos del caballo, y cuando la profundidad aumentó, se echó a nadar, y de pronto desapareció de la vista. Ayla consiguió rescatar a Whinney del canal y volver a tierra firme. Después de calmar y acariciar al animal, desenganchó las pértigas que el animal arrastraba y retiró el arnés para que la yegua corriese libremente y terminara de tranquilizarse. Seguidamente lanzó un silbido para llamar a Lobo. Fueron necesarios varios silbidos más para que el animal obedeciera, y cuando regresó, llegaba de una dirección distinta, de un lugar mucho más alejado del curso inferior, lejos del árbol que reunía a las aves y los nidos.

Ayla se quitó las ropas mojadas y se puso prendas secas, sacadas de un canasto; a continuación juntó leña para hacer fuego mientras esperaba a Jondalar. También él necesitaría cambiarse; felizmente, los canastos con sus cosas estaban en el bote redondo, donde se mantenían secas. Pasó un tiempo antes de que regresara y se acercase desde el oeste al fuego encendido por Ayla. Corredor había recorrido bastante trecho río arriba cuando Jondalar pudo alcanzarlo.

El hombre continuaba irritado con Lobo, lo cual era evidente no sólo para Ayla, sino también para el animal. El lobo esperó hasta que por fin Jondalar se sentó para beber una taza de infusión caliente, habiéndose cambiado previamente de ropa, y entonces se aproximó, arrastrándose sobre las patas delanteras, meneando la cola como un cachorro ansioso de jugar, gimiendo en tono de ruego. Cuando estuvo lo bastante cerca, Lobo trató de lamer la cara de Jondalar. El hombre le rechazó al principio aunque terminó por permitir que el tenaz animal se aproximara; Lobo

pareció tan complacido que Jondalar tuvo que ceder.

—Parece que estuviera diciendo que lo lamenta, pero es difícil creerlo. ¿Cómo puede lamentarlo? Es un animal. Ayla, ¿es posible que Lobo sepa que se comportó mal y que lo sienta? —preguntó Jondalar.

Ayla no estaba sorprendida. Había visto actitudes semejantes cuando ella misma aprendió a cazar y observaba a los animales carnívoros a los que había elegido como presa. Las actitudes de Lobo hacia el hombre eran análogas al modo en que un lobo joven se comportaba a menudo con respecto al macho que era el jefe de la manada.

—No sé lo que sabe, ni lo que piensa —contestó Ayla—. Sólo puedo juzgar por sus actos. Pero ¿no sucede lo mismo con la gente? Uno nunca puede saber lo que alguien realmente sabe o piensa. Necesita juzgar por sus actos, ¿no te parece?

Jondalar asintió, sin saber todavía lo que debía creer o no. Ayla no dudaba de que Lobo lo sentía, pero no creía que eso importase demasiado. Lobo solía comportarse del mismo modo cuando ella intentaba que aprendiera a mantenerse lejos del calzado de cuero de la gente del Campamento del León. Había necesitado mucho tiempo para enseñar al lobo que debía dejar el calzado en paz, y por lo mismo no creía que él estuviera ya preparado para renunciar a la persecución de las aves.

El sol rozaba los picos altos e irregulares del extremo oriental de la larga cadena de montañas que se elevaba al oeste y arrancaba reflejos luminosos a las facetas heladas. La cordillera descendía desde las alturas de los peñascos meridionales a medida que avanzaba hacia el norte, y los picachos se suavizaban para convertirse en cimas redondeadas cubiertas por un reluciente manto blanco. Hacia el noroeste, las cumbres montañosas desaparecían detrás de una cortina de nubes.

Ayla se adelantó por una invitadora abertura de la orilla boscosa del delta fluvial y se detuvo. Jondalar iba detrás. El pequeño bosquecillo, con su alfombra de hierba, era un lugar un poco más amplio en una acogedora franja de árboles que conducía directamente a una laguna serena.

Aunque los brazos principales del gran río estaban colmados de un limo lodoso, la compleja red de canales y arroyos laterales que serpenteaban entre los juncos del enorme delta tenía agua limpia y potable. Los canales a veces se ensanchaban para formar amplios lagos o plácidas lagunas, rodeados por una gran diversidad de juncos, eneas, cañas y otras plantas, y a menudo estaban cubiertos por lirios acuáticos. Los resistentes nenúfares ofrecían lugares de descanso a las garzas más pequeñas y a innumerables ranas.

—Éste parece un buen sitio —dijo Jondalar, pasando la pierna sobre el cuello de Corredor y saltando ágilmente al suelo. Retiró sus canastos, la manta de montar y el cabestro, y soltó al joven corcel. El caballo avanzó en línea recta hacia el agua, y un momento después Whinney se le unió.

La yegua entró primero en el río y comenzó a beber. Al cabo de un momento

empezó a golpear el agua con las patas, originando grandes salpicaduras que le empaparon el pecho y mojaron al joven corcel que bebía cerca de ella. La yegua inclinó la cabeza oliendo el agua, las orejas vueltas hacia delante. Después dobló las patas bajo el cuerpo, se zambulló en el agua, rodó de costado y se tumbó de espaldas. Con la cabeza en alto y las patas batiendo el aire, se revolvió complacida, frotando el cuerpo en el fondo de la laguna; después se echó sobre el costado opuesto. Corredor, que había estado mirando cómo se revolcaba su madre en el agua fresca, no pudo esperar más, e imitándola, se echó sobre los bajíos que estaban cerca de la orilla.

—Cualquiera hubiera dicho que ya se habían mojado bastante —dijo Ayla, que se acercó a Jondalar.

Él se volvió sonriendo al observar a los caballos.

—Les encanta chapotear en el agua, sin hablar del lodo o el polvo. No sabía que a los caballos les gustaba tanto revolcarse así.

—Ya sabes que les encanta que les rasquen. Creo que es su manera de rascarse solos —comentó la mujer—. A veces se rascan uno al otro, e incluso se comunican en qué parte quieren que les rasquen.

—Ayla, ¿cómo pueden comunicarse eso? A veces creo que te imaginas que los caballos son personas.

—No, los caballos no son personas. Son ellos mismos, pero obsérvalos alguna vez cuando están cabeza con cola. Uno rasca al otro con los dientes y después espera que lo rasquen en el mismo lugar —explicó Ayla—. Tal vez le dé un buen peinado a Whinney con la carda seca. Seguramente siente calor y picazón porque soporta el día entero las correas de cuero. A veces pienso que deberíamos abandonar el bote redondo…, aunque la verdad es que nos ha sido útil.

—Siento calor y picazón. Creo que también iré a nadar. Esta vez sin ropa —dijo Jondalar.

—Yo también lo haré, pero primero quiero sacar las cosas de los canastos. Las ropas que se mojaron todavía están húmedas. Las colgaré de esos arbustos y así se secarán. —Extrajo un bulto húmedo de uno de los canastos y comenzó a extender las prendas sobre las ramas de un matorral de aliso—. No me importa que las ropas se hayan mojado —indicó Ayla, mientras se ponía un taparrabos—, encontré un poco de raíz jabonosa, he lavado algunas prendas mientras te esperaba.

Mientras ayudaba a Ayla a colgar las ropas, Jondalar sacudió una prenda y descubrió que era su túnica. Se la mostró a la joven.

—Me ha parecido oír que habías lavado tus ropas mientras me esperabas.

—Lavé las tuyas después de que te cambiaste. El exceso de sudor pudre el cuero y ya estaban muy manchadas —explicó ella.

Jondalar no recordaba que se preocupase mucho por el sudor o las manchas cuando había viajado con su hermano, pero, de todos modos, la actitud de Ayla le complacía.

Cuando estuvieron preparados para entrar en el río, Whinney ya salía. Se detuvo

en la orilla con las patas separadas, y después comenzó a sacudir la cabeza. La enérgica sacudida recorrió el cuerpo hasta llegar a la cola. Jondalar alzó sus brazos para protegerse de la rociada. Riendo, Ayla entró en el río y con las dos manos recogió más agua para arrojarla al hombre que comenzaba a sumergirse. Apenas el agua le llegó a la altura de las rodillas, Jondalar devolvió el favor. Corredor, que había concluido su baño y estaba cerca, recibió parte de la mojadura y retrocedió; después se encaminó hacia la orilla. Le gustaba el agua, pero en las condiciones que él mismo elegía.

Cuando se cansaron de jugar y nadar, Ayla comenzó a pensar en la cena de ambos. Del agua emergían hojas en forma de punta de lanza con flores de tres pétalos blancos que se oscurecían hasta volverse de color púrpura en el centro; y ella sabía que el tubérculo rico en almidón de la planta era nutritivo y agradable al paladar. Extrajo algunas plantas del fondo lodoso con los dedos de los pies; los tallos eran frágiles y se quebraban con demasiada facilidad, de modo que no convenía arrancarlos. Mientras Ayla regresaba a la orilla, también recogió plátanos acuáticos para cocinar y rábanos picantes que comerían crudos. El dibujo regular de unas hojas pequeñas y anchas que crecían a partir de un centro y flotaban en la superficie atrajo su atención.

—Jondalar, no pises esas castañas de agua —dijo, señalando los frutos con espinas diseminadas sobre la orilla arenosa.

Él recogió uno para examinarlo más de cerca. Las cuatro puntas estaban dispuestas de tal modo que mientras una siempre se aferraba al suelo, las otras apuntaban hacia arriba. Meneó la cabeza y la tiró al suelo. Ayla se inclinó para recogerla, junto con otras más.

—No es bueno pisarlas —indicó Ayla, en respuesta a la mirada interrogante de Jondalar—, pero son buenas para comer.

En la orilla, en la sombra que se formaba junto al agua, Ayla vio una conocida planta alta, de hojas color verde azulado, y miró alrededor para buscar otra planta cualquiera de hojas flexibles más o menos grandes para protegerse las manos mientras las arrancaba. Aunque había que tener cuidado mientras estaban frescas, las hojas aguzadas y urticantes serían deliciosas una vez cocidas. Una bardana acuática, que crecía al borde mismo del agua y alcanzaba casi la altura del hombre, tenía hojas basales de un metro de longitud que servirían perfectamente, pensó Ayla, y además también podían cocerse. En las inmediaciones crecían uña de caballo y varios tipos de helechos con sabrosas raíces. El delta ofrecía abundancia de alimentos.

Frente a la costa, Ayla vio una isla de altos juncos y espadañas que crecían en los bordes. Era probable que la espadaña fuese siempre un alimento frecuente para ellos. Estaban muy difundidas, eran prolíficas y tenían muchas partes comestibles, desde las viejas raíces aplastadas para separar las fibras del almidón, que se convertía en pulpa o en una sustancia que espesaba la sopa, a las raíces nuevas, ingeridas frescas o cocidas, y también la base de los tallos floridos, sin hablar de la densa concentración

de polen, que podía convertirse en una especie de pan, todo era delicioso. Cuando eran frescas, las flores, agrupadas cerca del extremo del alto tallo, como un trozo de peluda cola de gato, también eran sabrosas.

El resto de la planta era útil en otros aspectos: las hojas, para fabricar canastos y esteras, y la pelusa y las flores, una vez desprendida la semilla, formaban un acolchado absorbente y una yesca excelente. Aunque Ayla, gracias a sus piedras de pirita de hierro, no necesitaba usarlas, sabía que los tallos leñosos y secos del año anterior podían retorcerse entre las dos palmas de la mano para hacer fuego, o utilizarse como combustible.

—Jondalar, saquemos el bote y vayamos a esa isla para recoger espadaña —pidió Ayla—. Hay muchas otras cosas buenas para comer que crecen allí, en el agua, como las vainas de semillas de esos lirios acuáticos y las raíces. Los tallos y las raíces de esos juncos tampoco son malos. Están bajo el agua, pero puesto que ya nos hemos mojado nadando, bien podemos arrancar algunos. Luego lo colocamos todo en el bote para traerlo aquí.

—Nunca has estado en este lugar. ¿Cómo sabes que esas plantas son buenas para comer? —preguntó Jondalar mientras desataba el bote sujeto a las angarillas.

Ayla sonrió.

—Había lugares pantanosos como éste cerca del mar, no lejos de nuestra caverna, en la península. No tan grandes como éste, pero también eran cálidos en verano, como ocurre aquí, e Iza conocía las plantas y el sitio en que podía encontrarlas. Nezzie me enseñó otras especies más.

—Me parece que conoces todas las especies que existen.

—Conozco muchas, pero no todas, y menos aún aquí. Ojalá pudiese preguntar a alguien. La mujer de esa isla grande, la que se fue cuando estaba limpiando raíces, probablemente hubiera podido informarme; lamento no haber podido conversar con ellos —dijo Ayla.

Su decepción era evidente y Jondalar comprendió que ansiaba la compañía de otras personas. Él también añoraba la presencia de la gente y deseaba haber podido relacionarse con alguien.

Empujaron el bote redondo hasta el borde del agua y se metieron en él. La corriente era lenta, pero más perceptible desde el interior de la embarcación redonda que se mecía y tuvieron que apresurarse a coger los remos para evitar ser arrastrados río abajo. Lejos de la orilla y de la alteración que habían provocado con su baño, el agua estaba tan clara que los cardúmenes de peces podían verse nadando alrededor de las plantas sumergidas. Algunos tenían proporciones bastante respetables, y Ayla pensó que, a la vuelta, atraparía algunos.

Se detuvieron frente a una concentración de nenúfares, tan densa que apenas podían ver la superficie del estanque. Cuando Ayla salió del bote y se sumergió en el agua, para Jondalar no fue tarea fácil mantener en su lugar la embarcación. El bote tendía a girar cuando él intentaba retroceder, pero cuando los pies de Ayla tocaron el

fondo al mismo tiempo que se aferraba al costado de la embarcación, el pequeño cuenco flotante se estabilizó. Utilizando los tallos de las flores como guía, Ayla buscó las raíces con los dedos de los pies y las arrancó del suelo blando, recogiéndolas cuando flotaban sobre la superficie en medio de una nube de lodo.

Cuando Ayla se encaramó al bote, éste giró otra vez, pero los dos pudieron controlarlo con los remos, y después enfilaron hacia la isla, profusamente cubierta de juncos. Una vez cerca, Ayla advirtió que en las proximidades de la orilla crecía la variedad más pequeña de espadañas, así como arbustos de sauce, algunos casi del tamaño de árboles.

Remaron a través de la espesa vegetación en busca de un banco de arena, pero cuando apartaron los juncos no encontraron tierra firme, ni siquiera un banco de arena sumergido, y después de haberse abierto camino, el paso que habían practicado se cerró rápidamente detrás de ellos. Ayla tuvo un mal presentimiento y Jondalar experimentó la terrible sensación de ser capturados por una presencia invisible, rodeados como estaban por la selva de altos juncos. Sobre sus cabezas volaban pelícanos, pero tuvieron una impresión vertiginosa de que su vuelo recto se curvaba. Cuando miraron hacia atrás, entre el tupido cañaveral, les pareció que la orilla opuesta giraba lentamente.

—¡Ayla, estamos moviéndonos! ¡Girando! —gritó Jondalar, quien comprendió de pronto que lo que giraba no era la tierra que estaba enfrente, sino ellos mismos, porque la corriente movía en círculo tanto la embarcación como la isla entera.

—Salgamos de aquí —dijo ella, echando mano de su remo.

Las islas del delta eran generalmente de existencia efímera y siempre estaban sujetas a los caprichos de la Gran Madre de los ríos. Incluso las que ofrecían una densa vegetación de juncos podían desintegrarse, o la vegetación que comenzaba en una pequeña isla podía llegar a ser tan frondosa como para que una maraña de plantas se extendiera sobre el agua.

Cualquiera que fuese la causa inicial, las raíces de los juncos flotantes se entrelazaban y formaban una plataforma que sostenía la sustancia en descomposición —organismos acuáticos y vegetales— y ese material fertilizaba el rápido crecimiento de otros juncos. Con el tiempo se convertirían en islas flotantes cubiertas por distintas plantas. La enea, las variedades más pequeñas de espadaña de hojas angostas, los juncos, los helechos, incluso los arbustos de sauce que, con el tiempo, se convertían en árboles, crecían junto a los bordes, si bien los esbeltos juncos, que alcanzaban una altura de cuatro metros, constituían la vegetación principal. Algunos cenagales se transformaban en grandes paisajes flotantes, traicioneramente engañosos en su laberíntica ilusión de solidez y permanencia.

Valiéndose de los pequeños remos, aunque con bastante esfuerzo, obligaron al pequeño bote redondo a salir de la isla flotante. Cuando de nuevo llegaron a la periferia del inestable cenagal, descubrieron que no estaban frente a la tierra firme, sino ante las aguas abiertas de un lago, y la vista era tan espectacular que se les cortó

el aliento. Sobre el fondo verde oscuro se delineaba una densa concentración de pelícanos blancos; cientos de miles agrupados, de pie, sentados, acurrucados en nidos confeccionados con juncos flotantes. Arriba, otros miembros de la enorme colonia volaban a diferentes niveles, como si los terrenos en que anidaban estuvieran demasiado llenos y ellos costeasen el lugar con sus grandes alas, en espera de que hubiese sitio libre.

Principalmente blancos, con un leve toque de rosado y las alas bordeadas por las plumas de color gris oscuro, las grandes aves alimentaban con sus largos picos y los abultados buches al racimo de polluelos de pelícano cubiertos de un suave plumón. Las ruidosas aves jóvenes silbaban y rezongaban, y los adultos respondían con gritos profundos y ásperos, todo en número tan elevado que la combinación era ensordecedora.

Parcialmente ocultos por las cañas, Ayla y Jondalar observaron fascinados la enorme colonia. Al oír un rezongo profundo, elevaron los ojos hacia el pelícano que volaba a escasa altura, y se preparaba para aterrizar, sostenido por las olas desplegadas que tenían una envergadura de tres metros. Llegó a un punto que estaba cerca del centro del lago, plegó las alas y se dejó caer como una piedra, golpeando el agua con un chasquido en un descenso torpe y desmañado. A poca distancia, otro pelícano, con las alas extendidas, se abalanzaba a través del espejo abierto del agua y trataba de remontar el vuelo. Ayla comenzó a comprender por qué preferían anidar a orillas del lago. Necesitaban mucho espacio para remontar el vuelo, aunque una vez en el aire, su vuelo era grácil y elegante.

Jondalar tocó el brazo de Ayla y señaló las aguas poco profundas, cerca de la isla, donde varias de las grandes aves nadaban formando una especie de frente que avanzaba con movimientos lentos. Ayla observó un momento y después sonrió al hombre. A cada poco, la hilera completa de pelícanos hundía simultáneamente la cabeza en el agua, y después, todos juntos, como si obedeciesen una orden, la alzaban, chorreándoles el agua de los grandes y largos picos. Algunos, pero no todos, habían atrapado algunos peces a los que estaban empujando. Otros podrían comer más tarde, pero todos continuaban moviéndose y hundiendo la cabeza en el agua, con un movimiento perfecto y rítmico.

Algunas parejas de otra variedad de pelícanos, con marcas un tanto distintas, y otros de una pollada anterior, anidaban en los bordes de la gran colonia. En la compacta aglomeración y sus alrededores, también anidaban y procreaban otras especies de aves acuáticas divertidas. Cormoranes, somormujos y una diversidad de patos, entre ellos los patos pelucones y los silvestres de ojos blancos y cresta roja. El pantano vibraba con una profusión de aves, todas ellas cazando y devorando los innumerables peces a su alcance.

El vasto delta era una extravagante y ostentosa demostración de abundancia natural; una riqueza de vida que se manifestaba casi con insolencia. Indemne, sin mácula, regida por su propia ley natural y sujeta únicamente a su exclusiva voluntad

—y al gran vacío de donde provenía—, la Gran Madre Tierra se complacía en crear y mantener la prolífica diversidad de la vida. Sin embargo, asqueada por la furia depredadora, despojada de sus recursos, destruida por la contaminación sin freno y manchada por el exceso y la corrupción, su fecunda capacidad para crear y sustentar podía verse anulada.

Aunque convertida en estéril por la agresión destructiva, agotada su gran fertilidad productora, la ironía definitiva aún sería suya. Incluso estéril y despojada, la madre despreciada tenía poder para destruir lo que ella había creado. El dominio no puede imponerse; las riquezas de la Madre Tierra no pueden ser arrebatadas sin su conocimiento, sin tener su cooperación, sin respetar sus necesidades. Su voluntad de vivir no puede suprimirse sin pagar el castigo definitivo. Sin ella, la vida presuntuosa que ella creó no puede sobrevivir.

Aunque Ayla podía haber observado mucho más tiempo a los pelícanos, por fin comenzó a arrancar algunas de las espadañas y a depositarlas en el bote, pues ése era el motivo de la visita. Habían empezado a remar alrededor de la masa de juncos flotantes. Cuando volvieron a ver tierra, estaban mucho más cerca de su campamento. Apenas aparecieron, fueron saludados por un aullido largo, prolongado, rebosante de inquietud. Después de su incursión para cazar, Lobo había seguido el rastro de Jondalar y de Ayla y hallado el campamento sin dificultad; pero, al no encontrarlos allí, el joven animal se inquietó.

La mujer correspondió con un silbido para calmar la inquietud del lobo. Éste corrió hacia el borde del agua, elevó la cabeza y aulló de nuevo. Cuando cesó el aullido, olfateó las huellas, corrió arriba y abajo a lo largo de la orilla, y después se zambulló en el agua y comenzó a nadar hacia ellos. Al aproximarse, se apartó del bote y enfiló hacia la masa de juncos flotantes, confundiéndola con una isla.

Lobo trató de alcanzar la orilla inexistente, exactamente como habían hecho Ayla y Jondalar, pero chapoteó y se debatió entre los juncos, sin encontrar tierra firme. Finalmente, regresó nadando al bote. Con bastante dificultad, el hombre y la mujer aferraron el pelaje mojado del animal y lo depositaron en el bote redondo revestido de cuero. Lobo estaba tan excitado y aliviado a la vez que se abalanzó sobre Ayla y le lamió la cara, y acto seguido hizo lo mismo con Jondalar. Cuando al fin se calmó, permaneció en el centro del bote, se sacudió y aulló de nuevo.

Sorprendidos, oyeron en respuesta un aullido de lobo, después unos pocos gañidos y otra respuesta. Estaban rodeados por otra serie de aullidos lobunos, esta vez muy próximos. Ayla y Jondalar se miraron con un escalofrío de aprensión, sentados y desnudos en el pequeño bote, y escucharon los aullidos de una manada que provenía, no de la costa, donde terminaba el agua, sino de la isla flotante.

—¿Cómo puede haber lobos allí? —preguntó Jondalar—. No es una isla, no hay tierra, ni siquiera un banco de arena.

«Quizá en realidad no fueran lobos», pensó el hombre estremeciéndose. Tal vez fuesen… otra cosa…

Mirando atentamente entre los cañaverales, en dirección al lugar de donde había llegado el último aullido, Ayla alcanzó a ver una piel de lobo y unos ojos amarillos que la observaban. Después, un movimiento a mayor altura atrajo su atención. Miró hacia arriba y, parcialmente oculto por el follaje, distinguió un lobo que les contemplaba desde la cruceta de un árbol, con la lengua colgando.

Los lobos no trepaban a los árboles. Por lo menos, ninguno de los que ella había visto antes, y a decir verdad Ayla había visto muchos lobos. Tocó a Jondalar y señaló hacia donde se encontraba el lobo. El hombre vio al animal y contuvo la respiración. Parecía un auténtico lobo, pero ¿cómo se había encaramado al árbol?

—Jondalar —murmuró Ayla—, salgamos de aquí. No me gusta esta isla que no es una isla, con lobos que pueden trepar a los árboles y caminar sobre un suelo que no existe.

El hombre estaba tan nervioso como ella. Remontaron rápidamente las aguas del canal. Cuando estaban cerca de la orilla, Lobo saltó del bote. El hombre y la mujer lo siguieron y se apresuraron a arrastrar al pequeño bote hasta tierra firme, cogiendo las lanzas y los lanzadores. Los dos caballos miraban en dirección a la isla flotante. Normalmente, los lobos se mostraban tímidos y no les molestaban, sobre todo porque los olores mezclados de los caballos, los humanos y otro lobo constituían una situación extraña, pero ninguno se sentía seguro con respecto a estos lobos. ¿Eran lobos comunes, auténticos, o algo… contra natura?

Si el control en apariencia sobrenatural que ejercían sobre los animales no hubiera alejado a los habitantes de la gran isla, hubiesen sabido, gracias a aquellas personas familiarizadas con el pantano, que los extraños lobos no eran más antinaturales que ellos mismos. La tierra húmeda del gran delta era el hogar de muchos animales, incluso de los lobos de los juncos. Vivían principalmente en los bosques de las islas, pero se habían adaptado tan bien a aquel ambiente de aguas abundantes a lo largo de miles de años, que podían desplazarse fácilmente sobre los lechos de juncos flotantes. Incluso habían aprendido a trepar a los árboles, y eso, en un paisaje móvil e inundado, les proporcionaba una enorme ventaja cuando las crecidas los aislaban.

Que los lobos pudieran medrar en un ambiente que era casi acuático demostraba su gran capacidad de adaptación. Era esta misma adaptación que les permitía convivir tan bien con los seres humanos lo que, en el transcurso del tiempo, a pesar de que todavía podían procrear con sus antepasados salvajes, haría que llegasen a domesticarse por completo, hasta el extremo de que parecerían pertenecer a una especie distinta y muchos de ellos no se asemejasen en absoluto a los lobos.

Al otro lado del canal, en la isla flotante, se veían ahora varios lobos, dos de ellos en los árboles. Lobo miró expectante primero a Ayla y después a Jondalar, como si esperara instrucciones de los jefes de su manada. Otro de los lobos de los juncos emitió un aullido; el resto se le unió, provocando un escalofrío en la columna vertebral de Ayla. El sonido parecía distinto al de la canción de los lobos que ella estaba acostumbrada a oír, aunque no podía decir exactamente por qué. Cabía la

posibilidad de que las reverberaciones del agua modificasen el tono, pero en todo caso acentuaba su inquietud acerca de los misteriosos lobos.

La situación terminó de súbito cuando los lobos desaparecieron, tan silenciosamente como se habían presentado. Momentos antes el hombre y la mujer, armados de sus lanzadores y acompañados de Lobo, se encontraban frente a una manada de extraños lobos de la que tan sólo les separaba un curso de agua, e instantes después los animales se habían ido. Ayla y Jondalar, que aún sostenían sus armas, se encontraron de pronto mirando fijamente a los inofensivos juncos y las espadañas y sintiéndose algo estúpidos a la par que inquietos.

Una fresca brisa, que hizo estremecer su piel desnuda, les advirtió que el sol había descendido tras las montañas que se levantaban al oeste y que caía la noche. Dejaron en el suelo sus armas, se vistieron deprisa, y a continuación se apresuraron a encender una fogata y a completar la organización del campamento; pero ambos parecían un tanto alicaídos. Ayla descubrió que con frecuencia comprobaba el estado de los caballos y se alegró de que éstos hubiesen decidido pastar en el campo verde en el que ellos habían acampado.

Mientras las sombras rodeaban el resplandor dorado del fuego, los dos mantenían un extraño silencio, atentos a los sonidos nocturnos del delta del río que surcaban el aire. Los graznidos de las garzas nocturnas ponían de manifiesto su actividad al anochecer, y luego sonó el canto de los grillos. Un búho emitió un fúnebre ulular. Ayla oyó un resuello entre los árboles cercanos y pensó que debía tratarse de un jabalí. Atravesando la distancia, el tartajeo grotesco de una hiena de las cavernas la sobresaltó, y después sonó más cerca el alarido frustrado de un gran felino al que se le había escapado la presa. Se preguntó si sería un lince, o quizá un leopardo de las nieves, y continuó esperando el aullido de los lobos; pero no hubo nada.

Ahora que las sombras aterciopeladas ocupaban todos los rincones y borraban los perfiles, apareció el acompañamiento de los restantes sonidos manifestándose en todos los intervalos de los anteriores. Desde todos los canales y las orillas de los ríos, los lagos y los estanques cubiertos de nenúfares, un coro de ranas ofrecía una serenata a la audiencia invisible. Las voces profundas y graves de las ranas de los pantanos y de las ranas comestibles marcaban el tono del coro anfibio, y los sapos de vientre rojizo se sumaron con su melodía resonante a modo de carillón. Servían de contrapunto los aflautados trinos de los sapos de diferentes colores, que se combinaron con el suave canturreo de los sapos cavadores, todo ello en armonía con la cadencia del áspero karreck-karreck-karreck de las ranas arborícolas.

Cuando Ayla y Jondalar se cubrieron con las pieles de dormir, el canto incesante de las ranas se había confundido con los demás sonidos familiares, pero los esperados aullidos de los lobos, cuando al fin se oyeron a lo lejos, continuaron provocando escalofríos en Ayla. Lobo irguió la cabeza y contestó a la llamada.

—¿Echará de menos a la manada de lobos? —preguntó Jondalar, rodeando con el brazo los hombros de Ayla. La joven se acurrucó contra el cuerpo del hombre,

reconfortada por su calidez y su cercanía.

—No lo sé, pero a veces me lo pregunto. Bebé me abandonó para buscar a su compañera, pero el león macho siempre deja su territorio para buscar compañera de otro grupo.

—¿Crees que Corredor querrá abandonarnos? —preguntó el hombre.

—Whinney se ausentó un tiempo y vivió con un rebaño después de que su corcel muriera. No todos los caballos machos viven con rebaños de hembras. Cada rebaño elige un macho solo y éste tiene que rechazar a los demás. Los corceles jóvenes y los más viejos viven generalmente juntos en su propio rebaño, pero todos se sienten atraídos por las yeguas cuando es la temporada de compartir los placeres. Estoy segura de que Corredor hará lo mismo, pero en ese caso tendrá que luchar con el macho elegido —explicó Ayla.

—Tal vez pueda sujetarlo con una cuerda cuando llegue el momento —dijo Jondalar.

—No creo que debas preocuparte durante cierto tiempo. Los caballos suelen compartir los placeres en primavera, poco después de nacer las crías. Me preocupa más la gente con la cual podamos cruzarnos en nuestro viaje. No saben que Whinney y Corredor son especiales. Alguien puede intentar hacerles daño. Y tampoco parecen muy dispuestos a aceptarnos.

Mientras Ayla yacía en brazos de Jondalar, se preguntó lo que su pueblo pensaría de ella. Jondalar advirtió que Ayla estaba silenciosa y pensativa. La besó, pero ella no pareció tan sensible como de costumbre. Jondalar pensó que quizá estuviera fatigada; había sido un día muy movido. Él también estaba cansado. Se durmió escuchando el coro de las ranas. Despertó porque la mujer que estaba en sus brazos se agitaba y gritaba.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¡Despierta! No pasa nada.

—¡Jondalar! ¡Oh!, Jondalar —exclamó Ayla, aferrándose a él—. Estaba soñando… con el clan. Creb intentaba decirme algo importante, pero nos hallábamos en el fondo de una caverna y estaba oscuro. Yo no podía ver lo que él decía.

—Probablemente has estado acordándote de ellos. Los mencionaste cuando estábamos en esa isla, mirando el mar. Me pareció que estabas inquieta. ¿Tal vez pensabas que ahora los dejabas atrás? —preguntó.

Ayla cerró los ojos y asintió, no muy segura de que pudiese pronunciar dos palabras sin llorar, y además no se atrevía a mencionar la inquietud que sentía en relación con su pueblo, ya que se preguntaba si la aceptarían no sólo a ella, sino también a los caballos y a Lobo. El clan y su hijo estaban perdidos para ella y no quería perder también a su familia de animales, si lograban llegar al hogar de Jondalar sanos y salvos con ellos. Sólo deseaba saber lo que Creb había intentado decirle en el sueño.

Jondalar la abrazó, consolándola con su calidez y su amor, comprendiendo su pena, pero sin saber qué decir. No obstante, la proximidad del hombre bastó para

calmarla.

Capítulo 12

El brazo septentrional del Río de la Gran Madre, con su compleja red de canales, era el límite superior sinuoso y serpenteante del amplio delta. Los matorrales y los árboles estaban cerca del borde externo del río, pero más allá del angosto límite, fuera de la fuente inmediata de humedad, la vegetación leñosa dejaba paso a los pastos de la pradera. Cabalgando casi hacia el oeste a través de los pastizales secos, cerca de la faja boscosa, pero evitando los sinuosos recodos del río, Ayla y Jondalar lo remontaron por la orilla izquierda.

Se aventuraban a menudo en las tierras pantanosas, generalmente acampaban cerca del río y con frecuencia se asombraban ante la diversidad que veían. La ancha desembocadura ofrecía un aspecto uniforme vista desde lejos, cuando se encontraban en la extensa isla, mas a corta distancia revelaba una amplia gama de paisajes y vegetación, desde la arena desnuda hasta el bosque frondoso.

Cierto día cabalgaron dejando a su espalda un campo tras otro de espadañas, con penachos pardos agrupados como salchichas, coronados por púas cubiertas por masas de polen amarillo. Al siguiente, vieron amplios cuadros de gigantescos juncos, cuya altura era dos veces la de Jondalar, los cuales crecían junto a la variedad más corta y grácil; las esbeltas plantas proliferaban cerca del agua y formaban racimos más densos.

Las islas formadas por depósitos del limo en suspensión, por lo general largas y angostas lenguas de tierra constituidas por arena y arcilla, soportaban el embate de las aguas del río que fluía y de las corrientes encontradas del mar. El resultado era un variado mosaico de macizos de juncos, tierras bajas y anegadas, estepas y bosques en muchas etapas diferentes de desarrollo, todo ello sometido a rápidos cambios e infinidad de sorpresas. Esta permanente diversidad se extendía incluso más allá del límite. Los viajeros, de pronto, se encontraron con lagos que habían comenzado como depósitos de sedimentos en el río.

La mayor parte de las islas se habían estabilizado inicialmente gracias a las plantas de la playa y a las hierbas gigantes que alcanzaban una altura de casi un metro y medio y hacían las delicias de los caballos; su elevado contenido en sal atraía también a muchos otros animales. Sin embargo, el paisaje podía cambiar tan velozmente que a veces surgían islas, dentro de los confines de la inmensa desembocadura del río, con plantas todavía supervivientes en las dunas interiores al lado de bosques totalmente desarrollados, con su acompañamiento de lianas colgantes.

Mientras el hombre y la mujer avanzaban a lo largo del gran río, a menudo tenían que cruzar pequeños afluentes, pero los arroyos de aguas rápidas apenas eran perceptibles cuando los caballos los atravesaban chapoteando, y los pequeños cursos de agua en general podían vadearse fácilmente. Las tierras bajas anegadas de los canales que estaban secándose lentamente y cuyo curso había cambiado presentaban

otros riesgos. Jondalar prefería dar un rodeo. Tenía perfecta conciencia del peligro de los terrenos pantanosos y del suelo suave y limoso que a menudo se formaba en esos lugares, a causa de la ingrata experiencia que él y su hermano habían sufrido cuando pasaron por allí. En cambio, desconocía los peligros que a veces se ocultaban bajo el abundante verdor.

Había sido un día largo y caluroso. Jondalar y Ayla, que buscaban un lugar para acampar durante la noche, se acercaron al río y vieron lo que parecía una posibilidad accesible. Descendieron una ladera en dirección a un bosquecillo fresco y sugestivo, con altas sargas, que proyectaban sombra sobre un prado especialmente verde. De pronto, una liebre parda y grande apareció ante ellos al otro extremo del campo. Ayla animó a Whinney a seguir adelante, al mismo tiempo que extraía la honda de su cintura, pero cuando comenzaron a atravesar el prado, el caballo vaciló porque sintió que el suelo firme bajo sus cascos se convertía en una sustancia esponjosa.

La mujer percibió casi inmediatamente el cambio de paso; afortunadamente, su primera reacción instintiva fue aceptar la actitud de la yegua, a pesar de que su pensamiento en ese momento era conseguir la cena. Frenó en el mismo momento en que Jondalar y Corredor llegaban al galope. El joven corcel también sintió el suelo más blando, pero llevaba más impulso, de modo que avanzó unos pocos pasos más.

El hombre casi salió despedido cuando las patas delanteras de Corredor se hundieron en una masa de lodo espeso y limoso, pero consiguió sostenerse y saltó al costado del caballo. Con un relincho agudo y un movimiento brusco, el joven corcel, con las patas traseras todavía apoyadas en suelo firme, logró sacar una pata del pantano que comenzaba a absorberla. Entonces retrocedió y, al encontrar un punto de apoyo firme, Corredor tiró hasta que la otra pata se liberó bruscamente de la arena movediza con un gorgoteo sonoro.

El joven caballo estaba impresionado, y el hombre se detuvo para apoyar la mano, en un gesto tranquilizador, sobre el cuello arqueado; después, arrancó una rama de un arbusto cercano y la usó para explorar el terreno que tenía al frente. Cuando el pantano se tragó la rama, tomó la tercera pértiga larga, que no se utilizaba en las angarillas, y exploró el suelo con ella; aunque cubierto de juncos y eneas, el estrecho campo era un profundo vertedero de arcilla y limo mezclados con agua. La ágil retirada de los caballos había impedido un posible desastre, pero en adelante Jondalar y Ayla se aproximaron con más prudencia al Río de la Gran Madre. Su caprichosa diversidad podía encerrar algunas sorpresas inesperadas.

Las aves continuaban siendo la vida silvestre predominante en el delta, en particular varias especies de garzas, airones y patos, así como una cantidad de pelícanos, cisnes, gansos, grullas y algunas cigüeñas negras e iris de brillantes colores que anidaban en los árboles. Las temporadas para anidar variaban según las especies, pero todas tenían que reproducirse durante el período más cálido del año. Los viajeros recogieron huevos de las diferentes aves para preparar comidas rápidas y fáciles —incluso Lobo descubrió el truco consistente en romper las cáscaras— y se

aficionaron a algunas de las variedades que tenían un leve sabor a pescado.

Al cabo de algún tiempo, se acostumbraron a las aves del delta. Hubo menos sorpresas cuando comenzaron a tomar conciencia de lo que podían esperar, pero una tarde, cuando se acercaban cabalgando a los bosques de sarga plantada que crecían junto al río, presenciaron una escena asombrosa. Los árboles crecían frente a un amplio estanque, casi un lago, aunque al principio creyeron que era tierra más firme, pues los grandes nenúfares lo cubrían por completo. La visión que atrajo la atención de los dos consistía en la presencia de centenares de airones más pequeños, posados —los largos cuellos formaban una S y los largos picos estaban preparados para atrapar al pez— en casi todos los resistentes nenúfares que rodeaban a cada flor blanca, abierta y fragante.

Seducidos por el espectáculo, observaron un rato y después decidieron alejarse, temerosos de que Lobo acudiera a la carrera y asustase a las aves que ocupaban cada una su puesto. Estaban a poca distancia del lugar, atareados en organizar su campamento, cuando vieron centenares de airones de cuello largo elevándose en el aire. Jondalar y Ayla se detuvieron y contemplaron la escena mientras las aves, moviendo las grandes alas, se convertían en siluetas oscuras sobre el fondo de nubes rosadas del cielo del este. El lobo apareció trotando en el campamento, y Ayla supuso que era él quien había espantado a los airones. Aunque Lobo en realidad no intentaba atrapar ningún ejemplar, le divertía tanto perseguir a las bandadas de aves del pantano que Ayla se preguntaba si acaso procedía así porque le gustaba verlas elevarse hacia el cielo. En todo caso, ella desde luego se sentía maravillada por el espectáculo.

Ayla despertó a la mañana siguiente sintiéndose acalorada y con la piel pegajosa. El calor era cada vez más intenso y no tenía ganas de levantarse. Experimentó el deseo de descansar siquiera fuese un día. En realidad, más que fatigada, estaba cansada de viajar. Se dijo que incluso los caballos necesitaban descansar. Jondalar había insistido en seguir adelante, y ella adivinaba la necesidad que le impulsaba, pero si un día importaba tanto en la travesía del glaciar, como él insistía en afirmar, entonces ya era demasiado tarde. Necesitarían más de un día, seguro, con el tiempo apropiado, para avanzar sin riesgo. De todos modos, cuando él se levantó y comenzó a preparar las cosas, Ayla le imitó.

A medida que la mañana avanzaba, el calor y la humedad, incluso en la llanura abierta, se hicieron cada vez más agobiantes, y cuando Jondalar propuso que se detuvieran para nadar, Ayla aceptó sin vacilar. Se acercaron al río y contemplaron complacidos el claro sombreado que terminaba en el agua. Un arroyo estacional, todavía un poco fangoso y repleto de hojas en descomposición, dejaba apenas un pequeño sector de hierba, pero era un rincón fresco y atractivo, rodeado de pinos y sauces. Conducía a una zanja fangosa llena de agua, y un poco más lejos, en un recodo del río, una playa estrecha y pedregosa avanzaba hacia un estanque tranquilo,

moteado por el sol que se filtraba a través de las ramas colgantes de los sauces.

—¡Esto es perfecto! —exclamó Ayla con una ancha sonrisa.

Al ver que la joven comenzaba a desenganchar las angarillas, Jondalar preguntó:

—¿Crees que es realmente necesario? No permaneceremos aquí mucho tiempo.

—Los caballos también necesitan descansar, y quizá deseen revolcarse en el suelo o bañarse —dijo Ayla, mientras retiraba de Whinney los canastos y la manta—. Y me gustaría esperar a que Lobo nos alcanzara. No le he visto en toda la mañana. Seguramente descubrió el olor de algo maravilloso y estará persiguiéndolo con todas sus fuerzas.

—Está bien —concedió Jondalar, y comenzó a desatar las cuerdas que sujetaban los canastos al lomo de Corredor. Los depositó en el interior del bote redondo que estaba al lado de Ayla y descargó sobre la grupa del corcel una palmada amistosa, para indicarle que era libre de seguir a su madre.

La joven se despojó rápidamente de sus escasas prendas y entró en el estanque, mientras Jondalar se detenía para orinar. Miró a Ayla y ya no pudo apartar los ojos. Estaba de pie con el agua reluciente hasta las rodillas, iluminada por un rayo de sol que se deslizaba a través de una abertura entre los árboles, envuelta en un halo luminoso y dorado que le encendía los cabellos y arrancaba reflejos a la piel desnuda y bronceada de su cuerpo flexible.

Al observarla, Jondalar se sintió impresionado por la belleza de Ayla. Durante un momento, el amor intenso que sentía por ella le abrumó y pareció que le anudaba la garganta. Ayla se inclinó para recoger agua con las manos y mojarse el cuerpo; aquel gesto acentuó la redonda plenitud de sus caderas y mostró la piel más pálida del interior del muslo, al mismo tiempo que provocaba en Jondalar una oleada de calor y deseo. Jondalar miró el miembro que aún sostenía en la mano y sonrió, y comenzó a pensar en algo más que en la posibilidad del baño.

Ella le miró cuando comenzó a internarse en el agua, vio su sonrisa y la expresión conocida y apremiante en los intensos ojos azules, y después vio la forma de su virilidad que comenzaba a cambiar. Experimentó una agitación profunda como respuesta; luego, se relajó, y cierta tensión de la que no se había dado cuenta se disipó. Ese día no continuarían el viaje, por lo menos si ella podía evitarlo. Ambos necesitaban un cambio de rumbo, una distracción que les complaciera y excitase.

Él había advertido la mirada que Ayla le dirigió, y en cierto momento percibió la respuesta positiva y un leve cambio de postura de la joven. Sin que en realidad cambiase de posición, su actitud se hizo más invitadora. La reacción de Jondalar fue evidente. No habría podido ocultarla, aunque lo deseara.

—El agua está maravillosa —dijo Ayla—. Ha sido una buena idea venir a nadar. Hace demasiado calor.

—Sí, siento mucho calor —confirmó Jondalar, con una sonrisa pícara mientras se acercaba a ella—. No sé cómo lo consigues, pero no puedo controlarme cuando estás cerca.

—¿Por qué quieres controlarte? Yo tampoco me domino cuando tú estás cerca. Es suficiente que me mires de ese modo, y ya estoy dispuesta.

Sonrió, con la sonrisa amplia y hermosa que a él le encantaba.

—¡Oh, mujer! —suspiró Jondalar mientras la abrazaba. Ella le echó los brazos al cuello y Jondalar se inclinó para tocar los labios suaves de Ayla con los suyos en un beso firme y prolongado. Deslizó las manos por la espalda de Ayla y sintió la piel bronceada por el sol. A ella le encantaba la caricia de Jondalar y respondió con un ansia instantánea y sorprendente.

Él bajó más las manos, hasta las nalgas suaves y redondeadas, y la estrechó aún más. Ella sintió toda la longitud de su tibia dureza contra el estómago, pero el movimiento la hizo perder el equilibrio. Trató de reaccionar, pero una piedra se hundió bajo su pie. Se prendió de Jondalar para sostenerse y desequilibró al hombre cuando los pies se le deslizaron. Golpearon ruidosamente el agua al caer y después se incorporaron riendo.

—No te habrás lastimado, ¿verdad? —preguntó Jondalar.

—No —contestó ella—, pero el agua está fría y yo pretendía entrar poco a poco. Ahora que estoy mojada creo que iré a nadar. ¿No es lo que hemos venido a hacer?

—Sí, pero eso no significa que no podamos hacer también otras cosas —dijo Jondalar. Vio que el agua llegaba exactamente bajo los brazos de Ayla y que sus pechos llenos flotaban, recordándole las proas curvas de un par de botes con extremos duros y rosados. Se inclinó y lamió un pezón, sintiendo su tibieza en el agua fría.

Ella respondió estremecida y echó la cabeza hacia atrás para permitir que la sensación la colmase. Él buscó el otro pecho, lo encerró en la mano; después deslizó la otra mano por el costado de Ayla y la acercó más. Ayla sentía intensamente, y la presión de la palma de Jondalar que rozaba el pezón duro enviaba nuevos ramalazos de placer a través del cuerpo femenino. Él succionó el otro pezón y después lo frotó y besó el resto del pecho y ascendió por la garganta y el cuello. Le sopló suavemente al oído y después buscó los labios de la joven. Ella entreabrió apenas la boca y sintió el contacto de la lengua del hombre y a continuación su beso.

—Ven —dijo él, cuando se separaron; se incorporó y le ofreció una mano para ayudarla—. Vamos a nadar.

Se internaron en el estanque, hasta que el agua alcanzó la cintura de Ayla; después apretó contra su cuerpo a la joven para besarla otra vez. Ella sintió la mano del hombre entre sus piernas y la frescura del agua cuando él le entreabrió los pliegues, y una sensación más intensa cuando encontró el nudo pequeño y duro y lo frotó.

Ayla dejó que la sensación la recorriese. Después, pensó que aquello estaba sucediendo con demasiada prisa, tanto que casi estaba dispuesta. Respiró hondo, se apartó de la mano de Jondalar, y riendo, le salpicó.

—Creo que deberíamos nadar —dijo Ayla, y extendió los brazos, nadando unas

cuantas brazadas. El estanque en que nadaban era pequeño y estaba cerrado en el lado opuesto por una isla sumergida cubierta por un denso lecho de juncos. Después de atravesar el estanque, ella se puso de pie y miró a Jondalar. Éste sonrió y Ayla sintió la fuerza del magnetismo masculino, de su necesidad, de su amor, y le deseó. Jondalar nadó hacia ella y Ayla comenzó a nadar de regreso a la playa. Cuando se encontraron, él se volvió y la siguió.

Donde el agua era menos profunda, Jondalar se puso de pie y dijo:

—Bien, ya hemos nadado. —Y le cogió la mano y la llevó hacia la playa. La besó otra vez y sintió que ella le aferraba con más fuerza; Ayla pareció derretirse en los brazos de Jondalar, cuando sus pechos, su estómago y muslos se apretaron contra el cuerpo del hombre.

—Ahora es el momento de hacer otras cosas —dijo él.

Ayla sintió que se le cortaba la respiración y él vio que sus ojos se dilataban. La voz de Ayla se estremeció un poco cuando intentó hablar.

—¿A qué te refieres? —preguntó, tratando de insinuar una sonrisa burlona.

Él se echó sobre la alfombra de hierba y tendió una mano a Ayla.

—Ven aquí, te lo demostraré.

Ayla se sentó al lado de Jondalar. Él la acostó al mismo tiempo que la besaba, y enseguida, sin más preliminares, se movió para cubrirla. Deslizándose, le abrió las piernas y le pasó la lengua tibia sobre los pliegues húmedos y frescos. Los ojos de Ayla se abrieron de forma desmesurada y se estremeció ante la súbita y palpitante oleada que la invadió en lo más profundo de su ser. Después sintió una dulce comezón cuando él le succionó en el lugar de los placeres.

Jondalar deseaba saborearla, bebérsela, y sabía que ella estaba preparada. Su propia excitación se acentuó cuando percibió la respuesta de la joven, y las entrañas le dolían de deseo en el instante mismo en que su virilidad, poderosa y levemente curva, alcanzaba su máxima proporción. La frotó con la nariz, la mordisqueó, la sorbió, manipulándola con la lengua, y después se inclinó para saborear el interior de Ayla, y la degustó. Pese a toda su ansiedad, deseaba continuar así eternamente. Le encantaba darle placer.

Ayla sintió que el frenesí se acentuaba en su interior, gimió, después gritó cuando percibió que se aproximaba a la culminación y casi llegaba a la cima.

Si él hubiera querido, podría haberse liberado incluso sin penetrar en ella, pero también le encantaba sentirla cuando estaba dentro. Deseaba que hubiese un modo de hacer todo simultáneamente.

Ella extendió las manos hacia Jondalar y se alzó para ir a su encuentro mientras el clamoroso torbellino que se desataba en su interior se acentuaba; entonces, casi sin darse cuenta, de pronto, se produjo la erupción. Él sintió la humedad y la tibieza de Ayla; entonces se elevó un poco y, al acercarse, encontró la deliciosa entrada; con un movimiento enérgico e impetuoso, la llenó por completo. Su ansiosa virilidad estaba tan dispuesta, que no sabía cuánto tiempo podría esperar.

Ella pronunció el nombre de Jondalar, le buscó con las manos, ansiaba tenerle, y se arqueaba para corresponder al ímpetu del hombre. Él se zambulló otra vez y sintió la totalidad del abrazo femenino, y entonces, estremeciéndose y gimiendo, se retiró un poco y sintió la exquisita presión en sus entrañas cuando su órgano sensible provocó sensaciones profundas en su cuerpo. Y de pronto, estaba allí, no podía esperar más; cuando atacó de nuevo, sintió que el estallido de los placeres le transportaba. Ayla gritó con él, cuando su frenético deleite la desbordó.

Jondalar desencadenó unos pocos impulsos más; después se derrumbó sobre ella y ambos descansaron de la estimulante excitación y la tempestuosa liberación. Al cabo de un rato, él alzó la cabeza y Ayla se movió apenas para besarle, consciente del olor y el sabor a sí misma, lo que siempre le recordaba los increíbles sentimientos que Jondalar podía evocar en ella.

—Pensé que deseaba que esto durase, que tardásemos mucho tiempo, pero estaba tan preparada para ti…

—Bueno; eso no significa que no pueda durar —dijo Jondalar, y vio que los labios de Ayla dibujaban una lenta sonrisa.

Jondalar rodó de costado y después se sentó.

—Esta playa pedregosa no es muy cómoda —comentó—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo advertí, pero ahora que lo mencionas, tengo una piedra clavada en la cadera y otra en el hombro. Creo que deberíamos buscar un lugar más blando… donde puedas acostarte —dijo ella con una sonrisa pícara y cierto brillo en los ojos—. Pero ante todo, quiero nadar de verdad. Quizá haya aquí cerca un canal más hondo.

Volvieron al río, nadaron la corta distancia del estanque, y continuaron aguas arriba, atravesando el lecho poco profundo y fangoso de juncos. En el otro lado, el agua, de pronto, se volvió más fría, y enseguida el suelo se hundió bajo sus pies y se encontraron en un canal abierto que seguía un curso sinuoso entre los juncos.

Ayla se adelantó a Jondalar, pero él hizo un esfuerzo y la alcanzó. Ambos eran nadadores vigorosos y no tardaron en mantener una competición amistosa, desplazándose a lo largo del canal abierto que se curvaba y pasaba entre los altos juncos. Estaban tan igualados, que la ventaja más pequeña podía determinar que uno u otro se adelantase. Ayla iba delante cuando llegaron a una bifurcación en la que los nuevos canales describían una curva tan brusca que cuando Jondalar giró había perdido de vista a la joven.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¿Dónde estás? —llamó. No hubo respuesta. Llamó de nuevo y avanzó por uno de los canales. Éste viraba sobre sí mismo; lo único que el hombre podía ver era una superficie cubierta de juncos. Dondequiera que mirase, sólo había paredes de altos juncos. Dominado por un súbito pánico, volvió a llamar:

—¡Ayla! ¿En qué lugar del frío mundo acuático de la Madre estás?

De pronto oyó un silbido, el mismo que Ayla empleaba para llamar a Lobo. Un sentimiento de alivio le dominó, pero parecía sonar mucho más lejos de lo que él

hubiera pensado. Silbó en respuesta y oyó la contestación de Ayla, y entonces comenzó a nadar para volver atrás. Llegó al lugar en que el canal se dividía y siguió la otra bifurcación.

También ésta giraba sobre sí misma y continuaba por otro canal. Sintió que una fuerte corriente le arrastraba y de repente se encontró avanzando río abajo. Pero delante de él descubrió a Ayla, que nadaba con todas sus fuerzas para compensar el empuje de la corriente, y trató de acercarse a la joven. Ella continuó avanzando cuando él se puso a su altura, temerosa de que la corriente la llevase de nuevo al canal si se detenía. Él se volvió y nadó río arriba, al lado de Ayla. Cuando llegaron a la bifurcación, se detuvieron para descansar, mientras se mantenían a flote.

—¡Ayla! ¿En qué estabas pensando? ¿Por qué no te aseguraste de que yo sabía adónde ibas? —la censuró Jondalar en voz alta.

Ella le sonrió, consciente de que la cólera de Jondalar era un modo de liberar la tensión provocada por el temor y la inquietud.

—Sólo intentaba adelantarte. No imaginaba que el canal hiciera esa curva tan brusca ni que la corriente fuera tan fuerte. Me arrastró antes de que yo misma comprendiese lo que sucedía. ¿Por qué es tan violenta?

Aliviada la tensión, y más tranquilo ahora que ella estaba a salvo, la irritación de Jondalar se disipó rápidamente.

—No lo sé —dijo—. Es extraño. Tal vez estemos cerca del canal principal, o quizá el suelo bajo el agua esté hundiéndose.

—Bien, volvamos. Estas aguas son frías y quiero llegar a esa playa soleada —concluyó Ayla.

Con la ayuda de la corriente, en el trayecto de regreso nadaron más despacio. Aunque no era tan fuerte como la corriente del otro canal, también los transportaba. Ayla se volvió para flotar de espaldas y contempló los juncos verdes que se deslizaban y, arriba, la bóveda celeste azul claro. El sol continuaba iluminando el cielo por el este, pero estaba alto.

—¿Recuerdas si entramos por este canal, Ayla? —preguntó Jondalar—. Me parece reconocer este sitio.

—Había tres pinos altos en hilera en la orilla, y el árbol del centro era más grande. Estaban detrás de algunos sauces de ramas colgantes —dijo ella, y después se volvió para nadar de nuevo.

—Aquí hay muchos pinos junto al agua. Tal vez deberíamos acercarnos a la orilla. Es posible que hayamos pasado de largo —dijo él.

—No lo creo. El pino que crecía más cerca de la orilla tenía una deformación extraña. Todavía no lo he visto. Espera…, allí delante…, ahí está, ¿lo ves? —gritó Ayla, acercándose al lecho de juncos.

—Tienes razón —dijo Jondalar—. Por aquí hemos pasado. Los juncos están torcidos.

Pasaron entre los juncos y se deslizaron en el pequeño estanque, cuyas aguas

estaban tibias. Salieron a la pequeña lengua de terreno pedregoso con la sensación de que volvían al hogar.

—Creo que encenderé fuego y prepararé alguna infusión —propuso Ayla, pasándose las manos por los brazos para desprenderse del agua. Se recogió los cabellos y los escurrió; después fue en busca de los canastos y recogió algunos trozos de madera en el camino.

—¿Quieres tus ropas? —preguntó Jondalar, que traía más leña.

—Prefiero secarme un poco primero —dijo Ayla, quien observó que los caballos estaban pastando en la estepa próxima, pero no vio el menor rastro de Lobo. Experimentó un acceso de inquietud, aunque no era la primera vez que el animal se alejaba solo durante media jornada—. ¿Por qué no extiendes la manta ahí al sol sobre esas hierbas? Descansa, que yo prepararé la infusión.

Ayla encendió un buen fuego mientras Jondalar buscaba un poco de agua. Después examinó las hierbas secas de su provisión, escogiendo algunas con el mayor cuidado. Le pareció que la infusión de mielga sería conveniente, pues en general estimulaba y refrescaba, con algunas hojas y flores de borraja, que era un tónico saludable, y alhelíes, que aportaban dulzor y un sabor ligeramente picante. Para Jondalar eligió también alguno de los amentos machos rojo oscuro de los alisos, los mismos que había recolectado al principio de la primavera. Recordó que había experimentado sentimientos contradictorios al recogerlos, pues recordaba su promesa de unirse a Ranec, aunque siempre había deseado unirse a Jondalar. Experimentó una cálida oleada de felicidad cuando agregó los amentos al recipiente de Jondalar.

Hecho esto, llevó los dos cuencos con la infusión al lugar donde Jondalar descansaba. Parte de la manta que él había desplegado ya estaba en la sombra, pero Ayla se sentía igual de contenta. El calor del día ya había eliminado el frío del agua. Entregó a Jondalar el recipiente y se sentó a su lado. Descansaron juntos, como dos buenos camaradas, bebiendo el líquido refrescante, sin hablar casi, observando a los caballos que estaban juntos, cabeza contra grupa, espantando cada cual con la cola las moscas que se posaban en la cara del otro.

Cuando terminó, Jondalar se recostó, las manos enlazadas bajo la nuca. Ayla se alegró de verle más tranquilo y de que no insistiera en incorporarse y partir inmediatamente. Depositó su cuenco en el suelo y después se tendió al lado de Jondalar; apoyó la cabeza en el hueco bajo el hombro de su compañero y descansó el brazo sobre el pecho masculino. Ayla cerró los ojos, absorbió el olor del hombre y sintió que él la rodeaba con el brazo y que su mano se deslizaba hacia la cadera que ella le ofrecía, en una caricia gentil e inconsciente.

Ayla volvió la cabeza y besó la piel tibia; después sopló en dirección al cuello de Jondalar, quien experimentó un ligero estremecimiento y cerró los ojos. Ella le besó de nuevo, y a continuación se incorporó a medias y depositó una serie de besos leves sobre el hombro y el cuello de Jondalar. Los besos de Ayla le conmovieron más de lo que él podía soportar, pero al mismo tiempo le excitaron con tal intensidad que no

quiso moverse y se obligó a permanecer quieto.

Ella le besó el cuello, la garganta, el mentón, y sintió el nacimiento del bigote en sus propios labios; después, se elevó un poco hasta que alcanzó la boca de Jondalar y le acarició los labios de un extremo al otro con sus suaves pezones. Seguidamente, se retiró y le miró. Jondalar tenía los ojos cerrados, pero en su cara había una expresión de expectativa. Por fin abrió los ojos y la vio inclinada sobre él, sonriendo con auténtica complacencia, los cabellos todavía húmedos y colgando sobre un hombro. Quiso apresarla, aplastarla contra su cuerpo, pero se limitó a responder con una sonrisa.

Ayla se inclinó tocando con la lengua la boca de Jondalar, con movimientos tan leves que él apenas podía sentirlos, pero la brisa que corría a través de la humedad le provocaba increíbles estremecimientos. Finalmente, cuando Jondalar pensaba que ya no podía soportar más, ella le dio un beso intenso. Jondalar sintió la lengua de Ayla que le abría la boca para penetrar en ella. Lentamente exploró el interior, así como la cavidad debajo de su lengua y el paladar de su boca, probando, tocando, acariciando, y después le pellizcó los labios con levísimos mordiscos, hasta que él ya no pudo soportar más. Levantó los brazos, aferró la cabeza de Ayla y la acercó, mientras él mismo levantaba la cabeza para darle un beso firme, fuerte y satisfactorio.

Cuando él echó la cabeza de nuevo hacia atrás y soltó a Ayla, ella sonreía perversamente. Había conseguido que reaccionara, y ambos lo sabían. Mientras él la observaba, tan complacida consigo misma, también él se sentía complacido. Ayla ansiaba innovar y jugar. Una oleada de sensaciones le recorrió el cuerpo sólo de pensarlo. Era una perspectiva interesante. Sonrió y esperó, observándola con sus sorprendentes ojos de un azul intenso.

Ella se inclinó y le besó de nuevo en la boca, en el cuello, los hombros y el pecho, y a continuación los pezones. Luego, en un súbito cambio, Ayla se arrodilló a un costado de Jondalar y se agachó sobre él, deslizándose hacia abajo hasta aferrar el órgano dilatado. Mientras tomaba todo cuanto podía en su boca cálida, él sintió cómo la húmeda tibieza de Ayla encerraba el extremo sensible de su virilidad y llegaba aún más lejos. Ayla retrocedió lentamente, provocando la succión, y él sintió un tirón que parecía partir de un lugar interno y profundo y extenderse a todos los rincones de su cuerpo. Cerró los ojos y se dejó llevar por el placer cada vez más intenso, mientras ella movía las manos y la boca tibia y exigente ascendía y descendía por el largo vástago de Jondalar.

Ayla tanteó el extremo con su lengua exploratoria, después trazó rápidos círculos alrededor y él empezó a desearla con más apremio. Ella extendió la mano para sostener el blando saco que estaba debajo del miembro, y suavemente —él le había dicho que fuera siempre delicada cuando le tocase aquella parte de su anatomía— palpó los dos guijarros misteriosos, blandos y redondos, que había dentro. Se sintió intrigada, se preguntó para qué servían e intuyó que, de alguna manera, eran importantes. Cuando las tibias manos femeninas abarcaron el saco blando, él

experimentó una sensación distinta, grata, pero con un toque de inquietud por ese lugar sensible, que parecía estimularle de otro modo.

Ella se apartó y miró a Jondalar. El placer intenso que él sentía con ella y con lo que hacía se manifestaba en su cara y en sus ojos al sonreír alentándola. Ella disfrutaba proporcionándole placer. Eso la estimulaba de un modo diferente, pero profundo y sugestivo, permitiéndola comprender un poco por qué a él le agradaba tanto complacerla. Después, la joven le besó; fue un beso largo y prolongado, tras lo cual retrocedió un poco y le pasó una pierna por encima sentándose a horcajadas sobre Jondalar, de cara a sus pies.

Sentada sobre el pecho de Jondalar, Ayla se inclinó y tomó entre sus manos el miembro duro y palpitante. Aunque estaba duro y dilatado, la piel era suave, y cuando ella lo sostuvo en su boca, lo sintió liso y tibio. Cubrió toda su extensión con besos suaves y pequeños mordiscos. Cuando llegó a la base, continuó un poco más en busca del saco blando, lo introdujo suavemente en su boca y sintió las firmes redondeces interiores.

Jondalar se estremeció cuando llamaradas de inesperado placer le recorrieron el cuerpo. Casi era demasiado. No sólo las sensaciones tumultuosas que experimentaba, sino la visión de Ayla. Ella se había elevado un poco para alcanzarle, y como tenía las piernas abiertas a ambos lados del cuerpo del hombre, él podía ver los pétalos y los pliegues húmedos, intensamente rosados, e incluso la deliciosa abertura. Ayla soltó el saco blando y retrocedió un poco para introducir de nuevo en su boca esa virilidad excitante y palpitante, y succionar otra vez, pero de pronto notó que él la obligaba a retroceder un poco más. Y entonces, en un inesperado arrebato de excitación, la lengua de Jondalar encontró los pliegues femeninos y el lugar de los placeres de la mujer.

La exploró ansioso, totalmente, con las manos y la boca, sorbiendo y manipulando, sintiendo la alegría de darle placer, y al mismo tiempo la excitación que ella le provocaba al avanzar y retroceder, introduciendo y retirando el miembro masculino, mientras lo succionaba.

Ella llegó muy pronto al límite, estaba preparada y ya no podía soportar más, pero él intentaba contenerse y se esforzaba por prolongar la situación. Le hubiera sido muy fácil entregarse, pero deseaba más, de forma que cuando ella se interrumpió, porque sus sentidos abrumados se lo impusieron, y arqueó hacia atrás el cuerpo y gritó, él se alegró, sintió la humedad de Ayla y rechinó los dientes en un esfuerzo por controlarse. De no haber sido por los placeres anteriores, sin duda no habría logrado su propósito, pero consiguió contenerse y alcanzó una especie de cima antes de llegar a la culminación.

—Ayla, ¡vuélvete! Te quiero toda —dijo apremiante. Ella asintió, porque había entendido. Y como también a él lo deseaba entero, retrocedió y volvió a ponerse a horcajadas encima de él una vez que invirtió la posición del cuerpo. Se alzó un poco, introdujo en su interior la plenitud de Jondalar, y después bajó el cuerpo. Él gimió y

pronunció el nombre de Ayla varias veces cuando sintió que la abertura profunda y tibia le recibía. Ayla percibió presiones en lugares sensibles diferentes, mientras se elevaba y descendía, guiando la dura plenitud que estaba en su interior.

En la cima que él había alcanzado, su necesidad no era tan urgente. Podía tomarse un poco de tiempo. Ella se inclinó hacia delante, en una posición algo distinta. Él la apretó más contra su cuerpo, para alcanzar los pechos seductores, se llevó uno a la boca y chupó con fuerza; después buscó el otro, y, finalmente, los sostuvo juntos y los succionó simultáneamente. Como sucedía siempre que succionaba los pechos de Ayla, sintió la agitación estremecida en lo más profundo del cuerpo de la mujer.

Ella sintió que su excitación aumentaba más y más, a medida que se elevaba y descendía, se adelantaba y retrocedía encima de él. Entretanto, Jondalar estaba cada vez más en el pináculo, y sentía que ahora sus apremios más intensos se repetían, tanto que, cuando el cuerpo de ella descendía, él la aferró por las caderas y la ayudó a guiar sus movimientos, en el proceso de ascenso y descenso. Sintió una oleada cuando ella se elevó, y de pronto, súbitamente, ocurrió. Ayla volvió a descender sobre él y Jondalar gritó con un temblor estremecido que provenía de lo más profundo de sus entrañas, en una erupción desbordante, mientras Ayla gemía y se estremecía con la explosión que sentía en su propio ser.

Jondalar la guió hacia arriba y hacia abajo unas cuantas veces más, y después la apretó contra su vientre y le besó los pezones. Ayla se estremeció de nuevo, y acto seguido se derrumbó sobre él. Permanecieron inmóviles, jadeantes, tratando de recobrar el aliento.

Ayla comenzaba apenas a respirar mejor cuando sintió algo húmedo en la mejilla. Durante un momento pensó que era Jondalar, pero se trataba de una sensación fría al mismo tiempo que húmeda, y había un olor diferente, aunque no desconocido. Abrió los ojos y vio los dientes desnudos de Lobo. Él le acercó de nuevo el hocico y luego hizo otro tanto con el hombre.

—¡Lobo! ¡Vete de aquí! —gritó Ayla, apartando el hocico frío y el aliento lobuno, y después rodó de costado, al lado del hombre. Extendió la mano para aferrar el collar de pelo de Lobo y hundió los dedos en su pelaje—. Pero me alegra verte. ¿Dónde has estado todo el día? Ya empezaba a preocuparme un poco. —Se sentó y sostuvo la cabeza del lobo entre las manos; acercó su frente a la del animal y después se volvió hacia el hombre—. Me gustaría saber cuánto hace que regresó.

—Bien; me alegro de que le hayas enseñado a abstenerse de molestarnos. Si nos hubiese interrumpido hace un momento, no sé muy bien lo que habría hecho —dijo Jondalar.

Éste se incorporó y ayudó a Ayla a hacer lo mismo. La abrazó y la miró a los ojos.

—Ayla, ha sido algo…, ¿qué puedo decir? No encuentro palabras para explicártelo.

Ayla vio en los ojos de Jondalar una expresión tan profunda de amor y adoración, que parpadeó para contener las lágrimas.

—Jondalar, ojalá yo tuviese palabras, pero ni siquiera conozco los signos del clan que te expliquen lo que siento. Ignoro si existen.

—Pero, Ayla, ya me lo has demostrado, y con cosas mucho más importantes que las palabras. Me lo demuestras todos los días, de mil maneras diferentes. —De pronto, la atrajo hacia él y la apretó con fuerza, mientras sentía un nudo en la garganta—. Mujer mía, Ayla mía. Si llegase a perderte…

Ayla no pudo reprimir un escalofrío de miedo al oír estas palabras, pero se limitó a abrazar con más fuerza a Jondalar.

—Jondalar, ¿cómo sabes siempre lo que realmente deseo? —preguntó Ayla. Estaban sentados junto al resplandor dorado del fuego, bebiendo la infusión mientras contemplaban las chispas de la resinosa madera de pino que crepitaba y desprendía puntos luminosos en el aire nocturno.

Jondalar se sentía menos fatigado, más satisfecho y también más cómodo de lo que había estado en mucho tiempo. Por la tarde habían pescado —Ayla le había demostrado cómo sacaba un pez fuera del agua simplemente con las manos— y después ella había encontrado la planta jabonera, y ambos se habían bañado y lavado el cabello. Él acababa de terminar una maravillosa comida a base de pescado, además de los huevos de las aves del pantano con su ligero sabor a pescado, diferentes vegetales, un sabroso bizcocho de espadaña cocido sobre las piedras calientes y un puñado de bayas dulces.

Jondalar le dirigió una sonrisa.

—Me limito a prestar atención a lo que me dices —contestó.

—Pero, Jondalar, la primera vez pensé que deseabas que se prolongase, pero tú sabías mejor que yo lo que en realidad deseaba. Y más tarde, sabías que yo quería darte placeres, y me lo permitiste, hasta que de nuevo estuve preparada para ti. Y no hizo falta ya que te lo dijera. Tú ya lo sabías.

—Sí, me lo dijiste, pero no con palabras. Me enseñaste a hablar como habla el clan, con signos y movimientos, no con palabras. Sencillamente, intenté entender otros signos tuyos.

—Pero yo no te enseñé signos de esa clase. En realidad, no los conozco. Y tú supiste cómo darme placeres antes de que aprendieses siquiera a hablar en la lengua del clan.

Ella frunció el entrecejo y adoptó una expresión de profunda seriedad en un esfuerzo por comprender, y esto provocó la sonrisa de Jondalar.

—Es cierto. Pero entre las personas que hablan hay un lenguaje sin palabras, el cual es mucho más importante de lo que se suele creer.

—Sí, ya lo he visto —dijo Ayla, pensando en lo mucho que podía saber de personas a quienes acababa de conocer cuando prestaba atención a los signos que éstas emitían sin tan siquiera saberlo.

—Y a veces, tú aprendes a… hacer ciertas cosas sólo porque quieres hacerlas, y entonces prestas atención —dijo Jondalar.

Ella había estado mirándole a los ojos, dichosa al observar en ellos el amor que la profesaba, así como el deleite que parecía causarle las preguntas. No obstante, advirtió también su expresión distraída cuando dejó de hablar. Su mirada vagó por el espacio como si durante un momento estuviera viendo algo muy lejano; Ayla comprendió que Jondalar pensaba en alguien ausente.

—Sobre todo cuando la persona de quien deseas aprender está dispuesta a enseñarte —dijo Ayla—. Zolena te enseñó bien.

Jondalar se sonrojó, miró sorprendido a la joven y después desvió los ojos, inquieto.

—También de ti aprendí mucho —agregó Ayla, consciente de que su observación había turbado a Jondalar.

Él parecía no atreverse a mirarla directamente. Cuando al fin lo hizo, su frente estaba surcada por una arruga de inquietud.

—Ayla, ¿cómo has sabido lo que estaba pensando? —preguntó—. Me consta que tienes ciertos dones especiales. Por eso el Mamut te llevó al Hogar del Mamut donde te adoptaron, pero a veces se diría que adivinas mis pensamientos. Dime, ¿sacaste pensamientos de mi cabeza?

La mujer percibió la preocupación de Jondalar, y algo más inquietante, casi cierto temor con respecto a ella. Había tropezado con un temor análogo en algunos de los mamutoi durante la Reunión de Verano, cuando creyeron que Ayla poseía cualidades misteriosas; pero gran parte de todo ello era un simple malentendido, al igual que la idea de que ella ejercía un control especial sobre los animales, cuando lo único que hacía era recogerlos de cachorros y criarlos como si fueran hijos suyos.

Pero desde la Reunión del Clan, algo había cambiado. Ella no había tenido el propósito de beber parte de la mezcla especial de raíces que ella misma había preparado para los mog-ures, pero no pudo evitarlo y tampoco había deseado entrar en la caverna y hallar a los mog-ures; simplemente había sucedido.

Cuando los vio a todos sentados en círculo, en aquel hueco al fondo de la caverna, y… cayó en el vacío oscuro que estaba en su propio interior, creyó que se había perdido para siempre y nunca encontraría el camino de regreso. Entonces, quién sabe cómo, Creb se había introducido en su interior y le había hablado. Después, hubo ocasiones en que, a decir verdad, pareció que ella conocía cosas que no atinaba a explicar. Exactamente como cuando Mamut la llevó consigo en su búsqueda, y ella sintió que se elevaba y descendía a través de la estepa. Pero, al mirar a Jondalar y ver la extraña forma en que la observaba, el temor se acentuó en su fuero interno, el temor de que pudiera perderlo.

La observó a la luz del fuego y después bajó los ojos. No podía haber falsedades… ni mentiras entre ellos. No sabía que ella pudiera decir deliberadamente algo que no era cierto; es más, entre ellos no podía interponerse ahora ni siquiera el

conocido recurso de «abstenerse de hablar», permitido por el clan en defensa de la intimidad. Incluso a riesgo de perderle si le decía la verdad, tenía que ser sincera y tratar de descubrir qué era lo que le turbaba. Entonces le miró a los ojos, tratando de hallar las palabras apropiadas para comenzar.

—No conocía tus pensamientos, Jondalar, pero podía imaginármelos. ¿No habíamos hablado de los signos sin palabras, hechos por las personas que hablan con palabras? Mira, tú también haces esos signos, y yo… los busco, y muchas veces sé lo que significan. Tal vez porque te amo tanto y quiero conocerte, siempre te presto atención. —Desvió los ojos un momento y agregó—: Eso es lo que se enseña a hacer a las mujeres del clan.

Volvió a mirarle. Había cierto alivio en la expresión de Jondalar, y también de curiosidad; Ayla continuó diciendo:

—No se trata de ti. No me crié con… mi pueblo, y estoy acostumbrada a comprender el sentido de los signos que hace la gente. Eso me ayudó a conocer a las personas que encontré, aunque al principio todo era muy confuso, porque la gente, cuando habla, a menudo dice una cosa, pero los signos sin palabras significan otra distinta. Cuando al fin aprendí eso, comencé a comprender algo más que las palabras pronunciadas por la gente. Por eso Crozie no quiso apostar más conmigo cuando jugábamos a las tabas. Yo siempre sabía en cuál de sus manos ocultaba el hueso marcado, por la manera de apretarla.

—Eso me intrigaba. Estaba considerada como una jugadora muy buena.

—Lo era.

—Pero ¿cómo sabías…, cómo podías saber que yo estaba pensando en Zolena? Ahora ella es Zelandoni. Generalmente pienso así en ella, y no por el nombre que tenía cuando era joven.

—Estaba observándote y tus ojos decían que me amabas y que te sentías feliz conmigo, y yo me sentía maravillosamente. Pero cuando hablaste acerca del deseo de aprender ciertas cosas, durante un momento dejaste de verme. Era como si estuvieses mirando algo que estaba muy lejos. Me hablaste antes de Zolena, de la mujer que te enseñó… tu don…, el modo de conseguir que una mujer sienta. Acabábamos de hablar de eso también, así que no me resultó difícil imaginar en quién estabas pensando.

—¡Ayla, eso es notable! —exclamó Jondalar con una amplia sonrisa de alivio—. Recuérdame que jamás debo tratar de evitar que conozcas un secreto. Tal vez no puedas descubrir los pensamientos que están en la cabeza de otro, pero estás muy cerca de conseguirlo.

—Sin embargo, hay otra cosa que deberías conocer —dijo Ayla.

Jondalar volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Qué?

—A veces creo que puedo tener… una especie de don. Me sucedió algo cuando estaba en la Reunión del Clan, la vez que acudí con el clan de Brun, cuando Durc era

muy pequeño. Hice algo que no debía hacer. No fue mi intención, pero bebí del líquido que había preparado para los mog-ures, y después sucedió que los encontré en la caverna. No estaba buscándolos. Ni siquiera sé cómo llegué a esa caverna. Estaban… —Sintió un escalofrío y no pudo terminar—. Me sucedió algo. Me perdí en la oscuridad. No en la caverna, sino en la oscuridad interior. Pensé que moriría, pero Creb me ayudó. Puso sus pensamientos en mi cabeza…

—¿Qué hizo?

—No sé explicarlo de otro modo. Puso sus pensamientos en mi cabeza, y desde entonces…, a veces… es como si él hubiese cambiado algo en mí. En ciertas ocasiones creo que puedo tener una especie de… don. Suceden cosas que no entiendo y no puedo explicar. Creo que Mamut lo sabía.

Jondalar guardó silencio un instante.

—Entonces, tuvo razón al adoptarte en el Hogar del Mamut, y no sólo por tus habilidades como curandera.

Ayla asintió.

—Quizá. Creo que sí.

—Pero ¿conocías mis pensamientos en ese momento?

—No. El don no es exactamente así. Se parece más a encontrarse con Mamut cuando él busca. O como ir a lugares profundos y lejanos…

—¿Los mundos de los espíritus?

—No lo sé.

Jondalar echó hacia atrás la cabeza y contempló el aire, mientras consideraba las consecuencias de lo que había oído. Después, meneó la cabeza con una sonrisa sombría.

—Creo que debe ser una broma que me gasta la Madre —dijo—. La primera mujer a quien amé fue llamada a servirla, y pensé que jamás volvería a amar. Y ahora, cuando he descubierto a una mujer a quien amar, veo que está destinada a servirla. ¿También a ti te perderé?

—¿Por qué tendrías que perderme? No sé si estoy destinada a servirla. No quiero servir a nadie. Sólo deseo estar contigo, y compartir tu hogar, y tener tus hijos —gritó Ayla.

—¿Tener mis hijos? —preguntó Jondalar, sorprendido ante las palabras empleadas por Ayla—. ¿Cómo puedes tener mis hijos? Yo no tendré hijos, los hombres no tienen niños. La Gran Madre da niños a las mujeres. Quizá utilice el espíritu del hombre para crearlos, pero no le pertenecen. Lo que ocurre es que debe alimentarlos cuando su compañera los tiene. Entonces son los niños de su hogar.

Ayla había hablado antes acerca de los hombres que inician la vida nueva que crece en una mujer, pero entonces él no había entendido bien que ella en verdad era una hija del Hogar de Mamut, que podía visitar los mundos de los espíritus, y quizá estaba destinada a servir a Doni. Quizá, en efecto, ella supiera algo.

—Jondalar, si lo deseas puedes afirmar que mis hijos son hijos de tu hogar. Yo

quiero que mis hijos sean niños de tu hogar. Sólo deseo estar siempre contigo.

—Yo también, Ayla. Te quería y quería a tus hijos incluso antes de conocerte. Sencillamente, no sabía dónde encontrarte. Tan sólo espero que la Madre no haga crecer algo en tu interior antes del regreso.

—Lo sé, Jondalar —dijo Ayla—. Yo también prefiero esperar.

Ayla cogió los cuencos y los lavó, y después terminó los preparativos para partir temprano, mientras Jondalar guardaba todo el equipo, excepto las pieles de dormir. Se acurrucaron juntos, agradablemente fatigados. El hombre zelandonii miró a la mujer que estaba a su lado y respiraba serenamente, pero no consiguió conciliar el sueño.

«Mis hijos», pensaba. «Ayla ha dicho que sus pequeños serían mis hijos. ¿Hemos estado provocando el comienzo de la vida hoy, cuando compartimos placeres? Si de eso surgiera la nueva vida, tendría que ser muy especial, porque esos placeres han sido… mejores que…, los mejores de toda mi vida…

»¿Por qué fueron los mejores? No puede afirmarse que yo no hiciera antes algo parecido. Pero con Ayla es distinto…, nunca me canso de ella…, consigue que desee más y más…, sólo con pensar en ella me vuelve el deseo de poseerla… y ella cree que yo sé cuál es el modo de darle placeres…

»¿Pero si se queda embarazada? Todavía no ha llegado a eso…, tal vez no pueda. Algunas mujeres no pueden tener hijos. Pero ella ya tuvo uno, eso es seguro. ¿Podría tratarse de mí?

»Viví mucho tiempo con Serenio. Ella no quedó embarazada mientras yo estuve allí, y antes había tenido un hijo. Yo podría haberme quedado con los sharamudoi si ella hubiese tenido hijos…, eso creo. Poco antes de mi partida, dijo que creía que podía estar embarazada. ¿Por qué no me quedé allí? Dijo que no deseaba unirse conmigo, a pesar de que me amaba, porque yo no la amaba del mismo modo. Afirmó que yo amaba a mi hermano más que a cualquier mujer. Sin embargo, yo la amaba, quizá no de la misma manera en que amo a Ayla, pero si yo lo hubiese deseado realmente, creo que ella se habría unido a mí. Y eso yo lo sabía entonces. ¿Lo utilicé como una excusa para marcharme? ¿Por qué me alejé? ¿Porque Thonolan se había ido y yo estaba preocupado por él? ¿Ésa es la única razón?

»Si Serenio estaba embarazada cuando yo me fui, si tuvo otro hijo, ¿lo iniciaría la esencia de mi virilidad? ¿Ese hijo sería… mi hijo? Es lo que Ayla diría. No, eso no es posible. Los hombres no tienen hijos, salvo que la Gran Madre use el espíritu de un hombre para formar uno. ¿Se trata entonces de mi espíritu?

»Cuando lleguemos allí, por lo menos sabré si ella tuvo un hijo. ¿Qué sentirá Ayla si Serenio ha tenido un hijo que en cierto modo puede ser parte de mí? ¿Y qué pensará Serenio cuando vea a Ayla? ¿Y qué pensará Ayla de ella?».

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Ayla se levantó temprano, deseosa de ponerse en marcha lo antes posible, aunque el tiempo no era menos bochornoso que la víspera. Mientras arrancaba chispas con el pedernal, pensó que no le atraía tomarse la molestia de encender fuego. El alimento que había preparado la noche anterior y un poco de agua bastaría como desayuno, y al pensar en los placeres que ella y Jondalar habían compartido, sintió el deseo de olvidar la medicina mágica de Iza. Si no bebía la infusión especial, tal vez podría descubrir que entre los dos habían iniciado un niño. Pero Jondalar se excitaba tanto ante la idea de que ella quedara embarazada durante este viaje, que tendría que beberla.

La joven no sabía cómo actuaba la medicina. Solamente sabía que si bebía un par de amargos tragos de un concentrado de hilos de oro todas las mañanas hasta el período lunar, y un pequeño cuenco del líquido obtenido hirviendo raíces de salvia diariamente, mientras sangraba, conseguía evitar un embarazo.

No sería tan difícil cuidar del niño mientras viajaban, pero Ayla no deseaba estar sola cuando diese a luz. No sabía si habría sobrevivido al nacimiento de Durc de no haber estado Iza a su lado.

Ayla aplastó un mosquito que se había posado sobre su brazo y después examinó su provisión de hierbas en tanto se calentaba el agua. Tenía suficiente cantidad de ingredientes, de modo que la infusión matutina duraría algún tiempo; y más valía que fuera así, pues no había visto que ninguna de aquellas plantas creciera en los alrededores del pantano. Por lo visto, preferían mayores elevaciones y terrenos más secos. Tras inspeccionar los saquitos y paquetes contenidos en su gastado bolso de piel de nutria, llegó a la conclusión de que poseía cantidades adecuadas de la mayor parte de las hierbas medicinales que necesitaba en caso de emergencia, aunque hubiera sido conveniente sustituir algunos productos de la cosecha del año anterior con plantas más frescas. Por suerte, hasta ahora no había tenido muchas ocasiones de utilizar las hierbas curativas.

Poco después de reanudar la marcha hacia el oeste, llegaron a un río bastante ancho, de curso rápido. Mientras desataba los canastos que colgaban de los flancos de Corredor y los cargaba en el bote redondo montado sobre las angarillas, Jondalar se tomó el tiempo necesario para estudiar los ríos. El pequeño afluente se unía a la Gran Madre formando un ángulo agudo que comenzaba río arriba.

—Ayla, ¿ves cómo este afluente se une a la Madre? Corre en línea recta y las aguas siguen su curso sin dividirse. Creo que ésta es la causa de la corriente rápida que nos empujó ayer.

—Me parece que tienes razón —dijo Ayla, comprendiendo lo que el hombre quería decir. Después, le dirigió una sonrisa—. Te gusta conocer la razón de las cosas, ¿verdad?

—Bueno, el agua no comienza a correr veloz sin un motivo. Me pareció que tenía

que existir una explicación.

—Y la hallaste —concluyó Ayla.

La joven pensó que el humor de Jondalar parecía excelente al continuar la marcha una vez cruzado el río, y eso le complacía. Lobo permanecía con ellos en lugar de alejarse, y eso también le agradaba. Incluso los caballos parecían más animados. El descanso les había sentado bien. Ayla se sentía también activa y descansada, y tal vez porque acababa de inspeccionar sus medicinas, estaba alerta a los detalles de la vida vegetal y animal en la desembocadura del gran río y en los pastizales adyacentes que ahora estaban atravesando. Aunque se trataba de algo bastante sutil, percibía leves cambios.

Las aves eran todavía la forma dominante de la vida silvestre que los rodeaba, y prevalecía sobre todo la familia de las garzas, aunque la abundancia de otras aves sólo era menor en comparación. Grandes bandadas de pelícanos y de bellos cisnes surcaban el cielo, así como numerosas especies de aves de rapiña, entre ellas los milanos negros y las águilas de cola blanca, los alfaneques y los sacres parecidos al halcón. Vio gran número de aves pequeñas que saltaban, volaban, cantaban y desplegaban sus brillantes colores: ruiseñores y currucas, alondras y papamoscas de pecho rojo, oropéndolas doradas, y otras muchas.

Los pequeños alcaravanes eran comunes en el delta, pero las aves del pantano, esquivas y bien camufladas, podían ser más fácilmente oídas que vistas. Emitían el día entero sus notas características, bastante resonantes y ásperas, y con mayor intensidad al caer la noche, pero cuando alguien se aproximaba, alzaban los largos picos y se confundían tan eficazmente con los juncos entre los cuales anidaban que daban la impresión de que se esfumaban. Sin embargo, Ayla vio muchas volando sobre las aguas en busca de peces. Los alcaravanes eran muy peculiares en el vuelo. El plumaje —las plumitas en la parte frontal de las alas y en la base de la cola, las cuales cubrían el extremo de los cañones de las grandes plumas que les permitían sostener el vuelo— era muy claro y ofrecía un marcado contraste con las alas oscuras y el dorso del cuerpo.

Pero los pantanos también albergaban una cantidad enorme de animales que necesitaban una variedad de ambientes: el corzo y el jabalí salvaje de los bosques, las liebres, los hámsteres gigantes y los ciervos gigantes de la periferia, entre otros. A medida que Ayla y Jondalar avanzaban, montados en sus caballos, advirtieron la presencia de muchas criaturas a las cuales hacía tiempo que no veían, y se las señalaban el uno al otro: el antílope saiga, que corría y dejaba atrás a los pesados uros; un pequeño gato salvaje de pelaje rayado, que acechaba a un pájaro, y a su vez era observado por un leopardo que se había encaramado a un árbol; una familia de zorros con sus crías; una pareja de rechonchos tejones, y algunas raras mofetas con sus pelajes en los que se combinaban el blanco, el amarillo y el marrón. Vieron nutrias en el agua, visones, así como su alimento favorito, las ratas almizcleras.

Y había insectos. Las grandes libélulas amarillas pasaban a gran velocidad, y las

delicadas mariposas relucientes de alas azules y verdes que adornaban las apagadas flores espinosas de los plátanos eran las excepciones más hermosas de los enjambres insufribles que aparecían repentinamente. Parecía como si todo sucediera en una jornada, aunque la humedad abundante y el calor de los perezosos arroyos laterales y los fétidos estanques habían estado nutriendo sin cesar los minúsculos huevos. Las primeras nubes de pequeños cínifes habían aparecido por la mañana, cerniéndose sobre el agua, pero el cercano pastizal seco estaba ahora libre de ellos y por eso los habían olvidado.

Hacia el atardecer fue imposible olvidarlos. Los mosquitos se hundían en el pelaje denso y sudoroso de los caballos, zumbaban alrededor de los ojos, se metían en la boca y la nariz. El lobo no lo pasaba mejor. Los pobres animales estaban fuera de sí a causa del sufrimiento provocado por los millones de insectos. Los molestos cínifes incluso se adherían a los cabellos de seres humanos, y tanto Ayla como Jondalar descubrieron que estaban escupiendo y frotándose los ojos para desembarazarse de los minúsculos bichos mientras cabalgaban. Los enjambres de cínifes eran mucho más densos cerca del delta, y ya comenzaban a preguntarse dónde acamparían durante la noche.

Jondalar divisó una colina cubierta de hierba a la derecha y pensó que la elevación les permitiría una visión más amplia. Cabalgaron hasta la cumbre de la elevación y vieron abajo las aguas luminosas de un lago cerrado. No tenía la vegetación frondosa del delta —ni las aguas estancadas que facilitaban la proliferación de los insectos—; en cambio, unos pocos árboles y unos cuantos arbustos crecían en las orillas, encerrando una playa amplia y sugestiva.

Lobo descendió a la carrera y los caballos le siguieron sin necesidad de animarlos a ello. El hombre y la mujer apenas pudieron contenerlos el tiempo suficiente para retirar los canastos y desenganchar las angarillas de Whinney. Todos se arrojaron a las aguas claras en una carrera contenida únicamente por la resistencia del agua. Incluso el inquieto Lobo, a quien le desagradaba cruzar los ríos, no vaciló lo más mínimo mientras chapoteaba en el lago.

—¿Crees que por fin empieza a gustarle el agua? —preguntó Ayla.

—Así lo espero. Aún tenemos que cruzar muchos ríos más.

Los caballos inclinaron la cabeza para beber, resoplaron y arrojaron agua por la nariz y la boca, y después regresaron a la orilla fangosa donde se acostaron para revolcarse y rascarse; Ayla no pudo evitar la risa al ver las muecas en las caras y los ojos que se movían y centelleaban expresando complacencia. Cuando se incorporaron, estaban cubiertos de lodo; pero cuando éste se secase, el sudor, la piel muerta, los huevos de los insectos y otros elementos que eran la causa del prurito caerían con el polvo.

Acamparon al borde del lago y partieron temprano al día siguiente. Hacia el anochecer confiaban en que se les ofreciese la posibilidad de hallar otro lugar igual de agradable. Una ola de mosquitos reemplazó a los cínifes, provocando

inflamaciones rojas y ardientes que obligaron a Ayla y a Jondalar a vestir ropas protectoras más gruesas, pese a que esto les provocaba un incómodo calor después de haberse acostumbrado a ir semidesnudos o totalmente desnudos. Ninguno de los dos podía determinar cuándo habían aparecido las moscas. Siempre habían visto algunos tábanos rondándoles, pero ahora había aumentado súbitamente la cantidad de moscas más pequeñas que picaban inclementes. Aunque era una tarde cálida, se cubrieron temprano con las pieles de dormir, sólo para escapar de las hordas voladoras.

No levantaron el campamento hasta bien entrado el día siguiente, y sólo después de que Ayla hubiera buscado hierbas que podía usar para calmar las picaduras y preparar repelentes contra los insectos. Halló escrofularia, con su flexible racimo de flores pardas de extraña forma, en un lugar húmedo y sombreado cercano al agua, y recolectó las plantas enteras para preparar un líquido que curaba la piel y aliviaba el escozor. Cuando vio las anchas hojas de llantén, las arrancó para agregarlas a la colección. Eran excelentes para curar distintos males, desde picaduras a forúnculos, e incluso úlceras graves y heridas. En un paraje más alejado de la estepa, donde el terreno era más seco, recogió flores de ajenjo para utilizarlas como antídoto general de los venenos y las reacciones tóxicas.

Le complació encontrar caléndulas intensamente amarillas, poseedoras de virtudes antisépticas y curativas, para suavizar el ardor de las picaduras; además, eran muy eficaces para ahuyentar a los insectos frotándose el cuerpo con su esencia en forma de una solución concentrada. Y en el lindero soleado de los bosques, encontró orégano, que no sólo era un eficaz repelente de los insectos, preparado en una infusión para lavar la superficie de la piel, sino que, bebido, proporcionaría al sudor de una persona un olor picante que desagradaba a los cínifes, las pulgas y la mayor parte de las moscas. Ayla incluso trató de lograr que los caballos y Lobo bebiesen un poco, aunque en realidad no se sintió demasiado segura de su éxito.

Jondalar observaba los preparativos de la joven, le formulaba preguntas y escuchaba con interés sus explicaciones. Cuando se aliviaron las irritantes picaduras y comenzó a sentirse mejor, pensó que era muy afortunado al viajar con una persona que podía hacer algo para combatir a los insectos. De haber estado solo, no habría tenido más remedio que soportarlo.

Más o menos a media mañana estaban de nuevo en camino; los cambios que Ayla había advertido antes se acentuaban de manera mucho más acusada. Ahora veían menos pantanos y más agua, y había disminuido el número de islas. El brazo septentrional del delta veía reducirse su red de sinuosos cursos de agua y todos ellos confluían en uno. Después, casi sin aviso previo, el brazo septentrional y uno de los cursos intermedios del gran delta fluvial se reunieron, duplicando la amplitud del canal y creando un enorme curso de aguas móviles. Un poco más lejos, el río se amplió de nuevo cuando el brazo meridional, que se había unido con el otro canal principal, se fusionó con el resto, de modo que los cuatro brazos formaron un solo canal profundo.

El gran curso de agua había recibido centenares de afluentes y el desagüe de dos cadenas cubiertas de hielo en su curso a través de un continente entero, pero las masas de granito de antiguas montañas habían bloqueado su avance hacia el mar en los territorios más meridionales. Finalmente, incapaces de resistir la presión inexorable del río en marcha, habían cedido, mas el obstinado lecho de las rocas se había sometido con cierta rebeldía. La Gran Madre, contenida por el estrecho pasaje, agrupaba durante un breve trecho sus distintos brazos, antes de virar bruscamente y desembocar en el mar a través del inmenso delta.

Era la primera vez que Ayla apreciaba la magnitud completa del enorme río, y aunque ya había pasado otra vez por allí, Jondalar lo había visto desde una perspectiva distinta. Estaban asombrados, paralizados por el espectáculo. La sobrecogedora extensión parecía más un mar fluyente que un río, y la superficie brillante y móvil apenas sugería la gran fuerza que se ocultaba en sus profundidades.

Ayla vio una rama rota que avanzaba hacia ellos, poco más que una estaca arrastrada por la corriente profunda y veloz, pero algo en aquel objeto atrajo su atención. Necesitó más tiempo de lo que ella había previsto para alcanzarlo, y cuando estuvo cerca, contuvo sorprendida la respiración. Desde luego, no era una rama, ¡era un árbol completo! Mientras pasaba flotando serenamente, Ayla miró maravillada uno de los árboles más grandes que había visto jamás.

—Éste es el Río de la Gran Madre —dijo Jondalar.

Antaño había recorrido todo su curso y conocía la distancia que había salvado, el terreno que había cruzado y el viaje que aún les esperaba. Aunque Ayla no comprendía por completo todo lo que aquello implicaba, sabía que, al confluir en un lugar por última vez, al final de su largo viaje, el Río de la Madre, vasto, profundo y poderoso, había llegado a su culminación; era ahora tan «grande» como ya no llegaría a serlo jamás.

Continuaron remontando el curso de las aguas espumosas, dejando detrás la desembocadura del río de aguas tumultuosas y, con ella, a muchos de los insectos que les habían atormentado y así descubrieron que también estaban alejándose de las estepas abiertas. Los amplios pastizales de los pantanos llanos dejaron paso a colinas onduladas cubiertas de grandes bosques entre los cuales se extendían verdes prados.

Hacía más fresco a la sombra de los bosques abiertos. Era un cambio tan agradable que cuando llegaron a un amplio lago rodeado de árboles, cerca de un hermoso prado verde, se sintieron tentados de detener la marcha y acampar, pese a que estaban apenas en mitad de la tarde. Siguieron avanzando a lo largo de un arroyo, en dirección a una playa arenosa, pero, cuando se aproximaron, Lobo comenzó a emitir un gruñido grave y profundo, y con el pelo erizado, adoptó una postura defensiva. Ayla y Jondalar exploraron el área con la mirada, tratando de ver lo que inquietaba al animal.

—No veo nada extraño —dijo Ayla—, pero no cabe duda de que aquí hay algo que no le gusta a Lobo.

Jondalar contempló nuevamente el lago de aspecto invitador.

—De todos modos, es temprano para acampar. Continuemos —dijo, obligando a Corredor a desviarse y a regresar hacia el río. Lobo permaneció rezagado, hasta que, por fin, se decidió a darles alcance.

Mientras atravesaban las hermosas regiones boscosas, Jondalar se sentía tan feliz que decidió que no se detendrían temprano a orillas del lago. Durante la tarde pasaron junto a otros lagos de diferentes proporciones, numerosos en la zona. Jondalar pensó que hubiera debido conocer aquel detalle debido a su recorrido anterior río abajo, pero de pronto recordó que él y Thonolan habían descendido el curso del río en una embarcación ramudoi y sólo ocasionalmente se habían detenido en la orilla.

Pero sobre todo pensaba que, por fuerza, tenía que haber gente que habitara en un lugar tan ideal y trató de recordar si alguno de los ramudoi había mencionado la existencia de miembros del Pueblo del Río que vivieran en el curso inferior de la corriente. En cualquier caso, no comunicó sus pensamientos a Ayla. Si aquella gente no se dejaba ver, sería porque no deseaba ser vista. Sin embargo, Jondalar no podía por menos que preguntarse qué habría provocado que Lobo se pusiera a la defensiva. ¿Quizá el olor del miedo humano? ¿Un sentimiento de hostilidad?

Mientras el sol comenzaba a ocultarse tras las montañas que se alzaban enormes frente a ellos, se detuvieron a orillas de un lago más pequeño, donde iban a parar las aguas de varios riachuelos que descendían desde los terrenos más altos. Un canal conducía directamente al río; las grandes truchas y los salmones de río habían remontado la corriente hasta llegar al lago.

Desde el día en que llegaron al río y añadieron el pescado a su dieta regular, Ayla había trabajado a veces tejiendo una red similar al tipo utilizado por el clan de Brun para atrapar grandes peces marinos. Tenía que confeccionar primero las cuerdas; con ese fin probó varios tipos de plantas que tenían partes correosas y filamentosas. El cáñamo y el lino parecían ser especialmente eficaces, si bien el cáñamo era más resistente.

Ayla creía que había fabricado una red lo suficientemente grande para probarla en el lago, y con Jondalar sosteniendo un extremo y ella el otro, se internaron un poco en el agua y comenzaron a retroceder hacia la orilla, sosteniendo la red entre los dos. Cuando atraparon un par de truchas grandes, Jondalar se mostró incluso más interesado y pensó en la posibilidad de agregar un mango a la red, de modo que una persona pudiese atrapar un pez sin entrar en el agua. La idea se fijó en su mente.

Por la mañana avanzaron en dirección a los riscos montañosos que se alzaban al frente, atravesando una zona boscosa peculiar, frondosa y variada. Los árboles, una amplia gama de variedades de hoja caduca y coníferas, como las plantas de las estepas, estaban distribuidas en un mosaico de diferentes especies, interrumpidos a veces por la aparición de prados y lagos, y en algunas zonas bajas, por turberas o

pantanos. Ciertos árboles crecían en grupos de una sola especie o asociados con otros árboles o distintas plantas, de acuerdo con las variaciones relativas al clima, la elevación, la disponibilidad del agua o de los suelos, que podían ser fangosos o arenosos, o de arena mezclada con arcilla o bien con otras combinaciones.

Los árboles de color verdoso preferían las laderas que daban al norte y los suelos más arenosos, y donde había suficiente humedad alcanzaban gran altura. Un frondoso bosque de altos abetos, cuyos ejemplares superaban los cincuenta metros, ocupaba una ladera más baja que se combinaba con los pinos que parecían alcanzar la misma altura, los cuales, si bien llegaban a los cuarenta metros, en realidad crecían en el terreno más alto que estaba inmediatamente encima. Los esbeltos grupos de abetos de color verde oscuro dejaban paso a las densas comunidades de elevadas hayas, de troncos gruesos y corteza blanca. Incluso los sauces superaban los veinticinco metros.

Donde las colinas miraban al sur y el suelo era húmedo y fértil, los árboles de madera dura y hojas anchas también alcanzaban alturas sorprendentes. Había grupos de robles gigantes con los troncos perfectamente rectos, sin ramas que se extendiesen, excepto un ramillete de hojas verdes en la copa superior; estos ejemplares superaban los cuarenta y cinco metros. Los tilos y los fresnos inmensos alcanzaban casi la misma altura, y los grandiosos arces no se quedaban atrás.

Frente a ellos, en lontananza, los viajeros podían ver las hojas plateadas de los álamos blancos mezclados con un bosquecillo de robles, y cuando llegaron al lugar, descubrieron que los robles estaban habitados por gorriones con sus crías, que anidaban en todos los recovecos concebibles. Ayla incluso descubrió nidos de gorriones con huevos y polluelos, construidos dentro de los nidos de urraca y alfaneques, a su vez ocupados por huevos y avecillas. En los bosques también había muchos petirrojos, pero sus crías ya habían emplumado.

En las laderas de acentuada pendiente, donde los huecos en el dosel de hojas permitían que la luz solar llegase mejor al suelo, la vegetación era exuberante; había clemátides floridas y otras lianas que a menudo descendían de las ramas altas del dosel. Los jinetes se aproximaron a un bosquecillo de olmos y sauces blancos cubiertos de enredaderas que trepaban por los troncos y plantas que descendían. Allí encontraron los nidos de numerosas águilas manchadas y cigüeñas negras. Pasaron al lado de álamos temblones, que se estremecían sobre las plantas de zarzamora, y de frondosas mimbreras junto a un arroyo. Un bosquecillo mixto de majestuosos olmos, elegantes hayas y fragantes tilos que se elevaba sobre una ladera, proyectaba su sombra sobre un matorral de plantas comestibles. Ambos se detuvieron allí, y cogieron frambuesas, ortigas, ramas de avellano, cuyos frutos no estaban aún del todo maduros, precisamente como le gustaban a Ayla, y unas pocas piñas con sabrosos piñones de cáscara dura en su interior.

Más lejos, un grupo de carpes había desplazado a las hayas, aunque, algo más lejos, éstas volvían a reemplazarlos. Más allá, un gigantesco carpe caído, cubierto por una densa capa de hongos de color amarillo anaranjado, movió a Ayla a iniciar una

ávida recolección. El hombre colaboró en la recogida de las deliciosas setas comestibles que ella había encontrado, pero fue Jondalar quien descubrió el árbol de las abejas. Con la ayuda de una antorcha humeante y el hacha, trepó por una escala improvisada formada por el tronco caído de un abeto que aún tenía varias ramas sólidas, y desafió algunas picaduras para coger unos panales de miel. Engulleron allí mismo el desusado manjar, ingiriendo al mismo tiempo la cera y algunas pocas abejas, lo que les hizo reír como niños a causa de la pegajosa suciedad que ellos mismos habían provocado.

Aquellas regiones meridionales habían sido durante mucho tiempo la reserva natural de los árboles, las plantas y los animales de la zona templada, expulsados del resto del continente por el tiempo frío y seco. Algunas especies de pinos eran tan antiguas que habían presenciado la formación de las montañas. Criadas en pequeñas áreas que favorecían su supervivencia, estas reliquias tenderían, cuando el clima volviese a cambiar, a difundirse rápidamente por las regiones que de nuevo les serían propicias.

El hombre y la mujer, con los dos caballos y el lobo, continuaron avanzando hacia el oeste junto al ancho río, dirigiéndose a las montañas. Los detalles eran cada vez más nítidos, pero los riscos nevados constituían una imagen siempre presente, y la aproximación a ellos era tan gradual que apenas advertían que estaban acercándose. Realizaban incursiones ocasionales por las colinas de la campiña boscosa que se extendía al norte y que a veces era accidentada y difícil, pero en general permanecían cerca de la llanura, en las proximidades de la depresión ocupada por el río. El terreno era distinto, pero las planicies boscosas incluían muchas plantas y árboles iguales a los que crecían en las montañas.

Los viajeros advirtieron que el carácter del río había experimentado un cambio importante cuando llegaron a un ancho afluente que descendía de las montañas. Lo cruzaron con la ayuda del bote redondo, pero poco después tropezaron con otro río de curso rápido, en el momento mismo en que estaban virando hacia el sur, en el punto en que el Río de la Gran Madre se apartaba del extremo inferior de la cordillera. El río, que no podía trepar a las mesetas septentrionales, se desviaba bruscamente ampliándose para llegar al mar.

El bote redondo demostró nuevamente su utilidad en el cruce del segundo afluente, aunque tuvieron que remontar el curso a partir de la confluencia, a lo largo del afluente, hasta que descubrieron un lugar de aguas menos agitadas para intentar el paso. Otros cursos de agua más pequeños se incorporaban a la Madre exactamente debajo del recodo. Después, siguiendo el curso de la orilla izquierda, los viajeros se desviaron un poco hacia el oeste y a continuación intentaron dar otro rodeo. Aunque el gran río continuaba a la izquierda, ya no estaban frente a las montañas. La cadena montañosa quedaba ahora a la derecha; giraron hacia el sur, es decir, hacia las estepas

abiertas y secas. Enfrente, muy lejos, las distantes prominencias púrpura cortaban el horizonte.

Ayla observaba constantemente el río a medida que remontaban el curso. Sabía que las aguas de todos los afluentes corrían hacia el curso inferior y que el gran río ahora era menos caudaloso que antes. La amplia superficie del agua en movimiento no parecía distinta, y, sin embargo, ella sentía que las aguas de la Gran Madre habían disminuido. Era una sensación que sobrepasaba los límites del conocimiento consciente y ella trataba en todo momento de comprobar si el inmenso río había cambiado de modo perceptible.

Pero antes de que pasara mucho tiempo, la apariencia del enorme río, en efecto, varió. Enterrado profundamente bajo el loess, el suelo fértil que había comenzado como polvo de roca molido finamente por los enormes glaciares y batido por el viento, y las arcillas, las arenas y las gravas depositadas en el curso de milenios por las aguas, se encontraba el antiguo macizo. Las firmes bases de arcaicas montañas habían formado un escudo permanente, tan duro que la inquebrantable corteza de granito, que presionaba sobre aquél a causa de los movimientos inexorables de la tierra, había cedido para elevarse y formar las montañas cuyos casquetes helados brillaban ahora al sol.

El macizo oculto se extendía bajo el río, mas un risco al aire, erosionado por el tiempo, pero todavía tan alto que bloqueaba la marcha del río hacia el mar, había obligado a la Gran Madre a desviarse hacia el norte en busca de una salida. Finalmente, la red impenetrable, aunque no sin resistencia, había permitido un paso estrecho; pero, antes de reagruparse entre sus límites inexorables, el enorme río había corrido paralelo a la costa del mar, atravesando la planicie, extendiéndose lánguidamente en dos brazos unidos entre sí por una serie de canales sinuosos.

El antiguo bosque quedó atrás, y Ayla y Jondalar cabalgaron hacia el sur, donde se adentraron en una región de paisaje llano y colinas bajas y onduladas cubiertas de heno, junto a un enorme pantano fluvial. La campiña se asemejaba a las estepas abiertas que se extendían junto al delta, pero era una zona más cálida y más seca, con sectores de dunas de arena, en general estabilizadas por hierbas duras, resistentes a la sequía, y con menor cantidad de árboles incluso cerca del agua. Algunas hierbas, principalmente ajenjo, salvia y estragón aromático, se imponían a los grupos de plantas leñosas que trataban de extraer sus escasos medios de subsistencia del suelo seco, en ocasiones disputando el terreno a los pinos y a los sauces achaparrados y deformes, agrupados en las inmediaciones de las márgenes de los arroyos.

El pantano, la zona inundada con frecuencia entre los brazos de los ríos, tenía una extensión apenas menor que la del gran delta, y presentaba la misma abundancia de juncos, marismas, plantas acuáticas y vida silvestre. Las islas bajas, con árboles y pequeños prados verdes, estaban rodeadas por los canales principales amarillos y fangosos, o por los espejos laterales de aguas claras habitados por peces, a menudo de proporciones poco usuales.

Cabalgaban a través de un campo abierto, bastante cerca del agua, cuando Jondalar obligó a Corredor a detenerse. Ayla y Whinney les imitaron. Él sonrió ante la expresión desconcertada de Ayla, pero antes de que ella hablase, la obligó a callar llevándose el índice a los labios, y señaló en dirección a un estanque de aguas claras. Al principio, ella no vio nada extraño; después, emergiendo sin esfuerzo de las profundidades verdosas, apareció una enorme y bella carpa dorada. Otro día, vieron varios esturiones en un lago; el gigantesco pez tenía sus buenos diez metros de longitud. Jondalar recordó un embarazoso incidente con la participación de un ejemplar de la misma especie del enorme pez. Pensó en contárselo a Ayla, pero luego cambió de idea.

Los lechos de juncos, los lagos y los estanques distribuidos a lo largo del curso irregular del río invitaban a las aves a anidar, y las grandes bandadas de pelícanos se deslizaban aprovechando las corrientes ascendentes del aire cálido; apenas necesitaban batir las anchas alas. Los sapos y las ranas comestibles entonaban los coros vespertinos y a veces servían para una comida. Los pequeños lagartos que brincaban sobre las orillas fangosas no atraían la atención de los viajeros, que en general evitaban las serpientes.

Al parecer, había más sanguijuelas en aquellas aguas, y por eso Ayla y Jondalar se mostraban más cautelosos y selectivos cuando deseaban echarse a nadar, si bien la joven estaba intrigada por las extrañas criaturas que se adherían a sus cuerpos y les extraían sangre sin que ellos se percataran. Sin embargo, las criaturas más pequeñas eran las que más mortificaban. A causa de la proximidad del pantano, había también insectos molestos, al parecer más que antes, cuyas diferentes especies obligaban a veces a los humanos y a los animales a introducirse en el río para encontrar cierto alivio.

Las montañas que se elevaban hacia el oeste retrocedieron cuando ellos se aproximaron al extremo meridional de la cordillera, estableciendo una extensión mayor de llanuras entre el gran río cuyo curso seguían y la línea de cumbres irregulares que se desplazaba hacia el sur, con los viajeros sobre su flanco izquierdo. La cadena cubierta de nieve terminaba en un brusco recodo, donde otra rama de la cordillera, que avanzaba en dirección este-oeste y definía el límite meridional, se reunía con el ramal que corría al costado de los dos viajeros. Cerca de la esquina sudeste más lejana, unos picos muy elevados dominaban a todos los demás.

Cuando continuaron hacia el sur, a lo largo del río, y se alejaron más y más de la cadena principal, alcanzaron la perspectiva que da la distancia. Al mirar hacia atrás, comenzaron a ver la extensión total de la larga línea de elevadas cimas que se desplazaban hacia el oeste. El hielo relucía en los picos más altos, en tanto que la nieve cubría las empinadas pendientes y revestía de blanco los riscos adyacentes; era un recordatorio constante de que la breve estación de calor estival en las llanuras meridionales era sólo un corto interludio en un país dominado por el hielo.

Después de dejar atrás las montañas, hacia el oeste el panorama parecía vacío; las

estepas áridas e ininterrumpidas mostraban una planicie sin accidentes hasta donde alcanzaba la vista. Sin la diversidad de las colinas boscosas que modificara el panorama, o de las abruptas alturas que interrumpiesen el paisaje, un día se mezclaba con otro, y pocas cosas cambiaron mientras seguían la orilla izquierda del curso de agua y los pantanos, en dirección al sur. En cierto lugar, el río se juntó durante un tramo, y Jondalar y Ayla alcanzaron a ver estepas y mayor abundancia de árboles en la orilla opuesta, aunque todavía había islas y lechos de juncos en el ámbito de la gran corriente.

Sin embargo, antes de que terminase el día, la Gran Madre comenzó nuevamente a extenderse. Siguiendo su curso, los viajeros continuaron hacia el sur y se desviaron un poco hacia el oeste. A medida que se acercaban, las distantes colinas color púrpura cobraban altura y comenzaban a mostrar su propio carácter. En contraste con los afilados picos del norte, las montañas del sur, si bien alcanzaban cumbres tan altas que mantenían una capa de nieve y hielo hasta bien entrado el verano, tenían formas redondas y adquirían así la apariencia de mesetas.

Las montañas meridionales también afectaban al rumbo del río. A medida que los viajeros se acercaban a ellas, advirtieron que el gran curso de agua cambiaba, de acuerdo con un esquema que ya habían observado antes. Los canales sinuosos se agrupaban y enderezaban, para unirse después con otros, y finalmente lo hacían con los brazos principales. Los lechos de juncos y las islas desaparecían; los diferentes canales formaban uno solo, profundo y ancho, y de pronto, el enorme curso de agua se desvió formando un amplio recodo y se acercó a ellos.

Jondalar y Ayla siguieron el curso de ese desvío, hasta que de nuevo se encontraron mirando hacia el oeste, hacia el sol que se hundía en un cielo rojo oscuro y brumoso. Jondalar no alcanzaba a ver nubes, y se preguntaba cuál sería la causa del color vibrante y uniforme que se reflejaba en las cumbres irregulares del norte y las accidentadas mesetas allende el río, el mismo que teñía de matices sangrientos las aguas ondulantes.

Continuaron remontando el curso a lo largo de la orilla izquierda, atentos a encontrar un sitio apropiado para acampar. Ayla advirtió que de nuevo examinaba el río, intrigada por la grandiosa corriente. Varios afluentes de diferentes proporciones, algunos bastante caudalosos, habían ido a unirse desde los dos lados con el ancho río, y cada cual incrementaba el prodigioso volumen de las aguas que avanzaban hacia la desembocadura. Ayla comprendió que la Gran Madre era ahora más pequeña, pues así lo indicaba el volumen de cada uno de los ríos que habían dejado atrás; pero aun así, el río era tan grande que todavía resultaba difícil advertir cierta disminución de su tremenda capacidad. Sin embargo, en un nivel profundo de su conciencia, la joven sentía que eso era lo que había sucedido.

Ayla despertó antes del alba. Le gustaban los amaneceres cuando aún hacía fresco.

Primero preparó su medicina anticonceptiva de sabor amargo y después una taza de infusión de estragón y salvia para el hombre que dormía y otra para ella. Bebió su tisana mientras contemplaba el sol matutino que despertaba a las montañas del norte. Todo comenzó con el primer atisbo sonrosado que marcó los dos picos helados, extendiéndose lentamente al principio, proyectando un resplandor rosado hacia el este. Luego, de pronto, incluso antes de que el borde de la reluciente bola de fuego enviase un fulgor titubeante sobre el horizonte, las refulgentes cumbres montañosas anunciaron su aparición.

Cuando el hombre y la mujer reanudaron la marcha, esperaban ver que el gran río se ensanchaba; por consiguiente, les sorprendió que permaneciera confinado a un solo y ancho canal. Unas pocas islas cubiertas de matorrales aparecían en el ancho curso, pero el río no se dividió en cursos diferentes. Ayla y Jondalar estaban tan acostumbrados a verlo seguir un curso sinuoso sobre los pastizales llanos, en un avance arrollador y desordenado, que les pareció extraño observar cómo la enorme masa de agua aparecía contenida durante cierto tramo. Pero la Gran Madre invariablemente recorría los terrenos más bajos abriéndose paso no sólo alrededor de las altas montañas, sino también entre éstas, en su discurrir a través del continente. El río fluía hacia el este a través de las llanuras más meridionales de su largo recorrido. El terreno bajo estaba al pie de las montañas erosionadas, las cuales limitaban y definían la orilla derecha.

En la orilla izquierda, entre el río y las cimas relucientes y perfiladas de granito y pizarra que se alzaban al norte, se extendía una plataforma, una especie de promontorio de piedra caliza, cubierta principalmente por una capa de loess. Era una región áspera y accidentada, sujeta a extremos violentos. Los vientos intensos y crueles procedentes del sur secaban la tierra en verano; la presión elevada del glaciar septentrional asestaba en invierno frígidos golpes de aire helado a través del espacio abierto. Con frecuencia eran arrastrados hasta allí, desde el este, furiosas tempestades originadas en el mar. Las lluvias ocasionales e intensas y los vientos que todo lo secaban deprisa, así como los tremendos cambios de la temperatura, determinaban que la piedra caliza que constituía la base del suelo de loess poroso se quebrara, dando origen a flancos irregulares y empinados que encerraban las mesetas lisas y abiertas.

Las hierbas duras sobrevivían en el paisaje ventoso y seco, pero había una ausencia casi total de árboles. La única vegetación leñosa estaba formada por ciertos tipos de arbustos que podían soportar tanto el calor árido como el frío cortante. Podían verse matorrales de tamariscos de ramas finas, con su follaje plumoso y los racimos de florecillas rosadas, o un espino, con bayas negras y redondas y agudas púas, los cuales salpicaban el paisaje. También había algunos arbustos de grosellas negras, pequeños y frondosos, pero predominaban los distintos tipos de artemisa, incluso un ajenjo desconocido para Ayla.

Los tallos oscuros parecían desnudos y muertos, pero cuando Ayla arrancó

algunos, creyendo que sería un buen combustible para hacer fuego, descubrió que no estaban secos y quebradizos, sino verdes y vivos. Se trataba de una variedad que, tras un chaparrón, desarrollaba varias hojas dentadas con un bello plateado en el reverso, las cuales crecían a partir de los tallos, y en los extremos bifurcados había multitud de florecillas amarillentas, que semejaban ramilletes de margaritas. Excepto por los vástagos más oscuros, se parecía a la especie más conocida y de colores más claros que solía crecer cerca de la festuca y el pasto común, hasta que el viento y el sol secaban las llanuras. Entonces de nuevo parecía una planta inerte y muerta.

Con su variedad de hierbas y arbustos, las llanuras meridionales alimentaban a numerosos animales, pero ninguno que ellos no hubiesen visto ya en las estepas que se extendían más al norte, aunque en proporciones distintas; algunas de las especies que más apreciaban el frío, por ejemplo, el buey almizclero, nunca se internaban tanto al sur. En cambio, Ayla jamás había visto antes en un mismo lugar un número tan elevado de antílopes saiga. Era una especie muy extendida, cuyos ejemplares aparecían casi por doquier en las llanuras abiertas, aunque por lo general no formaban grupos muy numerosos.

Ayla se detuvo, dedicándose a observar un rebaño de aquellos animales extraños y de aspecto torpe. Jondalar había ido a investigar una caleta en el río, porque había visto allí algunos delgados troncos de árboles alineados en la orilla y le parecía que aquél no era su medio. No había árboles en este lado del río, por lo que cabía suponer que alguien los había colocado allí adrede. Cuando él volvió, Ayla tenía la mirada perdida en la lejanía.

—No estoy seguro —dijo Jondalar—. Es posible que los troncos hayan sido puestos allí por algunos miembros del Pueblo del Río; quizá alguien amarraba allí un bote. Pero también podrían ser maderos arrastrados por la corriente.

Ayla asintió, y después señaló en dirección a las estepas secas.

—Mira todos esos saigas.

Al principio Jondalar no los vio. Tenían el color del polvo. Después descubrió el perfil de los cuernos rectos con los extremos enroscados, levemente inclinados hacia delante en las puntas.

—Me recuerdan a Iza. El espíritu saiga era su tótem —dijo sonriendo la mujer.

Los antílopes saiga siempre provocaban la sonrisa a Ayla, con sus largos hocicos colgantes y su peculiar modo de andar, cosa que no disminuía su velocidad. A Lobo le encantaba perseguirlos, pero su carrera era tan rápida, que rara vez podía acercárseles demasiado, o por lo menos no podía hacerlo durante mucho rato.

Estos antílopes saiga parecían preferir sobre todo el ajenjo de tallo negro y se agrupaban en rebaños mucho más numerosos de lo acostumbrado. Un pequeño rebaño de diez o quince ejemplares era lo normal y generalmente estaba formado por hembras, con uno o dos animales jóvenes; algunas madres tenían poco más de un

año. Pero en aquella región los rebaños alcanzaban la cifra de cincuenta ejemplares. Ayla se preguntó dónde estarían los machos. Los veía en cantidad elevada sólo durante la época de celo, cuando cada uno trataba de dar placer al mayor número posible de hembras, y cuantas veces podía. Después, siempre se hallaban cadáveres de machos. Era casi como si los machos se hubieran agotado en los placeres y durante el resto del año hubiesen decidido dejar a las hembras y sus crías el escaso alimento existente.

En las llanuras había también unos pocos íbices y musmones, que a menudo preferían permanecer cerca de las laderas empinadas y escarpadas, por donde las cabras y las ovejas salvajes podían trepar fácilmente. Diseminados por el territorio había enormes rebaños de uros, la mayoría con el pelaje de un negro rojizo intenso, aunque una cantidad sorprendente de ellos tenía manchas blancas, algunas bastante grandes. Vieron gamos con su pelaje de manchas irregulares, ciervos rojos, bisontes y numerosos onagros. Whinney y Corredor veían a la mayor parte de los cuadrúpedos que pastaban, pero atraían su atención sobre todo los onagros. Observaban a los rebaños de asnos parecidos a caballos y olfateaban intensamente los montones uniformes de estiércol.

Como era de esperar, no faltaba el complemento acostumbrado de pequeños animales de los pastizales: ardillas, marmotas, jerbos, hámsteres, liebres, y un tipo de puercoespín encopetado que era nuevo para Ayla. Los depredadores se ocupaban de limitar la cantidad de todas estas especies. Vieron también unos pequeños gatos salvajes, linces más grandes y enormes leones de las cavernas, además de oír la risa tartajeante de las hienas.

En los días que siguieron, el gran río cambió a menudo su curso y su dirección. Mientras el paisaje de la orilla izquierda, por donde avanzaban, continuó siendo más o menos el mismo —colinas onduladas y bajas, cubiertas de hierba, y llanuras lisas de laderas escarpadas, con montañas de bordes irregulares detrás—, vieron que la orilla opuesta presentaba un perfil más irregular y variado. Los afluentes habían practicado valles profundos; los árboles trepaban por las montañas erosionadas y a veces cubrían una ladera entera hasta el borde del agua. Las estribaciones y sus quebradas, que caracterizaban la orilla meridional, contribuían a las amplias curvas que se desviaban en todas las direcciones, e incluso giraban sobre sí mismas, pero, en general, el curso del río discurría hacia el este, en dirección al mar.

Con sus amplios giros y desvíos, el gran caudal de agua que fluía hacia ellos se extendía y dividía en diferentes canales, pero no se convertía de nuevo en una región pantanosa como el delta. Era sencillamente un enorme río o, en terreno más llano, una sinuosa serie de corrientes paralelas, con matorrales más abundantes y prados más verdes en las proximidades del agua.

Aunque a veces resultaba molesto, Ayla echó de menos el croar de las ranas del pantano, si bien el gorgorito aflautado de las diferentes especies de sapos continuaba repitiéndose en la mezcolanza de la música nocturna. Los lagartos y las víboras de las

estepas también estaban presentes, y con ellos las hermosas garzas, que se alimentaban de reptiles, así como de insectos y caracoles. Ayla disfrutó observando a un par de aves de largas patas, de plumaje gris azulado con las cabezas negras y los blancos grupos de plumas detrás de cada ojo, alimentando a sus crías.

Por el contrario, no echó en falta la presencia de los mosquitos. Privados de su criadero pantanoso, los insectos irritantes y agresivos habían desaparecido casi por completo. No podía decirse lo mismo de los cínifes. Nubes enteras de estos insectos todavía agobiaban a los viajeros, y sobre todo a los que estaban cubiertos de pelo.

—¡Ayla! ¡Mira! —dijo Jondalar mostrándole una sencilla construcción de troncos y tablas al borde del río—. Es un desembarcadero. Fue construido por el Pueblo del Río.

Aunque Ayla no sabía lo que era un desembarcadero, saltaba a la vista que no se trataba de una distribución casual de materiales. Había sido construido expresamente para algún uso humano. La mujer experimentó una oleada de excitación.

—¿Eso significa que hay gente en los alrededores?

—Es probable que ahora no, porque no veo ningún bote en el desembarcadero; pero no deben de estar lejos. Supongo que es un lugar utilizado con frecuencia. No se tomarían el trabajo de construir desembarcaderos si no los utilizaran mucho; tampoco utilizarían a menudo un lugar muy alejado.

Jondalar examinó un momento el desembarcadero, y después volvió los ojos río arriba y hacia la orilla opuesta.

—No estoy seguro, pero diría que quienes construyeron esto viven al otro lado del río y que desembarcan aquí cuando cruzan. Tal vez vienen a cazar, a recolectar raíces o algo así.

Remontaron el curso del río, sin dejar de mirar en dirección a la orilla opuesta. Excepto de un modo general, hasta entonces no habían prestado mucha atención al territorio que se extendía al otro lado, y Ayla pensó que quizá allí había gente cuya presencia no habían advertido antes. No habían recorrido mucho trecho cuando Jondalar vio un movimiento en el agua, a cierta distancia, en el curso superior. Se detuvo para fijarse mejor.

—Ayla, mira allí —dijo, cuando ella le alcanzó—. Podría ser un bote ramudoi.

Ella miró y divisó algo, pero no estaba muy segura de lo que veía. Animaron a los caballos. Cuando se acercaron más, Ayla vio una embarcación distinta de las que había conocido hasta el momento. Estaba familiarizada únicamente con los botes de estilo mamutoi, armazones cubiertos de cuero, con la forma de cuenco, como el que llevaban sujeto a las angarillas. La embarcación que vio en el río era de madera, con la proa en punta. Estaba ocupada por varias personas que formaban una fila. Cuando se adelantaron un poco más, Ayla vio más gente en la orilla opuesta.

—¡Hola! —gritó Jondalar, agitando el brazo a modo de saludo. Gritó otras

palabras en una lengua que ella no conocía, aunque le pareció existía una vaga semejanza con el mamutoi.

La gente del bote no respondió; Jondalar se preguntó si no le habrían oído, aunque creía que le habían visto. Gritó de nuevo, y esta vez tuvo la certeza de haber sido escuchado; pero no respondieron al saludo. En cambio, comenzaron a remar con todas sus fuerzas en dirección a la orilla opuesta.

Ayla vio que una de las personas que estaban en la otra orilla también les había visto. Corrió hacia otros que estaban cerca, y a través del río señaló a los dos viajeros. Después, él y varios más se alejaron deprisa. Un par de personas permaneció allí hasta que el bote llegó a la orilla; después, se alejaron.

—Otra vez los caballos, ¿verdad? —dijo Ayla.

A Jondalar le pareció ver un brillo de lágrimas en los ojos de Ayla.

—De todos modos, no habría sido conveniente cruzar aquí el río. La caverna de los sharamudoi que yo conozco se encuentra a este lado.

—Imagino que es así —comentó Ayla, e indicó a Whinney que continuara la marcha—. Sin embargo, podrían haber cruzado con su bote o, al menos, haber respondido al saludo.

—Ayla, piensa que nuestro aspecto debe parecerles muy extraño, a lomos de estos caballos. Debemos parecer salidos del mundo de los espíritus, con cuatro patas y dos cabezas. No puedes censurar a la gente por temer a lo que no conoce.

Más adelante, en la orilla opuesta, divisaron un espacioso valle que descendía de las montañas cercanas hasta el nivel de la poderosa corriente que se deslizaba junto a ellos. Un río de proporciones considerables atravesaba el centro del valle y vertía sus aguas en la Gran Madre con una turbulencia que provocaba remolinos en ambas direcciones y ensanchaba el curso de la corriente principal. Para hacer todavía más complicado el juego contracorriente, poco después del afluente la cordillera meridional que limitaba la orilla derecha del río se retorcía en una extraña curva.

En el valle, cerca de la confluencia de los dos ríos, pero encaramadas en una ladera, vieron varias viviendas de madera, sin duda un asentamiento. De pie, en torno de las cabañas, estaban las personas que vivían allí y miraban asombradas a los viajeros que pasaban por el lado opuesto del río.

—Jondalar. —El acento de Ayla sonaba apremiante—. Desmontemos.

—¿Por qué?

—Será la mejor manera de que esa gente, por lo menos, vea que parecemos personas, y que los caballos son sólo caballos y no criaturas de dos cabezas y cuatro patas. —Y sin más, Ayla desmontó y empezó a caminar delante de la yegua.

Jondalar asintió, pasó la pierna sobre el lomo de su caballo y saltó al suelo. Aferró la cuerda sujeta al cabestro de Corredor y siguió a la joven. Ésta había comenzado apenas a caminar, cuando el lobo se acercó corriendo a ella y la saludó como solía hacer. Saltó apoyándose en sus patas traseras, puso las delanteras en los hombros de Ayla, la lamió y le mordisqueó con suavidad el mentón. Cuando el animal se apartó,

algo, tal vez un olor que había atravesado el ancho río, le hizo fijarse en las personas que los observaban. Se acercó al borde de la orilla y, alzando la cabeza, lanzó varios aullidos que terminaron en un escalofriante alarido de lobo.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Jondalar.

—No lo sé. Tampoco él ha visto gente desde hace mucho tiempo. Quizá se alegre de verlos y quiera saludarles —dijo Ayla—. Yo también lo haría, pero no podemos cruzar fácilmente y pasar a la otra orilla, y ellos no quieren acercarse.

Después de apartarse de la amplia curva del río que había modificado la dirección que seguían antes, es decir, en busca del sol poniente, los viajeros habían torcido un poco hacia el sur, dentro de su marcha general hacia el oeste. Pero más allá del valle, donde las montañas se desviaban, marcharon de nuevo hacia el oeste. Habían llegado al punto más meridional que alcanzarían en su viaje, justo en la estación más cálida del año.

En la culminación del verano, con un sol incandescente que quemaba las llanuras sin sombra, incluso cuando las capas de hielo que tenían el espesor de las montañas cubrían una cuarta parte de la Tierra, el calor podía ser agobiante en los extremos meridionales del continente. Un viento intenso, cálido y constante, que excitaba sus nervios, empeoraba las cosas. El hombre y la mujer, que cabalgaban uno al lado del otro, o bien caminaban sobre la ardiente estepa para permitir que los caballos descansaran, se ajustaban a una rutina según la cual, el viaje, si no fácil, por lo menos se hacía posible.

Despertaban con el primer resplandor del alba en los picos septentrionales más elevados, y después de un ligero desayuno, consistente en té caliente y comida fría, se ponían en marcha antes de que hubiese amanecido por completo. A medida que el sol se elevaba en el cielo, asestaba sus rayos con tal intensidad sobre las estepas abiertas que de las entrañas de la tierra brotaban oleadas de calor sofocante. Una película de sudor que les deshidrataba hacía brillar la piel intensamente bronceada de los humanos y empapaba el pelaje de Lobo y los caballos. La lengua del lobo colgaba de sus fauces y el animal jadeaba a causa del calor. No deseaba correr por su cuenta para explorar o cazar; en cambio, acoplaba su paso al de Whinney y Corredor, que avanzaban pesadamente, gacha la cabeza. Los jinetes mantenían el cuerpo laxo y permitían que los caballos avanzaran a su aire; hablaban poco durante el asfixiante calor del mediodía.

Cuando ya no podían soportarlo más, buscaban una playa llana, preferiblemente cerca de un remanso de aguas claras o de un canal poco impetuoso de la Gran Madre. Ni siquiera Lobo resistía la tentación de sumergirse en las aguas más lentas, aunque todavía vacilaba un poco si la corriente era rápida. Cuando los humanos con quienes viajaba se acercaban al río, desmontaban y comenzaban a desatar los canastos, Lobo se abalanzaba y se zambullía el primero en el agua. Si era un afluente, por lo general

todos se sumergían en las aguas refrescantes y cruzaban el río antes de desatar las angarillas, los canastos o el arnés.

Después de renovar sus fuerzas en el agua, Ayla y Jondalar buscaban con qué alimentarse, si no les habían quedado restos o no habían hallado algo en el camino. El alimento abundaba, incluso en las estepas cálidas y polvorientas, y en particular en los lugares frescos y de aguas abundantes, sobre todo si se sabía dónde y cómo conseguirlo.

Casi siempre lograban atrapar peces cuando se lo proponían, con el método de Ayla, o el de Jondalar, o una combinación de los dos. Si la situación lo exigía, utilizaban la larga red de Ayla, internándose en el agua, sosteniéndola entre los dos. Jondalar había ideado un mango para una parte de la red de Ayla, y de ese modo había creado una especie de red sumergible. No se sentía del todo satisfecho con el artefacto, pero, en determinadas circunstancias, era útil. También pescaba con sedal y anzuelo, fabricado este último con un pedazo de hueso que había afilado hasta obtener unos extremos puntiagudos y que llevaba un fuerte cordel atado en el centro. Como carnada enganchaba en el anzuelo pedazos de pescado, carne o lombrices. Una vez que el pez lo tragaba, un rápido tirón solía conseguir que el anzuelo se clavara de costado en la garganta del pez, de forma que una punta sobresaliese por cada lado.

A veces, Jondalar pescaba ejemplares grandes con el anzuelo. Una vez que perdió uno de éstos, fabricó una especie de arpón para atrapar otros peces. Comenzó con la rama ahorquillada de un árbol, cortada exactamente bajo la unión. Utilizó como mango el brazo más largo de la bifurcación; afiló el más corto y lo usó como gancho para clavarlo en el cuerpo del pez. Había cerca del río algunos árboles pequeños y matorrales altos; los primeros arpones que Jondalar hizo fueron eficaces, pero, por lo visto, nunca podría dar con una rama lo bastante sólida para que durara mucho tiempo. El peso y la resistencia de un pez grande quebraba a menudo el artefacto, de modo que Jondalar continuaba buscando maderas más sólidas.

La primera vez que el hombre vio la cornamenta fue al pasar a su lado, tomando nota mentalmente de su existencia y llegando a la conclusión de que probablemente se había desprendido de un ciervo rojo de tres años; pero, en realidad, no había prestado atención a su forma. No obstante, la cornamenta continuó presente en su mente, hasta que, de pronto, recordó las puntas curvadas hacia atrás, y entonces volvió a recoger el material. La cornamenta era resistente y dura, y no se quebraba con facilidad; además, tenía el tamaño y la forma apropiados. Si la afilaba con habilidad, obtendría un arpón excelente.

En ocasiones Ayla todavía pescaba a mano, como le había enseñado Iza. Cuando la veía, Jondalar se asombraba. El proceso era sencillo, se decía el hombre, pero aun así, no había podido asimilarlo. Sólo se necesitaba práctica, habilidad y paciencia, una infinita dosis de paciencia. Ayla observaba las raíces, las maderas flotantes o las rocas que poblaban la orilla, y también los peces a los que les gustaba descansar en aquellos lugares. Los peces nadaban hacia el curso superior, siguiendo la corriente

descendente, y movían las aletas y los músculos natatorios sólo lo indispensable para mantenerse en el mismo lugar, con lo que evitaban que la corriente los arrastrase.

Cuando Ayla veía una trucha o un salmón pequeño, entraba en el agua río abajo, dejaba colgar la mano sumergida en el agua y luego avanzaba despacio remontando el curso. Se movía incluso con mayor lentitud cuando se acercaba al pez y evitaba remover el lodo o agitar el agua, porque eso podía provocar que el nadador en reposo huyera rápidamente. Con mucho cuidado, desde atrás, deslizaba la mano bajo el pez, tocándolo apenas, o acariciándolo, y el pez parecía no advertirlo. Cuando llegaba a las branquias, lo aferraba con un movimiento rápido, sacaba el pez del agua y lo arrojaba a la orilla. Jondalar corría a atraparlo antes de que saltase de nuevo al río.

Ayla también descubrió mejillones de agua dulce, similares a los que había en el mar, cerca de la caverna del clan de Brun. Otra de sus actividades consistía en buscar plantas como el amaranto, la hierba de pasto y la uña de caballo, que poseían una elevada proporción de sal natural, para renovar sus reservas un poco disminuidas; tampoco desdeñaba otras raíces, hojas y semillas que comenzaban a madurar. Las perdices eran comunes en los pastizales y matorrales abiertos próximos al agua, y las polladas se unían para formar grandes bandadas. Las regordetas aves eran un excelente bocado y no resultaba demasiado difícil atraparlas.

Descansaban durante el peor calor de la jornada, después del mediodía, mientras se cocía la comida principal. Dado que cerca del río a lo sumo había unos árboles achaparrados, montaban la tienda, que hacía a veces de toldo, lo que les proporcionaba un poco de sombra y mitigaba el terrible calor del paisaje abierto. Más avanzada la tarde, cuando comenzaba a refrescar, reanudaban la marcha. Como cabalgaban de frente al sol poniente, usaban los sombreros cónicos tejidos para protegerse los ojos. Empezaban a buscar un lugar apropiado para pernoctar en el momento en que el disco resplandeciente se hundía en el horizonte y organizaban el sencillo campamento en la penumbra; a veces, cuando había luna llena y la estepa brillaba, iluminada por su frío fulgor, cabalgaban incluso de noche.

La comida nocturna era bastante ligera; a menudo consistía en alimentos sobrantes del mediodía, en ocasiones acompañados de unas pocas verduras frescas, cereales o carne, si habían encontrado algo en el camino. Ayla preparaba para la mañana siguiente cualquier cosa que pudiera ser consumida rápidamente y sin calentar. Por lo general también daban de comer a Lobo. El animal, si bien buscaba su propio alimento durante la noche, se había aficionado a la carne cocida, y hasta le gustaban los granos y las verduras. Rara vez armaban la tienda; sí usaban, en cambio, las cálidas pieles de dormir, porque, por las noches, la temperatura descendía deprisa y las mañanas solían ser frescas y brumosas.

De vez en cuando, las tormentas estivales y las lluvias torrenciales suponían un imprevisto baño refrescante y, en general, bien recibido, aunque a veces la atmósfera era después más agobiante todavía y, por otra parte, Ayla odiaba los truenos. Le recordaban demasiado el ruido de los terremotos. El relámpago que surcaba el cielo,

iluminando la noche, siempre la llenaba de ansiedad, en tanto que lo que atemorizaba a Jondalar era el rayo que caía cerca. El hombre detestaba estar a campo abierto en tales circunstancias y siempre sentía el deseo de deslizarse bajo su piel de dormir y de tener la tienda sobre su cabeza, aunque resistía el impulso de esconderse y nunca lo reconocía.

Con el correr del tiempo, además del calor, los insectos fueron el inconveniente que más notaron los dos. Las mariposas, las abejas, las avispas, incluso las moscas y unos cuantos mosquitos no eran demasiado molestos. La principal molestia la causaban las nubes de cínifes, los más pequeños de todos ellos. Si bien las personas sufrían incomodidades, los animales lo pasaban mucho peor. Estas tenaces criaturas estaban por doquier: en los ojos, la nariz y la boca, así como en la piel sudorosa bajo el pelaje deslucido.

Los caballos de la estepa generalmente emigraban hacia el norte durante el verano. Su pelaje espeso y su cuerpo compacto estaban adaptados al frío, y aunque había lobos en las llanuras meridionales —ningún depredador estaba más difundido —, Lobo provenía del norte. En el transcurso del tiempo, los lobos que vivían en las regiones meridionales habían protagonizado varios procesos de adaptación a las condiciones extremas del sur, con sus veranos cálidos y secos y sus inviernos casi tan fríos como las regiones más próximas a los glaciares, aunque también podían presenciar nevadas mucho más intensas. Por ejemplo, perdían su pelaje en proporción mucho más elevada cuando la temperatura subía y las lenguas colgantes les refrescaban con más eficacia.

Ayla hacía todo lo posible por los dolientes animales, pero incluso los remojones cotidianos en el río y las diferentes medicaciones no les liberaban por completo de los minúsculos cínifes. Las llagas supurantes y abiertas se infectaban con los huevos que maduraban con rapidez y se desarrollaban a pesar del tratamiento aplicado por la mujer. Tanto los caballos como Lobo perdían puñados de pelo, hasta tal punto que aparecían calvas en su espeso pelaje, que se apelmazaba y perdía brillo.

Mientras lavaba con un líquido calmante una llaga purulenta abierta cerca de una de las orejas de Whinney, Ayla dijo:

—¡Estoy harta de este calor y de estos terribles mosquitos! ¿Jamás volverá a refrescar?

—Ayla, tal vez reces para volver a pasar este calor antes de que hayamos llegado al final del viaje.

Poco a poco, a medida que remontaban el curso del gran río, las accidentadas tierras altas y los elevados picos del norte comenzaban a acercarse; la cadena de montañas erosionadas del sur cobró más altura. Con todas las revueltas y todos los sesgos en la orientación general hacia el oeste, habían estado desviándose un poco hacia el norte. Después, viraron hacia el sur, antes de realizar un brusco giro que comenzó a llevarlos al noroeste, más adelante describió un arco hacia el norte y finalmente incluso hacia el este, durante largo trecho, antes de curvarse en cierto

punto y conducirlos de nuevo hacia el noroeste.

Aunque no podía decir exactamente cuál era la razón —no había determinados sitios que él pudiera identificar concretamente—, Jondalar sentía que el paisaje le era familiar. Si seguían el curso del río avanzarían hacia el noroeste, pero él estaba seguro de que el curso de agua volvería a retroceder. Decidió, por primera vez desde que habían llegado al gran delta, abandonar la seguridad del Río de la Gran Madre y cabalgar hacia el norte a lo largo de un afluente e internarse en las estribaciones de las montañas altas y puntiagudas que ahora estaban mucho más cerca del río. La ruta que siguieron por la orilla del afluente giraba gradualmente hacia el noroeste.

Frente a ellos las montañas empezaban a agruparse; un risco que unía el largo arco de la cadena septentrional coronada por el hielo se aproximaba a las mesetas meridionales erosionadas, las cuales ofrecían perfiles más definidos, más elevados y con más hielo, hasta que quedaron separadas tan sólo por un estrecho barranco. El risco albergaba otrora un profundo mar interior rodeado por altas cadenas, pero, en el transcurso de muchos milenios, el agua que desbordaba de la acumulación anual comenzó a desgastar la piedra caliza, la piedra arenisca y el esquisto de las montañas. El nivel de la cuenca interior descendió lentamente para alcanzar la altura del corredor que a la sazón estaba excavándose en la roca, hasta que al fin, una vez drenado el mar, quedó detrás el fondo liso que se convertiría en un mar de hierba.

El estrecho barranco cerraba el Río de la Gran Madre con paredes ásperas y empinadas de granito cristalino, y la roca volcánica que antaño había adoptado la forma de saliente y se había incrustado en la roca más blanda y erosionada de las montañas, emergió por ambos costados. Era un largo pasaje a través de las montañas, hasta las llanuras meridionales y, al final, hasta el Mar de Beran; Jondalar sabía que no había modo de caminar junto al río cuando éste atravesaba el barranco. La única solución era rodearlo.

Capítulo 14

Excepto por la desaparición del voluminoso caudal, el terreno no cambió cuando por primera vez se desviaron y comenzaron a seguir el curso del arroyuelo —pastizales secos y despejados con arbustos achaparrados cerca del agua—, pero Ayla experimentó la sensación de haber perdido algo. La amplia extensión del Río de la Gran Madre había sido su compañera permanente durante tanto tiempo que se sentía desconcertada al no percibir su presencia consoladora allí, al lado de ellos, mostrándoles el camino. A medida que caminaban hacia las estribaciones de las montañas y alcanzaban cotas cada vez más altas, los matorrales aumentaban, se convertían en plantas más altas y más frondosas y se extendían a gran distancia en la llanura.

La ausencia del gran río afectó también a Jondalar. Un día se había convertido en otro, con tranquilizadora monotonía, mientras viajaban junto a las aguas fecundas en la calidez natural del verano. Esa generosa abundancia era previsible y les había producido una gran complacencia y calmado la ansiosa inquietud de Jondalar, que se centraba en la necesidad de llegar sano y salvo al hogar en compañía de Ayla. Después de apartarse de la abundancia de la Madre de los Ríos, sus inquietudes retornaron y la variación de la campiña le indujo a meditar en el paisaje que tenía enfrente. Comenzó a pensar en las provisiones y a preguntarse si llevaban consigo alimentos suficientes. No estaba tan seguro acerca de la fácil captura de peces en aquel curso de agua más pequeño; menos seguro aún estaba de que pudieran hallar alimentos en las montañas boscosas.

Jondalar no tenía un conocimiento tan cabal de las características de la vida silvestre en el bosque. Los animales de las llanuras abiertas tendían a congregarse en rebaños y era posible verlos desde lejos; pero la fauna que vivía en el bosque era más solitaria y se ocultaba tras los árboles y los matorrales. Cuando vivía con los sharamudoi, siempre había cazado con alguien que conocía la región.

La etnia shamudoi del pueblo gustaba de cazar la gamuza en las altas cumbres y conocía las costumbres del oso, el jabalí, el visón de la foresta y otras esquivas presas de la región boscosa. Jondalar recordó que junto a ellos Thonolan había adquirido cierta preferencia por la caza en las montañas. En cambio, la etnia ramudoi conocía el río y capturaba a sus criaturas, sobre todo el esturión gigante. Jondalar había demostrado más interés por los botes y por el aprendizaje de las formas propias del río. Aunque a veces había escalado las montañas con los cazadores de la gamuza, no le atraían mucho las alturas.

Al ver un pequeño rebaño de ciervos rojos, Jondalar pensó que sería una buena oportunidad para obtener una provisión de carne suficiente para alimentarse durante los pocos días siguientes, hasta que llegasen al territorio de los sharamudoi; y quizá hasta pudiesen llevar consigo una parte para compartirla con ellos. Ayla acogió entusiasmada la idea cuando se la propuso. Le agradaba cazar y en los últimos

tiempos no había tenido muchas oportunidades, excepto la captura de unas pocas perdices y otra caza menor, lo que generalmente hacía con la honda. El Río de la Gran Madre había sido tan generoso que no parecía necesario cazar mucho.

Encontraron un lugar para establecer el campamento cerca del pequeño río, dejaron los canastos y la angarilla y partieron en dirección al rebaño, con los lanzavenablos y las lanzas dispuestas. Lobo estaba excitado; había cambiado la rutina y los lanzavenablos y las lanzas dejaban traslucir las intenciones de los humanos. Whinney y Corredor también parecían más animados, aunque sólo fuera porque ya no transportaban canastos ni tenían que arrastrar pértigas.

Aquel grupo de ciervos rojos era un rebaño de solteros; las cornamentas de los animales viejos estaban revestidas con una especie de terciopelo. Hacia el otoño, en la época de la brama, cuando los cuernos bifurcados hubiesen alcanzado el desarrollo correspondiente a ese año, el suave revestimiento de piel y los vasos sanguíneos que los nutrían se secarían y las astas se caerían; para lograr que se desprendieran, el ciervo las frotaba contra los árboles y las piedras.

El hombre y la mujer se detuvieron para estudiar la situación. Lobo estaba colmado de impaciencia, gemía y se aprestaba para el encuentro. Ayla tenía que ordenarle que permaneciese quieto, con el fin de que no iniciara la persecución y dispersara al rebaño. Jondalar, satisfecho de verle aquietado, pensó un instante con admiración en el modo en que Ayla le había entrenado; después siguió estudiando a los ciervos. Montado en el caballo, el hombre tenía ante sí todo un panorama general, otra ventaja de la cual no habría gozado si se hubiese acercado a pie. Varios de los animales de cornamenta habían cesado de ramonear, advertidos de la presencia de los recién llegados, pero los caballos no constituían una amenaza. Eran animales que también pacían y a los que generalmente se toleraba o ignoraba, si no daban señales de temor. A pesar de la presencia de los humanos y del lobo, los venados aún no estaban tan inquietos como para correr.

Al examinar el rebaño para decidir a cuál intentaría cazar, Jondalar se sintió atraído por un magnífico macho con una imponente cornamenta, que parecía mirarle directamente, como si, a su vez, estuviese evaluando al hombre. Si hubiera estado con un grupo de cazadores que necesitasen alimento para una caverna entera y hubiera sentido el deseo de exhibir su habilidad, quizá hubiese contemplado la idea de cazar al majestuoso animal. Pero estaba seguro de que, cuando en el otoño llegase la temporada de los placeres de los ciervos, muchas hembras desearían unirse al rebaño que eligiese a este animal. Jondalar no podía decidirse a matar a un animal tan orgulloso y bello sólo por un poco de carne. Eligió otro ejemplar.

—Ayla, ¿ves al que está cerca del matorral alto? ¿Sobre el borde del rebaño? —La mujer asintió—. Parece que está en posición favorable para separarse del resto. Tratemos de atraparle.

Comentaron la estrategia que aplicarían y después se separaron. Lobo observó atentamente a la mujer que montaba a caballo y, al ver la señal de Ayla, se lanzó hacia

delante, en dirección al ciervo que ella indicaba. Montada en la yegua, Ayla venía a poca distancia de Lobo. Jondalar se acercaba desde el lado opuesto, el lanzavenablos y la lanza prestos.

El ciervo presintió el peligro y lo mismo le sucedió al resto del rebaño. Comenzaron a brincar en todas direcciones. El animal que ellos habían elegido saltó para evitar al lobo que le atacaba y a la mujer que le embestía, y fue a caer sobre el hombre montado en el corcel. Se acercó tanto que Corredor retrocedió asustado.

Jondalar estaba preparado con su lanza, pero el rápido movimiento del corcel le impidió apuntar y se distrajo. El macho cambió de dirección, tratando de apartarse del caballo y del humano que bloqueaban su paso, pero se encontró con un enorme lobo en su camino. Atemorizado, el ciervo saltó a un costado, se apartó del depredador que gruñía y se abalanzó entre Ayla y Jondalar.

Cuando el ciervo pegó otro brinco, Ayla modificó la posición del cuerpo y apuntó. Whinney, que comprendió la señal, se lanzó en persecución del ciervo. Jondalar recuperó el equilibrio y arrojó su lanza hacia el macho que huía, en el momento mismo en que Ayla despidió la suya.

La orgullosa cornamenta se estremeció una vez, y después otra. Las dos lanzas alcanzaron el blanco con mucha fuerza, casi simultáneamente. El gran macho trató de escapar otra vez, pero era demasiado tarde. Las lanzas habían dado en el blanco. El ciervo rojo vaciló y después cayó apenas iniciado un intento de salto.

La llanura se había quedado vacía. El rebaño había desaparecido, pero los cazadores no prestaron atención, y de un salto desmontaron de sus caballos al lado del ciervo. Jondalar desenfundó el cuchillo de mango de hueso, aferró la cornamenta aterciopelada, echó hacia atrás la cabeza y cortó el cuello del animal grande y viejo. Permanecieron de pie en silencio y vieron cómo la sangre formaba un charco alrededor de la cabeza de la presa. La tierra seca absorbió el líquido.

—Cuando retornes a la Gran Madre Tierra, preséntale nuestro agradecimiento —dijo Jondalar al venado rojo moribundo en el suelo.

Ayla asintió para ratificar su acuerdo. Estaba acostumbrada a este rito. Jondalar decía palabras análogas cada vez que mataban un animal, aunque fuese pequeño, pero ella intuía que no lo hacía por rutina, que no se limitaba a decirlo. En sus palabras había sentimiento y reverencia. Su agradecimiento era auténtico.

La llanura baja y ondulada daba paso a las altas montañas, y entre los matorrales aparecían alerces, bosques de carpes y hayas junto con algunos robles. Donde las elevaciones eran menores, la región se asemejaba a las colinas boscosas que habían atravesado cerca del delta del Río de la Gran Madre. Cuando llegaron a mayor altura, comenzaron a ver pinos y abetos, y unos pocos alerces y pinos entre los enormes árboles deciduos.

Llegaron a un claro, una prominencia abierta y redondeada, un poco más alta que

el bosque circundante. Jondalar se detuvo para orientarse, pero Ayla se sintió preocupada ante el espectáculo. Estaban a mayor altura de lo que ella había supuesto. Hacia el oeste, más allá de las copas de los árboles, pudo ver a lo lejos el Río de la Gran Madre, con todos sus canales, que habían confluido de nuevo, serpenteando a través de un profundo barranco de paredes rocosas. Comprendió entonces por qué Jondalar se había desviado para rodear el curso de agua.

—Navegué por ese pasaje en un bote —explicó Jondalar—. Lo llaman la Puerta.

—¿La Puerta? ¿Quieres decir la que pones en un marco? ¿Para cerrar la abertura y guardar dentro los animales? —preguntó Ayla.

—No lo sé. Nunca lo pregunté. Pero quizá de ahí provenga su nombre. Aunque se parece más a la empalizada que uno construye a los dos lados y que termina en la entrada. Se prolonga cierto trecho. Ojalá pudiese llevarte allí —sonrió—. Quizá lo haga.

Avanzaron hacia el norte, en dirección a la montaña, descendiendo del promontorio durante un trecho para desembocar después en una planicie. Frente a ellos, como una pared inmensa, había una larga fila de árboles enormes, el comienzo de un bosque profundo, denso, en el que se mezclaban los árboles de madera dura y las plantas de verdor permanente. Apenas entraron en la zona de sombras del elevado dosel de hojas, se encontraron en un mundo distinto. Necesitaron un momento hasta conseguir que los ojos se adaptaran tras haber pasado de la luz intensa a la penumbra sombría y silenciosa del bosque primitivo; pero percibieron inmediatamente el aire húmedo y frío, y olieron la abundancia húmeda y fecunda de las plantas que crecían y se descomponían.

El espeso musgo cubría el suelo, formando un manto continuo de verdor, que trepaba por los peñascos, se extendía sobre las formas redondas de antiguos árboles caídos hacía mucho tiempo; rodeaba los tocones que se desintegraban y también los árboles que aún vivían. El corpulento lobo que marchaba por delante saltó sobre un leño cubierto de musgo. Quebró el núcleo antiguo y descompuesto que estaba disolviéndose lentamente para retornar al suelo, y puso al descubierto las largas plantas que se retorcían, sorprendidas por la luz del día. El hombre y la mujer desmontaron poco después para buscar más fácilmente un camino a través del bosque, sembrado con los restos de la vida y los nuevos retoños.

Los renuevos brotaban de los troncos musgosos y descompuestos, y las plantas rivalizaban por ocupar un lugar bajo el sol allí donde un árbol abatido por el rayo había arrastrado con él a varios más. Las moscas zumbaban alrededor de los racimos de gaulterias con sus flores rosadas, bajo los rayos luminosos que llegaban al suelo del bosque a través de un hueco en el dosel. El silencio era sobrecogedor; los más tenues sonidos se ampliaban. Ayla y Jondalar hablaban como en murmullos, sin que hubiese razón alguna para ello.

Había hongos por doquier y había setas de todas las variedades casi en cada rincón. Plantas sin hojas, como el hongo de la haya, la dentaria de lavanda, y variedad

de orquídeas pequeñas de flores muy coloridas, a menudo sin hojas verdes, pululaban por todas partes, implantadas en las raíces de otras plantas vivas o en sus restos descompuestos. Cuando Ayla vio una serie de tallos pequeños, pálidos y serosos, sin hojas, con corolas que se balanceaban, se detuvo para recoger algunos.

—Esto ayudará a calmar las molestias en los ojos de Lobo y de los caballos —explicó, y Jondalar advirtió una sonrisa cálida y al mismo tiempo triste en la cara de la mujer—. Es la planta que Iza usaba para tratarme los ojos cuando yo lloraba.

Mientras tanto recogió algunas setas porque estaba segura de que eran comestibles. Ayla nunca corría riesgos: se mostraba muy precavida con las setas. Muchas variedades eran deliciosas; otras no eran muy sabrosas pero tampoco nocivas; algunas eran eficaces como medicinas, otras podían intoxicar levemente a una persona, unas pocas podían ayudarle a uno a ver el mundo de los espíritus y un reducido número era mortal; era fácil confundir algunas especies con otras.

Se vieron en dificultades para avanzar a través del bosque a causa de la angarilla, debido a que los travesaños estaban muy separados. Se atascaban entre los árboles que crecían cerca unos de otros. Cuando Ayla concibió por primera vez el método sencillo y eficaz de utilizar la fuerza de Whinney para facilitar el transporte de objetos muy pesados y que ella no podía llevar con sólo sus fuerzas, encontró el modo de que el caballo ascendiera por el sendero estrecho y empinado que llevaba a la caverna; en efecto, con ese fin acercó más las pértigas. Pero ahora que el bote redondo reposaba sobre el armazón, Jondalar y Ayla no podían mover las largas pértigas y era difícil desplazar los objetos que arrastraban. La angarilla era muy eficaz en terrenos irregulares, no se atascaba en los agujeros, las zanjas o el lodo, pero necesitaba campo abierto.

Estuvieron dándole vueltas al asunto el resto de la tarde. Finalmente, Jondalar desató completamente el bote redondo y lo arrastró él solo. Comenzaron a contemplar seriamente la posibilidad de abandonarlo. Había sido muy útil para cruzar los ríos y los afluentes más pequeños que volcaban sus aguas en la Gran Madre, pero ahora no estaban seguros de que valiese la pena cargar con él cuando tenían que atravesar la densa espesura de los bosques. Aun cuando todavía les esperaban muchos más ríos, ciertamente podrían cruzarlos sin el bote y en ese momento el artefacto estaba retrasando la marcha.

La oscuridad les sorprendió en el bosque. Organizaron el campamento para pasar la noche, pero ambos estaban inquietos y se sentían más expuestos que en medio de la ancha estepa. A campo abierto, incluso en la oscuridad, podían ver algo: las nubes, las estrellas o las siluetas de formas móviles. En el denso bosque, con los grandes troncos de los altos árboles, que podían ocultar incluso a criaturas corpulentas, la oscuridad era absoluta. El ubicuo silencio que parecía sobrecogedor cuando habían penetrado en ese universo de árboles, resultaba ahora terrorífico en la profundidad del bosque durante la noche, si bien ambos evitaban exteriorizar lo que sentían.

Los caballos también estaban tensos y se mantenían al amparo de la seguridad

protectora del fuego. Lobo también permaneció en el campamento. Ayla se alegraba de que así fuera, y mientras le suministraba una ración de comida, pensó que, de todos modos, debía retenerlo cerca. Incluso Jondalar se alegraba; la presencia de un lobo corpulento y amistoso era reconfortante. Podía oler y sentir cosas que no estaban al alcance de un ser humano.

La noche era más fría en el bosque húmedo, una especie de humedad pegajosa, tan densa que casi parecía lluvia. Se deslizaron temprano bajo las pieles de dormir y, aunque estaban fatigados, estuvieron charlando hasta bien entrada la noche; no parecían dispuestos a entregarse al sueño.

—No sé si conviene que continuemos preocupándonos por el transporte de ese bote redondo —comentó Jondalar—. Los caballos pueden vadear los pequeños arroyos sin que las cosas se mojen demasiado. Si los ríos son más profundos, podemos cargar los canastos sobre el lomo de los animales en lugar de dejarlos colgando.

—Cierta vez até mis cosas a un tronco. Después que abandoné el clan y cuando estaba buscando personas como yo, llegué a un ancho río. Lo atravesé a nado, empujando un tronco —dijo Ayla.

—Seguramente fue difícil, y quizá más peligroso, porque tus brazos no tenían libertad de movimientos.

—Fue difícil, pero tenía que cruzar y no encontré otro modo —concluyó Ayla.

Permaneció en silencio un momento, pensativa. El hombre, acostado junto a Ayla, se preguntaba si estaría adormecida; entonces, Ayla desveló el sentido de sus pensamientos.

—Jondalar, estoy completamente segura de que ya hemos viajado mucho más de lo que yo caminé para encontrar mi valle. Hemos recorrido un largo trayecto, ¿verdad?

—Sí, hemos recorrido un largo trayecto —replicó Jondalar, en una respuesta un tanto cautelosa. Se volvió de costado y apoyó la cabeza en un brazo, para ver a Ayla —. Pero todavía estamos lejos de mi hogar. Ayla, ¿ya estás cansada de viajar?

—Un poco. Desearía descansar un rato. Después podría reanudar la marcha. Mientras esté contigo, no me importa cuán lejos podamos llegar. Sucede sencillamente que no sabía que este mundo fuera tan grande. ¿Termina en algún punto?

—Al oeste de mi hogar, la tierra termina en las Grandes Aguas. Nadie sabe lo que hay después. Conozco a un hombre que afirma que viajó incluso más lejos y que vio grandes aguas en el este, aunque mucha gente duda de su palabra. La mayoría de la gente viaja, pero pocos se alejan mucho, y por eso les parece difícil creer en los relatos acerca de largos viajes, a menos que vean algo que les convenza. Pero siempre hay unos pocos que viajan lejos. —Esbozó una sonrisa despectiva—. Aunque yo nunca esperé ser uno de ellos. Wymez viajó alrededor del Mar del Sur y descubrió que había más tierra incluso internándose hacia el sur.

—También encontró a la madre de Ranec y la trajo consigo. Es difícil dudar de Wymez. ¿Has visto alguna vez otra persona con la piel oscura como Ranec? Wymez tuvo que viajar mucho para encontrar una mujer así —dijo Ayla.

Jondalar se fijó en la cara que resplandecía a la luz del fuego, y sintió un profundo amor por la mujer que estaba a su lado, y también una profunda inquietud. Esta conversación acerca de los viajes largos le llevaba a pensar acerca del largo trayecto que aún debían salvar.

—En el norte la tierra termina en el hielo —continuó Ayla—. Nadie puede pasar más allá del glaciar.

—A menos que vaya en un bote —dijo Jondalar—. Pero he oído decir que lo único que uno encuentra es un país de hielo y nieve, donde viven los espíritus de osos blancos y hay peces más grandes que mamuts. Algunos miembros del pueblo del oeste afirman que hay brujos que son tan poderosos que pueden convocarlos a la tierra. Y una vez que llegan aquí, no pueden regresar, pero…

Se produjo un súbito estrépito entre los árboles. El hombre y la mujer se sobresaltaron atemorizados; después permanecieron perfectamente inmóviles, sin decir palabra. Casi no respiraban. De la garganta de Lobo brotó un gruñido grave y rumoroso, pero Ayla le rodeaba el cuello con el brazo; no estaba dispuesta a permitirle que atacase. Hubo otro movimiento y después volvió el silencio. Un rato más tarde, Lobo suspendió también sus gruñidos. Jondalar no sabía si podría dormir esa noche. Finalmente, se puso en pie para echar un leño al fuego; se sintió satisfecho porque antes había encontrado unas ramas rotas de buen tamaño, a las que había cortado en pedazos con su pequeña hacha de piedra con mango de marfil.

—El glaciar que debemos cruzar no está al norte, ¿verdad? —preguntó Ayla cuando regresó al lecho; seguía preocupada por el viaje que ambos estaban realizando.

—Bien, está al norte de aquí, pero no tan lejos como esa pared de hielo del norte. Hay otra cadena de montañas al oeste de ésta y el hielo que debemos cruzar cubre una meseta, al norte de esas montañas.

—¿Es difícil cruzar el hielo?

—Hace mucho frío y pueden producirse terribles ventiscas de nieve. En primavera y verano se funde un poco y el hielo se quiebra. Se abren grandes grietas. Si uno cae en una grieta profunda, nadie puede sacarle de allí. En invierno, la mayor parte de las grietas se cubren con nieve y hielo, pero aun así puede resultar peligroso.

De pronto, Ayla se estremeció.

—Dices que hay un modo de rodear el glaciar. ¿Por qué tenemos que cruzar el hielo?

—Es el único modo de evitar a los cabezas cha… la región del clan.

—Querías decir el país de los cabezas chatas.

—Ayla, es el nombre que yo siempre he escuchado —trató de explicar Jondalar —. Así les llaman todos. Mira, tendrás que acostumbrarte a esa palabra. La mayoría

de la gente los denomina así.

Ella dio por no oído el comentario, y continuó diciendo:

—¿Por qué debemos evitarlos?

—Hubo algunas dificultades. —Jondalar frunció el entrecejo—. Ni siquiera sé si esos cabezas chatas del norte son los mismos de tu clan —se interrumpió y después continuó—: Pero ellos no provocaron las dificultades. Cuando veníamos hacia aquí, hemos oído hablar de un grupo de jóvenes que estaban… molestándolos. Son los losadunai, la gente que vive cerca del glaciar de la meseta.

—¿Por qué los losadunai tratan de provocar problemas con el clan? —preguntó desconcertada Ayla.

—No son los losadunai. O no son todos. No quieren dificultades. Se trata sólo de ese grupo de jóvenes. Imagino que creen que es algo divertido, o por lo menos así comenzó todo.

Ayla pensó que la idea que alguna gente tenía de lo que era divertido no le parecía muy divertido a ella, pero, en realidad, lo que no podía apartar de la mente era el viaje que estaban realizando y cuánto trayecto les quedaba por recorrer. Según se manifestaba Jondalar, ni siquiera estaban cerca. Llegó a la conclusión de que quizá fuera mejor no anticiparse demasiado. Trató de apartar de su mente aquel asunto.

Volvió los ojos hacia la noche y pensó en lo que le habría gustado ver el cielo a través del alto dosel.

—Jondalar, creo que allí veo estrellas. ¿Alcanzas a distinguirlas?

—¿Dónde? —dijo él, levantando la mirada.

—Allí. Tienes que mirar en línea recta hacia arriba y un poco hacia atrás. ¿Ves?

—Sí…, sí, creo que sí. No se parece al sendero de leche de la Madre, pero, en efecto, veo unas pocas estrellas —dijo Jondalar.

—¿Qué es el sendero de la Madre?

—Es otra parte de la historia acerca de la Madre y Su hijo —explicó Jondalar.

—Cuéntamelo.

—No sé si lo recuerdo bien. Veamos; es algo así como… —comenzó a entonar el ritmo sin palabras; después llegó a la mitad de un verso—:

Su sangre formó grumos secos en el suelo ocre rojizo,
Pero el niño luminoso consiguió que todo eso valiera la pena.

La gran alegría de la Madre.
Un niño vivaz y luminoso.

Se elevaron las montañas escupiendo llamas de sus cimas.
Ella amamantó a Su hijo a sus pechos montañosos.
Él chupó tan fuerte, y las chispas se elevaron tan alto,
Que la leche caliente de la Madre formó un camino en el cielo.

—Sí, así es —concluyó—. Zelandoni se sentiría complacido de que yo lo haya recordado.

—Jondalar, es maravilloso. Me encanta cómo suena, la sensación que produce el sonido. —Cerró los ojos y repitió los versos por sí misma, en voz alta, unas cuantas veces.

Jondalar escuchó, y entonces recordó que ella podía memorizar con mucha rapidez. Ayla repitió exactamente los versos después de haberlos oído una sola vez. Jondalar hubiera deseado que su memoria fuese tan buena y su capacidad para asimilar una lengua tan amplia como la de Ayla.

—En realidad no es cierto, ¿verdad? —preguntó Ayla.

—¿Qué no es cierto?

—Que las estrellas son la leche de la Madre.

—No creo que en realidad sean leche —dijo Jondalar—. Pero sí que hay verdad en el sentido de la historia. La historia entera.

—¿Qué quiere decir la historia?

—Se refiere a los comienzos de las cosas, cómo hemos llegado a ser. Dice que fuimos creados por la Gran Madre Tierra, de Su propio cuerpo, que Ella vive en el mismo lugar que el sol y la luna, y que para ellos es la Gran Madre Tierra como lo es para nosotros; y que las estrellas son parte de su mundo. —Ayla asintió—. Es posible que en eso haya cierta verdad —dijo. Le agradaba lo que él decía y pensó que quizá llegaría el momento en que la complacería conocer a este Zelandoni y pedirle que le relatase la historia entera—. Creb me dijo que las estrellas eran el hogar de la gente que aún no ha nacido. Y el hogar de los espíritus de los tótems.

—También en eso es posible que haya cierta verdad —dijo Jondalar. Pensó: «Los cabezas chatas realmente deben ser casi humanos. Un animal no pensaría así».

—Cierta vez me mostró dónde estaba el hogar de mi tótem, el Gran León de la Caverna —dijo Ayla, y ahogando un bostezo, se volvió de costado.

Ayla trató de ver el camino que se abría ante ella, pero los enormes troncos de los árboles, cubiertos de musgo, le impedían la visión. Continuó ascendiendo, no muy segura del lugar al que se dirigía o de la razón de su propio caminar; sólo deseaba poder detenerse y descansar. Estaba fatigada. Si al menos pudiera sentarse. El tronco que veía allí delante parecía acogedor, si al menos pudiese llegar allí, pero siempre parecía estar un paso más lejos. De pronto se encontró con él, pero cedió bajo su peso y se deshizo en madera descompuesta y larvas que se retorcían. Ayla se estaba cayendo, aferrándose a la tierra, tratando de volver a incorporarse.

Entonces desapareció el bosque denso y ella estaba trepando por la empinada ladera de una montaña a través de un bosque abierto, a lo largo de un sendero conocido. En la cima había un alto prado montañés en el que se alimentaba un pequeño grupo de ciervos. Las plantas de avellano crecían

contra la roca de una pared de la montaña. Ayla estaba asustada y se hubiera sentido más segura detrás de los arbustos, pero no podía hallar el modo de pasar. La abertura estaba bloqueada por las plantas de avellano, que crecían y crecían hasta alcanzar las proporciones de enormes árboles, con troncos musgosos. Intentó ver el camino hacia delante, y estaba oscureciendo. Tenía miedo, pero de pronto, a lo lejos, vio algo que se movía entre las sombras profundas.

Era Creb. Estaba en pie frente a la abertura de una pequeña caverna, bloqueando el paso de Ayla, y los signos que dibujaba con la mano decían que ella no podía permanecer allí. No era su lugar. Tenía que marcharse. Encontrar otro sitio. El lugar al que pertenecía. Él intentaba indicarle el camino, pero estaba oscuro y Ayla no alcanzaba a ver lo que él estaba diciendo, sólo comprendía que debía continuar su marcha. Entonces, él extendió el brazo sano y señaló.

Cuando miró hacia el frente, los árboles habían desaparecido. Comenzó a trepar otra vez, en dirección a la boca de otra caverna. Aunque sabía que jamás la había visto antes, le resultaba una caverna extrañamente conocida, con un peñasco peculiarmente fuera de lugar, la silueta de la piedra recortándose contra el cielo que se extendía allá arriba. Cuando volvió los ojos, Creb se alejaba. Ella le llamó, rogándole.

—¡Creb! ¡Creb! ¡Ayúdame! ¡No te vayas!

—¡Ayla! ¡Despierta! Estás soñando —dijo Jondalar, mientras la sacudía suavemente.

Ayla abrió los ojos, pero el fuego se había apagado y estaba oscuro. Se aferró al hombre.

—Oh, Jondalar, era Creb. Se cruzaba en mi camino. No quería permitirme la entrada…, no me permitía permanecer allí. Intentaba decirme algo, pero estaba tan oscuro que yo no podía ver. Señalaba una caverna, y algo en ella me parecía conocido, pero él no quería quedarse allí.

Jondalar sintió que temblaba y la abrazó con fuerza, reconfortándola con su presencia. De pronto, Ayla se sentó.

—¡Esa caverna! A la que él me cerraba el paso. Ésa era mi caverna. Allí fui después que nació Durc, cuando temía que ellos no me permitieran conservarle.

—Es difícil comprender los sueños. A veces un Zelandoni puede explicarte lo que significan. Quizá aún te duela haber dejado a tu hijo —dijo el hombre.

—Quizá —asintió ella. Sí, le dolía haber dejado a Durc. Pero si eso era lo que el sueño significaba, ¿por qué estaba soñándolo ahora? ¿Por qué no había sucedido a raíz de su estancia en esa isla, contemplando la extensión del Mar de Beran, tratando de divisar la península, y llorando en su despedida definitiva de Durc? Había algo en todo eso que la llevaba a pensar que el sueño tenía un sentido más profundo.

Finalmente, Ayla se tranquilizó y los dos dormitaron un rato. Cuando ella despertó otra vez, había amanecido, aunque los dos continuaban en la zona de penumbra del bosque.

Por la mañana, Ayla y Jondalar partieron temprano, a pie, con las varas de la angarilla unidas y después aseguradas en el centro del bote redondo. Si cada uno de ellos sostenía un extremo, podían levantar las pértigas y el bote evitando así los obstáculos mucho más fácilmente que si los llevaban arrastrando detrás del caballo. Además, de ese modo los caballos también iban más descansados, pues sólo debían cargar los canastos y soportar su propio peso. Pero al poco rato, como la mano del hombre sobre el lomo ya no le guiaba, Corredor tendió a desviarse para ramonear un poco las hojas verdes de los árboles jóvenes, pues hasta allí no había encontrado mucho pasto. Se apartó hacia un lado y retrocedió un poco cuando olió la hierba que crecía en un pequeño claro, donde un fuerte viento había derribado varios árboles, permitiendo así el paso de la luz del sol.

Jondalar se cansó de perseguirle; al cabo de un rato trató de sujetar tanto el ronzal de Corredor como el extremo de las pértigas, pero resultaba difícil estar al tanto de los movimientos de Ayla para no entorpecer su paso con ellas, observar donde él mismo ponía el pie y cuidar de que el caballo joven no metiese la pata en un agujero, o algo peor. Hubiese deseado que Corredor le siguiese sin rienda ni arnés, exactamente como Whinney seguía a Ayla. Finalmente, cuando Jondalar impulsó accidentalmente su extremo de la pértiga y golpeó con bastante fuerza a Ayla, ella formuló una sugerencia.

—¿Por qué no atas a Whinney a la cuerda de Corredor? —dijo—. Como sabes, ella me sigue y vigila su propio paso, de modo que no permitirá que Corredor se desmande; además, él está acostumbrado a seguirla. De ese modo no tendrás que preocuparte de si se aleja o se mete en otras dificultades; podrás atender tu extremo de las pértigas.

Jondalar se detuvo un momento, frunciendo el entrecejo y de pronto esbozó una amplia sonrisa.

—¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? —dijo.

Aunque el terreno se había levantado lentamente, cuando el suelo formó una pendiente visiblemente más empinada, el bosque cambió de aspecto con cierta rapidez. Los árboles empezaron a ralear y los dos viajeros muy pronto dejaron atrás los grandes árboles deciduos de madera dura. El pino y el abeto se convirtieron en los árboles más numerosos y las restantes especies de madera dura, incluso las de la misma variedad, estaban representadas por ejemplares mucho más pequeños.

Llegaron a la cumbre de un risco; pasearon la mirada sobre una amplia meseta que descendía suavemente y después se extendía casi plana hasta cierta distancia. Un bosque formado principalmente por coníferas, abetos de corteza de color verde oscuro, abetos rojos y pinos, con algunos alerces, cuyas agujas, que cobraban un color dorado, dominaba la meseta. Destacaba gracias a la presencia de pastos verdes

y dorados y estaba salpicado de pequeños lagos azules y blancos, que reflejaban el cielo diáfano arriba y las nubes distantes. Un río de aguas rápidas dividía el espacio; estaba alimentado por varias cascadas que descendían por la ladera más alejada de la montaña. Elevándose más allá de la meseta y cubriendo parte del cielo, aparecía la imagen impresionante de una alta cumbre coronada de blanco, cubierta parcialmente por las nubes.

Parecía tan cercana que Ayla creyó que casi podía extender la mano y tocarla. Por detrás de las montañas, el sol iluminaba los colores y las formas de las piedras; las rocas de color marrón claro emergían de las paredes grises; las superficies casi blancas contrastaban con el gris oscuro de las columnas extrañamente regulares que habían emergido del candente núcleo de la tierra y se habían enfriado adoptando la forma angular de la estructura cristalina básica. Reluciendo sobre el conjunto se desplegaba el hermoso hielo color verde azulado de un auténtico glaciar, decorado por la nieve que aún se mantenía sobre las más altas cumbres. Y mientras ellos observaban el cielo, el sol y las nubes cargadas de lluvia dibujaban como por arte de magia un arco iris resplandeciente y lo proyectaban en un gran arco sobre la montaña.

El hombre y la mujer contemplaban maravillados y absorbían la belleza y la serenidad. Ayla se preguntó si el arco iris sería un mensaje que ellos debían entender, o, por lo menos, significaba que se les daba la bienvenida. Advirtió que el aire que estaba respirando era deliciosamente fresco y suspiró aliviada porque ahora estaban alejándose del calor sofocante de la planicie. De pronto, comprendió que los enjambres de irritantes cínifes habían desaparecido. Por lo que a ella concernía, no sentía necesidad de alejarse ni un paso de esa meseta. Podría instalar allí mismo su hogar.

Se volvió y miró al hombre. Jondalar se sintió asombrado por un momento ante la intensidad misma de los sentimientos de Ayla, ante el placer que provocaba en ella la belleza del lugar y ante su deseo de permanecer allí; pero él sentía, a su vez, el placer que le provocaban la belleza de Ayla y el deseo que inspiraba en su corazón. La deseaba en aquel preciso momento; este sentimiento se manifestaba en sus intensos ojos azules y en su expresión de amor y anhelo. Ayla sintió la fuerza de ese amor, que reflejaba el que ella misma sentía, pero transmutado y ampliado a través del hombre.

Montados en sus caballos, se miraron a los ojos, transfigurados por algo que no atinaban a explicar aunque sentían su fuerza; los sentimientos de los dos, parejos aunque originales, el poder de un carisma que cada uno de ellos poseía y que apuntaba al otro y la intensidad del mutuo amor. En un gesto impulsivo, extendieron los brazos el uno hacia el otro —un gesto que los caballos interpretaron mal—. Whinney comenzó a descender la ladera y Corredor la siguió. El movimiento determinó que el hombre y la mujer recobrasen la conciencia del lugar en que estaban. Sentían una calidez y una ternura inexplicables y pensaban que ellos mismos eran presa de un toque de locura porque no sabían muy bien lo que había sucedido; se miraron sonrientes, con una expresión que encerraba una promesa; continuaron

descendiendo en dirección al noroeste, para seguir caminando por la meseta.

La mañana en que, según creía Jondalar, podían llegar al asiento de los sharamudoi, trajo un brusco descenso de la temperatura del aire, anticipando el cambio de estación; Ayla acogió satisfecha aquel cambio. Mientras atravesaban las laderas boscosas, llegó casi a pensar que antes había estado allí, aunque sabía muy bien a qué atenerse. Sin comprender con exactitud la razón de su propia actitud, continuaba esperando el momento en que pudiera descubrir una señal en el terreno. ¡Todo le parecía tan conocido! Los árboles, las plantas, las laderas, la configuración del terreno. Cuanto más veía, más creía estar en su propio hogar.

Cuando vio avellanas, todavía en el árbol y con sus envolturas verdes punteadas, pero casi maduras, como a ella le gustaban, tuvo que detenerse y recoger algunas. Mientras partía unas pocas con los dientes, de pronto comprendió. La razón por la cual creía conocer la región y le parecía como si hubiera sido su propio hogar era que se asemejaba a la zona montañosa del extremo de la península, alrededor de la caverna del clan de Brun. Ella había crecido en un lugar muy semejante a éste.

La región le resultaba cada vez más familiar también a Jondalar, y con razón; cuando descubrió un sendero claramente señalado, el cual reconoció, que descendía hacia otro sendero que llevaba al borde exterior de un risco, se dio cuenta de que no estaban lejos. Podía sentir la excitación que se acentuaba en su interior. Cuando Ayla encontró un zarzal grande y espinoso, con zarcillos largos y afilados, y ramas cargadas de moras maduras y jugosas, experimentó un amago de contrariedad porque quería retrasar la llegada para recoger algunas.

—¡Jondalar! ¡Detente! Mira. ¡Moras! —gritó Ayla, mientras desmontaba y corría hacia el zarzal.

—Pero si casi hemos llegado.

—Podemos llevarles algunas. —Tenía la boca llena—. No he saboreado moras como éstas desde que abandoné el clan. ¡Pruébalas, Jondalar! ¿Alguna vez has comido algo tan bueno?

Tenía las manos y la boca de color púrpura; había recogido pequeños puñados de moras, que pasaban casi inmediatamente a su boca.

Al verla, Jondalar de pronto se echó a reír.

—Deberías verte —dijo—. Pareces una cría, manchada de moras y toda excitada.

Meneó la cabeza y sonrió. Ella no contestó. Tenía la boca demasiado llena.

Jondalar cogió algunas moras, las encontró muy dulces y buenas y recogió más. Después de haber cogido unos pocos puñados más, se detuvo.

—Me pareció oírte decir que recogerías algunas para llevarlas a la gente. Ni siquiera tenemos dónde ponerlas.

Ayla se detuvo un momento; después sonrió.

—Sí, tenemos —dijo, y se quitó el sombrero cónico tejido y manchado de sudor,

y buscó algunas hojas para forrarlo—. Usa tu sombrero.

Cada uno había llenado casi las tres cuartas partes de su sombrero cuando oyeron el gruñido de advertencia de Lobo. Volvieron la mirada y vieron a un joven alto, casi un hombre, que se había acercado siguiendo la huella y que miraba asombrado a los humanos y al lobo, que estaba tan cerca; el recién llegado tenía los ojos muy abiertos a causa del miedo. Jondalar miró de nuevo.

—¿Darvo? ¿Darvo, eres tú? Soy yo, Jondalar de los zelandonii —dijo acercándose al muchacho.

Jondalar hablaba una lengua con la cual Ayla no estaba familiarizada, aunque había alcanzado a escuchar algunas palabras y entonaciones que le recordaban a los mamutoi. Observó que la expresión de la cara del joven pasaba del miedo al asombro y al reconocimiento.

—¿Jondalar? ¡Jondalar! ¿Qué haces aquí? Creí que te habías marchado y que nunca volverías —confesó Darvo.

Corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron; después, el hombre retrocedió un paso y miró a Jondalar, sosteniéndole por los hombros.

—¡Déjame mirarte! ¡Es increíble cuánto has crecido!

Ayla miró fijamente al joven, atraída por el espectáculo de otro ser humano después de tanto tiempo sin ver a nadie.

Jondalar abrazó de nuevo a Darvo. Ayla podía percibir el sincero afecto que los unía, pero, después de los primeros saludos, Darvo pareció un poco entrecortado. Jondalar comprendió la súbita reticencia. Después de todo, ahora Darvo era casi un hombre. Los abrazos formales de salutación eran una cosa, pero las demostraciones exuberantes de afecto ilimitado, incluso para alguien que había sido como el hombre del hogar durante un tiempo, eran otra cosa diferente. Darvo miró a Ayla. Después se fijó en el lobo, al que ella retenía, y los ojos se le agrandaron de nuevo. Y un poco después vio a los caballos que permanecían tranquilamente a poca distancia, con los canastos y las pértigas colgando, y los ojos se le abrieron todavía más.

—Creo que es mejor que te presente a mis… amigos —dijo Jondalar—. Darvo de los sharamudoi, ésta es Ayla de los mamutoi.

Ayla reconoció la cadencia de la presentación formal y entendió la mayor parte de las palabras. Ordenó a Lobo que se quedara quieto y después se acercó al muchacho, con las manos extendidas, las palmas hacia arriba.

—Soy Darvalo de los sharamudoi —dijo el joven, cogiéndole las manos, y después añadió en el lenguaje mamutoi—: Bienvenida, Ayla de los mamutoi.

—¡Tholie te enseñó bien! Hablas mamutoi como si hubieses nacido sabiéndolo, Darvo. ¿O ahora debo decir Darvalo? —preguntó Jondalar.

—Ahora me llaman Darvalo. Darvo es un nombre infantil —dijo el joven, y de pronto se sonrojó—. Pero tú puedes llamarme Darvo si lo deseas. Quiero decir que es el nombre que tú conoces.

—Creo que Darvalo es un hermoso nombre —dijo Jondalar—. Me alegro de que

hayas continuado recibiendo las lecciones de Tholie.

—Dolando pensó que sería útil. Dijo que yo necesitaría esa lengua cuando fuésemos a comerciar con los mamutoi, en la primavera próxima.

—Darvalo, ¿te gustaría conocer a Lobo? —preguntó Ayla.

El joven frunció el entrecejo consternado. En el curso de su vida nunca había contemplado la posibilidad de encontrarse con un lobo cara a cara, y no deseaba hacerlo. Darvalo pensó: «El caso es que Jondalar no le teme, y la mujer tampoco… Es una mujer extraña… y su modo de hablar también es un poco extraño. No se equivoca, pero no habla como Tholie».

—Si acercas la mano y le permites que la huela, Lobo podrá conocerte —dijo Ayla.

Darvalo no estaba muy seguro de que deseara que su mano estuviera tan cerca de los dientes del lobo, pero le pareció que ahora ya no podría retroceder. Extendió titubeante la mano. Lobo se la olió, y después, inesperadamente, la lamió. Tenía la lengua tibia y húmeda, pero ciertamente no lastimaba. En realidad era más bien agradable. El joven miró al animal y a la mujer. Ella tenía el brazo rodeando descuidada y cómodamente el cuello del lobo, y le acariciaba la cabeza con la otra mano. Darvalo se preguntó: «¿Qué podría sentir uno cuando acariciaba la cabeza de un lobo vivo?».

—¿Deseas tocarle el pelo? —preguntó Ayla.

Darvalo pareció sorprendido; después extendió la mano para tocarle, pero Lobo movió la cabeza para olerle y aquél retrocedió.

—Aquí —explicó Ayla, tomando la mano de Darvalo y aplicándola firmemente sobre la cabeza de Lobo—. Le agrada que le rasquen así —dijo, haciendo una demostración.

De pronto, Lobo sintió una pulga, o aquel rascado inseguro le recordó la existencia de una pulga. Se sentó sobre las patas traseras, y con un espasmo rápido, se rascó la oreja con una pata. Darvalo sonrió. Nunca había visto a un lobo en esa posición tan cómica, rascándose rápida y furiosamente.

—Te dije que le agradaba que le rasquen. También a los caballos —dijo Ayla, y ordenó a Whinney que se acercara.

Darvalo miró a Jondalar. Éste se mantenía inmóvil, sonriendo, como si no hubiese absolutamente nada extraño en una mujer que rascaba a los lobos y a los caballos.

—Darvalo de los sharamudoi, ésta es Whinney —presentó Ayla.

—¿Puedes hablar con los caballos? —dijo Darvalo, completamente desconcertado.

—Todos pueden hablar con un caballo. Pero el caballo no escucha a todos. En primer lugar, el caballo y la persona tienen que conocerse, por eso Corredor escucha a Jondalar. Conoció a Corredor cuando era apenas un potrillo.

Darvalo se volvió para mirar a Jondalar y retrocedió dos pasos.

—¡Te sientas sobre el lomo de ese caballo! —dijo.

—Sí, eso hago. Porque me conoce, Darvo. Quiero decir, Darvalo. Incluso me permite montarlo cuando corre, y podemos correr muy rápido.

Pareció que el joven también estaba dispuesto a huir despavorido; Jondalar pasó una pierna y se dejó caer al suelo.

—A propósito de estos animales, tú podrías ayudarnos, si lo deseas —dijo. El muchacho parecía petrificado y dispuesto a escapar—. Hace mucho que estamos viajando y realmente deseo ver a Dolando y Roshario y a todos los demás, pero la mayoría de la gente se pone un poco nerviosa cuando ve la primera vez a los animales. No están acostumbrados. Darvalo, ¿quieres venir con nosotros? Creo que si todos ven que no te da miedo quedarte cerca de los animales, quizá tampoco a ellos les preocupe demasiado.

El joven se tranquilizó un poco. Eso no parecía tan difícil. Después de todo, ya estaba allí junto a ellos, y quizá la gente no se sorprendiera cuando le viesen llegar con Jondalar y los animales. Sobre todo Dolando y Roshario…

—Casi lo había olvidado —dijo Darvalo—. Prometí a Roshario que la llevaría algunas moras, porque ella ya no puede recogerlas.

—Nosotros tenemos moras —dijo Ayla, y casi simultáneamente Jondalar preguntó—: ¿Por qué no puede recogerlas?

Darvalo miró primero a Ayla y después a Jondalar.

—Cayó del risco al embarcadero y se rompió el brazo. Creo que nunca se le pondrá bien. No lo tiene bien colocado.

—¿Por qué no? —preguntaron los dos.

—No había nadie que supiera hacerlo.

—¿Dónde está Shamud? ¿O tu madre? —preguntó Jondalar.

—Shamud murió el último invierno.

—Lamento mucho saber eso —dijo el hombre.

—Y mi madre se fue. Un hombre mamutoi vino a visitar a Tholie no mucho después de que tú te marcharas. Es un pariente, un primo. Creo que simpatizó con mi madre y le pidió que fuese su compañera. Ella sorprendió a todos y se fue a vivir con el mamutoi. Él me pidió que les acompañara, pero Dolando y Roshario me rogaron que continuase con ellos. Y eso hice. Soy sharamudoi, no mamutoi —explicó Darvalo. Miró a Ayla y se sonrojó—. No quiere decir que haya nada malo en ser mamutoi —se apresuró a agregar.

—Por supuesto, no hay nada malo —dijo Jondalar, con un gesto de preocupación en la cara—. Comprendo lo que sientes, Darvalo. Yo todavía soy Jondalar de los zelandonii. ¿Cuánto tiempo hace que Roshario tuvo el accidente?

—Más o menos por la luna del verano —dijo el muchacho.

Ayla miró a Jondalar con una expresión interrogante.

—Más o menos en esta fase de la última luna —explicó Jondalar—. ¿Te parece demasiado tarde?

—No lo sabré hasta que la vea —dijo Ayla.

—Darvalo, Ayla es curandera. Muy buena. Quizá pueda ayudar —propuso Jondalar.

—Me preguntaba si era shamud, al verla con estos animales y todo lo demás. —Darvalo hizo una pausa momentánea, mirando a los caballos y al lobo, y asintió—. Sin duda, es muy buena curandera. —Irguió un poco más el cuerpo, como desmintiendo sus trece años—. Os acompañaré y así nadie temerá a los animales.

—¿Quieres llevar también por mí esas moras? De ese modo, yo podré estar cerca de Lobo y Whinney. A veces, también a ellos les asusta la gente.

Capítulo 15

Darvalo encabezó la marcha ladera abajo, a lo largo del sendero que atravesaba el paisaje boscoso abierto. Al pie de la pendiente desembocaron en otro sendero, giraron hacia la derecha e iniciaron un descenso más gradual. La nueva senda era el canal que aliviaba el exceso de agua durante el deshielo de primavera y en las estaciones más lluviosas; aunque ese arroyo ocasional estaba seco al término de un verano cálido, el fondo se hallaba sembrado de piedras, lo que dificultaba la marcha.

Si bien los caballos eran animales de la llanura, Whinney y Corredor avanzaban con paso seguro en terreno montañoso. Habían aprendido desde potrillos a recorrer el sendero estrecho y empinado que llevaba a la caverna de Ayla en el valle. No obstante, le preocupaba la posibilidad de que los caballos dieran un mal paso y se lastimaran; por eso se alegró cuando se adentraron por otro sendero que provenía de un lugar al pie de la montaña y continuaba su curso ascendente. La nueva senda parecía ser un camino habitualmente frecuentado, y en la mayor parte de su recorrido tenía anchura suficiente para permitir que dos personas caminasen una junto a otra, pero no dos caballos.

Después de sortear el flanco de una empinada pendiente y doblar hacia la derecha, llegaron a una pared de roca. Cuando alcanzaron un declive, Ayla experimentó la sensación de que estaba en un lugar conocido. Había visto acumulaciones análogas y perfilados restos rocosos en la base de altas paredes montañosas, en su niñez y en la adolescencia. Incluso había visto las flores anchas y blancas en forma de cuerno de una robusta planta de hojas irregulares. Los miembros del Hogar del Mamut a quienes ella había conocido llamaban manzana espinosa a la maloliente planta, a causa de su fruto verde cubierto de espinas: en todo caso, esa especie evocaba en ella recuerdos de su niñez. Era la datura. Creb e Iza la utilizaban, pero con propósitos distintos.

El lugar era conocido para Jondalar porque allí solía recoger grava de la floja acumulación de rocas erosionadas para cubrir los senderos y los hogares. Experimentó un sentimiento de expectativa, pues sabía que estaban cerca. Después de dejar atrás la pendiente rocosa y resbaladiza, la senda se había alisado con una alfombra de trozos de pequeñas piedras, y así el sendero circunvalaba la base de la alta muralla. Al frente alcanzaban a ver el cielo entre los árboles y los matorrales; Jondalar sabía que estaban acercándose al borde del risco.

—Ayla, creo que aquí deberíamos descargar las pértigas y los canastos de los caballos —dijo el hombre—. El sendero que rodea el borde de esta muralla no es tan ancho. Más tarde podremos regresar para recuperarlos.

Después de descargar todo, Ayla, que seguía al joven, caminó un breve trecho a lo largo de la pared, hacia el cielo abierto. Jondalar, que venía detrás para vigilar, sonrió cuando ella llegó al borde del risco y miró hacia abajo… y retrocedió deprisa. Apoyó la mano en la pared, porque había experimentado un poco de vértigo; después se

adelantó y miró de nuevo. Abrió la boca, desconcertada.

Allá abajo, al pie del empinado risco, corría el mismo Río de la Gran Madre, cuyo curso ellos habían estado siguiendo; pero Ayla nunca lo había visto desde esa perspectiva. Había observado todas sus bifurcaciones recogidas en un solo cauce; pero siempre desde un nivel que no sobrepasaba en mucho la superficie del agua. El impulso que la inducía a mirar hacia abajo y contemplar el panorama desde esa altura era apremiante.

El río, que en ocasiones se extendía y avanzaba ahora sinuoso, era un solo curso que corría entre murallas de roca, que afloraban del agua y cuyos cimientos penetraban profundamente en la tierra. Al mismo tiempo que la corriente profunda arrastraba sedimentos que golpeaban la roca, la fuerza constreñida del Río de la Gran Madre se desplazaba con silencioso poder, ondulando con una aceitada fluidez de fuertes marejadas, que se plegaban y se montaban unas sobre otras. Aunque confluirían en él muchos más afluentes antes de que el grandioso río alcanzara toda su capacidad, a esa distancia del delta ya había alcanzado proporciones tan enormes que su estrechamiento apenas era perceptible, sobre todo cuando se contemplaba de una vez el caudal del agua en movimiento.

Con cierta frecuencia una aguja de piedra quebraba la superficie en medio de la corriente, provocando remolinos espumosos en las aguas, y mientras ella observaba, un tronco, que encontraba bloqueado su camino, golpeó y saltó alrededor de una de estas agujas. Apenas visible había, justamente allí abajo, cerca del risco, una construcción de madera. Cuando al fin miró hacia arriba, Ayla exploró con los ojos las montañas del lado opuesto. Aunque todavía aparecían redondeadas, eran más altas y empinadas que en el curso inferior del río, y casi alcanzaban la altura de los picos más elevados que había del lado de Ayla. Separadas sólo por el ancho río, las dos cadenas otrora habían estado unidas, hasta que la acción del tiempo y la corriente abrieron un camino entre ellas.

Darvalo esperaba paciente que Ayla recuperase su inicial visión de la teatral entrada en el hogar de su pueblo. Él había vivido allí toda su vida y en su caso se trataba de un espectáculo conocido, pero ya había observado en otras ocasiones las reacciones de los forasteros. Experimentaba un sentimiento de orgullo cuando la gente se sentía tan abrumada, y entonces miraba con más atención y veía el panorama con los ojos de los otros. Cuando la mujer, al fin, se volvió hacia él, Darvalo sonrió; después la condujo, rodeando el borde de la montaña, por un sendero que había sido laboriosamente ensanchado a partir de la estrecha cornisa que era antes. El sendero permitía el paso de dos personas al mismo tiempo, si caminaban una junto a otra; tenía amplitud suficiente para permitir que una persona transportase madera, animales que habían sido cazados, y otros pertrechos con relativa facilidad; y también permitía el paso de los caballos.

Cuando Jondalar se aproximó al borde del risco, experimentó la conocida punzada en el vientre, debido a que ahora estaba mirando desde gran altura a través

del espacio vacío; era la misma punzada que no había conseguido controlar del todo durante el tiempo que había vivido allí. No era tan grave que no pudiese controlarla, porque, en efecto, le impresionaba el panorama espectacular, así como el trabajo que había permitido devastar incluso un corto tramo de piedra sólida usando únicamente guijarros y pesadas hachas de piedra; pero eso no modificaba la sensación que experimentaba siempre. Incluso así, aquélla era mejor que la otra vía de acceso seguida generalmente.

Manteniendo cerca a Lobo y a Whinney un paso atrás, Ayla siguió al joven que estaba rodeando la pared. Del otro lado había una zona llana, con la forma aproximada de una U, de apreciables dimensiones. Antes, hacía muchísimo tiempo, cuando la enorme cuenca interior del oeste era un mar y comenzaba a vaciarse a través de la grieta abierta en la cadena montañosa, el nivel del agua era mucho más elevado y se había formado una especie de bahía resguardada. Ahora constituía un espacio igualmente resguardado, a gran altura sobre el cauce del río.

Por delante el terreno estaba cubierto de hierba verde, que crecía casi hasta el borde del abismo. Más o menos a medio camino, el espacio estaba ocupado por unos arbustos, que crecían cerca de las altas paredes laterales y se convertían en arbolillos que continuaban trepando por la empinada pendiente del fondo. Jondalar sabía que era posible trepar por la pared posterior, aunque pocas personas lo hacían. Era una salida incómoda y complicada, y rara vez se la usaba. En el lado más próximo, en la esquina redondeada del fondo, había un saliente de piedra arenisca con suficiente amplitud como para dar cobijo a varias viviendas de madera, que formaban un núcleo de viviendas cómodas y protegidas.

Enfrente, en el rincón más alejado, cubierto de musgo, estaba el tesoro más preciado del lugar. Una fuente de agua pura que se derramaba sobre las piedras, salpicaba los salientes y desbordaba un pequeño afloramiento de piedra caliza, para formar debajo una cascada larga y estrecha que terminaba en un estanque. Corría a lo largo de la pared opuesta hasta el borde del risco y descendía por las rugosidades rocosas hasta el río.

Varias personas habían interrumpido lo que estaban haciendo cuando apareció el grupo, y sobre todo el lobo y el caballo, que habían comenzado a rodear la pared. Cuando se acercó Jondalar, vislumbró asombro y temor en todas las caras.

—¡Darvo! ¿Qué traes ahí? —gritó una voz.

—¡Hola! —dijo Jondalar, saludando a la gente en su propia lengua. Después, al ver a Dolando, entregó a Ayla la cuerda de Corredor, y pasando un brazo sobre el hombro de Darvalo, caminó hacia el jefe de la caverna.

—¡Dolando! ¡Soy yo, Jondalar! —dijo, mientras se acercaba.

—¡Jondalar! ¿Eres realmente tú? —dijo Dolando, que identificó al hombre, pero todavía dubitativo—. ¿De dónde vienes?

—Del este. Pasé el invierno con los mamutoi.

—¿Quién es ésa? —preguntó Dolando.

Jondalar comprendió que el hombre seguramente estaba muy turbado, pues había descuidado las formas usuales de la cortesía.

—Se llama Ayla, Ayla de los mamutoi. Los animales viajan con nosotros. La obedecen, o me obedecen, y ninguno hará daño a nadie —dijo Jondalar.

—¿Incluso el lobo? —preguntó Dolando.

—Yo he tocado la cabeza del lobo y acariciado su pelo —confirmó Darvalo—. Ni siquiera intentó morderme.

Dolando miró al muchacho.

—¿Lo has tocado?

—Sí. Ella dice que solamente es necesario llegar a conocerlos.

—Darvo tiene razón. Yo jamás habría venido con alguien o algo que os pudiera perjudicar. Ve y conoce a Ayla y a los animales y lo comprobarás.

Jondalar llevó al hombre al centro del campo. Otros les siguieron. Los caballos habían comenzado a pastar, pero interrumpieron lo que estaban haciendo cuando se aproximó el grupo. Whinney se acercó más a la mujer y permaneció al lado de Corredor, cuya cuerda continuaba en manos de Ayla. La otra mano de la joven reposaba sobre la cabeza de Lobo. El enorme lobo del norte estaba de pie al lado de Ayla, en una actitud defensiva, pero francamente no amenazadora.

—¿Cómo consigue que los caballos no teman al lobo? —preguntó Dolando.

—Saben que no tienen nada que temer de él. Lo conocen desde que era un cachorrito —explicó Jondalar.

—¿Por qué no huyen de nosotros? —preguntó el jefe, mientras se aproximaban.

—Siempre han estado entre personas. Yo vi cuando nació el caballo —replicó Jondalar—. Yo estaba gravemente herido y Ayla me salvó la vida.

De pronto, Dolando se detuvo y miró fijamente al hombre.

—¿Ella es una shamud? —preguntó.

—Es miembro del Hogar del Mamut.

Una joven de corta estatura, más bien regordeta, preguntó entonces:

—Si es Mamut, ¿dónde está su tatuaje?

—Tholie, nos fuimos antes de que hubiese terminado su instrucción —dijo Jondalar, y después sonrió a la joven. La joven mamutoi no había cambiado en absoluto. Era tan directa y franca como siempre.

Dolando cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¡Qué lástima! —dijo, y su mirada trasuntaba desesperación—. Roshario se cayó y se hirió.

—Darvo me lo ha dicho. Y también que el shamud murió.

—Sí, el último invierno. Ojalá fuese una curadora competente. Enviamos un mensaje a otra caverna, pero su shamud había salido de viaje. Un mensajero fue a otra caverna, río arriba, pero están muy lejos, y me temo que ya es demasiado tarde para hacer algo.

—A ella no la educaron para ser curandera. Ayla sabe curar, Dolando. Es muy

buena. Le enseñó… —de pronto, Jondalar recordó una de las pocas manías de Dolando—… la mujer que la crió. Es una larga historia. Pero créeme, es competente.

Habían llegado donde estaban Ayla y los animales; ella escuchaba atentamente a Jondalar mientras él hablaba. Había ciertas semejanzas entre la lengua que él estaba hablando y el mamutoi, pero apoyándose más bien en la observación entendía el significado de las palabras y sabía que él había estado tratando de convencer de algo al otro. Jondalar se volvió hacia ella.

—Ayla de los mamutoi, éste es Dolando, jefe de los sharamudoi, la mitad de los sharamudoi que vive en tierra —dijo Jondalar en mamutoi. Después pasó a la lengua de Dolando—. Dolando de los sharamudoi, ésta es Ayla, hija del Hogar del Mamut de los mamutoi.

Dolando vaciló un momento, los ojos fijos en los caballos y después en el lobo. Era un hermoso animal, que permanecía vigilante y silencioso al lado de la mujer de elevada estatura. El hombre estaba intrigado. Nunca había estado tan cerca de un lobo, sólo había tocado unas pocas pieles. No era frecuente que cazaran lobos, los había visto tan sólo desde lejos, mientras huían para protegerse. Lobo le miraba de un modo que indujo a Dolando a pensar que él a su vez estaba siendo evaluado; después, movió la cabeza para observar a los demás. Dolando pensó que, al parecer, el animal no representaba una amenaza, y posiblemente una mujer que sabía controlar a los animales era una hábil shamud, al margen de la educación que hubiese recibido. Extendió las dos manos, abiertas y con las palmas hacia arriba, a la mujer.

—En nombre de la Gran Madre, Mudo, te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi.

—En nombre de Mut, la Gran Madre Tierra, te lo agradezco, Dolando de los sharamudoi —dijo Ayla, cogiendo las dos manos del hombre.

Dolando pensó: «La mujer tiene un acento extraño. Habla mamutoi, pero es diferente. No tiene exactamente la misma entonación que Tholie. Quizá venga de una región distinta». Dolando conocía el mamutoi en la medida suficiente como para entenderlo. Había viajado hasta el fin del Gran Río varias veces en el curso de su vida para comerciar con ellos, y había colaborado a traer de regreso a Tholie, la mujer mamutoi. Había sido lo menos que él podía hacer por el jefe mamutoi: ayudar al hijo de su hogar a unirse con la mujer a la que él deseaba firmemente. Tholie se había encargado de que mucha gente conociese su lengua, y eso había sido útil para las posteriores expediciones comerciales.

Que Dolando aceptara a Ayla permitió que todos diesen la bienvenida a Jondalar y conociesen a la mujer que él había traído consigo. Tholie se adelantó un paso, y Jondalar le sonrió. Gracias a la unión concertada por el hermano de Jondalar, ahora ellos eran parientes y Jondalar simpatizaba con ella.

—¡Tholie! —dijo, con una ancha sonrisa, mientras tomaba con las suyas las dos manos de la mujer—. ¡No sabes cuán maravilloso es verte!

—También yo creo que es maravilloso verte. Y ciertamente has aprendido a

hablar bien el mamutoi. Reconozco que a veces dudaba de que jamás dominases la lengua.

Ella se desprendió de sus manos y le dio un abrazo de bienvenida. Él se inclinó y, obedeciendo al impulso, porque se sentía tan feliz de estar allí, alzó a la mujer de baja estatura para abrazarla cómodamente. Un poco desconcertada, ella se sonrojó y pensó que ese hombre alto, apuesto y a veces taciturno había cambiado. No recordaba que fuese tan espontáneo y efusivo en sus afectos. Cuando la depositó de nuevo en el suelo, Tholie examinó al hombre y a la mujer que había traído, segura de que ella tenía algo que ver en el asunto.

—Ayla del Campamento del León de los mamutoi, ésta es Tholie de los sharamudoi, y antes de los mamutoi.

—En nombre de Mut o Mudo, comoquiera que la llaméis, te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi.

—En nombre de la Madre de Todos, te doy las gracias, Tholie de los sharamudoi, y me alegro mucho de conocerte. He oído hablar mucho de ti. ¿No tienes parientes en el Campamento del León? Creo que Talut dijo que estabais emparentados cuando Jondalar te mencionó —dijo Ayla. Intuyó que la sagaz mujer estaba estudiándola. Si Tholie no lo sabía ya, pronto descubriría que Ayla no había nacido en el seno de los mamutoi.

—Sí, estamos emparentados. Aunque no somos parientes cercanos. Yo llegué a un campamento del sur, el Campamento del León está más al norte —dijo Tholie—. Pero le conozco. Todos conocen a Talut. Es difícil no conocerle y su hermana Tulie es muy respetada —dijo Tholie.

Pensó: «No habla con acento mamutoi y Ayla no es un nombre mamutoi. Ni siquiera estoy segura de que sea un acento. Tal vez es sólo un modo extraño de decir ciertas palabras. Pero habla bien. Talut siempre ha sido proclive a traer gente. Incluso aceptó a esa vieja quejosa, y a su hija, que se unió con un hombre inferior. Me gustaría conocer mejor a esta Ayla, y a estos animales»; después miró a Jondalar.

—¿Thonolan está con los mamutoi? —preguntó Tholie.

El dolor que se asomó a los ojos de Jondalar le dio la respuesta antes de que él hablase.

—Thonolan ha muerto.

—Lamento saberlo. Markeno también lo sentirá. Pero no puedo afirmar que no lo esperaba. Su deseo de vivir murió con Jetamio. Algunas personas pueden recuperarse después de una tragedia, otras no —sentenció Tholie.

A Ayla le agradó su modo de expresarse. No carecía de sentimiento, pero era franca y directa. Continuaba siendo sobre todo una mamutoi.

El resto de la caverna que estaba allí saludó a Ayla. La joven percibió una aceptación cautelosa, aunque también curiosidad.

La acogida que ofrecieron a Jondalar fue mucho menos contenida. Él era miembro de la familia. No cabía duda de que lo consideraban como uno de ellos y, en

consecuencia, se le dio una cálida bienvenida.

Darvalo continuaba sosteniendo el sombrero convertido en canasto de moras; esperó a que terminasen todos los saludos para ofrecer las moras de Dolando.

—Aquí hay algunas moras para Roshario —dijo.

Dolando observó aquel canasto de extraña forma; no estaba hecho según el modo en que ellos confeccionaban los canastos.

—Ayla me las dio —continuó diciendo Darvalo—. Estaban recogiendo moras cuando los encontré. Y ya tenían éstas cogidas.

Mientras observaba al joven, Jondalar pensó de pronto en la madre de Darvalo. No esperaba que Serenio se hubiera marchado, y esto le disgustaba. En cierto modo la había amado sinceramente, y reconoció que había tenido la esperanza de verla. ¿Estaba esperando un hijo cuando se marchó? ¿Un hijo del espíritu de Jondalar? Tal vez pudiese preguntárselo a Roshario. Ella debía saberlo.

—Llevémosle las moras —dijo Dolando, e hizo un gesto de silencioso agradecimiento a Ayla—. Sin duda le agradarán. Jondalar, si quieres entrar, creo que está despierta; y sé que querrá verte. Trae también a Ayla. Querrá conocerla. Está en una situación difícil. Ya sabes cómo es. Siempre de pie y activa, y siempre la primera en saludar a los visitantes.

Jondalar tradujo para Ayla y ella asintió para expresar que estaba dispuesta. Dejaron los caballos pastando en el campo, pero Ayla ordenó a Lobo que permaneciera con ella. Estaba viendo que el carnívoro todavía inquietaba a la gente. Los caballos domados eran extraños, pero no los consideraban peligrosos. Un lobo era un cazador y podía herirlos.

—Jondalar, creo que es mejor que por ahora Lobo esté conmigo. ¿Quieres preguntar a Dolando si no importa que entre con él? Dile que está acostumbrado a los ambientes cerrados —sugirió Ayla, hablando en mamutoi.

Jondalar repitió la pregunta, aunque Dolando había entendido a Ayla; precisamente así lo supuso Ayla al ver las sutiles reacciones del hombre. Lo tendría en cuenta.

Caminaron hacia el fondo del terreno y pasaron bajo el saliente de piedra arenisca; y después de dejar atrás una especie de hogar central que sin duda era un centro de reunión, llegaron hasta una estructura de madera que se parecía a una tienda de techo inclinado. Ayla observó la construcción a medida que se acercaban. Al fondo, había un madero horizontal clavado en el suelo, que en la parte delantera se hallaba sostenido por una estaca. Sobre él se apoyaban unas planchas de roble que habían sido obtenidas de un gran tronco de árbol y que eran cortas al fondo y largas delante. Cuando Ayla se acercó, vio que las planchas estaban unidas con delgadas ramas de sauce, introducidas a través de orificios practicados en la madera.

Dolando apartó una cortina amarilla de cuero suave y la sostuvo mientras todos entraban. La sujetó en un costado para que entrase más luz. En el interior, delgados hilos de luz diurna se filtraban entre algunas planchas, pero las paredes estaban

revestidas con cueros en varios puntos para impedir que se formasen corrientes de aire, pese a que no soplaba mucho viento en aquella especie de valle enclavado en la montaña. Había un pequeño hogar justo al frente, y una plancha más corta dejaba un espacio en el techo sobre el fuego; pero carecía de protección contra la lluvia. El saliente de piedra arenisca protegía la vivienda de la lluvia y la nieve. Contra una pared, al fondo, había un lecho, un ancho estante de madera, unido a la pared por un lado y sostenido por patas por el otro, cubierto con un relleno de cuero y pieles.

En la semipenumbra, Ayla apenas pudo distinguir la figura de una mujer acostada en el lecho.

Darvalo se arrodilló junto a la cama, mostrando las moras.

—Roshario, aquí están las moras que te prometí. Pero no las cogí yo. Lo hizo Ayla.

La mujer abrió los ojos. No había estado durmiendo, sólo trataba de descansar, pero no sabía que habían llegado visitantes. Ni siquiera oyó bien el nombre pronunciado por Darvalo.

—¿Quién las cogió? —preguntó con voz débil.

Dolando, inclinado sobre el lecho, aplicó la mano sobre la frente de Roshario.

—Roshario, ¡mira quién está aquí! Jondalar ha regresado —dijo.

—¿Jondalar? —repitió ella, mirando al hombre que estaba arrodillado al lado de su lecho, junto a Darvalo. Jondalar casi se estremeció al percibir el dolor que se dibujaba en la cara de la mujer—. ¿Realmente eres tú? A veces sueño y creo que veo a mi hijo, o a Jetamio, y después descubro que no es cierto. ¿Eres tú, Jondalar, o eres un sueño?

—No es un sueño, Rosh —dijo Dolando. Jondalar creyó ver lágrimas en los ojos del hombre—. De veras, está aquí. Hay alguien junto a él. Una mujer mamutoi. Se llama Ayla.

Hizo una seña a Ayla, invitándola a acercarse.

Ayla ordenó a Lobo que permaneciese quieto y se acercó hacia la mujer. Que estaba sufriendo mucho era evidente. Tenía los ojos vidriosos, marcados por profundas ojeras, de modo que parecían muy hundidos; tenía la cara encendida por la fiebre. Incluso desde cierta distancia y bajo la delgada protección de la manta, Ayla podía ver que el brazo, entre el hombro y el codo, estaba torcido y formaba un ángulo grotesco.

—Ayla de los mamutoi, ésta es Roshario de los sharamudoi —dijo Jondalar. Darvalo se apartó un poco y Ayla ocupó su lugar al lado del lecho.

—En nombre de la Madre, bienvenida, Ayla de los mamutoi —respondió Roshario, tratando de incorporarse, pero renunciando al intento y acostándose otra vez—. Lamento que no pueda saludarte como es debido.

—En nombre de la Madre, te lo agradezco —dijo Ayla—. No es necesario que te levantes.

Jondalar tradujo, pero hasta cierto punto Tholie había hecho a todos partícipes de

su enseñanza de la lengua, de modo que Roshario contaba con una buena base para comprender el mamutoi. Roshario había entendido el sesgo de las palabras de Ayla y ahora asintió.

—Jondalar, sufre terriblemente. Creo que es un dolor insoportable. Quiero examinar su brazo —dijo Ayla, pasando al zelandoni, de modo que la mujer no pudiera hacerse idea de la gravedad real de la herida, pero eso no disimuló la preocupación que se reflejaba en su voz.

—Roshario, Ayla es una curadora, hija del Hogar del Mamut. Le gustaría examinar tu brazo —dijo Jondalar, y después volvió los ojos hacia Dolando, para asegurarse de que él no lo desaprobaba. El hombre estaba dispuesto a hacer todo lo que pudiese ayudar, siempre que Roshario lo aceptase.

—¿Una curadora? —dijo la mujer—. ¿Una shamud?

—Sí, como una shamud. ¿Puede examinarte?

—Me temo que es demasiado tarde para poner remedio, pero puede mirar.

Ayla descubrió el brazo. Era evidente que se había intentado enderezarlo, y habían limpiado la herida, que estaba curando; pero estaba hinchado y el hueso presionaba bajo la piel en un ángulo extraño. Ayla palpó el brazo, tratando de hacerlo con la mayor suavidad posible. La mujer se estremeció un tanto cuando Ayla levantó el brazo para palpar debajo, pero no se quejó. Ayla sabía que el examen era doloroso, pero necesitaba palpar el hueso bajo la piel. Ayla examinó los ojos de Roshario, olió su aliento, tomó el pulso en el cuello y la muñeca, y después se reclinó apoyada en los talones.

—Está curando, pero no ocupa el lugar debido. Con el tiempo quizá cure, pero no creo que pueda usar el brazo o la mano, según están ahora, y siempre sufrirá —dijo Ayla, hablando en la lengua que todos comprendían hasta cierto punto. Esperó que Jondalar tradujese.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó Jondalar.

—Creo que sí. Tal vez sea demasiado tarde, pero me gustaría tratar de romper nuevamente el brazo donde está soldándose mal y enderezarlo. El problema es que cuando un hueso roto se suelda, a menudo es más fuerte que el propio hueso. Podría fracturarlo mal. Y en ese caso tendrá dos fracturas y más sufrimiento, y todo para nada.

Reinó el silencio después de la traducción de Jondalar. Finalmente, Roshario habló.

—Si se fractura mal, no estará peor que ahora, ¿verdad? —Era más una afirmación que una pregunta—. Quiero decir, no podré usar el brazo si sigue como ahora, de modo que otra fractura nada empeoraría. —Jondalar tradujo sus palabras, pero Ayla estaba asimilando los sonidos y ritmos de la lengua sharamudoi y relacionándolos con el mamutoi. El tono y la expresión de la mujer manifestaban incluso más. Ayla comprendió la esencia de las palabras de Roshario.

—Pero podría ser que sufrieses mucho más, sin conseguir nada —dijo Ayla, que

ya sospechaba cuál sería la decisión de Roshario, pero quería que la mujer comprendiese cabalmente las consecuencias.

—Ahora no tengo nada —dijo la mujer, y no esperó a que Jondalar tradujese sus palabras—. Si logras enderezar el brazo, ¿después podré usarlo?

Ayla esperó que Jondalar trasladase esas palabras a la lengua que ella conocía, para captar con claridad su sentido.

—Es posible que no puedas usarlo como antes, pero por lo menos te servirá de algo. De todos modos, nadie puede estar seguro.

Roshario vaciló.

—Si hay una posibilidad de que pueda usar de nuevo mi brazo, quiero que lo hagas. No me importa el dolor. El dolor no es nada. Un sharamudoi necesita dos brazos sanos para caminar por el sendero que baja al río. ¿De qué sirve una mujer sharamudoi si ni siquiera puede bajar al muelle ramudoi?

Ayla escuchó la traducción de estas palabras. Después, mirando fijamente a la mujer, dijo:

—Jondalar, dile que intentaré ayudarla, pero también que lo más importante no es si alguien tiene dos brazos sanos. Conocí a un hombre con un solo brazo y un solo ojo, pero que tuvo una vida útil, y fue amado y muy respetado por todo su pueblo. No creo que Roshario sea menos. De eso estoy segura. No es una mujer que ceda fácilmente. Cualquiera que sea el resultado, esta mujer continuará haciendo una vida útil. Encontrará el modo, y siempre será amada y respetada.

Roshario volvió los ojos hacia Ayla mientras escuchaba la traducción de Jondalar. Después apretó levemente los labios y asintió. Respiró hondo y cerró los ojos.

Ayla se incorporó y ya estaba pensando en lo que había que hacer.

—Jondalar, ve a buscar mi canasto, el de la derecha. Dile a Dolando que necesito algunos trozos de madera, para entablillar; leña y un caldero de buen tamaño, uno que no le importe perderlo. No será conveniente usarlo de nuevo para cocinar. Lo emplearé para preparar una medicina fuerte contra el dolor.

Los pensamientos de Ayla continuaron su curso. «Necesito algo que la duerma mientras le fracturo de nuevo el brazo. Iza usaría la datura. Es fuerte, pero sería lo mejor para el dolor, y además la dormirá. Tengo un poco de datura seca, pero fresca sería mejor… Un momento…, ¿no la he visto hace poco?». Cerró los ojos, tratando de recordar. «¡Sí! ¡La he visto!».

—Jondalar, mientras traes mi canasto, voy a buscar un poco de esa manzana con espinas que vi cuando veníamos hacia aquí —indicó, ganando la entrada en unos pocos pasos—. Lobo, ven conmigo.

Ya había atravesado la mitad del campo cuando Jondalar la alcanzó.

Dolando estaba de pie a la entrada de la vivienda, mirando a Jondalar, a la mujer y al lobo. Aunque no había dicho nada, siempre había estado muy atento a la presencia del animal. Vio que Lobo se mantenía siempre al lado de la mujer y acompasaba su paso al de Ayla. Había observado las sutiles señales con la mano que

Ayla le hacía cuando se aproximaba al lado de Roshario, había observado cómo el lobo se echaba sobre el vientre, aunque mantenía la cabeza alta y las orejas alerta, siguiendo todos los movimientos de la mujer. Cuando ella salió, el lobo la acompañó, ansioso de seguirla otra vez.

Observó hasta que Ayla y el lobo, al que ella controlaba con tan absoluta seguridad, doblaron el recodo del extremo de la pared. Después, volvió los ojos a la mujer acostada en el lecho. Por primera vez desde aquel terrible momento en que Roshario había resbalado y caído, Dolando se atrevió a sentir un poco de esperanza.

Cuando Ayla regresó, trayendo un canasto con las plantas de datura que previamente había lavado en el estanque, se encontró con un recipiente cuadrado de madera, al que decidió examinar después más atentamente, otro lleno de agua, un fuego vivo ardiendo en el hogar, con varias piedras lisas y redondeadas calentándose, y algunos trozos pequeños de madera. Dedicó un gesto aprobador a Dolando. Rebuscó en el contenido del canasto, hasta que halló varios cuencos y su viejo bolso de medicinas, el saquito de piel de nutria.

Con un pequeño cuenco midió una cantidad de agua que volcó en el caldero, agregó varias plantas de datura enteras, incluso las raíces, y después salpicó unas gotas de agua sobre las piedras puestas a calentar. Lo puso en el fuego para que se calentase todavía más, vació el contenido de su saquito de medicinas y eligió algunos paquetes. Cuando estaba desenvolviendo el resto del envoltorio, entró Jondalar.

—Ayla, los caballos están muy bien, pastando en el campo, pero he pedido a todos que, por ahora, se mantengan alejados de ellos. —Después se volvió hacia Dolando—. Pueden inquietarse cuando hay desconocidos y no quisiera que alguien sufra un accidente. Más adelante trataremos de que se acostumbren a ellos. —El jefe asintió. No creía que fuese el momento de hablar, para aprobar o desaprobar—. Ayla, Lobo no parece muy feliz allí fuera, y algunas personas están un tanto alarmadas. Realmente, creo que deberías traerlo aquí.

—Hubiera preferido tenerlo conmigo, pero creí que Dolando y Roshario deseaban que esperase en la entrada.

—Hablaré primero con Roshario. Después, creo que ella permitirá que el animal entre —dijo Dolando, sin esperar la traducción y hablando una mezcla de sharamudoi y mamutoi que Ayla pudo entender sin dificultad. Jondalar le dirigió una mirada de sorpresa, pero Ayla se limitó a continuar la conversación.

—Además, necesito medir las tablillas de madera —dijo, sosteniendo en la mano los pequeños trozos—, y después deseo que tú alises esos trozos hasta que desaparezcan todas las astillas. —Cogió una piedra de forma irregular que estaba cerca del hogar—. Frótalas con esta piedra arenisca hasta que estén bien lisas. ¿Tienes algunas pieles suaves que pueda cortar en tiras?

Dolando sonrió, aunque con un gesto un tanto disgustado.

—Ayla, tenemos fama en este terreno. Utilizamos la piel de la gamuza y nadie confecciona un cuero más suave que los sharamudoi.

Jondalar vio que conversaban y que se entendían perfectamente, a pesar de que el lenguaje que empleaban no era por cierto perfecto, y meneó la cabeza maravillado. Ayla había advertido seguramente que Dolando podía entender el mamutoi, y ella misma ya estaba usando algo de sharamudoi. ¿Dónde había aprendido las palabras que significaban «madera» y «piedra arenisca»?

—Iré a buscar esas pieles después de hablar con Roshario —indicó Dolando.

Se acercaron a la mujer acostada en el lecho. Dolando y Jondalar explicaron que Ayla viajaba en compañía de un lobo —no quisieron mencionar todavía a los caballos — y que la joven deseaba traer al animal al interior de la vivienda.

—Controla totalmente al animal —sentenció Dolando—. Él atiende las órdenes de Ayla y no ataca a nadie.

Jondalar dirigió a Dolando otra mirada sorprendida. No sabía cómo, pero lo cierto era que entre Dolando y Ayla se había establecido más comunicación de la que él había supuesto.

Roshario aceptó sin vacilar. Aunque resultaba extraño, no parecía en absoluto sorprendente que esa mujer pudiese controlar a un lobo. En todo caso, la noticia contribuyó a aliviar todavía más sus temores. No cabía duda de que Jondalar había traído a una poderosa shamud que sabía que Roshario necesitaba ayuda, del mismo modo que el viejo shamud había sabido una vez, muchos años atrás, que el hermano de Jondalar, que había sido corneado por un rinoceronte, necesitaba ayuda. No comprendía de qué modo Los que Servían a la Madre conocían esas cosas; pero las sabían, y eso era suficiente para ella.

Ayla se dirigió a la entrada y llamó a Lobo, y después lo acercó hasta Roshario.

—Se llama Lobo —dijo.

Quién sabe por qué, cuando ella miró los ojos de la hermosa criatura salvaje, Lobo pareció percibir la angustia y la vulnerabilidad de la mujer. Alzó una pata y la apoyó sobre el borde de la cama. Después, aplastando las orejas, avanzó la cabeza, sin mostrarse en absoluto amenazador, y lamió la cara de Roshario, gimiendo casi como si comprendiese el sufrimiento de la paciente. Ayla recordó súbitamente a Rydag y el estrecho vínculo que se había establecido entre el niño enfermizo y el cachorro de lobo que estaba creciendo. ¿Quizá esa experiencia le había enseñado a comprender la necesidad y el sufrimiento humanos?

Todos se sorprendieron ante la afable actitud del lobo, pero Roshario pareció abrumada. Sintió que había sucedido algo milagroso y que era inevitablemente un buen presagio. Movió el brazo sano para tocar al animal.

—Gracias, Lobo —dijo.

Ayla puso los trozos de madera al lado del brazo de Roshario y después se los entregó a Dolando, indicándole el tamaño que debían tener. Cuando Dolando salió, Ayla condujo a Lobo a un rincón de la vivienda de madera; después inspeccionó de nuevo las piedras de cocer y llegó a la conclusión de que estaban prontas. Comenzó retirando del fuego una piedra con la ayuda de dos trozos de madera; entonces

apareció Jondalar con un instrumento de madera doblada especialmente para sostener con fuerza las piedras calientes y explicó a Ayla cómo debía usarlo. Después de traspasar varias piedras al caldero para iniciar el proceso de cocción de la datura, examinó un poco más de cerca aquel original sistema.

Nunca había visto nada semejante. La caja cuadrada estaba confeccionada con un solo trozo de madera, curvada gracias a unas hendiduras aserradas que no habían atravesado del todo la madera de tres esquinas; los dos bordes se unían por medio de clavijas en la cuarta esquina. Después de curvar la madera, el fondo cuadrado entraba en una muesca practicada a lo largo de la plancha. Tenía diseños tallados en la cara exterior, y la tapa, con un asa, cubría el recipiente.

Aquella gente tenía muchas cosas extrañas fabricadas con madera. Ayla pensó que sería interesante ver cómo las hacían. En ese momento regresó Dolando con algunas pieles amarillas y se las entregó a Ayla.

—¿Serán suficientes? —preguntó.

—Lo que pasa es que son demasiado finas —dijo ella—. Necesitamos pieles suaves y absorbentes, pero no tienen que ser las mejores.

Jondalar y Dolando sonrieron.

—No son las mejores —dijo Dolando—. Jamás las ofreceríamos en trueque. Tienen muchas imperfecciones. Son para usarlas a diario.

Ayla sabía acerca del manipulado de las pieles y de la preparación del cuero, y estas pieles eran flexibles y suaves, y el tacto era exquisitamente delicado. Estaba muy impresionada y deseaba que le explicasen el proceso, pero no era aquél el momento oportuno. Utilizando el cuchillo que Jondalar había fabricado para ella, con una fina y cortante lámina de pedernal montada en un mango de marfil de colmillo de mamut, cortó la piel de gamuza en tiras anchas.

Después, Ayla abrió uno de sus paquetes y volcó en un pequeño cuenco un polvo de granos gruesos, obtenido de las raíces secas y molidas del espinardo, cuyas hojas se parecían más bien a la dedalera, pero que tenía, en cambio, las flores amarillas del diente de león. Agregó un poco de agua caliente del caldero de cocinar. Como estaba preparando una cataplasma para facilitar la curación de la fractura del hueso, agregar un poco de datura no sería perjudicial, y su condición de anestésico no vendría mal. También agregó milenrama pulverizada, porque tenía propiedades como calmante externo del dolor y cicatrizante. Extrajo las piedras y agregó otras calientes al recipiente para cocer, con el fin de mantener la cocción de la sustancia, y la olió para verificar su fuerza.

Cuando comprobó que había adquirido la intensidad adecuada, extrajo un cuenco para ponerlo a enfriar y después se lo llevó a Roshario. Dolando estaba sentado junto a ella. Ayla pidió a Jondalar que tradujese exactamente lo que ella decía, porque no deseaba que hubiese malas interpretaciones.

—Esta medicina atemperará el dolor y te adormecerá —explicó Ayla—, pero es muy potente y es peligrosa. Algunas personas no pueden soportar tanta

concentración. Te relajará los músculos, y así yo podré actuar sobre los huesos que están dentro, pero quizá te orines o defeques, porque esos músculos también se relajan. Algunas personas dejan de respirar. Si eso sucede, Roshario, tú morirás.

Ayla esperó a que Jondalar repitiese sus palabras; después hizo otra pausa para asegurarse de que sus precisiones habían sido bien entendidas. Era evidente que Dolando estaba asustado.

—¿Tienes que emplearla? ¿No puedes quebrarle el brazo sin eso? —preguntó.

—No. Sería demasiado doloroso, y sus músculos están muy tensos. Opondrán resistencia y será mucho más difícil fracturar en el punto exacto. No tengo nada más que amortigüe tan eficazmente el dolor. No puedo volver a fracturar y juntar los huesos y músculos sin esto, pero tú debes conocer el peligro. Dolando, si no hago nada, ella probablemente vivirá.

—Pero seré una mujer inútil y viviré sufriendo —dijo Roshario—. Eso no es vivir.

—Sufrirás, pero esto no significa que vayas a ser inútil. Hay remedios para aliviar el dolor, aunque quizá también te perjudiquen. Es posible que no puedas pensar con la misma claridad habitual —explicó Ayla.

—¿De modo que seré una persona inútil en el cuerpo o la mente? —dijo Roshario —. Si muero, ¿no sufriré?

—Dormirás y no despertarás, pero nadie sabe lo que puede suceder en tus sueños. Es posible que sientas mucho miedo o mucho dolor en tus sueños. El dolor incluso puede acompañarte al otro mundo.

—¿Crees que el dolor puede acompañar a alguien al otro mundo? —preguntó Roshario.

Ayla meneó la cabeza.

—No, no lo creo, pero tampoco lo sé.

—¿Crees que moriré si bebo eso?

—No te lo ofrecería si creyera que vas a morir. Pero es posible que tengas sueños extraños. Algunos lo toman, preparado de otro modo, para viajar a otros mundos, los mundos de los espíritus.

Aunque Jondalar había estado traduciendo el diálogo, entre ellas había comprensión suficiente, y las palabras del hombre sólo contribuían a aclarar las ideas. Ayla y Roshario sentían que estaban hablando directamente la una con la otra.

—Roshario, quizá no deberías arriesgarte —propuso Dolando—. No quiero perderte también a ti.

Ella miró al hombre con afectuosa ternura.

—La Madre llamará primero a uno de nosotros o al otro. Tú me perderás, o yo te perderé. Nada de lo que hagamos puede impedirlo. Pero si Ella está dispuesta a permitirme que pase más tiempo contigo, Dolando mío, no quiero vivir sufriendo o ser inútil. Prefiero irme ahora, silenciosamente. Y ya has oído a Ayla, no es probable que muera. Incluso si esto no resulta y no mejoro, por lo menos sabré que lo intenté,

y eso me animará para seguir adelante.

Dolando, sentado en el lecho junto a ella, sosteniéndole la mano sana, miró a la mujer con la cual había compartido un tiempo tan considerable de su vida. Percibió la decisión en sus ojos. Finalmente, asintió. Después miró a Ayla.

—Tú has sido sincera. Ahora debo serlo yo. No te recriminaré nada si no consigues ayudarla, pero si muere, debes salir de aquí enseguida. No puedo estar seguro de que evitaré achacarte la culpa, y no sé lo que pudiera hacer. Piensa en eso antes de empezar.

Jondalar, que traducía, sabía de las pérdidas soportadas por Dolando: el hijo de Roshario, el hijo de su hogar, y el niño de su corazón, muerto en el momento mismo en que alcanzaba toda su virilidad; y Jetamio, la muchacha que había sido como una hija para Roshario y que había conquistado también el corazón de Dolando. Había crecido y llenado el vacío dejado por la muerte del primer hijo después de la muerte de su propia madre. Los esfuerzos de Jetamio para volver a caminar, para superar la misma parálisis que había afectado a tantos, le habían moldeado un carácter que hacía que todos, incluso Thonolan, la apreciaran. Parecía tan injusto que hubiese muerto en el parto. Se haría cargo de la situación si Dolando culpaba a Ayla de la muerte de Roshario, pero lo mataría antes de permitir que el hombre la hiriese. Se preguntó si Ayla no estaría arriesgándose demasiado.

—Ayla, quizá deberías reconsiderar la situación —dijo, hablando en zelandoni.

—Jondalar, Roshario sufre. Debo tratar de ayudarla, si lo desea. Si está dispuesta a aceptar los riesgos, yo no puedo negarme. Siempre hay peligro, pero soy una curadora; eso es lo que soy. No puedo cambiar las cosas, del mismo modo que Iza no podía cambiarlas.

Miró a la mujer que yacía en el lecho.

—Roshario, si tú estás preparada, yo también lo estoy.

Capítulo 16

Ayla se inclinó sobre la mujer acostada en el lecho sosteniendo en la mano el cuenco de líquido que se estaba enfriando. Introdujo el meñique para comprobar la temperatura; después depositó el cuenco en el suelo y luego se agachó y se sentó con las piernas cruzadas, en silencio, durante un momento.

Su pensamiento evocó la vida que había vivido con el clan, y sobre todo el entrenamiento que había recibido de la hábil hechicera que la había criado. Iza atendía las enfermedades más usuales y las heridas menos importantes con destreza y sentido práctico, pero cuando se trataba de un problema grave, un accidente de caza especialmente serio o una enfermedad que amenazaba la vida, pedía a Creb que, en su condición de Mog-Ur, invocase la ayuda de los poderes superiores. Iza era una curandera, pero en el clan, Creb era el mago, el santón, con acceso al mundo de los espíritus.

Entre los mamutoi y, a juzgar por el modo de hablar de Jondalar, también en su propio pueblo, las funciones de la curandera y el Mog-Ur no siempre estaban separadas. Los que curaban, a menudo intercedían ante el mundo de los espíritus, aunque no todos Los Que Servían a la Madre tenían el mismo conocimiento en todas las funciones que desempeñaban. El Mamut del Campamento del León se parecía mucho más a Creb. Le interesaban las cosas del espíritu y la mente. Aunque, en efecto, conocía ciertos remedios y procedimientos, sus cualidades como curador estaban relativamente poco desarrolladas, y a menudo correspondía a Nezzie, la compañera de Talut, tratar las heridas y las enfermedades menos importantes del campamento. Pero en la Reunión de Verano, Ayla había conocido a muchos curanderos hábiles de los mamutoi y había intercambiado conocimientos con ellos.

Pero el entrenamiento de Ayla había tenido carácter práctico. Como Iza, Ayla era una hechicera, una curadora. Pensaba que no conocía el ámbito del mundo de los espíritus, y ahora deseaba contar con alguien como Creb. Deseaba y sentía que necesitaba la ayuda de las fuerzas más importantes que ella misma y que estuviesen dispuestas a colaborar. Aunque Mamut había comenzado a enseñarle el saber del mundo espiritual de la Gran Madre, ella todavía estaba más familiarizada con el mundo de los espíritus en que había crecido, y sobre todo con su propio tótem, el espíritu del Gran León de la Caverna.

Aunque era un espíritu del clan, Ayla sabía que era poderoso, y Mamut había dicho que los espíritus de todos los animales, más aún, todos los espíritus, eran parte de la Gran Madre Tierra. Había incluido al tótem protector del León de la Caverna en la ceremonia cuando fue adoptada, y ella sabía cómo pedir la ayuda de su tótem. A pesar de que no pertenecía al clan, Ayla pensó que quizá el espíritu de su León de la Caverna ayudaría a Roshario.

Ayla cerró los ojos y comenzó a trazar en el aire los bellos y fluidos movimientos del más antiguo, sagrado y silencioso lenguaje del clan, que era conocido por todos

los clanes, utilizado para invocar el mundo de los espíritus.

«Gran León de la Caverna, esta mujer, que fue elegida por el poderoso espíritu del tótem, agradece haber sido elegida. Esta mujer está agradecida por los dones que le fueron dados, y muy agradecida por los dones interiores, por las lecciones aprendidas y el saber adquirido.

»Grande y Poderoso Protector, que, como sabemos, elige a los varones que son meritorios y necesitan mucha protección, pero que eligió a esta mujer y la marcó con el signo del tótem cuando ella sólo era una niña, esta mujer se siente agradecida. Esta mujer no sabe por qué el espíritu del Gran León de la Caverna del clan eligió a una niña, que era de los Otros, pero esta mujer está agradecida porque se la consideró meritoria, y esta mujer está agradecida por la protección del gran tótem.

»Gran Espíritu del Tótem, esta mujer que antes ha pedido que la guíe, ahora pide ayuda. El Gran León de la Caverna guió a esta mujer de modo que aprendiese el saber de una hechicera. Esta mujer sabe curar. Esta mujer conoce remedios para la enfermedad y la herida, conoce infusiones y abluciones y cataplasmas y otras medicinas extraídas de las plantas, esta mujer conoce tratamientos y prácticas. Esta mujer está agradecida por ese saber, y agradecida por el saber desconocido de la medicina que el Espíritu del Tótem puede aportarle. Pero esta mujer no conoce las formas del mundo de los espíritus.

»Gran Espíritu del León de la Caverna, que mora con las estrellas en el mundo de los espíritus, la mujer que aquí yace no pertenece al clan; esta mujer es uno de los Otros, lo mismo que esta otra mujer que tú elegiste, pero ahora te pido ayuda para la mujer. La mujer sufre mucho, pero el dolor que alberga en su interior es peor. La mujer soportaría el sufrimiento, pero teme que, sin los dos brazos, será inútil. La mujer sería una buena mujer, sería una mujer útil. Esta curandera querría ayudar a la mujer, pero la ayuda puede ser peligrosa. Esta mujer querría pedir la ayuda del espíritu del Gran León de la Caverna, y de los espíritus que el Gran Tótem quiera elegir, para guiar a esta mujer y para ayudar a la mujer que aquí yace».

Roshario, Dolando y Jondalar permanecieron tan silenciosos como Ayla, mientras ella ejecutaba sus extraños movimientos. De los tres, Jondalar era el único que sabía lo que ella estaba haciendo; de pronto se sorprendió a sí mismo observando a los otros dos tanto como a Ayla. Aunque su conocimiento de la lengua del clan era rudimentario —se trataba de algo mucho más complejo de lo que él imaginaba—, se daba cuenta de que ella estaba pidiendo la ayuda del mundo de los espíritus.

De todas formas, Jondalar no percibía alguno de los matices más finos de un método de comunicación que se había formado sobre una base completamente distinta de la lengua verbal. Era imposible traducirlo íntegramente. En el mejor de los casos, la traducción a palabras parecía simplista, pero incluso así a él le parecían hermosos los gráciles movimientos de Ayla. Recordó que había existido un tiempo en que él hubiera podido sentirse avergonzado por los actos de Ayla, ahora sonrió interiormente ante su propia tontería, pero sentía curiosidad por saber cómo

interpretarían Roshario y Dolando el comportamiento de Ayla.

Dolando estaba perplejo y un poco turbado, pues los actos de Ayla le resultaban totalmente desconocidos. Le inquietaba Roshario, y todo lo que fuera extraño, aunque estuviera motivado por una buena intención, le parecía un poco amenazador. Cuando Ayla terminó, Dolando miró a Jondalar con expresión inquisitiva, pero el hombre más joven se limitó a sonreír.

La herida había debilitado a Roshario, dejándola fatigada y febril, no como para delirar, aunque se la veía agotada y desalentada y más sensible a la sugestión. Ella misma veía que su atención se concentraba en la desconocida y se sentía extrañamente emocionada. No tenía la más mínima idea del significado de los movimientos de Ayla, pero, por lo menos, apreciaba su fluida gracia. Parecía como si la mujer estuviese bailando con las manos, e incluso con algo más que las manos. Con sus movimientos evocaba una sutil belleza. Los brazos y los hombros, incluso el cuerpo, parecían partes integrantes de sus manos ágiles y respondían a un ritmo interior que tenía un propósito definido. Aunque no comprendía todo aquello, del mismo modo que no entendía cómo Ayla había sabido que ella necesitaba ayuda, Roshario estaba segura de que todo esto era importante y de que tenía cierta relación con la vocación de la joven. Era una shamud, y eso era suficiente para ella. Poseía un saber que sobrepasaba el nivel de la gente común, y todo lo que parecía misterioso venía a aumentar su credibilidad.

Ayla recogió el cuenco y se arrodilló junto a la cama. Probó de nuevo con el meñique la temperatura del líquido, y después sonrió a Roshario.

—Roshario, que la Gran Madre de Todos te proteja —dijo Ayla, y levantó la cabeza y los hombros de la mujer, de modo que pudiera beber cómodamente, y acercó el pequeño cuenco a los labios de la doliente. Era un brebaje amargo, más bien fétido; Roshario contrajo la cara, pero Ayla la alentó a beber más, hasta que, al fin, consumió todo el contenido. Ayla la volvió a recostar suavemente en el lecho y sonrió de nuevo para tranquilizar a la mujer herida; pero ya estaba mostrando los síntomas que indicaban el efecto del brebaje.

—Dime cuando sientas sueño —pidió Ayla, aunque eso a lo sumo confirmaría otros indicios que ya estaba observando; por ejemplo, la variación del tamaño de las pupilas, la profundidad de la respiración.

La hechicera no habría podido decir que había suministrado una droga que inhibía el sistema nervioso parasimpático y paralizaba las terminaciones nerviosas, pero podía detectar los efectos; tenía experiencia suficiente como para saber si eran los adecuados. Cuando Ayla vio que los párpados de Roshario descendían somnolientos, le palpó el pecho y el estómago, para vigilar la relajación de los músculos lisos del aparato digestivo, si bien ella no habría descrito así el asunto; observó además atentamente la respiración, para comprobar la reacción de los pulmones y los bronquios. Cuando tuvo la certeza de que la mujer dormía tranquilamente y de que, al parecer, no corría peligro, Ayla se puso en pie.

—Dolando, ahora es mejor que te marches. Jondalar permanecerá aquí y me ayudará —dijo con voz firme aunque serena; pero su actitud segura y competente le confería autoridad.

El jefe comenzó a poner objeciones, pero recordó que Shamud nunca permitía que estuviera cerca algún ser amado y que se negaba a prestar ayuda hasta que la persona salía. Quizá así era como se comportaban todos, pensó Dolando, mientras miraba largamente a la mujer dormida; después, salió de la vivienda.

Jondalar había observado cómo Ayla había dominado antes situaciones análogas. Parecía olvidarse completamente de sí misma para concentrar todas sus fuerzas en la persona doliente y sin titubeos ordenaba a otros que hicieran lo que era necesario. No admitía la posibilidad de dudar de su propio derecho a ayudar a alguien que necesitaba su ayuda, y por eso mismo tampoco nadie dudaba de ella.

—Aunque Roshario esté durmiendo, no es fácil ver cómo otro fractura el hueso de una persona amada —explicó Ayla al hombre de elevada estatura que la amaba a ella.

Jondalar asintió y se preguntó si no sería aquélla la razón por la cual Shamud no le había permitido permanecer en el lugar en que yacía Thonolan después de ser corneado. Había sido una herida terrible, un corte abierto y regular que casi había producido náuseas al propio Jondalar cuando le vio por primera vez, y aunque él creía que deseaba quedarse, probablemente hubiera sido difícil ver a Shamud haciendo lo que tenía que hacer. Ni siquiera estaba muy seguro de que deseara permanecer y ayudar a Ayla, pero no había otra persona. Respiró hondo. Si ella podía hacerlo, él por lo menos intentaría ayudar.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Jondalar.

Ayla estaba examinando el brazo de Roshario, comprobando hasta dónde podría enderezarlo, y cómo reaccionaba la mujer ante la manipulación. Murmuró algo y movió la cabeza a un lado y a otro, pero pareció que estaba respondiendo a un sueño o a un impulso interior y no directamente al dolor. Ayla exploró más profundamente, hundiendo los dedos en el músculo fláccido, tratando de localizar la posición del hueso. Cuando al fin se sintió satisfecha, pidió a Jondalar que se acercara, y alcanzó a ver a Lobo que observaba muy atentamente desde su lugar en un rincón.

—En primer lugar, quiero que sostengas el brazo por el codo, mientras yo intento quebrarlo donde se soldó mal —dijo—. Después de fracturarlo, tendré que tirar con fuerza para enderezarlo y devolverlo al lugar correspondiente. Como los músculos están tan flojos, es posible que se separen los huesos de una articulación; en ese caso podría dislocar un codo o un hombro, de modo que tendrás que sostenerla con firmeza y hasta tirar en dirección contraria.

—Entiendo —dijo Jondalar; por lo menos, creía entender.

—Debes estar en una posición cómoda y segura, enderezar el brazo y sostener el codo más o menos aquí; cuando estés pronto me lo dices —ordenó Ayla.

Jondalar sostuvo el brazo y se preparó.

—Muy bien, estoy dispuesto —confirmó.

Con las dos manos, una a cada lado de la fractura que lo curvaba en un ángulo poco natural, Ayla aferró el brazo de Roshario, apretándolo para probar en varios lugares, y sintiendo los extremos salientes del hueso mal soldado bajo la piel y el músculo. Si se había soldado demasiado fuertemente, jamás podría quebrar la unión simplemente con las manos; tendría que intentar otros medios mucho menos controlables, o quizá jamás lograría hacerlo. De pie sobre la cama para obtener el mejor efecto de palanca, Ayla respiró hondo; después ejerció una presión rápida e intensa sobre la curva con sus dos fuertes manos.

Ayla sintió el chasquido. Jondalar escuchó un crujido horrible. Roshario se sobresaltó espasmódicamente en medio de su sueño; después volvió a aquietarse. Ayla exploró otra vez el músculo sobre el hueso nuevamente fracturado. El tejido óseo aún no había cementado con mucha firmeza la fractura, quizá porque en su posición antinatural el hueso no se había unido de modo que facilitase la curación. Era una rotura limpia. Ayla respiró aliviada. Esa parte estaba cumplida. Con el dorso de la mano se enjugó el sudor de la frente.

Jondalar miraba asombrado. Aunque el hueso estaba soldado sólo en parte, se necesitaban manos muy fuertes para quebrarlo. A él simplemente le había encantado la fuerza física de Ayla desde la primera vez que había advertido en ella esa cualidad en el valle que Ayla habitaba. Comprendía que necesitaba fuerza física porque vivía sola y pensaba que la necesidad de hacerlo por sí misma probablemente había potenciado el desarrollo muscular; pero hasta ese momento no había comprendido lo fuerte que era en realidad la joven.

La fuerza de Ayla provenía no sólo de la necesidad de actuar para sobrevivir cuando vivía en el valle; había estado desarrollándose desde la época en que Iza la había adoptado. Las tareas usuales que se le exigían se habían convertido en un proceso de adaptación al esfuerzo. Por la mera necesidad de mantener el nivel mínimo de competencia exigido a una mujer del clan, había llegado a ser una mujer excepcionalmente fuerte en el mundo de los Otros.

—Jondalar, lo has hecho muy bien. Ahora quiero que te prepares de nuevo y le sostengas el brazo aquí, en el hombro —dijo Ayla, indicando el lugar al hombre—. No debes soltarlo, pero si sientes que se te escapa, dímelo enseguida. —Ayla comprendió que el hueso había rechazado la soldadura en el lugar equivocado, y eso había facilitado quebrarlo, lo que no habría sido el caso si hubiese permanecido el mismo tiempo en una posición más cercana a la normal; pero los músculos y tendones habían avanzado mucho más en el proceso de curación—. Cuando enderece este brazo, algunos músculos se desgarrarán, como sucedió cuando se fracturó por primera vez, y los tendones se estirarán. Será difícil forzar el músculo y el tendón, y además eso le provocará después dolores, pero hay que hacerlo. Avísame cuando estés preparado.

—Ayla, ¿cómo sabes todo esto?

—Iza me enseñó.

—Sé que te enseñó, pero ¿cómo sabes esto? ¿Lo de quebrar de nuevo un hueso que comenzó a curarse?

—Cierta vez, Brun llevó a sus cazadores a cazar en un lugar lejano. Estuvieron ausentes mucho tiempo, no recuerdo cuánto. Uno de los cazadores se fracturó el brazo poco tiempo después de la partida, pero se negó a regresar. Se lo ató al costado del cuerpo y cazó con un solo brazo. Cuando regresó, Iza se lo enderezó —explicó Ayla.

—Pero ¿cómo pudo hacerlo? ¿Continuar la marcha con un brazo roto? —preguntó Jondalar, con aire de incredulidad—. ¿No sufriría mucho?

—Por supuesto, sufrió mucho, pero no hizo alharaca. Los hombres del clan prefieren morir antes que reconocer que sufren. Así son; así se les educa —dijo Ayla —. ¿Ahora estás preparado?

Él deseaba preguntar más, pero no era el momento oportuno.

—Sí, estoy dispuesto.

Ayla sostuvo con firmeza el brazo de Roshario exactamente encima del codo, mientras Jondalar lo sostenía bajo el hombro. Con una fuerza gradual pero constante, Ayla comenzó a tirar, no sólo enderezando, sino también imprimiendo un movimiento giratorio para evitar que el hueso rozara con el hueso, con peligro de romperlo, y para impedir que los ligamentos se desgarrasen. En cierto punto fue necesario extenderlo un poco más allá de la forma original, para devolverlo después a su posición normal.

Jondalar no comprendía cómo Ayla continuó ejerciendo la tensión intensa pero controlada, cuando él apenas podía sostener el cuerpo de la mujer. Ayla estaba en tensión a causa del esfuerzo y la transpiración le corría por la cara, pero ahora no podía detenerse. Si quería enderezar el hueso, tenía que hacerlo mediante un movimiento regular y suave. Pero una vez que sobrepasó levemente el punto deseado, un punto más allá del extremo roto del hueso, el brazo ocupó la posición adecuada, casi por sí mismo. Ayla sintió que ocupaba su lugar, depositó cuidadosamente el brazo sobre la cama y, finalmente, lo soltó.

Cuando Jondalar la miró, Ayla estaba temblando, con los ojos cerrados, y jadeaba. Mantener el control bajo la tensión había sido la tarea más difícil, y ahora trataba de controlar sus propios músculos.

—Ayla, creo que lo has conseguido —dijo Jondalar.

Respiró hondo varias veces, después miró a Jondalar y sonrió, con una sonrisa amplia y feliz de victoria.

—Sí, creo que lo he hecho —confirmó—. Ahora necesito colocar las tablillas. —Palpó cuidadosamente de nuevo el brazo recto, de aspecto normal—. Si cura bien, si no he dañado el brazo mientras carecía de sensibilidad, creo que podrá usarlo; pero ahora está muy maltratado y se hinchará.

Ayla hundió en el agua caliente las tiras de cuero de gamuza, le agregó el espicardo y la milenrama, enrolló sueltamente el brazo con las tiras y después dijo a

Jondalar que preguntase a Dolando si tenía preparadas las tablillas.

Cuando Jondalar salió de la vivienda, todos los rostros se volvieron hacia él. No sólo Dolando, sino el resto de la caverna, tanto los shamudoi como los ramudoi, habían montado guardia en el lugar de reunión, alrededor del gran hogar.

—Dolando, Ayla necesita las tablillas —dijo Jondalar.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó el jefe shamudoi, mientras le entregaba los trozos de madera alisada.

Jondalar pensó que debía ser Ayla quien informase, pero sonrió. Dolando cerró los ojos, respiró hondo y se estremeció de alivio.

Ayla colocó las tablillas y las sujetó con más tiras de cuero de gamuza. El brazo se hincharía y sería necesario reemplazar la cataplasma. Las tablillas mantendrían en su lugar el brazo, de forma que los movimientos de Roshario no perjudicaran la nueva fractura. Más tarde, cuando la inflamación descendiese y ella quisiera moverse, la corteza de haya, mojada en agua caliente, moldearía su brazo y, al secarse, formaría un molde rígido.

Ayla comprobó de nuevo la respiración de la mujer y el pulso del cuello y la muñeca, escuchó los ruidos del pecho, le levantó los párpados; después se acercó a la entrada de la vivienda.

—Dolando, ahora puedes entrar —dijo al hombre, que estaba junto a la puerta.

—¿Está bien?

—Ven y obsérvalo tú mismo.

El hombre entró, se arrodilló junto a la mujer dormida y clavó los ojos en la cara de la accidentada. La observó mientras ella respiraba, comprobó que, en efecto, estaba respirando, y finalmente miró el brazo. Bajo las tablillas, el perfil parecía recto y normal.

—¡Parece perfecto! ¿Podrá volver a usar el brazo?

—He hecho lo que he podido. Con la ayuda de los espíritus y la Gran Madre Tierra, podrá usarlo. Tal vez no con tanta soltura como antes, pero podrá usarlo. Ahora, es necesario que duerma.

—Permaneceré aquí, con ella —indicó Dolando, tratando de convencer a Ayla con su autoridad, aunque sabía que si ella insistía, él debía someterse.

—Pensé que querrías quedarte —dijo Ayla—, pero ahora que he terminado, deseo algo.

—Pídelo. Te daré lo que quieras —expresó él sin vacilar, aunque al mismo tiempo se preguntaba qué le pediría Ayla.

—Desearía lavarme. ¿Puedo usar el estanque para nadar y lavarme?

No era lo que él había previsto que Ayla diría, y durante un momento se quedó desconcertado. Entonces vio por primera vez que tenía la cara manchada de jugo de moras, los brazos arañados por las zarzas espinosas, las ropas gastadas y sucias y los cabellos enmarañados. Con una expresión de pesar y una seca sonrisa dijo:

—Roshario jamás me perdonará mi falta de hospitalidad. Nadie te ha ofrecido

siquiera un jarro de agua. Seguramente estás exhausta después del largo viaje. Llamaré a Tholie. Lo que desees, si lo tenemos, es tuyo.

Ayla frotó las flores abundantes en saponina entre las manos húmedas, hasta que se formó espuma; después, acercó las manos a los cabellos. La espuma del cianato no era tan abundante como la que se obtenía de la raíz jabonosa, pero aquél era el enjuague final y los pétalos celestes dejaban un agradable y suave aroma. El área circundante y las plantas le habían parecido tan conocidas que Ayla estaba segura de que podía hallar una planta aprovechable para lavarse, pero se sintió agradablemente sorprendida cuando descubrió tanto la raíz jabonosa como el cianato, precisamente cuando fueron a buscar los canastos y la angarilla con el bote redondo. Se habían detenido para inspeccionar los caballos y Ayla decidió dedicar un tiempo a frotar después a Whinney, en parte para examinar su pelaje, pero también para asegurarse de la condición del animal.

—¿Quedan flores que producen espuma? —preguntó Jondalar.

—Allí, sobre la roca, cerca de Lobo —dijo Ayla—. Pero son las últimas. Podemos recoger más la próxima vez; convendrá hacer una provisión de ellas para secarlas y llevarlas con nosotros.

Se metió bajo el agua para enjuagarse.

—Aquí tienes unas pieles de gamuza para secarte —dijo Tholie, que se había aproximado al estanque. Llevaba en los brazos varios de los suaves cueros amarillos.

Ayla no la había visto acercarse. La mujer mamutoi había tratado de mantenerse lo más lejos posible del lobo; con ese propósito había descrito un círculo y se había acercado por el extremo abierto del lugar. Una niña de tres o cuatro años, que caminaba detrás, se aferraba a la pierna de su madre y miraba a los desconocidos con los ojos muy abiertos y un pulgar en la boca.

—Os he dejado dentro un poco de comida —dijo Tholie, mientras depositaba en el suelo las pieles que servían como toallas. Jondalar y Ayla tenían una cama en la cabaña que ella y Markeno usaban cuando estaban en tierra. Era el mismo refugio que Thonolan y Jetamio habían compartido con ellos, y Jondalar experimentó un sentimiento de angustia cuando entraron la primera vez, pues recordó la tragedia que había provocado el alejamiento y, en definitiva, la muerte de su hermano.

—Pero no comáis demasiado —agregó Tholie—. Esta noche habrá un gran festín para celebrar el regreso de Jondalar.

No agregó que era también en honor de Ayla, que había ayudado a Roshario. La mujer aún dormía y nadie deseaba tentar a la suerte mencionando el asunto en voz alta antes de que se supiera que había despertado y que sanaría.

—Gracias, Tholie, por todo —manifestó Jondalar. Después, sonrió a la niña. Ella inclinó la cabeza y se acercó todavía más a su madre, pero continuó mirando a Jondalar—. Parece que los últimos rastros de la quemadura en la cara de Shamio han

desaparecido. Ni siquiera veo indicios.

Tholie alzó en brazos a la niña, de modo que Jondalar la pudiese ver mejor.

—Si la miras muy atentamente, puedes ver dónde está la quemadura, pero es apenas visible. Me siento agradecida porque la Madre fue buena con ella.

—Es una hermosa niña —confirmó Ayla, sonriendo y mirando con sincera pasión a la pequeña—. Eres muy afortunada. Me gustaría tener algún día una hija como ella. —Ayla comenzó a alejarse del estanque. Las aguas la habían refrescado, pero el ambiente estaba demasiado fresco y no deseaba permanecer allí demasiado tiempo—. ¿Has dicho que se llama Shamio?

—Sí, y, en efecto, me siento afortunada de tenerla —expresó la joven madre, depositando en el suelo a la niña. Tholie no pudo quedarse insensible al cumplido dedicado a su hija, y sonrió cálidamente a la mujer alta y hermosa, la que, sin embargo, no era lo que afirmaba ser. Tholie había decidido tratarla con reserva y cautela hasta que supiese más sobre ella.

Ayla cogió uno de los cueros y comenzó a secarse.

—Es tan suave… Me gusta secarme con él —dijo, y después se lo ciñó a la cintura y aseguró un extremo metiéndolo bajo el borde superior. Tomó otro cuero para secarse los cabellos, y después se lo envolvió alrededor de la cabeza. Había observado que Shamio miraba al lobo, y aunque se mantenía pegada a su madre, era indudable que sentía curiosidad. Lobo también estaba interesado en ella y se agitaba expectante, pero sin moverse del lugar donde debía permanecer. Ayla ordenó al animal que se acercase, después dobló una rodilla y le rodeó el cuello con un brazo.

—¿Shamio desea conocer a Lobo? —preguntó Ayla a la niña. Cuando ella asintió, Ayla miró a la madre, como pidiendo su aprobación. Tholie miró aprensiva al enorme animal de afilados dientes—. Tholie, no le hará daño. Lobo ama a los niños. Creció con los niños del Campamento del León.

Shamio ya se había apartado de su madre y avanzado con paso inseguro hacia ellos, fascinada por la criatura que la miraba con idéntica fascinación. La niña miraba al animal con ojos solemnes y serios, y el lobo gemía ansioso. Finalmente, la niña avanzó otro paso y extendió las dos manos hacia el lobo. Tholie contuvo apenas una exclamación, pero el sonido quedó ahogado por las risitas de Shamio cuando Lobo le lamió la cara. La niña apartó el hocico del lobo, aferró un mechón de pelo, perdió el equilibrio y cayó sobre el animal. El lobo esperó paciente que la niña se incorporase, y después le lamió otra vez la cara, lo que provocó una nueva serie de risas complacidas.

—Vamos, Lobito —dijo la niña, cogiéndolo del pelaje del cuello y tirando para obligarlo a ir con ella; era evidente que ya lo consideraba como un juguete viviente.

Lobo miró a Ayla, y emitió un breve ladrido de cachorro. Aún no le había ordenado que se moviese.

—Lobo, puedes ir con Shamio —concedió Ayla, e hizo el gesto que él estaba esperando. Ayla casi creyó que la mirada de Lobo expresaba gratitud, pero en todo

caso la complacencia con que siguió a la niña fue inequívoca. E incluso Tholie sonrió.

Jondalar había estado observando con interés el episodio mientras se secaba. Recogió sus ropas y caminó hacia la piedra arenisca que se extendía sobre las dos mujeres. Tholie, por precaución, no apartaba los ojos de Shamio y Lobo, pero también ella se sentía intrigada por el animal domesticado. No era la única. Muchas personas observaban a la niña y al lobo. Cuando un niño un poco mayor que Shamio se acercó, también recibió una húmeda invitación a unirse al grupo. Entonces, dos niños salieron de una de las viviendas, jugando con un objeto de madera. El más pequeño lo arrojó lejos para evitar que el otro lo cogiera; Lobo interpretó el gesto como la señal de que los pequeños deseaban jugar a uno de los juegos favoritos del animal. Corrió tras el palo curvo, lo trajo y lo depositó en el suelo, la lengua afuera y meneando la cola, dispuesto a jugar otra vez. El niño recogió el palo y lo arrojó de nuevo.

—Creo que tienes razón…, está jugando con ellos. Sin duda le agradan los niños —dijo Tholie—. Pero ¿por qué le gusta jugar? ¡Es un lobo!

—Los lobos y las personas se parecen en ciertas cosas —reveló Ayla—. A los lobos les agrada jugar. Desde que son cachorros, los hermanos de una misma camada juegan y a los lobos medianos y adultos les encanta jugar con los pequeños. Lobo no tenía hermanos cuando lo encontré; era el único que quedaba con vida y apenas había abierto los ojos. No creció en una manada, sino jugando con niños.

—Pero míralo. Es tan tolerante, incluso gentil. Estoy segura de que cuando Shamio le tira del pelo, le duele. ¿Por qué lo soporta? —preguntó Tholie, que aún intentaba comprender.

—Para un lobo adulto es natural mostrarse bueno con los pequeños de la manada, y por eso, Tholie, no fue difícil enseñarle a ser delicado. Es especialmente gentil con los niños pequeños y los bebés y les tolera casi todo. Eso no se lo enseñé yo, él es así. Si se muestran muy brutales, se aleja, pero vuelve más tarde. No es tan paciente con los niños mayores, y parece conocer la diferencia entre el que le lastima sin querer y el que le hace daño con intención. En realidad, nunca hirió a nadie; se limita a morder un poco, un pequeño pellizco con los dientes, para recordar a un niño mayor que está tirándole de la cola o arrancándole pelos, y que esas cosas duelen.

—Es difícil imaginar que alguien, sobre todo un niño, piense en la posibilidad de tirar de la cola a un lobo… o por lo menos hasta hoy me parecía difícil —dijo Tholie —. Y yo hubiera dicho que jamás vería el día en que Shamio jugase con un lobo. Ayla…, Ayla de los mamutoi, has conseguido obligar a reflexionar a alguna gente.

Tholie quiso decir más, formular ciertas preguntas, pero, por otra parte, no deseaba acusarla de haber mentido a esa mujer, sobre todo después de lo que había hecho por Roshario, o por lo menos lo que parecía que había hecho. Nadie estaba aún seguro del desenlace.

Ayla percibía las reservas de Tholie y lamentaba que las tuviese. Creaba una

tácita tensión entre ellas, y eso que a Ayla le agradaba aquella mujer mamutoi regordeta y de corta estatura. Caminaron unos pasos en silencio, observaron a Lobo acompañado por Shamio y los restantes niños, y Ayla se dijo de nuevo que le habría gustado mucho tener una hija como la de Tholie…, que la próxima vez fuese una hija, no un varón. Era una niña tan hermosa, y el nombre le cuadraba bien.

—Tholie, Shamio es un hermoso nombre, y original. Suena como un nombre sharamudoi, pero también mamutoi —indicó Ayla.

Tholie no pudo resistir la tentación de sonreír otra vez.

—Tienes razón. No todos lo saben, pero es lo que intenté conseguir. Se la hubiera llamado Shamie si era mamutoi, aunque no es un nombre que uno pueda encontrar en cualquier campamento. Viene de la lengua sharamudoi, de modo que su nombre representa las dos cosas. Tal vez ahora yo sea sharamudoi, pero nací en el Hogar del Ciervo Rojo, de una estirpe importante. Mi madre insistió en que la gente de Markeno pagase por mí un buen precio nupcial, aunque él ni siquiera era mamutoi. Shamio puede sentirse tan orgullosa de su linaje mamutoi como de la herencia sharamudoi. Por eso quise que las dos cosas se expresaran en su nombre.

Tholie se detuvo porque, de pronto, se le ocurrió algo. Se volvió para mirar a la visitante.

—Ayla también es un nombre poco usual. ¿En qué hogar naciste? —dijo, mientras pensaba: «Bien, ahora me gustaría que explicaras ese nombre».

—Tholie, yo no nací mamutoi. Fui adoptada en el Hogar del Mamut —dijo Ayla, contenta porque la mujer había comenzado a formular las preguntas que sin duda la inquietaban.

Tholie tuvo la certeza de que había cogido a la mujer en una mentira.

—El Hogar del Mamut no adopta gente —afirmó—. Es el Hogar de los Mamutoi. La gente elige el camino de los espíritus; puede ser aceptada por el Hogar del Mamut, pero no adoptada.

—Tholie, ésa es la costumbre, pero Ayla fue adoptada —afirmó Jondalar—. Yo lo vi. Talut quería adoptarla en su Hogar del León, pero Mamut sorprendió a todos y la adoptó como propia en el Hogar del Mamut. Vio algo en ella y por eso estuvo enseñándole. Afirmó que había nacido en el Hogar del Mamut y que no importaba si había nacido o no mamutoi.

—¿Adoptada por el Hogar del Mamut? ¿Viniendo de fuera? —inquirió Tholie, sorprendida, pero no puso en duda la afirmación de Jondalar. Después de todo, le conocía y era su pariente; pero ahora estaba más interesada que nunca. Ahora que ya no se sentía obligada a mostrarse vigilante y prudente, su curiosidad natural y franca se manifestó sin rodeos—. ¿De quién has nacido, Ayla?

—No lo sé, Tholie. Mi gente murió en un terremoto cuando yo era una niña que no tenía mucha más edad que la de Shamio. Me crió el clan —dijo.

Tholie nunca había oído hablar de un pueblo llamado clan. Pensó que era una de esas tribus del este. Eso explicaba muchas cosas. No podía sorprender que ella

tuviese un acento tan extraño, aunque, en realidad, hablaba bien la lengua, tratándose de una forastera. Ese anciano Mamut del Campamento del León era un viejo sabio y astuto. Al parecer, siempre había sido viejo. Incluso cuando Tholie era una niña, nadie podía recordar la juventud de ese hombre y nadie dudaba de sus conocimientos.

Con el instinto natural de una madre, Tholie miró alrededor en busca de su hija. Al ver a Lobo, pensó de nuevo que era muy extraño que el animal prefiriese relacionarse con la gente. Después desvió los ojos hacia los caballos que pastaban tranquilamente y satisfechos en el campo, cerca de las viviendas. El control que Ayla ejercía sobre los animales no sólo era sorprendente, sino que también era interesante porque parecía que estaban consagrados a esa mujer. Se hubiera dicho que el lobo la adoraba.

Y Jondalar. Era evidente que se sentía cautivado por la hermosa mujer rubia, y Tholie no creía que fuese sólo porque ella era hermosa. Serenio había sido bella, y Tholie había conocido a muchas mujeres atractivas que habían tratado de despertar su interés y llevarlo a establecer un vínculo serio. Jondalar había mantenido relaciones más estrechas con su hermano, y Tholie recordaba que ella misma se había preguntado si una mujer llegaría a apoderarse del corazón de Jondalar; pero esta mujer lo había conseguido. Incluso sin sus evidentes cualidades como curadora, parecía poseer ciertos rasgos poco usuales. El viejo Mamut seguramente había acertado. Probablemente el destino de Ayla era pertenecer al Hogar del Mamut.

En el interior de la vivienda, Ayla se peinó los cabellos, los ató con un pedazo de cuero suave y se puso la túnica limpia y los pantalones cortos que había reservado para el caso de que se encontrasen con otras personas; así, no tendría que seguir llevando sus manchadas prendas de viaje para hacer visitas. Después fue a ver a Roshario. Sonrió a Darvalo, que estaba sentado frente a la vivienda, e hizo un gesto a Dolando cuando entró y se aproximó a la mujer acostada. La examinó brevemente, para asegurarse de que estaba bien.

—¿Ha de continuar durmiendo? —preguntó Dolando, con un gesto de preocupación.

—Está bien. Dormirá todavía un poco. —Ayla examinó sus saquitos de medicinas; después llegó a la conclusión de que era conveniente recoger algunos ingredientes frescos para preparar una infusión tonificante que ayudase a Roshario a salir del sueño provocado por la datura cuando comenzara a despertar—. Cuando venía hacia aquí he visto un tilo. Necesito algunas flores para preparar una infusión y, si puedo encontrarlas, también traeré otras hierbas. Si Roshario despierta antes de que yo retorne, podéis darle un poco de agua. Parecerá un tanto aturdida y mareada. Las tablillas mantendrán en su lugar el brazo, pero no le permitáis moverlo mucho.

—¿Podrás encontrar tu camino? —preguntó Dolando—. Tal vez Darvo debería ir contigo.

Ayla estaba segura de que encontraría el camino sin dificultad, pero decidió que, de todos modos, convenía que el muchacho la acompañara. A causa de todos los

problemas originados con el asunto de Roshario, le habían descuidado un poco, y también él estaba preocupado por el destino de la mujer.

—Gracias, acepto que me acompañe —dijo Ayla.

Darvalo había escuchado la conversación; estaba de pie y dispuesto para irse con Ayla, complacido porque podía ser útil.

—Creo que sé dónde está ese tilo —confesó—. En esta época del año siempre tiene muchas abejas.

—Es el momento más oportuno para recoger las flores —dijo Ayla—, cuando huelen a miel. ¿Sabes dónde puedo encontrar un canasto para traerlas?

—Roshario amontona ahí sus canastos —indicó Darvalo, mientras mostraba a Ayla un lugar destinado a guardar cosas detrás de la vivienda. Eligieron un par de recipientes.

Cuando abandonaban la protección del saliente, Ayla advirtió que Lobo la observaba, y llamó al animal. Todavía no se sentía cómoda dejando solo al lobo con aquella gente, aunque los niños se decepcionaron cuando partió. Más tarde, cuando todos estuvieran más familiarizados con los animales, sería distinto.

Jondalar estaba en el campo con los caballos y los hombres. Ayla caminó hacia ellos para informar adónde iba. Lobo se adelantó a la carrera y todos se volvieron para mirar cuando él y Whinney se frotaron los hocicos, mientras la yegua emitía un saludo. Después, el lobo adoptó una postura juguetona y dirigió un ladrido de cachorro al corcel joven. Corredor alzó la cabeza, relinchó y golpeó el suelo con los cascos, correspondiendo al gesto juguetón. Después, la yegua se acercó a Ayla y apoyó la cabeza sobre el hombro de la mujer. Ella rodeó con los brazos el cuello de Whinney y las dos se apoyaron una contra la otra, en un gesto usual de confortamiento y seguridad. Corredor se adelantó unos pocos pasos y frotó el hocico contra Ayla y Whinney, porque también él deseaba estar en contacto. Ayla le acarició el cuello y después le palmeó, pues comprendió que todos recibían de buena gana la presencia conocida de los otros, en ese lugar en que había tantos extraños.

—Ayla, te presentaré —dijo Jondalar.

Ayla miró a los dos hombres. Uno era casi tan alto como Jondalar, pero más delgado; el otro era más bajo y tenía más años, pero la semejanza entre ellos era, de todos modos, sorprendente. El más bajo se adelantó primero, mostrando las palmas hacia arriba.

—Ayla de los mamutoi, éste es Carlono, jefe ramudoi de los sharamudoi.

—En el nombre de Mudo, Madre de Todos en el agua y en la tierra, te ofrezco la bienvenida, Ayla de los mamutoi —dijo Carlono, cogiendo las dos manos de la joven. Hablaba mamutoi incluso mejor que Dolando, como resultado de varias misiones comerciales en la desembocadura del Río de la Gran Madre, y también como fruto de las enseñanzas de Tholie.

—En nombre de Mut, te agradezco la bienvenida, Carlono de los sharamudoi —replicó ella.

—Debes venir pronto a nuestro muelle —expresó Carlono, mientras pensaba: «Qué extraño acento. Creo que nunca oí nada parecido, y he escuchado a muchos que hablaban esa lengua»—. Jondalar me dijo que te prometió un viaje en un buen bote, no en uno de esos cuencos mamutoi de grandes proporciones.

—Me encantará —respondió Ayla, y sus labios dibujaron una sonrisa luminosa.

Carlono apartó el pensamiento de las características verbales de Ayla para examinarla de arriba abajo. La mujer, que Jondalar había traído, ciertamente era una belleza. Llegó a la conclusión de que hacía buena pareja con él.

—Jondalar me habló de vuestros botes y de la pesca del esturión —continuó Ayla.

Los dos hombres rieron, como si ella hubiera gastado una broma, y miraron a Jondalar, que también sonrió, aunque se ruborizó levemente.

—¿Te contó cómo cierta vez atrapó medio esturión? —dijo el hombre alto y joven.

—Ayla de los mamutoi —interrumpió Jondalar—, éste es Markeno de los ramudoi, hijo del hogar de Carlono y compañero de Tholie.

—Bienvenida, Ayla de los mamutoi —dijo informalmente Markeno, consciente de que había sido saludada muchas veces con el rito correspondiente—. ¿Has conocido a Tholie? Seguramente le complacerá que estés aquí. A veces echa de menos a su gente mamutoi.

El dominio de la lengua de su compañera era casi perfecto.

—Sí, la he conocido, y también he conocido a Shamio. Es una hermosa chiquilla.

Markeno sonrió, satisfecho.

—Yo también pienso así, aunque uno no debe decir eso de la hija de su propio hogar. —Después se volvió hacia el jovencito—. Darvo, ¿cómo está Roshario?

—Ayla le arregló el brazo —dijo—. Es una curadora.

—Jondalar nos dijo que corrigió la fractura —confirmó Carlono, poniendo cuidado en evitar una afirmación demasiado tajante. Había que esperar el proceso de curación del brazo.

Ayla advirtió el sesgo de la respuesta del jefe ramudoi, pero pensó que eso era comprensible, dadas las circunstancias. Por mucho que simpatizaran con Jondalar, después de todo ella era una forastera.

—Jondalar, Darvalo y yo vamos a recoger algunas hierbas que vi cuando veníamos hacia aquí —dijo Ayla—. Roshario todavía duerme, pero quiero prepararle una bebida para el momento en que despierte. Dolando está con ella. Además, no me gusta el aspecto de los ojos de Corredor. Después buscaré más de esas plantas blancas que le mejoran, pero ahora no quiero perder tiempo. Trata de lavarle los ojos con agua fría —concluyó. Después sonrió a todos, hizo una señal a Lobo, un gesto a Darvalo, y enfiló hacia el borde del valle.

La vista desde el sendero que empezaba en un extremo de la pared no era menos espectacular que la primera vez que ella se había asomado a ese panorama. Tuvo que contener la respiración al mirar hacia abajo, pero no pudo evitar la tentación. Permitió

que Darvalo pasase adelante, y se alegró cuando éste le mostró un atajo. El lobo exploraba el sector en torno al sendero y perseguía activamente los olores sugestivos; después se reunía con ellos. Las primeras veces que Lobo apareció súbitamente, sobresaltó al joven, pero, a medida que iban avanzando, Darvalo comenzó a acostumbrarse a las idas y venidas del animal.

Mucho antes de que ellos llegasen, el corpulento y viejo tilo anunció su presencia con su intensa fragancia, que recordaba el aroma de la miel, y con el zumbido de las abejas. El árbol apareció ante ellos después de dejar atrás un recodo del sendero, y así quedó a la vista la fuente del fragante aroma, las pequeñas flores verdes y amarillas que colgaban de pedúnculos oblongos en forma de ala. Las abejas estaban tan atareadas recogiendo néctar que no se inquietaron lo más mínimo cuando las personas vinieron a perturbarlas, si bien la mujer tuvo que sacudir algunas abejas de las flores cortadas. Los insectos se limitaron a volar de regreso al árbol y buscar otras flores.

—¿Por qué esto es especialmente bueno para Roshario? —preguntó Darvalo—. La gente siempre prepara infusiones de tilo.

—Tiene un buen sabor, ¿verdad? Pero también es útil. Si estás inquieto, o nervioso, o incluso irritado, puede ser un buen calmante; si estás fatigado, te reanima, te levanta el espíritu. Puede eliminar las jaquecas y calmar un estómago dolorido. Roshario sentirá todos esos síntomas a causa de la bebida que la durmió.

—Ignoraba que produjera todos esos efectos —dijo el joven, y miró de nuevo el conocido y frondoso árbol de suave corteza de color pardo oscuro, impresionado porque un vegetal tan común tuviera cualidades que lo convertían en algo mucho más importante de lo que aparentaba.

—Darvalo, me gustaría encontrar otro árbol, pero no conozco el nombre en mamutoi —dijo Ayla—. Es un árbol pequeño, que a veces crece como un matorral. Tiene espinas y las hojas se parecen un poco a una mano con dedos. Tiene racimos de flores blancas al principio del verano, y por esta época bayas rojas redondas.

—No se trata del rosal, ¿verdad?

—No, pero se le parece. El que busco generalmente crece más que un rosal, pero las flores son más pequeñas y las hojas son distintas.

Darvalo frunció el entrecejo tratando de concentrarse, y de pronto sonrió.

—Creo que sé lo que buscas; hay algunos no lejos de aquí. En primavera siempre recogemos los capullos al pasar y los comemos.

—Sí, parece que es el mismo. ¿Puedes llevarme allí?

Lobo no estaba visible, por lo que Ayla silbó. Apareció casi instantáneamente y miró a Ayla con ansiosa expectativa. Ella le hizo señas con el fin de que les siguiera. Caminaron un corto trecho hasta que llegaron a un matorral de espinos.

—¡Darvalo, esto es exactamente lo que buscaba! —confirmó Ayla—. No sabía muy bien si mi descripción era suficientemente clara.

—¿Para qué sirve? —preguntó Darvalo, mientras recogían bayas y algunas hojas.

—Para el corazón. Lo cura, lo fortalece y lo estimula, de modo que late con más fuerza, pero tiene un efecto suave en un corazón sano. No es para alguien que tenga un corazón débil, que necesita una medicina fuerte —dijo Ayla, tratando de hallar palabras para explicarse, de modo que el joven entendiese lo que ella sabía gracias a la observación y la experiencia. Ayla había aprendido de Iza en una lengua y un modo de enseñanza que era difícil de traducir—. También es bueno para mezclarlo con otras medicinas. Las estimula y consigue que sean más eficaces.

Darvalo estaba llegando a la conclusión de que era entretenido recoger cosas con Ayla. La joven conocía muchas cosas que nadie sabía y no tenía inconveniente en explicarlas todas. En el camino de regreso, Ayla se detuvo junto a una orilla soleada y seca, y cortó algunas flores púrpura de hisopo, de agradable aroma.

—¿Qué efecto tienen esas flores? —preguntó Darvalo.

—Limpian el pecho y ayudan a respirar. Y éstas —dijo Ayla, mientras recogía algunas hojas suaves y velludas de orejas de ratón que estaban cerca— estimulan todo. Son más fuertes y no son muy agradables, de modo que usaré sólo un poco. Quiero que Roshario beba algo agradable, pero esto le aclarará la mente y conseguirá que se sienta más despierta.

Al regreso, Ayla se detuvo de nuevo para recoger un gran manojo de bonitos alhelíes rosados. Darvalo esperaba recibir más nociones de medicina cuando preguntó para qué servía.

—Sólo porque huelen bien y dan un sabor dulce y picante. Echaré algunas a la tila y pondré otras en agua junto a la cama, porque quiero que se sienta bien. A las mujeres les agradan las cosas bonitas y perfumadas, sobre todo cuando están enfermas.

Darvalo llegó a la conclusión de que también a él, como a Ayla, le agradaban las cosas bonitas y perfumadas. Le complacía el modo en que ella le llamaba Darvalo, y no Darvo, que era el nombre que usaban todos. No era que le preocupase mucho que Dolando o Jondalar le llamaran así, pero le resultaba más grato oír que ella empleaba el nombre de adulto. También la voz de Ayla tenía vibraciones agradables, pese a que pronunciaba algunas palabras de un modo un tanto extraño. Gracias a esa voz, uno le prestaba atención cuando hablaba, y después pensaba que tenía una voz armoniosa.

Recordaba el tiempo en que deseaba más que nada que Jondalar se uniese con su madre y se quedara con los sharamudoi. El compañero de su madre había fallecido cuando él era joven, y antes de la llegada del zelandonii de elevada estatura nunca un hombre había vivido con ellos. Jondalar le había tratado como a un hijo de su hogar —incluso había comenzado a enseñarle a trabajar el pedernal—, y Darvalo había sufrido mucho cuando el hombre se marchó.

Había abrigado la esperanza de que Jondalar regresara, pero, en realidad, nunca le había esperado. Cuando su madre se alejó con ese hombre mamutoi, llamado Gulec, Darvalo llegó a la conclusión de que no había motivo que justificara que el hombre zelandonii permaneciera allí si retornaba. Pero ahora había vuelto, y con otra mujer, y

su madre no necesitaba estar allí. Todos simpatizaban con Jondalar, y sobre todo después del accidente de Roshario, todos hablaban de lo mucho que necesitaban un curador. Darvalo estaba seguro de que Ayla era eficaz. Y entonces pensó: «¿Por qué no podían quedarse los dos?».

—Ha despertado una vez —dijo Dolando apenas Ayla entró en la vivienda—. Por lo menos, a mí me lo pareció. También es posible que se haya movido inquieta en sueños. Después se tranquilizó y ahora está durmiendo.

El hombre se sintió aliviado al ver a Ayla, aunque era evidente que no deseaba que esa reacción se manifestara demasiado. A diferencia de Talut, que había mostrado una actitud franca y cordial, y cuyo liderazgo se basaba en la fuerza de su carácter, su disposición a escuchar, a aceptar las diferencias y concertar compromisos…, y en una voz tan estridente que atraía la atención de un grupo ruidoso en medio de una acalorada discusión…, Dolando recordaba a Ayla más bien la figura de Brun. Era más reservado, y aunque era un buen oyente que consideraba cuidadosamente una situación, no le agradaba revelar sus sentimientos. Pero Ayla estaba acostumbrada a interpretar las sutiles manías de un hombre de ese estilo.

Lobo entró con ella y se fue a su rincón incluso antes de que Ayla se lo ordenase. La joven depositó en el suelo su canasto de flores y hierbas para examinar a Roshario; después habló con el hombre preocupado.

—Despertará pronto, pero quisiera tener tiempo para preparar una infusión especial que ella deberá beber al despertar.

Dolando había sentido la fragancia de las flores apenas entró Ayla, y el líquido humeante que ella preparó con aquellas flores tenía un intenso aroma floral cuando Ayla presentó un recipiente al propio Dolando; llevó otro a la mujer que estaba acostada.

—¿Para qué es esto? —preguntó Dolando.

—Lo preparé para ayudar a Roshario a despertar, pero tú comprobarás que es un líquido refrescante.

Dolando sorbió el líquido, esperando hallar un leve sabor a flores, y le sorprendió el gusto sutilmente dulce, pleno de carácter y fuerza que le llenó la boca.

—¡Es muy bueno! —dijo—. ¿Qué tiene?

—Pregunta a Darvalo. Creo que él te lo explicará gustoso.

El hombre asintió, entendiendo la sugerencia implícita.

—Debería prestarle más atención. He estado tan preocupado por Roshario, que no pensé en nada más, y sin duda Darvalo también está preocupado por ella.

Ayla sonrió. Comenzaba a percibir las cualidades que le habían convertido en el jefe de este grupo. Le agradaba su rapidez mental y tendía cada vez más a simpatizar con aquel hombre. Roshario emitió un sonido, y la atención de los dos se volvió hacia ella.

—¿Dolando? —dijo la mujer con voz débil.

—Aquí estoy —contestó Dolando, y la ternura que se manifestaba en su voz puso

un nudo en la garganta de Ayla—. ¿Cómo te sientes?

—Un poco mareada; he tenido un sueño de lo más extraño —dijo ella.

—Te he traído algo de beber. —La mujer contrajo el rostro al recordar la última bebida que le había administrado—. Creo que esto te agradará. Mira, huele —dijo Ayla, acercando la taza de modo que el delicioso aroma llegase a la nariz de Roshario. Su rostro se distendió y Ayla levantó la cabeza de Roshario y acercó el recipiente a sus labios.

—Es agradable —confirmó Roshario después de unos pocos sorbos, y siguió bebiendo. Se recostó en la cama cuando concluyó y cerró los ojos, pero los abrió enseguida—. ¡Mi brazo! ¿Cómo está mi brazo?

—¿Cómo lo sientes? —dijo Ayla.

—Duele un poco, pero no tanto y de distinto modo —respondió la mujer—. Quiero verlo.

Torció la cara para mirar el brazo, y después intentó sentarse.

—Te ayudaré —dijo Ayla, sosteniéndola.

—¡Está derecho! Mi brazo está derecho. Lo hiciste —clamó la mujer. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras volvía a recostarse—. Ahora no seré una vieja inútil.

—Es posible que no lo puedas usar con toda su fuerza —la previno Ayla—, pero los huesos están en su lugar y quizá el brazo cure bien.

—Dolando, ¿puedes creerlo? Ahora todo marchará bien —sollozó la mujer, pero sus lágrimas eran de alegría y alivio.

Capítulo 17

—Ahora, ten cuidado —dijo Ayla, ayudando a Roshario a acercarse a Jondalar y Markeno, que se habían inclinado a cada lado de la cama—. El entablillado sostendrá tu brazo y lo mantendrá en su lugar, pero mantenlo pegado al cuerpo.

—¿Estás segura de que debe levantarse tan pronto? —preguntó Dolando a Ayla, frunciendo inquieto el entrecejo.

—Estoy segura —confirmó Roshario—. Ya he estado demasiado tiempo en esta cama. No quiero perderme la fiesta de bienvenida a Jondalar.

—Con tal de que no se fatigue demasiado, probablemente será mejor que se levante y esté un rato con todos. —Después se volvió hacia Roshario—. Pero no demasiado tiempo. Ahora, el descanso es la mejor medicina.

—Sólo deseo ver felices a todos, para variar. Siempre que alguien venía a verme parecía que estaba compadeciéndome. Quiero que sepan que me curaré completamente —dijo la mujer, mientras abandonaba el lecho para pasar a los brazos de los dos jóvenes, que la esperaban.

—Ahora, despacio, cuidado con el soporte —indicó Ayla. Roshario pasó sobre el cuello de Jondalar su brazo sano—. Muy bien, levantadla los dos al mismo tiempo.

Con la mujer entre ellos, los dos hombres enderezaron el cuerpo y avanzaron un poco, para erguirse bajo el techo de la vivienda. Tenían más o menos la misma estatura y sostenían fácilmente a la mujer. Aunque estaba claro que Jondalar era más musculoso, Markeno era un joven vigoroso. Su fuerza estaba disimulada por su cuerpo más esbelto, pero la práctica del remo en los botes y la lucha con los enormes esturiones que los ramudoi solían pescar habían permitido que ejercitara constantemente sus músculos lisos y muy resistentes.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ayla.

—En el aire —dijo Roshario, sonriendo primero a un hombre y después al otro—. Desde aquí las cosas se ven diferentes.

—Entonces, ¿estás dispuesta?

—Ayla, ¿qué aspecto tengo?

—Tholie te peinó y te arregló bien los cabellos; creo que tienes un aspecto excelente —dijo Ayla.

—También me sentí mejor después de que me lavarais. Antes ni siquiera deseaba peinarme o lavarme. Esto seguramente significa que estoy mejor —expresó Roshario.

—Parte del efecto se debe a la medicina contra el dolor que te administré. Eso pasará. Avísame apenas empieces a sentir dolor muy intenso. No intentes hacerte la valiente. Y avísame también cuando empieces a sentirte fatigada —concluyó Ayla.

—Lo haré. Ahora estoy preparada.

—¡Mirad quién viene! ¡Es Roshario! Sin duda se siente mejor —exclamaron varias voces cuando la mujer apareció en la puerta de la vivienda.

—Acomodadla aquí —dijo Tholie—. Le preparé un lugar.

Algún tiempo atrás se había desprendido un gran fragmento de piedra arenisca que pertenecía al saliente y había caído cerca del círculo en que se reunían. Tholie había apoyado un banco contra la piedra y lo había cubierto de pieles. Los hombres llevaron allí a Roshario y la acomodaron con mucho cuidado.

—¿Te sientes cómoda? —preguntó Markeno después que la hubieron instalado en el asiento acolchado.

—Sí, sí, estoy muy bien —respondió Roshario—. No estaba acostumbrada a que se me dispensaran tantas atenciones.

El lobo había salido con ellos de la vivienda y apenas Roshario estuvo sentada, el animal encontró un lugar y se echó junto a ella. Roshario se sorprendió, pero cuando vio cómo la miraba y advirtió que vigilaba a todos los que se aproximaban, tuvo la sensación extraña pero clara de que él creía que estaba protegiéndola.

—Ayla, ¿por qué ese lobo permanece cerca de Roshario? Creo que deberías alejarlo de ella —dijo Dolando, preguntándose qué querría el animal de una mujer que todavía estaba tan débil y era tan vulnerable. Sabía que las manadas de lobos atacaban a menudo a los miembros viejos, enfermos y débiles de un rebaño.

—No, no lo alejéis —pidió Roshario, y extendió la mano sana para palmear la cabeza del lobo—. No creo que quiera herirme. Dolando, creo que está cuidándome.

—Yo pienso lo mismo, Roshario —dijo Ayla—. En el Campamento del León había un niño débil y enfermo; Lobo le apreciaba especialmente y adoptaba una actitud muy protectora. Creo que ahora siente que estás débil y desea protegerte.

—¿Ese niño no era Rydag? —preguntó Tholie—. El niño que Nezzie adoptó y que era… —hizo una pausa, porque de pronto recordó los sentimientos intensos e irrazonables de Dolando—… un forastero.

Ayla advirtió la vacilación de Tholie y comprendió que no había dicho lo que inicialmente deseaba decir. Se preguntó cuál podía ser la razón de esa actitud.

—¿Todavía está con ellos? —preguntó Tholie, que se había sonrojado intensamente.

—No —dijo Ayla—. Murió al principio de la estación, en la Reunión de Verano.

La muerte de Rydag todavía la conmovía y entristecía, y su sentimiento era evidente.

La curiosidad de Tholie rivalizaba con su discreción; deseaba formular más preguntas, pero aquél no era el momento oportuno para preguntar acerca precisamente de ese niño.

—¿No tenéis apetito? ¿Por qué no comemos? —preguntó.

Todos satisficieron su apetito, incluida Roshario, que no comió mucho, aunque era más de lo que había ingerido en una sola comida desde hacía tiempo; después la gente se reunió alrededor del fuego con recipientes de vino de dientes de león levemente fermentados. Era el momento de relatar anécdotas, contar aventuras, y sobre todo saber más acerca de los visitantes y sus extraños compañeros de viaje.

Allí estaban todos los sharamudoi, excepto los pocos que se habían ausentado: los

shamudoi, que vivían en tierra, en el alto valle, a lo largo de todo el año, y sus parientes que moraban cerca del río, los ramudoi. Durante las temporadas más cálidas, el Pueblo del Río vivía sobre un muelle flotante amarrado al pie de la montaña, pero en invierno se trasladaban a la alta meseta y compartían las viviendas con los primos con quienes se habían unido ceremonialmente. Se consideraba a las parejas dobles emparentadas tan estrechamente como cónyuges, y se trataba como hermanos a los hijos de las dos familias.

Era la organización más extraña de grupos estrechamente emparentados que Jondalar conocía, pero en este caso era eficaz, a causa de los vínculos de parentesco y de una original relación recíproca mutuamente provechosa. Existían muchos lazos prácticos y rituales entre las dos mitades, pero en esencia los shamudoi aportaban los productos de la pesca y su experiencia en el transporte por agua.

Los sharamudoi consideraban pariente a Jondalar, pero era pariente sólo a causa de su hermano. Cuando Thonolan se enamoró de una mujer shamudoi, había aceptado las costumbres de este pueblo y había decidido convertirse en uno de ellos. Jondalar había vivido con ellos el mismo tiempo y los consideraba como su familia. Habían aprendido y aceptado sus costumbres, pero nunca se había sometido a un rito que le incorporase por derecho propio. En el fondo de su corazón no podían renunciar a su identidad y a su propio pueblo, no podía adoptar la decisión de incorporarse permanentemente a ellos. Aunque su hermano había llegado a ser sharamudoi, Jondalar era todavía zelandonii. La conversación de esa noche comenzó, naturalmente, con preguntas acerca de su hermano.

—¿Qué sucedió después de que te fuiste de aquí con Thonolan? —preguntó Markeno.

Aunque abordar el tema podía resultar doloroso, Jondalar comprendió que Markeno tenía derecho a saber. Entre Markeno y Tholie, por un lado, y Thonolan y Jetamio, por otro, existían vínculos cruzados. Markeno tenía un parentesco tan estrecho como él; era un hermano nacido de la misma madre. En pocas palabras, Jondalar explicó que habían viajado río abajo en el bote suministrado por Carlono, relató alguno de los episodios más importantes y el encuentro con Brecie, la jefa mamutoi del Campamento del Sauce.

—¡Somos parientes! —dijo Tholie—. Es prima cercana.

—Eso lo supe después, cuando vivimos con el Campamento del León, pero ella fue muy buena con nosotros incluso antes de saber que éramos parientes —dijo Jondalar—. Por eso Thonolan decidió marchar hacia el norte y visitar otros campamentos mamutoi. Habló de cazar el mamut con ellos. Traté de convencerle de que no lo hiciera, de que volviese conmigo. Habíamos llegado al fin del Río de la Gran Madre; aquél era el punto más lejano que, según decía siempre, deseaba alcanzar.

El hombre de elevada estatura cerró los ojos y meneó la cabeza, como si intentase negar el hecho; después se inclinó, dominado por la angustia. La gente esperó,

compartiendo su dolor.

—Pero no se trataba de los mamutoi —continuó un momento después—. Eso era una excusa. No podía soportar lo que pasó con Jetamio. Solamente quería seguirla al otro mundo. Me dijo que continuaría viajando hasta que la Madre le llevase también a él. Afirmó que estaba preparado, pero en realidad estaba más que preparado. Tanto deseaba irse, que se arriesgaba. Por eso murió. Y yo tampoco prestaba atención. Fue una estupidez por mi parte seguirle cuando salió a perseguir a aquella leona que le robó la presa. De no haber sido por Ayla, yo habría muerto con él.

Los últimos comentarios de Jondalar avivaron la curiosidad de todos, pero nadie deseaba formular preguntas que le obligarían a renovar con mayor intensidad su dolor. Finalmente, Tholie quebró el silencio.

—¿Cómo conociste a Ayla? ¿Estabas cerca del Campamento del León?

Jondalar miró a Tholie y después a Ayla. Había estado hablando en sharamudoi, y no sabía muy bien hasta qué punto le había entendido la joven. Deseaba que ella conociese mejor la lengua para que pudiera relatar su propia historia. No sería fácil explicar el caso, o más bien, lograr que la explicación fuese verosímil. Cuanto más tiempo pasaba, más irreal parecía todo, incluso a sus propios ojos, pero cuando Ayla lo pudiese explicar, más fácil sería aceptarlo.

—No. En ese momento no conocíamos el Campamento del León. Ayla vivía sola, en un valle que está a varios días de viaje del Campamento del León —dijo.

—¿Sola? —preguntó Roshario.

—Bueno, no completamente sola. En su pequeña caverna tenía la compañía de un par de animales.

—¿Quieres decir que tenía otro lobo como éste? —preguntó la mujer, extendiendo la mano para palmear al animal.

—No. No tenía a Lobo. Lo encontró cuando estábamos viviendo en el Campamento del León. Tenía a Whinney.

—¿Qué es un Whinney?

—Whinney es un caballo.

—¿Un caballo? ¿Quieres decir que también tenía un caballo?

—Sí. Ése, ése que veis ahí —dijo Jondalar, señalando a los caballos que estaban en el campo, sus siluetas recortadas sobre el cielo vespertino teñido de rojo.

Roshario abrió enormemente los ojos, sorprendida, y todos sonrieron. Todos habían experimentado ya la impresión inicial, pero ella no había visto los caballos hasta aquel momento.

—¿Ayla vivía con esos dos caballos?

—No exactamente. Yo vi cómo nació el hijo de Whinney. Antes, ella vivía sola con Whinney… y el león de la caverna —concluyó Jondalar, casi en voz baja.

—¿Y qué? —Roshario pasó a su mamutoi, sin duda imperfecto—. Ayla, explícate. Me temo que Jondalar está confundido. Y quizá Tholie se sirva traducir.

Ayla había entendido fragmentos y pasajes de la conversación, pero ahora pidió a

Jondalar que se lo aclarase. Él se sintió muy aliviado.

—Ayla, creo que no me expresé con mucha claridad. Roshario desea saberlo de ti. ¿Por qué no les explicas cómo vivías en tu valle con Whinney y Bebé, y cómo me encontraste? —pidió.

—Y también por qué vivías sola en un valle —agregó Tholie.

—Es una larga historia —dijo Ayla después de respirar hondo. La gente se acomodó mejor, sonriendo. Eso era exactamente lo que deseaban escuchar, un episodio nuevo, extenso e interesante. Ayla bebió un sorbo de tila y pensó en la forma de comenzar—. Ya se lo he dicho a Tholie, no recuerdo cuál era mi pueblo. Desaparecieron en un terremoto cuando yo era pequeña, el clan me descubrió y me crió. Iza, la mujer que me encontró, era una hechicera, una curadora, y comenzó a enseñarme el arte de curar cuando yo era muy pequeña.

Dolando pensó, mientras Tholie traducía: «Bien, ahora se explica que la joven posea tanta habilidad». Por su parte, Ayla continuó la narración.

—Viví con Iza y su hermano Creb; el compañero de Iza había muerto en el mismo terremoto que destruyó a mi pueblo. Creb era algo así como el hombre del hogar; ayudó a Iza a criarme. Ella murió hace pocos años, pero antes de desaparecer me dijo que yo debía marcharme y buscar mi propio pueblo. No me alejé, no podía irme… —Ayla vaciló, tratando de decidir qué parte de la verdad revelaría—. No lo hice entonces, pero después… que Creb murió… tuve que alejarme.

Ayla hizo una pausa y bebió otro sorbo de su tila, mientras Tholie traducía lo que había dicho, con un poco de dificultad cuando tenía que pronunciar los nombres extraños. El relato había avivado las intensas emociones de aquel período y Ayla necesitaba recuperar el dominio de sí misma.

—Traté de descubrir a mi propio pueblo, obedeciendo el mandato de Iza —continuó Ayla—, pero no sabía dónde buscar. Exploré desde el principio de la primavera hasta bien entrado el verano, sin hallar a nadie. Comencé a preguntarme si alguna vez lo descubriría, y ya comenzaba a fatigarme de viajar. Entonces llegué a un valle pequeño y verde en medio de las estepas, un lugar atravesado por un arroyo, incluso con una hermosa y pequeña caverna. Tenía todo lo que necesitaba…, excepto personas. No sabía si encontraría a alguien, pero sí comprendía que se acercaba el invierno, y si no me preparaba, no viviría hasta la primavera siguiente. Decidí permanecer en la caverna hasta el comienzo de la siguiente estación cálida.

La gente estaba muy interesada en el relato de Ayla; expresaban sus opiniones en voz alta, asentían, decían que tenía razón, era lo único acertado que podía hacer. Ayla explicó que había atrapado a un caballo en una trampa y entonces descubrió que era una yegua que estaba amamantando; después vio una manada de hienas que se arrojaba sobre el potrillo.

—No pude evitarlo —dijo—. Era un animal muy pequeño e indefenso. Alejé a las hienas y me traje a la pequeña yegua a vivir en la caverna conmigo. Me alegro de haberlo hecho. Compartió mi soledad e hizo que me fuese más soportable. Se

convirtió en una amiga.

Por lo menos las mujeres podían entender lo que era sentirse atraída por un niño impotente, aunque fuese un potrillo. Tal como Ayla exponía el asunto, parecía perfectamente razonable, aunque nadie jamás había oído hablar de la adopción de un animal. Pero no sólo las mujeres se sentían cautivadas. Jondalar observaba a toda la gente. Las mujeres y los hombres estaban igualmente fascinados; comprendió que Ayla se había convertido en una buena narradora. Incluso él estaba absorto, pese a que conocía la historia. Observaba atentamente a Ayla, tratando de entender por qué su relato atraía tanto, y entonces advirtió que acompañaba sus palabras con gestos sutiles pero evocadores.

No respondía a un propósito consciente, ni lo hacía con una finalidad determinada. Ayla había crecido comunicándose según el estilo del clan y para ella era natural describir las cosas tanto con movimientos como con palabras, pero cuando, por primera vez, imitó los gritos de los pájaros y los relinchos de los caballos, sorprendió a sus oyentes. Había vivido sola en el valle, oyendo únicamente la vida animal en las proximidades; y así había comenzado a imitarlos y había aprendido además a reproducir esos sonidos con sobrecogedora fidelidad. Después de la primera impresión, sus sonidos animales de sorprendente realismo adquirían una dimensión fascinante.

A medida que iba avanzando el relato, y sobre todo cuando explicó cómo había comenzado a montar y a enseñar al caballo, la propia Tholie apenas podía esperar a terminar la traducción de las palabras de Ayla, cuando ya ansiaba oír el resto. La joven mamutoi hablaba muy bien ambas lenguas, aunque no alcanzaba a reproducir el relincho de un caballo, o los gritos de las aves emitidos con sobrecogedora exactitud; pero no era necesario. La gente comprendía el significado de lo que Ayla estaba diciendo, en parte porque las lenguas eran parecidas, pero también a causa de aquella narración tan expresiva. Comprendían los sonidos en el momento oportuno, pero esperaban la traducción de Tholie para completar lo que se les escapaba.

Ayla se anticipaba a las palabras de Tholie tanto como otro cualquiera de los presentes, pero por una razón completamente distinta. Jondalar había observado con cierto temor la capacidad de Ayla para aprender rápidamente lenguas nuevas cuando, por primera vez, comenzó a enseñarle a hablar la suya propia; en efecto, se preguntaba cómo lo hacía. No sabía que la habilidad de Ayla en este sentido provenía de un conjunto específico de circunstancias. Para convivir con personas que aprendían a partir de los recuerdos de sus antepasados, los mismos recuerdos almacenados desde el nacimiento en sus enormes cerebros como una suerte de forma evolutiva y consciente del instinto, la joven que venía de los Otros se había visto obligada a desarrollar sus propias cualidades de memorización. Se había adiestrado para recordar rápidamente, a fin de que el resto del clan no la creyese tonta.

Antes de que la adoptasen había sido una niña normal y conservadora, y aunque había perdido la mayor parte de su lenguaje vocal cuando comenzó a hablar como lo

hacía el clan, las pautas básicas estaban ya determinadas. Su premiosa necesidad de reaprender el lenguaje verbal para comunicarse con Jondalar había potenciado una capacidad natural. Una vez iniciado, el proceso que ella había utilizado inconscientemente se desarrolló todavía más cuando fue a vivir al Campamento del León, y tuvo que aprender otro idioma. Podía memorizar el vocabulario con tan sólo oírlo una vez, aunque la sintaxis y la estructura del lenguaje le exigían un esfuerzo un poco mayor. Pero la lengua de los sharamudoi se asemejaba por su estructura a la de los mamutoi, y muchas palabras eran similares. Ayla escuchaba la traducción de sus palabras por Tholie, porque, mientras ella relataba su historia, aprendía la lengua.

Aunque la historia de la adopción de un potrillo era en verdad fascinante, incluso Tholie tuvo que interrumpirse y pedir a Ayla que repitiese sus palabras cuando la joven se refirió al hallazgo del cachorro de león de la caverna que estaba herido. La soledad podía impulsar a alguien a vivir con un caballo que comía pasto, pero ¿un gigantesco carnívoro? Un león de la caverna macho completamente desarrollado, apoyado en sus cuatro patas, alcanzaba casi la altura de los caballos de la estepa más pequeños, y era más musculoso. Tholie deseaba saber cómo era posible que hubiese abrigado siquiera la idea de recoger a un cachorro de león.

—Entonces no era tan grande, no tenía siquiera el tamaño de un lobo pequeño; era como un niño… y estaba herido.

Aunque Ayla había tenido la intención de describir a un animal más pequeño, la gente volvió los ojos hacia el canino que estaba al lado de Roshario. Lobo pertenecía a una especie norteña y era corpulento incluso para aquella raza de considerables proporciones. Era el lobo más grande que cualquiera de ellos hubiera visto jamás. La idea de recoger a un león de esas proporciones no resultaba atractiva para muchos de ellos.

—El nombre que le asignó significaba «niño», y ella siguió llamándole así incluso después que alcanzó la edad adulta. Era el niño más grande que había visto jamás —agregó Jondalar, en un comentario que provocó sonrisas.

Jondalar también sonrió, pero después agregó una precisión más realista:

—A mí también me pareció divertido, pero no me pareció tan divertido la primera vez que lo vi. Bebé fue el león que mató a Thonolan y que casi me mató a mí. —Dolando miró aprensivo al lobo que de nuevo estaba al lado de Roshario—. Pero ¿qué puede esperarse cuando uno se mete en la guarida de un león? Aunque habíamos visto salir a su compañera y no sabíamos que Bebé estaba allí, nuestra actitud fue estúpida. En definitiva, tuvimos suerte porque se trataba precisamente de ese león.

—¿Por qué dices «tuvimos suerte»? —preguntó Markeno.

—Yo estaba gravemente herido e inconsciente, pero Ayla pudo detener al león antes de que me matase —dijo Jondalar.

Todos se volvieron hacia la mujer.

—¿Cómo pudo detener a un león de la caverna? —preguntó Tholie.

—Del mismo modo que controla a Lobo y a Whinney —dijo Jondalar—. Le dijo que se detuviese y él obedeció.

La gente meneaba la cabeza, incrédula.

—¿Cómo sabes que hizo eso? Has dicho que estabas inconsciente —observó alguien.

Jondalar volvió los ojos para ver quién era el que había hablado. Era un hombre joven del Clan del Río a quien había conocido, aunque no demasiado bien.

—Rondo, porque le vi hacer lo mismo después. Bebé vino a visitarla una vez, cuando yo aún estaba recuperándome. Sabía que yo era un forastero y quizá recordaba la vez en que Thonolan y yo entramos en su guarida. Fuera cual fuese la razón, no quería verme cerca de la caverna de Ayla e inmediatamente se dispuso a atacar. Pero ella se interpuso y le ordenó que se detuviese. Y él obedeció. Fue casi cómico el modo en que se interrumpió en medio de un salto; pero en ese momento yo estaba tan asustado que no lo advertí.

—¿Dónde está ahora el león de la caverna? —preguntó Dolando, mirando al lobo y preguntándose si el león también la habría seguido. No estaba muy interesado en recibir la visita del león, por muy eficaz que fuese el control de Ayla.

—Se fue a hacer su propia vida —dijo Ayla—. Permaneció conmigo hasta que alcanzó la edad adulta. Después, lo mismo que hacen otros cachorros, partió para buscar compañera y ahora probablemente tenga varias. Whinney también me dejó durante algún tiempo, pero volvió. Estaba preñada cuando regresó.

—¿Y el lobo? ¿Crees que un día se marchará? —preguntó Tholie.

Ayla contuvo la respiración. Era una posibilidad que ella se negaba a considerar. Había asaltado su mente más de una vez, pero siempre la rechazaba, y ni siquiera quería reconocerlo. Ahora se la habían planteado en palabras, claramente, y se esperaba una respuesta.

—Lobo era tan pequeño cuando lo descubrí, que creo que creció pensando que la gente del Campamento del León era su manada —dijo—. Muchos lobos siguen con su manada, pero algunos se van y se convierten en solitarios hasta que encuentran la compañía de otro solitario. Así comienza una nueva manada. Lobo todavía es joven, apenas más que un cachorro. Parece mayor porque es muy corpulento. No sé qué hará, Tholie, pero a veces eso me preocupa. No quiero que se marche.

Tholie asintió.

—Irse es difícil, tanto para el que se va como para el que se queda atrás —dijo, y recordó su propia y difícil decisión de separarse de su pueblo para vivir con Markeno —. Sé lo que yo sentí. ¿No has dicho que te separaste de esa gente que te crió? ¿Cómo los has llamado? ¿El clan? Nunca he oído hablar de esa gente. ¿Dónde viven?

Ayla miró a Jondalar, que estaba sentado, perfectamente inmóvil, muy tenso, con una expresión extraña en el rostro. Algo le inquietaba profundamente; de pronto ella se preguntó si Jondalar se sentiría aún avergonzado del pasado de Ayla y de la gente que la había criado. Suponía que él había dejado atrás esos sentimientos. Ayla no

estaba avergonzada del clan. A pesar de Broud y las angustias que le había hecho pasar, esa gente la había cuidado y amado a pesar de las diferencias, y ella había correspondido a ese sentimiento con su amor. Con cierto asomo de cólera y un cierto aire de orgullo, decidió que no estaba dispuesta a negar a las personas a las que había amado.

—Viven en la península del Mar de Beran —replicó Ayla.

—¿La península? Ignoraba que había gente viviendo en la península. Ése es el territorio de los cabeza chatas… —Tholie se interrumpió. No podía ser, ¿verdad?

Tholie no fue la única que se dio cuenta de lo que aquello significaba. Roshario contuvo una exclamación y miró furtivamente a Dolando, tratando de descubrir si él había establecido ciertas relaciones, pero poco deseosa de que pareciera que ella no había observado nada irregular. Los nombres extraños que Ayla mencionaba, los que tenían una pronunciación tan difícil, ¿podían ser nombres que ella había asignado a otra especie de animales? Pero Ayla había dicho que la mujer que la había criado también le había enseñado la medicina que cura. ¿Tal vez había una mujer viviendo con ellos? ¿Qué mujer podía preferir la vida con esa gente, sobre todo si sabía curar? ¿Era concebible que una shamud viviese con los cabezas chatas?

Ayla veía las reacciones extrañas de algunas personas, pero cuando volvió los ojos hacia Dolando y advirtió que él la miraba fijamente, experimentó un estremecimiento de temor. No parecía el mismo hombre, el jefe sereno que había atendido con tanta ternura a su propia mujer. No miraba a Ayla con el sentimiento de alivio y agradecimiento provocado por la habilidad de la joven para curar, y ni siquiera con la cautelosa aceptación del primer encuentro. En cambio, Ayla percibió un dolor muy profundo y advirtió un cierto distanciamiento; una cólera amenazadora y violenta se traslucía en los ojos de Dolando, como si no pudiese ver claramente y la mirase a través de la roja pluma del odio.

—¡Cabezas chatas! —estalló—. ¡Has vivido con esos animales sucios y asesinos! Quisiera matarlos a todos. Y has vivido con ellos. ¿Cómo es posible que una mujer decente viva con ellos?

Tenía los puños cerrados cuando comenzó a acercarse a Ayla. Jondalar y Markeno se abalanzaron para detenerle. Lobo estaba delante de Roshario y mostraba los dientes con un gruñido profundo en la garganta. Shamio comenzó a llorar y Tholie la cogió y la apretó con gesto protector contra su cuerpo. En realidad, jamás hubiera temido que su hija estuviera cerca de Dolando, pero cuando se hablaba de los cabezas chatas, no reaccionaba de una forma racional y en aquel momento parecía estar dominado por una locura incontrolable.

—¡Jondalar! ¿Cómo te atreves a traer aquí a una mujer así? —dijo Dolando, tratando de liberarse del abrazo del hombre alto y rubio.

—¡Dolando! ¿Qué estás diciendo? —preguntó Roshario, tratando de ponerse en pie—. ¡Me ha ayudado! ¿Qué importa dónde creció? ¡Me ha ayudado!

La gente que se había reunido para dar la bienvenida a Jondalar estaba aturdida,

conmovida por la impresión, y no sabía qué hacer. Carlono se puso en pie para ayudar a Markeno y a Jondalar, en un intento de tranquilizar al hombre que compartía con él el mando.

Ayla también estaba desconcertada. La virulenta reacción de Dolando era tan inesperada que no sabía qué pensar. Vio que Roshario intentaba ponerse de pie y trataba de apartar al lobo, que se mantenía en actitud defensiva frente a ella, tan confundido como todos por aquel revuelo, pero decidido a proteger a la mujer porque entendía que ése era su deber. Ayla pensó que Roshario no debía ponerse en pie, y se acercó deprisa a la mujer.

—Apártate de mi mujer. No quiero que se manche con tu suciedad —gritó Dolando, luchando por liberarse de los hombres que intentaban detenerle.

Ayla se detuvo. Aunque deseaba ayudar a Roshario, no quería provocar más dificultades con Dolando. Se preguntó: «¿Qué le sucede?». Entonces advirtió que Lobo estaba dispuesto a atacar, y con una señal, le indicó que se acercara. Lo último que podía desear es que Lobo hiriese a alguien. Era evidente que Lobo luchaba consigo mismo. Estaba dudando entre defender su terreno o lanzarse a la pelea, pero no quería alejarse del escenario; todo era muy confuso. La segunda señal de Ayla llegó acompañada por un silbido y eso le decidió. Corrió hacia ella y se plantó delante de Ayla en actitud defensiva.

Aunque Dolando hablaba sharamudoi, Ayla comprendía que el hombre había estado gritando algo acerca de los cabezas chatas y dirigiendo frases airadas contra ella misma; pero su sentido no le había resultado muy claro. Mientras esperaba allí con el lobo, comprendió de pronto lo que significaban los reniegos de Dolando y comenzó a enojarse también ella. El pueblo del clan no era una banda de sucios asesinos. ¿Por qué pensar en ellos irritaba tanto a Dolando?

Roshario se había puesto en pie y trataba de acercarse a los hombres que forcejeaban. Tholie entregó a Shamio a alguien que estaba cerca y corrió a ayudar a Roshario.

—¡Dolando! ¡Dolando, basta! —ordenó Roshario. Pareció que la voz de Roshario llegaba a Dolando; cesó de debatirse, aunque los tres hombres continuaron aferrándole.

Dolando miró irritado a Jondalar.

—¿Por qué la has traído aquí?

—Dolando, ¿qué te sucede? ¡Mírame! —exclamó Roshario—. ¿Qué habría sucedido si él no la hubiera traído? Ayla no fue la persona que mató a Doraldo.

Dolando miró a Roshario y pareció que por primera vez veía a la mujer débil y consumida, con el brazo en cabestrillo. Un espasmo le sacudió el cuerpo, y cual agua que se derrama, la furia irracional le abandonó.

—Roshario, no deberías estar en pie —dijo, tratando de acercarse a la mujer, pero vio que no podía moverse—. Podéis soltarme —indicó a Jondalar, con una voz que traslucía una fría cólera.

El zelandonii se apartó. Markeno y Carlono esperaron, antes de liberarlo hasta que tuvieron la certeza de que Dolando no se resistía; pero permanecieron cerca, por si acaso.

—Dolando, no tienes derecho a enojarte con Jondalar —dijo Roshario—. Jondalar trajo a Ayla porque yo la necesitaba. Dolando, todos están conmovidos. Ven, siéntate y muéstrales que estás bien.

Advirtió una mirada de obstinación en los ojos de Dolando, pero, de todos modos, él la acompañó al banco y se sentó junto a ella. Una mujer les trajo una infusión y después se acercó al lugar en el que estaban de pie Ayla, Jondalar, Carlono y Markeno junto a Lobo.

—¿Queréis tila o un poco de vino? —preguntó.

—Carolio, ¿no tendrás un poco de ese maravilloso vino de arándano? —preguntó Jondalar. Ayla observó que se parecía a Carlono y a Markeno.

—El vino nuevo no está en condiciones, pero tal vez quede algo del año pasado. ¿Para ti también? —preguntó a Ayla.

—Sí, si Jondalar lo desea, yo probaré. Creo que no nos conocemos —agregó.

—No —dijo la mujer, mientras Jondalar se disponía a intervenir y presentarlas—. No es necesario cumplir las formalidades. Ayla, todos sabemos quién eres. Yo soy Carolio, hermana de éste —dijo señalando a Carlono.

—Advierto el… parecido —indicó Ayla, buscando la palabra; Jondalar comprendió de pronto que ella estaba hablando sharamudoi. La miró maravillado. ¿Cómo aprendía con tanta rapidez?

—Confío en que podrás perdonar el estallido de Dolando —dijo Carolio—. El hijo de su hogar, el hijo de Roshario, fue muerto por los cabezas chatas, y él los odia a todos. Doraldo era un joven, pocos años mayor que Darvo, y un hombre muy animoso, que estaba comenzando a vivir. Para Dolando fue muy difícil. Nunca consiguió reponerse.

Ayla asintió, pero frunció el entrecejo. No era usual que el clan matase a los Otros. ¿Qué había hecho el joven? Vio que Roshario la llamaba con un gesto. Aunque la mirada hostil de Dolando no era precisamente grata, Ayla se apresuró a dirigirse hacia la mujer.

—¿Estás fatigada? —preguntó—. Es hora de que te acuestes. ¿Sufres?

—Un poco. No mucho. Me acostaré pronto, pero todavía no. Deseo decirte que lo lamento mucho. Yo tenía un hijo…

—Carolio me lo dijo. Le mataron.

—Los cabezas chatas… —masculló por lo bajo Dolando.

—Tal vez todos nos hemos apresurado un poco —dijo Roshario—. ¿Has dicho que vivías con… cierta gente de la península?

De pronto reinó un silencio absoluto.

—Sí —confirmó Ayla. Después miró a Dolando y respiró hondo—. El clan. Los que vosotros denomináis cabezas chatas y los que se llaman ellos mismos el clan.

—¿Cómo es posible? No hablan —dijo una joven.

Jondalar vio que era la mujer que estaba sentada junto a Chalono, otro joven a quien él conocía. Había visto muchas veces a la muchacha, pero no atinaba a recordar el nombre.

Ayla captó el comentario implícito de la joven.

—No son animales. Son personas y sí hablan, pero no con muchas palabras, si bien utilizan algunas. Tienen un lenguaje de signos y gestos.

—¿Es lo que tú estuviste haciendo? —preguntó Roshario—. ¿Antes de que me durmieses? Creí que estabas bailando con las manos.

Ayla sonrió.

—Hablaba al mundo de los espíritus y pedía al espíritu de mi tótem que te ayudase.

—¿El mundo de los espíritus? ¿Hablar con las manos? ¡Qué tontería! —escupió Dolando.

—Dolando —dijo Roshario, mientras buscaba la mano del hombre.

—Es cierto, Dolando —aseveró Jondalar—. Incluso yo aprendí parte de su lenguaje. Y también los que estaban en el Campamento del León. Ayla nos enseñó, porque deseaba que pudiéramos comunicarnos con Rydag. Todos se sorprendieron al descubrir que él podía hablar de ese modo, aunque no lograba pronunciar bien las palabras. Y entonces supieron que no era un animal.

—¿Te refieres al niño que trajo Nezzie? —dijo Tholie.

—¿Niño? ¿Habláis de esa abominación de espíritus mezclados que, según oímos decir, trajo una mamutoi loca?

Ayla levantó el mentón. Ahora estaba encolerizándose.

—Rydag era un niño —dijo—. Quizá provenía de espíritus mezclados, pero ¿cómo puedes culpar a un niño por lo que es? No eligió nacer de ese modo. ¿No dices que la Madre es la que elige los espíritus? En ese caso, era un hijo de la Madre tanto como otro cualquiera. ¿Qué derecho tienes para decir que era una abominación?

Ayla miraba hostil a Dolando, y todos les observaban, sorprendidos por la defensa de Ayla y preguntándose cuál sería la reacción de Dolando. Éste parecía tan sorprendido como los demás.

—Y Nezzie no está loca. Es una mujer sensible, buena y afectuosa que recogió a un huérfano y no le importó lo que los demás pensaran —continuó diciendo Ayla—. Era como Iza, la mujer que me recogió cuando yo no tenía a nadie, a pesar de que yo era diferente, era una de los Otros.

—¡Los cabezas chatas mataron al hijo de mi hogar! —gritó Dolando.

—Es posible, pero no usual. El clan prefiere evitar a los Otros; así llaman a las personas como nosotros. —Ayla hizo una pausa y después miró al hombre que aún sufría tanto—. Dolando, es duro perder a un hijo, pero te hablaré de otra persona que perdió a su niño. Era una mujer a quien conocí en la reunión de muchos clanes, algo así como una Reunión de Verano, aunque ellos no se reúnen con tanta frecuencia.

Ella y otras mujeres salieron a buscar alimento y, de pronto, se vieron sorprendidas por varios hombres, hombres de los Otros. Uno la aferró para obligarla a concederle lo que vosotros denomináis placeres.

Hubo exclamaciones ahogadas de la gente. Ayla estaba hablando de un tema que nunca era abordado francamente, aunque todos, excepto los muy jóvenes, habían oído hablar del asunto. Algunas madres pensaron que era conveniente alejar a los hijos, pero en realidad nadie quería apartarse.

—Las mujeres del clan se someten a los deseos de los hombres, no es necesario forzarlas; pero el hombre que aferró a la mujer no pudo esperar. Ni siquiera quiso esperar a que ella depositara en el suelo a su hijo. La cogió con tanta fuerza que el niño cayó y él no prestó la más mínima atención. Sólo después, cuando él le permitió incorporarse, la mujer descubrió que la cabeza de su hijo se había golpeado contra una piedra al caer. El niño estaba muerto.

Algunos de los presentes tenían lágrimas en los ojos. Ahora, Jondalar habló.

—Sé que pueden suceder esas cosas. He oído hablar de algunos jóvenes que viven muy al oeste de aquí, y a quienes agradaba divertirse con los cabezas chatas, y varios se reunían para forzar a una mujer del clan.

—También sucede por aquí —reconoció Chalono.

Las mujeres le miraron sorprendidas por lo que había dicho, la mayoría de los hombres desviaron los ojos, excepto Rondo, que estaba observando a Chalono como si éste fuera un gusano.

—Es la gran aventura de la cual hablan siempre los muchachos —dijo Chalono, tratando de defenderse—. No son muchos los que continúan haciéndolo, sobre todo después de lo que le sucedió a Doral… —De pronto se interrumpió, miró alrededor, bajó los ojos y deseó no haber abierto la boca.

El silencio incómodo que siguió se vio quebrado cuando Tholie dijo:

—Roshario, pareces muy fatigada. ¿No crees que es hora de que vuelvas a acostarte?

—Sí, creo que me gustaría descansar —dijo.

Jondalar y Markeno se apresuraron a ayudarla, y todos interpretaron eso como la señal para levantarse y alejarse. Nadie quiso demorarse hasta que se apagara el fuego, conversando o jugando esa noche. Los dos jóvenes llevaron a la mujer a la vivienda, mientras el agobiado Dolando iba detrás.

—Gracias, Tholie, pero creo que sería mejor que yo durmiese esta noche cerca de Roshario —dijo Ayla—. Abrigo la esperanza de que Dolando no se oponga. Ella ha sufrido mucho y pasará una noche difícil. El brazo comienza a hincharse y volverá a sentir dolor. No estoy segura de que hubiera debido levantarse esta noche, pero insistió tanto que creo que no habríamos podido impedírselo. Insistió en afirmar que se sentía bien, pero eso es la consecuencia de la bebida que la adormeció, que calma

el dolor profundo y cuyo efecto no había cesado del todo. Le administré, además, otra cosa, pero esta noche comenzarán los dolores y desearía estar cerca de ella.

Ayla había entrado después de pasar un rato frotando y peinando a Whinney en la penumbra del anochecer. Cuando estaba nerviosa, se sentía mejor cerca de la yegua y se relajaba atendiéndola. Jondalar se había reunido con ella unos minutos, pero adivinó que Ayla deseaba estar sola un rato, de modo que, después de palmear y rascar y decir palabras reconfortantes a Corredor, se había alejado.

—Quizá Darvo podría dormir contigo —propuso Jondalar—. Probablemente descansará mejor. Le desazona ver sufrir a Roshario.

—Por supuesto —dijo Markeno—. Iré a buscarle. Ojalá pudiera convencer a Dolando de que se quede unos días con nosotros, pero sé que no aceptará, sobre todo después de lo sucedido esta noche. Nadie le había explicado nunca la historia completa de la muerte de Doraldo.

—Quizá sea mejor que, al fin, se sepa todo. Tal vez de ese modo ahora pueda superar la situación —indicó Tholie—. Dolando ha estado alimentando durante mucho tiempo un odio profundo a los cabezas chatas. Parecía más bien inofensivo y, de todos modos, nadie le prestaba demasiada atención… Lo siento, Ayla, pero ésa es la verdad.

Ayla asintió.

—Lo sé —dijo.

—Y rara vez tenemos un contacto muy estrecho. En general, es un buen jefe —continuó Tholie—, excepto en todo lo que se relaciona con los cabezas chatas, y es fácil excitar a otras personas cuando se habla de ellos. Pero un odio tan intenso tiene que dejar sus huellas. Creo que siempre es peor para la persona que odia.

—Creo que es hora de descansar un poco —dijo Markeno—. Ayla, seguramente estás exhausta.

Jondalar, Markeno y Ayla, con Lobo detrás, caminaron juntos los pocos pasos que les separaban de la vivienda más próxima. Markeno rascó la plancha de cuero que cubría la entrada y esperó. En lugar de contestar desde dentro, Dolando se acercó a la entrada y apartó la cortina; después permaneció en pie en el umbral de la entrada, mirándolos.

—Dolando, es posible que Roshario pase mala noche. Me gustaría estar cerca de ella —dijo Ayla.

El hombre bajó los ojos; después se volvió hacia la mujer que estaba acostada en la cama.

—Entra —dijo.

—Deseo permanecer con Ayla —pidió Jondalar. Había decidido que no la dejaría sola con el hombre que la había amenazado y que había despotricado contra ella, aunque ahora se le veía calmado.

Dolando asintió y se hizo a un lado.

—He venido a preguntar a Darvo si desearía pasar la noche con nosotros —dijo

Markeno.

—Creo que debería hacerlo —contestó Dolando—. Darvo, recoge tus mantas y acompaña esta noche a Markeno.

El muchacho se incorporó, recogió las mantas y las colchonetas, y caminó hacia la entrada. Ayla se dio cuenta de que parecía aliviado, aunque no feliz.

Apenas entraron, Lobo se instaló en el rincón. Ayla se acercó al fondo en sombras para examinar a Roshario.

—Dolando, ¿tienes una lámpara o una antorcha? Me gustaría que hubiera más luz —dijo.

—Y quizá unas mantas más —agregó Jondalar—. ¿No es mejor que se las pida a Tholie?

Dolando hubiera preferido estar solo en la oscuridad, pero si Roshario se despertaba dolorida, sabía que la joven podía aliviarla mucho mejor que él. De un estante retiró un cuenco poco profundo de piedra arenisca, al que se le había dado forma moldeándolo y raspándolo con otras piedras.

—Las cosas para dormir están aquí —explicó a Jondalar—. En la caja que está junto a la puerta hay un poco de grasa para la lámpara, pero tendré que encender fuego para prender la lámpara que se apagó.

—Yo encenderé el fuego —dijo Ayla—, si me dices dónde está tu yesca y la madera.

Dolando le entregó los materiales que ella pedía para encender el fuego, así como una vara redonda, ennegrecida por el carbón en un extremo, y una pieza achatada de madera con varios agujeros redondos, quemados al encender otros fuegos; pero Ayla no utilizó esos materiales. En cambio, de un bolso que colgaba de su cinturón extrajo dos piedras. Dolando observó con curiosidad mientras ella formaba una pequeña pila de astillas secas y delgadas, y cómo, inclinándose sobre ellas, golpeaba una piedra contra otra. Observó, sorprendido, cómo una chispa grande y brillante saltaba de las piedras e iba a caer sobre las maderas, y cómo comenzaba a desprenderse una fina columna de humo. Ayla se inclinó más, sopló y de la madera brotó una llama.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Dolando, sorprendido y hasta un tanto temeroso. Algo tan sorprendente y desconocido siempre provocaba temor. Se preguntó si la magia shamud de esta mujer sería interminable.

—Proviene de la piedra del fuego —dijo Ayla, mientras agregaba unas astillas más, para mantener encendido el fuego, y después pedazos más grandes.

—Ayla descubrió esas piedras cuando vivía en su valle —dijo Jondalar—. Estaban distribuidas por toda el área pedregosa; yo mismo recogí algunas. Mañana te mostraré cómo funcionan y te proporcionaré una para que sepas qué aspecto tienen. Quizá las encuentres por aquí. Como puedes ver, con ellas se enciende fuego con mayor rapidez.

—¿Dónde has dicho que estaba la grasa? —preguntó Ayla.

—En la caja junto a la entrada. La traeré. Allí hay también mechas —dijo

Dolando. Introdujo un pedazo de sebo blanco y blando, grasa disuelta en agua hirviendo y recogida después de enfriarla, en el cuenco de piedra, hundió en ella un hilo retorcido de liquen seco, aplicado cerca del borde, y después tomó una astilla encendida y la aplicó al liquen. Chisporroteó un poco; después se formó un pequeño cúmulo de grasa en la base del cuenco, que fue absorbida por el liquen, lo que produjo una llama más regular y más luminosa en el ámbito de la estructura de madera.

Ayla puso piedras de cocinar en el fuego y después controló el nivel del recipiente de madera que contenía agua. Se dirigió a la puerta con él, pero Dolando se lo quitó y salió en su lugar para traer más agua. En su ausencia, Ayla y Jondalar extendieron las mantas sobre una plataforma para dormir. Después, Ayla eligió algunas hierbas secas de sus paquetes de medicinas para preparar una infusión calmante para todos. Agregó otros pequeños ingredientes de su pequeño depósito, porque quería tenerlos preparados para cuando Roshario se despertara. En cuanto Dolando trajo el agua, Ayla distribuyó tazas con la infusión a cada uno de los presentes.

Se sentaron en silencio, sorbiendo el líquido caliente, lo que alivió a Dolando. Temía que le obligasen a entablar conversación y no estaba de humor para ello. Para Ayla no era una cuestión de humor. Sencillamente, no sabía qué decir. Había entrado en la morada en atención a Roshario, aunque hubiera preferido estar lejos de allí. La perspectiva de pasar la noche en la vivienda de un hombre que la había tratado con profunda animadversión no le resultaba grata y se sentía agradecida a Jondalar, que había decidido permanecer con ella. Jondalar tampoco sabía qué decir, y sólo se limitó a esperar que otros comenzaran a hablar. Como nadie pronunció palabra, llegó a la conclusión de que quizá el silencio fuera lo mejor.

Como si todo hubiese sido planeado, en el momento mismo en que estaban terminando de beber la infusión, Roshario comenzó a gemir y a moverse. Ayla levantó la lámpara y se acercó a la mujer. Depositó la lámpara sobre un banco de madera que también servía como mesita de noche, y apartó un canastillo colmado de alhelíes de intensa fragancia. El brazo de la mujer estaba hinchado y caliente al tacto, incluso a través de las vendas, que ahora estaban más tensas. La luz y el contacto de la mano de Ayla despertaron a la mujer. Los ojos, vidriosos a causa del dolor, se fijaron en la hechicera y Roshario trató de sonreír.

—Me alegro de que estés despierta —dijo Ayla—. Necesito quitarte el cabestrillo y aflojar las vendas y las tablillas, pero estabas moviéndote mientras dormías; es necesario que mantengas quieto el brazo. Prepararé una nueva cataplasma que alivie la inflamación, pero deseo que primero se alivie el dolor. ¿Permanecerás inmóvil un momento?

—Sí, haz lo que sea necesario. Dolando puede quedarse aquí y conversar conmigo —propuso Roshario, mirando por encima del hombro de Ayla a uno de los dos hombres que estaban en pie detrás de la joven—. Jondalar, ¿no deberías ayudar a Ayla?

Él asintió. Era evidente que Ayla deseaba hablar con Dolando a solas y a Jondalar le complacía alejarse de ellos. Trajo más leña para el fuego y después más agua, y unos pocos guijarros grandes alisados por el roce de las aguas del río, empleados para calentar el líquido. Una de las piedras de cocinar se había resquebrajado cuando la trasladaban del fuego ardiente al agua fría que Dolando había traído para la infusión. Mientras observaba a Ayla, que preparaba sus calmantes medicinales, Jondalar oyó el murmullo grave de las voces que provenían del fondo de la vivienda. Le complacía no enterarse de lo que se estaba diciendo. Cuando Ayla terminó de tratar a Roshario y de ponerla más cómoda, todos estaban fatigados y deseaban dormir.

El agradable sonido de las risas y los juegos de los niños y el hocico húmedo de Lobo despertaron a Ayla por la mañana. Cuando la joven abrió los ojos, Lobo miró hacia la entrada, de donde provenían los sonidos. Después volvió la mirada hacia ella y gimió.

—Quieres salir y jugar con esos niños, ¿verdad? —dijo Ayla. El lobo gimió otra vez.

Ayla apartó las mantas y se sentó; vio que Jondalar dormía profundamente a su lado. La joven se estiró, se frotó los ojos y miró en dirección a Roshario. La mujer aún dormía; necesitaba compensar muchas noches de vigilia. Dolando, envuelto en una piel, dormía en el suelo, junto a la cama de Roshario. También él había pasado muchas noches de insomnio.

Cuando Ayla se levantó, Lobo se abalanzó hacia la entrada y permaneció allí esperándola, todo el cuerpo estremecido de expectativa. Ayla apartó la cortina y salió deprisa, pero dijo a Lobo que permaneciera en su lugar. No deseaba que asustara a nadie abalanzándose en medio del grupo sin previo aviso. Miró alrededor y vio a varios niños de diferentes edades en el estanque formado por la cascada; había también varias mujeres; todas tomaban su baño matutino. Caminó hacia ellas, seguida de cerca por Lobo. Shamio se alborozó cuando vio al animal.

—Vamos, Lobito. Tú también debes bañarte —dijo la niña. Lobo gimió y miró a Ayla.

—Tholie, ¿alguien protestará si Lobo entra en el estanque? Parece que Shamio desea que juegue con ella.

—Yo estaba saliendo —dijo la joven—, pero ella puede quedarse y jugar con él, si los otros no se oponen. —Como nadie objetó nada, Ayla hizo una señal a Lobo.

—Adelante, Lobo —ordenó. El lobo se zambulló en el agua, provocando un sonoro chapoteo, y nadó directamente hacia Shamio.

Una mujer que salió del agua junto a Tholie sonrió y después dijo:

—Ojalá los niños obedecieran como ese lobo. ¿Cómo consigues que haga lo que deseas?

—Lleva su tiempo. Hay que insistir, obligarle a repetir muchas veces lo que uno desea; y a veces es difícil, al principio, conseguir que comprenda, pero cuando aprende algo no lo olvida. Realmente es muy inteligente —dijo Ayla—. He estado

enseñándole todos los días mientras viajábamos.

—Es como enseñar a un niño —comparó Tholie—, pero ¿por qué a un lobo? No sabía que tú podías enseñarle algo, pero ¿por qué lo haces?

—Sé que puede asustar a la gente que no lo conoce y no quiero que atemorice a nadie —dijo Ayla. Mientras miraba a Tholie, que salía del estanque y se secaba, de pronto Ayla comprendió que estaba embarazada. Un embarazo todavía no muy avanzado. Cuando estaba vestida disimulaba la redondez de las formas, pero, sin duda, estaba embarazada—. Me gustaría lavarme, pero primero debo orinar.

—Si sigues ese sendero que arranca del fondo, encontrarás una zanja. Hay que trepar bastante; está al otro lado de la pared alta, de modo que el agua cae hacia el otro lado cuando llueve, pero está más cerca que si vas a buscar un lugar por ahí —señaló Tholie.

Ayla pensó en llamar a Lobo, pero después vaciló. Como de costumbre, él había alzado su pata hacia los matorrales; Ayla le había enseñado a evitar las viviendas, pero no a elegir determinados lugares. Ayla observó a los niños que jugaban con él y comprendió que el animal preferiría quedarse allí; pero no estaba segura de que eso fuese lo conveniente. Sabía que no habría problemas, pero ignoraba cómo reaccionarían las madres.

—Ayla, creo que puedes dejarlo un momento —dijo Tholie—. Lo he visto con los niños y tenías razón. Todos se sentirán desilusionados si lo alejas ahora.

Ayla sonrió.

—Gracias. Volveré.

Avanzó por el sendero que formaba una diagonal a través de la empinada pendiente que terminaba en una pared y después retrocedía hacia la otra. Cuando llegó a la pared más lejana, trepó sobre los peldaños construidos con troncos de reducida longitud. Se mantenían en su lugar por medio de estacas clavadas en el suelo por delante de ellos, de modo que no rodaran; y por detrás se habían rellenado los espacios con piedras y tierra.

La zanja y un espacio llano frente a aquélla, provisto de una empalizada baja de troncos redondos y lisos para sentarse, había sido excavada en la pendiente que arrancaba del lado opuesto de la pared. El olor y las moscas explicaban claramente su finalidad, pero la luz del sol que se filtraba entre los árboles y los cantos de los pájaros consiguieron que le pareciera agradable demorarse en ese lugar cuando descubrió que también deseaba mover el vientre. Vio una pila de musgo seco en el suelo, a corta distancia, y adivinó para qué lo usaban. No raspaba y era muy absorbente. Cuando Ayla terminó, advirtió que poco antes habían echado tierra excavada sobre el fondo de la zanja.

El sendero continuaba descendiendo por la pendiente y Ayla decidió avanzar un trecho. Mientras recorría el lugar, la región era tan parecida al entorno de la cueva donde había crecido que Ayla tuvo la sensación obsesiva de que antes había estado allí. Seguramente llegaría a una formación rocosa que le parecía conocida, o un

espacio que se abría después de la cresta de un risco, o a una vegetación semejante. Se detuvo para recoger unas pocas avellanas de un arbusto que crecía junto a una pared rocosa, y no pudo resistir la tentación de apartar las ramas bajas para comprobar si detrás se ocultaba una pequeña caverna.

Encontró otro nutrido grupo de zarzamoras, con largos y espinosos vástagos que se extendían en diferentes direcciones, las plantas cargadas de racimos de frutos dulces y maduros. Se atiborró de moras y se preguntó qué habría sucedido con las moras que había recogido la víspera. Entonces recordó que había consumido algunas en el festín de la bienvenida. Decidió que volvería a buscar más para Roshario. De pronto, comprendió que tenía que regresar. Quizá la mujer estuviera despertándose y necesitaba que la atendieran. Los bosques le habían parecido tan conocidos que durante un momento había olvidado dónde estaba. Cuando recorría las laderas de las montañas se sentía de nuevo como una niña y se atrincheraba tras la excusa de que buscaba plantas medicinales de Iza para explorar el lugar.

Quizá porque, de todos modos, era en ella una segunda naturaleza o porque, cuando emprendía el camino de regreso, siempre se afanaba especialmente en recoger plantas para tener algo que mostrar que justificase sus exploraciones, Ayla prestó mucha atención a la vegetación. Casi gritó, excitada y aliviada, cuando vio las pequeñas enredaderas amarillas de minúsculas hojas y flores entrelazadas alrededor de otras plantas que estaban muertas y secas, estranguladas por los zarcillos de hilos dorados.

¡Eso es! Pensó: «Es el hilo dorado, la planta mágica de Iza. Es la que necesito para mi infusión de la mañana, porque de ese modo no iniciaré la formación de un niño. Y aquí hay mucho. Mi provisión ya era tan escasa que no sabía si me duraría durante todo el viaje. Quizá por aquí también haya raíz de salvia. Tiene que haberla. Será necesario que regrese y observe».

Descubrió una planta de hojas basales anchas y las entretejió para formar un recipiente improvisado; y después recogió la mayor cantidad posible de esas pequeñas plantas, sin limpiar por completo el lugar. Iza le había enseñado hacía mucho tiempo que siempre debía dejar algunas, que permitieran la aparición de la cosecha del año siguiente.

En el camino de regreso siguió un pequeño desvío a través de un área boscosa, más densa y sombreada, para recoger más ejemplares de la planta blanca serosa que aliviaría los ojos de los caballos, a pesar de que parecía que ya estaban mejorando. Exploró cuidadosamente el terreno bajo los árboles. Con tantas especies conocidas, eso no hubiera debido sorprenderla, pero cuando vio las hojas verdes de ese tipo específico de planta, contuvo la respiración y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Capítulo 18

Ayla se dejó caer sobre el suelo húmedo y, allí sentada, miró fijamente las plantas, aspirando el perfumado aire del bosque, mientras le asaltaban los recuerdos. Incluso en el clan el secreto de aquella raíz era poco conocida. Ese conocimiento había pertenecido al linaje de Iza, y sólo los que descendían de los mismos antepasados —o aquél a quien ella se lo había enseñado— conocían el complejo proceso que era necesario seguir para obtener el resultado final. Ayla recordaba que Iza le había explicado el peculiar método que consistía en secar la planta, de manera que sus cualidades se concentraran en las raíces, y recordó ahora que esas propiedades en realidad se acentuaban con el almacenamiento prolongado, si se evitaba la exposición a la luz.

Aunque Iza le había explicado, cuidadosamente y en repetidas ocasiones, cómo debía preparar la bebida con las raíces secas, no permitiría que Ayla practicase la preparación antes de asistir a la Asamblea del Clan; la bebida no podía tomarse sin el ritual apropiado, e Iza había destacado que era una sustancia demasiado sagrada como para ser desperdiciada. Ésa era la razón por la cual Ayla había bebido las heces que había hallado en el antiguo cuenco de Iza, después que ésta preparó el brebaje para los mog-ures, y eso a pesar de que estaba prohibido para las mujeres, de modo que nada justificaría que se desaprovechara ese resto. En aquel momento su pensamiento carecía de lucidez. Sucedían muchas cosas. Otros brebajes le habían enturbiado la mente y la bebida de raíces era tan poderosa que incluso lo poco que ella había llegado a ingerir mientras la preparaba le produjo un fuerte efecto.

Ayla había errado por estrechos corredores a través de las cavernas y sus intrincados vericuetos; cuando vio a Creb y a los restantes mog-ures, no hubiera podido retirarse ni aun intentándolo. Y sucedió lo siguiente. Por alguna razón, Creb supo que ella estaba allí, y había hecho retroceder, junto a los demás, a los recuerdos. Si no lo hubiese hecho, ella se habría perdido para siempre en ese vacío negro, pero esa noche sucedió algo que lo cambió. Después ya no fue el Mog-Ur; ya no tuvo deseos de serlo, hasta esa última vez.

Al abandonar el clan, había llevado consigo algunas raíces. Estaban en su saco de medicinas, en el bolsito sagrado de piel rojiza, y Mamut se había mostrado muy interesado cuando ella le habló del asunto. Pero él no tenía el poder del Mog-Ur, o quizá la planta influía de distinto modo que en los Otros. Tanto ella como Mamut fueron atraídos al vacío negro, y por poco no regresan.

Sentada en el suelo, mientras miraba la planta en apariencia inocua que podía convertirse en algo tan poderoso, Ayla rememoró la experiencia. De pronto experimentó otro escalofrío y advirtió una sombra oscura, como si una nube pasara sobre su cabeza; entonces ya no estaba recordando, sino reviviendo ese extraño viaje con Mamut. Los bosques verdes se desdibujaron y enturbiaron, mientras ella descendía retrotraída al recuerdo de aquel sombrío refugio terreno. En el fondo de su

garganta saboreó el limo frío y oscuro y los hongos que cubrían los bosques antiguos y primitivos. Sintió que se desplazaban muy velozmente hacia los mundos extraños que ella había recorrido con Mamut y experimentó el terror del vacío negro.

Y entonces, débilmente, desde muy lejos, oyó la voz de Jondalar, saturada de doloroso miedo y amor, llamándola, recuperándola, lo mismo que a Mamut, por la fuerza misma de su amor y su necesidad. En un instante retornó y se sintió helada hasta los huesos en el calor de finales de verano.

—¡Jondalar nos trajo de regreso! —dijo en voz alta. En aquel preciso momento no había tenido conciencia del hecho. Había abierto los ojos para mirarle, pero después desapareció; en cambio, allí estaba Ranec, que le traía una bebida caliente para reconfortarla. Mamut le había dicho que alguien les había ayudado a regresar. Ella no se había enterado que era Jondalar, pero de pronto lo supo, casi como si su destino hubiera sido saberlo.

El anciano había dicho que él jamás volvería a usar la raíz y la previno contra ello, pero también dijo que si alguna vez bebía el líquido, se asegurase de que allí hubiera alguien que la llevase de regreso. Le había dicho que la raíz era más que mortal. Podía anular su espíritu; quizá ella se perdería definitivamente en el vacío negro y jamás podría retornar a la Gran Madre Tierra. De todos modos, en aquel momento eso no le había importado. Ella no tenía raíces. Había consumido las últimas con Mamut. Pero ahora, allí estaba la planta frente a ella.

Pensó que el hecho de que estuviese allí no significaba que debiera apoderarse de ella. Si la dejaba, nunca tendría que preocuparse por la eventualidad de usarla de nuevo y perder su espíritu. Lo cierto es que le había dicho que esa bebida le estaba prohibida. Eran los mog-ures quienes se ocupaban del mundo de los espíritus, no las hechiceras, que sólo debían prepararles el brebaje; pero ella ya lo había bebido dos veces. Y además, Broud había descargado sobre ella su maldición; por lo que se refería al clan, ella estaba muerta. ¿Quién podía prohibírselo ahora?

Ayla ni siquiera se preguntó por qué estaba haciéndolo cuando cogió la rama rota y la usó como pala de cavar para extraer cuidadosamente algunas plantas sin dañar las raíces. Era una de las pocas personas en el mundo que conocía sus cualidades y el modo de preparar las raíces. No podía dejarlas allí, no era que tuviese la decidida intención de usarlas, lo cual en sí mismo no era desusado. Poseía muchos preparados de plantas que quizá nunca utilizaría, pero ésta era diferente. Las otras tenían posibles aplicaciones medicinales. Incluso el hilo dorado, la medicina mágica para rechazar las tendencias fecundantes, también útil para las picaduras y las mordeduras cuando se la aplicaba externamente; pero, por lo que ella sabía, esta planta no tenía otra aplicación. La raíz era la magia de los espíritus.

—¡Ya estás aquí! Comenzábamos a preocuparnos —exclamó Tholie cuando vio a Ayla que descendía por el sendero—. Jondalar dijo que si no regresabas pronto,

enviaría a Lobo a buscarte.

—Ayla, ¿por qué has tardado tanto? —dijo Jondalar, antes de que ella pudiese contestar—. Tholie nos dijo que retornarías enseguida.

Sin quererlo, había hablado en zelandoni, lo cual demostraba hasta dónde llegaba su inquietud.

—El sendero continuaba avanzando y decidí seguirlo un poco más. Después, encontré algunas plantas que necesitaba —explicó Ayla, mientras mostraba el material que había recolectado—. Esta región se parece mucho al lugar en que yo crecí. Desde que partí no había visto arbustos como éstos.

—¿Qué tienen de importante esas plantas para que tuvieses que recogerlas ahora? ¿Para qué es eso? —preguntó Jondalar, señalando el hilo dorado.

Ayla ya le conocía bastante bien y sabía que el tono irritado era consecuencia de su inquietud, pero la pregunta la sorprendió.

—Esto es… para las mordeduras… y las picaduras —dijo sonrojada y avergonzada. Sonaba como una mentira; aunque la respuesta era perfectamente sincera, no era completa.

Ayla había sido criada como una mujer del clan, y las mujeres del clan no podían negarse a responder a una pregunta directa, sobre todo cuando la formulaba un hombre; pero Iza había insistido muy enérgicamente en que nunca debía decir a nadie, y sobre todo a un hombre, cuál era el verdadero poder de los minúsculos hilos de oro. La propia Iza no habría podido resistirse al impulso de contestar francamente a la pregunta de Jondalar, pero jamás se había visto obligada a hacerlo. A ningún hombre del clan se le había ocurrido la posibilidad de interrogar a una hechicera acerca de sus plantas o sus prácticas. Iza había querido decir que Ayla nunca debía suministrar la información por propia iniciativa.

Era aceptable abstenerse de mencionar ciertas cosas, pero Ayla sabía que esa concesión se toleraba en mérito a la cortesía y para garantizar cierto grado de intimidad, y ahora ella había sobrepasado el límite. Estaba reteniendo información y lo hacía intencionadamente. Debía administrar la medicina, si creía que era conveniente, pero Iza le había dicho que podía ser peligrosa si la gente, y sobre todo los hombres, se enteraban de que ella conocía el modo de derrotar al más poderoso de los espíritus e impedir el embarazo. Era un saber secreto reservado únicamente a las hechiceras.

De pronto, Ayla tuvo una inspiración. Si ese brebaje podía impedir que Ella bendijese a una mujer, ¿cabía concebir que la medicina mágica de Iza fuera más fuerte que la Madre? ¿Cómo podía ser? Pero si ella había creado inicialmente todas las plantas, ¡tenía que haberlo hecho con un propósito! Seguramente su intención era que se la usara para ayudar a las mujeres cuando podía ser peligroso o difícil que se quedaran embarazadas. Pero, entonces, ¿por qué no era mayor la cantidad de mujeres que conocían el asunto? Tal vez lo conocían. Puesto que la planta crecía tan cerca, quizá esas mujeres sharamudoi estaban familiarizadas con su uso. Ayla podía

preguntar, pero ¿hablarían? Y si no sabían, ¿cómo podía preguntar sin aclararles ese punto? Pero si la Madre destinaba la planta a las mujeres, ¿no era justo decírselo? En la mente de Ayla se acumulaban las preguntas, pero carecía de respuestas.

—¿Por qué necesitabas precisamente ahora recoger plantas para las mordeduras y las picaduras? —preguntó Jondalar, con una expresión inquieta en los ojos.

—No quise preocuparte —dijo Ayla, y después sonrió—; lo que pasa es que esta región se parece tanto a mi hogar, que deseaba explorarla.

De pronto, él también tuvo que sonreír.

—Y encontraste moras para el desayuno, ¿eh? Ahora sé lo que te llevó tanto tiempo. Jamás conocí a nadie a quien le gustasen tanto las moras.

Había advertido el desconcierto de Ayla, pero se sintió complacido cuando creyó que había descubierto por qué ella parecía tan renuente a explicar el motivo de la pequeña excursión.

—Bueno, sí, he cogido algunas. Tal vez podamos regresar después y recoger para todos. Ahora están maduras y son sabrosas. Y también hay otras cosas que deseo buscar.

—Ayla, tengo la sensación de que hallaremos todas las moras que podamos desear si estás cerca —dijo Jondalar, besándole la boca manchada de púrpura.

Él se sentía aliviado porque la había encontrado sana y salva y tan complacido consigo mismo al pensar que había descubierto la debilidad de la joven por las moras maduras, que ella se limitó a sonreír y permitió que él pensara lo que quisiera. En efecto, le gustaban las moras, pero la verdadera debilidad de Ayla estaba en Jondalar, y la joven sintió de pronto un amor tan abrumador y cálido hacia él que sólo deseaba estar a solas con él. Quería abrazarle y besarle, y complacerle, y sentir que él la complacía como siempre solía hacerlo. Los ojos de Ayla descubrieron sus sentimientos, y los de Jondalar, maravillosos y excepcionalmente azules, compensaron con creces esa pasión. Ella sintió una extraña resonancia interior y tuvo que apartarse para recuperar la serenidad.

—¿Cómo está Roshario? —dijo—. ¿Ya se ha despertado?

—Sí, y dice que tiene apetito. Carolio vino del muelle y está preparándonos algo, pero creímos que debíamos esperar hasta que volvieses, antes de que ella comiera.

—Iré a ver cómo está; después me gustaría tomar un baño —dijo Ayla.

Cuando se acercaba a la morada, Dolando apartó la cortina para salir y Lobo vino corriendo. Saltó sobre Ayla, le apoyó las patas en los hombros y le lamió el mentón.

—¡Lobo, abajo! Tengo las manos ocupadas —ordenó Ayla.

—Parece alegrarse de verte —dijo Dolando. Vaciló y después agregó—: Yo también, Ayla. Roshario te necesita.

Era hasta cierto punto un reconocimiento o por lo menos la admisión de que él no deseaba mantenerla apartada de su compañera, pese a todos los arrebatos de la víspera. Ayla ya había comprendido que ésa era la actitud de Dolando cuando le permitió entrar en su vivienda aun cuando no lo había expresado con palabras.

—¿Necesitas algo? ¿Puedo traerte algo? —preguntó el hombre. Vio que las manos de Ayla estaban ocupadas.

—Me gustaría secar estas plantas; necesitaría un bastidor —dijo ella—. Puedo fabricar uno, pero para eso necesito un poco de madera y cuerdas o tendones para atarlo.

—Yo puedo conseguir algo mejor. Shamud solía secar plantas para sus medicinas y creo que sé dónde están sus bastidores. ¿Quieres usar uno?

—Dolando, creo que sería perfecto —dijo Ayla. Él asintió y se fue, mientras la joven entraba. Sonrió cuando vio a Roshario sentada en su cama. Depositó en el suelo las plantas y se acercó a la mujer.

—No sabía que Lobo había regresado —dijo Ayla—. Espero que no te haya molestado.

—No. Estoy segura de que me cuidaba. Cuando miró la primera vez, sabe esquivar la cortina, regresó directamente aquí. Una vez que le hube acariciado, se instaló en ese rincón, siempre mirando hacia aquí. Como ves, ésta es ahora su vivienda —dijo Roshario.

—¿Has dormido bien? —preguntó Ayla a la mujer, mientras le arreglaba la cama y deslizaba almohadas y pieles tras la espalda, con el fin de que estuviese más cómoda.

—Mejor que nunca desde el día del accidente. Sobre todo después de que Dolando y yo mantuvimos una larga conversación —dijo. Miró a la mujer alta y rubia, la extranjera que Jondalar había traído consigo, que había conmocionado la vida de todos y desencadenado tantos cambios en tan poco tiempo—. Ayla, no pensó realmente lo que te dijo; lo que pasa es que está obsesionado. Ha vivido durante años lamentando la muerte de Doraldo; en realidad, nunca ha podido olvidarlo. Hasta anoche no conoció todas las circunstancias del caso. Ahora está tratando de superar años de odio y violencia frente a los que, según él estaba convencido, eran animales perversos, y hacia todo lo que se relacionaba con ellos, incluida tú misma.

—¿Y tú, Roshario? Era tu hijo —dijo Ayla.

—Yo también los odiaba, pero después murió la madre de Jetamio y nosotros la recogimos. No puedo decir que viniese a ocupar el lugar de Doraldo, pero estaba tan enferma y necesitaba tanta atención que yo no tuve tiempo para pensar mucho en la muerte de mi hijo. Poco a poco llegué a sentir que era mi propia hija y pude dejar en paz el recuerdo de Doraldo. Dolando también llegó a amar a Jetamio, pero los varones son especiales para los hombres, y sobre todo los varones nacidos de su propio hogar. No pudo superar la pérdida de Doraldo, precisamente en el momento en que el muchacho había alcanzado la virilidad y tenía una vida por delante. —Las lágrimas relucían en los ojos de Roshario—. Ahora, también Jetamio se fue. Casi me resistí a aceptar a Darvo, por temor a que él también muriese joven.

—Nunca es fácil perder a un hijo —dijo Ayla—, o a una hija.

Roshario creyó ver una expresión de dolor que cruzaba por la cara de la joven

cuando se incorporó y se acercó al fuego para comenzar los preparativos. Cuando Ayla regresó, traía sus medicinas en los cuencos de madera. La mujer nunca había visto nada parecido. La mayor parte de las herramientas, los utensilios y los recipientes de su pueblo estaban decorados con tallas o pinturas, o con ambas cosas, sobre todo los de Shamud. Los cuencos de Ayla habían sido finamente fabricados, eran lisos y presentaban formas armoniosas, aunque carecían de ornato. No tenían ningún tipo de decoración, excepto el grano de la propia madera.

—¿Ahora sufres mucho? —preguntó Ayla, mientras ayudaba a Roshario a recostarse.

—Un poco, pero nada semejante a lo que he pasado hasta ahora —dijo la mujer, mientras la joven curadora comenzaba a retirar las vendas.

—Creo que la inflamación ha disminuido —indicó Ayla, después de examinar el brazo—. Te pondré de nuevo las tablillas y un cabestrillo, por si deseas levantarte un rato. Esta noche te pondré otra cataplasma. Cuando ya no haya inflamación, envolveré todo con corteza de haya; tendrás que conservarla hasta que suelde el hueso; por lo menos una luna y la mitad de otra —explicó Ayla, mientras, con movimientos diestros, retiraba el húmedo cuero de gamuza y observaba el hematoma que se había extendido y que era consecuencia de sus manipulaciones de la víspera.

—¿Corteza de haya? —preguntó Roshario.

—Cuando se la empapa en agua caliente, se ablanda y es fácil darle la forma que uno desea. Se torna rígida y dura al secarse y mantendrá inmóvil tu brazo hasta que el hueso se cure, incluso si te levantas y te mueves.

—¿Quieres decir que podré levantarme y hacer algo, en lugar de permanecer acostada? —preguntó Roshario, con una sonrisa complacida.

—Tendrás que emplear un solo brazo, pero nada impide que te sostengas sobre las dos piernas. El dolor era lo que te mantenía postrada.

Roshario asintió.

—Eso es cierto —dijo.

—Deseo que hagas una prueba antes de que te vende otra vez. Si puedes, quiero que muevas los dedos; quizá te duela un poco.

Ayla hizo lo posible para ocultar su preocupación. Si había una lesión interna que ahora impedía que Roshario moviese los dedos, podría ser un indicio de que recuperaría a lo sumo un uso limitado del brazo. Ambas observaban atentamente la mano, y las dos sonrieron aliviadas cuando ella movió hacia arriba el dedo medio y después los demás dedos.

—¡Excelente! —dijo Ayla—. Ahora, ¿puedes cerrar los dedos?

—¡Sí, y los siento! —dijo Roshario, mientras flexionaba los dedos.

—¿Te duele mucho si cierras el puño? —Ayla observaba mientras Roshario cerraba lentamente la mano.

—Duele, pero puedo hacerlo.

—Eso está muy bien. ¿Hasta dónde puedes mover la mano? ¿Puedes curvarla

hacia la muñeca?

Roshario hizo una mueca a causa del esfuerzo y respiró entre dientes, pero dobló la mano hacia delante.

—Es suficiente —concluyó Ayla.

Ambas se volvieron para mirar cuando oyeron a Lobo que anunciaba la aparición de Jondalar con un ladrido que se asemejaba a una tos ronca, y sonrieron cuando él entró.

—He venido a ofrecerme para hacer algo. ¿Quieres que ayude a salir a Roshario? —preguntó Jondalar. Había mirado el brazo desnudo de Roshario; después apartó deprisa los ojos. El brazo hinchado y descolorido no le causó buena impresión.

—Ahora nada, pero en los próximos días necesitaré unas tiras anchas de corteza de haya fresca. Si ves un haya de buen tamaño, recuérdalo, y luego me enseñarás dónde está. Usaré la corteza para mantener rígido el brazo mientras se suelda —replicó Ayla, mientras envolvía la fractura con las tablillas.

—Ayla, no me has dicho para qué querías que moviera los dedos —dijo Roshario —. ¿Qué significa eso?

Ayla sonrió.

—Significa que, con suerte, es probable que recuperes completamente el uso de tu brazo, o estés muy cerca de lograrlo.

—Eso es una buena noticia —dijo Dolando. Había escuchado la contestación de Ayla cuando entró en la vivienda sosteniendo un extremo de un bastidor. Darvalo sostenía el otro extremo—. ¿Éste servirá?

—Sí, y gracias por traerlo aquí. Algunas plantas se secan lejos de la luz.

—Carolio dice que nuestro desayuno está listo —dijo el joven—. Desea saber si quieres comer fuera, porque el tiempo es muy hermoso.

—Bien, lo prefiero —contestó Roshario, y después se volvió hacia Ayla—, si tú estás de acuerdo.

—Te pondré el brazo en un cabestrillo, y después podrás salir, si Dolando te sostiene un poco —dijo Ayla. La sonrisa del jefe shamudoi fue especialmente amplia —. Y si nadie se opone, me gustaría nadar un poco antes de comer.

—¿Estás seguro de que esto es un bote? —preguntó Markeno, mientras ayudaba a Jondalar a trasladar la estructura redonda revestida de cuero contra la pared, a lo largo de las pértigas—. ¿Cómo guías este tazón?

—El control no es tan fácil como en uno de tus botes, pero se usa principalmente para cruzar los ríos y los remos son bastante eficaces para impulsarlo sobre el agua. Por supuesto, con los caballos sencillamente lo atamos a una estaca, y dejamos que ellos lo arrastren —explicó Jondalar.

Ambos miraron a través del campo, hacia el lugar en el que Ayla estaba frotando a Whinney, mientras Corredor permaneciera cerca. Jondalar había cepillado antes el

pelaje del caballo, y había visto que los lugares pelados, en los que el pelo se había caído cuando atravesaban las llanuras calientes, comenzaban a recuperarse. Ayla había tratado los ojos de los dos animales. Ahora que estaban en terreno más alto y más fresco, lejos de los irritantes cínifes, la mejoría era evidente.

—Los caballos son los que más me sorprenden —dijo Markeno—. Nunca imaginé que podrían permanecer cerca de la gente, pero parecen encontrarse a gusto. Aunque creo que al principio me sorprendió más el lobo.

—Ahora estás más acostumbrado a Lobo. Ayla lo mantuvo cerca de ella porque creyó que podía atemorizar a la gente más que los caballos.

Vieron a Tholie que se acercaba a Ayla; Shamio y Lobo correteaban alrededor de la mujer.

—Shamio realmente le quiere —dijo Markeno—. Mírala. Debería temerle; ese animal podría destrozarla, y, sin embargo, no se muestra en absoluto agresivo. Juega con ella.

—Los caballos también pueden mostrarse juguetones, pero tú no te imaginas lo que se siente cabalgando sobre el lomo de ese corcel. Puedes probar, si lo deseas, aunque aquí no hay mucho espacio para que pueda correr realmente.

—Está bien, Jondalar. Creo que me limitaré a viajar en los botes —dijo Markeno. Cuando un hombre apareció sobre el borde del risco, agregó—: Y aquí viene Carlono. Creo que es hora de que Ayla navegue con nosotros.

Todos se acercaron a los caballos; caminaron después juntos hacia el risco y se detuvieron en el lugar en que el arroyuelo vertía sus aguas por el borde para caer en el Río de la Gran Madre, que corría abajo.

—¿Crees realmente que ella debería descender por aquí? Hay mucha altura y puede asustarse —preguntó Jondalar—. A mí también me parece un poco inquietante. Hace mucho que no practico.

—Jondalar, has dicho que te gustaría que navegase en un verdadero bote —dijo Markeno—. Y tal vez ella desee ver nuestro muelle.

—No es tan difícil —dijo Tholie—. Hay apoyos y cuerdas para sujetarse. Puedo enseñarle cómo se hace.

—No necesita descender de ese modo —añadió Carlono—. Podemos bajarla en el canasto de los suministros, exactamente como te subimos la primera vez, Jondalar.

—Quizá eso sea lo mejor —concluyó Jondalar.

—Baja conmigo y subiremos el canasto.

Ayla había escuchado la conversación mientras contemplaba el río y el precario sendero que usaban para descender, el mismo por donde Roshario había caído, a pesar de que estaba completamente familiarizada con él. Vio las sólidas cuerdas con nudo aseguradas a las clavijas de madera hundidas en las estrechas grietas de la roca y que comenzaban en el extremo superior, donde ellos estaban. El arroyo que descendía saltando de la roca a la cornisa salpicaba con sus aguas parte de la empinada senda.

Vio cómo Carlono se apartaba del borde con mucha soltura, aferrando la cuerda con una mano mientras con un pie tocaba el primer estrecho reborde. Vio que Jondalar palidecía un poco, respiraba hondo y después iniciaba el descenso, un poco más lento y con más cuidado. Entretanto, Markeno, junto con Shamio, que pretendía ayudar, recogía un gran rollo de gruesa cuerda. El rollo terminaba en un lazo que había sido entretejido sobre el extremo como parte de la cuerda, y que caía sobre un grueso soporte que estaba más o menos a medio camino entre las paredes que circundaban el valle. El resto del largo cable fue lanzado sobre el límite del peñasco. Ayla se preguntó qué clase de fibras empleaban para fabricar sus cuerdas. Eran las más gruesas que habían visto jamás.

Poco después, Carlono regresó con el otro extremo del cable. Caminó hacia un segundo soporte, que no estaba lejos del primero, y después comenzó a elevar la cuerda, disponiéndose pulcramente en un rollo que tenía al lado de sus pies. Poco después apareció sobre el borde del risco, entre los dos extremos, un objeto ancho y poco profundo, parecido a un canasto. Con mucha curiosidad, Ayla se acercó para examinarlo mejor.

Lo mismo que las cuerdas, el canasto era sumamente sólido. El fondo tejido, que era chato y estaba reforzado y armado con planchas de madera, tenía la forma de un largo óvalo con los laterales rectos bordeando el óvalo, que parecían una empalizada baja. Tenía espacio sobrado para alojar a una persona acostada, o a un esturión de tamaño mediano, con la cabeza y la cola sobresaliendo por el frente y el fondo. El esturión más grande, una de las dos variedades que vivían sólo en el río y sus principales afluentes, alcanzaba unos diez metros de longitud y pesaba más de mil cuatrocientos kilogramos; por tanto, había que despiezarlo para llevarlo hasta el valle.

El canasto de suministros estaba sostenido por dos cuerdas entrelazadas y era mantenido en su lugar por cuatro anillos de fibra, dos unidos a cada uno de los lados más largos. Cada cuerda pasaba por un anillo y se elevaba atravesando el anillo situado en diagonal en el lado opuesto, cruzando bajo el artefacto. Los cuatro extremos de las cuerdas estaban entrecruzados y formaban arriba una presilla ancha y pesada; la cuerda descolgada por el borde del risco pasaba por esa presilla.

—Ayla, entra. Te sujetaremos bien y te bajaremos —dijo Markeno, mientras se ponía un par de guantes de cuero muy apretados y después daba una vuelta al largo extremo alrededor de la segunda estaca, preparándose para bajar el canasto.

Como ella vaciló, Tholie dijo:

—Si no te decides, te mostraré cómo se hace. Nunca me gustó ir en este recipiente.

Ayla miró de nuevo la empinada pendiente. Ninguna de las dos formas le parecía muy interesante.

—Esta vez probaré el canasto —propuso.

Donde se iniciaba la vía de descenso, la pared que comenzaba debajo del risco era empinada, pero tenía una inclinación que permitía treparla, aunque con dificultad;

cerca del punto medio, donde estaban las estacas, el borde superior del risco sobrepasaba la pared. Ayla entró en el canasto, se sentó y aferró los bordes con los nudillos blancos a causa de la presión.

—¿Estás dispuesta? —preguntó Carlono. Ayla volvió la cabeza sin apartar las manos de los bordes y asintió—. Bájala, Markeno.

La joven apretó con menos fuerza, mientras Carlono empujaba el canasto sobre el borde. Mientras Markeno dejaba deslizar la cuerda entre sus manos protegidas por los guantes de cuero, controlando el descenso con la ayuda de la cuerda enroscada en la estaca, la presilla que estaba en el extremo superior del canasto se deslizaba por la gruesa cuerda, y Ayla, suspendida en el espacio vacío sobre el muelle, comenzó a descender lentamente.

El artefacto que permitía transportar suministros y personas, entre la cornisa de arriba y el muelle de abajo, era sencillo pero eficaz. Dependía de la fuerza muscular, pero el canasto mismo, aunque sólido, era relativamente liviano y posibilitaba que incluso una sola persona moviese grandes cargas. Con la ayuda de otros individuos, podían transportarse cargas bastante pesadas.

Apenas había abandonado el extremo superior del risco, Ayla cerró los ojos y sintió que el corazón le latía con fuerza. Pero cuando percibió que descendía lentamente, abrió cautelosamente los ojos y miró alrededor, realmente maravillada. Vio el paisaje desde una perspectiva que antes desconocía y que probablemente nunca volvería a ver.

Colgada sobre el gran río de aguas móviles, junto a la alta pared de la garganta, Ayla sintió que estaba flotando en el aire. El muro rocoso del otro lado del río estaba a poco más de un kilómetro y medio de distancia, pero le parecía muy cercano, si bien en ciertos lugares a lo largo de la puerta, las paredes estaban mucho más próximas una de la otra. Era un tramo bastante recto del río, y mientras ella miraba hacia el este y después hacia el oeste, siguiendo el curso de la vía fluvial, alcanzó a percibir su poder. Cuando casi había llegado al muelle, miró hacia arriba y vio una nube blanca que se desplazaba sobre el borde de la muralla; y atrajeron su atención dos figuras. Saludó con la mano. Después aterrizó con un leve golpe, cuando aún estaba mirando hacia arriba.

Cuando vio la cara sonriente de Jondalar dijo:

—¡Ha sido de veras excitante!

—Espectacular, ¿verdad? —dijo él, mientras la ayudaba a salir del artefacto.

Un nutrido grupo de personas la esperaba, pero ella estaba más interesada por el lugar que por la gente. Sintió un balanceo bajo los pies cuando salió del canasto y pisó las planchas de madera; comprendió que estaba flotando en el agua. Era un muelle de amplias proporciones, que podía albergar varias viviendas de construcción análoga a las que se habían levantado bajo el saliente de piedra arenisca, además de varios espacios abiertos. Habían encendido fuego en las proximidades, aprovechando una losa de piedra arenisca rodeada de piedras. Varios de los asombrosos botes que

ella había visto antes, utilizados por la gente del río —angostos y con un borde afilado a proa y a popa—, estaban amarrados a la construcción flotante. Tenían diferentes tamaños y no había dos iguales; formaban una amplia gama, desde los que apenas tenían capacidad para una persona, hasta los más largos, con varios asientos.

Cuando se volvió para mirar alrededor, vio dos botes muy grandes que la sobresaltaron. Las proas se alargaban para convertirse en cabezas de extrañas aves; aquéllos estaban ornados con dibujos geométricos, que, en conjunto, semejaban plumas. Había ojos pintados cerca de la línea de flotación. La embarcación más grande tenía un dosel en el centro. Cuando miró a Jondalar para expresarle su asombro, él tenía los ojos cerrados y en su frente había arrugas y angustia; Ayla comprendió que la embarcación grande seguramente tenía algo que ver con su hermano.

Pero ninguno de los dos tuvo mucho tiempo para detenerse a pensar. El grupo los empujó hacia delante, porque todos estaban ansiosos de mostrar a la visitante tanto su peculiar habilidad artesanal como su destreza en la navegación. Ayla vio que varias personas trepaban por una especie de escala que unía el muelle con el bote. Cuando la invitaron a apoyar el pie en uno de los peldaños, comprendió que esperaban que hiciera lo mismo. La mayoría de la gente caminaba por el muelle, manteniendo fácilmente el equilibrio, a pesar de que el bote y el muelle a veces se movían en sentidos contrarios; de todos modos, Ayla aceptó agradecida la mano que Carlono le tendió.

Se sentó entre Markeno y Jondalar, bajo el dosel que se extendía de un extremo a otro, sobre un banco que fácilmente podría admitir a más personas. Otros se sentaron en bancos delante y detrás, y varios empuñaron remos de mango muy largo. Antes de que ella supiese a qué atenerse, habían soltado las cuerdas que los mantenían unidos al muelle y estaban en mitad del río.

Carolio, hermana de Carlono, situada en la parte delantera del bote, cantaba con una voz potente y aguda una canción rítmica que se elevó sobre la melodía líquida del Río de la Gran Madre. Ayla observó fascinada mientras los remeros pugnaban contra la corriente poderosa, intrigada por la forma en que remaban al unísono con el ritmo de la canción, y le sorprendió la rapidez y la suavidad con que avanzaban contra la corriente.

En un recodo del río, los costados de la garganta rocosa se acercaron. Entre las altas murallas que nacían en las proximidades del río caudaloso, el ruido del agua se hizo más estridente e intenso. Ayla sintió que el aire era más frío y húmedo, y las aletas de su nariz se movieron al percibir el aroma arenoso y nítido del río y de la muerte y la vida en él, tan diferentes de los perfumes tersos y secos de las llanuras.

Cuando la garganta se ensanchó de nuevo, los árboles que crecían en los márgenes descendieron hasta el borde del agua.

—Esto comienza a parecerme desconocido —dijo Jondalar—. Eso que está delante, ¿no es el lugar donde se fabrican los botes? ¿Nos detendremos allí?

—Ahora no. Continuaremos avanzando y giraremos rodeando el Medio Pez.

—¿Medio Pez? —preguntó Ayla—. ¿Qué es eso?

Un hombre que estaba sentado frente a ella se volvió y sonrió. Ayla recordó que era el compañero de Carolio.

—Deberías preguntárselo —dijo, mirando al hombre que estaba al lado de Ayla. Ella advirtió el sonrojo en la cara de Jondalar, que la miró avergonzado.

—Es donde él se convirtió en medio hombre ramudoi. ¿Todavía no te lo ha dicho?

Varias personas se echaron a reír.

—¿Por qué no se lo cuentas, Barono? —dijo Jondalar—. Estoy seguro de que no es la primera vez.

—Jondalar tiene razón en eso —confirmó Markeno—. Es una de las anécdotas favoritas de Barono. Carolio dice que está cansada de escucharla, pero todos saben que él no puede resistirse a relatar una buena anécdota sin que le importe cuántas veces la haya contado.

—Bien, Jondalar, tienes que reconocer que fue divertido —dijo Barono—. Pero deberías ser tú quien la contara.

Jondalar sonrió a pesar de sí mismo.

—Quizá lo fuera para todos los demás. —Ayla le miraba con una sonrisa desconcertada—. Yo estaba empezando a aprender a manejar los botes pequeños —comenzó—. Tenía conmigo un arpón, una lanza para capturar peces, y navegué río arriba; entonces vi al esturión que pasaba. Me pareció que era mi oportunidad de atrapar mi primer pez, pero no medí las consecuencias de rescatar yo solo un pez tan grande ni de lo que sucedería con un bote tan pequeño.

—¡Ese pez fue la aventura de su vida! —dijo Barono, que no pudo resistir la tentación de intervenir.

—Ni siquiera estaba seguro de que podría clavarle el arpón, no estaba acostumbrado a una lanza unida a una cuerda —continuó Jondalar—. Debí haberme preocupado de lo que sucedería después.

—No comprendo —dijo Ayla.

—Si estás cazando en tierra y hundes tu lanza en algo, por ejemplo un ciervo, aunque sólo lo hieras y la lanza se caiga, puedes seguirle el rastro —explicó Carlono —. No puedes seguir la pista de un pez en el agua. Un arpón tiene unas barbas que miran hacia atrás y una cuerda fuerte unida al arpón, de modo que cuando clavas la lanza en un pez, la punta con la cuerda queda clavada y no se pierde en el agua. El otro extremo de la cuerda puede estar atado al bote.

—El esturión al que lanceó le llevó río arriba, con bote y todo —interrumpió de nuevo Barono—. Estábamos en la orilla y le vimos pasar, tirado por la cuerda que estaba atada al bote. Nunca vi a nadie pasar tan rápido en mi vida. Fue algo muy divertido. Jondalar creyó que había enganchado al pez, ¡pero en realidad era el pez el que le había enganchado a él!

Ayla sonreía como todos los demás.

—Cuando, finalmente, el pez perdió bastante sangre y murió, yo estaba muy lejos, río arriba —continuó Jondalar—. El bote estaba casi inundado y yo terminé nadando hacia la orilla. En medio de la confusión, el bote descendió por el río, pero el pez fue a parar en un remanso, cerca de tierra. Lo arrastré hasta la orilla. En ese momento tenía mucho frío, pero había perdido mi cuchillo y no podía encontrar leña seca o algo para hacer fuego. De pronto, apareció un cabeza chata…, uno del clan…, un jovencito.

Ayla abrió los ojos sorprendida. La anécdota había cobrado un sesgo diferente.

—Me llevó donde estaba su fuego. Había una mujer de edad en su campamento; yo temblaba tanto que ella me ofreció una piel de lobo. Después de que me calenté, regresamos al río. El cabe…, el jovencito quería la mitad del pez y yo se la di de buena gana. Cortó al esturión por la mitad, a lo largo, y se llevó su mitad. Todos los que me vieron pasar vinieron a buscarme, y justamente en ese momento me encontraron. Aunque se rieron mucho, me sentí muy contento de verlos.

—Todavía es difícil comprender que un solo cabeza chata llevara la mitad de ese pez. Recuerdo que se necesitaron tres o cuatro hombres para mover la mitad que dejó allí —dijo Markeno—. Era un esturión grande.

—Los hombres del clan son fuertes —dijo Ayla—, pero no sabía que hubiera gente del clan en esta región. Creí que todos estaban en la península.

—Había unos pocos al otro lado del río —dijo Barono.

—¿Qué sucedió con ellos? —preguntó Ayla.

La gente del bote de pronto pareció inquieta, y desviaba la mirada. Finalmente, Markeno dijo:

—Después de la muerte de Doraldo, Dolando reunió mucha gente y… fue a buscarlos. Pasado un tiempo, la mayoría de ellos… desapareció…, creo que se alejaron.

—Enséñame eso otra vez —dijo Roshario, deseosa de probar con sus propias manos. Esa mañana Ayla había aplicado al brazo los trozos de corteza de haya. Aunque todavía no estaba completamente seco, el material fuerte y liviano ya había obtenido rigidez suficiente para inmovilizar el brazo, y Roshario podía ahora moverse con mayor soltura; pero Ayla no quería que comenzara a utilizar la mano.

Estaban, junto con Tholie, sentadas al sol, entre varios cueros suaves de gamuza. Ayla había traído su caja de costura y les mostraba el pasahílos o aguja que había elaborado con la ayuda del Campamento del León.

—Primero, hay que hacer unos orificios con una lezna en los dos pedazos de cuero que se desea unir —dijo Ayla.

—Es lo que hacemos siempre —asintió Tholie.

—Pero os servís de esto para pasar el hilo por los orificios. El hilo atraviesa este

minúsculo agujero por un extremo, y después, cuando pasáis la punta por los cortes del cuero, arrastra el hilo y une los dos pedazos que se desean juntar.

Mientras mostraba el funcionamiento de la aguja de marfil, Ayla tuvo una idea. Se preguntó si, con una aguja bastante aguda, no sería posible que el pasahílos también perforase el orificio. Sin embargo, el cuero podía ser muy resistente.

—Déjame ver —dijo Tholie—. ¿Cómo pasas el hilo por el orificio?

—Así, ¿ves? —mostró Ayla, haciendo una demostración; después le devolvió la aguja. Tholie trató de dar unas pocas puntadas.

—¡Qué fácil es! —dijo—. Casi se podría hacer con una sola mano.

Roshario, que miraba con mucha atención, pensó que quizá Tholie tuviera razón. Aunque ella no podía usar el brazo fracturado, si consiguiera emplear la mano aunque no fuera más que para mantener unidos los trozos, con un pasahílos como aquél lograría coser empleando la mano sana.

—Nunca había visto nada parecido. ¿Cómo se te ocurrió la idea? —preguntó Roshario.

—No lo sé —dijo Ayla—. Lo pensé casualmente en una ocasión en que encontré dificultades para coser algo, pero muchos me ayudaron. Creo que la principal dificultad fue perforar un agujero suficientemente pequeño con un pedernal. Jondalar y Wymez trabajaron en esto.

—Wymez es el tallador de pedernal del Campamento del León —explicó Tholie a Roshario—. He oído decir que es muy bueno.

—Sé que Jondalar trabaja bien —dijo Roshario—. Aportó tantas ideas para mejorar las herramientas que usamos para fabricar botes, que todos se entusiasmaron con él. A menudo no eran nada más que simples detalles, pero que suponían grandes mejoras. Estaba enseñando a Darvo antes de partir. Jondalar es bueno para enseñar a los jóvenes. Quizá ahora pueda demostrarlo mejor.

—Jondalar dijo que aprendió mucho de Wymez —afirmó Ayla.

—Es posible, pero vosotros dos parecéis eficientes cuando se trata de idear modos más eficaces de hacer las cosas —dijo Tholie—. Este pasahílos facilitará mucho la costura. Incluso aunque uno sepa hacerlo, siempre es difícil pasar el hilo por los orificios con un punzón. Lo mismo sucede con ese lanzavenablos de Jondalar, que entusiasmó a todos. Cuando tú les mostraste que sabías usarlo, la gente comenzó a pensar que todos podían utilizarlo, aunque no creo que sea tan fácil como tú has querido decir. Supongo que has practicado bastante con ese artefacto.

Jondalar y Ayla habían demostrado cómo se usaba el lanzavenablos. Se necesitaba mucha habilidad y paciencia para acercarse lo suficiente a una gamuza y capturarla, y cuando los cazadores shamudoi vieron la distancia que una lanza podía cubrir con el aparato, quisieron probarlo con los esquivos antílopes monteses. Varios pescadores ramudoi del exterior se entusiasmaron tanto que decidieron adaptarle un arpón para comprobar su funcionamiento. En el curso de la discusión, Jondalar explicó su idea de la lanza dividida en dos partes, con un elemento posterior largo

provisto de dos o tres plumas y un elemento delantero más pequeño, que se desprendía del anterior y tenía una punta. Las posibilidades del arma fueron captadas inmediatamente y en los días siguientes ambos grupos realizaron varias pruebas.

De pronto, se produjo un revuelo en el punto más alejado del campo. Las tres mujeres volvieron los ojos y vieron a varias personas que recogían el canasto de los suministros. Algunos jovencitos corrían hacia ellas.

—¡Han atrapado a uno! ¡Han cogido a uno con el lanzador de arpones! —gritó Darvalo, mientras se aproximaba a las mujeres—. ¡Y es una hembra!

—¡Vamos a ver! —dijo Tholie.

—Adelantaos vosotras. Os alcanzaré apenas haya guardado mi pasahílos.

—Ayla, yo te esperaré —dijo Roshario.

Cuando se reunieron con los otros, ya habían descargado la primera parte del esturión y bajado de nuevo el canasto. Era un pez enorme, demasiado grande para elevarlo de una sola vez, pero primero habían elevado la mejor parte: casi cien kilogramos de minúsculos huevos negros de esturión. Parecía una señal premonitoria de que aquella gran hembra fuese el resultado de la primera cacería del esturión con la nueva arma creada a partir del lanzavenablos de Jondalar.

Llevaron al fondo del campo los bastidores para secar pescado, y casi todos los que estaban allí comenzaron a cortar en pequeños trozos al gran pez. Pero la gran masa de caviar fue transportada a la zona en que se levantaban las viviendas. Era responsabilidad de Roshario supervisar la distribución. Pidió a Ayla y a Tholie que la ayudasen y apartó un poco para que todos pudiesen saborearlo.

—¡Hace años que no como esto! —dijo Ayla, introduciéndose una porción en la boca—. Siempre es mejor cuando está recién extraído del pez, ¡y aquí hay tanto!

—Es una suerte que así sea, porque, de lo contrario, no comeríamos mucho —bromeó Tholie.

—¿Por qué no? —preguntó Ayla.

—Porque las huevas de esturión son uno de los elementos que usamos para suavizar la piel de gamuza —dijo Tholie—. Empleamos la mayor parte para ese fin.

—Me gustaría ver alguna vez cómo suavizáis tan bien ese cuero —dijo Ayla—. Siempre me interesó trabajar con los cueros y las pieles. Cuando vivía en el Campamento del León aprendí a teñir las pieles y a obtener un tono realmente rojo, y Crozie me enseñó cómo lograr un cuero blanco. También me gusta el color amarillo que obtenéis.

—Me sorprende que Crozie se mostrase dispuesta a revelártelo —dijo Tholie. Miró significativamente a Roshario—. Creía que el cuero blanco era un secreto del Hogar de la Cigüeña.

—No dijo que fuese un secreto. Afirmó que su madre le había enseñado, y parece que la hija no estaba muy interesada en trabajar el cuero. Me dio la impresión de que estaba encantada en transmitir a alguien ese conocimiento.

—Bien, como ambas eran miembros del Campamento del León, podría decirse

que pertenecían a la misma familia —aseveró Tholie, si bien estaba bastante sorprendida—. No creo que hubiese hablado con un extraño, del mismo modo que tampoco nosotros lo haríamos. El procedimiento de los sharamudoi para tratar la piel de gamuza es secreto. Nuestros cueros son admirados y poseen un elevado valor comercial. Si todos supieran cómo trabajarlos, no serían tan valiosos; por eso mismo no compartimos ese conocimiento —dijo Tholie.

Ayla asintió, pero su expresión decía bien a las claras que estaba decepcionada.

—Bien, es bonito, y el amarillo es tan luminoso y atractivo.

—El amarillo proviene del arrayán del pantano, pero no lo empleamos por su color. Sencillamente es que resulta así. El arrayán del pantano contribuye a mantener la suavidad de los cueros incluso aunque se mojen —dijo Roshario. Hizo una pausa, y agregó—: Si te quedaras aquí, Ayla, podríamos enseñarte a fabricar piel de gamuza amarilla.

—¿Si me quedara? ¿Cuánto tiempo?

—Lo que quisieras, mientras vivas, Ayla —propuso Roshario, mirándola con expresión sincera—. Jondalar es pariente; le vemos como uno de los nuestros. No necesitaría mucho para convertirse en sharamudoi. Incluso ya ha llegado a fabricar un bote. Has dicho que aún no os habéis unido. Estoy segura de que podremos encontrar a alguien dispuesto a formar parejas cruzadas con vosotros, y después podríais uniros aquí. Sé que serías bienvenida entre nosotros. Desde que murió nuestro viejo Shamud, estamos necesitando un curador.

—Nosotros estaríamos dispuestos a formar parejas cruzadas —dijo Tholie. Aunque el ofrecimiento de Roshario era espontáneo, parecía muy oportuno en el momento en que lo formuló—. Tendría que hablar con Markeno, pero estoy segura de que aceptará. Después de Jetamio y Thonolan, ha sido difícil encontrar otra pareja con la cual quisiéramos unirnos. El hermano de Thonolan sería perfecto. Markeno siempre simpatizó con Jondalar, y a mí me agradaría compartir una vivienda con otra mujer mamutoi —sonrió a Ayla—. Y a Shamio le encantaría tener cerca a su «Lobito».

El ofrecimiento sorprendió a Ayla. Cuando comprendió cabalmente el sentido de lo que había oído, se sintió abrumada. Las lágrimas comenzaron a escocerle los ojos.

—Roshario, no sé qué decir. Desde que llegué aquí he sentido que esto era un hogar para mí. Tholie, me encantaría compartir contigo…

Las lágrimas afluyeron a sus ojos.

Las dos mujeres sharamudoi sintieron el contagio de las lágrimas y parpadearon para contenerlas, pero sonrieron una a la otra como si ambas hubieran conspirado para trazar un plan maravilloso.

—Apenas Markeno y Jondalar regresen, se lo diremos —afirmó Tholie—. Markeno se sentirá tan aliviado…

—No sé qué pensará Jondalar —dijo Ayla—. Sé que deseaba venir aquí. Incluso renunció a un camino más corto para veros, pero no sé si querrá permanecer. Siempre

me dice que desea volver con su pueblo.

—Pero nosotros somos su pueblo —dijo Tholie.

—No, Tholie. Aunque estuvo aquí tanto tiempo como su hermano, Jondalar continúa siendo zelandonii. Nunca pudo separarse totalmente de ellos. Y a veces pensé que quizá por eso sus sentimientos hacia Serenio no eran tan intensos —dijo Roshario.

—¿Era la madre de Darvalo? —preguntó Ayla.

—Sí —contestó la mujer mayor, al mismo tiempo que se preguntaba cuánto habría revelado Jondalar a Ayla acerca de Serenio—, pero como es evidente lo que siente por ti, tal vez, después de todo el tiempo que ha pasado, los vínculos con su propio pueblo sean más débiles. ¿No crees que ya habéis viajado bastante? ¿Por qué tenéis que hacer un viaje tan largo cuando disponéis de un hogar aquí mismo?

—Además, es tiempo de que Markeno y yo elijamos una pareja cruzada… antes del invierno. No te lo he dicho, pero la Madre me concedió de nuevo su bendición… y deberíamos unirnos antes de que éste llegue.

—Yo pienso lo mismo. Es maravilloso, Tholie —dijo Ayla. Después, sus ojos cobraron una expresión soñadora—. Tal vez, un día, podré acunar a mi propio hijo…

—Si somos compañeros cruzados, el que estoy formando ahora también será tuyo. Y sería agradable saber que se tiene cerca una persona que puede ayudar, por si acaso…, aunque no tuve ninguna dificultad cuando nació Shamio.

Ayla pensó que eso sería como tener su propio hijo, el hijo de Jondalar, pero ¿y si no era así? Había bebido cuidadosamente su infusión matutina todos los días, y no se producía el embarazo, pero ¿y si no se trataba de la infusión? ¿Si sencillamente ella no era capaz de comenzar a formar un niño? ¿No sería maravilloso saber que los hijos de Tholie serían suyos y de Jondalar? También era cierto que la región circundante se parecía tanto a la zona que se extendía alrededor de la caverna del clan de Brun, que le parecía su propio hogar. La gente era amable…, aunque ella no confiaba en la actitud de Dolando. ¿Él querría realmente que Ayla se quedase allí? Tampoco estaba segura respecto de los caballos. Estaba muy bien permitirles que descansaran, pero ¿tendrían alimento suficiente para pasar el invierno? ¿Y habría un lugar tan espacioso que les permitiese correr? Y lo que era más importante, ¿qué sucedería con Jondalar? ¿Estaría dispuesto a renunciar a su viaje de regreso al país de los zelandonii para instalarse precisamente allí?

Capítulo 19

Tholie se acercó al frente del gran hogar y permaneció de pie. Su silueta se recortaba contra el resplandor rojizo de las brasas moribundas y el cielo vespertino enmarcado por los altos muros laterales del valle. La mayoría de la gente continuaba en el lugar de reunión, bajo el saliente de piedra arenisca, dando cuenta de las últimas moras o bebiendo la infusión favorita, o un vino de bayas recién fermentado y un tanto espumoso. El festín de esturión fresco había comenzado con el primer y único bocado de caviar de la hembra atrapada antes. El resto de las aceitosas huevas de pescado sería aplicado a un uso más prosaico: la fabricación de suaves pieles de gamuza.

—Dolando, quiero decir algo, ahora que todavía estamos todos reunidos aquí —dijo Tholie.

El hombre asintió, aunque en verdad su aprobación poco importaba. Tholie continuó sin esperar que él la autorizara.

—Creo que puedo hablar por todos cuando digo que nos alegramos mucho de tener aquí a Jondalar y a Ayla —indicó Tholie. Varias personas manifestaban verbalmente su asentimiento—. Todos estábamos preocupados por Roshario, no sólo por el sufrimiento que padecía, sino porque temíamos que perdiera el uso de su brazo. Ayla cambió la situación. Roshario dice que ya no siente dolor y, con suerte, hay buenas perspectivas de que vuelva a recuperar totalmente su brazo.

Se oyó un coro de comentarios positivos que expresaban gratitud e invocaban la buena suerte.

—También debemos dar las gracias a nuestro pariente Jondalar —continuó Tholie —. Cuando estuvo aquí antes, sus descubrimientos permitieron cambiar las herramientas que usamos y fueron una gran ayuda; ahora nos ha explicado el dispositivo de su lanzador, y el resultado es este festín. —De nuevo el grupo expresó verbalmente su conformidad—. En el tiempo que ha vivido con nosotros, ha cazado tanto el esturión como la gamuza, pero nunca habló de sus preferencias sobre el agua o la tierra. Creo que sería un buen hombre del río…

—Tienes razón, Tholie. Jondalar es un ramudoi —gritó un hombre.

—¡O por lo menos la mitad de uno! —agregó Barono, en medio de grandes risas.

—No, no, estuvo aprendiendo las cosas del agua, pero conoce la tierra —dijo una mujer.

—¡Así es! ¡Preguntádselo! Arrojó la lanza antes que su primer arpón. ¡Es un shamudoi! —comentó un hombre de más edad—. ¡Incluso le gustan las mujeres que cazan!

Ayla quiso ver quién había hecho este último comentario. Era una joven, un poco mayor que Darvalo, llamada Rakario. Le gustaba estar siempre cerca de Jondalar, y eso irritaba a la joven. Se había quejado de que Rakario siempre se le cruzaba en el camino.

Jondalar sonreía con agrado ante la amable discusión. Aquel revuelo era una

demostración de la competencia cordial entre los dos grupos; una rivalidad en el seno de la familia, que introducía un poco de acaloramiento, pero a la que nunca se permitía sobrepasar límites bien definidos. Las bromas, los alardes y cierto nivel de insultos eran admisibles. Pero todo lo que pudiera ofender impropiamente o provocar verdadera cólera era reprimido rápidamente, y los dos bandos unían fuerzas para calmar los ánimos y suavizar rápidamente los sentimientos heridos.

—Como he dicho, creo que Jondalar sería un buen hombre del río —continuó Tholie, cuando todos se callaron—, pero Ayla está más familiarizada con la tierra, y yo preferiría alentar a Jondalar a continuar con los cazadores de tierra, si él está dispuesto y ellos le aceptan. Si Jondalar y Ayla permanecieran aquí y se convirtieran en sharamudoi, nosotros estaríamos dispuestos a cruzarnos con ellos, pero como Markeno y yo somos ramudoi, ellos tendrían que ser shamudoi.

Se produjo una explosión de nerviosismo entre la gente, con comentarios alentadores e incluso felicitaciones dirigidas a las dos parejas.

—Tholie, es un plan maravilloso —dijo Carolio.

—Roshario me sugirió la idea —dijo Tholie.

—Pero ¿qué piensa Dolando de la posibilidad de aceptar a Jondalar y a Ayla, una mujer que fue criada por los que viven en la península? —preguntó Carolio, mientras observaba los ojos del jefe shamudoi.

Hubo un súbito silencio. Todos comprendían las implicaciones que había detrás de la pregunta. Después de su violenta reacción frente a Ayla, ¿estaría Dolando dispuesto a aceptarla? Ayla había confiado en que el colérico exabrupto de Dolando sería olvidado y se preguntó por qué Carolio había traído a colación el asunto; pero, en realidad, tenía que hacerlo. Era responsabilidad suya.

Al principio Carlono y su compañera habían formado parejas cruzadas con Dolando y Roshario, y juntos habían fundado ese grupo de sharamudoi, el día en que ellos y algunos más se retiraron de su lugar de origen, que estaba demasiado poblado. Las posiciones de liderazgo generalmente se otorgaban por consenso tácito, y ellos fueron los candidatos naturales. En la práctica, la compañera de un jefe generalmente asumía la responsabilidad de una dirección compartida, pero la mujer de Carlono había muerto cuando Markeno era joven. El jefe ramudoi nunca volvió a unirse formalmente, y su hermana melliza, Carolio, que se había prestado a cuidar del niño, comenzó a asumir las obligaciones de la compañera de un jefe. Con el correr del tiempo, se la aceptó en esa posición, y por tanto, era su deber formular la pregunta.

La gente sabía que Dolando había permitido que Ayla continuase tratando a su mujer, pero Roshario necesitaba ayuda, y era evidente que Ayla seguía ayudándola. Ello no significaba necesariamente que él quisiera tenerla cerca para siempre. Era posible que se limitase a controlar momentáneamente sus sentimientos, y aunque todos necesitaban un curador, Dolando era miembro de su propio grupo. No deseaba incorporar a una extraña que pudiera provocar un problema al jefe y hasta la división del grupo.

Mientras Dolando pensaba su respuesta, Ayla sintió que se le contraía el estómago y se le formaba un nudo en la garganta. Tenía la ingrata sensación de que había cometido una falta y de que se la juzgaba por eso. Sin embargo, sabía que no se trataba de nada que ella hubiese hecho. Comenzó a inquietarse y a irritarse un poco; estuvo tentada de ponerse en pie y salir de allí. El error estaba en ser lo que era. Lo mismo le había sucedido con los mamutoi. ¿Así sucedería siempre? ¿Así sucedería con la gente de Jondalar? Bien, pensó, Iza y Creb y el clan de Brun la habían cuidado, y ella no estaba dispuesta a negar a los seres amados; pero, en realidad, se sentía aislada y vulnerable.

Entonces sintió que alguien se le había acercado en silencio. Se volvió y sonrió agradecida a Jondalar; se sintió mejor, pero sabía que de todos modos estaban juzgándola y que él esperaba el resultado. Ayla había estado observándole atentamente y sabía cuál sería su respuesta al ofrecimiento de Tholie. Pero Jondalar esperaba la reacción de Dolando antes de formular su propia réplica.

De pronto, en medio de la tensión, hubo un estallido de risa de Shamio. Después, ella y varios niños más salieron corriendo de una de las viviendas; Lobo estaba en el centro del grupo.

—¿No es sorprendente cómo juega con los niños ese lobo? —preguntó Roshario —. Hace pocos días yo jamás hubiera creído que podría ver a un animal así en medio de los niños a los que amo, sin temer por su vida. Quizá valga la pena no olvidar eso. Cuando uno llega a conocer a un animal al que antes odió y temió, es posible amarlo mucho. Yo creo que es mejor tratar de comprender que odiar ciegamente.

Dolando había estado cavilando en silencio acerca del modo de responder a la pregunta de Carolio. Sabía por dónde iba la pregunta y cuántas cosas dependían de su respuesta, pero aún no estaba tan seguro del modo de decir lo que pensaba y sentía. Sonrió a la mujer amada, agradecido al comprobar que ella le conocía tan bien. Roshario había percibido la comprometida situación de Dolando y le había apuntado la forma de contestar.

—He odiado ciegamente —comenzó a decir—, y he arrebatado ciegamente la vida de aquéllos a quienes odiaba, porque creí que habían arrebatado la vida de aquél a quien yo amaba. Pensé que eran animales perversos y deseaba matarlos a todos. Pero eso no me devolvió a Doraldo. Ahora he descubierto que no merecían tanto odio. Animales o no, fueron provocados. Debo vivir soportando esto, pero…

Dolando se interrumpió, empezó a decir algo acerca de los que sabían más de lo que le habían dicho y que, sin embargo, habían fomentado sus explosiones de cólera…, y después cambió de idea.

—Esta mujer —continuó, mirando a Ayla—, esta curadora dice que fue criada por ellos, instruida por los que yo creía que eran animales perversos, los seres a los que yo odiaba. Incluso si todavía los odio, a ella no puedo odiarla. Gracias a ella he recuperado a Roshario. Quizá sea el momento de tratar de comprender. Creo que la idea de Tholie es buena. Me sentiría feliz si los shamudoi aceptaran a Ayla y a

Jondalar.

Ayla se sintió profundamente aliviada. Ahora comprendía realmente por qué ese hombre había sido elegido por su pueblo para que lo encabezara. En el curso de su vida cotidiana habían llegado a conocerle bien y sabían cuál era su cualidad fundamental.

—Bien, Jondalar —dijo Roshario—. ¿Qué respondes? ¿Crees que es hora de renunciar a tu largo viaje? Ha llegado la hora de que te asientes, de que organices tu propio hogar, de que ofrezcas a la Madre la oportunidad de bendecir a Ayla con un niño o dos.

—No encuentro palabras para deciros cuán agradecido me siento —comenzó Jondalar—, porque tú, Roshario, nos has dado la bienvenida. Siento que los sharamudoi son mi pueblo, mi estirpe. Sería muy fácil organizar aquí un hogar entre vosotros y me tienta vuestra oferta. Pero debo retornar a los zelandonii —vaciló un momento—, aunque sólo sea por el recuerdo de Thonolan.

Hizo una pausa y Ayla se volvió para mirarle. Sabía que él rehusaría, pero no esperaba que dijese aquello. Percibió un gesto sutil, casi invisible, como si hubiera estado pensando en otra cosa. Después, Jondalar le dirigió una sonrisa.

—Cuando murió, Ayla ofreció al espíritu de Thonolan todo el aliento posible para que emprendiese su viaje al otro mundo, pero su espíritu no descansó, y yo temo y pienso que anda errante, perdido y solo, tratando de hallar el camino de regreso a la Madre.

Su observación sorprendió a Ayla, quien le miró atentamente mientras continuaba:

—No puedo dejar así las cosas. Alguien tiene que ayudarle a encontrar su camino, pero sólo conozco una persona que sabe hacerlo: Zelandoni, un shamud, un shamud muy poderoso que estaba presente cuando él nació. Quizá, con la ayuda de Marthona, su madre y la mía, Zelandoni pueda hallar su espíritu y guiarlo por el camino verdadero.

Ayla sabía que ésa no era la verdadera razón por la cual él deseaba retornar, o por lo menos no era la razón principal. Intuía que lo que él decía era perfectamente cierto, pero de pronto advirtió que, como la respuesta que ella misma le había dado cuando él le preguntó acerca de la planta de hilo dorado, no era toda la verdad.

—Jondalar, hace mucho que te ausentaste —dijo Tholie, con evidente decepción —. Aun cuando pudieran ayudarle, ¿cómo saber si tu madre o ese Zelandoni viven aún?

—No lo sé, Tholie, pero debo intentarlo. Incluso si no pueden ayudar, creo que Marthona y el resto de su linaje querrán saber si aquí fue feliz con Jetamio, contigo y Markeno. Estoy seguro de que mi madre habría simpatizado con Jetamio, y sé que simpatizaría contigo, Tholie. —La mujer trató de disimularlo, pero no pudo evitar la sensación de placer que le producía el comentario de Jondalar, pese a que ahora se sentía decepcionada—. Thonolan realizó su gran viaje, y siempre fue su viaje. Yo le

seguí sólo para cuidarle. Quiero contar lo que fue su viaje. Recorrió la distancia hasta el fin del Río de la Gran Madre, pero, lo que fue incluso más importante, aquí encontró un lugar habitado por personas que le amaron. Es una historia que merece ser contada.

—Jondalar, creo que todavía estás tratando de seguir a tu hermano, que intentas buscarle incluso en el otro mundo —dijo Roshario—. Si eso es lo que debes hacer, sólo nos queda desearte suerte. Creo que Shamud nos habría dicho que tú debes seguir tu propio camino.

Ayla reflexionó sobre lo que Jondalar había hecho. El ofrecimiento de Tholie y de los sharamudoi para que se convirtiera en uno de ellos no había sido formulado a la ligera. Era generoso y constituía un honor importante; por esas razones era difícil rehusar sin ofender. Sólo la profunda necesidad de alcanzar una meta más elevada, de perseguir un objetivo más apremiante, podía lograr que el rechazo fuese aceptable. Jondalar decidió no mencionar que, a pesar de que los consideraba a todos como parientes, no eran los parientes que él añoraba; pero su verdad incompleta le había permitido rechazar con elegancia y al mismo tiempo evitar el agravio.

En el clan, abstenerse de mencionar ciertas cosas era aceptable para propiciar algún elemento de intimidad en una sociedad en la que parecía difícil ocultar algo, porque podían discernirse muy fácilmente las emociones y los pensamientos a partir de las posturas, las expresiones y los gestos sutiles. Jondalar había decidido exteriorizar una consideración necesaria. Ayla tenía la sensación de que Roshario había sospechado la verdad y de que había aceptado la excusa de Jondalar por la misma razón que él la había formulado. Esa sutileza no pasó inadvertida para Ayla, pero siguió dando vueltas al asunto y comprendió que en aquellos generosos ofrecimientos podían ocultarse otras cosas.

—Jondalar, ¿cuánto tiempo permanecerás aquí? —preguntó Markeno.

—Hemos llegado más lejos de lo que yo creía que sería el caso por estas fechas. No esperaba llegar aquí antes del otoño. Creo que gracias a los caballos estamos avanzando más rápidamente de lo previsto —explicó—, pero todavía nos falta un largo trayecto y nos esperan obstáculos difíciles. Me gustaría partir cuanto antes.

—Jondalar, no podemos irnos tan deprisa —intervino Ayla—. No puedo marcharme antes de que cure el brazo de Roshario.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó Jondalar, frunciendo el entrecejo.

—Roshario deberá mantener inmóvil el brazo envuelto en la corteza de haya durante una luna y la mitad de la siguiente —dijo Ayla.

—Es demasiado tiempo. ¡No podemos permanecer aquí tanto tiempo!

—¿Cuánto podemos quedarnos? —preguntó Ayla.

—No mucho.

—Pero ¿quién retirará la corteza? ¿Quién sabrá cuándo es el momento oportuno?

—Hemos enviado en busca de un shamud —dijo Dolando—. ¿Otro curador no sabrá hacerlo?

—Imagino que sí —dijo Ayla—, pero me gustaría hablar con él. Jondalar, ¿no podemos esperar por lo menos hasta que llegue el shamud?

—Si no es mucho tiempo. Pero quizá deberías pensar en explicárselo a Dolando o a Tholie, por las dudas.

Jondalar estaba cepillando a Corredor; parecía que el pelaje del animal había crecido y se espesaba. Jondalar tuvo la sensación de que esa mañana había percibido una oleada más fría y el caballo parecía especialmente inquieto.

—Creo que ansías partir tanto como yo, ¿verdad, Corredor? —dijo. El caballo movió las orejas en dirección a Jondalar al oír su nombre; su madre agitó la cabeza y relinchó—. Tú también quieres partir, ¿verdad, Whinney? A decir verdad, éste no es un lugar apropiado para los caballos. Necesitan un terreno más abierto para correr. Creo que tendría que recordar eso a Ayla.

Descargó una última palmada sobre el anca de Corredor y después regresó hacia el saliente. «Roshario parece sentirse mucho mejor», pensó cuando vio a la mujer que estaba sentada sola, cerca del amplio hogar, cosiendo con una mano y usando uno de los pasahílos de Ayla.

—¿Sabes dónde está Ayla? —le preguntó.

—Ella y Tholie se fueron con Lobo y Shamio. Dijeron que irían al lugar donde se fabrican los botes, pero creo que Tholie deseaba mostrar a Ayla el Árbol de los Deseos y hacer una ofrenda pidiendo un parto fácil y un hijo sano. Tholie comienza a mostrar claramente su bendición —dijo Roshario.

Jondalar se puso en cuclillas junto a la mujer.

—Roshario deseaba preguntarte algo —dijo— acerca de Serenio. Me sentí muy mal cuando la dejé de ese modo. ¿Ella… se sentía feliz cuando se marchó de aquí?

—Al principio estaba muy afectada y se sentía muy desgraciada. Dijo que tú le propusiste permanecer en este lugar, pero ella te dijo que fueses con Thonolan. Él te necesitaba más. Después, llegó imprevisiblemente el primo de Tholie. Se parece a ella en muchas cosas. Dice lo que piensa.

Jondalar sonrió.

—Así son.

—También se le parece. Es una cabeza más bajo que Serenio, pero es fuerte. Se decidió deprisa. La miró una vez y llegó a la conclusión de que era la persona indicada para él…, dijo que era su «bello sauce», la palabra mamutoi correspondiente. Nunca pensé que la convencería y estuve a punto de decirle que no se molestara, aunque nada de lo que yo dijera hubiera podido detenerle, pero, de todos modos, imaginé que era un caso desesperado y que ella jamás se sentiría a gusto con nadie después de conocerte. Y de pronto, un buen día, vi que reían juntos y comprendí que me había equivocado. Era como si ella hubiese revivido después de un invierno prolongado. Floreció. No creo que la haya visto tan feliz después de su

primer hombre, cuando tuvo a Darvo.

—Me alegro por ella —dijo Jondalar—. Merece ser feliz. La realidad es que, cuando partí, estaba inquieto…, ella dijo que creía que quizá la Madre le había concedido su bendición. ¿Serenio estaba embarazada? ¿Había comenzado a formar una nueva vida, tal vez a partir de mi espíritu?

—No lo sé, Jondalar. Recuerdo que cuando te fuiste ella dijo que quizá fuera así. Si así era, se hubiera tratado de una bendición especial para su nueva unión, pero ella nunca me lo dijo.

—Pero, Roshario, ¿tú qué crees? ¿Parecía que estaba embarazada? Quiero decir, ¿puedes saberlo con tanta anticipación nada más que con la vista?

—Jondalar, ojalá pudiese hablarte con más certeza, pero no lo sé. Sólo puedo decirte que quizá fuera así.

Roshario le miró fijamente y se preguntó por qué sentía tanta curiosidad. No era lo mismo que si el niño hubiese nacido en el hogar de Jondalar —él había renunciado a ese derecho al partir—, aunque si ella hubiese estado embarazada, el niño que Serenio habría tenido ahora probablemente sería de la estirpe de Jondalar. De pronto, sonrió ante la idea de un hijo de Serenio que alcanzara la estatura de Jondalar y que naciera en el hogar del mamutoi de pequeña estatura. Roshario pensó que probablemente eso le complacería.

Jondalar abrió los ojos y vio las mantas arrugadas que ocupaban el lugar vacío de al lado. Las apartó, se sentó en el borde de la plataforma que cumplía la función de cama, bostezó y se estiró. Al mirar alrededor, comprendió que había dormido hasta tarde. Todos estaban levantados y habían salido. La noche anterior se había hablado alrededor del fuego de la posibilidad de salir a cazar la gamuza. Alguien las había visto descendiendo de las altas escarpadas, lo que significaba que pronto comenzaría la temporada para cazar a los antílopes, que, con su andar seguro, se asemejaban a las cabras montesas.

Ayla se había entusiasmado ante la perspectiva de participar en la caza de la gamuza, pero cuando fueron a acostarse y conversaron en voz baja, como hacían a menudo, Jondalar le recordó que pronto partirían. Si la gamuza comenzaba a descender, eso significaba que estaba descendiendo la temperatura de los altos prados, lo cual, a su vez, marcaba el cambio de las estaciones. Aún debían recorrer mucho camino y tenían que partir cuanto antes.

No podía decirse que hubiesen discutido, pero Ayla había confirmado que no deseaba irse. Habló del brazo de Roshario y él comprendió que la joven deseaba cazar la gamuza. En realidad, Jondalar estaba seguro de que ella quería permanecer entre los sharamudoi, y se preguntó si ella no estaría intentando retrasar la partida, con la esperanza de que él cambiase de idea. Ella y Tholie ya eran muy amigas y todos parecían simpatizar con la joven. Jondalar se sentía complacido de que ella

despertase tanta simpatía, pero esa circunstancia dificultaría aún más la partida, y cuanto más tiempo permanecieran allí, más difícil sería separarse del grupo.

Permaneció despierto hasta bien entrada la noche, pensando. Se preguntó si debían quedarse allí, por el bien de Ayla; pero en ese caso, lo mismo habrían podido quedarse con los mamutoi. Finalmente llegó a la conclusión de que debían alejarse cuanto antes, dentro de un día o dos. Sabía que Ayla no se sentiría complacida con eso, y no encontraba el modo de decírselo.

Se levantó, se vistió y caminó hacia la entrada. Apartó la cortina, salió de la morada y sintió un golpe de viento frío en el pecho desnudo. Pensó que necesitaría ropas más abrigadas y caminó deprisa hacia el lugar en el que los hombres orinaban por la mañana. En lugar de la nube de coloridas mariposas que generalmente revoloteaban por allí —varias veces se había preguntado por qué las atraía aquel lugar maloliente—, de pronto vio cómo caía una hoja de vivo color; y después advirtió que casi todas las que quedaban en los árboles comenzaban a cambiar de color.

¿Por qué no se había percatado antes? Los días habían pasado con tanta prisa y el tiempo había sido tan grato que no había advertido el cambio de estación. De pronto recordó que estaban orientados hacia el sur en una región meridional del país. Quizá la temporada había avanzado mucho más de lo que él creía, y el frío era mucho más intenso en el norte, hacia donde se encaminaban. Cuando volvió rápidamente a la vivienda, estaba más decidido que nunca a partir lo antes posible.

—Ya estás despierto —dijo Ayla, que entró con Darvalo mientras Jondalar se vestía—. He venido a buscarte antes de que se distribuyese todo el alimento.

—Estaba poniéndome algo más abrigado. Ahí fuera hace frío —dijo Jondalar—. Pronto será tiempo de que me deje crecer la barba.

Ayla sabía que estaba diciéndole más de lo que expresaban sus palabras. Seguía refiriéndose a lo mismo que había sido el tema de la conversación de la noche anterior; la estación estaba cambiando y tenían que ponerse en camino. Ella no deseaba abordar el tema.

—Ayla, probablemente deberíamos sacar nuestras ropas de invierno y asegurarnos de que están en condiciones. ¿Los canastos continúan en la morada de Dolando? —preguntó.

«Sabe que es así. ¿Por qué me lo pregunta?». Ayla se dijo: «Sabes cuál es la razón», mientras trataba de pensar algo que le permitiese cambiar de tema.

—Sí, allí están —dijo Darvalo, tratando de colaborar.

—Necesito una camisa más cálida. Ayla, ¿recuerdas en qué canasto están mis ropas de invierno?

Por supuesto, ella lo sabía y él también.

—Jondalar, las ropas que usas ahora no se parecen a las que tenías la primera vez que viniste aquí —dijo Darvalo.

—Ésas me las regaló una mujer mamutoi. Cuando vine antes, aún usaba mis

ropas zelandonii.

—Me probé esta mañana la camisa que me regalaste. Todavía es demasiado grande para mí, pero ya no tanto.

—Darvo, ¿todavía tienes esa camisa? Casi me he olvidado cómo es.

—¿Quieres verla?

—Sí. Sí, quisiera verla.

A pesar de sí misma, Ayla también sentía curiosidad.

Caminaron los pocos pasos que les separaban del refugio de madera de Dolando. De un estante dispuesto sobre su cama, Darvalo retiró un envoltorio cuidadosamente confeccionado. Desató el cordel, abrió la envoltura de cuero suave y mostró la camisa.

Ayla pensó que era una prenda pasada de moda. Los dibujos que la adornaban, así como la longitud y el corte más suelto, no se asemejaban en absoluto a las prendas mamutoi que ella conocía. Algo la sorprendió más que nada en aquella prenda. Estaba adornada con colas de armiño blancas, con la punta negra.

Incluso a Jondalar le pareció extraña. Tantas cosas habían sucedido desde la última vez que había usado esa camisa, que casi le parecía extraña y anticuada. No la había usado mucho durante los años en los que había vivido con los sharamudoi, porque prefería vestirse como los demás, y aunque se la había regalado a Darvo hacía apenas unas pocas lunas más que un año, tenía la sensación de que habían pasado épocas enteras desde la última vez que había visto prendas de su hogar.

—Darvo, tienes que llevarla muy suelta. Va ceñida con un cinturón. Vamos, póntela. Te lo mostraré. ¿Tienes algo para atarla? —preguntó Jondalar.

El joven pasó por encima de su cabeza la camisa de cuero que tenía forma de túnica y profusos dibujos como adorno; después entregó a Jondalar una larga cinta de cuero y éste le dijo a Darvo que se enderezara; después ajustó la cinta bastante abajo, casi en las caderas, de modo que la camisa se ensanchaba y las colas de armiño colgaban libremente.

—¿Ves? No es tan grande para ti, Darvo —dijo Jondalar—. ¿Qué te parece, Ayla?

—Es extraña. Nunca he visto una camisa así, pero creo que te sienta bien, Darvalo —dijo.

—Me gusta —dijo el joven, extendiendo los brazos y mirando su propio cuerpo para ver el aspecto que ofrecía. Quizá la usara la próxima vez que fuesen a visitar a los sharamudoi que vivían río abajo. Tal vez le gustase a aquella muchacha a la que él había visto.

—Me alegro de haber tenido la oportunidad de mostrarte cómo se usa… —dijo Jondalar—, antes de partir.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Darvalo, que parecía sobresaltado.

—Mañana, o a lo sumo pasado mañana —indicó Jondalar, mirando a los ojos de Ayla—. Apenas estemos preparados.

—Es posible que las lluvias hayan comenzado del otro lado de las montañas —dijo Dolando—, y tú recuerdas cómo es la Hermana cuando se desborda.

—Ojalá la cosa no sea tan grave —deseó Jondalar—. Necesitaríamos cruzar en uno de tus botes grandes.

—Si deseáis ir en bote, os llevaremos hasta la Hermana —dijo Carlono.

—De todos modos, tenemos que conseguir más arrayán del pantano —agregó Carolio—. Y generalmente vamos a buscarlo allí.

—De buena gana remontaría el río en el bote, pero no creo que los caballos puedan viajar en él —dijo Jondalar.

—¿No has dicho que saben atravesar a nado los ríos? Quizá puedan nadar detrás del bote —sugirió Carlono—. Y embarcaremos al lobo.

—Sí, los caballos pueden atravesar a nado un río, pero hay mucho camino hasta la Hermana; por lo que recuerdo, varios días —dijo Jondalar—, y no creo que puedan nadar río arriba una distancia tan larga.

—Hay un camino a través de las montañas —señaló Dolando—. Tendréis que retroceder un poco, para después subir y rodear uno de los picos más bajos, pero el sendero está marcado; finalmente os llevará cerca del lugar en el que la Hermana se une con la Madre. Hay un alto risco exactamente al sur, y es fácil verlo incluso desde lejos, apenas uno llega a la pradera baja que se extiende hacia el oeste.

—Pero ¿será ése el mejor lugar para cruzar la Hermana? —preguntó Jondalar, que recordaba el río ancho de aguas remolineantes que había visto la última vez.

—Quizá no, pero desde allí puedes seguir el curso de la Hermana hacia el norte, hasta que encuentres un lugar mejor, si bien no es un río fácil. Sus afluentes descienden de las montañas y las aguas corren veloces y golpean con fuerza, y la corriente es mucho más veloz que la de la Madre; además, el río es más traicionero —dijo Carlono—. Algunos de los nuestros remontaron su curso durante casi una luna. El río continuó siendo un curso de aguas rápidas y difíciles en todos los tramos que visitaron.

—Necesito seguir el curso de la Madre para regresar, y eso significa que tendré que cruzar la Hermana —concluyó Jondalar.

—En ese caso, te deseo suerte.

—Necesitarás alimentos —sugirió Roshario—, y tengo algo que desearía darte, Jondalar.

—No disponemos de mucho espacio para llevar más carga —dijo Jondalar.

—Es para tu madre —dijo Roshario—. El collar favorito de Jetamio. Lo guardé para entregárselo a Thonolan si regresaba. No ocupará mucho espacio. Después de morir su madre, Jetamio necesitaba saber que pertenecería a un lugar. Le dije que recordara que ella seguía siendo sharamudoi. Confeccionó el collar con dientes de gamuza y las vértebras de un pequeño esturión, para representar la tierra y el río. Pensé que a tu madre le gustaría algo que perteneció a la mujer elegida por su hijo.

—Tienes razón. Le gustaría algo así —dijo Jondalar—. Gracias. Sé que

significará mucho para Marthona.

—¿Dónde está Ayla? También a ella tengo que darle algo. Ojalá disponga de espacio para guardarlo.

—Está con Tholie, preparando las cosas —dijo Jondalar—. En realidad, no desea marcharse todavía, porque tu brazo no está aún curado. Pero el caso es que no podemos esperar más.

—Estoy segura de que curaré perfectamente. —Roshario caminó al paso de Jondalar cuando regresaron a las viviendas—. Ayla me retiró la vieja corteza de haya ayer y colocó un trozo nuevo. Aun cuando el brazo es más pequeño por la falta de uso, lo cierto es que ahora parece curado. Pero ella quiere que mantenga esta envoltura algún tiempo más. Dice que apenas comience a usar de nuevo mi brazo, se fortalecerá.

—Estoy seguro de que así será.

—No sé por qué el mensajero y el shamud tardan tanto, pero Ayla explicó lo que hay que hacer y habló no sólo conmigo, sino con Dolando, Tholie, Carolio y varios más. Nos arreglaremos sin ella, estoy segura…, aunque preferiríamos que ambos continuaseis aquí. No es demasiado tarde para cambiar de idea…

—Roshario, para mí significa más de lo que puedo decirte el que nos hayas recibido con tan buena voluntad…, especialmente en vista de la actitud de Dolando y la crianza… de Ayla…

Roshario se detuvo y miró al hombre de elevada estatura.

—Eso te molestó, ¿verdad?

A Jondalar se le encendió el rostro.

—Así es —reconoció—. En realidad ya no me molesta; pero sabiendo lo que Dolando sentía hacia ellos, el que, aun así, tú la aceptes, hace que…, no puedo explicarlo. Me alivia. No quiero que ella sufra. Ya ha soportado demasiado.

—Sin embargo, es muy fuerte. —Roshario miró atentamente a Jondalar, vio el gesto preocupado, la expresión turbada en aquellos ojos tan azules—. Has estado ausente mucho tiempo, Jondalar, has conocido a mucha gente, has aprendido otras costumbres, otros modos, incluso otras lenguas. Es posible que tu propia gente ya no te reconozca; ni siquiera eres la misma persona que eras cuando saliste de aquí y ellos no serán la misma gente que tú recuerdas. Cada uno pensará del otro como era, no como es ahora.

—Me he preocupado mucho por Ayla; no había pensado en eso, pero tienes razón. Ha pasado mucho tiempo. Tal vez ella se adapte mejor que yo. Resultarán extraños, pero Ayla llegará a conocerlos muy pronto, como siempre le sucede…

—Y tú te mantendrás a la expectativa —dijo Roshario, y reanudó la marcha hacia los refugios de madera. Antes de entrar, la mujer se detuvo de nuevo—. Jondalar, siempre serás bien recibido aquí. Ambos seréis bien recibidos.

—Gracias, pero es un viaje muy largo. Roshario, no tienes idea de lo largo que es.

—Es cierto, no tengo idea. Pero tú sí lo sabes y estás acostumbrado a viajar. Si

alguna vez decides que quieres regresar, no te parecerá tan largo.

—Para quien nunca soñó con realizar un largo viaje, yo ya he recorrido más de lo que había deseado —dijo Jondalar—. Cuando retorne, creo que mi época de viajar habrá terminado. Tenías razón cuando has dicho que era hora de asentarse, pero tal vez sea más fácil acostumbrarse al hogar sabiendo que hay una alternativa.

Cuando apartaron la cortina, descubrieron que dentro estaba únicamente Markeno.

—¿Dónde está Ayla? —preguntó Jondalar.

—Ella y Tholie fueron a buscar las plantas que Ayla estaba secando. ¿No las has visto, Roshario?

—Venimos del campo. Creí que estaba aquí —dijo Jondalar.

—Estaba. Ayla ha estado explicando a Tholie las propiedades de algunas de sus medicinas. Ayer, después que examinó tu brazo y comenzó a explicar lo que había que hacer, estuvieron hablando de las plantas y de sus aplicaciones. Jondalar, esa mujer sabe mucho.

—¡Lo sé! Pero no comprendo cómo puede acordarse de todo.

—Salieron esta mañana y regresaron con canastos llenos. Toda clase de plantas. Incluso minúsculas plantas de hilos amarillos. Ahora le está explicando cómo prepararlos —dijo Markeno—. Jondalar, es una vergüenza que os marchéis. Tholie echará de menos a Ayla. Todos os echaremos de menos a ambos.

—No es fácil alejarse, pero…

—Ya lo sé, Jondalar. Eso me recuerda algo. Quiero darte una cosa —dijo Markeno, y comenzó a rebuscar en una caja de madera llena de diferentes herramientas y de implementos de madera, hueso y cuero.

Extrajo un objeto de extraño aspecto, fabricado con la rama principal de una cornamenta, con las ramificaciones cortadas y un orificio exactamente debajo de la bifurcación. Estaba adornado con tallas, pero no eran las formas geométricas y estilizadas de aves y peces típicas de los sharamudoi. En cambio, alrededor del mango podían verse animales muy hermosos y realistas, ciervos e íbices. Algo en ese objeto provocó un escalofrío en Jondalar. Cuando lo miró más atentamente, sintió una punzada: lo reconocía.

—¡Es el aparato que Thonolan empleaba para enderezar el cuerpo de las lanzas! —dijo. Cuántas veces había visto a su hermano usando ese instrumento. Incluso recordaba dónde lo había conseguido Thonolan.

—Pensé que tal vez lo querrías, para recordarlo. Y también me dije que podía serte útil cuando buscases su espíritu. Además, cuando tú lo pongas…, pongas su espíritu… a descansar, tal vez él quiera tener esto —concluyó Markeno.

—Gracias, Markeno —respondió Jondalar, mientras recibía el sólido instrumento y lo examinaba con admiración y reverencia. Había sido un artefacto tan típico de su hermano, que ahora le evocaba recuerdos instantáneos—. Esto significa mucho para mí. —Lo sostuvo, lo movió un poco para comprobar su equilibrio, para sentir en su

peso la presencia de Thonolan—. Creo que quizá tengas razón. Hay mucho de él en esto. Casi puedo sentirlo.

—Tengo que dar algo a Ayla, y me parece que éste es el momento adecuado —dijo Roshario, y salió de la vivienda. Jondalar se reunió con ella.

Ayla y Tholie adoptaron una actitud alerta cuando entraron en la morada de Roshario; durante un momento la mujer tuvo la extraña sensación de que estaban curioseando en algo personal y secreto; pero su sonrisa de bienvenida anuló ese sentimiento. Caminó hacia el fondo, y de un estante retiró un envoltorio.

—Ayla, esto es para ti —dijo Roshario—, porque me has ayudado. Lo envolví de modo que se mantuviese limpio durante tu viaje. Después, muy bien puedes usar la envoltura como toalla.

Sorprendida y complacida, Ayla desató el cordel; las suaves pieles de gamuza se abrieron y descubrió el cuero amarillo, bellamente adornado con cuentas y plumas. Lo sostuvo en las manos y se le cortó el aliento. Era la túnica más hermosa que había visto. Bajo ella estaban plegados un par de pantalones de mujer, adornados por delante, en las piernas y alrededor de los dobladillos, con un diseño que hacía juego con el de la túnica.

—¡Roshario! Es muy hermoso. Nunca vi nada tan bello. Es demasiado hermoso para usarlo —indicó Ayla. Después dejó a un lado las prendas y abrazó a la mujer. Por primera vez desde la llegada de la joven al valle, Roshario advirtió el extraño acento de Ayla, y sobre todo el modo en que pronunciaba ciertas palabras; pero no le pareció desagradable.

—Ojalá te siente bien. ¿Por qué no te lo pruebas, y así podremos salir de dudas? —dijo Roshario.

—¿Crees realmente que debo hacerlo? —preguntó Ayla, casi temerosa de tocar el regalo.

—Tienes que saber si te está bien de medidas, para ponértelo cuando tú y Jondalar os unáis. ¿No lo crees?

Ayla sonrió a Jondalar, nerviosa y feliz a causa de las prendas, pero se abstuvo de mencionar que ya tenía una túnica para la unión, la que le había regalado la compañera de Talut, Nezzie, del Campamento del León. No podía ponerse las dos, pero ya encontraría una ocasión especial para estrenar aquel hermoso conjunto nuevo.

—Ayla, yo también tengo algo para ti. No es tan hermoso, pero es útil —dijo Tholie, y le entregó un puñado de láminas de cuero suave que había guardado en un bolso que colgaba de su muñeca.

Ayla las elevó en el aire y evitó mirar a Jondalar. Sabía exactamente qué eran.

—¿Cómo has sabido que necesitaba material nuevo para mi período lunar?

—Una mujer siempre puede necesitar algunas piezas nuevas, sobre todo cuando está viajando. También tengo un hermoso acolchado para ti. Roshario y yo hemos hablado de eso. Ella me mostró el conjunto que había preparado, y yo también quise darte algo hermoso, pero en viaje uno no puede llevar demasiado, por eso he estado

pensando en lo que podrías necesitar —dijo Tholie, para justificar su práctico regalo.

—Es perfecto. No podrías haber pensado en algo que yo necesitara o deseara más. Tholie, eres muy considerada —agradeció Ayla; después se volvió y parpadeó—. Te echaré de menos.

—Vamos, aún no nos hemos separado. Eso llegará mañana por la mañana. Entonces sobrará tiempo para derramar lágrimas —dijo Roshario, si bien sus propios ojos ya comenzaban a humedecerse.

Aquella noche, Ayla vació sus canastos y ordenó todo lo que deseaba llevar consigo, tratando de decidir cómo ordenaría el conjunto, e incluso las cantidades de alimento que les habían suministrado. Jondalar llevaría una parte, pero él tampoco disponía de mucho espacio. Habían hablado varias veces del bote redondo, tratando de decidir si su utilidad en el cruce de los ríos justificaba el esfuerzo de trasladarlo a través de las pendientes boscosas de la montaña. Finalmente decidieron llevarlo, pero no sin cierto reparo.

—¿Cómo meterás todo en tan sólo dos canastos? —preguntó Jondalar, contemplando los misteriosos bultos y paquetes, todo cuidadosamente envuelto, y preocupado por el exceso de carga—. ¿Estás segura de que necesitas todo eso? ¿Qué hay en ese paquete?

—Toda mi ropa de verano —dijo Ayla—. Es uno de los paquetes que dejaré aquí si lo considero necesario. Pero, de todos modos, tendré que llevar prendas que ponerme el verano próximo, y me alegro de no tener que seguir cargando tantas prendas de invierno.

—¡Hmmm! —gruñó Jondalar, que no podía contradecir el razonamiento de Ayla, pero aun así estaba preocupado por la carga. Revisó la pila y vio un paquete que ya había observado antes. Ella lo llevaba desde el principio del viaje, pero Jondalar no sabía aún qué guardaba en él. ¿Qué es eso?

—Jondalar, no estás ayudándome mucho —dijo Ayla—. ¿Por qué no te ocupas de esos alimentos que nos ha dado Carolio para consumir durante el viaje, y ves si puedes encontrarles acomodo en tu canasto?

—Tranquilo, Corredor. Cálmate —pidió Jondalar, tirando de la cuerda y sosteniéndola cerca de su cuerpo mientras palmeaba la mejilla del corcel y le acariciaba el cuello, en un esfuerzo por tranquilizarlo—. Creo que sabe que estamos listos y está impaciente por iniciar la marcha.

—Estoy seguro de que Ayla llegará pronto —dijo Markeno—. Estas dos han intimado mucho en el escaso tiempo que habéis estado aquí. Tholie ha estado llorando esta noche, deseando que os quedarais. Si he de decirte la verdad, yo también lamento que os marchéis. Hemos buscado y hablado con varias personas, pero no encontramos a nadie con quien nos interesaría compartir nuestra vivienda… hasta que llegasteis vosotros. Tendremos que comprometernos muy pronto. ¿Estás

seguro de que no deseas cambiar de propósito?

—Markeno, no sabes cuánto me ha costado tomar esta decisión. ¡Quién sabe lo que encontraré cuando llegue allí! Mi hermana será una mujer adulta y probablemente no me recordará. No tengo idea de lo que está haciendo mi hermano mayor, ni tampoco dónde se encuentra: sólo espero que mi madre aún viva —dijo Jondalar—, sin hablar de Dalanar, el hombre de mi hogar. Mi prima cercana, la hija de su segundo hogar, seguramente ya es madre, pero yo ni siquiera sé si tiene compañero. Si lo tiene, probablemente no le conozco. En realidad, ya no conozco a nadie; en cambio, me siento muy próximo a todos los que se encuentran aquí. Pero debo marcharme.

Markeno asintió. Whinney se movió inquieta, y ambos miraron hacia la vivienda. Roshario, Ayla y Tholie, que tenía en brazos a Shamio, salían de la morada. La nena se agitó para desprenderse de su madre cuando vio a Lobo.

—No sé qué haré con Shamio cuando se marche ese lobo —dijo Markeno—. Ella quiere que siempre esté cerca. Dormiría con él si se lo permitiese.

—Tal vez puedas encontrar un cachorro de lobo para Shamio —sugirió Carlono, que se unió al grupo. En ese momento venía del muelle.

—No había pensado en eso. No será fácil, pero tal vez deba conseguir un cachorro en la madriguera de un lobo —murmuró Markeno—. Por lo menos, puedo prometerle que lo intentaré. Tendré que decirle algo.

—En ese caso —dijo Jondalar—, asegúrate de que sea muy pequeño. Lobo todavía mamaba cuando su madre murió.

—¿Cómo lo alimentaba Ayla si no tenía la madre que le daba leche? —preguntó Carlono.

—Yo también me pregunté eso mismo —dijo Jondalar—. Ayla me dijo que un niño pequeño puede comer todo lo que su madre come, pero tiene que ser un alimento más blando, de modo que sea más fácil masticarlo. Ella preparaba caldo, empapaba con el líquido un pedazo de cuero blando y se lo daba a chupar al cachorro, y, además, le cortaba en trozos muy pequeños la carne. Ahora, Lobo come de todo lo que nosotros comemos, pero todavía le gusta en ocasiones cazar por su cuenta. Incluso levanta a los animales para que podamos cazarlos; él nos ayudó a cobrar ese alce que traíamos al llegar.

—¿Cómo conseguís que haga lo que vosotros queréis? —preguntó Markeno.

—Ayla le dedica mucho tiempo. Le muestra lo que desea y lo repite constantemente, hasta que el animal entiende. Es sorprendente cuánto puede aprender y, además, él ansía complacerla —dijo Jondalar.

—Eso es evidente. ¿Crees que sólo porque es ella? Después de todo, Ayla es shamud —dijo Carlono—. ¿Es posible que otra persona cualquiera pueda obligar a los animales a hacer lo que ella desea?

—Yo monto a Corredor —dijo Jondalar—. Y no soy shamud.

—De eso no estaría yo tan seguro —concluyó Markeno, y se echó a reír—.

Recuerda que te he visto hablar con las mujeres. Creo que conseguirías que cualquiera de ellas hiciera lo que deseas.

Jondalar se sonrojó. A decir verdad, desde hacía cierto tiempo no pensaba en el asunto.

Cuando Ayla se acercó a los hombres, le llamó la atención el rostro acalorado de Jondalar, pero entonces Dolando se unió a ellos. Venía del sendero que circunvalaba la pared de piedra.

—Os acompañaré parte del camino para mostraros los senderos y el mejor modo de cruzar las montañas.

—Gracias. Eso será muy útil —dijo Jondalar.

—Yo iré también —dijo Markeno.

—Me gustaría acompañaros —dijo Darvalo. Ayla miró al joven y vio que vestía la camisa que Jondalar le había regalado.

—Digo lo mismo —afirmó Rakario.

Darvalo la miró con un gesto irritado, creyendo que ella tendría los ojos clavados en Jondalar; en cambio, la joven miraba a Darvalo con una sonrisa de veneración. Ayla vio que la expresión de Darvalo pasaba de la irritación al desconcierto, a la comprensión y después a un sonrojo de sorpresa.

Casi todos se habían unido en el centro del campo para despedir a sus visitantes, y varios de los que estaban allí formularon el deseo de acompañarles parte del camino.

—Yo no iré —dijo Roshario, mirando a Jondalar y después a Ayla—, pero ojalá os quedarais aquí. A ambos os deseo un buen viaje.

—Gracias, Roshario —dijo él, y abrazó a la mujer—. Quizá necesitemos tus buenos deseos antes de que haya terminado todo esto.

—Necesito agradecerte, Jondalar, que hayas traído a Ayla. No quiero ni pensar lo que me habría sucedido si ella no hubiese estado aquí.

Buscó la mano de Ayla. La joven la aceptó, y después cogió también la otra mano, sostenida aún por el cabestrillo, y apretó las dos complacida al sentir la fuerza del apretón de ambas manos. Después, las dos mujeres se abrazaron.

Hubo otras despedidas, pero la mayoría de la gente se proponía acompañarles por el sendero al menos cierto tiempo.

—¿Vienes, Tholie? —preguntó Markeno, que se había puesto al lado de Jondalar.

—No. —Los ojos le brillaban a causa de las lágrimas—. No quiero ir. No será más fácil despedirse en el sendero que hacerlo aquí. —Se acercó al zelandonii de elevada estatura—. Jondalar, es difícil para mí mostrarme ahora amable contigo. Siempre simpaticé mucho contigo, y me gustaste más aún después de haber traído a Ayla. Ansié profundamente que tú y ella os quedarais, pero no quisiste. Y aunque comprendo por qué te marchas, eso no hace que me sienta bien.

—Tholie, lamento que lo sientas así —dijo Jondalar—. Ojalá hubiese algo que yo pudiera hacer para que te sintieras mejor.

—Hay algo, pero no quieres hacerlo —dijo ella.

Era muy propio de Tholie decir exactamente lo que pensaba. Era una de las cosas que le gustaban a Jondalar de ella. Uno nunca necesitaba adivinar lo que quería decir realmente.

—No te enojes conmigo. Si pudiera quedarme, nada me agradaría más que unirme contigo. No sabes cuán orgulloso me sentí cuando nos manifestaste tus preferencias, o cuán difícil es para mí marcharme precisamente ahora; pero hay algo que me impulsa. Para ser sincero, ni siquiera estoy seguro de lo que es, pero, Tholie, tengo que irme.

La miró con sus sorprendentes ojos azules colmados de sincera pena, de preocupación y consideración.

—Jondalar, no debes decirme cosas tan hermosas y mirarme así. Consigues que desee aún más que te quedes aquí. Basta, abrázame —dijo Tholie.

Él se inclinó y rodeó con los brazos el cuerpo de la joven; sintió que ella temblaba a causa del esfuerzo por controlar las lágrimas. Tholie se apartó y miró a la mujer alta y rubia que estaba al lado de Jondalar.

—¡Oh, Ayla! No quiero que os vayáis —dijo con un enorme sollozo, mientras se abrazaba a su amiga.

—Yo no quiero marcharme, ojalá pudiésemos quedarnos aquí. No sé muy bien por qué es así, pero Jondalar tiene que irse y yo debo acompañarle —dijo Ayla llorando tan intensamente como Tholie. De pronto, la joven madre se apartó, alzó en brazos a Shamio y se volvió corriendo a los refugios.

Lobo partió tras ella.

—¡Aquí, Lobo! —ordenó Ayla.

—¡Lobito! ¡Quiero a mi Lobito! —gritó la niña, extendiendo las manos hacia el carnívoro peludo de cuatro patas.

Lobo gimió y miró a Ayla.

—Quédate, Lobo —dijo ella—. Nos vamos.

Capítulo 20

Ayla y Jondalar, de pie en un claro que dominaba el amplio panorama de la montaña, experimentaban un sentimiento de vacío y soledad mientras miraban a Dolando, Markeno, Carlono y Darvalo que regresaban por el sendero. El resto del nutrido grupo que había partido con ellos había ido desertando en grupos de dos y tres a lo largo del camino. Cuando los últimos cuatro hombres llegaron a un recodo del sendero, se volvieron y saludaron con la mano.

Ayla correspondió al saludo con un movimiento que indicaba «volveré», el dorso de la mano hacia ellos, abrumada de pronto por la conciencia de que jamás volvería a ver a los sharamudoi. En el corto espacio de tiempo en que les había tratado, había llegado a amarlos. La habían recibido bien, le habían pedido que se quedase con ellos, y Ayla hubiera vivido feliz con aquella gente.

Esta separación le recordó su alejamiento de los mamutoi, al principio del verano. También ellos le habían dado la bienvenida y Ayla había sentido afecto hacia muchos miembros del grupo. Podría haber sido feliz viviendo con ellos, con la salvedad de que habría tenido que soportar la desgracia que había provocado a Ranec; además, al partir había sentido la excitación de volver al hogar con el hombre amado. No había corrientes subterráneas de infortunio en los sharamudoi, lo que dificultaba todavía más la separación, y aunque ella amaba a Jondalar y no dudaba de que deseaba acompañarle, allí había encontrado una actitud de aceptación y de amistad, y era difícil ver que todo terminaba de modo tan definitivo.

Ayla pensó: «Los viajes van siempre acompañados de despedidas». Hasta había tenido que despedirse definitivamente del hijo que había quedado con el clan…, aunque si hubiese permanecido en aquel valle, habría llegado el momento en que pudiera regresar con los ramudoi en un bote que remontara el Río de la Gran Madre hasta el delta. Quizá entonces habría podido hacer una incursión en la península, buscar la nueva caverna del clan de su hijo…, pero ya no tenía sentido continuar pensando en ello.

No habría más oportunidades de volver, no podía abrigar la esperanza de que se le ofrecieran más posibilidades. Su vida navegaba en una dirección, la vida de su hijo le conducía en otra. Iza le había dicho: «Busca tu propio pueblo, busca a tu propio compañero». Ayla había encontrado aceptación en su propia gente y también había hallado a un hombre a quien amaba y que la amaba. Pero, a cambio de lo que había ganado, había experimentado algunas pérdidas. Su hijo era una de ellas; tenía que aceptar ese hecho.

Jondalar también se sentía desolado al ver cómo los últimos cuatro hombres regresaban a su hogar. Eran todos unos amigos con quienes había vivido durante varios años y a los que conocía bien. Aunque la relación entre ellos no era la que podía establecerse a través de su madre y los correspondientes vínculos, sentía que eran como parientes de su propia sangre. A causa del compromiso de Jondalar, que le

obligaba a retornar a sus raíces originales, aquellos hombres formaban una familia a la que jamás volvería a ver; eso le entristecía.

Cuando el último de los sharamudoi que les había acompañado desapareció de la vista, Lobo se sentó en el suelo, levantó la cabeza e inició una serie de gañidos que desembocaron en un aullido pleno y profundo, que turbó la tranquilidad de la soleada mañana. Los cuatro hombres aparecieron de nuevo en el sendero, más abajo, y agitaron la mano por última vez, respondiendo a la despedida de Lobo. De pronto, se oyó un aullido que provenía de otro lobo. Markeno giró la cabeza para ver de dónde procedía el segundo aullido, antes de comenzar el descenso del sendero. Después, Ayla y Jondalar se volvieron y contemplaron la montaña, con sus relucientes picos de hielo glacial de color verdeazulado.

Aunque no eran tan altas como las de la cadena que se extendía hacia el oeste, las montañas que ahora estaban atravesando se habían formado al mismo tiempo, en la más reciente de las épocas de surgimiento de aquellas elevaciones —reciente sólo por referencia a los poderosos y lentos movimientos de la gruesa corteza de piedra que flotaba sobre el núcleo fundido del antiguo planeta—. Elevado y plegado en una serie de riscos paralelos en el curso de la orogenia que había conformado el áspero relieve de todo el continente, el terreno irregular de esta expansión más oriental del extenso sistema de montañas estaba revestido de verdor.

Una extensión de árboles deciduos formaba una angosta faja entre las planicies que se extendían más abajo, todavía entibiadas por los vestigios del verano, y las alturas más frías. Principalmente robles y hayas con carpes y arces también prominentes; las hojas ya estaban convirtiéndose en un colorido tapiz de rojos y amarillos, que se acentuaban a causa del verdor permanente e intenso de los pinos en el reborde superior. Un manto de coníferas, que incluían no sólo abetos, sino tejos, abetos rojos, pinos y alerces de agujas de cirios, comenzaba a baja altura, trepaba hasta los recodos redondos de las prominencias inferiores y cubría las laderas empinadas de los riscos más altos, con sutiles variaciones de verde que contrastaban con el alerce amarilleante. Sobre la línea de los árboles había un collar de pastos alpinos con su verdor estival, que viraba al blanco a causa de la nieve al principio de la temporada. Coronando todo, aparecía el casco duro del hielo glacial de matices azules.

El color que había rozado las llanuras meridionales que se extendían más abajo con el toque efímero del estío breve y cálido, ya estaba desapareciendo y cedía su lugar a la acción general del frío. Aunque una corriente cálida había moderado sus peores efectos —el período entre los estadios dura varios miles de años—, el hielo glacial estaba reagrupándose para lanzar el último ataque contra la tierra, antes de que su retirada se convirtiese en desbandada miles de años más tarde. Pero incluso durante el intermedio más benigno antes de la ofensiva definitiva, el hielo glacial no sólo revestía los picos bajos y cubría los flancos de las altas montañas, sino que dominaba toda la extensión del continente.

En el accidentado paisaje boscoso, con el inconveniente suplementario de que tenían que arrastrar el bote redondo sobre la angarilla de estacas, Ayla y Jondalar caminaban más que cuando montaban los caballos. Remontaban pendientes muy acentuadas, atravesaban riscos, cruzaban zonas pedregosas y descendían las altas paredes de los barrancos secos que se formaban durante la crecida primaveral de la nieve y el hielo derretido, y durante las intensas lluvias otoñales de las montañas sureñas. Algunas zanjas profundas tenían agua en el fondo, y el líquido rezumaba a través del colchón de vegetación descompuesta y limo blando, que empapaba los pies tanto de los humanos como de los animales. Otras servían de cauce a arroyos claros, pero todas se llenarían muy pronto con la desbordante y tempestuosa descarga de los aguaceros del otoño.

En las elevaciones menores, en el bosque abierto de árboles de hojas anchas, los matorrales estorbaban su paso y les obligaban a dar rodeos o a buscar un camino para esquivar los arbustos y los brezales. Los tallos rígidos y los vástagos espinosos de las deliciosas zarzamoras constituían un obstáculo formidable que se enredaba tanto en los cabellos, las ropas y la piel como en los cueros y las pieles de vestir. El pelaje caliente y desordenado de los caballos de la estepa, adaptado a la vida en las llanuras abiertas y frías, se enredaba y enmarañaba fácilmente, e incluso Lobo recibió su parte de ramitas y hojas.

Se liberaron cuando, al fin, llegaron a la zona más elevada, de una vegetación de verdor permanente, cuya sombra, más o menos constante, mantenía en un mínimo el matorral bajo, aunque en las pendientes empinadas, donde el dosel no era tan denso, el sol penetraba con más intensidad de lo que habría sido el caso en terreno llano, lo que permitía la proliferación vegetal. No era mucho más fácil cabalgar en el bosque espeso de árboles altos, donde los caballos debían buscar su camino esquivando los obstáculos que presentaban los árboles, y sus jinetes debían agacharse cuando pasaban bajo las ramas bajas. Acamparon la primera noche en un pequeño claro sobre un promontorio rodeado por un colchón de hojas secas.

Se aproximaba el atardecer del segundo día cuando llegaron al límite de la arboleda. Finalmente, libres de los tediosos arbustos, y cuando ya habían dejado atrás los obstáculos de los árboles más altos, armaron la tienda junto a un arroyo de aguas rápidas y frías, frente a un amplio prado. Cuando liberaron a los caballos de los canastos, los animales estaban ansiosos por pastar. Aunque el forraje usual, más áspero y seco, de las elevaciones menores y más cálidas era aceptable, el pasto tierno y las hierbas alpinas del prado verde constituían un manjar bienvenido.

Un pequeño rebaño de ciervos compartía el prado; los machos estaban atareados frotándose las cornamentas en las ramas y los salientes, para librarlas del suave revestimiento de piel y de los vasos sanguíneos que los alimentaban, como preparación para la brama otoñal.

—Pronto llegará para esos animales la temporada de los placeres —comentó Jondalar, mientras armaban el hogar—. Están preparándose para los combates y las

hembras.

—¿Combatir es un placer para los machos? —preguntó Ayla.

—Nunca me lo planteé de ese modo, pero puede ser el caso para algunos —reconoció Jondalar.

—¿Te gusta luchar contra otros hombres?

Jondalar frunció el entrecejo y consideró seriamente la pregunta.

—He participado en esas contiendas. A veces uno se ve arrastrado, por diferentes razones, lo que no significa que me guste, sobre todo si la cosa va en serio. Pero no tengo inconveniente alguno en sostener una lucha para competir.

—Los hombres del clan no pelean entre ellos. No les está permitido, pero sí organizan competiciones —dijo Ayla—. Las mujeres también, pero de otro tipo.

—¿En qué se distinguen?

Ayla se detuvo a pensar.

—Los hombres compiten por lo que hacen; las mujeres, por lo que estiman —dijo, y después sonrió—, incluso las niñas, aunque es una competencia muy sutil y casi todas creen ser las triunfadoras.

A cierta altura en la montaña, Jondalar divisó una familia de musmones y señaló hacia las ovejas salvajes de enormes cuernos enroscados cerca de la cabeza.

—Ésos son auténticos guerreros —dijo Jondalar—. Cuando corren uno contra otro y chocan sus cabezas, producen un estruendo que semeja el estallido de un trueno.

—Cuando los ciervos y los moruecos se enfrentan con sus cornamentas o sus cuernos, ¿crees que realmente están combatiendo? ¿O sólo compiten? —preguntó Ayla.

—No lo sé. Pueden lastimarse, pero no es frecuente que lleguen a eso. Generalmente, uno cede cuando otro demuestra que es más fuerte, y a veces se limitan a pavonearse y mugir, y no pelean. Quizá sea más competencia que verdadera lucha —sonrió a Ayla—. Mujer, formulas preguntas interesantes.

Una fresca brisa se convirtió en una ráfaga fría cuando el sol desapareció de la vista. En horas más tempranas del día, algunas rachas de nieve habían descendido y se habían fundido en ese espacio soleado y abierto, pero otras se habían acumulado en las grietas oscuras, lo que anunciaba la posibilidad de una noche fría y de futuras y más intensas nevadas.

Lobo desapareció poco después de que hubieran armado la tienda de cueros. Como no regresó al oscurecer, Ayla comenzó a inquietarse.

—¿Crees que debería llamarle con un silbido? —preguntó, mientras se preparaban para dormir.

—Ayla, no es la primera vez que sale a cazar solo. Estás acostumbrada a tenerle a tu alrededor, porque siempre le obligas a estar pegado a ti. Volverá —dijo Jondalar.

—Confío en que haya retornado por la mañana —dijo Ayla, levantándose para mirar alrededor, e intentando inútilmente penetrar en la oscuridad que se extendía

más allá del fuego del campamento.

—Es un animal que conoce el camino. Ven y siéntate —concluyó Jondalar. Echó otro trozo de madera al fuego y observó las chispas que se elevaban hacia el cielo—. Mira esas estrellas. ¿Habías visto antes tantas?

Ayla elevó la mirada y un sentimiento de maravillada sorpresa se apoderó de ella.

—Sí, parece que hay muchas. Quizá porque aquí estamos más cerca y vemos un número mayor, especialmente las más pequeñas…, ¿o será que están más lejos? ¿Crees que hay más y más estrellas?

—No lo sé. Nunca pensé en ello. ¿Quién podría saberlo?

—¿Te parece que tu Zelandoni podría?

—Ella quizá lo sepa, pero no estoy seguro de que lo revele. Ciertas cosas sólo pueden saberlas Los Que Sirven a la Madre. Ayla, haces las preguntas más extrañas —dijo Jondalar, al tiempo que sentía un escalofrío. Aunque no estaba seguro de que aquella sensación proviniese del frío exterior, agregó—: Estoy enfriándome, y hemos de partir temprano. Dolando dijo que las lluvias pueden comenzar de un momento a otro, y eso quizá signifique que aquí nevará. Desearía haberme alejado de este lugar antes de que nieve.

—Volveré enseguida. Sólo quiero asegurarme de que Whinney y Corredor están bien. Quizá Lobo les acompañe.

Ayla continuaba preocupada cuando se deslizó bajo sus pieles de dormir y tardó en conciliar el sueño, pues trataba de escuchar todos los ruidos que podían anunciarle el retorno del animal.

Estaba oscuro, demasiado oscuro para ver más allá de las innumerables estrellas que se extendían sobre el fuego de la noche oscura, pero ella continuaba mirando. De pronto, dos estrellas, dos luces amarillas en la oscuridad, se movieron simultáneamente. Eran ojos, los ojos de un lobo que la miraba. El lobo se volvió y comenzó a alejarse, y Ayla comprendió que deseaba que ella le siguiese; pero, cuando comenzó a caminar en pos del animal, de pronto un enorme oso le cerró el paso.

Ella retrocedió atemorizada cuando el oso se irguió sobre las patas traseras y gruñó. Pero cuando miró de nuevo, descubrió que no era un verdadero oso. Era Creb, el Mog-Ur, ataviado con su capa de piel de oso.

Oyó a lo lejos la voz de su hijo que la llamaba. Miró más allá del gran mago y vio a Lobo, pero no era sólo un lobo. Era el espíritu del Lobo, el tótem de Durc, y deseaba que ella le siguiese. De pronto, el espíritu del Lobo se convirtió en su hijo, y ahora Durc era quien quería que ella le acompañase. La llamó de nuevo, pero cuando Ayla trató de acercarse, Creb, de nuevo, le impidió el paso. Creb señaló algo que estaba detrás de Ayla.

Ayla se volvió y vio un sendero que ascendía hasta una caverna, no una gruta profunda, sino una cornisa de roca de color claro al costado de un

risco, y sobre ella un extraño peñasco que parecía inmovilizado en el acto de desplomarse. Cuando miró hacia atrás, Creb y Durc habían desaparecido.

—¡Creb! ¡Durc! ¿Dónde estáis? —gritó Ayla, sentándose bruscamente.

—Ayla, estás soñando otra vez —dijo Jondalar, que también se sentó.

—Desaparecieron. ¿Por qué no me permitieron ir con ellos? —preguntó Ayla, con lágrimas en los ojos y un sollozo en la voz.

—¿Quién desapareció? —preguntó Jondalar, abrazándola.

—Durc se marchó y Creb no me permitió acompañarle. Me cerró el paso. ¿Por qué no me permitió ir con él? —dijo Ayla, llorando en brazos de Jondalar.

—Fue un sueño, Ayla. Nada más que un sueño. Quizá signifique algo, pero fue sólo un sueño.

—Tienes razón. Sé que tienes razón, pero lo sentía tan real —dijo Ayla.

—Ayla, ¿estuviste pensando en tu hijo?

—Creo que sí —confirmó ella—. Estuve pensando que jamás volveré a verlo.

—Quizá por eso soñaste con él. Zelandoni siempre decía que, cuando tienes un sueño así, debes tratar de recordar todos los detalles, y que llega el momento en que quizá lo comprendas —dijo Jondalar, tratando de ver la cara de Ayla en la oscuridad —. Ahora, vuelve a dormirte.

Ambos permanecieron despiertos un rato, pero finalmente se adormecieron otra vez. Cuando despertaron a la mañana siguiente, el cielo estaba nublado; Jondalar deseaba iniciar la marcha, pero Lobo no había regresado aún. Ayla le silbaba de tanto en tanto, mientras desarmaban la tienda y arreglaban los canastos; pero el animal no aparecía.

—Ayla, tenemos que partir. Nos alcanzará, como hace siempre —indicó Jondalar.

—No me marcharé hasta que no sepa dónde está —amenazó Ayla—. Tú puedes irte o esperar aquí. Yo iré a buscarle.

—¿Cómo puedes buscarle? No sabemos dónde está ese animal.

—Quizá se ha dado la vuelta. Simpatizó mucho con Shamio —dijo Ayla—. Tal vez deberíamos volver a buscarle.

—¡No retornaremos! Sobre todo, después de haber avanzado tanto.

—Lo haré, si es necesario. No me alejaré antes de encontrar a Lobo —dijo Ayla.

Jondalar movió la cabeza mientras Ayla comenzaba a desandar camino. Estaba claro que la decisión de la joven era inamovible. Ya podrían haber iniciado la marcha de no haber sido por ese animal. ¡Por lo que a Jondalar se refería, los sharamudoi podían quedarse con él!

Ayla continuó silbando mientras caminaban, y de pronto, en el momento mismo en que ella comenzaba a regresar al bosque, Lobo apareció sobre el extremo opuesto del claro y corrió hacia ella. Saltó sobre Ayla, a la que casi derribó, apoyó las patas en los hombros de la joven y le lamió la boca y le mordisqueó suavemente el mentón.

—¡Lobo! ¡Lobo, estás aquí! ¿Dónde te habías escondido? —preguntó Ayla,

cogiéndole del pelaje, frotando su cara con la del animal y aplicándole los dientes al mentón, para corresponder a su saludo—. Estaba tan preocupada por ti. No debes desaparecer de ese modo.

—¿Crees que ahora podemos partir? —preguntó Jondalar—. Hemos perdido casi la mitad de la mañana.

—Al fin ha vuelto y no hemos tenido que desandar todo el camino —dijo Ayla, mientras montaba en Whinney—. ¿Hacia dónde quieres ir? Estoy preparada.

Atravesaron el prado sin hablar, cada uno molesto con el otro, hasta que llegaron a un risco. Lo recorrieron, buscando la forma de pasarlo; finalmente llegaron a una ladera empinada cubierta de grava suelta y de piedras. El suelo parecía muy inestable y Jondalar trató de hallar otro camino. Si hubieran estado solos, tal vez hubieran podido trepar por varios sitios, pero el único lugar que parecía transitable por los caballos era la pendiente de piedras sueltas.

—Ayla, ¿crees que los caballos pueden intentarlo? No creo que haya otro camino, excepto descender y tratar de rodear el risco.

—Dijiste antes que no deseabas regresar —contestó Ayla—, especialmente por un animal.

—No lo quiero, pero si es necesario, habrá que hacerlo. Si te parece que es demasiado peligroso para los caballos, no lo intentaremos.

—¿Qué dirías si pensara que es demasiado peligroso para Lobo? En ese caso, ¿lo dejaríamos atrás? —dijo Ayla.

A juicio de Jondalar, los caballos eran útiles, y aunque simpatizaba con el lobo, sencillamente no creía que fuese necesario retrasarse por él. Pero era evidente que Ayla no coincidía con esa opinión; había sentido una corriente subterránea de falta de coincidencia entre ellos, cierta tensión derivada probablemente de que ella deseaba permanecer con los sharamudoi. Pensó que, una vez que se alejaran un poco, ella esperaría con ansiedad el momento de llegar a destino; pero no quería que Ayla se sintiese más desgraciada de lo que ya lo era.

—No es que quisiese dejar atrás a Lobo. Solamente pensé que nos alcanzaría, como acaba de hacerlo —explicó Jondalar, pese a que había estado a un paso de abandonarlo.

Ella intuyó que tras de todo aquello había más de lo que él decía, pero tampoco a Ayla le resultaba agradable acentuar entre ellos la distancia provocada por aquel desacuerdo; ahora que Lobo había vuelto, se sentía aliviada. Una vez disipada la ansiedad, también se calmó su cólera. Desmontó y comenzó a trepar por la pendiente para tantearla. No estaba del todo segura de que los caballos pudiesen remontarla. Pero él había dicho que buscarían otro paso si los animales no conseguían cruzar el risco.

—No estoy segura, Jondalar, pero creo que deberíamos intentarlo. Pienso que no es tan difícil como parece. Si los caballos no consiguen atravesar este lugar, podemos regresar y ver si hay otro camino —dijo Ayla.

En realidad, el suelo no era tan inestable como parecía. Aunque pasaron algunos momentos desagradables, los dos se sorprendieron de la soltura con que los caballos treparon la pendiente. Se alegraron de dejar atrás el obstáculo, pero, cuando continuaron trepando, encontraron otras zonas más difíciles. En la inquietud común de uno por el otro y de ambos por los caballos, volvieron a conversar serenamente.

La pendiente fue fácil para Lobo. Había alcanzado la cima y descendido de nuevo mientras ellos conducían con cuidado a los caballos. Cuando llegaron a la cima, Ayla lo llamó con un silbido y esperó. Jondalar la miró, y pensó que Ayla parecía haber adoptado una actitud mucho más protectora frente al animal. Se preguntó cuál sería la razón, y hasta pensó en preguntárselo, pero cambió de idea temiendo que se molestase; después decidió que, de todos modos, abordaría el tema.

—Ayla, ¿estoy equivocado o te preocupas más que antes por Lobo? Solías permitirle que fuese y viniese. Quisiera que me explicaras qué es lo que te inquieta. Tú misma dijiste que no debíamos ocultarnos nada el uno al otro.

Ella respiró hondo, cerró los ojos y la frente se le cubrió de arrugas. Después miró a Jondalar.

—Tienes razón. No es que esté ocultándote algo. Traté de ocultármelo yo misma. ¿Recuerdas esos ciervos que hemos visto allá abajo, los que estaban desprendiéndose del vello de su cornamenta?

—Sí —asintió Jondalar.

—No estoy segura, pero quizá sea también la estación de los placeres para los lobos. Ni siquiera quiero pensar en ello, por temor a que, al pensarlo, lo convierta en realidad, pero Tholie tocó el tema cuando estuve hablándole de Bebé, que se había ido en busca de su propia compañera. Tholie me preguntó si creía que Lobo se alejaría un día, como había hecho Bebé. Jondalar, no quiero que Lobo se marche. Para mí es casi como un hijo.

—¿Y qué crees que hará?

—Antes de que Bebé se fuese, se ausentaba cada vez más tiempo. Primero un día, después varios días, y a veces, cuando regresaba, yo podía ver que había estado peleándose. Sabía que había estado buscando compañera, y encontró una. Ahora, cada vez que Lobo se aleja, temo que haya salido a buscar compañera —confesó Ayla.

—De modo que es eso. No sé muy bien si podemos hacer algo al respecto, pero ¿es probable? —preguntó Jondalar. Involuntariamente, le asaltó el pensamiento de que deseaba que se fuese. No quería que ella se sintiera desgraciada, pero más de una vez el lobo les había retrasado o provocado tensión entre ellos. Jondalar tenía que reconocer que si Lobo encontraba compañera y se alejaba con ella, él le desearía buena suerte y se alegraría de su desaparición.

—No lo sé —dijo Ayla—. Hasta ahora siempre ha regresado, y parece feliz de viajar con nosotros. Me saluda como si pensara que somos su manada, pero sabemos lo que sucede con los placeres. Es un don poderoso. La necesidad puede ser muy

intensa.

—Es cierto. Bien, no sé si podrás hacer algo para remediar la situación, pero me alegro de que me lo hayas dicho.

Cabalgaron juntos en silencio un rato; ascendieron a otro prado alto, pero entre ellos el silencio era amistoso. Jondalar se alegraba de que Ayla le hubiese revelado la causa de su inquietud. Por lo menos, ahora comprendía un poco mejor la extraña conducta de la joven. Había estado comportándose como una madre muy preocupada, aunque él se alegraba de que ésa no fuese la actitud usual de Ayla. Jondalar siempre compadecía a los muchachos cuyas madres no les permitían hacer cosas que podían ser un tanto peligrosas, como internarse en una caverna o trepar por lugares altos.

—Mira, Ayla. Allí hay un íbice —dijo Jondalar, señalando a un animal menudo y hermoso, parecido a la cabra, con largos cuernos curvos. Estaba encaramado a una peligrosa cornisa, a gran altura en la montaña—. Los he cazado antes. Y mira hacia allí. ¡Son gamuzas!

—¿Es ése realmente el animal que cazan los shamudoi? —preguntó Ayla mientras observaba al antílope, pariente de la cabra montesa, con cuernos rectos más pequeños, brincando entre picos inaccesibles y rocas escarpadas.

—Sí. Fui con ellos a cazarlos.

—¿Cómo es posible atrapar animales como ése? ¿Cómo puede uno acercarse a ellos?

—Es cuestión de trepar acercándose a ellos por detrás. Siempre tienden a mirar hacia abajo, para evitar una caída peligrosa, de modo que si uno consigue aproximarse desde un nivel superior, generalmente puede acercarse lo suficiente para matarlos. Ahora comprenderás que el lanzavenablos puede representar una gran ventaja —explicó Jondalar.

—Ahora aprecio incluso más ese conjunto que me regaló Roshario —dijo Ayla.

Continuaron ascendiendo; hacia el atardecer estaban exactamente debajo del límite de las nubes. A ambos lados se elevaban las paredes cortadas a pico, con zonas de hielo y nieve no mucho más arriba. La cima de la pendiente que se elevaba al frente terminaba en el cielo azul y parecía conducir al borde mismo del mundo. Cuando llegaron a la cumbre, se detuvieron y miraron. El paisaje era espectacular.

Detrás se extendía una ancha perspectiva de la línea que habían seguido para ascender a la montaña, a partir del límite de la arboleda. Debajo, las pendientes alfombradas de verde revestían la roca dura y disimulaban el terreno accidentado que habían recorrido con mucho esfuerzo. Hacia el este, todavía podían ver la llanura que quedaba abajo, con sus sinuosas cintas de agua que fluían perezosamente, una circunstancia que sorprendió a Ayla. El Río de la Gran Madre parecía apenas poco más que unos cuantos hilos de agua vistos desde aquel punto de la frígida cumbre de la montaña, y no podía hacerse a la idea de que mucho tiempo atrás había viajado atravesando un territorio caluroso, siguiendo un ancho caudal de agua. Enfrente divisaban el panorama de la siguiente cadena montañosa, un poco más baja, y el

profundo valle de frondosas agujas verdes que las separaban. Cerca de allí se alzaban los relucientes picos coronados de hielo.

Ayla miró a su alrededor, sobrecogida, los ojos brillándole de asombro, conmovida por la grandiosidad y la belleza del panorama. En el aire frío y áspero, las bocanadas de vapor que escapaban de su boca eran testigo de su excitada respiración.

—¡Oh, Jondalar, estamos más altos que el resto del mundo! Nunca me he encontrado a tanta altura. ¡Siento como si estuviera en la cima del mundo! —dijo—. Y es tan…, tan bello, tan sugestivo.

Mientras el hombre observaba las expresiones maravilladas, los ojos chispeantes de la joven y su hermosa sonrisa, el entusiasmo que él mismo sentía ante aquel panorama dramático se acentuó a causa de la excitación de su compañera; de pronto, se sintió dominado por un deseo inmediato de acercarse a ella.

—Sí, tan bello, tan sugestivo —dijo Jondalar—. Algo en la voz del hombre provocó en Ayla un estremecimiento que la impulsó a desviar los ojos de la extraordinaria vista para contemplar a su compañero.

Los ojos de Jondalar reflejaban un azul de inverosímil intensidad; durante un momento pareció como si hubiera robado dos pedacitos de cielo de un azul profundo y luminoso, y los hubiera saturado con su amor y su deseo. Ayla se sintió atrapada por ellos, prendida en su encanto inefable, cuya fuente era para ella algo tan sutil como la magia de su amor, pero que era, al mismo tiempo, algo que ella no podía —y no quería— negar. El deseo que inspiraba a Jondalar había sido siempre la «señal» que él le enviaba. Para Ayla no era un acto de la voluntad, sino una tensión física, una necesidad tan intensa y premiosa como la del propio Jondalar.

Sin advertir siquiera que se movía, de pronto Ayla se encontró en brazos de Jondalar, sintiendo la intensa presión de su cuerpo y su boca cálida y ansiosa. Ciertamente, en la vida de Ayla no faltaban los placeres; compartían regularmente ese don de la Madre y con intenso goce, pero aquel momento era excepcional. Quizá fuera la excitación del ambiente, pero, en todo caso, sintió que todas sus sensaciones se acentuaban. En todos los lugares sentía la presión del cuerpo masculino sobre ella y una especie de cosquilleo recorría su propio cuerpo; las manos de Jondalar en su espalda, los brazos en torno a ella, los muslos contra sus muslos femeninos. El bulto en la ingle, que ella sentía a través del espesor de las prendas de invierno forradas de piel, parecía tibio, y los labios de Jondalar sobre los suyos suscitaron en ella una sensación indescriptible, que la impelía a desear que él jamás se detuviera.

Apenas la soltó y retrocedió lo suficiente para aflojar la prenda que la cubría, el cuerpo de Ayla se sintió casi dolorido a causa del deseo y de la inminencia del contacto. Ya no podía esperar, y, sin embargo, no deseaba que él se precipitase. Cuando Jondalar deslizó la mano bajo la túnica para cerrarla sobre los senos de Ayla, ella se alegró de que las manos del hombre estuviesen frías, porque así provocaban una sensación de contraste con la calidez que ella sentía en su interior. Ahogó una exclamación cuando él apretó un pezón duro; sintió fuegos que le pusieron piel de

gallina, y que después se desplazaron por todo su cuerpo hasta el lugar profundo que ardía porque ansiaba todavía más.

Jondalar sintió las intensas reacciones de Ayla y percibió la sensación paralela de su propio ardor. Su miembro surgió erecto y latió en su plenitud. Sintió la lengua suave y tibia de Ayla, que le exploraba la boca y succionaba. Después, él la soltó para buscar la suave tibieza de la de Ayla y, de pronto, experimentó el deseo irresistible de saborear la sal tibia y sentir los pliegues húmedos de la otra abertura de Ayla, pero no quería dejar de besarla. Deseaba tenerla toda ella al mismo tiempo. Le sostuvo los dos senos con las manos, jugó con ambos pezones, pellizcando y frotando, y después le levantó la túnica e introdujo uno en su boca y succionó con fuerza, sintiendo al mismo tiempo la presión de Ayla contra él y percibiendo su gemido de placer.

Experimentó una vibración e imaginó toda su virilidad entrando en ella. Se besaron de nuevo y ella sintió la fuerza de su propia necesidad y también que su ansia se acentuaba. Tenía hambre de su contacto, de sus manos, de su cuerpo, de su boca y de su virilidad.

Él comenzó a quitarle la chaqueta y ella le ayudó a hacerlo, deleitándose con el viento frío, que le parecía cálido cuando él acercaba su boca a la boca de Ayla y sus manos al cuerpo de la mujer. Jondalar desató un cordel de los calzones; ella sintió que descendían y caían a un lado. Ambos se acostaron sobre la chaqueta de Ayla; las manos de Jondalar le acariciaron las caderas y el estómago y el interior de los muslos. Ella se abrió para aceptar el contacto.

Él se colocó entre las piernas de Ayla, y la calidez de su lengua cuando la saboreó provocó punzadas de excitación a través del cuerpo femenino. Ayla se mostraba tan sensible, sus reacciones eran tan intensas, que todo parecía casi insoportable, intolerablemente estimulante.

Jondalar sintió la respuesta intensa e inmediata al contacto suave. Él había sido entrenado como tallador de pedernal, como fabricante de herramientas de piedra y armas de caza, y era uno de los más hábiles porque tenía sensibilidad para la piedra, con sus reacciones delicadas y sutiles. Las mujeres reaccionaban frente a su percepción y su manipulación sensible del mismo modo que reaccionaba un delicado fragmento de pedernal, y ambos daban de sí lo mejor que tenían. Gozaba sinceramente al ver cómo surgía una hermosa herramienta de un buen trozo de pedernal, al conjuro de su toque diestro, o al sentir que una mujer se excitaba hasta el nivel más alto de sus posibilidades, y había dedicado mucho tiempo a practicar las dos cosas.

Con su inclinación natural y su sincero deseo de conocer los sentimientos de una mujer, y sobre todo los de Ayla, en el momento más íntimo, sabía que un toque levísimo la excitaría más, en ese momento, aunque una técnica diferente podía ser la apropiada más tarde.

Besó la cara interior del muslo de Ayla; después ascendió con la lengua y percibió cómo surgían pequeños abultamientos provocados por los escalofríos. Golpeados por

el viento frío, Jondalar sintió que ella se estremecía, y aunque Ayla tenía los ojos cerrados y no oponía resistencia, él pudo ver que estaba cubierta de piel de gallina. Se incorporó y se quitó su propia chaqueta para cubrirla, pero la dejó desnuda por debajo de la cintura.

Aunque no hubiera reparado en ello, la prenda forrada de piel de Jondalar, todavía caliente por el contacto con su cuerpo y saturada de su aroma masculino, resultaba maravillosa. El contraste del viento frío que acariciaba la piel de sus muslos, húmedos a causa de la lengua de Jondalar, le provocaba estremecimientos de placer. Ayla sintió la tibieza y la humedad entre sus pliegues, y el estremecimiento instantáneo provocado por el frío se colmó de un ardiente calor. Con un gemido, se arqueó para recibirlo.

Con las dos manos apartó los pliegues, admiró la bella flor rosada de su naturaleza femenina y después, incapaz de contenerse, entibió los pétalos que se enfriaban con su lengua húmeda, saboreando el gusto de la mujer. Ella sintió la calidez, y después el frío, y correspondió con un estremecimiento. Era una sensación nueva, no algo que él hubiera hecho antes. Jondalar estaba utilizando el aire mismo de la cumbre de la montaña para producirle placer, y en un rincón muy profundo de su espíritu ella se maravilló.

Pero cuando continuó, se olvidó del aire. Con una presión más intensa y la consabida provocación de su boca y sus manos, estimulando, alentando e incitando a los sentidos de Ayla a responder, ella perdió toda conciencia del lugar en que estaba. Sentía sólo la boca de Jondalar que succionaba, su lengua que lamía y exploraba el lugar del placer, sus dedos hábiles que la penetraban, y después sólo la marea ascendente, hasta que alcanzó la cima, y se desbordó, mientras Ayla buscaba la virilidad de Jondalar y la guiaba hacia su cavidad. Enarcó las caderas y él la colmó.

Jondalar introdujo profundamente su miembro, cerrando los ojos al sentir el estrechamiento cálido y húmedo. Esperó un momento, después retrocedió y sintió la caricia del túnel profundo, y embistió de nuevo. Se hundió, se retiró, y cada golpe le llevaba más dentro y aumentaba la presión en su interior. Jondalar oyó el gemido de Ayla, sintió que la joven se elevaba de nuevo hacia él; entonces se quedó allí parado y explotó con la liberación de una oleada tras otra de placer.

En el silencio, sólo el viento hablaba. Los caballos habían esperado pacientemente; el lobo había observado con interés, pero había aprendido a contener su curiosidad más activa. Finalmente, Jondalar elevó su cuerpo, se apoyó en los brazos y miró a la mujer a la que amaba.

—Ayla, ¿qué sucedería si hubiéramos comenzado a formar un niño? —preguntó.

—No te preocupes, Jondalar. No creo que suceda. —Ella se felicitaba por haber hallado más plantas anticonceptivas, y estaba tentada de revelárselo a Jondalar como ya se lo había explicado a Tholie. Pero Tholie se había sentido tan confundida al principio, a pesar de que era mujer, que Ayla no se atrevió a hablar de ello con el hombre—. No estoy segura, pero no creo que éste sea el momento en que yo pueda

quedar embarazada —dijo, y era cierto que no estaba del todo segura.

Al final Iza había tenido una hija, a pesar de que había bebido durante años la infusión anticonceptiva. Quizá las plantas especiales perdieron su eficacia después de mucho uso, pensó Ayla, o tal vez Iza se había olvidado de tomarlas, aunque esto último era improbable. Ayla se preguntó qué sucedería si ella dejaba de beber la infusión matutina.

Jondalar abrigaba la esperanza de que ella tuviese razón, aunque su mente deseaba lo contrario. Se preguntaba si alguna vez habría un hijo en su hogar, un niño nacido de su espíritu o, quizá, de su propia esencia.

Pasaron algunos días antes de que llegaran a la cadena siguiente, que era más baja, y no sobrepasaba mucho la línea de árboles; pero desde allí pudieron ver por primera vez las dilatadas estepas occidentales. Era un día terso y claro, aunque había nevado antes, y a lo lejos entrevieron otra cadena más alta de montañas cubiertas de hielo. Abajo, en la llanura, vieron un río que corría hacia el sur, para desembocar en lo que parecía un lago grande y caudaloso.

—¿Es el Río de la Gran Madre? —preguntó Ayla.

—No. Es la Hermana, y tenemos que cruzarlo. Creo que será la travesía más difícil de todo nuestro viaje —explicó Jondalar—. ¿Ves allí, hacia el sur, donde el agua se extiende de modo que parece un lago? Ésa es la Madre, o más bien el lugar en donde la Hermana se une con ella… o lo intenta. Refluye y se desborda, y las corrientes son traicioneras. No intentaremos cruzar por allí, pero Carlono dijo que es un río turbulento, incluso en el curso superior.

Tal como estaban las cosas, el día en que miraron desde lo alto hacia el oeste, apostados en la segunda cadena, fue el último día de buen tiempo. Despertaron por la mañana bajo un cielo nublado y amenazador, tan bajo que se fundía con la bruma que flotaba sobre las depresiones y los bajíos. La niebla era casi palpable en el aire, y cubría con gotitas minúsculas los cabellos y las pieles. El paisaje estaba envuelto en una mortaja incorpórea que permitía que los árboles y las rocas no cobraran perfiles concretos a partir de formas confusas hasta el momento en que ellos se acercaban.

Por la tarde, con un inesperado y resonante retumbar de truenos, se abrió el cielo, iluminado apenas unos segundos antes por un súbito rayo de luz. Ayla se sobresaltó, sorprendida, y se estremeció sobrecogida cuando los relámpagos luminosos de luz blanca surcaron el cielo sobre el trasfondo de las cumbres de las montañas. Pero no era el rayo lo que la asustaba, sino la anticipación del ruido explosivo que presagiaba.

Ayla se encogía cada vez que oía un estruendo lejano o un rumor cercano, y con cada estallido del trueno parecía que la lluvia caía con más fuerza, como si el ruido la obligase a desprenderse de las nubes. Mientras descendían por la ladera occidental de las montañas, la lluvia caía en cortinas espesas como cascadas. Los arroyos se colmaban y desbordaban, y los riachuelos que saltaban sobre las cornisas se

convertían en torrentes arrolladores. El suelo se hizo resbaladizo y comenzó a ser peligroso en algunos lugares.

Ambos sentían la gran satisfacción de contar con los chaquetones mamutoi contra la lluvia, una prenda confeccionada con cueros depilados de ciervo; el de Jondalar era de cuero de megaceros, el ciervo gigante de las estepas, y el de Ayla estaba confeccionado con piel de reno norteño. Se ponían sobre las chaquetas de piel cuando el viento era frío, o sobre las túnicas usuales cuando era más cálido. Su cara externa estaba teñida de rojo y amarillo. Los pigmentos minerales habían sido mezclados con sustancias grasas, y el color se aplicaba a los cueros con un instrumento especial para bruñir, fabricado con huesos de las costillas; este preparado confería a las prendas un lustre consistente y brillante, que era también un buen repelente del agua. Incluso húmeda, esa prenda proporcionaba cierta protección, pero el acabado bruñido y saturado de grasa no podía impedir totalmente la penetración del impresionante diluvio.

Cuando se detuvieron para pasar la noche y armar la tienda, todo estaba mojado, incluso las pieles de dormir; además, era imposible hacer fuego. Llevaron leña al interior de la tienda, sobre todo las ramas inferiores secas de las coníferas, con la esperanza de que se secaran en el transcurso de la noche. Por la mañana continuaba lloviendo y las ropas seguían mojadas; pero usando una piedra de fuego y la yesca que traía consigo, Ayla consiguió encender un pequeño fuego, lo suficiente para hervir un poco de agua y preparar una infusión caliente. Comieron sólo las tortas cuadradas y aplastadas que Roshario les había entregado para alimentarse durante el viaje y que eran una variante del alimento usual, compacto y nutritivo, que podía mantener indefinidamente a una persona aunque sólo comiera eso. Consistía en cierta variedad de carne seca, molida y mezclada con grasa, generalmente una fruta seca del tipo de las bayas, y a veces granos o raíces parcialmente cocidos.

Los caballos estaban frente a la tienda, impasibles, las cabezas inclinadas y el agua chorreando por el largo pelaje de invierno, y el bote redondo se había desprendido y estaba casi lleno de agua. Jondalar y Ayla estaban dispuestos a dejarlo, junto con las pértigas que servían para arrastrarlo. La angarilla, que había sido útil para transportar cargas sobre las praderas abiertas, y el bote redondo —un medio eficaz de transportar los enseres al cruzar los ríos—, se habían convertido en un impedimento en las montañas accidentadas y boscosas. Habían frenado la velocidad del desplazamiento, e incluso podían resultar peligrosos al descender por las laderas difíciles bajo una lluvia torrencial. Si Jondalar no hubiera sabido que durante gran parte del resto de su viaje aún tendrían que cruzar planicies, los habría abandonado mucho antes.

Desataron el bote sujeto a las pértigas y volcaron el agua, poniendo el bote boca abajo, y finalmente lo colocaron sobre ellos. Estando allí debajo, sosteniendo el bote redondo sobre la cabeza, se miraron y sonrieron. Por el momento estaban a salvo de la lluvia. No se les había ocurrido que el bote, que les permitía flotar sobre el agua de

un río, también podía servir de techo para cortar el paso de la lluvia. Quizá no mientras avanzaban, pero, por lo menos, podían utilizarlo para librarse de la lluvia durante un rato, cuando caía con mucha fuerza.

Mas ese descubrimiento no resolvía el problema del transporte del artefacto. Y entonces, como si ambos hubieran tenido simultáneamente la misma idea, colocaron el bote redondo sobre el lomo de Whinney. Si conseguían encontrar la forma de mantenerlo en aquella posición, les ayudaría a conservar secos la tienda y dos de los canastos. Sirviéndose de las pértigas y de algunas cuerdas, idearon un modo de sostener el bote sobre el lomo de la paciente yegua. Resultaba un tanto engorroso, y sabían que a veces sería demasiado ancho, lo que les obligaría a desviarse del camino o a retirarlo de la yegua; pero no creían que, en definitiva, fuese más difícil de lo que habían afrontado antes, y bien podía beneficiarles en algo.

Prepararon y cargaron los caballos, pero sin la intención de montarlos. En cambio, extendieron sobre el lomo de Whinney la pesada y húmeda tienda de cuero y la manta que cubría el suelo, y sobre ellas depositaron el bote redondo, sostenido por las pértigas cruzadas. Sobre el lomo de Corredor extendieron un pesado cobertor confeccionado con cuero de mamut, que Ayla había usado para cubrir el canasto en el que llevaba el alimento, para cubrir también sus dos canastos.

Antes de partir, Ayla pasó un tiempo con Whinney, calmándola y dándole las gracias, empleando el lenguaje especial que ella había desarrollado en el valle. No se le había ocurrido siquiera preguntarse si realmente Whinney la entendía. El lenguaje era familiar y tranquilizador, y la yegua respondía visiblemente a ciertos sonidos y movimientos, interpretados como señales.

Incluso Corredor movía las orejas, agitaba la cabeza y relinchaba suavemente cuando ella hablaba; Jondalar, por su parte, suponía que se comunicaba con los caballos de un modo especial que él no atinaba a entender, a pesar de que comprendía ciertas cosas que Ayla decía. Era parte del misterio de esa mujer, ese misterio que le tenía fascinado.

Después, comenzaron a descender el accidentado terreno al frente de los caballos, señalándoles el camino. Lobo, que había pasado la noche dentro de la tienda y al principio no estaba tan empapado, al poco rato ofrecía un aspecto peor aún que el de los caballos. Su pelaje, generalmente espeso y esponjoso, se había pegado al cuerpo, parecía disminuir sus proporciones y mostrar los perfiles de los huesos y los músculos. Las chaquetas de piel del hombre y la mujer estaban mojadas pero eran bastante cálidas aunque no del todo cómodas, especialmente con la piel húmeda y apelmazada que forraba las capuchas. Al cabo de un rato, el agua comenzó a descender por su cuello, pero poco podían hacer para remediarlo. Mientras el cielo tormentoso continuaba enviando sus torrentes de agua, Ayla llegó a la conclusión de que la lluvia era el tipo de tiempo que menos le agradaba.

Siguió lloviendo durante algunos días más casi constantemente, mientras descendían la ladera de la montaña. Cuando llegaron a las altas coníferas,

encontraron cierta protección bajo su dosel, pero dejaron atrás la mayor parte de los árboles allí donde se abría una amplia terraza, aunque el río quedaba mucho más abajo. Ayla comenzó a darse cuenta de que el río que ella había visto desde lo alto debía estar mucho más lejos y ser más grande aún de lo que ella creía. Aunque había amainado un tanto, la lluvia seguía cayendo, y sin la protección de los árboles, por escasa que fuera, todos se sentían mojados y en un estado lastimoso, aunque ahora tenían una ventaja: podían montar en los caballos, por lo menos parte del tiempo.

Cabalgaron hacia el oeste y descendieron por una serie de terrazas de loess que partían de las montañas; las más altas estaban atravesadas por innumerables arroyuelos colmados y desbordados por las aguas que bajaban de las tierras altas, fruto del diluvio que caía del cielo. Chapotearon a través del lodo y cruzaron varios cursos de aguas remolineantes que procedían de las alturas. Después, descendieron a otra terraza e inesperadamente encontraron un pequeño asentamiento.

Los toscos refugios de madera, poco más que improvisados, sin duda armados deprisa, parecían ruinosos, pero ofrecían cierta protección contra el agua que caía constantemente, y constituyeron una grata sorpresa para los viajeros. Ayla y Jondalar se acercaron a toda prisa. Desmontaron, conscientes del temor que los animales domesticados podían despertar en la gente, y llamaron en sharamudoi, con la esperanza de que fuese una lengua conocida. Pero no hubo respuesta; cuando miraron más de cerca, quedó claro que allí no había nadie.

—Estoy seguro de que la Madre comprende que necesitamos refugio. Doni no se opondrá si entramos —dijo Jondalar, que penetró en una choza y miró alrededor. Estaba completamente vacía, excepto una correa de cuero que colgaba de una clavija; el piso de tierra era una masa de lodo blando por donde un arroyo había atravesado el lugar antes de desviarse. Salieron y se acercaron a la choza más grande.

Al aproximarse, Ayla comprendió que algo importante faltaba.

—Jondalar, ¿dónde está el donii? No veo la figura de la Madre protegiendo la entrada.

Él miró alrededor y asintió.

—Seguramente se trata de un campamento de verano provisional. No dejaron un donii porque no querían que Ella lo protegiese. Quien construyó esto no esperaba que durase todo el invierno. Abandonaron el lugar, se marcharon y se llevaron todo con ellos. Probablemente se trasladaron a terrenos más altos cuando comenzaron las lluvias.

Entraron en la estructura más grande y descubrieron que era más sólida que la otra. Había grietas sin reparar en las paredes y la lluvia se filtraba por diferentes puntos del techo, pero el tosco piso de madera estaba a cierta altura sobre el nivel del lodo pegajoso y había algunos tarugos de madera desparramados cerca del hogar construido con piedras, a la altura del piso. Era el lugar más seco y cómodo que habían visto en varios días.

Salieron, depositaron la angarilla y metieron los caballos. Ayla encendió fuego

mientras Jondalar entraba en una de las estructuras más pequeñas y comenzaba a arrancar maderas de las paredes interiores secas, para utilizarlas como leña. Cuando regresó, Ayla ya había tendido gruesas cuerdas a través de la habitación, atándolas a clavijas que encontró en la pared para tender en ellas las ropas y las mantas mojadas.

Jondalar la ayudó a desplegar la tienda y a tenderla en una cuerda, pero tuvieron que recogerla un poco para evitar una gran gotera que la empapaba todavía más.

—Deberíamos hacer algo para reparar la estructura del techo —dijo Jondalar.

—He visto que cerca de aquí crece la espadaña —dijo Ayla—. No se necesitaría mucho tiempo para tejer unas esteras con las hojas, y así podríamos cubrir los agujeros.

Salieron a recoger las hojas de espadaña, resistentes y bastante duras, para reparar las goteras del techo; cada uno cortó una brazada de plantas. Las hojas que bordeaban el tallo tenían unos cincuenta centímetros de largo, una pulgada más de ancho, y en el extremo se ahusaban. Ayla había dado a Jondalar las instrucciones básicas del tejido; tras observar a la joven para ver cómo preparaba esteras chatas y cuadradas, también él comenzó a confeccionarlas. Ayla estaba pendiente de su propio trabajo y sonreía para sus adentros. No podía evitarlo. Aún experimentaba un sentimiento de sorpresa al ver que Jondalar era capaz de hacer el trabajo propio de las mujeres y le encantaba la buena voluntad que ponía. Trabajando los dos, pronto tejieron tantos parches como goteras había.

Las estructuras estaban formadas por una capa más bien delgada de juncos unida a una estructura básica de largos troncos de árboles, que no eran mucho más que renuevos, enlazados unos con otros. Aunque no estaban construidas con planchas, eran análogas a las moradas en forma de A levantadas por los sharamudoi, excepto que la viga principal no descendía en vertical y que eran asimétricas. El costado en que se abría la entrada, frente al río, era casi vertical; el lado opuesto se inclinaba sobre él en ángulo agudo. Los extremos estaban cerrados, pero se podían elevar un tanto como si fueran aleros.

Salieron y fijaron las esteras, asegurándolas con trozos de hojas de espadaña, resistentes y correosas. Había dos goteras cerca del extremo superior, y era difícil llegar a ellas, incluso con la estatura de Jondalar, que medía un metro noventa y cinco; además, no estaban seguros de que la estructura soportara el peso de ninguno de los dos. Decidieron volver al interior y buscar un modo de cubrir las goteras, recordando en el último momento que necesitaban llenar un recipiente grande y algunos cuencos con agua para beber y cocinar. Cuando Jondalar alargó la mano y bloqueó una de las goteras, se les ocurrió como solución final la idea de asegurar el parche desde dentro.

Tras haber cubierto la entrada con la manta de cuero de mamut, Ayla paseó la mirada por el interior en sombras, iluminado únicamente por el fuego que comenzaba a entibiar el lugar y a convertirlo en un ambiente agradable. La lluvia seguía cayendo fuera y ellos se encontraban en un lugar protegido, seco y tibio, si bien comenzaba a

llenarse de vapor a causa de las prendas mojadas que estaban secándose; en aquella vivienda de verano no había respiradero. El humo de los hogares generalmente se disipaba a través de las paredes y el techo, que ciertamente no eran herméticos, o por los extremos, que a menudo quedaban abiertos en los días más cálidos. Pero la hierba seca y los juncos se habían hinchado con la humedad y era más difícil que el humo se filtrase, de modo que comenzó a acumularse a lo largo de la viga del techo.

Aunque los caballos estaban acostumbrados a permanecer expuestos a los elementos naturales y generalmente lo preferían, Whinney y Corredor se habían criado entre la gente y estaban acostumbrados a compartir las habitaciones humanas e incluso los ambientes ahumados. Permanecieron en el lugar que Ayla les había destinado, y hasta ellos parecieron satisfechos de abandonar el mundo del agua permanente. Ayla puso piedras de cocinar en el fuego; después, ella y Jondalar restregaron a los caballos y a Lobo, para ayudarles a secarse.

Abrieron todos los paquetes y bultos para cerciorarse de que nada había sido dañado por el exceso de humedad; encontraron prendas secas, se cambiaron y se sentaron junto al fuego a beber una infusión caliente, mientras se cocía una sopa, preparada con el alimento comprimido de viaje. Cuando el humo comenzó a ocupar los lugares más altos de la vivienda, perforaron unos orificios en los dos extremos del techo liviano, lo que permitió desalojar el humo y el paso de un poco más de luz.

Les venía bien relajarse. No habían advertido lo cansados que estaban, y antes de que oscureciese por completo, el hombre y la mujer se deslizaron bajo las pieles de dormir, todavía un poco húmedas. Pero fatigado como estaba, Jondalar no pudo conciliar el sueño. Recordó la última vez que había desafiado las aguas rápidas y traicioneras del río llamado la Hermana; en la oscuridad, experimentó un escalofrío de temor ante la idea de tener que cruzarlo con la mujer a la que amaba.

Capítulo 21

Ayla y Jondalar permanecieron en el campamento de verano abandonado los dos días siguientes. La mañana del tercer día, la lluvia finalmente amainó. La espesa capa de nubes grises se diluyó, y por la tarde la luz solar intensa se filtró entre las masas azules rodeadas de algodonosas nubes blancas. Un viento intenso sopló desde una dirección y después desde otra, como si ensayara diferentes posiciones y no se decidiese a establecer una definitiva.

Casi todas las cosas estaban secas, pero Ayla y Jondalar abrieron los extremos de la vivienda para permitir el paso del viento que secaría por completo las últimas prendas de abrigo y permitiría ventilarlo todo. Algunas ropas de cuero se habían endurecido. Sería necesario trabajarlas y estirarlas, aunque el uso constante probablemente bastaría para devolverles la flexibilidad; pero en realidad no estaban dañadas. Sin embargo, los canastos tejidos presentaban otro aspecto. Se habían secado después de perder la forma y estaban deteriorados; también se habían cubierto de moho. La humedad los había ablandado y el peso del contenido había hundido la base, separándose y rompiéndose las fibras.

Ayla llegó a la conclusión de que tendría que confeccionar canastos nuevos, a pesar de que las hierbas secas, las plantas y los árboles del otoño no eran los materiales más sólidos ni los mejores. Cuando se lo comunicó a Jondalar, éste le planteó otro problema.

—De todos modos, esos canastos me inquietan —dijo—. Cada vez que cruzamos un río con profundidad suficiente para obligar a nadar a los caballos, los canastos se mojan si no los retiramos. Con el bote redondo y las angarillas de estacas, no es un problema muy grave. Ponemos los canastos en el bote, y mientras estamos en campo abierto es bastante difícil usar las angarillas. La mayor parte del territorio que hemos de recorrer está formado por pastizales abiertos, pero también habrá algunos bosques y terrenos irregulares. Allí, como en estas montañas, quizá no resulte fácil arrastrar las pértigas y el bote. Tal vez debamos dejar atrás ese bote, pero en ese caso necesitaríamos canastos que no se mojen cuando los caballos atraviesen a nada un río. ¿Puedes confeccionar algo por el estilo?

—Tienes razón —convino Ayla—, se mojan. Cuando confeccioné los canastos, no tenía que cruzar muchos ríos, y los que atravesaba no eran muy profundos. —Frunció el ceño concentrada en el problema; después recordó el canasto que había ideado la primera vez—. Al principio no usaba canastos para transportar cosas. Cuando se me ocurrió cargar algo a lomos de Whinney, preparé un recipiente grande y poco profundo. Quizá pueda confeccionar de nuevo algo por el estilo. Sería más fácil si no montásemos los caballos, pero…

Ayla cerró los ojos, tratando de visualizar la idea que estaba concibiendo en su cerebro.

—Tal vez… podría confeccionar canastos que colocaríamos a lomos del animal,

mientras estuviéramos en el agua… Aunque no, eso no serviría si al mismo tiempo tuviésemos que montar…, pero… quizá podría preparar algo que los caballos llevasen sobre las ancas, detrás… —Miró a Jondalar—. Sí, creo que podré confeccionar recipientes que servirán.

Recogieron juncos y hojas de espadaña, ramas de sauce umbrero, largas y finas raíces de abeto, y todo cuanto Ayla vio y le pareció que podía ser utilizado como material para fabricar canastos o cuerdas que permitiesen entretejer recipientes. Ensayando varios métodos y probándolos en Whinney, Ayla y Jondalar trabajaron todo el día. A la caída de la tarde habían confeccionado una especie de canasto tipo albarda que permitía guardar todas las pertenencias y objetos de viaje de Ayla, podía ser transportado por la yegua mientras ella la montaba y se mantendría más o menos seco cuando el caballo nadara. Comenzaron inmediatamente a fabricar otro para Corredor. Trabajaron con mucha más rapidez porque ya habían dado con el método y sabían cómo ponerlo en práctica.

Por la tarde, el viento se acentuó; cambió de curso con un frío hálito norteño que desplazó rápidamente las nubes hacia el sur. Cuando la tarde se convirtió en noche, el cielo estaba casi claro, pero el frío era mucho más intenso. Se proponían partir por la mañana y ambos decidieron revisar sus cosas para aligerar la carga. Los antiguos canastos eran más amplios; en las nuevas albardas era necesario ahorrar espacio. Por mucho que se esforzaran, la cabida era menor. Había que eliminar algunas cosas. Extendieron en el suelo todo lo que ambos transportaban.

Ayla señaló la lámina de marfil en la que Talut había tallado el mapa, el cual mostraba la primera parte del viaje.

—Ya no necesitamos eso. El país de Talut ha quedado muy atrás —dijo con cierta tristeza.

—Tienes razón, no lo necesitamos. Sin embargo, siento dejarlo —dijo Jondalar, y esbozó un gesto de desagrado ante la idea de desembarazarse de la pieza—. Sería interesante conservar uno de los mapas que trazan los mamutoi, y además me recuerda a Talut.

Ayla asintió con un gesto de comprensión.

—Bien; si dispones de espacio, llévatelo; pero no es esencial.

Jondalar miró las cosas de Ayla esparcidas por el suelo y alzó el misterioso envoltorio que había visto antes.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es sólo algo que preparé el invierno pasado —dijo ella, mientras se lo quitaba y desviaba deprisa la mirada, sonrojándose. Lo colocó a su espalda, metiéndolo bajo el montón de cosas que estaba apartando—. Dejaré mis ropas estivales de viaje, que están manchadas y gastadas, y usaré las de invierno. De ese modo tendré más espacio.

Jondalar la miró severamente, pero no hizo ningún comentario.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, hacía frío. Una fina nube de bruma tibia aparecía cada vez que respiraban. Ayla y Jondalar se vistieron deprisa, y después de encender fuego para beber una taza de infusión, guardaron la ropa de cama. Estaban ansiosos por partir, pero cuando salieron, se detuvieron y miraron sorprendidos a su alrededor.

Una fina capa de reluciente escarcha había transformado las montañas circundantes. Éstas centelleaban y chispeaban bajo el luminoso sol de la mañana, con desusada vivacidad. A medida que la escarcha se derretía, cada gota de agua se convertía en un prisma que reflejaba un brillante fragmento del arco iris en un minúsculo estallido de rojo, verde, azul u oro, que pasaba de un color al otro cuando ellos se movían y veían el espectro desde un ángulo distinto. Sin embargo, la belleza de las efímeras joyas de la escarcha constituía un recordatorio de que la estación cálida era poco más que un fugaz relámpago de color en un mundo congelado por el invierno y de que el verano corto y cálido había concluido.

Cuando acabaron de guardarlo todo y estaban preparados para partir, Ayla volvió los ojos hacia el campamento de verano que tan oportunamente les había brindado cobijo. Su aspecto era incluso más ruinoso, pues ellos habían arrancado trozos de los refugios más pequeños para alimentar el fuego; pero Ayla sabía que, de todos modos, aquellas viviendas endebles y provisionales no durarían mucho más. Se sentía agradecida por haberlas encontrado en su momento.

Continuaron hacia el oeste, en dirección al Río de la Hermana, y descendieron por una pendiente en busca de otra terraza llana, aunque aún estaban a suficiente altura para ver los amplios pastizales de las estepas que se extendían al lado opuesto del turbulento curso de agua al que se aproximaban. Desde allí se les ofrecía una perspectiva de la región, así como un panorama de la extensión de la llanura fluvial que se abría al frente. La tierra llana, que, por lo general, estaba sumergida durante los períodos de inundación, se extendía unos quince kilómetros, pero era más ancha en la orilla opuesta. Las estribaciones de la colina, en la orilla más cercana, limitaban la expansión normal de las aguas de la inundación, aunque había elevaciones, colinas y promontorios que también cruzaban el río.

En contraste con los pastizales, la planicie inundable era un espacio de pantanos, pequeños lagos, bosques y vegetación enmarañada que el río atravesaba. Si bien carecía de canales sinuosos, le recordaba a Ayla el enorme delta del Río de la Gran Madre, pero a escala más reducida. Las sargas y los matorrales estacionales que parecían crecer dentro del agua en los bordes de la rápida corriente indicaban tanto la magnitud de la inundación provocada por las lluvias recientes como la considerable extensión de tierra de la que ya se había adueñado el río.

La atención de Ayla retornó al ambiente inmediato cuando el paso de Whinney cambió súbitamente, porque sus cascos se hundieron en la arena. Los arroyuelos que habían cortado las terrazas a cierta altura se habían convertido en lechos fluviales profundos entre las dunas movedizas de tierra arenosa. Los caballos trastabillaban al

avanzar, y con cada paso levantaban surtidores de suelo flojo, rico en calcio.

Próximo el atardecer, cuando el sol poniente, casi cegador en su intensidad, se acercaba a la tierra, trataron de protegerse los ojos, y miraron frente a ellos en busca de un lugar donde acampar. Al acercarse a la planicie inundable, vieron que las arenas finas y movedizas comenzaban a adquirir un aspecto algo distinto. Como en las terrazas altas, ahora se trataba principalmente de loess —polvo de roca, producto de la acción pulverizadora del glaciar y depositado por el viento—, pero a veces la inundación del río tenía caudal suficiente para alcanzar aquella elevación. Entonces el limo arcilloso agregado al suelo lo endurecía y estabilizaba. Cuando comenzaron a ver los conocidos pastos de la estepa que crecían junto al arroyo cuyo curso estaban siguiendo, uno de los innumerables que descendían de la montaña en busca de la Hermana, decidieron detenerse.

Después de montar la tienda, el hombre y la mujer partieron en distintas direcciones a cazar para la cena. Ayla llevó a Lobo, que echó a correr y poco después espantó una nidada de chochas. Se abalanzó sobre una de ellas, Ayla sacó su honda y derribó otra que creía haber alcanzado la seguridad del cielo. Ayla contempló la posibilidad de permitir que Lobo conservara el ave que había atrapado, pero cuando él se resistió a entregársela, cambió de idea. Aunque un ave de buen tamaño podía haber saciado su apetito y el de Jondalar, deseaba afirmar en el lobo la comprensión de que, cuando ella lo exigiese, tendría que compartir con los humanos sus presas, pues Ayla no sabía lo que les esperaba.

No había pensado a fondo sobre la cuestión, pero el aire gélido la había llevado a comprender que estarían viajando durante la estación fría e internándose en un país ignoto. La gente que ella había conocido, tanto los miembros del clan como los mamutoi, rara vez se alejaban mucho a lo largo de los rigurosos inviernos glaciales. Se instalaban en un lugar al abrigo del frío cruel y las ventiscas, y consumían los alimentos que habían almacenado. La idea de viajar en invierno la inquietaba.

Jondalar había cazado una liebre grande con el lanzavenablos y decidieron guardarla para después. Ayla deseaba asar las aves en el fuego, pero habían acampado en las estepas abiertas, al lado de un arroyo que tenía tan sólo unos pocos matorrales en las orillas. Al mirar alrededor, Ayla vio un par de cornamentas, de tamaño desigual, sin duda provenientes de animales distintos, las cuales habían sido abandonadas el año anterior. Aunque la cornamenta era mucho más resistente que la madera, con la ayuda de Jondalar, los cuchillos de afilado pedernal y la pequeña hacha que él llevaba en el cinto, consiguieron quebrarla. Ayla utilizó una parte para ensartar las aves, y las puntas desprendidas se convirtieron en horquetas para sostener el asador. Después de tanto esfuerzo, Ayla decidió que conservaría esos elementos para usarlos otra vez, sobre todo porque la cornamenta se quemaba con mucha lentitud.

Entregó a Lobo su parte del ave asada, así como una porción de unas grandes raíces de junco extraídas de una zanja situada junto al arroyo, mezcladas con cepas

del prado, que, como ella bien sabía, eran comestibles y sabrosas. Después de la cena se sentaron junto al fuego y contemplaron cómo caía la noche. Los días eran cada vez más cortos, y por la noche no estaban tan fatigados, ya que era mucho más fácil cabalgar por lugares abiertos que abrirse paso en las montañas boscosas.

—Esas aves estaban muy sabrosas —comentó Jondalar—. Me gusta la piel tostada de ese modo.

—En esta época del año, cuando están tan gordas y buenas, es el mejor modo de prepararlas —dijo Ayla—. Las plumas están cambiando de color y el plumón del pecho es muy espeso. Quisiera que pudiéramos llevárnoslas, sería un relleno excelente y suave. Las plumas de la perdiz blanca sirven para fabricar las mantas más livianas y cálidas; pero no tengo espacio para transportarlas.

—Ayla, quizá el año próximo. Los zelandonii también cazan la perdiz blanca. —Jondalar trataba con sus palabras de alentarla, de lograr que deseara ver el fin del viaje.

—La perdiz blanca era la favorita de Creb —dijo Ayla.

Jondalar pensó que en el rostro de la joven se dibujaba una expresión triste, y como no habló más, él continuó su comentario con la esperanza de distraerla de lo que la inquietaba.

—Incluso hay una clase de perdiz, no precisamente en las inmediaciones de nuestras cavernas, sino al sur, cuyo plumaje no se vuelve blanco. Todo el año se parece a como es una perdiz blanca en verano, y su carne tiene el mismo sabor. La gente que vive en esa región la llama chocha roja, y le encanta usar las plumas en el tocado y las ropas. Confeccionan trajes especiales para cierta ceremonia de la Chocha Roja, y danzan con los movimientos del ave, golpeando el suelo con los pies, igual que hacen los machos cuando tratan de seducir a las hembras. Es parte de su Festival de la Madre. —Hizo una pausa, pero como ella persistiera en su silencio, añadió—: Cazan las aves con redes y atrapan muchas de una sola vez.

—Yo cacé una de éstas con mi honda, pero Lobo atrapó la otra —dijo Ayla.

Como no continuó hablando, Jondalar llegó a la conclusión de que no sentía deseos de conversar, de modo que permanecieron callados un rato mientras observaban el fuego que consumía el matorral y el estiércol, que había vuelto a secarse después de la lluvia, y ahora ardía bien. Finalmente, ella volvió a hablar:

—¿Recuerdas el palo arrojadizo de Brecie? Ojalá supiera usar algo semejante. Con él podría atrapar muchas aves de una sola vez.

Esa noche la temperatura descendió deprisa y ambos se alegraron de contar con la tienda. Aunque Ayla se había mostrado antes extrañamente silenciosa, dominada por la tristeza y los recuerdos, ahora respondió cálidamente al contacto de Jondalar, y éste pronto cesó de inquietarse por la actitud taciturna de la joven.

Por la mañana, el aire continuaba fresco y la humedad condensada había cubierto de

nuevo el suelo con el espectral resplandor de la helada. El agua estaba fría, pero les reanimó cuando la usaron para lavarse. Habían depositado la liebre de Jondalar, envuelta en su propia piel, bajo los carbones candentes, con el propósito de que se cociera en el transcurso de la noche. Cuando desprendieron la piel ennegrecida, la abundante capa de grasa invernal que estaba exactamente debajo había impregnado la carne generalmente flaca y a menudo correosa, y la cocción lenta en ese recipiente natural había permitido obtener un alimento jugoso y blanco. Era el mejor período del año para cazar animales de orejas largas.

Cabalgaron uno junto al otro a través de los pastos altos y maduros, sin apresurarse, pero manteniendo un ritmo regular y hablando a veces. Los animales pequeños abundaban en el camino hacia la Hermana, pero los únicos animales grandes que vieron a lo largo de toda la mañana se encontraban en el lado opuesto del río, muy lejos; un pequeño grupo de mamuts machos, que se dirigían al norte. Más avanzado el día, asimismo en la orilla opuesta, divisaron un rebaño formado por caballos y antílopes de la saiga. Whinney y Corredor también lo vieron.

—El tótem de Iza fue la Saiga —dijo Ayla—. Era un tótem muy poderoso para tratarse de una mujer. Incluso más poderoso que el tótem que presidió el nacimiento de Creb, el Gamo. Por supuesto, el Oso de la Caverna lo había elegido y fue su segundo tótem antes de convertirse en Mog-Ur.

—Pero tu tótem es el León de la Caverna. Es un animal mucho más poderoso que un antílope saiga —observó Jondalar.

—Lo sé. Es un tótem masculino, un tótem del cazador. Por eso al principio les fue tan difícil creerlo —repuso Ayla—. En realidad no me acuerdo, pero Iza me dijo que Brun incluso se enojó con Creb cuando éste lo mencionó en mi ceremonia de adopción. Por eso todos estaban seguros de que yo jamás tendría hijos. Ningún hombre tiene un tótem tan poderoso que pueda derrotar al León de la Caverna. Todos se sorprendieron mucho cuando quedé embarazada de Durc, pero estoy segura de que fue Broud quien lo inició, cuando me forzó. —Frunció el entrecejo ante el desagradable recuerdo—. Y si los espíritus del tótem tienen algo que ver con el comienzo de los niños, te diré que el tótem era el Rinoceronte Lanudo. Recuerdo que los cazadores del clan hablaban de un rinoceronte lanudo que mató a un león de la caverna, de modo que debió de ser bastante fuerte y, lo mismo que Broud, pudo comportarse con crueldad.

—Los rinocerontes lanudos son imprevisibles, y a veces malignos —dijo Jondalar —. Thonolan fue corneado por uno lejos de aquí. Habría muerto si los sharamudoi no nos hubieran encontrado. —El hombre cerró los ojos al evocar la terrible escena, y permitió que Corredor continuara avanzando sin guía. No hablaron durante un rato, hasta que por fin preguntó—: ¿Todos los miembros del clan tienen su tótem?

—Sí —replicó Ayla—. El tótem aporta guía y protección. Cada Mog-Ur del clan descubre el tótem del recién nacido, por lo general antes de que cumpla el año. En la ceremonia del tótem entrega al niño un amuleto que a veces lleva un trozo de la

piedra roja. El amuleto es el lugar donde mora el espíritu del tótem.

—¿Quieres decir que es algo parecido al donii, el lugar en que descansa el espíritu de la Madre? —preguntó Jondalar.

—Creo que es algo semejante, pero el tótem protege al individuo, no el hogar, aunque se regocija si uno vive en un sitio conocido. Cada cual tiene que llevar consigo el amuleto. De ese modo el espíritu del tótem lo identifica. Creb me dijo que el espíritu de mi León de la Caverna no podría hallarme sin el amuleto. Si yo lo perdía, perdería su protección. Creb aseguró que si llegaba a perder mi amuleto, moriría —explicó Ayla.

Jondalar no había comprendido antes todas las implicaciones del amuleto de Ayla, ni la razón por la que ella lo protegía tanto. En ocasiones había pensado que la joven exageraba. Rara vez se lo quitaba, excepto para bañarse o nadar, y a veces ni siquiera entonces. Él había pensado que era una manera de aferrarse a su niñez en el clan, y abrigaba la esperanza de que en algún momento cesaría de depender del amuleto. Ahora comprendía que el asunto era más complejo de lo que había imaginado. Si un hombre de gran poder mágico le hubiera dado algo, diciéndole al mismo tiempo que moriría si llegaba a perderlo, él también habría adoptado una actitud protectora en lo concerniente al objeto en cuestión. Jondalar no dudaba de que el santón del clan, que había criado a Ayla, poseyera un auténtico poder proveniente del mundo de los espíritus.

—También tiene que ver con los signos que tu tótem te envía si adoptas la decisión acertada en relación con algo importante de tu vida —continuó Ayla. Una tenaz preocupación que había estado perturbándola la apremió con más fuerza. ¿Por qué su tótem no le había proporcionado alguna clase de signo para confirmar que había adoptado la decisión justa cuando resolvió acompañar a Jondalar en el viaje al hogar? Ayla no había descubierto un solo objeto que pudiese interpretar como un signo del tótem después de haberse separado de los mamutoi.

—No son muchos los zelandonii que tienen su tótem personal —dijo Jondalar—, pero algunos lo poseen. Suele ser considerado un hecho afortunado. Willomar tiene uno.

—Es el compañero de tu madre, ¿verdad? —preguntó Ayla.

—Sí. Thonolan y Folara nacieron ambos en su hogar, y él siempre me trató como si yo también hubiese nacido allí.

—¿Cuál es su tótem?

—El Águila Dorada. Cuentan que cuando él era niño, un águila dorada descendió planeando y le atrapó, pero su madre le aferró antes de que el ave pudiera llevárselo. Todavía tiene en el pecho las cicatrices de las garras. Sus Zelandoni dijeron que el águila le reconoció como uno de los suyos y acudió a buscarlo. Así supieron que era su tótem. Marthona cree que por eso a él le gusta tanto viajar. No puede volar como el águila, pero necesita ver la tierra.

—Es un tótem poderoso, como el León de la Caverna o el Oso de la Caverna —

comentó Ayla—. Creb siempre decía que no era fácil vivir con los tótems poderosos, y es cierto; pero yo he recibido mucho. El mío incluso te trajo a mi lado. Creo que he sido muy afortunada. Jondalar, confío que el León de la Caverna te traiga suerte. Ahora es también tu tótem.

—Antes dijiste lo mismo —sonrió Jondalar.

—El León de la Caverna te eligió, y tienes las cicatrices que lo demuestran, del mismo modo que Willomar fue marcado por su tótem.

Jondalar permaneció en silencio un momento, en actitud pensativa.

—Quizá tengas razón. No lo había pensado.

Lobo, que había salido a explorar, apareció de pronto. Emitió un gruñido para atraer la atención de Ayla y a continuación se instaló al lado de Whinney. Ella solía observarle cuando corría, la lengua colgándole por un extremo de la boca, las orejas erguidas, moviéndose con el acostumbrado e infatigable ritmo del lobo, que le permitía cubrir todo el terreno, a través de las plantas de heno, tan altas que a veces lo ocultaban. Parecía feliz y alerta. Le encantaba alejarse y explorar por su cuenta, pero siempre regresaba, y eso complacía a Ayla, lo mismo que cabalgar con el hombre y el corcel al lado.

—Por el modo en que siempre hablas de él, creo que tu hermano seguramente era algo así como el hombre de tu hogar —dijo Ayla, reanudando la conversación—. A Thonolan también le gustaba viajar, ¿verdad? ¿Se parecía a Willomar?

—Sí, pero no tanto como yo me parezco a Dalanar. Todos se dan cuenta. Thonolan tenía mucho más de Marthona —dijo sonriendo Jondalar—, pero nunca fue elegido por un águila, y, por tanto, eso no explica su ansia de viajar. —Su sonrisa se desvaneció—. Las cicatrices de mi hermano eran el resultado del ataque de aquel rinoceronte lanudo imprevisible —reflexionó un momento—. Por otra parte, Thonolan también fue siempre un poco imprevisible. Quizá a causa de su tótem. Parece que no le trajo demasiada suerte, aunque de pronto los sharamudoi toparon con nosotros y nunca le vi tan feliz como después de conocer a Jetamio.

—No creo que el Rinoceronte Lanudo sea un tótem favorable —dijo Ayla—; me parece, en cambio, que el León de la Caverna sí que lo es. Cuando me eligió, incluso me dio las mismas marcas que el clan utiliza en un tótem del León de la Caverna, de forma que Creb las reconociese. Tus cicatrices no son marcas del clan, pero son claras. Fuiste marcado por un León de la Caverna.

—Desde luego, Ayla, no cabe duda de que tengo las cicatrices que demuestran que fui marcado por tu león de la caverna.

—Creo que el espíritu del León de la Caverna te eligió con el propósito de que el espíritu de tu tótem fuera lo bastante fuerte frente al mío, y así algún día podré tener hijos tuyos —dijo Ayla.

—Pensé que habías dicho que un niño comienza a crecer en una mujer gracias a un hombre y no a los espíritus —rebatió Jondalar.

—Es por un hombre, en efecto, pero tal vez los espíritus tengan que ayudarle.

Puesto que yo tengo un tótem tan fuerte, el hombre que sea mi compañero también necesita un tótem fuerte. Es posible que la Madre decidiera decirle al León de la Caverna que te eligiese, porque de ese modo entre los dos podríamos formar niños.

De nuevo cabalgaron en silencio, sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Ayla imaginaba una criatura parecida a Jondalar, excepto que era una niña, no un varón. Al parecer, ella no tenía suerte con los varones. Tal vez pudiera conservar a una hija.

Jondalar pensaba también en lo mismo. Si era cierto que un hombre iniciaba la vida con su órgano, ciertamente habían ofrecido al niño muchas oportunidades de comenzar a ser. ¿Por qué ella no estaba embarazada?

«¿Estaría Serenio embarazada cuando me marché?», pensó. «Me alegro de que haya encontrado a alguien con quien ser feliz, pero me gustaría que le hubiese confiado algo a Roshario. ¿Los niños que vengan al mundo serán hasta cierto punto parte de mí mismo?». Jondalar pasó revista mentalmente a las mujeres que había conocido, y recordó a Noria, la joven del pueblo de Haduma con quien había compartido los ritos de iniciación. Tanto Noria como la propia Haduma, al parecer, estaban convencidas de que el espíritu de Jondalar había penetrado en ella y de que había comenzado una vida nueva. Suponían que debía dar a luz un hijo con los ojos azules como los de Jondalar. Incluso se proponían llamarle Jondal. Se preguntó si habría sido así, si realmente su espíritu se fundió con el de Noria para que germinara una nueva vida.

El pueblo de Haduma no quedaba muy lejos, estaba situado en una dirección conveniente, hacia el norte y el oeste. Tal vez pudieran ir a visitarlo, pero, de pronto, comprendió que en realidad él no sabía cómo encontrarlo. Se habían acercado al lugar donde él y Thonolan acamparon. Jondalar sabía que sus cavernas permanentes estaban no sólo al oeste de la Hermana, sino al oeste del Río de la Gran Madre, pero desconocía el lugar exacto. Recordó que a veces cazaban en las regiones entre ambos ríos, mas éste no era un dato preciso. Probablemente nunca sabría si Noria había tenido aquel hijo.

Los pensamientos de Ayla habían pasado de la idea de esperar hasta que llegaran al hogar de Jondalar para comenzar a tener hijos, a la evocación del pueblo de Jondalar y sus características. Se preguntaba si la aceptarían. Después de conocer a los sharamudoi, confiaba un poco más en la posibilidad de que aquí o allá hubiera un lugar para ella; pero no estaba segura de que fuese con los zelandonii. Recordó que Jondalar había reaccionado con auténtico rechazo cuando se enteró de que el clan la había criado. Tampoco podía olvidar el extraño comportamiento del hombre el invierno precedente, mientras vivían con los mamutoi.

En parte aquella actitud tenía que ver con Ranec. Ella llegó a enterarse antes de la partida, aunque al principio no lo había entendido. Los celos no intervenían en su educación. Aunque sintiera algo parecido, un hombre del clan jamás demostraría celos de una mujer. No obstante, la extraña conducta de Jondalar también respondía a

su preocupación por la forma en que su propio pueblo aceptaría a Ayla. Ella sabía ahora que, pese a que él la amaba, le avergonzaba que hubiera vivido con el clan, y en especial le avergonzaba su hijo. Por fortuna parecía que aquello ya no le preocupaba. Durante su estancia con los sharamudoi, había adoptado una actitud protectora con respecto a Ayla, y no se había sentido en absoluto incómodo cuando se reveló el pasado de la joven en el Clan; pero si sus sentimientos fueron otros al principio, sin duda debió de tener algún motivo para ello.

Bien, Ayla amaba a Jondalar y deseaba vivir con él; además, ahora ya era demasiado tarde para cambiar de idea. Por consiguiente, abrigaba la esperanza de haber hecho lo adecuado al acompañarle. Sintió de nuevo el deseo de que el tótem del León de la Caverna le proporcionara alguna señal que le confirmarse si había procedido bien; sin embargo, no existía el menor indicio de que fuera a producirse signo alguno.

A medida que los viajeros se acercaban a la turbulenta superficie de agua en la confluencia del Río de la Hermana con el Río de la Gran Madre, la marga suelta y quebradiza —arena y arcilla con abundancia de calcio— de las terrazas altas daba paso a la grava y el suelo de loess de los niveles inferiores.

En aquel mundo azotado por los vientos, las cumbres montañosas heladas colmaban con el agua del deshielo los arroyos y los ríos durante la estación más cálida. Casi en las postrimerías de la estación, cuando se sumaban las intensas lluvias que se acumulaban en forma de nieve en las elevaciones superiores, liberadas súbitamente a causa de los bruscos cambios de temperatura, los rápidos arroyos se convertían en inundaciones torrenciales. Como en la cara occidental de las montañas no había lagos que retuvieran el diluvio cada vez más intenso, formando un depósito natural y vertiendo el exceso en un caudal más discreto, la marea cada vez más caudalosa descendía por las empinadas laderas. Las aguas en cascada arrancaban arena y grava de las piedras areniscas, las piedras calizas y los esquistos de las montañas, enviándolas al río poderoso para depositarlas en los lechos y las llanuras aluviales.

Las llanuras centrales, otrora suelo de un mar interior, ocupaban una cuenca entre dos grandes cadenas montañosas, al este y al oeste, y las tierras altas al norte y al sur. Con un volumen casi igual al de la impetuosa Madre cuando se acercaba al punto de reunión, la embravecida Hermana retenía el drenaje de parte de las llanuras, así como de toda la cara occidental de la cadena montañosa, la cual formaba en torno un gran arco hacia el noroeste. El Río de la Hermana corría a lo largo de la depresión inferior de la cuenca para entregar su ofrenda de agua a la Gran Madre de los Ríos, pero su corriente violenta se veía rechazada por el nivel más alto de agua de la Madre, colmada ya su capacidad. Obligado a volver sobre sí mismo, se deshacía de su caudal en un torbellino de contracorrientes y desbordamientos cada vez más avasalladores y destructivos.

Cerca del mediodía, el hombre y la mujer se aproximaron al desierto pantanoso

de matorrales semisumergidos y bosquecillos ocasionales cuyos árboles tenían la base del tronco bajo el agua. Ayla pensó que la semejanza con el anegado pantano del delta oriental se acentuaba a medida que se acercaban, con la diferencia de que las corrientes y las contracorrientes de los ríos que confluían eran torbellinos remolineantes. Ahora que el tiempo era mucho más frío, los insectos molestaban menos, pero los cadáveres de animales hinchados, parcialmente devorados y putrefactos que habían sido sorprendidos por la corriente, revelaban que todo tenía su precio. Hacia el sur, un macizo de laderas pobladas de árboles emergía de una bruma púrpura provocada por los agitados torbellinos.

—Sin duda, ésas son las colinas boscosas de las que nos habló Carlono —dijo Ayla.

—Sí, pero son algo más que colinas —explicó Jondalar—. Alcanzan más altura de lo que parece a primera vista, y se extienden largo trecho. El Río de la Gran Madre discurre hacia el sur hasta que tropieza con ese obstáculo. Esas colinas obligan a la Madre a virar hacia el este.

Cabalgaron alrededor de un estanque ancho y tranquilo, un remanso separado de las aguas turbulentas, y se detuvieron en la orilla oriental del río de aguas caudalosas, a cierta distancia de la confluencia. Cuando Ayla miró en dirección a la otra orilla, más allá del gran espejo de agua, empezó a comprender las advertencias de Jondalar acerca de la dificultad de cruzar el Río de la Hermana.

Las aguas lodosas, que remolineaban en torno a los delgados troncos de los sauces y los alerces, arrancaban los árboles cuyas raíces no estaban bien afirmadas en el suelo de las islas bajas, rodeadas por canales en las estaciones más secas. Muchos árboles se inclinaban formando ángulos precarios, y las ramas y los troncos desnudos arrancados de los bosques del curso superior estaban atrapados en el lodo de las orillas o bien describían círculos en una aturdida danza en medio del río.

Ayla se preguntó cómo lograrían cruzar el río.

—¿Dónde crees que deberíamos cruzar? —inquirió.

Jondalar sintió deseos de que el gran bote ramudoi que los había rescatado a Thonolan y a él mismo pocos años antes apareciera para llevarlos a la otra orilla. El recuerdo de su hermano le provocó de nuevo una penetrante punzada de dolor, pero ahora también experimentó una súbita inquietud por Ayla.

—Me parece evidente que no podemos cruzar por aquí —contestó—. Ignoraba que la situación se agravaría con tanta rapidez. Tenemos que remontar el curso, buscar un lugar más fácil para intentarlo. Lo único que pido es que no llueva otra vez antes de que lo encontremos. Otra tormenta como la última, y toda esta llanura quedaría sumergida. No me extraña que abandonaran ese campamento de verano.

—El río no crecerá tanto, ¿verdad? —preguntó Ayla, agrandados los ojos por el miedo.

—No creo que lo haga todavía, pero podría llegar a eso. Toda el agua que caiga en esas montañas acabará por llegar aquí. Además, pueden producirse fácilmente

inundaciones súbitas que desciendan por el arroyo cercano al campamento. Y eso es probablemente lo que sucederá. Ayla, hemos de darnos prisa. Éste no es un lugar seguro si vuelve a llover —dijo Jondalar, al tiempo que echaba una ojeada al cielo. Animó a los caballos a galopar, y éstos lo hicieron con tal rapidez que Lobo se vio en dificultades para seguirles. Un rato después, Jondalar les permitió que aminorasen la marcha, pero sin volver al trote más bien lento que los corceles habían mantenido antes.

Jondalar se detenía de tanto en tanto, examinaba el río y su orilla más lejana antes de continuar hacia el norte y escudriñaba ansioso el cielo. En efecto, el río parecía estrecharse en algunos lugares y ensancharse en otros, pero era tan caudaloso y ancho que no ofrecía seguridad alguna. Continuaron cabalgando hasta que casi se hizo de noche antes de encontrar un lugar conveniente para cruzar, pero Jondalar insistió en continuar hasta llegar a un nivel más elevado donde pernoctar. Se detuvieron sólo cuando estaba demasiado oscuro para seguir viajando sin peligro.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¡Despierta! —dijo Jondalar, moviéndola suavemente—. Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Qué? ¡Jondalar! ¿Qué sucede? —preguntó Ayla.

Por lo general se despertaba antes que él; por eso la desconcertó que Jondalar la llamara tan temprano. Cuando apartó a un lado la piel de dormir, sintió el aire frío, y entonces advirtió que la solapa de la tienda estaba abierta. La radiación difusa de las nubes inquietas quedó enmarcada en la abertura y aportó la única iluminación dentro de la tienda. Ayla apenas podía distinguir la cara de Jondalar a la luz grisácea, pero lo que vio fue suficiente para que comprendiese por qué estaba preocupado; también ella se estremeció con cierta aprensión.

—Tenemos que partir —dijo Jondalar. Apenas había dormido durante la noche. No podía definir con exactitud cuál era la causa por la que intuía que debían atravesar el río cuanto antes, pero ese sentimiento era tan intenso que le producía un nudo en la boca del estómago, más por Ayla que por él.

Ayla se incorporó sin pedir explicaciones. Sabía que él no la habría despertado de no haber creído que la situación era grave. Se vistió deprisa y luego se dispuso a coger los utensilios que usaba para hacer fuego.

—No perdamos tiempo en encender el fuego esta mañana —dijo Jondalar.

Ella frunció el entrecejo, pero después asintió y se limitó a servir un poco de agua fría para ambos. Arreglaron las cosas mientras ingerían tortas del alimento preparado para el viaje. Cuando estuvieron dispuestos para partir, Ayla buscó con la mirada a Lobo, pero el animal no estaba en el campamento.

—¿Dónde está Lobo? —dijo Ayla, con un contenido matiz de desesperación en su voz.

—Probablemente habrá ido a cazar. Ayla, nos alcanzará. Siempre sucede así.

—Lo llamaré silbando —dijo ella, y lanzó al aire de la madrugada el silbido peculiar que usaba para llamarlo.

—Vamos, Ayla. Tenemos que marcharnos —apremió Jondalar, quien experimentaba cierta irritación ya conocida a causa del lobo.

—No me iré sin él —aseguró Ayla, silbando de nuevo con más fuerza.

—Tenemos que encontrar un lugar para cruzar el río antes de que comience la lluvia, porque, de lo contrario, quizá no logremos pasar —dijo Jondalar.

—¿No podemos continuar remontando el curso? El río tiene que estrecharse, ¿verdad? —arguyó la joven.

—Cuando comience a llover, se ensanchará en lugar de estrecharse. Incluso en el curso superior será más grande que aquí ahora mismo, y no sabemos qué clase de ríos descenderán de esas montañas. Es fácil que nos arrastre una inundación repentina. Dolando dijo que eran normales apenas comenzaban las lluvias. O tal vez nos corte el paso un afluente importante. Y en ese caso, ¿qué haremos? ¿Continuaremos subiendo la montaña para rodearla? Debemos cruzar el Hermana mientras podamos —dijo Jondalar. Montó a Corredor y miró a la mujer, de pie junto a la yegua, con las angarillas detrás.

Ayla le dio la espalda y volvió a silbar.

—Ayla, tenemos que irnos.

—¿Por qué no podemos esperar un poco? Vendrá.

—Es sólo un animal. Para mí tu vida es más importante que la suya.

Ayla se volvió a mirarle, y después desvió los ojos, fruncido el ceño. ¿Esperar era tan peligroso como creía Jondalar? ¿O él sencillamente estaba impacientándose? Y si era así, ¿la vida de Jondalar no debía ser también para ella más importante que la de Lobo? En ese preciso momento apareció Lobo. Ayla suspiró aliviada mientras él saltaba para saludarla, apoyando las patas en los hombros de la joven y lamiéndole el mentón. Ella montó en Whinney, utilizando una de las estacas de las angarillas para ayudarse en el salto. A continuación ordenó a Lobo que permaneciera cerca y siguió a Jondalar y Corredor.

No hubo amanecer. El día a lo sumo alcanzó un poco más de claridad, pero nunca hubo verdadera luz. El dosel de nubes estaba muy lejos, de modo que el cielo mostraba un gris uniforme, y en el aire flotaba una fría humedad. Más avanzada la mañana, se detuvieron para descansar. Ayla preparó una infusión caliente que les reconfortó, y después sirvió una sopa espesa acompañada de una torta del alimento para viajes. Agregó hojas de acedera y escaramujos de rosas silvestres, tras eliminar las semillas y el filtrante vello interior, así como unas pocas hojas del mismo matorral de rosas silvestres que crecían en las inmediaciones. Durante un rato, la infusión y la sopa caliente parecieron calmar la inquietud de Jondalar, hasta que vio cómo empezaban a formarse nubes más oscuras.

Urgió a Ayla a guardar deprisa sus cosas y reanudaron la marcha. Jondalar vigilaba ansioso el cielo, para ver el avance de la tormenta inminente. También

observaba el río, buscando un lugar para cruzarlo. Abrigaba la esperanza de hallar un sitio en el que la corriente veloz fuese más tranquila: un lugar más ancho y menos profundo, o una isla, o incluso un banco de arena entre las dos orillas. Por último, temiendo que la tormenta no tardaría mucho más en desencadenarse, decidió que se arriesgaría, pese a que el tumultuoso río de la Hermana no parecía distinto que en otro lugar cualquiera de su curso. Consciente de que cuando comenzara a llover empeoraría la situación, enfiló hacia un sector de la orilla cuyo acceso parecía bastante fácil. Se detuvieron y desmontaron.

—¿Crees que deberíamos cruzar a caballo? —preguntó Jondalar, mientras miraba nervioso el cielo amenazador.

Ayla examinó el río de curso rápido y los restos que transportaba. A menudo pasaban flotando grandes árboles y otros muchos desgajados, arrastrados desde lugares más elevados de las montañas. Se estremeció al ver el cadáver grande e hinchado de un ciervo, las astas enredadas en las ramas de un árbol que se encontraba varado cerca de la orilla. El animal muerto le hizo sentir temor por los caballos.

—Creo que quizá sería más fácil para ellos si no los montásemos —dijo—. Pienso que deberíamos nadar a su lado.

—Me parece bien —convino Jondalar.

—Pero necesitaremos agarrarnos de una cuerda —agregó Ayla.

Sacaron unos pedazos de cuerda, examinaron los arneses y los canastos para comprobar que la tienda, los alimentos y las escasas y preciadas pertenencias estaban seguros. Ayla desenganchó las angarillas que Whinney arrastraba, pues pensó que era demasiado peligroso que la yegua intentara nadar en el río tumultuoso con el arnés completo; sin embargo, no quería perder las estacas y el bote redondo si podían evitarlo. Con este propósito unieron con cuerdas las largas pértigas. Mientras Jondalar aseguraba un extremo al costado del bote redondo, Ayla ataba el otro al arnés utilizado para sujetar el canasto y la alforja de Whinney. Hizo un nudo corredizo que podía soltarse fácilmente si lo consideraba necesario. Después, la mujer agregó otra cuerda, mucho más firme, al cordel plano trenzado que pasaba por detrás de las patas delanteras de la yegua, le cruzaba el pecho y servía para asegurar la manta de Ayla sobre el lomo del animal. Jondalar colocó una cuerda igual a Corredor; después, se quitó las botas, la protección interior que le cubría los pies y las pesadas prendas y pieles de abrigo. Si se empapaban, le harían caer al fondo del río, impidiéndole nadar. Hizo un bulto con todo ello y lo colocó sobre la alforja, aunque conservó puestos la túnica interior y los calzones. Incluso mojado, el cuero podía calentar un poco. Ayla hizo otro tanto.

Los animales percibieron el apremio y la ansiedad de los humanos; además, estaban inquietos a causa del movimiento impetuoso del agua. Los caballos se habían apartado del ciervo muerto y ahora daban pequeños saltos, alzaban bruscamente la cabeza y revolvían los ojos; sus orejas se mantenían erguidas, apuntaban hacia delante, en posición de alerta. En cambio, Lobo se había acercado al borde del agua

para investigar el despojo del ciervo, aunque sin entrar en el río.

—Ayla, ¿cómo crees que se comportarán los caballos? —preguntó Jondalar, mientras comenzaban a caer gruesas gotas de lluvia.

—Están inquietos, pero supongo que se las arreglarán perfectamente, sobre todo porque estaremos con ellos; pero no estoy segura acerca de Lobo —dijo Ayla.

—No podemos transportarlo a través del río. Tendrá que darse maña él solo…, lo sabes —advirtió Jondalar. No obstante, al ver la angustia de Ayla, agregó—: Lobo es un buen nadador; se las compondrá bien.

—Eso espero —dijo Ayla, arrodillándose para abrazar al lobo.

Jondalar notó que las gotas de lluvia caían con mayor intensidad y fuerza.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo, y aferró directamente el cabestro de Corredor, pues la cuerda para conducirlo estaba atada más atrás. Cerró los ojos un momento y formuló mentalmente el deseo de que la suerte les favoreciese. Pensó en Doni, la Gran Madre Tierra, pero no se le ocurrió nada que prometerle a cambio de la seguridad de todos. De cualquier manera, solicitó en silencio ayuda para cruzar el Río de la Hermana. Aunque sabía que les llegaría la hora, no deseaba encontrarse con la Madre precisamente ese día, y lo que era aún más importante, no quería perder a Ayla.

El corcel agitó la cabeza y trató de retroceder cuando Jondalar le llevó a la orilla del río.

—Cálmate, Corredor —murmuró el hombre. El agua fría le bañó los pies desnudos y ascendió luego por las pantorrillas y los muslos. Cuando estuvo en el agua, Jondalar soltó el cabestro de Corredor, permitiéndole que se adelantara, y enrolló la cuerda alrededor de su mano. Confiaba en que el animal joven y robusto encontraría el modo de cruzar.

Ayla rodeó varias veces su mano con la cuerda sujeta a la cruz de la yegua, y después cerró con fuerza el puño para sostenerse mejor. Finalmente, comenzó a entrar en el río, detrás del hombre de elevada estatura, caminando al lado de Whinney. Mantuvo tensa la otra cuerda, la que estaba asegurada a las estacas y el bote, para evitar que se enredara mientras se introducían en el agua.

La joven notó inmediatamente el agua fría y la presión de la intensa corriente. Miró hacia atrás, a la orilla que acababa de dejar. Lobo continuaba allí, avanzando y retrocediendo, gimiendo ansioso, vacilante ante la perspectiva de entrar en las aguas rápidas del río. Ayla le llamó, tratando de alentarlo. El animal iba y venía, miraba el agua y la distancia cada vez mayor que lo separaba de la mujer. De pronto, en el momento mismo en que la lluvia comenzó a caer copiosamente, se sentó sobre las patas traseras y aulló. Ayla silbó para atraer su atención, y después de unos cuantos intentos más, Lobo se zambulló por fin y empezó a nadar en dirección a ella. Ayla volvió a concentrar su atención en el caballo y el río que se extendía al frente.

La lluvia, cada vez más intensa, parecía alisar las olas inquietas a lo lejos, pero cerca las aguas agitadas estaban más atestadas de restos de lo que ella había

imaginado. Troncos rotos y ramas remolineaban en torno y le golpeaban el cuerpo; algunos tenían hojas, otros estaban saturados de agua y casi hundidos. Los animales hinchados eran peores, a menudo presentaban el cuerpo desgarrado por la violencia de la inundación que los había sorprendido y lanzado ladera abajo, hacia el río fangoso.

Vio varios ratones de los alerces y roedores de los pinos. Fue más difícil reconocer una gran ardilla de tierra; el pelaje pardo claro estaba oscurecido, y la espesa y esponjosa cola parecía aplastada. Un lemming, con su largo pelo blanco de invierno, aplastado pero brillante, que crecía entre el pelaje gris estival que parecía negro, tenía la base de las patas cubierta ya de pelo negro. Probablemente procedía de un lugar alto de la montaña, cerca de la nieve. Los animales grandes estaban más dañados. Una gamuza que pasó flotando tenía un cuerno roto y había perdido la piel de la mitad de la cara, por lo que el músculo rosáceo quedaba al descubierto. Cuando Ayla vio el cadáver de un joven leopardo de la nieve, volvió a mirar, buscando de nuevo a Lobo; pero no lo divisó.

Sin embargo, advirtió que la cuerda que flotaba detrás de la yegua se había enroscado alrededor de un tocón, y el animal lo arrastraba al mismo tiempo que las pértigas y el bote. El tocón, con sus raíces que se abrían, suponía una carga innecesaria y disminuía la rapidez de los movimientos de Whinney. Ayla miró y torció la cuerda, en un intento de acercarla, pero de pronto se soltó sola. Una pequeña rama ahorquillada seguía aún enganchada, pero no ofrecía motivo de inquietud. Preocupaba a la joven que no hubiera la más mínima señal de Lobo, si bien sólo su cabeza asomaba fuera del agua, y por tanto, casi no podía ver. Aquella situación la inquietaba, en especial porque nada podía hacer para mejorarla. Lanzó de nuevo el característico silbido de llamada, pero al instante se preguntó si el animal podría oírla a causa del estrépito de las aguas.

Se volvió y observó preocupada a Whinney, porque temía que el pesado tocón la hubiera fatigado; pero la yegua todavía nadaba vigorosamente. Ayla miró después frente a sí y le alivió comprobar que Corredor avanzaba al lado de Jondalar. Ayla movía las piernas y el brazo libre, pues no quería sobrecargar a Whinney. Sin embargo, a medida que la situación se prolongaba y su cuerpo surcaba el agua arrastrado por la cuerda, se dio cuenta de que comenzaba a temblar. Le pareció que el cruce del río se prolongaba de forma insoportable. La orilla opuesta aún parecía estar muy lejana. El temblor del cuerpo no fue demasiado grave al principio, pero cuanto más larga se hacía la permanencia en el agua fría, iba en aumento y llegó a ser constante. Sentía los músculos muy tensos y le castañeteaban los dientes.

Otra vez miró hacia atrás y a su alrededor por si veía a Lobo, mas fue en vano. Pensó que debía de regresar a buscarlo, porque sin duda estaría muerto de frío. Ayla tiritaba, pero aun así la animó imaginar que a lo mejor Whinney podría dar la vuelta y rescatar al lobo. Se afanó inútilmente por hablar; tenía el mentón tan tenso y los dientes le castañeaban de tal modo que no pudo pronunciar palabra. De todos modos,

pensó que Whinney no debía ocuparse de aquella tarea. Ella misma lo haría. Intentó soltar la cuerda que le rodeaba la mano, pero estaba demasiado tirante y enredada, y la mano, además, tan entumecida que apenas podía sentirla. Quizá Jondalar pudiera regresar a buscarlo. ¿Dónde estaría Jondalar? ¿En el río? ¿Habría ido en auxilio de Lobo? Otro tronco se enredó en la cuerda. «Tengo que… hacer…, hacer algo…, soltar la cuerda…, peso demasiado para Whinney», pensó Ayla angustiada.

La mujer temblaba, pero sus músculos estaban tan tensos que no podía moverse. Cerró los ojos para descansar. Era realmente agradable cerrar los ojos… y descansar.

Capítulo 22

Ayla estaba medio inconsciente cuando sintió bajo su cuerpo las piedras duras del lecho del río. Trató de incorporarse y Whinney la arrastró sobre el fondo rocoso; segundos después pisaban una playa de piedras redondas y lisas, en un recodo del río. Al momento, la joven se desplomó. La cuerda, que todavía le rodeaba con fuerza la mano, obligó a su cuerpo a pegar una sacudida y detuvo al caballo en seco.

Jondalar también había tiritado en las primeras etapas de la hipotermia mientras cruzaba el río; aun así, había ganado la orilla opuesta antes que Ayla sin haber perdido la coordinación o comenzado a sufrir efectos irracionales. Ella debería haber llegado antes, pero la masa de restos retenidos por la cuerda de Whinney había aminorado considerablemente la rapidez del animal. Incluso la yegua empezaba a padecer las consecuencias del frío antes de que el nudo de la cuerda, aunque hinchado por el agua, acabara por deshacerse, liberando al animal del peso que obstaculizaba sus movimientos.

Por desgracia, al llegar a la otra orilla, el frío ya había afectado a Jondalar lo suficiente como para impedirle actuar de forma coherente. Se puso el chaquetón de piel sobre la ropa húmeda y caminó para buscar a Ayla; le acompañaba el caballo, pero, al principio, Jondalar equivocó la dirección a lo largo de la orilla. Poco a poco el ejercicio le calentó el cuerpo y disipó su confusión. Recordó que ambos habían sido arrastrados río abajo un buen trecho y se le ocurrió que, como ella había tardado más en cruzar, sin duda estaría más lejos. Entonces dio la vuelta y comenzó a retroceder. De pronto, Corredor relinchó, y cuando Jondalar oyó la respuesta del otro caballo, echó a correr.

En el momento en que Jondalar descubrió a Ayla, ésta yacía sobre la costa pedregosa, al lado de la paciente yegua, con un brazo en alto a causa de la cuerda que le sujetaba la mano. Jondalar corrió hacia ella, el corazón transido de miedo. Arrodillándose, se cercioró de que aún respiraba. Con un inmenso alivio la alzó en sus brazos y la estrechó contra su pecho. Las lágrimas humedecieron los ojos del hombre.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¡Estás viva! —exclamó—. Temía que hubieras muerto. ¡Pero qué fría estás!

Necesitaba calentarle el cuerpo. Tras desatarle la cuerda de la mano, se levantó con la joven en brazos. Ella se volvió y abrió los ojos. Tenía los músculos tensos y rígidos, apenas podía hablar, pero intentaba decir algo. Él se inclinó más.

—Lobo. Encuentra a Lobo —dijo Ayla con un murmullo ronco.

—¡Ayla, tengo que atenderte!

—Por favor, encuentra a Lobo. Perdí muchos hijos. No quiero perder también a Lobo —musitó Ayla. Los ojos de la mujer expresaban una súplica tan dolorosa que él no pudo negarse.

—Está bien. Lo haré, pero primero tengo que llevarte a un refugio.

Mientras Jondalar subía con Ayla en sus brazos una suave pendiente, la lluvia arreció. Llegó a un pequeño bancal donde había un bosquecillo de sauces, arbustos y juncos, con unos pocos pinos al fondo. Buscó un lugar llano, en el que no hubiera corrientes de agua, y montó deprisa la tienda. Después de desplegar el cuero de mamut sobre la manta que cubría el suelo, para protegerse de la tierra empapada, metió allí dentro a Ayla y más tarde los canastos. Preparó las pieles de dormir, despojó a la mujer de sus prendas húmedas, se desnudó a su vez, la acomodó entre las pieles y acto seguido se acostó a su lado.

Ayla no estaba completamente inconsciente, sino más bien sumida en una especie de aturdimiento. Tenía la piel fría y pegajosa, y el cuerpo rígido. Jondalar trató de hacerla entrar en calor cubriéndola con su cuerpo. Cuando ella comenzó a temblar otra vez, Jondalar respiró más tranquilo. Eso significaba que estaba calentándose por dentro, pero en cuanto empezó a recuperar la conciencia, recordó a Lobo, y de un modo irracional, casi salvaje, insistió en que debía ir a buscarlo.

—La culpa es mía —dijo, entre el castañeteo de sus dientes—. Le dije que saltara al río. Lo llamé con mi silbido. Confió en mí. Tengo que encontrar a Lobo… —insistía, tratando de incorporarse.

—Ayla, olvida a Lobo. Ni siquiera sabes dónde comenzar a buscar —arguyó Jondalar, mientras intentaba retenerla.

Mas ella, temblorosa, entre sollozos histéricos, se obstinaba en apartar las pieles de dormir.

—¡Tengo que encontrarlo! —gritó.

—Ayla, Ayla, yo iré. Si te quedas aquí, iré a buscarlo —dijo Jondalar, tratando de convencerla de que permaneciera bajo las pieles tibias—. Pero prométeme que te quedarás aquí, que no te moverás.

—Por favor, búscalo —insistió ella.

Jondalar se puso prendas secas y un chaquetón con capucha. Después cogió un par de dados de alimento para viajes, abundantes en energía, grasas y proteínas.

—Iré ahora mismo —anunció—. Cómete esto y quédate acostada.

Ella le aferró una mano cuando se volvió para salir.

—Prométeme que lo buscarás —suplicó, mirando los ojos azules que la contemplaban con inquietud. Todavía estaba temblando, pero su voz parecía sonar más firme.

Él miró sus ojos azul grisáceos, desbordantes de preocupación y ruego, y la estrechó apasionadamente contra su pecho.

—¡Tenía tanto miedo de que hubieras muerto! —exclamó.

Ayla se abrazó a él, reconfortada por la fuerza y el amor del hombre.

—Te amo, Jondalar, no quisiera perderte jamás; pero, por favor, encuentra a Lobo. No podría soportar la pérdida de Lobo. Es como… un niño…, un hijo. No puedo renunciar a otro hijo.

Se le quebró la voz al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Él se apartó un poco y la miró.

—Lo buscaré. Sin embargo, no puedo prometerte que dé con él, Ayla, ni siquiera si lo encontraré con vida.

Una expresión de horror se reflejó en los ojos de Ayla; luego los cerró en señal de asentimiento.

—Trata de encontrarlo —dijo, pero cuando el hombre empezó a apartarse, Ayla se aferró de nuevo a él.

El propio Jondalar no estaba seguro de proponerse realmente buscar al lobo cuando se incorporó. Le hubiera gustado conseguir un poco de madera para encender fuego y preparar alguna infusión o sopa caliente para Ayla, además de atender a los caballos; pero lo había prometido. Corredor y Whinney estaban en el bosquecillo; el potro aún llevaba puestos el cabestro y las mantas de montar. De momento, los robustos animales parecían estar bien, de modo que Jondalar comenzó a descender la ladera.

Al llegar al río, no sabía qué dirección tomar, pero finalmente decidió explorar el terreno corriente abajo. Se ajustó bien la capucha para defenderse de la lluvia y comenzó a caminar a lo largo de la orilla, mientras escudriñaba los montones de maderas flotantes y las concentraciones de restos. Halló muchos animales muertos y numerosos carnívoros y carroñeros, tanto cuadrúpedos como alados, alimentándose con los desechos del río. Descubrió también una manada de lobos del sur, pero ninguno de ellos parecido a Lobo.

Con una sensación de fracaso, decidió emprender el regreso. Remontaría un trecho el río, pero dudaba de tener mejor suerte. En realidad, no esperaba hallar al animal, y comprendió que eso le entristecía. Lobo a veces podía ser turbulento, pero Jondalar había terminado por apreciar a la inteligente bestia. Lo echaría de menos y sabía que Ayla se afligiría mucho.

Alcanzó la orilla pedregosa donde había encontrado a Ayla y rodeó el recodo, sin saber muy bien todavía cuánto debía avanzar en dirección contraria, sobre todo porque ahora veía que el río estaba creciendo. Llegó a la conclusión de que debía alejar del río la tienda apenas Ayla estuviera en condiciones de caminar. Se dijo que quizá debería abandonar la exploración del curso superior del río y asegurarse de que ella estaba bien. Sin embargo, se sentía vacilar. «Bien», pensó, «es posible que aún recorra otro trecho; Ayla me preguntará si he buscado en ambas direcciones».

Comenzó a remontar el curso del río. Tuvo que rodear una pila de troncos y ramas, y poco después vio la silueta majestuosa de un águila imperial que planeaba sobre las aguas con las alas extendidas, se detuvo y miró impresionado. De pronto, el ave grande y grácil plegó las alas poderosas y descendió velozmente sobre la orilla del río para, en cuestión de segundos, elevarse de nuevo con una gran liebre colgando de sus garras.

Un poco más lejos, cerca del lugar en que el ave había encontrado su comida, un impetuoso afluente, que se ensanchaba para formar un pequeño delta, agregaba su

caudal a las aguas de la Hermana. A Jondalar le pareció divisar algo conocido en la amplia faja de playa arenosa donde los dos ríos se unían, y sonrió cuando comprendió de qué se trataba. Era el bote redondo; no obstante, cuando miró con más atención, frunció el entrecejo y echó a correr en aquella dirección. Al lado del bote, Ayla estaba sentada en el agua, sosteniendo en su regazo la cabeza de Lobo. De una herida sobre el ojo izquierdo del animal aún manaba sangre.

—¡Ayla! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has podido? —exclamó, movido más por el miedo y la inquietud que por la cólera.

—Está vivo, Jondalar —dijo Ayla, temblando de frío y al mismo tiempo sollozando con tanta fuerza que hablaba de forma casi incoherente—. Está lastimado, pero vivo.

Después de haberse metido en el río, Lobo había nadado hacia Ayla, pero cuando llegó al bote redondo, vacío y liviano, que flotaba en el agua, apoyó las patas traseras en las pértigas sujetas a la embarcación. Permaneció allí, encima de los objetos conocidos, dejando que el bote y las estacas lo sostuvieran. Mas el nudo corredizo se soltó, por lo que el bote y las pértigas comenzaron a agitarse desordenadamente sobre las aguas encrespadas y Lobo salió despedido y se golpeó contra el pesado tronco saturado de agua. En aquel momento, ya se encontraban casi en la orilla opuesta. El ímpetu de la corriente había depositado el bote en las márgenes arenosas, por lo que éste arrastró las pértigas con Lobo acostado encima y quedó mitad en tierra, mitad en el agua. El golpe había aturdido a Lobo, pero permanecer casi sumergido en el agua fría fue peor. Incluso los lobos podían sufrir hipotermia y morir a causa de ella.

—Vamos, Ayla, estás temblando de nuevo. Tenemos que volver. ¿Por qué has salido? Te dije que yo lo buscaría —afirmó Jondalar—. Vamos; yo lo llevaré.

Retiró al lobo del regazo de Ayla, y a continuación trató de ayudarla a incorporarse. Después de dar unos pocos pasos, Jondalar comprendió que se verían en dificultades para regresar a la tienda. Ayla apenas podía caminar, y el lobo era un animal grande y pesado. El pelaje empapado aumentaba su peso. El hombre no podía transportar a los dos, y sabía que Ayla jamás le permitiría dejar a Lobo y volver a buscarlo más tarde. Si por lo menos él pudiera llamar a los caballos con un silbido, como haría Ayla…, aunque ¿por qué no? Jondalar tenía un silbido especial para Corredor, si bien era cierto que no se había esforzado gran cosa por enseñarle a responder. Nunca lo había necesitado. El joven corcel siempre aparecía con su madre cuando Ayla llamaba a Whinney.

Tal vez Whinney acudiese si él silbaba. Por lo menos, debía intentarlo. Imitó la señal de Ayla, con la esperanza de que su silbido se pareciera, pero ante la posibilidad de que los caballos no respondiesen, decidió emprender la marcha. Alzó en brazos a Lobo, ingeniándoselas para sostener a Ayla.

A escasa distancia había un montón de troncos rotos, y Jondalar ya estaba cansado incluso antes de alcanzarlo. Dominaba su propio agotamiento sólo gracias a un poderoso esfuerzo de voluntad. Él también había cruzado a nado el río poderoso, y

más tarde subió la pendiente cargado con Ayla y montó la tienda. Para colmo, luego había caminado río arriba en busca del lobo. Al oír un relincho, volvió la cabeza. Se sintió aliviado y contento al ver aproximarse a los dos caballos.

Colocó al lobo sobre el lomo de Whinney, pues la yegua ya lo había llevado antes y estaba acostumbrada a hacerlo; después ayudó a Ayla a montar en Corredor y condujo al animal en dirección a la playa pedregosa. Whinney los siguió. Ayla, temblando bajo sus ropas mojadas porque la lluvia arreció, se vio en dificultades para mantenerse sobre el caballo cuando comenzaron a subir la cuesta. Por fin, a paso lento, consiguieron regresar a la tienda instalada junto al bosquecillo.

Jondalar ayudó a Ayla a desmontar y la introdujo en la tienda. La hipotermia estaba creándole de nuevo un estado irracional a la joven, histérica a causa de su preocupación por el lobo. Jondalar tuvo que meter inmediatamente a Lobo en la tienda y prometer que lo secaría. Buscó en los canastos algo para frotarlo. La joven pretendía cubrirlo con sus propias mantas, pero Jondalar se negó en redondo, aunque buscó para el animal una manta. Mientras ella sollozaba incontrolablemente, Jondalar la ayudó a desvestirse y la envolvió en las pieles.

Salió otra vez, retiró el cabestro de Corredor y las mantas de montar de los dos caballos, dándoles unas palmadas afectuosas mientras les dedicaba unas palabras de agradecimiento. Aunque los caballos normalmente vivían al aire libre en cualquier época del año y estaban adaptados al frío, Jondalar sabía que no les gustaba mucho la lluvia y abrigaba ahora la esperanza de que no sufrieran demasiado por esa causa. Por último, Jondalar entró en la tienda, y tras desnudarse, se deslizó junto a la mujer que temblaba violentamente. Ayla estaba acurrucada cerca de Lobo, y Jondalar la acunó rodeándola con sus brazos. Al poco rato, con el cuerpo cada vez más tibio de un lobo a un lado, y el cuerpo del hombre al otro, el temblor de la mujer cesó. Sólo entonces, rendidos de fatiga, Ayla y Jondalar se adormecieron.

Ayla despertó cuando sintió una lengua húmeda lamiéndole el rostro. Apartó la cabeza de Lobo, sonriendo de alegría, y lo abrazó. Luego, mientras sostenía la cabeza del animal entre sus manos, examinó con cuidado la herida. La lluvia había lavado la suciedad que la cubría y el animal ya no sangraba. Aunque lo trataría después con algunas medicinas, de momento Lobo parecía sentirse perfectamente. Más que el golpe en la cabeza, lo que le había debilitado era el frío del agua. El sueño y el calor habían sido la mejor medicina. Ayla vio que Jondalar la abrazaba, incluso dormido. Decidió seguir así, abrazada por Jondalar, en tanto ella sostenía a Lobo y escuchaba el tamborileo de la lluvia sobre la tienda.

Acudieron a su memoria algunos episodios de la víspera: su camino a tropezones a través de los troncos y las ramas arrastradas por la corriente, explorando la orilla del río en busca de Lobo; la mano que le dolía porque la cuerda que la había sujetado estaba muy tirante; Jondalar llevándola en brazos. Sonrió al pensar lo pronto que la

había encontrado, y recordó también que le había mirado mientras él montaba la tienda. Se sentía un poco avergonzada por no haberle ayudado, si bien entonces tenía el cuerpo tan rígido por el frío que no hubiera podido moverse.

Lobo se debatió para liberarse del abrazo de Ayla, y en cuanto lo consiguió, empujó con el hocico la solapa de la tienda y salió. Ayla oyó la llamada de Whinney; le embargó un sentimiento tal de alegría, que estuvo a un paso de contestar del mismo modo, pero entonces recordó que Jondalar dormía. Comenzó a preocuparse por los caballos, expuestos a la lluvia. Estaban acostumbrados al tiempo seco, no a aquella lluvia torrencial. No importaba que el frío fuese intenso, si era seco. Recordó, sin embargo, haber visto caballos, por lo que resultaba evidente que algunos vivían en la región. Los caballos, en efecto, tenían un pelaje que era espeso, denso y tibio incluso cuando se mojaba. Ayla supuso que podrían afrontar la situación, siempre que la lluvia no fuera constante.

Decididamente no le gustaban las copiosas lluvias otoñales que caían en aquella región meridional, si bien había acogido de buen grado las largas y húmedas primaveras norteñas, con sus brumas y ventiscas cada vez más cálidas. El clan de la caverna de Brun estaba al sur, y allí solía llover mucho en otoño; pero Ayla no recordaba esos aguaceros interminables. Claro que no todas las regiones meridionales eran iguales. Ayla pensó en la posibilidad de levantarse, pero antes de adoptar una decisión, volvió a dormirse.

Cuando despertó por segunda vez, Jondalar estaba moviéndose inquieto. Mientras ella yacía bajo las pieles, percibió una diferencia, pero no pudo clasificar de qué se trataba. De pronto, comprendió que había cesado el sonido de la lluvia. Se incorporó y salió. La tarde tocaba a su fin, el frío reinante le hizo desear haberse abrigado más. Orinó junto a un arbusto, dirigiéndose después hacia los caballos que pastaban cerca de los sauces, en un lugar por donde pasaba un arroyo. Lobo estaba con ellos. Los tres se acercaron al verla, y la joven pasó algún tiempo acariciando y rascando a los animales, además de hablarles. Aterida, regresó a la tienda, se cubrió con las pieles de dormir y volvió a tenderse al lado del cálido cuerpo masculino.

—¡Estás fría, mujer! —exclamó él.

—En cambio, tú estás bien y caliente —dijo Ayla, acurrucándose junto a él.

Él la rodeó con sus brazos y acercó los labios al cuello de Ayla, aliviado de que el calor de la joven se restableciera con tanta rapidez. Horas antes había llegado a temer por su vida, cuando ella estaba helada y él se esforzaba por hacerla reaccionar.

—No sé en qué estaría pensando al dejar que te mojaras y enfriases tanto —dijo Jondalar—. Nunca debimos intentar el cruce de ese río.

—Pero, Jondalar, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Tenías razón. Con esa lluvia tan intensa, habríamos tenido que cruzar un río u otro, y hubiera sido peor tratar de pasar uno que descendiese de la montaña —afirmó Ayla.

—Si nos hubiéramos separado antes de los sharamudoi, no hubiésemos tenido que soportar esta lluvia. Y cruzar la Hermana no hubiera sido tan difícil ni mucho

menos —indicó Jondalar, que continuaba haciéndose cargos.

—Tuve yo la culpa de que no partiéramos antes, y hasta Carlono creyó que llegaríamos aquí antes de las lluvias.

—No, la culpa fue mía. Yo sabía cómo era este río. Si hubiera hecho un esfuerzo, habríamos partido antes. Y si hubiéramos dejado atrás ese bote, no habríamos necesitado tanto tiempo para pasar la montaña y no habría sido un obstáculo en el río. ¡Qué estúpido fui!

—Jondalar, ¿por qué te culpas? —preguntó Ayla—. No eres estúpido. No podías prever lo que sucedería. Ni siquiera Uno Que Sirve a la Madre puede ser perfecto. Las cosas nunca son totalmente claras. Y lo logramos. Ahora estamos aquí, y todo está bien gracias a ti… Incluso tenemos a Lobo. Y también el bote, y es posible que todavía nos sea de gran utilidad.

—Pero casi te perdí —se lamentó Jondalar, hundiendo la cabeza en el cuello de Ayla y apretándola con tal fuerza que le hizo daño, pese a lo cual no trató de rechazarle—. No puedo decirte cuánto te amo. Me haces muchísima falta, pero las palabras no me bastan, no alcanzan a expresar lo que siento por ti.

Él la oprimió casi con desesperación, como si creyera que apretándola con intensidad suficiente lograría que Ayla fuera parte de sí mismo. De ese modo jamás llegaría a perderla.

También ella le estrechó con fuerza, amándole y deseando hacer algo por aliviar la angustia de Jondalar y su necesidad súbitamente perentoria. Comprendió entonces que sabía lo que tenía que hacer. Respiró en la oreja de Jondalar y le besó el cuello. La respuesta de Jondalar fue inmediata. La besó, con fiera pasión, acariciándole los brazos y sosteniéndole los pechos con las manos, sorbiéndole los pezones con un hambriento deleite. Ella pasó la pierna sobre Jondalar y le obligó a cubrirla; después abrió los puños. Jondalar retrocedió, buscó y empujó con el miembro erecto, tratando de encontrar la abertura. Ayla bajó una mano y le ayudó a guiar el miembro, dándose cuenta de que sentía tanto deseo de su compañero como él de ella.

Mientras él empujaba y sentía el tibio abrazo del profundo foso femenino, ella gimió con una repentina sensación indescriptible. Todos los pensamientos de pesadilla y la temerosa inquietud de Jondalar se disiparon en ese momento, y la sensual alegría del maravilloso don del placer concedido por la Madre le colmó y no dejó espacio para otro pensamiento que no fuera el amor que sentía por ella. Se retiró un poco y sintió que el movimiento de Ayla se acompasaba al suyo cuando volvieron a unirse. La respuesta de Ayla provocó en él sensaciones aún más profundas.

Cuando se apartaban y volvían a unirse, él experimentaba un sentimiento de inenarrable felicidad. Su cuerpo y el de Ayla se movían a un ritmo al que ella se entregó totalmente y que fue acelerándose, de tal modo que Ayla quedó totalmente inmersa en las sensaciones del momento. Un reguero de fuego la recorría, se centraba en lo más profundo de su cuerpo mientras ambos continuaban agitándose hacia delante y hacia atrás.

Él sentía que crecía en su interior un poder volcánico; oleadas de excitación le recorrían, le sumergían, para, casi antes de que lo advirtiera, estallar en una dulce liberación. Cuando Jondalar se movió las últimas veces, experimentó unas pocas sacudidas tras la violenta erupción y finalmente el sentimiento cálido y fulgurante de la relajación absoluta.

Permaneció encima de ella, conteniendo la respiración después del ejercicio súbito e intenso. Ayla cerró los ojos, satisfecha. Un momento después, él rodó a un costado y se acurrucó junto a Ayla, quien aproximó su cuerpo al del hombre. Así, uno contra el otro estrechamente entrelazados, yacieron dichosos en silencio.

Transcurrido largo rato, Ayla dijo en voz baja:

—¿Jondalar?

—¿Eh? —murmuró él. Se encontraba en un estado agradable y plácido, sin sueño, pero también sin deseos de moverse.

—¿Cuántos ríos más como éste tendremos que cruzar? —preguntó Ayla.

Él se incorporó a medias y la besó en la oreja.

—Ninguno —contestó.

—¿Ninguno?

—Ninguno, porque no hay ríos como la Hermana —explicó Jondalar.

—¿Ni siquiera el Río de la Gran Madre?

—Ni siquiera la Madre es tan veloz y traicionera, o tan peligrosa como la Hermana —explicó Jondalar—; pero no cruzaremos el Río de la Gran Madre. Permaneceremos en este lado la mayor parte de la distancia que nos separa del glaciar de la meseta. Cuando estemos cerca de los hielos, me gustaría visitar a ciertas personas que viven en la orilla opuesta del Río de la Madre. Pero está muy lejos de aquí, y cuando lleguemos a esa región el río será poco más que un arroyo de montaña. —Y poniéndose boca arriba, añadió—: No digo que no tengamos que cruzar algunos ríos importantes para llegar a nuestro destino, pero en estas llanuras la Madre se divide en numerosos canales que se separan y se reúnen nuevamente. Cuando los veamos a todos unidos otra vez, será tan pequeño que te resultará difícil imaginar que se trata del Río de la Gran Madre.

—Si no lleva tanta agua como el de la Hermana, no creo que lo reconozca —dijo Ayla.

—Seguramente lo conseguirás. Por grande que sea la Hermana, cuando se unen, la Madre es todavía más grande. Hay un río importante que alimenta el caudal desde la orilla opuesta, poco antes de las colinas boscosas que lo desvían hacia el este. Thonolan y yo conocimos allí algunas personas que nos ayudaron a cruzar en balsa. Hay otros afluentes que proceden de las grandes montañas que se alzan al oeste, pero nosotros avanzaremos hacia el norte de la llanura central y ni siquiera los veremos.

Jondalar se sentó. La conversación le había inducido a pensar que debían continuar la marcha, aunque en realidad no partirían hasta la mañana siguiente. Se sentía descansado y tranquilo; no le atraía continuar acostado.

—No cruzaremos muchos ríos hasta que lleguemos a las mesetas del norte —continuó diciendo—. Por lo menos, eso es lo que me dijo la gente de Haduma. Al parecer, hay algunas colinas, pero es una región bastante llana. La mayor parte de los ríos que veremos son canales del Río de la Madre. Dicen que la Madre recorre toda la región en la que estamos ahora. Creo que es un buen sitio para cazar. La gente de Haduma cruza siempre los canales para cazar allí.

—¿La gente de Haduma? Sí, me hablaste de ellos, pero nunca dijiste gran cosa —dijo Ayla, sentándose también, y extendiendo la mano hacia el canasto que estaba en su alforja.

—No estuvimos mucho tiempo con ellos, sólo lo necesario para… —Jondalar vaciló, y recordó los ritos de iniciación que había compartido con Noria, la bonita joven. Ayla advirtió en su rostro una expresión extraña, como si se sintiera un poco avergonzado, a la vez que complacido de sí mismo—. Fue una… ceremonia, un festival —concluyó Jondalar.

—¿Un festival para honrar a la Gran Madre Tierra? —preguntó Ayla.

—Pues… sí, así fue. Me pidieron… —vaciló—, nos pidieron a Thonolan y a mí que participáramos.

—¿Visitaremos entonces a la gente de Haduma? —preguntó Ayla desde la abertura de la tienda. Llevaba en la mano una piel de gamuza sharamudoi para secarse después de lavarse en el arroyo que corría junto a los sauces.

—Me alegraría verles, pero no sé dónde viven —dijo Jondalar. Entonces, al ver la expresión desconcertada de Ayla, se apresuró a aclarar—: Algunos cazadores hallaron nuestro campamento y mandaron llamar a Haduma. Ella fue quien decidió celebrar el festival y ordenó buscar a los demás. —Hizo una pausa, tratando de recordar—. Haduma era una mujer notable. Es la persona más anciana que he conocido en mi vida, incluso más que Mamut. Es la madre de seis generaciones; al menos eso creo. De veras, me alegraría volver a verla, pero no puedo perder tiempo buscándolos. De todos modos, imagino que ya habrá muerto, aunque lo más probable es que su hijo aún viva. Era el único que hablaba zelandoni.

Ayla salió. Jondalar sintió una imperiosa necesidad de orinar. Se puso deprisa la túnica y abandonó la tienda. Mientras sostenía el miembro y observaba el arco humeante de líquido amarillo de fuerte olor que se derramaba sobre el suelo, se preguntó si Noria habría tenido el hijo anunciado por Haduma y si el órgano que estaba sosteniendo sería el responsable de la creación del niño.

Vio que Ayla se acercaba a los sauces, cubierta únicamente con el cuero de gamuza echado sobre los hombros. Lo lógico era que también él fuera a lavarse, aunque ese día ya había tenido sobrado contacto con el agua fría. Eso no quería decir que no estuviera dispuesto a mojarse, si se veía obligado a ello, por ejemplo al cruzar el río, pero mientras viajaba con su hermano nunca habría creído que lavarse a menudo en agua fría fuese tan importante.

Ayla nunca le había hecho la menor indicación al respecto, pero como para ella

no era obstáculo el agua fría, Jondalar mal podía utilizar esa excusa para no lavarse a su vez. Tenía que reconocer que le agradaba que ella por lo general exhalara un olor tan fresco. En ocasiones Ayla rompía la capa de hielo para llegar al agua, y él se preguntaba cómo era capaz de soportarla.

Por lo menos, la joven estaba levantada y se movía. Jondalar había temido que se vieran obligados a acampar varios días, a causa de la hipotermia sufrida por Ayla, o incluso que enfermase. Tal vez, se dijo Jondalar, aquella costumbre de lavarse en agua poco menos que helada la hubiera habituado a las bajas temperaturas, y era posible que unos cuantos puñados de agua tampoco a él le perjudicasen. De pronto se dio cuenta de que estaba observando el modo en que el trasero desnudo de la joven se insinuaba bajo el reborde del cuero, meneándose seductoramente a uno y otro lado mientras caminaba. Los placeres de los dos habían sido excitantes y más satisfactorios de lo que él hubiera imaginado, en vista de la brevedad del episodio; pero mientras contemplaba a Ayla, quien tras colgar de una rama la suave piel, vadeaba el arroyo, sintió el impulso de empezar de nuevo, sólo que esta vez la complacería lenta, amorosamente, gozándose en cada parte del cuerpo femenino.

Las lluvias continuaron de forma intermitente cuando comenzaron a cruzar las llanuras bajas que se extendían entre el Río de la Gran Madre y el afluente de anchura casi igual, es decir, la Hermana. Reanudaron viaje en dirección noroeste, aunque su ruta no era directa ni mucho menos. Las llanuras centrales se asemejaban a las estepas del este, y en realidad eran una prolongación de aquéllas, pero los ríos que atravesaban la antigua cuenca de norte a sur desempeñaban un papel dominante en el carácter de la región. El curso del Río de la Gran Madre, el cual variaba con frecuencia, se bifurcaba y se desviaba, dando lugar a enormes zonas húmedas en los vastos pastizales secos.

Se formaban lagos en los recodos de acentuadas curvas de los canales más anchos que recorrían el territorio, y los pantanos, los prados húmedos y los campos floridos que proporcionaban diversidad a las grandiosas estepas servían de refugio a una cantidad y variedad increíble de aves; pero también obligaban a desviarse a los viajeros que avanzaban por tierra. La diversidad de los cielos estaba complementada por una abundante vida vegetal y una heterogénea población de animales que reproducía la situación de los pastizales orientales, aunque de manera más concentrada, como si un paisaje más dilatado se hubiera contraído al mismo tiempo que su comunidad de criaturas vivas conservaba idénticas proporciones.

Rodeadas por montañas y mesetas que canalizaban más humedad hacia la tierra, las llanuras centrales, especialmente en el sur, eran también algo más boscosas. En lugar de especies enanas y achaparradas, los arbustos y los árboles que se apiñaban cerca de los cursos de agua a menudo alcanzaban una altura y un diámetro notables. En la sección sudoriental, cerca de la confluencia ancha y turbulenta, los pantanos y

los lodazales aparecían en los valles y los bajíos, llegando a adquirir enormes proporciones durante la época de las inundaciones. Había bosques pequeños y pantanosos de alisos, fresnos y alerces que atraían a los incautos, entre promontorios coronados por bosques de sauces, alternándose en ocasiones con robles y hayas, mientras los pinos arraigaban en los terrenos más arenosos.

En la mayor parte de los suelos intervenía una mezcla del fecundo loess y marga negra, o bien arena y gravas aluviales, con un afloramiento ocasional de antiguas rocas que interrumpían el relieve liso. Estas mesetas aisladas solían estar pobladas de coníferas, que a veces descendían hasta las llanuras, proporcionando cobijo a diferentes especies de animales que no podían vivir exclusivamente en terreno abierto. La vida era más ubérrima en los sectores de los márgenes, mas a pesar de tanta exuberancia, la vegetación principal continuaba siendo la hierba. Los pastos altos y cortos de la estepa, así como las hierbas con aspecto de pluma y las festucas en las llanuras centrales de la estepa formaban un pastizal extraordinariamente abundante que se agitaba impulsado por el viento.

Cuando Ayla y Jondalar salieron de las llanuras meridionales y se aproximaron al frío norte, tuvieron la sensación de que la estación avanzaba con más rapidez que de costumbre. El viento que les golpeaba la cara traía una ráfaga del frío intenso de su lugar de origen. Una acumulación de inconcebibles proporciones de hielo glacial se extendía sobre vastas regiones de las tierras septentrionales y comenzaba justo frente a ellos, a una distancia muy inferior a la que ya habían recorrido.

Debido al cambio de estación, la fuerza cada vez más violenta del aire helado hacía presagiar su tremendo poder. Las lluvias disminuyeron hasta cesar por completo, vetas blancas irregulares reemplazaron a las acumulaciones bajo unas nubes desflecadas por los fuertes vientos constantes. Potentes ráfagas arrancaban las hojas secas de los árboles caducos y las dispersaban para formar una alfombra irregular alrededor de los troncos. Luego, en un súbito cambio de humor, una repentina corriente ascendente elevaba los quebradizos esqueletos de las ramas nacidas durante el verano, los esparcía en torno con furia y luego, como cansado del juego, los dejaba caer en otro lugar.

A pesar de los inconvenientes, el tiempo frío y seco complacía más a los viajeros; era algo conocido, incluso cómodo, y estaban protegidos por las capuchas y los chaquetones de piel. Habían informado bien a Jondalar; la caza era fácil en las llanuras centrales, los animales estaban bien nutridos y sanos después de comer todo el verano. En esa época del año muchos granos, frutos, nueces y raíces estaban maduros para la cosecha. No necesitaban consumir las raciones de viaje, e incluso repusieron sus existencias porque mataron un ciervo gigantesco. Eso les decidió a detenerse y descansar unos días, mientras la carne se secaba. La salud resplandecía en sus rostros, que reflejaban la honda felicidad de estar vivos y enamorados.

Los caballos parecían haber rejuvenecido. Era su medio, el clima y las condiciones a los que se habían adaptado. Su espeso pelaje era más tupido a causa del

crecimiento invernal, y todas las mañanas se les notaba inquietos y dinámicos. El lobo, con el hocico apuntando al viento, recogía olores conocidos por los registros recónditos e instintivos de su cerebro y brincaba satisfecho por el camino, realizando de vez en cuando incursiones en solitario, para reaparecer súbitamente, según Ayla, con el aire de sentirse orgulloso de sí mismo.

El cruce de los ríos no ofrecía problemas. Casi todos los cursos de agua corrían paralelos a la dirección norte-sur del Río de la Gran Madre, si bien los dos viajeros vadearon algunos que atravesaban la llanura; no obstante, el esquema era imprevisible. Los canales se desviaban tanto que no siempre era seguro que una corriente que se cruzara en el camino representase un desvío del río o de algunos de los pocos arroyos procedentes de los terrenos más altos. Algunos canales paralelos concluían bruscamente en una corriente que bajaba hacia el oeste, la cual a su vez vaciaba sus aguas en otro canal de la Madre.

Aunque a veces se veían obligados a desviarse de la dirección norte a causa de un amplio recodo del río, era el tipo de pastizal abierto lo que determinaba que viajar a caballo fuese mucho más ventajoso que hacerlo a pie. Desarrollaban una velocidad excepcional, y cada día salvaban distancias tan largas que compensaban los retrasos anteriores. Jondalar se sentía complacido al pensar que incluso estaban compensando un tanto su decisión de seguir el camino más largo, con el fin de visitar a los sharamudoi.

Los días tersos, fríos y claros, permitían una amplia visión panorámica, enturbiada tan sólo por las brumas matutinas cuando el sol calentaba la humedad condensada durante la noche, la cual apenas superaba el punto de congelación. Hacia el este se divisaban las montañas que habían esquivado cuando siguieron el curso del gran río a través de las cálidas planicies meridionales. Se trataba de las mismas montañas cuya ladera sudoeste habían ascendido. Los picos helados y relucientes se iban acercando imperceptiblemente a medida que la cadena se desviaba hacia el noroeste, formando un gran arco.

Hacia la izquierda, la cadena montañosa más alta del continente, cubierta por un enorme casquete de hielo glacial casi hasta la mitad de los flancos, se desplegaba en una sucesión de alturas que iba de este a oeste. Los picos imponentes y luminosos se elevaban en la lejanía púrpura como una presencia vagamente siniestra, una barrera al parecer infranqueable entre los viajeros y su meta definitiva. El Río de la Gran Madre les obligaría a rodear la ancha cara septentrional de la cadena, acercándolos a un glaciar relativamente pequeño que cubría, como una armadura de hielo, un macizo antiguo y redondo en el extremo noroeste de las estribaciones alpinas de las montañas.

Más bajo y a menos distancia, más allá de una llanura cubierta de hierba donde también crecían bosques de pinos, se elevaba otro macizo. La meseta de granito se imponía a los prados de la estepa y al Río de la Gran Madre, pero descendió gradualmente cuando continuaron hacia el norte, y al fin se unió con las colinas

onduladas que se extendían todo el camino hasta las estribaciones de las montañas occidentales. La cantidad de árboles que interrumpían el paisaje abierto cubierto de hierba era cada vez menor y los que quedaban comenzaban a adoptar las habituales deformaciones achaparradas de los árboles esculpidos por el viento.

Ayla y Jondalar habían recorrido casi tres cuartas partes de la distancia, de sur a norte, de las inmensas llanuras centrales, antes de que empezaran a caer los primeros copos de nieve.

—¡Jondalar, mira! ¡Está nevando! —gritó Ayla excitada, dibujándose en sus labios una sonrisa radiante—. Es la primera nieve del invierno.

La joven había estado oliendo la nieve en el aire, y la primera nevada de la estación siempre le parecía especial.

—No entiendo por qué te complace tanto —replicó Jondalar, pero la sonrisa de Ayla era contagiosa, y él no pudo por menos de sonreír a su vez—. Me temo que antes de que hayamos llegado, te habrás cansado de la nieve y el hielo.

—Sé que tienes razón, pero de todos modos me gustan las primeras nieves. —Después de avanzar un corto trecho, Ayla preguntó—: ¿Podremos acampar pronto?

—Es un poco más de mediodía —dijo Jondalar, un tanto desconcertado—. ¿Por qué hablas ya de acampar?

—Acabo de ver unas perdices blancas. Han comenzado a cubrirse de blanco, pero como la nieve no ha cuajado, ahora es fácil distinguirlas. No será lo mismo cuando haya nevado más, y siempre son muy sabrosas en esta época del año, sobre todo si las preparo como le gustaban a Creb, pero se necesita bastante tiempo para cocerlas de ese modo. —Sin proponérselo evocó el pasado, perdida la mirada en el vacío—. Hay que cavar un hoyo en el suelo, revestirlo con piedras y encender fuego. Después, se introducen las aves, envueltas en humo, se tapa todo y se espera. —Las palabras habían brotado de sus labios con tanta rapidez que casi farfullaba—. Pero vale la pena.

—Cálmate, Ayla, estás excitada —sonrió Jondalar, divertido y alegre. Le encantaba mirarla cuando ella demostraba tanto entusiasmo—. Si estás segura de que serán tan deliciosas, creo que podremos instalar el campamento y salir a cazar perdices.

—Así será —dijo Ayla, mirando a Jondalar con expresión seria—; pero tú ya las has comido preparadas de ese modo. Conoces su sabor. —Entonces reparó en la sonrisa de Jondalar y comprendió que él había estado jugando con ella. Su reacción fue extraer la honda sujeta por el cinturón mientras le aconsejaba—: Organiza el campamento. Yo iré a cazar una perdiz, y si me ayudas a cavar el hoyo, hasta te permitiré saborearla —dijo sonriendo, y espoleó a Whinney.

—¡Ayla! —gritó Jondalar antes de que ella se alejara—. Si me dejas la estaca de cavar, ¡oh!, tú, «Mujer Que Caza», te prepararé el campamento.

Ella le miró sobresaltada.

—Ignoraba que fueras capaz de recordar cómo me llamaba Brun cuando me permitió cazar —dijo, mientras regresaba y se detenía frente a él.

—Es posible que no guarde recuerdo de todo lo referente a tu clan, pero de todos modos me acuerdo de algunas cosas, en particular de las relacionadas con la mujer a quien amo —dijo, y contempló la sonrisa amplia y bella que acentuaba la hermosura de la joven—. Además, si me ayudas a encontrar un sitio para instalarnos, sabrás adónde regresar con tus dichosas aves.

—Si no te viese, te seguiría la pista, pero te acompañaré y dejaré contigo las angarillas. Whinney no puede moverse con rapidez si tiene que arrastrarlas.

Cabalgaron juntos hasta que en las inmediaciones de un arroyo vieron el lugar apropiado para acampar, un terreno llano para la tienda, con unos pocos árboles y, lo que era más importante para Ayla, una playa llena de piedras que podían usarse para armar el horno en el suelo.

—Bien; puedo ayudarte a instalar el campamento, ya que estoy aquí —decidió Ayla, y desmontó.

—Ve a cazar tu perdiz. Dime sólo dónde deseas que empiece a cavar un hoyo —dijo Jondalar.

Ayla dudó unos instantes; después asintió. Cuanto antes cazara las aves, antes empezaría a asarlas, y era posible que necesitase cierto tiempo para abatirlas. Recorrió a pie el lugar y eligió un sitio que parecía apropiado para el horno en el suelo.

—Aquí —dijo—; cerca de estas piedras.

Exploró la playa y llegó a la conclusión de que también podía recoger algunas piedras redondas y pulidas para su honda mientras permanecieran allí.

A continuación ordenó a Lobo que la acompañara y volvió atrás para buscar la perdiz que había visto. Apenas comenzó a seleccionar las gruesas aves, vio varias especies similares. Primero se sintió tentada por una pareja de perdices grises entretenidas en picotear semillas maduras de centeno y trigo mocho. Identificó un número sorprendente de aves jóvenes por las marcas un poco menos definidas, no por el tamaño del cuerpo. Aunque las aves robustas y de proporciones medianas ponían hasta veinte huevos en una nidada, por lo general soportaban una depredación tan intensa que eran escasos los ejemplares que alcanzaban la edad adulta.

Las perdices grises también eran sabrosas, pero Ayla decidió que continuaría caminando sin olvidar el lugar donde las había visto, por si no encontraba las perdices blancas que ella prefería. Una bandada formada por varias familias de codornices gregarias más pequeñas la sobresaltó al levantar el vuelo. Las avecillas redondas también eran sabrosas, y si Ayla hubiera sabido usar un palo arrojadizo que podía derribar varios animales de una sola vez, quizá ahora hubiera intentado utilizarlo.

Como había decidido ignorar a las restantes aves, Ayla se alegró de ver a las perdices blancas, hábiles en camuflarse, cerca del lugar en el que las había

descubierto antes. Aunque todavía mostraban ciertos dibujos en el dorso y las alas, las plumas blancas predominantes hacían que se destacaran contra el fondo formado por el suelo gris y las hierbas secas color oro oscuro. Las aves gordas y robustas ya tenían plumas de invierno no sólo en las patas, sino también en las garras, para protegerlas del frío y cuando caminaban sobre la nieve. Aunque la codorniz recorría con frecuencia distancias más largas, tanto la perdiz común como la blanca, al igual que la chocha cuyo plumaje se tornaba blanco en la nieve, solían mantenerse en un sector generalmente próximo a su lugar de nacimiento y se desplazaban tan sólo una corta distancia entre las áreas invernales y las estivales.

De acuerdo con el estilo de ese mundo invernal, que admitía asociaciones estrechas de seres vivos cuyos respectivos hábitats en otras ocasiones estarían muy distanciados entre sí, cada cual tenía su espacio y todos se mantenían en las llanuras centrales durante el invierno. Mientras que la perdiz se aferraba al pastizal abierto batido por el viento, alimentándose de semillas y durmiendo por las noches en los árboles cercanos a los ríos y las mesetas, la perdiz blanca prefería la nieve blanda, abriendo huecos debajo de ella para mantenerse caliente, alimentándose de ramitas, brotes, capullos y arbustos, a menudo variedades que contenían aceites concentrados desagradables o incluso venenosos para otros animales.

Ayla ordenó a Lobo que se estuviera quieto, mientras ella extraía dos piedras de su saquito y preparaba la honda. Montada en Whinney, vio un pájaro casi blanco y lanzó la primera piedra. Lobo, atento al movimiento de Ayla, que interpretó como una señal, se abalanzó simultáneamente sobre otro ejemplar. Con batir de alas y estridentes graznidos de protesta, el resto de la bandada de pesadas aves remontó el vuelo, y los poderosos músculos valoradores batieron con fuerza el aire. Las marcas normales, camufladas en el suelo, experimentaban un cambio sorprendente en el aire, cuando el plumaje desplegado exhibía dibujos peculiares, de forma que otros ejemplares de la misma especie podían seguir fácilmente la pista, manteniéndose unida la bandada.

Después del ímpetu del primer estallido de actividad y el súbito relampagueo de las plumas, el vuelo de las perdices se convirtió en un prolongado deslizamiento. Con una presión y un movimiento de su cuerpo que constituía casi una segunda naturaleza, Ayla ordenó a Whinney que siguiera el movimiento de las aves mientras ella se preparaba para arrojar una segunda piedra. La mujer aferró la honda en el movimiento de retorno, deslizó la mano sobre el extremo suelto y, con un gesto desenvuelto y hábil, estiró hacia atrás la otra mano y depositó la segunda piedra en el bolsón, antes de dispararla. Aunque a veces tenía que esforzarse un poco en el primer tiro, en el segundo rara vez necesitaba acumular impulso.

Su habilidad para arrojar piedras con tanta rapidez era tan extraordinaria que, de no verla en acción, nadie lo hubiera creído. Su destreza era innata, puesto que Ayla había aprendido por su cuenta la técnica de las dos piedras. En el transcurso de los años la había perfeccionado, y era muy precisa con los dos tiros. El ave a la que había

apuntado en tierra, jamás remontó el vuelo. Cuando la segunda ave cayó al suelo, Ayla cogió rápidamente dos piedras más; pero entonces la bandada ya estaba fuera de su alcance.

Lobo apareció con una tercera perdiz en la boca. Ayla desmontó, y a una señal de la joven, el lobo dejó su presa a los pies de su ama. Después se sentó y la miró, muy complacido, con una suave pluma blanca colgándole todavía de un costado de sus fauces.

—Lobo, eso ha estado bien —elogió Ayla, mientras aferraba el espeso collar de pelo y acercaba su frente a la del animal. Después, se volvió hacia el caballo—. Whinney, esta mujer aprecia tu ayuda —dijo en su lengua especial, formada por signos del clan y por suaves resoplidos parecidos a los del caballo. La yegua alzó la cabeza, relinchó y se acercó más a la mujer. Ayla le sostuvo la cabeza y le sopló en los ollares, intercambiando olores de reconocimiento y amistad.

Antes de emprender el regreso, retorció el pescuezo de un pájaro que aún no estaba muerto; después, con unos juncos, ató juntas las patas emplumadas de las presas. Montó a caballo y metió las perdices en la alforja que tenía detrás. En el camino de vuelta encontró perdices de nuevo y no pudo resistir la tentación de atrapar otro par más. Con dos piedras abatió dos aves, pero erró el tiro cuando quiso derribar una tercera. Lobo cazó una, y esta vez Ayla consintió que se la quedara.

Pensó que las cocería todas al mismo tiempo, para comparar las dos clases de sabor. Reservaría las sobras para el día siguiente. A continuación comenzó a pensar en lo que emplearía para rellenar las cavidades. Si hubieran estado anidando, habría utilizado los huevos de las propias aves; pero de todos modos, cuando vivía con los mamutoi acostumbraba a usar granos. Sin embargo, necesitaría mucho tiempo para recoger una cantidad suficiente de ellos. Cosechar granos silvestres era un proceso laborioso y que, además, exigía la colaboración de un grupo de personas. Las grandes raíces extraídas del suelo podían ser apropiadas, quizá de zanahorias y cebollas silvestres.

Mientras pensaba en la comida que prepararía, la joven no prestaba demasiada atención a lo que la rodeaba, pero no pudo dejar de advertir que Whinney se había detenido por completo. La yegua movió la cabeza y relinchó, después se mantuvo perfectamente inmóvil, pero Ayla sintió que estaba tensa. En realidad, la yegua temblaba, y la mujer no tardó en comprender cuál era la razón de aquella actitud.

Capítulo 23

Montada en Whinney, la joven miraba al frente y experimentaba una aprensión indescriptible, un temor que nacía de lo más hondo de su ser y le provocaba un profundo escalofrío. Cerró los ojos y sacudió la cabeza para rechazar la desagradable sensación. Al fin y al cabo, no había nada que temer. Abrió los ojos y miró otra vez la nutrida manada de caballos que tenía delante. ¿Qué había de terrible en una manada de caballos?

La mayor parte de los caballos les observaban, y la atención de Whinney también estaba tan intensamente concentrada en los miembros de su especie como la de éstos en ella. Ayla ordenó a Lobo que permaneciera quieto, pues advirtió que sentía una gran curiosidad y estaba ansioso por investigar. Después de todo, los caballos eran atacados con frecuencia por lobos y aquellos animales salvajes se sobresaltarían si Lobo se acercaba demasiado.

Cuando Ayla estudió más atentamente la manada sin tenerlas todas consigo acerca de lo que ellos o Whinney harían, advirtió que no era una sola manada, sino dos grupos diferentes. Predominaban las yeguas con sus potrillos; Ayla supuso que la que se mantenía en una actitud agresiva, delante de las restantes, era la yegua madre. Detrás, había un grupo más pequeño de solteros. De pronto, vio que uno se destacaba entre ellos y después no pudo apartar la mirada. Era el caballo más extraño que ella había visto nunca.

La mayoría de los caballos presentaban variaciones del amarillo leonado de Whinney, algunos tendían más al rojizo y otros ostentaban tonos más claros. El color castaño de Corredor era desusado, Ayla nunca había visto un caballo de pelaje tan oscuro como el suyo; pero el color del corcel del rebaño era igualmente extraño, aunque representaba la otra cara de la moneda. Ayla jamás había visto un caballo de pelaje tan claro. El animal adulto y bien formado que se aproximaba cauteloso era totalmente blanco.

Antes de ver a Whinney, el semental blanco había estado ocupándose de mantener a distancia a los restantes machos. Con ello les demostraba que, si no se acercaban demasiado, podía tolerar su presencia, pues no era la temporada del acoplamiento de los caballos; pero él era el único que tenía derecho a mezclarse con las hembras. Sin embargo, la súbita aparición de una hembra extraña despertó su interés y atrajo también la atención del resto de los caballos.

Por naturaleza, los caballos eran animales gregarios, les gustaba unirse con otros caballos. En particular las hembras tendían a establecer relaciones permanentes, pero a diferencia del esquema propio de la mayor parte de los animales de rebaño, según el cual las hijas permanecían con sus madres en grupos de parentesco cercano, los caballos formaban por lo general rebaños de hembras no emparentadas entre sí. Las yeguas jóvenes solían abandonar el grupo original cuando alcanzaban la edad adulta, alrededor de los dos años. Establecían entonces jerarquías de dominio, con privilegios

y beneficios para las yeguas de alto rango y sus crías —incluido el derecho de ser las primeras en tener acceso al agua y las mejores áreas de pasto—, mas los vínculos entre ellas estaban consolidados ya que compartían galanteos y otras actividades amistosas.

Aunque peleaban juguetonamente entre ellos cuando eran potrillos, sólo cuando los machos jóvenes se unían a los corceles adultos, más o menos al cumplir los cuatro años, comenzaban a prepararse seriamente para el día en que lucharían por el derecho de aparearse. Aunque se prestaban mutua ayuda en el rebaño de los solteros, la rivalidad por el dominio constituía su actividad principal. Las disputas comenzaban con empujones y sacudidas, así como con actos rituales de defecación y olfateo, y después sobrevenía una escalada, sobre todo durante la temporada del celo de primavera, la cual incluía coces, mordiscos en el cuello, patadas en la rótula y golpes con los remos traseros en la cara, la cabeza y el pecho. Sólo después de varios años de este tipo de relación los machos conseguían a las hembras jóvenes o desbancar al macho de un rebaño.

Por ser una hembra desarraigada que en otro tiempo correteó con caballos como aquéllos, Whinney se había convertido en objeto de intenso interés tanto para el grupo de hembras como para el de solteros. A Ayla no le gustaba la forma en que el corcel del rebaño se acercaba a ellos, su actitud orgullosa y enérgica, como si se preparara para formular una reclamación.

—No necesitas quedarte aquí, Lobo —dijo, haciendo la señal que le liberaba, y observándole después mientras avanzaba. A los ojos de Lobo se trataba de una manada entera de Corredores y Whinneys, y deseaba jugar con ellos. Ayla estaba segura de que los actos de Lobo no representaban una amenaza grave para los caballos. No podía derribar por sí solo a un animal tan fuerte, habría necesitado la ayuda de una manada de lobos, y las manadas rara vez atacaban a los animales adultos que estaban en el apogeo de su fuerza.

Ayla urgió a Whinney a regresar al campamento. La yegua vaciló un momento, pero su costumbre de obedecer a la mujer fue más fuerte que su interés por los otros caballos. Empezó, pues, a caminar, pero vacilante, con lentitud. De pronto, Lobo se arrojó sobre el rebaño. Se divirtió persiguiendo a los caballos y Ayla se alegró al ver que éstos se dispersaban. De ese modo, su atención se desviaba de Whinney.

Cuando Ayla regresó al campamento, todo estaba preparado. Jondalar había terminado de armar las tres pértigas para mantener el alimento fuera del alcance de los animales merodeadores. La tienda estaba montada, el hoyo cavado y revestido de piedras; incluso había utilizado algunas sobrantes para marcar los límites del fuego.

—Mira esa isla —comentó el hombre mientras ella desmontaba. Señaló una franja de tierra, formada por limo acumulado, en medio del río, con juncos, cañas y varios árboles—. Allí hay una bandada entera de cigüeñas; las hay negras y también blancas. Las vi descender —dijo con una sonrisa complacida—. Deseaba que llegaras. Vale la pena verlas. Estuvieron zambulléndose y elevándose, e incluso

volando tramos cortos. Plegaron las alas y se desplomaron desde el cielo; luego, casi a ras de tierra, abrían las alas. Me pareció que se dirigían al sur. Probablemente se marcharán por la mañana.

Ayla miró a través del espejo de agua las grandes aves de pico largo, patas esbeltas y actitud majestuosa. Se alimentaban activamente, caminando o corriendo en tierra o en el agua poco profunda. Apuntaban a todo lo que se movía con sus picos largos y fuertes; engullían peces, lagartos, ranas, insectos y lombrices. Incluso comían carroña, a juzgar por el modo en que rodearon los restos de un bisonte arrojado a la playa. Las dos especies tenían una forma en general bastante parecida, aunque la coloración era distinta. Las cigüeñas blancas tenían las alas con los bordes negros y eran más numerosas; las cigüeñas negras tenían blancas las áreas inferiores del plumaje, y casi todas estaban en el agua buscando peces.

—Vimos una gran manada de caballos en el camino de regreso —dijo Ayla, ocupada en retirar las perdices blancas y las comunes—. Un montón de yeguas y potrillos, pero cerca había un macho. Se da la circunstancia de que el semental del rebaño es blanco.

—¿Blanco?

—Como esas cigüeñas blancas. Ni siquiera tenía las patas negras —explicó Ayla, mientras desataba las correas de la alforja—. En la nieve no habría manera de distinguirlo.

—El blanco no es habitual. Nunca he visto un caballo blanco —dijo Jondalar. Después, al recordar a Noria y la ceremonia de los ritos de iniciación, evocó la piel de caballo blanco que colgaba de la pared, tras el lecho, adornado con las cabezas rojas de grandes pájaros carpinteros jóvenes—. Pero sí —añadió—, una vez vi la piel de un caballo blanco —dijo.

Algo en el tono de la voz de Jondalar indujo a Ayla a mirarle con más atención. Él advirtió la mirada de la joven, se sonrojó un poco y se apartó para retirar de Whinney el canasto. Luego se sintió obligado a dar explicaciones.

—Fue durante la… ceremonia con los hadumai.

—¿Son cazadores de caballos? —preguntó Ayla. Plegó la manta de montar, recogió las aves y se dirigió hacia la orilla del río.

—Bien, sí, cazan caballos. ¿Por qué? —preguntó Jondalar, acompañándola.

—¿Recuerdas que Talut nos habló de la caza del mamut blanco? Era un animal muy sagrado para los mamutoi, porque ellos son los Cazadores del Mamut. Si los hadumai usan una piel de caballo blanco durante las ceremonias, a lo mejor piensan que los caballos son animales especiales.

—Es posible, pero no estuvimos con ellos tiempo suficiente para llegar a saberlo.

—Pero ¿cazan caballos? —insistió Ayla, que empezó a desplumar las aves.

—Desde luego; estaban cazando caballos cuando Thonolan los conoció. Al principio no les caímos bien, porque habíamos dispersado sin querer la manada que ellos perseguían.

—Creo que esta noche le pondré el cabestro a Whinney y la ataré cerca de la tienda —dijo Ayla—. Si están por aquí esos cazadores de caballos, prefiero que no se acerquen. Además, no me hizo ninguna gracia el modo en que ese corcel blanco se le acercó.

—Es posible que tengas razón. Tal vez yo debiera atar también a Corredor. De todas formas, me gustaría ver a ese animal blanco.

—Yo prefiero no volver a verlo. Estaba demasiado interesado por Whinney. Pero es extraño y hermoso. Tienes razón, el blanco no es habitual. —Las plumas volaban mientras ella las arrancaba con movimientos rápidos—. El negro tampoco es un color corriente. ¿Recuerdas cuando Ranec lo dijo? Estoy segura de que se refería también a él mismo, a pesar de que su cabello era castaño oscuro, no negro.

Él sintió una punzada de celos ante la mención del hombre con quien Ayla estuvo a punto de unirse, si bien en definitiva había optado por Jondalar.

—¿Lamentas no haberte quedado con los mamutoi y haberte unido a Ranec? —preguntó.

Ella se volvió y miró a los ojos de Jondalar, y sus manos interrumpieron la tarea.

—Jondalar, sabes muy bien que la única razón por la que me prometí a Ranec fue que creía que ya no me amabas, y yo sabía que él me quería…, pero, sí, lo lamento un poco. Podía haber permanecido con los mamutoi. Si no te hubiera conocido, creo que podría haber sido feliz con Ranec. En cierto modo le amaba, aunque no como a ti.

—Bien, en cualquier caso, ésa es una respuesta sincera —dijo Jondalar, fruncido el ceño.

—También podría haber permanecido con los sharamudoi, pero deseaba estar donde tú estuvieras. Si necesitas regresar a tu hogar, quiero ir contigo —continuó Ayla, tratando de explicarse. Al ver el ceño de Jondalar, comprendió que ésa no era la aclaración que él deseaba oír.

—Jondalar, tú me has preguntado. Cuando me preguntes siempre te diré lo que siento. Cuando sea yo quien pregunte, quiero que también tú me digas lo que sientes. Incluso si no te pregunto, quiero que me lo digas cuando algo esté mal. No deseo que se repita nunca el malentendido que existió el invierno pasado entre nosotros. Sea lo que sea, Jondalar, prométeme que siempre me lo dirás.

El rostro de la joven tenía una expresión tan seria, tan sincera, que provocó en Jondalar una sonrisa afectuosa.

—Lo prometo, Ayla. Yo tampoco deseo que se repita una situación como aquélla. No podía soportar que estuvieras con Ranec, sobre todo cuando comprendía por qué una mujer podía interesarse por él. Era divertido, cordial. Y un excelente tallista, un verdadero artista. Mi madre habría simpatizado con él. Le gustan los artistas y los tallistas. Si las cosas hubieran sido diferentes, yo también habría simpatizado con él. En cierto modo, me recordaba a Thonolan. Es posible que pareciera distinto, pero era como los mamutoi, franco y confiado.

—Era un mamutoi —afirmó Ayla—. Sí, echo de menos el Campamento del León.

Echo de menos a la gente. No hemos visto mucha gente en este viaje. No imaginaba que hubieras viajado tanto, Jondalar, ni cuánta tierra existe. Tanta tierra y tan pocos seres humanos.

Mientras el sol se acercaba a la tierra, las nubes sobre las altas montañas del oeste se elevaban para abrazar el globo candente y difundir en su excitación raudales de una esplendorosa luz sonrosada. La luminosidad inundó por entero el brillante despliegue, disipándose después en la oscuridad, mientras Ayla y Jondalar terminaban su comida. Satisfecho su apetito, la joven se levantó para guardar las aves que no habían consumido; había preparado mucho más de lo que podían comer. Su compañero volvió a depositar en el fuego algunas piedras de cocer, porque deseaba preparar la infusión nocturna.

—Me han parecido deliciosas —dijo—. Me alegra que quisieras que nos detuviéramos temprano. Valía la pena.

Ayla miró hacia la isla y contuvo a duras penas una exclamación, reflejándose la sorpresa en sus ojos. Jondalar oyó su respiración agitada y miró en la misma dirección.

Varias personas que portaban lanzas habían surgido de la penumbra y se habían acercado al borde de la zona iluminada por el fuego. Dos usaban capas de piel de caballo, con la cabeza disecada aún unida al resto y colocada a guisa de capucha. Jondalar se incorporó. Uno de los hombres se quitó la capucha y caminó hacia él.

—Zel-an-don-ii —dijo el recién llegado, señalando al hombre alto y rubio. Después, se golpeó el pecho—. ¡Hadumai! ¡Jeren! —Sus labios dibujaron una ancha sonrisa.

Jondalar le miró con atención y después sonrió a su vez.

—¡Jeren! ¿Eres tú? ¡Gran Madre, no puedo creerlo! ¡Eres tú!

El hombre comenzó a hablar en una lengua tan incomprensible para Jondalar como lo era la de éste para Jeren, pero las sonrisas cordiales sí fueron entendidas.

—¡Ayla! —llamó Jondalar, indicándole que se acercara—. Éste es Jeren. Es el cazador hadumai que nos detuvo cuando nos dirigíamos en la otra dirección. ¡Me parece increíble!

Ambos continuaron sonriendo complacidos. Jeren miró a Ayla, y su sonrisa cobró un matiz apreciativo cuando hizo un gesto de asentimiento dirigido a Jondalar.

—Jeren, ésta es Ayla, Ayla de los mamutoi —dijo Jondalar, quien realizó las presentaciones formales—. Ayla, éste es Jeren del pueblo de Haduma.

Ayla extendió sus dos manos.

—Bienvenido a nuestro campamento, Jeren del pueblo de Haduma —dijo.

Jeren comprendió la intención, aunque no era un saludo usual en su pueblo. Depositó la lanza en un recipiente que llevaba colgado a la espalda, cogió las dos manos de Ayla y dijo:

—Ayla. —Consciente de que era el nombre de la joven, pero sin entender el resto. Volvió a golpearse el pecho—. Jeren —indicó, y después agregó algunas palabras desconocidas.

De pronto, el hombre se sobresaltó, súbitamente asustado. Había visto un lobo al lado de Ayla. Al ver su reacción, Ayla se arrodilló inmediatamente y rodeó con un brazo el cuello del lobo. Los ojos de Jeren se dilataron en el colmo del asombro.

—Jeren —alzándose, la mujer efectuó los movimientos de una presentación formal—. Éste es Lobo. Lobo, éste es Jeren del pueblo de Haduma.

—¿Lobo? —inquirió Jeren, sin que la inquietud hubiera desaparecido todavía de sus ojos.

Ayla apoyó la mano sobre el hocico de Lobo, como si quisiera que éste la oliese. Después, se arrodilló junto al lobo y le pasó otra vez el brazo por el cuello, para demostrar su intimidad con el animal y su falta de temor. Tocó entonces la mano de Jeren, y a continuación tocó de nuevo el hocico de Lobo, para demostrar al visitante lo que ella deseaba que hiciera. Vacilante, Jeren extendió la mano hacia el animal.

Lobo la tocó con el hocico húmedo y frío y retrocedió. Había afrontado muchas veces una presentación análoga mientras estaba con los sharamudoi, y parecía comprender la intención de Ayla. Después, Ayla tomó la mano de Jeren y, mirándole, la guió hacia la cabeza del lobo, para permitirle que tocara el pelaje y demostrarle cómo acariciarlo. Cuando Jeren la miró con una sonrisa de reconocimiento y por propia iniciativa acarició la cabeza de Lobo, ella se tranquilizó.

Jeren se volvió y miró a sus acompañantes.

—¡Lobo! —dijo, indicando con un gesto al animal. Dijo otras cosas, y después pronunció el nombre de la joven. Cuatro hombres se acercaron al fuego. Ayla realizó algunos gestos de bienvenida, invitándoles a sentarse.

Jondalar, que había estado observando, sonrió complacido.

—Buena idea, Ayla —aprobó.

—¿Crees que tendrán apetito? Nos ha quedado mucha comida —dijo Ayla.

—¿Por qué no se la ofreces y lo compruebas?

Ayla cogió una fuente de marfil de mamut, sacó algo que parecía un manojo de heno mustio y, al abrirlo, apareció una perdiz cocida. Tras colocarla en la bandeja, la ofreció a Jeren y los demás. El aroma precedió al manjar. Jeren arrancó una pata y descubrió que tenía en la mano un pedazo de carne tierna y jugosa. La sonrisa que se dibujó en su cara después de saborearla alentó a los otros.

Ayla sacó también una perdiz común y distribuyó el relleno de raíces y granos en el variado surtido de fuentes y cuencos más pequeños, algunos tejidos, otros de marfil y uno de madera. Dejó que los hombres se repartieran a voluntad la carne; entretanto buscó un gran cuenco de madera, fabricado por ella misma, y lo llenó de agua para preparar una infusión.

Los hombres parecían mucho más relajados después de la comida, tanto que recibieron con agrado a Lobo, llamado por Ayla con el fin de que los olfateara.

Sentados alrededor del fuego, cada uno con su taza, intentaron comunicarse más allá del nivel de la sonriente cordialidad y hospitalidad.

Jondalar fue el primero en tomar la palabra.

—¿Haduma? —preguntó.

Jeren meneó la cabeza y en su rostro se dibujó una expresión de tristeza. Con la mano señaló el suelo, y Ayla intuyó que aquello significaba que Haduma había regresado a la Gran Madre Tierra. Jondalar comprendió también que la anciana a quien profesaba tanta simpatía había muerto.

—¿Tamen? —preguntó.

Sonriendo, Jeren asintió con gestos exagerados. Después, señaló a uno de los otros y dijo algo que incluía el nombre de Tamen. Un joven, poco más que un niño, le sonrió, y Jondalar descubrió en sus facciones cierta semejanza con el hombre a quien él había conocido.

—Tamen, sí —dijo Jondalar, asintiendo con una sonrisa—. El hijo, o quizá el nieto de Tamen. Ojalá Tamen estuviera aquí —indicó a Ayla—. Sabía un poco de zelandoni y podríamos haber conversado algo. Realizó un largo viaje a esas regiones cuando era joven.

Jeren pasó la mirada por el campamento, después volvió los ojos hacia Jondalar y dijo:

—¿Zelandonii…, Thon… Thonolan?

Esta vez le tocó a Jondalar mover la cabeza con aire entristecido. Luego, al recordar lo sucedido, invitó a su interlocutor y señaló el suelo. Jeren pareció sorprendido, pero asintió y pronunció una frase que sin duda era una pregunta. Jondalar no entendió y miró a Ayla.

—¿Sabes lo que quiere decir?

Aunque no conocía la lengua, en la mayor parte de los idiomas que ella había oído hablar existían ciertos sonidos con los cuales estaba familiarizada. Jeren repitió la frase, y algo en el tono en que la pronunciaba hizo que una idea acudiera a la mente de Ayla. Ésta cerró una mano en forma de garra y gritó como un león en la caverna.

El sonido que emitió fue tan realista que todos los hombres la miraron desconcertados, pero Jeren asintió en actitud de comprensión. Había preguntado cómo había muerto Thonolan y ella se lo había dicho. Uno de los otros hombres le dijo algo a Jeren. Cuando éste respondió, Jondalar escuchó otro nombre conocido, el de Noria. El que había preguntado sonrió al hombre alto y rubio, le señaló, después apuntó con el dedo a uno de sus propios ojos, y volvió a sonreír.

Jondalar experimentó una oleada de excitación. Tal vez toda aquella mímica significara que Noria, en efecto, tenía un niño con los ojos tan azules como los de él. Sin embargo, recapacitó, diciéndose que podía tratarse tan sólo de que aquel cazador hubiera oído hablar del hombre de los ojos azules que había celebrado los ritos de iniciación con ella. No podía saberlo con certeza. Los otros hombres apuntaban cada cual a sus ojos, y sonreían. ¿Sonreirían acaso porque estaba pensando en un niño de

ojos azules? ¿El fruto de los placeres disfrutados con un hombre de ojos azules?

Contempló la posibilidad de pronunciar el nombre de Noria y de mover los brazos como si estuviera acunando a un niño, pero miró a Ayla y desistió de su propósito. No le había dicho nada acerca de Noria, ni tampoco del anuncio hecho por Haduma el día siguiente, en el sentido de que la Madre había otorgado su bendición a la ceremonia y de que la joven daría a luz un hijo, un niño al que impondrían el nombre de Jondal, el cual tendría los ojos como los de Jondalar. Sabía que Ayla deseaba un hijo suyo… o de su espíritu. ¿Qué sentiría si se enteraba de que Noria ya tenía uno? Si hubiera estado en el lugar de Ayla, probablemente habría sentido celos.

Entretanto, se afanaba por indicar a los cazadores con toda clase de gestos que debían dormir cerca del fuego. Por fin ellos asintieron y se pusieron de pie para ir a buscar sus mantas de dormir. Las habían apilado río abajo, antes de aproximarse al fuego que habían olido y asegurarse de que había sido encendido por amigos. En cuanto Ayla vio que rodeaban la tienda y se dirigían al lugar donde había atado a los caballos, echó a correr hasta situarse delante de ellos y alzó una mano para detenerlos. Se miraron unos a otros intrigados cuando ella desapareció en la oscuridad. Sin entender lo que pasaba, quisieron reanudar la marcha, pero Jondalar les hizo señas de que esperaran. Sonrientes, asintieron en silencio.

La expresión de los hombres demostró temor cuando Ayla reapareció en compañía de los caballos. Erguida entre los dos animales, trató de explicar por medio de movimientos e incluso valiéndose de los expresivos gestos del clan, que se trataba de caballos especiales que no debían ser cazados; pero ni ella ni Jondalar estaban seguros de que los hombres lo comprendieran. Jondalar hasta llegó a temer que pensaran que Ayla poseía ciertos poderes especiales para dominar a los caballos, y que los había llevado allí adrede para permitir que los cazaran. Se apresuró a decir a Ayla que, a su juicio, una demostración podía ser útil.

Fue a la tienda a buscar una lanza, blandiéndola como si se propusiera herir a Corredor, pero Ayla le cortó el paso alzando los brazos, cruzándolos acto seguido frente a ella, mientras movía enérgicamente la cabeza. Jeren se rascó perplejo la suya; él y sus compañeros parecían desconcertados. Finalmente, Jeren asintió, cogió del contenedor una de sus propias lanzas, apuntó con ella a Corredor y luego la clavó en el suelo. Jondalar no sabía muy bien si el hombre creía que Ayla estaba diciéndoles que no cazaran aquellos dos caballos, o que no cazasen ninguno; pero en todo caso, algo había comprendido.

Los hombres durmieron cerca del fuego esa noche, pero se levantaron apenas amaneció. Jeren le dijo a Ayla algunas palabras que, según Jondalar recordaba sin gran precisión, expresaban su agradecimiento por los alimentos. El visitante sonrió a la mujer cuando Lobo le olfateó, permitiéndole que lo acariciara de nuevo. Ella intentó invitarlos a compartir la comida matutina, pero los hombres se alejaron deprisa.

—Ojalá conociera un poco de su lengua —dijo Ayla—. Su visita ha sido muy

agradable, aunque no hayamos podido hablar.

—Sí, también yo hubiera querido conversar con ellos —convino Jondalar, quien deseaba sinceramente averiguar si Noria había tenido un hijo y si el niño tenía los ojos azules.

—En el clan, los diferentes clanes empleaban en su lenguaje cotidiano ciertas palabras que no siempre eran entendidas por todos; sin embargo, todos conocían el lenguaje silencioso de los gestos. Siempre era posible comunicarse —dijo Ayla—. Lástima que los Otros no tengan una lengua que todos puedan entender.

—Sería útil, sobre todo cuando se viaja, pero para mí es difícil imaginar una lengua que todos puedan entender. ¿Crees en realidad que el pueblo del clan puede entender en todas partes el mismo lenguaje de los signos? —preguntó Jondalar.

—No es una lengua que aprendan con el tiempo. Nacen con ella. Es tan antigua que la llevan en su memoria, y su memoria se remonta a los orígenes del mundo. No puedes imaginar de cuán lejos procede —dijo Ayla.

Se estremeció con un escalofrío de miedo cuando recordó el día en que Creb la había llevado de regreso con ellos, en contra de todas las tradiciones. De acuerdo con la ley oral del clan, tendría que haberla dejado morir. Pero ahora, ella estaba muerta para el clan. Pensó que la situación era de lo más irónica. Cuando Broud lanzó sobre ella la maldición de la muerte, no tenía derecho a hacerlo. No se apoyaba en un motivo plausible. A Creb, en cambio, sí le asistía la razón; ella había infringido el tabú más importante del clan. Quizá debiera haberse asegurado de que ella moría, pero no lo hizo.

Se dedicaron a levantar el campamento, a recoger la tienda, las mantas de dormir, los utensilios para cocinar, las cuerdas. Una vez terminada esta tarea, guardaron todas las cosas en las canastas y las alforjas, haciéndolo con la destreza propia de la rutina. Ayla estaba llenando de agua los recipientes, a la orilla del río, cuando Jeren y sus cazadores regresaron. Entre sonrisas y con un chorro de palabras que sin duda representaban un exuberante agradecimiento, los hombres entregaron a Ayla un bulto envuelto en un pedazo de cuero fresco de uro. Ayla lo abrió y encontró un tierno solomillo, procedente de una presa recién cobrada.

—Te lo agradezco, Jeren —dijo Ayla, y le correspondió con la hermosa sonrisa que siempre provocaba una oleada de amor en Jondalar. También en Jeren pareció causar un efecto similar, y Jondalar sonrió para sus adentros cuando vio la expresión asombrada en la cara del hombre. Jeren necesitó unos instantes para reaccionar; después se volvió hacia Jondalar y comenzó a hablar, esforzándose mucho por comunicarle algo. Se interrumpió cuando vio que Jondalar no le entendía, y habló entonces con sus compañeros. Acto seguido, se acercó más a Jondalar.

—Tamen —dijo, y empezó a caminar hacia el sur mientras trataba de explicar por medio de gestos que le siguieran—. Tamen —repitió, continuando con los gestos y agregando algunas palabras.

—Creo que quiere que le acompañes —opinó Ayla—, que vayas a ver al hombre

a quien conoces. El que habla zelandoni.

—Tamen, Zel-an-don-ii. Hadumai —dijo Jeren, haciendo señas a los dos.

—Tienes razón; por lo visto quiere que vayamos a visitarles. ¿Qué te parece? —preguntó Jondalar.

—De ti depende. ¿Quieres interrumpir el viaje para hacer esa visita?

—Nos obligaría a retroceder, y no sé cuánto camino tendríamos que desandar. Si los hubiéramos encontrado más al sur, no me habría importado entretenerme un poco en el camino; pero detesto volver atrás ahora que hemos llegado tan lejos.

Ayla asintió.

—Tendrás que arreglártelas para explicárselo.

Jondalar sonrió a Jeren, y después meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—, pero necesitamos ir al norte. Al norte —repitió, señalando en esa dirección.

Jeren pareció inquieto. Sacudió la cabeza, y después cerró los ojos, como si intentara pensar. Caminó hacia ellos y extrajo de su cinto una corta vara. Jondalar vio que el extremo estaba tallado. Estaba seguro de haber visto antes un objeto parecido a aquél y trató de recordar dónde. Jeren limpió un espacio en el suelo, trazó una línea con la vara y a continuación otra que la cruzaba. Bajo la primera línea dibujó una figura que reproducía más o menos fielmente un caballo. Sobre el extremo de la segunda línea, que apuntaba hacia el canal del Río de la Gran Madre, trazó un círculo con unas pocas líneas que partían de aquél. Ayla miró con más atención.

—Jondalar —dijo, con voz excitada—, cuando Mamut me mostraba los símbolos y me enseñaba su significado, ése era el signo del «sol».

—Y esa línea indica la dirección del sol poniente —puntualizó Jondalar, señalando hacia el oeste—. El sitio donde ha dibujado el caballo, seguramente es el sur.

Indicó la dirección, al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras.

Jeren asintió enérgicamente. Después, señaló hacia el norte y frunció el entrecejo. Caminó hacia el extremo norte de la línea que había dibujado y se detuvo, mirando a los dos viajeros. Alzó los brazos y los cruzó frente a su pecho, como había hecho Ayla cuando trataba de explicarle que no debía dar caza a Whinney, ni a Corredor. Después, movió la cabeza de un lado a otro. Ayla y Jondalar se miraron.

—¿Crees que intenta decirnos que no vayamos al norte? —preguntó Ayla.

Jondalar comenzó a percibir cada vez mejor lo que Jeren intentaba comunicarles.

—Así es; no creo que desee simplemente que le acompañemos al sur para hacer una visita. Sin duda intenta decirnos algo más. Creo que trata de advertirnos de que no debemos dirigirnos al norte.

—¿Advertirnos? ¿Qué es lo que puede haber de terrible en el norte? —preguntó Ayla.

—Tal vez podría tratarse del gran muro de hielo —aventuró Jondalar.

—Conocemos la existencia del hielo. Cerca de aquí cazamos el mamut con los

mamutoi. Hace frío, pero en realidad no es peligroso, ¿no te parece, Jondalar?

—Se mueve —contestó éste—; se mueve año tras año, y a veces incluso arranca árboles durante el cambio de las estaciones, pero no se desplaza con tanta rapidez como para no tener tiempo de apartarse de su camino.

—No creo que sea el hielo —dijo Ayla—. Pero de todos modos está diciéndonos que no vayamos al norte, es evidente su preocupación.

—Sí, en efecto; pero no consigo imaginar de qué peligro se tratará —dijo Jondalar—. A veces, la gente que no se aventura mucho más allá de su propia región imagina que el mundo que se extiende fuera de su territorio es peligroso, simplemente porque es distinto.

—No creo que a Jeren le asalten esos temores —fue el comentario de Ayla.

—Coincido contigo —dijo Jondalar, quien miró al hombre y añadió—: Jeren, ojalá pudiese entenderte.

El cazador había estado observándoles, y guiándose por la expresión que se reflejaba en sus semblantes, llegó a la conclusión de que habían comprendido su advertencia. Permanecía, pues, en espera de que le dieran una respuesta.

—¿Crees que deberíamos acompañarle y hablar con Tamen? —preguntó Ayla.

—Detesto retroceder y perder tiempo ahora. De todos modos, necesitamos llegar a ese glaciar antes del invierno. Si continuamos la marcha, lo lograremos fácilmente, y hasta nos sobrará tiempo; pero si sucede algo que nos retrase, llegará la primavera y el deshielo, y entonces el cruce es muy peligroso —explicó Jondalar.

—Por tanto, continuaremos avanzando hacia el norte —dijo Ayla.

—Creo que debemos hacerlo, pero estaremos alerta. Aunque ojalá supiera qué es lo que debemos vigilar. —Miró de nuevo al hombre—. Jeren, amigo, te agradezco la advertencia —indicó—. Tendremos cuidado, pero hemos de continuar nuestro viaje.

Señaló al sur, movió la cabeza y después apuntó al norte.

Jeren, que intentó protestar, meneó de nuevo la cabeza, pero finalmente renunció y asintió para indicar que comprendía. Por su parte había hecho todo lo posible. Fue a hablar con uno de sus compañeros, el cual llevaba puesta la capucha equina; conversaron un momento, luego regresó y dio a entender que se marchaban.

Ayla y Jondalar saludaron con la mano, mientras Jeren y sus cazadores se alejaron. Cuando los perdieron de vista, terminaron los preparativos y aunque con ciertas reservas, reanudaron la marcha hacia el norte.

Mientras avanzaban por el extremo septentrional del dilatado pastizal central, notaban que el terreno que se extendía frente a ellos estaba transformándose; las llanas tierras bajas dejaban paso a las abruptas montañas. Las mesetas que de vez en cuando interrumpían la llanura central estaban unidas entre sí, sumergidas en parte bajo el suelo de la cuenca central, y los grandes bloques fragmentados de rocas sedimentarias formaban un espinazo irregular que atravesaba la llanura de nordeste a sudoeste.

Erupciones volcánicas relativamente recientes habían cubierto las mesetas de suelos fértiles donde bosques de pinos, abetos y alerces crecían en las estribaciones superiores, y alerces y sauces en las laderas inferiores, al mismo tiempo que los matorrales y los pastos de la estepa medraban en los flancos al abrigo del viento.

Cuando comenzaron a subir las accidentadas colinas, se vieron obligados a retroceder y a rodear profundos pozos y quebradas que bloqueaban el paso. Ayla pensó que allí la tierra parecía menos feraz, aunque, en vista del frío más intenso, se preguntó si aquella impresión suya se debería al cambio de estación. Al mirar hacia atrás desde mayor altura, divisaron una nueva perspectiva de la región que acababan de cruzar. Algunos árboles caducos y los matorrales carecían de hojas, pero la llanura central estaba cubierta con el polvo dorado del heno seco que alimentaría a multitudes durante el invierno.

Vieron muchos animales grandes que pastaban, en rebaños o en solitario. Ayla pensó que los caballos predominaban, pero quizá le llevara a creerlo la especial atención que les prestaba; sin embargo, el ciervo gigante, el ciervo rojo y, sobre todo cuando llegaron a las estepas septentrionales, el reno también abundaban. Los bisontes empezaban a agruparse en nutridos rebaños migratorios para iniciar la marcha hacia el sur. Durante un día entero, las grandes bestias de enorme giba y poderosos cuernos negros se desplazaban sobre las umbrías colinas del pastizal norteño y formaban una alfombra espesa y ondulante. Ayla y Jondalar se detenían a menudo para contemplar el espectáculo. El polvo se elevaba, extendía un manto oscuro sobre la gran masa en movimiento, la tierra temblaba bajo el golpear de miles de pezuñas, en tanto un estrépito ensordecedor, mezcla de gruñidos y balidos profundos y sonoros, retumbaba con el fragor del trueno.

Los mamuts abundaban menos, y por lo general avanzaban hacia el norte; pero incluso desde lejos las gigantescas bestias lanudas resultaban impresionantes. Cuando no actuaban impulsados por las exigencias de la reproducción, los mamuts machos tendían a formar pequeños rebaños, con vínculos más bien flexibles, en los que simplemente se hacían compañía. A veces, un macho se unía a un rebaño de hembras y lo acompañaba durante algún tiempo, pero siempre que los viajeros veían un mamut solitario, éste invariablemente era macho. Los rebaños permanentes más numerosos estaban formados por hembras estrechamente emparentadas; una abuela, vieja y astuta matriarca que era la jefa, y en ocasiones una hermana o dos, con las respectivas hijas, además de los nietos. Era fácil identificar los rebaños de hembras porque los colmillos eran un poco más pequeños y menos curvados, y también porque siempre estaban acompañadas por animales más jóvenes.

Igualmente impresionantes, cuando se dejaban ver, eran los rinocerontes lanudos, más raros y menos gregarios. En general, no formaban rebaños. Las hembras vivían en pequeños grupos de familia; sin embargo, los machos, salvo en la época del apareamiento, llevaban una existencia solitaria. Ni los mamuts ni los rinocerontes, excepto los jóvenes y los muy viejos, tenían demasiado que temer de los cazadores

cuadrúpedos, ni siquiera del enorme león de las cavernas. En particular los machos podían permitirse el lujo de la soledad; las hembras, en cambio, necesitaban del rebaño, porque éste las ayudaba a proteger a sus crías.

Los bueyes almizcleros lanudos, animales más pequeños parecidos a las cabras, se agrupaban para tener cierta protección. Cuando eran atacados, los adultos solían formar una falange circular que miraba hacia fuera, mientras los pequeños quedaban en el centro. Al alcanzar Ayla y Jondalar puntos más elevados de las montañas, aparecieron algunos íbices y gamuzas; a menudo estos animales descendían a menor altura cuando se aproximaba el invierno.

Muchos de los animales pequeños podían pasar un invierno tranquilo atrincherados en sus madrigueras, practicadas a considerable profundidad en el suelo, rodeados por depósitos de semillas, nueces, bulbos, raíces y, en el caso de los picas, las pilas de heno que habían cortado y secado. Los conejos y las liebres cambiaban de color, pero no se volvían blancos, sino que adquirían un matiz moteado más claro. Sobre un promontorio boscoso, Ayla y Jondalar descubrieron un castor y una ardilla arborícola. El hombre utilizó su lanzavenablos para cazar al castor. Además de la carne, la larga cola del castor era un manjar exquisito y poco común. El apéndice se asaba aparte, ensartado en una estaca que inclinaban sobre el hogar.

Lo normal era que utilizasen el lanzavenablos para abatir la caza mayor. Tanto Ayla como Jondalar usaban las armas con gran destreza, pero él tenía más fuerza y podía arrojar más lejos la lanza. A menudo Ayla mataba con la honda a los animales más pequeños.

Aunque no los cazaban, vieron que también abundaban la nutria, el tejón, la mofeta, la marta y el visón. Los carnívoros —zorros, lobos, linces y felinos más grandes— encontraban su sustento en la caza menor o en los restantes herbívoros. Aunque rara vez pescaron en aquel tramo de su viaje, Jondalar sabía que había peces de buen tamaño en el río, entre ellos la perca, el sollo y la carpa.

Hacia el atardecer encontraron una caverna con la entrada muy ancha, y decidieron explorarla. Al aproximarse, los caballos no manifestaron inquietud, cosa que interpretaron como buena señal. Lobo olfateó los rincones con afán cuando entraron en la caverna; era evidente que sentía curiosidad, pero no se le erizó el pelo. Al observar la conducta despreocupada de los animales, Ayla llegó a la conclusión de que la caverna estaba vacía; por tanto, decidieron acampar allí esa noche.

Después de encender fuego, prepararon una antorcha para explorar más a fondo el lugar. Cerca de la entrada había numerosos indicios de que la caverna había sido usada antes. Jondalar dedujo que los arañazos en las paredes fueron hechos por un oso o un león de las cavernas. Lobo olfateó algunos excrementos, pero eran tan viejos que se hacía difícil determinar a qué animal pertenecían. Encontraron varios huesos anchos, ya secos, procedentes de una pata, roídos parcialmente. El modo en que los

habían quebrado y las marcas de los dientes indujeron a Ayla a pensar que allí habían actuado hienas de las cavernas, con sus mandíbulas extremadamente poderosas. Se estremeció ante la idea.

Las hienas no eran peores que otros animales. Devoraban a las demás bestias que habían muerto de forma natural y asimismo a las que otros habían dado muerte, como lo hacían otros depredadores, entre ellos los lobos, los leones y los humanos. Por otro lado, las hienas eran también eficaces cazadoras en manada. De cualquier modo, el odio que Ayla les profesaba era irracional. A sus ojos representaban lo peor de todo cuanto era malo.

Desde luego la caverna no había sido usada recientemente. Todos los restos eran antiguos, incluso el carbón de leña encontrado en un hoyo poco profundo, procedente del fuego encendido por otros visitantes. Ayla y Jondalar se internaron cierto trecho en la caverna, mas ésta parecía no tener fondo, y más allá de la entrada no había indicios de que hubiera sido utilizada. Columnas de piedras, que ora parecían brotar del suelo y ora descender del techo, cuando no se alzaban en el medio, eran los únicos habitantes de su interior frío y húmedo.

Al llegar a un recodo, les pareció oír un rumor de agua que venía de lo profundo, y decidieron dar la vuelta. Sabían que la improvisada antorcha no duraría mucho y ninguno de los dos deseaba perder de vista la luz cada vez más tenue que llegaba desde la boca de la cueva. Regresaron tocando las paredes de piedra caliza y se alegraron de ver el oro opaco de la hierba seca y la brillante luz dorada que delineaba las nubes hacia el oeste.

A medida que se internaban en las mesetas situadas al norte de la gran llanura central, Ayla y Jondalar advirtieron otros cambios. El terreno aparecía horadado por cavernas, cuevas y pozos que iban desde las depresiones en forma de cuenco y cubiertas de hierba a los abismos inaccesibles que alcanzaban gran profundidad. Era un paisaje peculiar, que les causaba un sentimiento indefinible de inquietud. Si bien los arroyos y los lagos superficiales escaseaban, en ocasiones oían el sonido sobrecogedor de los ríos subterráneos.

Ignotas criaturas de mares antiguos y cálidos eran la razón de ese paisaje extraño e imprevisible. En el curso de innumerables milenios, el fondo del mar se había elevado a causa de los depósitos de conchas y esqueletos. Después de eones aún más largos, el sedimento de calcio se había endurecido, y entonces alcanzó mayor altura como consecuencia de los movimientos contradictorios de la Tierra, convirtiéndose en rocas de carbonato de calcio, es decir, piedra caliza. Bajo las grandes extensiones de tierra, la mayor parte de las cavernas se formaron con piedra caliza, ya que, dadas las condiciones apropiadas, la roca sedimentaria dura se disolvía.

En agua pura, este tipo de roca no es en absoluto soluble, pero basta que el agua sea ligeramente ácida para que ataque a la piedra caliza. Durante las estaciones más

cálidas y cuando los climas eran húmedos, el agua del suelo que circulaba y transportaba ácido carbónico de las plantas, que estaba cargada con dióxido de carbono, disolvía grandes cantidades de la piedra carbonatada.

Mientras fluía a lo largo de los suelos llanos y se introducía en las minúsculas grietas de las junturas verticales existentes en las espesas capas de la piedra calcárea, el agua del suelo amplió y profundizó paulatinamente las fisuras. Fabricó terrenos irregulares e intrincadas estrías en tanto arrastraba lejos la piedra caliza disuelta, para derramarla en filtraciones y manantiales. Obligada por la gravedad a descender a niveles inferiores, el agua cargada de acidez ensanchó las grietas subterráneas y formó cuevas. Éstas se convirtieron en cavernas y canales, con estrechos respiraderos verticales que comunicaban con el exterior, y en su momento se unieron con otros para transformarse en sistemas fluviales subterráneos completos.

La roca que se disolvía bajo el nivel del suelo ejerció un profundo efecto sobre la superficie, y fue así como el paisaje, denominado karst, adquirió características desusadas y peculiares. A medida que las cavernas se ensanchaban, acercándose más su extremo superior a la superficie, fueron derrumbándose y originaron pozos de empinadas paredes. Los restos de los techos de las cavernas crearon puentes naturales. Los arroyos y los ríos que corrían en la superficie desaparecían de pronto hundiéndose en los pozos y fluían bajo tierra, y a veces convertían los valles, antes formados por los ríos, en terreno alto y seco.

Era cada vez más difícil encontrar agua. El agua que corría desaparecía de pronto en las cavidades y los pozos abiertos en las rocas. Incluso después de una intensa lluvia, el agua desaparecía casi instantáneamente, sin que quedaran en la superficie riachuelos ni arroyos. En cierta ocasión, los viajeros tuvieron que recurrir a un pequeño estanque que se mantenía en el fondo de un pozo, para obtener el precioso líquido. Otra vez, el agua apareció de súbito en forma de manantial, que regaba la superficie un tramo, para después desaparecer de nuevo bajo tierra.

El terreno era árido y rocoso, con una delgada capa superficial que dejaba al descubierto la roca subyacente. También escaseaba la vida animal. Aparte de algunos musmones, con su pelaje lanudo de apretados rizos, ahora más espeso para afrontar el invierno, y sus gruesos cuernos enroscados, los únicos animales que vieron fueron unas pocas marmotas de las rocas. Las ágiles y astutas criaturas eran muy hábiles en esquivar a sus numerosos depredadores. Ya se tratara de lobos, zorros del ártico, halcones o águilas doradas, un silbido agudo emitido por un centinela hacía que todos los animales se refugiasen en pequeños agujeros y cavernas.

Lobo trató de perseguirlas sin resultado. Sin embargo, debido a que los caballos de largas patas normalmente no eran considerados peligrosos, Ayla consiguió cazar algunas con su honda. Los peludos roedores, engordados por la hibernación, tenían un sabor muy parecido al del conejo, pero eran pequeños, y por primera vez desde el

verano anterior, Jondalar y Ayla pescaban a menudo en el Río de la Gran Madre para preparar su cena.

Al principio, la inquietud que les embargaba motivó que Ayla y Jondalar atravesaran con suma precaución el paisaje del karst, con sus extrañas formaciones, las cavernas y los pozos, pero la familiaridad debilitó la vigilancia. Caminaban con el fin de que los caballos pudieran descansar. Jondalar conducía a Corredor sujeto por una cuerda larga, y a veces le permitía detenerse para comer un poco de la hierba seca y rala. Whinney hacía lo mismo, y luego avanzaba en pos de Ayla, sin necesidad de cabestro.

—Me pregunto si el peligro acerca del cual Jeren quiso advertirnos sería esta tierra estéril poblada de cavernas y agujeros —comentó Ayla—. La verdad es que no me gusta mucho.

—No, a mí tampoco. No sabía que iba a ser así —dijo Jondalar.

—¿No estuviste antes aquí? Yo creía que habías seguido esta ruta —se extrañó la mujer—. Dijiste que habías seguido el curso del Río de la Gran Madre.

—En efecto; seguimos el curso del Río de la Gran Madre, pero en el lado opuesto. No cruzamos sino cuando ya estábamos mucho más al sur. Me pareció que sería más fácil viajar por este lado al regreso, y además quería conocerlo. El río vira bruscamente no lejos de aquí. Antes caminábamos hacia el este, y yo me preguntaba cómo sería la zona alta que había obligado al río a desviarse hacia el sur. Sabía que ésta sería la única oportunidad que se me brindaría de conocer esta región.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes.

—¿Qué importa eso? De todos modos, estamos siguiendo el curso del río.

—Pero yo creía que estabas familiarizado con esta región. En cambio, resulta que no la conoces mejor que yo.

Ayla no sabía a ciencia cierta por qué se sentía tan molesta, a no ser porque había contado con que él sabría lo que podían esperar, y ahora descubría que no era así. El lugar era tan extraño que la inquietaba.

Habían estado avanzando, absortos en la conversación que amenazaba agriarse, incluso convertirse en una áspera discusión, y no prestaban demasiada atención al suelo que pisaban. De pronto Lobo, que trotaba al lado de Ayla, lanzó un aullido y encogió una pata. Ambos se volvieron para mirar y se detuvieron en seco. Ayla experimentó una súbita oleada de temor, y Jondalar palideció.

Capítulo 24

El hombre y la mujer buscaron el suelo que se extendía delante; no había nada. La tierra que estaba frente a ellos había desaparecido. Casi llegaron a sobrepasar el borde de un precipicio. Jondalar sintió la tensión conocida en la ingle cuando bajó los ojos hacia el profundo abismo, pero le sorprendió ver que allá abajo, en lo más hondo, había un campo verde amplio y llano, atravesado por un arroyo.

El suelo de los grandes pozos solía estar cubierto por una espesa capa de los residuos insolubles de la piedra caliza allí acumulados, y algunos de los pozos profundos se unían y abrían para formar depresiones alargadas, creando amplias zonas de suelo muy por debajo de la superficie normal. Gracias al suelo y el agua, la vegetación que había abajo era abundante y sugestiva. El problema consistía en que ninguno de ellos podía encontrar el modo de descender al prado verde que se extendía al pie del enorme orificio de empinados bordes.

—Jondalar, algo está mal en este sitio —dijo Ayla—. Es tan seco y árido que casi nada puede sobrevivir aquí; y allá abajo, en cambio, hay un hermoso prado con un arroyo y árboles, pero es imposible llegar a él. El animal que lo intentara moriría despeñado. Intuyo que algo está mal.

—En efecto, así es. Y quizá, Ayla, tengas razón. Es posible que fuera esto lo que Jeren trató de advertirnos. Aquí no hay gran cosa que pueda interesar a los cazadores, y es peligroso. Nunca conocí un lugar en el que uno tuviera que cuidarse de no caer en un precipicio aparecido como por arte de magia en medio del camino.

Ayla se inclinó, aferró con ambas manos la cabeza de Lobo y acercó su frente a la del animal.

—Gracias, Lobo, por advertirnos del peligro cuando no estábamos prestando atención —dijo. Lobo gimió para expresar su afecto, y lamió la cara de Ayla.

Retrocedieron y condujeron a los caballos alrededor de la profunda sima, casi sin cambiar palabra. Ayla ni siquiera podía recordar cuál era el punto más importante de la discusión en la que estuvieron al borde de enzarzarse. Sólo pensó que nunca debían perder la noción de lo que les rodeaba hasta el extremo de no ver por dónde caminaban.

Mientras continuaban hacia el norte, el río que corría a la izquierda comenzó a atravesar una garganta que se ahondaba más y más a medida que los riscos rocosos se elevaban. Jondalar se preguntó si les convendría seguir cerca del agua o mantenerse en la meseta. Pero se conformó al pensar que estaban siguiendo el curso del río en lugar de cruzarlo. Más que los valles con sus laderas cubiertas de hierba y las amplias planicies inundables, en las regiones del karst los grandes ríos que podían verse desde la superficie tendían a atravesar profundas gargantas de piedra caliza. Si ya era difícil seguir los cursos de agua como rutas cuando no existía una cornisa lateral sobre la cual marchar, aún lo era más cruzar aquellas vías fluviales.

Jondalar recordó la gran garganta que estaba más al sur, con largos tramos en los

cuales no había orillas, y decidió permanecer en la meseta. Mientras continuaban el ascenso, le alivió ver un hilo largo y fino de agua que descendía por las rocas en dirección al río que estaba más abajo. Aunque la cascada vertía sus aguas en el río, su presencia significaba que podrían obtener un poco de agua al llegar a lo alto, a pesar de que la mayor parte desaparecía deprisa en las grietas del karst.

Pero el karst era también un paisaje con muchas cuevas. Éstas eran tan abundantes que Ayla, Jondalar y los caballos pasaron las dos noches siguientes protegidos de la intemperie por muros de piedra y sin necesidad de montar la tienda. Después de examinar varias cuevas, empezaron a adquirir cierta experiencia para saber cuáles eran las que más les convenían.

Mientras que las cavernas surcadas por profundos ríos subterráneos continuaban exhibiendo proporciones que iban en aumento, la mayor parte de las cuevas accesibles que estaban cerca de la superficie eran cada vez más pequeñas. Además, el espacio interior disminuía, en ocasiones rápidamente, cuando las condiciones generales incluían la abundancia de agua, aunque rara vez cambiaban durante los períodos secos. En algunas cavernas se podía entrar únicamente con tiempo seco; cuando llovía intensamente el agua las inundaba por completo. Otras, si bien estaban siempre abiertas, albergaban corrientes de agua que anegaban su suelo. Los viajeros buscaban cavernas secas, por lo general a una altura algo superior; pero el agua, así como la piedra caliza, había sido el instrumento que les dio forma y las esculpió.

El agua de lluvia, que se filtraba lentamente a través de la roca del techo, absorbía la piedra caliza disuelta. Cada gota de agua calcárea, incluso la más minúscula gotita de humedad del aire, estaba saturada de carbonato de calcio en solución, y éste volvía a depositarse en el interior de la cueva. Aunque su color era el blanco puro, el mineral endurecido podía llegar a ser bellamente translúcido o moteado y sombreado de gris, o bien presentar leves matices rojos o amarillos. Se formaban pavimentos de travertino, y cortinajes inmóviles adornaban los muros. Las estalactitas que colgaban del techo se alargaban con cada gota húmeda, e iban al encuentro de las estalagmitas que crecían lentamente a partir del piso. Algunas se unían en esbeltas columnas, las cuales engrosaban con el tiempo en el ciclo permanente de la tierra viva.

Los días eran cada vez más fríos y ventosos. Ayla y Jondalar se alegraron de la abundancia de cavernas que les permitían defenderse del tiempo helado. Por lo general inspeccionaban los posibles refugios antes de entrar, para asegurarse de que no estaban habitados por ocupantes de cuatro patas. Por suerte comprobaron que podían confiar en los sentidos más agudos de sus compañeros de viaje, que les advertían del peligro. Sin que fuera necesario hacer ningún comentario al respecto, de una forma inconsciente, dependían del olor a humo para saber si había ocupantes humanos —los humanos eran los únicos habitantes que usaban fuego—, pero no vieron a nadie, e incluso las restantes especies animales eran poco frecuentes.

Por tanto, se sorprendieron cuando llegaron a una región con una vegetación asombrosamente generosa, por lo menos comparada con el resto del paisaje árido y rocoso. La piedra caliza no era la misma, variaba mucho en cuanto a su facilidad para disolverse, y asimismo en la proporción en que era insoluble. En consecuencia, algunos sectores del karst de piedra caliza eran fértiles, prados y árboles se extendían junto a arroyos normales que corrían en la superficie. Había suelos hundidos, cavernas y ríos subterráneos en aquellos sectores, pero no eran tan comunes.

Al aproximarse a un rebaño de renos que pastaban en un campo de heno seco, Jondalar miró con una sonrisa a Ayla y sacó su lanzavenablos. Ayla inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y urgió a Whinney a seguir al hombre y al caballo. Dado que en la región apenas había algunos animales pequeños, la caza había sido casi mínima, y como el río estaba mucho más abajo, en la garganta, tampoco la pesca era posible. Habían subsistido esencialmente con alimentos secos y las raciones de viaje, e incluso habían compartido su comida con Lobo. Los caballos también pasaron dificultades. La hierba rala que crecía en la fina capa de tierra no había sido suficiente para ellos.

Jondalar practicó un corte en el cuello del pequeño corzo que acababa de abatir, para dejarlo sangrar. Después, depositaron el cuerpo en el bote redondo sujeto a las angarillas, y buscaron en las inmediaciones un lugar donde acampar. Ayla deseaba secar parte de la carne y derretir la grasa invernal del animal, y a Jondalar le tentaba la idea de comer un buen trozo de asado y un poco de hígado tierno. Se proponía permanecer en aquel sitio un día o poco más, sobre todo porque el prado estaba cerca. Los caballos necesitaban alimentarse. Lobo había descubierto abundancia de pequeñas criaturas, ratones, lemmings, picas, y había salido de caza y a explorar.

Cuando vieron una cueva que se abría en la ladera de una montaña, se dirigieron hacia allá. Era un poco más pequeña de lo que esperaban, pero parecía suficiente. Soltaron la pértiga y descargaron los caballos para dejarlos pastar en el prado, depositaron los canastos al lado de la caverna y arrastraron las angarillas hasta allí. Después, fueron a recoger leña y estiércol seco.

Ayla quería preparar una comida con carne fresca y pensaba en los ingredientes con que la acompañaría. Recogió algunas semillas secas y granos de las hierbas del prado, así como puñados de las minúsculas simientes negras de los amarantos que crecían junto al arroyuelo, un poco al norte de la cueva. Cuando regresó, Jondalar ya había encendido el fuego; le pidió que fuera al arroyo y trajese agua.

Lobo llegó antes de que el hombre hubiera vuelto y, al aproximarse a la caverna, mostró los dientes y gruñó amenazador. Ayla sintió un escalofrío.

—Lobo, ¿qué pasa? —preguntó, y con un movimiento instintivo cogió su honda y una piedra, pese a que el lanzavenablos estaba al alcance de su mano. El lobo entró remolón en la cueva y de su garganta brotó un gruñido grave. Ayla lo siguió, inclinó la cabeza para penetrar por la pequeña y oscura abertura de la roca y pensó que hubiera debido coger una antorcha. De todos modos, el olfato le dijo lo que los ojos

no podían distinguir. Habían pasado muchos años desde que había sentido ese olor, pero nunca lo olvidaría. De pronto, su mente evocó esa primera vez, mucho tiempo atrás.

Estaban al pie de las montañas, no muy lejos de la Asamblea del Clan. Transportaba a su hijo apoyado en la cadera, sostenido por una capa, y aunque ella era joven y una de los Otros, marchaba en la posición propia de la hechicera. Todos se habían detenido bruscamente y contemplaban al monstruoso oso de la caverna, que se rascaba perezosamente la espalda contra la corteza del árbol.

Aunque la enorme criatura, que tenía doble tamaño que los osos pardos comunes, era el tótem más reverenciado del clan, la gente joven del clan de Brun nunca había visto hasta entonces un ejemplar vivo. No quedaba ninguno en las montañas próximas a la cueva de los humanos, si bien los huesos secos demostraban que otrora habían vivido allí. A causa de la poderosa magia que contenían, Creb había guardado los pocos mechones de pelo prendidos en la corteza una vez que el oso de la caverna decidió marcharse, dejando tras de sí un olor peculiar.

Ayla hizo una señal a Lobo y retrocedió hasta verse fuera de la cueva. Advirtió que tenía la honda en la mano y la guardó bajo el cinto, al mismo tiempo que en su cara aparecía un gesto de inquietud. ¿De qué servía una honda contra un oso de las cavernas? Ayla deseaba que el oso hubiera comenzado su largo sueño y que su presencia no le hubiese perturbado. Se apresuró a cubrir con tierra el fuego y a apagar las últimas brasas; luego recogió el canasto y la alforja y se apartó de la cueva. Felizmente, no habían distribuido gran parte de las cosas. Volvió en busca de la alforja de Jondalar, y después arrastró las angarillas. Acababa de levantar su alforja para alejarla todavía más, cuando Jondalar apareció con los recipientes llenos de agua.

—Ayla, ¿qué haces? —se extrañó.

—Hay un oso de las cavernas ahí dentro —dijo la joven. Al ver el gesto aprensivo de Jondalar, agregó—: Creo que inició su largo sueño, pero en ocasiones se mueven si les molestan al principio del invierno; por lo menos eso dicen.

—¿Quiénes lo dicen?

—Los cazadores del clan de Brun. Solía observarlos cuando hablaban de la caza… a veces —explicó Ayla. A continuación, sonrió—. No sólo a veces. Les observaba siempre que podía, sobre todo después que comencé a practicar con mi honda. Los hombres no solían prestar atención a una joven que aparentaba afanarse en sus tareas cerca de ellos. Yo sabía que nunca me enseñarían, y si les escuchaba mientras contaban historias de la caza, podía aprender. Pensé que, a lo mejor, se enfadaban si descubrían lo que yo estaba haciendo, pero ignoraba que el castigo

pudiera ser tan severo…, lo comprendí después.

—Supongo que en todo caso el clan debía tener vastos conocimientos sobre los osos de las cavernas —dijo Jondalar—. ¿Crees que es peligroso permanecer aquí?

—No lo sé, pero prefiero irme.

—¿Por qué no llamas a Whinney? Tenemos tiempo de encontrar otro lugar antes de que oscurezca.

Después de pasar la noche en su tienda, al aire libre, reanudaron la marcha a primera hora de la mañana, pues deseaban alejarse lo más posible del oso de las cavernas. Jondalar no quiso perder tiempo secando la carne, y convenció a Ayla de que la temperatura era lo bastante fría para que se conservara. Quería salir cuanto antes de la región, porque allí donde había un oso, generalmente había otros animales de la misma especie.

Cuando llegaron a lo alto de un risco, se detuvieron. En aquel aire limpio, claro y frío, podían ver en todas direcciones, y el panorama era espectacular. Justo al este, la montaña nevada, de altura relativamente reducida, se elevaba al fondo, haciendo que su mirada se detuviera en la cordillera oriental, la cual estaba ahora más cerca y describía una curva alrededor de los dos viajeros. Aunque no eran excepcionalmente altas, las montañas nevadas alcanzaban su máxima altura hacia el norte, y se elevaban para formar una línea de cumbres blancas y regulares, sombreadas por azulados ventisqueros recortándose contra el cielo azul intenso.

Las nevadas montañas norteñas formaban la ancha faja externa del arco curvado; los viajeros ocupaban el arco interior, en las estribaciones de la cadena que los rodeaba, y se hallaban de pie sobre un risco situado en el extremo septentrional de la antigua cuenca que formaba la llanura central. El gran glaciar, la densa masa de hielo sólido que se había extendido desde el norte hasta cubrir casi la cuarta parte de la tierra, terminaba en una pared montañosa que quedaba oculta tras las cumbres lejanas. Hacia el noroeste, las mesetas que eran más bajas y estaban más cerca, dominaban el horizonte. En lontananza, brillando como tenue resplandor, se divisaba el glaciar norteño, cerniéndose a modo de pálido horizonte sobre las alturas más próximas. Hacia el oeste, la enorme cadena de montañas, cuya altura era mucho mayor, se perdía entre las nubes.

Las montañas lejanas que les circundaban eran grandiosas, pero la visión más sobrecogedora se encontraba más próxima. Abajo, en la profunda garganta, el curso del Río de la Gran Madre había cambiado de dirección. Ahora procedía del oeste. Cuando Ayla y Jondalar miraron hacia allí desde el risco, sus ojos se deslizaron río arriba para contemplar el curso sinuoso, y comprendieron que aquél era un momento decisivo en sus vidas.

—El glaciar que tenemos que cruzar está al oeste —dijo Jondalar, y su voz adquirió un acento lejano, acorde con sus pensamientos—, pero seguiremos el curso

de la Madre; al cabo de un tiempo se desviará un poco hacia el noroeste, y más tarde, otra vez hacia el sudoeste, hasta que lleguemos a los hielos. No es un glaciar enorme, y excepto la región más elevada que está al noroeste, se trata de una superficie casi llana. Ya lo comprobarás una vez que hayamos entrado en él; es como una gran planicie alta formada por hielo. Después de cruzarlo, nos desviaremos de nuevo un poco hacia el sudoeste, pero a partir de entonces avanzaremos por regla general hacia el oeste durante todo el camino de regreso a casa.

Al atravesar el risco de piedra caliza y roca cristalina, el río, como si vacilara, como si no lograse decidir qué actitud adoptar, se deslizaba hacia el norte, después volvía en dirección al sur y más tarde tomaba de nuevo el camino del norte. Formaba así una especie de lóbulo trazado por su propio curso, para dirigirse finalmente hacia el sur a través de la llanura.

—¿Es ésa la Madre? —preguntó Ayla—. Quiero decir, ¿el río mismo, y no sólo un canal?

—Ésa es toda la Madre. Todavía es un río de buen tamaño, pero en nada parecido a lo que era —reconoció Jondalar.

—Entonces, hace un buen rato que estamos viéndolo. No lo sabía. Estaba acostumbrada a ver el Río de la Gran Madre con un caudal mucho más grande, por no hablar de cuando se desborda. Me pareció que estábamos siguiendo el curso de un canal. Hemos cruzado afluentes que eran más importantes —dijo Ayla, sintiéndose un poco decepcionada porque la enorme y caudalosa Madre de los ríos se había convertido tan sólo en otro curso de agua más.

—Estamos a gran altura. Desde aquí parece diferente. Pero no es tan pequeño como crees —explicó el hombre—. Aún tenemos que cruzar grandes afluentes, y en ciertos tramos la Madre se divide de nuevo en canales; pero poco a poco irá estrechándose. —Miró unos segundos hacia el oeste, en silencio; después, agregó—: Esto no es más que el comienzo del invierno. Conviene que lleguemos al glaciar cuanto antes… si no sucede nada que nos retrase.

Los viajeros se desviaron hacia el oeste a lo largo del risco, siguiendo la curva exterior del río. El terreno continuaba elevándose sobre el lado norte del río, hasta que, de pronto, se encontraron contemplando el panorama desde un punto más alto, a cierta distancia del pequeño lóbulo meridional. El declive en dirección oeste era bastante pronunciado; ahora enfilaron hacia el norte, descendiendo por una ladera un poco menos abrupta, entre matorrales dispersos. Al fondo, un afluente de curso sinuoso, que, procedente del noroeste, rodeaba la base de una elevada prominencia, había perforado una profunda garganta. Remontaron el curso hasta encontrar un lugar apropiado para vadearlo. En la orilla opuesta el terreno estaba formado por varias colinas; cabalgaron junto al afluente hasta que llegaron de nuevo al río de la Gran Madre. Luego, continuaron avanzando hacia el oeste.

En la dilatada llanura central sólo habían visto unos pocos afluentes, pero ahora estaban en una región en la que infinidad de ríos y arroyos alimentaban desde el norte las aguas de la Madre. Más avanzado el día, llegaron a otro gran afluente, sin poder evitar que el agua les salpicara las piernas al cruzarlo. Desde luego no era como cruzar los ríos en el cálido tiempo estival, cuando poco importaba mojarse o no. La temperatura descendía al punto de congelación durante la noche. La frialdad del agua les hizo tiritar, de modo que decidieron acampar en la orilla opuesta para secarse y entrar en calor.

Continuaron hacia el oeste. Después de atravesar el terreno montañoso, llegaron de nuevo a las tierras bajas, un pastizal pantanoso, pero que no se parecía a las tierras húmedas del curso inferior. Estaban en un paraje de suelos ácidos, más un pantano que una ciénaga, con retazos de musgos esfagníneos, que en algunos lugares estaban consolidándose y formando turba. Descubrieron que la turba ardía cuando cierto día instalaron el campamento y por casualidad encendieron fuego sobre un parche seco de esa sustancia. Al día siguiente recogieron un poco de turba para usarla en adelante como combustible.

Cuando llegaron a un afluente ancho, de aguas rápidas, el cual se abría en un gran delta en la confluencia con la Madre, decidieron remontar el curso un corto trecho, para ver si podían encontrar un sitio donde fuera más fácil cruzarlo. Dejaron atrás una bifurcación donde confluían dos ríos, siguieron el brazo de la derecha y llegaron a otra bifurcación donde aparecía otro río. Los caballos vadearon fácilmente el río más estrecho, y la bifurcación intermedia, aunque más ancha, no ofreció demasiadas dificultades. El terreno, entre la bifurcación intermedia y la que quedaba a la izquierda, era bajo y pantanoso con islotes de esfagníneas, y el cruce fue más laborioso.

En la última bifurcación, las aguas eran profundas, por lo que no hubo forma de cruzarla sin mojarse. Cuando ganaron la otra orilla, sorprendieron a un megaceros que tenía una enorme cornamenta palmeada y decidieron cazarlo. El ciervo gigante, con sus largas patas, se alejó con facilidad de los robustos caballos, si bien Corredor y Lobo lo obligaron a esforzarse para huir. Whinney, que arrastraba las angarillas, no pudo seguirlos, pero la carrera les reanimó a todos.

Jondalar, con el rostro enrojecido y azotado por el viento, echada hacia atrás la capucha de piel, sonreía al regresar. Al verle aproximarse, Ayla sintió una inexplicable punzada de amor y deseo. Jondalar se había dejado crecer la barba de color amarillo claro, como acostumbraba a hacer en invierno, para protegerse la cara, y a la joven siempre le agradaba verle con barba. Jondalar se complacía en decir que Ayla era hermosa, pero a juicio de ésta él también lo era.

—¡Ese animal sabe lo que es correr! —exclamó Jondalar—. ¿Has visto qué cornamenta tan magnífica? Uno de los cuernos seguramente tiene el doble de mi tamaño.

—Era enorme y muy bello. —Ayla sonrió a su vez—. Sin embargo, me alegro de

que haya escapado. De todos modos, era demasiado grande para nosotros. No hubiéramos podido llevar tanta carne, y habría sido injusto matarlo puesto que no lo necesitábamos.

Regresaron a la Madre, y aunque las ropas se habían secado parcialmente, buscaron un sitio adecuado para montar el campamento y cambiarse. Una vez instalados, colgaron las ropas mojadas cerca del fuego, para que se secaran del todo.

Al día siguiente enfilaron hacia el oeste; después, el río se desvió hacia el noroeste. Lejos, más allá del agua, divisaron otro risco de gran altura. La elevada prominencia, que se extendía a lo largo de toda la distancia que la separaba del Río de la Gran Madre, era la prolongación noroeste más lejana, la última que verían, de la gran cadena de montañas que les había acompañado casi desde el principio. Entonces se encontraba al oeste de los dos viajeros, quienes habían rodeado el ancho extremo meridional, siguiendo el curso inferior del Río de la Gran Madre. Más adelante las blancas cumbres de las montañas les habían acompañado en el lado oeste, formando un gran arco, mientras atravesaban la llanura central junto al sinuoso curso medio del río. El risco que se alzaba frente a ellos, que avanzaba hacia el oeste a lo largo del curso superior de la Madre, era la última estribación.

No hallaron otros afluentes que desembocaran en el largo río; sólo cuando estaban a punto de alcanzar la cima del risco, Ayla y Jondalar comprendieron que sin duda habían viajado de nuevo entre varios canales. El río que procedía del este, al pie del promontorio rocoso, era el otro extremo del canal septentrional de la Madre. Desde allí, el río corría junto al risco de una alta montaña que se elevaba en el lado opuesto; pero en las riberas había tierras bajas lo suficientemente extensas para permitir que cabalgaran en torno de la base del elevado promontorio de rocas.

Cruzaron otro gran afluente en el lado opuesto del risco, un río cuyo ancho valle señalaba la separación entre los dos grupos de cordilleras. Las elevadas colinas que se levantaban al oeste constituían la estribación oriental más lejana de la enorme cadena montañosa. La altura del risco descendía al quedar a espaldas de los viajeros, y el Río de la Gran Madre se dividió de nuevo en tres canales. Siguieron la orilla externa del curso de agua más septentrional, a través de las estepas de una cuenca más pequeña, al norte, la cual era una continuación de la planicie central.

En los tiempos en que la cuenca central había sido un gran mar, este ancho valle fluvial de estepas cubiertas de hierba, así como las turbas pantanosas y los páramos de las tierras anegadas a los costados del río, al igual que los pastizales que se extendían al norte, eran todos ellos brazos de mar del antiguo caudal interior de agua. La curva interna de la cadena montañosa oriental incluía puntos débiles de la dura corteza terrestre, los cuales se habían convertido en respiraderos de los grandes derrames de material volcánico. Este material, combinado con los antiguos depósitos marinos y el loess arrastrado por el viento, creó un suelo rico y fértil, aunque los esqueléticos bosques invernales eran la única prueba de ello.

Las ramas sin hojas de unos pocos abedules que crecían en la ribera chocaban

contra los duros salientes, agitados por el viento cruel procedente del norte. Los matorrales secos, los juncos y los helechos muertos cubrían las orillas en las que se formaban capas de hielo que irían espesándose hasta crear una sucesión de diques irregulares; marcaban el comienzo de los témpanos de hielo de la primavera. En la faz septentrional y el terreno más elevado de las colinas onduladas en la divisoria de aguas del valle, el viento peinaba los campos de heno gris con sus movimientos rítmicos, y las ramas de color verde oscuro de los abetos y los pinos se balanceaban y temblaban en movimientos erráticos que se orientaban hacia los lugares más protegidos, de cara al sur. El polvo de nieve se agitaba en remolinos aquí y allá, para posarse después en el suelo.

El tiempo era ya muy frío, pero los torbellinos de nieve no representaban un obstáculo. Los caballos, el lobo e incluso los humanos estaban acostumbrados a las estepas de loess del norte, con su frío seco y las suaves nevadas invernales. Ayla empezaría a preocuparse sólo cuando nevara intensamente, lo que podía ser causa de que los caballos se atascasen y fatigaran, cosa que dificultaría la búsqueda de alimentos. De momento, otra cosa la inquietaba. Había visto caballos a lo lejos; también Whinney y Corredor habían advertido la presencia de aquéllos.

Cuando miró hacia atrás, Jondalar creyó ver humo elevándose desde la alta colina que estaba en el lado opuesto del río, más allá del último risco que habían rodeado poco antes. Pensó que quizá habría gente en las cercanías, pero no volvió a ver el humo a pesar de que se volvió a mirar varias veces en la misma dirección.

Por la tarde remontaron el curso de un pequeño afluente, atravesando un bosque abierto de sauces y abedules de ramas desnudas que les condujo a un bosquecillo de pinos piñoneros. Las noches heladas habían hecho posible la formación de una capa transparente de hielo en la superficie de un estanque de aguas quietas. Los bordes del arroyuelo estaban congelados, pero el agua todavía corría libremente en el centro, y Jondalar y Ayla decidieron acampar cerca de la orilla.

Ráfagas de nieve seca comenzaron a azotar el campo, y cubrieron de blanco las laderas que miraban hacia el norte.

Whinney estaba nerviosa desde que había visto la manada lejana de caballos, razón por la que Ayla se sentía inquieta a su vez, por lo que decidió ponerle el cabestro a su yegua esa noche, y con una larga cuerda ató al animal a un sólido pino. Jondalar aseguró la cuerda de Corredor a un árbol que estaba cerca de la yegua. A continuación se dedicaron a recoger leña y arrancaron las ramas secas que todavía estaban unidas a los troncos de los pinos, bajo las ramas vivas; el pueblo de Jondalar siempre denominaba «leña de las mujeres» a esta clase de ramas. Se daban en la mayor parte de las coníferas, y hasta con tiempo muy lluvioso solía estar seca. Podía ser recogida sin necesidad de usar hacha ni cuchillo. Encendieron una hoguera junto a la entrada de la tienda y dejaron la entrada abierta para calentar el interior.

Una liebre, cuyo pelaje ya estaba cambiando hacia el blanco, atravesó el campamento en el preciso momento en que Jondalar estaba probando el dispositivo

de su lanzavenablos con una nueva lanza, confeccionada las últimas noches. Arrojó la lanza casi por instinto, pero se sorprendió cuando el arma de mango más corto, con una punta más pequeña, fabricada con pedernal y no con hueso, dio en el blanco. Se acercó, recogió la liebre y trató de retirar el arma. Como no salía fácilmente, sacó su cuchillo, cortó la punta y comprobó complacido que la nueva lanza estaba intacta.

—Aquí tenemos carne para esta noche —dijo satisfecho, mientras entregaba la liebre a Ayla—. Parece como si hubiera pasado por aquí adrede para que yo pudiese probar las nuevas lanzas. Son ligeras y cómodas. Tendrás que probarlas.

—Creo que lo más probable es que hayamos acampado en el camino que la liebre solía seguir. De todos modos, ha sido un buen tiro. Me gustaría probar la lanza ligera, claro que sí; pero de momento me conformaré con asar tu liebre y veré dónde puedo encontrar el resto de nuestra cena.

Ayla extrajo las entrañas del animal, pero no le quitó el cuero, porque no quería perder la grasa de invierno. Después, ensartó la liebre en una rama de sauce aguzada y la acercó al fuego, sosteniéndola con dos varas bifurcadas. Al rato, y a pesar de que tuvo que romper el hielo para extraerlas, Ayla recogió varias raíces de espadaña y los rizomas de algunos helechos dulces. Con una piedra redondeada lo machacó todo en un cuenco de madera, con un poco de agua, a fin de separar las fibras duras y correosas, y luego dejó que la pulpa blanca, rica en almidón, se asentara en la base del recipiente, mientras buscaba en su depósito para comprobar si disponía de otros elementos.

Cuando el almidón se asentó y el líquido estuvo casi limpio, Ayla derramó cuidadosamente la mayor parte del agua, y agregó bayas de saúco secas. Mientras esperaba que las bayas se hincharan y absorbieran más agua, desprendió la corteza externa de un abedul, raspó parte de la capa interna de tejido vascular, suave, dulce y comestible, y lo agregó a su mezcla de almidón y bayas. Cogió varias piñas, y cuando las acercó al fuego, se alegró al descubrir que algunas todavía tenían grandes piñones de cáscara dura, que el fuego había ayudado a quebrar.

Una vez asada la liebre, abrió en varios lugares la piel ennegrecida, y frotó el interior con unas piedras colocadas junto al fuego, con el propósito de que la grasa las untara. Después, retiró pequeños puñados de la masa de almidón, mezclada con las bayas, el helecho dulce y sabroso, y la savia dulzona y espesa del tejido vascular del abedul, y los depositó sobre las piedras calientes.

Jondalar había estado observándola. Ayla aún lograba sorprenderle con su amplio conocimiento de las cosas vivas. La mayoría de la gente, y sobre todo las mujeres, sabían encontrar plantas comestibles, pero nunca había conocido a nadie que supiera tanto. Cuando ella terminó de cocer varios de los bizcochos esponjosos, sin levadura, Jondalar probó un bocado.

—Está delicioso —afirmó—. De veras, Ayla, francamente me sorprendes. No hay mucha gente capaz de encontrar alimento en las plantas durante el frío del invierno.

—Jondalar, éste todavía no es el frío del invierno, y no es tan difícil encontrar

ahora elementos comestibles. Ya verás cuando el suelo esté congelado —dijo Ayla, y retiró del asador la liebre, arrancó el cuero terso y ennegrecido, y puso la carne en la fuente de marfil de mamut, de la cual ambos comerían.

—Creo que incluso así encontrarás algo que comer.

—Pero quizá no sean plantas —replicó ella, mientras le pasaba una tierna pata de liebre.

Cuando terminaron de consumir la liebre y los bizcochos de raíz de espadaña, Ayla le dio a Lobo los restos, e incluso los huesos. Comenzó a preparar su infusión de hierbas, y agregó un poco del sobrante de la corteza de abedul para darle más sabor. Seguidamente retiró del borde del fuego las piñas del pino y ambos se sentaron un rato junto al fuego, para beber la infusión y comer piñones cuya cáscara partían con piedras o con los dientes. Se sentían a gusto, pero la prudencia les aconsejaba partir temprano, en vista de lo cual echaron una ojeada a los caballos para asegurarse de que estaban bien, y a continuación se acostaron, cubriéndose con cálidas pieles para pasar la noche.

Ayla contempló el corredor de una cueva larga y sinuosa, y la línea de hogueras que mostraban el camino iluminando hermosas formas fluctuantes. Vio una que se asemejaba a la larga cola flotante de un caballo. Cuando se aproximó, el animal de color amarillo leonado relinchó y agitó la cola oscura, como invitándola a acercarse. Ayla continuó caminando, pero la cueva rocosa se oscureció, y las estalactitas se cerraron sobre su cabeza.

Bajó la mirada para ver dónde pisaba, y cuando la levantó, advirtió que, en realidad, no la llamaba un caballo, sino un hombre. Trató de averiguar quién era, y la sobresaltó ver que Creb emergía de las sombras. La invitó a acercarse, exhortándola a que se diera prisa para llegar junto a él; después, dándole la espalda, se alejó cojeando.

Ayla comenzó a seguirle, y de pronto escuchó el relincho de un caballo. Cuando se volvió a mirar a la yegua amarilla, la cola oscura desapareció entre un rebaño de caballos de colas igualmente oscuras. Los persiguió, pero ellos se convirtieron primero en piedra oscilante y a continuación en una maraña de columnas de piedra. Cuando miró hacia atrás, Creb estaba desapareciendo por un túnel oscuro.

Corrió tras él, tratando de alcanzarle, hasta que llegó a una bifurcación, pero no sabía cuál de los caminos habría seguido Creb. La dominó el pánico, y miró a un lado y a otro. Por fin, tomó el de la derecha y descubrió que un hombre estaba de pie en el centro, bloqueándole el paso.

¡Era Jeren! Ocupaba todo el corredor, y estaba de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho, meneando la cabeza en un gesto negativo. Ayla le rogó que le permitiera pasar, pero él no entendió. Entonces, con una vara corta tallada, señaló hacia la pared que estaba detrás

de Ayla.

Cuando se volvió para mirar, vio un caballo amarillo oscuro en plena carrera, y un hombre de cabello rubio que corría detrás. De pronto, el rebaño rodeó al hombre e impidió que ella lo viera. El estómago se le contrajo a causa del miedo. Cuando Ayla corrió hacia él, oyó el relincho de los caballos, y Jeren estaba en la entrada de la cueva, haciéndole gestos apremiantes, diciéndole que se diera prisa, antes de que fuese demasiado tarde. De repente, el retumbar de los cascos de los caballos cobró más intensidad. Ayla oyó relinchos, resoplidos, y con un sentimiento cada vez más intenso de pánico, el alarido de un caballo.

Ayla despertó bruscamente. Jondalar también se incorporó. Se produjo una conmoción frente a la tienda, un estrépito de caballos que relinchaban y coceaban. Oyeron el gruñido de Lobo, y después un alarido de dolor. Apartaron las mantas y salieron rápidamente de la tienda.

Estaba muy oscuro, la luna era apenas visible e iluminaba poco, pero en el bosque de pinos había más caballos que los dos que habían dejado allí. Lo sabían por los ruidos, aunque no podían ver nada. Cuando Ayla corrió tratando de acercarse a los caballos, tropezó con una raíz que afloraba, cayó pesadamente al suelo y quedó sin aliento.

—¡Ayla! ¿Estás bien? —preguntó Jondalar, que la buscaba en la oscuridad después de haberla oído caer.

—Aquí estoy —contestó ella, con voz ronca, logrando recuperar el aliento. Sintió las manos de Jondalar y trató de incorporarse. Cuando oyeron el ruido de los caballos que se alejaban a la carrera en la noche, Ayla se incorporó y los dos se acercaron deprisa al lugar donde habían atado los caballos. ¡Whinney no estaba!

—¡Se ha ido! —exclamó Ayla. Silbó y gritó el nombre de la yegua. Oyó la respuesta de un relincho lejano.

—¡Es ella! ¡Es Whinney! Esos caballos se la han llevado. ¡Tengo que ir a buscarla! —La mujer echó a correr en pos de los caballos, avanzando a tientas en la oscuridad del bosque.

Jondalar consiguió alcanzarla a los pocos metros.

—¡Ayla, espera! ¡No podemos ir ahora, está muy oscuro! ¡Ni siquiera puedes ver por dónde caminas!

—¡Pero, Jondalar, tengo que traerla!

—La traeremos; por la mañana… —La calmó Jondalar, abrazándola.

—Por la mañana habrán desaparecido —gimió la mujer.

—Pero entonces habrá luz y veremos las huellas. Los seguiremos. Ayla, podremos recuperarla. Te lo prometo, daremos con ella.

—¡Oh! Jondalar. ¿Qué haré sin Whinney? Es mi amiga. Durante mucho tiempo fue mi única amiga —dijo Ayla, cediendo a la lógica de la argumentación de

Jondalar, pero echándose a llorar.

El hombre la sostuvo y la dejó llorar; después, dijo:

—De momento, necesitamos saber si también Corredor ha desaparecido y encontrar a Lobo.

De pronto, Ayla recordó que había escuchado el alarido de dolor del lobo y comenzó a preocuparse por él, así como por el caballo más joven. Silbó para llamar a Lobo, y también emitió un sonido que usaba para llamar a los caballos.

Oyeron primero un relincho y después un gemido. Jondalar fue a buscar a Corredor, y Ayla tendió el oído, guiándose por los quejidos del lobo, hasta que lo encontró. Se inclinó para reconfortar al animal y sintió algo húmedo y viscoso.

—¡Lobo! ¡Estás herido! —Trató de cogerlo para llevarlo junto al fuego, donde podía avivar las llamas y ver lo que le pasaba. Lobo aulló de dolor cuando ella trastabilló bajo su peso. Después se debatió para apartarse de Ayla, pero se sostuvo sobre sus propias patas, y aunque ella sabía que eso le costaba cierto esfuerzo, el animal regresó caminando al campamento.

También Jondalar apareció al poco rato, conduciendo a Corredor, y encontró a Ayla ocupada en avivar el fuego.

—La cuerda ha resistido —anunció el hombre. Se había acostumbrado a usar cuerdas sólidas para sujetar al caballo, ya que éste siempre le había acarreado más dificultades que Whinney a Ayla.

—Me alegro de que esté a salvo —dijo la mujer, abrazando el cuello del animal, aunque acto seguido retrocedió para mirarle con más atención, porque necesitaba asegurarse—. Jondalar, ¿por qué no habré usado una cuerda más resistente? —Su tono revelaba que se sentía irritada consigo misma—. Si hubiera tenido más cuidado, Whinney no se habría ido.

Su relación con la yegua era más estrecha. Whinney era una amiga que hacía cuanto ella deseaba porque el propio animal así lo quería, y Ayla a lo sumo utilizaba una cuerda delgada para evitar que la yegua se alejara mucho. Eso siempre había sido suficiente.

—Ayla, no ha sido culpa tuya. Esa manada no buscaba a Corredor. Quería una yegua, no un garañón. Whinney no se habría marchado si los caballos no la hubiesen obligado.

—Sin embargo, yo sabía que esos caballos estaban cerca, y debería haber imaginado que vendrían en busca de Whinney. Ahora ha desaparecido, e incluso Lobo está herido.

—¿Es muy grave? —se interesó Jondalar.

—No lo sé —dijo Ayla—. Le duele mucho cuando le toco y no puedo estar segura, pero creo que tiene una costilla muy golpeada o rota. Seguramente recibió una coz. Le daré algo para calmar el dolor y trataré de examinarlo más a fondo por la mañana…, antes de que vayamos a buscar a Whinney. —De pronto extendió la mano hacia el hombre—. Jondalar, ¿qué haré si no la encontramos? ¿Qué haré si la he

perdido para siempre? —exclamó.

Capítulo 25

—Mira, Ayla —dijo Jondalar, doblando una rodilla para examinar el terreno cubierto con las marcas de los cascos de los caballos—. Estoy seguro de que anoche la manada entera estuvo aquí. Las huellas son claras. Te dije que sería fácil seguirles la pista en cuanto amaneciera.

Ayla miró a su vez las huellas y después se volvió hacia el noroeste, en la dirección que parecían seguir los caballos. Estaban cerca de la linde del borde del bosquecillo y Ayla podía ver a gran distancia a través de la llanura abierta cubierta de hierba, pero, por mucho que se esforzara, no alcanzaba a divisar un solo caballo. «Aquí, las huellas son bastante claras», pensó, «pero ¿quién sabe cuánto tiempo podremos seguirlas?».

La joven no había dormido ni un minuto después de la salvaje incursión de los caballos, al descubrir que su querida amiga había desaparecido. Tan pronto aclaró, y el firmamento pasó del ébano oscuro al índigo, Ayla se levantó, aunque aún no era posible distinguir los accidentes del terreno. Había avivado el fuego y puso a calentar el agua para preparar la infusión, mientras el cielo cambiaba según un espectro monocromático de matices cada vez más claros de azul.

Lobo se había acercado subrepticiamente a la joven, enfrascada en sus pensamientos, clavados los ojos en las llamas, por lo que tuvo que gemir para atraer la atención de Ayla. Ésta aprovechó la oportunidad para examinarlo con cuidado. Aunque el lobo se encogió cuando ella le hundió profundamente los dedos en el cuerpo, Ayla comprobó complacida que no había fractura, aunque el golpe era bastante serio. Jondalar se levantó poco después de que ella preparara la bebida caliente de la mañana y bastante antes de que hubiese claridad para buscar huellas.

—Démonos prisa y partamos inmediatamente, de lo contrario se alejarán demasiado —dijo Ayla—. Debemos apilarlo todo en el bote redondo y…, no…, eso no es posible. —De pronto comprendió que, sin la yegua a la que tanto deseaba hallar, era imposible cargar todas las cosas y partir—. Corredor no sabe arrastrar las angarillas y, por tanto, no podemos llevarlas ni transportar el bote redondo. Ni siquiera podemos cargar el canasto de las alforjas que Whinney suele llevar.

—Y si queremos tener una mínima posibilidad de alcanzar a esa manada, deberemos cabalgar los dos en Corredor. Eso significa que tampoco podremos llevar su alforja. Tendremos que limitar nuestra carga a lo más indispensable —resumió Jondalar.

Callaron para asimilar la nueva situación en que les había puesto la desaparición de Whinney. Ambos comprendieron que debían adoptar algunas decisiones difíciles.

—Si llevamos únicamente las pieles para dormir y la manta que cubre el suelo, podemos usar ésta como una tienda baja. Las enrollamos todas y las colocamos sobre la grupa de Corredor —propuso Jondalar.

—Una tienda baja bastará —convino Ayla—. Es todo lo que llevábamos con los

cazadores en nuestro clan. Usábamos una rama gruesa para sostener el frente, y piedras o huesos pesados que encontrábamos al paso para sujetar los bordes. —Recordó los tiempos en que ella y varias mujeres acompañaban a los hombres que salían de caza—. Las mujeres tenían que cargar con todo, excepto las lanzas, y era preciso andar deprisa para mantenernos a la par, de modo que llevábamos pocas cosas.

—¿Cómo piensas que podríamos arreglarnos? ¿Qué es lo que debemos hacer? —preguntó Jondalar, con expresión de curiosidad.

—Necesitaremos los elementos para encender el fuego y algunas herramientas. Un hacha para cortar la leña y romper los huesos de los animales que tengamos que descuartizar. También podemos quemar estiércol seco y pasto, pero nos hará falta algo para cortar los tallos. Un cuchillo para desollar animales y otro más afilado para cortar la carne… —comenzó a decir. Ayla recordaba no sólo las veces que había acompañado a los cazadores, sino la época en que viajaba sola, después de separarse del clan.

—Me pondré mi cinturón con las trabillas para llevar el hacha y mi cuchillo de mango de marfil —dijo Jondalar—. Tú también deberías usar el tuyo.

—Un palo de cavar siempre es útil, y podemos utilizarlo para sostener la tienda. Algunas ropas de abrigo por si hace verdadero frío, y protección especial para los pies —continuó la mujer.

—Un par suplementario de forros para las botas; es una buena idea. Túnicas y pantalones, manoplas de piel, y si es necesario, siempre podremos envolvernos en las pieles de dormir.

—Un recipiente o dos para el agua…

—También podemos sujetarlos de los cinturones, y si los atamos con cuerda suficiente para pasarla por encima del hombro, podemos llevarlos cerca del cuerpo si hace demasiado frío, porque de ese modo el agua no se congelará.

—Necesitaré mi saquito de medicinas, y quizá convenga que lleve los útiles de coser, no ocupan mucho espacio, y la honda.

—No olvides los lanzavenablos y las lanzas —agregó Jondalar—. ¿Crees que debería llevar mis herramientas para tallar el pedernal, o pedazos de pedernal, por si se rompe un cuchillo?

—Podemos llevar lo que deseemos, pero siempre que sea posible transportarlo a la espalda… o lo que cabría en un canasto si viajáramos a pie.

—Si alguien lleva algo a la espalda, creo que debo ser yo —dijo Jondalar—, pero no he traído el armazón para apoyar la alforja.

—No será complicado confeccionar una alforja con una de las albardas y un poco de cuerda o cuero, pero ¿cómo podré sentarme detrás de ti si cargas eso? —preguntó Ayla.

—Yo me sentaré detrás… —Se miraron y sonrieron. Incluso tenían que decidir cómo montarían en Corredor, y ambos tenían su propia opinión al respecto. Jondalar

advirtió que aquélla era la primera vez que Ayla había sonreído durante la mañana.

—Tendrás que guiar a Corredor y, por tanto, será necesario que yo vaya detrás —dijo Ayla.

—Puedo hacerlo aunque tú estés delante —dijo el hombre—; además, si estás detrás, sólo podrás ver mi espalda. No creo que te haga gracia la imposibilidad de ver lo que tienes enfrente, y es necesario que ambos estudiemos el rastro. Tal vez sea más difícil seguirlo en suelo duro o donde haya otras huellas que nos confundan, y tú eres buena rastreadora.

La sonrisa de Ayla se ensanchó.

—Tienes razón, Jondalar. Creo que no me sería posible soportar la búsqueda sin ver lo que me rodea.

Ayla advirtió que él se había preocupado ante la perspectiva de seguir el rastro dejado por los caballos, exactamente como le ocurría a ella, y que incluso había tenido en cuenta los sentimientos de su compañera. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas y el amor que sentía por él pareció desbordarla, en tanto las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas.

—No llores, Ayla. Encontraremos a Whinney.

—No lloro ahora por Whinney. Pensaba en lo mucho que te amo, y sin darme cuenta se me han saltado las lágrimas.

—Yo también te amo —dijo él, extendiendo la mano hacia la joven, mientras sentía un nudo en la garganta.

De pronto, ella cayó en brazos de Jondalar; y sollozó con la cabeza sobre el pecho del hombre. En ese momento sus lágrimas brotaban también por Whinney.

—Jondalar, tenemos que encontrarla.

—La encontraremos. Continuaremos buscando hasta que la encontremos. Y ahora, veamos cómo preparamos una alforja para mí. Tiene que servir para llevar los lanzavenablos y algunas lanzas, siempre que pueda sacarlos con facilidad.

—Lo solucionaremos, ya verás. Por supuesto, debemos llevar alimentos secos para el viaje —dijo Ayla, secándose los ojos con el dorso de la mano.

—¿Qué cantidad crees que necesitaremos? —preguntó Jondalar.

—Eso depende. ¿Cuánto tiempo nos ausentaremos?

El interrogante les indujo a reflexionar. ¿Cuántos días permanecerían lejos del campamento? ¿Y cuántos necesitarían para encontrar a Whinney y traerla de regreso?

—Probablemente necesitemos sólo unos pocos días para rastrear el rebaño y encontrarla, pero quizá haya que pensar que nos llevará medio ciclo lunar —dijo Jondalar.

—Eso es más de diez días, tal vez quince. ¿Crees que tardaremos tanto?

—No, no lo creo, pero es mejor que estemos preparados, por si acaso.

—El campamento no puede quedar abandonado tanto tiempo. Los animales lo destruirían todo…, los lobos, las hienas, los glotones o los osos… —Ayla rectificó—: Bueno, los osos no, porque están durmiendo, pero habrá otros. Devorarán la tienda, el

bote redondo, todo lo de piel o cuero, y naturalmente los alimentos que conservamos. ¿Qué haremos con todo lo que dejamos aquí?

—Tal vez fuera conveniente que Lobo se quedara y vigilase el campamento —dijo Jondalar, frunciendo el entrecejo—. ¿Lo haría si tú se lo ordenases? De todos modos, está herido. ¿No sería mejor que no viajase?

—Sí, sería mejor para él, pero no se quedará. Obedecerá al principio, pero vendrá a buscarnos si no hemos regresado al cabo de un día o dos.

—Podríamos atarlo cerca del campamento…

—¡No! ¡Jondalar, el animal odiaría eso! —se indignó Ayla—. ¿Te gustaría que te obligaran a permanecer en un lugar donde tú no quisieras estar? Además, si los lobos u otros animales vinieran, podrían atacarlo, y él no estaría en condiciones de luchar o de huir. Tendremos que pensar en otra forma de proteger nuestras cosas.

Regresaron en silencio al campamento, Jondalar un poco irritado y Ayla inquieta, pero ambos sin dejar de pensar en cómo resolver el problema de lo que harían con sus pertenencias mientras se ausentaban. Cuando se aproximaban a la tienda, Ayla recordó algo.

—Tengo una idea —dijo—. Quizá podríamos guardarlo todo en la tienda y cerrarla. Todavía conservo un poco del repelente contra lobos que preparé para evitar que Lobo mordiera nuestras cosas. Puedo diluirlo y extenderlo sobre la tienda. Quizá ahuyente a algunos animales.

—Es posible, y el efecto podría durar algún tiempo, hasta que las lluvias lo eliminasen. En cualquier caso ganaríamos unos días; pero no salvaría la tienda de los animales que trataran de excavar bajo la tienda para introducirse en ella. —Jondalar hizo una pausa—. ¿Por qué no reunimos todas las cosas y las envolvemos con la tienda? Entonces, tú le aplicarías el repelente…, pero de ningún modo debemos dejar las cosas al aire libre.

—Si la eleváramos a cierta distancia del suelo, como hacemos con la carne… —dijo Ayla, y después, más entusiasmada, añadió—: Tal vez podríamos colgarla de las pértigas y cubrir éstas con el bote redondo, para evitar la acción de la lluvia.

—¡Es una idea estupenda! —exclamó Jondalar, aunque enseguida agregó en tono vacilante—: Pero un león de las cavernas puede derribar esas estacas, y lo mismo digo de una manada de lobos o de hienas audaces. —Miró alrededor, tratando de pensar, y vio un gran matorral de zarzas con largos vástagos sin hojas y abundancia de afiladas espinas que partían del centro—. Ayla —dijo—, ¿crees que podríamos atravesar esa zarza con las pértigas, atar los extremos a media altura, colocar encima el bulto de la tienda, y cubrirlo todo con el bote redondo?

En el rostro de Ayla se dibujó una amplia sonrisa al escuchar aquello.

—Creo —contestó— que podríamos cortar con cuidado algunos de esos vástagos, y a través de ellos clavar las pértigas y atarlas, colocarlo todo encima y después unir los extremos. Los animales pequeños aún podrían llegar a nuestras cosas, pero casi todos duermen ahora o permanecen en sus madrigueras, y esas espinas afiladas

probablemente evitarán que se acerquen los animales más grandes. Incluso los leones no querrán clavárselas. Jondalar, ¡creo que eso servirá!

La elección de las pocas cosas que podrían llevar les exigió toda su atención. Decidieron agregar un pequeño pedernal suplementario y algunas herramientas esenciales para trabajarlo, así como un trozo de cuerda, cordeles y todos los alimentos que pudieran cargar. Cuando estaba revisando sus cosas, Ayla vio el cinturón especial y la daga de colmillo de mamut que Talut le había entregado en la ceremonia de adopción celebrada en el Campamento del León. El cinturón tenía finas cuerdas de cuero entrelazadas de tal modo que de ellas pudieran colgarse cosas, y en especial afianzar la daga, si bien servía asimismo para llevar muchos otros objetos útiles que tenían que estar al alcance de la mano.

Se ató el cinturón alrededor de las caderas, sobre la túnica exterior de piel, después extrajo la daga y la examinó, preguntándose si le convenía llevarla. Aunque tenía una punta muy aguda, era un objeto más ceremonial que práctico. El Mamut había usado una parecida para practicar una incisión en el brazo de Ayla y, a continuación, con la sangre así extraída, había hecho una marca en la placa de marfil que llevaba colgada del cuello, con lo cual incluía a Ayla en el pueblo de los mamutoi.

Ella había visto también una daga parecida que se usaba para tatuar, cuya punta cortaba finas líneas en la piel. Después se aplicaba a las heridas carbón de leña negro, de madera de fresno. Ignoraba que los fresnos elaboraban un antiséptico natural que impedía la infección, y era imposible que el Mamut que se lo había explicado supiera exactamente por qué era eficaz. Ayla sólo sabía que estaba firmemente convencida de que nunca debía usar otra cosa que madera de fresno quemada para ennegrecer la cicatriz cuando realizaba un tatuaje.

Ayla metió la daga de nuevo en la funda de cuero crudo, poniéndola a un lado. Después cogió otra funda de cuero que protegía la afilada hoja de pedernal del pequeño cuchillo con mango de marfil que Jondalar le había fabricado. La pasó por un nudo en su cinturón, y utilizó otro nudo para sostener el mango de la hachuela que también él le había proporcionado. La cabeza de piedra de la pequeña hacha estaba asimismo envuelta en cuero.

Supuso que nada impedía que el cinturón sostuviera el lanzavenablos. Luego agregó la honda y, finalmente, ató el bolso que contenía las piedras para aquélla. Notaba el peso de todos estos objetos, pero era un modo conveniente de llevar cosas cuando tenían que viajar con escaso bagaje. Añadió sus lanzas a las que Jondalar ya había depositado en el contenedor de la albarda.

Necesitaron más tiempo del previsto para decidir lo que iban a llevar y también para guardar todo lo que dejaban en el campamento. Ayla estaba inquieta por la demora, pero hacia el mediodía ya habían montado e iniciaban la marcha.

Cuando partieron, Lobo trotó al lado de Corredor, pero pronto se rezagó, sin duda porque sufría. Ayla se preocupó por él, porque no estaba segura de la distancia que

sería capaz de recorrer ni de la velocidad que estaba en condiciones de desplegar; decidió que le permitiría seguirles a su aire, alcanzándoles, si no podía correr tanto, cuando ellos se detuvieran. Le angustiaba la inquietud que sentía por los dos animales, pero al menos Lobo estaba cerca, y a pesar de su herida, Ayla confiaba en que se recuperaría. En cambio, no sabía dónde estaba Whinney, su querida yegua, que podría encontrarse cada vez más lejos.

Siguieron el rastro de la manada más o menos hacia el noroeste durante cierto trecho; después, las huellas de los caballos cambiaron inexplicablemente de dirección. Ayla y Jondalar pasaron de largo, y por un momento pensaron que habían perdido el rastro. Retrocedieron entonces, y la tarde ya estaba avanzando cuando volvieron a descubrirlas, en dirección este. Ya era casi de noche cuando llegaron a un río.

Era evidente que los caballos lo habían cruzado, pero había oscurecido demasiado para distinguir las huellas, por lo que decidieron acampar en la orilla, pero ¿en cuál? Si cruzaban ahora, sus ropas mojadas probablemente se secarían antes de la mañana, pero Ayla temía que Lobo no pudiera encontrarlos si pasaban el río antes de que él los alcanzara. Por consiguiente, acordaron esperarlo y organizaron allí mismo el campamento.

A causa de la parvedad de elementos, el campamento suscitaba una deprimente impresión de desnudez. Por otra parte, no habían visto más que huellas a lo largo del río. Ayla empezaba a preocuparse ante la posibilidad de que estuvieran siguiendo a otra manada de animales, y también le inquietaba la suerte de Lobo. Jondalar trató de calmar su ansiedad, pero cuando el cielo nocturno ya se había poblado de estrellas, y Lobo continuaba sin aparecer, la inquietud de la joven se acentuó. Esperó hasta muy tarde, y cuando Jondalar consiguió convencerla para que le acompañase bajo las pieles de dormir, no pudo conciliar el sueño, a pesar del cansancio que sentía. A punto de quedarse traspuesta, notó la presión de un hocico frío y húmedo.

—¡Lobo! ¡Por fin has llegado! ¡Estás aquí! ¡Mira, Jondalar! ¡Lobo está aquí! —exclamó Ayla, y el hombre se sintió aliviado y contento al verlo, aunque pensó que su felicidad residía ante todo en la satisfacción experimentada por Ayla. Por lo menos, ahora ella dormiría un poco. Antes, sin embargo, Ayla se levantó para darle al animal la comida que le había reservado, parte de un guiso preparado con carne seca, raíces y una torta de alimento para el viaje.

La joven había hecho con anterioridad una infusión de corteza de sauce seca, vertida en un cuenco con agua que había separado para él, y como el animal tenía bastante sed, bebió hasta la última gota, incluida la medicación destinada a calmar el dolor. Enseguida se acurrucó junto a la piel de dormir de Ayla y Jondalar, y la mujer se adormeció con un brazo alrededor del cuerpo del animal, mientras Jondalar se acurrucaba cerca de ella y le pasaba un brazo sobre el pecho. En la noche extraordinariamente fría pero clara, durmieron vestidos, excepto las botas y las

prendas exteriores, sin molestarse en montar la pequeña tienda.

Por la mañana, aunque Ayla pensó que Lobo estaba mejor, extrajo de su bolso de medicinas —el saquito de piel de nutria— más corteza de sauce y agregó a la comida del animal una taza del brebaje. Tenían que afrontar el cruce del río de aguas heladas, y Ayla no sabía de qué modo influiría el intento en la herida del animal. Podía enfriarlo demasiado, pero, por otra parte, el agua fría quizá aliviara la herida que estaba cicatrizando y el traumatismo interno.

De cualquier modo, la joven no tenía grandes deseos de mojarse las ropas. Su desgana provenía no tanto de pensar en el contacto con el agua fría —a menudo se había bañado en aguas de temperatura aún más baja— cuanto de la idea de usar pantalones y calzado mojados en el aire casi helado. Cuando comenzó a sujetar el borde superior de sus botas altas de tipo mocasín alrededor de las pantorrillas, de pronto cambió de idea.

—No entraré con esto en el agua —afirmó—. Prefiero descalzarme y mojarme los pies. Por lo menos, podré ponerme calzado seco después de cruzar.

—Quizá no sea mala idea —convino Jondalar.

—En realidad, ni siquiera usaré esto —dijo Ayla, quitándose el pantalón y permaneciendo desnuda de cintura para abajo, un gesto que provocó una sonrisa de Jondalar y provocó en el hombre el deseo de hacer algo muy diferente a salir en persecución de los caballos. No obstante, sabía que Ayla estaba demasiado inquieta por Whinney para pensar en otras actividades.

Por extraño que pudiera parecer, Jondalar tenía que reconocer que la idea era interesante. El río no mostraba una altura excepcional, aunque parecía tratarse de una corriente de aguas rápidas. Podían cruzarlo a lomos de Corredor, con las piernas y los pies desnudos, y ponerse ropas secas en cuanto ganaran la otra orilla. No sólo estarían más cómodos, sino que evitarían un enfriamiento prolongado.

—Ayla, creo que tienes razón. Es mejor que la ropa no se moje —dijo Jondalar, quitándose los calzones.

El hombre cargó la albarda, mientras Ayla sostenía las pieles para dormir con el fin de evitar que se mojaran. El hombre se sintió un poco extraño al montar el caballo con la mitad inferior del cuerpo desnuda, pero el contacto de la piel de Ayla con sus piernas le indujo a olvidar la situación. El resultado obvio de los pensamientos de Jondalar no pasó inadvertido para Ayla. Si no se hubiera sentido tan acuciada por el afán de encontrar a Whinney, también ella se habría sentido tentada de permanecer allí un rato más. En el fondo de su mente acechaba el pensamiento de que en otra ocasión tal vez pudieran montar de nuevo los dos el mismo caballo, sólo por diversión; pero aquél no era el momento apropiado para disfrutar.

El agua estaba muy fría cuando el caballo castaño entró en la corriente, quebrando la corteza de hielo que se había formado a lo largo de la orilla. Aunque el río era un curso de aguas rápidas, y pronto alcanzó profundidad suficiente para mojarles las piernas hasta medio muslo, el caballo no perdió pie; el lugar no era tan

profundo como para que tuviera que nadar. Los dos jinetes de Corredor trataron al principio de sacar del agua las piernas, pero no tardarían en sentirlas entumecidas a causa de la baja temperatura. Más o menos a mitad del río, Ayla se volvió buscando la mirada de Lobo. Éste permanecía aún en la orilla, paseándose de un lado a otro tratando de evitar la zambullida inicial, como hacía a menudo. Ayla silbó para alentarlo y vio que, por fin, se hacía el ánimo.

Llegaron sin tropiezos a la orilla opuesta; el único inconveniente era el frío. El viento helado que al desmontar les traspasó las piernas mojadas, empeoraba las cosas. Después de quitarse con las manos la mayor parte del agua, se apresuraron a vestir de nuevo los pantalones y a calzar las botas de tipo mocasín, forradas de suave lana de gamuza, estas últimas regalo de despedida de los sharamudoi, por el cual les estaban más que agradecidos en aquellos instantes. Al entrar en calor, sintieron un hormigueo en las piernas y los pies. Cuando Lobo llegó a la orilla, saltó a tierra firme y se sacudió. Ayla lo examinó para comprobar que no se había agravado a causa del frío chapuzón.

Identificaron fácilmente el rastro y volvieron a montar en Corredor. Lobo intentó de nuevo mantener el mismo ritmo que el corcel, pero pronto se rezagó. Ayla vio preocupada que se quedaba cada vez más atrás. Que el animal les hubiera encontrado la noche anterior calmaba un poco los temores de la joven, y ahora se consoló recordando que, a menudo, Lobo solía alejarse para cazar y explorar por su cuenta, y siempre había vuelto para reunirse con ellos. Detestaba dejarlo atrás, pero tenían que encontrar a Whinney. Transcurrieron las horas y era ya media tarde cuando divisaron caballos a lo lejos. Al acercarse más, Ayla trató de descubrir un pelaje conocido, color humo, pero no podía estar segura. Había muchos otros caballos de pelaje parecido, y no pudo fijarse más porque, cuando el viento llevó el olor de los humanos a la manada, los animales huyeron.

—Esos caballos ya han sido perseguidos —comentó Jondalar, quien, por suerte, se contuvo a tiempo antes de expresar en voz alta el pensamiento de que en aquella región seguramente había habitantes a quienes les gustaba comer carne de caballo. No deseaba inquietar todavía más a Ayla. El rebaño fue rápido en distanciarse del joven corcel montado por viajeros. Jondalar y Ayla continuaron siguiendo el rastro sin desanimarse, puesto que de momento era lo único que podían hacer.

La manada se desvió hacia el sur, por una razón que sólo los caballos conocían, y regresó en dirección al Río de la Gran Madre. Antes de que pasara mucho tiempo, el terreno comenzó a elevarse. La región ofreció un paisaje accidentado y rocoso, y la hierba se hizo más escasa. Continuaron avanzando hasta llegar a un ancho campo, situado a gran altura sobre el resto del territorio. Cuando vieron el agua que centelleaba a sus pies, comprendieron que se encontraban en una meseta, en el punto más alto de la prominencia que habían esquivado, rodeando la base, pocos días antes. El río que ellos habían cruzado recorría la cara occidental antes de desembocar en la Madre.

Cuando la manada comenzó a pastar, los viajeros se aproximaron más.

—Jondalar, ¡allí está! —gritó excitada Ayla, señalando a uno de los animales.

—¿Cómo puedes estar segura? Varios de esos caballos tienen un color parecido.

Era cierto, pero aunque su color fuera similar al de otros animales, la mujer conocía demasiado bien la conformación particular de su amiga como para dudar. Emitió el silbido de costumbre y Whinney irguió la cabeza.

—Te lo dije. ¡Es ella!

Silbó de nuevo y Whinney comenzó a trotar hacia ella. Pero la yegua dirigente, un animal grande y elegante, con un pelaje verde grisáceo más oscuro de lo normal, vio que el miembro más reciente de la manada se alejaba del grupo y avanzó para cortarle el paso. El semental del rebaño se unió a ella para colaborar. Era un caballo de gran alzada, corpulento, de pelaje color crema, con una larga crin plateada, una raya gris en el lomo y una flotante cola plateada que parecía casi blanca cuando la agitaba. También tenía de color gris plata los extremos inferiores de las patas. Mordisqueó los corvejones de Whinney, obligándola a regresar con el resto de las hembras, que miraban la escena con nervioso interés. El semental se dio prisa en volver para desafiar al corcel más joven. Golpeó el suelo con las patas, y poniéndose de manos, relinchó, en claro desafío a Corredor.

El joven caballo pardo retrocedió, intimidado, y fue imposible obligarlo a que avanzara, con gran frustración de sus compañeros humanos. Desde una distancia segura, relinchó llamando a su madre, y tanto Jondalar como Ayla oyeron la conocida respuesta de Whinney. Desmontaron para analizar la situación con más tranquilidad.

—¿Qué vamos a hacer, Jondalar? —apremió Ayla—. No la permitirán alejarse. ¿Cómo lograremos recuperarla?

—No te preocupes, lo conseguiremos. Si es necesario, usaremos los lanzavenablos; pero no creo que haga falta tanto.

La seguridad de Jondalar serenó a la joven, quien no había pensado en las armas que llevaban. No deseaba matar caballos si no era necesario, pero haría todo lo que fuera indispensable para recobrar a Whinney.

—¿Tienes un plan? —preguntó.

—Estoy casi seguro de que esta manada fue perseguida antes y por eso temen un poco a la gente. Eso nos da cierta ventaja. Lo más probable es que el semental crea que Corredor intenta desafiarlo. Él y esa yegua grande han tratado de evitar que Corredor les arrebatara una hembra del rebaño. De modo que tenemos que mantener apartado a Corredor —explicó Jondalar—. Whinney vendrá cuando quiera buscarnos. Si puedo distraer al semental, tú tendrás que ayudar a Whinney a evitar a la yegua hasta que te acerques lo bastante para montarla. Entonces, si le gritas a la yegua dirigente, o incluso le pinchas con tu lanza en el caso de que se acerque a Whinney, creo que se mantendrá a distancia hasta que tú te alejes.

—Parece bastante fácil. —Ayla sonrió sintiéndose aliviada—. ¿Qué haremos con Corredor?

—En las inmediaciones he visto una roca con un par de arbustos cerca. Puedo atarlo a uno de ellos. No resistirá si realmente quiere soltarse, pero está acostumbrado a permanecer atado y creo que no se moverá del sitio.

Jondalar aferró la cuerda del caballo joven y comenzó a retroceder a grandes zancadas.

—Coge tu lanzador y una lanza o dos —dijo Jondalar cuando llegaron a la roca; después se quitó la albarda—. De momento la dejaré aquí. Reduce mi libertad de movimientos. —Guardó en el contenedor su propio lanzador y las lanzas—. Apenas atrapes a Whinney, puedes volver con Corredor y venir a buscarme.

La meseta se desviaba en dirección nordeste-sudoeste, con una inclinación gradual hacia el norte, por lo que alcanzaba más altura en dirección este. En el extremo sudoeste, terminaba en un precipicio. En la cara occidental, frente al río que habían cruzado antes, el declive era bastante brusco, pero hacia el sur y el Río de la Gran Madre, había un alto precipicio con una caída a pico. Cuando Ayla y Jondalar se dirigieron de nuevo en busca de los caballos, el día estaba claro y el sol se hallaba alto en el cielo, aunque hacía bastante rato que había dejado atrás el cenit. Se asomaron al borde occidental, pero retrocedieron enseguida, temerosos de que un paso en falso o un tropezón los lanzara al abismo.

Ya en las proximidades de la manada, ocupada en pastar, se detuvieron y trataron de descubrir a Whinney. La manada —yeguas, potrillos y animales de un año— pacía en un campo de altas hierbas secas; el semental estaba a cierta distancia, a un lado, un poco alejado del resto. Ayla creyó distinguir a su yegua más al fondo, en dirección sur. Emitió un silbido; la yegua de pelaje amarillo leonado irguió la cabeza y enseguida comenzó a trotar hacia ellos. Con el lanzador en la mano y una lanza en ristre, Jondalar se acercó lentamente hacia el semental de pelaje color crema, tratando de interponerse entre él y la manada, mientras Ayla caminaba hacia las hembras, decidida a llegar al sitio exacto donde Whinney se encontraba.

Mientras se acercaba a la yegua, algunos caballos cesaron de pacer y levantaron la cabeza, pero no miraban a Ayla. De pronto, ella intuyó que algo no marchaba bien. Se volvió para mirar a Jondalar y vio un hilo de humo, y después otro. Lo que había percibido era el olor del humo. El campo de hierba seca estaba incendiado en varios lugares. De pronto, a través de la bruma del humo, distinguió más figuras que corrían al encuentro de los caballos, gritando y blandiendo antorchas. No cabía duda de que perseguían a los caballos, empujándolos hacia el extremo del campo, hacia el precipicio mortal, ¡y Whinney estaba entre ellos!

El pánico comenzaba a dominar a los caballos, pero entre los sonidos agudos Ayla creyó oír un relincho conocido, procedente de otro lado. Al mirar hacia el norte, vio a Corredor que arrastraba su cuerda y corría hacia el rebaño. ¿Por qué tenía que acercarse precisamente ahora? ¿Y dónde estaba Jondalar? En el aire había algo más que humo. Ayla podía percibir la tensión y oler el miedo contagioso de los caballos que empezaban a alejarse del fuego.

Los caballos se agitaban y encabritaban alrededor de la joven, quien ya no volvió a ver a Whinney, pero Corredor se acercaba al galope, afectado también por el pánico. Ayla emitió un silbido estridente y prolongado, abalanzándose al mismo tiempo sobre el animal. Corredor aminoró la marcha y se volvió hacia Ayla, pero tenía las orejas aplastadas contra la cabeza y sus ojos se revolvían inquietos. Ayla aferró la cuerda que colgaba del cabestro y obligó al animal a girar la cabeza. Corredor relinchó y se encabritó, mientras los caballos pasaban a un costado. La cuerda despellejó las manos de Ayla, pero ella no cedió y, cuando las patas delanteras de Corredor tocaron el suelo, la joven se agarró a sus crines y saltó sobre su lomo.

Corredor se encabritó de nuevo. Ayla estuvo a punto de salir despedida, pero logró sostenerse. El caballo continuaba dominado por el miedo, pero estaba acostumbrado al peso sobre el lomo. Esto y la mujer conocida lo reconfortaban. Echó a correr con movimientos más normales, pero para Ayla era difícil controlar el corcel entrenado por Jondalar. Aunque había montado algunas veces a Corredor y conocía las señales que el animal entendía, no estaba acostumbrada a guiarlo con riendas o con una cuerda. El hombre habría usado ambas cosas con la misma soltura, y el caballo sabía reconocer la confianza que le demostraba su jinete habitual. No respondió bien a los primeros intentos de Ayla, tal vez porque buscaba con la mirada a Whinney mientras trataba de calmarlo, y estaba distraída por la necesidad imperiosa de recuperar a su amiga.

Los caballos corrían, se agrupaban alrededor de Ayla, relinchaban, gemían y gritaban, y el olor del miedo llegaba con fuerza a la nariz de la joven. Silbó de nuevo, un silbido fuerte y penetrante, pero no estaba segura de hacerse oír por encima del estrépito; sabía que el ansia de huir era muy intensa.

De repente, en medio de la bruma de polvo y humo, Ayla vio que un caballo aminoraba el paso, trataba de desviarse y resistía los apremios de los animales enloquecidos que corrían al costado de la joven. Aunque su pelaje tenía el color del aire sofocante, Ayla comprendió que era Whinney. Silbó de nuevo para alentarla y vio que su amada yegua se detenía, indecisa. El instinto de huir con el rebaño era en ella muy intenso, pero aquel silbido siempre había significado seguridad y amor, y la yegua no estaba tan asustada por el fuego como los demás. Había crecido oliendo el humo cercano. Aquel olor a lo sumo le indicaba la proximidad de la gente.

Ayla vio que Whinney se mantenía en el mismo sitio, mientras otros caballos la rozaban o la atropellaban en su intento de evitarla. La mujer exhortó a Corredor a adelantarse. La yegua se dirigió sin vacilar hacia la mujer, pero de pronto un caballo de pelaje claro apareció en escena, como si hubiera brotado del polvo. El gran semental de la manada trató de alejar a Whinney, lanzando un relincho de advertencia a Corredor, e incluso dominado por el pánico, tratando de alejar a su nueva yegua del macho más joven. Esta vez Corredor respondió con un salvaje relincho, y enseguida brincó y golpeó el suelo con las patas. Luego avanzó en línea recta hacia el animal más grande, olvidando a causa de la excitación que aún era demasiado joven e

inexperto para combatir con un corcel adulto.

Y entonces, quién sabe por qué —un súbito cambio de actitud o tal vez el contagio del miedo—, el semental giró en redondo y se alejó. Whinney, desorientada, empezó a seguirlo, pero entonces Corredor se abalanzó para alcanzarla. Entretanto la manada se acercaba más y más al borde del precipicio y a la muerte segura que aguardaba allá abajo; la yegua con el pelaje del color del heno molido y el potrillo joven que ella había engendrado, montado por Ayla, se veían arrastrados por los demás. Con desesperada decisión, la mujer detuvo a Corredor frente a su madre. El animal gimió de miedo, pues se sentía impulsado a correr con el resto de los caballos, pero le contuvo la mujer y también las órdenes que estaba acostumbrado a obedecer.

Un momento después, todos los caballos habían pasado por el lado de Ayla. Mientras Whinney y Corredor permanecían inmóviles, temblando de miedo, el último miembro de la manada desapareció en el precipicio. Ayla se estremeció al oír el sonido lejano de los relinchos, los gritos y los gemidos de los caballos, e instantes después permaneció atónita, asombrada por el silencio. Whinney, Corredor y ella misma hubieran podido figurar entre los que acababan de despeñarse. Respiró hondo ante la inminencia del peligro, y en el acto miró a su alrededor en busca de Jondalar.

No le vio. El fuego se desplazaba en dirección sudeste; el viento soplaba desde la parte sudoeste del campo, pero las llamas habían cumplido su finalidad. Ayla miró en todas direcciones, pero siguió sin descubrir a Jondalar. Ella y los dos caballos estaban solos en el campo cubierto de humo. Sintió que un dogal de miedo y ansiedad le atenazaba la garganta. ¿Qué le habría sucedido a Jondalar?

Desmontó de Corredor y, mientras sostenía la cuerda, saltó ágilmente sobre el lomo de Whinney, dirigiéndose a continuación al lugar en el que se había separado del hombre. Exploró cuidadosamente toda la zona, yendo y viniendo, en busca de algún rastro, pero el terreno estaba cubierto por las huellas de los caballos. Después, por el rabillo del ojo, vio algo y corrió a comprobar de qué se trataba. Con el corazón en la boca, recogió del suelo el lanzador de Jondalar.

Examinó más atentamente el paraje y vio huellas de pasos, pertenecientes sin duda a varias personas; sin embargo, entre ellas destacaban las huellas de los grandes pies de Jondalar, dejadas por sus gastadas botas. Había visto muchas veces las mismas huellas cuando montaban un campamento y no podía equivocarse. También comprobó que había una mancha oscura en el suelo. Se inclinó para tocarla y retiró la yema de un dedo manchada de sangre.

Sus ojos se desorbitaron y el miedo le oprimió la garganta. Sin moverse del sitio donde estaba, pues no deseaba confundir el rastro, miró cuidadosamente alrededor, tratando de imaginar lo que había sucedido. Era una rastreadora experimentada, por lo que no tardó en comprender que alguien había herido a Jondalar y se lo había llevado. Siguió un rato las huellas hacia el norte. Después tomó nota de su entorno, para grabar la pista en su memoria, montó en Whinney, sosteniendo firmemente en la mano la cuerda de Corredor, y se dirigió al oeste con el propósito de recuperar la

albarda.

Mientras cabalgaba hacia el oeste, frunció el entrecejo; su gesto duro y colérico expresaba exactamente lo que sentía; pero tenía que reflexionar y decidir lo que haría. Alguien había herido a Jondalar y se lo había llevado, y nadie tenía derecho a hacer una cosa semejante. Quizá Ayla no comprendiera las costumbres de los Otros, pero eso le constaba. Aún ignoraba cómo lo haría, pero se las arreglaría para que él volviese a estar a su lado.

Se sintió aliviada cuando vio la albarda todavía apoyada contra la piedra, exactamente como la habían dejado. La vació y realizó algunos arreglos, de manera que Corredor pudiera llevarla sobre el lomo, y a continuación comenzó a llenarla otra vez. Se había quitado esa mañana el cinturón —la molestaba un poco— y ahora lo metió todo en la albarda. Alzó el cinturón y examinó la afilada daga ceremonial sujeta todavía por un nudo; mientras la miraba, se pinchó casualmente con la punta. Observó la minúscula gota de sangre que brotaba, y sin saber por qué, sintió deseos de llorar. De nuevo estaba sola. Alguien se había llevado a Jondalar.

Su abatimiento desapareció de golpe, y como movida por un resorte, volvió a ponerse el cinturón cerciorándose de que quedaban bien sujetos la daga, el cuchillo, la hachuela y las armas de cazar. ¡Jondalar no estaría ausente demasiado tiempo! Colocó la tienda sobre la grupa de Corredor, pero se reservó la piel de dormir. ¿Cómo podía saber qué clase de tiempo encontraría? Llevó también un recipiente para el agua. Después, extrajo una torta de alimento para el viaje y se sentó sobre la roca. No tenía apetito, pero sabía que necesitaba mantener su fuerza si quería seguir el rastro y hallar a Jondalar.

La otra preocupación que la agobiaba, además de la desaparición de su compañero, era la ausencia del lobo. No podía ir en busca de Jondalar antes de encontrar a Lobo. Éste era mucho más que un acompañante animal al que amaba; podría ser esencial para seguir el rastro. Abrigaba la esperanza de que apareciera antes del anochecer, y se preguntó si debería volver sobre sus pasos para buscarlo. Pero ¿qué sucedería si estaba cazando? Probablemente no daría con él. Aunque le corroía la impaciencia, decidió que era mejor esperar.

Trató de pensar en lo que podía hacer, pero fue en vano. El acto mismo de herir a alguien y apresarlo le parecía tan extraño que le resultaba difícil incluso imaginar cómo llevar a cabo la empresa. Se trataba de algo ilógico, irracional.

Un gemido, al que siguió un ladrido, interrumpió el hilo de sus pensamientos. Al volverse vio a Lobo que corría hacia ella, sin duda feliz de verla. Ayla se sintió muy aliviada.

—¡Lobo! —exclamó alegremente—. Has llegado, y mucho antes que ayer. ¿Estás mejor?

Después de saludarlo afectuosamente, lo examinó y se alegró cuando confirmó de nuevo que, si bien había recibido un fuerte golpe, no tenía ningún hueso roto, y parecía haber mejorado notablemente.

Decidió partir enseguida, al objeto de encontrar el rastro cuando aún era de día. Ató la cuerda de Corredor a una tira de cuero que sujetaba la manta de Whinney y montó en la yegua. Después de ordenar a Lobo que la siguiera, regresó al paraje donde había encontrado las huellas de los pies de Jondalar, mezclados con las de otras personas, así como el lanzavenablos y la mancha de sangre, la cual era ahora un punto ligeramente pardusco en el suelo. Desmontó para examinar de nuevo el lugar.

—Lobo, tenemos que encontrar a Jondalar —dijo. El animal la miró, intrigado.

Ella se agachó y observó detenidamente las huellas de las pisadas, esforzándose por calcular el número de personas que componían el grupo, así como por grabar en su memoria el tamaño y la forma de los pies. El lobo esperó, sentado sobre las patas traseras, observándola, pues adivinaba que sucedía algo importante, fuera de lo común. Finalmente, Ayla señaló la mancha de sangre.

—Alguien hirió a Jondalar y se lo llevó. Tenemos que encontrarle. —El lobo olfateó la sangre, meneó la cola y gimió—. Éste es el pie de Jondalar —dijo Ayla, señalando la huella grande y peculiar que se destacaba de las otras más pequeñas. Lobo olfateó de nuevo el lugar que ella señalaba y miró a Ayla, como si esperara su próximo movimiento—. Se lo llevaron —recalcó la mujer, indicando las otras huellas de pies humanos.

Se levantó de golpe y caminó hacia Corredor. Retiró del bulto depositado sobre el lomo del caballo el lanzavenablos de Jondalar y se arrodilló para dárselo a oler al lobo.

—Lobo, ¡es preciso encontrar a Jondalar! ¡Alguien se lo ha llevado, y tenemos que rescatarle!

Capítulo 26

Jondalar cobró conciencia prontamente de que estaba despierto, pero la cautela le indujo a permanecer inmóvil hasta que pudiera aclarar qué andaba mal; porque era evidente que algo andaba mal. Por una parte, le dolía la cabeza. Abrió apenas los ojos. La penumbra reinaba en aquel lugar, pero pudo ver el suelo frío y duro sobre el cual estaba acostado. Sintió algo seco y endurecido en un lado de la cara, pero, cuando intentó mover las manos y averiguar qué era, se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda. También tenía los pies atados.

Rodó de costado y miró a su alrededor. Estaba en una pequeña estructura redonda, una especie de armazón de madera cubierto con pieles, e intuyó que el lugar estaba dentro de un recinto más amplio. No se oía el sonido del viento ni había corrientes de aire ni el movimiento de las pieles como hubiera sido el caso de haber estado al aire libre; y aunque hacía frío, éste no era insoportable. De pronto comprendió que ya no tenía puesta la chaqueta de piel.

Jondalar trató de sentarse, y de pronto se sintió aturdido. El latido en la cabeza se concentró en un punto doloroso sobre la sien izquierda, cerca del residuo seco y endurecido. Cesó en sus movimientos cuando oyó el sonido de unas voces que se acercaban. Dos mujeres hablaban en una lengua desconocida, si bien le pareció percibir palabras que se asemejaban vagamente al mamutoi.

—¿Quién anda ahí? Estoy despierto —gritó en la lengua de los Cazadores de Mamuts—. ¿Alguien puede desatarme? Estas cuerdas no son necesarias. Seguramente hubo un malentendido. No tengo malas intenciones.

Las voces se interrumpieron un momento y después continuaron, pero nadie respondió ni acudió.

Jondalar, que yacía boca abajo sobre el suelo, trató de recordar cómo había llegado allí y qué podía haber hecho como para inducir a alguien a maniatarlo. De acuerdo con su experiencia, únicamente se ataba a las personas cuando observaban una conducta desordenada e intentaban herir a alguien. Recordó una pared de fuego y los caballos que corrían hacia el precipicio, en el borde del campo. Seguramente esa gente estaba cazando caballos y le habían sorprendido en medio de todo aquello.

Entonces recordó que había visto a Ayla montada en Corredor y que tenía dificultades para controlarlo. Se preguntó cómo era posible que el animal hubiese terminado en medio del rebaño lanzado a la carrera si él lo había dejado atado a un matorral.

El pánico casi había demudado a Jondalar, pues temió que el caballo hubiese respondido a su instinto gregario y seguido a los otros hacia el precipicio, llevándose consigo a Ayla. Recordó que había corrido hacia los animales con la lanza preparada en el lanzador. Aunque amaba aquel caballo castaño, lo habría matado antes de permitirle que arrastrase a la muerte a Ayla. Era su último recuerdo, excepto la fugaz imagen de un dolor agudo antes de que todo se sumiese en sombras.

Jondalar pensó: «Alguien me asestó un golpe. Y fue un golpe fuerte, porque no recuerdo cómo me trajeron aquí y la cabeza aún me duele. ¿Creerían acaso que estaba echando a perder su estrategia de cazadores?». La primera vez que había visto a Jeren y a sus cazadores había sido en similares circunstancias. Él y Thonolan, sin quererlo, habían espantado la manada de caballos que los cazadores estaban empujando hacia una trampa. Pero después de calmar su cólera, Jeren había comprendido que su acción no había sido intencionada, y se habían hecho amigos. «No eché a perder la cacería de esta gente. ¿O sí?».

De nuevo trató de sentarse. Girando sobre su costado, levantó las rodillas; después hizo un esfuerzo para rodar y alcanzar la posición de sentado. Tras algunos intentos, aunque la cabeza le dolía a causa del esfuerzo, al fin lo logró. Se sentó con los ojos cerrados, confiando en que el dolor se calmaría pronto. Pero, a medida que sus molestias se iban atemperando, se acentuó su preocupación por Ayla y los animales. ¿Whinney y Corredor se habrían lanzado al precipicio junto con el rebaño y Corredor se habría llevado consigo a Ayla?

¿Ella habría muerto? Sintió que al pensar en eso se le oprimía el corazón. ¿Quizá Ayla y los caballos hubieran muerto? ¿Y Lobo? Cuando el animal herido llegase finalmente al campo, no hallaría a nadie. Jondalar se lo imaginaba olfateándolo todo, tratando de seguir un rastro que no conducía a ninguna parte. ¿Qué haría? Lobo era buen cazador, pero estaba herido. ¿Cómo podía cazar para alimentarse con esa lesión? Echaría de menos a Ayla y al resto de su «manada». No estaba acostumbrado a vivir solo. ¿Cómo podría arreglárselas? ¿Qué sucedería cuando se enfrentase con una manada de lobos salvajes? ¿Lograría defenderse?

«¿No vendrá nadie? Me apetece un poco de agua», pensó Jondalar. «Seguramente me han oído. También necesito alimento, pero sobre todo tengo sed». Sentía la boca cada vez más seca y su ansia de agua se acentuó.

—¡Eh, vosotros! ¡Tengo sed! ¿Nadie puede traerme un poco de agua? —gritó—. ¿Qué clase de gente sois? ¡Maniatáis a un hombre y ni siquiera le dais un sorbo de agua!

Nadie respondió. Después de gritar unas cuantas veces más, decidió ahorrar fuerzas. De ese modo sólo conseguiría tener más sed y la cabeza le seguía doliendo. Pensó en acostarse, pero sentarse le había exigido tanto esfuerzo que no estaba seguro de que pudiera repetir la maniobra.

A medida que pasaba el tiempo comenzó a acentuarse su malhumor. Estaba débil, rozando el delirio, y se obsesionaba en lo peor. Se convenció de que Ayla estaba muerta y de que también los caballos habían perecido. Cuando pensaba en Lobo, imaginaba a la pobre bestia errando sola, herida e imposibilitada para cazar, buscando a Ayla y expuesta al ataque de los lobos o las hienas locales, o de otro animal…, lo cual quizá fuera mejor que morir de hambre. Se preguntó si le dejarían morir después; luego casi abrigó la esperanza de que lo hicieran… si, en efecto, Ayla había muerto. El hombre se identificó con la situación que imaginaba para el lobo y llegó a la

conclusión de que él y Lobo debían ser los últimos supervivientes de aquel extraño grupo de viajeros y de que también ellos desaparecerían pronto.

El rumor de gente que se acercaba le arrancó de su desesperación. Alguien apartó el reborde que cubría la entrada de la pequeña estructura; por la abertura vio una figura, los pies separados y las manos en las caderas, la silueta recortada por la luz de una antorcha. La mujer dio una tajante orden. Dos mujeres entraron en el espacio cerrado, se pusieron una a cada lado de Jondalar, le alzaron y le arrastraron fuera. Le pusieron de rodillas frente a la mujer, las manos y los pies aún atados. De nuevo le dolía la cabeza, e inseguro, se apoyó en una de las mujeres. Ella le apartó.

La mujer que había dado la orden de que le sacaran de su encierro le miró un instante o dos, y después se echó a reír. Estaba huraña y destemplada, como enloquecida, emitiendo una especie de ladridos. Jondalar se estremeció sin querer y experimentó un escalofrío de miedo. Ella le dirigió algunas palabras duras; Jondalar no entendió, pero trató de enderezarse y mirarla. Se le enturbió la vista y se tambaleó inseguro. La mujer frunció el entrecejo, ladró más órdenes y después se dio la vuelta y salió. Las mujeres que le sostenían le soltaron y siguieron a la que había hablado, junto con varias otras. Jondalar cayó de costado, aturdido y débil.

Sintió que cortaban las ataduras de sus pies y después le acercaron agua a la boca. Casi se ahogaba, pero intentó ansiosamente tragar un poco de líquido. La mujer que sostenía el recipiente dijo unas cuantas palabras con acento disgustado, y después entregó la vasija a un hombre viejo. Éste se adelantó y acercó el recipiente a la boca de Jondalar; después lo inclinó, no precisamente con más suavidad, pero sí con más paciencia, de modo que Jondalar pudo beber y finalmente pudo saciar su terrible sed.

Antes de que estuviese totalmente satisfecho, la mujer impartió una orden impaciente, y el hombre retiró el agua. Después, obligó a Jondalar a incorporarse. Trastabilló aturdido mientras ella le empujaba hacia delante, fuera del refugio, y le introdujo en un grupo de hombres. Hacía frío, pero nadie le ofreció su chaqueta de piel, ni siquiera le desató las manos para que pudiera frotárselas.

Pero el aire frío le reanimó y advirtió que algunos otros hombres también tenían las manos atadas a la espalda. Miró con más atención a la gente con la que le habían arrojado. Los había de todas las edades, desde jóvenes —que parecían más bien niños — hasta ancianos. A todos se les veía delgados, débiles y sucios, con las ropas rotas e inapropiadas y los cabellos apelmazados. Unos pocos tenían heridas que no habían sido curadas, cubiertas de sangre seca y de tierra.

Jondalar trató de hablar en mamutoi con el hombre que estaba de pie a su lado, pero éste se limitó a menear la cabeza. Jondalar pensó que el hombre no entendía, de modo que probó con el sharamudoi. El hombre desvió la vista en el momento mismo en que una mujer que sostenía una lanza se acercó y amenazó con ella a Jondalar, ladrando una áspera orden. Jondalar no comprendió las palabras, pero la actitud de la mujer era bastante clara; se preguntó si la razón por la cual el hombre no había hablado era porque no le entendía, o si le entendía, no había querido hablar.

Varias mujeres con lanzas se habían apostado a intervalos regulares entre los hombres. Una de ellas gritó algunas palabras y los hombres empezaron a caminar. Jondalar aprovechó la oportunidad para mirar a su alrededor y tratar de comprender dónde estaba. El lugar, formado por varias viviendas redondas, le pareció más o menos conocido, lo cual era extraño, porque jamás había atravesado esa región. Entonces comprendió que se trataba de las viviendas. Se asemejaban a los refugios de los mamutoi. Aunque no eran exactamente iguales, parecía que los habían construido en un estilo análogo, probablemente empleando restos de mamuts como soportes de la estructura, cubiertos de paja y después de hierba y arcilla.

Comenzaron a caminar ascendiendo una ladera, lo que permitió a Jondalar contemplar un panorama más amplio. El campo estaba formado principalmente por la estepa cubierta de hierba o la tundra, llanuras sin árboles, con tierra sobre el subsuelo helado, que en verano, con el deshielo, se convertía en una superficie negra y lodosa. La tundra no podía producir más que hierbas enanas, pero a las que, en primavera, las flores agregaban color y belleza, y que servían de alimento al buey almizclero, al reno y a otros animales que podían digerirla. También había extensiones de taiga, árboles siempre verdes de escasa altura, con un desarrollo tan uniforme que se hubiera dicho que un gigantesco instrumento de corte había podado todas las copas; en realidad, así era. Los vientos helados que lanzaban contra los árboles agujas de hielo o afilados trozos de áspero loess cercenaban las ramitas o las prolongaciones individuales que se atrevían a sobrepasar la altura alcanzada por el conjunto.

Mientras avanzaban penosamente, Jondalar vio un rebaño de mamuts que pastaba a gran distancia hacia el norte, y un poco más cerca, un grupo de renos. Sabía que cerca pastaban los caballos —esta gente había estado cazándolos— y supuso que el bisonte y el oso frecuentaban la región durante las estaciones más cálidas. La región se asemejaba al lugar de origen del propio Jondalar más que las estepas secas y cubiertas de pasto del este, por lo menos en los tipos de plantas que allí crecían, aunque la vegetación principal era distinta, y probablemente ocurría lo mismo con la mezcla proporcional de animales.

Por el rabillo del ojo Jondalar percibió un movimiento a su izquierda. Se volvió a tiempo para ver una liebre blanca que atravesaba veloz la colina, perseguida por un zorro ártico. Mientras miraba, el animal saltó de pronto en otra dirección y pasó junto al cráneo parcialmente descompuesto de un rinoceronte lanudo y se refugió en su madriguera.

«Donde hay mamuts y rinocerontes», pensó Jondalar, «hay leones de las cavernas, y, en vista de la presencia de rebaños de otros animales, probablemente también hienas y ciertamente lobos. Hay mucha carne y animales de piel, y alimentos que crecen en la tierra. Es un país de abundancia». Hacer este tipo de evaluación era casi una segunda naturaleza en él, como le sucedía en cierto grado a la mayoría de la gente. Vivían de la tierra y tenían que hacer cuidadosas evaluaciones de cuáles eran sus recursos.

Cuando el grupo llegó a un lugar alto y llano al costado de la colina, se detuvo. Jondalar miró hacia abajo y vio que los cazadores que vivían en ese lugar contaban con una ventaja única. No sólo podían ver de lejos a los animales, sino que los diferentes y nutridos rebaños que recorrían la región tenían que pasar por un estrecho corredor, allá abajo, entre las altas paredes de piedra caliza y el río. Debía ser fácil cazarlos allí. Se preguntó por qué habían estado cazando caballos cerca del Río de la Gran Madre.

Un gemido doloroso atrajo la atención de Jondalar sobre su entorno inmediato. Una mujer de cabellos grises largos, sucios y desordenados, sostenida por dos mujeres un tanto más jóvenes, gemía y lloraba, dominada por el dolor. De pronto, se liberó de las dos mujeres, cayó de rodillas y se inclinó sobre algo que estaba en el suelo. Jondalar se acercó más para ver mejor. Era una cabeza más alto que la mayoría de los hombres, y, tras dar unos cuantos pasos, comprendió la causa del sufrimiento de la mujer.

Se trataba obviamente de un funeral. En el suelo habían depositado tres personas jóvenes, probablemente al límite de la adolescencia o principios de la veintena. Dos eran evidentemente varones; tenían barba. El más corpulento probablemente era el más joven. El vello facial rubio todavía era un tanto escaso. La mujer de cabellos grises sollozaba sobre el cuerpo del otro, en quien se destacaban más los cabellos castaños y la barba corta. El tercero era bastante alto pero delgado, y algo en el cuerpo y el modo de yacer inducía al espectador a preguntarse si aquel individuo no habría padecido un problema físico. Jondalar no alcanzó a verle barba, y eso le llevó a pensar al principio que era una mujer; pero también podía haber sido un joven bastante alto que se afeitaba.

Los detalles del vestido no eran de gran utilidad. Todos tenían polainas y túnicas altas que disimulaban los rasgos característicos. Las ropas parecían nuevas, pero carecían de adornos. Era como si alguien no quisiera que los identificasen en el otro mundo y hubiese intentado hundirlos en el anonimato.

La mujer de cabellos grises fue retirada, casi arrastrada —aunque sin rudeza— lejos del cuerpo del joven por las dos mujeres que habían tratado de sostenerla. Entonces se adelantó otra mujer, y algo en ella indujo a Jondalar a mirarla más atentamente. Tenía la cara extrañamente torcida, en una peculiar asimetría, de modo que un lado causaba la impresión de que estaba contraído y era un poco más pequeño que el otro. No intentaba ocultarlo. Tenía los cabellos claros, quizá grises, recogidos y asegurados con un rodete sobre la coronilla.

Jondalar pensó que tenía más o menos la misma edad que su propia madre: la mujer se movía con la misma gracia e idéntica dignidad, si bien no mostraba semejanza física con Marthona. A pesar de su leve deformidad, la mujer no carecía de atractivo y su rostro acaparaba la atención del observador. Cuando miró a Jondalar, éste se dio cuenta de que había estado observándola fijamente, pero ella desvió primero los ojos, y a él le pareció que lo hacía con cierta prisa. Cuando la mujer

empezó a hablar, Jondalar comprendió que estaba dirigiendo la ceremonia fúnebre. Se dijo que debía ser una mamut, una mujer que se comunicaba con el mundo de los espíritus, una Zelandoni para esa gente.

Algo le indujo a volverse y mirar hacia la gente congregada. Otra mujer estaba mirándole fijamente. Era alta, de cuerpo bastante musculoso, de rasgos acentuados; pero, de todos modos, era una mujer hermosa, de cabellos castaños claros y, un dato interesante, ojos muy oscuros. No desvió sus ojos cuando él la miró; al contrario, le examinó sin disimulo. Tenía las proporciones y la forma, la apariencia general, de una mujer que, en circunstancias normales, podía atraer a Jondalar, pero la sonrisa que se dibujaba en sus labios le inquietaba.

Entonces advirtió que estaba de pie, con las piernas separadas y las manos en las caderas; de pronto comprendió quién era: la mujer que había reído con acento tan amenazador. Contuvo el impulso de retroceder y ocultarse entre los hombres, porque comprendió que no podría lograrlo aunque lo intentase. Jondalar no sólo era una cabeza más alto, sino que tenía un aspecto más saludable y un cuerpo más musculoso que el resto. Llamaría la atención en cualquier sitio donde se encontrase.

La ceremonia parecía un tanto formulista, como si obedeciese a una necesidad desagradable más que a una ocasión solemne e importante. Sin mortajas fúnebres, los cuerpos fueron sencillamente llevados a una sola tumba poco profunda, de uno en uno. Jondalar advirtió que, al levantarlos, los cuerpos estaban laxos. Eso significaba que habían muerto no mucho tiempo antes; los cadáveres no estaban aún rígidos y no despedían olor. El cuerpo alto y delgado fue el primero; lo depositaron sobre la espalda; con ocre rojo pulverizado salpicaron la cabeza y, por extraño que pareciese, la pelvis, la poderosa área reproductora, lo cual llevó a Jondalar a preguntarse si quizá se trataba, en efecto, de una mujer.

Los dos restantes recibieron un trato distinto, pero incluso más extraño. El varón de cabellos castaños fue depositado en la tumba común, a la izquierda del primer cadáver mirando desde donde estaba Jondalar, pero a la derecha del anterior, y colocado sobre su costado, de frente al primer cuerpo. Después se le extendió el brazo de modo que la mano descansara sobre la región púbica salpicada de ocre rojo del otro. El tercer cuerpo fue casi arrojado a la tumba, boca abajo, sobre el costado derecho del cuerpo que había sido depositado primero. También se derramó ocre rojo sobre la cabeza de estos otros dos. Era evidente que el polvo rojo sagrado tenía la misión de proteger; pero ¿a quién? ¿Y contra qué? Tales fueron las preguntas que se formuló Jondalar.

Cuando comenzaron a devolver a la tumba poco profunda la tierra suelta, la mujer de cabellos grises se desprendió otra vez de las mujeres. Corrió hacia la tumba y arrojó algo en su interior. Jondalar vio un par de cuchillos de piedra y unas cuantas puntas de lanza de pedernal.

La mujer de ojos negros avanzó unos pasos, evidentemente irritada. Impartió una orden a uno de los hombres, señalando hacia la tumba. El hombre se estremeció, pero

no se movió. Entonces, la hechicera se adelantó y habló, meneando la cabeza. La otra mujer le gritó, colérica y contrariada, pero la hechicera se mantuvo firme y continuó meneando la cabeza. La mujer alzó una mano y abofeteó con el dorso a la hechicera. Hubo una exclamación colectiva, y después la mujer irritada se alejó, seguida por un grupo de mujeres que portaban lanzas.

La hechicera no reaccionó ante el golpe; ni siquiera se llevó la mano a la mejilla, si bien Jondalar pudo ver, incluso desde el lugar que él ocupaba, la mancha roja cada vez más intensa. Llenaron deprisa la tumba con tierra mezclada con varios pedazos de carbón de leña y maderas quemadas parcialmente. Jondalar dedujo que allí seguramente habían encendido grandes hogueras. Miró hacia abajo, en dirección al estrecho corredor que había en el fondo. Comenzó a comprender que ese lugar alto era un perfecto puesto de vigía, desde donde podía encenderse fuego para avisar cuando se aproximaban animales o cualquier otra cosa.

Apenas los cuerpos quedaron sepultados, los hombres fueron obligados a descender nuevamente por la ladera de la colina y llevados a un lugar rodeado por una alta empalizada de troncos de madera puestos uno al lado del otro y asegurados con cuerdas. Había huesos de mamut apilados contra una parte de la empalizada; Jondalar se preguntó por qué estaban allí. Quizá los huesos contribuían a consolidar la empalizada. Le separaron del resto, le llevaron al refugio y, finalmente, le empujaron para encerrarle otra vez en el pequeño recinto circular de paredes de cuero. Pero antes de entrar, pudo observar cómo estaba hecho.

La sólida estructura estaba construida con estacas obtenidas de árboles más delgados. Los extremos más gruesos habían sido enterrados en el suelo; los extremos superiores se doblaban y unían en la cúpula. Varios cueros cubrían por fuera la estructura, pero el reborde que él había visto desde dentro se cerraba por fuera por medio de cuerdas.

Una vez dentro, continuó examinando la estructura. El lugar estaba completamente vacío y no había ni siquiera un jergón para dormir. No podía erguirse totalmente, excepto en el centro mismo, pero Jondalar se inclinó para acercarse a uno de los lados y después caminó lentamente por el espacio pequeño y oscuro, estudiando todo con mucho cuidado. Advirtió que los cueros eran viejos y estaban desgarrados, algunos tan deteriorados que parecían casi descompuestos, y que habían sido cosidos toscamente, como si se hubiese hecho el trabajo con mucha prisa. En las costuras había huecos; a través de ellos pudo ver parte del área que se extendía más allá de la estrecha prisión. Se sentó en el suelo y vigiló la entrada del refugio, que estaba abierta. Unas pocas personas pasaron de largo, pero ninguna entró.

Un rato después, comenzó a sentir la necesidad de orinar. Con las manos atadas, ni siquiera podía sacar el miembro para aliviarse. Si alguien no llegaba enseguida para desatarle, se mojaría a sí mismo. Además, las muñecas comenzaban a dolerle allí donde las cuerdas rozaban la piel. Estaba encolerizándose. ¡Aquello era ridículo! ¡Ya habían llegado demasiado lejos!

—¡Eh, vosotros! —gritó—. ¿Por qué me tenéis así, como un animal en una trampa? No he hecho nada para perjudicaros. Necesito liberar mis manos. Si alguien no me desata pronto, me orinaré encima. —Esperó un rato y volvió a gritar—: ¡Eh, vosotros, que alguien venga a desatarme! ¿Qué clase de gente sois?

Se incorporó y apoyó el cuerpo contra la estructura. Estaba bien armada, pero cedió un poco. Retrocedió y, apuntando con el hombro, se abalanzó sobre la estructura, tratando de echarla abajo. Cedió otro poco, y Jondalar volvió a golpear de nuevo. Con un sentimiento de satisfacción, oyó el crujido de la madera al quebrarse. Retrocedió, dispuesto a ensayar otra vez, y entonces se oyó gente que entraba corriendo en el refugio.

—¡Ya era hora de que viniese alguien! ¡Dejadme salir de aquí! ¡Dejadme salir de una vez! —gritó.

Percibió el movimiento de alguien que abría la entrada de su prisión. Una parte de la pieza de cuero que formaba la entrada se abrió y aparecieron varias mujeres que le apuntaban con sus lanzas. Jondalar no les hizo caso y salió por la abertura.

—¡Desatadme! —dijo, haciéndose a un lado de modo que pudieran ver sus manos atadas a la espalda—. ¡Quitadme estas cuerdas!

El anciano que le había ayudado a beber agua se adelantó un paso.

—¡Zelandoni! Tú… muy… lejos —dijo, sin duda esforzándose por recordar las palabras.

Jondalar no había advertido que, llevado por su cólera, había hablado en su lengua nativa.

—¿Hablas zelandoni? —dijo, sorprendido, al hombre, pero su necesidad perentoria se impuso—. ¡Diles que me quiten estas cuerdas antes de que me moje todo!

El hombre habló a una de las mujeres. Ella contestó, meneando la cabeza, pero el anciano insistió. Finalmente, la mujer desenfundó un cuchillo que llevaba a la cintura, y, mediante una orden, logró que el resto de las mujeres rodearan a Jondalar apuntándole con las lanzas; finalmente, se adelantó y, con un gesto, le ordenó que se volviese. Él le dio la espalda y esperó hasta que la mujer cortó las ataduras. Jondalar no pudo evitar un pensamiento: «No cabe duda de que aquí se necesita un buen tallista del pedernal. Ese cuchillo no tiene filo».

Después de lo que le pareció una eternidad, sintió que las cuerdas caían. Inmediatamente comenzó a abrir sus ropas; demasiado urgido por la necesidad como para sentirse avergonzado, extrajo su miembro y buscó frenéticamente un rincón o un lugar apartado donde ir. Pero las mujeres que le apuntaban con las lanzas no le permitieron moverse. Irritado y desafiante, se volvió intencionadamente hacia ellas y, con un gran suspiro de alivio, comenzó a orinar.

Las observó a todas mientras el chorro largo y amarillo vaciaba lentamente su vejiga, desprendía vapor al entrar en contacto con el suelo frío y proyectaba hacia ellas un fuerte olor. La mujer que estaba al mando parecía desconcertada, aunque

intentaba disimularlo. Dos de las mujeres volvieron la cabeza o desviaron los ojos; otras miraron fascinadas, como si nunca hubiesen visto antes a un hombre orinando. El anciano hacía todo lo posible por reprimir una sonrisa, aunque no podía disimular su complacencia.

Cuando Jondalar concluyó, volvió a arreglar sus ropas y después se plantó frente a sus torturadoras, decidido a impedir que le atasen de nuevo las manos.

Se dirigió al viejo.

—Soy Jondalar de los zelandonii y estoy haciendo un viaje.

—Viajas lejos, zelandonii. Quizá… demasiado lejos.

—He llegado mucho más lejos. El año pasado inverné con los mamutoi. Ahora vuelvo a mi hogar.

—Me pareció antes que decías algo —dijo el anciano, pasando a la lengua que dominaba mucho mejor—. Aquí hay unos pocos que comprenden la lengua de los Cazadores del Mamut, pero los mamutoi generalmente vienen del norte. Tú has llegado del sur.

—Si me oíste llegar antes, ¿por qué no viniste? Sin duda se trata de un malentendido. ¿Por qué me habéis maniatado?

El anciano meneó la cabeza y Jondalar pensó que lo hacía con una expresión triste.

—Zelandonii, lo descubrirás muy pronto.

De pronto, la mujer impuso silencio con una andanada de palabras airadas. El viejo comenzó a alejarse cojeando, apoyado en un bastón.

—¡Espera! ¡No te vayas! ¿Quiénes sois vosotros? ¿Quiénes son estas personas? ¿Y quién es la mujer que os ha dicho que me trajerais aquí? —preguntó Jondalar.

El anciano se detuvo y miró hacia atrás.

—Aquí me llaman Ardemun. Éste es el pueblo de los s’armunai. Y la mujer se llama… Attaroa.

Jondalar no prestó atención al modo especial con que el anciano había pronunciado el nombre de la mujer.

—¿Los s’armunai? ¿Dónde he oído antes ese nombre?… Espera…, ya recuerdo. Laduni, el jefe de los losadunai…

—¿Laduni es jefe? —preguntó Ardemun.

—Sí. Me habló de los s’armunai cuando viajábamos hacia el este, pero mi hermano no deseaba detenerse.

—Es mejor que no lo hicierais, y una lástima que ahora tú estés aquí.

—¿Por qué?

La mujer que estaba al mando de las lanceras interrumpió de nuevo con una brusca orden.

—Antes yo fui un losadunai. Por desgracia, realicé un viaje —dijo Ardemun, mientras salía cojeando del recinto.

Después que el anciano se marchó, la mujer que estaba al mando habló

bruscamente a Jondalar. Éste supuso que la mujer deseaba llevarle hacia otro sitio, pero decidió no darse por enterado.

—No te comprendo —dijo Jondalar—. Tendrás que llamar de nuevo a Ardemun.

Ella le habló de nuevo, más irritada todavía, y después le tocó con su lanza. La punta le hirió la piel y un reguero de sangre corrió por el brazo de Jondalar. La cólera se manifestó en sus ojos. Acercó la mano a la herida y se tocó el corte, y después se miró los dedos ensangrentados.

—Eso no era nece… —comenzó a decir.

Ella le interrumpió con palabras más irritadas. Las otras mujeres le rodearon con sus armas y la que parecía dirigirlas salió del recinto. Las lanzas apremiaron a Jondalar, obligándole a caminar. Afuera, el frío le provocó un estremecimiento. Pasaban frente al recinto rodeado por una empalizada, y aunque Jondalar no pudo ver el interior, adivinó que los que estaban dentro le observaban a través de las rendijas. La situación misma le desconcertaba. A veces se guardaban animales en lugares así, para evitar que huyesen. Era un modo de retenerlos, pero ¿por qué hacían lo mismo con la gente? ¿Y cuántos había allí?

«No es tan grande», pensó, «no puede haber muchos». Imaginó cuánto trabajo habría llevado rodear con una empalizada incluso un área tan reducida. Los árboles escaseaban en la ladera de la montaña. Había un poco de vegetación leñosa en forma de matorrales, pero los árboles destinados a la construcción de la empalizada tenían que provenir del valle inferior. Necesitaban derribar los árboles, despojarlos de las ramas, subirlos por la ladera de la colina, cavar hoyos suficientemente profundos para que se mantuvieran derechos, fabricar cuerdas y sogas, y después unir con ellas los árboles. ¿Por qué esta gente se había molestado en consagrar tanto esfuerzo a algo que tenía tan escaso sentido?

Fue llevado a un arroyuelo, en gran parte helado, donde Attaroa y algunas mujeres vigilaban a algunos jóvenes que transportaban anchos y pesados huesos de mamut. Todos los hombres parecían medio muertos de hambre, y Jondalar se preguntó de dónde sacaban la fuerza necesaria para trabajar con tanta intensidad.

Attaroa le miró una sola vez de arriba abajo, sólo para registrar su presencia, y después no le hizo caso. Jondalar esperó y continuó preguntándose la razón que pudiera dar explicación al comportamiento de esa gente tan extraña. Al cabo de un rato sintió mucho frío y comenzó a moverse un poco, saltando y frotándose los brazos en un esfuerzo por calentar el cuerpo. Cada vez le irritaba más la estupidez de todo aquello y finalmente decidió que no soportaría más tiempo esa situación; se dio la vuelta y comenzó a regresar. En su prisión por lo menos estaría a salvo del viento. Su súbito movimiento sorprendió a las lanceras, y cuando le apuntaron con su falange de lanzas, apartó las armas con un movimiento del brazo y continuó la marcha. Oyó gritos, pero no les hizo caso.

Aún tenía frío cuando entró en la prisión. Mirando alrededor en busca de algo que le permitiera calentarse, se acercó a la estructura redonda, arrancó un pedazo de la

cubierta de cuero y se envolvió con él. En ese momento irrumpieron varias mujeres, blandiendo de nuevo sus armas. La mujer que le había pinchado antes con su lanza era una de ellas, y sin duda estaba furiosa. Se abalanzó sobre Jondalar con la lanza. Se ladeó y aferró el arma, pero todos se detuvieron cuando oyeron una risa dura y siniestra.

—¡Zelandonii! —exclamó burlonamente Attaroa, y después pronunció otras palabras que él no comprendió.

—Quiere que salgas —dijo Ardemun. Jondalar no había advertido que el anciano estaba cerca de la entrada—. Cree que eres inteligente, demasiado inteligente. Supongo que lo que quiere es verte allí donde sus mujeres puedan rodearte.

—¿Y si no quiero salir? —dijo Jondalar.

—Probablemente ordenará que te maten aquí y ahora. —Estas palabras fueron pronunciadas por una mujer que hablaba en perfecto zelandoni, sin siquiera rastros de acento. Jondalar miró sorprendido a la que había hablado. ¡Era la hechicera!—. Si sales, Attaroa probablemente te permitirá vivir un poco más. Le interesas, pero, más tarde o más temprano, de todos modos te matará.

—¿Por qué? ¿Qué significo para ella?

—Una amenaza.

—¿Una amenaza? Jamás la he amenazado.

—Amenazas su control. Querrá hacer de ti un ejemplo para los demás.

Attaroa la interrumpió, y aunque Jondalar no comprendió lo que decía, la furia apenas contenida de sus palabras parecía apuntar a la hechicera. La respuesta de la mujer mayor fue reservada, pero no manifestaba temor. Después del diálogo, habló de nuevo a Jondalar.

—Quería saber qué te he dicho. Se lo he explicado.

—Dile que saldré —respondió Jondalar.

Cuando le transmitieron el mensaje, Attaroa se echó a reír, dijo algo y salió del recinto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jondalar.

—Ha dicho que ya lo sabía. Los hombres son capaces de todo por un segundo más de su vida miserable.

—Quizá no todos —observó Jondalar, y comenzó a caminar; después se volvió hacia la hechicera—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo S’Armuna —dijo.

—Me pareció que podía ser ése tu nombre. ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien mi lengua?

—Viví un tiempo con tu pueblo —dijo S’Armuna, pero después renunció a su evidente deseo de saber más de Jondalar—. Es una larga historia.

Aunque el hombre había esperado que ella le pidiese que, a su vez, revelara su identidad, S’Armuna se limitó a darle la espalda. Jondalar tomó la iniciativa de suministrarle la información.

—Soy Jondalar, de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo.

S'Armuna le miró sorprendida.

—¿La Novena Caverna? —dijo.

—Sí —confirmó él. Habría continuado mencionando sus parentescos, pero la expresión en la cara de la mujer le obligó a callar, aunque no alcanzó a entender lo que significaba. Un poco más tarde, la expresión de S'Armuna ya no decía nada, y Jondalar se preguntó si se lo habría imaginado todo.

—Te espera —dijo S'Armuna saliendo del lugar.

Afuera, Attaroa estaba sentada sobre un banco cubierto de piel, instalado sobre una plataforma de tierra que había sido excavada del piso de un gran refugio semisubterráneo que estaba exactamente detrás. La mujer se encontraba frente al área cercada, y cuando él pasó al lado, Jondalar sintió de nuevo que le espiaban a través de las rendijas.

Cuando se acercó más, tuvo la certeza de que la piel que cubría el asiento provenía de un lobo. La capucha de la pelliza de Attaroa, que colgaba sobre su espalda, estaba revestida con piel de lobo, y alrededor del cuello llevaba un collar formado principalmente por los afilados caninos de lobo, aunque había algunos provenientes del perro ártico y, por lo menos, un diente de oso de las cavernas. La mujer sostenía en la mano un báculo tallado análogo al Báculo Que Habla que Talut solía usar cuando había que discutir cuestiones o resolver diferencias. Ese báculo contribuía a mantener el orden en las conversaciones. Quien lo sostenía ejercía el derecho de hablar, y cuando alguien necesitaba decir algo, primero debía pedir que se le pasara el Báculo Que Habla.

Había otra cosa que le resultaba familiar en el báculo de Attaroa, pero Jondalar no pudo determinar qué era. ¿Quizá la talla? Presentaba la forma estilizada de una mujer sentada, con una serie cada vez más ancha de círculos concéntricos que representaban los pechos y el estómago, y una extraña cabeza triangular, angosta en el mentón, con una cara de diseños enigmáticos. No se asemejaba a la talla de los mamutoi, pero Jondalar experimentó la sensación de que lo había visto antes.

Varias de las mujeres armadas rodearon a Attaroa. Otras mujeres que él no había visto antes, y de las cuales muy pocas tenían hijos, estaban cerca, en pie. Attaroa le observó un momento; después habló, mirándole. Ardemun, que estaba a un costado, comenzó una dificultosa traducción al zelandoni. Jondalar se disponía a sugerir que hablase mamutoi, pero S'Armuna le interrumpió, dijo algo a Attaroa y después miró al hombre.

—Yo traduciré —dijo.

Attaroa hizo un comentario burlón que provocó la risa de las mujeres que estaban a su alrededor, pero S'Armuna no tradujo esas palabras.

—Estaba hablando conmigo —fue todo lo que dijo, con el rostro impasible. La mujer sentada volvió a hablar, esta vez a Jondalar.

—Hablaré ahora como Attaroa —dijo S'Armuna, comenzando a traducir—. ¿Por

qué has venido aquí?

—No he venido aquí voluntariamente. Me trajeron maniatado —indicó Jondalar, mientras S'Armuna traducía casi simultáneamente—. Estoy realizando mi viaje. O, mejor dicho, estaba. No comprendo por qué me habéis maniatado. Nadie se ha molestado en explicármelo.

—¿De dónde has venido? —preguntó Attaroa por intermedio de S'Armuna, sin hacer caso de los comentarios de Jondalar.

—El año pasado inverné con los mamutoi.

—¡Mientes! Has venido del sur.

—Hice un largo rodeo. Deseaba visitar a parientes que viven cerca del Río de la Gran Madre, en el extremo sur de las montañas orientales.

—¡Mientes de nuevo! Los zelandonii viven muy lejos de aquí, hacia el oeste. ¿Cómo puedes tener parientes en el este?

—No es mentira. Viajé con mi hermano. A diferencia de los s'armunai, los sharamudoi nos dieron la bienvenida. Mi hermano se unió con una mujer de ese pueblo. Por él son parientes míos.

Después, cargado de justa indignación, Jondalar continuó. Era la primera oportunidad que se le ofrecía de hablar con alguien que le escuchara.

—¿No sabéis que los que hacen un viaje tienen derecho de paso? La mayoría de la gente acoge bien a los visitantes. Intercambian y comparten historias con ellos. ¡Pero aquí no sucede lo mismo! Aquí me golpearon en la cabeza, y aunque estaba herido, no curaron mi herida. Nadie me dio agua o alimento. Me arrebataron la chaqueta de piel y no me la devolvieron ni siquiera cuando me obligaron a salir.

Cuanto más hablaba, más se enojaba. Había sido muy maltratado.

—Me llevasteis fuera, al frío, y me dejasteis allí. En mi largo viaje no he visto a otro pueblo que jamás me tratara de este modo. Incluso los animales de las llanuras comparten su pasto y su agua. ¿Qué clase de pueblo es éste?

Attaroa le interrumpió.

—¿Por qué intentaste robar nuestra carne? —Ardía de cólera, pero trataba de disimularlo. Aunque sabía que todo lo que él decía era verdad, no le gustaba que le dijesen que era un tanto inferior a otros, y sobre todo delante de su pueblo.

—No estaba tratando de robar la carne —dijo Jondalar, negando enérgicamente la acusación. La traducción de S'Armuna era tan fluida y rápida y la necesidad de comunicación de Jondalar tan intensa, que casi olvidaba a su intérprete. Sentía que estaba hablando directamente con Attaroa.

—¡Mientes! Estabas corriendo hacia el rebaño que nosotros perseguíamos, con una lanza en la mano.

—¡No miento! ¡Sólo intentaba salvar a Ayla! Ella montaba uno de esos caballos y yo no podía permitir que la arrojase al precipicio.

—¿Ayla?

—¿Acaso no la habéis visto? Es la mujer con quien estaba viajando.

Attaroa se echó a reír.

—¿Viajabas con una mujer que cabalga sobre el lomo de los caballos? Si no eres un cuentista viajero, equivocaste tu vocación. —Después se inclinó hacia delante, y apuntándole con el dedo para subrayar sus palabras, dijo—: Todo lo que has dicho es falso. ¡Eres un mentiroso y un ladrón!

—¡No soy un mentiroso ni un ladrón! He dicho la verdad y no he robado nada —afirmó rotundamente Jondalar. Pero en el fondo del corazón no podía realmente criticarla si no le creía. A menos que alguien hubiese visto a Ayla, ¿quién podría creer que los dos habían viajado cabalgando sobre el lomo de los caballos? Comenzó a preocuparse acerca del modo de convencer a Attaroa de que no mentía, de que no había interferido intencionadamente en la cacería. Pero si Jondalar hubiese conocido la gravedad real de su situación, se hubiera sentido bastante más que preocupado.

Attaroa observó atentamente al hombre alto, musculoso y apuesto que estaba de pie frente a ella, envuelto en los cueros que había arrancado de su jaula. Advirtió que la barba rubia era levemente más oscura que los cabellos y que sus ojos, de un matiz azul increíblemente sugerente, eran muy seductores. Se sintió intensamente atraída por él, pero la fuerza misma de su reacción evocó recuerdos dolorosos sepultados mucho tiempo atrás y provocó en ella una reacción profunda pero extrañamente deformada. No aceptaría que un hombre la atrajese, porque sentir algo por uno podía otorgarle control sobre ella, y Attaroa jamás permitiría que nadie, y menos todavía un hombre, llegase a dominarla.

Le había arrebatado la pelliza y le había dejado expuesto al frío por la misma razón por la que le había privado de alimento y agua. La privación facilitaba el control sobre los hombres. Mientras aún tenían fuerzas para resistir, era necesario mantenerlos atados, pero el zelandonii, envuelto en esos cueros que no hubiera debido usar, no estaba dando muestras de temor según podía apreciar Attaroa. Ahí estaba, en pie, tan seguro de sí mismo.

Se mostraba tan desafiante y altivo que hasta se había atrevido a criticarla delante de todos, incluso los hombres del cercado. No se amilanaba, ni rogaba, ni se apresuraba a complacerla como hacían los otros. Pero ella juró que conseguiría todo eso antes de acabar con él. Estaba decidida a someterlo. Mostraría a todos cómo se manejaba a un hombre como aquél, y después… moriría.

«Pero antes de vencer su resistencia», se dijo Attaroa, «jugaré con él un rato. Además, es un hombre fuerte y será difícil controlarlo si decide resistir. Ahora sospecha y, por lo tanto, necesito obligarle a bajar la guardia. Es necesario debilitarle. S’Armuna seguramente podrá indicarme el modo». Attaroa llamó a la hechicera y le habló a solas. Después, miró al hombre y sonrió, pero esa sonrisa era tan maliciosa que provocó un escalofrío en la columna vertebral de Jondalar.

Jondalar no sólo amenazaba el liderazgo de Attaroa, sino también el mundo frágil que la mente enferma de la mujer había creado. Incluso amenazaba el tenue contacto de Attaroa con la realidad, un aspecto que recientemente se había visto sometido a

pruebas muy duras.

—Ven conmigo —dijo S'Armuna cuando se separó de Attaroa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jondalar, mientras caminaba al lado de S'Armuna . Tras ellos marcharon dos mujeres armadas con lanzas.

—Attaroa quiere que trate tu herida.

Llevó a Jondalar a una vivienda que estaba sobre el extremo más lejano del poblado. Análoga a la gran morada semisubterránea cerca de la cual se había sentado Attaroa, pero más pequeña y con el techo más abovedado. Una entrada baja y angosta llevaba a través de un corto corredor a otra abertura baja. Jondalar tuvo que inclinarse y caminar con las rodillas dobladas unos cuantos metros, y después descender tres peldaños. Nadie, excepto un niño, podía entrar fácilmente en aquella morada, pero, una vez dentro, pudo erguirse totalmente, y hasta le sobraba espacio. Las dos mujeres que les habían acompañado se quedaron fuera.

Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra interior, Jondalar vio una plataforma que servía como lecho, contra la pared del fondo. Estaba cubierta con una piel blanca de cierto tipo… Los animales blancos, poco frecuentes, eran sagrados para el pueblo de Jondalar, y, según él había descubierto en sus viajes, también para muchos otros. Las hierbas secas colgaban de los soportes y las vigas del techo, y muchos de los canastos y los cuencos depositados sobre los estantes que corrían a lo largo de las paredes probablemente contenían una provisión aún más amplia. Un mamut o un zelandonii habrían podido entrar y sentirse completamente cómodos, excepto por una cosa. Para la mayoría de la gente, el hogar o la morada de Aquel Que Servía a la Madre era una zona ceremonial, y contiguo a ella, el espacio más amplio era también el lugar donde permanecían los visitantes. Pero aquél no era un ámbito espacioso y acogedor para las actividades y los visitantes. Allí se percibía una atmósfera cerrada y secreta. Jondalar tuvo la certeza de que S'Armuna vivía sola y de que otras personas rara vez entraban en su dominio.

La vio avivar el fuego, agregar estiércol seco y unas pocas astillas de madera, y verter agua en un recipiente ennegrecido, parecido a un saquito, que antes había sido el estómago de un animal y que estaba unido a un soporte de hueso. De un canasto depositado en uno de los estantes extrajo un puñadito de un material seco, y cuando el agua comenzó a rezumar del contenedor, puso éste directamente sobre las llamas. Mientras hubiese líquido en él, aunque estuviese hirviendo, el saquito no podía quemarse.

Aunque Jondalar no sabía qué era, el olor que se desprendió del recipiente le era conocido, y, por extraño que pareciera, le recordó su hogar. En un súbito destello de la memoria, comprendió por qué. Era el olor que a menudo se desprendía del cuerpo de un zelandonii. Usaban el brebaje para lavar heridas y golpes.

—Hablas muy bien la lengua. ¿Viviste mucho tiempo con los zelandonii? —preguntó Jondalar.

S'Armuna se le quedó mirando y pareció pensar su respuesta.

—Varios años —dijo.

—Entonces sabes que los zelandonii acogen bien a sus visitantes. No comprendo a esta gente. ¿Qué puedo haber hecho para merecer este tratamiento? —dijo Jondalar —. Tú compartiste la hospitalidad de los zelandonii…, ¿por qué no les explicas el derecho de paso y la cortesía debida a los visitantes? En realidad, es más que una cortesía, es una obligación.

La única respuesta de S'Armuna fue una mirada sardónica.

Jondalar sabía que no estaba enfocando bien la situación, pero aun así miraba con tanta incredulidad sus experiencias recientes que sentía la necesidad casi infantil de explicar las cosas, como si eso pudiese mejorarlas. Decidió ensayar otro enfoque.

—Puesto que viviste allí tanto tiempo, me agradaría saber si conociste a mi madre, soy el hijo de Marthona… —Habría continuado hablando, pero la expresión en la cara un tanto deforme de la mujer le obligó a callar. Reflejaba tanta emoción que los rasgos se le deformaron todavía más.

—¿Eres el hijo de Marthona, nacido en el hogar de Joconan? —dijo finalmente, más bien como una pregunta.

—No, ése es mi hermano Joharran. Yo nací en el hogar de Dalanar, el hombre con quien ella se unió después. ¿Conociste a Joconan?

—Sí —dijo S'Armuna, bajando los ojos y dirigiendo después su atención hacia el caldero de piel que casi estaba hirviendo.

—¡Entonces sin duda conociste también a mi madre! —Jondalar estaba muy excitado—. Si conociste a Marthona, sabes que no soy mentiroso. Ella jamás habría soportado eso en uno de sus hijos. Sé que parece increíble… Yo mismo no estoy seguro de que lo creería si no lo supiera con certeza…, pero la mujer con quien estaba viajando montaba uno de esos caballos que corrían hacia el precipicio. Era un caballo que ella crió desde potrillo, no un animal que perteneciese realmente a esa manada. Y ahora ni siquiera sé si vive. ¡Debes decir a Attaroa que no miento! Necesito buscarla. ¡Necesito saber si todavía vive!

El apasionado ruego de Jondalar no tuvo respuesta de la mujer. Ni siquiera apartó la mirada del recipiente de agua hirviendo que estaba agitando. Pero, a diferencia de Attaroa, no dudó de la palabra de Jondalar. Una de las cazadoras de Attaroa le había venido con la historia de que había visto a una mujer cabalgando en uno de los caballos y que tenía miedo porque creía que era un espíritu. S'Armuna pensó que quizá había algo de verdad en la historia de Jondalar, pero también se preguntaba si todo eso era real o sobrenatural.

—Conociste a Marthona, ¿verdad? —preguntó Jondalar, acercándose al fuego para atraer la atención de la mujer. Antes ya había conseguido que reaccionara al nombrar a su madre.

Cuando ella le miró, su rostro era una máscara impasible.

—Sí, conocí cierta vez a Marthona. Cuando yo era joven me enviaron para recibir la enseñanza de los zelandonii y de la Novena Caverna. Siéntate aquí —dijo. Después

apartó el recipiente del fuego, dio la espalda a Jondalar y buscó una piel suave. Él se estremeció cuando la mujer le lavó la herida con la solución antiséptica que había preparado, pero estaba seguro de que la medicina era buena. Ella había aprendido mucho del pueblo de Jondalar.

Después de limpiarla, S'Armuna examinó cuidadosamente la herida.

—Has estado aturdido un rato, pero no es grave. Se curará sola. —Desvió los ojos y dijo—: Probablemente te duela la cabeza. Te daré un calmante.

—No, ahora no necesito nada, pero aún tengo sed. Lo único que deseo realmente es un poco de agua. ¿Puedo beber de tu recipiente? —dijo Jondalar, acercándose a la gran vejiga húmeda llena de agua, de donde ella había extraído el líquido para llenar el recipiente puesto al fuego—. Volveré a llenarte la vejiga, si lo deseas. ¿Puedes facilitarme una taza?

Ella vaciló; después retiró del estante una taza.

—¿Dónde puedo llenar el recipiente? —preguntó Jondalar, después de haber bebido—. ¿Hay algún lugar cercano que tú prefieras?

—No te preocupes por el agua —dijo ella.

Jondalar se acercó aún más y la miró; comprendió que no iba a permitirle que caminara libremente, ni siquiera para buscar agua.

—No intentábamos cazar los caballos que ellos perseguían. Incluso si ésa hubiera sido nuestra intención, Attaroa debió saber que habríamos ofrecido algo para compensarla. Aunque con toda esa manada lanzada al abismo, seguramente habría de sobra para todos. Sólo deseo que Ayla no esté con ellos. S'Armuna, necesito ir a buscarla.

—La amas, ¿verdad? —preguntó S'Armuna.

—Sí, la amo —dijo Jondalar. Vio que la expresión de S'Armuna cambiaba otra vez. Había en ello un ingrediente de manifiesta amargura, pero también algo más dulce—. Íbamos de regreso a mi hogar para unirnos, pero también necesito hablar a mi madre de la muerte de mi hermano menor, Thonolan. Partimos juntos, pero él… murió. Mi madre se sentirá muy desgraciada. Es duro perder a un hijo.

S'Armuna asintió, pero no hizo comentarios.

—Ese funeral que han celebrado…, ¿qué sucedió con los jovencitos?

—No eran mucho más jóvenes que tú —dijo S'Armuna—. Tenían edad suficiente para adoptar algunas decisiones equivocadas.

Jondalar pensó que se sentía muy incómoda.

—¿Cómo murieron? —preguntó.

—Comieron algo que les perjudicó.

Jondalar no creyó que estuviera diciendo toda la verdad, pero antes de que pudiera decir una palabra más, la mujer le entregó los pedazos de cuero que le cubrían y se lo devolvió a las dos mujeres que habían estado vigilando en la entrada. Se pusieron una a cada lado de Jondalar, pero esta vez no le llevaron de nuevo a la vivienda. En cambio, le condujeron al sector rodeado por la empalizada; se abrió la

puerta nada más que lo indispensable para permitir que le empujaran hacia el interior.

Capítulo 27

Ayla bebió su infusión en su campamento vespertino y miró, sin ver, el paisaje cubierto de pasto. Cuando se detuvo para permitir que Lobo descansara, vio una gran formación rocosa que se delineaba sobre el fondo del cielo azul, hacia el noroeste, pero a medida que la gran montaña de piedra caliza se hundió en las brumas y las nubes lejanas, todo ello se esfumó de su memoria, a medida que sus pensamientos se concentraban en su interior, preocupada por Jondalar.

Entre su habilidad como rastreadora y el olfato de Lobo, lograron seguir la pista que estaba segura habían dejado las personas que habían apresado a Jondalar. Después de un descenso gradual desde la meseta, viajando hacia el norte, se habían desviado hacia el oeste, hasta llegar al río que ella y Jondalar habían cruzado antes; pero los que habían capturado a Jondalar no acamparon en la orilla opuesta. Se desviaron nuevamente hacia el norte, siguiendo el curso del río y dejando una pista que pudo seguir más fácilmente aún que antes.

Ayla acampó la primera noche junto al río y continuó rastreando al día siguiente. No sabía muy bien a cuántas personas estaba siguiendo, pero a veces veía varios grupos de huellas en las orillas lodosas del río y ahora podía identificar algunas. Pero ninguna coincidía con las huellas grandes de Jondalar, y la joven comenzó a preguntarse si aún estaría con ellos.

Después advirtió que, a veces, depositaban en el suelo un bulto grande, que aplastaba la hierba o dejaba su marca en el polvo o en el suelo húmedo, y recordó que había visto esa señal, así como las huellas y otros indicios, desde el comienzo. No podía tratarse de carne de caballo, se dijo Ayla, porque los caballos habían sido obligados a saltar desde el borde del risco, y aquella carga la habían trasladado desde la altura. Llegó a la conclusión de que debía ser el hombre, a quien transportaban en algún tipo de litera, lo que le proporcionó al mismo tiempo inquietud y alivio.

Si tenían que llevarlo, significaba que no podía caminar por sí mismo, y, por tanto, la sangre que ella había descubierto era la señal de una herida grave; pero ciertamente no se habrían molestado en llevarlo si estuviera muerto. Llegó a la conclusión de que continuaba vivo, pero gravemente herido, y abrigó la esperanza de que estuvieran trasladándole a un lugar donde poder curar sus heridas. Pero, para empezar, ¿por qué alguien le había lastimado?

El grupo al que ella seguía se había desplazado deprisa, pero el rastro era cada vez más tenue y Ayla sabía que estaba rezagándose. Los signos inequívocos que mostraban el camino que habían seguido no siempre eran fáciles de encontrar, lo que reducía la velocidad que ella llevaba, e incluso Lobo tenía dificultades para seguir la pista. Sin el animal, Ayla no sabía muy bien si hubiera podido llegar tan lejos, sobre todo cuando debía atravesar suelos rocosos, donde las sutiles señales del paso del grupo casi no existían. Pero más que eso, lo que Ayla deseaba era no perder de vista a Lobo y arriesgarse a que también el animal desapareciese. De todos modos, sentía

una imperiosa necesidad de darse prisa, y se felicitaba de que Lobo se sintiera mejor cada día que pasaba.

Aquella mañana despertó con un intenso presentimiento y se alegró de ver que Lobo parecía ansioso por iniciar la marcha; pero, hacia la tarde, advirtió que el animal comenzaba a fatigarse. Decidió detenerse y preparar una infusión para permitirle que descansara y dar tiempo a los caballos para que pastaran.

No mucho después de reanudar la marcha llegó a una bifurcación del río. Había cruzado fácilmente un par de arroyuelos que descendían de la meseta, pero no estaba segura de que debiera cruzar el río. Hacía rato que no veía huellas y dudaba entre seguir el brazo oriental o cruzar y seguir el occidental. Permaneció un rato cerca del brazo oriental, yendo y viniendo, tratando de hallar la pista; poco antes del anochecer vio algo anormal que le indicó claramente dónde debía ir.

Incluso a la media luz del atardecer, pudo apreciar que los postes que emergían del agua habían sido puestos allí con una finalidad. Los habían clavado en el lecho del río, cerca de varios troncos asegurados contra la orilla. Gracias al tiempo que había pasado con los sharamudoi, identificó la construcción como una especie de sencillo muelle para cierto tipo de embarcación. Ayla comenzó a instalar su campamento a poca distancia; después cambió de idea. Nada sabía de la gente a la cual estaba siguiendo, excepto que habían herido a Jondalar y se lo llevaban con ellos. No deseaba que esa gente la sorprendiese desprevenida mientras dormía y era vulnerable. De modo que eligió, en cambio, un lugar pasado un recodo del río.

Por la mañana examinó atentamente a Lobo antes de internarse en el río. Aunque ese ramal no era muy grande, llevaba aguas frías y profundas, y el animal tendría que nadar. Sus golpes todavía se mostraban sensibles al tacto, pero habían mejorado mucho, y ansiaba partir enseguida. Parecía que deseaba encontrar a Jondalar tanto como ella.

No era la primera vez que Ayla decidió quitarse los calzones antes de montar en Whinney; no quería que se mojaran. Tampoco quería perder tiempo preocupándose por las prendas de vestir que necesitaban secarse. Con gran sorpresa de Ayla, Lobo no vaciló cuando llegó el momento de entrar en el agua. En lugar de pasearse de un lado a otro de la orilla, se zambulló y nadó tras ella, como si no deseara perderla de vista, al igual que ella no quería que se apartara de su lado.

Cuando llegaron a la orilla opuesta, Ayla se apartó un poco para evitar las salpicaduras de los animales, que se sacudían el exceso de agua, mientras ella se ponía sus polainas. Inspeccionó de nuevo al lobo, para tranquilizarse, si bien él no mostró la más mínima incomodidad cuando se sacudió enérgicamente, y después comenzó a buscar la pista. Siguiendo el curso del río, Lobo descubrió la embarcación que habían utilizado las personas a quienes seguían para hacer la travesía. Estaba oculta entre los matorrales y los árboles que crecían cerca del agua. Pero Ayla necesitó unos minutos para comprender cómo lo habían hecho.

Había supuesto que esa gente habría utilizado un bote similar a las embarcaciones

de los sharamudoi, unas canoas bellamente trabajadas con elegantes proas y popas, o quizá uno parecido al más vulgar pero práctico que ella y Jondalar empleaban. Mas el artefacto que Lobo descubrió era una plataforma de troncos, y Ayla no estaba familiarizada con el sistema de la balsa. Cuando comprendió su finalidad, consideró que era bastante inteligente, aunque hasta cierto punto engorroso. Lobo olfateó con curiosidad la tosca embarcación. Cuando llegó a un determinado lugar, se detuvo y emitió un gruñido grave que brotó de lo más profundo de su garganta.

—¿Qué sucede, Lobo? —preguntó Ayla. Miró más atentamente y encontró una mancha parda sobre uno de los troncos, y en su rostro se reflejó una sensación de pánico. Estaba segura de que era sangre seca, probablemente la sangre de Jondalar. Palmeó la cabeza del lobo—. Lo encontraremos —dijo, para tranquilizarse y tranquilizar al lobo; pero no estaba nada segura de que lo encontraran vivo.

La pista que partía del embarcadero continuaba entre campos de hierbas altas y secas mezcladas con matorrales, lo que hacía mucho más difícil seguirla. El problema consistía en que se la utilizaba tanto que Ayla no podía tener la certeza de que era el camino seguido por el grupo al que perseguían. Lobo marchaba delante, por lo que Ayla se sentía agradecida. No llevaban mucho tiempo por el sendero cuando el animal se detuvo bruscamente, contrajo el hocico y mostró los dientes al mismo tiempo que gruñía.

—¿Lobo? ¿Qué sucede? ¿Viene alguien? —dijo Ayla, al mismo tiempo que apartaba del sendero a Whinney y se dirigía a un matorral espeso e indicaba a Lobo que la siguiera. Desmontó apenas estuvieron protegidos por las ramas altas y desnudas y por la hierba, aferró la cuerda de Corredor para llevarlo detrás de la yegua, pues él cargaba con la albarda, y ella misma se ocultó entre los caballos. Dobló una rodilla y puso un brazo alrededor del cuello de Lobo, para obligarlo a callar; después esperó.

No se había equivocado. No había pasado mucho tiempo cuando dos mujeres jóvenes vinieron por el sendero, y era evidente que se dirigían al río. Ayla ordenó a Lobo que permaneciera quieto; después, empleando las maniobras subrepticias que había aprendido cuando, siendo muy joven, perseguía a los carnívoros, siguió a las mujeres, manteniéndose cerca pero oculta entre las hierbas y escondiéndose después detrás de algunos matorrales para observar.

Las dos mujeres charlaban entre ellas mientras buscaban la balsa, y aunque Ayla no conocía la lengua, percibió cierta semejanza con el mamutoi. No podía comprender lo que decían, pero le pareció entender el significado de algunas palabras.

Las mujeres empujaron casi hasta el agua la plataforma de troncos y después cogieron dos largas pértigas que había al lado. Aseguraron a un árbol un extremo del largo rollo de cuerda y después subieron a la embarcación. Mientras una comenzaba a impulsar la balsa a través del río, la otra manipulaba la cuerda. Cuando estuvieron cerca de la orilla opuesta, donde la corriente no era tan veloz, comenzaron a impulsar

la balsa río arriba, hasta que llegaron al embarcadero. Con las cuerdas sujetas a la balsa, ataron ésta a los postes que sobresalían del agua y pasaron a los troncos asegurados a la orilla. Abandonaron la balsa y comenzaron a avanzar por el camino que Ayla acababa de seguir.

Ayla retornó adonde estaban los animales, pensando en lo que debían hacer. Estaba segura de que aquellas mujeres retornarían pronto, pero «pronto» podía ser ese día, el próximo o el siguiente. Ella deseaba encontrar cuanto antes a Jondalar, pero no quería que, al seguir la pista, ellas la sorprendieran. También se resistía a abordarlas directamente, por lo menos hasta que las conociese mejor. Finalmente, decidió buscar un lugar donde esperarlas, de forma que pudiera ver cuándo se acercaban, pero sin ser vista.

Se felicitó de que su espera no fuera demasiado larga. Hacia la tarde vio volver a las dos mujeres, así como a otras personas; todos llevaban parihuelas con carne troceada y pedazos de caballo. Se movían con sorprendente rapidez a pesar de la carga. Cuando estuvieron más cerca, Ayla advirtió que no había un solo hombre en el grupo de cazadores. ¡Todas eran mujeres! Las observó mientras depositaban la carne en la balsa; después impulsaron la embarcación con las pértigas, utilizando como guía la cuerda. Ocultaron la balsa después de descargarla, pero dejaron la cuerda-guía tendida a través del río, lo que desconcertó a Ayla.

Ayla volvió a quedarse sorprendida al ver la rapidez con que se desplazaban cuando comenzaron a recorrer el sendero. Casi antes de que ella se diera cuenta, habían desaparecido. Esperó un rato antes de seguirlas y se mantuvo a bastante distancia.

Jondalar estaba abrumado ante las condiciones que se daban en el interior de la empalizada. El único refugio era una construcción improvisada y bastante amplia, que ofrecía escasa protección contra la lluvia y la nieve, y la propia empalizada, que taponaba el paso del viento. No había fuego, el agua escaseaba y nadie tenía comida. Las únicas personas que ocupaban el cercado eran varones; todos ellos mostraban los efectos de las malas condiciones. A medida que salían del refugio para detenerse frente a él y mirarle, Jondalar vio que eran individuos delgados y que estaban sucios y mal vestidos. Ninguno tenía ropas adecuadas para defenderse del frío, y probablemente tenían que mantenerse agrupados en el tosco refugio en un intento de darse calor unos a otros.

Jondalar reconoció a uno o dos de entre los que había visto en el funeral, y se preguntó por qué los hombres y los jóvenes vivían en un lugar así. De pronto, varias cosas desconcertantes se aclararon. La actitud de las mujeres con lanzas, los extraños comentarios de Ardemun, el comportamiento de los hombres que caminaban hacia el lugar del funeral, la reticencia de S’Armuna, el cuidado tardío de sus heridas y el tratamiento duro que en general le dispensaban. Quizá todo aquello no fuera sólo el

resultado de un malentendido que se aclararía apenas convenciera a Attaroa de que él no estaba mintiendo.

La conclusión a la que se veía abocado le pareció absurda, pero cuando la percibió claramente, le golpeó con fuerza tal que disipó su incredulidad. Era tan obvio que se preguntó por qué había necesitado tanto tiempo para comprenderlo. ¡Las mujeres mantenían allí a los hombres contra su voluntad!

Pero ¿por qué? Era un grave desperdicio mantener así inactiva a la gente cuando todos podían contribuir al bienestar y al provecho de toda la comunidad. Pensó en el próspero Campamento del León de los mamutoi, donde Talut y Tulie organizaban las necesarias actividades del campamento para beneficio de todos. Todos contribuían, e incluso así disponían de tiempo sobrado para trabajar en sus proyectos individuales.

¡Attaroa! ¿Qué parte de la responsabilidad le correspondía? Sin duda era la jefa o líder del campamento. Si no era totalmente responsable, por lo menos parecía decidida a mantener esta peculiar situación.

Aquellos hombres debían dedicarse a cazar y recolectar alimentos, pensó Jondalar, y a cavar pozos destinados a almacenar productos, a construir nuevos refugios y reparar los anteriores, colaborando y no acurrucándose tratando de conservar el calor. No era extraño que esa gente saliera a cazar caballos cuando la temporada estaba tan avanzada. ¿Disponían por lo menos de alimentos suficientes que les durasen todo el invierno? ¿Y por qué iban a cazar tan lejos cuando se les ofrecían magníficas oportunidades al alcance de la mano?

—Tú eres el individuo al que llaman Zelandoni —dijo uno de los hombres, que habló en mamutoi. Jondalar creyó que le reconocía como uno de los que tenían las manos atadas cuando iban al funeral.

—Sí, soy Jondalar de los zelandonii.

—Yo soy Ebulan de los s’armunai —dijo el otro, y agregó sardónicamente—: En el nombre de Muna, la Madre de Todos, te doy la bienvenida al Refugio, como Attaroa gusta denominar a este lugar. Tenemos otros nombres: el Campamento de los Hombres, el Mundo Helado de la Madre y la Trampa de Attaroa para los Hombres. Elige el que te plazca.

—No entiendo. ¿Por qué vosotros…, todos vosotros, estáis aquí? —preguntó Jondalar.

—Es una historia larga, pero en realidad te diré que todos fuimos engañados de un modo o de otro —dijo Ebulan. Y después, con una mueca irónica, continuó—: Nos engañaron para que construyéramos este lugar. O la mayor parte.

—¿Por qué no trepáis por la pared y escapáis? —preguntó Jondalar.

—¿Y que Attaroa y sus mujeres nos perforen con sus lanzas? —preguntó otro hombre.

—Olamun tiene razón. Además, no sé cuántos podrían hacer ese esfuerzo —agregó Ebulan—. A Attaroa le gusta tenernos débiles… o algo peor.

—¿Peor? —repitió Jondalar, frunciendo el entrecejo.

—Muéstrale, S’Amodun —dijo Ebulan a un hombre alto, de delgadez cadavérica, con los cabellos grises apelmazados y una barba larga que era casi blanca. Tenía la cara arrugada, de rasgos acentuados, con una nariz larga y encorvada, y espesas cejas que se destacaban aún más a causa del rostro espectral, pero eran sus ojos lo que más atraía la atención. Tenían una expresión premiosa, eran tan oscuros como los de Attaroa, pero, en lugar de maldad, sugerían la profundidad de una sabiduría antigua, el misterio y la compasión. Jondalar no sabía muy bien qué había en él, si se trataba de cierta característica del porte o del comportamiento, pero intuyó que era un hombre que imponía respeto, incluso en aquellas lamentables condiciones.

El anciano asintió y señaló el camino hacia el refugio. Cuando se acercaron, Jondalar vio que dentro había aún algunas personas. Cuando se inclinó bajo el techo en pendiente, un hedor intenso agredió su olfato. Un hombre yacía sobre una tabla, que probablemente había sido arrancada del techo, y estaba cubierto con un desgarrado trozo de cuero. El anciano retiró la lámina de cuero y dejó al descubierto una herida infectada en el costado del individuo yacente.

Jondalar se sintió desconcertado.

—¿Por qué está este hombre aquí?

—Las lanceras de Attaroa le han hecho esto —dijo Ebulan.

—¿S’Armuna está al tanto de ello? Podría ayudarle.

—¡S’Armuna! ¡Ah! ¿Por qué crees que estaría dispuesta a hacer algo? —dijo Olamun, que era uno de los que le habían seguido—. ¿Quién crees que ayudó inicialmente a Attaroa?

—Pero a mí me ha limpiado la herida de la cabeza —dijo Jondalar.

—En ese caso, Attaroa tendrá planes respecto a ti —dijo Ebulan.

—¿Planes respecto a mí? ¿Qué quieres decir?

—Le encanta poner a trabajar a los hombres que son jóvenes y fuertes, mientras pueda controlarlos —dijo Olamun.

—¿Y si alguien no quiere colaborar? —preguntó Jondalar—. ¿Cómo puede controlarle?

—Privándole de alimento y agua. Si eso no basta, amenazando a sus parientes —dijo Ebulan—. Si sabes que el hombre de tu hogar o tu hermano será arrojado a la jaula sin alimento ni agua, generalmente haces lo que ella exige.

—¿La jaula?

—El lugar donde te pusieron a ti —indicó Ebulan. Después sonrió astutamente—. ¿Dónde has conseguido esa magnífica capa? —Los otros hombres también sonrieron.

Jondalar miró el cuero deteriorado que había arrancado de la tienda y con el cual se había cubierto el cuerpo.

—¡Eso sí que estuvo bien! —dijo Olamun—. Ardemun nos explicó cómo casi destruiste también la jaula. No creo que ella esperase nada parecido.

—La próxima vez, seguro que construye una jaula más fuerte —intervino otro. Era evidente que no estaba del todo familiarizado con la lengua. Ebulan y Olamun la

hablaban con tal fluidez que Jondalar había olvidado que el mamutoi no era la lengua nativa de ese pueblo. Pero, al parecer, sabían un poco y la mayoría parecía entender lo que se decía.

El hombre que estaba tendido en el suelo gimió y el anciano se inclinó para reconfortarlo. Jondalar vio dos hombres que se movían hacia el fondo del refugio.

—No importará. Si ella no consigue una jaula, amenazará con herir a tus parientes para obligarte a hacer lo que desea. Si estuviste casado antes de que ella asumiera la jefatura, y fuiste tan desafortunado que un varón nació de tu hogar, Attaroa puede obligarte a hacer lo que se le antoje —sentenció Ebulan.

Jondalar no comprendió del todo las consecuencias que se desprendían de estas palabras, y frunció intensamente el entrecejo.

—¿Por qué puede considerarse desafortunado tener un varón nacido en tu hogar?

Ebulan desvió la mirada hacia el anciano.

—¿S'Amodun?

—Preguntaré si desean conocer al zelandonii —dijo el anciano.

Era la primera vez que S'Amodun había hablado y Jondalar se preguntó cómo era posible que una voz tan grave y vibrante pudiese pertenecer a un hombre tan enjuto. El viejo se acercó al fondo del refugio, inclinándose para hablar con las figuras acurrucadas en el espacio en que el techo oblicuo tocaba el suelo. Alcanzaron a oír los acentos profundos y claros de su voz, aunque no entendieron sus palabras, y después la resonancia de voces más jóvenes. Con la ayuda del anciano, una figura más joven se incorporó y, cojeando, avanzó hacia ellos.

—Éste es Ardoban —anunció el anciano.

—Soy Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, y en nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te saludo, Ardoban —dijo Jondalar con mucha formalidad, extendiendo ambas manos hacia el jovencito, porque había intuido que el muchacho necesitaba que le tratasen con miramiento.

El joven trató de enderezarse y coger las manos del visitante, pero Jondalar vio que se estremecía de dolor. Comenzó a extender las manos para sostenerle, pero se contuvo.

—En realidad, prefiero que me llamen Jondalar —dijo con una sonrisa, tratando de que aquel momento embarazoso pasara cuanto antes.

—Me llamo Doban. No Ardoban. Attaroa siempre dice Ardoban. Y quiere que yo la llame S'Attaroa. Pero no se lo diré jamás.

Jondalar pareció desconcertado.

—Es difícil traducirlo. Es una forma de respeto —dijo Ebulan—. Significa que se dispensa a alguien la más elevada consideración.

—Y Doban ya no respeta a Attaroa.

—¡Doban odia a Attaroa! —dijo el jovencito, y su voz llegó casi al borde de las lágrimas cuando trató de volverse y alejarse cojeando. S'Amodun indicó con un gesto a los presentes que se apartaran, mientras él ayudaba al muchacho.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Jondalar, cuando ya estaban fuera y a cierta distancia del refugio.

—Le tiraron de la pierna hasta que la dislocaron por la cadera —dijo Ebulan—. Lo hizo Attaroa, o más bien ordenó a Epadoa que lo hiciera.

—¡Qué! —exclamó Jondalar, con ojos de expresión incrédula—. ¿Estáis diciendo que intencionadamente dislocó la pierna de ese chico? ¿Qué clase de abominación es esa mujer?

—Hizo lo mismo con el otro muchacho y con el hijo más joven de Odevan.

—¿Qué justificación posible puede dar esta mujer para hacer tal cosa?

—Con el más joven quiso dar un ejemplo. La madre del niño no veía con buenos ojos el tratamiento que Attaroa nos daba y quería que le devolviesen a su compañero. Avanoa incluso conseguía entrar aquí en ocasiones y pasaba la noche con él, y nos proporcionaba algunos alimentos. No es la única mujer que a veces procede así, pero estaba soliviantando a las otras y Armodan, su hombre…, se resistía a Attaroa y se negaba a trabajar. Ella descargó su furia sobre el niño. Dijo que a los siete años tenía edad suficiente para separarse de su madre y vivir con los hombres, pero primero le dislocó la pierna.

—¿El otro niño tiene siete años? —preguntó Jondalar, moviendo la cabeza y estremeciéndose horrorizado—. Jamás he oído nada tan terrible.

—Odevan sufre y echa de menos a su madre, pero la historia de Ardoban es peor.

Quien hablaba era S’Amodun. Había salido del refugio y acababa de unirse al grupo.

—Es difícil imaginar nada peor —dijo Jondalar.

—Creo que sufre más por el dolor que le provoca la traición que por el sufrimiento físico —dijo S’Amodun—. Ardoban consideraba a Attaroa como su madre. Su propia madre murió cuando él era muy pequeño y Attaroa le recogió, pero le trataba más como un juguete favorito que como un niño. Le gustaba vestirlo con ropas de niña y adornarle con objetos ridículos, pero le alimentaba bien y a menudo le suministraba bocados especiales. Incluso a veces le mimaba y le llevaba a dormir en su cama cuando estaba de buen humor. Pero cuando se cansó de él, le alejó, le echó de su cama y le obligó a dormir en el suelo. Hace unos pocos años, Attaroa comenzó a pensar que la gente intentaba envenenarla.

—Dicen que eso es precisamente lo que hizo con su compañero —afirmó Olamun.

—Obligaba a Ardoban a probarlo todo antes de que ella lo comiese —continuó el anciano—. Y cuando él creció, a veces le ataba, convencida de que proyectaba escaparse. Pero ella era la única madre que Ardoban conocía. La amaba y trataba de complacerla. Ardoban trataba a los demás varones como ella trataba a los hombres, y comenzó a impartir órdenes a los hombres. Por supuesto, ella le alentaba.

—Era insoportable —agregó Ebulan—. Podría decirse que el campamento entero le pertenecía y logró que la vida de los restantes niños fuese una tortura.

—Pero ¿qué sucedió? —preguntó Jondalar.

—Alcanzó la edad viril —dijo S'Amodun. Y al advertir la mirada de desconcierto de Jondalar, explicó—: La Madre se le apareció en sueños en forma de una joven e infundió vida a su virilidad.

—Por supuesto, eso le sucede a todos los jóvenes —dijo Jondalar.

—Attaroa lo descubrió —explicó S'Amodun—, y fue como si Ardoban intencionadamente se hubiese convertido en hombre sólo para desagradar a Attaroa. ¡Estaba loca de furia! Le gritó, le insultó terriblemente y después le envió al Campamento de los Hombres, pero antes ordenó que le dislocasen la pierna.

—Con Odevan fue más fácil —dijo Ebulan—. Era más joven. Ni siquiera estoy seguro de que al principio la intención fuese descoyuntarlo. Creo que sólo deseaba que su madre y el compañero de la madre sufriesen al escuchar sus gritos, pero cuando sucedió, creo que Attaroa pensó que era un modo eficaz de incapacitar a un hombre, de facilitar su control.

—Tenía como ejemplo a Ardemun —dijo Olamun.

—¿También ella le dislocó la pierna? —preguntó Jondalar.

—En cierto modo —dijo S'Amodun—. Fue un accidente, pero sucedió cuando él intentaba escapar. Attaroa no permitió que S'Armuna le curase, aunque creo que ella deseaba hacerlo.

—Pero fue más difícil incapacitar a un niño de doce años. Se debatió y gritó, pero de nada le sirvió —dijo Ebulan—. Y te diré que después de presenciar su sufrimiento, ya nadie le guardó rencor. Pagó sobradamente su comportamiento infantil.

—¿Es cierto que dijo a las mujeres que todos los niños, incluso el que es esperado, sufrirán la dislocación de la pierna? —dijo Olamun.

—Es lo que dijo Ardemun —confirmó Ebulan.

—¿Cree que puede decir a la Madre lo que debe hacer? ¿Obligarla a producir sólo niñas? —preguntó Jondalar—. Me parece que está tentando a su destino.

—Quizá —dijo Ebulan—. Pero creo que la propia Madre tendrá que detenerla.

—Creo que el zelandonii tiene razón —dijo S'Amodun—. Tal vez la Madre ya ha tratado de avisarla. Mirad qué reducido es el número de niños que han nacido los últimos años. Esta última ofensa, el ataque a los niños, tal vez sea más de lo que Ella está dispuesta a soportar. Es necesario proteger a los niños, no lastimarlos.

—Sé que Ayla jamás lo soportaría. Jamás soportaría nada parecido —dijo Jondalar. Y después inclinó la cabeza—. Pero ni siquiera sé si está viva.

Los hombres se miraron y vacilaron antes de hablar, aunque todos se formularon la misma pregunta. Finalmente, Ebulan recuperó la voz.

—¿Es la mujer que, según has dicho, podía cabalgar sobre el lomo de los caballos? Sin duda, es una mujer con mucho poder si puede controlar así a los caballos.

—Ella no lo diría así —sonrió Jondalar—. Pero creo que tiene más «poder» que el que ella misma reconoce. No puede montar todos los caballos. Sólo monta la yegua

que ella misma crió, aunque también ha montado mi caballo. Pero éste es más difícil de controlar. Ése fue el problema…

—¿Tú también puedes montar a los caballos? —dijo Olamun con incredulidad.

—Puedo montar uno… bien, también el de Ayla, pero…

—¿Quieres decir que la historia que contaste a Attaroa es cierta? —preguntó Ebulan.

—Por supuesto, es verdad. ¿Por qué tendría que inventar una cosa así? —contempló los rostros de expresión escéptica—. Tal vez fuera mejor que comenzara por el principio. Ayla crió una potrilla…

—¿Dónde la consiguió? —preguntó Olamun.

—Estaba cazando y mató a la madre, y entonces vio a la hija.

—Pero ¿por qué tenía que criarla? —preguntó Ebulan.

—Porque estaba sola y Ayla también estaba sola… Ésa es una historia larga. —Jondalar se detuvo—. Pero necesitaba compañía y decidió recoger a la potrilla. Cuando Whinney creció, Ayla la llamó así, tuvo un potrillo, más o menos por la época en que nos conocimos. Me enseñó a montar y me dio el potrillo, y yo lo domestiqué. Lo llamé Corredor. Le puse ese nombre porque le agrada correr muy rápido. Hemos hecho todo el camino desde la Reunión de Verano mamutoi, rodeando el extremo sur de esas montañas, hacia el este, montando esos caballos. En realidad, esto nada tiene que ver con los poderes especiales. Se trata de criarlos desde que nacen, del mismo modo que una madre criaría a un hijo.

—Bien…, si tú lo dices —dijo Ebulan.

—Lo digo así porque es cierto —replicó Jondalar, y después llegó a la conclusión de que era inútil continuar ahondando en el tema. Ellos verían si querían creerlo, y no era probable que lo hicieran. Ayla había desaparecido, y con ella los caballos.

En ese momento se abrió la puerta y todos se volvieron para mirar. Entró primero Epadoa, seguida de algunas de sus mujeres. Ahora que sabía más de ella, Jondalar examinó atentamente a la mujer que había provocado con sus manos un sufrimiento tan intenso en los dos niños. No estaba seguro de cuál de las dos era la peor, si ella o Attaroa, la que había concebido la idea o la que la había ejecutado. Aunque no dudaba de que Attaroa, en todo caso, lo habría hecho sola; era evidente que algo no funcionaba bien en esa mujer. No parecía un auténtico ser humano. Un espíritu oscuro la había tocado, y le había arrebatado una parte fundamental de su ser…, pero ¿qué podía decirse de Epadoa? Se la veía sana y buena, pero ¿cómo podía llegar a ser tan cruel e insensible? ¿También a ella le faltaba algo esencial?

Todos se sorprendieron cuando vieron que Attaroa venía detrás.

—Nunca entra aquí —dijo Olamun—. ¿Qué querrá? —El comportamiento extraño de la mujer le atemorizó.

Detrás llegaron varias mujeres que traían humeantes bandejas de carne cocida, así como canastos de apretado tejido llenos de una espesa sopa de carne de delicioso aroma. «¡Carne de caballo! ¿Los cazadores habían regresado?», se preguntó Jondalar.

Hacía mucho que no comía carne de caballo y la idea de probarla no le atraía por lo general, pero en aquel momento le pareció deliciosa. También trajeron un ancho recipiente lleno de agua y algunas tazas.

Los hombres miraron ávidos el desfile, pero ninguno movió más que los ojos, temerosos de hacer algo que indujese a Attaroa a cambiar de idea. Temían que pudiese ser otra trampa cruel, que hubiese ordenado mostrarles los alimentos para retirarlos luego.

—¡Zelandoni! —dijo Attaroa, y pronunció la palabra como si hubiera sido una orden. Jondalar la miró con atención mientras se acercaba. Parecía casi masculina… No, pensó, no es precisamente eso. Tenía los rasgos enérgicos y acentuados, pero estaban bien definidos y proporcionados. En realidad hasta cierto punto era bella, o podría haberlo sido si no se hubiese mostrado tan dura. Pero se traslucía la crueldad en el dibujo de los labios y en la ausencia de sentimientos que reflejaban sus ojos.

S'Armuna apareció al lado de Attaroa. Jondalar pensó que seguramente había entrado con las restantes mujeres, si bien él no la había visto antes.

—Ahora hablo por Attaroa —dijo S'Armuna en zelandoni.

—Tienes muchas cosas que explicar —dijo Jondalar—. ¿Cómo pudiste permitirlo? Attaroa carece de juicio, pero tú no. Te considero responsable.

Los ojos azules de Jondalar mostraron la expresión helada de la ofensa.

Attaroa habló irritada a la hechicera.

—No quiere que me hables. Estoy aquí para traducir lo que ella diga. Attaroa quiere que la mires cuando hablas —dijo S'Armuna.

Jondalar miró a la jefa y esperó mientras ella hablaba. Entonces S'Armuna inició la traducción.

Ahora habla Attaroa:

—¿Qué te parece tu nuevo… alojamiento?

—¿Acaso espera que me agrade? —dijo Jondalar a S'Armuna, que evitó la mirada del hombre y habló dirigiéndose a Attaroa.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en la cara de la mujer.

—Estoy segura de que has oído muchas cosas acerca de mí, pero no deberías creer todo lo que oyes.

—Creo lo que veo —espetó Jondalar.

—Bien, me estás viendo traer el alimento.

—No veo que nadie lo coma, y sé que están hambrientos.

La sonrisa de Attaroa se ensanchó al oír la traducción.

—Comerán, y tú también debes hacerlo. Necesitas tu fuerza.

Attaroa rió estrepitosamente.

—Seguro que la necesito —dijo Jondalar.

Después que S'Armuna tradujo, Attaroa partió bruscamente, ordenando con un gesto a la mujer que la siguiese.

—Te hago responsable —dijo Jondalar en dirección a la espalda de S'Armuna,

que se retiraba.

Apenas cerró la puerta, una de las guardias dijo:

—Será mejor que os acerquéis y comáis, antes de que cambie de idea.

Los hombres se abalanzaron sobre las fuentes de carne depositadas en el suelo. Cuando S'Amodun pasó frente a Jondalar, se detuvo un instante.

—Ten mucho cuidado, Zelandoni. Está preparándote algo especial.

Los días siguientes pasaron lentamente para Jondalar. Trajeron un poco de agua, pero escaso alimento, y no se permitió salir a nadie, ni siquiera para trabajar, lo cual era muy extraño. Los hombres estaban inquietos, sobre todo porque también se mantuvo en el cercado a Ardemun. Su conocimiento de varias lenguas había convertido a Ardemun primero en traductor y después en portavoz entre Attaroa y los hombres. A causa de su pierna coja y dislocada, la mujer creía que no representaba una amenaza; además, no podía huir. Se le concedía más libertad para desplazarse de un lugar a otro del campamento, y a menudo traía información acerca de la vida fuera del Campamento de los Hombres, y en ocasiones algunos alimentos.

La mayoría de los hombres pasaban el tiempo ocupados en algunos juegos y apostando promesas futuras; utilizaban como amarracos pedacitos de madera, guijarros e incluso algunos fragmentos de huesos que sobraban de la carne que se les había suministrado. El fémur del cuarto de carne de caballo fue dejado aparte, después de haber sido despojado de la carne y quebrado para consumir la médula, porque se deseaba utilizarlo con ese fin.

Jondalar pasó el primer día de encierro observando con mucho detalle y probando la resistencia de la empalizada que les rodeaba. Descubrió varios lugares que, a su juicio, podían ser forzados o sobre los cuales era posible trepar; pero por las rendijas pudo ver la vigilancia estrecha que ejercían Epadoa y sus mujeres; por otra parte, la terrible infección de un hombre herido le disuadía de un plan tan directo. También examinó el refugio, y pensó en las varias cosas que podían hacerse para repararlo y hacerlo menos vulnerable a las inclemencias del tiempo…, pero el caso era que necesitaba herramientas y materiales.

Por acuerdo general, un extremo del espacio cerrado, detrás de una pila de piedras —el único accidente fuera del refugio, en ese desnudo lugar de encierro—, estaba reservado para orinar y defecar. Al segundo día Jondalar advirtió el olor nauseabundo que saturaba todo el ambiente. Era peor cerca del refugio, donde la carne putrefacta de la infección venía a sumar su repulsivo olor, pero por la noche no tenía alternativa. Se unía a los otros buscando calor y compartía su improvisada capa con quienes tenían todavía menos para cubrirse.

Durante los días siguientes, su sensibilidad para el olor se amortiguó, y apenas advirtió su propia hambre, pero, en todo caso, sintió más frío y a veces se notaba aturdido y mareado. También hubiera deseado contar con un poco de corteza de sauce

para calmar la jaqueca.

Las circunstancias comenzaron a cambiar cuando al fin murió el hombre de la herida. Ardemun se acercó a la puerta y pidió hablar con Attaroa o Epadoa, porque era necesario retirar y enterrar el cuerpo. Con ese fin se permitió la salida de varios, y más tarde se comunicó que todos cuantos lo desearan podían asistir a los ritos fúnebres. Jondalar se sintió casi avergonzado por la excitación que sintió ante la idea de salir del cercado, puesto que la razón de su libertad provisional era una muerte.

Afuera, las largas sombras del atardecer se proyectaban sobre el terreno, destacando los accidentes del valle lejano y el río que corría abajo, y Jondalar experimentó una sensación de dolor en el brazo. Miró irritado a Epadoa y tres de sus mujeres, que le rodearon con lanzas, y necesitó apelar a toda su fuerza de voluntad para resistir la tentación de apartarlas de su camino.

—Quiere que pongas las manos detrás, para atarte —dijo Ardemun—. No podrás salir si no te atan las manos.

Jondalar frunció el entrecejo, pero se sometió. Mientras seguía a Ardemun, pensaba en su propia situación. Ni siquiera sabía muy bien dónde estaba o cuánto tiempo llevaba allí, pero la idea de continuar más tiempo encerrado en ese cercado, sin ver otra cosa que la empalizada, era más de lo que podía soportar. De un modo o de otro, saldría, y pronto. Si no lo hacía, podría prever que llegaría el momento en que no estaría en condiciones de hacer nada. Unos pocos días sin alimento no eran un problema grave, pero si aquello continuaba mucho tiempo podía llegar a serlo. Además, si existía alguna posibilidad de que Ayla aún estuviese viva, quizá herida, pero viva, tenía que encontrarla, y deprisa. Aún no sabía cómo lo conseguiría, sólo sabía que no estaba dispuesto a permanecer allí mucho tiempo más.

Recorrieron cierta distancia, cruzaron un arroyo y, al hacerlo, se mojaron los pies. La superficial ceremonia fúnebre terminó muy pronto; Jondalar se preguntaba por qué Attaroa se molestaba con una inhumación formal, cuando ese hombre, en vida, no le había preocupado en absoluto. Si le hubiese prestado atención, quizá no habría muerto. Jondalar no había conocido a aquel hombre, ni siquiera sabía cuál era su nombre; sólo le había visto sufrir…, soportar un sufrimiento innecesario. Ahora se había ido y caminaba en el otro mundo, pero estaba libre de Attaroa. Quizá eso fuera mejor que pasar años contemplando la cara interior de la empalizada.

Aunque la ceremonia fue breve, Jondalar tenía los pies fríos, pues se le había mojado el calzado. En el camino de regreso, prestó más atención al pequeño curso de agua, tratando de encontrar una piedra sobre la cual pisar o un modo de cruzar el río sin mojarse. Pero cuando volvió los ojos hacia el suelo, se despreocupó del asunto. Casi como si se tratara de algo intencionado, vio dos piedras, una junto a la otra, a la orilla del arroyo. Una era un pequeño pero apropiado nódulo de pedernal; la otra era una piedra redondeada, que parecía como si la hubiesen trabajado para adaptarla a su propia mano —la forma perfecta de un martillo de piedra—.

—Ardemun —dijo al hombre que venía detrás, hablándole en zelandoni—. ¿Ves

esas dos piedras? —Las señaló con el pie—. ¿Puedes recogerlas para mí? Es muy importante.

—¿El pedernal?

—Sí, sé tallar el pedernal.

De pronto, pareció que Ardemun tropezaba y cayó pesadamente. El tullido tuvo dificultades para incorporarse; se acercó una mujer armada con lanza. Habló bruscamente a uno de los hombres, que alargó la mano para ayudar a Ardemun a incorporarse. Epadoa volvió para comprobar qué era lo que retrasaba a los hombres. Ardemun se puso en pie un instante antes de que ella llegase y se quedó inmóvil, disculpándose, arrepentido, mientras ella le insultaba.

Cuando volvieron, Ardemun y Jondalar se dirigieron al fondo del cercado, donde estaban las piedras, para orinar. Cuando regresaron al refugio, Ardemun dijo a los hombres que las cazadoras habían regresado con más carne, proveniente de la matanza de caballos; pero se comentaba que había sucedido algo mientras retornaba el segundo grupo. No sabía qué era, aunque había provocado cierta conmoción en las mujeres. Todas estaban hablando, pero él no había logrado sacar nada en claro.

Aquella noche, de nuevo trajeron alimento y agua a los hombres, pero ni siquiera las servidoras pudieron permanecer y trocear la carne. Había sido cortada previamente en pedazos que dejaron a disposición de los hombres sobre unos troncos, sin hablar una palabra. Ellos comentaron el asunto mientras comían.

—Está sucediendo algo extraño —dijo Ebulan, pasando al mamutoi con el fin de que Jondalar pudiese entender—. Creo que ordenaron a las mujeres que no hablasen con nosotros.

—Eso no tiene sentido —indicó Olamun—. Si supiéramos algo, ¿de qué nos serviría?

—Es cierto, Olamun, no tiene sentido, pero coincido con Ebulan. Creo que ordenaron a las mujeres que no hablasen —confirmó S'Amodun.

—Entonces, quizá ésta sea la ocasión —dijo Jondalar—. Si las mujeres de Epadoa están muy atareadas conversando, tal vez no adviertan nada.

—¿No adviertan qué? —preguntó Olamun.

—Ardemun consiguió recoger un pedazo de pedernal…

—De modo que eso es todo —dijo Ebulan—. Yo no vi nada que le provocase el tropiezo y la caída.

—Pero ¿de qué sirve un pedazo de pedernal? —dijo Olamun—. Es necesario tener herramientas para aprovecharlo. Yo solía observar al tallador de pedernal antes de que muriese.

—Sí, pero también recogió una piedra que podemos usar como martillo, y por aquí hay huesos. Es suficiente para fabricar unas cuantas láminas y convertirlas en cuchillos y puntas y algunas otras herramientas… si es buen pedernal.

—¿Sabes tallar el pedernal? —preguntó Olamun.

—Sí, pero necesitaré ayuda. Un poco de ruido que apague el ruido de las piedras

chocando una contra otra —dijo Jondalar.

—Pero incluso si es capaz de fabricar algunos cuchillos, ¿de qué nos servirán? Las mujeres tienen lanzas —replicó Olamun.

—En primer lugar, sirven para cortar las cuerdas de un hombre que tiene las manos atadas —dijo Ebulan—. Estoy seguro de que podemos inventarnos una partida o un juego que disimule el ruido. Aunque el día casi ha terminado.

—Será suficiente. No necesitaré mucho tiempo para fabricar las herramientas y las puntas. Y mañana iré a trabajar en el refugio, donde no me verán. Necesitaré ese fémur y los troncos, y hasta un pedazo de tabla del refugio. Sería útil disponer de algunos tendones, pero las tiras finas de cuero bastarán. Y otra cosa, Ardemun, si descubres plumas mientras estás fuera del cercado, también nos vendrán bien.

Ardemun asintió, y dijo:

—¿Harás algo que vuele? ¿Como una lanza arrojadiza?

—Sí, algo que vuele. Tendré que rebajar y darle forma con cuidado, y me llevará un tiempo. Pero creo que podré fabricar un arma que te sorprenderá —dijo Jondalar.

Capítulo 28

A la mañana siguiente, antes de continuar su trabajo en las herramientas de pedernal, Jondalar habló con S'Amodun acerca de los dos jovencitos heridos. Había pensado en el asunto la noche anterior y, al recordar cómo Darvo había comenzado a aprender la talla del pedernal cuando era apenas un adolescente, llegó a la conclusión de que, si podía enseñarles un oficio, por ejemplo, la talla del pedernal, podrían llegar a ser útiles e independientes, aunque fuesen inválidos.

—Mientras Attaroa sea la jefa, ¿crees realmente que alguna vez se les ofrecerá esa oportunidad? —preguntó S'Amodun.

—Attaroa concede más libertad a Ardemun; quizá crea que los dos jóvenes tampoco constituyan una amenaza y les permita salir más a menudo del cercado. Incluso Attaroa puede ser convencida de que es lógico y conveniente tener cerca un par de fabricantes de herramientas. Las armas de sus cazadores son mediocres —dijo Jondalar—. ¿Y quién sabe? Tal vez no sea la jefa por mucho más tiempo.

S'Amodun miró reflexivamente al forastero rubio.

—Tal vez tú sepas algo que yo desconozco —dijo—. De todos modos, les diré que vengan y observen tu trabajo.

Jondalar había trabajado al aire libre la noche anterior con el fin de que las cortantes lascas que se desprendían en el proceso de la talla del pedernal no se concentraran exclusivamente alrededor del refugio. Había elegido un lugar que quedaba un poco por detrás de la pila de piedras, cerca de donde hacían sus necesidades. A causa del hedor, era el extremo de la prisión que las guardias procuraban evitar y el menos vigilado.

Los fragmentos en forma de tablilla que había desprendido rápidamente del núcleo de pedernal eran cuatro veces más largos que anchos, con los extremos redondeados, y constituían instrumentos con los cuales podrían fabricarse otras herramientas. Los bordes eran muy cortantes al desprenderse del núcleo de pedernal, tanto que podían cortar el cuero crudo cual si fuese grasa congelada. En realidad, las hojas eran tan cortantes que muchas veces había que matar un poco los bordes para poder usarlas sin que uno se cortara al manejarlas.

A la mañana siguiente, Jondalar empezó por elegir dentro del refugio un lugar bajo una grieta del techo, porque necesitaba luz suficiente para trabajar. Después cortó un trozo de cuero de su improvisada capa y lo extendió en el suelo para recoger en él los inevitables fragmentos afilados que se desprendían del pedernal. Con los dos muchachos cojos y otros hombres sentados a su alrededor, pasó a demostrar cómo una piedra dura ovalada y unos pocos fragmentos de hueso podían emplearse para obtener herramientas de pedernal, las cuales, a su vez, podían emplearse para dar forma y obtener cosas del cuero, la madera y el hueso. Con el fin de evitar cuidadosamente que su actividad atrajese la atención, de tanto en tanto se incorporaban para fingir una normalidad rutinaria; después volvían y se agrupaban

para calentarse, lo cual también servía para impedir que las guardias los viesen, y todos observaban con verdadera fascinación.

Jondalar recogió una lámina y la examinó con ojo crítico. Deseaba fabricar varias herramientas distintas, y estaba tratando de decidir cuál de ellas se ajustaba mejor a una finalidad concreta. Un borde largo y cortante era casi recto, el otro se desviaba un poco. Comenzó alisando el borde desigual, y para lograrlo, pasó sobre él varias veces la piedra utilizada como martillo. Dejó como estaba el otro borde. Después, con el extremo largo y ahusado de un fémur roto, comenzó a desprender escamas del extremo redondeado, desprendiendo cuidadosamente pequeñas lascas, hasta que lo convirtió en una punta. Si hubiera tenido tendones, o cola, o brea, u otros materiales que sirvieran como adhesivo, habría podido incorporar un mango; pero, cuando terminó, contaba con un cuchillo bastante eficaz.

Mientras el objeto pasaba de mano en mano y era probado en el vello de un brazo o en pedazos de cuero, Jondalar cogió otra lámina de pedernal. Los dos bordes se curvaban, formando un puente estrecho cerca del punto medio. Aplicando cuidadosamente presión con el extremo abultado y redondeado del fémur, rebajó sólo el borde más cortante de ambas prolongaciones, de manera que las alisó ligeramente; pero, lo que era más importante, las rectificó, de manera que esa lámina podía usarse como raspador para dar forma y alisar un pedazo de madera o hueso. Mostró cómo podía utilizarse el objeto y después se lo pasó a los que estaban a su alrededor.

Cogió otra lámina y alisó los dos bordes, con el fin de que el instrumento se pudiese manipular fácilmente. Después, con dos golpes asestados cuidadosamente en un extremo, desprendió un par de lascas, consiguiendo una punta aguda, semejante a un cincel. Para demostrar su utilidad, hizo una muesca en un pedazo de hueso; después insistió muchas veces en el mismo lugar, profundizando cada vez más la ranura y formando un montoncito de virutas. Explicó de qué modo un eje, o una punta, o un mango, podía formarse dándole más o menos la forma deseada, para completar el trabajo raspando o puliendo.

La demostración de Jondalar fue casi una revelación. Ninguno de los jovencitos o de los hombres más jóvenes había visto nunca el trabajo de un experto tallador de pedernal dedicado a la fabricación de herramientas, y pocos de los hombres mayores habían visto jamás a uno que fuese tan hábil. En los pocos momentos de penumbra de la noche anterior, Jondalar había logrado fabricar casi una treintena de láminas utilizables, extraídas del único nódulo de pedernal, hasta que llegó el momento en que el núcleo se quedó demasiado pequeño para continuar la tarea. Al día siguiente, la mayoría de los hombres del cercado había utilizado uno o más de los objetos que Jondalar había fabricado.

Después trató de explicarles el arma de caza que deseaba mostrarles. Algunos de los hombres entendieron inmediatamente, aunque no dejaron de cuestionar la precisión y la velocidad que Jondalar atribuía a una lanza arrojada con el lanzador. Al parecer, otros no alcanzaban a entender el alcance de todo aquello, pero eso poco

importaba.

El hecho mismo de manejar instrumentos eficaces y útiles, y de hacer algo positivo con ellos, determinó que los hombres sintieran que su vida cobraba cierto sentido. Y hacer algo que permitía oponerse a Attaroa y a las condiciones que ella había impuesto alivió la desesperación del Campamento de los Hombres y alimentó la esperanza de que quizá algún día fuese posible recuperar el control de su propio destino.

Epadoa y sus guardias percibieron un cambio de actitud durante los días siguientes y presintieron que algo estaba sucediendo. Al parecer, los hombres caminaban con paso más ágil y sonreían demasiado, pero por mucho que miraban, no alcanzaban a ver nada diferente. Los hombres se habían mostrado sumamente cuidadosos para ocultar no sólo los cuchillos, los raspadores, los cinceles fabricados por Jondalar, así como los objetos que estaban elaborando, sino también los materiales de desecho de su trabajo. La más mínima lasca o resto de pedernal, las minúsculas virutas de madera o hueso fueron enterradas dentro del refugio y cubiertas con una tabla del techo o un pedazo de cuero.

Pero el principal cambio se manifestó en los dos jovencitos inválidos. Jondalar no sólo les enseñó cómo se hacían las herramientas, sino que les fabricó instrumentos especiales, y después les enseñó a usarlos. Dejaron de ocultarse en las sombras del refugio y comenzaron a relacionarse con los otros varones más maduros encerrados también en el cercado. Ambos comenzaron a idolatrar al alto zelandonii; ésa fue la actitud sobre todo de Doban, que tenía edad suficiente para comprender más, aunque se resistía a demostrarlo.

Hasta donde su memoria alcanzaba, en el curso de su vida con la perturbada e irracional Attaroa, Ardoban siempre se había sentido impotente, completamente a merced de circunstancias que él no controlaba. En un minúsculo rincón de su ser, siempre había esperado que le sucediese algo terrible, y después del trauma doloroso y terrorífico de su experiencia, estaba convencido de que su vida sólo podía ir a peor. A menudo deseaba la muerte, pero el hecho mismo de ver a una persona que recogía dos piedras cerca de un arroyo y con ellas, poniendo a contribución la habilidad de sus manos y el saber de su mente, le abría la esperanza de cambiar su mundo, suscitaba en el jovencito una profunda impresión. Doban temía preguntar —aún no podía confiar en nadie—, pero, sobre todo, deseaba aprender a fabricar herramientas con la piedra.

Jondalar percibió su interés y hubiera deseado disponer de más pedernal para comenzar a enseñarle, o por lo menos para iniciarle. Se preguntó si aquellas gentes concurrían a las Reuniones o Encuentros de Verano, donde podían intercambiar ideas, información y objetos. Seguramente había en la región talladores de pedernal que podrían enseñar a Doban. Necesitaba aprender un oficio como ése, para lo cual su condición de tullido poco importaba.

Una vez que Jondalar fabricó con madera un modelo de lanzavenablos, para

mostrarles cómo era y cómo se fabricaba, varios hombres comenzaron a hacer copias del extraño instrumento. También elaboró puntas de lanza de pedernal con algunas de las esquirlas, y del cuero más fuerte que tenían cortó delgadas tiras para asegurar las puntas. Además Ardemun descubrió el nido que un águila dorada había abandonado en el suelo y trajo algunas plumas que podían servir. Pero, por el momento, carecían de astas para completar las lanzas.

En un intento de fabricar un mango con los escasos materiales disponibles, Jondalar cortó de una tabla un astil largo y delgado, utilizando el aguzado cincel. Lo aprovechó para mostrar a los hombres más jóvenes cómo se aseguraba la punta y se agregaban las plumas; también mostró el modo de sostener el lanzavenablos y la técnica básica de su empleo, aunque no llegó a arrojar la lanza. Pero elaborar un asta de lanza a partir de una tabla era una tarea larga y tediosa; y, además, la madera disponible estaba seca y era quebradiza, carecía de flexibilidad y se rompía fácilmente.

Necesitaba arbolillos jóvenes y rectos, ramas más o menos largas que pudieran enderezarse; pero, para enderezarlas, necesitaba el calor de un fuego. Su encierro del cercado le hacía sentirse profundamente frustrado. Si, por lo menos, pudiera salir y buscar algo que le permitiese fabricar los mangos. Tenía que convencer a Attaroa de que le permitiera salir de allí. Cuando comunicó a Ebulan, mientras se preparaban para dormir, lo que pensaba, el hombre le miró de un modo extraño; comenzó a decir algo, después meneó la cabeza, cerró los ojos y le dio la espalda. Jondalar consideró que era una reacción extraña, pero pronto olvidó el asunto y se durmió pensando en el problema.

Attaroa también había estado pensando en Jondalar. Estaba pensando en la forma de entretenimiento que podría proporcionarle durante el prolongado invierno; quería controlarle, tenerle a su servicio, demostrar a todos que ella era más poderosa que el hombre alto y apuesto. Después, cuando hubiese acabado con él, le tenía reservados otros planes. Había estado preguntándose si Jondalar podría salir del cercado y si lograría obligarle a trabajar. Epadoa le había dicho que creía que algo estaba sucediendo en el cercado y que en ello estaba implicado el forastero; pero aún no había descubierto de qué se trataba. Quizá había llegado el momento de separarle durante algún tiempo de los restantes hombres; Attaroa pensó que tal vez debía devolverle a la jaula. Era un método eficaz para acentuar la inseguridad de todos los hombres.

Por la mañana, Attaroa dijo a sus mujeres que necesitaba un equipo de trabajadores, entre los que debían incluir al zelandonii. Jondalar se alegró de salir del cercado, pues de ese modo podría ver algo más que el suelo desnudo y los hombres desesperados. Era la primera vez que le permitían salir del cercado para trabajar; no tenía idea de lo que Attaroa le reservaba, pero abrigaba la esperanza de que se le

presentaría la oportunidad de encontrar árboles jóvenes de tronco recto. Hallar un modo de introducirlos en el cercado era otro problema distinto.

Más avanzado el día, Attaroa salió de su vivienda, acompañada por dos de sus mujeres y de S'Armuna, vistiendo —exhibiendo— la chaqueta de piel de Jondalar. Los hombres habían estado transportando huesos de mamut traídos antes de otro lugar; los apilaban donde Attaroa ordenaba. Habían trabajado toda la mañana y hasta bien entrada la tarde, comiendo poco y sin beber. Aunque Jondalar estuvo fuera del cercado, no había podido buscar el material para los futuros mangos de las lanzas, y mucho menos pensar en el modo de cortar la madera y traerla a su prisión. Estaba vigilado de cerca y no se le concedía tiempo para descansar. Se sentía no sólo frustrado, sino también fatigado, hambriento, sediento y colérico.

Jondalar apoyó en el suelo un extremo del fémur que él y Olamun estaban transportando; se irguió y miró a las mujeres que se aproximaban. Mientras Attaroa se acercaba, advirtió que era muy alta, más alta que muchos hombres. Habría podido ser muy atractiva. Se preguntó cuál sería la causa de que odiase tanto a los hombres. Cuando ella le habló, dejó bien claro su tono sarcástico, aunque él no comprendió lo que la mujer decía.

—Bien, zelandonii, ¿te propones contarnos otro cuento como el último? Me agradaría que me entretuvieras.

S'Armuna tradujo, sin omitir la entonación sarcástica.

—No te he contado un cuento. Te he dicho la verdad —afirmó Jondalar.

—¿Que viajabas con una mujer que monta en los caballos? ¿Y dónde está esa mujer? ¿Si tiene el poder que tú le atribuyes, por qué no ha venido a reclamarte? —preguntó Attaroa, de pie, las manos en jarras, como si deseara obligarle a someterse.

—No sé dónde está. Ojalá lo supiera. Temo que haya saltado al abismo con los caballos que vosotros cazabais —dijo Jondalar.

—¡Mientes, zelandonii! Mis cazadoras no vieron ninguna mujer sobre el lomo de un caballo y entre los caballos no encontraron el cuerpo de una mujer. Creo que ya has oído decir que la pena por robar a los s'armunai es la muerte, y ahora intentas eludir la responsabilidad mintiendo —dijo Attaroa.

¿No habían encontrado un cuerpo humano? A pesar de sí mismo, Jondalar se alegró cuando S'Armuna tradujo y sintió que se avivaba en él la esperanza de que Ayla aún estuviese viva.

—¿Por qué sonríes cuando acabo de decirte que la muerte es el castigo aplicado a los que roban? ¿Dudas de que lo vaya a hacer? —preguntó Attaroa, señalando a Jondalar y señalándose luego a sí misma para subrayar sus propias palabras.

—¿La muerte? —dijo Jondalar, y palideció. ¿Era posible que matasen a alguien por buscar comida? Se había sentido tan feliz al pensar que Ayla quizá viviera aún, que no había entendido realmente lo que Attaroa decía. Cuando comprendió, se reavivó su cólera—. Los caballos no fueron dados en exclusiva a los s'armunai. Están ahí para que los disfruten todos los Hijos de la Tierra. ¿Cómo puedes afirmar que

cazarlos es robar? Incluso si yo hubiese estado cazando los caballos, lo estaría haciendo para comer.

—¡Ah! Mira, te he cogido en tus propias mentiras. Reconoces que estuviste cazando los caballos.

—¡No he reconocido nada! Dije: «Incluso si hubiese estado cazando los caballos». No dije que estuviera haciéndolo —miró a la traductora—. S'Armuna, dile que Jondalar de los zelandonii, hijo de Marthona, exjefa de la Novena Caverna, no miente.

—¿Y ahora dices que eres hijo de una mujer que fue jefa? Este zelandonii es un consumado mentiroso y solapa una mentira acerca de una mujer que hace milagros con otra acerca de una mujer jefa.

—He conocido a muchas mujeres que fueron jefas. Attaroa, no eres la única mujer que es jefa. Muchas mujeres mamutoi son jefas —dijo Jondalar.

—¡Colíderes! Comparten la dirección con un hombre.

—Mi madre fue jefa durante diez años. Llegó a ocupar el cargo cuando su compañero murió y no lo compartió con nadie. La respetaban tanto los hombres como las mujeres y traspasó la dirección a mi hermano Joharran. Pero el pueblo no deseaba que diera ese paso.

—¿Respetada por hombres y mujeres? ¡Escuchadlo! ¿Crees que no conozco a los hombres, zelandonii? ¿Crees que nunca he estado casada? ¿Soy tan fea que un hombre no puede quererme?

Attaroa casi estaba gritándole, y S'Armuna traducía más o menos simultáneamente, como si ya conociera las palabras que la jefa se proponía decir. Jondalar casi podía olvidar que la hechicera hablaba en nombre de su jefa; era como si estuviese oyendo y entendiendo a la propia Attaroa, pero el tono neutro de la hechicera confería a las palabras un extraño distanciamiento respecto de la mujer que se comportaba con tanta animosidad. Una expresión agria y extraviada se reflejó en sus ojos mientras continuaba gritando a Jondalar.

—Mi compañero fue el jefe aquí. Fue un jefe fuerte y un hombre fuerte.

Attaroa se interrumpió.

—Mucha gente es fuerte. La fuerza no hace a un jefe —dijo Jondalar.

En realidad, Attaroa no le oyó. No estaba escuchando. Había hecho una pausa sólo para atender a sus propios pensamientos, para ordenar sus íntimos recuerdos.

—Brugar era un jefe tan fuerte que tenía que golpearme todos los días para demostrarlo —esbozó una sonrisa burlona—. ¿No fue una lástima que las setas que ingirió fuesen venenosas? —Su sonrisa era maligna—. Derroté al hijo de su hermana en lucha justa para quitarle el cargo de jefe. Pero era un débil. Y murió —miró a Jondalar—. Pero tú no eres débil, zelandonii. ¿Deseas que te ofrezca la oportunidad de luchar conmigo por tu vida?

—No deseo pelear contigo, Attaroa. Pero si es necesario, me defenderé.

—No, no combatirás conmigo, porque sabes que yo triunfaré. Soy mujer. Tengo

de mi lado el poder de Muna. La Madre ha honrado a las mujeres; son las que traen vida. Y tienen que ser las jefas.

—No —replicó Jondalar. Algunas de las personas que estaban observando retrocedieron al ver que el hombre desafiaba tan francamente a Attaroa—. El liderazgo no pertenece siempre a quien tiene la bendición de la Madre, del mismo modo que no pertenece a los que tienen fuerza física. Por ejemplo, el jefe de los recolectores de bayas es el que sabe dónde crecen las bayas, cuándo estarán maduras y el mejor modo de recogerlas. —Parecía casi que Jondalar estaba arengándose a sí mismo—. Un jefe tiene que ser un individuo fiable, responsable; los jefes tienen que saber lo que hacen.

Attaroa frunció el entrecejo. Las palabras de Jondalar no producían en ella ningún efecto; aquella mujer escuchaba su propio pensamiento, pero no le agradaba el tono crítico de la voz de Jondalar; aquel hombre hablaba como si tuviese el derecho de expresarse con entera libertad o presumiera de que podía enseñar algo a Attaroa.

—No importa cuál sea la tarea —continuó diciendo Jondalar—. El jefe de la cacería es el que sabe dónde estarán los animales y cuándo estarán allí; es él quien puede seguirles el rastro. Es el más hábil en la caza. Marthona siempre dijo que los jefes de las personas deben cuidar de la gente a la que conducen. Si no lo hacen, no seguirán mucho tiempo siendo los jefes. —Jondalar estaba sermoneando, exteriorizando su cólera, indiferente al rostro encendido de Attaroa—. ¿Por qué ha de importar que sean hombres o mujeres?

—No permitiré que los hombres vuelvan a ser jefes —interrumpió Attaroa—. Aquí los hombres saben que las mujeres dirigen y se educa a los pequeños de manera que lo comprendan. Las mujeres son aquí las que cazan. No necesitamos que los hombres sigan el rastro o dirijan. ¿Crees que las mujeres no saben cazar?

—Por supuesto, las mujeres saben cazar. Mi madre fue cazadora antes de ser jefa, y la mujer con quien he viajado era una de las mejores cazadoras que he conocido. Le gustaba cazar y era muy eficaz rastreando. Yo puedo arrojar más lejos la lanza, pero ella tenía mejor puntería. Podía abatir un pájaro del cielo o matar a un conejo en fuga con una sola piedra de su honda.

—¡Más historias! —rezongó Attaroa—. Es muy fácil afirmar cosas de una mujer que no existe. Mis mujeres no cazaban; no se les permitía hacerlo. Cuando Brugar era el líder, no se permitía a las mujeres ni siquiera tocar un arma, y las cosas no fueron fáciles para nosotras cuando me convertí en jefa. Nadie sabía cazar, pero yo les enseñé. ¿Has visto esos blancos que usamos para practicar?

Attaroa señaló una serie de robustos postes hundidos en el suelo. Jondalar ya los había visto antes, aunque ignoraba su uso. Ahora vio un trozo del cuerpo de un caballo que colgaba de un grueso sostén de madera, cerca del extremo superior de un poste. Unas cuantas lanzas estaban clavadas en la carne muerta.

—Todas las mujeres deben practicar diariamente, y no se trata sólo de arrojar la lanza con fuerza suficiente para matar, también tienen que practicar el modo de

lanzarla. Las mejores son mis cazadoras. Pero incluso antes de que aprendiéramos a fabricar y usar lanzas, sabíamos cazar. Hay un promontorio al norte de aquí, cerca del lugar donde yo crecí. Allí se caza a los caballos, obligándolos a saltar al precipicio, por lo menos una vez al año. Aprendimos a cazar caballos de ese modo. No es tan difícil espantar a los caballos y obligarlos a saltar al abismo, si se consigue atraerlos al terreno alto.

Attaroa miró a Epadoa con evidente orgullo.

—Epadoa descubrió que la sal agrada mucho a los caballos. Utiliza la orina de las mujeres para atraer a los caballos. Mis cazadoras son mis lobos —dijo Attaroa, sonriendo en dirección a las mujeres armadas de lanzas que se habían reunido a su alrededor.

Era evidente que el elogio complacía a las mujeres, que habían enderezado el cuerpo mientras ella hablaba. Jondalar no había prestado antes mucha atención al atuendo que usaban, pero ahora advirtió que todas las cazadoras llevaban en su vestimenta algo que provenía de un lobo. La mayoría tenía un ribete de piel de lobo en las capuchas, y por lo menos un diente de lobo, pero a menudo algo más que les colgaba del cuello. Algunas también tenían un ribete de piel de lobo alrededor de los puños de sus chaquetas, o en el ruedo, o en ambos lugares, además de otros adornos. La capucha de Epadoa era totalmente de piel de lobo, y parte de una cabeza de lobo, con los colmillos desnudos, adornaba el extremo superior. Tanto el ruedo como los puños de su chaqueta tenían ribetes, unas patas de lobo colgaban de los hombros hacia delante y una cola peluda colgaba por detrás, prendida de un adorno central de piel de lobo.

—Sus lanzas son los colmillos, matan en manada y traen el alimento. Sus pies son las patas del animal y corren veloces el día entero salvando una gran distancia —arengó Attaroa con un modo de decir rítmico, que Jondalar pensó había sido repetido muchas veces—. Zelandonii, Epadoa es la jefa. Yo no intentaría engañarla. Es muy inteligente.

—No lo dudo —dijo Jondalar, que se sentía abrumado por el número. Pero tampoco podía evitar un poco de admiración por lo que habían logrado a partir de un conocimiento tan precario—. Pero me parece un despilfarro que los hombres permanezcan ociosos cuando también podrían colaborar, ayudando en la caza, cooperando en la recolección de alimentos y fabricando herramientas. De ese modo, las mujeres no tendrían que trabajar tanto. No digo que las mujeres no puedan hacerlo, pero ¿por qué tienen que aguantar ellas solas toda la carga, la de los hombres y la que corresponde a las propias mujeres?

Attaroa rió, con una risa áspera y enloquecida que provocaba un escalofrío en Jondalar.

—Me he preguntado lo mismo. Las mujeres son las que producen vida nueva; ¿para qué necesitamos a los hombres? Algunas mujeres no quieren renunciar todavía a los hombres, pero ¿de qué nos sirven? ¿Para los placeres? Los hombres son quienes

reciben el placer. Y aquí no nos interesa continuar dando placeres a los hombres. En lugar de compartir un hogar con un hombre, he reunido a las mujeres. Comparten el trabajo, se ayudan unas a otras con los hijos, se comprenden. Cuando no haya hombres alrededor, la Madre tendrá que mezclar los espíritus de las mujeres y sólo nacerán niñas.

Jondalar se preguntó: ¿Podría ser así? S'Amodun había dicho que en los últimos años habían nacido muy pocos niños. De pronto, recordó la idea de Ayla de que los placeres compartidos por los hombres y las mujeres iniciaban el crecimiento de una nueva vida en el cuerpo de una mujer. Attaroa había mantenido separados a las mujeres y los hombres. ¿Quizá por eso había tan pocos niños?

—¿Cuántos niños han nacido? —preguntó, movido por la curiosidad.

—No muchos, pero sí algunos, y donde hay algunos puede haber más.

—¿Todos han sido niñas? —preguntó después.

—Los hombres todavía están demasiado cerca. Eso confunde a la Madre. Dentro de poco tiempo todos los hombres desaparecerán; entonces veremos cuántos varones nacen —desafió Attaroa.

—O cuántos niños nacen entonces —dijo Jondalar—. La Gran Madre Tierra creó tanto a los hombres como a las mujeres, y como Ella, las mujeres pueden crear tanto a los varones como a las hembras, pero la Madre es quien decide el espíritu de qué hombre se mezcla con el espíritu de qué mujer. Y siempre es el espíritu de un hombre. ¿Crees realmente que puedes cambiar lo que Ella ha establecido?

—¡No intentes decirme lo que da la Madre! Zelandonii, no eres mujer —dijo despectivamente—. Sucede sencillamente que no te agrada que te digan qué poco vales, o quizá no deseas renunciar a tus placeres. Es eso, ¿verdad?

De pronto, Attaroa cambió de tono y fingió que se sentía atraída.

—Zelandoni, ¿deseas placeres? Si no luchas contra mí, ¿qué harás para conquistar tu libertad? ¡Ah, lo sé! Placeres. Como eres fuerte y apuesto, tal vez Attaroa quiera darte placeres. Pero ¿puedes dar placeres a Attaroa?

El cambio de S'Armuna, que comenzó a hablar acerca de la mujer, y no tanto como ella misma, determinó que Jondalar cobrase de pronto conciencia de que todo lo que había escuchado era una traducción. Una cosa era hablar como la voz de Attaroa la jefa y otra muy distinta era hablar como la voz de Attaroa la mujer. S'Armuna podía traducir las palabras, pero no podía representar la personalidad íntima de la mujer. Y mientras S'Armuna continuaba traduciendo, Jondalar oyó las dos voces.

—Tan alto, tan rubio, tan perfecto, podrías ser el compañero de la Madre misma. Mira, incluso es más alto que Attaroa, y no muchos hombres lo son. Has dado placer a muchas mujeres, ¿verdad? Una sonrisa del hombre alto, corpulento y apuesto, con los ojos muy azules, y las mujeres ya quieren meterse bajo sus pieles. Zelandonii, ¿diste placer a todas?

Jondalar rehusó contestar. Sí, otrora había gozado dando placer a muchas

mujeres, pero ahora sólo deseaba a Ayla. Un dolor desgarrador comenzó a abrumarle. ¿Qué haría sin ella? ¿Qué importaba si él moría o vivía?

—Ven, zelandonii. Si otorgas un gran placer a Attaroa puedes recobrar tu libertad. Attaroa sabe que puedes hacerlo. —La jefa alta y atractiva avanzó seductoramente hacia él—. ¿Ves? Attaroa se entregará a ti. Muestra a todos cómo un hombre fuerte otorga placeres a una mujer. Comparte el don de Muna, la Gran Madre Tierra, con Attaroa, Jondalar de los zelandonii.

Attaroa le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él. Jondalar no respondió. Ella trató de besarle, pero Jondalar era demasiado alto y no pareció dispuesto a inclinarse. Attaroa no estaba acostumbrada a un hombre que era más alto; no era frecuente que tuviese que esforzarse por llegar a los labios de un hombre, sobre todo si él no se sometía. Se sintió en ridículo, y su cólera se reavivó.

—¡Zelandonii! ¡Estoy dispuesta a unirme contigo y a ofrecerte la oportunidad de conquistar tu libertad!

—En estas circunstancias no compartiré el don de los Placeres de la Madre —dijo Jondalar. Su voz serena y controlada disimulaba su intensa cólera, pero no la ocultaba. ¿Cómo se atrevía ella a insultar así a la Madre?—. El don es sagrado y debe ser compartido con buena voluntad y alegría. Unirse así implicaría despreciar a la Madre. Mancillaría Su don y la irritaría tanto como podría irritarla tomar a una mujer contra su voluntad. Elijo a la mujer con quien deseo unirme y no deseo compartir Su don contigo, Attaroa.

Jondalar podría haber respondido a la invitación de Attaroa, pero sabía que no era sincera. Era un hombre sugestivo y apuesto a los ojos de la mayoría de las mujeres. Había llegado a ser muy hábil a la hora de complacerlas y tenía experiencia en las manifestaciones de la atracción y la invitación mutuas. Pero, pese a sus movimientos sinuosos, no había calidez en Attaroa y no provocó en Jondalar la chispa del deseo. Él adivinó que, aunque lo intentara, no podría complacerla.

Pero Attaroa pareció desconcertada cuando escuchó la traducción. La mayoría de los hombres se habían mostrado más que dispuestos a compartir el don de los placeres para conquistar su libertad. Los visitantes que tenían la desgracia de atravesar el territorio y ser apresados por las cazadoras, generalmente no habían vacilado en aprovechar la oportunidad de escapar tan fácilmente de las Lobas de los s’armunai. Aunque algunos habían vacilado, porque dudaban de lo que ella se proponía, ninguno había rechazado abiertamente. Pero pronto habían descubierto que tenían motivos más que suficientes para dudar.

—Te niegas… —balbució incrédula la mujer. La traducción llegó en tono neutro, pero la reacción de Attaroa era bastante clara—. Te niegas a Attaroa. ¡Cómo te atreves a rechazarme! —gritó, y después se volvió hacia sus Lobas—. Desnudadlo y atadlo al poste de prácticas.

Ésa había sido su intención desde el principio, pero no pensaba hacerlo tan pronto. Había pensado que Jondalar la mantendría entretenida durante el largo y

tedioso invierno. A Attaroa le complacía torturar a los hombres con promesas de libertad a cambio de los placeres. Para ella, era el colmo de la ironía. A partir de ese punto, los sometía a renovados actos de degradación o humillación, y generalmente lograba que hicieran todo lo que ella deseaba antes de sentirse satisfecha y jugar la partida final.

Los viajeros llegaban generalmente durante la estación más cálida. La gente rara vez se aventuraba mucho durante el frío del invierno, especialmente los que hacían un viaje; últimamente se había reducido el número de viajeros y ninguno había pasado cerca durante el verano anterior. Favorecidos por la suerte, unos pocos hombres habían conseguido escapar, y también habían huido varias mujeres. Éstos alertaron a los demás. La mayoría de la gente que escuchó estas historias las desechó como rumores, o como narraciones fantásticas de cuentistas, pero los rumores acerca de las crueles Lobas se habían ido acentuando poco a poco y la gente se mantenía alejada.

Attaroa se sintió complacida cuando trajeron a Jondalar, pero comprobó que era peor que cualquiera de los hombres de su propio pueblo. No participaba en el juego; ni siquiera le concedía la satisfacción de verle suplicar. Si lo hubiese hecho, quizá ella le habría permitido vivir un poco más, sólo para saborear el placer de verle sometido a su voluntad.

Obedeciendo a una orden de Attaroa, las Lobas se arrojaron sobre Jondalar. Él luchó desesperadamente, apartando lanzas y descargando fuertes golpes, cuyos efectos se manifestarían después. Sus esfuerzos para liberarse casi tuvieron éxito, pero, al fin, debió ceder ante la mera fuerza del número. Continuó luchando mientras ellas cortaban las trabillas de su túnica y sus pantalones, para desnudarle. Pero las mujeres lo tenían previsto y le acercaron al cuello varias hojas cortantes.

Después de arrancarle la túnica y desnudarle el pecho, le ataron las manos juntas con un trozo de cuerda; y después le alzaron y colgaron con las manos sobre la cabeza del alto sostén que sobresalía del poste. Jondalar descargó puntapiés mientras le quitaban las botas y los pantalones, asestando algunos golpes fuertes que dejarían hematomas; pero toda su resistencia sólo sirvió para que las mujeres se tomaran represalias. Y ellas sabían que podían hacerlo.

Cuando colgó desnudo del poste, todas retrocedieron y le miraron con gestos de autosatisfacción, complacidas consigo mismas. Aunque era corpulento y fuerte, su resistencia activa de nada le había servido. Los pies de Jondalar tocaban el suelo, aunque escasamente, y era evidente que la mayoría de los hombres puestos así habrían colgado del poste. Jondalar experimentó una leve sensación de seguridad porque tocaba el suelo y dirigió una llamada indefinida y muda a la Gran Madre Tierra, a la que pidió que le librase de aquella imprevista y terrible situación. Attaroa se fijó intrigada en la ancha cicatriz que se marcaba en el extremo superior del muslo y la ingle. Había curado bien. Jondalar no dejaba entrever que hubiera sufrido una herida tan grave; no cojeaba ni evitaba el esfuerzo de esa pierna. Si era tan fuerte,

quizá durara más que otros. Era posible que todavía pudiese depararle alguna satisfacción. Attaroa sonrió ante la idea.

El examen objetivo de Attaroa llamó la atención de Jondalar. Sintió que la brisa le ponía la carne de gallina y se estremeció, pero no sólo a causa del frío. Cuando desvió la mirada, vio que Attaroa le sonreía. Tenía la carne sonrosada y respiraba con cierto jadeo; parecía complacida y tenía una expresión extrañamente sensual. Siempre gozaba más intensamente si el hombre que le proporcionaba placeres era apuesto. Atraída a su manera por el hombre alto, de inconsciente carisma, preveía que haría que éste durase todo lo posible.

Jondalar desvió la mirada hacia la empalizada de estacas y comprendió que los hombres miraban a través de las grietas. Se preguntó por qué no le habían prevenido. Seguramente no era la primera vez que sucedía una cosa así. ¿Habría servido de algo que le avisaran? ¿Habría podido anticiparse al temor? Quizá ellos creían que era mejor que Jondalar no supiera lo que le esperaba.

En realidad, algunos de los hombres habían hablado sobre ese particular. Todos simpatizaban con el zelandonii y admiraban su capacidad como artesano. Con los afilados cuchillos y herramientas que constituían su legado, cada uno esperaba que podría encontrar una oportunidad de huir. Siempre lo recordarían por eso, pero todos sabían en el fondo del corazón que, si pasaba mucho tiempo entre un visitante y otro, Attaroa probablemente colgaría a uno de ellos de uno de los postes de entrenamiento. Un par de ellos ya habían sido colgados allí anteriormente y sabían que sus diversiones abyectas probablemente no la inducirían a postergar de nuevo el juego mortal. Secretamente admiraban la negativa de Jondalar a ceder a las exigencias de Attaroa, pero temían que el más mínimo rumor atrajese la atención sobre ellos, de modo que observaban en silencio el desarrollo de aquella escena ya conocida; todos experimentaban compasión, miedo y una pequeña punzada de vergüenza.

Se suponía que no sólo las Lobas, sino todas las mujeres del campamento debían presenciar la tortura de ese hombre. La mayoría detestaba asistir a la escena, pero temían a Attaroa, e incluso a sus cazadoras. Se mantenían tan lejos como era posible. El espectáculo producía náuseas a algunas, pero si no comparecían, el hombre en cuya defensa habían hablado antes sería el próximo elegido. Algunas mujeres habían intentado huir, y unas pocas lo habían conseguido, pero a la mayoría las atrapaban y las hacían volver. Si en el cercado había hombres a quienes amaban —compañeros, hermanos, hijos—, como castigo se obligaba a las mujeres a verlos sufrir días enteros en la jaula, sin alimento ni agua. Y a veces, aunque eso era menos frecuente, también las mujeres iban a parar a la jaula.

Las mujeres con niños eran las que estaban particularmente asustadas, pues no sabían qué destino aguardaba a sus hijos, sobre todo después de lo que Attaroa había hecho a Odevan y Ardoban, pero las que más miedo sentían eran las dos que tenían niños pequeños y la que estaba embarazada. Attaroa se mostraba complacida con ellas, les ofrecía bocados especiales y preguntaba por su bienestar, pero cada una de

esas mujeres guardaba un secreto culpable y temían que, si se descubría, acabarían colgando de los postes de entrenamiento.

La jefa se adelantó a sus cazadoras y cogió una lanza. Jondalar advirtió que el arma era bastante pesada y tosca y, a pesar de sí mismo, se dijo que él hubiera podido hacer algo mejor. De todos modos, la punta gruesa y mal trabajada tenía filo y era eficaz. Vio que la mujer apuntaba con cuidado y advirtió que su intención era alcanzar la parte inferior del cuerpo. No buscaba matar, sino sólo dañar. Jondalar tenía conciencia de que estaba completamente a merced del sufrimiento que ella decidiese infligirle y contuvo el impulso instintivo de levantar las piernas en un intento de protegerse. Pero, aunque lo hiciera, de todos modos continuaría colgado, y pensó que ese gesto le haría más vulnerable aún y descubriría su miedo.

Attaroa le miró con los ojos entrecerrados, consciente de que él la temía, y eso era lo que más le complacía en aquella situación. Algunos suplicaban. Ella sabía que éste no lo haría. Por lo menos no inmediatamente. Echó hacia atrás el brazo y se preparó para arrojar la lanza. Él cerró los ojos y pensó en Ayla: se preguntó si viviría o habría muerto, si su cuerpo estaría aplastado y quebrantado bajo una manada de caballos, en el fondo del abismo. Con un dolor más agudo que el que podía infligirle una lanza, admitió que, si ella había muerto, la vida tampoco tenía sentido para él.

Oyó un golpe seco como el de una lanza dando en el blanco, pero a cierta altura sobre su cabeza, no debajo, y no experimentó ningún dolor. De pronto, cayó sobre los talones y sintió los brazos libres. Se miró las manos y vio que el fuerte trozo de cuerda que le sostenía del saliente del poste estaba seccionado. Attaroa continuaba sosteniendo la lanza. La lanza que él había oído no venía de ella. Jondalar elevó los ojos hacia el extremo superior del poste y vio una lanza con punta de pedernal, bien trabajada y relativamente pequeña, clavada junto al sostén; el extremo emplumado continuaba temblando. La punta delgada y finamente trabajada había cortado el cordel. ¡Jondalar conocía esa lanza!

Se volvió hacia el lugar desde donde había llegado el arma. Justamente detrás de Attaroa observó movimientos. La vista se le enturbió y los ojos se le llenaron con lágrimas de alivio. Apenas podía creerlo. ¿Podía ser realmente ella? ¿En verdad estaba viva? Parpadeó varias veces para aclarar la visión. Cuando elevó la mirada, vio cuatro patas de caballo, casi negras, que terminaban en un caballo de pelaje amarillo, con una mujer sobre el lomo.

—¡Ayla! —exclamó—. ¡Estás viva!

Capítulo 29

Attaroa se volvió bruscamente para ver quién había arrojado la lanza. En el extremo más lejano del campo que estaba inmediatamente al lado del campamento, vio una mujer que se acercaba, cabalgando en un caballo. La mujer tenía echada sobre la espalda la capucha de la chaqueta de piel; su cabello rubio oscuro y el pelaje amarillo leonado del caballo se asemejaban tanto que la temible aparición parecía realmente un solo ser. Attaroa se preguntó si la lanza habría sido arrojada por la mujer-caballo. Pero ¿cómo era posible arrojar una lanza desde esa distancia? Entonces vio que la mujer tenía otra lanza al alcance de la mano.

Un escalofrío de miedo recorrió el cuero cabelludo de Attaroa, la sensación de que los cabellos se le erizaban; pero el frío terror que experimentó en ese momento tenía poco que ver con algo tan material como una lanza. La aparición que ahora veía no era una mujer; de eso estaba segura. En un momento de súbita lucidez, comprendió la cabal e inexplicable atrocidad de sus perversos actos y percibió la figura que atravesaba el campo con una de las formas espirituales de la Madre, una munai, esta vez el espíritu vengador enviado a imponer castigo. En el fondo de su corazón, Attaroa casi le daba la bienvenida; sería un alivio que terminase la pesadilla de esta vida.

La jefa Attaroa no era la única que temía a la extraña mujer-caballo. Jondalar había intentado explicárselo, pero nadie le había creído. A nadie se le había ocurrido jamás pensar que un ser humano pudiera montar un caballo; incluso viéndola, era difícil creerlo. La súbita aparición de Ayla afectó a todos y cada uno. Para algunos era sólo una presencia intimidatoria, porque era extraño ver a una mujer montando un caballo, y porque, además, temían a lo desconocido; otros creían que su sobrecogedora aparición era un signo de un poder sobrenatural y experimentaron una profunda aprensión. Muchos la veían del mismo modo que Attaroa: su propia némesis personal, el reflejo de su propia conciencia frente a las fechorías cometidas. Alentados o forzados por Attaroa, más de uno había cometido terribles brutalidades o permitido y fomentado que se cometieran; por todo eso, en el silencio de la noche, sentían profunda vergüenza o temían el castigo.

También Jondalar pensó que Ayla había llegado del otro mundo para salvarle; estaba convencido de que si así lo deseaba podía lograrlo. La miró mientras ella se acercaba sin prisa y estudió atenta y afectuosamente cada detalle, deseando colmar su visión con una imagen que creyó que jamás volvería a ver: la mujer amada cabalgando en la yegua que él tan bien conocía. Tenía la cara sonrosada del frío y los mechones de cabello que habían escapado del cordel que los sostenía sobre la nuca se agitaban al viento. Cada vez que la mujer y el caballo exhalaban el aire, se formaban nubes de vapor tibio, lo que hizo que Jondalar cobrara de pronto conciencia de su propia carne desnuda y del castañeteo de sus dientes.

Ella llevaba puesto el cinturón sobre la chaqueta de piel y, colgada de un nudo, la

daga fabricada con un colmillo de un mamut, que le había regalado Talut. El cuchillo de marfil que Jondalar había fabricado para ella también descansaba en su estuche; también alcanzó a ver la hachuela sostenida por el cinturón. Del lado opuesto colgaba el gastado saquito de piel de nutria con las medicinas.

Cabalgando con desenvuelta elegancia, Ayla parecía extrañamente segura y confiada, pero Jondalar adivinó que estaba tensa y preparada. Sostenía la honda con la mano derecha; Jondalar sabía con cuánta rapidez podía disparar desde esa posición. Con la mano izquierda, que sin duda retenía un par de piedras, Ayla sostenía una lanza, puesta en el lanzador y equilibrada en diagonal sobre la cruz de Whinney, desde la pierna derecha de Ayla a la paleta izquierda de la yegua. Había otras lanzas que sobresalían de un contenedor de paja entrelazada, precisamente detrás de la pierna de la joven.

A medida que se aproximaba, Ayla había observado la cara de Attaroa, que reflejaba las reacciones íntimas de la mujer, la aprensión, el temor y la desesperación de su momento de lucidez; pero cuando la mujer a caballo se acercó más, extrañas y perturbadoras sombras enturbiaron de nuevo la mente de Attaroa. La jefa entrecerró los ojos para observar a la mujer bella y después sonrió lentamente, una sonrisa de retorcida y calculadora malicia.

Ayla nunca había visto la locura, pero interpretó las expresiones inconscientes de Attaroa y comprendió que esa mujer, que amenazaba a Jondalar, era una persona de cuidado; era una hiena. La mujer que llegaba montada en Whinney había capturado muchos carnívoros y sabía que podían ser muy imprevisibles, pero sólo despreciaba a las hienas. Era la metáfora que destinaba a la gente de peor calaña y Attaroa era una hiena, una manifestación peligrosa y perversa del mal, alguien en quien jamás debía confiarse.

La mirada colérica de Ayla se concentró en la jefa de elevada estatura, aunque se cuidó de mantener vigilado a todo el grupo, incluidas las asombradas Lobas; y fue una suerte que procediera así. Cuando Whinney estaba a pocos metros de Attaroa, Ayla percibió por el rabillo del ojo un movimiento subrepticio a un costado. Con movimientos tan veloces que era difícil seguirlos, una piedra pasó a la honda, Ayla varió levemente su posición y disparó.

Epadoa lanzó un grito de dolor y se cogió el brazo, mientras su lanza caía al suelo helado. Ayla podría haberle fracturado un hueso de haberlo intentado, pero había apuntado intencionadamente al antebrazo de la mujer y moderado su propia fuerza. Incluso así, la jefa de las Lobas tendría que soportar durante algún tiempo una magulladura muy dolorosa.

—¡Attaroa, detén a las mujeres que portan lanza! —exigió Ayla.

Jondalar necesitó un momento para advertir que Ayla hablaba en una lengua extraña, ya que comprobó que había entendido el sentido. Después le desconcertó advertir que las palabras que Ayla decía eran en s’armunai. ¿Cómo podía Ayla conocer el s’armunai? Antes jamás lo había oído, ¿verdad?

También a la jefa le sorprendió oír a una total desconocida llamarla por su nombre, pero le impresionó aún más percibir la peculiaridad del habla de Ayla, que era como el acento de otra lengua y al mismo tiempo no lo era. Esa voz evocó en Attaroa sentimientos que casi había olvidado; el recuerdo sepultado de un conjunto de emociones, entre ellas el miedo, que le provocaron una inquietante desazón. Todo eso reforzó su convicción íntima de que la figura que se aproximaba no era simplemente una mujer que montaba un caballo.

Habían pasado muchos años desde que experimentó esos sentimientos. A Attaroa nunca le habían gustado las condiciones que inicialmente los originaron y le agradaba menos todavía que ahora se los recordasen. Todo eso le provocaba nerviosismo, inquietud y cólera. Deseaba rechazar el recuerdo. Tenía que desembarazarse de todo aquello, destruirlo completamente, de modo que jamás regresara. Pero ¿cómo? Miró a Ayla, montada en el caballo, y en ese instante llegó a la conclusión de que todo era culpa de la mujer rubia. Era ella quien le había hecho evocarlo todo, el recuerdo, los sentimientos. Si la mujer desaparecía —si se la destruía—, todo se disiparía y todo volvería a andar bien otra vez. Con su rápida aunque distorsionada inteligencia, Attaroa comenzó a planear el modo de destruir a la mujer. En su rostro se dibujó una sonrisa astuta y sinuosa.

—Bien, parece que el zelandonii, después de todo, nos dijo la verdad —afirmó—. Has llegado a tiempo. Creímos que estaba tratando de robar carne cuando apenas tenemos lo suficiente para nosotros. Entre los s’armunai, la pena con que se castiga el robo es la muerte. Nos contó cierta historia acerca de un viaje montado a caballo, pero, como puedes comprender, nos pareció increíble… —Attaroa advirtió que no se traducían sus palabras y se interrumpió—: ¡S’Armuna! No estás diciendo mis palabras —rezongó.

S’Armuna había estado mirando fijamente a Ayla. Recordó que una de las primeras cazadoras que había regresado con el grupo que transportaba al hombre había mencionado una temible visión que se le había presentado durante las cacerías y deseaba que S’Armuna se la interpretase. Habló de una mujer sentada en el lomo de uno de los caballos que corrían hacia el abismo; decía que esa mujer trataba de controlarla y que, finalmente, la había obligado a volver atrás. Cuando las cazadoras que traían la segunda carga de carne dijeron que habían visto a una mujer que se alejaba sobre un caballo, S’Armuna comenzó a cavilar acerca del significado de las extrañas visiones.

Muchas cosas habían estado preocupando a La Que Servía a la Madre durante algún tiempo, pero cuando el hombre a quien las cazadoras trajeron resultó ser un joven que parecía haberse materializado emergiendo del pasado de la propia hechicera, y relató una historia acerca de una mujer a caballo, el asunto la inquietó. Tenía que ser un signo, pero ella no había podido discernir su sentido. La idea había estado rondando por la mente de S’Armuna mientras ensayaba diferentes interpretaciones de la imagen recurrente. Una mujer que ahora, en efecto, entraba a

caballo en el campamento confería al signo un alcance inusitado. Era la manifestación de una visión y el impacto que le produjo provocó en ella una profunda agitación. No había prestado mucha atención a Attaroa, pero una parte de S'Armuna había escuchado y ahora se apresuró a traducir al zelandoni las palabras de la jefa.

—La muerte de un cazador como castigo por haber cazado no es el estilo de la Gran Madre de Todos —dijo Ayla en zelandoni, después de escuchar la traducción, aunque había entendido el sesgo de la perorata de Attaroa. El s'armunai era tan parecido al mamutoi que podía comprender gran parte de lo que se hablaba y, además, había aprendido unas cuantas palabras; pero el zelandoni era más fácil y Ayla podía expresarse mejor en esa lengua—. La Madre recomienda a Sus hijos que compartan el alimento y ofrezcan hospitalidad a los visitantes.

Cuando la oyó hablar en zelandoni, S'Armuna advirtió la peculiaridad del habla de Ayla; aunque hablaba perfectamente la lengua, había algo…, pero ahora no tenía tiempo de pensar en eso. Attaroa esperaba.

—Por eso hemos establecido el castigo —explicó fluidamente Attaroa, aunque la cólera que ella pretendía controlar era evidente tanto para S'Armuna como para Ayla —. Previene el robo, de modo que haya suficiente para compartir. Pero una mujer como tú, tan eficaz con las armas, no puede comprender cuál era nuestra situación cuando ninguna mujer sabía cazar. El alimento escaseaba. Todos sufrimos.

—Pero la Gran Madre Tierra suministra sobrada carne para Sus hijos. No cabe duda de que las mujeres que viven aquí conocen los alimentos que crecen y pueden ser recolectados —dijo Ayla.

—¡Pero tuve que prohibir eso! Si les hubiese permitido que pasaran el tiempo recolectando, no habrían aprendido a cazar.

—Entonces, la escasez que padecisteis fue obra de vosotros mismos y la decisión de quienes te acompañaron. Eso no es motivo para matar a la gente que no conoce tus costumbres —dijo Ayla—. Has asumido el derecho que corresponde a la Madre. Ella llama a Sus hijos cuando Ella lo desea. No te corresponde a ti asumir Su autoridad.

—Todos los pueblos tienen costumbres y tradiciones que son importantes, y si se las infringe, algunos imponen el castigo de la muerte —dijo Attaroa.

Eso era bastante cierto; Ayla lo sabía por experiencia.

—Pero ¿por qué vuestra costumbre exige un castigo de muerte si alguien necesita comer? —dijo—. Las costumbres de la Madre priman sobre todas las demás costumbres. Ella impone que se comparta el alimento y se dé hospitalidad a los visitantes. Attaroa, eres… descortés y poco hospitalaria.

¡Descortés y poco hospitalaria! Jondalar trató de evitar una risa burlona. ¡Más bien era criminal e inhumana! Había estado observando y escuchando asombrado, y sonrió apreciativamente cuando oyó la declaración tan moderada de Ayla. Recordó la época en que ella ni siquiera podía comprender una broma y mucho menos proferir insultos sutiles.

Attaroa estaba visiblemente irritada; era todo lo que podía hacer para contenerse.

Había sentido la punzada de la crítica «cortés» de Ayla. La había reprendido como si no fuera más que una niña; una niña desobediente. Habría preferido el poder implícito de ser calificada de perversa, una mujer poderosamente perversa, a quien había que respetar y temer mucho. La suavidad de las palabras la convertía en un ser más bien cómico. Attaroa advirtió la sonrisa de Jondalar y le miró malévola, segura de que todos los que asistían deseaban reírse con él. Se prometió que Jondalar lo lamentaría y también aquella mujer.

Ayla pareció acomodarse mejor en Whinney, pero en realidad había variado discretamente su posición para coger mejor el lanzador.

—Creo que Jondalar necesita sus ropas —siguió diciendo Ayla, y levantó un poco la lanza, de modo que se viese que la sostenía, aunque sin adoptar una actitud francamente amenazadora—. No olvides la chaqueta, la que estás usando. Y quizá deberías enviar a alguien a tu vivienda para recoger su cinturón, sus mitones, el saco de agua, el cuchillo y las herramientas que llevaba consigo.

Esperó a que S'Armuna tradujese.

Attaroa rechinó los dientes, pero sonrió, aunque sólo consiguió una mueca. Con un gesto de la cabeza hizo una señal a Epadoa. Con el brazo izquierdo, el que no estaba dolorido —Epadoa sabía que también tenía un hematoma en la pierna, en donde Jondalar le había asestado un puntapié—, la jefa de las Lobas de Attaroa recogió las ropas que habían arrancado con tanto esfuerzo al hombre y las dejó caer frente a él; después, entró en la amplia vivienda.

Mientras esperaban, de pronto la jefa habló, tratando de adoptar un tono cordial.

—Habéis viajado mucho, sin duda estáis cansados… ¿Cómo dijo que te llamas? ¿Ayla?

La mujer a caballo asintió, pues había comprendido bastante bien las palabras de Attaroa. Aquella jefa no prestaba atención a las presentaciones formales, advirtió Ayla; no era una mujer muy sutil.

—Puesto que atribuís tanta importancia a eso, me permitiréis que os ofrezca la hospitalidad de mi vivienda. Os alojaréis conmigo, ¿verdad?

Antes de que Ayla o Jondalar pudiesen contestar, S'Armuna habló.

—Creo que es la costumbre ofrecer a los visitantes un lugar con La Que Sirve a la Madre. Serán bienvenidos si desean compartir mi vivienda.

Mientras escuchaba a Attaroa y esperaba la traducción, el hombre tembloroso se puso los pantalones. Jondalar no había pensado mucho hasta entonces en el frío que sentía, porque su vida corría un peligro inmediato, pero ahora descubrió que tenía los dedos tan duros que se vio en dificultades para hacer los nudos con las cuerdas cortadas que sostenían sus calzones. Aunque estaba desgarrada, recibió agradecido una túnica, pero se detuvo un momento, sorprendido, cuando escuchó el ofrecimiento de S'Armuna. Cuando desvió la mirada, después de pasar la túnica sobre su cabeza, vio que Attaroa miraba hostilmente a la hechicera; después se sentó para ponerse el calzado y las polainas con la mayor rapidez posible.

Attaroa pensó: «Esa mujer tendría que oírme», pero se limitó a decir:

—Entonces, Ayla, me permitirás compartir el alimento contigo. Prepararemos un festín y vosotros seréis mis huéspedes de honor. Los dos —incluyó a Jondalar en su mirada—. Hace poco hemos realizado una caza con éxito, y no puedo permitir que os marchéis con tan mala opinión de mí.

Jondalar pensó que el intento de sonrisa cordial de Attaroa era ridículo, y por su parte no deseaba consumir el alimento de esa gente o permanecer un momento más en el campamento; pero antes de que pudiese manifestar su opinión, Ayla contestó.

—Attaroa, aceptamos complacidos tu hospitalidad. ¿Cuándo te propones organizar ese festín? Yo también querría traer algo, pero ya es tarde.

—Sí, es tarde —dijo Attaroa—, y yo también necesito preparar algunas cosas. El festín será mañana, pero, por supuesto, compartiréis esta noche nuestra sencilla colación.

—Debo preparar algo para contribuir al festín. Volveremos mañana —dijo Ayla. Y después agregó—: Attaroa, Jondalar necesita su chaqueta. Por supuesto, devolverá la «capa» que ha estado usando.

La mujer pasó la chaqueta sobre su cabeza y la entregó al hombre. Tenía el olor de Attaroa cuando él se la puso, pero, de todos modos, apreció la calidez. La sonrisa de Attaroa mostraba su entera perversidad mientras permanecía allí expuesta al frío, con su delgada prenda interior.

—¿Y el resto de las cosas? —le recordó Ayla.

Attaroa desvió la mirada hacia la entrada de su vivienda e hizo un gesto a la mujer que estaba allí plantada desde hacía un rato. Epadoa se apresuró a traer las cosas de Jondalar y las depositó en el suelo, a unos metros de distancia del hombre. No le hacía ninguna gracia devolver sus cosas a Jondalar. Attaroa le había prometido algunas. Sobre todo, deseaba el cuchillo. Nunca había visto uno tan bellamente trabajado.

Jondalar se ajustó el cinturón y después devolvió a sus lugares las herramientas y los objetos, casi sin creer que lo había recuperado todo. Había dudado de que volviese a ver los diferentes objetos. En realidad, había dudado de que jamás pudiera salir vivo de allí. Después, para sorpresa de los presentes, montó el caballo detrás de la mujer. Era un campamento que deseaba perder de vista cuanto antes. Ayla paseó la mirada de un extremo a otro del campamento, para asegurarse de que nadie intentaría impedirles la partida o arrojarles una lanza. Después obligó a volver grupas a Whinney y partió al galope.

—¡Seguidles! Los quiero de vuelta aquí. No escaparán tan fácilmente —rugió Attaroa a Epadoa, mientras entraba en su morada, temblando de frío.

Ayla mantuvo el galope de Whinney hasta que estuvieron a cierta distancia del campamento, descendiendo la ladera de la colina. Marcharon más lentamente cuando

entraron en una faja boscosa del llano, cerca del río, y después retornaron por donde habían venido, en busca del campamento que Ayla había instalado y que, en realidad, estaba bastante cerca del poblado s'armunai. Cuando ya avanzaban a un paso más tranquilo de la yegua, Jondalar cobró conciencia de la cercanía de Ayla y sintió una gratitud tan abrumadora por estar con ella de nuevo que casi se quedó sin aliento. Rodeó con los brazos la cintura de Ayla y la sujetó, sintiendo los cabellos de la joven en su mejilla y respirando su aroma femenino, único y tibio.

—Estás aquí, conmigo. Es tan difícil creerlo. Temí que te hubieras ido y que estuvieras caminando en el otro mundo —dijo en voz baja—. ¡Agradezco mucho tenerte de nuevo!; no sé qué decir.

—Jondalar, te amo tanto… —replicó ella. Se inclinó hacia atrás, apretando aún más su cuerpo contra el pecho del hombre y sintiendo un gran alivio porque de nuevo estaban juntos. Su amor por él la colmaba y desbordaba—. Encontré una mancha de sangre, y mientras seguía el rastro, tratando de encontrarte, no sabía si estabas vivo o muerto. Cuando comprendí que te llevaban, pensé que debías estar vivo, pero tan herido que no podías caminar. Me inquieté mucho, porque no era fácil seguir el rastro y sabía que estaba rezagándome. Las cazadoras de Attaroa pueden andar muy rápido, aunque van a pie, y conocen el camino.

—Llegaste a tiempo. Era el momento oportuno. Un poco después hubiera sido demasiado tarde —confirmó Jondalar.

—No llegué en aquel momento.

—¿No? ¿Y cuándo llegaste?

—Inmediatamente después de la segunda carga de carne de caballo. Al principio estaba delante de la caravana, pero las que llevaban la primera carga me alcanzaron en el cruce del río. Felizmente vi a dos mujeres que salían al encuentro del grupo. Encontré un lugar donde ocultarme y esperé a que pasaran, y después las seguí; pero las cazadoras que traían la segunda carga de carne estaban más cerca de lo que yo calculaba. Creo que pudieron verme, por lo menos desde lejos. En ese momento yo montaba en Whinney y me alejé deprisa del rastro. Más tarde volví y las seguí otra vez, pero puse más cuidado, porque había un tercer cargamento.

—Eso explicaría la «conmoción» de la cual habló Ardemun. Ignoraba qué era, sólo sabía que todos estaban nerviosos y comentaban algo después de traer la segunda carga. Pero si ya habías llegado, ¿por qué esperaste tanto para sacarme de allí? —preguntó Jondalar.

—Tuve que vigilar mucho tiempo, esperando la oportunidad de sacarte de ese lugar cercado… ¿Cómo lo llaman? ¿El cercado?

Jondalar asintió.

—¿No temías que alguien te viese?

—He observado a verdaderos lobos en su madriguera; comparados con ellos, las Lobas de Attaroa son ruidosas y es fácil esquivarlas. Casi constantemente estuve tan cerca que oía sus conversaciones. Detrás del campamento hay un promontorio en la

colina. Desde allí uno puede ver todo el poblado, y directamente el cercado. Detrás, si elevas la mirada, puedes ver tres grandes rocas blancas que forman una hilera, cerca de la cima.

—Las he visto. Ojalá hubiera sabido que estabas allí. Me habría sentido mejor cada vez que miraba esas piedras blancas.

—Oí a una pareja de mujeres que las denominaban las Tres Niñas, o quizá las Tres Hermanas —dijo Ayla.

—Lo llaman el Campamento de las Tres Hermanas —dijo Jondalar.

—Creo que todavía no conozco bien la lengua.

—Sabes más que yo. Creo que sorprendiste a Attaroa cuando le hablaste en su lengua.

—El s'armunai se parece tanto al mamutoi que es fácil conocer el sentido de las palabras —indicó Ayla.

—Nunca pensé en preguntar si las rocas blancas tenían nombre. Son una señal tan apropiada, que parece lógico que se les asigne un nombre.

—Toda la meseta es una buena señal. Puedes verla desde muy lejos. Desde cierta distancia parece un animal dormido, como tendido de costado. Ya verás que allí delante hay un lugar desde el cual se puede ver muy bien todo el panorama.

—Estoy seguro de que la colina también tiene nombre, sobre todo porque es un lugar muy conveniente para cazar; pero vi sólo una pequeña parte cuando asistimos a los funerales. Hubo dos desde que llegué aquí; la primera vez enterraron a tres jóvenes —dijo Jondalar, inclinando la cabeza para evitar la rama desnuda de un árbol.

—Te seguí en el segundo funeral —confesó Ayla—. Creí que podría salir a liberarte entonces, pero te vigilaban muy estrechamente. Y después encontraste el pedernal y comenzaste a enseñar a todos el modo de fabricar lanzavenablos —dijo Ayla—. Tenía que esperar el momento oportuno para sorprenderlos. Lamento haber tardado tanto.

—¿Cómo supiste lo del pedernal? Creíamos que éramos muy cuidadosos —dijo Jondalar.

—Estaba observándoos constantemente. Esas Lobas en realidad no son vigías muy eficaces. Tú lo habrías descubierto y encontrado el modo de liberarte por ti mismo, si no te hubieses distraído con el pedernal. Y, por lo demás, tampoco son muy buenas cazadoras —criticó Ayla.

—Cuando tienes en cuenta que al principio no sabían nada, hay que reconocer que no lo han hecho del todo mal. Attaroa dijo que no sabían usar las lanzas y por eso necesitaban perseguir a los animales —dijo Jondalar.

—Pierden el tiempo recorriendo toda la distancia que las separa del Río de la Gran Madre para empujar a los caballos y obligarlos a saltar al abismo, cuando podrían cazar mejor aquí mismo. Los animales que siguen el curso de este río tienen que cruzar un pasaje estrecho entre el agua y la meseta, y es fácil verlos llegar —dijo Ayla.

—Observé eso cuando fuimos al primer funeral. El lugar en que se enterraban los cadáveres sería un eficaz puesto de observación, y alguien estuvo haciendo señales con fuego desde la cima, aunque no sé si eso sucedió hace poco o mucho tiempo. Alcancé a ver los restos quemados de las grandes hogueras —comentó Jondalar.

—En lugar de construir cercados para encerrar a los hombres, podrían haber construido uno para guardar animales y empujarlos luego hacia allí, incluso sin necesidad de lanzas —dijo Ayla; después obligó a Whinney a detenerse—. Mira, ahí están. —Señaló la meseta de piedra caliza que se recortaba contra el horizonte.

—En efecto, parece un animal dormido; y mira, incluso puedes ver las tres piedras blancas, las Tres Hermanas —dijo Jondalar.

Cabalgaron un rato en silencio. Después, como si hubiera estado pensando en ello, Jondalar dijo:

—Si es tan fácil escapar del cercado, ¿por qué los hombres no lo lograron?

—No creo que lo hayan intentado realmente —dijo Ayla—. Tal vez por eso las mujeres ya no los vigilen tan de cerca. Pero muchas mujeres, incluso algunas cazadoras, no quieren que los hombres continúen allí. Sucede sencillamente que temen a Attaroa. —Ayla sofrenó al caballo—. Aquí estuvimos acampando —dijo.

Como para confirmar su observación, Corredor emitió un relincho de bienvenida cuando penetraron en un pequeño espacio limpio de matorrales. El joven corcel estaba bien atado a un árbol. Cada noche Ayla había organizado un campamento mínimo en el centro del bosquecillo, pero por la mañana cargaba todo sobre el lomo de Corredor, porque deseaba estar lista para salir inmediatamente si era necesario.

—¡Salvaste a los dos caballos de perecer al saltar por el risco! —dijo Jondalar—. No sabía si lo habías conseguido, y temía preguntar. La última imagen que recuerdo, antes de que me golpeasen, era que tú montabas en Corredor y tenías dificultad para controlarlo.

—Tenía que acostumbrarme a la rienda, eso es todo. El problema principal era el otro caballo, pero ahora ha muerto, y lo lamento. Whinney obedeció mi llamada apenas los animales cesaron de apartarla de mí —dijo Ayla.

Corredor se alegró mucho de ver a Jondalar. Inclinó la cabeza, después la alzó bruscamente en un gesto de saludo, y se habría acercado al hombre si no hubiese estado sujeto. El caballo, las orejas inclinadas hacia delante y la cola erguida, relinchó a Jondalar con ansiosa impaciencia cuando el hombre se aproximó. Después inclinó la cabeza para hocicar la mano del hombre. Jondalar saludó al caballo como a un amigo de quien creía haberse despedido para siempre, y lo abrazó, lo rascó, lo palmeó y habló con el animal.

Frunció el entrecejo cuando de pronto pensó en otra cosa, algo acerca de lo cual casi odiaba preguntar.

—¿Y Lobo?

Ayla sonrió y emitió un silbido poco conocido. Lobo salió bruscamente de los matorrales, tan alegre de ver a Jondalar que no podía mantenerse quieto. Corrió hacia

él, meneó la cola, emitió un leve gañido y después saltó, apoyó las patas delanteras en los hombros de Jondalar y le lamió el mentón. Jondalar le cogió el cuello, como había visto hacer muchas veces a Ayla, y lo apretó un poco; después apretó su frente contra la cabeza del lobo.

—Antes nunca había hecho esto —dijo Jondalar, sorprendido.

—Te ha echado de menos. Creo que deseaba encontrarte, igual que yo, y no creo que hubiera podido seguirte la pista sin su ayuda. Estábamos bastante lejos del Río de la Gran Madre y había largos trechos de suelo seco y rocoso, sin huellas. Pero su olfato encontró la pista —dijo Ayla. Después ella también saludó a Lobo.

—Pero ¿estaba esperando ahí, entre esos matorrales? ¿Y no ha venido hasta que tú se lo has ordenado? Seguramente fue difícil enseñarle eso. Pero ¿cómo lo hiciste?

—Tuve que enseñarle a ocultarse, porque ignoraba quién podía venir aquí y no quería que se enterasen de su existencia. Esas mujeres comen carne de lobo.

—¿Quién come carne de lobo? —preguntó Jondalar, arrugando la nariz con repugnancia.

—Attaroa y sus cazadoras.

—¿Están tan hambrientas? —preguntó Jondalar.

—Quizá eso fue antes, pero ahora lo hacen como rito. Las vi una noche. Estaban iniciando a una nueva cazadora, convirtiendo a una joven en parte de su manada de Lobas. Mantienen el secreto frente a las otras mujeres y se alejan de las viviendas para ir a un lugar especial. Tenían un lobo vivo en una jaula y lo mataron, lo descuartizaron, lo cocieron y se lo comieron. Les gusta pensar que de ese modo reciben la fuerza y la astucia del lobo. Les iría mejor si se limitaran a observar a los lobos. Aprenderían más —dijo Ayla.

No era extraño que Ayla criticara tanto a las Lobas y sus habilidades como cazadoras, pensó Jondalar, y de pronto comprendió por qué su compañera no simpatizaba con esas mujeres. Sus ritos de iniciación amenazaban a su lobo.

—De modo que enseñaste a Lobo a mantenerse oculto hasta que tú le llamases. Ése es un silbido diferente, ¿verdad? —preguntó.

—Te lo enseñaré, pero incluso si él se esconde la mayor parte del tiempo cuando yo se lo digo, me preocupa su seguridad. También la de Whinney y Corredor. Los caballos y los lobos son los únicos animales a los que las mujeres de Attaroa matan —añadió, paseando la mirada sobre sus amados animales.

—Ayla, has aprendido mucho acerca de ellas —dijo Jondalar.

—Tuve que aprender todo lo posible para sacarte de allí —dijo Ayla—. Pero tal vez aprendí demasiado.

—¿Demasiado? ¿Cómo es posible que hayas aprendido demasiado?

—Cuando descubrí dónde estabas, sólo pensé en sacarte de ese lugar y después alejarnos de aquí cuanto antes; pero ahora no podemos irnos.

—¿Por qué dices que no podemos irnos? ¿Qué lo impide? —preguntó Jondalar, frunciendo el entrecejo.

—No podemos permitir que esos niños vivan en condiciones tan terribles, y tampoco los hombres. Tenemos que sacarlos de ese cercado —dijo Ayla.

Jondalar comenzó a inquietarse. Había visto antes esa expresión decidida.

—Ayla, es peligroso permanecer aquí, y no sólo para nosotros. Piensa que los dos caballos son blancos fáciles. No huyen de la gente. Y no querrás ver a Lobo cerca del cuello de Attaroa, ¿verdad? Yo también deseo ayudar a esa gente. He vivido en ese lugar y nadie debería verse obligado a vivir así, y menos que nadie los niños, pero ¿qué podemos hacer? Somos tan sólo dos personas.

Jondalar deseaba realmente ayudar a aquella gente, pero temía que, si continuaban allí, Attaroa podría domar a Ayla. Creía que la había perdido, y ahora que de nuevo estaban reunidos, temía que, en caso de permanecer, acabase perdiéndola realmente. Trataba de encontrar un motivo sólido para convencerla de que se marcharan.

—No estamos solos. No sólo nosotros deseamos cambiar las cosas. Tenemos que hallar el modo de ayudarles —dijo Ayla; después hizo una pausa y pensó—. Creo que S'Armuna desea que regresemos…, por eso ofreció su hospitalidad. Debemos ir mañana a ese festín.

—Attaroa ha empleado antes el veneno. Si regresamos allí, quizá jamás nos marchemos —advirtió Jondalar—. Sabes que te odia.

—Lo sé, pero, de todos modos, debemos regresar. Por los niños. No comeremos más que lo que yo lleve, y sólo si no lo perdemos de vista. ¿Crees que deberíamos cambiar de lugar el campamento o permanecer aquí? —preguntó Ayla—. Tengo mucho que hacer antes de mañana.

—No creo que trasladarnos nos ayude. Sencillamente, nos seguirán la pista. Por eso tendríamos que irnos ahora —dijo Jondalar, cogiendo a Ayla por los brazos. La miró en los ojos, concentrando la atención como si intentase obligarla a cambiar de idea. Finalmente, se desprendió de ella, consciente de que Ayla no se marcharía y de que él se quedaría a ayudarla. En el fondo de su corazón era lo que Jondalar deseaba hacer, pero tenía que convencerse de que no podía persuadirla de lo contrario. Se prometió que no permitiría que nada la perjudicase.

—Está bien —dijo—. Dije a los hombres que tú jamás soportarías que tratasen así a un ser humano. No pienso que me hayan creído, pero necesitaremos ayuda para sacarlos de su encierro. Reconozco que me sorprendió escuchar a S'Armuna cuando sugirió que nos alojáramos con ella —admitió Jondalar—. No creo que adopte esa actitud con mucha frecuencia. Su morada es pequeña y se encuentra en un lugar incómodo. No suele recibir visitantes, pero ¿por qué crees que desea que retornemos?

—Porque interrumpió a Attaroa para invitarnos. Y no creo que la jefa se sienta muy complacida con la actitud de S'Armuna. Jondalar, ¿confías en ella?

El hombre reflexionó un momento.

—No lo sé. Confío en ella más que en Attaroa, pero supongo que eso no significa mucho. ¿Sabías que S'Armuna conoció a mi madre? Vivía con la Novena Caverna

cuando era joven, y las dos eran amigas.

—Por eso habla tan bien tu lengua. Pero si conoce a tu madre, ¿por qué no te ayudó?

—Yo también me lo he preguntado. Quizá no quería hacerlo. Creo que algo sucedió entre ella y Marthona. No recuerdo que mi madre mencionara jamás que conocía a alguien que había ido a vivir con ella cuando era joven. Pero tengo cierto presentimiento acerca de S'Armuna. Curó mi herida, y aunque eso es más de lo que ha hecho por la mayoría de los hombres, creo que desea hacer más todavía. Y no me parece que Attaroa lo permita.

Retiraron la carga de Corredor y organizaron el campamento, si bien ambos se sentían inquietos. Jondalar encendió el fuego mientras Ayla comenzaba a preparar comida para ambos. Comenzó con las raciones que generalmente calculaba para los dos, pero después recordó lo poco que comían los hombres del cercado y decidió aumentar la cantidad. Una vez que él comenzara a comer de nuevo, sentiría mayor apetito.

Jondalar se acurrucó cerca del fuego un rato, después que consiguió encenderlo bien, observando a la mujer amada. Después se acercó a ella.

—Antes de que estés demasiado atareada, mujer —dijo, tomándola en sus brazos —, he saludado a un caballo y a un lobo, pero aún no he saludado a lo que es más importante para mí.

Ella sonrió del modo que siempre suscitaba un cálido sentimiento de amor y ternura.

—Nunca estoy demasiado atareada para ti —dijo.

Él se inclinó para besar los labios de Ayla, al principio lentamente, pero después, todo el miedo y la angustia que había experimentado ante la posibilidad de perderla le abrumaron de pronto.

—Temí no verte nunca más. Pensé que habías muerto. —La voz se le quebró con un sollozo de tensión y alivio cuando la apretó contra su cuerpo—. Nada de lo que Attaroa podría haberme hecho hubiera sido peor que perderte.

La sostuvo con tanta fuerza que apenas podía respirar, pero no deseaba que la soltara. Le besó la boca y después el cuello, y comenzó a explorar el cuerpo conocido con sus manos sabias.

—Jondalar, estoy segura de que Epadoa viene siguiéndonos…

El hombre se apartó un poco y recuperó el aliento.

—Tienes razón, éste no es el momento apropiado. Seríamos demasiado vulnerables si cayese sobre nosotros. —Él hubiera debido prever esa situación. Sintió la necesidad de explicarse—. Sucede que…, pensé que no volvería a verte. Estar aquí contigo es como un don de la Madre, y…, bien…, sentí el impulso de honrarla.

Ayla le abrazó, deseando que Jondalar supiera que ella sentía lo mismo. Pensó de pronto que nunca había visto que él intentase explicar por qué la deseaba. Aunque ella no necesitaba una explicación. En todo caso, ella necesitaba poco para olvidar el

peligro en que estaba y para entregarse a su propio deseo. Después, cuando sintió que se acentuaba la atracción que aquel hombre ejercía sobre ella, reconsideró la situación.

—Jondalar… —El tono de su voz atrajo la atención de Jondalar—. Pensándolo bien, probablemente llevamos mucha ventaja a Epadoa; necesitará un buen rato para llegar hasta aquí… y Lobo nos avisará…

Jondalar la miró y comenzó a percibir lo que ella sugería; su gesto de preocupación se convirtió poco a poco en una sonrisa y sus atractivos ojos azules expresaron su deseo y su amor.

—Ayla, mujer, mi bella y amante mujer —dijo, con la voz ronca a causa del deseo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez y Jondalar estaba dispuesto, pero se tomó el tiempo necesario para besarla lenta y apasionadamente. Sintió que los labios de Ayla se entreabrían para dar acceso a su boca tibia; eso alentó su pensamiento hacia otros labios que se entreabrían y otras aberturas húmedas y tibias, de tal forma que sintió anticipadamente los impulsos de su propia virilidad. Sería bastante difícil abstenerse de darle placeres.

Ayla le abrazó con fuerza y cerró los ojos para pensar únicamente en la boca de Jondalar sobre la que ella le ofrecía y en su lengua, que la exploraba lentamente. Sintió el calor turgente de Jondalar presionando sobre el cuerpo femenino, y su respuesta fue tan inmediata como la del hombre; un ansia tan intensa que no quiso esperar. Deseaba estar más cerca de él, estar tan cerca como sólo es posible sintiéndola en su interior. Manteniendo sus labios sobre los de Jondalar, deslizó los brazos hacia abajo, desde el cuello, para desatar el cierre de sus propios calzones de piel. Los dejó caer al suelo y después buscó los cordeles que sostenían los pantalones de Jondalar.

Jondalar sintió que ella manipulaba los nudos que él había tenido que atar con los cordeles de cuero cortados. Se enderezó, separándose de Ayla, sonrió en los ojos que tenían el color gris azulado de cierto pedernal de buena calidad, desenfundó el cuchillo y cortó de nuevo los lazos. De todos modos, tendría que reemplazarlos. Ella también sonrió; después sostuvo su propia prenda el tiempo suficiente para avanzar unos pasos sobre las pieles de dormir y, finalmente, cayó sobre ellas. Jondalar la siguió mientras Ayla desataba su calzado y, después, el del propio Jondalar.

De costado, volvieron a besarse; Jondalar deslizó la mano bajo el chaquetón de piel de la túnica en busca del seno firme. Sintió que el pezón se endurecía en su palma y después levantó las gruesas prendas para desnudar el seductor extremo. El pezón se contrajo con el frío hasta que él lo introdujo en su boca. Después se entibió, pero no se relajó. Como no deseaba esperar, ella se puso de espaldas, atrayendo a Jondalar sobre su propio cuerpo y se abrió para recibirle.

Con un sentimiento de alegría, porque ella estaba tan preparada como él, Jondalar se arrodilló entre los muslos tibios y dirigió su miembro ansioso hacia el pozo

profundo. La húmeda tibieza de Ayla lo envolvió, acariciando la plenitud de Jondalar mientras él penetraba en la profundidad con un gimiente suspiro de placer.

Ayla lo sintió en su interior, penetrando profundamente, y lo acercó más al núcleo de su propio ser. Se permitió olvidarlo todo, excepto la calidez del hombre que la colmaba mientras ella se arqueaba para recibirle mejor. Sintió que él se retiraba un poco, acariciándola íntimamente, y después la llenaba otra vez. Con un grito expresó su bienvenida y su placer mientras el largo vástago de Jondalar se retiraba y penetraba de nuevo, en la posición exacta, de modo que, cada vez que él penetraba, su virilidad frotaba el pequeño centro de placer de Ayla, transmitiendo excitantes sacudidas a través de todo el cuerpo femenino.

Jondalar se acercaba deprisa al final; durante un momento temió que la urgencia fuese excesiva, pero no hubiera podido contenerse aunque lo intentara, y esta vez no lo intentó. Se permitió avanzar y retirarse según lo imponía su necesidad, y sintió la disposición de Ayla en el ritmo del movimiento de la joven, que se acompasaba al de Jondalar, cada vez más veloz. De pronto, abrumadoramente, él llegó a la culminación.

Con una intensidad pareja a la de Jondalar, ella estaba preparada. Murmuró:

—Ahora, ¡oh!, ahora —mientras se esforzaba por llegar al mismo tiempo. El modo en que ella le alentó fue una sorpresa. No lo había hecho antes, pero tuvo un efecto inmediato. Con el impulso siguiente, la erección de Jondalar alcanzó la fuerza de una erupción convulsiva y estalló en una explosión de liberación y placer. Ella iba ligeramente retrasada y, con un grito de placer exquisito, culminó un momento después. Unos pocos movimientos más y ambos se calmaron.

Aunque todo terminó rápidamente, el momento había sido tan intenso que la mujer necesitó un rato para bajar de la cima a la que había llegado. Cuando Jondalar pensó que su peso sobre ella era excesivo, rodó a un costado y se desprendió; Ayla experimentó un inexplicable sentimiento de vacío y el deseo de permanecer más tiempo unidos. En cierto modo, él la completaba, y la comprensión cabal de lo mucho que ella había temido por Jondalar y echado de menos su presencia la afectó de un modo tan acerbo que sintió que las lágrimas afluían a sus ojos.

Jondalar vio una gota de agua transparente que descendía por la comisura externa del ojo de Ayla y por su mejilla y llegaba a su oreja. Se incorporó un poco y la miró.

—¿Qué sucede, Ayla?

—Me siento tan feliz de estar contigo —dijo ella, y otra lágrima afloró y se estremeció sobre el borde de su ojo, antes de derramarse.

Jondalar la tocó con un dedo y se llevó a los labios la gota salada.

—Si eres feliz, ¿por qué lloras? —dijo, aunque sabía la respuesta.

Ella meneó la cabeza, incapaz de hablar en ese momento. Jondalar sonrió con la conciencia de que ella compartía sus intensos sentimientos de alivio y gratitud porque ahora estaban de nuevo juntos. Se inclinó para besarle los ojos y la mejilla y, finalmente, su bella boca sonriente.

—Yo también te amo —murmuró al oído de Ayla.

Sintió un débil movimiento de su virilidad y sintió el deseo de empezar de nuevo; pero no era el momento. Seguramente Epadoa les seguía el rastro y, más tarde o más temprano, los encontraría.

—Hay un arroyo cerca —dijo Ayla—. Necesito lavarme y también podría traer agua.

—Iré contigo —dijo el hombre, porque aún deseaba estar cerca de Ayla, porque además sentía un impulso protector.

Recogieron sus prendas y las botas y después los recipientes para el agua; se acercaron a un arroyo bastante ancho, casi cubierto por el hielo, que dejaba correr el agua sólo en un pequeño sector central. Jondalar se estremeció al recibir el impacto del agua helada y admitió que se lavaba sólo porque ella lo hacía. Hubiera preferido que el cuerpo se le secara en la tibieza de sus ropas. Pero si ella tenía la más mínima oportunidad, incluso con el agua más fría, siempre se lavaba. Jondalar sabía que era un rito que su madrastra del clan le había enseñado, aunque ahora invocaba a la Madre con palabras murmuradas en mamutoi.

Llenaron los recipientes de agua, y mientras regresaban a su campamento, Ayla rememoró la escena que había presenciado poco antes de que cortara la primera vez las ataduras de Jondalar.

—¿Por qué no te acoplaste con Attaroa? —preguntó—. Heriste su orgullo en presencia de su pueblo.

—Yo también tengo orgullo. Nadie me obligará a compartir el don de la Madre. Y, además, no habría cambiado nada. Estoy seguro de que su intención siempre había sido la de convertirme en blanco de sus lanzas. Pero ahora creo que tú eres quien debe andarse con cuidado. «Descortés y poco hospitalaria»… —sonrió; después adoptó una expresión más grave—. Te odia, y tú lo sabes. Si se le ofrece la oportunidad, nos matará.

Capítulo 30

Cuando Ayla y Jondalar se prepararon para dormir, ambos permanecieron atentos a todos los sonidos que alcanzaban a oír. Ataron cerca a los caballos y Ayla mantuvo a Lobo al lado de su lecho, pues sabía que él le avisaría si se producían ruidos extraños; pero, aun así, durmió mal. Sus sueños tenían un perfil amenazador, aunque desdibujado y desorganizado, sin mensajes o advertencias que ella pudiese precisar, excepto que Lobo aparecía constantemente en ellos.

Despertó cuando los primeros hilos de la luz del día se filtraron a través de las desnudas ramas de sauce y alerce, hacia el este, cerca del arroyo. Todavía estaba oscuro dentro del espacio cerrado, pero mientras observaba comenzó a ver que los abetos de gruesas agujas y los pinos piñoneros de agujas más largas se perfilaban en la luz paulatinamente más intensa. Un fino polvo de nieve seca había rociado todo el sector durante la noche, cubriendo las plantas verdes, los matorrales enmarañados, la hierba seca y las camas con un manto blanco, pero Ayla sentía una agradable tibieza.

Casi había olvidado lo gratificante que era tener a Jondalar durmiendo junto a ella; permaneció inmóvil un rato, gozando de la proximidad del hombre. Pero su mente no permanecía quieta. Continuó pensando en el día que la esperaba y reflexionando acerca de lo que iba a preparar para el festín. Finalmente, decidió levantarse, pero, cuando intentó deslizarse fuera de las pieles, sintió el brazo de Jondalar que le rodeaba la cintura y la retenía.

—¿Es necesario que te levantes? Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que te sentí al lado, que detesto dejarte ir —dijo Jondalar, acariciándole el cuello.

Ella retornó a la calidez de las mantas.

—Yo tampoco deseo levantarme. Hace frío, y preferiría permanecer aquí, bajo las pieles y contigo, pero tengo que cocinar algo para el «festín» de Attaroa y prepararte el desayuno. ¿No tienes apetito?

—Ahora que lo mencionas, ¡creo que me comería un caballo! —dijo Jondalar, mirando exageradamente a los dos que estaban allí al lado.

—¡Jondalar! —exclamó Ayla, fingiéndose impresionada.

Él le dedicó una sonrisa.

—No uno de los nuestros, pero, de todos modos, eso es lo que he estado comiendo últimamente… cuando me daban de comer. Si no hubiese tenido tanto apetito, creo que no habría aceptado la carne de caballo; pero cuando no hay otra cosa, uno come lo que puede. Y no es mala.

—Lo sé, pero no es necesario que continúes comiéndola. Disponemos de otros alimentos —dijo Ayla. Se acurrucaron juntos un rato más; después Ayla apartó la piel —. El fuego se ha apagado; si enciendes otro, prepararé nuestra infusión matutina. Hoy necesitamos un buen fuego, con mucha leña.

Para la comida de la noche anterior Ayla había preparado una cantidad mayor de lo normal de una espesa sopa de carne seca de bisonte y raíces secas, agregando unos

cuantos piñones de las piñas de los árboles que crecían cerca; pero Jondalar no había podido comer todo lo que le hubiera gustado. Después que ella apartó las sobras, acercó un canasto con pequeñas manzanas enteras, apenas más grandes que cerezas, que había descubierto mientras seguía la pista de Jondalar. Estaban heladas, pero aún se mantenían adheridas a un achaparrado bosquecillo de árboles sin hojas, sobre la ladera meridional de la colina. Ayla había cortado por la mitad aquellas manzanitas duras, las había despojado de las semillas y después las había hervido un rato con brotes secos de rosal. Dejó toda la noche este brebaje en el fuego. Por la mañana se había enfriado y espesado, gracias a la peptina natural, formando una salsa que tenía la consistencia de una jalea, con pedazos de piel de manzana más duros.

Antes de preparar la infusión de la mañana, Ayla agregó un poco de agua a la sopa que había sobrado, y colocó más piedras de cocinar en el fuego, para calentarla para el desayuno. También probó la espesa mezcla de manzanas. El frío había moderado la áspera acritud natural de las manzanas duras; la incorporación de los brotes de rosal había producido una coloración rojiza y un sabor fragante y dulzón. Sirvió un cuenco a Jondalar al mismo tiempo que la sopa.

—¡Éste es el mejor alimento que jamás he comido! —gritó Jondalar después de probar los primeros bocados—. ¿Qué has hecho para que tuviese tan buen sabor?

Ayla sonrió.

—Lo encuentras muy sabroso porque tienes apetito.

Jondalar asintió, y entre un bocado y otro dijo:

—Supongo que tienes razón. Esto hace que compadezca a los que aún están en el cercado.

—Nadie debería pasar hambre cuando hay suficiente alimento —dijo Ayla, y su cólera se encendió un momento—. La cosa es diferente cuando todos están necesitados.

—A veces, hacia el final de un invierno muy duro, puede suceder eso —indicó Jondalar—. ¿Alguna vez has pasado hambre?

—Me he visto obligada a prescindir de algunas comidas, y parece que los bocados favoritos siempre son los primeros que desaparecen, pero si sabes dónde buscar, generalmente siempre encuentras algo que comer… ¡Con la condición de que tengas libertad para buscar!

—He conocido a gente que pasó hambre porque se le terminaron los alimentos y no sabía dónde encontrarlos; pero, Ayla, se diría que tú siempre encuentras algo que comer. ¿Cómo sabes tanto?

—Iza me enseñó. Creo que siempre me interesaron las comidas y las cosas que crecen —dijo Ayla, y después hizo una pausa—. Pienso que hubo una época en que casi llegué a pasar hambre, poco antes de que Iza me encontrase. Era joven y no recuerdo mucho de esa época. —Una plácida sonrisa de remembranza se dibujó en su cara—. Iza decía que nunca había conocido a nadie que aprendiera con tanta rapidez a buscar el alimento, sobre todo porque yo no nací con el recuerdo de dónde o cómo

buscarlo. Decía que el hambre me había enseñado.

Cuando terminó de devorar una segunda y generosa porción, Jondalar vio cómo Ayla examinaba sus reservas de alimento conservado, que estaban cuidadosamente guardadas, y comenzaba a preparar el plato que se proponía llevar para el festín. Había estado pensando en el recipiente apropiado para cocinar la comida; tenía que ser lo suficientemente grande como para contener la cantidad necesaria para todo el campamento s'armunai, pues habían escondido la mayor parte de su equipo y sólo traían consigo los elementos más esenciales.

Cogió el recipiente de agua más grande y vació el contenido en cuencos más pequeños y en otros cacharros de cocina; después separó el revestimiento de cuero, que había sido cosido con la piel afuera. El revestimiento provenía del estómago de un uro, que no era exactamente impermeable, pero filtraba muy lentamente. El cuero suave de la cubierta absorbía lentamente la humedad, que se evaporaba por los poros, de modo que la cara exterior se mantenía básicamente seca. Ayla abrió el extremo superior del revestimiento, lo ató a un marco de madera con tendones que extrajo de su bolso de costura, después volvió a llenarlo con agua y esperó hasta que se filtró una delgada película de humedad.

Ahora, el fuego vivo que habían encendido antes se había convertido en un montón de brasas; Ayla depositó directamente sobre ellas el saco de agua sujeto al armazón de madera, cuidando de que cerca hubiese más agua para mantener siempre lleno el recipiente de piel. Mientras esperaba que el agua hirviese, comenzó a entretejer un apretado canasto de ramas de sauce y paja amarillenta, flexibilizados por la humedad de la nieve.

Cuando comenzaron a aparecer burbujas, cortó tiras de carne seca magra y, junto con algunas untuosas tortas de sus provisiones de viaje, las introdujo en el agua para obtener un caldo espeso y carnoso. Después agregó una mezcla de diferentes cereales. Más tarde incorporaría también algunas raíces secas, zanahorias silvestres y cacahuetes ricos en almidón, además de otras hortalizas de vaina y tallo, pasas y bayas. Lo sazonó todo con una selecta serie de hierbas, que incluía uña de caballo, acedera, albahaca y barba de cabra, y un poco de sal que conservaba desde el día en que había abandonado la Reunión de Verano de los mamutoi y de cuya existencia Jondalar ni siquiera tenía idea.

Jondalar no quería alejarse mucho; permaneció cerca, recogiendo leña, trayendo más agua, arrancando hierbas y cortando ramas de sauce para los canastos que ella entretejía. Se sentía tan feliz de estar con ella que no deseaba perderla de vista. Ayla se sentía igualmente feliz de gozar nuevamente de la compañía de Jondalar. Pero cuando el hombre vio la gran cantidad de ingredientes que empleaba, comenzó a preocuparse. Acababa de pasar por un período de mucha necesidad y tenía una anormal apreciación de los alimentos.

—Ayla, en ese plato va gran parte de nuestras raciones alimentarias de emergencia. Si gastas tanto, podemos quedarnos desabastecidos.

—Quiero preparar suficiente comida para todos, para los hombres y las mujeres del campamento de Attaroa, porque quiero demostrarles lo que podrían tener en sus propios depósitos si colaborasen —explicó Ayla.

—Tal vez yo podría coger mi lanzavenablos y ver si puedo encontrar carne fresca —dijo Jondalar con una expresión preocupada.

Ella le miró, sorprendida por su preocupación. En general, la mayor parte del alimento que habían consumido durante el viaje provenía de las regiones que atravesaban y, casi siempre, cuando echaban mano de sus reservas, lo hacían más por comodidad que por necesidad. Además, tenían más alimentos guardados con el resto de sus cosas, cerca del río. Ella le examinó atentamente. Por primera vez advirtió que estaba más delgado y comenzó a comprender aquella preocupación tan poco característica en él.

—Quizá sea una buena idea —dijo Ayla—. Deberías llevar a Lobo contigo. Es eficaz descubriendo y levantando las presas y podría avisarte si alguien se acerca. Estoy segura de que Epadoa y las Lobas de Attaroa están buscándonos.

—Si llevo a Lobo, ¿quién te avisará a ti? —preguntó Jondalar.

—Lo hará Whinney. Sabrá si se aproximan extraños. Pero me gustaría salir de aquí apenas terminemos con todo esto y volver al asentamiento de los s'armunai.

—¿Tardarás mucho? —preguntó Jondalar, con señales de preocupación en su frente, mientras sopesaba sus alternativas.

—Creo que no mucho, pero no estoy acostumbrada a cocinar tanto de una sola vez y, por eso, no me siento muy segura.

—Quizá debiera esperar y salir después de cacería.

—A ti te toca decidirlo, pero si te quedas, me vendría bien un poco más de leña —añadió Ayla.

—Te traeré alguna leña —dijo. Mirando a su alrededor, añadió—: Y guardaré todo lo que no estás usando; de ese modo estaremos listos para partir.

Ayla necesitó más tiempo del que había previsto; alrededor de media mañana Jondalar se fue con Lobo a explorar el lugar, más con el propósito de asegurarse de que Epadoa no estaba cerca que de buscar animales. Le sorprendió un poco el entusiasmo con que el lobo le acompañó… una vez que Ayla se lo ordenó. Siempre había pensado que el animal pertenecía exclusivamente a Ayla y nunca se le había ocurrido llevarlo consigo. El animal demostró que era una buena compañía y, además, levantó alguna presa; pero Jondalar decidió que le permitiría consumir sólo el conejo que había atrapado.

Cuando regresaron, Ayla entregó a Jondalar una generosa porción caliente de la deliciosa pasta que había preparado para el campamento. Aunque generalmente comían sólo dos veces al día, apenas vio el cuenco repleto de alimento, Jondalar se dio cuenta de que tenía mucho apetito. Ayla retiró una parte de la ración y dio también un poco a Lobo.

Poco después de mediodía estuvieron listos para partir. Mientras se cocía el

alimento, Ayla había terminado dos canastos redondos y altos, ambos de buen tamaño, pero uno un poco más grande que el otro; los dos fueron cargados con la espesa y sabrosa combinación. Incluso había agregado algunas aceitosas nueces de pino de las piñas arrancadas de los árboles. Suponía que a causa de su dieta formada principalmente por carne magra, la abundancia de grasas y aceites sería sobremanera atractiva para los habitantes del campamento. Sabía también, sin comprender muy bien la razón, que era lo que más necesitaban, sobre todo en invierno, como fuente de calor y de energía, y para lograr que, con el complemento de los cereales, todos se sintieran saciados y satisfechos.

Ayla cubrió los cuencos repletos con canastos vacíos invertidos, en funciones de tapas; los colocó sobre el lomo de Whinney y los aseguró con un tosco sustentáculo de hierba seca y ramas de sauce que había entrelazado rápidamente, pues los utilizaría sólo una vez para desecharlos después. Finalmente, retornaron al asentamiento s'armunai, pero por un acceso distinto. Durante el trayecto comentaron lo que iban a hacer con los animales apenas llegaran al campamento de Attaroa.

—Podemos ocultar los caballos en los bosques, junto al río. Atarlos a un árbol y hacer a pie el resto del trayecto —propuso Jondalar.

—No quiero atarlos. Si las cazadoras de Attaroa los encontraran, para ellas sería demasiado fácil matarlos —dijo Ayla—. Si están libres, por lo menos tienen la posibilidad de escapar y acudir a nosotros cuando silbemos. Prefiero más bien tenerlos cerca, donde podamos verlos.

—En ese caso, el campo de pasto seco que está junto al campamento puede ser un lugar apropiado. Creo que se quedarán allí sin necesidad de que los atemos. Generalmente se mantienen cerca si los llevamos a un lugar donde tienen algo que comer —dijo Jondalar—. Y a Attaroa y a los s'armunai les impresionará mucho si ambos entramos en el campamento montando caballos. Si son como los demás que hemos conocido, los s'armunai probablemente sentirán temor ante quienes pueden controlar a los caballos. Todos piensan que todo eso tiene que ver con los espíritus o los poderes mágicos, o algo por el estilo; pero mientras teman, estamos en ventaja. Como somos sólo dos, necesitamos todas las salvaguardas posibles.

—Es cierto —dijo Ayla, frunciendo el entrecejo, tanto a causa de la preocupación que sentía por ellos mismos y por los animales, como porque detestaba la idea de aprovecharse de los temores infundados de los s'armunai. Le parecía como si estuviera mintiendo, pero ahora sus vidas corrían peligro y muy probablemente sucedía lo mismo con la vida de los niños y los hombres del cercado.

Fue un momento difícil para Ayla. Se le exigía que eligiera entre dos males, pero había sido ella la que había insistido en regresar para ayudar a aquella gente, a pesar de que retornar constituía una amenaza para la vida de ambos. Tenía que dominar su innata compulsión a decir siempre la verdad absoluta; tenía que elegir el mal menor, adaptarse, si deseaba tener la posibilidad de salvar a los niños y a los hombres del campamento y salvarse ellos mismos de la locura de Attaroa.

—Ayla —dijo Jondalar—. ¿Ayla? —repitió, en vista de que no había respondido a su observación anterior.

—¡Ah!… ¿sí?

—¿Qué me dices de Lobo? ¿También vamos a entrar con él en el campamento?

Ayla meditó sobre el particular.

—No, no lo creo conveniente. Están enterados de lo de los caballos, pero nada saben de un lobo. En vista de lo que les encanta hacer con los lobos, no veo razón alguna para darles la oportunidad de acercarse demasiado al animal. Le diré que se mantenga oculto. Creo que lo hará, si me ve de vez en cuando.

—¿Dónde se podrá esconder? Alrededor del poblado es casi todo campo abierto.

Ayla reflexionó un momento.

—Lobo puede permanecer donde yo me ocultaba mientras estaba observándote. Podemos dar un rodeo desde aquí hasta la falda de la colina. Hay unos árboles y algunos matorrales a lo largo de un arroyuelo que corre en esa dirección. Puedes esperarme aquí con los caballos; después retornaremos y entraremos en el campamento desde otra dirección.

Nadie les vio entrar en el campamento desde la faja boscosa; los primeros que divisaron a la mujer y al hombre, cada uno en su caballo, atravesando a campo abierto en dirección al poblado, tuvieron la sensación de que habían surgido pura y simplemente de la nada. Cuando llegaron a la amplia morada de Attaroa, todos los que pudieron se reunieron para observarlos. Incluso los hombres del cercado se habían agrupado detrás de la empalizada y espiaban a través de las rendijas.

Attaroa estaba en pie, con las manos en jarras y las piernas separadas, adoptando su actitud de mando. Aunque jamás lo hubiera reconocido, estaba impresionada y bastante inquieta de verlos; y, ahora, a los dos montando caballos. Las pocas veces que alguien había escapado de ella, lo había hecho corriendo con toda la velocidad que sus piernas le permitían. Y nadie había regresado jamás voluntariamente. ¿Qué poder asistía a aquellos dos para decidirse a regresar con tanta confianza? Dominada por su temor profundo a la venganza de la Gran Madre y a Su Mundo de los Espíritus, Attaroa se preguntaba ahora qué significado podía tener la reaparición de la enigmática mujer y del hombre alto y apuesto. Pero sus palabras no dejaron traslucir la inquietud que sentía.

—De modo que habéis decidido volver —dijo, mirando a S’Armuna para indicarle que debía traducir.

Jondalar pensó que la hechicera también parecía sorprendida, pero percibió que aquella mujer se sentía aliviada. Antes de traducir al zelandoni las palabras de Attaroa, S’Armuna habló directamente a los dos viajeros.

—No importa lo que ella diga; os aconsejo, hijo de Marthona, que no os alojéis en su vivienda. Mi ofrecimiento todavía sigue en pie para ambos —dijo, antes de repetir

el comentario de Attaroa.

La jefa miró a S'Armuna, segura de que había dicho más palabras de las necesarias para traducir. Pero, como no conocía la lengua, no podía asegurarlo.

—Attaroa, ¿por qué no habíamos de volver? ¿No hemos sido invitados a un festín en nuestro honor? —preguntó Ayla—. Hemos traído nuestra contribución a la comida.

Mientras S'Armuna traducía estas palabras, Ayla pasó la pierna sobre el cuello de Whinney y se deslizó hasta el suelo; después retiró el recipiente más grande y lo depositó entre Attaroa y S'Armuna. Levantó el canasto que servía de tapadera y el delicioso aroma del enorme montículo de cereales cocidos junto con otros alimentos hizo que todos miraran hacia allí maravillados mientras la boca se les hacía agua. Era un manjar que rara vez habían saboreado en los últimos años, sobre todo en invierno. Incluso Attaroa se sintió momentáneamente desconcertada.

—Parece que hay suficiente para todos —dijo.

—Esto es sólo para las mujeres y los niños —añadió Ayla. Después cogió otro recipiente un poco más pequeño que Jondalar acababa de traer y lo depositó al lado del primero. Retiró la tapa y anunció—: Éste es para los hombres.

Se oyó un murmullo procedente de un lugar que estaba detrás de la empalizada y de las mujeres que habían salido de sus viviendas; pero Attaroa estaba furiosa.

—¿Qué significa eso de «para los hombres»?

—Se da por sentado que, cuando el jefe de un campamento anuncia un festín en honor de un visitante, incluye a toda la gente. He supuesto que tú eres la jefa de todo el campamento y que se esperaba que yo trajera suficiente para todos. Tú eres la jefa de todos, ¿no es así?

—Por supuesto, soy la jefa de todos —masculló Attaroa, quien, de pronto, no supo qué añadir.

—Si todavía no estás preparada, creo que llevaré dentro estos recipientes para que no se enfríen —dijo Ayla, cogiendo de nuevo el más grande y volviéndose hacia S'Armuna. Jondalar, por su parte, cogió el otro recipiente.

Attaroa reaccionó deprisa.

—Os invité a quedaros en mi vivienda —dijo.

—Estoy segura de que los preparativos te tienen muy atareada —dijo Ayla—, y no deseo molestar a la jefa de este campamento. Es más apropiado que nos alojemos con La Que Sirve a La Madre. —S'Armuna tradujo y después agregó—: Así se hace siempre.

Ayla se volvió y dijo por lo bajo a Jondalar:

—¡Comienza a caminar hacia la morada de S'Armuna!

Mientras Attaroa les veía alejarse con la hechicera, una sonrisa de verdadera perversidad deformó lentamente sus rasgos y convirtió una cara, que podría haber sido bella, en una caricatura repugnante e infrahumana. «Han sido unos estúpidos volviendo aquí», pensó, al darse cuenta de que su regreso le daba la oportunidad que

estaba deseando: la de destruirlos. Pero también sabía que debía sorprenderlos desprevenidos. Al pensar en ello, se alegró de que se hubiesen ido con S'Armuna. De ese modo no se cruzarían en su camino. Necesitaba tiempo para pensar y discutir un plan con Epadoa, que aún no había regresado.

Pero, por el momento, tendría que continuar con el proyectado festín. Hizo una señal a una de las mujeres, que tenía una niña pequeña y que era su favorita; le dijo que comunicase a las demás mujeres que preparasen alimentos para una celebración.

—Que haya suficiente para todos —dijo la jefa—, incluso para los hombres del cercado.

La mujer pareció sorprendida, pero asintió y se alejó a toda prisa.

—Supongo que querréis tomar una infusión caliente —dijo S'Armuna, después de señalar a Ayla y Jondalar los lugares donde podían dormir, esperando que Attaroa irrumpiese en cualquier momento. Después de haber bebido la infusión sin que nadie les molestase, se relajaron un tanto. Cuanto más tiempo Ayla y Jondalar estuviesen allí sin que la jefa se opusiera, más probable era que les permitieran permanecer en aquel lugar.

Pero una vez que cedió la tensión provocada por la posible aparición de Attaroa, un silencio incómodo se cernió sobre las tres personas sentadas alrededor del hogar. Ayla estudió a la mujer Que Servía a la Madre, evitando que su interés fuera demasiado evidente. Su cara presentaba una extraña irregularidad; el lado izquierdo era mucho más prominente que el derecho; supuso incluso que S'Armuna podía sentir un poco de dolor en el malformado lado derecho cuando masticaba. La mujer no hacía nada para disimular esa anormalidad y exhibía con sencilla dignidad sus cabellos de color claro salpicados de canas, peinados hacia atrás y recogidos en un moño cerca de la coronilla. Por alguna razón que ella misma no atinaba a explicar, Ayla se sentía atraída por aquella mujer mayor.

Pero Ayla no pudo dejar de advertir cierta vacilación en el comportamiento de S'Armuna y pudo adivinar que la torturaba una profunda indecisión. Insistió en mirar a Jondalar como si deseara decirle algo, pero no veía la forma de hacerlo, como si deseara hallar un modo delicado de obviar un tema difícil.

Guiada por su instinto, Ayla tomó la palabra.

—S'Armuna, Jondalar me ha dicho que conociste a su madre —empezó—. Yo me preguntaba dónde aprendiste a hablar tan bien su lengua.

La mujer se volvió sorprendida hacia el visitante. «¿Su lengua, pensó, no la de Ayla?». Ayla casi percibió la súbita e intensa evaluación que la hechicera hacía de ella, pero la mirada que le dirigió fue igualmente franca.

—Sí, conocí a Marthona, y también al hombre con el que se unió.

Parecía como si deseara decir algo más; pero, por el contrario, guardó silencio. Jondalar llenó el vacío, pues deseaba hablar acerca de su hogar y su familia,

especialmente con alguien que antes los había conocido.

—¿Joconan era el jefe de la Novena Caverna cuando estuviste allí? —preguntó Jondalar.

—No, pero no me sorprende que le nombraran jefe.

—Dicen que Marthona casi compartió el liderazgo, me imagino que con las mismas funciones de una jefa mamutoi. Por eso, después de que Joconan murió…

—¿Joconan ha muerto? —le interrumpió S'Armuna. Ayla percibió el choque emocional que la noticia le produjo y detectó un gesto que era más o menos afín al pesar. Después pareció reaccionar—. Seguramente fue un momento difícil para tu madre.

—Sin duda lo fue, aunque no creo que dispusiera de mucho tiempo para pensar en ello o para prolongar demasiado su duelo. Todos se apresuraron para obligarla a aceptar el puesto de jefa. No sé cuándo conoció a Dalanar, pero cuando se unió a él ya había sido jefa de la Novena Caverna durante varios años. Zelandoni me dijo que antes de la unión ya había recibido la bendición que condujo a mi nacimiento y, por tanto, hubieran debido ser felices; pero se separaron un par de años después de mi nacimiento y él decidió alejarse. No sé qué sucedió, pero todavía se recuerdan sombrías anécdotas y canciones acerca de su amor. Y todo eso perturba a mi madre.

Ayla le animó a continuar, pues le interesaba la narración; el interés de S'Armuna también era evidente.

—Volvió a unirse y tuvo más hijos, ¿verdad? Sé que tuviste otro hermano.

Jondalar continuó hablando y dirigió sus comentarios hacia S'Armuna.

—Mi hermano Thonolan nació en el hogar de Willomar, y también mi hermana Folara. Creo que para ella fue una buena unión. Marthona es muy feliz con él, y siempre fue condescendiente conmigo. Solía viajar mucho y salía en misiones comerciales para mi madre. A veces me llevaba consigo. También a Thonolan, cuando tuvo edad suficiente. Durante mucho tiempo consideré que Willomar era el hombre de mi hogar, hasta que fui a vivir con Dalanar y le conocí un poco mejor. Todavía me siento cerca de él, aunque Dalanar fue también muy bueno conmigo y llegué a amarle igualmente. Pero todos simpatizan con Dalanar. Descubrió una mina de pedernal, conoció a Jerika y fundó su propia caverna. Tenía una hija, Joplaya, que es prima mía cercana…

De pronto, Ayla pensó que si un hombre era tan responsable como la mujer del comienzo de la nueva vida que crecía en una mujer, entonces la «prima» a quien él llamaba Joplaya era en realidad su hermana; una hermana con el mismo derecho que lo era la llamada Folara. Jondalar decía que era su prima cercana: ¿quizá porque ellos reconocían la existencia de un vínculo más estrecho que la relación con los hijos de las hermanas de la madre o los compañeros de sus hermanos? La conversación acerca de la madre de Jondalar se había desarrollado mientras ella meditaba acerca de las implicaciones del parentesco de Jondalar.

—… Después, mi madre entregó el liderazgo a Joharran, aunque éste insistió en

que ella continuara aconsejándole —dijo Jondalar—. ¿Cómo llegaste a conocer a mi madre?

S'Armuna vaciló un momento, su mirada se perdió en el espacio, como si estuviera contemplando una imagen del pasado, y después comenzó a hablar lentamente.

—Yo era poco más que una niña cuando me llevaron allí. El hermano de mi madre era el jefe y yo era su niña favorita, la única niña nacida de sus dos hermanas. Había realizado un viaje en su juventud, y sabía de la renombrada Zelandonia. Cuando se pensó que yo tenía cierto talento o don para Servir a la Madre, quiso que los mejores maestros me enseñaran. Me llevó a la Novena Caverna, porque su Zelandoni era el primero entre los Que Sirven a la Madre.

—Parece ser una tradición en la Novena Caverna. Cuando yo aparecí, nuestro Zelandoni acababa de ser elegido el primero —comentó Jondalar.

—¿Conoces el nombre anterior de quien ahora es el primero? —preguntó S'Armuna, bastante interesada.

Jondalar insinuó una sonrisa sesgada y Ayla creyó comprender la causa.

—La conocí con el nombre de Zolena.

—¿Zolena? Es joven para ser la primera, ¿verdad? No era más que una hermosa niñita cuando yo estaba allí.

—Quizá joven, pero consagrada a su función —dijo Jondalar.

S'Armuna asintió y después retomó el hilo de su historia.

—Marthona y yo teníamos casi la misma edad, y el hogar de su madre tenía una elevada jerarquía. Mi tío y tu abuela, Jondalar, llegaron a un acuerdo para que yo viviese con ella. Él permaneció allí sólo el tiempo necesario para asegurarse de que yo estaba bien. —Los ojos de S'Armuna tenían una expresión distante; después sonrió—. Marthona y yo éramos como hermanas. Incluso más unidas que hermanas, más bien como mellizas. Nos gustaban las mismas cosas y lo compartíamos todo. Incluso decidió adaptarse al modo de vida zelandonii al mismo tiempo que yo.

—No lo sabía —dijo Jondalar—. Quizá fuese allí donde desarrolló sus cualidades como jefa.

—Quizá, pero en ese momento ninguna de nosotras pensaba en el mando. Éramos inseparables y nos gustaban las mismas cosas…, hasta que aquello se convirtió en un problema.

De pronto, S'Armuna se calló.

—¿Problema? —inquirió Ayla—. ¿Era un problema sentirse tan unida a una amiga?

Había estado pensando en Deegie y en lo maravilloso que habría sido tener una buena amiga, aunque fuese por poco tiempo. Le habría encantado conocer a una persona semejante cuando ella estaba creciendo. Uba había sido como una hermana, pero por mucho que Ayla la amase, Uba pertenecía al clan. Por mucha intimidad que ella sintiera, había ciertas cosas que una jamás podría comprender acerca de la otra;

por ejemplo, la curiosidad innata de Ayla y los recuerdos de Uba.

—Sí —dijo S'Armuna, mirando a la joven, súbitamente consciente de su extraño acento—. El problema fue que nos enamoramos del mismo hombre. Creo que Joconan pudo habernos amado a las dos. Cierta vez habló de una doble unión, y creo que Marthona y yo habríamos aceptado; pero para entonces el anciano Zelandoni había fallecido, y cuando Joconan acudió al nuevo pidiendo consejo, él le dijo que eligiese a Marthona. Pensé entonces que se debía a la belleza de Marthona y a que su rostro no estaba deformado; pero ahora creo que puede haber sido porque mi tío les había dicho que deseaba mi regreso. No asistí a la ceremonia matrimonial, estaba demasiado enfadada y resentida. Regresé apenas me lo dijeron.

—¿Volviste aquí sola? —preguntó Jondalar—. ¿Y cruzaste sola el glaciar?

—Sí —dijo la mujer.

—No muchas mujeres emprenden viajes tan largos, y sobre todo solas. Era realmente una empresa peligrosa y requería valor —dijo Jondalar.

—Peligroso, sí. Estuvo a punto de caer en una grieta, pero no estoy tan segura de mi valor. Creo que la cólera me sostenía. Pero cuando volví, todo había cambiado; había estado ausente muchos años. Mi madre y mi tía se habían ido al norte, donde viven muchos otros s'armunai, mis primos y hermanos; mi madre murió allí. También mi tío estaba muerto y era jefe otro hombre, un extraño llamado Brugar. No sé muy bien de dónde venía. De entrada parecía afable, no apuesto, aunque sí muy atractivo en su rudeza, pero era cruel y perverso.

—Brugar… Brugar —dijo Jondalar, cerrando los ojos y tratando de recordar dónde había oído aquel nombre—. ¿No fue el compañero de Attaroa?

S'Armuna se puso en pie y, de pronto, pareció muy agitada.

—¿Alguien desea seguir bebiendo? —preguntó. Tanto Ayla como Jondalar aceptaron. Trajo a cada uno una taza de infusión caliente preparada con hierbas y después se sirvió una ella misma; pero antes de sentarse se dirigió a sus visitantes—. Nunca he hablado de todo esto con nadie.

—¿Por qué nos lo dices ahora? —preguntó Ayla.

—Para que comprendáis. —Se volvió hacia Jondalar—. Sí, Brugar fue el compañero de Attaroa. Parece que comenzó a cambiar las cosas poco después de convertirse en jefe y empezó dando más importancia a los hombres que a las mujeres. Al principio fueron pequeños detalles. Las mujeres tenían que sentarse y esperar hasta que se les concediera permiso para hablar. No se permitía que las mujeres tocasen las armas. Al principio, el asunto no parecía grave, y a los hombres les agradaba ese poder; pero después de que la primera mujer fue muerta a golpes como castigo por haber expresado lo que pensaba, el resto comenzó a comprender que las cosas eran muy graves. En ese momento, la gente no sabía lo que había sucedido o cómo volver a la situación anterior. Brugar destacaba lo más degradante de los hombres. Tenía un grupo de secuaces, y creo que a los otros les atemorizaba la idea de contrariarle.

—Sería interesante saber dónde concibió esas ideas —dijo Jondalar.

Movida por una súbita inspiración, Ayla preguntó:

—¿Cómo era este tal Brugar?

—Tenía rasgos acentuados y ásperos, como he dicho antes, aunque era encantador y atractivo cuando se lo proponía.

—¿En esta región hay mucha gente del clan, muchos cabezas chatas? —preguntó Ayla.

—Solía haberlos, pero ahora no son tantos. Son mucho más numerosos al oeste de aquí. ¿Por qué?

—¿Qué piensan de ellos los s'armunai? ¿Sobre todo de los que tienen espíritus mezclados?

—Bien, no se les considera abominables, como creen los zelandonii. Algunos hombres han tomado como compañeras a mujeres de los cabezas chatas; y los hijos son tolerados, pero, según tengo entendido, nadie los acepta realmente.

—¿Crees que Brugar pudo haber sido un hombre de espíritus mezclados? —preguntó Ayla.

—¿Por qué formulas todas esas preguntas?

—Porque creo que él debe de haber vivido y quizá crecido con los hombres a quienes tú llamas cabezas chatas —replicó Ayla.

—¿Qué te lleva a pensar así? —preguntó la hechicera.

—Porque las cosas que tú describes son costumbres del clan.

—¿El clan?

—Es el nombre que se dan a sí mismos los «cabezas chatas» —explicó Ayla; después comenzó a hacer conjeturas—. Pero si él podía hablar tan bien que era encantador, no pudo haber vivido siempre con ellos. Probablemente no nació de ellos, pero fue a vivir con esa gente más tarde, y como era una mezcla, difícilmente le tolerarían y quizá hasta le consideraran deforme. Dudo que él realmente comprendiese las costumbres de los cabezas chatas y por eso le habrían tratado como un forastero. Su vida probablemente fue dolorosa.

S'Armuna se mostró sorprendida. Se preguntó cómo era posible que Ayla, una forastera recién llegada, pudiera saber tanto.

—Para tratarse de una persona a quien nunca has visto, pareces saber mucho de Brugar.

—Entonces, ¿nació de espíritus mezclados? —preguntó Jondalar.

—Sí. Attaroa me habló de su pasado, de lo que sabía sobre él. Al parecer, su madre fue realmente una mezcla, medio humana, medio cabeza chata; había nacido de una madre que era completamente cabeza chata —comentó S'Armuna.

Probablemente, pensó Ayla, una criatura originada por algún hombre de los Otros que la había forzado, como la niña de la Asamblea del Clan prometida a Durc.

—Su niñez seguramente fue desgraciada. Abandonó a su pueblo, cuando era apenas una mujer, con un hombre de una caverna del pueblo que vive al oeste de

aquí.

—¿Los losadunai? —preguntó Jondalar.

—Sí, creo que así les llaman. De todos modos, no mucho después que ella huyó, tuvo un varón. Era Brugar —continuó diciendo S'Armuna.

—Brugar, pero ¿a veces no se le llama Brug? —la interrumpió Ayla.

—¿Cómo lo sabes?

—Es posible que Brug fuese su nombre en el clan.

—Creo que el hombre de quien su madre huyó solía castigarla. ¿Quién sabe por qué? Algunos hombres son así.

—Se educa a las mujeres del clan para que acepten eso —dijo Ayla—. No se permite a los hombres que se golpeen unos a otros, pero pueden castigar a una mujer para reprenderla. Se supone que no las castigan, pero algunos lo hacen.

S'Armuna asintió, en actitud comprensiva.

—De modo que quizá al principio la madre de Brugar consideró natural que el hombre con quien vivía la castigase, pero después la situación debió empeorar. Los hombres de esa condición suelen caer en excesos y él comenzó a castigar también al chico. Lo cual quizá fuese la causa por la que, finalmente, ella se alejó. Sea como fuere, tomó al niño y escapó de su compañero y regresó con su pueblo —dijo S'Armuna.

—Y si para ella era difícil crecer con el clan, seguramente era peor para su hijo, que ni siquiera era completamente mezclado —dijo Ayla.

—Si los espíritus se mezclaron como era previsible que sucediera, habría tenido tres partes humanas y sólo una parte cabeza chata —confirmó S'Armuna.

De pronto, Ayla pensó en su hijo Durc. Broud le hacía difícil la vida. ¿Y si se volviera como Brugar? Pero Durc es una mezcla completa y tiene a Uba para que le quiera y a Brun para que le enseñe. Brun le aceptó en el clan cuando era el jefe y Durc era un niño. Se ocupará de que Durc conozca las costumbres del clan. Sé que sería capaz de hablar si alguien le enseñase, pero también puede evocar los recuerdos. En ese caso, podría ser un miembro pleno del clan, con la ayuda de Brun.

S'Armuna tuvo una súbita sospecha en relación con la misteriosa joven.

—Ayla, ¿cómo sabes tanto acerca de los cabezas chatas? —preguntó.

La pregunta sorprendió a Ayla. No estaba alerta como lo había estado con Attaroa, y tampoco estaba preparada para soslayar la pregunta. En definitiva, dijo toda la verdad.

—Ellos me criaron —contestó—. Mi pueblo sucumbió en un terremoto y ellos me recibieron.

—Tu niñez seguramente fue incluso más difícil que la de Brugar —dijo S'Armuna.

—No. Creo que, en cierto sentido, fue más fácil. No me consideraban un niño deforme del clan; simplemente, era distinta. Uno de los Otros, así es como nos llaman. Nada esperaban de mí. Algunos de mis actos les parecían tan extraños que no

sabían qué pensar acerca de mí. Excepto que estoy segura de que algunos de ellos creían que yo era un poco lenta, porque me costaba mucho recordar las cosas. No digo que fuese fácil crecer con ellos. Tuve que aprender a hablar a su modo y a vivir de acuerdo con sus costumbres, aprender sus tradiciones. Me vi en dificultades para introducirme, pero tuve suerte. Iza y Creb, las personas que me criaron, me amaban, y sé que sin ellos ni siquiera hubiera podido sobrevivir.

Cada una de estas afirmaciones suscitó interrogantes en la mente de S'Armuna, pero no era aquél el momento adecuado para formularlos.

—Es una suerte que en ti no haya mezcla —dijo, dirigiendo una mirada significativa a Jondalar—, sobre todo porque irás a reunirte con los zelandonii.

Ayla captó la mirada y tuvo una cierta idea de lo que la mujer quería decir. Recordó el modo en que Jondalar había reaccionado inicialmente cuando supo quién la había criado, y todavía fue peor cuando descubrió que había concebido un hijo de espíritus mezclados.

—¿Cómo sabes que todavía no los conoce? —preguntó Jondalar.

S'Armuna hizo una pausa para pensar en la pregunta. ¿Cómo lo había sabido? Dirigiéndose al hombre, sonrió.

—Has dicho que volviste a su casa, y ella dijo «su lenguaje», no el que ella habla. —De pronto, le asaltó un pensamiento, una revelación—. ¡La lengua! ¡El acento! Ahora sé dónde lo escuché antes. ¡Brugar tenía un acento como el tuyo! No tan claro como el tuyo, Ayla, aunque él no hablaba su propia lengua tan bien como tú hablas la de Jondalar. Pero seguramente se acostumbró a ese modo de hablar…, a ese amaneramiento, no es del todo un acento, mientras vivió con los cabezas chatas. Hay algo en el sonido de tu habla, y ahora que lo escucho, creo que jamás lo olvidaré.

Ayla se sintió avergonzada. Se había esforzado mucho para hablar correctamente, pero nunca había podido dominar ciertos sonidos. En general, ya no le molestaba que la gente aludiera a ello, pero S'Armuna estaba atribuyéndole excesiva importancia.

La hechicera notó la incomodidad de Ayla.

—Lo siento, Ayla. No quise avergonzarte. En realidad, hablas muy bien el zelandoni, probablemente mejor que yo, porque yo lo he olvidado mucho. Y a decir verdad, no tienes acento. Es otra cosa. Estoy segura de que la mayoría de la gente no lo advierte. Lo que sucede simplemente es que me has proporcionado una visión más clara de Brugar y eso me ayuda a comprender a Attaroa.

—¿Te ayuda a comprender a Attaroa? —preguntó Jondalar—. Ojalá pudiese yo comprender cómo alguien puede ser tan cruel.

—No siempre fue tan mala. En realidad, llegué a admirarla al principio, aunque también la compadecí mucho. Pero, en cierto modo, ella estaba preparada para Brugar y de pocas mujeres podría decirse lo mismo.

—¿Preparada? ¡Qué cosas tan extrañas dices! ¿Preparada para qué? —inquirió Jondalar.

—Preparada para su crueldad —explicó S'Armuna—. Attaroa fue muy

maltratada cuando era niña. Ella nunca habla mucho sobre eso, pero sé que pensaba que incluso su propia madre la odiaba. He sabido por otras personas que, en efecto, su madre la abandonó o, por lo menos, eso afirmaban. Se marchó y no volvieron a oír hablar de ella. Finalmente, Attaroa fue recogida por un hombre cuya compañera había muerto de parto, en circunstancias muy sospechosas, y su hijo con ella. Las sospechas se confirmaron cuando se descubrió que golpeaba a Attaroa y que la había poseído incluso antes de que fuese mujer; pero nadie quería asumir la responsabilidad de la niña. Se comentaba algo sobre su madre, algo acerca de su pasado, pero lo cierto es que ese hombre se hizo cargo de Attaroa y la deformó con su crueldad. Finalmente, el hombre murió, y ciertas personas del campamento dispusieron su unión con el nuevo jefe de este campamento.

—¿Lo arreglaron sin el consentimiento de Attaroa? —preguntó Jondalar.

—La «indujeron» a aceptar, y la trajeron con el fin de que conociera a Brugar. Como ya he dicho, éste podía ser muy encantador, y estoy segura de que Attaroa le pareció atractiva.

Jondalar dejó entrever que estaba de acuerdo. Había advertido que, en efecto, Attaroa podía ser muy atractiva.

—Creo que ella esperaba con interés la unión —continuó S'Armuna—. Creía que podía ser la oportunidad de un comienzo distinto. Después descubrió que el hombre con quien se había unido era incluso peor que el anterior. Brugar siempre acompañaba sus placeres con golpes, humillaciones y cosas peores. A su modo, él… No me atrevo a decir que la amaba, pero creo que tenía ciertos sentimientos hacia ella. Sólo que Brugar era un individuo tan… retorcido. Sin embargo, ella fue la única que se atrevió a desafiarle, a pesar de todo lo que él le hizo.

S'Armuna hizo una pausa, meneó la cabeza y continuó.

—Brugar era un hombre fuerte, muy fuerte, y le gustaba lastimar a la gente, y sobre todo a las mujeres. Creo sinceramente que le complacía provocar el sufrimiento de las mujeres. Has dicho que los cabezas chatas no permiten que los hombres golpeen a otros hombres, aunque pueden castigar a las mujeres. Tal vez eso tenga cierta relación con nuestro asunto. Pero a Brugar le encantaba el desafío de Attaroa. Era una cabeza más alta que él y es muy vigorosa. A Brugar le complacía el reto de quebrar la resistencia de Attaroa y le encantaba que se enfrentase con él. Eso le servía de excusa para lastimarla, lo cual le producía la sensación de que era un individuo poderoso.

Ayla se estremeció, recordando una situación no muy distinta de aquélla y sintió un impulso de empatía y compasión hacia la jefa del poblado.

—Brugar se pavoneaba frente a los restantes hombres, y ellos le alentaban, o por lo menos, se ponían de su lado —dijo la mujer mayor—. Cuanto más se resistía Attaroa, más se envalentonaba Brugar, hasta que ella, finalmente, se quebraba. Entonces la deseaba. Yo solía preguntarme: si al comienzo ella se hubiera mostrado complaciente, ¿Brugar se habría cansado y habría cesado de castigarla?

Ayla pensó en eso mismo. Broud se cansó de ella cuando dejó de resistirse.

—Pero no sé por qué, lo dudo —continuó diciendo S'Armuna—. Después, cuando ella se quedó embarazada y cesó de oponerse, él no cambió. Attaroa era su compañera, y por lo que a él se refería, la mujer le pertenecía. Podía hacer con ella lo que quisiera.

Ayla pensó: «Nunca fui la compañera de Broud y Brun nunca le permitía castigarme, por lo menos después de la primera vez. Aunque era su derecho, el resto del clan de Brun pensaba que el interés que me demostraba era extraño. Se oponían a su comportamiento».

—¿Brugar no cesó de golpearla, ni siquiera cuando Attaroa quedó embarazada? —preguntó desconcertado Jondalar.

—No, aunque parecía complacido porque ella iba a tener un hijo —dijo la mujer.

Ayla pensó: «Yo también quedé embarazada». Su vida y la de Attaroa presentaban muchas semejanzas.

—Attaroa vino a pedirme que la curase —continuó diciendo S'Armuna, cerrando los ojos y meneando la cabeza, como si intentara rechazar el recuerdo—. Las cosas que él le hacía eran horribles, no puedo revelároslas. Las magulladoras provocadas por los golpes eran lo de menos.

—¿Y por qué ella lo soportaba? —preguntó Jondalar.

—No tenía adónde ir. Carecía de parientes o amigos. La gente del otro campamento le había demostrado que no la quería; y al principio ella era demasiado orgullosa para regresar y explicarles que la unión con el nuevo jefe era un total fracaso. En cierto modo, yo sabía lo que sentía —dijo S'Armuna—. Nadie me castigaba, aunque Brugar lo intentó una vez, pero yo creía que no tenía otro lugar donde ir, a pesar de que cuento con parientes. Yo era La Que Servía a la Madre y no podía reconocer que las cosas se habían agravado tanto. Hubiera parecido que era mi propio fracaso.

Jondalar asintió para demostrar que lo comprendía. También en cierta ocasión había pensado que era un fracaso. Miró a Ayla y sintió que su amor por ella le desconcertaba.

—Attaroa odiaba a Brugar —continuó S'Armuna—, pero es posible también que, de un modo extraño, quizá le haya amado. A veces le provocaba intencionadamente. Yo me preguntaba si procedía así porque cuando el sufrimiento había pasado, él la poseía, y aunque no la amase o siquiera le provocase placer, por lo menos lograba que ella se sintiera deseada. Es posible que ella aprendiera a arrancar una forma perversa de placer de la crueldad de aquel hombre. Ahora no quiere a nadie. Siente placer provocando el sufrimiento de los hombres. Si la observas, puedes detectar su excitación.

—Casi la compadezco —dijo Jondalar.

—Compadécela, si quieres, pero no confíes en ella —dijo la hechicera—. Está loca, dominada por una gran perversidad. ¿Puedes entenderlo? ¿Alguna vez te

dominó un odio tan profundo que perdieras la razón?

Los ojos de Jondalar se abrieron enormes y se sintió obligado a asentir. Había experimentado una cólera así. Había golpeado a un hombre hasta que éste quedó inconsciente; ni siquiera así había podido detenerse.

—En el caso de Attaroa es como si constantemente la dominase un odio parecido. No siempre lo demuestra, en realidad es muy buena disimulando; pero sus pensamientos y sus sentimientos están tan impregnados de ese odio perverso que ya no puede pensar o sentir como lo hace la gente común. Ya no es humana —explicó la hechicera.

—¿Es posible que pueda tener un sentimiento humano? —preguntó Jondalar.

—¿Recuerdas el funeral, poco después de tu llegada? —preguntó S'Armuna.

—Sí, tres jóvenes. Dos eran varones, pero no pude averiguar qué era el tercero, aunque todos estaban vestidos del mismo modo. Recuerdo que me pregunté cuál podía ser la causa de aquellas muertes. Eran tan jóvenes…

—Attaroa provocó sus muertes —dijo S'Armuna—. Y ése de quien no estabas seguro, era su propio hijo.

Oyeron un ruido y todos se volvieron al mismo tiempo hacia la entrada de la vivienda de S'Armuna.

Capítulo 31

Una muchacha estaba de pie en el corredor de entrada de la vivienda, y miraba con aire inquieto a las tres personas que estaban dentro. Jondalar advirtió inmediatamente que era muy joven, poco más que una niña. Ayla observó que se encontraba en avanzado estado de gestación.

—¿Qué sucede, Cavoa? —preguntó S'Armuna.

—Epadoa y sus cazadoras acaban de regresar, y Attaroa está gritándoles.

—Gracias por avisarme —dijo la mujer, quien se volvió hacia sus invitados y explicó—: Las paredes de esta vivienda son tan gruesas que es difícil oír nada de lo que sucede fuera. Quizá convenga que vayamos a ver lo que pasa.

Salieron deprisa, pasando al lado de la joven embarazada, quien trató de retroceder para dejarles paso. Ayla le sonrió.

—¿No tendrás que esperar mucho, verdad? —inquirió en s'armunai.

Cavoa sonrió nerviosamente, y bajó los ojos.

Ayla pensó que la joven parecía atemorizada e incómoda, lo cual era extraño en una futura madre; pero por otra parte, se dijo, la mayoría de las mujeres que esperaban su primer hijo se sentían un poco inquietas. Apenas salieron, oyeron la voz de Attaroa.

—… Y ahora me dices que descubristeis dónde acampaban. ¡Perdisteis la oportunidad! No eres una verdadera Loba, ni siquiera eres capaz de seguir un rastro —dijo la jefa, en tono furioso y estridente.

Epadoa estaba de pie, con los labios apretados y una expresión colérica en sus ojos; pero no replicó. Se había reunido una multitud, no muy densa, pero la joven ataviada con pieles de lobo advirtió que la mayoría se había vuelto para mirar en otra dirección. Lanzó una ojeada para ver qué era lo que atraía la atención de la gente, sobresaltándose cuando reconoció a la mujer rubia que se acercaba a ellas seguida, lo que era todavía más sorprendente, por el hombre de elevada estatura. Nunca había conocido a un hombre que regresara después de haber conseguido huir.

—¿Qué están haciendo aquí? —barbotó Epadoa.

—Ya te lo he dicho. Perdiste la oportunidad —se burló Attaroa—. Han vuelto por su propia voluntad.

—¿Por qué no podemos estar aquí? —preguntó Ayla—. ¿No fuimos invitados a un festín?

S'Armuna tradujo.

—El festín aún no está preparado. Será esta noche —replicó Attaroa a los visitantes, en una seca despedida, y acto seguido se dirigió a la jefa de sus Lobas—: Entra, Epadoa, quiero hablar contigo.

Dio la espalda a todos los presentes y entró en su vivienda. Epadoa miró fijamente a Ayla, y en su frente se dibujó una profunda arruga; luego caminó detrás de la jefa.

Una vez hubo desaparecido, Ayla volvió la mirada hacia el campo, un tanto temerosa. Al fin y al cabo, sabía que Epadoa y las cazadoras mataban caballos. Se sintió aliviada cuando vio a Whinney y Corredor al fondo de la pendiente de hierba seca y quebradiza, a cierta distancia. A continuación examinó los bosques y los matorrales de la ladera que comenzaba al terminar el campamento, deseosa de ver a Lobo, pero satisfecha al no poder distinguirlo. Prefería que permaneciera oculto, aunque se esforzó por situarse en un lugar donde él pudiera verla claramente.

Mientras los visitantes regresaban con S'Armuna a la vivienda de la hechicera, Jondalar recordó un comentario que ésta había hecho antes y que había despertado su curiosidad.

—¿Cómo conseguiste que Brugar te dejara en paz? —preguntó—. Dijiste que en cierta ocasión intentó castigarte, como hacía con las restantes mujeres. ¿Cómo lograste impedirlo?

La mujer mayor se detuvo y le miró de hito en hito, y después a la joven que estaba a su lado. Ayla percibió la indecisión de la hechicera y adivinó que estaba juzgándoles, tratando de decidir hasta qué punto podía ser sincera.

—Me toleró porque soy una curandera…, siempre me reconoció como hechicera —dijo S'Armuna—, pero sobre todas las cosas, debió influir el temor que le inspiraba el mundo de los espíritus.

Los comentarios de S'Armuna suscitaron un interrogante en la mente de Ayla.

—Las hechiceras gozan de un respeto muy especial en el clan —dijo—, pero son sólo curanderas. Los mog-ures son los que se comunican con los espíritus.

—Quizá sea así con los espíritus que los cabezas chatas conocen, pero Brugar temía el poder de la Madre. Tal vez porque Ella conocía el daño que él estaba cometiendo y el mal que corrompía su espíritu. Creo que temía su castigo. Cuando le demostré que yo podía utilizar Su poder, cesó de molestarme —explicó S'Armuna.

—¿Puedes usar Su poder? ¿Cómo? —preguntó Jondalar.

S'Armuna deslizó una mano debajo de su camisa y extrajo la figurilla de una mujer, de unos diez centímetros de alto. Ayla y Jondalar habían visto muchos objetos análogos, por lo general tallados en marfil, hueso o madera. Jondalar incluso había admirado unos pocos esculpidos con el mayor esmero en piedra, usando tan sólo herramientas de piedra. Eran representaciones de la Madre, y excepto en el caso del clan, todos los grupos de personas que ellos habían conocido, desde los Cazadores del Mamut en el este al pueblo de Jondalar en el oeste, describían distintas versiones de la Madre.

Algunas figuras eran muy toscas, otras estaban exquisitamente talladas; otras eran simples esbozos, y en ciertos casos se trataba de imágenes perfectamente proporcionadas de mujeres adultas de cuerpo entero, salvo algunos aspectos abstractos. En las tallas se solían destacar los atributos de la maternidad generosa —pecho opulento, estómago abombado, caderas anchas—, mientras que, por el contrario, no se concedía especial importancia a otras características. A menudo, los

brazos estaban apenas sugeridos, o bien las piernas terminaban en punta, más que en unos pies, con el fin de que fuera posible mantener la figura erguida en el suelo. Todas ellas carecían invariablemente de rasgos faciales, puesto que no pretendían ser el retrato de una determinada mujer, y desde luego ningún artista podía conocer la cara de la Gran Madre Tierra. A veces el rostro quedaba en blanco o exhibía marcas enigmáticas, y en ocasiones los cabellos mostraban un dibujo muy elaborado que continuaba alrededor de la cabeza y cubría la cara.

El único retrato de un rostro femenino que cualquiera de ellos había visto en su vida era la dulce y tierna talla que Jondalar había realizado de Ayla cuando ambos estaban solos en el valle donde ella vivía, poco después de conocerse. Sin embargo, Jondalar lamentaba a veces su impulsiva indiscreción. Su propósito no había sido crear una figura de la Madre; había trabajado la talla porque estaba enamorado de Ayla y deseaba aprehender su espíritu. Pero después de realizarla, comprendió que esa cara tenía un tremendo poder. Temía que pudiese dañar a Ayla, sobre todo si alguna vez caía en manos de alguien que deseara controlar a la joven. También le daba miedo destruirla, por si, al hacerlo, la perjudicase. Había decidido entregársela a Ayla, para que ella misma la pusiera a buen recaudo. Ayla amaba la estatuilla femenina, con una cara tallada que se asemejaba a la suya, porque Jondalar la había trabajado. Nunca pensaba en su posible poder; sólo decía que era hermosa.

Aunque las figurillas de la Madre a menudo eran consideradas bellas, no representaban jóvenes núbiles, creadas para responder a ciertas normas masculinas de belleza. Eran representaciones simbólicas de la Mujer, de su capacidad para crear y producir vida en su propio cuerpo alimentándola con su generosa plenitud, y por analogía simbolizaban a la Gran Madre Tierra, que creaba y producía toda la vida con Su cuerpo y nutría a todos Sus hijos con Su maravillosa fecundidad. Las estatuillas también eran receptáculos del espíritu de la Gran Madre de Todos, un espíritu que podía revestir infinidad de formas.

Pero aquella figura especial de la Madre era única. S’Armuna entregó el munai a Jondalar.

—Dime de qué está hecho —rogó.

Jondalar dio vueltas a la figurilla entre sus manos, examinándola con gran atención. Tenía los pechos caídos y las caderas anchas, los rasgos estaban sugeridos sólo hasta el cuello, las piernas terminaban en punta y aunque existía un esbozo de cabellera, la cara no presentaba marca alguna. No era muy distinta por el tamaño o la forma de otras figuras que él había visto, pero el material con que estaba hecha era muy extraño. Su color era uniformemente oscuro, con un leve matiz rojizo. Cuando lo intentó, no pudo arañarlo con las uñas. No era madera, ni hueso, ni marfil, ni asta. Era duro como la piedra, pero con una textura suave, sin indicios de marcas de tallado. No correspondía a ninguna de las piedras que él conocía.

Miró a S’Armuna con expresión desconcertada.

—Es la primera vez que he visto algo semejante —dijo.

Jondalar entregó la figura a Ayla, quien sintió un escalofrío en el momento de tocarla. Se dijo que hubiera debido ponerse la chaqueta de piel al salir del campamento, pero no pudo por menos de pensar que aquel brusco escalofrío lo provocaba algo que no era precisamente la temperatura del ambiente.

—Esa munai comenzó como el polvo de la tierra —afirmó la mujer.

—¿Polvo? —se extrañó Ayla—. ¡Pero si esto es piedra!

—Sí, lo es ahora. Se convirtió en piedra.

—¿Has sido tú quien lo ha convertido en piedra? ¿Cómo puedes convertir el polvo en piedra? —preguntó Jondalar, mirándola incrédulo.

—Si te lo dijera —la mujer sonrió—, ¿creerías en mi poder?

—Si logras convencerme… —replicó el hombre.

—Te lo diré, pero no intentaré convencerte. Tendrás que hacerlo por ti mismo. Comencé a trabajar con arcilla dura y seca de la orilla del río, y la molí hasta convertirla en tierra pulverizada. Después, la mezclé con agua. —S'Armuna hizo una breve pausa, preguntándose si debía revelar más acerca de la mezcla y decidiendo por fin no hacerlo—. Cuando tuvo la consistencia adecuada, le di forma. El fuego y el aire caliente la convirtieron en piedra. —Y miró para comprobar cómo reaccionaban los dos jóvenes forasteros, si demostraban incredulidad o estaban impresionados, si dudaban o la creían.

El hombre cerró los ojos, tratando de concentrarse.

—Recuerdo haber oído… de labios de un losadunai… algo acerca de las estatuillas de la Madre fabricadas con lodo.

—En realidad —sonrió S'Armuna—, se podría decir que fabricamos munai con lodo. También animales, cuando necesitamos evocar sus espíritus, muchas clases de animales: osos, leones, mamuts, rinocerontes, caballos, lo que deseamos. Pero sólo son lodo mientras los plasmamos. Una figura creada con el polvo de la tierra mezclado con agua, incluso después de endurecerse, si es sumergida de nuevo en agua volverá a ser lodo, y más tarde se convertirá en polvo; pero después de haberle infundido vida con su llama sagrada, cambia definitivamente. El paso por el calor candente de la Madre consigue que las figuras se endurezcan como la piedra. El espíritu vivo del fuego las hace resistentes.

Ayla vio brillar una llama de entusiasmo en los ojos de la mujer, y recordó la excitación de Jondalar la primera vez que fabricó el lanzavenablos. Comprendió que S'Armuna estaba reviviendo la emoción del descubrimiento, y eso la convenció.

—Son quebradizas, incluso más que el pedernal —continuó diciendo la mujer—. La Madre Misma ha demostrado cómo puede romperse, pero el agua no las cambia. Un munai de lodo, una vez tocado por Su fuego vivo, puede permanecer a la intemperie, expuesto a la lluvia y la nieve, y aunque se hundiera en el agua, jamás se desharía.

—No cabe duda de que ejerces el poder de la Madre —dijo Ayla.

La mujer vaciló un instante y después preguntó:

—¿Os gustaría que os enseñara algo?

—¡Oh, sí! Me encantaría —exclamó Ayla, al mismo tiempo que Jondalar replicaba—: Sí, me interesaría mucho.

—Entonces, venid conmigo.

—¿Puedo llevar mi chaqueta? —pidió Ayla.

—Por supuesto. Todos tenemos que ponernos prendas más abrigadas, aunque si celebrásemos la Ceremonia del Fuego el calor sería tan intenso que nadie necesitaría pieles, ni siquiera en un día como éste. Casi todo está preparado. Deberíamos de haber encendido el fuego e iniciado la ceremonia esta noche, pero eso lleva tiempo, y hay que estar concentrado. Esperaremos hasta mañana. Esta noche, en cambio, asistiremos a un festín importante.

S'Armuna se detuvo un momento y cerró los ojos como si escuchara, sobresaltada por el pensamiento que acababa de asaltarla.

—Sí, un festín muy importante —repitió, clavada la vista en Ayla, preguntándose si la joven sería consciente del peligro que la amenazaba. Si era quien ella suponía, debería saberlo.

Entraron en la vivienda de la hechicera y se pusieron las prendas de abrigo. Ayla vio que la muchacha se había marchado. A continuación, S'Armuna les condujo a cierta distancia de su morada, al límite más lejano del poblado, en dirección a un grupo de mujeres que trabajaban alrededor de una construcción de aspecto inocente, la cual parecía una pequeña vivienda con un techo en pendiente. Las mujeres se ocupaban en llevar cargas de estiércol seco, madera y hueso a la pequeña estructura. Ayla comprendió que se trataba del combustible para el fuego. Reconoció entre las mujeres a la joven embarazada y le sonrió. Cavoa respondió con una sonrisa tímida.
S'Armuna se acercó a la entrada baja de la pequeña estructura. Inclinó la cabeza y, volviéndose, hizo una seña a los visitantes, quienes habían retrocedido porque no sabían si podían seguirla. En el interior, un hogar en el que las llamas brotaban de los carbones encendidos mantenían bastante elevada la temperatura de la antesala más o menos circular. Diferentes pilas de hueso, madera y estiércol ocupaban casi toda la mitad izquierda del espacio. En la pared curva de la derecha había varios estantes de madera basta, así como omoplatos planos y huesos pelvianos de mamuts sostenidos por piedras, encima de los cuales se veían numerosos objetos pequeños.

Al acercarse les sorprendió descubrir que los objetos eran figurillas moldeadas en arcilla y puestas a secar. Varias figuras correspondían a mujeres, eran representaciones de la Madre. Algunas, sin embargo, no estaban completas, reconociéndose en ellas tan sólo las características anatómicas femeninas, por ejemplo, los pechos o la mitad inferior del cuerpo. En otros estantes había animales, también incompletos; cabezas de león y de oso, y las formas peculiares de los mamuts, con la cabeza muy abovedada, la cruz encorvada y el lomo caído.

Las figurillas parecían obra de diferentes personas; algunas, muy toscas, demostraban escasa habilidad artística; en cambio, otros objetos respondían a un

concepto refinado y estaban bien trabajados. Aunque Ayla y Jondalar ignoraban el motivo por el cual los creadores de esas piezas habían realizado determinadas formas, comprendían que cada una estaba inspirada por una razón o un sentimiento individual.

Frente a la entrada había una abertura más pequeña que conducía a un espacio cerrado en el interior de la estructura, el cual había sido creado excavando el suelo de loess de la ladera de la colina. Excepto en que se abría en un lado, le recordaba a Ayla un gran horno en el suelo, del tipo que se excavaba en la tierra, calentado con piedras ardiendo, usado para cocer los alimentos; pero ella adivinó que en aquel horno jamás se había preparado comida. Cuando se acercó a mirar el interior, encontró un hogar en la segunda habitación.

Al ver los restos de material calcinado en la ceniza, comprendió que el hueso era utilizado como combustible, y en un examen más atento lo reconoció como un hogar análogo a los que usaban los mamutoi, pero más profundo. Ayla miró en torno, preguntándose por dónde entraría el aire destinado a alimentar la combustión. Para quemar hueso se necesitaba un fuego muy fuerte, lo que a su vez exigía la entrada de gran cantidad de aire. Los hogares mamutoi se alimentaban con el viento que soplaba constantemente en el exterior y penetraba por respiraderos controlados mediante láminas. También Jondalar examinó de cerca el interior de la segunda habitación y sacó conclusiones similares. Por el color y la dureza de las paredes, dedujo que en aquel espacio habían ardido fuegos muy intensos durante períodos prolongados. Era fácil adivinar que los pequeños objetos de arcilla de los estantes estaban destinados a recibir el mismo tratamiento.

El hombre había dicho la verdad al afirmar que nunca había visto antes una estatuilla de la Madre como la que S'Armuna le había mostrado. La figurilla, creada por la mujer que estaba de pie ante él, había sido manufacturada modificando —a través del tallado, el modelado o el pulido— un material que existía en la naturaleza. Consistía en una pieza de cerámica, es decir, arcilla cocida, y era el primer material creado por la mano y la inteligencia humanas. La cámara de calentamiento no era un horno para cocinar; era un horno de alfarero.

Y se daba la circunstancia de que la primera mufla no fue inventada con el propósito de fabricar recipientes útiles para contener agua. Mucho antes de que comenzara la alfarería, se cocieron pequeñas esculturas de cerámica que adquirieron una dureza impermeable. Las figurillas que ellos habían visto sobre los estantes representaban animales y seres humanos, pero las imágenes de mujeres —no se presentaba a los hombres, sino sólo a las mujeres— y de otros seres vivos no eran consideradas verdaderos retratos. Eran símbolos, metáforas, cuyo significado era mucho más importante que su apariencia, ya que estaban destinados a sugerir una analogía, una semejanza espiritual. Eran arte; el arte había llegado antes que la función práctica.

—¿Es éste el sitio donde arde el fuego sagrado de la Madre? —preguntó Jondalar

a la hechicera.

S'Armuna asintió, consciente de que ahora él la creía. La mujer lo supo antes de ver el lugar; el hombre había tardado un poco más.

Ayla se alegró cuando los tres salieron de la pieza. No sabía si era el calor del fuego en el pequeño espacio o los objetos de arcilla o tal vez otra cosa, pero había comenzado a sentirse incómoda. Percibía que estar allí podía hasta resultar peligroso.

—¿Cómo descubriste esto? —preguntó Jondalar, extendiendo el brazo para indicar todo el conjunto de objetos de cerámica y el horno de alfarero.

—Gracias a la Madre —respondió la mujer.

—No lo dudo, pero ¿cómo? —insistió Jondalar.

S'Armuna sonrió ante el interés del hombre. Parecía lógico que un hijo de Marthona quisiera comprender.

—La primera idea surgió cuando estábamos construyendo una vivienda —aclaró —. ¿Sabes cómo las levantamos?

—Creo que sí. Las que hay aquí se parecen a las moradas mamutoi, y nosotros ayudamos a Talut y a los demás a ampliar el Campamento del León. Ellos empezaban por la estructura de apoyo construida con huesos de mamut, a la que cubrían con una espesa capa de ramas de sauce, seguida por otra de hierba y juncos. Después añadían una capa de tierra. Encima de todo ello extendían un revestimiento blanco de arcilla del río, que se endurecía mucho al secarse.

—Es esencialmente lo mismo que hacemos nosotros. Cuando estábamos agregando el último revestimiento de arcilla, la Madre me reveló la primera parte de Su secreto. Casi habíamos terminado, pero ya oscurecía, de modo que encendimos un gran fuego. El revestimiento de arcilla comenzó a espesarse y un pedazo cayó por casualidad en la hoguera. Era un fuego vivo; usábamos como combustible gran cantidad de hueso, y lo mantuvimos encendido la mayor parte de la noche. Por la mañana, Brugar me dijo que limpiara el hogar y descubrí que parte de la arcilla se había endurecido. Me llamó la atención sobre todo un trozo que se parecía a un león.

—El tótem protector de Ayla es un león —comentó Jondalar.

La hechicera miró a Ayla; luego asintió como para sí misma, y continuó hablando.

—Cuando descubrí que la figura del león no se ablandaba en el agua, traté de obtener más arcilla igual que aquélla. Necesité muchas pruebas, y otras sugerencias de la Madre, antes de alcanzar por fin cierto éxito.

—¿Por qué nos revelas tus secretos? ¿Por qué muestras tu poder? —inquirió Ayla.

La pregunta fue tan directa que cogió desprevenida a la mujer, aunque enseguida sonrió.

—No creáis que os cuento todos mis secretos. Os muestro sólo lo que es evidente. Brugar creyó conocer mis secretos, pero pronto supo a qué atenerse.

—Seguramente Brugar estaba al tanto de las pruebas que hacías —dijo Ayla—.

No puedes encender un gran fuego sin que todos se enteren. ¿Cómo pudiste evitar que él conociera tus secretos?

—Al principio, la verdad es que no le importó gran cosa lo que yo hacía, mientras yo misma trajese mi propio combustible, pero después vio algunos de los resultados. Entonces pensó que también él podría fabricar figuras, pero no sabía todo lo que la Madre me había revelado. —La sonrisa de La Que Servía reflejó sus sentimientos de venganza y triunfo—. La Madre rechazó furiosa sus esfuerzos. Las figuras de Brugar reventaban con estrépito y se hacían añicos cuando trataba de cocerlas. La Gran Madre las arrojaba con tanta velocidad y fuerza que provocaban heridas dolorosas a las personas que estaban cerca. Después, Brugar temió mi poder y yo no intenté controlarlo.

Ayla imaginó fácilmente lo que debía ser encontrarse en la pequeña antesala, con pedazos de arcilla al rojo vivo que volaban por el aire a gran velocidad.

—De todos modos, eso no explica por qué nos dices tanto acerca de tu poder —dijo—. Es posible que otra persona que pueda entender las cosas de la Madre llegue a conocer tus secretos.

S'Armuna asintió. Había previsto la reacción de la mujer, y ya había llegado a la conclusión de que la franqueza total era el mejor camino a seguir.

—Por supuesto; no te equivocas. Tengo mis motivos. Necesito vuestra ayuda. Con esta magia, la Madre me ha concedido un gran poder, incluso sobre Attaroa. Ella teme mi magia, pero es una mujer astuta e imprevisible, y estoy segura de que llegará el día en que dominará su miedo. Entonces me matará. —La mujer miró a Jondalar —. Mi muerte no será demasiado importante, excepto para mí. Quienes más me preocupan son los miembros de mi pueblo, este campamento. Cuando tú dijiste que Marthona había pasado el liderazgo a su hijo comprendí lo mal que estaban las cosas. Sé que Attaroa jamás cederá voluntariamente a nadie su dominio, y cuando ella muera me temo que ya no habrá un campamento.

—¿Por qué estás tan segura? Si es tan imprevisible, ¿no cabe suponer que algún día acabará por cansarse? —preguntó Jondalar.

—Estoy segura porque ya ha matado a una persona a la que podría haber entregado el mando; me refiero a su propio hijo.

—¡Mató a su hijo! —exclamó Jondalar—. Cuando dijiste que Attaroa había provocado la muerte de los tres jóvenes, supuse que hablabas de un accidente.

—No fue un accidente. Attaroa los envenenó, por mucho que se empeñe en no admitirlo.

—¡Envenenó a su propio hijo! ¿Cómo es posible que una persona mate a su propio hijo? —se asombró Jondalar—. ¿Y por qué?

—¿Por qué? Porque conspiraron para ayudar a una amiga, Cavoa, la joven a quien habéis conocido. Estaba enamorada de un hombre y planeaba fugarse con él. Su hermano también quiso ayudarles. Los cuatro fueron descubiertos. Attaroa perdonó a Cavoa sólo porque estaba embarazada, pero ha dicho que si la criatura es

un varón, matará a la madre y al hijo.

—No me extraña que parezca tan desgraciada y temerosa —dijo Ayla.

—También yo soy responsable —dijo S'Armuna, y palideció intensamente al decir estas palabras.

—¡Tú! ¿Qué tenías contra esos jóvenes? —preguntó Jondalar.

—Nada en absoluto. El hijo de Attaroa era mi ayudante, casi como mi propio hijo. Lo siento por Cavoa, me duele por ella, pero creo que soy tan culpable como si yo misma les hubiera envenenado. Soy responsable de esas muertes porque, de no haber sido por mí, Attaroa no habría sabido dónde conseguir el veneno, ni cómo usarlo.

Ambos vieron que la mujer estaba muy conmovida, aunque se esforzaba por controlarse.

—Pero matar a su propio hijo… —Ayla sacudió la cabeza como para alejar de sí la idea. Le horrorizaba el solo hecho de pensarlo—. ¿Cómo pudo ser capaz?

—No lo sé. Os contaré lo que sé, pero es una historia larga. Creo que debemos regresar a mi morada —propuso S'Armuna, paseando la mirada alrededor. No deseaba pasar más tiempo hablando de Attaroa en un lugar tan público.

Ayla y Jondalar volvieron con ella a la vivienda, se quitaron las prendas de abrigo y permanecieron de pie junto al fuego mientras la mujer mayor agregaba más combustible y piedras de cocinar para preparar una infusión. Una vez acomodados para ingerir la bebida caliente, S'Armuna se recogió unos instantes para ordenar sus pensamientos.

—Es difícil saber cuándo empezó todo; probablemente con las primeras dificultades entre Attaroa y Brugar, pero la cosa no terminó ahí. Incluso cuando Attaroa ya estaba muy adelantada en su embarazo, Brugar continuaba golpeándola. Cuando ella se puso de parto, Brugar me mandó llamar. Supe que había comenzado porque oí sus gritos de dolor. Me acerqué a ella, pero Brugar se negó a permitirme que la atendiera cuando dio a luz. No fue un parto fácil; quise aliviar su sufrimiento, pero él se negó. Estoy convencida de que deseaba verla sufrir. Al parecer, el niño nació con una deformidad. Imagino que fue el resultado de las palizas que Brugar le propinó. El defecto no se manifestó al nacer; sin embargo, pronto fue evidente que la columna vertebral del niño estaba torcida y era débil. Nunca me permitieron examinarlo, de modo que no estoy segura; pero es posible que hubiera otros problemas —dijo S'Armuna.

—¿El hijo era un varón o una niña? —interrogó Jondalar, quien advirtió que este punto no estaba claro.

—No lo sé —declaró S'Armuna.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes ignorarlo? —preguntó Ayla.

—Nadie lo supo, excepto Brugar y Attaroa, y quién sabe por qué guardaron el secreto. Nunca permitieron que la criatura fuese vista en público sin ropas, como ocurre con la mayoría de los niños de corta edad, y, en definitiva, le dieron un nombre

que no era masculino ni femenino. Llamaron Omel a su hijo —explicó la mujer.

—¿El niño nunca dijo nada? —preguntó Ayla.

—No. Omel también mantuvo el secreto. Creo que Brugar debió de amenazar a ambos con terribles castigos para que jamás revelaran el sexo del niño —dijo S'Armuna.

—Sin duda habría algún indicio, sobre todo cuando el niño creció. El cuerpo que enterraron parecía tener las proporciones de un adulto —dijo Jondalar.

—Omel no se afeitaba, pero quizá fuera un varón de desarrollo tardío, y era difícil saber si se le habían desarrollado los pechos. Omel usaba ropas sueltas que disimulaban las formas. Sí; creció y llegó a ser bastante alto para una mujer, a pesar de la columna torcida; pero era muy delgado. Quizá fuera a consecuencia de su debilidad, aunque la propia Attaroa es muy alta, y en Omel existía cierta delicadeza que los hombres no pueden tener.

—¿No llegaste a conocer mejor al niño a medida que crecía? —preguntó Ayla.

«Esta mujer es sagaz», pensó S'Armuna mientras asentía en silencio.

—En el fondo de mi corazón, siempre pensé que Omel era una niña —añadió—, pero quizá fuera porque yo lo deseaba. Brugar quería que la gente pensara que su hijo era varón.

—Probablemente aciertas con respecto a Brugar —dijo Ayla—. En el clan todos los hombres desean que sus compañeras tengan varones. Creen que él es menos hombre si ella no concibe por lo menos un varón, porque, a su juicio, eso significa que el espíritu de su tótem es débil. Si se trataba de una niña, tal vez Brugar intentara ocultar el hecho de que su compañera había engendrado una hembra —dijo Ayla, quien, tras una breve pausa, expuso un criterio distinto—. La verdad es que los recién nacidos deformes generalmente son abandonados a la intemperie. Por tanto, es posible que si el niño nació con algún defecto físico, sobre todo si era un varón y no podía aprender las habilidades necesarias para la caza que se le exigen a un hombre, Brugar deseara ocultarlo.

—No es fácil interpretar sus motivaciones, pero cualesquiera que fuesen, Attaroa cooperó con él.

—Pero ¿cómo murió Omel? ¿Y los dos jóvenes? —preguntó Jondalar.

—Es una historia extraña y complicada —dijo S'Armuna, quien no deseaba que le metieran prisa—. A pesar de todos los problemas y del secreto, el niño se convirtió en el favorito de Brugar. Omel era la única persona a la que nunca golpeó ni intentó lastimar. Yo me alegraba, pero con frecuencia me preguntaba cuál era la razón de esa actitud.

—¿Sospechaba él que podía haber sido el causante de la deformidad en vista de las muchas palizas que propinó a Attaroa antes del parto? —preguntó Jondalar—. ¿Intentaba reparar su actitud anterior?

—Es posible, pero Brugar le echó la culpa a Attaroa. Solía decirle que era una mujer incapaz, que no podía concebir un hijo perfecto. Después se enojaba y de

nuevo la castigaba. Pero sus golpes ya no eran el preludio de los placeres con su compañera. Por el contrario, degradó a Attaroa y volcó su afecto en el niño. Omel comenzó a tratar a Attaroa de igual modo que lo hacía Brugar, y a medida que la mujer se sentía más humillada, comenzó a sentir celos de su propio hijo, celos del afecto que Brugar demostraba al niño, e incluso aún más del amor que Omel sentía por Brugar.

—Sin duda, fue una situación muy difícil —dijo Ayla.

—Sí; Brugar había descubierto otra forma de provocar el sufrimiento de Attaroa, pero ella no fue la única que padeció por su culpa —continuó S'Armuna—. Con el paso del tiempo, todas las mujeres eran tratadas cada vez peor por Brugar y los restantes hombres. Los varones que intentaron resistirse a los métodos de Brugar también fueron castigados o desterrados. Por fin, después de un episodio, especialmente grave, que dejó a Attaroa con un brazo roto y varias costillas fracturadas, porque Brugar saltó sobre ella y le dio de puntapiés, la víctima se reveló. Juró que le mataría, y me rogó que le diese algo para acabar con él de una vez.

—¿Lo hiciste? —preguntó Jondalar, incapaz de contener la curiosidad.

—La Que Sirve a la Madre aprende muchos secretos, Jondalar, a menudo secretos peligrosos, sobre todo si ha estudiado con los zelandonii —explicó S'Armuna—. Pero los que son aceptados por la Madre deben jurar por las Cavernas Sagradas y las Leyendas de los Ancianos que no se hará mal uso de los secretos. La Que Sirve a la Madre renuncia al nombre de su identidad, y adquiere el nombre y la identidad de su pueblo, porque es el vínculo entre la Gran Madre Tierra y Sus hijos, y los medios por los cuales los Hijos de la Tierra se comunican con el mundo de los espíritus. Por tanto, Servir a la Madre significa servir a Sus hijos.

—Entiendo —dijo Jondalar.

—Pero quizá no entiendas que el pueblo queda grabado en el espíritu de La Que Sirve. La necesidad de procurar el bienestar de la gente llega a ser muy profunda, y es sólo inferior a las necesidades de la Madre. A menudo es una cuestión de mando. En general, no directamente, sino en el sentido de mostrar el camino. La Que Sirve a la Madre se convierte en guía para llegar al entendimiento, así como para hallar el significado inherente a lo ignoto. Parte de la instrucción consiste en aprender el saber, el conocimiento que permite que Una interprete los signos, las visiones y los sueños enviados a sus hijos. Son los instrumentos para ayudar, el medio de buscar cierta orientación relativa al mundo de los espíritus, pero, en definitiva, todo se remite al criterio propio de la Una. Me debatí buscando la manera de servir mejor, pero me temo que mi juicio se había enturbiado por mi propia amargura y mi cólera. Regresé aquí odiando a los hombres, y al ver a Brugar aprendí a odiarle todavía más.

—Dijiste que te sentías responsable de la muerte de los tres jóvenes. ¿Enseñaste algo a Attaroa acerca de los venenos? —preguntó Jondalar, deseoso de salir de dudas.

—Le enseñé muchas cosas a Attaroa, hijo de Marthona, pero ella no estaba aprendiendo precisamente para ser La Que Sirve. Aunque tiene una mente ágil y es

capaz de aprender más de lo que uno desea enseñarle…, pero yo también sabía eso.

S'Armuna se interrumpió cuando estaba al borde de confesar una grave falta, y no aclaró el asunto, pero les dio tiempo para sacar sus propias conclusiones. Esperó hasta que vio que Jondalar fruncía el ceño, preocupado, en tanto que Ayla asentía.

—En cualquier caso, lo cierto es que ayudé a Attaroa a afirmar su poder sobre los hombres. Al principio… quizá yo deseara también ejercer cierto poder sobre ellos. En realidad, hice más que eso. Me dediqué a aguijonearla y alentarla, la persuadí de que la Gran Madre Tierra deseaba que las mujeres dirigieran, y la ayudé a convencer a las mujeres o a la mayoría de ellas. Después de ver cómo las habían tratado Brugar y los demás hombres, no fue difícil. Proporcioné a Attaroa una sustancia que adormecía a los hombres, con la recomendación de agregarle a su bebida favorita un brebaje que fermentaba con la savia del alerce.

—Los mamutoi preparan una bebida parecida —comentó Jondalar, asombrado de lo que escuchaba.

—Mientras los hombres dormían, las mujeres los ataron. Lo hicieron de buena gana. Fue casi un juego, un modo de obligarles a pagar su deuda. Pero Brugar nunca despertó. Attaroa trató de hacer creer que lo que había sucedido era simplemente que era más sensible al líquido para dormir, pero yo estoy segura de que puso algo más en su cuenco. Dijo que deseaba matarle, y creo que lo mató. Ahora casi lo reconoce, pero sea cual fuere la verdad, yo fui quien la indujo a creer que las mujeres estarían mejor si los hombres desaparecían. Yo fui quien la convenció de que si no había hombres, los espíritus de las mujeres tendrían que mezclarse con los espíritus de otras mujeres para crear vida nueva, de forma que sólo nacerían niñas.

—¿Lo crees realmente? —preguntó Jondalar, frunciendo el ceño.

—Estoy casi persuadida de haber actuado como os he dicho. Ahora no lo diría; no deseo irritar a la Madre; no obstante, sé que induje a Attaroa a pensarlo. Cree que el embarazo de unas cuantas mujeres así lo demuestra.

—Está equivocada —aseguró Ayla.

—Sí, por supuesto, y yo hubiera debido saber a qué atenerme. Mi ardid no engañó a la Madre. En el fondo de mi corazón sé que los hombres existen porque así lo planeó la Madre. Si Ella no quisiera que existiesen hombres, no los habría creado. Sus espíritus son necesarios. Pero si los hombres son débiles, sus espíritus no tienen fuerza y la Madre no los usa. Por eso han nacido tan pocos niños —sonrió a Jondalar —. Eres un hombre tan fuerte y joven que no dudo de que Ella ya ha usado tu espíritu.

—Si liberaran a los hombres, creo que comprobarías que tienen fuerza más que suficiente para dejar embarazadas a las mujeres —dijo Ayla— sin la ayuda de Jondalar.

El hombre alto y rubio la miró y sonrió.

—Pues yo colaboraría de muy buena gana —afirmó, sabiendo exactamente lo que ella quería decir, aunque no estaba completamente seguro de compartir su opinión.

—Y quizá deberías hacerlo —dijo Ayla—. Sólo me he limitado a decir que no lo consideraba necesario.

De pronto, Jondalar cesó de sonreír. Pensó que no importaba quién tuviera razón, él no tenía motivos para pensar que estaba en condiciones de engendrar un hijo.

S'Armuna los miró a los dos, consciente de que estaban aludiendo a algo que ella desconocía. Esperó, pero cuando fue evidente que ellos esperaban a su vez que siguiera hablando, la mujer continuó.

—La ayudé y la alenté, pero ignoraba que con Attaroa como jefa sería peor que con Brugar. De hecho, inmediatamente después de que él desapareciera, las cosas mejoraron… por lo menos para las mujeres, pero no para los hombres ni para Omel. El hermano de Cavoa comprendió; era muy amigo de Omel. Ese niño fue el único que le lloró.

—Una reacción comprensible, dadas las circunstancias —dijo Jondalar.

—Attaroa no lo consideró así. Omel estaba seguro de que Attaroa había provocado la muerte de Brugar y se encolerizó mucho, desafió a su madre y fue castigado por ello. Attaroa me dijo cierta vez que sólo deseaba que Omel comprendiera lo que Brugar le había hecho, así como a las demás mujeres. Aunque no lo dijo, creo que ella pensaba o esperaba que, una vez desaparecido Brugar, Omel se acercaría más a ella y la amaría.

—Por lo general los golpes no consiguen que alguien nos ame —dijo Ayla.

—Tienes razón —contestó la mujer mayor—. Omel nunca había sido castigado, y después del episodio odió todavía más a Attaroa. Eran madre e hijo, pero no podían soportarse el uno al otro. O eso parecía. Entonces propuse aceptar a Omel como ayudante.

S'Armuna se interrumpió, levantó su taza para beber, pero al ver que estaba vacía, la bajó de nuevo.

—Parecía que Attaroa se alegraba de que Omel saliera de su vivienda, pero, al pensar en el asunto, comprendí que se vengaba en los hombres. En realidad, a raíz de que Omel la abandonara, Attaroa fue empeorando paulatinamente. Ha llegado a ser más cruel aún que Brugar. Yo hubiera debido adivinarlo. En lugar de mantenerlos separados, debí tratar de encontrar el modo de reconciliarles. ¿Y qué hará ahora que Omel ha muerto? ¿Que fue asesinado por la propia mano de Attaroa?

La mujer miró al vacío sobre el fuego, como si estuviera contemplando algo que sólo era visible para ella.

—¡Oh, gran Madre! ¡Estuve ciega! —exclamó de pronto—. Castigó a Ardoban y le metió en el cercado, y sé que amaba a ese niño. Y mató a Omel y a los otros.

—¿Fue ella quien los malogró? —se escandalizó Ayla—. ¿Convirtió en lisiados a esos niños que están en el cercado? ¿Lo hizo intencionadamente?

—Sí, para debilitarlos y atemorizarlos —dijo S'Armuna, meneando la cabeza—. Attaroa ha perdido la razón. Y ahora temo por todos. —Su voz se quebró de repente y hundió la cara entre las manos—. ¿Cuándo terminará esto? ¿Todo el dolor y el

sufrimiento que yo he provocado? —sollozó.

—S'Armuna, no te atribuyas toda la culpa —dijo Ayla—. Tal vez lo permitieras, e incluso lo fomentases, pero no asumas toda la responsabilidad. Attaroa es perversa, y quizá lo fueran también los que la trataron tan mal. —Ayla movió la cabeza—. La crueldad engendra crueldad, el dolor trae dolor, el abuso promueve el abuso.

—¿Y cuántos de los jóvenes a quienes ella lastimó se vengarán en la próxima generación? —exclamó la mujer, como si el sufrimiento lacerase su propio cuerpo. Comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás, abrumada por el pesar—. ¿A cuántos de los niños que están detrás de esa empalizada habrá condenado a transmitir su terrible legado? ¿Y cuántas de las niñas que ahora presencian los actos de Attaroa querrán ser como ella? Cuando vi aquí a Jondalar recordé mi propia instrucción. Precisamente yo jamás debí permitirlo. Por eso soy responsable. ¡Oh, Madre! ¿Qué hice?

—La cuestión no es lo que hiciste, sino lo que puedes hacer ahora —dijo Ayla.

—Tengo que ayudarles. No sé cómo, pero tengo que ayudarles. Pero ¿qué puedo hacer?

—Es demasiado tarde para ayudar a Attaroa; sin embargo, hay que detenerla. Debemos ayudar a los niños y a los hombres que están en el cercado, pero primero es preciso liberarlos. Después, ya pensaremos en la forma de ayudarles.

S'Armuna miró a la joven, cuya actitud era tan firme y resuelta, y se preguntó quién era realmente. Había logrado que La Que Servía a la Madre viera el daño que había provocado, además de darse cuenta de haber abusado de su propio poder. S'Armuna temía por su propio espíritu, así como por la vida del campamento.

Reinó el silencio en la vivienda. Ayla se puso de pie y recogió el cuenco utilizado para preparar la infusión.

—Yo prepararé la bebida esta vez. He traído una mezcla muy agradable de hierbas —dijo.

S'Armuna asintió sin pronunciar palabra, y Ayla extrajo su bolsito de piel de nutria.

—He pensado en esos dos muchachos lisiados que están en el cercado —intervino Jondalar—. Aunque no puedan caminar bien, convendría que aprendieran a tallar el pedernal, o hacer otras cosas; necesitan que alguien les enseñe. Sin duda, alguno de los s'armunai podrá enseñarles. Tal vez podrías encontrar a alguien, durante la Reunión de Verano, que esté dispuesto a ayudar.

—Ya no asistimos a las Reuniones de Verano con los restantes s'armunai.

—¿Por qué no? —preguntó Jondalar.

—Attaroa no quiere. —La voz de S'Armuna sonaba monótona—. Algunos de los asistentes nunca fueron demasiado amables con ella. Su propio campamento apenas la toleraba. Una vez asumida la jefatura, no quiso tener nada que ver con el resto. Poco después de hacerse con el poder, algunos campamentos enviaron una delegación para invitarnos a una reunión con ellos. Se habían enterado de que aquí había muchas

mujeres sin compañero. Attaroa les insultó y les expulsó, y en pocos años consiguió distanciar a todos. Ahora no viene nadie, ni parientes ni amigos. Todos nos evitan.

—Ser atado a un poste es más grave que un insulto —dijo Jondalar.

—Ya te he dicho que está cada vez peor. Tú no has sido el primero. Lo que te hizo, ya lo había hecho antes. Hace pocos años llegó un hombre, un visitante que estaba de viaje. Al ver a tantas mujeres que parecían estar solas, adoptó un aire arrogante de superioridad. Supuso que no sólo se le ofrecería una bienvenida, sino que se vería muy solicitado. Attaroa jugó con él, como un león juega con su presa; luego le mató. Este juego le agradó tanto que empezó a apresar a todos los visitantes. Se complacía en torturarlos, les hacía falsas promesas, les atormentaba y acababa eliminándolos. Jondalar, ése era el destino que te tenía reservado.

Ayla se estremeció mientras agregaba algunas sustancias calmantes y suavizantes a los ingredientes de la infusión de S'Armuna.

—Tenías razón cuando dijiste que no es humana —fue el comentario de la joven —. Mog-Ur me habló a veces de los malos espíritus, pero siempre pensé que se trataba de leyendas, de historias destinadas a atemorizar a los niños para que se portaran bien y para provocar miedo en todos. Pero Attaroa no es una leyenda. Es la personificación del mal.

—Sí; y cuando ya no llegaron visitantes, comenzó a jugar con los hombres del cercado. —S'Armuna continuó hablando, como si no pudiera interrumpirse una vez que había comenzado a relatar lo que había visto y oído—. Primero se apoderó de los más fuertes, los jefes o los rebeldes. El número de hombres es cada vez más reducido y los que quedan ya ni siquiera intentan rebelarse. Los mantiene a todos medio muertos, expuestos a las inclemencias del tiempo. Los mete en jaulas o los mantiene atados. Ni siquiera pueden lavarse. Muchos han muerto a causa de tan horrible cautiverio, y no nacen muchos niños para reemplazarlos. A medida que perecen los hombres, el campamento se muere. Todos nos sorprendimos cuando Cavoa quedó embarazada.

—Lo más seguro es que entrara en el cercado para yacer con un hombre —dijo Ayla—. Probablemente el hombre de quien estaba enamorada. Estoy convencida de que tú lo sabes.

S'Armuna, en efecto, lo sabía, pero le llamó la atención el tono de convicción de Ayla.

—Sí, algunas mujeres se deslizan dentro del cercado para ver a los hombres, y a veces les llevan alimentos. Jondalar ha debido decírtelo —comentó.

—No, no se lo he dicho —observó Jondalar—. Lo que no comprendo es por qué las mujeres permiten que se mantenga prisioneros a los hombres.

—Temen a Attaroa. Algunas la siguen de buen grado, pero la mayoría preferiría recuperar a sus hombres. Y ahora, ella amenaza con lisiar a sus hijos.

—Debes decir a las mujeres que es necesario liberar a los hombres, porque de lo contrario, no nacerán más niños —afirmó Ayla, en un tono que provocó un escalofrío

tanto en Jondalar como en S'Armuna. Ambos la miraron con atención. Jondalar reconoció en el rostro de Ayla la expresión distante habitual en ella cuando su mente se concentraba en un enfermo o un herido, aunque en este caso Jondalar veía algo más que la necesidad de ayudar que sentía Ayla. Veía también una cólera fría y dura que nunca había observado antes.

Pero a los ojos de la mujer de más edad Ayla era otra cosa, y ahora interpretó su afirmación como una profecía o como un juicio.

Después de que Ayla sirviera la bebida caliente permanecieron en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos. De pronto, Ayla sintió la intensa necesidad de salir de la vivienda y respirar el aire limpio y frío, así como el vivo deseo de ver cómo estaban los animales; sin embargo, al observar discretamente a S'Armuna, llegó a la conclusión de que no era el momento más apropiado para marcharse. Aquella mujer estaba desolada y comprendió que necesitaba algo importante a lo que aferrarse.

Entretanto, Jondalar pensaba en los hombres a quienes había dejado en el cercado y en lo que estarían planeando. Sin duda sabían que él había regresado, pero les extrañaría que no le hubieran encerrado de nuevo en el cercado con ellos. Hubiese deseado hablar con Ebulan y S'Amodun, y tranquilizar a Doban, pero a su vez también necesitaba ser tranquilizado. Estaban en una situación peligrosa, y hasta ese momento no habían hecho otra cosa que hablar. Se sentía impulsado a salir de allí a la mayor velocidad posible, pero parte de su ser quería quedarse y ayudar. Jondalar pensaba que, si estaban dispuestos a hacer algo, debían actuar cuanto antes. Detestaba la idea de permanecer allí sentado, inmóvil.

Finalmente, movido por la desesperación, Jondalar dijo:

—Quiero hacer algo por esos hombres del cercado. ¿En qué puedo ayudar?

—Ya lo hiciste, Jondalar —trató de tranquilizarle S'Armuna, quien también sentía la necesidad de planear algún tipo de estrategia—. Cuando la rechazaste, reanimaste a los hombres, aunque eso solo no habría bastado. Durante cierto tiempo los hombres se resistieron a Attaroa, pero ésta ha sido la primera vez que un hombre ha escapado de ella, y lo que es aún más importante, regresó. Attaroa ha perdido fuerza, y eso renueva las esperanzas de los otros.

—Pero la esperanza no les ayuda a salir de aquí —replicó Jondalar.

—No; y desde luego Attaroa no consentirá que se marchen. Ningún hombre sale vivo de aquí si ella puede evitarlo, aunque unos pocos lograran escapar; pero no es frecuente que las mujeres emprendan viajes. Ayla, eres la primera que ha llegado así al campamento.

—¿Ella podría matar a una mujer? —preguntó Jondalar, y sin advertirlo se acercó más para proteger a la mujer amada.

—Para ella es más difícil justificar la ejecución de una mujer, o incluso su envío al cercado, aunque muchas de las mujeres que están aquí continúan en este pueblo contra su voluntad…, a pesar de que ninguna empalizada les cierra el paso. Attaroa ha amenazado a los seres queridos de esas mujeres y, en consecuencia, están atadas

por el amor que profesan a sus hijos o compañeros. Por eso tu vida corre peligro —dijo S'Armuna, mirando directamente a Ayla—. No tienes parientes en este lugar, no puede influir sobre ti, y si consigue matarte, después le será más fácil matar a otras mujeres. Te digo esto no sólo para advertirte, sino por el peligro que corre el campamento entero. Los dos podéis marcharos, y quizá sea lo que deberíais hacer.

—No, no puedo irme —dijo Ayla—. ¿Cómo puedo abandonar a esos niños? ¿O a esos hombres? Las mujeres también necesitan ayuda. Escucha, S'Armuna, Brugar afirmó que tú eras hechicera. No sé si sabes lo que eso significa, pero yo soy hechicera del clan.

—¿Eres hechicera? Debí comprenderlo —afirmó S'Armuna. No estaba muy segura de lo que quería decir ser hechicera, pero había recibido tantas muestras de respeto de Brugar después de que él mismo le diera esa clasificación, que la propia S'Armuna había atribuido a su título el más alto significado.

—Por eso no puedo irme —continuó Ayla—. No se trata de lo que yo haya decidido hacer, sino de lo que una hechicera debe hacer, de lo que es. Es algo que uno lleva dentro. Una parte de mi espíritu ya está en el más allá. —Ayla llevó la mano al amuleto que colgaba de su cuello—. Y fue cedida a cambio del compromiso espiritual de las personas que necesitasen mi ayuda. Es difícil explicarlo, pero no puedo permitir que Attaroa continúe con sus abusos. Además, este campamento precisará ayuda una vez liberados los que están en el cercado. Debo permanecer aquí, mientras sea necesario.

S'Armuna asintió, pues creía haber entendido. No era un concepto fácil de explicar. Comparaba la fascinación que sentía Ayla por ejercer sus dotes curativas y ayudar al prójimo, con sus propios sentimientos referentes a la vocación de Servir a La Madre, y en ese sentido S'Armuna se identificaba con la joven.

—Permaneceremos aquí todo lo que podamos —corrigió Jondalar a la joven, recordando que aún tenían que cruzar el glaciar ese invierno—. Pero ¿cómo lograremos persuadir a Attaroa para que deje en libertad a los hombres?

—Ayla, ella te teme —dijo la chamán—, y yo creo que lo mismo le sucede a la mayoría de las Lobas. Los que no te temen, te miran con profundo respeto. Los s'armunai son pueblos cazadores de caballos. También cazamos otros animales, entre ellos los mamuts, pero conocemos a los caballos. Al norte hay un precipicio a cuyas profundidades hemos empujado a los caballos durante generaciones. No puedes negar que el control que ejerces sobre los caballos es una magia poderosa. Tan poderosa que resulta difícil de creer, incluso viéndolo.

—La cosa nada tiene de misteriosa —replicó Ayla—. Crié a la yegua desde que era una potrilla. Yo vivía sola, y ella era mi única amiga. Whinney hace lo que yo le pido porque quiere hacerlo, porque somos amigas —dijo, tratando de explicarse.

El modo de pronunciar el nombre de Whinney recordaba el suave resoplido emitido por un caballo. Durante el período en el que había viajado largo tiempo con la única compañía de Jondalar y los animales, Ayla había recuperado la costumbre de

pronunciar el nombre de Whinney en su forma original. El relincho surgido de labios de la mujer sobresaltó a S'Armuna, y la idea de ser la amiga de un caballo le pareció incomprensible. Poco importaba que Ayla hubiera dicho que en todo aquello no había nada de magia. S'Armuna estaba ahora convencida de que para obtener tales resultados tenía por fuerza que apelar a recursos mágicos.

—Es posible —dijo la mujer, aunque pensaba que por sencillo que intentara que pareciese, no podía impedir que la gente se preguntara quién era en realidad y por qué se había presentado allí—. La gente desea pensar y confiar en que viniste para ayudar —continuó en voz alta—. Temen a Attaroa, pero creo que con tu ayuda y la de Jondalar, todos estarán dispuestos a enfrentarse a ella y liberar a los hombres. Quizá se nieguen a permitir que ella continúe intimidándoles.

De nuevo Ayla experimentó la profunda necesidad de salir de la morada.

—He bebido demasiado —indicó, poniéndose en pie—. Necesito orinar. S'Armuna, ¿puedes indicarme un lugar? —Después de escuchar las instrucciones, agregó—: Tenemos que atender a los caballos y asegurarnos de que están cómodos. ¿Podemos dejar aquí un rato estos recipientes? —Había retirado una tapa y observaba el contenido—. Está enfriándose. Lástima que no sea posible servirlo caliente. Sería mejor.

—Por supuesto, dejadlos donde os parezca —dijo S'Armuna, tomando su taza y bebiendo el último sorbo, mientras observaba la salida de los dos visitantes.

Quizá Ayla no fuera una encarnación de la Gran Madre y Jondalar fuese en efecto el hijo de Marthona, pero la idea de que un día u otro la Madre impondría Su Castigo había influido poderosamente en La Que Servía a La Madre. Al fin y al cabo, ella era S'Armuna. Había trocado su identidad personal por el poder del mundo de los espíritus, y aquel campamento constituía su misión, con todos sus habitantes, hombres y mujeres. Le había sido confiado el cuidado de la esencia espiritual del campamento, y Sus hijos dependían de ella. Al enfocar el asunto desde el punto de vista de los forasteros, el hombre que había afrontado la tarea de recordarle su vocación y la mujer dotada de insólitos poderes, S'Armuna comprendió que les había fallado. Solamente abrigaba la esperanza de que aún fuera posible redimirse, cosa que sólo podría lograr si ayudaba al campamento a recobrar una vida normal y sana.

Capítulo 32

S’Armuna salió de su morada para observar a los dos visitantes que se alejaban hacia la linde del campamento. Vio entonces que Attaroa y Epadoa, de pie frente a la residencia de la jefa, también se habían vuelto a mirarles. La hechicera se disponía a entrar en casa, cuando advirtió que de pronto Ayla cambiaba de dirección y se acercaba a la empalizada. Attaroa y su subordinada, la jefa de las Lobas, también la vieron desviarse, y ambas avanzaron deprisa para cerrar el paso de la mujer rubia. Llegaron casi simultáneamente junto al cercado. La mujer mayor lo hizo un momento después.

A través de las rendijas, Ayla escudriñó los ojos y las caras de los observadores silenciosos que estaban en el interior de la empalizada. Contemplados más de cerca, ofrecían un espectáculo lamentable; estaban sucios y desgreñados, cubiertos con pieles raídas, pero lo peor de todo era el hedor que se desprendía del cercado. No sólo era maloliente; para el olfato agudo de la hechicera también era revelador. Los olores normales del cuerpo de los individuos sanos no le molestaban, al igual que tampoco le mortificaba una cantidad prudencial de desechos corporales normales, pero allí había olor a enfermedad. El hálito fétido del hambre extrema, el hedor penetrante y repulsivo de excrementos procedentes de organismos que padecían de disturbios gástricos y fiebre, el espantoso olor del pus que manaba de las heridas infectadas y supurantes, mezclado con el pútrido de la gangrena, todas estas sensaciones asaltaron sus sentidos y la irritaron.

Epadoa se detuvo frente a Ayla, con la intención de impedirle que mirara, pero la joven ya había visto lo suficiente. Volviéndose, se encaró a Attaroa.

—¿Por qué retenéis aquí a estas personas, detrás de una empalizada, como si fueran animales en un corral?

Hubo una exclamación de sorpresa de la gente que observaba la escena cuando oyeron la traducción, y todos contuvieron la respiración, en espera de la airada reacción de la jefa. Nadie se había atrevido jamás a formularle una pregunta semejante.

Attaroa miró hostil a Ayla, quien a su vez la contempló con un sentimiento incontenible de cólera. Tenían casi la misma estatura; si acaso, la mujer de ojos negros era un poco más alta. Ambas eran mujeres vigorosas, Attaroa más corpulenta, como atributo natural de su herencia, mientras que los músculos de Ayla eran lisos y resistentes, fortalecidos por el ejercicio. La jefa era algo mayor que la forastera, poseía más experiencia y astucia, y sobre todo era totalmente imprevisible. La visitante era una rastreadora y cazadora experta, percibía rápidamente los detalles, sacaba conclusiones y podía actuar según su propio criterio.

De pronto, Attaroa lanzó una carcajada, cuyo sonido vesánico, ya conocido por Jondalar, provocó en éste un escalofrío.

—¡Porque lo merecen! —exclamó la mujer.

—Nadie merece ese trato —replicó Ayla, antes de que S'Armuna pudiese traducir. De modo que la mujer repitió el comentario de Ayla en beneficio de Attaroa.

—¿Qué sabes tú? No estabas aquí. No sabes cómo nos trataban —dijo la mujer de ojos negros.

—¿Te obligaron a permanecer a la intemperie cuando hacía frío? ¿No te dieron comida ni ropa? —Algunas de las mujeres allí congregadas parecían un tanto inquietas—. ¿Serás mejor que ellos si los tratas peor de como te trataron?

Attaroa no se molestó en contestar a las palabras repetidas por la hechicera, pero la sonrisa que se dibujaba en sus labios era dura y cruel.

Ayla advirtió un movimiento detrás de la empalizada y vio que algunos de los hombres se apartaban para permitir que se adelantaran los dos adolescentes que habían estado en el refugio. Todos los demás se agruparon alrededor de ellos. Ayla se encolerizó más cuando vio a muchachos heridos, y a los niños que tenían frío y hambre. Entonces observó que algunas de las Lobas habían entrado en el cercado con sus lanzas. Sintió tanta furia que apenas podía contenerse, y habló directamente a las mujeres.

—¿También te maltrataron estos niños? ¿Qué te hicieron para justificar esto?

S'Armuna se encargó de que todos entendieran las palabras de Ayla.

—¿Dónde están las madres de estos niños? —preguntó la joven a Epadoa.

La jefa de las Lobas miró a Attaroa después de escuchar las palabras en su propia lengua, en espera de que ésta dijera algo en su descargo, pero Attaroa se limitó a mirarla con su sonrisa cruel, como si aguardara a que Epadoa hablase.

—Algunas han muerto —dijo ésta.

—Las mataron cuando intentaban huir con sus hijos —declaró una de las mujeres más cercanas—. El resto no se atreve a hacer nada, por miedo a que lastimen a sus hijos.

Ayla vio que quien había hablado era una anciana, mientras Jondalar comprobaba que era la misma que había llorado tan ruidosamente en el funeral de los tres jóvenes. Epadoa le asestó una mirada amenazadora.

—Epadoa, ¿qué más puedes hacerme? —dijo la mujer, avanzando audazmente. Ya te llevaste a mi hijo, y de una forma u otra mi hija pronto desaparecerá. Soy demasiado vieja y no me importa si vivo o muero.

—Nos traicionaron —dijo Epadoa—. Ahora, todos saben lo que les sucederá si intentan huir.

Attaroa no dio muestras de compartir o rechazar lo que Epadoa acababa de decir. En lugar de ello, con una expresión de desagrado en su semblante, volvió la espalda a la tensa escena y caminó hacia su morada, dejando a cargo de Epadoa y sus Lobas la vigilancia del cercado. No obstante, se detuvo volviéndose bruscamente cuando oyó un zumbido estridente y agudo. Una fugaz expresión de miedo reemplazó su sonrisa fría y cruel cuando vio a los dos caballos, que habían permanecido casi fuera del alcance de la vista, al fondo del campo, dirigiéndose al galope hacia Ayla. A

continuación se apresuró a entrar en su vivienda.

El resto de los presentes experimentaron un sentimiento mezcla de asombro y desconcierto cuando la mujer rubia y el hombre de cabellos de color amarillo claro montaron de un salto en los animales y se alejaron al galope. La mayoría de los que estaban allí deseaban que se les ofreciera la oportunidad de partir con la misma rapidez y facilidad, y muchos se preguntaban si volverían a ver alguna vez a los dos forasteros.

—Ojalá pudiéramos seguir el viaje —dijo Jondalar, después de haber aminorado la marcha y cuando ya había logrado que Corredor caminara a la altura de Ayla y Whinney.

—También a mí me gustaría —aseguró Ayla—. Ese campamento es insoportable; me produce cólera y tristeza. Incluso me irrita que S'Armuna haya tolerado que la situación se prolongara tanto tiempo, aunque la compadezco y comprendo su remordimiento. Dime, Jondalar, ¿cómo liberaremos a los niños y a esos hombres?

—Tendremos que planearlo con S'Armuna —repuso Jondalar—. Me parece evidente que la mayoría de las mujeres desea que cambie su existencia, y estoy seguro de que muchas de ellas nos ayudarían si supieran cómo actuar. S'Armuna sabrá quiénes son.

Procedentes de la llanura, habían entrado en el bosque abierto y cabalgaron entre los árboles, que en algunos sitios raleaban bastante, en dirección al río. Dieron después un rodeo para regresar al lugar en el que habían dejado al lobo. Apenas se aproximaron, Ayla emitió un silbido suave y Lobo se abalanzó a saludarles, casi fuera de sí a causa de su alegría. Se había mantenido alerta en el paraje donde Ayla le había ordenado permanecer, y ahora los dos humanos lo elogiaron y premiaron su espera. Ayla advirtió que el animal había cazado y llevado su presa al lugar donde se mantenía al acecho; lo cual significaba que había abandonado durante algún tiempo su escondrijo. El detalle la inquietó, pues estaban demasiado cerca del campamento y las Lobas; pero no tuvo valor para reprenderlo. De cualquier modo, se sintió aún más decidida a alejarlo cuanto antes de las cazadoras que comían carne de lobo.

En silencio llevaron los caballos de regreso al río y se acercaron al bosquecillo en el que habían ocultado sus cosas. Ayla extrajo una de las pocas tortas que aún les quedaban, la partió en dos y entregó a Jondalar el trozo más grande. Se sentaron entre los matorrales y empezaron a comer, contentos por estar lejos del ambiente deprimente del campamento s'armunai.

De pronto, Ayla oyó el gruñido grave y prolongado de Lobo y sintió un escalofrío.

—Alguien viene —murmuró Jondalar, alarmado a su vez por el aviso del animal.

Dispuestos a no dejarse sorprender, Ayla y Jondalar pasearon la mirada por toda el área, convencidos de que los sentidos más agudos de Lobo habían percibido el

peligro inminente. Al ver la dirección en que apuntaba el hocico de Lobo, Ayla examinó con cuidado la barrera de arbustos y no tardó en descubrir que se acercaban dos mujeres. Estaba casi segura de que una de ellas era Epadoa. Tocó el brazo de Jondalar y señaló en aquella dirección. Cuando la vio, él asintió.

—Espera; calma a los caballos —dijo ella con signos, en la lengua muda del clan —. Yo haré que Lobo se oculte. Seguiré a las mujeres y las mantendré alejadas.

—Voy contigo —contestó Jondalar, también con signos.

—Las mujeres me hacen más caso —dijo Ayla.

Jondalar asintió a regañadientes.

—Vigilaré desde aquí, con el lanzavenablos —aceptó Jondalar de mala gana—. Coge el tuyo.

Ayla asintió, siempre en silencio, explicando que llevaba también su honda.

Con movimientos subrepticios, Ayla describió un círculo frente a las dos mujeres, y luego aguardó. Cuando ellas se aproximaron con paso lento, Ayla oyó la conversación.

—Unavoa, estoy segura de que vinieron aquí después de abandonar el campamento que habitaban anoche —dijo la jefa de las Lobas.

—Pero ya han visto nuestro campamento. ¿Por qué continuamos buscando aquí?

—Tal vez regresen por este camino, y aunque no sea así, podemos averiguar algo acerca de ellos.

—Hay quien dice que desaparecen o que se convierten en aves o caballos cuando se alejan —dijo la Loba más joven.

—No seas tonta —replicó Epadoa—. ¿Acaso no descubrimos dónde acamparon anoche? ¿Para qué necesitarían organizar un campamento si pudiesen convertirse en animales?

«Tiene razón», pensó Ayla, «por lo menos usa la cabeza y razona. En realidad no es tan mala rastreadora; hasta es probable que sea una buena cazadora. Lástima que esté tan cerca de Attaroa».

Ayla, agazapada detrás de una maraña de matorrales y altas hierbas amarillas, las vio acercarse. En un momento en que las dos mujeres tenían los ojos clavados en el suelo, se incorporó silenciosamente, con el lanzavenablos preparado.

Epadoa se sobresaltó, sorprendida, y Unavoa saltó hacia atrás y emitió un breve chillido de miedo cuando levantaron los ojos y vieron a la forastera rubia.

—¿Me buscabais? —preguntó Ayla, en la lengua de las dos mujeres—. Aquí estoy.

Unavoa parecía dispuesta a huir, e incluso Epadoa se mostraba nerviosa y asustada.

—Estábamos…, estábamos cazando —tartamudeó Epadoa.

—Aquí no hay caballos para arrojarlos al abismo —dijo Ayla.

—No estábamos cazando caballos.

—Lo sé. Estabais cazando a Ayla y Jondalar.

Su repentina aparición, así como el acento extraño con que hablaba la lengua de las dos mujeres, hacían que la joven pareciera exótica, un ser proveniente de un lugar muy lejano, quizá incluso de otro mundo. En cualquier caso, las dos mujeres sólo deseaban alejarse cuanto antes de alguien que parecía poseer atributos de carácter sobrehumano.

—Creo que esas dos deberían regresar a su campamento, pues de lo contrario se perderán el gran festín de esta noche.

La voz procedía del bosque y hablaba mamutoi, pero las dos recién llegadas entendían la lengua y comprendieron que quien hablaba era Jondalar. Volvieron la mirada en dirección a la voz y vieron que el hombre alto y rubio se apoyaba con aparente descuido en el tronco de un ancho alerce de corteza blanca, con la lanza y el lanzavenablos preparados.

—Sí. Tenéis razón. No queremos perdernos el festín —dijo Epadoa. Empujó a su joven compañera, que había enmudecido, y ambas les dieron la espalda, alejándose a toda prisa.

Cuando se hubieron perdido de vista, Jondalar no pudo resistir la tentación de sonreír abiertamente.

El sol se ponía al caer la tarde del corto día invernal cuando Ayla y Jondalar cabalgaban en dirección al campamento s’armunai. Habían cambiado el escondite de Lobo, dejándole un poco más cerca del poblado, pues pronto oscurecía y la gente rara vez se alejaba de la luz del fuego durante la noche, aunque, de todos modos, Ayla continuaba temiendo que lo capturasen.

S’Armuna salía de su vivienda en el momento en que los dos viajeros desmontaban en el límite del campo, y la mujer sonrió aliviada al verles. A pesar de las promesas de Jondalar y de Ayla, era inevitable que se hubiera preguntado si regresarían. Después de todo, ¿por qué los forasteros iban a mostrarse dispuestos a afrontar riesgos para ayudar a personas que ni siquiera conocían? Hacía varios años que los propios parientes de los habitantes del poblado no se habían acercado por allí para cerciorarse de que todos estaban bien. Por supuesto, ni amigos ni parientes habían sido bien recibidos durante las últimas visitas.

Jondalar retiró el cabestro de Corredor, porque deseaba que el animal tuviera total libertad de movimientos. Tanto Ayla como él despidieron a los caballos con unas palmadas amistosas en la grupa, para inducirlos a alejarse del campamento. S’Armuna se acercó a los dos.

—Estamos terminando los preparativos para la Ceremonia del Fuego, que será mañana. Siempre encendemos fuego la víspera, ¿queréis venir a calentaros? —preguntó la mujer.

—Hace frío —dijo Jondalar con un gesto de asentimiento. Ambos siguieron a S’Armuna hasta el horno situado en el lado opuesto del campamento.

—Ayla, he encontrado la forma de calentar la comida que trajiste. Recuerdo tu comentario de que caliente estaría más sabrosa, y sin duda tenías razón. Huele maravillosamente —afirmó S'Armuna sonriente.

—¿Cómo puedes calentar una mezcla tan espesa en canastos? —preguntó la joven.

—Te lo demostraré; ven conmigo —invitó la mujer, y se inclinó para entrar en la antesala de la pequeña estructura. Ayla la siguió, imitada por Jondalar. Aunque no había fuego en el pequeño hogar, la pieza estaba bastante caldeada. S'Armuna se dirigió directamente a la abertura de la segunda cámara y quitó el omoplato de mamut que la cubría. El aire que llegó del interior estaba caliente, lo suficiente para poder cocinar, pensó Ayla. Al fijarse vio que dentro de la cámara ardía un fuego y que, cerca de la entrada, pero algo retirados del fuego, estaban sus dos canastos.

—En efecto, huele bien —confirmó Jondalar.

—No tienes idea de cuántas personas han venido a preguntar a qué hora comenzará el festín —dijo S'Armuna—. El aroma llega incluso al cercado. Ardemun también ha estado aquí; quería saber si era verdad que los hombres recibirán una parte. Y no es eso sólo. Estoy sorprendida; Attaroa ordenó a las mujeres que prepararan comida para un festín, advirtiéndoles que la cantidad debería alcanzar para todos. Ya he olvidado la última vez que asistimos a un auténtico festín…, aunque bien es cierto que no hemos tenido muchos motivos para celebrar nada, lo que me obliga a preguntarme qué será lo que celebraremos esta noche.

—La llegada de unos visitantes —dijo Ayla—. Están honrando a los visitantes.

—Sí, los visitantes. —El tono en que la mujer pronunció estas palabras denunciaba su incertidumbre—. Recordad que ésa fue la excusa de Attaroa para induciros a regresar. Quiero haceros una advertencia. No bebáis ni comáis nada que no hayan probado primero los demás. Attaroa conoce muchas sustancias perjudiciales que pueden disimularse con el alimento. Si es necesario, consumid únicamente lo que vosotros mismos trajisteis. Yo he controlado con sumo cuidado estos canastos.

—¿Incluso aquí? —se extrañó Jondalar.

—Nadie se atreve a entrar sin mi autorización —dijo La Que Servía a la Madre —, pero aun así es conveniente vigilar. Y una vez fuera de este lugar, permaneced siempre alerta. Attaroa y Epadoa han estado reunidas la mayor parte del día. Están tramando algo.

—Y cuentan con muchos auxiliares, nada menos que todas las Lobas. Pero a nosotros, ¿quién podrá ayudarnos? —preguntó Jondalar.

—Casi todos los restantes pobladores desean un cambio.

—Pero ¿quién ayudará? —inquirió Ayla.

—Creo que podemos contar con Cavoa, mi servidora.

—Pero está embarazada —dijo Jondalar.

—Eso contribuirá a que se decida a actuar. Todos los signos indican que tendrá un varón. Luchará por la vida de su hijo; incluso si tuviera una niña, lo más probable es

que Attaroa no le permita vivir mucho tiempo después de destetar a la pequeña, y Cavoa lo sabe.

—¿Qué nos dices de la mujer que habló hoy? —dijo Ayla.

—Se llama Esadoa, y es la madre de Cavoa. Sin duda podéis contar con ella, pero dice que soy tan culpable como Attaroa por la muerte de su hijo.

—Recuerdo haberla visto en el funeral —dijo Jondalar—. Arrojó algo a la tumba, y eso irritó a Attaroa.

—Sí, algunas herramientas para usarlas en el otro mundo. Attaroa había prohibido que se les diera nada que pudiese ayudarles en el mundo de los espíritus.

—Creo que tú la apoyaste.

S'Armuna se encogió de hombros, como si el asunto careciera de importancia.

—Le dije que una vez entregadas las herramientas, no es posible recuperarlas. Ni siquiera ella se atrevió a retirarlas de la tumba.

—Estoy seguro de que todos los hombres que están en el cercado nos ayudarán —dijo el hombre.

—Por supuesto, pero primero hay que liberarlos. Las guardianas desempeñan con gran celo su trabajo. No creo que nadie pueda entrar allí en este momento. Quizá dentro de unos días. Y eso nos dará tiempo para sondear a las mujeres. Cuando sepamos cuántas están dispuestas a ayudarnos, podremos trazar un plan para dominar a Attaroa y sus Lobas. Me temo que será preciso luchar contra ellas. Es el único modo de sacar del cercado a los hombres.

—Creo que tienes razón —dijo Jondalar con expresión sombría.

Ayla sacudió la cabeza, preocupada ante aquella idea. El campamento ya había presenciado tanto sufrimiento, que la idea de combatir, de provocar más dificultades y dolor, resultaba inquietante. Deseaba que hubiera otro modo de resolver el problema.

—Dijiste que habías suministrado a Attaroa una pócima para dormir a los hombres. ¿No podrías hacer lo mismo con Attaroa y sus Lobas? Si ellas se adormecieran… —se aventuró a decir Ayla.

—Attaroa está en guardia. No comerá ni beberá nada que no haya sido probado antes por otra persona. Es lo que hacía Dolan en otros tiempos. Ahora creo que ella utilizará con el mismo fin a uno de sus niños —dijo S'Armuna, mientras miraba hacia fuera—. Ya casi ha oscurecido. Si estáis preparados, es hora de que comience el festín.

Ayla y Jondalar retiraron los canastos depositados en la cámara interior; después, La Que Servía a La Madre cerró de nuevo. Una vez fuera, vieron que habían encendido una gran hoguera frente a la morada de Attaroa.

—Me preguntaba si os invitaría a entrar en su vivienda; sin embargo, parece que, a pesar del frío, el festín se hará al aire libre —dijo S'Armuna.

Cuando se aproximaron, cada uno con su canasto, Attaroa se volvió a mirarles.

—Como deseabais compartir este festín con los hombres, me pareció lo mejor

comer aquí, pues de ese modo podréis verles —explicó. S'Armuna tradujo lo que Attaroa acababa de decir, aunque Ayla comprendió perfectamente las palabras de la mujer, e incluso Jondalar conocía la lengua de los s'armunai lo suficiente para entender el significado.

—Pero es difícil verlos en la oscuridad. Sería conveniente encender otra hoguera cerca de donde están ellos —dijo Ayla.

Attaroa se quedó unos instantes en suspenso, y después se echó a reír, pero no hizo nada para satisfacer la sugerencia de la joven.

El festín parecía una comilona extravagante de muchos platos, pero en realidad consistía principalmente en carne magra con muy poca grasa, acompañada de una reducida cantidad de verduras, granos o raíces abundantes en almidón, sin rastro de frutas secas ni de productos dulces, ni tan siquiera de lo que podía obtenerse de la cara interior de la corteza de árbol. Había un poco del brebaje levemente fermentado que se preparaba con la savia del alerce, pero Ayla decidió que no lo bebería, y le agradó ver que una mujer se acercaba y servía una infusión caliente de hierbas en las tazas de aquéllos a quienes les apetecía. Ayla había probado el brebaje de Talut y sabía que podía enturbiar su lucidez; precisamente aquella noche necesitaba reflexionar con absoluta claridad.

Ayla pensó que, en conjunto, el festín era bastante pobre, aunque los habitantes del campamento no pensaran lo mismo. La comida estaba compuesta por la clase de alimentos que quedaban al final de la temporada, en vez de los que podían obtenerse mediado el invierno. Unas cuantas pieles habían sido distribuidas alrededor de la plataforma elevada de Attaroa, cerca de la gran hoguera destinada a los invitados. El resto de la gente había llevado sus propias pieles, para sentarse encima mientras comían.

S'Armuna condujo a Ayla y a Jondalar a la plataforma cubierta de pieles de Attaroa, y allí permanecieron de pie, esperando que la jefa se acercara. Ésta aparecía ataviada con sus mejores prendas de piel de lobo y los collares de caninos, hueso, marfil y concha, todo ello adornado con trozos de piel y plumas. Pero lo que más llamó la atención de Ayla fue el bastón que sostenía, el cual había sido fabricado con un colmillo de mamut enderezado.

Attaroa mandó que sirvieran la comida, y con una mirada intencionada a Ayla, ordenó que la parte separada para los hombres fuera llevada al cercado, incluido el cuenco aportado por Ayla y Jondalar. Acto seguido tomó asiento en su plataforma. Todos los demás interpretaron su acción como la señal para sentarse en sus respectivas pieles. Ayla vio que el asiento elevado proporcionaba una situación de superioridad a la jefa. Situada a cierta altura con respecto a los demás, podía ver y observar por encima de sus cabezas. Ayla recordó que siempre habían surgido ocasiones en las que alguien se subía a un trono o a un montón de piedras, cuando había que decir algo a un grupo y deseaba que todos lo oyesen; pero siempre había sido de forma transitoria.

Mientras observaba las posturas y los gestos inconscientes de la gente a su alrededor, Ayla comprendió que Attaroa había elegido un lugar preponderante. Todos parecían expresar, con relación a Attaroa, la actitud de deferencia que las mujeres del clan adoptan cuando se sentaban en silencio frente a un hombre, esperando el golpecito en el hombro que les concedía el derecho de expresar sus pensamientos. Sin embargo, existía una diferencia que no era fácil definir; en el clan nunca notó resentimiento alguno por parte de las mujeres, circunstancia que a todas luces se daba en el campamento, ni tampoco falta de respeto en el caso de los hombres. Era simplemente el modo de hacer las cosas, el comportamiento natural, espontáneo y no impuesto, y permitía que todos prestaran total atención a la comunicación entre ellos, la cual se expresaba principalmente por medio de signos y gestos.

Mientras esperaba que les sirvieran, Ayla trató de examinar mejor el bastón de la jefa. Era similar al Báculo Que Habla usado por Talut y el Campamento del León, con la diferencia de algunas tallas muy extrañas, en absoluto parecidas a las del bastón usado por Talut, a pesar de lo cual le resultaban vagamente conocidas. Ayla recordó que Talut utilizaba el Báculo Que Habla en distintas ocasiones, incluidas ciertas ceremonias, pero en particular durante las asambleas o los debates.

El Báculo Que Habla confería a quien lo empuñaba el derecho de hablar, y permitía que cada individuo formulara una declaración, o expresase un punto de vista sin ser interrumpido. La siguiente persona que tenía algo que decir pedía entonces el artefacto. En principio, se suponía que hablaba únicamente quien tenía el báculo, aunque en el Campamento del León, y sobre todo en medio de una discusión o un diálogo acalorado, la gente no siempre esperaba su turno. Pero si hacía alguna advertencia al respecto, Talut por lo general podía conseguir que la gente se atuviera a la norma, de modo que quien quisiese hablar tenía la oportunidad de decir unas palabras.

—Es un Báculo Que Habla muy extraño, y tiene tallas muy hermosas —dijo Ayla —. ¿Puedo verlo?

Attaroa sonrió al oír la traducción de S'Armuna. Acercó el objeto a Ayla y lo puso más cerca del fuego, pero no se lo entregó. Pronto fue evidente que no tenía la menor intención de soltarlo y Ayla intuyó que la jefa estaba utilizando el Báculo Que Habla para asumir el poder que emanaba del objeto. Mientras Attaroa lo tuviera, todo aquel que pretendiese hablar tenía que solicitar su permiso y, por extensión, otras actividades —como, por ejemplo, cuándo servir los alimentos o cuándo empezar a comer— debían esperar su autorización. Ayla comprendió que, al igual que la plataforma, era un medio para condicionar y controlar el comportamiento de la gente. El asunto dio mucho que pensar a Ayla.

El báculo en sí era bastante extraño, saltaba a la vista que no se trataba de una talla reciente. El color del marfil de mamut había comenzado a adquirir un tono amarillento, y el puño aparecía gris y brillante, a causa de la suciedad acumulada y el sudor de las numerosas manos que lo habían sostenido, puesto que se había utilizado

durante muchas generaciones.

El motivo tallado en el colmillo enderezado era una abstracción geométrica de la Gran Madre Tierra, formada por óvalos concéntricos que constituían los pechos colgantes, el vientre redondeado y los muslos voluptuosos. El círculo era el símbolo de todo, la globalidad, la totalidad del mundo conocido y el desconocido, y simbolizaba a la Gran Madre de Todos. Los círculos concéntricos, y sobre todo el modo en que eran utilizados para sugerir los atributos maternos importantes, reforzaban el simbolismo.

La cabeza era un triángulo invertido, cuya punta formaba el mentón, en tanto que la base se curvaba lentamente para adoptar la forma de una bóveda en el extremo superior. El triángulo que apuntaba hacia abajo era el símbolo universal de la Mujer, la forma externa de su órgano generador, y por tanto también simbolizaba la maternidad de la Gran Madre de Todos. La zona de la cara contenía una serie horizontal de barras dobles paralelas, con las que se unían las líneas grabadas lateralmente, que iban desde el mentón puntiagudo hasta la posición de los ojos. El espacio más amplio entre el conjunto superior de líneas horizontales dobles y las líneas curvas que corrían paralelas al extremo superior curvado estaba ocupado por tres conjuntos de líneas dobles que eran perpendiculares, uniéndose donde hubieran debido estar los ojos.

Pero los dibujos geométricos no constituían una cara. Excepto por el detalle de que el triángulo invertido ocupaba el lugar de una cabeza, las marcas talladas ni siquiera sugerían una cara. La expresión sobrecogedora de la Gran Madre superaba las posibilidades del ser humano común que quisiera contemplarla. Sus poderes eran tan grandes que Su Mirada por sí sola podía deslumbrar. El abstracto simbolismo de la figura del Báculo Que Habla de Attaroa expresaba con sutileza y elegancia este significado de poder.

Gracias a las enseñanzas que había comenzado a recibir de Mamut, Ayla recordó el sentido más profundo de algunos símbolos. Los tres lados del triángulo —tres era el número primario de la Madre— representaban las tres estaciones principales del año, es decir, la primavera, el verano y el invierno, aunque también se admitía la existencia de dos estaciones secundarias adicionales, el otoño y la mitad del invierno, las estaciones que señalaban los cambios futuros, con lo cual se obtenía el número de cinco. Ayla había aprendido que cinco era el número oculto, el número del poder de la Madre, pero los tres triángulos invertidos estaban al alcance de la comprensión de todos.

Recordó las formas triangulares en las tallas de la mujer-pájaro, las cuales representaban a la Madre trascendente transformándose para adoptar Su forma de pájaro, las formas que Ranec había creado… Ranec… De pronto, Ayla recordó dónde había visto antes la figura del Báculo Que Habla de Attaroa. ¡La camisa de Ranec! Aquella hermosa camisa de suave cuero blanco amarillento que él vestía en la ceremonia de la adopción de Ayla. La prenda en cuestión causó un auténtico revuelo

en parte a causa de su estilo desusado, con el cuerpo angosto y las mangas anchas y flotantes. Además, debido a su color, hacía un bonito contraste con la tez morena de Ranec, si bien el atractivo provenía sobre todo de los diseños decorativos.

Estaba adornada con espinas de puercoespín teñidas de colores brillantes e hilos de tendón con una figura abstracta de la Madre, la cual podría muy bien haber sido copiada directamente de la talla que aparecía en el báculo de Attaroa. Tenía los mismos círculos concéntricos, la misma cabeza triangular; sin duda, los s'armunai eran parientes lejanos de los mamutoi, es decir, de donde provenía originariamente la camisa de Ranec. Al menos, eso pensó Ayla. Si ellos habían seguido la ruta del norte sugerida por Talut, tenían que haber pasado por aquel campamento.

Después de que ellos partieron, el hijo de Nezzie, llamado Danug, el joven que estaba convirtiéndose en la viva imagen de Talut, le había dicho que algún día él haría un viaje al país de los zelandonii, para visitarles a ella y a Jondalar. ¿Qué sucedería si Danug, en efecto, decidía realizar ese viaje cuando tuviera algunos años más y atravesaba aquellos parajes? ¿Qué ocurriría si Danug u otro mamutoi caían prisioneros en el campamento de Attaroa y sufrían las consecuencias? Semejante pensamiento fortaleció su decisión de ayudar a aquella gente a aniquilar el poder de Attaroa.

La jefa retiró el báculo que Ayla había estado estudiando, y se volvió hacia ella con un cuenco en las manos.

—Como eres la visitante a quien honramos, y ya que has aportado a este banquete una contribución que está mereciendo tantos elogios —dijo Attaroa con evidente sarcasmo—, permíteme ofrecerte un poco de la especialidad de una de nuestras mujeres.

El cuenco estaba lleno de setas, pero como habían sido cortadas y cocidas, no había manera de identificar a qué variedad pertenecían.

S'Armuna tradujo, añadiendo en voz baja:

—Ten cuidado.

Ayla, sin embargo, no necesitaba la traducción ni la advertencia.

—Por el momento no deseo setas —dijo.

Attaroa rió tras escuchar, repetidas en su lengua, las palabras de Ayla, como si hubiera previsto una respuesta de ese estilo.

—¡Qué lástima! —exclamó, y acto seguido metió la mano en el cuenco y extrajo una porción generosa. Cuando hubo tragado lo suficiente para poder hablar, añadió —: ¡Están deliciosas!

Engulló varios bocados más; luego entregó el cuenco a Epadoa, sonrió con aire de suficiencia y vació su copa de brebaje de alerce.

A medida que avanzaba la comida, bebió varias copas más y comenzó a manifestar los efectos del brebaje; empezó a hablar en voz alta y a insultar. Una de las Lobas, que había quedado a cargo del cercado —se había turnado con otras guardianas, al objeto de que todas pudieran participar del festín—, se aproximó a

Epadoa, quien, tras un breve intercambio de palabras, dio unos pasos hasta colocarse al lado de Attaroa y le habló en voz baja.

—Parece que Ardemun desea salir para expresar el agradecimiento de los hombres por este festín —dijo Attaroa, y rió burlonamente—. Estoy segura de que no es a mí a quien desean dar las gracias, sino a nuestra apreciada visitante. —Volviéndose hacia Epadoa ordenó—: Dile al viejo que venga.

La guardiana se retiró y pronto apareció Ardemun, quien avanzó cojeando hacia el fuego, desde la puerta de la empalizada de madera. A Jondalar le sorprendió su alegría al volver a ver a aquel hombre, dándose cuenta entonces de que no había sabido nada de él ni de sus compañeros después de salir del cercado. Se preguntó cómo estarían todos.

—¿Conque los hombres quieren agradecerme el festín? —preguntó la jefa.

—Sí, S'Attaroa. Me han pedido que viniera a decírtelo.

—Dime, viejo, ¿por qué me cuesta creerte?

Ardemun sabía que no debía contestar. Se limitó a permanecer en pie, con la vista baja, como si deseara que la tierra se lo tragara.

—¡Es un inútil! ¡Es un inútil! Ya no tiene fuerza para resistir —dijo disgustada Attaroa—. Como todos. Son todos unos inútiles. —Se volvió hacia Ayla—. ¿Por qué te mantienes atada a ese hombre? —señaló a Jondalar—. ¿Acaso no tienes suficiente valor para liberarte de él?

Ayla esperó la traducción de S'Armuna, y eso le dio tiempo para meditar su respuesta.

—Yo he elegido estar con él. He vivido sola demasiado tiempo —replicó Ayla.

—¿De qué te servirá cuando se convierta en un hombre débil y flojo como Ardemun? —dijo Attaroa, dirigiendo una mirada de burla al anciano—. Cuando su instrumento esté tan debilitado que no pueda darte placer y sea tan inútil como el resto de estos hombres…

De nuevo Ayla esperó la traducción de la mujer mayor, a pesar de que había entendido las palabras de la jefa.

—Nadie permanece eternamente joven. Un hombre es mucho más que un instrumento.

—Pero tú deberías desembarazarte de éste; no durará mucho tiempo —indicó con un gesto al hombre alto y rubio—. Da la impresión de ser fuerte, pero es pura apariencia. No tuvo la fuerza necesaria para poseer a Attaroa o quizá estuviera asustado —lanzó una carcajada y bebió otra taza de brebaje, encarándose a Jondalar —. Eso fue lo que pasó. Reconócelo, me temes, por eso no pudiste poseerme.

Jondalar también lo entendió y se encolerizó.

—Existe una gran diferencia entre miedo y falta de deseo, Attaroa —replicó—. No puedes imponer el deseo. No compartí el don de la Madre contigo porque no te deseaba.

S'Armuna miró a Attaroa, estremeciéndose antes de iniciar la traducción, y casi

se obligó a abstenerse de modificar las palabras del hombre alto y rubio.

—¡Es mentira! —gritó Attaroa, irritada. Se puso de pie y se inclinó sobre él—. Me temías, zelandonii. Pude verlo claramente. He luchado antes contra otros hombres, y tú incluso temiste combatir conmigo.

También Jondalar se levantó, imitado por Ayla. Varias mujeres se colocaron a su alrededor.

—Estas personas son nuestros invitados —dijo S'Armuna, poniéndose a su vez en pie—. Fueron invitados a compartir nuestro festín. ¿Hemos olvidado el modo de tratar a los visitantes?

—Sí, por supuesto, son nuestros invitados. —El tono de Attaroa era despectivo —. Debemos mostrarnos corteses y hospitalarios con los visitantes, porque, de lo contrario, la mujer se formará una mala opinión de nosotros. Yo os demostraré cuánto me importa lo que penséis de nosotros. Salisteis de aquí sin mi permiso. ¿Sabéis lo que hacemos con las personas que huyen de aquí? ¡Las matamos! ¡Exactamente como te mataré a ti! —chilló la jefa, y se arrojó sobre Ayla blandiendo un afilado y puntiagudo peroné de caballo, el equivalente de una daga formidable.

Jondalar intentó intervenir, pero las Lobas de Attaroa le habían rodeado, y las puntas de sus lanzas presionaban sobre el pecho, el estómago y la espalda del hombre con tanta fuerza que perforaron la piel y brotó la sangre. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, le ataron las manos a la espalda mientras Attaroa derribaba a Ayla, montaba a horcajadas sobre ella y acercaba la daga a su cuello, sin el más mínimo indicio de la embriaguez que hasta entonces parecía dominarla.

Jondalar comprendió que todo había sido una treta. Mientras ellos conversaban, tratando de idear el modo de reducir el poder de Attaroa, ésta planeaba matarlos. Se sintió muy estúpido, porque hubiera debido preverlo. Había jurado que protegería a Ayla. En cambio, se veía reducido, lleno de temor por ella, a mirar impotente cómo la mujer amada trataba de desprenderse de su atacante. Ésa era la razón por la que todos sentían pánico de Attaroa. Mataba sin vacilación ni remordimiento.

El ataque de la despiadada mujer había pillado a Ayla totalmente por sorpresa. No tuvo tiempo de desenfundar un cuchillo ni de sacar la honda, carecía de experiencia en el combate con personas. Jamás había luchado contra nadie en su vida. Pero Attaroa estaba encima de ella, con una afilada daga en la mano, tratando de matarla. Ayla aferró la muñeca de la jefa y trató de apartar el brazo amenazador. Ella era fuerte, pero Attaroa también lo era, al mismo tiempo astuta, y su brazo seguía descendiendo, pese a la resistencia de Ayla, con la afilada punta cada vez más cerca del cuello de la joven.

En un impulso instintivo, Ayla rodó de costado en el último momento, pero la daga le rozó el cuello, dejando una línea roja cada vez más ancha, antes de hundirse hasta la mitad de la hoja en el suelo. Ayla continuaba aferrada por la mujer, cuya cólera vesánica acentuaba su fuerza. Attaroa extrajo la daga del suelo, golpeó después a la mujer rubia, aturdiéndola, se le montó de nuevo a horcajadas y alzó el brazo para

asestarle la puñalada definitiva.

Capítulo 33

Jondalar cerró los ojos, incapaz de presenciar el último y violento instante de la vida de Ayla. Su propia vida carecería de sentido para él cuando ella hubiese desaparecido… Entonces, ¿por qué estaba allí de pie, temeroso de las lanzas amenazadoras cuando no le importaba vivir o morir? Tenía las manos atadas, pero sus piernas estaban libres. Tal vez pudiera correr hacia allí y derribar de un golpe a Attaroa.

Oyó una conmoción cerca de la puerta del cercado, en el momento mismo en que decidió ignorar las afiladas lanzas y tratar de ayudar a Ayla. El ruido procedente del cercado distrajo a sus guardianas y entonces él se abalanzó repentinamente hacia delante, apartó las lanzas y corrió hacia las dos mujeres que se debatían en el suelo.

De pronto, una mancha oscura pasó frente a las personas que observaban la escena, rozó la pierna de Jondalar y saltó sobre Attaroa. El impulso del ataque echó hacia atrás a la jefa y unos afilados y poderosos colmillos se cerraron sobre el cuello de la mujer y atravesaron la piel. La jefa se encontró de espaldas en el suelo, tratando de rechazar a una furia de dientes y piel que gruñía con ferocidad. Consiguió asestar una puñalada al cuerpo pesado y peludo antes de soltar el arma, pero el único resultado fue un gruñido siniestro y una desgarradura más profunda provocada por las mandíbulas que presionaban más y más, en un apretón que la privaba del aire.

Attaroa trató de gritar mientras la oscuridad se cernía sobre ella, pero justo en ese momento un afilado canino seccionó una arteria y el sonido que todos oyeron fue un gorgoteo horrible y un espantoso estertor. Después, la mujer alta y hermosa quedó inerte y ya no luchó. Siempre gruñendo, Lobo la sacudió, para convencerse de que no ofrecía más resistencia.

—¡Lobo! —gritó Ayla, quien consiguió dominar su propia impresión y se sentó —. ¡Oh! ¡Lobo!

Cuando el lobo soltó la presa, un caño de sangre brotó de la arteria seccionada y le salpicó. El animal se arrastró hacia Ayla, con la cola entre las patas en actitud de disculpa, como si pidiera la aprobación de su ama. La mujer le había ordenado que permaneciese oculto y él sabía que había desobedecido sus deseos. Sin embargo, al ver el ataque de que ella era víctima, se precipitó a defenderla, porque comprendió que corría peligro. Pero ahora no estaba seguro de la reacción que su desobediencia provocaría. Más que cualquier otra cosa, detestaba que la joven le reprendiese.

Sin embargo, cuando Ayla abrió los brazos, tendiéndolos hacia él, comprendió enseguida que se había comportado bien y su transgresión le era perdonada, por lo que se arrojó alegremente sobre ella. Ayla le abrazó, hundiendo el rostro en el pelaje de Lobo, mientras lágrimas de alivio brotaban de sus ojos.

—Lobo, me has salvado la vida —sollozó. Él la lamió, manchándole la cara con la sangre tibia y húmeda de Attaroa que conservaba sobre el hocico.

Los habitantes del campamento retrocedieron ante aquel espectáculo,

contemplando boquiabiertos, maravillados, a la mujer rubia que abrazaba a un corpulento lobo que acababa de matar a otra mujer en un furioso ataque. Ella se había dirigido al animal con la palabra mamutoi que significaba lobo, la cual era análoga al nombre con el que ellos designaban al cazador carnívoro, y sabían que estaba hablándole, exactamente como si él pudiera entenderla, del mismo modo que hablaba con los caballos.

Por consiguiente, no tenía nada de extraño que aquella forastera no hubiera demostrado temor ante Attaroa. Su magia era tan poderosa que no sólo conseguía imponerse a los caballos, sino también a los lobos. Advirtieron que tampoco el hombre daba muestras de preocupación, y le vieron arrodillarse al lado de la mujer y el lobo. Incluso había ignorado las lanzas de las Lobas, quienes, atónitas, habían retrocedido unos pasos y permanecían a la expectativa. De pronto, descubrieron a un hombre detrás de Jondalar, ¡un hombre con un cuchillo! ¿De dónde lo habría sacado?

—Jondalar, voy a quitarte las cuerdas —dijo Ebulan, mientras cortaba sus ligaduras.

Jondalar miró alrededor cuando sintió las manos libres. Otros hombres se habían mezclado con la gente, varios más se dirigían hacia la hoguera tras haber abandonado el cercado.

—¿Quién los ha puesto en libertad?

—Tú —afirmó Ebulan.

—¿Qué quieres decir? Yo estaba maniatado.

—Pero nos diste los cuchillos… y el coraje para intentarlo —dijo Ebulan—. Ardemun se deslizó detrás de la mujer que estaba de guardia a la entrada y la golpeó con su báculo. Después cortamos las cuerdas que cierran la entrada. Todos seguían con gran atención la lucha, y entonces apareció el lobo… —Su voz se apagó y sacudió la cabeza, mientras miraba a la mujer y al lobo.

Jondalar no advirtió que el hombre estaba demasiado impresionado para continuar hablando, ya que había algo que le importaba mucho más.

—¿Estás bien, Ayla? ¿Te hirió? —preguntó, abrazando tanto a la mujer como al lobo. El animal pasó de lamer a Ayla a lamer a Jondalar.

—Un pequeño rasguño en el cuello. No es nada —contestó ella, aferrándose al hombre y al excitado lobo—. Me parece que logró herir a Lobo, pero espero que no sea grave.

—Jamás habría permitido que regresaras si hubiera imaginado que intentaría matarte, Ayla, y nada menos que aquí, en el festín. Pero debería haberlo pensado. Fui un estúpido, porque no comprendí cuán peligrosa era —dijo Jondalar, abrazando con fuerza a Ayla.

—No, no eres ningún estúpido. Yo tampoco pensé que intentaría atacarme y no supe cómo defenderme. De no haber sido por Lobo…

Ambos miraron al animal, rebosantes de gratitud.

—Debo de reconocer que durante este viaje hubo ocasiones en que quise dejar

atrás a Lobo. Pensé que era una carga excesiva, que dificultaba aún más nuestro viaje. Cuando descubrí que habías ido a buscarle después de cruzar el río de la Hermana me enojé mucho. La idea de que hubieras corrido peligro por causa suya me trastornó.

Jondalar abarcó con ambas manos la cabeza del lobo y le miró a los ojos.

—Lobo, lo prometo, jamás te dejaré atrás. Arriesgaré mi vida por salvar la tuya, bestia gloriosa y colérica —dijo el hombre, revolviendo el pelaje del animal y frotándole detrás de las orejas.

Lobo lamió el cuello y la cara de Jondalar, y aferró entre sus mandíbulas con infinita suavidad el cuello y el mentón del hombre, para demostrarle su afecto. Lobo experimentaba casi los mismos pensamientos por Jondalar que por Ayla, y gruñó satisfecho ante la atención y la aprobación de que era objeto por parte de los dos.

Pero la gente que estaba observando prorrumpió en exclamaciones, mezcla de asombro y temor cuando vio que el hombre exponía al animal su cuello vulnerable. Habían visto al mismo lobo apretar el cuello de Attaroa entre sus mandíbulas poderosas y matarla; por tanto, para ellos la actitud de Jondalar guardaba estrecha relación con la magia, puesto que revelaba un control inconcebible sobre los espíritus de los animales.

Ayla y Jondalar se incorporaron, con el lobo entre ellos, mientras la gente vacilante les contemplaba, indecisa acerca de lo que se avecinaba. Varias personas miraron a S'Armuna. La mujer se adelantó hacia los visitantes, observando con cautela al lobo.

—Al fin nos hemos librado de ella —dijo.

Ayla sonrió. Adivinó la inquietud de la mujer.

—Lobo no te lastimará —aseguró—. Atacó sólo para protegerme.

S'Armuna advirtió que Ayla no traducía al zelandoni el nombre del animal, y adivinó que usaba la palabra como nombre propio de la bestia.

—Es lógico que su muerte se haya producido por obra de un lobo. Sabía que habíais venido aquí por una razón concreta. Ya no estamos dominados por su fuerza, sojuzgados por su locura —dijo la mujer—. Pero ¿qué haremos ahora?

Era una pregunta retórica, que ella misma se hacía, en vez de estar dirigida a los oyentes.

Ayla contempló el cuerpo inmóvil de la mujer que tan sólo unos momentos antes había manifestado tanta malevolencia, pero también una vida tan vibrante, y la joven cobró conciencia de la fragilidad de la vida. De no haber sido por la intervención de Lobo, hubiera sido ella la que yacería muerta. Se estremeció al pensarlo.

—Creo que alguien debería retirar el cuerpo y prepararlo para la sepultura. —Ayla habló en mamutoi, con el fin de ser entendida sin que fuera necesaria la traducción.

—¿Merece que la enterremos? ¿Por qué no arrojamos su cuerpo a los comedores de carroña? —inquirió una voz masculina.

—¿Quién habla? —preguntó Ayla.

Jondalar conocía al hombre que se adelantó, un poco vacilante.

—Me llaman Olamun —dijo.

Ayla hizo un gesto de saludo.

—Olamun, tienes derecho a sentirte irritado, pero Attaroa fue empujada a la violencia por la violencia que otros ejercieron sobre ella. El mal que había en su espíritu ansía perdurar, quiere dejarte un legado de su violencia. Abandona eso. No permitas que tu justa cólera te lleve a caer en la trampa tendida por el espíritu inquieto de esta mujer. Es hora de poner fin a ese sistema. Attaroa era un ser humano. Enterrémosla con la dignidad que ella no pudo encontrar en vida y dejemos en paz su espíritu.

Jondalar se sorprendió ante la respuesta de Ayla, propia de un zelandonii, una respuesta sensata y moderada.

Olamun asintió en silencio.

—Pero ¿quién la enterrará? ¿Quién la preparará? —preguntó Ayla a continuación.

—Eso incumbe a La Que Sirve a la Madre —dijo S'Armuna.

—Quizá con la ayuda de quienes fueron sus cómplices en esta vida —propuso Ayla, en vista de que el cadáver era excesivamente pesado y la mujer mayor no podía manipularlo sola.

Todos se volvieron entonces para mirar a Epadoa y a las Lobas. Pareció que éstas estrechaban sus filas, como si cada una de ellas extrajera valor de las demás.

—Y después, que la acompañen al otro mundo —dijo otra voz masculina. Hubo gritos de aceptación entre la gente y se produjo un movimiento de amenaza hacia las cazadoras. Epadoa se mantuvo firme y blandió su lanza.

De pronto, una joven Loba se apartó de sus compañeras.

—Yo nunca quise ser Loba. Sólo deseaba aprender a cazar, porque no quería pasar hambre.

Epadoa la miró hostil, pero la joven adoptó una actitud desafiante.

—Que Epadoa descubra lo que significa tener hambre —dijo de nuevo la voz masculina—. Que esté sin comer hasta que llegue al otro mundo. De ese modo, también su espíritu sentirá el hambre.

La gente que avanzaba hacia las cazadoras y Ayla provocó en Lobo un gruñido de advertencia. Jondalar se arrodilló rápidamente para calmarlo, pero su reacción hizo que la gente retrocediera. Miraron con cierto sobresalto a la mujer y al animal.

—El espíritu de Attaroa todavía está entre nosotros —dijo Ayla sin preguntar esta vez quién había hablado—, alentando la violencia y la venganza.

—Pero Epadoa debe pagar el mal que hizo.

Ayla vio que la madre de Cavoa se adelantaba. Su joven hija embarazada estaba detrás, ofreciéndole apoyo moral.

Jondalar se incorporó y permaneció de pie al lado de Ayla. No podía evitar el pensamiento de que la mujer tenía derecho a la venganza por la muerte de su hijo. Miró a S'Armuna. La Que Servía a la Madre debía ser la que contestara, se dijo

Jondalar, pero también ella esperaba la respuesta de Ayla.

—La mujer que mató a tu hijo ya se ha ido al otro mundo —habló Ayla—. Epadoa tendrá que pagar sólo por el mal que ella haya causado.

—Tiene que pagar por mucho más. ¿Qué me dices del daño que infligió a estos niños? —Ebulan era quien hablaba. Retrocedió un paso para permitir que Ayla viera a dos jovencitos apoyados en un anciano de expresión cadavérica.

Ayla se sobresaltó cuando vio al hombre; ¡por un instante pensó que estaba mirando a Creb! Era alto y delgado; en cambio, el santón del clan había sido bajo y robusto, pero su rostro arrugado y los ojos oscuros tenían el mismo aire de compasión y dignidad, y era evidente que despertaba la misma clase de respeto.

El primer pensamiento de Ayla fue brindarle el gesto de respeto usado en el clan, sentándose a sus pies y esperando que él la tocase el hombro, pero comprendió que esa actitud sería mal interpretada. Así pues, decidió ofrecerle la consideración de la cortesía formal. Se volvió hacia el hombre alto que se mantenía a su lado.

—Jondalar, no puedo hablar de forma adecuada con este hombre sin una presentación en regla —dijo.

Jondalar comprendió enseguida lo que ella sentía. También él experimentaba un sentimiento de especial respeto por el hombre. Se adelantó y condujo a Ayla junto al anciano.

—S'Amodun, el muy respetado de los s'armunai, te presento a Ayla, del Campamento del León de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut, elegida por el Espíritu del León de la Caverna y protegida por el Oso de las Cavernas.

Ayla se sorprendió al oír que Jondalar agregaba la última parte. Nadie había designado al Oso de las Cavernas como protector de la joven, pero cuando pensó en ella, consideró que podía ser cierto, por lo menos a causa de Creb. El Oso de las Cavernas la había elegido —era el tótem de Mog-Ur— y Creb aparecía con tanta frecuencia en los sueños de Ayla que ella estaba segura de que la guiaba y protegía, quizá con la ayuda del Gran Oso de las Cavernas del clan.

—S'Amodun de los s'armunai da la bienvenida a la hija del Hogar del Mamut —dijo el anciano, mientras sostenía entre las suyas las manos de Ayla. No era el único que consideraba el Hogar del Mamut como el más impresionante de los antecedentes de Ayla. La mayoría de las personas que estaban allí comprendían la importancia del Hogar del Mamut para los mamutoi; la convertía en la igual de S'Armuna, La Que Servía a la Madre.

Ésta pensó que lo del Hogar del Mamut aclaraba muchos de los interrogantes que se había planteado. Pero ¿dónde estaba su tatuaje? ¿Acaso no se marcaba con un tatuaje a los que eran aceptados en el Hogar del Mamut?

—Me complace que me des la bienvenida, muy respetado S'Amodun —dijo Ayla, hablando en s'armunai.

—Conoces bien nuestra lengua —el hombre sonrió—, pero acabas de decir dos veces lo mismo. Mi nombre es Amodun. S'Amodun significa «Muy Respetado

Amodun» o «Muy Honrado», o lo que desees expresar y sobre lo cual quieras llamar especialmente la atención —explicó—. Es un título impuesto por la voluntad del campamento. No estoy seguro de merecerlo.

Ella intuía el motivo por el que el anciano había hablado así.

—Te agradezco la aclaración, S'Amodun —contestó Ayla, mientras bajaba los ojos y asentía con gratitud. De cerca, le recordaba todavía más a Creb, con sus ojos profundos, oscuros y luminosos, la nariz prominente, las cejas espesas y los rasgos en general acentuados. Tuvo que imponerse conscientemente a la educación recibida en el clan: las mujeres no debían mirar directamente a los hombres, para alzar la cabeza y hablarle.

—Te haré una pregunta —dijo ella, en mamutoi, lengua en la que se expresaba mejor.

—Responderé si puedo —repuso S'Amodun.

Ayla miró a los dos muchachos que estaban de pie, uno a cada lado del anciano.

—La gente de este campamento quiere que Epadoa pague por el mal que hizo. Sobre todo estos niños han sufrido mucho por su causa. Mañana veré si puedo hacer algo para aliviarles. Pero ¿qué castigo debe sufrir Epadoa por haber cumplido los deseos de su jefa?

Involuntariamente, la mayoría de los presentes miró el cuerpo de Attaroa, todavía tendido donde Lobo lo había dejado; luego, centenares de ojos se clavaron en Epadoa. La mujer permanecía erguida inmutable, preparada para aceptar su castigo. En el fondo de su corazón, siempre había sabido que le llegaría el momento de pagar sus culpas.

Jondalar miró a Ayla, un tanto atemorizado, diciéndose que había hecho exactamente lo que correspondía. Cualquier cosa que pudiera decir, incluso con el temeroso respeto que se había granjeado, las palabras de una extraña nunca serían aceptadas por aquella gente tan fácilmente como las pronunciadas por S'Amodun.

—Creo que Epadoa debe pagar por el mal que hizo —dijo el hombre. Muchas personas asintieron satisfechas, en especial Cavoa y su madre—. Pero en este mundo, no en el otro. Tenías razón al decir que era hora de interrumpir la cadena de los acontecimientos infaustos. Ha habido un exceso de violencia y mucha maldad en este campamento durante demasiado tiempo. Los hombres han sufrido mucho en los últimos años, pero algunos de ellos lastimaron primero a las mujeres. Ha llegado el momento de terminar con todo eso.

—Entonces, ¿cómo pagará Epadoa sus culpas? —preguntó la dolorida madre—. ¿Cuál será su castigo?

—No será un castigo, Esadoa, será una restitución. Debe devolver todo lo que cogió e incluso más. Puede empezar por Doban. No importa lo que la hija del Hogar del Mamut pueda hacer por él, es improbable que Doban se recobre por completo. Sufrirá las consecuencias del mal por el resto de su vida. Odevan también padecerá, pero tiene madre y parientes. Doban no tiene madre ni parientes que lo cuiden, nadie

que se ocupe de que aprenda un oficio o desarrolle una habilidad. Yo haría a Epadoa responsable de Doban, como si ella fuera su madre. Quizá nunca lo ame, y es posible que él la odie, pero ella debe asumir la responsabilidad.

Hubo gestos de aprobación. No todos estaban de acuerdo, pero alguien tenía que cuidar a Doban. Aunque todos habían lamentado su sufrimiento, no era un joven apreciado cuando vivía con Attaroa, y nadie deseaba acogerle en su hogar. La mayoría consideró que si se oponían a la idea de S'Amodun, tal vez se les pidiera que abriesen sus puertas al joven.

Ayla sonrió. Pensó que era una solución perfecta, y aunque al principio quizá existiera odio y falta de confianza, era posible que la relación llegara a ser más cordial. Era indudable que S'Amodun era un hombre sabio. La idea de la restitución parecía mucho más útil que el castigo, y además hizo que se le ocurriera algo.

—Yo propondría otra sugerencia —dijo—. Este campamento no está bien abastecido para el invierno y hacia la primavera todos podrían llegar a pasar hambre. Los hombres están débiles y hace muchos años que no han cazado. Lo más lógico es que muchos hayan perdido su destreza. En la actualidad, Epadoa y las mujeres adiestradas por ella son las mejores cazadoras del campamento. Creo que sería sensato que ellas continuaran cazando, pero deben compartir la carne con todos.

La gente asentía. La perspectiva de afrontar el hambre no era atractiva.

—Apenas algunos de los hombres hayan recobrado las fuerzas y quieran comenzar a cazar, será responsabilidad de Epadoa ayudarles y cazar con ellos. El único modo de evitar el hambre en la primavera próxima es que las mujeres y los hombres cooperen. Un campamento necesita la contribución de todos para prosperar. El resto de las mujeres y los hombres mayores o más débiles deben recoger la mayor cantidad posible de alimento.

—¡Es invierno! Ahora no hay nada que recoger —rebatió una de las jóvenes Lobas.

—Es cierto que en invierno no puede recogerse demasiado y que cosechar lo que haya exigirá trabajo; pero es posible hallar el alimento, y lo que se encuentre aliviará la situación —dijo Ayla.

—Tiene razón —confirmó Jondalar—. He visto y comido alimentos que Ayla encontró, incluso en invierno. Es más, esta noche habéis saboreado algunas cosas que ella recogió. Recogió los piñones de los pinos que están cerca del río.

—Los líquenes que les gustan a los renos son comestibles —dijo una de las mujeres más ancianas—, si se sabe cómo prepararlos.

—Y el trigo, el mijo y otras plantas y hierbas todavía tienen semillas —añadió Esadoa—. Podemos recolectarlas.

—Sí, pero tened cuidado con el raigrás. Puede contener elementos perjudiciales y a menudo fatales. Si tiene mal aspecto y huele mal, probablemente está repleto de hongos, y hay que evitarlos —aconsejó Ayla—. Pero ciertas bayas y frutos comestibles subsisten incluso hasta bien entrado el invierno; es más, descubrí un

árbol que aún tenía algunas manzanas, y también es comestible la corteza interior de la mayor parte de los árboles.

—Necesitaremos cuchillos —se preocupó Esadoa—, los que tenemos no son demasiado buenos.

—Yo os fabricaré algunos —prometió Jondalar.

—Zelandoni, ¿me enseñarás a fabricar cuchillos? —preguntó Doban.

—Desde luego. —La pregunta complació a Jondalar—; lo haré con mucho gusto, y también te enseñaré a hacer otras herramientas.

—A mí también me gustaría aprender más acerca de eso —dijo Ebulan—. Nos harán falta armas para cazar.

—Le enseñaré a todo el que desee aprender, o por lo menos le iniciaré. Se necesitan muchos años para llegar a la maestría. Quizá el verano próximo, si asistís a la asamblea s'armunai, encontraréis a alguien que continuará enseñándoos.

La sonrisa del muchacho se convirtió en un gesto de contrariedad; comprendió que el hombre de elevada estatura no permanecería en el poblado.

—Mientras permanezca aquí os explicaré todo lo que pueda —dijo Jondalar—. En este viaje hemos tenido que fabricar muchas armas de caza.

—¿Qué me dices de ese… palo que arroja lanzas…, como el que ella usó para liberarte?

Era Epadoa quien había hablado, y todos se volvieron a mirarla. La jefa de las Lobas había permanecido en silencio y su repentino comentario les recordó que Ayla había liberado a Jondalar de sus ataduras con un tiro de lanza muy preciso desde bastante distancia. Les había parecido algo tan milagroso que la mayoría no creyó que se tratara de una habilidad que pudiera aprenderse.

—¿El lanzavenablos? Sí, les enseñaré a utilizarlo a todos los que estén interesados en ello.

—¿Incluidas las mujeres? —preguntó Epadoa.

—Desde luego. Cuando hayáis aprendido a usar buenas armas de caza, no tendréis que ir al Río de la Gran Madre a empujar caballos para que caigan al abismo. Aquí contáis con uno de los mejores territorios de caza que he visto jamás… y está allí, cerca del río.

—Así es —dijo Ebulan—. Recuerdo sobre todo que allí cazábamos mamuts. Cuando yo era niño, solían apostar un centinela y encender hogueras al divisar las futuras presas.

—Me lo había imaginado —dijo Jondalar.

Ayla sonreía.

—Creo que la cadena está rompiéndose. Ya no se oye hablar al espíritu de Attaroa —dijo mientras acariciaba la piel de Lobo. A continuación se dirigió a la jefa de las Lobas—: Epadoa, cuando empecé aprendí a cazar depredadores de cuatro patas y entre ellos había lobos. El cuero del lobo debe ser cálido y útil para fabricar capuchas, y el lobo que amenaza en serio debe ser sacrificado; pero aprenderías más observando

a los lobos vivos que tendiéndoles trampas y devorándolos después de muertos.

Todas las Lobas se miraron unas a otras con expresión culpable. ¿Cómo lo sabía? Entre los s'armunai la carne de lobo estaba prohibida y era considerada especialmente perjudicial para las mujeres.

La jefa de las cazadoras escudriñó a la mujer rubia, tratando de descubrir en ella algo más de lo que se apreciaba a simple vista. Ahora que Attaroa había muerto y que ella sabía que no iban a matarla por lo que había hecho, experimentaba un sentimiento de liberación. Se alegraba de que todo hubiera concluido. La jefa había sido una mujer tan imperiosa que la joven cazadora había llegado a sentirse subyugada por aquélla, razón por la que solía hacer muchas cosas para complacerla, aunque ahora no le agradaba pensar en ello. En numerosas ocasiones le había disgustado tener que actuar como Attaroa quería, aunque no lo reconociese, ni siquiera en su fuero interno. Cuando vio al hombre de elevada estatura mientras ella y sus compañeras cazaban caballos, había confiado en que si se lo llevaba a Attaroa, ésta lo convertiría en su juguete, y tal vez fuese a salvar a alguno de los hombres del campamento, prisioneros en el cercado.

No había deseado lastimar a Doban; sin embargo, temió que, de no cumplir las órdenes de Attaroa, la jefa la mataría de la misma manera en que había destruido a su propio hijo. ¿Por qué aquella hija del Hogar del Mamut habría preferido a S'Amodun antes que a Esadoa, pidiéndole que la juzgara? Era una decisión que le había salvado la vida. Ya no sería fácil vivir en el campamento. Muchos la odiaban, pero Epadoa agradecía la oportunidad de redimirse. Se ocuparía del niño, aunque él la detestase. Le debía eso al menos.

Pero ¿quién era aquella Ayla? ¿Había venido para acabar con la tiranía que Attaroa ejercía sobre el campamento, como todos parecían creer? ¿Y qué decir del hombre? ¿Qué clase de magia poseía que las lanzas no le alcanzaban? ¿Y cómo se las habían arreglado los hombres del cercado para conseguir cuchillos? ¿Era él quien les ayudó? ¿Montaban a caballo porque éste era el animal más cazado por las Lobas, pese a que el resto de los s'armunai eran cazadores de mamuts, lo mismo que sus parientes los mamutoi? ¿Era el lobo un espíritu-lobo que había venido a vengar a su especie? De una cosa sí estaba segura: jamás volvería a cazar lobos, y renunciaría a darse a sí misma el nombre de Loba.

Ayla regresó al sitio donde se encontraba el cadáver de la jefa y vio a S'Armuna. La Que Servía a La Madre lo había presenciado todo, pero había comentado poco, y Ayla recordó su angustia y su remordimiento. La habló directamente, en voz baja.

—S'Armuna, aunque el espíritu de Attaroa se aleje por fin de este campamento, no será fácil modificar las viejas costumbres. Los hombres han salido del cercado, me alegro de que hayan logrado liberarse y estoy segura de que recordarán con orgullo este hecho, pero pasará mucho tiempo antes de que olviden a Attaroa y los años que vivieron encerrados allí. Tú eres la que puede ayudar, pero será una grave responsabilidad.

La mujer asintió. Se daba perfecta cuenta de que se le ofrecía la oportunidad de pagar por su actitud anterior, así como por haber abusado del poder de la Madre; era más de lo que se había atrevido a esperar. Ante todo, era necesario sepultar a Attaroa y convertirla en algo perteneciente al pasado. Con aire decidido se volvió hacia la gente.

—Todavía hay comida. Concluyamos juntos este festín. Es hora de derribar la empalizada que fue levantada por los hombres y las mujeres de este campamento; hora de compartir el alimento y el fuego, además del calor de la comunidad. Ha llegado el momento de que volvamos a ser un mismo pueblo, ninguno de cuyos miembros será más importante que otro. Todos poseéis cualidades y habilidades, y si cada uno contribuye y ayuda, este campamento prosperará.

Los hombres y las mujeres asintieron. Abundaban las parejas que habían vuelto a encontrarse, tras largos años de obligada separación. Otras personas se mezclaron con el resto para compartir el alimento, el fuego y la compañía humana.

—Epadoa. —S'Armuna le hizo señas para que se acercara, mientras la gente comenzaba a comer. Cuando la cazadora estuvo a su lado, agregó—: Conviene trasladar el cuerpo de Attaroa y prepararlo para la sepultura.

—¿La llevaremos a su vivienda?

—No —dijo S'Armuna tras vacilar unos segundos—. Llevadla al cercado y depositadla en el refugio. Creo que los hombres deben disfrutar esta noche del calor de la vivienda de Attaroa. Muchos están débiles y enfermos. Quizá necesitemos esa morada durante algún tiempo. ¿Tienes tú sitio donde dormir?

—Sí. Cuando podía separarme de Attaroa, dormía en casa de Unavoa.

—En mi opinión, deberías mudarte allí por ahora, si Unavoa y tú estáis de acuerdo.

—Creo que a las dos nos gustará.

—Después nos ocuparemos de Doban.

—Sí, lo haremos.

Jondalar observó a Ayla que se alejaba con Epadoa y las cazadoras, transportando el cuerpo de la jefa, y se sintió orgulloso de ella y hasta algo sorprendido. En realidad, Ayla había demostrado sabiduría poniéndose a la altura del propio Zelandoni. Las únicas ocasiones en las que había visto antes a la joven asumir el control era cuando alguien estaba herido o enfermo, o bien necesitaba sus conocimientos específicos. Entonces, al pensar en ello, comprendió que todos los habitantes del poblado estaban heridos y enfermos. Quizá no fuera tan extraño que Ayla supiese cómo manejar la situación.

Por la mañana, Jondalar fue a buscar a los caballos y a recoger las cosas que habían apartado al abandonar el curso del Río de la Gran Madre para seguir la pista de Whinney. Parecía como si aquel episodio hubiera sucedido mucho tiempo atrás, y en ese momento Jondalar comprendió que el viaje se había retrasado considerablemente. Habían recorrido una parte tan grande de la distancia que él creía

preciso salvar para llegar al glaciar, que llegó a tener la certeza de que realizarían la travesía con tiempo sobrado. Sin embargo, el invierno estaba ya muy avanzado y se encontraban demasiado lejos de la meta.

El campamento, desde luego, necesitaba ayuda, y Jondalar presentía que Ayla no partiría antes de haber hecho todo lo que ella considerase necesario. Recordó que también él lo había prometido, y estaba entusiasmado ante la perspectiva de enseñar a Doban y a los otros a trabajar el pedernal, así como a manejar el lanzavenablos; pero había comenzado a nacer en él una particular inquietud. Tenían que cruzar el glaciar antes de que el deshielo de primavera lo convirtiera en una zona demasiado traicionera; por consiguiente, debían ponerse en marcha cuanto antes.

S'Armuna y Ayla cooperaron para examinar y tratar a los muchachos y los hombres del campamento. Su ayuda fue demasiado tardía para uno de ellos, el cual murió en la vivienda de Attaroa la primera noche que pasó fuera del cercado, de una gangrena tan avanzada que tenía ambas piernas paralizadas. Casi todos los demás necesitaban ser tratados de una herida o una enfermedad, y todos sin excepción estaban desnutridos. Por añadidura, de sus cuerpos se desprendía el hedor característico del cercado, y todos estaban increíblemente sucios.

S'Armuna decidió no encender todavía el horno. No disponía de tiempo, aunque la hechicera pensaba que, en el momento oportuno, podría ser una poderosa ceremonia curativa. En lugar de ello, utilizaron el fuego encendido en la cámara interior para calentar agua destinada a los baños y el tratamiento de las heridas; pero lo que todos necesitaban especialmente era alimento y calor. Después de que las curadoras prestaron toda la ayuda posible, aquellos que no padecían heridas ni trastornos graves y tenían madres, compañeros o parientes con quienes convivir, se trasladaron a sus respectivas moradas.

El estado en que se encontraban los niños y los adolescentes irritaba profundamente a Ayla. Incluso S'Armuna se sentía abrumada, sobre todo porque antes había cerrado los ojos, ya que prefería ignorar la gravedad de la situación.

Esa noche, después de compartir otra comida, Ayla y S'Armuna describieron algunos de los problemas con que se habían encontrado, explicaron las necesidades generales y respondieron a las preguntas que les fueron hechas. Pero el día había sido largo y Ayla, finalmente, expresó su necesidad de descansar. Cuando se puso en pie para partir, alguien formuló una última pregunta acerca de uno de los niños. Cuando Ayla contestó, otra mujer hizo un comentario acerca de la jefa perversa, achacando toda la culpa a Attaroa e inhibiéndose virtuosamente de toda responsabilidad. Semejante actitud provocó la ira de Ayla, quien entonces hizo unas declaraciones dictadas por la profunda cólera que había ido acumulándose en ella a lo largo de toda la jornada.

—Attaroa fue una mujer fuerte, con una voluntad fuerte, pero por muy fuerte que sea una persona, dos personas, o cinco o diez son más fuertes. Si todos vosotros os hubierais mostrado dispuestos a resistir, habría sido posible poner coto a sus

desafueros mucho antes. Por tanto, todos vosotros, como campamento, hombres y mujeres, sois responsables en parte del sufrimiento de estos niños. Y podéis estar seguros de que tanto ellos como los adultos sufrirán mucho tiempo a consecuencia de esta…, esta abominación. —Ayla trató de contener su furia—. Tendrán que ser atendidos por todo el campamento. Son responsabilidad vuestra, y será así por el resto de sus vidas. Han sufrido, y en su sufrimiento se convirtieron en los elegidos de Muna. Quien rehúse ayudarles tendrá que responder ante Ella.

Ayla les volvió la espalda para salir, seguida de Jondalar, pero las palabras que la joven acababa de pronunciar tenían más importancia de lo que ella pensaba. La mayoría de la gente estaba convencida de que no era una mujer común y corriente, hasta el punto de que muchos afirmaban que era una encarnación de la Gran Madre misma; una munai viva, en forma humana, que había aparecido para apoderarse de Attaroa y liberar a los hombres. Si no era así, ¿cómo podía explicarse el prodigio de los caballos, que acudían cuando ella silbaba? ¿O el del lobo, enorme incluso teniendo en cuenta que pertenecía a una especie norteña de animales corpulentos, el cual la seguía adonde quiera que ella iba, sentándose tranquilamente a sus pies, obediente a sus órdenes? ¿Acaso no era la Gran Madre Tierra quien había originado el espíritu de todos los animales?

De acuerdo con los rumores, la Madre había creado tanto a los hombres como a las mujeres por una razón, y Ella les había otorgado el don de los placeres con el fin de que La honrasen. Los espíritus de los hombres y de las mujeres eran necesarios para crear vida nueva, y Muna había llegado para dejar bien claro que quien intentara crear de otro modo a Sus hijos cometería una abominación. ¿Acaso Ella no había traído al zelandonii para demostrarles lo que sentía? ¿Aquel hombre, que era la expresión de Su amante y compañero? Más alto y más apuesto que la mayoría de los hombres, con la piel clara y los cabellos rubios, como la luna. Jondalar advirtió un cambio en el trato que el campamento le dispensaba, y eso le inquietaba. No le gustaba gran cosa.

El primer día fue de intenso trabajo, a pesar de la colaboración de las dos curadoras y la ayuda de la mayor parte del campamento, tanto que Ayla retrasó el tratamiento especial que deseaba aplicar a los niños que sufrían dislocaciones. S’Armuna incluso había aplazado el entierro de Attaroa. A la mañana siguiente, elegido el lugar, se cavó una tumba. Una sencilla ceremonia dirigida por La Que Servía devolvió por fin a la jefa al seno de la Gran Madre Tierra.

Unos pocos incluso experimentaron cierto pesar. Epadoa había creído que no sentiría nada; sin embargo, no era así. A causa de la actitud de la mayoría del campamento, no podía expresar nada, pero Ayla adivinó, gracias al lenguaje del cuerpo de Epadoa, a sus posturas y expresiones, que la mujer trataba de contenerse. También el comportamiento de Doban era extraño, y Ayla supuso que tenía que

luchar con sus emociones contradictorias. Durante la mayor parte de su breve vida, Attaroa había sido la única madre que Doban había conocido. Se había sentido traicionado cuando ella le volvió la espalda, pero el amor de Attaroa siempre había sido inconstante, y Doban, por mucho que se lo propusiera, no podía ignorar por completo los lazos de afecto que le habían unido a aquella mujer.

Había que liberar el dolor. Ayla lo sabía por la experiencia acumulada a través de sus propias pérdidas. Se había propuesto intentar el tratamiento del muchacho inmediatamente después del entierro. Pero ahora se preguntaba si no sería conveniente esperar más. Tal vez no fuera aquél el día apropiado para intentarlo, aunque era posible que la necesidad de concentrar la atención en otra cosa les beneficiase a ambos. Se acercó a Epadoa en el camino de regreso al campamento.

—Intentaré arreglar la pierna dislocada de Doban y necesitaré ayuda. ¿Quieres colaborar conmigo?

—¿No sería demasiado doloroso para él? —preguntó Epadoa. Recordaba muy bien los gritos de dolor de Doban y comenzaba a adoptar una actitud protectora con respecto al muchacho. No era su hijo, pero, por lo menos, estaba a su cargo, y ella se tomaba en serio el asunto. Además, estaba segura de que su propia vida dependía de lo que hiciera.

—Le dormiré. No sentirá nada, aunque sufrirá algo cuando despierte, y tendrá que moverse con mucho cuidado durante algún tiempo —explicó Ayla—. No podrá caminar.

—Le llevaré en brazos —dijo Epadoa.

Cuando regresaron a la morada grande, Ayla explicó al muchacho que iba a tratar de enderezarle la pierna. Doban intentó alejarse de ella, dominado por el temor, y cuando vio que Epadoa entraba en la vivienda, sus ojos expresaron verdadero terror.

—¡No! ¡Me hará daño! —gritó Doban al ver a la Loba. Si hubiera podido echar a correr, con gusto lo habría hecho.

Epadoa se detuvo, erguida y rígida, junto al lecho que el joven ocupaba.

—No te lastimaré. Te lo prometo. Jamás volveré a hacerte daño —aseguró—. Y no permitiré que nadie te lastime…, tampoco esta mujer.

Él la miró, aprensivo, pero deseoso de creerla. Necesitaba desesperadamente creerla.

—S’Armuna, asegúrate de que entiende lo que voy a decirle —pidió Ayla. Después se inclinó hasta clavar su mirada en los ojos asustados de Doban.

—Escucha, Doban, te daré una bebida. No tiene muy buen sabor, pero de todos modos deseo que la bebas. Al poco rato empezarás a sentir mucho sueño. Cuando te pase, debes acostarte aquí mismo. Mientras duermes, trataré de arreglar tu pierna, de ponerla en la posición que tenía antes. No lo notarás, porque estarás durmiendo. Cuando despiertes, sentirás un poco de dolor, pero también es posible que la pierna haya mejorado. Si te duele demasiado, dímelo, o díselo a S’Armuna o a Epadoa, alguien te acompañará todo el tiempo, y ellas te traerán algo de beber que te aliviará.

¿Entiendes?

—¿Zelandon vendrá aquí a verme?

—Sí, le traeré ahora mismo, si lo deseas.

—¿Y S'Amodun?

—Sí, los dos, si así lo deseas.

—¿Y no permitirás que ella me lastime? —Doban miraba a Epadoa.

—Lo prometo. No le permitiré que te haga daño. No permitiré que nadie te haga daño.

Doban miró a S'Armuna y después a Ayla.

—Dame la bebida —dijo.

El proceso no fue diferente del trabajo que había hecho Ayla con el brazo roto de Roshario. La bebida relajó los músculos del paciente y le adormeció. Fue necesario un gran esfuerzo físico para enderezar la pierna, pero cuando ésta recuperó la posición correcta, todos lo advirtieron. Ayla comprendió que la pierna había sufrido daño y que nunca volvería a su estado inicial; pero el cuerpo de Doban parecía ahora casi normal.

Epadoa retornó a la vivienda grande, pues la mayoría de los hombres y los muchachos se habían distribuido en las moradas de sus parientes, y permaneció casi constantemente al lado de Doban. Ayla percibió los comienzos vacilantes de la confianza que comenzaba a establecerse entre ellos. Tenía la certeza de que eso era precisamente lo que S'Amodun había previsto.

Realizaron la misma operación con Odevan, pero Ayla temió que el proceso de curación en este caso sería más difícil, y que en el futuro la pierna de Odevan tendería a salirse de su sitio y a dislocarse con facilidad.

Ante Ayla, S'Armuna se sentía impresionada y un tanto temerosa, preguntándose en su fuero interno si los rumores acerca de la joven no encerrarían una parte de verdad. Parecía una mujer común y corriente, hablaba, dormía y compartía los placeres con el hombre alto y rubio, como cualquier otra mujer, pero su conocimiento sobre la vida vegetal y las propiedades médicas de cada planta era extraordinario. Todos lo comentaban. Merced a su cooperación con Ayla, se acrecentó el prestigio de S'Armuna, y aunque la hechicera aprendió a dominar el sentimiento de temor frente al lobo, era imposible verle al lado de Ayla y no creer que la joven controlaba el espíritu del animal. Cuando él no la seguía, sus ojos no la perdían de vista. Sucedía lo mismo con el hombre, aunque lógicamente su actitud no despertaba tanta curiosidad.

La mujer mayor no prestaba demasiada atención a los caballos, porque éstos estaban pastando la mayor parte del tiempo. Ayla decía que se sentía contenta de permitir que descansaran. En cualquier caso, S'Armuna había visto a Ayla y Jondalar montándolos. El hombre cabalgaba con bastante destreza en el corcel castaño, pero ver a la joven a lomos de la yegua inducía a pensar que formaban una unidad perfecta.

No obstante, La Que Servía a la Madre observaba una actitud escéptica. Había

sido adiestrada por los zelandonii y sabía que, a menudo, eran alentadas tales ideas. Había aprendido y utilizado con frecuencia los trucos para desorientar a la gente, la manera de inducir a hombres y mujeres a creer lo que ellos deseaban creer. No concebía esos métodos como una forma de engaño —nadie estaba más convencida que la propia S'Armuna de la validez de su vocación—, pero utilizaba los medios que tenía al alcance de la mano para allanar el camino y persuadir a otros de que la siguieran. A menudo era factible ayudar a la gente valiéndose de tales recursos, sobre todo cuando se trataba de individuos cuyos problemas y enfermedades carecían de causa discernible, excepto, tal vez, las maldiciones de seres perversos y poderosos.

Aunque S'Armuna no estaba dispuesta a aceptar todos los rumores, tampoco los refutaba. Los habitantes del campamento deseaban creer que todo lo que Ayla y Jondalar decían equivalía a un pronunciamiento de la Madre, y S'Armuna utilizaba esta convicción para fomentar algunos cambios necesarios. Por ejemplo, cuando Ayla habló de un consejo mamutoi de Hermanas y del Consejo de Hermanos, S'Armuna organizó el campamento y logró que se designaran consejos análogos. Cuando Jondalar mencionó la posibilidad de buscar a alguien de otro campamento, con el fin de que continuara la instrucción en el oficio de trabajar el pedernal, es decir, las enseñanzas que él había comenzado a impartir, S'Armuna impulsó el plan de enviar una delegación a otros campamentos s'armunai con el propósito de renovar los lazos de afecto y amistad con parientes y amigos, restableciendo así las relaciones.

Una noche en que hacía mucho frío y el cielo estaba tan claro que las estrellas brillaban en lo alto, un grupo de personas se reunió frente a la entrada de la amplia morada de la exjefa, lugar que se estaba convirtiendo en un centro de actividades comunitarias después de haber servido como un centro hospitalario en el que se atendía y rehabilitaba a los heridos y tullidos. Hablaban de las misteriosas luces que parpadeaban en el cielo, y S'Armuna respondía a las preguntas o sugería interpretaciones. Tenía que pasar tanto tiempo allí —curando con medicinas y ceremonias, o bien reuniéndose con la gente para trazar planes y analizar problemas — que había comenzado a trasladar algunas de sus cosas, y a menudo dejaba solos en su pequeña morada a Ayla y a Jondalar. La organización comenzó a parecerse a la de otros campamentos y cavernas conocidos por Ayla y Jondalar con la residencia de La Que Servía a la Madre transformada en punto de reunión de la gente.

Después de que los dos visitantes se apartaron de los que contemplaban las estrellas, alejándose seguidos por Lobo, alguien preguntó a S'Armuna acerca del lobo que nunca se separaba de Ayla. La Que Servía a la Madre señaló uno de los puntos luminosos en el cielo.

—Ésa es la estrella del Lobo —fue todo lo que dijo.

Los días pasaron deprisa. Cuando los hombres y los muchachos comenzaron a recobrarse y ya no la necesitaron como curandera, Ayla decidió acompañar a los que

buscaban los escasos alimentos invernales. Jondalar estaba atareado enseñando su oficio y el modo de fabricar los lanzavenablos y emplearlos para cazar con ellos. El campamento comenzó a acumular una diversidad de alimentos que podían ser conservados y almacenados fácilmente cuando la temperatura era muy baja; sobre todo, se hacía acopio de carne. Al principio habían tropezado con algunas dificultades para acostumbrarse a la nueva organización, y varios hombres se habían instalado en viviendas que las mujeres consideraban suyas. Pero poco a poco comenzaban a allanarse los obstáculos.

S'Armuna consideró que era el momento oportuno para cocer las figuras en el horno, e incluso había hablado con sus dos visitantes de la posibilidad de organizar una nueva Ceremonia del Fuego. Estaban en el lugar en el que había sido instalado el horno de cerámica, utilizando parte del combustible recogido durante el verano y el otoño para alimentar el fuego, tanto con fines médicos como para el uso cotidiano. S'Armuna explicó que sería necesario obtener más combustible, y eso significaría mucho trabajo.

—Jondalar, ¿puedes fabricar algunas herramientas para cortar árboles? —preguntó.

—Estoy dispuesto a fabricar hachas, mazos y cuñas, lo que quieras; pero lo malo es que los árboles verdes no arden bien.

—También quemaré hueso de mamut; claro que para eso primero necesitamos encender un fuego muy vivo, y tiene que arder mucho tiempo. Hace falta gran cantidad de combustible para realizar la Ceremonia del Fuego.

Cuando salieron del pequeño refugio, Ayla volvió los ojos hacia el lugar que ocupaba el cercado. Aunque la gente había estado utilizando fragmentos del material, no lo habían demolido. Ayla había mencionado en cierta ocasión que las estacas podían usarse para construir un espacio cerrado, una especie de corral que serviría para encerrar a los animales. A raíz de este comentario, los habitantes del campamento tendían a evitar la utilización de la madera; y ahora que todos se habían acostumbrado a su presencia, casi no la veían.

—No necesitáis talar árboles —dijo Ayla de repente—. Jondalar puede fabricar herramientas para cortar la madera que os permitirán aprovechar las tablas del cercado.

Miraron la empalizada con ojos distintos; S'Armuna incluso vio más allá. Empezó a concebir los planes para su nueva ceremonia.

—¡Eso es perfecto! —exclamó—. ¡Destruiremos este lugar y comenzaremos una ceremonia nueva y beneficiosa! Podrá participar todo el mundo, y todos se alegrarán de ver que el cercado desaparece. Será un comienzo nuevo para nosotros y también vosotros lo presenciaréis.

—No estoy muy seguro de eso —dijo Jondalar—. ¿Cuánto tiempo durará?

—No podemos darnos excesiva prisa. Esto es demasiado importante para nosotros.

—Es lo que pensaba. Tenemos que marcharnos pronto.

—Pero la época más fría del año no tardará en llegar —objetó S'Armuna.

—Y poco después se iniciará el deshielo de primavera.

—S'Armuna, tú atravesaste el glaciar. Te consta que podemos cruzarlo únicamente en invierno. Prometí a algunos losadunai visitarles en su caverna en el camino de regreso y que pasaríamos unos días con ellos. Aunque no nos detengamos allí mucho tiempo, sería un lugar apropiado para descansar y prepararnos para cruzar.

—Entonces —S'Armuna hizo un gesto de asentimiento—, aprovecharé la Ceremonia del Fuego para anunciar vuestra partida. Muchos de nosotros concebimos la esperanza de que permaneceríais aquí, y todos lamentaremos vuestra ausencia.

—Confiaba en la posibilidad de presenciar una Ceremonia del Fuego —dijo Ayla —, y de conocer al bebé de Cavoa, pero Jondalar tiene razón. Es hora de que partamos.

Jondalar decidió fabricar enseguida las herramientas para S'Armuna. Había descubierto en las inmediaciones del campamento una provisión de buen pedernal, y con la ayuda de dos de los habitantes fue a buscar la cantidad suficiente para hacer hachas y otros instrumentos destinados a cortar la madera. Ayla se dirigió a la pequeña morada para recoger las pertenencias de los dos y ver si les hacía falta algo más. Acababa de distribuirlo todo en el suelo, cuando oyó un ruido en la entrada. Levantó la mirada y vio a Cavoa.

—Ayla, ¿te molesto? —preguntó ésta.

—No, pasa.

La joven, con su avanzado embarazo, entró en la vivienda y se acercó al borde de una plataforma para dormir situada enfrente de Ayla.

—S'Armuna me ha dicho que os marcháis.

—Sí, dentro de un día o dos.

—Pensé que os quedaríais para asistir a la Ceremonia del Fuego.

—Yo lo deseaba, pero Jondalar ansía partir cuanto antes. Dice que debemos cruzar un glaciar antes de la primavera.

—He hecho una cosa para ti, algo que pensaba darte después de la ceremonia —dijo Cavoa, sacando un envoltorio de cuero que guardaba entre sus ropas—. Todavía deseo dártelo, pero si se moja se estropeará.

Entregó el envoltorio a Ayla, quien, al abrirlo, descubrió en su interior una cabecita de leona, exquisitamente modelada en arcilla.

—¡Cavoa! Es hermosa. Más que hermosa. Es la esencia de una leona de las cavernas. Ignoraba que fueses tan hábil.

La joven sonrió.

—¿Te gusta?

—Conocí un hombre, un mamutoi, que hacía obras en marfil, un excelente artista. Me enseñó a mirar las cosas talladas y pintadas, a apreciar su valor y sé que esto le hubiera gustado mucho —aseguró Ayla.

—He tallado figuras en madera, marfil y asta. Lo he hecho desde que tuve uso de razón. Por eso S'Armuna me pidió que trabajara con ella. S'Armuna ha sido maravillosa conmigo. Trató de ayudarnos… También fue buena con Omel. Permitió que Omel mantuviera el secreto y nunca le exigió nada, a diferencia de lo que habrían hecho algunos. Muchas personas sentían una enorme curiosidad.

Cavoa bajó los ojos y pareció luchar por contener las lágrimas.

—Creo que echas de menos a tus amigos —dijo dulcemente Ayla—. Seguramente fue difícil para Omel mantener un secreto así.

—Omel tenía que hacerlo.

—¿A causa de Brugar? Según S'Armuna parece ser que Brugar profirió terribles amenazas.

—No, no a causa de Brugar ni de Attaroa. No me gustaba Brugar, y recuerdo que él atribuía a Attaroa la culpa del defecto físico de Omel…, aunque en esa época yo era pequeña; pero creo que temía a Omel más de lo que Omel le temía a él, y Attaroa conocía la razón.

Ayla adivinó lo que inquietaba a Cavoa.

—Y tú también la conocías, ¿verdad?

La joven frunció el ceño.

—Sí —murmuró; después miró a Ayla—. Confiaba en que estarías aquí cuando llegase el momento. Quiero que todo salga bien con mi hijo, no como…

No era necesario añadir más. Cavoa temía que su hijo naciera con alguna anormalidad, y decirlo claramente la asustaba aún más.

—Bien; todavía no me he ido, ¿y quién sabe? Creo que puedes tener ese hijo de un momento a otro —afirmó Ayla—. Quizá estemos aún aquí.

—Así lo espero. ¡Ya has hecho tanto por nosotros! Ojalá hubieseis llegado antes de que Omel y los otros…

Ayla vio lágrimas en los ojos de la joven.

—Sé que echas de menos a tus amigos, pero pronto darás a luz tu propio hijo, el hijo de tu cuerpo. Creo que eso te ayudará. ¿Has pensado en algún nombre?

—Durante mucho tiempo no me preocupé de eso. Sabía que no tenía mucho sentido pensar en el nombre de un varón, y no sabía si me permitirían elegir el nombre de una niña. Pero ahora, si es varón, no sé si ponerle el nombre de mi hermano o… de otro hombre que conocí. Pero si es una niña, quiero que lleve el nombre de S'Armuna. Ella me ayudó a… verme con él…

Un sollozo de angustia interrumpió sus palabras.

Ayla abrazó a la joven. El dolor tenía que manifestarse y era bueno que ella lo expresara. El campamento aún estaba saturado de un sufrimiento del que tenía que liberarse. Ayla confiaba en que la ceremonia planeada por S'Armuna contribuiría a mejorar la situación. Cuando al fin cesaron sus lágrimas, Cavoa se apartó un poco y se limpió los ojos con el dorso de la mano. Ayla miró en torno suyo para buscar algo que darle a la joven y enjugar sus lágrimas. Abrió entonces un paquete que llevaba

consigo desde hacía varios años y entregó a la joven la envoltura de cuero suave. Pero cuando Cavoa vio lo que había dentro, sus ojos se abrieron como platos, en un gesto de incredulidad. Era un munai, la figurilla de una mujer tallada en marfil; pero ese munai tenía cara, ¡y la cara era la de Ayla!

Desvió la mirada, como si hubiera visto algo que no debía contemplar, se enjugó las lágrimas y salió deprisa sin aceptar el obsequio. Ayla frunció el ceño mientras devolvía la talla realizada por Jondalar a la protección del cuero suave. Comprendía que había asustado a Cavoa.

Trató de apartarla de su mente, ocupándose en guardar sus escasas pertenencias. Cogió el saquito que contenía las piedras de hacer fuego y lo vació para ver cuántos restos metálicos de la pirita de hierro amarillo-grisácea le quedaban aún. Quería regalar un trozo a S'Armuna, pero no sabía si sería fácil encontrarla en abundancia cerca del hogar de Jondalar, y Ayla deseaba reservar algunas para regalarlas a los parientes del hombre. Decidió separarse de una, pero sólo una, y eligió un nódulo de buen tamaño, guardando el resto de nuevo.

Al salir, Ayla vio que Cavoa abandonaba la vivienda grande, en el momento mismo en que ella entraba. Sonrió a la joven, quien respondió con una sonrisa nerviosa, y una vez dentro de la casa, Ayla tuvo la impresión de que S'Armuna la miraba de un modo extraño. Al parecer, la talla de Jondalar había originado cierta inquietud. Ayla esperó a que otra persona saliera de la vivienda para quedarse a solas con S'Armuna.

—Tengo algo que quiero darte antes de partir, algo que descubrí cuando vivía sola en mi valle —dijo, y abrió la mano para mostrar la piedra—. Se me ha ocurrido que podría serte de utilidad para tu Ceremonia del Fuego.

S'Armuna miró la piedra, y después a Ayla, con una expresión interrogadora en su semblante.

—Sé que parece increíble, pero en esta piedra hay fuego. Te lo demostraré.

Ayla se aproximó al hogar, apartó la yesca que los s'armunai usaban y reunió pequeñas astillas alrededor del tejido esponjoso y seco de la espadaña. Luego se inclinó y golpeó la pirita con el pedernal. Saltó una chispa grande y candente que cayó sobre la yesca, y cuando Ayla sopló encima, surgió milagrosamente una llamita. Agregó más astillas para alimentarla, y al levantar la mirada vio que la aturdida mujer la contemplaba incrédula.

—Cavoa me dijo que vio un munai con tu cara, y ahora haces fuego. ¿Eres…, eres lo que dicen que eres?

—Jondalar creó esa talla por el amor que me profesaba —sonrió Ayla—. Dijo que deseaba capturar mi espíritu, y después me la regaló. No es un donii ni un munai. Es tan sólo un símbolo de sus sentimientos; por mi parte, desde mañana te enseñaré de buena gana cómo se hace fuego. No se trata de mí, sino de algo que hay en la piedra.

—¿Puedo pasar? —La voz procedía de la entrada, y las dos mujeres se volvieron a mirar a Cavoa—. Olvidé mis manoplas y vengo a buscarlas.

S’Armuna y Ayla se miraron.

—No veo inconveniente —dijo Ayla.

—Al fin y al cabo Cavoa es mi ayudanta —observó S’Armuna.

—Entonces, os enseñaré a las dos cómo funciona la piedra del fuego.

Después de repetir el proceso, invitó a S’Armuna y Cavoa a que probaran suerte. Con ello consiguió que las dos mujeres se sintieran más tranquilas, aunque no menos asombradas ante las propiedades de la extraña piedra. Cavoa incluso tuvo valor suficiente para preguntarle a Ayla acerca del munai.

—Esa figura que me enseñaste…

—Jondalar la hizo para mí al poco tiempo de conocernos. Su propósito fue demostrar lo que sentía por mí —explicó Ayla.

—Eso significa que si yo deseara demostrar a una persona lo mucho que me importa, ¿podría hacer una talla que reprodujera el rostro de esa persona? —preguntó Cavoa.

—Claro que sí. Cuando tallas un munai, sabes por qué lo haces. En tu interior experimentas un sentimiento especial, ¿no es verdad?

—Sí, y también existen ciertos ritos —dijo la joven.

—Creo que la diferencia estriba en el sentimiento que pongas en ello.

—Por lo tanto, yo podría tallar la cara de alguien, si el sentimiento que pusiera en ello fuese positivo.

—No creo que hubiera nada de malo. Además, Cavoa, eres una excelente artista.

—Pero quizá sería mejor —advirtió S’Armuna— que no tallaras la figura entera. Si te limitases a la cabeza, no habría confusión.

Cavoa asintió para indicar que estaba de acuerdo; después, las dos miraron a Ayla como si esperaran la aprobación de la visitante. En lo más hondo de sus pensamientos las dos mujeres todavía se preguntaban quién era en realidad la forastera.

Ayla y Jondalar despertaron a la mañana siguiente con la intención de partir, pero en el exterior la nieve seca caía con tanta fuerza que incluso resultaba difícil ver las restantes casas del poblado.

—No creo que debamos partir hoy, con una ventisca como ésta —dijo Jondalar, aunque detestaba la idea de retrasarse—. Espero que amaine pronto.

Ayla salió al campo y silbó llamando a los caballos, pues deseaba comprobar que estaban bien. Se sintió aliviada cuando los vio aparecer surgiendo de la bruma de la nieve impulsada por el viento, y los condujo a un lugar que estaba más cerca del campamento, el cual se encontraba protegido del viento. Al regresar pensaba en el viaje de retorno al Río de la Gran Madre, pues era ella la que conocía el camino. Estaba tan enfrascada en sus pensamientos que, al principio, no oyó su nombre murmurado por una voz.

—¡Ayla! —Ahora el murmullo era más audible. Ayla miró alrededor y vio a

Cavoa en una esquina de la pequeña vivienda; la joven se ocultaba y le hacía señas.

—¿Qué sucede, Cavoa?

—Quiero mostrarte algo, y saber si es de tu gusto —comentó la joven. Cuando Ayla se acercó, Cavoa se quitó la manopla. Tenía en la mano un objeto pequeño y redondeado, del color del marfil de mamut. Lo depositó con cuidado en la palma de Ayla—. Acabo de terminarlo —dijo.

Ayla lo sostuvo delante de sus ojos y sonrió con expresión de asombro.

—¡Cavoa! Sabía que eras buena artista, pero ignoraba que fueras tan excelente —dijo, mientras examinaba cuidadosamente la pequeña talla que representaba a S'Armuna.

Sólo era la cabeza de la mujer; el cuerpo no estaba tan siquiera sugerido, tampoco el cuello había sido reproducido, pero no cabía duda de que se trataba de S'Armuna. Los cabellos estaban recogidos en un rodete cerca de la coronilla, y la cara afilada aparecía levemente desviada, con uno de los lados un poco más pequeño que el otro; pero la belleza y la dignidad de la mujer eran visibles. Parecían emanar del interior de la pequeña obra de arte.

—¿Crees que está bien hecha? ¿Te parece que le gustará? —preguntó Cavoa—. Quise hacer algo especial para ella.

—A mí me gustaría —contestó Ayla—, y creo que expresa muy bien lo que sientes por ella. Cavoa, posees un don desusado y maravilloso, pero debes tener la certeza de que lo usas bien. En él puede residir un gran poder. S'Armuna demostró sabiduría cuando te eligió como su colaboradora.

A última hora de la tarde se había desatado una ventisca estremecedora, y era peligroso alejarse unos metros más allá de la entrada de la vivienda. S'Armuna acababa de coger un manojo de plantas secas que colgaban del bastidor instalado cerca de la entrada, disponiéndose a agregarlo a un nuevo montón de hierbas que estaba mezclando con el propósito de preparar una bebida fuerte destinada a la Ceremonia del Fuego. En él sólo había unas ascuas, y Ayla y Jondalar terminaban de acostarse. La hechicera proyectaba retirarse apenas concluyera su trabajo.

De pronto, una bocanada de aire frío y un golpe de viento acompañaron el ruido que hizo al abrirse la pesada cortina colgada a la entrada. Esadoa irrumpió en la habitación, y en su rostro se manifestaba claramente su inquietud.

—¡S'Armuna! ¡Deprisa! ¡Es Cavoa! Le llegó la hora…

Ayla apartó las mantas y comenzó a vestirse antes de que la mujer pudiera contestar.

—Vaya noche que ha elegido para dar a luz —dijo S'Armuna, sin perder la calma, en parte para tranquilizar a la inquieta futura abuela—. Todo marchará bien, Esadoa. No vendrá el niño antes de que lleguemos a tu vivienda.

—No está en mi morada. Insistió en salir con esta noche para ir a la casa grande.

No conozco la causa, pero quiere que su hijo nazca allí. Y desea que también Ayla esté presente. Dice que es el único modo de tener la certeza de que todo irá bien.

S'Armuna frunció el ceño preocupada.

—Esta noche no hay nadie allí, ha sido una insensatez empeñarse en salir con este tiempo.

—Lo sé, pero no pude impedirlo —se disculpó Esadoa, dirigiéndose hacia la entrada.

—Espera un momento —dijo S'Armuna—. Más vale que salgamos juntas. En una tormenta como ésta es fácil perderse entre una casa y la siguiente.

—Lobo no permitirá que nos perdamos —dijo Ayla, señalando al animal acurrucado junto a la cama de los dos viajeros.

—¿Estará mal que yo vaya también? —preguntó Jondalar. En realidad no tenía gran interés en presenciar el alumbramiento, pero le angustiaba la salida de Ayla en medio de la terrible ventisca. S'Armuna miró a Esadoa.

—No me opongo, pero ¿puede un hombre asistir a un parto? —inquirió Esadoa.

—No hay nada que lo impida —dijo S'Armuna—, y quizá sea bueno tener un hombre cerca, puesto que ella carece de compañero.

Así pues, las tres mujeres y el hombre salieron dispuestos a afrontar los embates del viento que aullaba. Cuando llegaron a la morada grande, encontraron a la joven medio tumbada frente a un hogar frío y vacío, con el cuerpo tenso a causa del dolor y una expresión de temor en los ojos. Su rostro reflejó alegría y consuelo cuando vio entrar a su madre que llegaba con los otros. Instantes después, Ayla había encendido el fuego —con gran sorpresa de Esadoa—, mientras Jondalar salía a buscar nieve para fundirla, pues necesitaban agua; Esadoa sacó la ropa de cama que tenía guardada y preparó una plataforma a modo de lecho, en tanto S'Armuna elegía diversas hierbas que podían hacerle falta de la provisión que antes había depositado allí.

Ayla acomodó a la joven, disponiéndolo todo de manera que pudiera sentarse cómodamente o acostarse si lo prefería, pero esperó a S'Armuna, y enseguida ambas examinaron a Cavoa. Luego de tranquilizarla y dejarla con su madre, las dos curadoras regresaron junto al fuego y hablaron en voz baja.

—¿Lo has visto? —preguntó S'Armuna.

—Sí. ¿Sabes lo que significa?

—Tengo una idea, pero creo que tendremos que esperar y ver.

Jondalar había tratado de mantenerse apartado, fuera del paso de las mujeres, y ahora se aproximó lentamente a S'Armuna y Ayla. Algo en la expresión de las dos le indujo a pensar que estaban preocupadas, lo que acabó inquietándole también. Se sentó sobre la plataforma para dormir y acarició distraídamente la cabeza del lobo.

Mientras esperaban, Jondalar se puso en pie y paseó nervioso, observado por Lobo. Deseaba que el tiempo pasara más deprisa o que la tormenta amainara, o que tuviese algo que hacer. Le dijo unas palabras de aliento a la joven y le sonrió con frecuencia, pero, en definitiva, se sentía totalmente inútil. No había nada que él

pudiera hacer. Finalmente, mientras avanzaba la noche, dormitó un poco acostado en uno de los lechos, mientras el sonido espectral de la tormenta que rugía de puertas afuera contrastaba con la escena de los que esperaban en el interior de la morada, todo ello acompañado por los gemidos periódicos emitidos por la parturienta. Los sonidos, lenta pero inexorablemente, acabarían confundiéndose.

Despertó cuando oyó voces excitadas en medio de una febril actividad. La luz se filtraba por las grietas alrededor del respiradero. Se incorporó, estiró los brazos y se frotó los ojos. Ignorado por las tres mujeres, salió de la morada para orinar. Le alegró comprobar que la tormenta había amainado, aunque algunos copos secos todavía revoloteaban arrastrados por el viento.

Cuando se disponía a entrar en la vivienda, oyó el vagido inconfundible de un recién nacido. Sonrió, pero esperó fuera, pues no estaba seguro de que fuese el momento adecuado para entrar. De pronto, sorprendido, oyó otro vagido, al que se unió el primero formando dúo. ¡Eran dos! No pudo resistir más. Tenía que entrar.

Ayla, que sostenía en sus brazos una criatura envuelta en una manta, sonrió al verle.

—¡Un varón, Jondalar! —exclamó.

S'Armuna se ocupaba del segundo recién nacido, y se disponía a anudar el cordón umbilical.

—Y una niña —anunció la hechicera—. ¡Mellizos! Es un signo favorable. Desde que Attaroa se convirtió en jefa nacieron muy pocos niños, pero creo que eso ahora cambiará. En mi opinión, es la manera que tiene de decirnos que el campamento de las Tres Hermanas pronto tendrá más habitantes y volverá a llenarse de vida.

—¿Regresarás algún día? —preguntó Doban al hombre de elevada estatura. Ahora se movía con mucha más soltura, aunque todavía usaba la muleta que Jondalar le había fabricado.

—No lo creo, Doban. Con un viaje largo basta. Es hora de volver a casa, de asentarme y fundar mi hogar.

—Zelandon, ¡ojalá vivieras más cerca!

—Lo mismo digo. Serás un buen tallador del pedernal y me gustaría continuar enseñándote. A propósito, Doban, debes llamarme Jondalar.

—No. Tú eres Zelandon.

—¿Quieres decir zelandonii?

—No, quiero decir Zelandon.

—No se refiere al nombre de tu pueblo —S'Amodun sonrió y aclaró—: Te ha denominado Elandon, pero te honra llamándote S'Elandon.

—Gracias, Doban —Jondalar se sonrojó, halagado—. Tal vez yo debería llamarte S'Ardoban.

—Todavía no. Cuando aprenda a trabajar el pedernal como tú lo haces, podrás

llamarme S’Ardoban.

Jondalar abrazó fuertemente al joven; luego apoyó la mano en los hombros de algunos otros y departió con ellos. Los caballos, cargados y preparados para partir, se habían alejado un poco. Lobo estaba acostado en el suelo y observaba al hombre. Se incorporó contento cuando vio que Ayla y S’Armuna salían de la vivienda. Jondalar también se alegró de ver a la joven.

—… Es hermoso —decía la mujer de más edad—, y me abruma que su afecto por mí la llevara a hacerlo, pero… ¿no crees que es peligroso?

—Mientras se limite a tallar tu cara, ¿por qué habría de ser peligroso? Puede acercarte a la Madre, puede aportarte un mayor conocimiento —dijo Ayla.

Se abrazaron, y después S’Armuna estrechó con fuerza a Jondalar. Retrocedió un paso cuando llamaron a los caballos, pero extendió la mano y tocó el brazo del hombre para retenerle un momento más.

—Jondalar, cuando veas a Marthona, dile que S’Armu…, no, dile que Bodoa le envía su afecto.

—Lo haré. Estoy seguro de que eso la complacerá —dijo Jondalar, mientras montaba en Corredor.

Se volvieron y saludaron con la mano, pero Jondalar se sintió aliviado de partir. Nunca podría recordar aquel campamento sin experimentar sentimientos contradictorios.

La nieve comenzó a caer de nuevo cuando se pusieron en marcha. Los habitantes del campamento agitaban las manos en señal de despedida y les deseaban buena suerte.

—Buen viaje, S’Elandon.

—Buen viaje, S’Ayla.

Mientras se alejaban bajo la lluvia de copos blancos que enturbiaban la visión, entre quienes contemplaban su partida no había uno solo que no creyera —o no quisiera creer— que Ayla y Jondalar habían aparecido allí para salvarlos del yugo de Attaroa y libertar a los hombres. Apenas la pareja montada a caballo desapareció de la vista, se transformarían en la Gran Madre Tierra y Su Rubio y Celestial Compañero, y se montarían en los vientos para atravesar los cielos, seguidos por su fiel protector, la Estrella del Lobo.

Capítulo 34

Regresaron al Río de la Gran Madre y Ayla encabezó la marcha por el mismo sendero que había seguido para descubrir el campamento s'armunai; pero cuando llegaron al cruce del río, decidieron vadear el afluente más pequeño y después enfilar hacia el sudoeste. En busca del río cabalgaron por la campiña atravesando llanuras batidas por el viento de la antigua cuenca de tierras bajas que separaba los grandes sistemas montañosos.

A pesar de que nevaba poco, con frecuencia tenían que protegerse de la ventisca más o menos inclemente. En el frío intenso, los copos de nieve seca se elevaban y desplazaban de un lugar a otro impulsados por los vientos implacables, hasta convertirse en un polvo helado que a veces se mezclaba con las partículas de polvo de roca —loess— provenientes de las márgenes de los glaciares en movimiento. Cuando el viento era muy fuerte, les quemaba la piel desnuda. Las hierbas achaparradas de los lugares más expuestos hacía mucho que habían sido aplastadas, pero los vientos que impedían que la nieve se acumulase, excepto en los parajes resguardados, destapaban el forraje amarillento en la medida suficiente para permitir que los caballos pastaran.

Para Ayla, el trayecto de regreso fue mucho más rápido —ahora no se esforzaba por seguir una pista en un terreno difícil—, pero Jondalar se sorprendió ante la distancia que era preciso recorrer para llegar al río. Nunca hubiera imaginado haber estado tan al norte. Sospechó que el campamento s'armunai no estaba lejos del Gran Hielo.

Acertaba en sus cálculos. Si hubieran avanzado hacia el norte, podrían haber llegado a la maciza pared frontal del hielo continental en dos o tres días. A principios del verano, poco antes de iniciar el viaje, cazaron mamuts en la cara helada de la misma gigantesca barrera septentrional, pero mucho más hacia el este. Después descendieron a lo largo de la cara oriental de un pronunciado arco de montañas, rodeando la base meridional, y ascendieron por el flanco occidental de la cadena casi hasta alcanzar de nuevo las estribaciones del glaciar de enormes proporciones.

Dejando atrás los últimos ramales de las montañas que habían prevalecido en el curso de sus viajes, viraron hacia el oeste cuando llegaron al Río de la Gran Madre y comenzaron a aproximarse al promontorio septentrional de la cadena aún más ancha y elevada que aparecía al oeste. Estaban desandando camino en busca del lugar en el que habían dejado el equipo y las provisiones, por lo que seguían la misma ruta que habían comenzado en una etapa anterior a la estación, cuando Jondalar creyó que disponían de tiempo sobrado… hasta la noche en que el rebaño salvaje les arrebató a Whinney.

—Las señales parecen conocidas; debe ser por aquí —dijo Jondalar.

—Recuerdo ese peñasco, pero todo lo demás parece distinto. —Ayla examinaba el paisaje que se le antojaba diferente.

Se había acumulado más nieve, asentada firmemente en aquel paraje. La orilla del río estaba helada, y con la nieve amontonada en pequeños montículos que tapaban todas las grietas, era difícil saber dónde terminaba la orilla y comenzaba el río. Los fuertes vientos y el hielo que se había formado sobre las ramas durante los sucesivos períodos de congelación y deshielo de la temporada habían derribado varios árboles. Los matorrales y los arbustos se doblaban bajo el peso del agua helada adherida a las ramas; cubiertos de nieve, a menudo semejaban, a los ojos de los viajeros, elevaciones o montículos de rocas, hasta que se quebraban cuando ellos intentaban remontarlos.

La mujer y el hombre se detuvieron cerca de un bosquecillo y exploraron cuidadosamente el sector, tratando de descubrir algo que les proporcionase algún indicio del lugar donde habían dejado la tienda y los alimentos.

—Seguramente estamos cerca. Sé que éste es el lugar indicado, aunque lo encuentro muy distinto —dijo Ayla, quien, tras una corta pausa, miró al hombre—. Muchas cosas son diferentes de lo que parecen, ¿no es así, Jondalar?

—Bien, sí. —Él la miró desconcertado—. En invierno las cosas parecen distintas que en verano. Es lógico.

—No me refiero sólo a la tierra —dijo Ayla—. Es difícil de explicar. Es como cuando partimos y S'Armuna te encargó que le dijeras a tu madre que le enviaba su afecto, pero agregó que lo enviaba Bodoa. Ése era el nombre que tu madre usaba para ella, ¿verdad?

—Sí, estoy seguro de que fue eso lo que quiso decir. Cuando era joven probablemente la llamaban Bodoa.

—Pero tuvo que renunciar a su propio nombre cuando se convirtió en S'Armuna. Exactamente como la Zelandoni de quien hablamos, la que fue conocida con el nombre de Zolena —agregó Ayla.

—Se renuncia de buena gana al nombre. Es parte de la transformación de La Que Sirve a la Madre —indicó Jondalar.

—Entiendo. Sucedió lo mismo cuando Creb se convirtió en el Mog-Ur. No tuvo que renunciar a su nombre inicial, pero cuando dirigía una ceremonia como el Mog-Ur era alguien distinto. Cuando era Creb, se asemejaba a su tótem natal, el Corzo, y era tímido y discreto, parecía que estaba observándolo todo desde su escondrijo. Pero cuando era Mog-Ur, adoptaba la actitud de un ser poderoso y dominante, como correspondía a su tótem del Oso de las Cavernas —dijo Ayla—. Nunca era exactamente lo que parecía.

—Ayla, contigo también pasa un poco lo mismo. Casi siempre escuchas mucho y no dices gran cosa. Pero cuando alguien está herido o se ve en dificultades, tú casi te conviertes en una persona distinta. Asumes el control. Dices a la gente lo que tiene que hacer, y la gente obedece.

—Nunca lo pensé de ese modo. —Ayla frunció el ceño—. Se trata sólo de que deseo ayudar.

—Lo sé. Pero es más que el deseo de ayudar. Por lo general sabes lo que es necesario hacer, y la mayoría de la gente lo advierte. Creo que por eso haces lo que dices. En mi opinión, podrías ser La Que Sirve a la Madre, si tú lo quisieras —dijo Jondalar.

—No creo que quisiera eso. —Ayla frunció aún más el entrecejo—. No desearía renunciar a mi nombre. Es lo único que me queda de mi verdadera madre, del tiempo anterior a mi vida en el clan. —De pronto, su cuerpo se puso rígido en tanto señalaba un montículo cubierto de nieve, extrañamente simétrico—. ¡Jondalar!, mira allí…

El hombre fijó la vista en el lugar que ella indicaba, al principio sin ver lo que Ayla veía; de súbito, la forma cobró significado en su conciencia.

—¿Será eso…? —dijo, y espoleó a Corredor.

El montículo estaba en el centro de una maraña de espinos, y ese detalle acentuó la excitación de los dos viajeros. Desmontaron. Jondalar encontró una rama gruesa y comenzó a abrirse paso a través del matorral de espinos. Cuando llegó al centro y tocó el montículo simétrico, la nieve se desprendió y apareció el bote redondo invertido.

—¡Es aquí! —exclamó Ayla.

Golpearon y sacudieron las largas ramas de espino, hasta que pudieron llegar al bote y a los bultos cuidadosamente envueltos que estaban ocultos debajo.

Sin embargo, la protección no había sido totalmente eficaz, y fue Lobo quien les aportó el primer indicio. Era evidente que estaba agitado por un olor que todavía flotaba en el lugar, y cuando encontraron excrementos de lobo, comprendieron la razón. Los lobos habían saqueado el escondrijo. Sus intentos de abrir a dentelladas los bultos habían tenido éxito en algunos casos. Incluso la tienda estaba desgarrada, pero les sorprendió que el daño no fuera aún más grave. Por regla general, los lobos no podían mantenerse alejados del cuero, y una vez caía en sus fauces, les encantaba masticarlo.

—Podemos agradecérselo al repelente. Seguramente evitó que provocaran más daño —dijo Jondalar, complacido porque la mezcla de Ayla había evitado no sólo que Lobo, su compañero de viaje, se mantuviera apartado de las cosas, sino que había servido para ahuyentar a otros ejemplares de su especie—. Siempre creí que Lobo hacía más difícil nuestro viaje. En cambio, de no haber sido por él, probablemente ni siquiera tendríamos una tienda. Ven aquí, muchacho —dijo Jondalar, dándose unas palmadas en el pecho e invitando al animal a saltar y apoyar allí sus patas—. ¡Otra vez lo has conseguido! Nos has salvado la vida o por lo menos la tienda.

Ayla le vio apuñar el espeso pelaje del cuello del lobo, y sonrió. Le complacía ver el cambio de actitud de Jondalar con respecto al animal. No es que Jondalar se hubiera mostrado antes duro con él, o que no le tuviese simpatía. Era sencillamente que nunca se había mostrado tan francamente cordial y afectuoso. Era evidente que a Lobo también le encantaba verse tratado con tanto cariño.

Aunque habría sufrido daños mucho peores de no haber sido por el repelente

contra lobos; de todos modos la sustancia no había impedido que éstos saquearan los depósitos de alimentos utilizados como reserva. La destrucción había sido devastadora. La mayor parte de la carne seca y las tortas de alimento para los viajes había desaparecido y muchos de los paquetes de frutas secas, verduras y granos habían sido desgarrados o faltaban, quizá devorados por otros animales después de la incursión de los lobos.

—Tal vez deberíamos haber aceptado más alimentos de los que nos ofrecieron los s'armunai cuando partimos —agregó Ayla—, pero ellos ya tenían poco para su propio consumo. Claro que siempre podríamos regresar.

—Prefiero no hacerlo. Veamos lo que tenemos. Si cazamos, tal vez tengamos suficiente para llegar donde habitan los losadunai. Thonolan y yo conocimos a algunos y pasamos la noche con ellos. Nos invitaron a volver y a quedarnos algún tiempo en su poblado.

—¿Nos darán alimentos para continuar nuestro viaje? —preguntó Ayla.

—Creo que sí —respondió Jondalar; añadió sonriendo—: En realidad, estoy seguro de que lo harán. ¡Existe una promesa de futuro que les obliga!

—¿Una promesa de futuro? —dijo Ayla, mirándole extrañada—. ¿Son parientes tuyos, como los sharamudoi?

—No, no son parientes, pero sí amigos y han traficado con los zelandonii. Algunos conocen la lengua.

—Ya me hablaste de eso, aunque nunca entendí bien lo que significaba una «promesa de futuro».

—Una promesa de futuro es el compromiso de dar lo que el otro pida, en cualquier momento del futuro, a cambio de algo dado, o lo que es más usual, ganado anteriormente. En general, se utiliza para pagar una deuda cuando alguien juega y pierde más de lo que puede pagar; pero también se emplea en otras circunstancias —explicó el hombre.

—¿Cuáles son esas otras circunstancias? —preguntó Ayla. Tenía la sensación de que la idea comprendía otras cosas, y de que podía ser importante que ella comprendiese.

—Bien, a veces sirve para recompensar a alguien por lo que hizo, casi siempre algo especial, pero de difícil evaluación —dijo Jondalar—. Como no te impone límites, una promesa de futuro puede ser una obligación muy pesada, pero la mayoría de las personas no piden más de lo que corresponde. A menudo el hecho mismo de aceptar la obligación de una promesa de futuro revela confianza y buena fe. Es una manera de proponer amistad.

Ayla asintió. Sí, como ella había previsto, el asunto tenía sus sutilezas.

—Laduni me debe una promesa de futuro —continuó diciendo el hombre—. No es una reclamación importante, pero está obligado a darme lo que yo le pida, y puedo pedir lo que quiera. Creo que se alegrará de cumplir su obligación entregándome algunos alimentos, cosa que de todos modos haría.

—¿Los losadunai están lejos de aquí? —preguntó Ayla.

—A bastante distancia. Viven sobre el extremo occidental de estas montañas, y nos encontramos en el extremo oriental; pero no es un viaje muy difícil si seguimos el curso del río. Desde luego tendremos que cruzarlo. Viven en la orilla opuesta, pero podemos realizar el cruce después de remontar el río —dijo Jondalar.

Decidieron acampar allí esa noche y examinaron con cuidado todas sus pertenencias. Lo que había desaparecido era principalmente el alimento. Cuando reunieron todo lo que pudieron rescatar, formaron una pila no demasiado grande; comprendieron que la situación podría haber sido peor. Tendrían que cazar y recolectar mucho en el camino, pero la mayor parte de los objetos estaba intacta y sería perfectamente utilizable con algunos trabajos de remiendo y reparación, con excepción del recipiente destinado a guardar la carne, el cual había sido completamente despedazado. El bote redondo protegió durante algún tiempo las cosas, aunque no había servido para salvarlas de los dientes de los lobos. Por la mañana tendrían que decidir si se llevaban el bote redondo cubierto de cuero.

—Estamos entrando en un terreno más montañoso. Creo que lo mejor sería dejarlo aquí —dijo Jondalar.

Ayla estaba ocupada en examinar las pértigas. De las tres pértigas que ella había usado para mantener el alimento a salvo de los animales, una estaba rota, pero ellos sólo necesitaban dos para las angarillas.

—¿Por qué no nos lo llevamos ahora? Si se convierte en un verdadero problema, siempre estamos a tiempo de abandonarlo. ¿No te parece? —propuso Ayla.

Viajando hacia el oeste, pronto dejaron atrás la cuenca de tierras bajas que formaban una llanura azotada por los vientos. El curso este-oeste del Río de la Gran Madre que ellos seguían era la línea divisoria de una gran batalla entre las fuerzas más poderosas de la tierra, una batalla librada con el movimiento infinitamente lento de los tiempos geológicos. Hacia el sur se encontraba la elevación de las altas montañas occidentales, cuyas estribaciones más encumbradas nunca eran calentadas por el sol y el calor del verano. Las elevadas prominencias acumulaban nieve y hielo año tras año y, más lejos, los picos más altos de la cadena relucían en el aire diáfano y frío.

Las mesetas del norte estaban formadas por la roca cristalina básica de un inmenso macizo, constituido por los vestigios redondeados y suavizados de antiguas montañas que se habían desgastado en el transcurso de eones. Se habían formado sobre la tierra en la época más temprana y estaban unidas al lecho de rocas más profundo. Contra ese cimiento inconmovible, la fuerza irresistible de los continentes, que se desplazaban lenta e inexorablemente desde el sur, había aplastado y plegado la corteza de roca dura de la Tierra, formando el imponente sistema de montañas que se extendía atravesando la región.

Pero el antiguo macizo no había salido indemne de las grandes fuerzas que

crearon las montañas de altas cumbres. La inclinación, el resquebrajamiento y la ruptura de la roca, que se manifestaban en la destrucción de su estructura cristalina solidificada, relataban en la piedra la historia de los movimientos y los plegamientos violentos que había soportado mientras se mantenía firme frente a las presiones inconcebibles originadas en el sur. En la misma época, no sólo existía ya la alta cadena occidental a la izquierda de los dos viajeros, y otra también hacia el este, todavía más lejos, formada por el movimiento de los continentes que presionaban contra el inconmovible lecho de piedra, sino que también existía la larga y arqueada cadena oriental que ellos habían rodeado, y la serie completa de formaciones montañosas continuaba hacia el este, elevándose hasta los picos más altos de la tierra.

Más tarde, durante la edad del hielo, cuando las temperaturas anuales eran más bajas, el casquete helado se extendía hasta un nivel mucho más bajo en los flancos de las macizas cadenas montañosas, cubriendo incluso las alturas moderadas con una brillante corteza de cristal. Colmando y ampliando los valles y los barrancos mientras se desplazaba lentamente, el hielo glaciar dejaba detrás láminas desbordadas y terrazas de grava, y tallaba afiladas y altas torres de piedra en las cumbres más jóvenes toscamente recortadas. La nieve y el hielo también cubrían las mesetas septentrionales en invierno. Pero sólo la elevación más alta, cerca de las montañas heladas, alimentaba un verdadero glaciar, una capa duradera de hielo que persistía en verano y en invierno.

Con las estribaciones redondeadas de las montañas erosionadas que hacia el norte se extendían para formar mesetas y terrazas relativamente llanas, el curso superior de los ríos que corrían a través del antiguo territorio tenía valles poco profundos y suaves pendientes, aunque éstos cobraban un carácter más accidentado en el curso medio de las corrientes de agua. Excepto los que caían directamente por la cara del macizo, los ríos que descendían por las pendientes más acentuadas del lado meridional fluían con mayor velocidad. La demarcación entre la suave meseta septentrional y el sur montañoso era la tierra fértil de fecundo loess a través de la cual corría el Río de la Madre.

Ayla y Jondalar se dirigieron casi al oeste al continuar su viaje, y se desplazaron junto a la orilla norte del curso de agua, atravesando las llanuras abiertas y el valle fluvial. Aunque ya no era la enorme y voluminosa madre de ríos que había sido en su curso anterior, el Río de la Gran Madre todavía era importante, y al cabo de unos días, fiel a su naturaleza, volvió a dividirse en varios canales.

Medio día de viaje después, alcanzaron otro importante afluente, y la encrespada confluencia cuyas aguas procedían de terrenos más altos aparecía formidable, con carámbanos que se extendían en cortinas heladas y montículos de hielo quebrado que revestían las dos orillas. Los ríos que se unían al norte ya no venían de las tierras altas y las estribaciones de las conocidas montañas que dejaban atrás. Estas aguas provenían del terreno casi desconocido que se extendía al oeste. En vez de cruzar el peligroso río, o intentar seguirlo hasta su curso superior, Jondalar decidió volver y

cruzar, en cambio, los diferentes ramales de la Gran Madre.

En definitiva, fue una decisión acertada. Aunque algunos canales eran anchos y estaban atestados de hielo en las orillas, en general el agua helada apenas llegaba a los flancos de los caballos. No les preocupó mucho hasta más avanzada la tarde, pero Ayla y Jondalar, los dos caballos y el lobo consiguieron por fin terminar de cruzar el Río de la Gran Madre. Después de sus peligrosas y traumáticas experiencias en otros ríos, cruzaron las corrientes de agua con tan escasos incidentes que resultó casi decepcionante; aunque a decir verdad, no lo lamentaron.

En el frío intenso del invierno, el mero hecho de viajar ya era de por sí bastante peligroso. La mayoría de la gente se mantenía encerrada y abrigada en viviendas cálidas, y amigos y parientes salían a buscar a todo el que permaneciera demasiado tiempo al aire libre. Ayla y Jondalar dependían exclusivamente de ellos mismos. Si sucedía algo, sólo contaban cada uno con el otro y con sus acompañantes, los animales.

El terreno ascendió gradualmente y comenzaron a advertir un cambio sutil en la vegetación. Abetos y alerces aparecieron entre los diferentes tipos de pino que crecían en las riberas. La temperatura de las llanuras de los valles fluviales era extremadamente fría a causa de las inversiones atmosféricas, con frecuencia más fría de cuanto lo era a mayor altura en las montañas circundantes. Aunque la nieve y el hielo blanqueaban las tierras altas que se extendían en los flancos, en el valle fluvial rara vez nevaba. Las escasas ventiscas, moderadas y secas, que se producían, provocaban escasa acumulación en el suelo helado, excepto en los huecos y las depresiones, y a veces ni siquiera allí. Cuando no había nieve, el único modo de conseguir agua para beber ellos y los animales era echar mano de las hachas de piedra, cortar hielo del río helado y derretirlo.

La situación determinó que Ayla prestara mayor atención a los animales que recorrían las llanuras en el valle de la Madre. Pertenecían a las mismas variedades que habían visto en las estepas durante el viaje, pero predominaban las criaturas amantes del frío. Ayla sabía que aquellos animales podían alimentarse con la vegetación seca que era fácil obtener en las planicies heladas, aunque esencialmente sin nieve. Se preguntó, no obstante, cómo obtendrían el agua.

Pensó que los lobos y otros carnívoros probablemente satisfacían parte de sus necesidades de líquido con la sangre de sus presas y que, como recorrían un territorio dilatado, podían hallar depósitos de nieve o pedazos sueltos de hielo que masticarían. Pero ¿qué podía decirse de los caballos y otros animales que pastaban y ramoneaban? ¿Cómo podían hallar agua en una región que en invierno era un desierto helado? Había bastante nieve en ciertas zonas, pero otras eran regiones áridas de piedra y hielo. Sin embargo, por seco que fuera el territorio, si existía en él algún forraje, sin duda estaba habitado por animales.

Aunque todavía escaseaban, Ayla observó que había más rinocerontes lanudos de los que jamás había visto en un solo lugar, y si bien no formaban rebaños, aparecían

por todas partes. También vio bastantes bueyes almizcleros. Ambas especies gustaban del territorio abierto, ventoso y seco, pero los rinocerontes preferían las hierbas y los juncos, en tanto que los bueyes almizcleros, fieles a su naturaleza de criaturas caprinas, ramoneaban los arbustos más leñosos. Los grandes renos y los gigantescos megaceros de enormes cornamentas compartían asimismo la tierra helada, al igual que los caballos, con su espeso pelaje invernal, pero si había un animal que destacaba entre las demás especies del valle del curso alto del Río de la Gran Madre, éste era sin duda el mamut.

Ayla no se cansaba jamás de observar a las enormes bestias. Aunque en ocasiones eran acosadas y cazadas, manifestaban tal ausencia de temor que casi parecían domesticadas. A menudo permitían que el hombre y la mujer se les acercaran mucho, pues no veían peligro en ellos. El peligro existía, en todo caso, para los humanos. Aunque los mamuts lanudos no eran los ejemplares más gigantescos de su especie, desde luego eran los más grandes que los humanos habían visto nunca —o que la mayoría de la gente probablemente vería— y con su desgreñado pelaje, aún más abundante en invierno, y sus inmensos colmillos curvos, de cerca parecían todavía más voluminosos de lo que Ayla recordaba.

Los enormes colmillos comenzaban, en los becerros, con puntas de unos cuatro centímetros de longitud, es decir, unos incisivos superiores agrandados. Un año después, desaparecían esos colmillos de leche, reemplazados por colmillos permanentes que seguían creciendo siempre. Si bien los colmillos de los mamuts eran adornos sociales, importantes en las relaciones con ejemplares de su propia especie, también cumplían una función más práctica. Los usaban para quebrar el hielo, y en este sentido las habilidades de los mamuts eran extraordinarias.

La primera vez que Ayla observó tal práctica, había estado mirando un rebaño de hembras que se acercaba al río helado. Algunas utilizaron sus colmillos, un poco más pequeños y más rectos que los colmillos de marfil de los machos, para apoderarse del hielo retenido en las grietas de las rocas. Al principio semejante actividad desconcertó a Ayla, hasta que se dio cuenta de que un animal pequeño cogía un trozo con su trompa de reducido tamaño y se lo llevaba a la boca.

—¡Agua! —dijo Ayla—. Jondalar, es así como consiguen agua. Me preguntaba precisamente cómo lo harían.

—Tienes razón. Antes nunca me paré a pensar en el asunto, pero ahora que lo mencionas, creo que Dalanar dijo algo al respecto. Por otra parte, hay muchos proverbios acerca de los mamuts. El único que recuerdo es éste: «Nunca vayas hacia el norte cuando los mamuts van hacia el norte». Aunque podría decirse lo mismo en relación con los rinocerontes.

—No comprendo ese proverbio —contestó Ayla.

—Significa que se aproxima una tormenta de nieve —dijo Jondalar—. Por lo visto ellos siempre lo presienten. A esos grandes animales lanudos no les gusta mucho la nieve. Cubre las plantas que son su alimento. Pueden usar los colmillos y

las trompas para apartar un poco la nieve, pero no cuando es realmente profunda; además, se atascan en la nieve. Y la cosa es especialmente grave cuando se derrite la nieve para helarse a las pocas horas. Se acuestan de noche, cuando todavía el terreno está blando a causa del sol de la tarde, y por la mañana su pelaje está helado y sujeto al suelo. No pueden moverse. En esos casos es fácil cazarlos, pero si no hay cazadores cerca y no deshiela, pueden llegar a morir lentamente de hambre. Se han dado casos en los que algunos mamuts han perecido congelados, y eso les sucede de manera especial a los más pequeños.

—¿Qué tiene que ver todo eso con la marcha hacia el norte?

—Cuanto más cerca se está del hielo, hay menos nieve. ¿Recuerdas cómo era cuando fuimos a cazar mamuts con los mamutoi? No había otra agua en los alrededores que la del arroyo procedente del propio glaciar, y estábamos en verano. En invierno, todo está congelado.

—¿Por eso hay aquí tan poca nieve?

—Sí, esta región siempre es fría y seca, sobre todo en invierno. Todos dicen que es así por la proximidad de los glaciares. Se encuentran en las montañas del sur, y el Gran Hielo no está demasiado lejos hacia el norte. La mayor parte del territorio que nos separa de ese lugar es el país de los cabezas chatas…, quiero decir el país del clan. Comienza un poco al oeste de aquí. —Jondalar advirtió la expresión de Ayla ante su error verbal, y se sintió avergonzado—. De todos modos, hay otro dicho acerca de los mamuts y el agua, pero no puedo recordar exactamente cómo es. Se trata de algo así como «Si no puedes encontrar agua, busca a un mamut».

—Entiendo lo que quiere decir ese proverbio —dijo Ayla, apartando los ojos de Jondalar para mirar un poco más lejos. El hombre la imitó.

Los mamuts hembras se habían desplazado río arriba, uniéndose a unos pocos machos. Varias hembras trabajaban sobre un banco de hielo estrecho y casi vertical que se había formado en la orilla del río. Los machos más grandes, incluso un veterano de porte muy digno, con mechones de pelos grises, cuyos colmillos impresionantes, aunque menos útiles, habían crecido tanto que se le cruzaban por delante, estaban raspando y horadando enormes pedazos de hielo depositados en las orillas. Después, los alzaban con las trompas arrojándolos al suelo con gran estrépito para convertirlos en pedazos más manejables, todo ello acompañado de mugidos, rezongos, patadas y trompeteos. Las enormes criaturas lanudas parecían convertir el asunto en un juego.

La ruidosa actividad de romper hielo era una práctica que todos los mamuts aprendían. Incluso los jóvenes que sólo contaban dos o tres años y que habían perdido poco antes sus colmillos infantiles, mostraban cierto desgaste en los bordes externos del extremo de sus minúsculas defensas de cinco centímetros; era el resultado de raspar el hielo. En cuanto a las puntas de los colmillos de setenta centímetros de los animales de diez años, aparecían muy gastados como consecuencia de la práctica de elevar y bajar la cabeza contra las superficies verticales. Cuando los

jóvenes mamuts alcanzaban la edad de veinticinco años, sus colmillos comenzaban a crecer hacia delante, hacia arriba y hacia dentro, y la forma de utilizarlos cambiaba. Las superficies interiores comenzaban a mostrar parte del desgaste determinado por el raspado del hielo y la maniobra que consistía en separar la nieve que caía sobre la hierba seca y las plantas de las estepas. Sin embargo, quebrar el hielo podía ser una actividad peligrosa, pues los colmillos a menudo se rompían al mismo tiempo que el hielo. No obstante, los extremos quebrados volvían a afilarse en ocasiones debido a ulteriores maniobras de raspar y horadar el hielo.

Ayla advirtió que otros animales se habían reunido alrededor. Los rebaños de animales lanudos, con sus poderosos colmillos, quebraban el hielo suficiente para ellos mismos, incluidos los animales jóvenes y los viejos, así como para una comunidad de seguidores. Otros muchos animales sacaban provecho de esta actividad y seguían de cerca a los mamuts migratorios. Los grandes animales lanudos no sólo formaban en invierno pilas de trozos de hielo masticados por otros animales para aprovechar la humedad, sino que en verano a veces usaban sus colmillos y sus patas para abrir pozos en los lechos secos de los ríos; después, esos pozos se llenaban de agua y eran utilizados por diversos animales para saciar su sed.

Mientras seguían el curso de agua helada, la mujer y el hombre cabalgaban, y a menudo caminaban, bastante cerca de las orillas del Río de la Gran Madre. Como la nieve escaseaba tanto, no existía ninguna engañosa capa blanca que cubriera y disimulase el suelo, y la vegetación adormecida revelaba su grisáceo aspecto invernal. Los altos tallos de los juncos estivales y las plantas de espadaña se alzaban valerosos saliendo de su lecho helado en el suelo pantanoso, mientras los helechos y los juncos muertos yacían junto al hielo amontonado a lo largo de las orillas. Los líquenes se aferraban a las rocas como las escaras a las heridas que cicatrizan, y los musgos se habían mustiado para formar quebradizos y secos colchones.

Los largos y esqueléticos dedos de las ramas sin hojas se agitaban movidos por el viento intenso y penetrante, aunque sólo un ojo experto podía discernir si eran sauces, alerces o alisos. Las coníferas de color verde oscuro —abetos y diferentes clases de pino— podían distinguirse más fácilmente, y aunque los alerces habían perdido las agujas, su forma era reveladora. Cuando ascendieron a lugares más elevados para cazar, vieron alerces enanos y pequeños pinos que se mantenían cerca del suelo.

La caza menor suministraba la mayor parte de la comida; la caza mayor generalmente exigía más tiempo, pues había que acosar y abatir, y ellos no querían retrasarse, aunque no vacilaron en perseguir a un ciervo cuando lo vieron. La carne se congeló deprisa, e incluso Lobo no necesitó cazar durante un tiempo.

Conejos, liebres y algún que otro castor, abundantes en la región montañosa, eran el alimento más habitual; también prevalecían los animales esteparios de los climas continentales más secos, marmotas y hámsteres gigantes, y a los dos viajeros siempre les alegraba descubrir perdices blancas, las gordas y níveas aves de patas emplumadas.

Generalmente aprovechaban bien la honda de Ayla; tendían a reservar los lanzavenablos para la caza mayor. Era más fácil encontrar piedras que fabricar lanzas nuevas para reemplazar a las que se perdían o quebraban. Pero ciertos días la caza les hacía entretenerse demasiado, y todo lo que fuera perder tiempo irritaba a Jondalar.

A menudo complementaban su dieta, en la que predominaba en exceso la carne magra, con el revestimiento interior de la corteza de las coníferas y otros árboles, por lo general cocido en un caldo con carne, y se llevaban una alegría cuando encontraban bayas, heladas pero todavía unidas al arbusto. Las bayas de enebro, que eran especialmente sabrosas con carne, siempre que no se consumieran en gran cantidad, constituían uno de los ingredientes principales; los escaramujos eran más esporádicos, pero solían abundar, cuando los encontraban, y su sabor era más dulce una vez congelados; la baya rastrera, con un follaje verde que semejaba agujas, tenía bayas negras pequeñas y lustrosas que a menudo persistían a lo largo del invierno, lo mismo que las gayubas azules y los viburnos rojos.

Ayla agregaba también granos y semillas a las sopas de carne; las recogían con muchos esfuerzos de las hierbas secas que aún tenían semillas, aunque encontrarlas llevaba tiempo. La mayor parte del follaje de las hierbas con semillas se había desintegrado hacía mucho tiempo, y las plantas que estaban adormecidas hasta los deshielos de primavera despertarían entonces a una nueva vida. Ayla añoraba las frutas y los vegetales secos que habían sido destruidos por los lobos, aunque no lamentaba haber entregado aquellas provisiones a los s’armunai.

Aunque en verano Whinney y Corredor eran casi exclusivamente herbívoros, Ayla observó que su dieta se había ampliado al ramoneo de las puntas de las ramitas, la masticación de la corteza interior de los árboles y cierta variedad especial de líquen, del tipo preferido por los renos. Recolectó algunas de estas plantas y las probó en pequeñas porciones, luego preparó otra parte para ella y Jondalar. Comprobaron que el gusto era intenso pero tolerable, por lo que Ayla decidió experimentar diferentes modos de cocinarlas.

Otra fuente de alimento en invierno la proporcionaban los pequeños roedores, por ejemplo, los ratones y los lemmings; no los animales mismos —Ayla solía entregárselos a Lobo, en recompensa por haber ayudado a descubrirlos—, sino sus nidos. Buscaba los indicios sutiles que sugerían la existencia de una madriguera, después abría el suelo helado con un palo de cavar y encontraba a los animalitos rodeados por las semillas, las nueces y los bulbos que habían almacenado.

Además, Ayla tenía su saquito de medicinas.

Cuando recordaba todo el daño sufrido por las cosas que habían dejado ocultas, se estremecía al pensar lo que habría sucedido de haber estado allí su saquito de medicinas. A ella jamás se le hubiera ocurrido dejarlo allí, pero, aun así, la posibilidad de perderlo le contraía el estómago. Formaba parte de su ser hasta tal extremo que se habría sentido perdida sin él. En realidad, su importancia era incalculable, ya que los elementos contenidos en el saquito de piel de nutria, así como

la extensa historia del saber acumulado por vía de prueba y error que le había sido transmitida, mantenía a los viajeros más sanos de lo que cualquiera de ellos alcanzaba a comprender.

Por ejemplo, Ayla sabía que podían utilizarse diferentes hierbas, cortezas y raíces para tratar de prevenir algunas enfermedades. Aunque no las denominaba enfermedades por carencia, ni tenía nombre para las vitaminas y los vestigios de minerales contenidos en las hierbas, así como tampoco sabía exactamente cómo actuaban, llevaba muchas de estas plantas en su saquito de medicinas y las incorporaba con regularidad a las infusiones que ambos bebían.

También utilizaba la vegetación que estaba al alcance de la mano incluso en invierno, por ejemplo, las agujas de las plantas de verdor permanente, y en particular los brotes más recientes arrancados de las puntas de las ramas, las cuales poseían en abundancia las vitaminas que prevenían el escorbuto. Las agregaba regularmente a las bebidas cotidianas, sobre todo porque a ambos les agradaba el sabor áspero, como de cítrico, aunque ella en efecto conocía además sus propiedades beneficiosas y tenía una idea bastante acabada de la oportunidad y el modo de usarlas. A menudo había preparado infusiones de agujas para las personas que sufrían de encías sangrantes y cuyos dientes se aflojaban durante los prolongados inviernos en que se alimentaban esencialmente de carne seca, una dieta determinada por las preferencias o por la necesidad.

Desarrollaron un sistema para buscar forraje apenas sin detenerse a medida que avanzaban hacia el oeste, lo que les permitió aprovechar el mayor tiempo posible para viajar. Si bien las comidas eran escasas, rara vez suprimían alguna por completo, aunque con tan poca grasa en la dieta y el ejercicio permanente de todos los días terminaron por adelgazar. No conversaban del asunto con frecuencia, pero ambos estaban cansándose del viaje y ansiaban llegar a su destino. Durante el día, nunca hablaban mucho.

Montados a caballo, o caminando y llevando a los corceles de la cuerda, Ayla y Jondalar avanzaban con frecuencia en fila, bastante cerca el uno del otro como para escuchar un comentario formulado en voz alta, pero no tan cerca como para entablar una conversación. En consecuencia, ambos disponían de tiempo sobrado para meditar tranquilamente y ahondar en sus propios pensamientos. Solían cambiar impresiones por la noche, cuando comían o yacían uno al lado del otro, protegidos por pieles de dormir.

Ayla pensaba con frecuencia en sus últimas experiencias. Había estado recordando los episodios del campamento de las Tres Hermanas, comparando a los s’armunai y sus crueles jefes como Attaroa y Brugar, con sus parientes los mamutoi y sus líderes, que cooperaban y mantenían una relación cordial de hermana-hermano. Y pensaba también en los zelandonii, el pueblo del hombre a quien ella amaba. Jondalar tenía tantas cualidades positivas, que ella estaba segura de que los zelandonii debían ser personas esencialmente buenas; pero en vista de los sentimientos que abrigaban

hacia el clan, continuaba preguntándose si la aceptarían. Incluso S'Armuna había hecho veladas insinuaciones acerca de la intensa aversión que experimentaban hacia los individuos a quienes llamaban cabezas chatas; sin embargo, Ayla estaba segura de que ningún Zelandoni sería jamás tan cruel como la mujer que había desempeñado la función de jefa de los s'armunai.

—Jondalar, no sé cómo pudo hacer Attaroa las cosas que hizo —observó Ayla, mientras concluían la cena—. Todo eso me causa verdadera sorpresa.

—¿Y eso? ¿Qué es lo que te sorprende?

—Mi raza, los Otros. Cuando te conocí, me sentí agradecida porque por fin había conocido a alguien como yo. Me alivió saber que no era la única en el mundo. Y después, cuando comprobé que eras tan maravilloso, tan bueno, considerado y afectuoso, pensé que todas las personas de mi raza serían como tú —dijo—, y eso hizo que me sintiera bien.

Se disponía a recordarle la impresión tan desagradable que se llevó cuando él reaccionó con tanta repugnancia el día en que ella le relató su vida con el clan, pero cambió de actitud cuando vio que Jondalar sonreía, sonrojado de placer, evidentemente satisfecho. Había sentido una oleada de arrobo ante las palabras de Ayla, y pensaba que también ella era maravillosa.

—Después, cuando conocimos a los mamutoi, a Talut y el Campamento del León —continuó Ayla—, tuve la certeza de que los Otros eran buenas personas. Se ayudaban mutuamente y todos intervenían en las decisiones. Eran cordiales y reían mucho, y no rechazaban una idea sólo porque no la hubiesen escuchado antes. Por supuesto, estaba Febrec, que, a fin de cuentas, tampoco era tan malo. Incluso aquellos que en la Reunión de Verano se volvieron contra mí un tiempo a causa del clan, y hasta algunos de los sharamudoi lo hicieron por un temor mal entendido, no por mala intención. Pero Attaroa era perversa como una hiena.

—Attaroa era sólo una persona —le recordó Jondalar.

—Sí, pero mira sobre cuántos influyó. S'Armuna puso su saber sagrado al servicio de Attaroa para ayudarla e inutilizar gente, a pesar de que lo lamentara después, y Epadoa estaba dispuesta a hacer cuanto Attaroa dijese.

—Tenían motivos para ello. Las mujeres habían sido maltratadas con saña.

—Conozco los motivos. S'Armuna creyó que hacía lo que era justo, y creo que Epadoa amaba la caza y amó a Attaroa porque le permitía cazar. Conozco ese sentimiento. Yo también amo cazar, y me opuse al clan e hice cosas que no me permitían hacer sólo porque deseaba cazar.

—Bien; ahora Epadoa puede cazar para todo el campamento, y no creo que sea una persona tan mala —dijo Jondalar—. Me parece que está descubriendo la clase de amor que siente una madre. Doban me dijo que le prometió que nunca volvería a hacerle daño y jamás permitiría que otros le lastimasen. Es posible que el afecto que siente por él sea incluso más profundo por haberle herido tanto, y ahora tiene la oportunidad de compensar lo que hizo.

—En realidad, Epadoa no deseaba inutilizar a esos muchachos. Le confesó a S'Armuna que temía que si no acataba las órdenes de Attaroa ésta los mataría. Ésas fueron sus razones. Incluso Attaroa tenía razones. En su vida había tantas cosas negativas que se convirtió en un ser perverso. Ya no era humana, pero no existen razones suficientes que la justifiquen. ¿Cómo pudo hacer las cosas que hizo? Incluso Broud, malo como era, no era tan perverso, aunque me odiaba. Jamás lastimó a los niños. Yo solía pensar que mi gente era muy buena, pero ahora ya no estoy tan segura —dijo Ayla, con una expresión triste y acongojada.

—Ayla, hay personas buenas y personas malas, y en cada cual hay algo de bueno y de malo. —El ceño fruncido de Jondalar revelaba su preocupación. Se daba cuenta de que ella estaba intentando armonizar las impresiones que había recogido en su más reciente e ingrata experiencia con su esquema personal de las cosas, y él sabía que eso era importante—. Sin embargo, la mayoría de la gente es decente —afirmó—, y todos tratan de ayudarse mutuamente. Saben que es necesario; al fin y al cabo, uno no puede prever cuándo necesitará ayuda; por consiguiente, casi todos prefieren mostrarse amistosos.

—Pero hay algunos que están deformados, como Attaroa —dijo Ayla.

—Es cierto —el hombre asintió, dándole la razón—. También hay algunos que sólo dan lo indispensable, y hasta preferirían no dar nada, pero eso no los convierte en seres malvados.

—No obstante, una mala persona puede acarrerar la peor de las suertes a las personas buenas, como Attaroa hizo con S'Armuna y Epadoa.

—Pienso que lo mejor que podemos hacer es tratar de evitar que los seres perversos y crueles provoquen demasiado daño. Quizá debamos considerarnos afortunados de que no haya muchas mujeres como ella. Pero Ayla, no permitas que una persona mala desvirtúe tu concepto de la gente.

—Attaroa no pudo lograr que yo modificara mis sentimientos acerca de las personas que conozco y, Jondalar, estoy segura de que tienes razón acerca de la mayoría de la gente; pero ella logró que yo aprendiera a mostrarme más cautelosa y más prudente.

—No está mal cierta cautela al principio, pero concede a la gente la oportunidad de demostrar sus cualidades antes de llegar a la conclusión de que es mala.

La meseta que se extendía en el lado norte del río les acompañó mientras continuaban la marcha hacia el oeste. Las plantas verdes deformadas por el viento en las cimas redondeadas y las planicies llanas del macizo se recortaban contra el cielo. El río volvía a dividirse en varios canales que corrían atravesando una cuenca cerrada de tierras bajas. Los extremos meridional y septentrional del valle mantenían sus diferencias características, pero la roca baja estaba agrietada y había fallas que alcanzaban gran profundidad entre el río y el promontorio de piedra caliza de las altas

montañas meridionales. Hacia el oeste, se divisaba el empinado reborde de piedra caliza de una falla. El curso del río viraba hacia el noroeste.

El extremo oriental de la cuenca de tierras bajas también estaba bordeado por el risco de una falla, provocada no tanto por la elevación de la piedra caliza cuanto por la depresión del suelo del valle cerrado. Hacia el sur, la tierra se extendía en una suave pendiente durante cierta distancia, antes de elevarse hacia las montañas; pero la meseta de granito del norte se aproximaba al río, hasta que comenzaba a empinarse bruscamente a poca distancia del agua.

Acamparon en el valle cerrado y bajo. Cerca del río, la suave corteza gris y las ramas desnudas de las hayas aparecían entre los abetos, los pinos y los alerces; el lugar estaba lo bastante protegido para permitir el crecimiento de algunos árboles de hoja caduca. Vagando alrededor y cerca de los árboles, en aparente confusión, había un pequeño rebaño de mamuts, hembras y machos. Ayla se aproximó lo más que pudo para ver lo que sucedía.

Un mamut estaba echado; era un viejo gigantesco con enormes colmillos que se le cruzaban al frente. Ayla se preguntó si sería el mismo grupo que habían visto antes quebrando el hielo. ¿Era posible que hubiera dos mamuts tan viejos en la misma región? Jondalar se acercó a la joven.

—Me temo que está muriéndose. Ojalá pudiera hacer algo por él —dijo Ayla.

—Probablemente ha perdido los dientes. Una vez que sucede eso, nadie puede hacer nada, excepto lo que están haciendo. Permanecen a su lado, lo acompañan.

—Quizá ninguno de nosotros podría pedir más.

A pesar de su cuerpo relativamente compacto, cada mamut adulto consumía diariamente grandes cantidades de alimento, sobre todo hierbas altas de tallo leñoso y a veces arbolillos. Con una dieta tan fibrosa, los dientes eran esenciales. Su importancia era tal que el plazo de vida de un mamut estaba condicionado por sus dientes.

Un mamut lanudo tenía varios juegos de grandes molares a lo largo de su vida, es decir, unos setenta años, por lo general seis a cada lado, arriba y abajo. Cada diente pesaba alrededor de cuatro kilogramos y estaba adaptado especialmente para la masticación de los pastos duros. La superficie estaba formada por numerosos rebordes sumamente duros, finos y paralelos —placas de dentina cubiertas con esmalte—, y poseían coronas más altas y más rebordes que los dientes de otra especie cualquiera, anterior o ulterior. Los mamuts eran ante todo comedores de pasto. Los jirones de corteza que arrancaban de los árboles, sobre todo en invierno, las hierbas de primavera y las hojas, las ramas y los arbolillos ocasionales, eran sólo un complemento de su dieta principal consistente en pastos duros y fibrosos.

Los molares más tempranos y pequeños se formaban cerca de la parte delantera de cada mandíbula, y el resto crecía detrás y avanzaba en una progresión regular durante toda la vida del animal, y sólo un diente o dos se usaban en cada ocasión. A pesar de su fortaleza, la importante superficie de masticación se desgastaba a medida

que se desplazaba hacia delante y las raíces se desintegraban. Finalmente, los últimos fragmentos de cada molar, delgados e inútiles, se caían, y los nuevos sustituían a los antiguos.

Los últimos molares comenzaban a ser utilizados alrededor de los cincuenta años, y cuando casi habían desaparecido, los viejos animales de pelo grisáceo ya no podían continuar masticando el pasto duro. Aún podían consumir hojas y plantas más blandas, vegetales de primavera que en otras estaciones no estaban a su alcance. Desesperados, los veteranos mal alimentados a menudo abandonaban el rebaño en busca de pastos más verdes, pero lo único que encontraban era la muerte. El rebaño sabía cuándo estaba próximo el fin, y era algo corriente ver a los animales compartiendo los últimos días de los viejos.

Los otros mamuts demostraban con respecto a los moribundos una actitud tan protectora como la que observaban en relación con los recién nacidos y se reunían a su alrededor, tratando de ayudar a levantarse al caído. Cuando todo había concluido, sepultaban el cadáver bajo pilas de tierra, hierba, hojas o nieve. Era bien sabido que los mamuts incluso sepultaban a otros animales muertos, y también a los seres humanos.

Ayla, Jondalar y sus compañeros cuadrúpedos comprobaron que el camino se elevaba cada vez más y se hacía más difícil a medida que dejaban atrás las tierras bajas y a los mamuts. Estaban aproximándose a un barranco. Una estribación del antiguo macizo septentrional se había extendido muy al sur, y estaba dividido por el río. Subieron cada vez más, mientras las aguas del río irrumpían por el estrecho desfiladero, demasiado veloces para congelarse, pero arrastrando los témpanos de hielo provenientes de los tramos más tranquilos, situados hacia el oeste. Era extraño ver cómo se movía el agua a pesar de la enorme cantidad de hielo. Frente a los elevados contrafuertes que se extendían hacia el sur, había mesetas, colinas coronadas por altas plataformas, en las cuales crecían espesos bosques de coníferas, con las ramas salpicadas de nieve. El fino ramaje de los árboles de hoja caduca, así como los matorrales, aparecían pintados de blanco por una capa de lluvia helada, lo cual acentuaba tanto las ramas grandes como las pequeñas, y éstas atraían a Ayla con su belleza invernal.

La altura continuó aumentando, y las tierras bajas entre los riscos nunca descendían tanto como las precedentes. El aire era frío, terso y claro, e incluso cuando había nubes, no nevaba. La precipitación disminuyó a medida que avanzaba el invierno. La única humedad en el aire era el aliento tibio expulsado por los seres humanos y los animales.

El río de hielo se empequeñecía cada vez que atravesaban el valle de un afluente helado. En el extremo occidental de la tierra baja había otro barranco. Ascendieron al risco rocoso, y cuando llegaron al punto más alto, miraron al frente y se detuvieron, sobrecogidos por el espectáculo. A cierta distancia, el río se había dividido otra vez. Los viajeros no sabían si era la última vez que se separaría en los ramales y canales

que habían caracterizado su avance a través de las llanuras desnudas por las que atravesaba durante gran parte de su recorrido. El barranco que se abría poco antes de las tierras bajas se curvaba bruscamente en el momento en que los diferentes canales se agrupaban, y allí se formaba un curioso torbellino por cuyas profundidades desfilaban el hielo y los restos flotantes, antes de caer en una depresión, un poco más lejos, donde rápidamente volvían a congelarse las aguas.

Se detuvieron en el lugar más elevado para mirar hacia abajo y vieron un pequeño tronco que describía interminables círculos y se hundía cada vez más en cada giro.

—No desearía caer allí —dijo Ayla, estremeciéndose ante la idea.

—Tampoco yo —respondió Jondalar.

La mirada de Ayla se sintió atraída por otro lugar distante.

—Jondalar, ¿de dónde vienen esas nubes de vapor? —preguntó—. Está helado y las montañas están cubiertas de nieve.

—Son fuentes de agua caliente, aguas que reciben el aliento cálido de la propia Doni. Algunas personas temen acercarse a esos lugares, pero la gente a la que yo quiero visitar habita cerca de uno de esos pozos profundos de agua caliente, o al menos eso me dijeron. Los pozos de agua caliente son sagrados para ellos, aunque algunos huelen muy mal. Se dice que usan el agua para curar enfermedades.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que lleguemos a casa de esas personas que tú conoces, las que usan el agua para curar enfermedades? —preguntó Ayla. Todo lo que podía enriquecer su caudal de conocimientos médicos siempre avivaba el interés de Ayla. Por otra parte, la comida empezaba a escasear y ellos no querían perder tiempo buscándola, pero lo cierto es que se habían acostado hambrientos un par de días.

La pendiente del terreno se acentuó perceptiblemente después de la última cuenca llana. Estaban encerrados por montañas a derecha y a izquierda. Hacia el sur, el manto de hielo tenía cada vez mayor elevación a medida que avanzaban en dirección al oeste. En lontananza, hacia el sur, y un poco hacia el oeste, dos picos se elevaban a gran altura sobre las restantes y accidentadas cumbres montañosas, uno más alto que el otro, como un matrimonio vigilando a sus niños.

Donde las tierras altas se nivelaban, en las inmediaciones de un tramo del río caracterizado por las aguas poco profundas, Jondalar viró hacia el sur, alejándose del río, para acercarse a una nube de vapor que se elevaba en la lejanía. Subieron a un risco bajo y desde la cumbre contemplaron un prado cubierto de nieve a orillas de un estanque de agua humeante, cerca de una caverna.

Varias personas les habían visto llegar y les miraban consternados, incapaces de moverse. Sin embargo, un hombre blandió una lanza con aire amenazador.

Capítulo 35

—Creo que será mejor que desmontemos y nos acerquemos a pie —dijo Jondalar, al ver que varios hombres que portaban lanzas y algunas mujeres se acercaban cautelosamente—. A estas alturas deberíamos recordar que la gente siente temor y sospecha cuando nos ve cabalgando. Probablemente hubiéramos debido ocultarnos y llegar caminando, para después ir a buscarles, cuando ya hubiéramos tenido tiempo de explicar que viajamos con animales.

Ambos desmontaron y a Jondalar se le vino un súbito y acerbo recuerdo de su «hermanito», Thonolan, mostrando su sonrisa amplia y cordial y acercándose confiadamente a una caverna o un campamento de desconocidos. En una especie de imitación, el hombre alto y rubio sonrió ampliamente, hizo un gesto cordial y retiró la capucha de su chaquetón, de modo que le viesen más fácilmente; después se acercó con las dos manos extendidas, para mostrar que se acercaba francamente y no tenía nada que ocultar.

—Estoy buscando a Laduni de los losadunai. Soy Jondalar de los zelandonii —dijo—. Mi hermano y yo fuimos hacia el este en un viaje, hace pocos años, y Laduni nos pidió que, al regreso, nos detuviéramos y os visitáramos.

—Yo soy Laduni —contestó un hombre, que habló en un zelandoni con leve acento. Se acercó a ellos, manteniendo la lanza preparada y mirando con atención para asegurarse de que el extraño era quien decía ser—. ¿Jondalar? ¿De los zelandonii? Sí, pareces el hombre a quien conocí.

Jondalar percibió el tono cauteloso.

—¡Lo parezco porque lo soy! Me alegro de verte, Laduni —dijo, con expresión cálida—. No estaba seguro de haberme acercado al lugar apropiado. He recorrido todo el camino que nos separa del fin del Río de la Gran Madre, y hasta he ido más lejos, pero ahora, más cerca de mi hogar, he tenido dificultades para encontrar tu caverna, pero el vapor de tus pozos de agua caliente me ha servido de referencia. He traído conmigo a una persona y deseo que la conozcas.

El hombre mayor miró a Jondalar, tratando de descubrir algún indicio de que fuese otra persona distinta de la que parecía: un hombre que había llegado del modo más extraño. Parecía un poco mayor, lo que era razonable, y se asemejaba a Dalanar. Había visto de nuevo al anciano tallador de pedernal unos pocos años antes, cuando él se había acercado en una misión comercial, y, según sospechaba Laduni, para comprobar si el hijo de su hogar y su hermano habían pasado por allí. «Dalanar se alegrará mucho de verle», pensó Laduni. Se acercó a Jondalar, sosteniendo la lanza con más naturalidad, pero siempre en una posición que le permitiera usarla prestamente. Volvió los ojos hacia los dos caballos extrañamente dóciles, y vio por primera vez que quien estaba cerca de los animales era una mujer.

—Esos dos caballos no se parecen a los que tenemos por aquí. ¿En el este son más dóciles? Seguramente es mucho más fácil cazarlos —dijo Laduni.

De pronto, el hombre se puso en guardia, movió la lanza como disponiéndose a arrojarla y apuntó a Ayla.

—¡No te muevas! —dijo.

Sucedió todo con tal rapidez, que Jondalar no tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Laduni! ¿Qué estás haciendo?

—Un lobo os ha seguido. Y parece que no teme dejarse ver por todos.

—¡No! —gritó Ayla, interponiéndose entre el lobo y el hombre de la lanza.

—Este lobo viaja con nosotros. ¡No lo mates! —pidió Jondalar, corriendo a interponerse entre Laduni y Ayla.

Ella se arrodilló y abrazó al lobo, sosteniéndolo firmemente, en parte para protegerlo y en parte para proteger al hombre de la lanza. Lobo tenía el pelo erizado, había contraído los belfos, mostraba los colmillos y un rezongo salvaje brotaba de su garganta.

Laduni estaba desconcertado. Había actuado para proteger a los visitantes, pero éstos se comportaban como si la intención de Laduni hubiese sido herirlos. Dirigió a Jondalar una mirada interrogadora.

—Por favor, deja esa lanza, Laduni —insistió Jondalar—. El lobo es nuestro compañero, lo mismo que lo son los caballos. Nos salvó la vida. Te prometo que no hará ningún mal a nadie mientras nadie le amenace o amenace a la mujer. Sé que esto debe parecerte extraño, pero, si me das una oportunidad, te lo explicaré.

Laduni bajó lentamente la lanza y miró cautelosamente al corpulento lobo. Una vez eliminada la amenaza, Ayla calmó al animal; después se irguió y caminó hacia Jondalar y Laduni, ordenando a Lobo que se mantuviese cerca de ella.

—Por favor, disculpa a Lobo si se le erizó el pelo —dijo Ayla—. En realidad, simpatiza con la gente cuando la conoce, pero hemos tenido una experiencia desagradable con algunas personas, al este de aquí. Ahora se muestra más nervioso con los desconocidos y adopta una actitud más protectora.

Laduni advirtió que ella hablaba bastante bien el zelandoni, pero su extraño acento mostraba inmediatamente que era extranjera. También percibió… otra cosa…, no estaba seguro de qué. No era nada que él pudiera definir específicamente. Había visto antes muchas mujeres rubias, de ojos azules, pero el dibujo de sus pómulos, la forma de sus rasgos o su rostro, algo confería a esa joven un aspecto extraño. Fuera lo que fuese, no menoscababa en lo más mínimo el hecho de que era una mujer maravillosamente bella. En todo caso, agregaba un elemento misterioso.

Laduni miró a Jondalar y sonrió. Al recordar la última visita, no le sorprendió que el alto y apuesto zelandonii regresara de un largo viaje con una belleza exótica; pero nadie hubiera podido prever que también traería recuerdos vivos de sus aventuras, como caballos y un lobo. Ansiaba ardientemente escuchar los relatos que ellos le ofrecerían.

Jondalar había advertido la mirada de aprecio en los ojos de Laduni cuando vio a Ayla, y cuando el hombre sonrió, también Jondalar comenzó a tranquilizarse.

—Ésta es la persona que deseaba presentarte —dijo Jondalar—. Laduni, cazador de los losadunai, ésta es Ayla, del Campamento del León de los mamutoi, elegida por el León de la Caverna, protegida por el Oso de las Cavernas e hija del Hogar del Mamut.

Ayla había alzado las dos manos y mostrado las palmas, en un saludo que expresaba franqueza y amistad, cuando Jondalar comenzó la presentación formal.

—Te saludo, Laduni, Maestro Cazador de los losadunai —dijo Ayla.

Laduni se preguntó cómo era posible que Ayla supiese que él era el principal cazador de su pueblo. Jondalar no lo había dicho. Quizá se lo había explicado antes, pero ella había sido astuta al mencionarlo. Además, era natural que la mujer comprendiese ese tipo de cosas. Con tantos títulos y afiliaciones, debía ser una mujer de elevada jerarquía en su pueblo. Laduni pensó: «Yo podría haber adivinado que la mujer que él trajese tendría esa condición, pues tanto la madre de Jondalar como el hombre de su hogar han conocido las responsabilidades de la jefatura. El hijo tiene que ser fiel a la sangre de la madre y al espíritu del hombre».

Laduni aceptó las dos manos de Ayla.

—En nombre de Yuma, la Gran Madre Tierra, eres bienvenida, Ayla del Campamento del León de los mamutoi, elegida del León, protegida por el Gran Oso e hija del Hogar del Mamut —dijo Laduni.

—Te agradezco la bienvenida —agregó Ayla, manteniéndose en una actitud formal—. Y si puedo, quisiera presentarte a Lobo, para que sepa que eres amigo nuestro.

Laduni frunció el entrecejo, no muy seguro de que realmente deseara conocer a un lobo, pero, en aquellas circunstancias, consideró que no tenía otra alternativa.

—Lobo, éste es Laduni de los losadunai —dijo Ayla, tomando la mano del hombre y acercándola al hocico del lobo—. Es un amigo. —Después que Lobo olfateó la mano del desconocido, impregnada con el olor de la mano de Ayla, pareció comprender que era alguien a quien debía aceptar. Olfateó las partes masculinas del hombre, para gran consternación de Laduni.

—Está bien, Lobo —dijo Ayla, indicándole con una señal que se retirara. Después, dirigiéndose a Laduni, agregó—: Ahora sabe que eres un amigo y que eres un hombre. Si deseas darle la bienvenida, te diré que le gusta que le palmeen la cabeza y le rasquen detrás de las orejas.

Aunque todavía se mostraba cauteloso, la idea de tocar a un lobo vivo le atraía. Con cierto reparo extendió la mano y tocó el áspero pelaje; al ver que se aceptaba su contacto, palmeó la cabeza del animal, y después le tocó un poco detrás de las orejas, complacido por la experiencia. No era que no hubiese tocado nunca la piel de un lobo, pero jamás en un animal vivo.

—Lamento haber amenazado a vuestro compañero —se disculpó—. Es que nunca he visto que un lobo acompañase a la gente por propia voluntad, y el caso es que tampoco he visto que sucediese eso con los caballos.

—Es comprensible —dijo Ayla—. Después te llevaré a conocer a los caballos. Tienden a mostrarse tímidos frente a los extraños y necesitan un tiempo para acostumbrarse a la gente nueva.

—¿Todos los animales del este son tan amistosos? —preguntó Laduni, insistiendo en que le respondiesen a una pregunta que podría interesar a todo cazador. Jondalar sonrió.

—No, los animales son iguales en todas partes. Éstos son especiales a causa de Ayla.

Laduni asintió luchando contra el impulso de formular nuevas preguntas, pues sabía que la caverna entera desearía escuchar el relato.

—Os doy la bienvenida y os invito a entrar para compartir el calor, el alimento y un lugar donde descansar, pero creo que primero debería ir a explicar al resto de la caverna quiénes sois.

Laduni retrocedió hacia el grupo reunido frente a una gran abertura en un costado de la pared de roca. Explicó que había conocido a Jondalar unos pocos años antes, cuando comenzaba su viaje, y que le había invitado a visitarle a su regreso. Mencionó que Jondalar estaba emparentado con Dalanar, destacó especialmente que eran personas comunes y no una especie de espíritus amenazadores y que ellos les explicarían todo lo que fuese necesario acerca de los caballos y el lobo.

—Sin duda, podrán contarnos algunas cosas interesantes —concluyó, consciente de que eso representaba una atracción para un grupo de personas que básicamente se habían mantenido encerradas en una caverna desde el comienzo del invierno y que ya comenzaban a estar hartos.

La lengua en que habló no fue el zelandoni que había empleado con los viajeros, pero después de escuchar un rato, Ayla llegó a la conclusión de que percibía algunas semejanzas. Advirtió que, si bien acentuaban y pronunciaban las palabras de distinto modo, los losadunai estaban emparentados con los zelandonii de la misma manera que los s’armunai y los sharamudoi estaban relacionados con los mamutoi. Esta lengua incluso tenía cierta relación con el s’armunai. Había entendido algunas palabras y percibido el sesgo de varios comentarios de Laduni. En unos pocos días más lo estaría hablando correctamente.

El talento que Ayla demostraba para las lenguas a ella misma no le sorprendía. No intentaba conscientemente aprenderlas, pero la agudeza de su oído para los matices y las inflexiones, y su habilidad para percibir las relaciones le facilitaban la tarea. La pérdida de su propia lengua en el trauma de la desaparición de su pueblo, cuando ella era muy pequeña, y la necesidad de aprender un modo distinto de comunicarse, pero que utilizaba las mismas áreas del cerebro que funcionaban en el lenguaje hablado, potenciaban sus cualidades verbales naturales. Su necesidad de aprender a comunicarse de nuevo cuando descubrió que no podía hacerlo, le había aportado un incentivo inconsciente aunque profundo que la llevaba a aprender todas las lenguas desconocidas. La combinación de la capacidad natural y las circunstancias le habían

conferido esa habilidad.

—Losaduna dice que sois bienvenidos y que podéis permanecer en el hogar de los visitantes —dijo Laduni después de terminar su explicación.

—Ante todo, necesitamos descargar los caballos y acomodarlos —pidió Jondalar —. Este campo que se extiende frente a la caverna tiene al parecer buenos pastos de invierno. ¿Alguien se opondrá si los dejamos aquí?

—Podéis usar como queráis el campo —dijo Laduni—. Creo que a todos les llamará la atención ver tan de cerca a los caballos.

No pudo evitar una mirada a Ayla, y en su cara se manifestaba el deseo de saber qué le había hecho a los animales. Parecía evidente que dominaba a ciertos espíritus muy poderosos.

—Quiero preguntar otra cosa —agregó Ayla—. Lobo está acostumbrado a dormir cerca de nosotros. Se sentiría muy incómodo en otro lugar. Si la presencia del lobo en la caverna incomoda a tu Losaduna o a otros miembros de tu pueblo, levantaremos nuestra tienda y dormiremos fuera.

Laduni habló de nuevo a la gente, y después de intercambiar algunas palabras, retornó adonde estaban los visitantes.

—Desean que entréis, pero algunas madres temen por sus hijos —dijo.

—Comprendo lo que sienten. Puedo prometer que Lobo no atacará a nadie, pero si eso no es suficiente, permaneceremos fuera.

Hubo otra conversación, y al fin Laduni dijo:

—Dicen que podéis entrar.

Laduni les acompañó cuando Ayla y Jondalar fueron a descargar los caballos, y se sintió tan impresionado de conocer a Whinney y Corredor como antes lo había estado cuando le presentaron a Lobo. Laduni había intervenido en muchas cacerías de caballos, pero jamás había tocado uno, excepto por casualidad cuando se acercaba bastante durante la caza. Ayla percibía el goce que Laduni sentía y pensó que más tarde podía ofrecerle un paseo sobre el lomo de Whinney.

Mientras regresaban a la caverna, arrastrando las cosas depositadas en el bote redondo, Laduni preguntó a Jondalar por su hermano. Cuando vio la expresión de dolor en la cara del hombre de elevada estatura, comprendió, incluso antes de que Jondalar contestase, que había sobrevenido una tragedia.

—Thonolan murió. Le mató un león de las cavernas.

—Lamento saberlo. Yo simpatizaba con él —dijo Laduni.

—Todos simpatizaban con él.

—Deseaba profundamente seguir el curso del Río de la Gran Madre hasta el fin. ¿Consiguió llegar?

—Sí, llegó al fin del Donau antes de morir, pero a esa altura del viaje ya no tenía ánimo. Se había enamorado de una mujer y unido con ella, pero la mujer murió de parto —dijo Jondalar—. Eso lo cambió, le destrozó el corazón. Después ya no quiso vivir.

Laduni meneó la cabeza.

—¡Qué lástima! Estaba tan lleno de vida. Filonia pensó en él mucho tiempo después de que os marcharais. Siempre conservó la esperanza de que regresaría.

—¿Cómo está Filonia? —preguntó Jondalar, que recordó ahora a la bonita y joven hija del hogar de Laduni.

El hombre de más edad sonrió.

—Ahora está unida y Duna le sonríe. Tiene dos hijos. Poco después de que partierais, descubrió que había recibido la bendición. Cuando se difundió la noticia de que estaba embarazada, creo que todos los losadunai en condiciones de casarse descubrieron un motivo para visitar nuestra caverna.

—Me imagino. Según recuerdo, era una hermosa joven. Hizo un viaje, ¿verdad?

—Sí, con un primo mayor.

—¿Y tiene dos hijos? —preguntó Jondalar.

Los ojos de Laduni chispearon de gozo.

—Una hija de la primera bendición, Thonolia, pues Filonia estaba segura de que era hija del espíritu de tu hermano, y no hace mucho tiempo tuvo un varón. Está viviendo en la caverna de su compañero. Allí tenían más espacio, pero no están lejos de aquí y nosotros vemos regularmente a Filonia y a sus hijos.

Había satisfacción y alegría en la voz de Laduni.

—Ojalá Thonolia sea hija del espíritu de Thonolan. Me agradaría pensar que todavía hay un fragmento de su espíritu en este mundo —dijo Jondalar.

Jondalar se preguntó: «¿Podía suceder tan deprisa? Thonolan sólo pasó una noche con ella. ¿Su espíritu era tan potente? O, si Ayla tiene razón, ¿es posible que Thonolan hiciera que un niño comenzara a crecer en Filonia con la esencia de su virilidad esa noche que estuvimos con ellos?». Recordó a la mujer con quien él había estado.

—¿Cómo está Lanalia? —preguntó.

—Está bien. Ahora ha ido a visitar a unos parientes que viven en otra caverna. Tratan de encontrarle compañero. Un hombre perdió a su mujer y en su hogar quedaron tres niños pequeños; Lanalia nunca tuvo hijos, aunque siempre los deseó. Si ella le considera compatible, se unirá y adoptará a los niños. Puede ser un arreglo muy satisfactorio y ella está muy entusiasmada.

—Me alegro por ella y le deseo mucha felicidad —dijo Jondalar, que intentó disimular su decepción. Había abrigado la esperanza de que hubiera quedado embarazada después de compartir placeres con él. En todo caso y fuera lo que fuese, el espíritu de un hombre o la esencia de su virilidad, Thonolan ha probado la fuerza del suyo; pero, «¿qué sucede conmigo? ¿Mi esencia o mi espíritu tiene fuerza suficiente para iniciar un niño que crezca dentro de una mujer?», se preguntó Jondalar.

Cuando entraron en la caverna, Ayla miró alrededor con interés. Había visto muchas viviendas de los Otros: refugios livianos o portátiles utilizados en verano y

estructuras permanentes más sólidas que podían soportar los rigores del invierno. Algunas estaban construidas con huesos de mamut y cubiertas con paja y arcilla; en otras se había empleado madera y estaban protegidas por un saliente o descansaban sobre una plataforma rodante; pero nunca había visto una caverna como ésta después de separarse del clan. Tenía una ancha entrada que miraba al sudeste, y el interior era grato y espacioso. Pensó que a Brun le habría gustado esta caverna.

Cuando los ojos de Ayla se acostumbraron a la escasa luz y vio el interior, se sorprendió. Había esperado ver varios hogares en diferentes lugares, el hogar de cada familia. Había rincones para hacer fuego en el interior de la caverna, pero estaban dentro o cerca de las entradas a unas estructuras formadas por cueros atados a estacas. Eran análogos a las tiendas, pero no tenían forma cónica y estaban abiertos arriba —no necesitaban protegerse del tiempo en el interior de la caverna—. Hasta donde podía verificar, cumplían la función de tabiques para evitar que una mirada casual se posara en el espacio interior. Ayla recordó la prohibición del clan de mirar directamente el espacio de una vivienda, definida por límites de piedra, en el hogar de otro hombre. Era una cuestión de tradición y autocontrol, pero comprendió que el propósito era el mismo: proteger la intimidad.

Laduni les condujo hacia uno de los espacios cerrados por los tabiques.

—Vuestra experiencia negativa no ha tenido que ver con una banda de pendencieros, ¿verdad? —preguntó.

—No, ¿ha habido problemas? —preguntó Jondalar—. Cuando nos encontramos antes, tú hablaste de cierto joven que había agrupado a varios seguidores. Estaban divirtiéndose con la gente del clan…, los cabezas chatas —miró a Ayla, pero comprendió que Laduni jamás comprendería la palabra «clan»—. Se dedicaban a golpear a los hombres y después a gozar de sus placeres con las mujeres. Se hablaba de gente pendenciera que andaba buscando dificultades a todos.

Cuando Ayla oyó «cabezas chatas», escuchó atentamente, deseosa de saber si en las proximidades había muchos individuos del clan.

—Sí, ésos son. Charoli y su grupo —dijo Laduni—. Es posible que hayan comenzado con simples bromas pesadas, pero la cosa ha llegado mucho más lejos.

—Había creído que a estas alturas esos jóvenes ya habían puesto fin a esa clase de comportamiento —dijo Jondalar.

—Se trata de Charoli. Imagino que cada uno por separado no es un joven perverso, pero él los alienta. Losaduna dice que Charoli desea demostrar su valor, afirmar su condición de hombre, porque creció sin la presencia de un hombre en su hogar.

—Muchas mujeres han criado ellas solas a varones, y éstos se convirtieron en hombres excelentes —dijo Jondalar.

Se habían volcado tanto en la conversación que habían dejado de andar y se detuvieron en el centro de la caverna. La gente se agrupaba alrededor.

—Sí, por supuesto. Pero el compañero de su madre desapareció cuando él era

apenas un niño y ella nunca volvió a unirse. En cambio, volcó toda su atención con el niño y le consintió todo, incluso cosas que no correspondían a su edad. Cuando hubiera debido enseñarle un oficio y las obligaciones de un adulto. Ahora, todos tienen que andar tratando de ponerle freno.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Jondalar.

—Una muchacha de nuestra caverna estaba cerca del río poniendo trampas. Se había convertido en mujercita pocas lunas antes y aún no había pasado por sus ritos de los Primeros Placeres. Esperaba que llegase la ceremonia, en la asamblea siguiente. Charoli y su grupo la vieron sola y todos la forzaron…

—¿Todos? ¿La tomaron? ¿Por la fuerza? —preguntó Jondalar, desconcertado—. Una jovencita, que todavía no era mujer. ¡Me parece increíble!

—Todos —dijo Laduni, con una fría cólera que era peor que la irritación momentánea—. ¡Y no lo toleraremos! No sé si se han cansado de las mujeres de los cabezas chatas o qué excusa se han dado a sí mismos, pero eso ha sido ya demasiado. Le provocaron dolor y una gran hemorragia. Ella dice que no quiere saber nada más con los hombres, nunca más. Y ha rehusado pasar por los ritos de la feminidad.

—Eso es terrible, pero no podemos criticarla. No es así como una joven debe aprender lo que es el don de Doni —dijo Jondalar.

—Su madre teme que si se niega a honrar a la Madre con la ceremonia, jamás tendrá hijos.

—Quizá tenga razón, pero ¿qué puede hacerse? —preguntó Jondalar.

—Su madre quiere ver muerto a Charoli y desea que declaremos una cruzada de sangre contra su caverna —dijo Laduni—. La venganza es el derecho de esa mujer, pero una cruzada de sangre puede destruirnos a todos. Además, no ha sido la caverna de Charoli la que ha provocado estos desmanes. Se trata de su grupo, y algunos ni siquiera pertenecen a la caverna en la que nació Charoli. He enviado un mensaje a Tomasi, el jefe de cazadores de la caverna, y le sugerí una idea.

—¿Una idea? ¿Cuál es tu plan?

—Creo que es tarea de todos los losadunai detener a Charoli y a su grupo. Confío en que Tomasi se una a mí para tratar de convencer a todos de que devuelvan a esos jóvenes al control de la caverna. Incluso ha sugerido que acepte que la madre de Madenia tenga derecho a su venganza, en lugar de soportar los estragos de una cruzada general. Pero Tomasi está emparentado con la madre de Charoli.

—Eso implica tener que tomar una decisión grave —dijo Jondalar. Advirtió que Ayla había estado escuchando atentamente—. ¿Alguien sabe dónde está el grupo de Charoli? No pueden alojarse con alguien de tu gente. Es imposible que una caverna de losadunai tolere a rufianes como ésos en su seno.

—Al sur de aquí hay un área desierta, con ríos subterráneos y muchas cavernas. Corre el rumor de que se ocultan en una de las cavernas que está cerca del límite con esa región.

—Quizá sea difícil dar con ellos si hay muchas cavernas.

—Pero no pueden permanecer siempre allí. Necesitan conseguir alimento y es posible seguirles el rastro y encontrarlos. Un buen rastreador puede seguirles la pista más fácilmente que a un animal. Pero es necesario que todas las cavernas cooperen, de ese modo no llevará mucho tiempo descubrirlos.

—¿Qué haréis con ellos cuando los encontréis? —esta vez fue Ayla quien formuló la pregunta.

—Creo que una vez que consigamos separar a todos esos jóvenes rufianes, no será difícil romper los vínculos que les unen. Cada una de las cavernas puede resolver el problema de uno o dos de sus miembros a su propio modo. Dudo que la mayoría de ellos desee realmente vivir al margen de los losadunai y no ser miembros de una caverna. Más tarde o más temprano querrán tener compañeras y no muchas mujeres desearán vivir como ellos viven.

—Creo que tienes razón —dijo Jondalar.

—Lamento mucho que le haya sucedido eso a la joven —indicó Ayla—. ¿Cómo se llama? ¿Madenia?

La expresión de Ayla revelaba que se sentía muy turbada.

—Yo también lo lamento —agregó Jondalar—. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí y echar una mano, pero si no cruzamos pronto el glaciar, tendremos que permanecer aquí hasta el próximo invierno.

—Quizá ya sea demasiado tarde para realizar esa travesía este invierno —dijo Laduni.

—¿Demasiado tarde? —repitió Jondalar—. Pero hace frío, es invierno. Todo constituye un sólido congelado. Ahora la nieve llena sin duda todas las grietas.

—Sí. Ahora es invierno, pero cuando la estación está tan avanzada, uno nunca sabe. Tal vez podríais cruzar, pero si el viento primaveral empieza a soplar temprano, y a veces sucede, toda la nieve se derretirá deprisa. El glaciar puede ser traicionero durante el primer deshielo de primavera, y en estas circunstancias, no creo que sea seguro dar un rodeo por el país de los cabezas chatas en dirección al norte. En estos momentos no mantienen una actitud muy cordial. La banda de Charoli les ha encrespado. Incluso los animales demuestran una actitud protectora para con sus hembras y lucharán para defenderlas.

—No son animales —dijo Ayla, saliendo en su defensa. Son personas, sólo que distintas.

Laduni refrenó su lengua: no quería ofender a una visitante y huésped. «Como está tan cerca de los animales, quizá piense que todos los animales son personas. Si un lobo la protege y ella lo trata como si fuera un ser humano, ¿puede extrañar que considere personas también a los cabezas chatas?», pensó Laduni. «Sé que pueden ser inteligentes, pero no son humanos».

Varias personas se habían reunido a su alrededor mientras hablaban. Uno de ellos, un hombre de edad madura, pequeño y delgado, con una sonrisa tímida, dijo:

—Laduni, ¿no crees que deberías acomodarlos?

—Comienzo a preguntarme si os proponéis tenerlos aquí hablando el día entero —agregó la mujer que estaba junto al hombre. Era una mujer regordeta, apenas unos centímetros más baja que el hombre, con una cara de expresión amistosa.

—Disculpad, por supuesto que tenéis razón. Permitidme que os presente —dijo Laduni. Miró primero a Ayla y después se volvió hacia el hombre—. Losaduna, El Que Sirve a la Madre en la Caverna del Pozo de Agua Caliente de los losadunai, ésta es Ayla, del Campamento del León de los mamutoi, elegida del León, protegida por el Gran Oso e hija del Hogar del Mamut.

—¡El Hogar del Mamut! Entonces eres La Que Sirve a La Madre —dijo el hombre con una sonrisa sorprendida, antes incluso de saludar a Ayla.

—No, soy hija del Hogar del Mamut. Mamut estaba enseñándome, pero nunca me inició —explicó Ayla.

—¡Pero naciste para eso! Seguramente eres también una elegida de la Madre, lo mismo que el resto —añadió el hombre, sin duda complacido.

—Losaduna, todavía no le has dado la bienvenida —dijo con acento crítico la mujer regordeta.

El hombre pareció desconcertado un momento.

—No, me parece que no lo he hecho. ¡Siempre las mismas formalidades! En nombre de Duna, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi, elegida por el Campamento del León e hija del Hogar del Mamut.

La mujer que estaba al lado de Losaduna suspiró y meneó la cabeza.

—Lo ha mezclado todo, pero si se tratase de una ceremonia poco conocida o una leyenda acerca de la Madre, no hubiera olvidado ningún detalle —dijo.

Ayla no pudo evitar una sonrisa. Nunca había conocido a Uno que Servía a La Madre que pareciera menos cualificado para desempeñar esa función. Los que había conocido antes eran todos individuos muy seguros, fácilmente identificables, con una presencia impresionante, y no por cierto como este hombre tímido y desconfiado, despreocupado de su apariencia y un comportamiento amable y un tanto vergonzoso. Pero la mujer parecía saber dónde radicaba la fuerza del hombre y Laduni no mostraba falta de respeto. Era evidente que en Losaduna había más cualidades que las aparentes.

—Está bien —dijo Ayla a la mujer—. A decir verdad, no se equivocó —después de todo, también había sido elegida por el Campamento del León; adoptada, no nacida en su seno, pensó Ayla. Después se dirigió al hombre, que le había cogido las dos manos y aún las sostenía—. Saludo al Que Sirve a La Gran Madre de Todos, y te agradezco la bienvenida, Losaduna.

El hombre sonrió ante la forma en que Ayla utilizaba otro de los nombres de la Duna, y Laduni comenzó a hablar.

—Solandia de los losadunai, nacida en la Caverna del Río de la Colina, compañera de Losaduna, ésta es Ayla, del Campamento del León de los mamutoi, elegida del León, protegida del Gran Oso e hija del Hogar del Mamut.

—Te saludo, Ayla de los mamutoi, y te invito a nuestra vivienda —dijo Solandia. Ya se habían repetido muchas veces los títulos completos y los parentescos. No creía necesario volver a repetirlos.

—Gracias, Solandia —dijo.

Entonces, Laduni miró a Jondalar.

—Losaduna, El Que Sirve a La Madre en la Caverna del Pozo de Aguas Calientes de los losadunai, éste es Jondalar, Maestro Tallador del Pedernal de la Novena Caverna, Hermano de Joharran, jefe de la Novena Caverna, nacido en el Hogar de Dalanar, jefe y fundador de los lanzadonii.

Ayla nunca había oído antes todos los títulos y parentescos de Jondalar y quedó sorprendida. Aunque no comprendía totalmente el significado, todo eso sonaba muy impresionante. Después que Jondalar repitió la letanía y fue presentado formalmente, les llevaron, por fin, a la gran sala y al espacio ceremonial asignado a Losaduna.

Lobo, que había estado sentado prácticamente cerca de la pierna de Ayla, emitió un breve gañido cuando llegaron a la entrada del espacio destinado a vivienda. Había visto dentro a un niño, pero su reacción asustó a Solandia, que corrió hacia el interior y cogió en brazos al pequeño.

—Tengo cuatro hijos; no sé si ese lobo debería estar aquí —dijo, y el miedo le agudizó la voz—. Micheri ni siquiera anda. ¿Cómo puedo estar segura de que no se arrojará sobre mi pequeño?

—Lobo no hará daño al pequeño —confirmó Ayla—. Creció con niños y los ama. Es más gentil con ellos que con los adultos. No quería arrojarse sobre el niño; lo que pasa es que se siente muy feliz de verlo.

Ayla ordenó a Lobo que se echase, pero el animal no pudo disimular sus prisas al ver a los niños. Solandia miró con cautela al carnívoro. No podía saber si la ansiedad que el animal mostraba venía del placer o del hambre, pero también sentía curiosidad por los visitantes. Uno de los aspectos más gratos de ser la compañera de Losaduna consistía en que se le ofrecía la ventaja de ser la primera en hablar con los escasos visitantes y podía pasar más tiempo con ellos porque generalmente se alojaban en el hogar ceremonial.

—Bien, sí, he dicho que podía quedarse aquí —afirmó.

Ayla entró con Lobo, lo condujo a un rincón apartado y le ordenó que permaneciera allí. Lo acompañó un rato, consciente de que la situación era especialmente difícil para el animal, pero pareció que, por el momento, le satisfacía el mero hecho de mirar a los niños.

Su comportamiento serenó a Solandia, y después de servir a sus invitados una infusión caliente que les reconfortó, presentó a sus hijos y volvió a la tarea de preparar la comida que había comenzado. La presencia del animal pasó a segundo plano. Pero los niños estaban fascinados. Ayla los observó, tratando de mostrarse discreta. Calculó que el mayor de los cuatro, llamado Larogi, era un niño de unos diez años. Había una niña que podía tener siete años y se llamaba Dosalia y otra de

alrededor de cuatro años, Neladia. Aunque el niño aún no sabía andar, eso no limitaba su movilidad. Estaba en esa etapa en que se gatea y era veloz y activo sobre sus cuatro miembros.

Los niños mayores miraban con cautela a Lobo: la mayor de las niñas cogió al más pequeño y lo sostuvo en brazos mientras contemplaba al animal; pero, al cabo de un rato, cuando vio que no sucedía nada, volvió a depositarlo en el suelo. Mientras Jondalar hablaba con Losaduna, Ayla comenzó a distribuir sus cosas. Había ropa de cama para los invitados, y confió en que mientras estuvieran allí, dispondría de tiempo para limpiar las pieles de dormir.

De pronto brotó una cascada de risa infantil. Ayla contuvo la respiración y desvió la mirada hacia el rincón donde había dejado a Lobo. Reinó un absoluto silencio en el resto de la morada mientras todos contemplaban maravillados y temerosos al niño, que se había acercado al rincón y estaba sentado al lado del corpulento lobo, tirándole del pelo. Ayla miró a Solandia, y la vio transfigurada cuando su precioso niño procedió a tocar, empujar y tironear al lobo, que se limitó a mover la cola y parecía complacido.

Finalmente, Ayla se acercó, cogió al niño y se lo devolvió a su madre.

—Tienes razón —dijo asombrada Solandia—, ¡ese lobo ama a los niños! Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, jamás lo habría creído.

No había pasado mucho tiempo cuando el resto de los hijos de Solandia se aproximaron al lobo, que deseaba jugar. Tras un pequeño incidente provocado por una travesura del niño mayor, a la que Lobo respondió sujetando con los dientes las manos del niño y gruñendo, pero sin morder, Ayla explicó que debían tratarlo con respeto. La reacción de Lobo asustó al niño en la medida indispensable para inducirle a moderar sus impulsos. Cuando salieron, todos los niños de la comunidad observaron fascinados a los cuatro hijos de Solandia y al lobo. Los niños de Solandia eran envidiados por su especial privilegio de vivir con el animal.

Antes de que oscureciera, Ayla fue a inspeccionar a los caballos. Cuando salió de la caverna, oyó el saludo de Whinney, y adivinó que su amiga se había sentido un poco inquieta. Cuando Ayla relinchó a su vez, lo que provocó que varios miembros del grupo volviesen la cabeza hacia ella y la miraran sorprendidos, Corredor respondió con un relincho un poco más estrepitoso. Ayla atravesó el campo, cubierto por una densa capa de nieve en las proximidades de la caverna, para prestar un poco de atención a los caballos y asegurarse de que ambos estaban bien. Whinney la vio llegar con la cola levantada, en una actitud alerta y vivaz. Cuando la mujer se aproximó, la yegua inclinó la cabeza, después la elevó bruscamente y describió con el hocico un círculo en el aire. Corredor, igualmente complacido de ver a Ayla, brincó y se elevó sobre las patas traseras.

Para ellos era una situación nueva encontrarse otra vez con tanta gente alrededor, y aquella mujer que les era familiar los reconfortaba. Corredor alzó el cuello e irguió las orejas hacia delante cuando Jondalar apareció en la boca de la caverna y recorrió

la mitad del campo para ir al encuentro del hombre. Después de acariciar, abrazar y hablar a la yegua, Ayla decidió que al día siguiente cardaría a Whinney, por la tranquilidad que eso les daría a los dos.

Encabezados por los cuatro hijos de Solandia, todos los niños se habían reunido y se acercaban a Ayla, a Jondalar y a los caballos. Los fascinantes forasteros dejaron que los niños tocaran o acariciasen a uno u otro de los caballos, y Ayla permitió que unos pocos montaran sobre el lomo de Whinney, una situación que muchos adultos observaron con cierta envidia. Ayla se proponía dejar que cabalgasen los adultos que desearan intentarlo, pero consideró que todavía era demasiado pronto para hacerlo. Los caballos necesitaban descanso y no quería cansarlos excesivamente.

Con palas fabricadas con grandes astas, ella y Jondalar comenzaron a apartar la densa nieve de algunos rodales del pastizal que estaba más cerca de la caverna, con el fin de que los caballos pudieran pacer con más facilidad. Algunos otros se agregaron para agilizar el trabajo. El paleo de la nieve recordó a Jondalar un problema que había estado intentando resolver desde hacía algún tiempo. ¿Cómo encontrarían alimento y forraje, y lo que era más importante, agua potable suficiente para ellos, un lobo y dos caballos mientras cruzaban una extensión congelada de hielo glacial?

Más avanzada la tarde, todos se reunieron en el amplio espacio ceremonial para escuchar el relato de los viajes y las aventuras de Jondalar y Ayla. Los losadunai estaban especialmente interesados en los animales. Solandia ya había comenzado a contar con Lobo para distraer a sus hijos, y la contemplación de las escenas del lobo jugando con ellos distraía también a los adultos. Era difícil creerlo. Ayla no suministró detalles acerca del clan o de la maldición mortal que la había obligado a alejarse, aunque sí aludió a que habían surgido ciertas diferencias.

Los losadunai pensaban que el clan era sencillamente un grupo de personas que vivían a gran distancia, hacia el este, y aunque Ayla intentó explicar que el proceso que permitía que los animales se acostumbrasen a la gente no era nada sobrenatural, nadie la creyó del todo. La idea de que un ser humano podía domesticar a un caballo o un lobo salvaje no era fácilmente aceptable. La mayoría de la gente suponía que el tiempo que Ayla había vivido sola en el valle había sido un período de prueba y abstinencia, al que se sometían muchos que se creían llamados a Servir a la Madre; a los ojos de aquella gente, la conducta de Ayla con los animales garantizaba la validez de su vocación. Si aún no era La Que Servía, se trataba sólo de una cuestión de tiempo.

Pero los losadunai se conmovieron cuando conocieron las dificultades de sus visitantes con Attaroa y los s’armunai.

—No me extraña que hayamos tenido tan escasos visitantes del este durante los últimos años. ¿Y dices que uno de los hombres apresados allí era un losadunai? —preguntó Laduni.

—Sí. Ignoro cuál sería su nombre aquí, pero allí se le llamaba Ardemun —dijo Jondalar—. Se había herido a sí mismo, y estaba tullido. No podía caminar muy bien y ciertamente no estaba en condiciones de huir, de modo que Attaroa le permitía recorrer libremente el campamento. Él fue quien liberó a los hombres.

—Recuerdo un joven que salió en un viaje —intervino una mujer de más edad—. Antes conocía su nombre, pero no puedo recordar, espera un momento…, tenía un apodo…, Ardemun…, Ardi…, no, Mardi. ¿Solía llamarse a sí mismo Mardi?

—¿Te refieres a Menardi? —dijo un hombre. Le recuerdo de las Reuniones de Verano. Le llamaban Mardi y partió para un viaje. De modo que ése fue su destino. Tiene un hermano que se alegrará de saber que está vivo.

—Es bueno saber que ahora se puede viajar de nuevo con seguridad. Habéis tenido suerte de esquivar a esa gente en el camino hacia el este.

—Thonolan tenía prisa por avanzar todo lo posible a lo largo del Río de la Gran Madre. No deseaba detenerse —explicó Jondalar—, de modo que permanecimos de este lado del río. Podemos considerarnos afortunados.

Cuando la asamblea se disolvió, Ayla se alegró porque esa noche podía acostarse en un lugar cálido y seco, sin viento. Se durmió poco después.

Ayla sonrió a Solandia, que estaba sentada junto al fuego amamantando a Micheri. Se había despertado temprano y decidió preparar el desayuno para ella y Jondalar. Buscó con los ojos la pila de madera o estiércol seco, es decir, el combustible que usaban y que generalmente se conservaba cerca; pero sólo vio una pila de piedras pardas.

—Deseo preparar una infusión —dijo—. ¿Qué quemáis? Si me dices dónde está, yo iré a buscarlo.

—No es necesario. Aquí hay mucho —comentó Solandia.

Ayla miró alrededor, y como aún no veía el material combustible para el hogar, pensó que Solandia no la había entendido.

Solandia advirtió la mirada de desconcierto y sonrió. Extendió la mano y cogió una de las piedras pardas.

—Usamos esto, la piedra que arde —dijo.

Ayla recibió la piedra de la mano de Solandia y la examinó atentamente. Vio una peculiar veta de madera; sin embargo, se trataba de piedra, no de madera. Nunca había visto antes nada semejante; era lignito, el carbón pardo, un material intermedio entre la turba y el carbón bituminoso. Jondalar había despertado y se acercó por detrás a Ayla. Ésta le dedicó una sonrisa y después le entregó la piedra.

—Solandia dice que esto es lo que queman en el hogar —afirmó, mientras miraba la mancha que le había dejado en la mano.

Ahora tocó a Jondalar el turno de examinar el objeto y mostrarse extrañado.

—Sí, se parece a la madera, pero es piedra. Aunque no es una piedra dura como el pedernal. Seguramente se quiebra con facilidad.

—Sí —dijo Solandia—. La piedra de quemar se quiebra fácilmente.

—¿De dónde procede? —preguntó Jondalar.

—Del sur, en dirección a las montañas. Allí hay campos enteros. Todavía usamos algo de madera para iniciar el fuego, pero esto arde con más calor y más tiempo que la madera —dijo la mujer.

Ayla y Jondalar se miraron, y una expresión de vivo interés se cruzó entre los dos.

—Conseguiré una —dijo Jondalar. Cuando regresó, Losaduna y el hijo mayor, llamado Larogi, habían despertado—. Vosotros tenéis piedras para quemar, nosotros tenemos una piedra para hacer fuego, una piedra que enciende el fuego.

—¿Y Ayla la descubrió? —dijo Losaduna, más como afirmación que como pregunta.

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó Jondalar.

—Quizá porque él descubrió las piedras que arden —dijo Solandia.

—Se parecían bastante a la madera y pensé que debía probar si ardían. Y lo conseguí —dijo Losaduna.

Jondalar asintió.

—Ayla, ¿por qué no se lo demuestras? —propuso, y entregó a la joven la pirita de hierro y el pedernal junto con la yesca.

Ayla preparó la yesca, después movió en su mano la piedra metálica amarilla, hasta que encontró una posición cómoda y la muesca, adaptada a la pirita de hierro gracias al uso permanente, quedó en la posición adecuada. Después cogió el pedazo de pedernal. Su movimiento era tan diestro que casi nunca necesitaba más de un golpe para obtener una chispa. La yesca recogió la chispa y, con unos pocos soplos de aire, apareció una llamita. Se oyó un suspiro colectivo de los observadores, que habían estado conteniendo la respiración.

—Es sorprendente —dijo Losaduna.

—No más sorprendente que vuestras piedras que arden —añadió Ayla—. Tenemos unas pocas piedras de más. Me gustaría regalarte una para la caverna. Quizá podamos demostrar su uso durante la ceremonia.

—¡Sí! Sería la ocasión perfecta y yo aceptaré de buena gana tu regalo para la caverna —dijo Losaduna—. Pero debemos ofrecerte algo a cambio.

—Laduni ya ha prometido darnos todo lo que necesitemos para atravesar el glaciar y continuar nuestro viaje. Me debe una promesa de futuro, aunque de todos modos me habría suministrado todo lo que necesito. Los lobos encontraron nuestro escondrijo y se apoderaron de nuestros alimentos de viaje —concluyó Jondalar.

—¿Pensáis cruzar el glaciar con los caballos? —preguntó Losaduna.

—Sí, naturalmente —dijo Ayla.

—¿Cómo os las arreglaréis para alimentarlos? Y dos caballos seguramente beben mucho más que dos personas. ¿Qué haréis para conseguir agua cuando todo esté congelado? —preguntó El Que Sirve.

Ayla miró a Jondalar.

—Ya he estado pensando en eso —dijo el hombre—. Quizá pudiéramos llevar un poco de hierba seca en el bote redondo.

—¿Y tal vez quemar piedras? Si es que podéis encontrar un lugar para encender fuego sobre el hielo. No tendréis que preocuparos de que se humedezca y necesitaréis llevar mucho menos peso —dijo Losaduna.

Jondalar adoptó una expresión pensativa; después una sonrisa ancha y feliz le iluminó la cara.

—¡Eso serviría! Podemos guardarlas en el bote redondo, se deslizará sobre el hielo incluso con una carga pesada, y agregar unas pocas piedras más, para que sirvan de base a un hogar. He estado preocupándome tanto tiempo por ese asunto… Losaduna, no sé cómo agradecértelo.

Ayla descubrió por casualidad, cuando alcanzó a escuchar a algunas personas que hablaban de ella, que consideraban que su extraña entonación verbal era un acento mamutoi, aunque Solandia lo creía un defecto secundario del habla. Por mucho que se esforzara, no podía superar la dificultad que tenía con ciertos sonidos; pero la alegraba que nadie más pareciera especialmente preocupado por ese asunto.

Al cabo de unos cuantos días, Ayla llegó a conocer mejor al grupo de losadunai que vivía cerca del pozo de aguas calientes —se denominaba «caverna» al grupo, tanto si ocupaban una como si no—. Le agradaban sobre todo las personas cuya vivienda compartían, es decir, Solandia, Losaduna y los niños, y ahora comprendía cuánto había echado de menos la compañía de personas cordiales que se comportasen normalmente. La mujer hablaba razonablemente bien la lengua del pueblo de Jondalar, a la que agregaba algunas palabras en losadunai; pero ella y Ayla no tenían dificultades para entenderse.

Se sintió incluso más atraída por la compañía de El Que Servía cuando descubrió que tenían un interés común. Aunque supuestamente Losaduna era quien debía saber de plantas, hierbas y medicinas, en realidad era Solandia quien había asimilado la mayor parte de ese conocimiento. Ese estado de cosas recordaba a Ayla la experiencia de Iza y Creb; Solandia trataba las enfermedades de los habitantes de la caverna con una medicina práctica de hierbas, y dejaba a cargo de su compañero el exorcismo de los espíritus y de otras emanaciones nocivas desconocidas. Ayla también estaba intrigada por Losaduna, que demostraba gran interés por las historias, las leyendas, los mitos y el mundo de los espíritus —los aspectos intelectuales cuyo conocimiento a ella le habían prohibido cuando vivía con el clan—, y la joven estaba comenzando a apreciar el caudal de conocimientos que él poseía.

Tan pronto descubrió el sincero interés de Ayla por la Gran Madre Tierra y el mundo inmaterial de los espíritus, su ágil inteligencia y su sorprendente capacidad para memorizar, se mostró muy deseoso de transmitirle el saber. Incluso sin comprenderlos totalmente, Ayla empezó muy pronto a recitar muchos versos de

leyendas e historias, así como el contenido y el orden exactos de los ritos y las ceremonias. Él hablaba con soltura en zelandoni, aunque lo hacía con un fuerte acento losadunai en la expresión y el fraseo, de modo que las lenguas estaban tan próximas una a la otra que la mayor parte del ritmo y el metro de los versos se conservaba, pese a que se perdía parte de la rima. Más fascinantes incluso para ambos eran las diferencias de menor entidad y muchas analogías entre la interpretación de Losaduna y la sabiduría heredada de los mamutoi. Losaduna deseaba conocer las variaciones y las discrepancias, y Ayla comprobó que ella no sólo era un acólito, como le había sucedido con Mamut, sino hasta cierto punto una maestra, que explicaba las costumbres orientales, o por lo menos las que ella conocía.

Jondalar también se sentía muy cómodo con la gente de la caverna recuperando todo lo que había dejado atrás, ahora que tenía a su alrededor tal variedad de individuos. Pasaba mucho tiempo con Laduni y otros cazadores, pero Solandia estaba sorprendida ante el interés que demostraba por sus niños. En efecto, le agradaban los niños, pero lo que le interesaba no era tanto los hijos de Solandia, sino las ocasiones en que podía verla con los niños. Sobre todo cuando amamantaba al más pequeño, Jondalar ansiaba que llegase el momento en que Ayla tuviese un niño, hijo de su espíritu, así lo esperaba, o por lo menos un hijo o una hija de su hogar.

Micheri, el hijo más pequeño de Solandia, suscitaba sentimientos análogos en Ayla, pero ella continuaba preparando todas las mañanas su bebida anticonceptiva especial. Las descripciones del glaciar que aún tenían que cruzar eran tan terribles que Ayla ni siquiera estaba dispuesta a considerar todavía la posibilidad de iniciar un niño con Jondalar.

Si bien se sentía agradecido porque eso no había sucedido mientras viajaban, Jondalar era presa de sentimientos contradictorios. Comenzaba a preocuparse porque la Gran Madre Tierra no se decidía a bendecir a Ayla con el embarazo, y sentía que, por alguna razón, la culpa le correspondía a él. Una tarde expresó su desazón a Losaduna.

—La Madre decidirá cuándo ha llegado el momento —dijo el hombre—. Quizá Ella ha pensado que los viajes que estáis realizando son muy difíciles. De todos modos, ésta puede ser la ocasión de una ceremonia en honor de la Madre. Después podéis pedirle que conceda un hijo a Ayla.

—Tal vez tengas razón —dijo Jondalar—. En todo caso, no será perjudicial —rió con cierto tono despectivo—. Alguien me dijo cierta vez que yo era un favorito de la Madre y que Ella jamás me negaría lo que yo le pidiese. —Ahora arrugó el entrecejo —. Pero el caso es que Thonolan murió.

—¿Realmente Le pediste que no le dejase morir? —preguntó Losaduna.

—Bien, no. Todo fue muy rápido —reconoció Jondalar—. Y aquel león también me maltrató a mí.

—Piensa en ello algunas veces. Trata de recordar si jamás Le pediste algo directamente y si Ella satisfizo o rechazó tu petición. Sea como fuere, hablaré con

Laduni sobre la conveniencia de una ceremonia en honor de la Madre —dijo Losaduna—. Deseo hacer algo porque trato de ayudar a Madenia y una Ceremonia de Honor puede ser precisamente lo que convenga. No quiere abandonar el lecho. Ni siquiera acepta levantarse para escuchar tus relatos y eso que a Madenia le solían gustar mucho las anécdotas acerca de los viajes.

—Sin duda, para ella fue una prueba terrible —dijo Jondalar, estremeciéndose ante la idea.

—Sí, yo confiaba en que a estas horas ya se habría recobrado. Me pregunto si un rito de purificación en el Pozo del Agua Caliente la ayudará —dijo, pero era evidente que no esperaba una respuesta de Jondalar. Su mente ya se había sumido en otros pensamientos, mientras comenzaba a meditar en el rito. De pronto, elevó la mirada—. ¿Sabes dónde está Ayla? Creo que le pediré que se una a nosotros. Puede ayudarnos.

—Losaduna ha estado explicándome y me interesa mucho ese rito que estáis planeando —comentó Ayla—. Pero no me siento tan segura acerca de la Ceremonia para Honrar a la Madre.

—Es una ceremonia importante —dijo Jondalar, frunciendo el entrecejo—. La mayoría de la gente está interesada en ello.

Si ella no se sentía feliz con aquel asunto, Jondalar se preguntaba si el intento daría resultado.

—Quizá si lo conociera mejor, yo diría lo mismo. Tengo mucho que aprender y Losaduna está dispuesto a enseñarme. Me gustaría permanecer aquí algún tiempo.

—Tendremos que partir muy pronto. Si esperamos mucho más, llegará la primavera. Nos quedaremos para asistir a la Ceremonia en Honor de la Madre, y después tendremos que marcharnos —dijo Jondalar.

—Casi deseo permanecer aquí hasta el invierno próximo. Estoy muy cansada de viajar —añadió Ayla. No expresó el pensamiento siguiente, aunque era precisamente el que había estado perturbándola: «Esta gente está dispuesta a aceptarme; ignoro si tu pueblo lo hará».

—Yo también estoy cansado de viajar, pero una vez que atravesemos el glaciar, no está lejos. Nos detendremos para visitar a Dalanar e informarle de que he regresado; después el resto del camino será fácil.

Ayla asintió, manifestando su acuerdo, pero tenía la sensación de que aún les faltaba mucho camino y que decirlo era más fácil que hacerlo.

Capítulo 36

—¿Quieres que haga algo? —preguntó Ayla.

—Todavía no lo sé —respondió Losaduna—. Creo que, en vista de las circunstancias, una mujer debería acompañarnos. Madenia sabe que soy El Que Sirve a la Madre, pero soy hombre, y en este momento rechaza a los hombres. Creo que sería muy útil que hablase del episodio, y, en ocasiones, es más fácil conversar con un forastero que merece sus simpatías. La gente teme que la persona conocida recuerde siempre los secretos profundos que le ha revelado y que, cada vez que vea a esa persona, el encuentro pueda reavivar su sufrimiento y su cólera.

—¿Hay algo que yo deba decir o hacer?

—Tienes una sensibilidad natural y tú misma sabrás a qué atenerte. Además, posees una rara y natural capacidad para las lenguas nuevas. Estoy sinceramente sorprendido de la rapidez con que has aprendido a hablar el losadunai, y te estoy agradecido también en nombre de Madenia —dijo Losaduna.

Ayla se sintió incómoda ante tanto elogio y desvió la mirada. Todo eso no le parecía sorprendente en modo alguno.

—Es muy parecido al zelandoni —dijo.

Losaduna percibió la incomodidad de Ayla, y no insistió en el tema. Ambos volvieron la mirada cuando entró Solandia.

—Todo está dispuesto —confirmó la mujer—. Me llevaré a los niños y prepararé este lugar para ti cuando hayas terminado. ¡Ah!, y eso me recuerda una cosa: Ayla, ¿tienes inconveniente en que me lleve a Lobo? El niño más pequeño se ha apegado mucho al animal, y él los mantiene a todos ocupados. —La mujer sonrió—. ¿Quién hubiera pensado que alguna vez pediría que un lobo viniese a cuidar a mis hijos?

—Creo que será mejor que te acompañe —dijo Ayla—. Madenia no conoce a Lobo.

—Bien, ¿vamos a buscarla? —preguntó Losaduna.

Mientras caminaban juntos hacia la morada de Madenia y su madre, Ayla advirtió que ella era más alta que el hombre y recordó que, al verle la primera vez, había tenido la impresión de que era un individuo pequeño y tímido. La sorprendía cómo había cambiado su opinión sobre Losaduna. Aunque tenía escasa estatura y adoptaba una actitud reservada, su intelecto firme le confería estatura, su tranquila dignidad disimulaba una sensibilidad profunda y una presencia enérgica.

Losaduna rascó el rígido cuero crudo extendido sobre un rectángulo de delgadas varas. La puerta de entrada se abrió hacia fuera y fueron recibidos por una mujer mayor. Frunció el entrecejo cuando vio a Ayla y le dirigió una mirada agria; sin duda estaba incómoda porque la forastera había venido.

La mujer atacó de inmediato, desbordante de acritud y cólera.

—¿Todavía no han encontrado a ese hombre? A ese hombre que me robó a los nietos, antes incluso de que tuviesen oportunidad de nacer.

—Verdegia, que encontremos a Charoli no significa que recuperarás a tus nietos, y ésa no es mi preocupación en este momento. Me interesa Madenia. ¿Cómo está? —dijo Losaduna.

—No quiere abandonar la cama y apenas come. Ni siquiera acepta haber vuelto. Era una niña muy bonita y estaba convirtiéndose en una hermosa mujer. No hubiera tenido dificultad en encontrar compañero, pero Charoli y sus hombres la han destruido.

—¿Por qué crees que está tan mal? —preguntó Ayla.

La mujer mayor miró a Ayla como si fuera estúpida.

—¿Esta mujer no sabe nada? —preguntó Verdegia a Losaduna, y después se volvió hacia Ayla—. Madenia ni siquiera pasó por sus Primeros Ritos. Está mancillada, arruinada. Ahora la Madre jamás la bendecirá.

—No estés tan segura de eso. La Madre no es tan cruel —dijo el hombre—. Conoce las cosas de Sus hijos y ha suministrado los medios, otros modos de ayudarlos. Es posible limpiar y purificar a Madenia, renovarla, de modo que todavía acepte pasar por sus ritos de los Primeros Placeres.

—De nada servirá. Rechaza todo lo que tenga que ver con los hombres, incluso los Primeros Ritos —dijo Verdegia—. Todos mis hijos fueron a vivir con sus compañeras; todas dijeron que no disponíamos de espacio en nuestra caverna para tantas familias nuevas. Madenia es mi última hija, la hija única. Desde que mi hombre murió, he estado esperando que trajera aquí a un compañero, que hubiera cerca un hombre que ayudase a mantener a los niños que ella tuviera, es decir, a mis nietos. Ahora ya no tendré nietos que vivan aquí. Y todo a causa de ese…, de ese hombre —escupió la palabra—, y nadie hace nada al respecto.

—Sabes que Laduni espera tener noticias de Tomasi —dijo Losaduna.

—¡Tomasi! —Verdegia escupió el nombre—. ¿De qué nos sirve ese individuo? Su caverna produjo a ese…, ese hombre.

—Tienes que darles una oportunidad. Pero no necesitamos esperar a que hagan algo para ayudar a Madenia. Después que se vea limpia y renovada, tal vez cambie de actitud con respecto a sus Primeros Ritos. Por lo menos, debemos intentarlo.

—Puedes intentarlo, pero no se levantará —dijo la mujer.

—Tal vez podamos reanimarla —sugirió Losaduna—. ¿Dónde está?

—Allí, detrás de la cortina —dijo Verdegia, señalando un espacio cerrado próximo a la pared de piedra.

Losaduna se acercó al lugar y apartó la cortina, de modo que la luz entró en la alcoba en sombras. La muchacha, sentada en la cama, levantó una mano para evitar el golpe de luz.

—Madenia, levántate ahora —ordenó Losaduna. Su tono era firme pero amable. Ella volvió la cara—. Ayla, ayúdame.

Los dos la obligaron a sentarse y después la ayudaron a ponerse en pie. Madenia no se resistía, pero tampoco cooperaba. Uno a cada lado, la sacaron del espacio

cerrado y salieron de la caverna. Pareció que la jovencita no advertía que el suelo estaba helado y cubierto de nieve, y eso a pesar de que estaba descalza. La llevaron a una amplia tienda cónica que Ayla no había visto antes. Estaba escondida en un lateral de la caverna, separada del resto por rocas y matorrales; del respiradero practicado en el extremo superior salía vapor. En el aire había un fuerte olor a azufre.

Una vez dentro, Losaduna cogió un pedazo de cuero que cubría la abertura y lo ató. Estaban en un pequeño espacio de acceso, separado del resto del interior por pesadas cortinas de cuero, que a Ayla le parecieron de mamut. Aunque la temperatura era muy baja, dentro hacía calor. Se había levantado una tienda de paredes dobles sobre una fuente de aguas termales, que proporcionaba calefacción; pero, a pesar del vapor, las paredes parecían bastante secas. Aunque se formaba un poco de humedad, que se convertía en gotas que descendían por los costados en pendiente hasta el reborde del lienzo que cubría el suelo, la mayor parte de la condensación aparecía sobre la cara exterior de la pared externa, donde el frío de fuera entraba en contacto con el calor y el vapor del ambiente cerrado. El espacio de aire aislante que quedaba entre las dos paredes tenía una temperatura más elevada y mantenía casi seca la pared interior.

Losaduna les ordenó que se desnudasen, y cuando Madenia se negó, el hombre dijo a Ayla que lo hiciera ella. La joven se aferró a sus ropas cuando Ayla intentó quitárselas y miró con los ojos muy abiertos al Que Servía a la Madre.

—Trata de desnudarla, pero si no te lo permite, tráetela vestida —dijo Losaduna, y después se deslizó detrás de la pesada cortina, que dejó escapar un hilo de vapor. Cuando el hombre se retiró, Ayla consiguió despojar de sus prendas a la joven, después se desnudó a toda prisa también ella y condujo a Madenia a la habitación que estaba al otro lado de la cortina.

Las nubes de vapor velaban el espacio interior con una neblina tibia que desdibujaba los perfiles y difuminaba los detalles, pero Ayla alcanzó a ver un estanque revestido de piedras junto a una fuente natural de agua caliente. Un orificio que conectaba los dos espacios estaba obturado con un tapón de madera tallada. En el lado opuesto del estanque, un tronco vaciado, que traía agua fría de un arroyo cercano, había sido elevado de modo que se inclinaba en dirección contraria al estanque, con lo que se evitaba que el flujo entrase en él. Cuando las nubes de vapor se disiparon un momento, vio que el interior de la tienda estaba pintado con imágenes de animales, muchos de ellos preñados, y la mayor parte descoloridos a causa de la condensación del agua; también había misteriosos triángulos, círculos, trapezoides y otras formas geométricas.

Alrededor de los estanques, pero sin llegar a cubrir todo el espacio que los separaba de la pared de la tienda, se habían dispuesto gruesos colchones de lana afelpada de musmón sobre la que cubría el suelo, de modo que los pies reposaban descalzos sobre un piso maravillosamente suave y tibio. El revestimiento estaba marcado por formas y líneas que conducían al lateral izquierdo y menos profundo del

estanque. Podían verse bancos de piedra bajo el agua, contra la pared del lateral derecho, que era más profundo. Cerca del fondo había una plataforma elevada de tierra, que sostenía tres parpadeantes lámparas de piedra —cuencos en forma de plato, llenos de grasa derretida, con una mecha de una sustancia aromática flotando en el centro— que rodeaban una estatuilla de una mujer de proporciones generosas. Ayla la identificó como una figura que representaba a la Gran Madre Tierra.

Un hogar cuidadosamente construido en el interior de un círculo casi perfecto de piedras redondas, prácticamente idénticas por la forma y el tamaño, estaba frente al altar de tierra. Losaduna emergió de la bruma de vapor y tomó una varita que estaba junto a una de las lámparas. Tenía una burbuja de material oscuro en un extremo y él la acercó a la llama. Prendió enseguida y, por el olor, Ayla comprendió que había sido sumergida en brea. Losaduna acercó la varita, protegiendo la llama con la mano, al hogar ya preparado, y al prender la yesca, encendió el fuego. Se desprendió un olor intensamente aromático pero agradable, que disimuló el del azufre.

—Seguidme —dijo. Después, apoyando el pie izquierdo en uno de los acolchados de lana que estaban entre las dos líneas paralelas, comenzó a caminar alrededor del estanque a lo largo de un sendero definido con precisión. Madenia caminó detrás, sin saber dónde ponía los pies ni preocuparse por ello; pero Ayla, que observaba a Losaduna, siguió sus pasos. Realizaron un recorrido completo del estanque y la fuente de agua caliente, pasaron sobre el conducto de agua fría y atravesaron una profunda zanja de desagüe. Cuando inició la segunda vuelta, Losaduna comenzó a cantar en una especie de canturreo invocando a la Madre con nombres y títulos:

«Oh, Duna, Gran Madre Tierra, Proveedora Grande y Benéfica, Gran Madre de Todos, La Original, Primera Madre, La que bendice a todas las mujeres, Madre Muy Compasiva, escucha nuestro ruego».

El hombre repitió varias veces la invocación y todos describieron por segunda vez un círculo alrededor del agua.

Cuando apoyó el pie izquierdo entre las líneas paralelas del primer acolchado, para iniciar el tercer círculo, había llegado a las palabras «Madre Muy Compasiva, escucha nuestro ruego», pero, en lugar de repetirlas, continuó con: «Oh, Duna, Gran Madre Tierra, una de Tus propias hijas fue herida. Una de Tus propias hijas ha sido violada. Una de Tus propias hijas debe ser limpiada y purificada para recibir Tu bendición. Grande y Benéfica Proveedora, una de Tus propias hijas necesita Tu ayuda. Es necesario curarla. Es necesario recobrarla. Renuévala, Gran Madre de Todos, y ayúdala a conocer la alegría de Tus Dones. Ayúdala, Tú la Original, a conocer Tus Ritos de los Primeros Placeres. Ayúdala, Primera Madre, a recibir Tu Bendición. Madre Muy Compasiva, ayuda a Madenia, hija de Verdegia, hija de los losadunai, los Hijos de la Tierra que viven cerca de las altas montañas».

Ayla estaba conmovida y fascinada por las palabras y la ceremonia, y le pareció que advertía señales de interés en Madenia, lo cual le agradó. Después de terminar el tercer circuito, Losaduna las condujo, también ahora con pasos cuidadosamente

dados mientras continuaba su ruego, al altar de tierra, en donde ardían las tres lámparas alrededor de la figurilla de la Madre, es decir, el Dunai. Al lado de otra lámpara había un objeto semejante a un cuchillo, tallado en hueso. Era bastante ancho, de doble filo, con una punta un tanto redondeada. Losaduna lo recogió y después llevó al hogar a las dos mujeres.

Se sentaron alrededor del fuego, frente al estanque, muy juntos, con Madenia en el centro. El hombre agregó a las llamas piedras de quemar, después de retirarlas de una pila cercana. Más tarde, de una alacena que estaba a un lado de la plataforma elevada de tierra, Losaduna tomó un cuenco. Estaba hecho de piedra, y era probable que originalmente tuviera la forma de un cuenco natural, pero se le había ahondado golpeándolo con un martillo duro. El fondo estaba ennegrecido. Llenó el cuenco con agua de un pequeño recipiente que también estaba en el nicho, agregó hojas secas de un canastillo y puso el cuenco de piedra directamente sobre los carbones candentes.

Después, en una zona lisa de tierra fina y seca, rodeada por acolchados de lana, hizo una marca con el cuchillo de hueso. De pronto, Ayla comprendió qué era aquel implemento de hueso. Los mamutoi usaban un instrumento análogo para dejar marcas en la tierra, llevar la cuenta de las cosas y los resultados del juego, planear estrategias de caza; y también, cuando se contaba una historia, para trazar imágenes que ilustraban la narración. Mientras Losaduna continuaba haciendo marcas, Ayla comprendió que usaba el cuchillo para apoyar el relato de una historia, aunque no se trataba de un relato destinado simplemente a entretener. Narró la historia acompañándose del mismo canturreo que había empleado para formular su ruego, dibujando pájaros para destacar y reforzar los puntos que le interesaba recalcar. Ayla se dio muy pronto cuenta de que la historia era una repetición alegórica del ataque a Madenia, empleando pájaros como personajes.

Ahora era evidente que la joven estaba reaccionando y que se identificaba con el pajarillo hembra mencionado por Losaduna; de pronto, con un sollozo estridente, comenzó a llorar. Con el lado liso del cuchillo de dibujar, El Que Servía a la Madre borró toda la escena.

—¡Desapareció! Nunca sucedió —dijo, y después trazó sólo una imagen del pajarillo—. Ahora está de nuevo entera, como era al comienzo. Con la ayuda de la Madre, eso es lo que te sucederá, Madenia. Todo habrá pasado, como si nunca hubiese sucedido.

Un aroma de menta, con una intensidad conocida pero que Ayla no atinaba a identificar, comenzó a difundirse por toda la tienda llena de vapor. Losaduna inspeccionó el agua que se calentaba sobre el carbón y después sacó una taza.

—Bebe esto —dijo.

Madenia se sorprendió, pero antes de que pudiera pensar u oponerse, bebió el líquido. Sacó otra taza para Ayla y, finalmente, una para sí mismo. Después, se puso en pie y las condujo al estanque.

Losaduna entró en el agua humeante con movimientos lentos, pero sin vacilar.

Madenia le siguió y, sin pensarlo, Ayla la imitó. Pero cuando hundió el pie en el agua, lo retiró deprisa. ¡Estaba muy caliente! «Esta agua tiene una temperatura suficiente para cocinar», se dijo para sus adentros. Sólo poniendo en juego toda su voluntad consiguió devolver el pie al agua, pero permaneció así unos minutos, antes de decidirse a dar otro paso. Ayla se había bañado o nadado a menudo en las aguas frías de los ríos, los arroyos y los estanques, incluso en agua tan fría que necesitaba romper una capa de hielo, y también se había lavado con agua calentada al fuego; pero nunca se había sumergido hasta entonces en agua caliente.

Aunque Losaduna las introdujo lentamente en el estanque, para que se fuesen acostumbrando al calor, Ayla necesitó mucho más tiempo para llegar a los asientos de piedra. Pero cuando se sumergió más en el agua, sintió los efectos calmantes del calor. Cuando se sentó y el agua le llegó al mentón, comenzó a aflojar los músculos. Se dijo que no era tan desagradable una vez que uno se acostumbraba. En realidad, el calor hacía bien.

Cuando estuvieron instalados y se acostumbraron al agua, Losaduna indicó a Ayla que contuviese la respiración y metiese la cabeza bajo el agua. Cuando ella emergió, sonriendo, Losaduna dijo a Madenia que hiciera lo mismo. Después, él también se sumergió y salió del estanque con las mujeres.

Losaduna se acercó a la cortina de la entrada y levantó un cuenco de madera que estaba del lado interior. En el cuenco había una sustancia espesa, de color amarillo pálido, que parecía una espuma densa. Depositó el cuenco en un lugar que estaba pavimentado con piedras lisas ajustadas. Introdujo la mano, sacó un puñado de espuma y la pasó sobre su cuerpo; dijo a Ayla que hiciera lo mismo con Madenia y luego con su propio cuerpo, y que no olvidase sus cabellos.

El hombre canturreó sin palabras mientras se frotaba con la sustancia suave y resbaladiza, pero Ayla tuvo la sensación de que su canto no era tanto un rito cuanto una manifestación de placer. Ella se sentía un poco aturdida y se preguntó si sería el resultado del brebaje que habían bebido.

Cuando terminaron y habían usado toda la espuma jabonosa, Losaduna tomó el cuenco de madera, se acercó al estanque y lo llenó con agua; después, regresó al lugar pavimentado con piedras y volcó el agua sobre su cabeza, para quitarse la espuma. Volcó sobre sí mismo otros dos cuencos de agua, y después trajo más y los vertió sobre Madenia y sobre Ayla. El agua corrió lejos del estanque, entre las grietas de las piedras del pavimento. Después, El Que Servía a la Madre las condujo de nuevo al estanque de agua caliente, otra vez cantando sin palabras.

Mientras estaban sentados, se empapaban y casi flotaban en el agua mineralizada, Ayla sintió que se le aflojaban completamente los músculos. El estanque de agua caliente le recordaba los baños de sudor de los mamutoi, pero esto era quizá incluso mejor. Cuando Losaduna llegó a la conclusión de que ya habían tenido suficiente, se inclinó hacia el extremo más profundo del estanque y retiró un tapón de madera. Mientras el agua comenzaba a escaparse por el conducto profundo, el hombre inició

una sucesión de gritos, que por un momento la impresionaron.

—¡Malos espíritus, fuera! Aguas purificadoras de la Madre, borrad todos los rastros del contacto con Charoli y todos sus hombres. Impurezas, escapaos con el agua, abandonad este lugar. Cuando el agua haya salido, Madenia estará limpia y purificada. ¡Los poderes de la Madre la han devuelto al estado anterior!

Todos salieron del agua.

Sin detenerse a recoger las ropas, Losaduna las condujo fuera del recinto. Tenían el cuerpo tan caliente por el agua que el viento frío y el suelo congelado sobre la piel desnuda les parecieron refrescantes. Las pocas personas que estaban fuera los ignoraron o desviaron la mirada al cruzarse con ellos. Con un sentimiento de desagrado, Ayla recordó de pronto otra ocasión en que la gente la miraba directamente, pero se negaba a verla. Mas aquello no era lo mismo que sufrir la maldición del clan. Ella podía adivinar que ahora la gente realmente los veía. Fingían que no era así, más por cortesía que como una maldición. La caminata les aterió rápidamente, y cuando llegaron al refugio ceremonial, agradecieron encontrar mantas secas y suaves para envolverse, y una infusión de menta caliente.

Ayla se miró las manos cerradas alrededor de la taza. ¡Estaban arrugadas, pero absolutamente limpias! Cuando comenzó a peinarse los cabellos con un objeto que tenía varios dientes de hueso, advirtió que crujían cuando les pasaba el peine.

—¿Qué era esa espuma suave y resbaladiza? —preguntó—. Limpia como la raíz jabonosa, pero mucho mejor.

—Solandia la fabrica —dijo Losaduna—. Tiene algo que ver con las cenizas de madera y la grasa, pero tendrás que preguntárselo a ella.

Cuando terminó con sus cabellos, Ayla comenzó a peinar los de Madenia.

—¿Cómo conseguís que el agua esté tan caliente?

El hombre sonrió.

—Es un don de la Madre a los losadunai. En esta región hay varias fuentes de agua caliente. Algunas pueden ser usadas por todos, en cualquier momento, pero otras son más sagradas. Creemos que ésta es el centro, la fuente de la cual derivan las otras, y por eso es la más sagrada de todas. De ahí que esta caverna merezca honras especiales. Y también por eso es tan difícil para una persona salir de aquí; pero nuestra caverna ya tiene muchos habitantes, de modo que un grupo de jóvenes está pensando en la fundación de una nueva caverna. Río abajo, sobre la otra orilla, hay un lugar que les agradaría; pero ése es territorio de los cabezas chatas, o está muy cerca de ellos, de manera que no han decidido lo que van a hacer.

Ayla asintió, sintiendo el cuerpo tan caliente y relajado que no deseaba moverse. Vio que Madenia también estaba más serena, no tan rígida ni tan retraída.

—¡Qué maravilloso don es el agua caliente! —dijo Ayla.

—Es importante que aprendamos a apreciar todos los dones de la Madre —afirmó el hombre—, pero sobre todo su Don del Placer.

Madenia se puso rígida.

—¡Su don es mentira! ¡No es placer, sino dolor! —Era la primera vez que hablaba—. Aunque yo les rogaba, no se detenían. Sólo se reían, ¡y cuando uno terminaba empezaba otro! Yo quería morirme —dijo Madenia, y sollozó.

Ayla se puso en pie, se acercó a la joven y la abrazó.

—¡Era mi primera vez y no querían detenerse! No querían detenerse —gritó varias veces Madenia—. ¡Ningún hombre volverá a tocarme!

—Tienes derecho a estar furiosa. Tienes derecho a llorar. Te hicieron algo terrible. Sé lo que sientes —dijo Ayla.

La joven se apartó.

—¿Cómo sabes lo que siento? —preguntó, desbordando amargura e irritación.

—Una vez fue también un dolor y una humillación para mí —confesó Ayla.

La joven pareció sorprendida, pero Losaduna asintió, como si de pronto comprendiese algo.

—Madenia —dijo Ayla con voz dulce—, cuando yo tenía más o menos la misma edad que tú, e incluso creo que era un poco más joven, pero no mucho después de comenzar mi período lunar, también fui forzada. Era mi primera vez. No sabía que eso estaba destinado al placer. Para mí fue sólo sufrimiento.

—¿Pero fue un solo hombre? —dijo Madenia.

—Un solo hombre, pero después me lo impuso muchas veces, ¡y yo le odiaba! —dijo Ayla, sorprendida de la cólera que aún sentía.

—¿Muchas veces? ¿Incluso después de ser forzada la primera vez? ¿Cómo es posible que nadie se lo impidiese?

—Creían que estaba en su derecho. Pensaron que mi actitud era equivocada cuando sentía tanta cólera y tanto odio, y no entendían por qué sufría. Comencé a preguntarme si en mí había algo que estaba mal. Después de un tiempo, ya no sentí dolor, pero tampoco placer. No lo hacía por darme placer. Lo hacía para humillarme, y yo jamás dejé de aborrecer aquello. Pero… dejé de preocuparme. Sucedió algo maravilloso, y no me importaba lo que él hiciera, yo pensaba en otra cosa, algo que era grato, y le ignoraba. Cuando él no pudo lograr que yo sintiera nada, ni siquiera cólera, creo que se sintió humillado y finalmente me echó. Pero yo no quería que ningún hombre volviese a tocarme.

—¡Ningún hombre volverá a tocarme jamás! —exclamó Madenia.

—Madenia, no todos los hombres son como Charoli y su gente. Algunos se parecen a Jondalar. Él fue quien me enseñó la alegría y el placer del don de la Madre, y te aseguro que es un don maravilloso. Concédete a ti misma la oportunidad de conocer a un hombre como Jondalar, y tú también aprenderás a saborear esa alegría.

Madenia meneó la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡Es terrible!

—Sé que fue terrible. Incluso es posible abusar de los mejores dones y convertir el bien en mal. Pero un día querrás ser madre y nunca serás madre, Madenia, si no compartes con un hombre el don de la Madre —dijo Ayla.

Madenia lloraba; tenía la cara húmeda de lágrimas.

—No digas eso. No deseo escucharlo.

—Sé que no lo deseas, pero es la verdad. No permitas que Charoli destruya lo bueno que hay en ti. No permitas que te arrebaten tu posibilidad de ser madre. Realiza tus Primeros Ritos y así podrás saber que no es necesario que sea tan terrible. Yo finalmente lo supe, aunque no hubo una asamblea ni una ceremonia para celebrarlo. La Madre encontró el modo de darme esa alegría. Me envió a Jondalar. Madenia, el don es algo más que los placeres; es mucho más, si se comparte con delicadeza y amor. Si el dolor que yo sufrí la primera vez fue el precio que tuve que pagar, de buena gana lo pagaría muchas veces por el amor que he conocido. Has sufrido tanto que quizá la Madre también te dé a ti algo especial, si Le concedes una oportunidad. Piénsalo, Madenia. No digas que no antes de haberlo pensado.

Ayla despertó sintiéndose más descansada y renovada de lo que le había sucedido nunca. Sonrió perezosamente y extendió la mano hacia Jondalar, pero él ya se había levantado y había salido. Sintió una punzada de decepción; después recordó que él la había despertado para comunicarle que saldría a cazar con Laduni y algunos de los cazadores y para preguntarle de nuevo si deseaba ir con ellos. Ella había rechazado el mismo ofrecimiento que le habían hecho la noche anterior, porque tenía otros planes para la jornada y se había quedado en la cama gozando del raro lujo de arrebujarse bajo las pieles cálidas.

Ahora decidió levantarse. Se estiró y se pasó las manos por los cabellos, complacida con su sedosa suavidad. Solandia había prometido explicarle cómo preparar la sustancia espumosa que la había hecho sentirse tan limpia y había dejado tan suaves sus cabellos.

El desayuno estuvo constituido por el mismo alimento que habían consumido desde la llegada, un caldo con trozos de pescado de agua dulce seco, capturado durante un período anterior del año en las aguas del Río de la Gran Madre.

Jondalar le había explicado que la caverna estaba escasa de provisiones y que por eso saldría a cazar, a pesar de que lo que la gente más ansiaba no era la carne o el pescado. No pasaban hambre, tampoco carecían de comida —tenían suficiente para sus necesidades—, pero estaban tan próximos al término del invierno que la variedad era limitada. Todos estaban cansados de la carne del pescado seco. Hasta la carne fresca supondría un cambio, aunque no totalmente satisfactorio. Deseaban los productos verdes, los brotes de las plantas y los frutos nuevos, los primeros productos de la primavera. Ayla había realizado una incursión por la zona que se extendía alrededor de la caverna, pero los losadunai habían estado fuera durante toda la estación y lo habían dejado limpio. Aún conservaban una provisión razonable de grasa, lo que les permitía obviar la necesidad de proteínas y les suministraba calorías suficientes para mantenerlos saludables, aunque generalmente se agregaba a las sopas preparadas para las comidas siguientes del día.

El festín que sería parte de la Ceremonia de la Madre, al día siguiente, tendría

proporciones bastante limitadas. Ayla ya había decidido aportar sus últimas reservas de sal y otras hierbas para condimentar y acentuar el sabor, así como también valiosos nutrientes: las vitaminas y los minerales que el cuerpo de aquella gente necesitaba y que era la causa principal del ansia general. Solandia le había mostrado la pequeña provisión de bebidas fermentadas, en su mayor parte cerveza de alerce, que, según decía, darían a la ocasión un carácter festivo.

La mujer también se proponía usar parte de la grasa almacenada para confeccionar una nueva tanda de sopa. Cuando Ayla expresó su preocupación ante la perspectiva de que estuvieran utilizando alimentos necesarios, Solandia dijo que a Losaduna le gustaba emplearlos en las ceremonias y afirmó, además, que su provisión de jabón estaba casi agotada. Mientras la mujer mayor cuidaba de sus niños y lo preparaba todo, Ayla salió con Lobo para inspeccionar a Whinney y a Corredor y pasar un rato con ellos.

Solandia se acercó a la gran abertura de la cueva para decir a Ayla que estaba lista, pero permaneció allí un momento y observó a la visitante. Ayla acababa de regresar de un galope a través del campo y reía y jugaba con los animales. Por el comportamiento de Ayla hacia ellos, Solandia llegó a la conclusión de que los animales eran como los hijos de la joven.

Algunos de los niños de la caverna también estaban mirando; entre ellos había un par de hijos de Solandia. Gritaban y llamaban a Lobo, que miraba a Ayla, sin duda deseoso de unirse a los pequeños, pero esperando su aprobación. Ayla vio a la mujer en la entrada de la caverna y se acercó deprisa a Solandia.

—Confiaba en que Lobo podría entretener al más pequeño —dijo Solandia—. Verdegia y Madenia vendrán a ayudarnos, pero el proceso necesita mucha concentración.

—¡Oh, madre! —exclamó Dosalia, la hija mayor. Era una de las que había intentado atraer al lobo—. El niño siempre está deseando jugar con él.

—Bien, si quieres ocuparte tú de cuidar al pequeño…

La niña frunció el entrecejo y después sonrió.

—¿Podemos traerlo aquí? No hay viento y yo le abrigaré bien.

—Imagino que puedes hacerlo —consintió Solandia.

Ayla miró al lobo, que la observaba expectante.

—Lobo, cuida al pequeño —dijo. Él gimió, lo que, al parecer, era su respuesta.

—Tengo una porción de buena grasa de mamut, que derretí en el otoño —dijo Solandia, mientras se acercaba al espacio cerrado de su morada—. Tuvimos suerte cazando al mamut el año pasado. Por eso todavía tenemos mucha grasa, y eso es bueno. El invierno habría sido duro sin ella. He comenzado a derretir la grasa. —Llegaron a la entrada en el momento mismo en que los niños salían, trayendo con ellos al más pequeño—. No perdáis el mitón de Micheri —les gritó Solandia.

Verdegia y Madenia ya estaban dentro.

—He traído un poco de ceniza —dijo Verdegia. Madenia se limitó a esbozar una

sonrisa un tanto vacilante.

Solandia se sintió complacida de verla dispuesta a abandonar la cama y a alternar de nuevo con la gente. No sabía qué habían hecho en la fuente de aguas calientes, pero presumía que había dado buenos resultados.

—Madenia, he puesto algunas piedras de cocinar en el fuego, para preparar una infusión. ¿Quieres ocuparte de eso? —preguntó—. Después usaré el resto para recalentar el agua que permitirá derretir la grasa.

—¿Dónde quieres que deje estas cenizas? —preguntó Verdegia.

—Puedes mezclarlas con las mías. Ya he comenzado a hacer la colada, pero no hace mucho.

—Losaduna me dijo que usas grasa y ceniza —comentó Ayla.

—Y agua —agregó Solandia.

—Parece una combinación extraña.

—Sí, así es.

—¿Qué te inclinó a mezclar esas cosas? Es decir, ¿cómo llegaste a descubrirlo la primera vez?

Solandia sonrió.

—En realidad, fue una casualidad. Habíamos estado cazando. Yo había encendido un fuego fuera, en un pozo profundo, y sobre él se asaba algo de carne gorda de mamut. Comenzó a llover con mucha fuerza. Tomé la carne y el asador y traté de protegerme. Apenas amainó, volvimos aquí, a la caverna, pero me olvidé de traer un cuenco de madera apropiado para cocinar y vine a buscarlo al día siguiente. El pozo del fuego estaba lleno de agua; en el líquido flotaba algo que parecía una espuma espesa. Nunca me habría preocupado de mirarla, pero una cuchara cayó en el líquido y tuve que meter la mano para retirarla. Fui al arroyo para enjuagármela. La sentí suave y resbaladiza, como sucede con las buenas raíces jabonosas, pero era algo mejor, ¡y mis manos estaban tan limpias! También la cuchara. Toda la grasa desapareció. Volví y puse la espuma en el cuenco y me la llevé.

—¿Es tan fácil obtenerla? —preguntó Ayla.

—No. En realidad, no es fácil. No se trata de que sea muy difícil, pero, en efecto, se requiere cierta práctica —dijo Solandia—. La primera vez fue cuestión de suerte. Sin duda, todo estuvo en su justa medida. Después, seguí trabajando en el asunto, pero a veces todavía falla.

—¿Cómo lo haces? Seguramente has hallado ciertas fórmulas que son eficaces la mayoría de las veces.

—No es difícil explicarlo. Mezclo grasa derretida limpia; cualquier clase de grasa sirve, pero cada una cambia un poco el resultado. Prefiero sobre todo la grasa de mamut. Después, tomo una porción de cenizas de madera, las mezclo con agua caliente y dejo que se empapen un rato. Más tarde, las paso por un cedazo o un canasto con agujeros en el fondo. La mezcla de esa colada es fuerte. Comprobé que puede quemarte o lastimarte la piel. Tienes que lavarte inmediatamente. De todos

modos, tienes que agitar esa mezcla fuerte en la grasa. Con un poco de suerte, el resultado es una espuma suave, que limpia todo, incluso el cuero.

—Pero no siempre tienes suerte —dijo Verdegia.

—No. Muchas cosas pueden salir mal. A veces revuelves y revuelves, y no se mezcla. Cuando sucede eso, calentar un poco la mezcla puede facilitar las cosas. En otras ocasiones, los ingredientes se disgregan y puede resultar una capa demasiado fuerte y otra demasiado grasienta. Otras veces, forma grumos que no terminan de mezclarse. En ciertos casos, obtener un resultado satisfactorio es más difícil que en otros, pero el producto no es malo. Sea como fuere, tiende a endurecerse a medida que pasa el tiempo.

—Pero a veces consigues lo que quieres, como la primera vez —insistió Ayla.

—Una cosa que aprendí es que tanto la grasa como el líquido de las cenizas deben tener más o menos la misma temperatura que la piel de tu muñeca —dijo Solandia—. Cuando te salpicas un poco, no debes sentirla fría o caliente. El líquido del fresno es más difícil, porque es fuerte y puede quemar un poco; en ese caso, tienes que lavarte inmediatamente con agua fría. Si quema demasiado, sabes que necesitas agregar más agua. Generalmente no quema en exceso, pero no quisiera que me tocase los ojos. Puede arder incluso si te acercas demasiado a los vapores.

—¡Y puede oler mal! —destacó Madenia.

—Es cierto —dijo Solandia—. Puede oler. Por eso generalmente me acerco al centro de la caverna para mezclarlo, a pesar de que tengo aquí todo lo necesario para la mezcla.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Ven enseguida!

Neladia, la segunda hija de Solandia, entró deprisa y después volvió a salir corriendo.

—¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo al niño? —preguntó la mujer, abalanzándose en pos de su hija. Todos los demás la siguieron y salieron a la boca de la caverna.

—¡Mira! —dijo Dosalia. Todos miraron hacia fuera—. ¡El niño está caminando!

Era Micheri, de pie al lado del lobo, colgado del pelaje del animal, con una amplia sonrisa de satisfacción, dando pasos inseguros mientras Lobo se adelantaba lentamente y con mucho cuidado. Todos sonrieron aliviados y también complacidos.

—¿Este lobo sonríe? —preguntó Solandia—. Yo diría que sí. Parece tan complacido consigo mismo que sonríe.

—Yo pienso lo mismo —dijo Ayla—. A menudo he pensado que podía sonreír.

—No es sólo con fines ceremoniales, Ayla —decía Losaduna—. A menudo usamos las aguas calientes sólo para bañarnos. Si quieres que Jondalar las use para relajarse, no tenemos nada que oponer. Las Aguas Sagradas de la Madre son como Sus restantes dones para Sus hijos. Su destino es ser usadas, aprovechadas y apreciadas. Del mismo modo que es necesario apreciar esta infusión que has preparado —agregó,

sosteniendo en alto la taza.

Casi todos los habitantes de la caverna, es decir, los que no habían salido de caza, estaban sentados alrededor de un hogar, en el sector central abierto de la caverna. La mayor parte de las comidas eran muy informales, salvo en las ocasiones especiales. A veces, la gente comía por separado, en grupos familiares, y otras lo hacía con los demás. En estas ocasiones, los que habían permanecido en la caverna habían esperado para consumir juntos una comida de mediodía; la razón principal era que todos estaban interesados en los visitantes. La comida consistía en una sustanciosa sopa de carne magra y seca de ciervo, enriquecida con grasa de mamut, que la convertía en un plato nutritivo y bastante satisfactorio. Todos estaban concluyendo la comida con la infusión que Ayla había preparado y todos habían comentado que tenía muy buen sabor.

—Cuando regresen, quizá usemos el estanque. Creo que a él le agradaría un baño caliente y yo desearía compartirlo con Jondalar —dijo Ayla.

—Será mejor que le adviertas, Losaduna —dijo una mujer, con una sonrisa de complicidad. La habían presentado diciendo que era la compañera de Laduni.

—¿Que me advierta de qué, Laronia? —preguntó Ayla.

—A veces uno tiene que elegir entre los dones de la Madre.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que las Aguas Sagradas pueden relajar demasiado —dijo Solandia.

—Todavía no entiendo —insistió Ayla, frunciendo el entrecejo. Sabía que todos estaban hablando del tema y que en todo aquello había implícito cierto ingrediente de picardía.

—Si llevas a Jondalar a tomar un baño caliente, debilitará la fuerza de su virilidad —dijo Verdegia, más directa que los otros—, y es posible que pase un par de horas antes de que pueda recuperar toda su fuerza. De modo que no esperes demasiado de él después de un baño, por lo menos inmediatamente. Algunos hombres no se sumergen en las Aguas Sagradas de la Madre precisamente por esa razón. Temen que su virilidad se agote en las Aguas Sagradas y nunca la recuperen.

—¿Es eso posible? —preguntó Ayla, mirando a Losaduna.

—No lo he visto nunca, ni he oído que eso suceda —dijo el hombre—. En todo caso, yo diría que es cierto lo contrario. Al cabo de un tiempo, un hombre se muestra más interesado; pero creo que eso es así porque está relajado y experimenta una sensación de bienestar.

—En efecto, me sentí muy bien después del baño caliente y dormí profundamente, pero creo que en eso influyó algo más que el agua —dijo Ayla—. ¿Quizá la taza de hierbas?

El hombre sonrió.

—Eso fue un rito importante. En una ceremonia siempre hay otras cosas.

—Bien, estoy dispuesta a volver a las Aguas Sagradas, pero creo que esperaré a Jondalar. ¿Creéis que los cazadores volverán pronto?

—Estoy segura de que así será —dijo Laronia—. Laduni sabe que es necesario hacer ciertas cosas antes del Festival de la Madre que celebraremos mañana. No creo que hubieran debido salir hoy, pero él deseaba ver cómo funciona el arma que Jondalar usa para cazar a gran distancia. ¿Cómo lo llama?

—Es un lanzavenablos y funciona muy bien —respondió Ayla—, pero, como sucede con estas cosas, requiere práctica. Y hemos practicado mucho durante este viaje.

—¿Usas su lanzavenablos? —preguntó Madenia.

—Tengo el mío —dijo Ayla—. Siempre me gustó cazar.

—¿Por qué no has ido con ellos? —preguntó la joven.

—Porque deseaba aprender a fabricar esa sustancia que limpia. Y, además, necesito limpiar y reparar algunas prendas —dijo Ayla, poniéndose en pie y caminando hacia la tienda ceremonial. De pronto, se detuvo—. Yo también desearía mostraros algo —dijo—. ¿Alguien sabe lo que es un pasahílos? —Advirtió miradas desconcertadas y cabezas que negaban—. Si esperáis aquí un momento, traeré el mío y os lo mostraré.

Ayla regresó del espacio que ella ocupaba con sus instrumentos de costura y algunas prendas que deseaba arreglar. Cuando todos se reunieron alrededor para ver otra de las cosas sorprendentes traídas por los viajeros, eligió entre ellas un pequeño cilindro —provenía de la pata hueca y liviana de un pájaro— y de él retiró dos agujas de marfil. Entregó una a Solandia.

La mujer examinó muy atentamente aquella asta en miniatura y muy lustrosa. Por un extremo terminaba en una punta afilada, parecida a un punzón. El otro extremo era un poco más grueso, y por extraño que pareciera, tenía un orificio muy pequeño que pasaba de un lado a otro. Se quedó pensativa y de pronto tuvo una sospecha acerca de su aplicación.

—¿Has dicho que esto es un pasahílos? —dijo, entregándoselo a Laronia.

—Sí. Te mostraré cómo se usa —indicó Ayla, separando un delgado trozo de tendón de un manojo más espeso y fibroso. Humedeció el extremo y lo alisó de modo que formase una punta; después esperó a que se secara. El hilo de tendón se endureció levemente y mantuvo su forma. Lo pasó por el orificio del extremo de la minúscula asta de marfil y después lo dejó momentáneamente a un lado. Acto seguido, cogió un pequeño instrumento de pedernal que tenía una punta afilada y empezó a perforar orificios cerca de los bordes de una prenda cuyas puntadas se habían desprendido a lo largo de la costura; algunas incluso habían desgarrado el cuero. Los nuevos orificios estaban a muy corta distancia de los anteriores.

Después de perforar los orificios para la nueva costura, Ayla se dispuso a demostrar la utilidad del nuevo implemento. Pasó la punta de la aguja de marfil por los orificios del cuero, y aferrando el pequeño instrumento, tiró para arrastrar el hilo, lo que concluyó con un elegante gesto.

—¡Ah! —La gente que estaba sentada cerca, y sobre todo las mujeres, emitieron

un suspiro colectivo—. ¡Mirad eso!, no necesitó tirar del hilo, lo pasó directamente. ¿Puedo probarlo?

Ayla pasó la prenda a las mujeres y les permitió experimentar, al mismo tiempo que se lo explicaba y se lo mostraba, comentándoles cómo había concebido la idea y de qué modo todos los miembros del Campamento del León la habían ayudado a darle forma y eficacia.

—Éste es un punzón muy bueno —comentó Solandia, que estaba examinándolo de cerca.

—Lo fabricó Wymez, del Campamento del León. Él también fabricó el punzón para perforar el orificio por donde pasa el hilo —dijo Ayla.

—Sin duda es muy difícil fabricar este instrumento —dijo Losaduna.

—Jondalar afirma que Wymez es el único tallador de pedernal a quien él ha conocido tan bueno como Dalanar, y quizá un poco mejor.

—Es un gran elogio viniendo de él —añadió Losaduna—. Todos saben que Dalanar es el gran maestro del trabajo de la piedra. Su habilidad es conocida incluso en este lado del glaciar, entre los losadunai.

—Pero Wymez es también un maestro.

Todos se volvieron sorprendidos al oír la voz que acababa de hablar; vieron a Jondalar, a Laduni y a varios más que entraban en la caverna, trayendo un íbice que acababan de cazar.

—¡Habéis tenido suerte! —dijo Verdegia—. Y si nadie se opone, quisiera la piel. Estaba necesitando un poco de lana de íbice para reparar la ropa de cama destinada a la Ceremonia Matrimonial de Madenia. —Verdegia deseaba formular su petición antes que nadie.

—¡Madre! —dijo Madenia, avergonzada—. ¿Cómo puedes hablar de una Ceremonia Matrimonial?

—Madenia debe pasar por los Primeros Ritos antes de pensar en una Ceremonia Matrimonial —dijo Losaduna.

—Por lo que a mí respecta, puede llevarse la piel —dijo Laronia—, y no me importa para qué la va a usar.

Laronia sabía que había cierta dosis de avaricia en la solicitud de Verdegia. No era frecuente que lograran cazar a la esquiva cabra salvaje; su lana escaseaba y, por eso mismo, era valiosa, sobre todo a finales del invierno, después de toda una estación durante la cual había aumentado su espesor y densidad, pero antes de que la muda de primavera le confiriese un aspecto deslucido.

—Tampoco a mí me interesa. Verdegia puede quedarse con la piel —dijo Solandia—. La carne fresca de íbice será, en cambio, bienvenida, no importa quién se quede con la piel, y será especialmente agradable consumirla en el Festival de la Madre.

Otros varios asintieron y nadie se opuso. Verdegia sonrió y trató de no exteriorizar su satisfacción. Al adelantarse a formular su petición, se había asegurado

la posesión de la valiosa piel, que era precisamente lo que deseaba.

—La carne fresca de íbice será más sabrosa con las cebollas secas que he traído, y, además, también tengo arándanos.

De nuevo todos volvieron la mirada hacia la entrada de la caverna. Ayla vio a una joven, a quien no conocía, con un niño en brazos; llevaba de la mano a una niña pequeña y la seguía un joven.

—¡Filonia! —dijeron a coro varias personas.

Laronia y Laduni corrieron hacia ella, acompañados por el resto de la caverna. Sin duda, la joven no era allí una extraña. Después de festivos abrazos de salutación, Laronia se encargó del niño y Laduni alzó en brazos a la pequeña, que había corrido hacia él, y la sentó sobre sus hombros. La niña miró a todos con una sonrisa complacida.

Jondalar estaba al lado de Ayla, sonriendo ante la feliz escena.

—¡Esta niña podría ser mi hermana! —dijo.

—Filonia, mira quién está aquí —dijo Laduni, acercando a la joven.

—¿Jondalar? ¿Eres tú? —preguntó, mirándole con emocionada sorpresa—. No creí que regresaras jamás. ¿Dónde está Thonolan? ¡Es alguien a quien desearía ver!

—Lo siento, Filonia. Ahora camina por el otro mundo —dijo Jondalar.

—¡Oh! Lo siento mucho. Deseaba que conociera a Thonolia. Estoy segura de que es la hija de su espíritu.

—Yo también estoy seguro. Se parece mucho a mi hermana, y ambos nacieron en el mismo hogar. Ojalá mi madre pudiera verla, pero creo que, de todos modos, le encantará saber que queda algo de Thonolan en este mundo, que queda un hijo de su espíritu —dijo Jondalar.

—Pero no has regresado solo —indicó.

—No, no ha regresado solo —confirmó Laduni—, y espera a conocer a algunos de sus restantes compañeros de viaje. No te lo vas a creer.

—Además, has llegado en el momento más oportuno. Mañana celebraremos un Festival de la Madre —dijo Laronia.

Capítulo 37

Los habitantes de la Caverna de las Sagradas Fuentes de Aguas Calientes esperaban con mucho entusiasmo el Festival para Honrar a la Madre. En medio del invierno, cuando la vida generalmente era más gris y aburrida, Ayla y Jondalar habían llegado y habían provocado la suficiente conmoción como para mantener estimulada durante mucho tiempo a la caverna; y contando con las inevitables anécdotas que serían el resultado de la visita, el interés se mantendría durante varios años. En el momento en que aparecieron cabalgando sobre el lomo de los caballos y seguidos por el Lobo que amaba a los niños, todos se habían formulado muchísimos interrogantes. Podían contar interesantísimas historias acerca de su viaje, y eran portadores de ideas nuevas y sugestivas; traían consigo artefactos fascinantes como los lanzavenablos y los pasahílos, y se los mostraban a todos.

Ahora todos hablaban acerca de cierta magia que la mujer les revelaría durante la ceremonia; era algo relacionado con el fuego, semejante a las piedras para quemar que ellos usaban. Losaduna había mencionado el asunto mientras tomaban la comida de la tarde. Los visitantes habían prometido ofrecer una demostración del lanzavenablos en el campo que se extendía frente a la caverna, con el propósito de que todos pudiesen apreciar sus posibilidades; Ayla se proponía demostrar lo que podía hacerse con una honda. Pero ni siquiera las exhibiciones prometidas avivaban la curiosidad de la gente tanto como el misterio relacionado con el fuego.

Ayla descubrió que ser constantemente el centro de la atención podía resultar tan agotador, aunque de un modo distinto, como viajar constantemente. A lo largo de la tarde la gente la había acribillado a preguntas y pedido su opinión y sus ideas con relación a temas acerca de los cuales carecía de conocimientos. Cuando el sol comenzó a ponerse, estaba fatigada y no deseaba continuar hablando. Poco después de oscurecer, se retiró de la reunión alrededor del fuego, en el sector central de la caverna, para ir a acostarse. Lobo la acompañó y Jondalar la siguió poco después, dejando a la caverna en libertad de chismorrear y hacer conjeturas en ausencia de los dos viajeros.

En el lugar para dormir que les habían asignado en un sector del espacio ceremonial y de vivienda de Losaduna, realizaron algunos preparativos con vistas al día siguiente; después se deslizaron bajo las pieles. Jondalar la abrazó y contempló la posibilidad de esbozar los gestos iniciales que a los ojos de Ayla eran la «señal» que él emitía cuando deseaba que ambos se unieran; pero Ayla parecía nerviosa e irritable, y él, por su parte, deseaba ahorrar fuerzas. Uno nunca sabía lo que podía esperarle en un Festival de la Madre; Losaduna había sugerido que podía ser un acierto moderarse y esperar para honrar a la Madre hasta que pasara el rito especial que habían proyectado.

Jondalar había hablado con El Que Servía a la Madre acerca de sus inquietudes respecto de su capacidad para tener hijos nacidos en su propio hogar y sobre la

posibilidad de que la Gran Madre considerase que su espíritu era aceptable para crear una nueva vida. Habían llegado a la conclusión de que era conveniente un rito privado antes del festival para solicitar directamente la ayuda de la Madre.

Ayla permaneció despierta mucho después de oír la respiración más pesada del hombre que estaba a su lado en el suelo; se sentía fatigada, pero no conseguía dormir. Cambiaba de posición con frecuencia, evitando molestar a Jondalar con sus movimientos inquietos. Aunque dormitaba, no lograba conciliar el sueño profundo y sus pensamientos adoptaban formas extrañas mientras vacilaba entre las imágenes de la vigilia y los sueños caprichosos…

El prado mostraba su verdor reciente, con los lujuriosos brotes nuevos de la primavera, realzados por los diferentes matices de las flores coloridas. A lo lejos, el frente de color blanco marfil de una pared de roca, perforada por cavernas y surcada por hilos negros que se elevaban y rodeaban los salientes de los grandes riscos, casi relucía bañado por la luz que se derramaba desde el cielo azul alto y diáfano. La luz del sol reflejada relucía desde el río y corría a lo largo de la base, acercándose a veces y otras alejándose, y en general dibujando los contornos de la muralla sin seguirlos exactamente.

En un punto medio del campo que se extendía formando un terreno llano, lejos del río, un hombre estaba de pie y la miraba. Era un hombre del clan. De pronto, se volvió y caminó hacia el risco, apoyado en un báculo y arrastrando un pie, aunque avanzaba a buen paso. A pesar de que el hombre no dijo ni sugirió una palabra, Ayla sabía que deseaba que le siguiese. Caminó deprisa en pos del hombre, y cuando estuvieron a la par, él la miró con su único ojo bueno. Era un ojo de líquido marrón oscuro, colmado de compasión y poder. Ella sabía que su capa de piel de oso cubría el muñón de un brazo que le habían amputado a la altura del codo cuando era niño. Su abuela, una hechicera de mucha reputación, había cortado el miembro inútil y paralizado cuando sobrevino la gangrena, después de ser destrozado por un oso de las cavernas. Creb había perdido el ojo en el mismo episodio.

Cuando se aproximaron a la muralla de roca, ella vio una extraña formación cerca de la cumbre del risco saliente. Un peñasco alargado, más o menos chato, en forma de columna, más oscuro que el entorno cremoso de piedra caliza que lo sustentaba, se inclinaba sobre el borde, como si se hubiese detenido en ese sitio en el momento mismo de comenzar a desplomarse. La piedra no sólo producía la impresión de que se caería de un momento a otro, lo cual la inquietaba, sino que ella sabía al respecto algo que era importante; algo que debía recordar, algo que ella había hecho, o debía hacer, o no debía hacer.

Cerró los ojos, tratando de recordar. Vio la oscuridad, una oscuridad espesa, aterciopelada y palpable, tan absolutamente desprovista de luz como

sólo puede hallarse en una caverna que se interna en la montaña. Un tenue parpadeo apareció en la distancia; ella avanzó a tientas en un estrecho pasaje, en dirección a la luz. Cuando se aproximó, vio a Creb con otros mog-ures, y de pronto experimentó un intenso temor. No deseaba ese recuerdo y se apresuró a abrir los ojos.

Y se encontró en la orilla del pequeño río que seguía su curso serpenteante a lo largo de la base de la muralla. Miró más allá del agua y vio que Creb ascendía por un sendero, en dirección a la formación de piedra que estaba a punto de caer. Ayla se había retrasado y ahora no sabía cómo cruzar el río para alcanzarle. Le llamó: «Creb, lo siento. No fue mi intención seguirte hasta el interior de la caverna».

Él se volvió y repitió las señas, dando a entender que había mucha urgencia. «Deprisa», dijo con señas desde el lado opuesto del río, que ahora era más ancho, más profundo, y estaba cubierto de hielo. «¡No esperes más! ¡Deprisa!».

El hielo se extendía y alejaba a Creb. «¡Espérame! ¡Creb, no me dejes aquí!», exclamó Ayla.

—¡Ayla! ¡Ayla, despierta! De nuevo estás soñando —dijo Jondalar, moviéndola suavemente.

Ella abrió los ojos y experimentó una profunda sensación de pérdida y un temor extrañamente intenso. Vio las paredes cubiertas de cuero de la vivienda y un resplandor rojizo proveniente del hogar, y miró la silueta envuelta en sombras del hombre que estaba a su lado. Extendió la mano y le cogió.

—¡Jondalar, tenemos que darnos prisa! Tenemos que partir inmediatamente de aquí —pidió.

—Lo haremos —dijo—. Tan pronto como podamos. Pero mañana es el Festival de la Madre y después tendremos que decidir lo que necesitamos para cruzar el hielo.

—¡El hielo! —gritó Ayla—. ¡Tenemos que cruzar un río de hielo!

—Sí, lo sé —dijo Jondalar, sosteniéndola y tratando de calmarla—. Pero necesitamos planear cómo lo podremos hacer con los caballos y Lobo. Necesitaremos alimento y descubrir el modo de conseguir agua para todos. Allí arriba el hielo es una masa permanente sólida.

—Creb dijo que nos diéramos prisa. ¡Tenemos que partir!

—Ayla, en cuanto podamos. Te lo prometo, en cuanto podamos —dijo Jondalar, sintiendo una punzada de inquietud. Sí, necesitaban partir y atravesar el glaciar cuanto antes, pero no podían irse antes del Festival de la Madre.

Aunque contribuyó poco a entibiar el aire helado, el sol del final de la tarde se filtró a través de las ramas de los árboles, que descomponían los rayos, pero no impedían el

paso de la luz cegadora que venía del oeste. Hacia el este, los picos de las montañas cubiertas de hielo, que reflejaban el globo brillante que se hundía entre impresionantes nubes, estaban envueltos en un suave resplandor rosado que parecía surgir del interior del hielo. La luz desaparecería pronto, pero Jondalar y Ayla estaban todavía en el campo, frente a la caverna, aunque el propio Jondalar observaba al mismo tiempo que los demás.

Ayla respiró hondo y contuvo el aire, pues no quería estropear su visión con la niebla vaporosa de su aliento mientras apuntaba cuidadosamente. Movió las dos piedras que tenía en la mano; después puso una en la honda, echó hacia atrás la mano que sostenía la piedra y disparó soltando un extremo. Después, partiendo del extremo que aún sostenía, deslizó deprisa la mano para recuperar el extremo suelto, puso la segunda piedra en la honda, echó otra vez la mano hacia atrás y disparó. Podía disparar dos piedras con más velocidad de la que nadie había conseguido jamás.

—¡Ah! ¡Mirad eso! —Las personas que habían estado de pie frente a la amplia entrada de la caverna durante las demostraciones con el lanzavenablos y la honda también respiraron hondo y dejaron escapar el aire que habían estado conteniendo, mientras hacían comentarios sorprendidos y ponderativos.

—Destrozó las dos bolas de nieve que están al fondo del campo.

—Pensé que era buena con el lanzavenablos, pero es incluso mejor con la honda.

—Dijo que se necesitaba práctica para aprender a arrojar bien las lanzas, pero ¿cuánta práctica ha necesitado para arrojar así las piedras? —dijo Larogi—. Creo que será más fácil aprender a usar el lanzavenablos.

La demostración había concluido, y mientras caía la noche, Laduni se detuvo frente a la gente y anunció que el festín estaba casi a punto.

—Será servido en el hogar central, pero primero Losaduna consagrará el Festival de la Madre del Hogar Ceremonial y Ayla hará otra demostración. Lo que os va a mostrar es realmente notable.

Mientras la gente, todavía sorprendida, comenzaba a regresar a la caverna y se internaba hasta el fondo, lejos de la amplia entrada, Ayla vio que Madenia conversaba con algunos amigos y se alegró de comprobar que estaba sonriendo. Muchos habían comentado cuánto les complacía verla incorporarse a las actividades del grupo, aunque aún se advertía en ella una actitud tímida y retraída. Ayla no pudo evitar la idea de que las cosas eran muy distintas cuando la gente colaboraba. A diferencia de su propia experiencia, en la que todos habían pensado que Broud tenía derecho a forzarla cuando se le antojara y creían que Ayla era una mujer extraña porque se resistía y por eso la odiaba, Madenia contaba con el apoyo de su gente. Colaboraban con ella. Estaban encolerizados con quienes la habían forzado, comprendían que eso había sido una tortura y deseaban reparar el mal que le habían infligido.

Una vez que todos estuvieron instalados en el espacio cerrado del Hogar Ceremonial, El Que Servía a la Madre surgió de las sombras y permaneció en pie detrás de un hogar encendido, rodeado por un círculo de piedras redondas casi

perfectamente iguales unas a otras. Tomó una pequeña vara con el extremo sumergido en brea, la acercó al fuego hasta que se encendió y después se volvió y caminó hasta la pared de piedra de la caverna.

Como su cuerpo impedía la visión, Ayla no pudo ver lo que estaba haciendo, pero, cuando una luz brillante le envolvió, la joven comprendió que había encendido algún tipo de fuego, probablemente una lámpara. Losaduna realizó algunos movimientos y comenzó a entonar una letanía conocida, la misma repetición de los diferentes nombres de la Madre que él había entonado durante el rito de purificación de Madenia. Estaba invocando el espíritu de la Madre.

Cuando se apartó de aquel lugar y se volvió hacia el grupo allí reunido, Ayla comprobó que el resplandor provenía de una lámpara de piedra que había encendido en un nicho excavado en la pared de la caverna. La lámpara proyectaba sombras móviles, más grandes que el objeto que las producía y que correspondía a un pequeño dunai; la luz destacaba la figura exquisitamente tallada de una mujer con generosos atributos maternales: pechos grandes y estómago redondeado; no estaba embarazada, pero presentaba abundantes reservas de tejido adiposo.

«Gran Madre Tierra, Antepasado Original y Creadora de Toda la Vida, Tus hijos han venido a manifestarte su aprecio y a agradecer todos Tus dones, grandes y pequeños, han venido a honrarte —canturreó Losaduna y los habitantes de la caverna se unieron a él—. Por las rocas y las piedras, los huesos de la tierra que da parte de su espíritu para nutrir el suelo, hemos venido a honrarte. Por el suelo que parte de su espíritu para nutrir a las plantas que crecen, hemos venido a honrarte. Por las plantas que crecen y ceden parte de su espíritu para nutrir a los animales, hemos venido a honrarte. Por los animales que dan parte de su espíritu para nutrir a los comedores de carne, hemos venido a honrarte. Y por todos los que ceden parte de su espíritu para alimentar, vestir y proteger a Tus hijos, hemos venido a honrarte».

Todos conocían todas las palabras. Ayla advirtió que incluso Jondalar se había unido al resto, aunque decía las palabras en zelandoni. Ella comenzó pronto a repetir la parte de las «honras» y, aunque no conocía el resto, sabía que eran importantes. Tan pronto las oyó, comprendió que jamás podría olvidarlas.

«Por Tu grande y brillante hijo que ilumina el día y Tu bella y reluciente compañera que protege la noche, hemos venido a honrarte. Por Tus aguas que permiten la vida, colman los ríos y los mares y llueven desde los cielos, hemos venido a honrarte. Por Tu Don de la Vida y Tu bendición que recae sobre las mujeres y les permite crear vida como Tú haces, hemos venido a honrarte. Por los hombres, que fueron creados para ayudar a las mujeres a formar la nueva vida y de cuyo espíritu Tú te sirves para ayudar a las mujeres a crearla, hemos venido a honrarte. Y por Tu Don de los Placeres que los hombres y las mujeres obtienen cada uno del otro y que abren a una mujer de modo que pueda dar a luz, hemos venido a honrarte. Gran Madre Tierra, Tus hijos se reúnen esta noche para honrarte».

El silencio que reinó en la caverna después de terminar la invocación comunitaria

era profundo. Entonces, un niño muy pequeño lloró y pareció que aquel llanto era absolutamente oportuno.

Losaduna retrocedió y pareció hundirse en las sombras. Después, Solandia se puso en pie, tomó un canasto que había cerca del Hogar Ceremonial y derramó cenizas y tierra sobre las llamas del hogar redondo, sofocando el fuego ceremonial y hundiendo toda la escena en una semioscuridad. Hubo algunas exclamaciones de sorpresa de la gente y todos inclinaron hacia delante el cuerpo, expectantes. La única luz provenía de la pequeña lámpara de aceite que ardía en el nicho, de modo que las figuras móviles de la Madre parecieron agrandarse, hasta que pareció llenaban todo el espacio. Aunque el fuego nunca había sido apagado anteriormente de ese modo, el efecto no pasó inadvertido para Losaduna.

Los dos visitantes y la gente que vivía en el Hogar Ceremonial habían practicado antes, y cada uno sabía lo que tenía que hacer. Cuando todos se tranquilizaron, Ayla atravesó la zona que quedaba en sombras en dirección a un hogar distinto. Se había decidido que las posibilidades de la piedra del fuego se demostrarían de un modo más ventajoso y con un efecto más dramático si Ayla encendía un fuego nuevo en un hogar apagado con la mayor rapidez posible después de sofocado el fuego ceremonial. Una yesca de combustión rápida, formada por musgos secos, había sido depositada en el segundo hogar; al lado había astillas y algunos trozos más grandes de madera para quemar. Después se agregaría el carbón pardo para mantener alimentado el fuego.

Mientras practicaban, habían descubierto que el viento ayudaba a avivar la chispa y que ese efecto lo producía sobre todo la corriente de aire que entraba cuando se abría la cortina de cuero del espacio ceremonial; Jondalar estaba de pie al lado de la cortina. Ayla se arrodilló, y sosteniendo la pirita de hierro en una mano y un pedazo de pedernal en la otra, chocó un objeto contra el otro, produciendo una chispa que pudo verse claramente en el área oscurecida. Golpeó de nuevo los dos objetos, sosteniéndolos en un ángulo un poco distinto, lo que determinó que la chispa obtenida incidiera sobre la yesca.

Ésa fue la señal para Jondalar, que abrió la cortina de la entrada. Al mismo tiempo que la corriente fría penetraba en la caverna, Ayla, inclinada sobre la chispa desnuda que aún brillaba entre el musgo seco, sopló suavemente. De pronto, el musgo se encendió y envolvió la yesca, provocando un coro de comentarios sorprendidos y excitados. Se agregaron astillas. En el refugio en sombras, la llama emitió un resplandor rojizo que iluminó las caras de todos y pareció más grande de lo que era realmente.

La gente comenzó a hablar, con expresiones rápidas y excitadas, que eran la expresión de su asombro; los comentarios aliviaron la tensión que Ayla había estado alimentando con la expectativa. En pocos momentos —a los componentes de la caverna les pareció que había sido algo casi instantáneo— se había encendido el fuego. Ayla oyó algunos comentarios.

—¿Cómo lo consiguió?

—¿Cómo es posible que alguien encienda fuego con tal rapidez?

Se prendió otro fuego con una astilla encendida en el Hogar Ceremonial; después El Que Servía a la Madre se situó entre los dos sectores de llamas luminosas y habló:

—Muchas personas que no lo han visto no creen que las piedras puedan arder, a menos que tengamos una para demostrarlo, pero las piedras que arden son el don de la Gran Madre Tierra a los losadunai. A nuestros visitantes también se les ha concedido un don, una piedra del fuego; una piedra que produce una chispa para encender el fuego cuando se la golpea con un pedazo de pedernal. Ayla y Jondalar están dispuestos a regalarnos un fragmento de la piedra del fuego, no sólo para usarla, sino también para que la reconozcamos en el caso de que encontremos alguna. A cambio, quieren que les suministremos alimentos suficientes y algunas otras cosas para cruzar el glaciar —dijo Losaduna.

—Ya se lo he prometido —dijo Laduni—. Jondalar tiene sobre mí una promesa de futuro, y eso es lo que me pidió…, aunque no se trata de una petición grave. De todos modos, les habríamos suministrado alimentos y provisiones.

Hubo un coro de voces que manifestaron su acuerdo.

Jondalar sabía que los losadunai les habrían proporcionado alimentos, del mismo modo que Ayla y él habrían regalado una piedra del fuego a la caverna, pero no quería que más tarde lamentaran haberles cedido suministros y alimentos que podían provocar una situación de escasez si la primavera y la nueva estación de la abundancia llegaban tarde. Deseaba que sintieran que estaban haciendo una transacción ventajosa y también deseaba algo más. Se puso en pie.

—Hemos dado a Losaduna una piedra de fuego, que todos pueden usar —dijo—, pero en mi petición hay más de lo que parece. Necesitamos más alimentos y suministros de los que necesitamos para nosotros mismos. No viajamos solos. Nuestros acompañantes son dos caballos y un lobo, y necesitamos ayuda para atravesar el hielo con ellos. Necesitaremos alimentos para nosotros y para ellos; pero, lo que es incluso más importante, necesitaremos agua. Si se tratara sólo de Ayla y de mí, podríamos llevar un saco de agua lleno de nieve y hielo bajo nuestras túnicas, cerca de la piel, y así obtendríamos agua suficiente para nosotros, y quizá para Lobo; pero los caballos beben mucha agua. Por ese sistema no podemos derretir suficiente líquido. Os diré la verdad; necesitamos hallar el modo de transportar o derretir agua suficiente para atravesar todos el glaciar.

Hubo un coro de voces cargadas de sugerencias e ideas, pero Laduni las acalló.

—Pensemos en el asunto y reunámonos mañana con nuestras sugerencias. Esta noche es el festival.

Jondalar y Ayla ya habían suministrado motivos más que suficientes de agradable excitación y de misterio para animar los meses invernales generalmente sombríos de la caverna y habían suministrado un buen número de anécdotas que luego podrían relatar en las Reuniones de Verano. Ahora venía a sumarse el regalo de la piedra del

fuego y, como complemento, el desafío de resolver un problema muy especial, un fascinante enigma práctico y teórico que proporcionaría a todos la oportunidad de poner a contribución su capacidad mental. Los viajeros contarían con una ayuda bien dispuesta y entusiasta.

Madenia había acudido al Hogar Ceremonial para ver la demostración con la prueba del fuego, y Jondalar mal podía ignorar que la joven había estado observándole muy atentamente. Él le había sonreído varias veces, a lo que Madenia había respondido sonrojándose y desviando la mirada. Jondalar se acercó a ella cuando la asamblea estaba disolviéndose y abandonando el Hogar Ceremonial.

—Hola, Madenia —dijo—. ¿Qué te pareció la piedra del fuego?

Era consciente de la atracción que a menudo ejercía sobre las jóvenes tímidas. Antes de los Primeros Ritos, las jóvenes no sabían qué podían esperar y se mostraban un poco temerosas, sobre todo en el caso de que se hubiese pedido al propio Jondalar que las iniciara en el don de los placeres de la Madre. A Jondalar siempre le había agradado revelarles el don durante los Primeros Ritos y lo cierto es que tenía una capacidad especial para ello; ésa era precisamente la razón por la cual le solicitaban con tanta frecuencia. El temor de Madenia se asentaba sobre buenos fundamentos; no eran las inquietudes amorfas de la mayoría de las jóvenes y a Jondalar le había parecido que era un desafío aún más importante lograr que llegase a conocer la alegría más que el sufrimiento.

Jondalar la miró con sus ojos azules de sorprendente luminosidad y sintió deseos de permanecer allí el tiempo suficiente para poder participar en los ritos estivales de los losadunai. Deseaba sinceramente ayudar a Madenia a superar sus temores y, en verdad, se sentía atraído por ella, lo cual subrayaba la potencia integral de su encanto, su magnetismo meramente masculino. El hombre apuesto y sensible sonrió a la muchacha y ella sintió que casi se le cortaba el aliento.

Madenia nunca había sentido antes algo semejante. Todo su ser sintió una oleada cálida, casi un fuego, y experimentó el ansia abrumadora de tocarle y de conseguir que él la tocase; pero la joven no sabía muy bien cómo manejar ese tipo de sentimientos. Trató de sonreír; después, avergonzada, abrió mucho los ojos y contuvo una exclamación ante su propia audacia. Retrocedió y estuvo a punto de huir a su propia morada. Su madre vio que se alejaba y la siguió. Jondalar ya había advertido antes esa reacción de Madenia. No era extraño que las jóvenes tímidas respondiesen de ese modo a Jondalar; esa actitud las hacía aún más atractivas.

—¿Qué le has hecho a esa pobre niña, Jondalar?

Miró a la mujer que había hablado y le dirigió una sonrisa.

—No sé por qué lo pregunto. Recuerdo el tiempo en que esa mirada casi me destruyó. Pero tu hermano también tenía su encanto.

—Y logró que recibieras la bendición —dijo Jondalar—. Te encuentro muy bien,

Filonia. Feliz.

—Sí, Thonolan me dejó un fragmento de su espíritu y me siento feliz. Tú también pareces feliz. ¿Dónde conociste a esa Ayla?

—Es una historia larga, pero te diré que me salvó la vida. Fue demasiado tarde para Thonolan.

—Oí decir que le mató un león de las cavernas. Lo siento mucho.

Jondalar asintió, y cerró los ojos con un inevitable gesto de dolor.

—¡Madre! —dijo una niña. Era Thonolia, que llegó cogida de la mano por la hija mayor de Solandia—. ¿Puedo comer en el hogar de Salia y jugar con el lobo? Como sabes, el lobo simpatiza con los niños.

Filonia miró a Jondalar con un gesto de aprensión.

—Lobo no la lastimará. Es cierto, simpatiza con los niños. Pregúntaselo a Solandia. Lo aprovecha para entretener a su hijo más pequeño —dijo Jondalar—. Lobo se crió con los niños y Ayla le enseñó. Tienes razón, es una mujer notable, sobre todo con los animales.

—Imagino que no hay inconveniente, Thonolia. No creo que este hombre te permita hacer nada que pueda hacerte daño. Es el hermano del hombre de quien tomaste el nombre.

Se produjo una ruidosa conmoción. Se volvieron para ver a qué obedecía y las niñas se alejaron corriendo.

—¿Cuándo habrá alguien que haga algo respecto a ese… a ese Charoli? ¿Cuánto debe esperar una madre? —se quejó Verdegia a Laduni—. Tal vez debamos convocar un Consejo de Madres si los hombres no pueden resolver el asunto. Estoy segura de que entenderán los sentimientos del corazón de una madre y juzgarán con suficiente rapidez.

Losaduna se había unido a Laduni para apoyarle. La convocatoria del Consejo de Madres generalmente era el último recurso. Podía tener graves consecuencias; era un expediente al que sólo se acudía cuando no se encontraba otro modo de resolver un problema.

—Verdegia, no nos precipitemos. El mensajero enviado para hablar con Tomasi debe regresar de un momento a otro. Ciertamente, puedes esperar un poco más. Además, Madenia está mucho mejor. ¿No lo crees así?

—No estoy tan segura. Ha venido a refugiarse en nuestro hogar y no quiere decirme qué le pasa. Dice que no es nada y que no debo preocuparme por eso. Pero ¿cómo puedo evitarlo? —dijo Verdegia.

—Yo podría decirte qué le pasa —dijo por lo bajo Filonia—, pero no estoy segura de que Verdegia lo entienda. De todos modos, tiene razón. Hay que hacer algo respecto de Charoli. Todas las cavernas están hablando de él.

—¿Qué puede hacerse? —preguntó Ayla, uniéndose a las otras dos.

—No lo sé —dijo Filonia, sonriendo a la mujer. Ayla había venido para ver al hijo de Filonia y era evidente que el niño le agradaba—. Pero creo que el plan de Laduni

es bueno. Piensa que todas las cavernas deben cooperar para encontrar y traer aquí a esos jóvenes. Le gustaría que los miembros de esa banda se separasen unos de otros y se apartasen de la influencia de Charoli.

—Sí, parece una buena idea —dijo Jondalar.

—El problema es la caverna de Charoli y si Tomasi, que está emparentado con la madre de Charoli, estaría dispuesto a cooperar en esto —dijo Filonia.

—Sabremos a qué atenernos cuando regrese el mensajero, pero puedo comprender lo que Verdegia siente. Si algo semejante le sucediera a Thonolia…

Meneó la cabeza, porque no pudo seguir hablando.

—Creo que la mayoría de la gente comprende lo que Madenia y su madre sienten —dijo Jondalar—. En general, la gente es decente, pero una mala persona puede provocar muchas dificultades a todo el mundo.

Ayla recordaba a Attaroa y estaba pensando lo mismo.

—¡Alguien viene! ¡Alguien viene!

Larogi y varios de sus amigos entraron corriendo en la caverna para proclamar a gritos la noticia; Ayla se preguntó qué habrían estado haciendo fuera, en medio del frío y la oscuridad. Pocos momentos después aparecieron, seguidos por un hombre de mediana edad.

—¡Rendoli! Tu llegada no podía ser más oportuna —dijo Laduni, con evidente alivio—. Dame la alforja y toma algo caliente. Has llegado a tiempo para participar en el Festival de la Madre.

—Es el mensajero que Laduni envió a Tomasi —dijo Filonia, sorprendida de verle.

—Bien, ¿qué ha dicho? —preguntó Verdegia.

—Verdegia —dijo Losaduna—, permite que este hombre descanse y recupere el aliento. ¡Acaba de llegar!

—Está bien —aceptó Rendoli, mientras dejaba la alforja y aceptaba de Solandia una taza de infusión caliente—. La banda de Charoli atacó la caverna que está cerca del desierto en el que se ocultan. Robaron comida y armas, y casi matan a la persona que intentó detenerlos. La mujer todavía está malherida y es probable que no se recobre. Todas las cavernas están furiosas. Cuando se enteraron del asunto de Madenia, fue la gota que desbordó el vaso. A pesar de su parentesco con la madre de Charoli, Tomasi está dispuesto a aunar fuerzas con las restantes cavernas para perseguir a esos jóvenes y detenerlos. Tomasi solicitó una asamblea con la mayor cantidad posible de cavernas. Por eso he tardado tanto en regresar. Esperé que se celebrara la asamblea. La mayor parte de las cavernas cercanas enviaron a varias personas. Tuve que adoptar decisiones en nombre de nuestra gente.

—Estoy seguro de que fueron decisiones acertadas —dijo Laduni—. Me alegro de que hayas estado allí. ¿Qué opinaron de mi sugerencia?

—Ya la han aceptado, Laduni. Cada caverna enviará exploradores para rastrearlos, y algunos ya han partido. Una vez que encuentren a la banda de Charoli,

la mayoría de los cazadores de cada caverna saldrá a perseguirlos y traerlos. Nadie desea continuar soportándolos. Tomasi quiere apresarlos antes de la Reunión de Verano. —El hombre se volvió para mirar a Verdegia—. Y desean que tú acudas para presentar los cargos y la demanda —dijo.

Verdegia estaba casi apaciguada, pero aún no se sentía del todo feliz debido a la renuencia de Madenia a participar en la ceremonia que debía convertirla oficialmente en mujer y que, con suerte, le permitiría formar niños: los futuros nietos de Verdegia.

—De buena gana presentaré los cargos y la demanda —dijo Verdegia—, y si ella no acepta someterse a los Primeros Ritos, podéis tener la certeza de que yo no olvidaré el asunto.

—Confío en que hasta el verano próximo ella cambie de actitud. Creo que está evolucionando después del rito de purificación. Ahora conversa más con la gente. Pienso que Ayla la ayudó —agregó Losaduna.

Después que Rendoli fue al espacio de su vivienda, Losaduna encontró la mirada de Jondalar y le dirigió un gesto. El hombre de elevada estatura se disculpó y siguió a Losaduna, que entró en el Hogar Ceremonial. Ayla habría deseado acompañarlos, pero, por la actitud de los dos, adivinó que deseaban estar solos.

—Me pregunto qué harán —dijo Ayla.

—Imagino que se trata de un rito personal —dijo Filonia, y la respuesta avivó todavía más la curiosidad de Ayla.

—¿Tienes algo que tú mismo hayas fabricado? —preguntó Losaduna.

—Fabriqué una hoja. No tuve tiempo de afinarla, pero es todo lo perfecta que estuvo a mi alcance —dijo Jondalar, y sacó del interior de su túnica un bulto pequeño revestido de cuero. Lo abrió y mostró una pequeña punta de piedra con un borde romo, aunque bastante afilado para afeitarse con él. Un extremo terminaba en punta. El otro extremo tenía un espigón que podía insertarse en el mango de un cuchillo.

Losaduna lo examinó atentamente.

—Es un trabajo excelente —comentó—. Estoy seguro de que será aceptable.

Jondalar emitió un suspiro de alivio, aunque en realidad no suponía que le afectara tanto.

—¿Y algo de ella?

—Eso ha sido más difícil. Hemos estado viajando únicamente con las cosas más esenciales y ella sabe dónde pone todo lo que tiene. Mantiene aparte algunas cosas, la mayoría regalos de otras personas y no he querido desordenarlas. Después, recordé que me habías dicho que no importaba que fuese un objeto muy pequeño, mientras se tratase de algo muy personal —afirmó Jondalar, y mostró un objeto minúsculo que también estaba en el envoltorio de cuero. Después, pasó a explicar—. Ella usa un amuleto, un saquito decorado en el que guarda objetos de su niñez. Lo considera muy importante y solamente lo deja cuando está nadando o bañándose y eso no siempre.

Lo dejó en nuestra morada cuando fue a las fuentes sagradas de agua caliente, y yo corté una de las cuentas que lo adornan.

Losaduna sonrió.

—¡Bien! ¡Esto es perfecto! Y tu actitud fue muy astuta. He visto ese amuleto y es algo muy personal para ella. Envuélvelo todo y dame el paquete.

Jondalar hizo lo que su interlocutor decía, pero Losaduna advirtió una mirada inquisitiva cuando el joven le entregó el envoltorio.

—No puedo decirte dónde lo pondré, pero Ella lo sabrá. Ahora debo explicarte ciertas cosas y hacerte algunas preguntas —dijo Losaduna.

Jondalar asintió.

—Trataré de contestar.

—Deseas que en tu hogar nazca un niño de la mujer, Ayla, ¿no es así?

—Sí.

—¿Entiendes que un niño nacido en tu hogar quizá pueda no provenir de tu espíritu?

—Sí.

—¿Qué piensas acerca de eso? ¿Te importa a quién pueda pertenecer el espíritu utilizado?

—Desearía que perteneciera a mi espíritu, pero… tal vez mi espíritu no sea el adecuado. Quizá no es tan fuerte, o la Madre no puede usarlo, o tal vez Ella no desea usarlo. De todos modos, nadie jamás está seguro de a quién pertenece el espíritu, pero si Ayla tuviese un hijo y éste naciese en mi hogar, yo lo consideraría suficiente. Creo que casi me sentiría yo mismo una madre —dijo Jondalar; su convicción era evidente.

Losaduna asintió.

—Bien. Esta noche honramos a la madre, de modo que ésta es una ocasión muy propicia. Sabes que esas mujeres que la honran especialmente son las mismas que con más frecuencia reciben la bendición. Ayla es una mujer hermosa, y no tendrá dificultad para encontrar un hombre o varios hombres con quienes compartir los placeres.

Cuando El Que Servía a la Madre vio fruncir el entrecejo al hombre de elevada estatura, comprendió que Jondalar era de los que difícilmente aceptaban que la mujer que él elegía escogiera a otro, aunque fuera sólo con fines ceremoniales.

—Tienes que alentarla, Jondalar. La ceremonia honra a la Madre y es muy importante que desees sinceramente que Ayla tenga un hijo nacido en tu hogar. Ya he comprobado antes la eficacia de esta ceremonia. Muchas mujeres quedan embarazadas casi inmediatamente. La Madre puede sentirse tan complacida contigo que quizá use tu espíritu, sobre todo si también la honras con todas tus fuerzas.

Jondalar cerró los ojos y asintió, pero Losaduna vio que tenía las mandíbulas tensas y le rechinaban los dientes. Para aquel hombre la ceremonia no sería fácil.

—Ella nunca intervino en un Festival para Honrar a la Madre. ¿Qué sucederá si

ella… no acepta a otro? —preguntó Jondalar—. ¿Yo también debo rechazarla?

—Debes alentarla a que comparta la ceremonia con otros, pero, por supuesto, a ella le toca decidir. Nunca debes rechazar a una mujer, si puedes evitarlo, en Su Festival, pero sobre todo no debes rechazar a la que elegiste para que sea tu compañera. Jondalar, yo no me preocuparía por eso. La mayoría de las mujeres comparten el espíritu de la ceremonia y no encuentran dificultad en gozar del Festival de la Madre —dijo Losaduna—. Pero es extraño que no hayan educado a Ayla de modo que conozca a la Madre. No sabía que había personas que no la reconocieran.

—La gente que la crió era… extraña en muchos aspectos —dijo Jondalar.

—Sin duda, así era —confirmó Losaduna—. Ahora, vamos a pedir a la Madre.

«Pedir a la Madre. Pedir a la Madre». La frase se repetía en la mente de Jondalar mientras se acercaban al fondo del espacio ceremonial. De pronto recordó que le habían dicho que él contaba con los favores de la Madre, tanto que ninguna mujer podía rechazarle, ni siquiera la propia Doni; tan favorecido, que si alguna vez solicitaba algo a la Madre, Ella le concedería su petición. También le habían advertido que se mostrase cauteloso frente a un poder así; podía conseguir lo que solicitaba. En aquel momento esperaba fervientemente que fuera verdad.

Se detuvieron frente al nicho en que la lámpara aún seguía ardiendo.

—Toma el dunai y sostenlo en tus manos —le ordenó El Que Servía a la Madre.

Jondalar alargó la mano hacia el nicho y levantó con cuidado la figura de la Madre. Era una de las tallas más hermosas que jamás hubiese visto. Tenía el cuerpo perfectamente formado. Parecía como si la figura que tenía en la mano la hubiese tallado el escultor conforme a un modelo vivo de una mujer bien proporcionada de formas generosas. Jondalar había visto con bastante frecuencia mujeres desnudas, en el curso normal de la vida, en espacios estrechos, y sabía cuál era el aspecto de una persona del otro sexo. Los brazos, que descansaban sobre el amplio busto de la figura, apenas estaban sugeridos, pero incluso así, los dedos aparecían bien definidos, lo mismo que los brazaletes en los antebrazos. Las dos piernas se unían en una especie de soporte que se incrustaba en el suelo.

La cabeza era sorprendente. La mayor parte de los Doni que él había visto apenas tenían algo más que una perilla como cabeza, a veces con una cara definida por la línea del peinado, pero sin rasgos. Esta figura tenía un minucioso peinado con hileras de rizos apretados que enmarcaban toda la cabeza y el rostro. Excepto por la diferencia de hechura, nada diferenciaba la parte posterior y la frontal de la cabeza.

Cuando examinó atentamente la figura, le sorprendió comprobar que había sido tallada en piedra caliza. El marfil o el hueso o la madera permitían un trabajo más fácil, y la figura tenía detalles tan perfectos y un acabado tan hermoso que era difícil creer que alguien la hubiese esculpido en piedra. Jondalar se dijo que sin duda muchas herramientas de pedernal habían perdido el filo durante la confección de la estatuilla.

Jondalar advirtió que El Que Servía a la Madre había estado cantando. Jondalar

había estado tan absorto en el estudio del Doni que, al principio, no lo había advertido, pero ya había aprendido bastante losadunai, de modo que, al escuchar atentamente, comprendió algunos de los nombres de la Madre y se dio cuenta de que Losaduna había comenzado el rito. Esperó, confiando en que su apreciación de las cualidades estéticas materiales de la talla no le distrajesen de la más importante esencia espiritual de la ceremonia. Aunque el Doni era un símbolo de la Madre y, según se creía, representaba un lugar de descanso para una de sus muchas formas espirituales, Jondalar sabía que la figura tallada no era la Gran Madre Tierra.

—Ahora, piensa claramente en ello, y con tus propias palabras, desde el fondo de tu corazón, pide a la Madre lo que deseas —dijo Losaduna—. La posesión del dunai te ayudará a concentrar todos tus pensamientos y sentimientos en esa petición. No vaciles en decir todo lo que pienses. Recuerda: lo que estás solicitando es grato a la Madre de Todos.

Jondalar cerró los ojos para pensar en ello, para facilitar su propia concentración.

—Oh, Doni, Gran Madre Tierra —comenzó—. En mi vida hubo momentos en que pensé… ciertas cosas que quizá te desagradaron. No fue mi intención desagradarte, pero… sucedieron cosas. Hubo un momento en que pensé que nunca hallaría una mujer a quien pudiese amar realmente, y me pregunté si era porque Tú estabas enojada a causa de… esas cosas.

Losaduna pensó: «Algo muy malo seguramente sucedió en la vida de este hombre. Es un hombre tan bueno y parece tan seguro de sí mismo; es difícil creer que pueda experimentar por ello tanta vergüenza y tanta inquietud».

—Y entonces, después de viajar más allá del fin de Tu río y de perder… a mi hermano, a quien amaba más que a nadie, trajiste a mi vida a Ayla, y finalmente supe lo que significa enamorarse. Te doy las gracias por Ayla. Si no hubiese nadie más en mi vida, ni familia, ni amigos, me sentiría satisfecho con tal de que Ayla esté conmigo. Pero, si eso te place, Gran Madre, yo desearía…, yo quisiera… una cosa más. Te pediría… un niño. Un niño, nacido de Ayla, nacido en mi hogar, y si es posible nacido de mi espíritu o nacido de mi propia esencia, como cree Ayla. Si no es posible, si mi espíritu no es… suficiente, permite que Ayla tenga el niño que ella desea y permítele nacer en mi hogar, de modo que pueda ser mío en mi corazón.

Jondalar comenzó a devolver el Doni a su lugar, pero aún no había concluido. Se detuvo y sostuvo la figura con ambas manos.

—Una cosa más. Si Ayla quedara embarazada de un hijo de mi espíritu, me agradaría saber que es el hijo de mi espíritu.

«Interesante petición», pensó Losaduna. «La mayoría de los hombres podía querer saberlo, pero, en realidad, eso no importaba tanto. ¿Por qué es tan importante para él? ¿Y por qué aludió a un hijo de su esencia… como cree Ayla? Quisiera preguntárselo a ella, pero éste es un rito privado. No puedo decirle a ella lo que él ha dicho aquí. Quizá en cierta ocasión podamos comentarlo desde otro punto de vista».

Ayla observó a los hombres que salían del Hogar Ceremonial. Estaba segura de que ambos habían hecho lo que se proponían hacer, pero el hombre de menor estatura tenía una expresión dubitativa y la posición de los hombros sugería cierta insatisfacción, y el más alto mostraba el cuerpo rígido, y en la cara cierta contrariedad, pero al mismo tiempo decisión. Esa extraña corriente subterránea determinó que sintiese todavía más curiosidad por lo que había sucedido allí dentro.

—Confío en que ella cambiará de actitud —decía Losaduna mientras los dos se acercaban—. Creo que el modo más eficaz de que ella supere su terrible experiencia es que afronte sus Primeros Ritos. De todos modos, tendremos que poner mucho cuidado a la hora de elegir a alguien para ella. Jondalar, ojalá permanecieras aquí. Me parece que le interesas. Y creo que es bueno ver que muestra afecto por un hombre.

—Quisiera ayudar, pero no podemos quedarnos. Debemos partir cuanto antes, mañana o al día siguiente, si es posible.

—Por supuesto, tienes razón. La estación puede variar de un momento a otro. Presta atención si adviertes que uno de vosotros se muestra irritable —dijo Losaduna.

—La Desazón —dijo Jondalar.

—¿Qué es la Desazón? —preguntó Ayla.

—Llega con el licuador de nieve, el viento de primavera —dijo Losaduna—. El viento viene del sudoeste, cálido y seco, y tiene fuerza suficiente para derribar árboles. Derrite la nieve con tal rapidez que los altos ventisqueros pueden desaparecer en un día; si comienza a soplar cuando estás en el glaciar, tal vez no consigas cruzarlo. El hielo puede hundirse bajo tus pies y arrojarte a una grieta, o formar un río que se cruzará en tu camino, o abrir un abismo frente a ti. Llega con tal rapidez que los malos espíritus que gustan del frío no pueden apartarse de su camino. Los destruye, los arrastra fuera de los lugares ocultos, los empuja hacia delante. Por eso los malos espíritus cabalgan delante del viento que funde la nieve y generalmente llegan antes que él. Traen la Desazón. Si sabes lo que se avecina y puedes controlarlos, esos malos espíritus quizá representen una advertencia; pero son sutiles y no es fácil aprovechar en beneficio propio a los malos espíritus.

—¿Cómo sabes cuándo han llegado los malos espíritus? —preguntó Ayla.

—Como dije antes, presta atención si comienzas a sentirte irritable. Puedes enfermar y, si ya estás enferma, pueden agravar tu estado, pero lo más frecuente es que se limiten a infundirte el deseo de discutir o reñir. Algunas personas se encolerizan, pero todos saben que eso es consecuencia de la Desazón y no puede culparse por ello a la gente, a menos que provoque daños o lesiones graves a los demás; e incluso eso es disculpable. Después, la gente se alegra de la llegada de los vientos que funden la nieve, porque traen consigo nuevas plantas, la renovación de la vida; pero nadie desea que llegue la Desazón.

—¡Venid y comed! —Era la voz de Solandia; no habían advertido que se acercaba —. La gente ya está volviendo a buscar una segunda ración. Si no os dais prisa, no quedará nada.

Se acercaron al hogar central, en el que ardía un gran fuego, avivado por las corrientes de aire que entraban por la boca de la caverna. Aunque no estaba completamente vestida para el intenso frío que reinaba fuera, la mayoría de la gente usaba prendas de abrigo en las áreas comunes de la caverna, abiertas al frío y los vientos. El asado de íbice aparecía jugoso en el medio, aunque, al mantenerlo caliente, estaba cociéndose en demasía; la carne fresca era una variación bienvenida. También había una espesa sopa de carne, preparada con carne seca, grasa de mamut, algunos trozos de raíces secas y arándanos de la montaña; casi la última reserva de las verduras y las frutas almacenadas. Todos ansiaban que llegasen cuanto antes las verduras frescas de la primavera.

Pero el viento intenso y frío todavía dejaba sentir sus efectos y, por mucho que deseara la primavera, Jondalar deseaba todavía más que el invierno se prolongase un poco, hasta el momento mismo en que ellos completaran la travesía del glaciar que tenían por delante.

Capítulo 38

Después de la comida, Losaduna anunció que se ofrecería algo en el Gran Ceremonial. Ayla y Jondalar no sabían de qué se trataba, pero pronto se enteraron de que era una bebida que se servía caliente. El sabor era agradable y más o menos conocido. Ayla pensó que podía ser cierto tipo de jugo de frutas levemente fermentado, sazonado con hierbas. La sorprendió enterarse por Solandia de que era savia de alerce como ingrediente principal, y que el jugo de frutas era sólo un ingrediente más.

Según se comprobó, el gusto era engañoso. La bebida era más fuerte de lo que Ayla había creído, y cuando la joven preguntó, Solandia le reveló que las hierbas aportaban una parte considerable de su fuerza. Entonces Ayla comprendió que el gusto ya conocido provenía del ajenjo, una hierba muy potente que podía ser peligrosa si se la consumía en exceso o se la usaba con demasiada frecuencia. Había sido difícil apreciarlo a causa de la aspérula y otros sabores aromáticos de gusto agradable e intensamente perfumados. Se preguntó cuáles podían ser los restantes ingredientes, y eso la llevó a saborear y analizar más seriamente la bebida.

Preguntó a Solandia acerca de la potente hierba y mencionó sus posibles peligros. La mujer explicó que la planta, a la que denominaba absenta, se usaba poco, excepto en esa bebida, reservada exclusivamente para los Festivales de la Madre. Por la naturaleza sagrada del brebaje, Solandia solía mostrarse renuente a revelar los ingredientes específicos de la bebida, pero las preguntas de Ayla eran tan precisas y demostraban tanto conocimiento que en este caso Solandia no tuvo más remedio que contestar.

Ayla descubrió que la bebida no era en absoluto lo que parecía. Lo que al principio ella había creído que era una bebida sencilla, de gusto agradable, en realidad constituía una mezcla completa y potente, preparada especialmente para alentar la relajación, la espontaneidad y la cálida interacción que eran deseables durante el Festival para Honrar a la Madre.

Cuando la gente de la caverna comenzó a acercarse al hogar ceremonial, Ayla advirtió inicialmente una conciencia más vivaz como resultado de todo lo que había bebido; pero esa actitud pronto cedió su lugar a un sentimiento agradable, lánguido y cálido, que la indujo a olvidar sus preocupaciones analíticas. Advirtió que Jondalar y otros hablaban con Madenia; apartándose bruscamente de Solandia, enfiló hacia el grupo. Todos los hombres que estaban allí la vieron acercarse y se sintieron complacidos por lo que veían. Sonrió al aproximarse al grupo, y Jondalar percibió el intenso amor que esa sonrisa siempre despertaba. No sería fácil seguir las instrucciones de Losaduna y alentarla a realizar plenamente la experiencia del Festival de la Madre, incluso después de consumir la bebida relajante que El Que Servía a la Madre le había exhortado a tomar. Jondalar respiró hondo; después bebió el resto del líquido que quedaba en su copa.

Filonia, y sobre todo su compañero Doraldi, a quien ella había conocido antes, se contaban entre los que saludaron cálidamente a Ayla.

—Tu copa está vacía —dijo él; sacó un cucharón lleno de un cuenco de madera y lo vertió en la copa de Ayla.

—También a mí puedes darme un poco más —dijo Jondalar, con una voz exageradamente animosa. Losaduna advirtió la cordialidad forzada del hombre, pero no creyó que los otros prestasen demasiada atención. Sin embargo, había una persona que observó el cambio en Jondalar. Ayla le miró, percibió el movimiento de su mandíbula y comprendió que algo le molestaba. También tomó nota de la rápida observación de Losaduna. Supo que sucedía algo entre ellos, pero la bebida estaba provocando su efecto en Ayla, y ésta envió el asunto al fondo de su mente para pensar en ello más tarde. De pronto, un redoble de tambores resonó en el espacio cerrado.

—¡Comienza la danza! —gritó Filonia—. ¡Vamos, Jondalar! Te enseñaré los pasos.

Tomó de la mano a Jondalar y le condujo hacia el centro del lugar.

—Madenia, baila tú también —la exhortó Losaduna.

—Sí —dijo Jondalar—. Ven tú también. ¿Conoces los pasos?

Sonrió la joven y Ayla pensó que parecía que aflojaba la tensión.

Jondalar había estado conversando y prestando atención a Madenia a lo largo del día, y aunque se había mostrado tímida y reservada, tenía cabal conciencia de la presencia del hombre de elevada estatura. Cada vez que él la miraba con sus ojos premiosos, Madenia sentía que se le aceleraban los latidos del corazón. Cuando la cogió de la mano para llevarla a la pista de baile, ella experimentó una sucesión de escalofríos y temblores simultáneos, y no podría haber resistido aunque lo hubiese querido.

Filonia frunció el entrecejo un momento, pero después sonrió a la joven.

—Ambas podemos enseñarle los pasos —dijo, mientras se acercaba al lugar en que bailaban.

—Puedo mostrarte… —empezó a decir Doraldi a Ayla, en el momento mismo en que Laduni decía—: De buena gana… —Se sonrieron el uno al otro, tratando cada uno de ofrecer al otro la oportunidad de hablar.

La sonrisa de Ayla los abarcó a los dos.

—Quizá ambos podríais enseñarme los pasos.

Doraldi inclinó la cabeza para expresar su aprobación y Laduni le dedicó una sonrisa complacida; cada uno de los dos hombres tomó una mano de Ayla y la condujo al lugar en el que ya estaban reuniéndose los que deseaban bailar. Mientras se disponían en círculos, enseñaron a los visitantes algunos pasos esenciales; después todos se cogieron de la mano y sonó una flauta. Ayla se sobresaltó al oír el sonido. No había oído sonar una flauta desde que Manen había tocado ese instrumento en la Reunión de Verano de los mamutoi. ¿Había pasado menos de un año desde que ella se había alejado de la asamblea? Parecía mucho más tiempo y jamás volvería a

verlos.

Parpadeó porque se le llenaron los ojos de lágrimas ante el pensamiento, mas como había comenzado la danza, no tuvo mucho tiempo para demorarse en dolorosas nostalgias. Al principio era fácil seguir el ritmo, pero a medida que avanzó la noche, se fue acelerando y haciendo más complejo. Ayla era sin duda el centro de atención. Todos los hombres la creían irresistible. Se agrupaban alrededor de ella, rivalizando por atraer su atención, lanzando indirectas y formulando incluso invitaciones lisas y llanas, mal disimuladas bajo la forma de bromas. Jondalar coqueteó amablemente con Madenia y de modo más evidente con Filonia, pero tomando nota de cuántos hombres rodeaban a Ayla.

La danza llegó a hacerse cada vez más complicada, con pasos intrincados y cambios de lugar, y Ayla danzó con todos. Se rió de sus bromas y de los comentarios lascivos, y la gente se apartaba para volver a llenar las copas, o las parejas se retiraban a rincones discretos. Laduni saltó al centro y ofreció una enérgica actuación solista. Hacia el final del número se le unió su compañera.

Ayla estaba sedienta y varias personas la acompañaron cuando fue a buscar otra copa. Advirtió que Doraldi caminaba a su lado.

—Yo también quisiera un poco de bebida —dijo Madenia.

—Lo siento —contestó Losaduna, poniendo la mano sobre la copa de Madenia—. Querida, todavía no has tenido tus ritos de los Primeros Placeres. Tendrás que tomar otra bebida.

Madenia frunció el ceño y comenzó a protestar; después fue a buscar una taza de la inocua bebida que ella había estado consumiendo.

Losaduna no deseaba concederle ninguno de los privilegios de la feminidad mientras no pasara por la ceremonia que se la confería; por otra parte, estaba haciendo todo lo posible para inducirla a aceptar el importante rito. Al mismo tiempo, explicaba a todos que, a pesar de su terrible experiencia, se encontraba purificada, devuelta a su estado anterior y que, por tanto, debía someterse a las mismas restricciones y ser tratada con el mismo cuidado y la misma atención especiales que se dispensaban a otra joven cualquiera que se encontrase a un paso de la condición de mujer. Losaduna creía que era el único modo en que podría recobrarse totalmente del criminal ataque y la violación múltiple que había sufrido.

Ayla y Doraldi fueron los últimos que continuaron bebiendo, y como todos los demás desaparecían en una dirección o en otra, ahora quedaron solos. Doraldi se volvió hacia ella.

—Ayla, eres una mujer muy hermosa —dijo.

Cuando estaba creciendo, siempre había sido la mujer alta y fea, y siempre que Jondalar le había dicho que era hermosa, Ayla pensaba que procedía así porque la amaba. No se creía hermosa y el comentario de Doraldi la sorprendió.

—No —dijo riendo—. ¡No soy hermosa!

La observación de Ayla desconcertó a Doraldi. No era lo que él había esperado

oír.

—Pero…, pero sí, lo eres —le dijo.

Doraldi había estado tratando de interesarla toda la velada, y aunque la conversación de Ayla era cordial y cálida y parecía evidente que le agrada la danza y se movía con una sensualidad natural que alentaba los esfuerzos del hombre, éste no había podido encender la chispa que le permitiría llegar más lejos. Sabía que no era un hombre sin atractivos, y esa noche era el Festival de la Madre, pero, al parecer, no llegaba el momento en que pudiera manifestar sus deseos. Finalmente, decidió lanzar un ataque más directo.

—Ayla —dijo, deslizando el brazo alrededor de la cintura de la joven. Sintió que ella tensaba el cuerpo un momento, pero Doraldi persistió y se inclinó para rozarle la oreja—. Sí, eres una mujer hermosa —murmuró.

Ayla se volvió para mirarle, pero, en lugar de inclinarse hacia él en una actitud aquiescente, se echó hacia atrás. Doraldi le rodeó la cintura con el otro brazo, para acercarla. Ella trató de apartarse y apoyó las manos en los hombros de Doraldi y le miró a los ojos.

Ayla no había comprendido cabalmente el significado del Festival de la Madre. Había creído que era sólo una reunión cálida y cordial, a pesar de que se había hablado de «honrar» a la Madre, y ella sabía lo que eso significaba generalmente. Cuando vio que algunas parejas, y a veces tres o más personas, se retiraban a los lugares más oscuros, alrededor de los tabiques de cuero, comenzó a comprender mejor, pero sólo cuando miró a Doraldi y percibió su deseo, supo finalmente lo que le esperaba.

Él la atrajo y se inclinó hacia delante para besarla. Ayla experimentó cierta calidez hacia él y reaccionó con cierto sentimiento. La mano de Doraldi buscó el seno de Ayla y después trató de deslizarla bajo la túnica. Él era atractivo, la sensación no era desagradable y Ayla se sentía relajada y dispuesta a mostrarse complaciente; pero necesitaba tiempo para pensar. Era difícil resistir y su mente no pensaba con claridad; de pronto, oyó sonidos rítmicos.

—Volvamos con los bailarines —dijo Ayla.

—¿Por qué? De todos modos, ya no son muchos los que bailan.

—Deseo ejecutar una danza mamutoi —dijo Ayla. Doraldi aceptó. Ella había respondido y él podía esperar un poco más.

Cuando llegaron al centro del lugar, Ayla vio que Jondalar estaba allí. Bailaba con Madenia, sosteniéndole las manos y enseñándole un paso que había aprendido con los sharamudoi. Filonia, Losaduna, Solandia y unos pocos más batían palmas cerca de los bailarines. El flautista y el que marcaba los ritmos habían encontrado compañeras.

Ayla y Doraldi se unieron a los que batían palmas. Ella vio la mirada de Jondalar y pasó de batir palmas a golpearse los muslos, estilo mamutoi. Madenia se paró a mirar y después retrocedió, mientras Jondalar se unía a Ayla en un complicado ritmo de batir los muslos. Pronto comenzaron a moverse juntos, a separarse y a girar uno

alrededor del otro, mirando al compañero por encima del hombro. Cuando estuvieron cara a cara, extendieron las manos para unirlas. En el momento en que percibió su mirada, Ayla vio únicamente a Jondalar. La calidez y la cordialidad generalizados que había sentido por Doraldi se perdieron en su abrumadora respuesta al deseo, la necesidad y el amor que se manifestaban en los ojos muy azules que en ese momento la contemplaban.

La correspondencia entre ellos era evidente para todos. Losaduna los observó atentamente un momento y después esbozó un gesto imperceptible de asentimiento. Era evidente que la Madre estaba manifestando Sus deseos. Doraldi se encogió de hombros y después sonrió a Filonia. Madenia abrió unos ojos muy grandes. Sabía que estaba viendo algo extraño y muy hermoso.

Cuando Ayla y Jondalar terminaron de bailar, estaban abrazados, indiferentes a todos los que se encontraban alrededor. Solandia empezó a aplaudir y pronto todos los que aún permanecían allí se unieron al aplauso. El sonido llegó finalmente a los dos viajeros. Se separaron, sintiéndose un tanto avergonzados.

—Creo que todavía quedan una copa o dos —dijo Solandia—. ¿Terminamos la bebida?

—¡Es una buena idea! —asintió Jondalar, con el brazo alrededor de Ayla. Ahora no quería dejarla escapar.

Doraldi tomó el ancho cuenco de madera para servir el resto de la bebida especial y miró a Filonia. Pensó que, en realidad, era muy afortunado: «Ella es una mujer hermosa y ha traído dos hijos a mi hogar. Sólo porque era el Festival de la Madre no significaba que tuviera que honrarla con una mujer que no era mi compañera».

Jondalar concluyó la bebida de un trago, levantó su copa y de pronto alzó en brazos a Ayla y la llevó al lecho de ambos. Ayla se sentía extrañamente aturdida, desbordante de alegría, casi como si hubiese evitado un destino ingrato, pero su alegría era mínima comparada con la de Jondalar. Él la había observado la noche entera, había visto cómo todos los hombres la deseaban y había intentado ofrecerle todas las oportunidades, según el consejo de Losaduna; estaba seguro de que ella habría terminado eligiendo a otro.

El propio Jondalar podría haber ido con otras muchas veces, pero no deseaba retirarse hasta que tuviese la certeza de que ella había salido. Por eso había permanecido con Madenia, consciente de que ella no estaba aún a disposición de los hombres. Le complacía atenderla, ver que se tranquilizaba cuando estaba cerca de él, apreciar los comienzos de la mujer que Madenia sería. Aunque no hubiese criticado a Filonia si se hubiese ido con otro, y, en efecto, tuvo muchas oportunidades, se alegraba de que permaneciera a su lado. Habría detestado sentirse solo si Ayla elegía a otro hombre. Hablaban de muchas cosas. Thonolan y sus viajes con Jondalar, los hijos que ella tenía, y especialmente Thonolia, y Doraldi, y cuánto le amaba ella, pero Jondalar no podía decidirse a hablar mucho de Ayla.

Después, al final, cuando Ayla se le acercó, Jondalar apenas podía creerlo. La

depositó cuidadosamente sobre la plataforma para dormir, la miró y vio el amor que se expresaba en los ojos de la joven; sintió una sensación dolorosa en la garganta, mientras contenía las lágrimas. Había hecho todo lo que Losaduna le había indicado, le había ofrecido todas las oportunidades e incluso había tratado de alentarla; pero al fin, Ayla acudió a él. Se preguntó si ése era un signo de la Madre que le indicaba que si Ayla quedaba embarazada, sería un hijo del espíritu de Jondalar.

Cambió la posición de los tabiques móviles que les separaban del resto, y cuando ella comenzó a incorporarse y a despojarse de las ropas, él la ayudó suavemente a acostarse otra vez.

—Esta noche es mía —dijo—. Yo quiero hacerlo todo.

Ella se recostó y asintió con una leve sonrisa, experimentando un sentimiento de expectativa. Jondalar pasó al otro lado de los tabiques, trajo un palito ardiendo, encendió una lamparita y la depositó en un nicho. No proyectaba mucha luz, sólo la suficiente para apenas ver. Jondalar comenzó a desnudarse y después se detuvo.

—¿Crees que podríamos encontrar el camino que lleva a la fuente de agua caliente utilizando esto? —preguntó, señalando la lámpara.

—Dicen que agota a un hombre, que ablanda su virilidad —dijo Ayla.

—Créeme, eso no sucederá esta noche —rebatió Jondalar, con una sonrisa.

—En ese caso, creo que podría ser divertido —dijo Ayla.

Se pusieron las chaquetas, recogieron la lámpara y salieron deprisa. Losaduna se preguntó si su intención sería aliviar una necesidad, pero después reflexionó un momento y sonrió. Las fuentes de agua caliente jamás le habían aplacado mucho tiempo. Sólo le proporcionaban a veces un pequeño suplemento de control. Pero Losaduna no fue el único que les vio salir.

Nunca se excluía a los niños de los Festivales de la Madre. Aprendían las habilidades y las actividades que debían conocer cuando fueran adultos observando a los adultos. Cuando organizaban juegos, a menudo imitaban a los mayores, y antes de que fuesen realmente capaces de realizar actos sexuales serios los varones se arrojaban sobre las niñas imitando a los padres y las niñas fingían que daban a luz muñecas, y en eso imitaban a sus madres. Poco después que adquirían la capacidad necesaria, entraban en la edad adulta con ritos que no sólo les conferían la categoría, sino también las responsabilidades del adulto, aunque no siempre elegían pareja estable durante los años siguientes.

Los niños nacían a su debido tiempo, cuando la Madre decidía bendecir a una mujer, pero, por extraño que pudiera parecer, rara vez eran hijos de mujeres muy jóvenes. Se acogía con satisfacción a todos los niños, y la familia grande y los amigos íntimos que formaban una caverna los acogían de buen grado, los cuidaban y criaban.

Madenia había presenciado los Festivales de la Madre desde cuando podía recordar, pero esta vez el asunto tenía un significado distinto. Había observado a varias parejas —al parecer, eso no lastimaba a nadie, por lo menos no como a ella la habían herido, a pesar de que algunas mujeres elegían a varios hombres—, pero a ella

le interesaban sobre todo Ayla y Jondalar. Apenas los dos viajeros salieron de la caverna, Madenia se puso la chaqueta y les siguió.

Ayla y Jondalar llegaron a la tienda de paredes dobles, entraron en el segundo recinto y sintieron complacidos el efecto del vapor tibio. Permanecieron de pie dentro, mirando alrededor, y después depositaron la lámpara sobre el altar de tierra que se elevaba a cierta altura. Se quitaron las chaquetas y se sentaron sobre los colchones de lana afelpada que cubrían el suelo.

Jondalar comenzó por quitarle las botas a Ayla; después se quitó las suyas. Besó a la joven prolongada y afectuosamente, mientras desataba los lazos de su túnica y de su prenda interior y las pasaba por encima de la cabeza de la mujer; después se inclinó para besarle los pezones. Desató también los calzones revestidos de piel y la prenda interior parecida a una braga y las retiró, deteniéndose para acariciar el montículo cubierto de suave vello —no se habían molestado en ponerse los calzones externos, con la piel hacia fuera—. Después se desnudó él mismo y abrazó a Ayla, deleitándose al sentir la piel femenina junto a la suya; y en ese mismo instante la deseó.

La condujo al estanque de cuyas aguas se desprendía vapor. Se sumergieron una vez y después pasaron al sector donde debían lavarse. Jondalar extrajo del cuenco un puñado de suave jabón y comenzó a frotarlo sobre la espalda de Ayla y sus dos redondeces iguales, evitando por el momento los lugares sugestivamente tibios y húmedos. El contacto era suave y resbaladizo, y a él le encantaba el roce con la piel femenina. Ayla cerró los ojos, sintió que las manos de Jondalar la acariciaban del modo en que, como él sabía muy bien, más le gustaba, y ella se entregó a ese contacto maravillosamente dulce y experimentó las sensaciones más intensas.

Jondalar cogió otro puñado de jabón y lo deslizó sobre las piernas de Ayla, que fue levantando cada pie y sintiendo un leve espasmo cuando él le hacía cosquillas en la planta. Después la obligó a volverse y la miró de frente, pero no se apresuró a besarla, explorando lenta y suavemente los labios y la lengua, sintiendo su reacción. Su propia reacción ya se estaba manifestando y su virilidad parecía moverse por propia voluntad, mientras pugnaba por entrar en contacto con la mujer.

Con otra pequeña porción de jabón comenzó bajo los brazos de Ayla, acariciándola con la espuma deliciosa y resbaladiza hasta llegar a los pechos llenos y firmes y sintiendo que los pezones se endurecían bajo sus palmas. Un estremecimiento casi fulgurante recorrió el cuerpo de Ayla cuando él le tocó los pezones extrañamente sensibles hasta llegar a ese lugar profundo de Ayla que esperaba a Jondalar. Cuando descendió por el estómago y los muslos, ella gimió expectante. Con las manos todavía jabonosas, él le acarició los pliegues, encontró el lugar femenino de los placeres y lo frotó ligeramente. Después cogió el cuenco de enjuagar, lo llenó con agua del estanque caliente y comenzó a verter el líquido sobre ella. Derramó otros cuencos sobre Ayla antes de llevarla de nuevo al agua caliente.

Se sentaron en los asientos de piedra, muy cerca el uno del otro, presionando la

piel tibia contra la piel tibia y sumergiéndose hasta que sólo sus cabezas quedaron fuera de la superficie del agua. Después, cogiéndola de la mano, Jondalar condujo a Ayla de nuevo fuera del agua. La acostó sobre las esteras blandas y se limitó a mirarla un momento, reluciente y húmeda, y esperándole.

Ayla vio sorprendida que, primero, le abría los muslos y pasaba su lengua sobre toda la extensión de los pliegues. No percibió el gusto de la sal; y el sabor especial de Ayla había desaparecido; era una experiencia nueva, gustarla sin saborearla, pero mientras gozaba con la novedad del caso, oyó que ella comenzaba a gemir y a proferir exclamaciones. Parecía como si hubiera llegado de repente, pero Ayla comprendió que estaba demasiado a punto. Sintió que su propia excitación se acentuaba y alcanzaba una cima; después los espasmos de placer la recorrieron una y otra vez y, de pronto, él percibió el sabor de Ayla.

Ella extendió las manos hacia Jondalar y, cuando él la montó y penetró, la joven le guió hacia su propio interior. Ayla elevó las caderas en el momento mismo en que él presionaba y ambos suspiraron con profunda satisfacción. Cuando él se retiró, Ayla sintió el deseo doloroso de recuperarlo. Jondalar sintió que la caricia plena y tibia aprisionaba por completo su miembro y casi alcanzó una incontenible explosión. Cuando retrocedió de nuevo, comprendió que él mismo estaba a punto, y en ese momento un gemido agudo escapó de sus labios. Ayla se elevó hacia él; Jondalar culminó en el momento en que el impulso explosivo se manifestó y llenó el pozo profundo de Ayla y se mezcló con su propia y tibia humedad. En ese instante, él manifestó en un grito la plenitud de su goce.

Descansó sobre ella un momento, porque sabía que a Ayla le encantaba en esas circunstancias sentir el peso del cuerpo masculino. Cuando, al fin, rodó de costado, la miró, vio su sonrisa lánguida y tuvo que besarla. Las lenguas de ambos exploraron, suave y dulcemente, sin apremio, y ella comenzó a sentir de nuevo un atisbo de excitación. Jondalar advirtió esa respuesta más intensa y reaccionó del mismo modo. Esta vez sin la misma urgencia de antes, le besó la boca, después cada uno de los ojos, y encontró sus orejas y los lugares más tiernos y sensibles de su cuello. Descendió y encontró el pezón. Sin prisa, sorbió y mordisqueó uno, mientras acariciaba y pellizcaba el otro; después invirtió el orden hasta que Ayla presionó sobre él, deseando más y más a medida que la sensación se intensificaba.

Y la de Jondalar también. Su virilidad agotada comenzaba a hincharse otra vez y, cuando ella la sintió, se sentó bruscamente y se inclinó para recibirla en su boca y ayudarla a crecer. Él se recostó para gozar de las sensaciones que ella le provocaba en todo el cuerpo, mientras Ayla recibía todo lo que podía del miembro, sorbiéndolo con fuerza, soltándolo y dejándolo que se deslizara. Ayla encontró el reborde duro que estaba debajo y lo frotó rápidamente con la lengua; después, retrayendo un poco el prepucio, rodeó la cabeza suave, cada vez más rápidamente, con su lengua. Él gimió cuando las oleadas de fuego le recorrieron el cuerpo; después la obligó a girar hasta que quedó a horcajadas; Jondalar alzó un poco la cabeza para saborear el pétalo

caliente de la flor de Ayla.

Casi en el mismo momento, ambos sintieron que se elevaban más y más y, cuando él la saboreó de nuevo, se retiró un poco, la obligó a girar de modo que quedó de rodillas, dirigió su propia penetración y sintió de nuevo el pozo íntegro y profundo. Ella retrocedía con cada golpe, balanceándose, moviéndose, hundiendo la virilidad y retirándola, sintiendo cada avance y cada retirada y, después, cuando todo se repitió, primero ella y en el golpe siguiente él, sintieron el impulso maravilloso del gran Don de los Placeres de la Madre.

Ambos se derrumbaron, exhaustos, grata, maravillosa y lánguidamente exhaustos. Durante un momento sintieron una corriente de aire, pero no se movieron; incluso se quedaron adormecidos. Cuando despertaron, se incorporaron y se lavaron de nuevo; después se sumergieron en el agua caliente. Para su sorpresa, cuando salieron encontraron mantas de cuero suave, limpio, seco y aterciopelado para secarse; estaban junto a la entrada.

Madenia retornó a la caverna, experimentando sentimientos que nunca había conocido. La había impresionado la pasión intensa pero controlada, la afectuosa ternura de Jondalar y la entusiasta respuesta de Ayla y su inclinación sin reservas a entregarse a Jondalar, a confiar completamente en él. La experiencia de ambos en nada se parecía a la que ella había soportado. Los placeres de los dos habían sido intensos y físicos, pero no brutales; no se trataba de arrebatar a uno para satisfacer la lascivia del otro; sino de dar y compartir para complacerse y gratificarse mutuamente. Ayla le había dicho la verdad; los placeres de la Madre podían ser una cosa sugestiva y sensual, una alegre y placentera celebración del amor mutuo.

Y aunque no sabía muy bien qué hacer al respecto, estaba excitada física y emocionalmente. Tenía los ojos llenos de lágrimas. En ese momento, deseaba a Jondalar. Deseaba que él pudiera ser el hombre con quien compartiría los ritos de feminidad, si bien sabía que eso no era posible. En ese momento llegó a la conclusión de que si podía tener a alguien como él, aceptaría pasar por la ceremonia y afrontar sus ritos de los Primeros Placeres en la siguiente Reunión de Verano.

Nadie se sentía demasiado animado a la mañana siguiente. Ayla preparó la bebida «para la mañana siguiente» que había ideado para las jaquecas que sobrevenían después de las celebraciones del Campamento del León, aunque sólo disponía de ingredientes para la gente del hogar ceremonial. Examinó con cuidado su reserva de infusión anticonceptiva que tomaba todas las mañanas y decidió que debía durarle hasta la nueva estación, hasta el momento en que podría recoger más elementos. Afortunadamente, no era necesario emplear mucho.

Antes del mediodía, Madenia fue a ver a los visitantes. Sonrió tímidamente a

Jondalar y anunció que había decidido tener sus Primeros Ritos.

—Maravilloso, Madenia. No lo lamentarás —dijo el hombre de elevada estatura, apuesto y maravillosamente gentil. Ella le miró con una expresión de tanta adoración que él se inclinó y la besó en la mejilla, después se apoyó en el cuello de la joven y respiró en su oído. Jondalar volvió a enderezarse y le sonrió; ella sintió que se perdía en aquellos extraordinarios ojos azules. El corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. En ese momento, el principal deseo de Madenia era que Jondalar fuese el elegido para el rito de los Primeros Placeres que le esperaban. Después se sintió perturbada y temerosa, porque seguramente él adivinaba lo que ella estaba pensando. De pronto, huyó del sector ocupado por el hogar.

—Lástima que no vivamos más cerca de los losadunai —dijo Jondalar, mirando a la joven que se alejaba—. Me gustaría ayudar a esa joven, pero estoy seguro de que ya encontrarán a alguien.

—Sí, estoy segura de que lo encontrarán, pero ojalá no esté alimentando esperanzas demasiado vivas. Le he dicho que algún día ella podría encontrar a alguien como tú, Jondalar, que ya había sufrido bastante y se lo merecía. Así lo espero por su bien —dijo Ayla—, pero no hay muchos como tú.

—Todas las jóvenes tienen esperanzas y aspiraciones elevadas —dijo Jondalar—, pero antes de la primera vez todo es imaginación.

—Pero ella tiene algo en que basar su imaginación.

—Por supuesto, todas saben más o menos lo que pueden esperar. No se trata de que nunca haya estado cerca de los hombres y las mujeres —replicó él.

—Jondalar, es algo más que eso. ¿Quién crees que nos dejó anoche aquellas mantas secas?

—Pensé que era Losaduna o quizá Solandia.

—Fueron a acostarse antes que nosotros; tenían que ofrecer sus propias honras. Se lo he preguntado. Ni siquiera sabían que habíamos ido a las aguas sagradas. —Aunque Losaduna pareció particularmente complacido por ello.

—Si no fueron ellos, ¿entonces quién…, Madenia?

—Estoy casi segura de que fue ella.

Jondalar frunció el entrecejo, tratando de concentrarse.

—Hemos estado viajando solos y juntos tanto tiempo que… Nunca lo he dicho antes, pero… me siento un poco…, no sé…, creo que renuente a mostrarme tan impetuoso, tan libre cuando estamos con gente. Anoche creí que estábamos solos. Si hubiera sabido que ella estaba allí, tal vez no me habría mostrado tan… desenfrenado —dijo.

Ayla sonrió.

—Lo sé —dijo. A medida que pasaba el tiempo, ella comprendía cada vez mejor que a él no le agradaba revelar la faceta profundamente sensible de su carácter, y la complacía que se manifestara ante ella tan espontáneo, en palabras y en actos—. Me alegro de que no supieras que ella estaba allí, tanto por mí como por ella.

—¿Por qué por ella? —preguntó Jondalar.

—Creo que eso es lo que la convenció de que debía aceptar la ceremonia de la feminidad. Ella ha estado rodeada de hombres y mujeres que compartían los placeres con tanta frecuencia que ya no pensaba en ese asunto hasta que esos hombres la forzaron. Después, ya no pudo pensar más que en el dolor y el horror de que la usaran como una cosa, sin consideración para su condición de mujer. Es difícil explicarlo, Jondalar. Una experiencia de esa clase consigue que te sientas… terrible.

—Estoy seguro de que así es, creo que el asunto tuvo otras consecuencias —dijo el hombre—. Después de que una joven pasó por su primer período lunar, pero antes de realizar sus Primeros Ritos, es más vulnerable… y más deseable. Todos los hombres se sienten atraídos por ella, quizá porque no se permite tocarla. En otra ocasión cualquiera, una mujer está en libertad de elegir a un hombre o de rechazarlos a todos, pero en ese momento es peligroso para ella.

—Del mismo modo que se suponía que Latie ni siquiera debía mirar a sus hermanos —dijo Ayla—. Mamut lo explicó.

—Quizá no sea exactamente la misma situación —dijo Jondalar—. En este estado, corresponde a la niña-mujer mostrarse circunspecta, y eso no siempre es fácil. Es el centro de atención; todos los hombres la desean, sobre todo los más jóvenes, y a veces puede ser difícil resistir. La siguen, ensayando todos los recursos conocidos para conseguir que ceda ante ellos. Algunas muchachas ceden, sobre todo las que tuvieron que esperar mucho antes de la Reunión de Verano. Pero si ella permite que la abran sin los ritos apropiados, bien…, no merece buena opinión. Si la descubren, y a veces la Madre la bendice antes de que sea mujer, todos se enteran de que fue abierta… La gente puede ser cruel. Le echan la culpa y se burlan de ella.

—Pero ¿por qué han de culparla? Deberían culpar a los hombres que no la dejaron en paz —indicó Ayla, irritada ante la injusticia.

—La gente dice que si ella no puede moderarse, carece de las cualidades que son necesarias para asumir las responsabilidades de la Maternidad y el Liderazgo. Nunca se la elegirá para ocupar un lugar en el Consejo de Madres, o de Hermanas, o cualquiera sea el nombre con que la gente designa a ese grupo de la más elevada autoridad, y, por tanto, ella se rebaja y se convierte en una persona menos deseable como compañera. No se trata de que pierda la jerarquía de su madre o de su hogar, no pueden quitarle aquello con lo cual nace, pero sí de que jamás será elegida por un hombre de elevado rango, ni siquiera por alguien que puede alcanzar esa categoría. Creo que Madenia temía esto tanto o más que otras cosas —dijo Jondalar.

—No me extraña que Verdegia dijera que la habían aniquilado. —Ayla acentuó más el ceño, preocupada—. Jondalar, ¿su pueblo aceptará el rito purificador de Losaduna? Sabes que una vez que fue abierta, en realidad nunca puede retornar a lo que era.

—Creo que sí. No es que no diera muestras de moderación. La forzaron, y la gente está tan irritada contra Charoli como para cargarle a él la culpa. Tal vez algunos

continúen adoptando una actitud reservada, pero también tendrá de su lado a muchos defensores.

Ayla guardó silencio un rato.

—La gente es complicada, ¿verdad? A veces me pregunto si nada es realmente lo que parece.

—Laduni, creo que las cosas andarán bien —dijo Jondalar—. ¡Sí, creo que todo saldrá bien! Vamos a repasar de nuevo este asunto. Utilizaremos el bote redondo para transportar pasto seco y un número suficiente de piedras de quemar con el fin de derretir el hielo y obtener agua, más algunas piedras suplementarias sobre las cuales encenderemos el fuego, así como el grueso cuero de mamut para depositar encima las piedras, que de esa forma no se hundirán en el hielo cuando se caliente. Podemos llevar alimento para nosotros y probablemente para Lobo en canastos cerrados y en los macutos que cargamos a la espalda.

—Será una carga pesada —dijo Laduni—, pero no tendréis que hervir el agua, lo que os permitirá ahorrar las piedras de quemar. Tendréis que derretir tan sólo lo necesario para dar de beber a los caballos y para beber vosotros y también el lobo. No necesitaréis calentar el agua, sólo asegurarse de que no está helada. Y tratad de beber lo suficiente; no intentéis ahorrar líquido. Si lleváis ropas abrigadas, descansáis lo suficiente y bebéis bastante agua, podréis resistir el frío.

—Creo que deberíais probar antes, para saber cuánto necesitaréis —dijo Laronia.

Ayla observó que la sugerencia provenía de la compañera de Laduni.

—Es una buena idea —admitió.

—Pero Laduni tiene razón, será una carga pesada —agregó Laronia.

—Tendremos que revisar nuestras cosas y dejar todo lo que podamos —afirmó Jondalar—. No necesitaremos mucho. Tan pronto crucemos, estaremos cerca del campamento de Dalanar.

Ya se habían limitado a lo más indispensable. «¿Cuánto más podían dejar allí?», pensó Ayla mientras se disolvía la reunión. Madenia se acercó a ella cuando retornaba al lugar en que dormía. La niña-mujer no sólo sentía un intenso afecto por Jondalar, sino que, hasta cierto punto, también tendía a idolatrar a Ayla, lo cual hacía que ésta se sintiera un tanto incómoda. Pero Madenia le agradaba y ahora preguntó a la jovencita si deseaba acompañarla mientras ordenaba sus cosas.

Mientras Ayla comenzaba a sacar y distribuir sus pertenencias, trató de recordar cuántas veces había hecho lo mismo durante este viaje. Sería difícil elegir. Todo tenía algún significado para ella, pero si querían cruzar ese formidable glaciar que tanto había inquietado a Jondalar desde el comienzo, y hacerlo con Whinney, Corredor y Lobo, tenía que eliminar todo lo posible. El primer paquete que abrió contenía el hermoso conjunto de suave cuero de gamuza que le había regalado Roshario. Lo cogió y después lo desplegó frente a ella.

—¡Aaah! ¡Qué hermoso! Los dibujos cosidos y el corte. Nunca he visto nada semejante —dijo Madenia, incapaz de resistir la tentación de extender la mano y tocarlo—. ¡Y qué suave! Nunca he tocado nada tan delicado.

—Me lo regaló una mujer de los sharamudoi, un pueblo que vive muy lejos de aquí, cerca de la desembocadura del Río de la Gran Madre, el lugar donde es realmente un gran río. Ni siquiera puedes imaginar cuán importante llega a ser el Río de la Madre. En realidad, los sharamudoi son dos pueblos. Los shamudoi viven en tierra y cazan la gamuza. ¿Conoces ese animal? —preguntó Ayla. Madenia meneó la cabeza—. Es un animal montañés, parecido a un íbice, pero más pequeño.

—Sí, conozco algo así, pero aquí le damos un nombre distinto —dijo Madenia.

—Los ramudoi constituyen el Pueblo del Río y cazan el gran esturión… Es un pez enorme. Ambos tienen un modo especial de curtir el cuero de la gamuza para obtener algo tan suave y flexible como esto.

Ayla cogió la túnica bordada y recordó a los sharamudoi a quienes había conocido. Parecía haber pasado mucho tiempo. Podría haber vivido con ellos; aún sentía lo mismo que entonces y sabía que jamás volvería a verlos. Se resistía a la idea de dejar allí el regalo de Roshario. Y entonces vio los ojos brillantes de Madenia, que admiraba la prenda, y tomó una decisión.

—Madenia, ¿te gustaría quedarte con ella?

Madenia apartó bruscamente las manos, como si hubiese tocado algo caliente.

—¡No puedo! A ti te lo regalaron.

—Tenemos que aligerar nuestra carga. Creo que Roshario se sentiría complacida si lo aceptaras, puesto que tanto te atrae. Está destinado a ser un conjunto matrimonial, pero yo ya tengo uno.

—¿Estás segura? —dijo Madenia.

Ayla vio que los ojos de la jovencita relucían, incrédulos ante la idea de poseer un conjunto tan bello y exótico.

—Sí, estoy segura. Puedes recibirlo como tu conjunto matrimonial, si lo consideras adecuado. Piensa que es un regalo que te hago porque deseo que me recuerdes.

—No necesito un regalo para recordarte —dijo Madenia con los ojos brillantes de lágrimas—. Jamás te olvidaré. Gracias a ti quizá un día yo tenga mi Ceremonia Matrimonial, y en esa ocasión usaré esta prenda.

No podía esperar el momento de mostrar el conjunto a su madre y a todos sus amigos y a las personas de la misma edad en la Reunión de Verano.

A Ayla la reconfortó su decisión de regalar el conjunto a Madenia.

—¿Te agradaría ver mi conjunto matrimonial?

—Oh, sí —dijo Madenia.

Ayla desenvolvió la túnica que Nezzie le había confeccionado cuando la joven proyectaba unirse con Ranec. El color era amarillo ocre, el mismo de los cabellos de la joven. En su interior podría verse la talla de un caballo, y dos trozos casi

perfectamente armónicos de ámbar color miel. Madenia no podía creer que Ayla tuviese dos conjuntos de tan exótica belleza y, sin embargo, tan distintos uno del otro; pero temía decir demasiado, por miedo a que Ayla se sintiese obligada a regalarle también el segundo conjunto.

Ayla examinó la prenda, tratando de decidir qué haría con ella. Después meneó la cabeza. No, no podía separarse de ella, era su túnica matrimonial. La usaría cuando se uniese con Jondalar. En cierto modo, en aquel conjunto había una parte de Ranec. Levantó el caballito tallado en marfil de mamut y lo acarició distraídamente. También lo conservaría. Pensó en Ranec, y se preguntó cómo estaría. Nunca nadie la había amado más y ella jamás lo olvidaría. Podría haberse unido con él y haber sido feliz si no hubiese amado tanto a Jondalar.

Madenia había tratado de moderar su curiosidad, pero, finalmente, no pudo evitar la pregunta.

—¿Qué son esas piedras?

—Se las llama ámbar. Me las regaló la jefa del Campamento del León.

—¿Eso es una talla de tu caballo?

Ayla la miró sonriente.

—Sí, es una talla de Whinney. La realizó para mí un hombre de ojos alegres y la piel de color del pelaje de Corredor. Incluso Jondalar ha dicho que nunca conoció mejor tallista.

—¿Un hombre de piel oscura? —preguntó incrédula Madenia.

Ayla sonrió divertida. No podía criticar a Madenia que dudase.

—Sí, era un mamutoi y se llamaba Ranec. La primera vez que lo vi, no pude apartar los ojos de él. Me temo que me mostré muy descortés. Me dijeron que su madre era oscura como…, como un pedazo de esa piedra de quemar. Vivía muy al sur, después de un gran mar. Un mamutoi llamado Wymez realizó un gran viaje. Se unió con ella y en su hogar nació el hijo. Ella murió en el camino de regreso, de modo que él volvió solo con el niño. La hermana de ese hombre le crió.

Madenia tuvo un leve estremecimiento de excitación. Creía que al sur estaban únicamente las montañas, y que éstas se prolongaban indefinidamente. Ayla había viajado muy lejos y sabía mucho. Quizá un día ella haría un viaje, como Ayla, y conocería a un hombre de piel oscura que tallaría para ella un hermoso caballo y a personas que le regalarían bellas prendas; se encontraría con caballos que le permitirían montar y con un lobo que amaría a los niños y con un hombre como Jondalar que montaría en los caballos y la acompañaría en ese largo viaje. Madenia estaba absorta en su soñar despierta imaginando grandes aventuras.

Nunca había conocido a nadie como Ayla. Idolatraba a la bella mujer que tenía una vida tan sugestiva y abrigaba la esperanza de llegar a ser como ella. Ayla hablaba con un acento extraño, pero eso, a lo sumo, reforzaba su misterio; ¿acaso no había soportado también ella el ataque violento de un hombre cuando todavía era una niña? Ayla había superado el trance, pero comprendía los sentimientos de otra persona. En

la calidez, el amor y la comprensión de la gente que la rodeaba, Madenia comenzaba a recuperarse del horror del incidente. Comenzó a imaginarse a sí misma, madura y sabia, explicando a otra joven, que había soportado una agresión similar, cómo había sido su experiencia y ayudándola a superar el trance.

Mientras Madenia soñaba despierta, vio cómo Ayla recogía un paquete bien envuelto. Lo sostuvo en la mano, pero no lo abrió; sabía exactamente qué había en su interior y no quería dejarlo allí.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven, cuando Ayla lo apartó a un lado.

Ayla lo tomó de nuevo; tampoco ella lo había visto desde hacía algún tiempo. Miró alrededor para asegurarse de que Jondalar no estaba cerca y después desató los nudos. Dentro había una túnica blanquísima adornada con colas de armiño. Madenia miró con ojos grandes y redondos.

—¡Esto es blanco como la nieve! Nunca he visto un cuero teñido así de blanco —dijo.

—La fabricación de cuero blanco es un secreto del Hogar de la Cigüeña. Me enseñó a fabricarlo una anciana, que lo aprendió de su madre —explicó Ayla—. No tenía a quién transmitir ese saber, y por eso, cuando le pedí que me enseñara, aceptó.

—¿Tú has confeccionado eso? —preguntó Madenia.

—Sí, para Jondalar, pero él no lo sabe. Se lo regalaré cuando lleguemos a su hogar; espero que para nuestra Ceremonia Matrimonial —dijo Ayla.

Cuando lo levantó un poco más, de él cayó otro envoltorio. Madenia alcanzó a ver que era una túnica de hombre. Excepto las colas de armiño, no llevaba adornos, ni dibujos, ni diseños bordados, ni conchas, ni cuentas; la verdad era que no los necesitaba. Los adornos distraerían la atención. En su sencillez, la blancura absoluta del color era el principal motivo de asombro.

Ayla abrió el paquete más pequeño. Dentro estaba la extraña figura de una mujer con la cara tallada. Si la joven no hubiese acabado de ver una maravilla tras otra, podría haberse atemorizado; los dunai nunca tenían caras. Pero, por alguna razón, era justo que la representación de Ayla la tuviese.

—Jondalar hizo esto para mí —dijo Ayla—. Me dijo que su intención había sido apresar mi espíritu y que estaba destinada a mi ceremonia de la feminidad, la primera vez que él me enseñó el don del Placer de la Madre. No había nadie más que participara de aquello, pero no lo necesitábamos. Jondalar lo convirtió en una ceremonia. Después me entregó esto, diciéndome que lo conservase porque posee mucho poder, según él.

—Lo creo —dijo Madenia. No sentía deseo de tocarlo, pero no dudaba de que Ayla podía controlar el poder encerrado en la figura.

Ayla percibió la inquietud de Madenia y volvió a guardar la figura. La deslizó bajo la túnica blanca cuidadosamente plegada, y envolvió ésta en los finos cueros de conejo, cosidos unos con otros para protegerla, y después ató todo con las cuerdas.

Otro envoltorio guardaba algunos de los regalos que había recibido en su

ceremonia de adopción, cuando la habían aceptado en el pueblo de los mamutoi. Debía conservarlos. Por supuesto, llevaría consigo su saquito de medicinas y también las piedras del fuego y los útiles para encenderlo, los instrumentos de costura, una muda de ropa interior, forros de fieltro para las botas, las mantas para dormir y las armas para cazar. Examinó sus cuencos y los implementos de cocina, y eliminó todo lo que no fuera absolutamente esencial. Tendría que esperar a que llegase Jondalar para decidir acerca de las tiendas, las cuerdas y otras cosas.

Cuando ella y Madenia se disponían a salir, Jondalar entró en el espacio destinado a vivienda. Él y varios hombres más acababan de regresar con una carga de carbón pardo y Jondalar venía para ordenar sus cosas. En ese momento entraron otras personas, incluso Solandia y sus hijos, con Lobo.

—Realmente he llegado a depender de este animal, y lo voy a echar de menos. No creo que queráis dejarlo aquí —dijo.

Ayla hizo una señal a Lobo. Pese a todo el amor que profesaba a los niños, el animal se acercó inmediatamente y se detuvo frente a Ayla, mirándola expectante.

—No, Solandia. Creo que no podría hacerlo.

—Me lo suponía, pero tenía que preguntar. ¿Sabes?, también a ti te echaré de menos —agregó.

—Y yo a ti. La parte más dura de este viaje ha sido hacer amigos y después separarse y saber que probablemente nunca volveré a verlos —dijo Ayla.

—Laduni —dijo Jondalar, que traía un trozo de marfil de mamut con extrañas marcas grabadas en su superficie—. Talut, el jefe del Campamento del León, trazó este mapa de la región que está en el lejano este y que representa la primera parte de nuestro viaje. Había abrigado la esperanza de conservarlo como un recuerdo de su persona. No es esencial, pero lamentaría perderlo. ¿Aceptarías guardarlo? Quién sabe, tal vez algún día tenga que volver a buscarlo.

—Sí, lo guardaré para ti —asintió Laduni, recibiendo el mapa sobre marfil y examinándolo—. Parece interesante. Podrías explicármelo antes de partir. Confío en que vuelvas, pero si no lo haces, quizá alguien que viaja en la misma dirección tenga sitio para él y yo pueda remitírtelo.

—Tal vez deje aquí algunas herramientas. Puedes conservarlas o no. Siempre siento tener que renunciar a un martillo al que estoy acostumbrado, pero no dudo de que podré reemplazarlo tan pronto lleguemos a los lanzadonii. Dalanar siempre tiene buenas provisiones cerca de su vivienda. Dejaré mis martillos de hueso y algunas hojas. Pero conservaré una azuela y un hacha para cortar hielo.

Después se acercaron al rincón en que dormían; Jondalar preguntó:

—Ayla, ¿qué llevas?

—Está todo aquí, sobre la plataforma de dormir.

Jondalar vio el paquete misterioso entre sus otras cosas.

—Lo que hay ahí seguramente es muy valioso —dijo.

—Yo lo llevaré —dijo ella.

Madenia sonrió astutamente, complacida porque conocía el secreto. Eso hacía que se sintiera muy especial.

—¿Y qué dices de esto? —preguntó Jondalar, señalando otro envoltorio.

—Son regalos del Campamento del León —respondió Ayla, y lo abrió para mostrar su contenido a Jondalar. Él examinó la hermosa punta de lanza que Wymez había regalado a Ayla y la cogió para mostrársela a Laduni.

—Mira esto.

Era una hoja grande, más larga que la mano de Jondalar y tan ancha como su palma, pero con un grosor menor que la punta de su dedo meñique y ahusada hasta convertirse en un filo muy delgado en los bordes.

—Está trabajado por las dos caras —dijo Laduni, volviéndola de un lado y de otro —. Pero ¿cómo consiguió afinarla tanto? Creía que trabajar los dos lados de una piedra era una técnica tosca empleada en las hachas sencillas y en otras herramientas parecidas; pero ésta no es tosca. Es la mejor demostración de habilidad que he visto nunca.

—La fabricó Wymez —dijo Jondalar—. Ya te he dicho que era bueno. Calienta el pedernal antes de trabajarlo. El calor modifica la calidad de la piedra, facilita el desprendimiento de escamas finas, y de ese modo se consigue un filo tan delgado. No veo el momento de enseñársela a Dalanar.

—Estoy seguro de que lo apreciará —agregó Laduni.

Jondalar devolvió el objeto a Ayla y ella lo envolvió de nuevo con mucho cuidado.

—Creo que llevaremos una sola tienda, más bien como un cortavientos —observó Jondalar.

—¿Y qué te parece un lienzo para cubrir el suelo? —dijo Ayla.

—Tenemos una carga tan pesada de rocas y piedras, que detesto llevar más de lo necesario.

—Un glaciar es hielo. Quizá nos venga bien algo que cubra el suelo.

—Pienso que tienes razón —admitió Jondalar.

—¿Y estas cuerdas?

—¿Crees realmente que las necesitamos?

—Sugiero que las llevéis —dijo Laduni—. Las cuerdas pueden ser muy útiles.

—Si lo piensas así, aceptaré tu consejo —dijo Jondalar.

Habían apartado y ordenado todo lo posible la noche anterior; pasaron la tarde despidiéndose de la gente a la que habían llegado a apreciar tanto en el breve tiempo de su estancia. Verdegia se las arregló para hablar con Ayla.

—Ayla, quiero darte las gracias.

—No es necesario dármelas. Somos nosotros quienes se las debemos dar a todos los que están aquí.

—Me refiero a lo que has hecho por Madenia. Para ser sincera, no sé muy bien lo que hiciste ni qué le dijiste, pero sé que tu intervención cambió las cosas. Antes de

que vinieras, se ocultaba en un rincón oscuro y deseaba que le llegase la muerte. Ni siquiera aceptaba hablar conmigo y tampoco quería saber nada sobre el tema de convertirse en mujer. Yo temía que todo estuviese ya perdido. Ahora, casi ha vuelto a la situación anterior y ansía que llegue el momento de celebrar sus Primeros Ritos. Sólo ruega que no suceda nada que otra vez la lleve a cambiar de idea antes del verano.

—Creo que seguirá bien mientras la gente continúe apoyándola —dijo Ayla—. Como sabes, ésa ha sido la ayuda principal.

—De todos modos, deseo ver castigado a Charoli —dijo Verdegia.

—Supongo que todos lo desean. Ahora que la gente está dispuesta a buscarle, creo que recibirá su castigo. Madenia será vengada, tendrá sus Primeros Ritos y se convertirá en mujer. Verdegia, llegarás a tener nietos.

Por la mañana se levantaron temprano, dieron los últimos toques a sus cosas y volvieron a la caverna para tomar la última comida de la mañana con los losadunai. Allí estaban todos para despedirlos. Losaduna animó a Ayla a memorizar algunos versos más del antiguo saber, y casi se emocionó cuando ella le dio un abrazo de despedida. Después se fue rápidamente a conversar con Jondalar. Solandia no disimuló lo que sentía, y dijo a los dos viajeros que lamentaba verlos partir. Incluso Lobo parecía saber que no volvería a ver a los niños, y a éstos les sucedía lo mismo. Lamió la cara del más pequeño y, por primera vez, Micheri lloró.

Pero cuando salían de la caverna, Madenia sorprendió a Ayla y a Jondalar. Se había puesto el magnífico conjunto que Ayla le había regalado, se abrazó a ella e hizo un esfuerzo para no echarse a llorar. Jondalar le dijo que estaba muy hermosa, y lo afirmaba sinceramente. Las ropas le daban un aire de extraña belleza y de madurez, y sugerían la auténtica mujer que llegaría a ser algún día.

Mientras montaban en los caballos, ahora descansados y ansiosos de partir, volvieron los ojos hacia las personas que estaban alrededor de la entrada de la caverna; entre todas ellas, Madenia era la que más destacaba. Aún era joven, y mientras todos saludaban con la mano, las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Jamás olvidaré a ninguno de los dos —gritó, y después entró corriendo en la caverna.

Mientras se alejaban cabalgando, de vuelta al Río de la Gran Madre, que era apenas más que un arroyo, Ayla pensó que nunca olvidaría a Madenia ni a su gente. Jondalar también sentía la despedida, pero sus pensamientos se centraban en las dificultades que aún debían afrontar. Sabía que aún faltaba la parte más difícil de su viaje.

Capítulo 39

Jondalar y Ayla enfilaron hacia el norte, de regreso al Donau, el Río de la Gran Madre que había guiado sus pasos durante una parte tan considerable de su viaje. Cuando llegaron allí, viraron de nuevo hacia el oeste y continuaron siguiendo la corriente en dirección a sus comienzos, pero el gran curso de agua había cambiado su fisonomía. Ya no era un enorme y sinuoso caudal que corría con grave dignidad atravesando las llanuras, recibiendo innumerables afluentes y cantidades de sedimento, para dividirse después en canales y formar lagos cerrados.

Cerca de su fuente, era un río más claro y luminoso, una corriente más angosta y menos profunda que avanzaba sobre su ancho lecho de rocas y descendía deprisa por la empinada ladera de la montaña. Pero el camino de los viajeros hacia el oeste, a lo largo del río de rápido curso, se había convertido en un ascenso permanente cuesta arriba, un avance que les acercaba cada vez más a la cita inevitable con la espesa capa de hielo permanente que cubría la ancha y alta extensión de la accidentada meseta que tenían enfrente.

Las formas de los glaciares seguían los perfiles del suelo. Los que aparecían sobre las cumbres de las montañas eran irregulares promontorios de hielo; los que estaban en la parte inferior se extendían como grandes panes, con un espesor casi uniforme, elevándose un poco más en el centro y dejando detrás acumulaciones de grava y excavando depresiones que se convertían en lagos y estanques. En su límite más avanzado, el lóbulo más meridional de la vasta masa continental de hielo, cuyo extremo superior casi llano era tan alto como las montañas que estaban alrededor, quedaba separado por menos de cinco grados de latitud del punto en que hubiera podido reunirse con las estribaciones septentrionales de las montañas. El territorio entre las dos masas era el más frío de la Tierra.

A diferencia de los glaciares de las montañas, los ríos helados que se deslizaban lentamente por las laderas de las montañas, el hielo permanente de las tierras altas redondeadas y casi llanas —el glaciar que tanto inquietaba a Jondalar, y que aún se extendía al oeste de los dos viajeros— era un glaciar llano, una versión en miniatura de la capa grande y espesa de hielo que se extendía sobre las llanuras del continente hacia el norte.

Mientras Ayla y Jondalar continuaron caminando a lo largo del río, cada paso que daban les llevaba a terrenos más altos. Realizaban el ascenso muy atentos a dosificar las fuerzas de los caballos que iban muy cargados, y con mucha frecuencia los llevaban del ramal en lugar de montarlos. Ayla estaba especialmente preocupada por Whinney, que cargaba la parte más importante de las piedras para hacer fuego, que, según ellos esperaban, asegurarían la supervivencia de sus compañeros de viaje cuando cruzaran la superficie helada, un terreno en el que los caballos jamás se habrían aventurado por propia iniciativa.

Además de la angarilla de Whinney, los dos caballos transportaban pesados

bultos, aunque la carga puesta sobre el lomo de la yegua era más liviana, para compensar la molestia del artefacto que arrastraba. La carga de Corredor era una pila tan alta que a veces parecía engorrosa; pero incluso los equipajes de la mujer y el hombre eran pesados. Sólo el lobo se veía liberado de cargas adicionales, y Ayla ya había comenzado a examinar sus movimientos desenvueltos: también él podía llevar una parte del equipaje.

—Todo este esfuerzo para transportar piedras —comenzó Ayla por la mañana, mientras acomodaba su petate—. Si alguien nos viera subiendo por montañas con esta pesada carga de piedras, diría que somos bastante raros.

—Muchos más nos considerarían raros porque viajamos con dos caballos y un lobo —replicó Jondalar—, pero si deseamos encontrarlos mientras atravesamos el hielo, necesitamos viajar soportando la carga de las piedras. Y de una cosa podemos alegrarnos.

—¿De qué?

—De lo fácil que será la marcha una vez que hayamos pasado al lado opuesto.

El curso superior del río atravesaba el promontorio norte de la cadena de montañas del sur; era tan enorme que los viajeros apenas podían imaginarse esas proporciones inmensas. Los losadunai vivían en una región, exactamente al sur del río, formada por montañas, redondas y muy grandes, de piedra caliza, con amplias áreas de mesetas relativamente llanas, aunque desgastadas por la acción del viento y del agua; las alturas erosionadas tenían amplitud suficiente para ostentar relucientes coronas de hielo durante el año. Entre el río y las montañas había un paisaje de vegetación adormecida, que cubría una zona de piedra arenisca. A su vez, esta área estaba cubierta por un liviano manto de nieve invernal, que desdibujaba el límite inferior del hielo permanente, pero el resplandor del azul glaciar permitía apreciar su naturaleza.

Hacia el norte, al otro lado del río, el antiguo macizo cristalino se elevaba bruscamente, y la superficie ondulante estaba a veces dominada por grietas rocosas y cubiertas por rimeros de bloques de piedra, con altas hierbas entre ellos. Mirando al frente, hacia el oeste, algunas colinas redondeadas más altas, varias de ellas terminadas en pequeñas coronas de hielo propio, se extendían más allá del río helado, que no representaba un límite para el frío e iba a reunirse con el hielo de los riscos plegados más jóvenes de la cadena meridional.

El polvo seco de nieve sopló con menos frecuencia a medida que se acercaban a la parte más fría del continente, la región entre la extensión septentrional más lejana del glaciar de la montaña y las estribaciones más meridionales de las vastas sabanas de hielo que abarcaban el continente. Ni siquiera las ventosas estepas de loess de las planicies orientales, azotadas por el viento, podían alcanzar los rigores de ese frío cruel. La tierra se salvaba de la desolación de las láminas heladas sólo gracias a la influencia marítima moderadora del océano occidental.

El alto glaciar que ellos se proponían cruzar, sin el aire entibiado por el océano

descongelado, que mantenía a raya el avance del hielo, podría haberse extendido, y en ese caso hubiera sido imposible cruzarlo. La influencia marítima que permitía el paso a las estepas y las tundras occidentales también evitaba que los glaciares cubriesen el país de los zelandonii, y de ese modo quedaban a salvo de la pesada capa de hielo que cubría otras regiones situadas en la misma latitud.

Jondalar y Ayla recayeron fácilmente en su rutina de viajeros, aunque a veces Ayla tenía la sensación de que habían estado viajando eternamente. Ansiaba llegar al fin de ese viaje. Los recuerdos del tranquilo invierno en el refugio de tierra del Campamento del León irrumpían en su mente mientras avanzaban con mucha dificultad a través de la monótona uniformidad del paisaje invernal. Recordaba complacida pequeños incidentes y olvidaba el sufrimiento que había ensombrecido constantemente sus días cuando creía que Jondalar ya no la amaba.

Aunque tenían que obtener el agua por destilación, generalmente derritiendo el hielo del río más que la nieve —la región era un lugar sombrío y estéril, con pocas acumulaciones de nieve—, Ayla se dio cuenta de que el terrible frío tenía algunas ventajas. Los tributarios del Río de la Gran Madre eran más pequeños y estaban totalmente congelados, de modo que era más fácil cruzarlos. Pero invariablemente, los dos viajeros aprovechaban con preferencia los pasos que hallaban siguiendo la orilla derecha, a causa de los intensos vientos que soplaban a través de los valles, de los ríos y los arroyos. Esos golpes de nieve traían masas de aire gélido procedente de las zonas de alta presión de las montañas sureñas, con lo que el viento helado venía a sumarse al aire ya muy frío.

Temblando a pesar de la protección de las gruesas pieles, Ayla se sintió aliviada cuando, al fin, atravesaron un alto valle y alcanzaron la barrera protectora del terreno cercano, que era más alto.

—¡Tengo tanto frío! —dijo ella, entre los dientes que le castañeteaban—. Ojalá hiciera un poco de calor.

Jondalar se alarmó.

—¡Ayla, no pidas eso!

—¿Por qué no?

—Tenemos que cruzar el glaciar antes de que cambie el tiempo. Un viento tibio significa que sopla el viento que derrite la nieve y señala el fin de la estación. En ese caso tendríamos que dar un rodeo por el norte, a través de la región del clan. Eso nos llevaría mucho más tiempo y, como consecuencia de todas las dificultades creadas a esa gente por Charoli, no creo que nos ofrecieran una bienvenida muy cálida —dijo Jondalar.

Ayla asintió, en actitud comprensiva, y al mirar hacia el lado norte del río, después de estudiar cierta extensión del territorio, Ayla dijo:

—Tienen el mejor lado.

—¿Por qué dices eso?

—Incluso desde aquí puedes ver que hay llanuras que ofrecen buenos pastos, y que allí hay más animales para cazar. De este lado hay sobre todo pinos achaparrados, es decir, la tierra es arenosa y el pasto escaso, excepto en unos pocos lugares. Este lado está sin duda bastante más cerca del hielo y es más frío y menos fértil —explicó.

—Quizá tengas razón —dijo Jondalar, y pensó que la apreciación de Ayla era sagaz—. No sé cómo es en verano; estuve aquí tan sólo un invierno.

Ayla había juzgado con acierto. Los suelos de las planicies septentrionales del valle del gran río estaban formados principalmente por loess sobre un lecho de piedra caliza, y eran más fértiles que en el lado sur. Además, los glaciares de las montañas del sur estaban más cerca unos de otros, y de ese modo los inviernos eran más duros y los veranos más frescos, y la temperatura apenas alcanzaba el nivel necesario para derretir la nieve acumulada y eliminar la capa helada del invierno hasta el límite de la línea alcanzada el verano precedente, o casi. La mayor parte de los glaciares estaba ampliándose otra vez, lentamente, pero lo suficiente para señalar un cambio respecto a las condiciones actuales, con intervalos un poco más tibios, sin el retorno a períodos más fríos, de modo que la tierra asistía a un último avance glaciar antes de la prolongada fusión que dejaría el hielo reducido tan sólo a las regiones polares.

El estado de vida latente de los árboles impedía a menudo que Ayla tuviese seguridad acerca de la especie de cada uno, hasta que saboreaba el extremo de una ramita o un brote o un pedazo del interior de la corteza. Donde el aliso era especialmente abundante cerca del río y a lo largo de los valles inferiores de sus afluentes, ella sabía que hallaría bosques con suelo de turba cuando llegase el verano; donde se mezclaba con el sauce y el álamo, encontraría los lugares más húmedos, y el fresno ocasional, el olmo o el calpe, apenas más que matorrales leñosos, indicaban un suelo más seco. El roble enano, poco usual, que luchaba para sobrevivir en nichos más protegidos, apenas sugería los enormes bosques de robles que un día cubrirían una región de clima más templado. Los árboles faltaban por completo en los suelos arenosos de la región más elevada, en la que podían brotar únicamente brezos, aliagas, algunas hierbas, musgos y líquenes.

Incluso en el clima más riguroso prosperaban algunas aves y animales, abundaban los animales de las estepas y las montañas, adaptados al frío, y la caza era fácil. Rara vez usaban los suministros que les habían entregado los losadunai, pues de todos modos deseaban reservarlos para la travesía. Sólo cuando llegaran al desierto helado necesitarían depender exclusivamente de los recursos que llevaban consigo.

Ayla vio un búho pigmeo de la nieve, una especie poco usual, y se lo señaló a Jondalar. Se acostumbró a cazar la perdiz de los sauces, que tenía un sabor igual al de la perdiz de plumas blancas que él tanto apreciaba, sobre todo de la forma en que Ayla la preparaba. Su variada coloración le permitía camuflarse en un paisaje que no estaba totalmente cubierto por la nieve. Jondalar creyó recordar que había visto más nieve la última vez que había pasado por allí.

La región estaba influida tanto por el este continental cuanto por el oeste marítimo, y esa característica se manifestaba en la mezcla desusada de plantas y animales que rara vez vivían cerca unos de otros. Las pequeñas criaturas peludas eran un ejemplo que llamó la atención de Ayla, aunque durante la estación más fría las ratas, los hurones, los ratones de campo, ardillas terrestres y los hámsteres rara vez eran visibles, excepto cuando ella tropezaba con un nido en busca de los alimentos vegetales que esos animales almacenaban. Aunque a veces también capturaba los animales para alimento de Lobo o, sobre todo, si encontraba hámsteres gigantes, para los propios humanos. Los animales pequeños servían generalmente para alimento de las martas, los zorros y los pequeños gatos salvajes.

En las llanuras altas y a lo largo de los valles fluviales, a menudo avistaban a los mamuts lanudos, generalmente formando rebaños de hembras emparentadas, con algún macho que se les unía en busca de compañía, si bien en la estación fría los machos se agrupaban a menudo. Los rinocerontes eran invariablemente animales solitarios, excepto las hembras, que tenían una o dos crías. En las estaciones más cálidas, el bisonte, el uro y todas las variedades del ciervo, desde el megaceros gigante al pequeño y tímido corzo, eran numerosas, pero sólo el reno permanecía en el invierno. En cambio, el musmón, la gamuza y el íbice habían emigrado de su privado hábitat estival, y Jondalar nunca había visto tantos bueyes almizcleros.

Parecía ser un año en el que la población de bueyes almizcleros había alcanzado un momento culminante del ciclo. Al año siguiente descendería a un número mínimo, pero, entretanto, Ayla y Jondalar comprobaron que el lanzavenablos era muy útil. Cuando se veían amenazados, los bueyes almizcleros, y sobre todo los machos belicosos, formaban una apretada falange de cuernos inclinados que apuntaban hacia fuera desde un círculo, con el fin de proteger a los becerros y algunas hembras. Esta conducta era eficaz contra la mayor parte de los depredadores, pero no contra el lanzavenablos.

Sin necesidad de acercarse demasiado y correr el riesgo de una carga rápida y repentina, Ayla y Jondalar podían obtener presas entre los animales que defendían su territorio, y les apuntaban desde una distancia segura. Era casi demasiado fácil, aunque debían realizar lanzamientos precisos y con mucha fuerza, para tener la certeza de que la lanza traspasaba el denso pelaje.

Como podían elegir entre diferentes variedades de animales, no era frecuente que carecieran de alimento, y a menudo dejaban los pedazos de carne menos atractivos a otros carnívoros y a los carroñeros. No se trataba de despilfarro, sino de necesidad. La dieta de carne magra, con elevado contenido de proteínas, a menudo les dejaba insatisfechos, incluso cuando habían comido hasta hartarse. El revestimiento interior de las cortezas y la infusión preparada con las agujas y las ramitas de algunos árboles les aportaban un alivio siempre limitado.

Los humanos omnívoros podían mantenerse con distintos alimentos; las proteínas eran esenciales, pero ellas solas no eran suficientes. Se conocían casos de personas

que habían muerto por falta de proteínas si no podían ingerir, por lo menos, alguna sustancia vegetal o grasas. Como viajaban hacia el final del invierno, con muy escaso alimento vegetal, necesitaban grasa para sobrevivir; pero la estación estaba tan avanzada que los animales que cazaban ya habían consumido la mayor parte de sus propias reservas. Los viajeros seleccionaban la carne y los órganos internos que contenían más grasa y dejaban las partes flacas o se las daban a Lobo. Por lo demás, éste encontraba por sí mismo abundante alimento en los bosques y las llanuras que se extendían a lo largo del camino.

Otro animal que habitaba en la región era el caballo, y aunque lo veían con frecuencia, ni Jondalar ni Ayla podían decidirse a cazarlo. Sus compañeros de viaje se las arreglaban bastante bien con el pasto duro y seco, los musgos, los líquenes e incluso las ramitas y la corteza fina.

Ayla y Jondalar avanzaron hacia el oeste, siguiendo el curso de las aguas y desviándose ligeramente hacia el norte, acompañados por el macizo que atravesaba el río. Cuando el río se volvió hacia el sudoeste, Jondalar comprendió que estaban cerca. La depresión entre la antigua meseta norteña y las montañas del sur cobraba altura hasta llegar a un paisaje accidentado con abundancia de ásperas grietas. Atravesaron el lugar en el que tres arroyos se unían para formar el comienzo identificable del Río de la Gran Madre, y después cruzaron y siguieron a lo largo de la orilla izquierda del curso medio, es decir, la Madre Intermedia. Era el recorrido que, según había oído decir Jondalar, correspondía al verdadero Río de la Madre, aunque una cualquiera de las tres ramas podría haber representado ese papel.

La llegada a lo que era realmente el comienzo del gran río no se vio acompañada por la experiencia profunda que Ayla se había imaginado. El Río de la Gran Madre no nacía en un lugar claramente definido, como el gran mar interior en el que desembocaba. No había un comienzo visible, e incluso el límite del territorio septentrional, considerado como una región de cabezas chatas, no estaba bien definido; pero Jondalar tenía la sensación de que conocía la región en la cual se encontraba. Pensó que estaban cerca del borde del verdadero glaciar, aunque habían estado caminando sobre nieve durante cierto tiempo y era difícil saber a qué atenerse.

Aunque estaban a media tarde, comenzaron a buscar un sitio para establecer el campamento; atravesaron el lugar en busca de la orilla derecha del afluente más alto. Decidieron detenerse poco después, a escasa distancia del valle de un arroyo bastante ancho que venía del lado norte.

Cuando Ayla vio una franja de grava que corría junto al río, se detuvo para recoger algunas piedras redondas y lisas que eran muy adecuadas para su honda, y las guardó en su saquito. Pensó que podía salir a cazar la perdiz blanca o la liebre blanca más avanzada ya la tarde o quizá a la mañana siguiente.

Los recuerdos de su breve estancia con los losadunai ya estaban desdibujándose,

reemplazados por la inquietud que les provocaba el glaciar; ésa era la preocupación de Jondalar. A pie y con una pesada carga, habían viajado más lentamente de lo planeado; temía que el fin del largo invierno llegase demasiado rápido. La llegada de la primavera siempre era previsible, pero éste era un año en que esperaba que la estación se retrasara.

Descargaron los caballos y organizaron el campamento. Como era temprano, decidieron salir a buscar carne fresca. Entraron en un lugar relativamente boscoso y encontraron huellas de ciervo, un hecho que les sorprendió a ambos e inquietó a Jondalar. Abrigaba la esperanza de que el regreso del ciervo fuese un signo de que pronto llegaría la primavera. Ayla hizo una señal a Lobo y los tres continuaron atravesando el bosque en fila india, con Jondalar delante. Ayla le seguía de cerca y Lobo venía detrás. Ella no deseaba que se abalanzara y asustase a la presa.

Siguieron la pista a través de los bosques abiertos hacia un alto saliente que bloqueaba la visión al frente. Ayla vio que Jondalar aflojaba los músculos y que caminaba más tranquilo; comprendió la razón cuando las huellas del ciervo demostraron que había saltado a un costado. Era evidente que algo le había asustado.

Los dos se pararon en seco al oír el gruñido ronco de Lobo. El animal había escuchado algo y los dos humanos solían respetar sus reacciones. Ayla estaba segura de que percibía el ruido y algunos movimientos que venían del lado opuesto de la gran roca que emergía de la tierra y les cerraba el paso. Ella y Jondalar se miraron; el hombre también lo había oído. Se adelantaron lentamente, y moviéndose subrepticiamente, rodearon el saliente. Entonces oyeron voces, el ruido de algo que caía pesadamente y casi al mismo tiempo un grito de dolor.

En el grito había algo que provocó un escalofrío en la espalda de Ayla; era un escalofrío de reconocimiento.

—¡Jondalar! ¡Alguien está en dificultades! —dijo, abalanzándose para rodear la piedra.

—¡Espera, Ayla! ¡Puede ser peligroso! —le advirtió él, pero ya era demasiado tarde. Aferrando su lanza, corrió para alcanzarla.

Cuando terminaron de rodear el saliente rocoso, vieron a varios jóvenes debatiéndose con alguien que estaba en el suelo y que intentaba rechazarlos sin mucho éxito. Otros hacían brutales comentarios a un hombre que estaba de rodillas y trataba de cubrir a una persona a la que dos más intentaban sujetar.

—¡Deprisa, Danasi! ¿Cuánta ayuda necesitas? Ésta se resiste.

—Quizá necesite ayuda para encontrar el lugar. En realidad, no sabe qué hacer con eso.

—Entonces, que ceda el sitio a otro.

Ayla entrevió la imagen de un mechón de cabellos rubios, y con un irritado sentimiento de disgusto, comprendió que estaban sujetando a una mujer y también advirtió lo que intentaban hacer. Mientras corría hacia ellos, tuvo otra visión. Quizá era la forma de una pierna o de un brazo, o el sonido de una voz, pero de pronto

comprendió que era una mujer del clan… ¡una mujer rubia del clan! Se asombró, pero sólo por un momento.

Lobo estaba gruñendo, ansioso, pero observaba a Ayla y se contenía.

—¡Seguramente es la banda de Charoli! —dijo Jondalar, y se acercó por detrás a Ayla.

Dejó caer al suelo su mochila con el lanzavenablos; después de dar algunos pasos, llegó hasta los tres hombres que agredían a la mujer. Cogió al que estaba más cerca por la espalda y el cuello de la chaqueta y le separó de la mujer. Después se volvió; cerró el puño y lo descargó en la cara del hombre. Éste cayó al suelo. Los dos restantes miraron asombrados y después soltaron a la mujer y se volvieron para atacar al desconocido. Uno le saltó sobre la espalda, mientras el otro le golpeaba la cara y el pecho. El hombre corpulento se sacudió al que tenía en la espalda, recibió un fuerte golpe en el labio y contestó con un poderoso puñetazo al estómago del que estaba enfrente.

La mujer rodó por el suelo y retrocedió para alejarse cuando los dos hombres se lanzaron sobre Jondalar; después se incorporó y corrió hacia el otro grupo de hombres que se peleaban. Mientras un hombre se doblaba por la cintura, a causa del dolor, Jondalar se volvió hacia el otro. Ayla advirtió que el primero trataba de incorporarse.

—¡Lobo! ¡Ayuda a Jondalar! ¡Ataca a esos hombres! —dijo, haciendo una señal al animal.

El corpulento lobo se sumó entusiastamente a la pelea, mientras Ayla dejaba caer su alforja al mismo tiempo que retiraba su honda de la cabeza y buscaba piedras en el saquito. Uno de los tres hombres había caído de nuevo; Ayla vio que otro, con una expresión de terror en los ojos, alzaba un brazo para defenderse del enorme lobo que se le venía encima. El animal saltó sobre las partes traseras, hundió los dientes en la manga de una gruesa chaqueta de invierno; arrancó la manga, mientras Jondalar descargaba un fuerte puñetazo en la mandíbula del tercero.

Ayla puso una piedra en el retén de su honda y dirigió su atención al otro grupo de hombres que se debatían. Uno había elevado un garrote de hueso, lo sostenía con las dos manos y se disponía a descargarlo. La joven disparó deprisa la piedra y vio cómo el hombre del garrote caía al suelo. Otro, que sostenía, amenazador, una lanza sobre alguien que estaba en el suelo, vio caer a su amigo con una mirada de incredulidad. Meneó la cabeza y no vio la segunda piedra que ya llegaba por el aire: dejó escapar un alarido de dolor cuando sufrió el impacto. La lanza cayó al suelo y el hombre se cogió el brazo herido.

Seis hombres habían estado luchando con el que se hallaba en el suelo y, a pesar de todo, se habían visto en dificultades. La honda de Ayla había eliminado a dos; la mujer atacada estaba golpeando a un tercero, con bastante buen resultado. El hombre levantaba los brazos para defenderse. Otro, que se había acercado demasiado al hombre a quien intentaba sujetar, salió despedido por un potente puñetazo.

Retrocedió trastabillando. Ayla ya tenía preparadas dos piedras más. Disparó una, apuntando a un muslo musculoso, pero no tan vital, y de ese modo dio oportunidad al caído —un miembro del clan, como Ayla había sospechado—. Aunque él estaba sentado, agarró al hombre que tenía más cerca, lo elevó en el aire y lo arrojó sobre otro hombre.

La mujer del clan renovó su ataque frenético y, finalmente, consiguió apartar al hombre con quien había estado combatiendo. Aunque no estaban acostumbradas a pelear, las mujeres del clan eran tan fuertes como sus hombres, en proporción a su físico; aunque ella había optado por someterse en lugar de combatir para defenderse de un hombre que deseaba abusar de ella y aliviar de ese modo sus necesidades, esta mujer se había visto impulsada a luchar en defensa de su compañero herido.

Pero ninguno de los jóvenes sentía deseos de continuar combatiendo. Uno yacía inconsciente cerca de la pierna del hombre del clan; de una herida que tenía en la cabeza manaba sangre que le manchaba los sucios cabellos rubios; ahora comenzaba a formarse en su cabeza una inflamación descolorida. Otro se frotaba el brazo y miraba hostil a la mujer que tenía lista su honda. Los otros estaban heridos y golpeados, uno con un ojo que comenzaba a hincharse y se cerraba. Los tres que habían atacado a la mujer permanecían encogidos, formando un grupo en el suelo, las ropas desgarradas, temerosos del lobo que los vigilaba mostrando los colmillos y emitiendo un amenazador rezongo.

Jondalar, que había recibido algunos golpes aunque parecía no notarlo, se acercó para comprobar que Ayla estaba ilesa; después miró de cerca al hombre tendido en el suelo y comprendió de pronto que se trataba de un miembro del clan. Se había dado cuenta desde el momento en que entraron en la escena, pero su aspecto no le había impresionado hasta entonces. Se preguntó por qué el hombre continuaba acostado. Apartó al atacante inconsciente y le obligó a volverse; respiraba. Entonces comprendió por qué el hombre del clan no se incorporaba.

La razón saltaba a la vista. El muslo de la pierna derecha, exactamente encima de la rodilla, formaba un ángulo antinatural. Jondalar lo miró impresionado. Con una pierna rota, había rechazado a seis hombres. Sabía que los cabezas chatas eran fuertes, pero nunca había comprobado hasta dónde llegaban su fuerza y su decisión. Seguramente sufría mucho, pero no lo demostraba.

De pronto, otro hombre, que no había participado en ninguna de las peleas, apareció ante ellos. Paseó la mirada por el maltratado grupo y enarcó el ceño. Todos los jóvenes parecieron encogerse incómodos a la vista del desprecio que el recién llegado manifestaba. No sabían cómo explicar lo que había sucedido. Un momento antes estaban maltratando a los dos cabezas chatas que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino, divirtiéndose con ellos; poco después estaban a merced de una mujer que podía arrojar piedras muy duras, de un hombre robusto con los puños duros como rocas y del lobo más corpulento que habían visto nunca. Sin hablar de los dos cabezas chatas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el recién llegado.

—Tus hombres han recibido por fin un poco de lo que merecen —dijo Ayla—. Y ahora te toca a ti el turno.

La mujer era una total desconocida. ¿Cómo sabía que aquélla era su banda o tenía el más mínimo indicio de lo que ellos hacían? Hablaba en la lengua del recién llegado, pero tenía un acento extraño; el hombre se preguntó quién podía ser. La mujer del clan volvió la cabeza al oír la voz de Ayla y la examinó atentamente, aunque de eso no se percató nadie. El hombre con la inflamación en la cabeza estaba despertando y Ayla fue a comprobar la gravedad de su herida.

—Apártate de él —dijo el recién llegado, pero su bravuconada se vio desmentida por el temor que ella percibió en la voz.

Ayla se detuvo, miró sin disimulo al hombre y comprendió que su advertencia había sido formulada en beneficio del grupo de individuos y no porque le preocupase especialmente el herido.

Ella continuó examinándole.

—Sentirá dolor de cabeza durante unos días, pero se repondrá. Si yo me hubiese propuesto seriamente herirle, no habría resistido. Estaría muerto, Charoli.

—¿Cómo conoces mi nombre? —barbotó el joven, atemorizado, pero tratando de disimularlo. ¿Cómo era posible que aquella desconocida supiese quién era?

Ayla se encogió de hombros.

—Sabemos más que tu nombre.

Miró en dirección al hombre y la mujer del clan. La mayoría de la gente hubiera dicho que se mantenían impasibles, pero Ayla apreció la impresión y la incomodidad que estaban experimentando en los sutiles matices de su expresión y de su postura. Miraban cautelosamente a la gente de los Otros y trataban de comprender el extraño sesgo que habían tomado los hechos.

Por el momento, pensó el hombre, parecía que no corrían peligro de nuevos ataques, pero ese hombre corpulento, ¿por qué les había ayudado… o parecía ayudarles? ¿Por qué un hombre de los Otros luchaba contra hombres de su propia clase para ayudarles? ¿Y la mujer? En el supuesto de que fuese una mujer. Usaba un arma, un arma que él comprendía, mejor que la mayoría de los hombres a quienes había conocido en su vida. ¿Qué clase de mujer usaba un arma? ¿Contra hombres de su propia clase? Pero más inquietante incluso era el lobo, un animal que parecía amenazador frente a los hombres que habían estado atacando a su mujer…, su nueva mujer, que era muy especial. Quizá el hombre alto tenía un tótem del Lobo, pero los tótems eran espíritus, y ése era un lobo auténtico. En definitiva, él sólo podía esperar. Dominar el dolor que sufría y esperar.

Al ver la extraña mirada que el hombre del clan dirigía a Lobo y adivinar sus temores, Ayla decidió provocar de una sola vez todas las conmociones. Emitió un silbido, un sonido claro e imperativo que se asemejaba a la llamada de un pájaro, aunque fuera de un pájaro que nadie había oído jamás. Todos la miraron, expectantes,

pero como nada sucedió inmediatamente, se tranquilizaron. Se habían apresurado. Apenas transcurridos unos momentos, oyeron el ruido de cascos; después dos caballos dóciles, una yegua y un corcel castaño bastante peculiar, aparecieron y se acercaron directamente a la mujer.

El hombre del clan se inquietó: ¿Qué era aquel fenómeno tan extraño? ¿Acaso él estaba muerto y había llegado al mundo de los espíritus?

Pareció que los caballos atemorizaban más a los jóvenes que a los otros miembros del clan. Aunque lo ocultaban tras el sarcasmo y la bravata, incitándose unos a otros a poner en práctica acciones cada vez más atrevidas y degradantes, todos y cada uno sentían en lo más profundo de su ser una tensa sensación de culpa y miedo. Cada uno de ellos estaba seguro de que llegaría el momento en que serían descubiertos y tendrían que responder por sus actos. Algunos en realidad lo deseaban; estaban ansiosos por terminar de una vez antes de que las cosas empeorasen, si ya no era demasiado tarde.

Danasi, el que había soportado las burlas de sus compañeros porque tenía dificultades para someter a la mujer, había comentado el caso con dos de ellos, en quienes tenía más confianza. Las mujeres cabezas chatas eran una cosa, pero aquella niña, que ni siquiera era todavía una mujer, y que gritaba y se debatía… Por supuesto que en aquel momento había sido excitante —a esa edad las mujeres eran siempre excitantes—, pero después se había sentido avergonzado y temeroso del castigo de Duna. ¿Qué les haría Ella a los jóvenes?

Y ahora, de pronto, aquí llegaba una mujer, una desconocida, con un corpulento hombre de cabellos rubios —¿no decían que Su Amante era más alto y más rubio que los restantes hombres?— ¡y un lobo! Y caballos que la obedecían. Nadie la había visto antes y, sin embargo, ella sabía quiénes eran los jóvenes. Tenía un modo extraño de hablar, sin duda venía desde muy lejos, pero conocía la lengua que ellos hablaban. ¿Hablaban del lugar de donde ella venía? ¿Era una dunai? ¿Un espíritu de la Madre en forma humana? Danasi se estremeció.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Charoli—. No te hemos molestado. Sólo nos divertíamos un poco con estos cabezas chatas. ¿Qué tiene de malo entretenerse un poco con unos animales?

Jondalar vio que Ayla se contenía a duras penas.

—¿Y Madenia? —preguntó Jondalar—. ¿También ella era un animal?

¡Lo sabían! Los jóvenes se miraron; después volvieron los ojos hacia Charoli, buscando alguna orientación. El acento del hombre no era idéntico al de la mujer. Él hablaba zelandoni. Si los zelandonii lo sabían, ellos no podrían ir a ocultarse allí en caso de necesidad, fingiendo que realizaban un viaje, según lo tenían planeado. ¿Quién más lo sabía? ¿Habría algún lugar donde ir?

—Estas personas no son animales —dijo Ayla, con una fría cólera que atrajo la atención de Jondalar. Nunca la había visto tan irritada, pero se dominaba tanto que él no sabía muy bien si los jóvenes comprendían la situación—. Si fueran animales,

¿intentaríais siquiera forzarlos? ¿Forzáis a los lobos? ¿O a los caballos? No, estáis buscando una mujer, y ninguna mujer os quiere. Éstas son las únicas mujeres que podéis encontrar —dijo—. Pero estas personas no son animales. —Miró a la pareja de miembros del clan—. ¡Vosotros sois los animales! ¡Vosotros sois hienas! Con los andrajos que huelen mal, que huelen a la perversidad que almacenáis. Lastimando a la gente, forzando a las mujeres, robando lo que no os pertenece. Os advierto que si no regresáis ahora, lo perderéis todo. No tendréis familia, ni caverna, ni pueblo, y nunca habrá una mujer en el hogar de ninguno de vosotros. Pasaréis la vida como las hienas, siempre recogiendo las sobras de otros y obligados a robar a su propia gente.

—¡Sabe también eso! —dijo uno de los hombres.

—¡No digas nada! —ordenó Charoli—. No lo saben, a lo sumo, están adivinando.

—Lo sabemos —dijo Jondalar—. Todos lo saben.

Su dominio de la lengua no era perfecto, pero lo que decía estaba muy claro.

—Es lo que vosotros decís, pero ni siquiera os conocemos —dijo Charoli—. Tú eres un forastero, ni siquiera eres losadunai. No regresaremos. No necesitamos de nadie. Tenemos nuestra propia caverna.

—¿Por eso necesitáis robar comida y forzar a las mujeres? —preguntó Ayla—. Una caverna sin mujeres en el hogar no es una caverna.

Charoli trató de adoptar un tono indiferente.

—No tenemos por qué escuchar esto. Tomaremos lo que necesitemos y cuando lo necesitemos…, alimentos o mujeres. Nadie nos detuvo antes y nadie nos detendrá ahora. Vamos, salgamos de aquí —ordenó, volviéndose para iniciar la retirada.

—¡Charoli! —gritó Jondalar, llamando al joven y alcanzándole con unos pocos pasos.

—Tengo que darte algo —dijo el hombre.

Y entonces, sin advertencia, Jondalar cerró el puño y lo descargó en la cara de Charoli. La cabeza de Charoli cayó hacia atrás y el joven se elevó en el aire a causa del golpe demoledor.

—¡Eso es por Madenia! —dijo Jondalar, mirando al hombre tendido en el suelo. Después, dio media vuelta y se alejó.

Ayla miró al aturdido joven. Un hilo de sangre le corría desde la comisura de los labios, pero no intentó ayudarle. Dos de sus amigos le sostuvieron y consiguieron que se incorporase. Después, Ayla desvió su atención hacia el grupo de jóvenes y examinó individualmente a cada uno. Formaban una banda lamentable, desaliñados y sucios, las ropas desgarradas y mugrientas. Las caras demacradas reflejaban también el hambre. No podía extrañar que hubiesen robado comida. Necesitaban la ayuda y el apoyo de la familia y los amigos de una caverna. Quizá la vida desenfrenada de vagabundeo con la banda de Charoli había comenzado a parecerles menos atractiva y estaban preparados para regresar.

—Están buscándoos —dijo—. Todos, incluso Tomasi, que es pariente de Charoli, coinciden en que ya habéis llegado demasiado lejos. Si regresáis a vuestras cavernas

y aceptáis vuestro merecido, podéis tener la oportunidad de reuniros nuevamente con vuestras familias. Si esperáis a que os encuentren, las cosas se pondrán peor para vosotros.

«¿Era por eso por lo que Ella había venido?, Danasi pensó: ¿Ha venido para avisarnos antes de que sea demasiado tarde?». Si regresaban antes de que dieran con ellos y ellos, por su parte, trataban de pagar sus culpas, ¿las cavernas los aceptarían?

Después que se retiró la banda de Charoli, Ayla se aproximó a la pareja del clan. Habían contemplado con asombro tanto el enfrentamiento directo de Ayla con los hombres como el puñetazo final de Jondalar, que había derribado al otro. Los hombres del clan nunca castigaban a otros hombres del clan, pero todos los hombres de los Otros eran personajes extraños. Se parecían a los hombres, pero su comportamiento no era el de los hombres, y eso valía sobre todo para el hombre que había sido golpeado. Todos los clanes conocían su existencia, y el hombre tendido en el suelo debía reconocer que experimentaba cierta satisfacción al presenciar cómo les humillaban. Pero se sintió más satisfecho cuando vio que todos desaparecían.

Ahora deseaba que los dos restantes también se alejasen. La intervención de esos dos había sido tan inesperada que se sentía incómodo. Sólo deseaba retornar a su clan, aunque ignoraba cómo lo conseguiría con una pierna rota. La actitud que Ayla adoptó a continuación sorprendió completamente al hombre y a la mujer. Incluso Jondalar pudo percibir la atónita confusión de ambos. Ayla se sentó grácilmente, con las piernas cruzadas, frente al hombre y, en una actitud modesta, clavó los ojos en el suelo.

Jondalar se sorprendió. Ella había hecho lo mismo con él en ciertas ocasiones, generalmente cuando tenía algo importante que decirle y se sentía frustrada porque no podía hallar las palabras apropiadas para expresarse, pero ésta era la primera vez que él la veía adoptar esa postura en un contexto como aquél. Era un gesto de respeto. Estaba solicitando permiso para hablarle, pero el hombre de elevada estatura se asombró de ver a Ayla, que era tan eficaz e independiente, acercarse a este cabeza chata, ese hombre del clan, con tanta deferencia. Ayla había intentado explicar cierta vez a Jondalar que eso era cortesía y tradición, el modo en que ellos hablaban y que no implicaba necesariamente una actitud humillante; pero Jondalar no conocía ninguna mujer zelandonii o, para el caso, de otro pueblo cualquiera, que se aproximase de ese modo a nadie, fuese hombre o mujer.

Ayla permaneció sentada pacientemente, esperando que el herido le tocase el hombro; ni siquiera estaba segura de que el lenguaje de los signos de esa gente del clan fuese idéntico al lenguaje del clan que la había criado. La distancia entre ellos era grande, y esta gente tenía un aspecto distinto. Pero ella había descubierto semejanzas en las lenguas habladas, aunque cuanto mayor era la distancia que separaba a dos grupos de personas, menos se parecía la lengua. Sólo podía abrigar la

esperanza de que el lenguaje de los signos de este pueblo también fuese análogo.

Pensó que la lengua de los gestos, como gran parte de su saber y sus esquemas operativos, provenía de sus recuerdos, de los recuerdos raciales, afines al instinto, con los cuales nacía cada niño. Si esta gente del clan tenía los mismos comienzos antiguos que la que ella había conocido, su lengua debía ser, por lo menos, análoga.

Mientras esperaba nerviosamente, comenzó a preguntarse si ese hombre tendría una mínima idea de lo que ella intentaba hacer. De pronto, sintió un toque en el hombro y respiró hondo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que ella habló con gente del clan; no lo había hecho desde la maldición… Tenía que olvidar aquello. No podía permitir que esta gente supiera que ella estaba muerta por lo que se refería al clan, pues en ese caso dejarían de mirarla, exactamente como si no existiese. Miró al hombre y los dos se estudiaron atentamente.

Él no pudo ver ningún signo del clan en ella. Era una mujer de los Otros. No se asemejaba a esos que parecían extrañamente deformados por una mezcla de espíritus, al estilo de tantos que nacían en aquellos tiempos. Pero ¿dónde había aprendido esta mujer de los Otros el modo preciso de dirigirse a un hombre?

Ayla no había visto una cara del clan desde hacía muchos años; la de este hombre era una auténtica cara del clan, pero de ningún modo se asemejaba a las caras de la gente que ella había conocido. Los cabellos y la barba eran de un color castaño más claro y parecían suaves, y no tan rizados. También tenía los ojos más claros, castaños, y no los ojos profundos y líquidos, casi negros, de la gente de Ayla. Sus rasgos eran más acentuados, más enérgicos; el entrecejo era más grueso, la nariz más perfilada, la cara más alargada; se diría incluso que la frente retrocedía más bruscamente y que tenía la cabeza más larga. En cierto modo, podía decirse que parecía más clan que el clan de Ayla.

Ayla comenzó a hablar con los gestos y las palabras de la lengua cotidiana del clan de Brun, la lengua del clan que ella había aprendido en su niñez. Enseguida se vio que él no entendía. Entonces, el hombre emitió algunos sonidos. Tenían el tono y la calidad de voz del clan, más bien gutural, casi sorbiendo las vocales, y Ayla trató esforzadamente de entender.

El hombre tenía una pierna rota y ella deseaba ayudarle, pero también quería saber más de esta gente del clan. En cierto modo, ella se sentía más cómoda con ellos que con la gente de los Otros. Pero para ayudarle necesitaba comunicarse con él, necesitaba que él comprendiese. El hombre habló de nuevo y trazó signos. Daba la impresión de que los gestos debían ser conocidos, pero Ayla no lograba descifrarlos, y los sonidos de sus palabras no le parecían en absoluto conocidos. ¿Quizá la lengua del clan de Ayla era tan distinta que no podía comunicarse con los clanes de esa región?

Capítulo 40

Ayla buscó la forma de hacerse entender por el hombre del clan y volvió los ojos hacia la mujer, que estaba sentada muy cerca y que parecía nerviosa y conmovida. Después recordó el encuentro del clan y ensayó la lengua antigua, formal y básicamente silenciosa, que se utilizaba para invocar el mundo de los espíritus y comunicarse con otros clanes que tenían una lengua común distinta.

El hombre asintió y esbozó un gesto. Ayla experimentó un gran alivio cuando descubrió que entendía al otro; también experimentó una profunda excitación. ¡Esta gente tenía los mismos orígenes que su clan! En algún momento, en un pretérito muy lejano, este hombre tenía los mismos antepasados que Creb e Iza. Con una súbita percepción, Ayla evocó una visión extraña y supo que también ella compartía raíces aún más antiguas con él; pero la estirpe de Ayla se había separado, había seguido un camino distinto.

Jondalar observó, fascinado, cuando comenzaron a hablar por medio de signos. Era difícil seguir los movimientos rápidos y fluidos que realizaban y que provocaban en Jondalar la sensación de que esa lengua tenía una complejidad y una sutileza mucho mayores de lo que él había supuesto. Cuando Ayla enseñó a la gente del Campamento del León parte del lenguaje de signos del clan, de manera que Rydag pudiese comunicarse con ellos por primera vez en su vida —es decir, la lengua formal, porque el jovencito podía aprenderla más fácilmente—, les había transmitido sólo los rudimentos básicos. Al muchacho siempre le había gustado hablar con ella más que con otras personas. Jondalar había sospechado que Rydag podía comunicarse más plenamente con Ayla, pero ahora comenzaba a comprender la amplitud y la profundidad de la lengua.

Ayla se quedó sorprendida cuando el hombre omitió algunos formalismos de la presentación. No definió nombres, lugares ni líneas de parentesco.

—Mujer de los Otros, este hombre quiere saber dónde aprendiste a hablar.

—Cuando esta mujer era una niña pequeña, su familia y su pueblo desaparecieron en un terremoto. Esta mujer fue criada por un clan —explicó Ayla.

—Este hombre no conoce ningún clan que haya recogido una niña de los Otros —dijo el hombre con el lenguaje de los signos.

—El clan de esta mujer vive muy lejos. ¿El hombre conoce el río llamado por los Otros la Gran Madre?

—Es el límite —dijo el hombre con un gesto impaciente.

—El río continúa mucho más lejos de lo que sabe la mayoría; desemboca en un gran mar, allá lejos, hacia el este. El clan de esta mujer vive más allá del fin de la Gran Madre —dijo Ayla por medio de señas.

Él miraba incrédulo y ahora la examinó atentamente. Sabía que, a diferencia del pueblo del clan, cuyo lenguaje incluía la interpretación de los movimientos y los gestos corporales inconscientes, lo cual, a su vez, casi imposibilitaba decir una cosa y

pensar otra diferente, el pueblo de los Otros, que hablaba con sonidos, era distinto. No estaba seguro respecto a Ayla; no advertía signos de disimulo, pero el relato de la joven parecía muy exagerado.

—Esta mujer estuvo viajando desde el comienzo de la última estación cálida —agregó Ayla.

Él se impacientó de nuevo y Ayla comprendió que sufría intensamente.

—¿Qué desea la mujer? Otros se marcharon. ¿Por qué la mujer no se va?

Él sabía que Ayla probablemente le había salvado la vida y había ayudado a su compañera; y eso significaba que había contraído una obligación con Ayla; de modo que ahora eran casi parientes. La idea le inquietaba.

—Esta mujer es hechicera. Esta mujer examinará la pierna del hombre —explicó Ayla.

Él emitió un rezongo despectivo.

—La mujer no puede ser hechicera. La mujer no pertenece al clan.

Ayla no discutió. Reflexionó un momento y después probó otro enfoque.

—Esta mujer hablará al hombre de los Otros —siguió. Él asintió para indicar que estaba de acuerdo. Ayla se puso en pie y después se alejó caminando hacia atrás, antes de volverse para hablar con Jondalar.

—¿Puedes comunicarte bien con él? —preguntó Jondalar—. Sé que haces todo lo posible, pero el clan con el cual viviste está tan lejos que me pregunto si realmente estáis consiguiendo algo.

—Comencé usando la lengua cotidiana de mi clan y no pudimos entendernos. Hubiera debido suponer que sus palabras y sus signos usuales no podían ser los mismos, pero cuando apelé a la antigua lengua formal no encontramos dificultades para comunicarnos —explicó Ayla.

—¿Te he entendido bien? ¿Estás diciendo que el clan puede comunicarse de un modo que todos comprenden? ¿No importa dónde vivan? Es difícil aceptar eso.

—Me imagino que sí —dijo Ayla—. Pero conservan en sus recuerdos el modo antiguo.

—¿Quieres decir que nacen sabiendo el modo de hablar así? ¿Todos los niños lo saben?

—No es exactamente eso. Nacen con su recuerdo, pero es necesario «enseñarles» el modo de usarlo. No sé muy bien cómo funciona, yo no tengo esos recuerdos, pero se trata, en todo caso, de inducirles a «recordar» lo que saben. Generalmente es suficiente recordárselo una vez y después ya saben. Por eso algunos de ellos creían que yo no era muy inteligente. Aprendía con mucha lentitud, hasta que descubrí el modo de memorizar deprisa, e incluso entonces no era fácil. Rydag tenía los recuerdos, pero nadie estaba allí para enseñarle…, para llevarle a evocar esos recuerdos. Por eso no conoció el lenguaje de los signos hasta que yo intervine.

—¿Tú, lenta para aprender? ¡Nunca conocí a nadie que aprendiese una lengua tan deprisa! —dijo Jondalar.

Ella rechazó el comentario con un encogimiento de hombros.

—Esto es distinto. Creo que los Otros tienen cierto tipo de memoria para el lenguaje con palabras, pero nosotros aprendemos a pronunciar los sonidos de los que están alrededor. Para aprender una lengua distinta, sólo tienes que memorizar otra serie de sonidos y, a veces, otro modo de unirlos —dijo Ayla—. Incluso si no eres perfecto, puedes entender a los demás. El lenguaje del clan es más difícil para nosotros, pero la comunicación no es el problema que ahora se me presenta. El problema está en la obligación.

—¿La obligación? No entiendo —preguntó Jondalar.

—Soporta un dolor terrible, aunque jamás lo manifestará. Deseo ayudarle. Quiero arreglar esa pierna. No sé cómo conseguirán retornar a su clan, pero podemos ocuparnos de eso más tarde. Ante todo, necesito curarle la pierna. Pero ya está en deuda con nosotros y sabe que si puedo entender su lengua, conozco la obligación. Si admite que salvamos su vida, se supone que eso implica un parentesco. No quiere debernos más —dijo Ayla, tratando de explicar con la mayor sencillez posible una relación muy compleja.

—¿Y qué es una deuda que implica parentesco?

—Es una obligación… —Ayla intentó buscar una forma de decirlo que aclarase el concepto—. Se establece generalmente entre los cazadores de un clan. Si un hombre salva la vida de otro, «posee» una parte del espíritu del otro. El hombre que hubiese muerto entrega una parte para recuperar la vida. Cuando un hombre no desea que una parte de su espíritu muera, es decir, no quiere caminar por el otro mundo antes de morir, si un hombre se adueña de una parte de su espíritu, hará todo lo posible para salvar la vida de ese hombre. Por tanto, son parientes y mantienen una relación más estrecha que la que existe entre hermanos.

—Eso tiene sentido —agregó Jondalar, asintiendo.

—Cuando los hombres cazan juntos —continuó diciendo Ayla—, tienen que ayudarse unos a otros y a menudo unos salvan la vida de otros. Esa situación los convierte en parientes, un parentesco que trasciende los vínculos de familia. Los cazadores de un clan deben estar emparentados, pero el parentesco propio de la familia no puede ser más fuerte que el vínculo entre los cazadores, porque éstos no pueden favorecer a unos en detrimento de otros. Todos dependen inevitablemente unos de otros.

—Hay mucha sensatez en todo eso —admitió Jondalar, en actitud reflexiva.

—Se dice que hay una deuda de parentesco. Este hombre no conoce las costumbres de los Otros y no tiene una elevada opinión de lo que en realidad conoce.

—Después de la experiencia con Charoli y su banda, ¿quién puede criticarle?

—Se trata de algo mucho más importante que eso, Jondalar. Pero, en definitiva, no le gusta estar en deuda con nosotros.

—¿Te ha dicho todo eso?

—No, es claro que no, pero el lenguaje del clan no se limita a los signos trazados

con las manos. Es el modo de sentarse de una persona, cómo está de pie, las expresiones de su cara, detalles insignificantes, pero que tienen su importancia. Crecí en un clan. Esas cosas son parte de mí tanto como lo son de él. Sé lo que le molesta. Si pudiera aceptarme como hechicera del clan, la situación mejoraría.

—¿Qué es lo que cambiaría? —preguntó Jondalar.

—Significaría que ya soy dueña de una parte de su espíritu —dijo Ayla.

—¡Pero si ni siquiera lo conoces! ¿Cómo puedes poseer una parte de su espíritu?

—Una hechicera salva vidas. Podría reclamar una parte del espíritu de todas las personas a las que salva, podría «poseer» partes de todos antes de que pasaran muchos años. Por eso, cuando se la convierte en hechicera, ella entrega al clan una parte de su propio espíritu y recibe a cambio una parte de cada uno de los miembros del clan. De ese modo, no importa a quién salve, la deuda ya está pagada. Por eso una hechicera tiene jerarquía por derecho propio. —Ayla adoptó una actitud reflexiva y después dijo—: Ésta es la primera vez que me alegro de que no hayan devuelto los espíritus del clan… —hizo una pausa.

Jondalar empezó a hablar. Entonces advirtió que ella tenía la mirada perdida en el vacío y comprendió que estaba sumida en sus propias reflexiones.

—… Cuando recibí la maldición de la muerte —continuó Ayla— estuve preocupada durante mucho tiempo. Después que Iza murió, Creb recuperó todas las partes de los espíritus, porque no quería acompañarla al otro mundo. Pero cuando Broud lanzó sobre mí la maldición, nadie se quedó con esas partes, aun cuando para el clan yo estuviese muerta.

—¿Qué sucedería si se enteraran? —preguntó Jondalar, señalando con un discreto movimiento de cabeza a los dos miembros del clan que estaban observándoles.

—Para ellos ya no existiría. No me verían; ellos mismos no se permitirían verme. Podría ponerme frente a ellos y gritar y no me oirían. Pensarían que yo soy un mal espíritu que trata de atraerlos al otro mundo —dijo Ayla, cerrando los ojos y estremeciéndose con el recuerdo.

—Pero ¿por qué has dicho que te alegrabas de poseer todavía las partes de los espíritus? —preguntó Jondalar.

—Porque no puedo decir una cosa y pensar otra distinta. No puedo mentirle. Él lo adivinaría. Pero puedo abstenerme de mencionar el asunto. Eso está permitido, por cortesía, en bien de la intimidad. No tengo que decir nada acerca de la maldición, aunque él probablemente se dará cuenta de que estoy reservándome algo; pero sí puedo decir que soy una hechicera del clan, porque es cierto. Todavía lo soy. Todavía poseo las partes de los espíritus. —Ayla frunció el entrecejo preocupada—. Pero un día, Jondalar, moriré realmente. Si paso al otro mundo con las partes de los espíritus de todos los miembros del clan, ¿qué será de ellos?

—No lo sé, Ayla —dijo Jondalar.

La joven se encogió de hombros y se sacudió esos pensamientos.

—Bien, ahora lo que tengo que hacer es preocuparme de este mundo. Si él me

acepta como hechicera del clan, no tendrá que complicarse tanto con la posibilidad de contraer una deuda conmigo. Ya es bastante ingrato para él contraer una deuda de parentesco con una de los Otros; pero el asunto se complica si se trata de una mujer, y sobre todo una mujer que usó un arma.

—Pero tú cazaste cuando vivías con el clan —le recordó Jondalar.

—Fue una excepción muy especial; y me la concedieron sólo porque sobreviví a una maldición de la muerte que duró un ciclo lunar, y que me fue impuesta porque había cazado y usado una honda. Brun lo permitió porque mi tótem del León de la Caverna me protegía. Consideró que aquello era una prueba y creo que en ello encontró finalmente una razón para aceptar a una mujer que contaba con un tótem tan fuerte. Él fue quien me entregó mi talismán para la caza y quien me llamó la Mujer Que Caza.

Ayla tocó el saquito de cuero que siempre llevaba colgado del cuello y recordó el primero, el sencillo bolsito cerrado con una cuerda que Iza le había confeccionado. En su condición de madre de Ayla, Iza había depositado dentro de él un pedazo de ocre rojo cuando Ayla fue aceptada por el clan.

Ese amuleto no se asemejaba a la pieza finamente decorada que llevaba ahora y que le habían entregado en la ceremonia de adopción de los mamutoi; pero, de todos modos, aún guardaba los símbolos especiales, incluido el trozo original de ocre rojo. Todos los signos que su tótem le había suministrado estaban allí; entre ellos, el óvalo manchado de rojo del extremo de un colmillo de mamut, que era un talismán de cazadora, y la piedra negra, el pequeño trozo de dióxido de manganeso negro que guardaba los fragmentos de espíritus del clan, que le habían entregado cuando se convirtió en la hechicera del Clan de Brun.

—Jondalar, creo que convendría que le hablases. No se siente seguro. Sus costumbres son muy tradicionales y acaban de suceder muchas cosas poco habituales. Si pudiese hablar con un hombre, aunque sea uno de los Otros, y no con una mujer, se tranquilizaría un poco. ¿Recuerdas el signo con que un hombre saluda a otro hombre?

Jondalar insinuó un gesto y Ayla asintió. Sabía que el gesto carecía de refinamiento, pero su significado era claro.

—No trates todavía de saludar a la mujer. Sería una actitud de mal gusto, y quizá él lo considerase como un insulto. No es normal ni propio que los hombres hablen con las mujeres si no hay razones justificadas; y eso se aplica sobre todo a los desconocidos, y en todo caso necesitarías su autorización. Con los parientes se guardan menos formalidades; un amigo íntimo podría incluso satisfacer sus necesidades, compartir los placeres, con ella, aunque se considera cortés solicitar la autorización del hombre.

—¿Solicitar el permiso del hombre, pero no el de la mujer? ¿Por qué las mujeres permiten que las traten como si fuesen menos importantes que los hombres? —preguntó Jondalar.

—Ellas no creen que sea así. En el fondo de su corazón saben que los hombres y

las mujeres tienen la misma importancia, pero los hombres y las mujeres del clan son muy distintos unos de otras —trató de explicar Ayla.

—Por supuesto, son distintos. Todos los hombres y las mujeres son diferentes… y me alegro de que sea así.

—No quiero decir diferentes en el sentido en que tú lo ves. Jondalar, puedes hacer todo lo que una mujer hace, excepto tener un niño, y aunque tú eres más fuerte, yo puedo hacer casi todo lo que tú puedes hacer. Pero los hombres del clan no pueden hacer muchas cosas que las mujeres hacen, del mismo modo que las mujeres no pueden hacer las cosas que hacen los hombres. No tienen los recuerdos necesarios. Cuando yo aprendí sola a cazar, muchas personas se sintieron más sorprendidas porque era capaz de aprender, o incluso deseaba aprender, que porque me hubiese opuesto a la costumbre del clan. No se habrían sorprendido más si tú hubieses dado a luz un niño. Creo que las mujeres estaban más sorprendidas que los hombres. Una mujer del clan jamás concebiría esa idea.

—Me pareció haberte oído decir que la gente del clan y de los Otros se asemejan mucho —observó Jondalar.

—Así es. Pero en ciertos aspectos se diferencian más de lo que tú te imaginas. Ni siquiera yo puedo llegar a imaginarlo, y eso que durante un tiempo fui una de ellos —dijo Ayla—. ¿Estás dispuesto a hablar ahora con él?

—Creo que sí —contestó Jondalar.

El hombre alto y rubio caminó hacia el hombre musculoso y robusto que continuaba sentado en el suelo, con el muslo doblado en un ángulo poco natural. Ayla le siguió. Jondalar se agachó para sentarse junto al hombre, mirando a Ayla, que hizo un gesto de aprobación.

Antes nunca había estado tan cerca de un cabeza chata adulto, y su primer pensamiento fue un recuerdo de Rydag. Al observar a este hombre, era incluso más evidente que el niño no había sido un fruto completo del clan. Mientras Jondalar recordaba a aquel niño tan extraño, tan inteligente y tan enfermizo, comprendió que los rasgos de Rydag estaban muy modificados si se los comparaba con los de este hombre…, «suavizados» fue la palabra que le vino a la mente. La cara de este hombre era grande, al mismo tiempo larga y ancha, y un tanto alargada debido a una nariz de gran tamaño, saliente y afilada. La barba de pelo fino, que mostraba signos de haber sido recortada poco antes para dar una longitud similar a todas sus partes, no lograba disimular una mandíbula bastante retraída, sin mentón.

El vello facial se unía con una masa de cabellos castaños claros, espesos y suavemente rizados, que cubría una cabeza enorme y larga, más ancha y redondeada por detrás. Pero el grueso entrecejo del hombre ocupaba la mayor parte de la frente, que se inclinaba hacia atrás y terminaba en el arranque de los cabellos, muy bajo. Jondalar tenía que contener el impulso de extender la mano y tocar su propia frente despejada y su cabeza más redonda. Podía comprender ahora por qué les llamaban cabezas chatas. Era como si alguien hubiese cogido una cabeza con la forma que

tenía la de Jondalar, pero un poco más grande y hecha con un material maleable como la arcilla húmeda, y después le hubiese dado una forma distinta, presionando hacia abajo y achatando la frente, de manera que la parte principal del volumen se desplazara hacia atrás.

Sus pobladas cejas acentuaban el poderoso entrecejo del hombre y sus ojos manchados de oro, casi almendrados, translucían curiosidad, inteligencia y un profundo rictus de dolor. Jondalar podía entender por qué Ayla deseaba ayudarle.

Jondalar se sintió torpe cuando realizó el gesto de saludo; pero le alentó la expresión de sorpresa en la cara del hombre del clan, el cual correspondió al gesto. Jondalar no estaba seguro de lo que debía hacer ahora. Pensó en lo que habría hecho si se hubiese encontrado con un desconocido de otra caverna o campamento, y trató de recordar los signos que había aprendido a ejecutar con Rydag.

Dijo con gestos:

—Este hombre se llama… —y después pronunció su nombre y su principal filiación—: Jondalar de los zelandonii.

Sus palabras eran demasiado melodiosas, tenían exceso de sílabas, y eso era mucho para el hombre del clan, que las escuchó de una sola vez. Meneó la cabeza, como si tratara de destaparse los oídos, se inclinó hacia delante, como si eso pudiera ayudarle a escuchar mejor y después tocó el pecho de Jondalar.

Jondalar pensó que no era difícil comprender lo que quería decir. Realizó de nuevo los signos correspondientes a «Este hombre se llama…» y después pronunció su nombre, pero sólo su nombre, y más lentamente: Jondalar.

El hombre cerró los ojos, concentrándose; y después los abrió, y respirando hondo, dijo en voz alta:

—Dyondar.

Jondalar sonrió y asintió. La palabra había sido pronunciada con voz profunda, con una especie de articulación abreviada y como absorbiendo las vocales; pero se parecía bastante. El sonido le resultó extrañamente conocido. ¡Entonces cayó en la cuenta! ¡Por supuesto! ¡Ayla! Las palabras de Ayla sonaban de manera parecida, aunque no tenían la misma fuerza. Pero ése era el acento que parecía extraño. No podía sorprender que nadie pudiese identificarlo. Ayla tenía el acento del clan, ¡y nadie sabía que ellos podían hablar!

Ayla se sorprendió porque el hombre había reproducido con bastante fidelidad el nombre de Jondalar. Dudaba de que ella lo hubiese dicho así la primera vez que lo intentó y se preguntó si ese hombre había tenido antes contactos con Otros. Si le habían elegido para representar a su pueblo o establecer determinados contactos con las personas denominadas Otros, el hecho era un indicio de que poseía elevada jerarquía. Comprendió que ésta era otra razón que le inducía a mostrarse cauteloso frente a los vínculos de parentesco con Otros, y sobre todo con Otros de jerarquía desconocida. No pretendía en absoluto menoscabar su propia dignidad, pero una obligación era una obligación y que su compañera o él lo aceptaran o no, lo cierto era

que necesitaban ayuda. Ayla tenía que arreglárselas para convencerle de que ellos eran Otros que comprendían el significado de la asociación y eran dignos de ella.

El hombre que estaba frente a Jondalar se golpeó el pecho una vez y se inclinó un poco hacia delante.

—Guban —dijo.

Jondalar tuvo tantas dificultades para repetir ese nombre como Guban las había tenido con «Jondalar», y Guban se mostró tan generoso en aceptar la defectuosa pronunciación del hombre de elevada estatura como Jondalar lo había sido con la suya.

Ayla se sintió aliviada. Un intercambio de nombres no era gran cosa, pero era un comienzo. Miró a la mujer, todavía sorprendida de ver cabellos más claros que los suyos propios en una mujer del clan. Tenía la cabeza cubierta por una masa de suaves rizos, tan claros que eran casi blancos; era joven y muy atractiva. Probablemente la segunda mujer de su hogar. Guban era un hombre que estaba en la flor de la edad; aquella mujer probablemente provenía de un clan distinto y era muy apreciada.

La mujer miró a Ayla, y después desvió deprisa la vista. Ayla la miró, dubitativa. Había percibido inquietud y temor en los ojos de la mujer y ahora la examinó más atentamente, pero con la misma sutileza demostrada por la joven del clan. ¿Tenía cierto engrosamiento en la cintura? ¿El lienzo le ajustaba más de la cuenta el busto? ¡Está embarazada! No podía extrañar que se sintiera preocupada. Un hombre con la pierna fracturada mal curada ya no era el mismo de antes. Y aunque ese hombre tuviera una elevada jerarquía, sin duda tenía también graves responsabilidades. De alguna manera, pensó Ayla, había que convencer a Guban de que le permitiese ayudarle.

Los dos hombres habían permanecido sentados, mirándose. Jondalar no sabía muy bien qué hacer ahora, y Guban estaba esperando a ver lo que hacía Jondalar. Finalmente, impulsado por la desesperación, Jondalar se volvió hacia Ayla.

—Esta mujer es Ayla —dijo Jondalar, apelando a sus sencillos signos y pronunciando después el nombre de la joven.

Al principio, Ayla pensó que quizá Jondalar había cometido una falta de tacto, pero al ver la reacción de Guban, consideró que quizá no fuera el caso. Que la presentara tan pronto, era una señal de la elevada estima que se le dispensaba, y eso era lógico en el caso de una hechicera. Después, mientras Jondalar continuaba, Ayla se preguntó si él había adivinado sus pensamientos.

—Ayla es curadora. Muy buena curadora. Buena medicina. Desea ayudar a Guban.

Para el hombre del clan, los signos de Jondalar eran poco más que los balbuceos de un niño pequeño. Su significado carecía de matices, no había matizaciones ni grados de complejidad; pero era evidente su sinceridad. En sí mismo era una sorpresa descubrir un hombre de los Otros que podía hablar bien. La mayoría de ellos balbucía, o murmuraba, o gruñía como los animales. Se asemejaban a los niños por el

uso excesivo de los sonidos; pero, por lo demás, nadie consideraba a los Otros muy inteligentes.

En cambio, la mujer tenía una sorprendente capacidad de comprensión, junto con una fina percepción de los matices; además, demostraba una capacidad clara y expresiva para comunicarse. Con el discreto refinamiento, había traducido algunos de los significados más sutiles de Dyondar, facilitando la comunicación entre los dos hombres, sin avergonzar a nadie. Aunque era difícil creer que la había criado un clan y que había recorrido una distancia tan grande, se mostraba tan eficaz hablando que uno casi creería que pertenecía al clan.

Guban nunca había oído hablar del clan mencionado por la mujer, y conocía muchos; pero el lenguaje común que ella había usado le parecía absolutamente desconocido. Incluso la lengua del clan de su mujer de cabellos amarillos no era tan extraño; y, sin embargo, esta mujer de los Otros conocía los antiguos signos sagrados y podía usarlos con mucha destreza y con precisión. Cosa extraña en una mujer. Abrigaba cierta sospecha de que ella no le decía todo, aunque de eso no estaba seguro. Después de todo, era una mujer de los Otros, y, en cualquier caso, no quería preguntar. Las mujeres, y especialmente las hechiceras, gustaban reservarse algunas cosas.

El dolor de su pierna rota se acentuó y amenazaba con escapar a su control; durante un rato tuvo que concentrar toda su atención en dominar el sufrimiento.

Pero ¿cómo era posible que ella fuese hechicera? No pertenecía al clan. No tenía los correspondientes recuerdos. Dyondar afirmaba que ella era una curadora y hablaba muy convencido de su habilidad… y él tenía la pierna rota —Guban se encogió interiormente, y después rechinó los dientes—. Quizá fuera una curadora. Los Otros sin duda también tenían curadores, pero eso no la convertía en una hechicera del clan. Su obligación ya era considerable. Una deuda de parentesco con este hombre ya resultaba bastante desagradable, pero ¿aceptar la misma situación con una mujer, y además una mujer que usaba un arma?

Sin embargo, ¿dónde habrían ido a parar él y su mujer de cabellos amarillos sin la ayuda de aquellos dos? Su mujer de los cabellos amarillos… que ya se preparaba para tener un hijo. El pensamiento en la mujer le suavizó interiormente. Había sentido una cólera más terrible que nunca cuando aquellos hombres la atacaron, la hirieron y trataron de poseerla. Por eso había saltado desde lo alto de la roca. Le había llevado bastante tiempo trepar allá arriba y no pudo esperar tanto para descender.

Había visto huellas de ciervo y había trepado al promontorio para mirar alrededor y ver si podía cazar algo, mientras ella descortezaba líber y se preparaba para recoger el jugo que pronto comenzaría a brotar. Ella había afirmado que pronto haría calor, aunque algunos de los que estaban allí no la creyeron. Todavía era una forastera, pero decía tener los recuerdos correspondientes y que sabía. Él quería dejar que se lo demostrase a los demás y por eso había aceptado acompañarla, aunque conocía los peligros representados por aquellos hombres.

Pero hacía frío y pensó que podrían eludir a la banda si permanecían cerca de la cumbre helada. La cima del peñasco parecía un lugar apropiado para inspeccionar la zona. El terrible dolor que sintió cuando aterrizó con fuerza y notó que se le quebraba la pierna, le dejó aturdido, pero no podía sucumbir. Los hombres habían caído sobre él, pero a pesar del dolor, tenía que rechazarlos. Se sintió reconfortado al recordar cómo la mujer había corrido hacia él. Le sorprendió ver cómo golpeaba a los hombres. Nunca había conocido a una mujer que procediera así, y jamás se lo diría a nadie; pero le había complacido que ella se esforzase tanto por ayudarle.

Movió el cuerpo, dominando la hiriente punzada de dolor. Pero no era tanto el sufrimiento. Había aprendido mucho tiempo atrás a resistir el dolor. Era más difícil controlar otros temores. ¿Qué sucedería si nunca podía volver a caminar? La curación de una pierna o un brazo roto podía llevar mucho tiempo, y si los huesos soldaban mal, o se torcían o quedaban deformados, o simplemente se acortaban…, ¿qué sucedería si no podía cazar?

Si no podía cazar, tendría menor jerarquía. Ya no sería el jefe. Había prometido al jefe del clan de la mujer que la cuidaría. Ella había sido una favorita, pero poseía elevada jerarquía y se había prestado a acompañarle. Incluso le había dicho en la intimidad de sus propias pieles que le había deseado.

Su primera mujer no se había sentido muy feliz cuando volvió al lugar con una segunda esposa, joven y bella; pero era una buena mujer del clan. Había cuidado bien su hogar y conservaría la dignidad de la primera mujer. Guban prometió cuidar de ella y de sus dos hijas. No tenía inconveniente en hacerlo. Aunque siempre había deseado tener un varón, le resultaba muy grato tener en el hogar a las hijas de su compañera, pese a que pronto crecerían y se marcharían.

Pero si no podía cazar, no estaría en condiciones de cuidar a nadie. Al contrario; como sucedía con los ancianos, el clan tendría que cuidarle. ¿Y cómo podría cuidar de su bella mujer de cabellos amarillos, que quizá le diese un varón? Ella encontraría fácilmente un hombre dispuesto a tomarla; pero él la perdería.

Quizá incluso no pudiera regresar al clan si no estaba en condiciones de caminar. La mujer tendría que ir a buscar ayuda y sería necesario que viniesen a recogerle. Si no podía volver solo, su dignidad se vería disminuida a los ojos de su clan; pero sería mucho peor si la pierna rota se convertía en un impedimento y perdía su habilidad de cazador, o tal vez incluso nunca volvería a cazar.

«Quizá», pensó, «deberían hablar con esta curadora de los Otros, aunque es una mujer que usa un arma. Su jerarquía debe ser elevada; Dyondar la tiene en mucha estima y la jerarquía de Dyondar también es sin duda elevada, pues si no fuera así, no estaría unido con una hechicera. Ella ahuyentó a esos hombres, a la par que Dyondar…, ella y el lobo. ¿Cómo es posible que un lobo les ayude?». La había visto hablar con el animal. La señal era sencilla y directa, ella le decía que esperase allí, junto al árbol, cerca de los caballos, y el lobo comprendía y obedecía; aún estaba allí, esperando.

Guban desvió la mirada. De todas maneras, era difícil pensar en aquellos animales sin experimentar un profundo y visceral miedo a los espíritus. ¿Qué otra cosa podía acercar a ellos al lobo o a los caballos? ¿Si no era eso, qué otra cosa podía hacer que los animales se comportasen de un modo tan… distinto del que era propio de los animales?

Adivinaba que su mujer de cabellos amarillos estaba inquieta. ¿Acaso podía criticarla?

Puesto que Dyondar había considerado propio reconocer a su propia mujer, quizá convendría que él mencionara a la suya. No quería que creyesen que la jerarquía que a ella le correspondía por Guban era menor que la de Dyondar. Guban hizo una sutil insinuación a la mujer que había observado y visto todo, pero que, como una buena mujer del clan, se mantenía en un segundo plano sumamente discreto.

—Esta mujer es… —indicó por medio de gestos; después tocó el hombro de la mujer y dijo—: Yorga.

Jondalar tuvo la sensación de dos degluciones separadas por una R rumorosa. Ni siquiera podía comenzar a reproducir el sonido. Ayla percibió la dificultad en que se encontraba Jondalar y tuvo que pensar en un modo de resolver con elegancia la situación. Repitió el nombre de la mujer de modo que Jondalar pudiera decirlo, pero se dirigió a ella como mujer.

—Yorga —y agregó con signos—: Esta mujer te saluda. Esta mujer se llama… —y con voz muy lenta y cuidadosa dijo—: Ayla —después, utilizando signos y palabras, de manera que Jondalar pudiese entender—: El hombre llamado Dyondar también quiere saludar a la mujer de Guban.

Guban pensó que no era así como se hubiera hecho en el clan, pero, por otra parte, esas personas eran Otros, y su actitud no era ofensiva. Sentía curiosidad por ver lo que haría Yorga.

Ella movió los ojos para mirar a Jondalar, un gesto muy breve, y después clavó la mirada en el suelo. Guban cambió de posición en la medida indispensable para decir a Yorga lo complacido que estaba. Había tomado nota de la existencia de Dyondar, pero nada más.

Jondalar se mostró menos sutil. Nunca había estado tan cerca de la gente del clan… y se encontraba fascinado. Su mirada se detuvo mucho más. Los rasgos de Yorga eran análogos a los de Guban, con las diferencias determinadas por el sexo; ya había advertido antes que era robusta pero de baja estatura, con la altura de una jovencita. Estaba lejos de ser bella, por lo menos en opinión de Jondalar, si se exceptuaban sus rizos de color amarillo claro, suaves y sedosos, pero Jondalar podía comprender por qué a Guban le parecía hermosa. Atento repentinamente a la mirada que le dirigía Guban, Jondalar asintió con aire distraído y desvió la mirada. El hombre del clan le miraba hostil; Jondalar tendría que andarse con tiento.

A Guban no le había agradado la atención que Jondalar prestaba a la mujer, aunque también es verdad que advirtió que su propósito no era mostrarse falto de

respeto, y, por otra parte, tenía más dificultad para controlar su dolor. Necesitaba saber más acerca de aquella curadora.

—Dyondar, desearía hablar con tu… curadora —dijo Guban apelando a los gestos.

Jondalar percibió el sentido de lo que el otro quería expresar y asintió. Ayla había estado observando; rápidamente se adelantó y se sentó en una actitud respetuosa frente al hombre.

—Dyondar ha dicho que la mujer es curadora. La mujer dice que es hechicera. Guban desea saber cómo una mujer de los Otros puede ser una hechicera del clan.

Ayla habló mientras dibujaba en el aire los signos, de modo que Jondalar comprendiese exactamente lo que ella estaba diciendo a Guban.

—La mujer que me recogió, la que me crió, era una hechicera de la más elevada jerarquía. Iza provenía de una estirpe muy antigua de hechiceras. Iza fue como una madre para esta mujer, instruyó a esta mujer al mismo tiempo que a la hija nacida de su espíritu —explicó Ayla. Vio que Guban se mostraba escéptico, pero que estaba interesado en saber más—. Iza sabía que esta mujer no tenía los recuerdos que su verdadera hija sí tenía.

Guban asintió; por supuesto, no los tenía.

—Iza consiguió que esta mujer recordara, obligó a esta mujer a repetir constantemente las cosas a Iza, a demostrarlas una vez y otra vez, hasta que la hechicera supo que esta mujer no perdería los recuerdos. Esta mujer se sentía complacida practicando, repitiendo muchas veces para aprender las cosas de una hechicera.

Aunque los gestos continuaban siendo estilizados y formales, las palabras de Ayla empezaron a serlo cada vez menos a medida que fue continuando su explicación.

—Iza me dijo que creía que esta mujer provenía también de una estirpe de hechiceras, hechiceras de los Otros. Iza dijo que yo pensaba como una hechicera, pero me enseñó el modo de pensar en la medicina como lo hace una mujer del clan. Esta mujer no nació con los recuerdos de una hechicera, pero ahora los recuerdos de Iza son mis recuerdos.

Ayla había atraído la atención de todos.

—Iza cayó enferma, comenzó a toser, y ni siquiera ella pudo curarse, y yo empecé a ser más. También el jefe se mostró complacido cuando traté una quemadura, pero Iza confería jerarquía al clan. Cuando ella enfermó tanto que ya no pudo desplazarse a la Reunión del Clan, y como su verdadera hija era todavía demasiado joven, el jefe y el Mog-Ur decidieron que yo fuera hechicera. Dijeron que, puesto que yo tenía los recuerdos de Iza, era una hechicera de su estirpe. Al principio, los otros mog-ures y jefes que estaban en la Reunión del Clan no vieron con buenos ojos la idea. Pero finalmente también me aceptaron.

Ayla vio que Guban estaba interesado e intuyó que deseaba creerla; pero aún abrigaba sus dudas. Retiró de su cuello el saquito decorado, desató las cuerdas y

depositó parte del contenido sobre la palma de la mano; después cogió una piedrita negra y se la mostró al hombre.

Guban sabía lo que era; la piedra negra que dejaba una marca era un misterio. Incluso el fragmento más menudo podía contener una minúscula fracción de los espíritus de todo el pueblo del clan, y se le entregaba a una hechicera cuando se retiraba una parte de su espíritu. Pensó que el amuleto que ella usaba era extraño, típico del modo en que los Otros hacían las cosas, pero, en todo caso, antes no sabía que usaban amuletos. Quizá no todos los Otros fueran ignorantes y brutales.

Guban vio otro de los objetos del amuleto de Ayla, y lo señaló.

—¿Qué es eso?

Ayla devolvió a su amuleto el resto de los objetos, y dejó éste en el suelo, para contestar.

—Es mi talismán para cazar —dijo.

Eso no podía ser cierto, pensó Guban. Esa respuesta demostraba que estaba equivocada.

—Las mujeres del clan no cazan.

—Lo sé, pero yo no nací en el clan. Fui elegida por un tótem del clan que me protegió y me condujo al clan que llegó a ser mío, y mi tótem deseaba que yo cazara. Nuestro Mog-Ur buscó y descubrió a los antiguos espíritus que se lo dijeron. Realizaron una ceremonia especial. Me llamaron la Mujer Que Caza.

—¿Cuál es el tótem del clan que te eligió?

Para sorpresa de Guban, Ayla levantó su túnica, aflojó los cordeles que le sujetaban los calzones a la cintura y se bajó un lado lo suficiente para enseñar su muslo izquierdo. Cuatro líneas paralelas, las cicatrices de las garras que le habían herido el muslo cuando era niña, quedaron claramente a la vista.

—Mi tótem es el León de las Cavernas.

La mujer del clan contuvo la respiración. El tótem era demasiado fuerte para una mujer. Sería difícil que Ayla tuviese hijos.

Guban emitió un gruñido de reconocimiento. El León de las Cavernas era el tótem cazador más fuerte, un tótem masculino. Nunca había oído que una mujer lo tuviese y, sin embargo, ésas eran las marcas que se grababan sobre el muslo derecho de un varón cuyo tótem era el León de las Cavernas, después que había capturado su primera presa importante y se había convertido en hombre.

—Está sobre la pierna izquierda. La marca se deja sobre la pierna derecha de un hombre.

—Soy mujer, no hombre. El lado de la mujer es el izquierdo.

—¿Tú Mog-Ur te marcó allí?

—El propio León de las Cavernas me marcó cuando yo era una niña, poco antes de que mi clan me encontrase.

—Eso explicaría que emplees un arma —dijo Guban con gestos y signos—. Pero ¿qué me dices de los niños? ¿Un hombre que tiene cabellos del mismo color que

Yorga posee un tótem tan fuerte que puede imponerse al tuyo?

Jondalar se sentía incómodo. Él también se había preguntado algo por el estilo.

—El León de las Cavernas también le eligió y le dejó su marca. Lo sé porque el Mog-Ur me dijo que el León de las Cavernas me eligió y dejó las marcas en mi pierna para demostrarlo, del mismo modo que el Oso de las Cavernas le eligió a él y le quitó un ojo…

Guban se enderezó, visiblemente conmovido. Abandonó el lenguaje formal, pero Ayla le entendió.

—¡Mogor Un-Ojo! ¿Conoces a Mogor Un-Ojo?

—Viví en su casa. Él me crió. Él e Iza eran hermanos; después que el compañero de Iza murió, él recogió a Iza y a sus hijos. En la Reunión del Clan se decía que era el Mog-Ur, pero para los que vivían en su hogar era Creb.

—Incluso en nuestras Reuniones del Clan se habla de Mogor Un-Ojo, y de su poderoso…

Se disponía a decir más, pero se lo pensó mejor.

Los hombres no debían comentar las ceremonias masculinas privadas y esotéricas con las mujeres. Eso explicaba sin duda la habilidad de Ayla con los antiguos signos, puesto que se los había enseñado Mogor Un-Ojo. Y Guban recordaba, en efecto, que el gran Mogor Un-Ojo tenía una hermana que era una respetada hechicera de un antiguo linaje. De pronto, pareció que Guban relajaba su cuerpo y dejaba traslucir una fugaz expresión de dolor que le ensombrecía la cara. Respiró hondo y después miró a Ayla, que estaba sentada con las piernas cruzadas, los ojos bajos, en la posición que correspondía a una mujer del clan. Le tocó el hombro.

—Respetada hechicera, este hombre tiene un… pequeño problema —Guban se expresó en el antiguo y silencioso lenguaje del Clan del Oso de las Cavernas—. Este hombre pediría a la hechicera que examine su pierna. Es posible que la pierna esté rota.

Ayla cerró los ojos y respiró hondo. Había conseguido convencerle. Él le permitía que tratara su pierna. Hizo una señal a Yorga para indicarle que debía prepararle un lugar para dormir. El hueso roto no había perforado la piel y Ayla opinaba que esa circunstancia favorecía el que pudiera volver a usar plenamente aquel miembro; pero para que la pierna curase bien, debía enderezarla, devolverla a su lugar y después preparar un revestimiento de corteza de alerce para mantenerla en su sitio, pues era necesario que no la moviese.

—Será doloroso enderezarla, pero tengo algo que relajará la pierna y la dormirá. —Después se volvió hacia Jondalar—. ¿Quieres traer aquí nuestro campamento? Sé que es un incordio a causa de todas esas piedras de quemar, pero deseo armar la tienda para Guban. No pensaban pasar la noche fuera y él necesita protegerse del frío, sobre todo cuando le administre algo que le dormirá. También necesitaremos un poco de leña, pues no quiero usar las piedras de quemar; además, habrá que cortar un poco de madera y preparar tablillas. Conseguiré corteza de alerce cuando él se duerma y

quizá pueda fabricarle unas muletas. Más tarde querrá moverse.

Jondalar vio cómo ella se hacía cargo de la situación y sonrió para sus adentros. Lamentaba el retraso y hasta incluso un día más le parecía demasiado, pero también deseaba ayudar. Además, Ayla no aceptaría reanudar la marcha. Jondalar sólo deseaba que no se quedaran allí demasiado tiempo.

Jondalar llevó los caballos al primer campamento, lo reunió todo, lo trasladó y descargó de nuevo, y después condujo a Whinney y Corredor a un claro, donde podían encontrar pasto seco. Había un poco de heno, pero estaba aplastado contra el suelo, bajo la nieve vieja. El lugar quedaba a escasa distancia del nuevo campamento, pero fuera de la vista, de modo que los animales molestarían menos a la gente del clan. Ésta parecía pensar que los animales domesticados eran otra manifestación del extraño comportamiento de los Otros, pero Ayla observó que tanto Guban como Yorga parecieron aliviados cuando los caballos, extrañamente complacientes, desaparecieron de la vista, y a ella misma le complació que Jondalar hubiese pensado en ello.

Apenas él retornó, Ayla extrajo su saquito de medicinas de uno de los envoltorios. Pese a que había decidido aceptar la ayuda de Ayla como hechicera, Guban se sintió aliviado al ver el saquito de medicinas de piel de nutria, en el estilo típico del clan, un objeto funcional y sin adornos. Ayla hizo todo lo posible para mantener apartado también a Lobo y, por extraño que pareciera, el animal, aunque generalmente curioso y dispuesto a tratar con las personas que se habían convertido en amigas de Ayla y Jondalar, ahora no se mostró inclinado a hacer amistad con la gente del clan. Pareció satisfecho permaneciendo en segundo plano, atento, aunque de ningún modo amenazador. Ayla se preguntó entonces si Lobo adivinaba la inquietud que su presencia había provocado.

Jondalar ayudó a Yorga y a Ayla a trasladar a Guban al interior de la tienda. Le sorprendió comprobar lo mucho que pesaba aquel hombre, pero el volumen mismo de los músculos en un cuerpo tan fuerte que seis hombres apenas habían podido contenerlo, naturalmente sumaba peso. Jondalar también advirtió que el traslado resultaba muy doloroso, si bien la cara impasible de Guban no reveló el más mínimo signo. La negativa del hombre a reconocer el dolor indujo a Jondalar a preguntarse si, en efecto, lo sentiría tanto, hasta que Ayla le explicó que esa impasibilidad era un rasgo muy arraigado desde la niñez en los hombres del clan. El respeto de Jondalar por el hombre aumentó. La suya no era una raza de hombres débiles.

La mujer era también extrañamente vigorosa, más pequeña que el hombre, pero sin que la diferencia fuese excesiva. Podía cargar tanto peso como Jondalar, y cuando decidía hacer fuerza, el apretón de su mano era increíblemente poderoso; pero al mismo tiempo, Jondalar había visto que podía emplear las manos con mucha precisión y considerable control. A Jondalar comenzaban a intrigarle las semejanzas

que estaba descubriendo entre la gente del clan y su propia estirpe, así como las diferencias. No supo muy bien cuándo sucedió, pero, en determinado momento, descubrió que ya no estaba cuestionando en absoluto el hecho de que eran humanos. Ciertamente, eran distintos, pero, sin la más mínima duda, la gente del clan eran personas y no animales.

A pesar de todo, Ayla acabó empleando unas pocas piedras de quemar para hacer un fuego más intenso y preparar con más rapidez la datura, agregando piedras calientes directamente al agua para lograr que hirviese. Pero Guban se opuso a beber todo lo que ella creía que era necesario, alegando que no le gustaba la idea de esperar demasiado tiempo a que se disipasen sus efectos, aunque Ayla se preguntó si parte del problema no dependía de la duda de Guban acerca de la habilidad de Ayla para preparar bien la datura. Con la ayuda de Yorga y Jondalar, acomodó la pierna y después confeccionó un sólido entablillado. Cuando todo terminó, Guban se durmió al fin.

Yorga insistió en preparar la comida, aunque el interés que Jondalar demostró por sus maniobras y sus gustos la incomodó. Por la noche, junto al fuego, Jondalar comenzó a confeccionar un par de muletas para Guban, mientras Ayla estrechaba sus relaciones con Yorga y le explicaba la forma de preparar una medicina contra el dolor. Ayla le explicó el manejo de las muletas y la necesidad de acolchar los pequeños travesaños horizontales. A Yorga le sorprendía constantemente el conocimiento que Ayla poseía del clan y de las costumbres del clan; por lo demás, ya había advertido antes el «acento» del clan en el habla de la joven. En el curso de la conversación, Yorga habló de sí misma a Ayla y ésta tradujo para Jondalar. Yorga quería conseguir el revestimiento interior de la corteza de algunos árboles y extraer la savia. Guban la había acompañado para protegerla, porque muchas mujeres habían sido atacadas por la banda de Charoli, de modo que no se les permitía continuar saliendo solas; pero eso representaba una gravosa obligación para el clan. Los hombres disponían de menos tiempo para cazar, porque tenían que dedicar horas a acompañar a las mujeres. De ahí que Guban hubiera decidido trepar a la alta roca, buscando animales para cazar mientras Yorga hacía acopio del líber. Los hombres de Charoli probablemente creyeron que estaba sola y era posible que no hubiesen atacado de haber detectado la presencia de Guban, pero cuando vio que atacaban a Yorga, saltó de la muralla para defenderla.

—Me sorprende que solamente se rompiese una pierna —dijo Jondalar, dirigiendo la mirada hacia el borde superior de la pared de rocas.

—Los huesos de los hombres del clan son muy sólidos —dijo Ayla—. Y gruesos. No se rompen fácilmente.

—Esos hombres no necesitaban comportarse brutalmente conmigo —comentó Yorga, apelando al lenguaje de los signos—. Yo habría adoptado la posición si me hubieran hecho la señal y si no hubiese oído el grito de Guban. Cuando llegó a mí, comprendí que había sucedido algo muy grave.

Continuó relatando el episodio. Varios hombres habían atacado a Guban, mientras tres intentaban forzarla. Por el grito de dolor de Guban, comprendió que sucedía algo y por eso trató de liberarse de los hombres. En ese momento, dos de ellos la sujetaron. Y de pronto apareció Jondalar, golpeando a los hombres de los Otros, y el lobo saltó sobre ellos y comenzó a morderlos.

Yorga dirigió una mirada pícara a Ayla.

—Tu hombre es muy alto y su nariz pequeña, pero cuando le vi allí, peleando con los otros, esta mujer le vio como si fuera un niño.

Ayla le miró desconcertada y después sonrió.

—No he entendido lo que ha dicho o lo que ha querido decir —intervino Jondalar.

—Fue una broma.

—¿Una broma? —dijo Jondalar—. No creía que esa gente fuese capaz de gastar bromas.

—Lo que más o menos ha venido a decir es que incluso aunque eres feo, cuando fuiste a salvarla te habría besado —dijo Ayla, y después tradujo para Yorga.

La mujer se quedó algo cortada, pero miró a Jondalar y después de nuevo a Ayla.

—Estoy agradecida a tu hombre alto. Quizá, si el niño que llevo es varón y si Guban permite sugerir un nombre, le diré que Dyondar no es un nombre tan feo.

—Eso no ha sido una broma, ¿verdad, Ayla? —preguntó Jondalar, sorprendido ante el súbito impulso sentimental que experimentaba.

—No, no creo que sea una broma, pero ella sólo puede sugerir, y quizá sea un nombre difícil para un niño del clan, porque no es usual. De todos modos, es posible que Guban acepte. Es un hombre excepcionalmente abierto a las nuevas ideas para ser un miembro del clan. Yorga me ha hablado de la unión entre ambos, y creo que se enamoraron, lo que es bastante extraño. La mayoría de las uniones se plantean y se apañan de antemano.

—¿Por qué piensas que se enamoraron? —preguntó Jondalar. Estaba interesado en conocer una historia de amor del clan.

—Yorga es la segunda mujer de Guban. Su clan vive bastante lejos de aquí, pero él se acercó a esa gente para informarles de que se celebraría una gran Reunión del Clan y de que se proponían comentar nuestra situación, la de los Otros. Charoli está molestando a las mujeres del clan; le hablé de los planes de los losadunai para terminar con esta situación, pero si he entendido bien, un grupo de Otros se acercó a un par de clanes para arreglar ciertos negocios.

—¡Vaya sorpresa!

—Sí. La comunicación es el principal problema, pero los hombres del clan, incluido Guban, no confían en los Otros. Mientras Guban visitaba a ese clan lejano, vio a Yorga y ella le vio a él. Guban la deseó, pero la razón que dio fue la conveniencia de establecer vínculos más estrechos con algunos de los clanes distantes, con el fin de compartir las ideas, especialmente todas estas ideas nuevas. ¡Y se la trajo con él! Los hombres del clan no proceden así. La mayoría de ellos habría

expuesto su intención al jefe, y después de regresar y discutir el asunto con su propio clan, habría concedido a su primera mujer la posibilidad de hacerse a la idea de compartir el hogar con otra —dijo Ayla.

—¿La primera mujer de su hogar no lo sabía? Es un hombre decidido —dijo Jondalar.

—Su primera mujer ha tenido dos hijas; él quiere una mujer que le dé un varón. Los hombres del clan dan mucha importancia a los hijos varones de sus compañeras y, por supuesto, Yorga abriga la esperanza de que el niño que está formándose en su vientre sea el varón que él desea. Ella tropezó con algunas dificultades para acostumbrarse al nuevo clan, tardaron en aceptarla, y si la pierna de Guban no cura bien y él pierde la jerarquía, Yorga teme que le echen a ella la culpa.

—No me extraña entonces que parezca tan preocupada.

Ayla se abstuvo de decir a Jondalar que había dicho a Yorga que ella iba camino del hogar de su hombre, y que también ella estaba lejos de su pueblo. No veía motivo para agravar las preocupaciones de Jondalar, pero, en realidad, también ella se sentía preocupada cuando pensaba en el modo en que el pueblo de Jondalar la recibiría.

Tanto Ayla como Yorga esperaban que fuese posible visitarse y compartir experiencias. Sentía que eran casi parientes, pero probablemente podía hablarse de una deuda de parentesco entre Guban y Jondalar, y en el breve período de tiempo en que se habían conocido, Yorga había llegado a sentirse más cerca de Ayla que de cualquiera de las restantes mujeres a las que había conocido. Pero el clan y los Otros no se visitaban.

Guban se despertó en mitad de la noche, pero aún estaba mareado. Por la mañana estaba ya bien despierto, pero las tensiones de la víspera le habían dejado exhausto. Cuando, por la tarde, Jondalar inclinó la cabeza para entrar en la tienda, Guban se sorprendió ante la alegría que él mismo experimentaba al ver al hombre de elevada estatura; pero ignoraba para qué servían las muletas que traía.

—Usé esto después que el león me atacó —explicó Jondalar—. Me ayudaron a caminar.

De pronto, Guban demostró interés y quiso probarlas, pero Ayla no se lo permitió. Era demasiado pronto. Guban accedió al final, pero sólo después de anunciar que las probaría al día siguiente. Más entrada la tarde, Yorga informó a Ayla de que Guban deseaba conversar con Jondalar acerca de algunas cuestiones muy importantes y que solicitaba su ayuda en la traducción. Ayla comprendió que era algo serio, sospechó de qué se trataba y habló antes con Jondalar, para avisarle de que le ayudaría a resolver las posibles dificultades.

Guban continuaba preocupado por la existencia de una deuda de parentesco con Ayla, que sobrepasaba el límite del intercambio de espíritus aceptable en el caso de una hechicera, puesto que había colaborado a salvar su vida utilizando un arma.

—Necesitamos convencerle de que la deuda es contigo, Jondalar. Si le dices que eres mi compañero, debes explicarle que, como asumes la responsabilidad de mi

persona, las deudas contraídas conmigo en realidad son deudas contigo.

Jondalar aceptó, y tras algunos preliminares para fijar las formas, abordaron la discusión más seria.

—Ayla es mi compañera, me pertenece —dijo, mientras Ayla traducía con una gama completa de sutilezas—. Soy responsable por ella; lo que se le debe a ella a mí se me debe. —Después, ante la sorpresa de Ayla, Jondalar agregó—: Yo también tengo una obligación que agobia mi espíritu. Tengo una deuda de parentesco con el clan.

Guban manifestó curiosidad.

—Esa deuda ha gravitado pesadamente en mi espíritu, porque no he sabido cómo saldarla.

—Háblame de eso —dijo Guban con gestos y signos—. Quizá yo te pueda ayudar.

—Como dijo Ayla, me atacó un león de las cavernas. Fui marcado, elegido por el León de las Cavernas, que ahora es mi tótem. Ayla me encontró. Yo estaba a un paso de la muerte y mi hermano, que me acompañaba, ya caminaba por el mundo de los espíritus.

—Lamento saberlo. Es duro perder un hermano.

Jondalar se limitó a asentir.

—Si Ayla no me hubiese descubierto, yo también estaría muerto, pero cuando Ayla era niña y estaba en peligro de muerte, el clan la recogió y la crió. Si el clan no hubiese recogido a Ayla cuando era una niña, no habría podido sobrevivir. Si Ayla no hubiese vivido y una hechicera del clan no le hubiese enseñado a curar, yo no estaría vivo. Ahora estaría caminando por el otro mundo. Debo mi vida al clan, pero no sé cómo pagar esa deuda y a quién.

Guban asintió con mucha simpatía. Era un problema grave y una deuda considerable.

—Quiero hacer una petición a Guban —continuó Jondalar—. Puesto que Guban tiene conmigo una deuda de parentesco, le pido que acepte a cambio mi deuda de parentesco con el clan.

El hombre del clan consideró seriamente la petición, pero, de todos modos, le satisfizo conocer el problema. Canjear una deuda de parentesco era mucho más aceptable que sencillamente deber su vida a un hombre de los Otros y entregarle una parte de su espíritu. Finalmente, asintió.

—Guban aceptará el canje —dijo, y se sintió muy aliviado.

Guban retiró el amuleto que llevaba colgado del cuello y lo abrió. Depositó el contenido en la palma de su mano y tomó uno de los objetos, un diente, uno de sus primeros molares. Aunque no tenía cavidades, esa pieza estaba gastada de un modo peculiar, debido principalmente a que él solía usar la dentadura como herramienta. La pieza dental que tenía en la mano estaba gastada, pero no tanto como su dentadura permanente.

—Por favor, acepta esto como prenda de parentesco —dijo Guban.

Jondalar se sintió incómodo. No había previsto que habría un intercambio de algunos efectos personales para refrendar el intercambio de deudas, y no sabía qué dar al hombre del clan que tuviese la misma importancia. Viajaban con muy pocas cosas, de modo que Jondalar no tenía mucho que dar. De pronto, tuvo una idea.

Retiró un saquito de un cordel atado a su cinturón y volcó el contenido en la mano. Guban miró sorprendido. En la mano de Jondalar había varias garras y dos caninos de un oso de las cavernas, el mismo animal que había cazado el verano precedente, poco después de iniciar el largo viaje. Mostró uno de los caninos.

—Por favor, acepta esto como prenda de parentesco.

Guban moderó su interés. Un diente de oso de las cavernas era un símbolo poderoso. Confería elevada jerarquía, y regalar uno significaba un gran honor. Le halagó pensar que aquel hombre perteneciente al pueblo de los Otros había reconocido de un modo tan apropiado la posición del propio Guban y la deuda que tenía con todo el clan. El episodio produciría una impresión positiva cuando explicase a los demás este intercambio. Aceptó el símbolo de parentesco, lo encerró en su puño y lo sostuvo con firmeza.

—¡Bien! —dijo Guban, como si hubiese cerrado un trato. Después formuló una petición—: Como ahora somos parientes, quizá cada uno deba conocer dónde está el clan del otro y el territorio que ocupa.

Jondalar describió el área general de su territorio. La mayor parte de aquella área que se extendía más allá del glaciar era zelandonii o estaba ocupada por pueblos afines, y después describió específicamente la Novena Caverna de los zelandonii. Guban describió su territorio, y Ayla sacó la impresión de que no estaban tan lejos unos de otros como ella había creído.

Antes de que hubiesen concluido se mencionó el nombre de Charoli. Jondalar explicó los problemas que el joven había provocado a todos, y describió con cierto detalle lo que se proponían hacer para detenerle. Guban consideró que la información era tan importante que convenía transmitirla a otros clanes, e incluso se dijo que quizá, en última instancia, su pierna rota podía ser el punto de partida de una situación afortunada.

Guban tendría mucho que contar en su clan. No sólo que también los Otros tenían problemas con aquel hombre y se proponían hacer algo para remediar la situación, sino que algunos individuos de los Otros estaban dispuestos a luchar contra su propia gente para ayudar a la gente del clan. También había algunos que sabían hablar bien. Una mujer que podía comunicarse muy bien y un hombre de capacidad limitada pero útil, lo cual, en ciertos aspectos, podía ser más valioso porque él era varón y ahora pariente. Ese contacto con los Otros y las percepciones y el conocimiento de dichas personas podían aportarle incluso más jerarquía, sobre todo si recuperaba el uso pleno de su pierna.

Ayla aplicó la envoltura de corteza de alerce aquella misma tarde. Guban fue a

acostarse sintiéndose muy bien y la pierna apenas le dolía.

Cuando Ayla se despertó por la mañana, se sentía muy inquieta. De nuevo había tenido un sueño extraño, algo muy real, con las cavernas y la figura de Creb. Mencionó el asunto a Jondalar; después hablaron de cómo conseguirían que Guban regresase a su pueblo. Jondalar propuso los caballos, si bien le preocupaba mucho la posibilidad de que aumentase el retraso. Ayla pensó que Guban jamás aceptaría. Los caballos domesticados le inquietaban.

Cuando se levantaron, ayudaron a Guban a salir de la tienda, y mientras Ayla y Yorga prepararon una comida matutina, Jondalar hizo una demostración de cómo usar las muletas. Guban insistió en probar, a pesar de las objeciones de Ayla, y después de practicar un poco, se sorprendió al comprobar lo eficaces que eran. De hecho, podía caminar sin cargar el más mínimo peso sobre la pierna.

—Yorga —dijo Guban a su mujer, una vez hubo dejado las muletas—, prepárate para partir. Después de la comida nos iremos. Es hora de regresar al clan.

—Es demasiado pronto —dijo Ayla, utilizando simultáneamente los gestos del clan—. Necesitas descansar la pierna, porque, de lo contrario, no curará bien.

—Mi pierna descansará mientras camino con esto —hizo un gesto para aludir a las muletas.

—Si tienes que partir ahora, puedes montar uno de los caballos —dijo Jondalar.

Guban se sobresaltó.

—¡No! Guban camina sobre sus propias piernas. Con la ayuda de estos objetos. Compartiremos una comida más con los nuevos parientes y después nos marcharemos.

Capítulo 41

Después de compartir la comida, las dos parejas se prepararon para seguir cada una su propio camino. Cuando Guban y Yorga estuvieron listos, se limitaron a mirar un momento a Jondalar y Ayla, evitando al lobo y a los dos caballos cargados de bultos. Después, apoyándose en las muletas, Guban empezó a alejarse. Yorga caminó detrás.

No hubo adioses ni agradecimientos; tales conceptos eran ajenos al pueblo del clan. No era normal comentar una partida; era un acto evidente, y los gestos de ayuda o bondad, sobre todo de los parientes, parecían naturales. Las obligaciones aceptadas no requerían agradecimientos, sólo reciprocidad, si se hacía necesario. Ayla sabía cuán difícil podía ser que Guban cediese a la necesidad de demostrar reciprocidad. De acuerdo con el concepto del propio Guban, les debía más de lo que jamás podría pagar. Le habían dado más que la vida; le habían proporcionado la posibilidad de conservar su posición, su jerarquía, que para él significaba más que el mero hecho de estar vivo; sobre todo si eso significaba vivir como un inválido.

—Ojalá no tengáis que andar mucho camino. Recorrer una distancia larga con esas muletas no es fácil —dijo Jondalar—. Espero que lo consigas.

—Lo conseguirá —dijo Ayla—, por muy lejos que sea. Incluso sin las muletas, se las ingeniaría para regresar, aunque tuviera que arrastrarse todo el camino. No te preocupes, Jondalar. Guban es un hombre del clan. Lo conseguirá… o perecerá en el intento.

Jondalar frunció el entrecejo en una expresión pensativa. Vio que Ayla recogía la rienda de Whinney; después meneó la cabeza y buscó la de Corredor. A pesar de las dificultades que Guban tendría que afrontar, Jondalar tenía que reconocer que le alegraba que hubiese rechazado su ofrecimiento de cabalgar para volver al clan. Ya habían perdido demasiado tiempo.

Cuando salieron del campamento, continuaron cabalgando a través de los bosques abiertos, hasta que llegaron a un lugar elevado. Allí se detuvieron y pasearon la mirada sobre el camino que habían recorrido. Los altos pinos, que se elevaban rectos como centinelas, protegían durante un largo trecho las orillas del Río de la Madre; una columna serpenteante de árboles se desgajaba de la legión de coníferas que podían ver más abajo y que se extendía por los flancos de las montañas que se aproximaban desde el sur.

Al frente, la pendiente, cuesta arriba, se alisó temporalmente, y una prolongación del bosque de pinos, que partía del río, atravesó un pequeño valle. Desmontaron para guiar a los caballos a través del denso bosque, y penetraron en un espacio penumbroso, de profundo y sobrecogedor silencio. Los troncos rectos y oscuros sostenían un dosel bajo formado por muchas ramas que terminaban en agujas bajas que bloqueaban el paso de la luz del sol y reducían el crecimiento de los matorrales y los arbustos. Una capa de agujas pardas, que se había acumulado a lo largo de siglos, amortiguaba el ruido de los pasos y los cascos.

Ayla vio un grupo de setas en la base de un árbol y se arrodilló para examinarlas. Estaban completamente congeladas, atacadas por una súbita helada durante el otoño anterior. Pero la nieve no había llegado allí para dar testimonio de la nueva temporada. Era como si el tiempo de la cosecha se hubiese detenido y mantenido en suspenso, preservado en la foresta todavía fría. Lobo apareció junto a Ayla y acercó el hocico a la mano sin guante. Ella le frotó la cabeza, vio el vapor que se desprendía de sus fauces, después el que ella misma exhalaba y tuvo la fugaz impresión de que el pequeño grupo de viajeros representaba los únicos seres vivientes.

Sobre el extremo más lejano del valle, la ladera ascendía bruscamente y aparecían los relucientes abetos plateados, que contrastaban con el majestuoso verde oscuro de los pinos. Los pinos de agujas largas estaban representados por ejemplares cada vez más achaparrados a medida que aumentaba la altura, y finalmente desaparecían, dejando al abeto y al pino común que continuaran la marcha junto al curso medio de la Madre.

Mientras cabalgaba, los pensamientos de Jondalar retornaban a la gente del clan que habían conocido poco antes; nunca podría volver a pensar en ellos de otro modo que como personas. Necesito convencer a mi hermano. Quizá él podría tratar de relacionarse con esta gente, si todavía es el líder. Cuando se detuvieron a descansar y a preparar una infusión, Jondalar expresó en voz alta sus pensamientos.

—Cuando lleguemos a casa, hablaré con Joharran acerca de la gente del clan, Ayla. Si otras personas pueden traficar con ellos, también podremos hacerlo nosotros; él debería enterarse de que están reuniéndose con clanes lejanos para discutir los problemas que se suscitan con nosotros —dijo Jondalar—. Esto podría crear dificultades y no quisiera combatir contra hombres como Guban.

—No creo que haya ninguna prisa. Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que adopten decisiones. Para ellos, los cambios son difíciles —explicó Ayla.

—¿Qué me dices del intercambio? ¿Te parece que estarían dispuestos a iniciarlo?

—Creo que Guban se mostraría más dispuesto que la mayoría. Le interesa saber más de nosotros y mostró buena voluntad para probar las muletas, aunque debo reconocer que no aceptó usar los caballos. Que haya llevado a su hogar a una mujer tan poco común, traída de un clan lejano, revela también algo de su personalidad. En eso corrió cierto riesgo, si bien debe tenerse en cuenta que ella es hermosa.

—¿La crees hermosa?

—¿No piensas lo mismo?

—En todo caso, comprendo por qué a Guban le parece que es hermosa —dijo Jondalar.

—Creo que lo que un hombre considera bello depende de su propio carácter —dijo Ayla.

—Sí, y opino que tú eres hermosa.

Ayla sonrió, y él se sintió aún más convencido de su belleza.

—Me alegro de que pienses así.

—Ya sabes que es cierto. ¿Recuerdas toda la atención que te dispensaron en la Ceremonia de la Madre? ¿Te he dicho alguna vez cuánto me alegró que me eligieses? —preguntó Jondalar, sonriendo al recordar el episodio.

Ayla recordó algo que él había dicho a Guban.

—Bien, te pertenezco, ¿verdad? —dijo, y después sonrió—. Me alegro de que no conozcas del todo bien el lenguaje del clan. Guban habría advertido que no estabas diciendo la verdad cuando afirmaste que yo era tu compañera.

—No, no lo habría advertido. Todavía no hemos tenido una Ceremonia Matrimonial, pero en mi corazón estamos unidos. No fue una mentira —dijo Jondalar.

Ayla se sintió conmovida.

—Yo también siento lo mismo —agregó en voz baja, mirando al suelo porque deseaba demostrar deferencia hacia los sentimientos que la colmaban—. Siento eso mismo desde que estábamos en el valle.

Jondalar experimentó un impulso de amor tan intenso que creyó que estallaría. La buscó y la abrazó, sintiendo en ese momento, con esas pocas palabras, que había pasado por una Ceremonia de Unión. No importaba si alguna vez participaba en una ceremonia aceptada por su pueblo. Intervendría en eso para complacer a Ayla, pero no lo necesitaba. Sólo necesitaba volver sano y salvo a su hogar.

Una súbita ráfaga de viento provocó una sensación de frío en Jondalar, disipando el flujo de calor que había sentido, dejándole en un estado de extraña ambivalencia. Se levantó y, apartándose del calor del pequeño fuego, respiró hondo. Quedó anhelante, cuando el aire muy frío y muy seco le llenó los pulmones. Se cubrió con la capucha de piel y se la apretó contra la cara para permitir que su cuerpo caliente entiviase el aire que respiraba. Aunque lo que menos deseaba sentir era un viento tibio, comprendió que ese frío tan intenso era sumamente peligroso.

Al norte del lugar en que estaban, el gran glaciar continental se prolongaba hacia el sur, como si se esforzara para abarcar con su abrazo helado y abrumador las hermosas montañas gélidas. En ese momento estaban en la región más frígida de la tierra, entre las relucientes elevaciones de las montañas y el inmenso hielo septentrional; y como si eso no fuera suficiente, se hallaban en lo más profundo del invierno. Los glaciares, ansiosos de humedad, secaban el aire mismo y atrapaban codiciosos hasta la última gota de agua para agrandar su masa gigantesca que aplastaba el lecho de piedra y almacenaba reservas para soportar el ataque del calor estival.

La batalla por el control de la Gran Madre Tierra entre el frío glaciar y el calor que venía a derretir el hielo estaba casi en un punto muerto, pero la marea comenzaba a cambiar; el glaciar ganaba terreno. Protagonizaría un avance más, y alcanzaría el extremo más meridional, antes de retroceder hacia las superficies polares. Pero incluso allí estaría esperando una nueva oportunidad.

Mientras continuaban ganando altura, cada momento parecía más frío que el anterior. La creciente elevación les acercaba inexorablemente a la cita con el hielo. Los caballos tropezaban con dificultades cada vez mayores para conseguir forraje. El pasto amustiado cerca del río de hielo sólido se achataba contra el suelo helado. La única nieve estaba formada por granos punzantes, duros y secos, impulsados por el fuerte viento.

Cabalgaban en silencio, pero después de organizar el campamento y de acurrucarse en la tienda para darse calor, comenzaron a conversar.

—Yorga tiene unos hermosos cabellos —dijo Ayla, arrebujándose bajo las pieles.

—Sí, así es —dijo Jondalar, con sincera convicción.

—Ojalá los hubiese visto Iza o algún otro del Clan de Brun. Siempre opinaban que mis cabellos eran extraños, a pesar de que Iza decía que eran mi rasgo más atractivo. Solía ser bastante claro, como el suyo, pero ahora se ha oscurecido.

—Ayla, me encanta el color de tus cabellos y cómo desciende en ondas cuando lo sueltas —comentó Jondalar, que tocó un mechón cerca de la cara de la joven.

—No sabía que la gente del clan vivía tan lejos de la península.

Jondalar adivinó que la mente de Ayla no estaba centrada en el cabello o en nada cercano y personal. Estaba pensando en la gente del clan, lo mismo que él había hecho antes.

—Sin embargo, Guban parece distinto. Se diría que…, no sé, es difícil explicarlo. Tiene el entrecejo más grueso, la nariz más grande, la cara está más… acentuada. Todo en él parece más… exagerado, en una palabra, más clan. Creo que incluso es más musculoso que Brun. Y me pareció que el frío no le molestaba tanto. Tenía la piel tibia al tacto a pesar de que estaba acostado en el suelo helado y el corazón le latía más rápido.

—Quizá se han acostumbrado al frío. Laduni dijo que muchos viven al norte de este lugar y que en esa región casi nunca hace calor, ni siquiera en verano —dijo Jondalar.

—Tal vez tengas razón. De todos modos, piensan de manera semejante. ¿Por qué dijiste a Guban que estabas pagando una deuda de parentesco con el clan? Fue el mejor argumento que pudiste esgrimir.

—No sé muy bien por qué lo dije. Sin embargo, es cierto. En efecto, debo mi vida al clan. Si ellos no te hubiesen recogido, no estarías viva, y tampoco lo estaría yo.

—Y al regalarle ese diente del oso de las cavernas, no pudiste haber imaginado un símbolo mejor. Jondalar, has comprendido muy rápidamente las costumbres del pueblo del clan.

—No son tan diferentes. Los zelandonii también prestan mucha atención a las obligaciones. Las obligaciones que quedan insatisfechas cuando te vas al otro mundo pueden otorgar al acreedor cierto control sobre tu espíritu. Y he oído decir que algunos de Los Que Sirven a la Madre tratan de mantener endeudada a la gente, para controlar sus espíritus; pero probablemente sea mera palabrería. Que la gente diga

ciertas cosas no significa que sean ciertas —concluyó el hombre.

—Guban cree que su espíritu y el tuyo están ahora entrelazados en esta vida y en la otra. Una parte de tu espíritu estará con él, del mismo modo que una parte del suyo siempre estará contigo. Por eso le vimos tan preocupado. Perdió esa parte cuando le salvaste la vida, pero tú se la devolviste, de modo que no queda ningún vacío, nada os falta.

—No fui el único que le salvó la vida. Tú hiciste lo mismo, e incluso más.

—Pero soy mujer, y una mujer del clan no es lo mismo que un hombre del clan. No es un intercambio parejo, porque uno no puede hacer lo que el otro hace. No cuenta con los recuerdos necesarios para ello.

—Pero tú le curaste la pierna y se la arreglaste de forma que pudiera regresar.

—De todos modos, habría regresado; eso no me inquietaba. Yo temía que la pierna no curase bien. En ese caso, no podría cazar.

—¿Es tan grave verse imposibilitado para cazar? ¿No podía hacer otra cosa? ¿Como esos jovencitos s'armunai?

—La categoría de un hombre del clan depende de su capacidad para cazar, y para él su jerarquía es más importante que la vida. Guban tiene responsabilidades. Hay dos mujeres en su hogar. Su primera mujer tiene dos hijas y Yorga está embarazada. Él prometió cuidarlos a todos.

—¿Y si no puede? —preguntó Jondalar—. ¿Qué les sucederá?

—No morirán de hambre, el clan se encargará de ellos, pero la jerarquía de esa gente, el modo de vivir, el alimento y las ropas, el respeto que merecen depende de la jerarquía de Guban. Y él perdería a Yorga. Es joven y hermosa, y otro hombre se alegraría de recibirla; pero si ella tiene el varón que Guban siempre deseó, se lo llevará consigo.

—¿Qué sucede cuando él envejece tanto que no puede cazar?

—Un viejo puede retirarse lentamente, con elegancia, de la caza. Quizá vaya a vivir con los hijos de su compañera o con las hijas si aún viven en el mismo clan, y así no será una carga para todos. Zoug adquirió habilidad con una honda y de ese modo aún podía contribuir, e incluso el consejo de Dorv todavía era apreciado, y eso que apenas veía. Pero Guban es un hombre en la flor de la edad, y un jefe. Perder todo eso de golpe le descorazonaría.

Jondalar asintió.

—Creo que lo entiendo. La imposibilidad de cazar no me molestaría tanto a mí. Pero lamentaría profundamente que me sucediese algo y no pudiera trabajar más el pedernal. —Hizo una pausa para reflexionar, y después dijo—: Ayla, has hecho mucho por él. Aunque las mujeres del clan son distintas, ¿todo eso no cuenta? ¿Al menos no podría reconocerlo?

—Guban me manifestó su gratitud, Jondalar, pero lo hizo sutilmente, como correspondía.

—Seguramente fue algo sutil. Yo no lo vi —dijo Jondalar, que pareció

sorprendido.

—Se comunicó directamente conmigo, no a través de tu persona, y prestó atención a mis opiniones. Permitió que su mujer te hablase, lo cual significaba que me reconocía como igual de Yorga, y puesto que él posee una jerarquía muy elevada, lo mismo puede suponerse de la mujer. Mira, demostró que tenía muy elevada opinión de tu persona. Te hizo un cumplido.

—¿Sí?

—Opinó que tus herramientas estaban bien fabricadas y admiró tu habilidad artesanal. Si no lo hubiese hecho, no habría aceptado las muletas o tu símbolo —explicó Ayla.

—¿Qué habría hecho? Yo acepté su muela. Pensé que era un obsequio corriente, aunque comprendí el sentido que le atribuía. Yo habría aceptado su símbolo, sin prestar demasiada atención a lo que era.

—Si él hubiera creído que el regalo no correspondía, lo habría rechazado; pero ese símbolo era más que un regalo. Él aceptó una obligación seria. Si no te hubiera respetado, no habría aceptado esa parte de tu espíritu a cambio de la suya; aprecia demasiado la suya. Habría preferido soportar un vacío, un orificio, antes que un fragmento de un espíritu indigno.

—Tienes razón. Esta gente del clan tiene muchas sutilezas, matices de sentido dentro de matices de sentido. No sé si alguna vez podré aclararlo todo —dijo Jondalar.

—¿Crees que los Otros son distintos? Yo todavía me veo en dificultades para entender todos los matices dentro de los matices —dijo Ayla—, pero tu gente es más tolerante. Tu gente se visita más, viajan más que los miembros del clan y están más acostumbrados a los forasteros. Estoy segura de que cometí errores, pero creo que tu gente no les prestó atención porque soy un visitante y saben que las costumbres de mi pueblo pueden ser diferentes.

—Ayla, mi pueblo es también tu pueblo —dijo amablemente Jondalar.

Ella le miró, como si, al principio, no entendiera con claridad lo que Jondalar le dijo. Después respondió:

—Así lo espero, Jondalar. Así lo espero.

Los abetos y los pinos estaban raleando y eran cada vez más pequeños a medida que los viajeros cobraban altura; pero aunque ellos no podían ver más allá de la vegetación, el camino a lo largo del río les obligó a pasar al lado de afloramientos rocosos y a través de valles profundos que les impedían ver las alturas de alrededor. En un recodo del río, un arroyo de montaña desembocaba en el curso medio de la Madre, la que a su vez también descendía del terreno más alto. El aire sumamente frío había atacado y detenido las aguas en el momento de la caída, y los vientos fuertes y secos las habían esculpido, confiriéndoles formas extrañas y grotescas.

Algunas caricaturas de criaturas vivas capturadas por la helada, dispuestas a iniciar un largo vuelo descendiendo el curso del gran río, parecían esperar impacientes, como si supieran que el cambio de estación y su libertad ya no estaban muy lejos.

El hombre y la mujer guiaron con mucho cuidado a los caballos sobre el hielo irregular y quebrado y rodearon el lugar para pasar a un terreno más alto de la cascada congelada; después se detuvieron, atónitos, cuando el macizo glaciar llano apareció ante sus ojos. Lo habían entrevisto antes; ahora pareció tan cercano que se podía tocar, pero ese efecto tan desconcertante era engañoso. El hielo majestuoso y acechante, con su superficie casi nivelada, estaba más lejos de lo que parecía.

El río helado que se extendía al lado se mantenía inmóvil, pero los ojos de los dos viajeros siguieron su ruta tortuosa que se curvaba y doblaba y después desaparecía de la vista. Reaparecía a mayor altura, junto a otros canales estrechos distribuidos a intervalos regulares, que se desprendían del glaciar como un puñado de cintas de plata que adornaban la enorme masa de hielo. Las montañas lejanas y los riscos más próximos enmarcaban la meseta con sus cimas accidentadas, cortantes y heladas, y un blanco tan sombrío que los matices de azul glaciar parecía que únicamente reflejaban el color profundo y a la vez claro del cielo.

Los dos altos picos gemelos que aparecían al sur, y que durante cierto tiempo habían acompañado las jornadas recientes, ya hacía bastante tiempo que habían desaparecido de la vista. Una nueva y alta torre que había surgido más hacia el oeste retrocedía en dirección al este, y las cumbres de la cadena meridional que habían enmarcado su camino todavía mostraban sus coronas relucientes.

Al norte, había riscos dobles de rocas más antiguas, pero el macizo que formaba el borde septentrional del valle fluvial había quedado atrás, en la curva en que el río retrocedía para alejarse de su extremo más septentrional, antes del lugar en que habían encontrado a la gente del clan. El río estaba más cerca de la nueva meseta de piedra caliza que representaba el límite septentrional, mientras ellos trepaban hacia el sudoeste, en dirección a la fuente del río.

La vegetación continuaba cambiando a medida que ascendían. El abeto rojo y el abeto plateado dejaban su lugar al alerce y al pino en los suelos ácidos que formaban una fina capa sobre el lecho inmutable de rocas, pero éstos no eran los majestuosos centinelas de los terrenos menos elevados. Habían llegado hasta un retazo de taiga montañosa, plantas verdes achaparradas que mantenían una cubierta de hielo y nieve endurecidos, pegados a las ramas la mayor parte del año. Aunque esta vegetación era muy densa en ciertos lugares, el brote que tenía coraje suficiente para proyectarse sobre los otros, rápidamente quedaba podado por el viento y la helada, que reducía a un nivel común las copas de todos los árboles.

Los animales pequeños se desplazaban libremente por las trilladas sendas que ellos mismos habían formado bajo los árboles, pero la caza mayor trazaba caminos en razón de su fuerza. Jondalar decidió apartarse del arroyuelo sin nombre que habían venido siguiendo, uno de los muchos que, a su debido tiempo, serían el comienzo de

un gran río, y seguir un sendero de animales que atravesaba el espeso matorral de coníferas achaparradas.

Cuando se aproximaron al límite del bosque, los árboles se hicieron más escasos; entonces alcanzaron a ver que la región que se extendía más allá estaba completamente desprovista de representantes leñosos más o menos altos. Pero la vida es tenaz: los matorrales de corta altura y las hierbas, y los amplios campos de pasto, sepultados parcialmente bajo el manto de nieve, aún florecían.

Aunque se extendía mucho más, había regiones análogas en las elevaciones menores de los continentes septentrionales. Se mantenían áreas residuales de árboles deciduos propios del clima templado en ciertas áreas protegidas y en las latitudes más bajas, con plantas verdes de agujas más resistentes, que crecían en las regiones boreales, al norte de las primeras. Más al norte, allí donde había árboles, generalmente eran ejemplares pequeños y encogidos. A causa de los extensos glaciares, las contrapartes de los altos prados que rodeaban el hielo perpetuo de las montañas estaban representadas por las dilatadas estepas y las tundras, en las que sobrevivían únicamente las plantas que podían completar rápidamente su ciclo vital.

Por encima de la línea de bosques, muchas plantas resistentes se adaptaban a la inclemencia del ambiente. Ayla, que llevaba de la cuerda a su yegua, observó con interés los cambios y hubiese querido disponer de más tiempo para examinar las diferencias. Las montañas de la región en la que ella había crecido se hallaban mucho más al sur; debido a la influencia benigna del mar interior, la vegetación correspondía principalmente a la variedad templada fría. Las plantas que existían en las elevaciones más considerables de las regiones áridas, dominadas por el frío intenso, le parecían fascinantes.

Los majestuosos sauces, que adornaban casi todos los ríos, los arroyos y los estanques que conservaban aunque no fuese más que un rastro de humedad, crecían como matorrales bajos, y los alerces y los pinos altos y robustos se convertían en formaciones leñosas al nivel del suelo que se arrastraban sobre el terreno. Los arándanos se extendían como una espesa alfombra y alcanzaban la altura de tan sólo diez centímetros. Ayla se preguntaba si, como las bayas que crecían cerca del glaciar septentrional, producirían frutas de gran tamaño, pero más dulces y más silvestres. Aunque los esqueletos desnudos de las ramas amustiadas constituían la prueba de la existencia de muchas plantas, Ayla no siempre sabía a qué variedad pertenecían o en qué podían ser diferentes de ciertas plantas conocidas; también se preguntaba qué aspecto ofrecerían los altos prados en las estaciones más cálidas.

Como viajaban hacia el final del invierno, Ayla y Jondalar no podían apreciar la belleza que la meseta presentaba en primavera y en verano. Ni los rosales silvestres ni los rododendros coloreaban el paisaje con flores rosadas; no había azafranes ni anémonas, ni bellas gencianas azules; tampoco los narcisos amarillos se sentían tentados de desafiar el áspero viento, y las prímulas o las violetas no estallarían con su esplendor policromo hasta la primera tibieza de la primavera. No había

campánulas, rapánchigos, hierbas canas, margaritas, lirios, saxífragas, claveles, acónitos o hermosos y pequeños edelweiss que aliviaran la cruel y fría monotonía de aquellos campos invernales helados.

Lo que sí atrajo la atención de los dos fue un espectáculo más impresionante. Una deslumbrante fortaleza de reluciente hielo se cruzaba en su camino. Resplandecía al sol como un diamante grandioso y multifacético. Su misma blancura cristalina relucía con sombras azules luminosas que ocultaban sus fallas: las grietas, los túneles, las cavernas y las depresiones que recorrían aquella joya gigantesca.

Habían llegado al glaciar.

Cuando los viajeros se aproximaron a la cresta del gastado tocón de la montaña primordial que sostenía la lisa corona de hielo, ni siquiera estaban seguros de que el estrecho río de montaña que corría al costado siguiera siendo el mismo río que había sido su acompañante durante tanto tiempo. No era posible distinguir la diminuta huella de hielo de los muchos y pequeños cursos de agua helados que esperaban la primavera para liberar sus cascadas, que descenderían entre las rocas cristalinas de la alta meseta.

El Río de la Gran Madre, cuyo curso habían seguido todo el camino desde su ancho delta, donde desembocaba en el mar interior, la gran vía de agua que había guiado sus pasos la mayor parte del arduo viaje, ya no existía. Incluso el atisbo bloqueado por el hielo de un arroyuelo irregular pronto quedaría atrás. Los viajeros ya no contarían con la reconfortante seguridad del río que les señalaba el camino. Tendrían que continuar su viaje hacia el oeste, simplemente reconociendo el terreno, contando sólo con el sol y las estrellas que cumplirían la función de guías y con señales que Jondalar esperaba recordar.

En el alto prado, la vegetación era más intermitente. Sólo las algas, los líquenes y los musgos que eran típicos de las rocas y los peñascos podían sobrevivir en dura lucha, más allá de las plantas xerófilas y alpinas y algunas raras especies más. Ayla había comenzado a suministrar a los caballos parte del pasto que habían traído consigo. Sin el pelaje espeso y desordenado y la gruesa pelambre interior, ni el lobo ni los caballos habrían sobrevivido, pero la naturaleza los había adaptado al frío. Como carecían de pelaje propio, los seres humanos habían puesto en juego su propia adaptación. Aprovechaban las pieles de los animales que ellos mismos cazaban; sin esa protección, no habrían sobrevivido. Pero, por otra parte, sin la protección de las pieles y el fuego, sus antepasados jamás habrían podido acercarse al norte.

El íbice, la gamuza y el musmón se sentían cómodos en los prados de la montaña, incluidos los que correspondían a las regiones más accidentadas y agrestes, y frecuentaban los terrenos más altos, aunque generalmente no en el período tan avanzado de la estación, pero los caballos eran una anomalía a aquellas alturas. Ni siquiera las pendientes más suaves del macizo animaban precisamente a estos animales a trepar a tanta altura; de todos modos, Whinney y Corredor marchaban con paso seguro.

Los caballos, con las cabezas gachas, atacaban la pendiente desde la base del hielo, cargando los suministros y las piedras de quemar negro-parduscas que representaban la divisoria entre la vida y la muerte para todos. Los humanos, que conducían a los caballos hacia lugares en los que éstos generalmente no entraban, buscaban un lugar llano para armar una tienda y organizar el campamento.

Todos estaban cansados de combatir el frío intenso y el viento áspero y de trepar las laderas empinadas. Era un esfuerzo agotador. Incluso el lobo prefería permanecer cerca antes que alejarse y explorar.

—Estoy muy cansada —dijo Ayla, cuando intentaban organizar el campamento mientras soportaban el azote del intenso viento—. Estoy cansada del viento y cansada del frío. Creo que jamás volveré a sentir calor. Ignoraba que pudiera hacer tanto frío.

Jondalar asintió y reconoció la existencia del frío; pero sabía que la temperatura que aún debían afrontar sería todavía peor. Vio que ella miraba la gran masa de hielo y después apartaba los ojos, como si no deseara verla, y sospechó que la inquietaba algo más que el frío.

—¿Realmente debemos cruzar todo ese hielo? —preguntó Ayla, que al fin decidió admitir sus temores—. ¿Es posible? Ni siquiera sé cómo llegaremos a la cima.

—No es fácil, pero es posible —dijo Jondalar—. Thonolan y yo lo hicimos. Mientras haya luz, me gustaría encontrar el mejor modo de llegar hasta allí con los caballos.

—Tengo la sensación de que hemos estado viajando eternamente. Jondalar, ¿cuánto más debemos avanzar?

—Todavía falta un trecho para la Novena Caverna, pero no está demasiado lejos, nada parecido a lo que hemos recorrido; y una vez que crucemos el hielo, la distancia que nos separará de la caverna de Dalanar es corta. Nos detendremos allí algún tiempo; de ese modo podrás conocerla y ver a Jerika y a todos; no veo el momento de mostrar a Dalanar y Joplaya algunas de las técnicas de tallado del pedernal que aprendí de Wymez, pero incluso si nos quedamos allí y prolongamos la visita, llegaremos a casa antes del verano.

Ayla se sobresaltó. ¡El verano! ¡Pero si estamos en invierno!, pensó. Reconoció que si hubiese sabido realmente cuán prolongado iba a ser el viaje, quizá no se hubiera mostrado tan ansiosa de recorrer con Jondalar todo el camino de regreso al hogar del hombre. Tal vez se hubiese esforzado más por persuadirle de que permaneciesen con los mamutoi.

—Echemos una mirada a ese glaciar —dijo Jondalar—, y veamos cuál es el mejor modo de subir. Después veremos si tenemos todo lo necesario, si estamos preparados para cruzar el hielo.

—Tendremos que usar esta noche algunas de las piedras de quemar si queremos encender fuego —dijo Ayla—. Por aquí no hay combustible. Y habrá que derretir hielo para obtener agua…, seguro que no sufriremos escasez de hielo.

Salvo unos pocos bolsones protegidos en los que la acumulación era escasa, no

había nieve en el sector en que acampaban, y habían visto muy poca durante la marcha cuesta arriba. Jondalar había estado allí antes una sola vez, pero ahora todo el sector parecía mucho más seco de lo que él recordaba. Y no se equivocaba. Se encontraban en el sector de la meseta protegido de las lluvias, es decir, sobre el lado posterior; las escasas nevadas que de hecho caían en la región solían llegar poco después, cuando la estación ya había comenzado a cambiar. Él y Thonolan habían soportado una tormenta de nieve en el tramo por el que descendían.

Durante el invierno, el aire más tibio y cargado de agua, arrastrado por los vientos predominantes que venían del océano occidental, trepaba por las laderas hasta que alcanzaba la gran planicie de hielo glaciar con una zona de alta presión en el centro. Como producía el efecto de un túnel gigantesco que apuntaba al alto macizo, el aire húmedo se enfriaba, se condensaba y se convertía en nieve, que caía únicamente sobre el hielo que estaba debajo, alimentando las hambrientas fauces del exigente glaciar.

El hielo que cubría toda la cima gastada del antiguo macizo distribuía la precipitación por toda la zona, formando una superficie casi llana, excepto en la periferia. El aire enfriado, despojado de humedad, descendía a escasa altura y batía los costados, de modo que no caía nieve más allá de los bordes del hielo.

Mientras Jondalar y Ayla se desplazaban alrededor de la base del hielo buscando el mejor modo de proseguir, descubrieron lugares que parecían modificados poco antes, con tierra y rocas arrastradas por las lenguas del hielo que avanzaba. El glaciar estaba creciendo.

En muchas áreas, la antigua roca de la meseta aparecía desnuda al pie del glaciar. El macizo, plegado y elevado por las inmensas presiones que habían originado las montañas del sur, había sido antaño un sólido bloque de granito cristalino que enlazaba con una meseta análoga hacia el oeste. Las fuerzas que presionaban contra la vieja e inconmovible montaña, la roca más antigua sobre la tierra, dejaban sus huellas en forma de una gran abertura, una falla que escindía el bloque.

Directamente hacia el oeste, sobre el lado opuesto del glaciar, la pendiente occidental del macizo era empinada y se correspondía con un borde paralelo que daba al este y atravesaba el valle. Las aguas de un río corrían por el centro del ancho valle de la falla, protegido por los altos costados paralelos del macizo agrietado. Pero Jondalar planeaba dirigirse hacia el sudoeste, para cruzar en diagonal el glaciar y descender por una pendiente más gradual. Debía cruzar el río más cerca de su fuente, a gran altura en las montañas sureñas, antes de que éste descendiera alrededor del macizo helado y atravesara el valle.

—¿De dónde viene esto? —preguntó Ayla, sosteniendo el objeto en cuestión. Eran dos discos ovalados de madera montados en un marco que los mantenía en una posición fija y unidos bastante cerca uno del otro, con cuerdas de cuero atadas a los

bordes externos. Una delgada ranura recorría por el centro casi toda la extensión de los óvalos de madera, y casi los dividía en dos.

—Lo hice antes de partir. Tengo también uno para ti. Lo usaremos para proteger los ojos. A veces el resplandor del hielo en el glaciar es tan intenso que uno lo ve todo blanco; la gente dice que uno sufre la ceguera de la nieve. Esa ceguera generalmente desaparece al cabo de un rato, pero es posible que los ojos te queden terriblemente enrojecidos y doloridos. Esto te los protegerá. Adelante, póntelos —dijo Jondalar. Después, al ver que ella los manipulaba torpemente, agregó—: Mira, te haré una demostración. —Se puso los extraños protectores y ató las dos cuerdas sobre la nuca.

—¿Cómo puedes ver? —preguntó Ayla. Apenas conseguía acomodar los ojos detrás de las largas ranuras horizontales, pero, de todos modos, se puso el par que él le entregó—. ¡Sí, puedes verlo casi todo! Solamente hay que mover la cabeza para ver a los lados. —Estaba sorprendida, y ahora sonrió—. Pareces tan cómico con tus grandes ojos vacíos, como una especie de espíritu extraño… o un fantasma. Tal vez el espíritu de un fantasma.

—Tú también tienes un aspecto cómico —dijo Jondalar, sonriendo—, pero estos ojos te pueden salvar la vida. Necesitas ver dónde pones el pie cuando caminas sobre el hielo.

—Ha sido estupendo contar con esos forros de lana de musmón para las botas, los que nos regaló la madre de Madenia —comentó Ayla, mientras los situaba al alcance de la mano para poder usarlos en cuanto lo deseara—. Incluso cuando están húmedos te calientan los pies.

—Podemos dar gracias de que también tenemos el par suplementario ahora que caminamos sobre el hielo —dijo Jondalar.

—Yo solía rellenar mi calzado con tallos de juncia, cuando vivía con el clan.

—¿Tallos de juncia?

—Sí. Te mantiene calientes los pies y se seca muy rápido.

—Es bueno saberlo —dijo Jondalar, y después levantó una bota—. Usa las botas con las suelas de cuero de mamut. Son casi impermeables, y resisten mucho. A veces el hielo puede tener puntas cortantes, y este calzado es bastante áspero, de modo que no resbalará, sobre todo al subir. Veamos, necesitaremos la azuela para cortar el hielo. —Puso la herramienta sobre una pila que estaba formando—. Y cuerdas. Cuerdas fuertes. Tendremos que llevar la tienda, las pieles para dormir y, por supuesto, la comida. ¿Podemos dejar parte de los utensilios para cocinar? No necesitaremos muchas cosas cuando estemos sobre el hielo y los lanzadonii podrán proporcionarnos algunos.

—Estamos usando el alimento para los viajes. No cocinaré y he decidido utilizar la gran vasija de cuero prendida del armazón, la que nos regaló Solandia, para derretir el hielo y obtener agua; debemos ponerla directamente sobre el fuego. Es el modo más rápido, y no habrá necesidad de hervir el agua. Sólo derretir el hielo —dijo Ayla.

—No olvides llevar una lanza.

—¿Para qué? Sobre el hielo no hay animales, ¿verdad?

—No, pero puedes usarla para clavarla delante de ti y comprobar que el hielo es sólido. ¿Y este cuero de mamut? —preguntó Jondalar—. Lo tenemos desde que comenzó el viaje, pero ¿es necesario? Es pesado.

—Es un buen cuero, sólido y ahora flexible, y una buena protección impermeable para el bote redondo. Has dicho que sobre el hielo nieva.

En realidad, detestaba la idea de abandonarlo.

—Pero podemos usar la tienda como cubierta.

—Es cierto…, pero —dijo Ayla, y apretó los labios, pensativa… De pronto vio otra cosa—. ¿Dónde conseguiste esas antorchas?

—Me las dio Laduni. Nos levantaremos antes del amanecer y necesitaremos luz para empacar. Quiero llegar a la cumbre de la meseta antes de que el sol esté muy alto, cuando todo está aún completamente congelado —dijo Jondalar—. Incluso con este frío, el sol puede fundir un poco el hielo y será bastante difícil llegar a la cima.

Se acostaron temprano, pero Ayla no podía dormir. Estaba nerviosa y excitada. Éste era el glaciar acerca del cual Jondalar había hablado desde el principio.

—¿Qué…, qué pasa? —dijo Ayla, que se despertó sobresaltada.

—No pasa nada. Es hora de levantarse —indicó Jondalar, sosteniendo en alto la antorcha. Hundió el mango en la grava para sostenerla; después entregó a Ayla una taza humeante—. Encendí fuego. Aquí tienes algo de beber.

Ella sonrió y él pareció complacido. Ayla había preparado esa infusión matutina casi todos los días del viaje, y Jondalar se sentía complacido porque, al menos una vez, se había levantado primero y lo había preparado para Ayla. En realidad, no había conseguido dormir. No había logrado conciliar el sueño. Estaba demasiado nervioso, demasiado excitado e inquieto.

Lobo observaba a «sus» humanos y sus ojos reflejaban la luz. Adivinando que sucedía algo extraño, se movía y brincaba hacia delante y hacia atrás. Los caballos también estaban nerviosos; relinchaban, gemían y resoplaban lanzando nubes de vapor. Gracias a las piedras de quemar, Ayla derritió hielo para obtener agua y alimentó a los caballos con granos. Dio a Lobo una torta del alimento para viajes de los losadunai, y reservó una para ella y otra para Jondalar. A la luz de la antorcha, plegaron la tienda y las pieles de dormir y guardaron unos pocos objetos complementarios. Dejaron detrás algunas cosas sueltas, un contenedor de granos que ahora estaba vacío y herramientas de piedra; pero, en el último momento, Ayla puso el cuero de mamut sobre el carbón pardo guardado en el bote redondo.

Jondalar cogió la antorcha para iluminar el camino. Sujetando la cuerda de Corredor, inició la marcha, pero la luz de la antorcha le preocupaba. Podía ver un pequeño círculo iluminado en la proximidad inmediata, pero no mucho más que eso, a pesar de que la sostenía en alto. Había luna llena y aparecía cercana; Jondalar

comenzó a sentir que podía encontrar mejor el camino sin el fuego. Finalmente arrojó la antorcha y avanzó en la oscuridad. Ayla le siguió; a los pocos minutos los ojos de ambos se adaptaron. Detrás, la antorcha continuaba ardiendo sobre el suelo cubierto de grava, mientras ellos se alejaban.

A la luz de la luna a la que faltaba muy poco para alcanzar la plenitud, el monstruoso bastión de hielo relucía con una luz extraña y evanescente. El cielo oscuro estaba brumoso a causa de las estrellas, y el aire era terso y crujiente por el frío; un éter amorfo trasuntaba cierta vida propia.

Aunque realmente hacía mucho frío, el aire helado cobró una intensidad mayor cuando se aproximaron a la gran muralla de hielo, pero el estremecimiento de Ayla respondía a la emoción del temor y la expectativa. Jondalar observó los ojos relucientes de la joven, la boca apenas entreabierta mientras ella respiraba más profundo y más rápido. Jondalar siempre se sentía animado por la excitación de Ayla, y ahora experimentó cierto movimiento en sus propias entrañas. Pero meneó la cabeza. No era el momento. El glaciar esperaba.

Jondalar sacó de su alforja una larga cuerda.

—Tenemos que atarnos juntos —dijo.

—¿También los caballos?

—No. Cada uno de nosotros podrá sostener al otro, pero si los caballos resbalan, nos arrastrarán con ellos.

Por mucho que detestase la idea de perder a Corredor o a Whinney, le preocupaba sobre todo la seguridad de Ayla.

Ayla frunció el entrecejo, pero asintió como muestra de que estaba de acuerdo.

Hablaban en murmullos muy discretos y el hielo silencioso y amenazador aquietaba sus voces. No querían turbar su imponente esplendor o advertirle del asalto inminente.

Jondalar ató un extremo de la cuerda alrededor de su cintura y el otro alrededor de Ayla, enroscó la cuerda sobrante y pasó el brazo por el hueco, para colgar del hombro el rollo. Después cada uno de ellos tomó la cuerda de un caballo. Lobo tendría que seguir su propio camino.

Jondalar sintió pánico antes de empezar. ¿En qué había estado pensando? ¿Qué le inducía a creer que podía cruzar el glaciar con Ayla y los caballos? Habrían podido seguir el camino más largo, dando un rodeo. Aunque llevase más tiempo, era más seguro. Por lo menos, sabía que era posible. Entonces comenzó a caminar sobre el hielo.

Al pie del glaciar había a menudo una separación entre el hielo mismo y la tierra, lo que creaba bajo el hielo un espacio semejante a una caverna o a una cornisa helada que sobresalía y se extendía sobre la grava acumulada que era el resultado de la acción del glaciar. En el lugar elegido por Jondalar, el saliente se había derrumbado, y permitía un ascenso gradual. También estaba mezclada con grava, lo que les permitía afirmar mejor el pie. A partir del reborde que se había derrumbado, una densa

acumulación de grava —una morrena— ascendía por el flanco del hielo como una especie de huella bien definida; excepto cerca de la cima, no parecía demasiado empinada para ellos o para los caballos de pasos seguros. Sobrepasar el borde superior podía constituir un problema, pero Jondalar no podía conocer su gravedad hasta que llegase a aquel punto.

Guiados por Jondalar, comenzaron a remontar la pendiente. Corredor vaciló un momento. Aunque habían reducido la carga, el peso que el caballo transportaba todavía resultaba engorroso, y el cambio de ángulo, de una pendiente moderada a otra más empinada, desestabilizó su equilibrio. Uno de sus cascos resbaló, para después afirmarse y, con cierta vacilación, el joven animal inició el ascenso. Después les llegó el turno a Ayla y a Whinney, que arrastraba las angarillas. Pero la yegua había tirado tanto tiempo de la angarilla, y sobre terrenos tan variados, que estaba acostumbrada; a diferencia del considerable peso que Corredor llevaba sobre el lomo, las pértigas, muy separadas una de otra, contribuían al equilibrio de la yegua.

Lobo cerraba la marcha. Para él las cosas eran más fáciles. Levantaba menos del suelo y sus patas ásperas permitían cierto grado de adhesión de modo que no resbalaba. Pero adivinaba el peligro que corrían sus compañeros y marchaba detrás como si vigilase la retaguardia, atento a las amenazas invisibles.

Bajo la intensa luz de la luna, los reflejos de los afloramientos irregulares de hielo desnudo relucían y las superficies espejadas de los planos lisos presentaban un aspecto intensamente líquido, cual si fueran estanques de aguas oscuras. No era difícil ver la morrena que se desparramaba, como un río de arena y piedras en movimiento lento, pero la iluminación nocturna desdibujaba la magnitud y la perspectiva de los objetos y disimulaba los pequeños detalles.

Jondalar marchaba con paso lento y cauteloso y guiaba con cuidado a su caballo para evitar los obstáculos. Ayla se preocupaba más por encontrar el mejor camino para el caballo al que conducía que por su propia seguridad. Cuando la pendiente se acentuó, los caballos, desequilibrados por la inclinación y por su pesada carga, trataron de afirmar las patas. Cuando un casco resbaló, en el momento en que Jondalar quiso obligar a Corredor a abordar una brusca elevación, cerca de la cumbre, el caballo relinchó y trató de retroceder.

—Vamos, Corredor —le exhortó Jondalar, mientras ponía tensa la cuerda, como si pudiera obligar al animal mediante la fuerza bruta—. Ya casi estamos, debes llegar.

El caballo realizó un esfuerzo, pero sus cascos resbalaron sobre el hielo traicionero que yacía bajo una delgada capa de nieve, y Jondalar sintió que le arrastraba la propia cuerda. La aflojó, de modo que Corredor se moviese con más libertad y finalmente la soltó del todo. En la carga había cosas que de ningún modo quería perder, y lo que era aún más grave, lamentaría perder al animal; temió que el corcel no lograse llegar a la cima.

Pero, cuando sus cascos encontraron grava, el deslizamiento de Corredor cesó, y como ahora nada le sujetaba, irguió la cabeza y se lanzó hacia delante. De pronto, el

caballo superó el borde; para ello había aprovechado diestramente una estrecha grieta al final de una fisura, en el punto mismo en que el camino se nivelaba. Jondalar advirtió que el color del cielo había pasado del negro al azul índigo intenso, con una leve aclaración de las sombras en el horizonte oriental. Se acercó al caballo, lo palmeó y lo elogió cálidamente.

Jondalar sintió un tirón en la cuerda que pasaba por su hombro. Pensó: «Seguramente Ayla ha resbalado»; soltó más cuerda. «Quizá haya llegado al punto en que la pendiente se eleva bruscamente». De pronto, la cuerda comenzó a deslizarse de su mano, hasta que él sintió un fuerte tirón en la cintura. Supuso que Ayla estaba sosteniendo la cuerda de Whinney. «Tiene que soltarla».

Sujetó la cuerda con las dos manos y gritó:

—¡Suéltala, Ayla! ¡Te arrastrará con ella!

Pero Ayla no le oyó, o si le oyó no le entendió. Whinney había comenzado a trepar por la pendiente, pero sus cascos no podían encontrar el punto de apoyo y retrocedía deslizándose. Ayla sostenía la cuerda que sujetaba al animal, como si pudiera impedir que la yegua cayese; pero, en realidad, también ella estaba cayendo hacia atrás. Jondalar sintió que él mismo se acercaba peligrosamente al borde. Buscó algo donde agarrarse y aferró la cuerda que sujetaba a Corredor. El animal relinchó.

En última instancia, la angarilla frenó el descenso de Whinney. Una de las pértigas se enganchó en una grieta y allí se sostuvo el tiempo suficiente para permitir que la yegua recuperase el equilibrio. Después sus cascos se hundieron en un montón de nieve que le permitió afianzarse y finalmente encontró grava. Cuando Jondalar sintió que la cuerda aflojaba, soltó la que sostenía a Corredor. Apoyando el pie en una grieta del hielo, Jondalar tiró de la cuerda que le rodeaba la cintura.

—Dame un poco de cuerda —gritó Ayla, mientras sostenía la que sujetaba a Whinney y el animal pugnaba por avanzar.

De pronto, milagrosamente, Jondalar vio que Ayla había sobrepasado el borde; y entonces tiró de la cuerda para ayudarla a recorrer el resto del camino. Un instante después apareció Whinney. Con un brinco hacia delante, la yegua dejó atrás la grieta y apoyó las patas en el hielo llano; las pértigas de la angarilla saltaron por el aire y el bote redondo vino a descansar en el borde que los humanos y los animales habían superado. Una raya rosada apareció en el cielo matutino, definiendo el borde de la tierra; Jondalar emitió entonces un hondo suspiro.

De pronto, Lobo saltó sobre el borde y corrió hacia Ayla. Empezó a echársele encima, pero, como no se sentía muy segura, le ordenó que se detuviese. El lobo retrocedió, miró a Jondalar y después a los caballos. Alzó la cabeza y, tras unos pocos gañidos preliminares, entonó alto y fuerte su canto de lobo.

Aunque habían trepado una acentuada pendiente y el hielo ahora era una superficie llana, lo cierto es que todavía no habían alcanzado la superficie más alta del glaciar. Había grietas por todo el borde y bloques quebrados de hielo dilatado que se habían elevado. Jondalar traspasó un montículo de nieve que cubría una roca

irregular y fragmentada detrás del borde, y finalmente puso los pies sobre una superficie llana de la plataforma de hielo. Corredor le siguió, despidiendo por el aire fragmentos de hielo que saltaban y rodaban por encima del borde hacia la base del glaciar. El hombre mantuvo tensa la cuerda sujeta a su cintura mientras Ayla daba los últimos pasos. Lobo corría por delante mientras Whinney marchaba detrás.

El cielo se había convertido en un fugaz y único matiz de azul oscuro, mientras los rayos de luz móviles brotaban precisamente detrás del horizonte de la tierra. Ayla volvió los ojos hacia la acentuada pendiente y se preguntó cómo habían logrado remontarla. Desde el lugar que ahora ocupaban en la cima no parecía posible. Después se volvió para continuar y sintió que se le cortaba el aliento.

El sol naciente había asomado sobre el borde oriental con una explosión enceguecedora de luz que iluminaba una escena inverosímil. Hacia el oeste, una planicie lisa, absolutamente sin accidentes, de un blanco deslumbrante, se extendía ante ellos. Sobre ella, el cielo tenía un matiz de azul que Ayla jamás había visto en su vida. Quién sabe cómo había absorbido el reflejo de la alborada roja y el matiz verde azulado del hielo glaciar, y sin embargo, continuaba siendo azul. Pero era un azul de brillo tan deslumbrante que parecía resplandecer con su propia luz en un matiz que desafiaba la descripción. Se iba oscureciendo hasta alcanzar un tono negro azulado brumoso en el horizonte lejano, hacia el sudoeste.

Mientras el sol se elevaba por el este, la imagen descolorida de un círculo casi perfecto, que había resplandecido con reflejos tan brillantes en el cielo oscuro del momento que precedía al despertar del alba, se cernía sobre el borde occidental lejano; era apenas un recuerdo de su esplendor anterior. Pero nada interrumpía la belleza ultraterrena del vasto desierto de agua helada; no había árboles, ni rocas, ni movimientos de ningún género que mancillasen la majestad de la superficie aparentemente uniforme.

Ayla expulsó explosivamente su aliento. No había advertido que estaba conteniéndolo.

—¡Jondalar! ¡Esto es grandioso! ¿Por qué no me lo habías dicho? Habría viajado el doble de distancia para ver esto —dijo con voz cargada de reverencia.

—Es espectacular —dijo él, sonriendo ante la reacción de la joven, pero igualmente impresionado—. Sin embargo, no podía decírtelo. Nunca lo había visto antes. No es frecuente esta serenidad. Aquí las ventiscas también pueden ser espectaculares. Avancemos mientras podamos ver el camino. No es tan sólido como parece, y con este cielo claro y el sol luminoso, puede abrirse una grieta o ceder una cornisa que sobresale.

Comenzaron a atravesar la planicie de hielo, precedidos por sus propias sombras alargadas. Antes de que el sol estuviese muy alto, ya habían comenzado a transpirar dentro de sus pesadas ropas. Ayla comenzó a quitarse la chaqueta de piel con capucha.

—Quítate la ropa, si lo deseas —dijo Jondalar—, pero mantén cubierto el cuerpo.

Aquí puedes sufrir una grave quemadura, y no sólo por el sol. Cuando el sol brilla así, también el hielo puede quemarte.

Durante la mañana comenzaron a formarse pequeños cúmulos. Hacia el mediodía se habían agrupado para formar grandes nubes del mismo tipo. El viento comenzó a acentuarse en el transcurso de la tarde. Aproximadamente a la hora en que Ayla y Jondalar decidieron detenerse para derretir nieve y hielo con el fin de conseguir agua, ella se sintió más que feliz de ponerse de nuevo el cálido chaquetón de piel. Los cúmulos nimbus cargados de humedad ocultaban el sol, y rociaban a los viajeros con una leve polvareda de nieve seca. El glaciar se ensanchaba.

La meseta que estaban cruzando había nacido en los picos de las accidentadas montañas que se levantaban muy al sur. El aire húmedo, que se elevaba y desbordaba los altos obstáculos, se condensaba en gotitas de agua, pero era la temperatura la que decidía si adoptaría la forma de lluvia fría o, si tras un descenso relativo, formaría nieve. No era la congelación perpetua la que formaba los glaciares; era más bien la acumulación de nieve de un año sobre la del siguiente lo que originaba los glaciares, que, poco a poco, se convertían en láminas de hielo que, con el tiempo, abarcaban continentes enteros. A pesar de unos pocos días cálidos, los inviernos de intenso frío combinados con los veranos nublados y frescos, que no atinaban a derretir del todo el resto de nieve y hielo que persistía al final del invierno —es decir, una temperatura anual media baja—, inclinaban la balanza en favor de una época glaciar.

Exactamente debajo de las altas cumbres de las montañas meridionales, demasiado abruptas ellas mismas para permitir que la nieve se posara, se formaban pequeñas cuencas, anfiteatros que se apoyaban en las faldas de las cumbres; estos anfiteatros eran la cuna de los glaciares. Cuando los copos de nieve livianos, secos y esponjosos, derivaban hacia las depresiones que se formaban arriba en las montañas y que habían sido provocadas por minúsculas proporciones de agua que se congelaba en las grietas y después se expandían y arrojaban toneladas de roca, terminaban apilándose. Con el tiempo, el peso de la masa de agua helada convertía los delicados copos en fragmentos que se agrupaban en pequeñas esferas redondas de hielo: la nieve granulada.

La nieve granulada no se formaba en la superficie, sino en lo profundo del anfiteatro, y cuando caía más nieve, las esferas compactas más pesadas se elevaban y sobrepasaban el borde del nido. A medida que se acumulaba un número más elevado, las bolas de hielo casi circulares se unían con tal fuerza a causa del peso que soportaban que se liberaba una fracción de energía adoptando la forma de calor. Durante un instante, se derretían en los muchos puntos de contacto e inmediatamente volvían a congelarse, soldando las bolas. A medida que aumentaba la profundidad de las capas de hielo, la acrecentada presión reorganizaba la estructura de las moléculas para formar hielo sólido, cristalino, pero con una sutil diferencia: el hielo fluía.

El hielo del glaciar, formado bajo una presión tremenda, era más denso; pero en los niveles inferiores, la gran masa de hielo sólido fluía tan libremente como cualquier líquido. Separándose alrededor de las obstrucciones, por ejemplo, las altas cumbres de las montañas, y reagrupándose del lado opuesto —a menudo llevando consigo gran parte de la roca y dejando detrás islas de afiladas cumbres—, un glaciar se adaptaba a los perfiles del terreno y lo pulverizaba y reconstituía al pasar.

El río de hielo sólido tenía corrientes y remolinos, remansos estancados y centros torrentosos, pero se movía con un ritmo distinto, tan ponderadamente lento como gigantesco. Podía tardar años en desplazarse algunos centímetros. Pero el tiempo no importaba. Disponía de todo el tiempo del mundo. Mientras la temperatura media se mantuviese bajo la línea crítica, el glaciar se alimentaba y crecía.

Los anfiteatros de las montañas no eran las únicas cunas. Los glaciares se formaban también en suelo llano, y una vez que cubrían un área bastante amplia, el efecto de enfriamiento distribuía la precipitación fuera del túnel anticiclón, centrado en el punto medio, y lo llevaba a los márgenes de los extremos; el espesor del hielo era casi el mismo en toda su extensión.

Los glaciares nunca estaban totalmente secos. Cierta proporción de agua se desprendía constantemente a causa de la fusión provocada por la presión. Este líquido llenaba las pequeñas grietas y los recovecos, y cuando se enfriaba y volvía a congelarse, se expandía en todas las direcciones. El movimiento de un glaciar era hacia fuera, extendiéndose hacia todos los puntos a partir de su origen, y la velocidad de su movimiento dependía de la pendiente de su superficie, no de la pendiente del suelo que estaba debajo. Si la pendiente superficial era acentuada, el agua contenida en el glaciar fluía ladera abajo con más velocidad a través de las grietas del hielo y extendía el hielo al congelarse nuevamente. Los glaciares crecían con más velocidad cuando eran jóvenes, cuando estaban cerca de los grandes océanos o los mares, o en las montañas donde los altos picos garantizaban densas nevadas. Se aminoraba la velocidad de crecimiento después que se extendía, cuando su amplia superficie reflejaba la luz del sol y el aire que incidía sobre el centro se hacía más frío y más seco, y producía menos nieve.

Los glaciares de las montañas del sur se habían extendido a partir de sus altos picos, llenando los valles hasta el nivel de los altos pasos de las montañas y desbordándolos. Durante un anterior período de avance, los glaciares de las montañas colmaron la profunda zanja de una falla que separaba el promontorio de la montaña y el antiguo macizo. Cubrió la meseta y después se extendió hacia las altas montañas erosionadas de la cadena septentrional. El hielo retrocedió durante el calentamiento estacional —que estaba tocando a su fin— y se fundió en el valle, que era una playa de tierras bajas, dando lugar a un ancho río y un extenso lago agredido por las morrenas, pero el glaciar de la meseta de las tierras altas, el mismo que ellos estaban cruzando, permaneció helado.

No podían encender fuego directamente sobre el hielo y pensaron usar el bote redondo como base de las piedras del río que habían traído para encender encima el fuego. Pero antes tenían que retirar todas las piedras de quemar que había en el bote redondo. Mientras Ayla quitaba el grueso cuero de mamut, pensó que podían usarlo como sostén y encender fuego encima. Aunque se chamuscara un poco, no importaba. Se felicitó por haber pensado en traerlo. Todos, incluso los caballos, recibieron agua y algún alimento.

Mientras estaban allí, el sol desapareció por completo tras las densas nubes, y antes de que reanudaran la marcha, la nieve espesa empezó a caer con sombría decisión. El viento norte aulló y batió la extensión helada; en toda la vasta lámina que cubría el macizo no había nada que se opusiera a su paso. Estaba preparándose una ventisca.

Capítulo 42

Cuando la nieve empezó a caer más densamente, la fuerza del viento que venía del noroeste se acentuó súbitamente. Arremetió contra ellos con un golpe de aire frío que los arrastró cual si no fueran más que un fragmento insignificante de la cortina horizontal y blanca que los rodeaba.

—Creo que será mejor esperar a que esto pase —gritó Jondalar, para que pudiera ser oído por encima del aullido del viento.

Trabajaron esforzadamente para armar la tienda, mientras las ráfagas heladas sacudían el pequeño refugio, arrancaban del hielo las sujeciones, hinchaban y zarandeaban la tienda. El viento violento y tenaz amenazaba con arrancar la lámina de cuero sostenida por los dos minúsculos seres vivientes que trataban de avanzar sobre el hielo, atreviéndose a oponer un obstáculo a la furiosa ventisca de nieve que hacía estragos sobre la superficie lisa.

—¿Cómo vamos a sujetar la tienda? —preguntó Ayla—. ¿Siempre reina aquí este tiempo?

—No recuerdo que el viento soplara antes tan fuerte, pero no me sorprende.

Los caballos estaban parados, mudos, las cabezas gachas, soportando la tormenta. Lobo estaba muy cerca de ellos, cavando un pozo para protegerse.

—Tal vez debamos poner a uno de los caballos sobre el extremo suelto, de modo que lo sujete mientras clavamos las estacas —propuso Ayla.

Una cosa llevó a otra, y en definitiva llegaron a una solución improvisada; emplearon a los caballos como estacas y como soportes. Extendieron la tienda de cuero sobre los lomos de los dos caballos; después Ayla consiguió que Whinney se afirmara sobre uno de los bordes, y se metió debajo abrigando la esperanza de que la yegua no se moviera demasiado y soltara el reborde. Ayla y Jondalar se acurrucaron juntos, con el lobo bajo sus rodillas dobladas, sentados, casi bajo los vientres de los caballos, sobre el otro extremo de la tienda que los rodeaba como una envoltura.

Oscureció antes de que cesara el fuerte viento y tuvieron que acampar para pasar la noche en el mismo lugar, pero primero sujetaron bien la tienda. Por la mañana, Ayla miró desconcertada algunas manchas oscuras cerca del borde de la tienda, donde Whinney se había apoyado. Pensó extrañada en el asunto mientras se apresuraban a levantar el campamento a la mañana siguiente.

Recorrieron más distancia el segundo día, a pesar de que tuvieron que salvar apretados montículos de hielo resquebrajado y rodear un área en la cual aparecían varias grietas amenazadoras, todas orientadas en la misma dirección. Por la tarde se desató de nuevo una tormenta, aunque el viento no fue tan intenso y amainó con más rapidez, lo que les permitió continuar su viaje hasta bien entrada la tarde.

Hacia el anochecer, Ayla advirtió que Whinney cojeaba. Sintió que el corazón le latía más aceleradamente y experimentó una oleada de temor cuando observó más de cerca y vio manchas rojas sobre el hielo. Obligó a Whinney a levantar una pata y

examinó el casco. Estaba cortado hasta lo vivo y sangraba.

—Jondalar, mira esto. Está herida. ¿Qué ha podido suceder? —preguntó Ayla.

Jondalar examinó a la yegua, y después revisó los cascos de Corredor, mientras Ayla inspeccionaba los otros cascos de Whinney. Jondalar descubrió el mismo tipo de heridas. Y frunció el entrecejo.

—Seguramente es el hielo —dijo—. Será mejor que mires también las patas de Lobo.

Las almohadillas de las patas del lobo mostraban cierto deterioro, aunque no tan grave como los cascos de los caballos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ayla—. Están cojos o lo estarán muy pronto.

—Nunca pensé que el hielo pudiera ser tan cortante que llegara a hender los cascos —dijo Jondalar, muy inquieto—. He tratado de pensar en todo, pero no imaginé esto.

Se sentía agobiado por el remordimiento.

—Los cascos son duros, pero no tanto como una piedra. Son más bien como las uñas de los dedos. Pueden ser dañados. Jondalar, no pueden continuar. En un día más estarán tan cojos que no podrán dar un solo paso —dijo Ayla—. Tenemos que ayudarlos.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Jondalar.

—Bien, todavía tengo mi saquito de medicinas. Puedo curarles las heridas.

—Pero no podemos permanecer aquí hasta que curen. Y apenas reanuden la marcha, volverán a lastimarse. —El hombre calló y cerró los ojos. Ni siquiera deseaba pensar lo que estaba pensando, y mucho menos decirlo, pero sólo encontraba un modo de resolver el dilema—. Ayla, tendremos que dejarlos —dijo con la mayor dulzura posible.

—¿Dejarlos? ¿Qué quieres decir? No podemos dejar a Whinney o a Corredor. ¿Dónde encontrarán agua? ¿O comida? Sobre el hielo no hay nada para pastar, ni siquiera ramitas. Morirán de hambre o de frío. ¡No podemos hacer eso! —dijo Ayla, y su cara reflejaba verdadera angustia—. ¡No podemos dejarlos así! ¡No podemos, Jondalar!

—Tienes razón, no podemos dejarlos aquí de ese modo. No sería justo. Sufrirían demasiado…, pero… tenemos las lanzas y los lanzavenablos… —dijo Jondalar.

—¡No! ¡No! —gritó Ayla—. ¡No te lo permitiré!

—Será mejor que dejarlos aquí y que mueran lentamente, que sufran. No son como los caballos que… ya han sido perseguidos. Es lo que hace la mayoría de la gente.

—Pero éstos no son como otros caballos. Whinney y Corredor son amigos. Hemos pasado juntos muchas cosas. Nos ayudaron. Whinney me salvó la vida. No puedo abandonarla.

—Lo mismo que tú, tampoco yo quiero abandonarlos —dijo Jondalar—, pero ¿qué podemos hacer?

La idea de matar al potro después de viajar juntos tanto tiempo casi era más de lo que él podía soportar, y Jondalar sabía cuáles eran los sentimientos de Ayla respecto de Whinney.

—Regresaremos. No tenemos más remedio que volver. Tú mismo has dicho que había otro camino, rodeando el glaciar.

—Ya hemos viajado dos días sobre este hielo y los caballos casi no pueden caminar. Ayla, podemos intentar el regreso, pero no creo que ellos lo resistan —dijo Jondalar. Ni siquiera estaba seguro de que el lobo soportara el esfuerzo. El sentimiento de culpa y el remordimiento le dominaban—. Lo siento, Ayla. La culpa es mía. Fue una estupidez por mi parte creer que podríamos cruzar este glaciar con los caballos. Hubiéramos debido seguir el camino más largo, pero me temo que ahora es demasiado tarde.

Ayla descubrió lágrimas en los ojos de Jondalar. No había visto que Jondalar llorase con facilidad. Aunque no era raro que los hombres de los Otros llorasen, el carácter de Jondalar le llevaba a disimular esos sentimientos. En cierto sentido, eso mismo hacía que el amor de Jondalar hacia Ayla fuese más intenso. Se había entregado casi totalmente pero sólo a ella, y por eso Ayla le amaba; pero ella no podía renunciar a Whinney. La yegua era amiga suya; el único amigo que había tenido en el valle hasta la llegada de Jondalar.

—Jondalar, ¡tenemos que hacer algo! —sollozó la joven.

—¿Pero qué? —Nunca se había sentido tan desalentado, tan totalmente frustrado ante su propia incapacidad para encontrar una solución.

—Bien, por el momento —dijo Ayla, enjugándose las lágrimas que ya se le congelaban sobre las mejillas—, voy a tratar las heridas. Por lo menos puedo hacer eso. —Sacó su saquito de piel de nutria con las medicinas—. Habrá que encender un buen fuego, porque necesito hervir agua y no sólo derretir hielo.

Separó el cuero de mamut de las piedras pardas de quemar y lo desplegó sobre el hielo. Vio algunas marcas chamuscadas en el cuero flexible, pero no habían dañado el material viejo y resistente. Depositó las piedras en un lugar diferente, pero cerca del centro, como una base sobre la cual encender fuego. Por lo menos, ya no tendrían necesidad de seguir conservando el combustible. Podían dejar atrás la mayor parte.

Ayla no habló. No podía, y Jondalar tampoco tenía nada que decir. Parecía imposible. Habían pensado, planeado y preparado tanto para acometer el cruce de este glaciar, y todo para ahora verse detenidos por un obstáculo que ni siquiera habían contemplado. Ayla miró fijamente el pequeño fuego, Lobo se arrastró hacia ella y gimió, no porque sufriese, sino porque sabía que algo andaba mal. Podía controlar mejor dónde apoyaba las patas y se lamía cuidadosamente la nieve y el hielo cuando se detenía a descansar. Ayla no quería tampoco pensar en la posibilidad de perderlo.

Desde hacía algún tiempo ella no pensaba de manera consciente en Durc, aunque siempre se mantenía presente en su memoria como un recuerdo o un dolor helado que ella nunca olvidaría. Descubrió que estaba murmurando algo acerca de él. ¿Ya habrá

comenzado a cazar con el clan? ¿Habrá aprendido a usar la honda? Uba seguramente era una buena madre para él; lo cuidaría, preparándole el alimento y confeccionándole cálidas prendas invernales.

Ayla se estremeció, al pensar en el frío, y de pronto recordó las primeras ropas de invierno que Iza le había confeccionado. A Ayla le agradaba el sombrero de pelo de conejo con la piel por dentro. Los protectores para los pies que usaba durante el invierno también estaban forrados con piel. Recordó que solía corretear con un par de protectores nuevos y le vino a la memoria el modo en que se confeccionaban aquellos sencillos revestimientos. Era simplemente un pedazo de cuero unido por arriba y atado sobre el tobillo. Después de un tiempo se adaptaban a la forma del pie, aunque al principio resultaban un poco incómodos; pero esa incomodidad era parte de la satisfacción que sentía cuando estrenaba algo.

Ayla continuaba mirando fijamente el fuego observando el agua que empezaba a burbujear. Algo estaba preocupándola. Algo importante, de eso estaba segura. Algo a propósito de…

De pronto se le cortó el aliento.

—¡Jondalar! ¡Oh, Jondalar!

Él se dio cuenta de que Ayla estaba nerviosa.

—¿Qué sucede, Ayla?

—Nada malo, sino muy bueno —exclamó Ayla—. ¡Acabo de recordar algo!

Jondalar pensó que tenía un comportamiento extraño.

—No entiendo —dijo. Se preguntó si la idea de perder a los dos caballos no sería un golpe demasiado fuerte para ella. Ayla tiró de la pesada lámina de cuero de mamut que estaba bajo el fuego, y su gesto provocó que una brasa cayese directamente sobre el cuero.

—Dame un cuchillo, Jondalar. Tu cuchillo más afilado.

—¿Mi cuchillo? —dijo Jondalar.

—Sí, tu cuchillo —pidió Ayla—. Confeccionaré unas botas para los caballos.

—¿Que vas a hacer qué?

—Confeccionar unas botas para los caballos, y también para Lobo. ¡Con este cuero de mamut!

—¿Cómo vas a fabricar botas para los caballos?

—Cortaré redondeles del cuero de mamut, y después practicaré orificios en los bordes, pasaré por los agujeros un cordel y lo ataré todo a los tobillos de los caballos. Si el cuero de mamut puede impedir que el hielo corte nuestros pies, también protegerá las patas de los animales —explicó Ayla.

Jondalar se quedó pensando un momento, visualizando lo que ella describía; después sonrió.

—¡Ayla! Creo que servirá. ¡Por la Gran Madre! ¡Creo que servirá! ¡Qué idea tan maravillosa! ¡Cómo se te ocurrió!

—Así es como Iza me fabricaba botas. De ese modo la gente del clan se protegía

los pies. Y también las manos. Estoy tratando de recordar si era eso lo que Guban y Yorga usaban. Es difícil saberlo, porque después de un tiempo se adaptan al pie.

—¿Ese cuero será suficiente?

—Tendrá que serlo. Mientras alimento el fuego, terminaré de preparar este remedio para las heridas y quizá una infusión caliente para nosotros. No hemos bebido nada en dos días, y probablemente no volveremos a prepararlo antes de que salgamos de estos hielos. Es necesario ahorrar combustible, pero creo que una bebida caliente nos vendrá muy bien ahora mismo.

—¡Me parece que tienes razón! —dijo Jondalar, sonriendo de nuevo y sintiéndose mucho mejor.

Ayla examinó cuidadosamente cada casco de los dos caballos, limpió los puntos heridos, aplicó la medicación y después les ató las botas de cuero de mamut. Al principio los animales trataron de sacudirse los extraños protectores adheridos a las patas, pero estaban atados con firmeza, y rápidamente se acostumbraron a ellos. Después Ayla echó mano de las cubiertas que había confeccionado para Lobo y se las ató. Lobo las masticó y mordisqueó, tratando de desembarazarse de aquellas incómodas novedades, pero un rato después también él cejó en sus intentos. Sus grandes patas lobunas estaban ahora mucho mejor protegidas.

La mañana siguiente colocaron sobre los caballos una carga un poco más liviana: habían quemado parte del carbón pardo y el pesado cuero de mamut estaba ahora en sus patas. Ayla los descargaba cuando se detenían a descansar, y cargaba personalmente una proporción un poco mayor del peso. Pero no podía dedicarse a llevar lo que soportaban los robustos caballos. A pesar de la marcha, los cascos y las patas de los animales parecían haber mejorado mucho por la noche. Lobo tenía un aspecto perfectamente normal, lo que era un alivio tanto para Ayla como para Jondalar. Las botas aportaron una ventaja imprevista: cumplieron la función de una especie de calzado para la nieve allí donde había una espesa capa y así los animales grandes y pesados no se hundían tanto.

La rutina del primer día persistió, con algunas variaciones. Avanzaban más rápidamente por la mañana; las tardes traían nieve y viento de diferente intensidad. A veces podían caminar un poco más después de la tormenta; y en otras ocasiones tenían que permanecer en el lugar en que se habían detenido por la tarde y pasar allí la noche; en cierta ocasión se vieron obligados a interrumpir el viaje dos días, pero ninguna de las ventiscas fue tan intensa como la que habían soportado el primer día.

La superficie del glaciar no era en modo alguno tan lisa y llana como había parecido ese primer día de luminoso sol. Los viajeros avanzaban a trompicones a través de grandes acumulaciones de suave polvo de nieve que formaba altas pilas como consecuencia de las tormentas localizadas. Otras veces, cuando los fuertes vientos barrían la superficie, tenían que pisar los afilados salientes y resbalaban al interior de zanjas poco profundas; los pies quedaban atrapados en los espacios estrechos y los tobillos se torcían bajo el peso del cuerpo sobre la superficie desigual.

Sin previo aviso se desencadenaban borrascas instantáneas, los vientos intensos casi nunca amainaban y los viajeros experimentaban una sensación de constante ansiedad a causa de las grietas invisibles simuladas por endebles puentes o cornisas de nieve.

Esquivaban las grietas abiertas, sobre todo en las proximidades del centro, donde el aire seco tenía tan escasa humedad que la nieve no alcanzaba la densidad necesaria para llenar los huecos. Y el frío, el frío intenso, cruel, que calaba hasta los huesos, jamás amainaba. Su aliento se les congelaba sobre la piel de las capuchas, alrededor de la boca; una gota de agua que caía de una taza se congelaba antes de tocar el suelo. Sus caras, expuestas a los crueles vientos y al sol intenso, se agrietaban, se despellejaban y ennegrecían. La congelación del cuerpo era una amenaza constante.

Comenzaban a sentir los efectos del esfuerzo. Sus reacciones empezaban a debilitarse y también su capacidad de juicio. Una furiosa tormenta vespertina se había prolongado hasta la noche. Por la mañana, Jondalar estaba impaciente por ponerse en marcha. Habían perdido mucho más tiempo de lo que él había previsto. Con aquel frío cruel, el agua necesitaba más tiempo para calentarse, y la provisión de piedras de quemar estaba disminuyendo.

Ayla estaba preparando su alforja; después comenzó a buscar alrededor de su piel de dormir. No alcanzaba a recordar cuántos días habían estado sobre el hielo, pero por lo que a ella se refería, habían sido demasiados, pensaba mientras buscaba.

—¡Deprisa, Ayla! ¿Por qué te retrasas tanto? —rezongó Jondalar.

—No encuentro los protectores de los ojos —dijo.

—Ya te dije que no debías perderlos. ¿Quieres quedarte ciega? —explotó Jondalar.

—No, no deseo quedarme ciega. ¿Por qué crees que los estoy buscando? —replicó Ayla. Jondalar cogió la piel de Ayla y la sacudió enérgicamente. Las antiparras de madera cayeron al suelo.

—Mira bien dónde las pones la próxima vez —dijo—. Ahora, en marcha.

Levantaron deprisa el campamento, pero Ayla se mostraba hosca y rehusaba hablar a Jondalar. Él se acercó e inspeccionó nuevamente los bultos que ella había atado, como solía hacer. Ayla cogió la cuerda de Whinney e inició la marcha, obligando a la yegua a moverse antes de que Jondalar pudiera examinar el equipaje.

—¿No crees que sé cargar un caballo? Dijiste que querías que partiéramos enseguida. ¿Por qué estás perdiendo el tiempo? —le dijo por encima del hombro.

Jondalar se dijo irritado que sólo había tratado de ser cuidadoso. «Ella ni siquiera conoce el camino. Ya veremos qué piensa cuando comience a caminar en círculos un buen rato. Entonces vendrá a pedirme que la guíe», pensó Jondalar mientras caminaba detrás de la joven.

Ayla tenía frío y estaba fatigada a causa de la penosa marcha. Avanzaba sin fijarse mucho en su entorno. Pensó: «Si él quiere que caminemos con tanta prisa, pues lo haremos. Y si llegamos a ver el fin de este hielo, ojalá que nunca más tenga nada que ver con un glaciar».

Lobo corría nerviosamente entre Ayla, que iba delante, y Jondalar, que seguía detrás. No le gustaba el súbito cambio de las posiciones respectivas. El hombre alto siempre había ido por delante. El lobo se adelantó a la mujer, que avanzaba casi a ciegas, indiferente a todo lo que no fuese aquel frío miserable y sus sentimientos lastimados. De pronto, se detuvo directamente frente a ella, cortándole el paso.

Ayla, que llevaba de la cuerda a la yegua, se desvió a un lado y siguió adelante. El lobo volvió a adelantarse y de nuevo se detuvo frente a Ayla. Ella tampoco hizo caso. Le tocó las piernas; pero Ayla le apartó. Lobo avanzó algo más y después se sentó para llamar la atención de su ama. Ella prosiguió su marcha. Lobo corrió hacia Jondalar, brincó y gimió frente a él y después dio algunos brincos en dirección a Ayla, gimiendo, y de nuevo se acercó al hombre.

—Lobo, ¿sucede algo? —preguntó Jondalar, que al fin prestó atención al nerviosismo del animal.

De pronto, oyó un sonido terrorífico, un estampido sofocado. Levantó bruscamente la cabeza en el momento mismo en que adelante se elevaron en el aire surtidores de nieve liviana.

—¡No! ¡Oh, no! —exclamó Jondalar angustiado, y se adelantó a la carrera. Cuando la nieve se posó, un animal solitario estaba al borde de una ancha grieta. Lobo levantó el hocico y emitió un aullido largo y desolado.

Jondalar se echó sobre el hielo, en el borde de la grieta, y trató de mirar hacia abajo.

—¡Ayla! —gritó desesperado—. ¡Ayla! —Se le había puesto un duro nudo en el estómago. Sabía que era inútil. Ella jamás le oiría. Estaba muerta en el fondo de una profunda grieta en el hielo.

—¿Jondalar?

Él oyó una tenue y angustiosa voz que llegaba desde muy lejos.

—¿Ayla? —Sintió una oleada de esperanza y miró hacia abajo. A gran profundidad, de pie sobre una estrecha cornisa de hielo que emergía del muro de la profunda zanja, estaba la mujer aterrorizada—. ¡Ayla, no te muevas! —ordenó Jondalar—. Quédate completamente quieta. Esa cornisa también puede desprenderse.

«Está viva», pensó Jondalar. «No puedo creerlo. Es un milagro. Pero ¿cómo la sacaré de allí?».

En el interior del abismo de hielo, Ayla se apoyaba contra la pared, aferrándose desesperadamente a una fisura en el saliente, petrificada de miedo. Había estado caminando a través de la nieve hundida casi hasta las rodillas, perdida en sus propios pensamientos. Estaba cansada, muy cansada de todo: del hielo, de abrirse paso penosamente en la nieve profunda, del glaciar. La excursión a través del hielo había agotado sus energías, y la fatiga le había calado hasta los huesos. Aunque se esforzaba para seguir caminando, su único deseo era llegar al fin del enorme glaciar.

Y de pronto, un estrepitoso crujido la arrancó de sus cavilaciones. Experimentó la terrible sensación del hielo sólido que cedía bajo sus pies, y entonces recordó aquel

terremoto de muchos años antes. Instintivamente trató de cogerse a algo, pero el hielo y la nieve que se desplomaban no le ofrecieron nada. Sintió que caía, casi sofocada en medio del puente de nieve que se había desplomado bajo sus pies, y no tenía idea de cómo había ido a parar a la estrecha cornisa.

Miró hacia arriba, temerosa incluso de ese movimiento mínimo, no fuese que el más leve cambio de posición aflojara su precario punto de apoyo. Arriba, el cielo parecía casi oscuro; creyó que veía el débil resplandor de las estrellas. Una ocasional lámina de hielo o un puñado de nieve caían tardíamente del reborde, desprendiéndose finalmente de su precario sostén y cubriendo de fragmentos a la mujer a medida que descendían.

La cornisa era una estrecha prolongación de una superficie más antigua, enterrada hacía mucho tiempo por las sucesivas nevadas. Descansaba sobre un peñasco ancho e irregular que había sido arrancado de la roca sólida a medida que el hielo fue llenando lentamente un valle y se desbordó por los costados hacia otros adyacentes. El río de hielo, que fluía majestuosamente, acumulaba grandes cantidades de polvo, arena, grava y peñascos arrancados de la roca viva y los arrastraba lentamente hacia la corriente más veloz del centro. Estas morrenas formaban largas cintas de residuos sobre la superficie a medida que se desplazaban en el mismo sentido que la corriente. Cuando más tarde la temperatura se elevaba lo suficiente para derretir los enormes glaciares, dejaban las señales de su paso en los riscos y las colinas formadas por un surtido heterogéneo de piedras.

Mientras ella esperaba, temiendo moverse y manteniéndose muy quieta, oyó débiles murmullos y rumores sordos en la profunda caverna helada. Al principio creyó que era su imaginación. Pero la masa de hielo no era tan sólida como parecía sobre la dura superficie externa. Constantemente se readaptaba, se expandía, se desplazaba y deslizaba. La explosión de una nueva grieta que se abría o cerraba en un punto lejano, en la superficie o la profundidad del glaciar, originaba vibraciones a través del sólido extrañamente viscoso. La gran montaña de hielo estaba horadada por catacumbas: corredores que se interrumpían bruscamente, largas galerías que viraban y serpenteaban, descendían o se elevaban; bolsonos y cavernas que se abrían sugestivos y después se cerraban.

Ayla comenzó a mirar alrededor. Las altas paredes de hielo relucían con una luz azul brillante e increíblemente intensa, que tenía un concentrado matiz verde. Con un súbito sobresalto, comprendió que había visto antes ese color, pero en un solo lugar. Los ojos de Jondalar tenían el mismo azul intenso y asombroso. Ansiaba verlos de nuevo. Los planos fracturados del enorme cristal de hielo suscitaban en ella la sensación del misterioso y fugaz movimiento que adivinaba más allá de su visión periférica. Sintió que si volvía la cabeza con rapidez suficiente vería alguna forma efímera desapareciendo en los muros reflejados.

Pero era todo ilusión, un truco del mago que manipulaba los ángulos y la luz. El hielo cristalino anulaba la mayor parte del espectro rojo de la luz proveniente del

globo candente que estaba en el cielo y producía el verde azulado intenso; los bordes y los planos de las superficies coloreadas y reflejadas determinaban juegos de refracción y reflexión unas con otras.

Ayla miró hacia arriba cuando sintió que le caía encima una lluvia de nieve. Vio la cabeza de Jondalar que asomaba por el borde de la grieta y después un trozo de cuerda que descendía como una víbora hacia ella.

—Ayla, ata la cuerda alrededor de tu cintura —gritó Jondalar—, y asegúrala bien. Dime cuándo estás lista.

«Otra vez lo mismo», se dijo Jondalar. ¿Por qué siempre trataba de controlar lo que ella hacía si sabía que era más que capaz de hacerlo sola? ¿Por qué le decía que hiciera algo que era perfectamente obvio? Ayla sabía que era necesario atar bien la cuerda. Por eso se había irritado y comenzó a alejarse furiosa; por tanto, ahora estaba en ese peligroso aprieto…, pero ella debía saber a qué atenerse.

—Estoy lista, Jondalar —gritó Ayla, después de enrollar la cuerda alrededor de su cintura y asegurarla con muchos nudos—. Estos nudos no se deslizarán.

—Está bien. Ahora, aférrate a la cuerda. Vamos a subirte —dijo Jondalar.

Ayla sintió la tensión de la cuerda y después advirtió que se elevaba. Los pies se balanceaban en el aire, mientras ella misma ascendía lentamente hacia el borde de la grieta. Vio la cara de Jondalar y sus hermosos e inquietos ojos azules, y agarró la mano que él le ofrecía para ayudarla a pasar el borde. Después volvió a entrar otra vez sobre la superficie; Jondalar la abrazaba. Ayla se abrazó con fuerza al hombre.

—Creí que habías muerto —dijo Jondalar, besándola y apretándola contra su cuerpo—. Lamento haberte gritado, Ayla. Sé que puedes preparar tu propio equipaje. Lo único que sucede es que todo esto me preocupa mucho.

—No, la culpa es mía. Hubiera debido tener más cuidado con mis protectores para los ojos. Nunca debí adelantarme a ti de ese modo. Todavía no conozco bien el hielo.

—Pero yo te lo permití y hubiera debido saber a qué atenerme.

—Yo hubiera debido saberlo —dijo simultáneamente Ayla.

Se miraron sonriendo al advertir la involuntaria semejanza de las palabras.

Ayla sintió un tirón en la cintura y vio que el extremo opuesto de la cuerda estaba asegurada al corcel castaño. Corredor la había sacado de la grieta. Ella manipuló la cuerda para desatar los nudos que la sujetaban por su cintura, mientras Jondalar mantenía cerca al robusto caballo. Al fin, Ayla tuvo que emplear un cuchillo para cortar la cuerda. Había hecho tantos nudos y tan tensos —además, se habían ajustado todavía más mientras Corredor la alzaba—, que era imposible desatarlos.

Después de dar un rodeo alrededor de la grieta que casi les había llevado al desastre, continuaron la marcha hacia el sudoeste, a través del hielo. Comenzaban a prepararse seriamente ante la disminución de la provisión de piedras para hacer fuego.

—Jondalar, ¿cuánto tardaremos en llegar al otro lado? —preguntó Ayla por la mañana, después de derretir hielo para todos—. No nos quedan muchas piedras para hacer fuego.

—Confiaba en que hoy ya estaríamos allí. Las tormentas nos han retrasado más de lo que yo creía; ahora estoy preocupado porque quizá el tiempo cambie cuando todavía estamos sobre el hielo. Puede suceder con mucha rapidez —advirtió Jondalar, explorando cuidadosamente el cielo al mismo tiempo que hablaba—. Me temo que será pronto.

—¿Por qué?

—He estado pensando en esa tonta discusión que sostuvimos antes de que cayeses en la grieta. ¿Recuerdas que todos nos advirtieron acerca de los malos espíritus que marchan por delante del viento que derrite la nieve?

—¡Sí! —dijo Ayla—. Solandia y Verdegia dijeron que uno se muestra irritable y yo me sentía muy irritable. Y continúo así. Me siento tan harta y cansada de este hielo que tengo que hacer un esfuerzo de voluntad para continuar caminando. ¿Es posible que se trate de eso?

—Es lo que me estaba preguntando. Ayla, si se trata de eso, tenemos que darnos prisa. Si el viento de primavera llega cuando todavía estemos sobre este glaciar, todos podemos caer en las grietas —dijo Jondalar.

Trataron de racionar con más cuidado las piedras pardas de turba y bebían el agua con el hielo apenas derretido. Ayla y Jondalar comenzaron a transportar sus recipientes llenos de nieve bajo las chaquetas de piel, con la intención de que el calor corporal derritiese lo suficiente para ellos y para Lobo. Pero eso no era suficiente. Los cuerpos de los dos humanos no podían derretir de ese modo el agua que los caballos necesitaban; cuando usaron la última de las piedras, ya no tuvieron agua para los animales. Ayla había agotado también el forraje, pero el agua era lo más importante. La joven vio que masticaban hielo y eso también la inquietó. La deshidratación y la ingestión de hielo podían bajarles tanto la temperatura que no lograrían mantener el calor corporal en el nivel necesario para afrontar el frío del glaciar.

Los dos caballos habían acudido a ella buscando agua, después que los dos viajeros levantaron la tienda, pero lo único que Ayla pudo hacer fue darles unos pocos sorbos de su propia ración y partirles algunos pedazos de hielo. Esa tarde no hubo tormenta y el grupo continuó avanzando hasta que oscureció tanto que casi no podían ver. Habían recorrido un buen trecho y hubieran debido alegrarse; pero Ayla se sentía extrañamente incómoda. Esa noche no pudo dormir bien. Trató de serenarse y se dijo que sólo estaba preocupada por los caballos.

Jondalar también permaneció despierto largo rato. Pensaba que el horizonte se acercaba cada vez más, pero temía que esa impresión fuese resultado de sus propios deseos, y no quería mencionar el asunto. Cuando, finalmente, se adormeció, despertó en mitad de la noche y descubrió que Ayla también estaba completamente despierta.

Se levantaron apenas despuntó el primer atisbo de luz y partieron cuando aún había estrellas en el cielo.

Hacia media mañana el viento había cambiado y Jondalar tuvo la certeza de que sus temores más graves pronto cobrarían realidad. No se trataba tanto de que el viento fuese más cálido, sino de que era menos frío; además, ahora llegaba del sur.

—¡Deprisa, Ayla! Tenemos que salir cuanto antes —dijo Jondalar, que casi echó a correr. Ella asintió y se puso a la par.

Hacia el mediodía el cielo estaba claro, y la fuerte brisa que les golpeaba la cara era tan tibia que casi parecía primaveral. La fuerza del viento aumentó, lo que vino a retrasar la marcha de los viajeros, que tenían que avanzar inclinando el cuerpo. Y su tibieza, que se aposentaba sobre la fría superficie del viento, era una caricia de muerte. Los ventisqueros de polvo de nieve seca se humedecieron y consolidaron, y después se convirtieron en una especie de lodo. Comenzaron a formarse pequeños charcos de agua en las depresiones poco profundas de la superficie. Éstas se ahondaron y cobraron un vívido color azul que parecía resplandecer desde el centro del hielo; pero la mujer y el hombre no tenían tiempo ni ánimo para apreciar su belleza. Ahora la necesidad de agua de los caballos se satisfizo fácilmente, pero eso no reconfortó mucho a los dos humanos.

Comenzó a elevarse una suave bruma, pegada a la superficie; el viento sur tibio la arrastró antes de que pudiese elevarse mucho. Jondalar llevaba una lanza larga para tantear el camino al frente, pero todavía iba casi corriendo y Ayla se veía en dificultades para seguirle el paso. Ella hubiera deseado saltar sobre el lomo de Whinney y dejar que la yegua la llevase, pero en el hielo aumentaba el número de grietas que estaban abriéndose. Jondalar estaba casi seguro de que el horizonte se encontraba más cerca, pero la bruma baja hacía que el cálculo de las distancias fuese engañoso.

Sobre la superficie del hielo comenzaban a correr hilos de agua que conectaban los charcos y hacían que la marcha fuese muy peligrosa. El grupo chapoteó en el agua y sintió la penetración del frío intenso; después oyó el chasquido de las gotas. De pronto, a pocos metros por delante, una importante extensión de lo que había parecido hielo sólido se desprendió y puso al descubierto un ancho abismo. Lobo aulló y gimió, y los caballos se apartaron, emitiendo relinchos de miedo. Jondalar se desvió y siguió el borde del desprendimiento, buscando un sitio para pasar.

—Jondalar, no puedo continuar. Estoy exhausta. Debo detenerme —dijo Ayla con un sollozo, y después se echó a llorar—. Jamás lo lograremos.

Él se detuvo; después regresó y la consoló.

—Ayla, casi hemos llegado. Mira. Puedes ver lo cerca que está el borde.

—Pero casi hemos caído en una grieta, y algunos de esos charcos se han convertido en pozos azules profundos en los cuales se derrama el agua.

—¿Deseas permanecer aquí? —dijo Jondalar.

—No, está claro que no —dijo—. No sé por qué lloro así. Si continuamos en este

lugar, sin duda moriremos.

Jondalar rodeó la ancha grieta, pero cuando viraron de nuevo hacia el sur, los vientos eran tan intensos como habían sido los que llegaban del norte; pudieron sentir que la temperatura se elevaba. Los hilos de agua se convirtieron en arroyos que cruzaban en todas direcciones el hielo y formaban ríos. Sortearon otras dos grietas más anchas y alcanzaron a ver más allá de la sábana de hielo. Salvaron corriendo la última y breve distancia y, de pronto, se encontraron mirando hacia abajo, desde el borde del glaciar.

Habían llegado a la cara opuesta del glaciar.

Una cascada de agua turbia y lechosa, la leche del glaciar, apareció exactamente debajo, brotando de la base del hielo. A lo lejos, más allá de la línea nevada, se divisaba una delgada capa de verde claro.

—¿Deseas detenerte aquí a descansar un poco? —preguntó Jondalar, pero en realidad también él parecía preocupado.

—Sólo deseo salir de este hielo. Podremos descansar cuando lleguemos a ese prado —dijo Ayla.

—Está más lejos de lo que parece. Éste no es un lugar apropiado para andar deprisa o descuidarse. Nos ataremos con cuerdas y creo que tú debes descender primero. Si resbalas, puedo sostener tu peso. Busca con cuidado un camino para descender. Podemos llevar a los caballos del ramal.

—No, no creo que sea conveniente. Me parece que es mejor quitarles los cabestros, la carga y la angarilla y permitirles que busquen su propio camino para descender.

—Tal vez tengas razón, pero entonces tendremos que dejar aquí las cosas… a menos…

Ayla siguió la dirección de la mirada de Jondalar.

—¡Depositemos todo en el bote redondo y dejémoslo caer! —dijo ella.

—¿Y si se rompe?

—¿Qué puede romperse?

—El armazón —dijo Jondalar—, pero incluso en ese caso, el cuero probablemente lo protegerá todo.

—Y lo que haya dentro incluso así se conservará, ¿no crees?

—Seguramente —sonrió Jondalar—. Creo que es una buena idea.

Después de cargar todo en el bote redondo, Jondalar se hizo cargo del pequeño envoltorio de objetos indispensables, mientras Ayla conducía a Whinney. Aunque un tanto temerosos ante la posibilidad de resbalar, los animales se acercaron al borde, buscando el modo de descender. Como si desearan compensar los retrasos y los peligros que habían soportado durante la travesía, pronto hallaron la pendiente gradual de una morrena, con toda su grava, un paso que parecía practicable y que comenzaba poco después de una ladera un tanto más acentuada de hielo resbaladizo. Arrastraron el bote hasta la pendiente helada; después Ayla desató la angarilla.

Retiraron todos los cabestros y cuerdas que tenían los dos animales, pero no las botas de cuero de mamut sujetas a sus patas. Ayla las verificó todas para asegurarse de que estaban bien atadas; se habían adaptado a las formas de los cascos de los caballos y les ajustaban bien. Después llevaron a los caballos al lugar en que comenzaba la morrena.

Whinney gimió y Ayla la calmó, llamándola con el nombre que ella mejor conocía; le habló en el lenguaje que ambas usaban y que estaba formado por señales, sonidos y palabras inventadas.

—Whinney, tienes que bajar por tu cuenta —dijo la mujer—. Nadie mejor que tú podrá encontrar el suelo más firme para apoyar las patas sobre este hielo.

Jondalar tranquilizó al caballo más joven. El descenso sería peligroso; podían suceder muchas cosas, pero, por lo menos, habían logrado cruzar el glaciar con los caballos. Ahora ellos tenían que descender. Lobo se paseaba nerviosamente, iba y volvía, a lo largo del borde del hielo, como hacía cuando temía zambullirse en un río.

Alentada por Ayla, Whinney fue la primera en traspasar el borde, y lo hizo eligiendo cuidadosamente el camino. Corredor la siguió de cerca y pronto se le adelantó. Llegaron a un lugar de suelo resbaladizo, vacilaron y se deslizaron; cobraron impulso y descendieron más deprisa para mantener el equilibrio. Estarían abajo —o no llegarían— cuando Ayla y Jondalar estuviesen fuera del glaciar.

Lobo gemía allá arriba, la cola entre las patas, y no le avergonzaba demostrar el miedo que sentía al ver que se alejaban los caballos.

—Empujemos el bote y empecemos. Hay mucha distancia hasta allá abajo y no será fácil —dijo Jondalar.

Cuando empujaron el bote para colocarlo cerca del borde helado que sobresalía, de pronto Lobo saltó al interior.

—Seguramente cree que nos preparamos para cruzar un río —dijo Ayla—. Ojalá pudiéramos descender flotando sobre este hielo.

Ambos se miraron y comenzaron a sonreír.

—¿Qué te parece? —preguntó Jondalar.

—¿Por qué no? Has dicho que podía soportar el peso.

—Pero ¿y nosotros, cómo llegaremos?

—¡Hagamos la prueba!

Cambiaron de lugar unas pocas cosas para dejar espacio y después entraron en el bote redondo junto a Lobo. Jondalar pensó esperanzado en la ayuda de la Madre; usando una de las pértigas de la angarilla, impulsó el bote.

—¡Sujétate! —gritó Jondalar, cuando ya sobrepasaban el borde.

Cobraron velocidad muy rápidamente; al principio descendían en línea recta; después golpearon contra un saliente y el bote brincó y giró. Se desviaron hacia un costado, después remontaron una pendiente suave y se encontraron volando por el aire. Ambos gritaron, excitados y temerosos; aterrizaron con un tremendo topetazo que los elevó por el aire a todos, incluido Lobo, y después volvieron a girar, aferrados

al borde del bote. El lobo intentaba agazaparse y hundir el hocico sobre un costado, todo al mismo tiempo.

Ayla y Jondalar se sostenían con todas sus fuerzas; era lo único que podían hacer. No ejercían el más mínimo control sobre el bote redondo que descendía veloz por el costado del glaciar. El bote se desviaba a la derecha y a la izquierda, brincaba y giraba como si saltara de alegría, pero como llevaba una carga pesada, el peso se concentraba en el fondo de modo que se compensaba la tendencia a volcar. Aunque el hombre y la mujer gritaban sin querer, no podían dejar de sonreír. Era la aventura más emocionante que cualquiera de ellos había afrontado, pero aún no había concluido.

No habían pensado en cómo terminaría el viaje; y cuando ya estaban cerca de la base, Jondalar recordó la grieta que solía aparecer al pie del glaciar y que separaba al hielo del sujeto que estaba debajo. Un aterrizaje muy violento sobre la grava podía arrojarlos a todos fuera del bote y causarles heridas, o algo peor, pero el sonido no le impresionó cuando lo escuchó por primera vez. Sólo cuando aterrizaron con un fuerte golpe y un estrepitoso chasquido en medio de una rugiente cascada de agua turbia, Jondalar comprendió que el descenso sobre el hielo resbaladizo y húmedo les había devuelto al río de agua derretida que brotaba de la base del glaciar.

Aterrizaron al pie de la cascada en medio de un pequeño lago de aguas de glaciar fundido, un líquido de color verde sucio. Lobo se sintió tan complacido que cayó sobre los dos humanos y comenzó a lamerles la cara. Finalmente, se sentó y elevó la cabeza en un aullido de salutación.

Jondalar miró a la mujer.

—¡Ayla, lo hemos hecho! ¡Lo hemos hecho! ¡Hemos abandonado el glaciar!

—Lo hemos hecho, ¿verdad? —preguntó ella, con una ancha sonrisa.

—Sin embargo, fue peligroso —confirmó Jondalar—. Podríamos haber sufrido heridas o incluso haber muerto.

—Quizá haya sido peligroso, pero fue divertido —dijo Ayla, con los ojos todavía chispeantes de excitación.

Su entusiasmo era contagioso; a pesar de toda su preocupación por llevarla sana y salva a destino, Jondalar no tuvo más remedio que sonreír.

—Tienes razón. Fue divertido, y en cierto modo era lo que correspondía. Creo que jamás volveré a intentar el cruce de un glaciar. Dos veces en una vida es suficiente, pero me alegro de poder afirmar que lo hice, y nunca olvidaré este descenso.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es llegar hasta ese territorio —dijo Ayla, mientras señalaba hacia la orilla—, después encontrar a Whinney y a Corredor.

Estaba poniéndose el sol, y entre la luminosidad del horizonte y las sombras engañosas del atardecer, era difícil ver. El frío del anochecer había hecho que la temperatura descendiese nuevamente por debajo del punto de congelación. Alcanzaban a ver la seguridad reconfortante de la marca oscura del suelo sólido, mezclada con parches de nieve, alrededor del perímetro del lago, pero no sabían

cómo llegar allí. Tenían que remar, pero habían dejado las pértigas en la cima del glaciar.

Pero aunque el lago parecía sereno, la fusión del glaciar, que formaba corriente rápida, producía un movimiento que les llevaba lentamente hacia la orilla. Cuando estuvieron cerca, ambos saltaron del bote, seguidos por el lobo, y arrastraron el artefacto a tierra firme. Lobo se sacudió, provocando salpicaduras, pero ni Ayla ni Jondalar lo advirtieron. Estaban abrazados y exteriorizaban su amor y su alivio porque al fin habían llegado a tierra firme.

—Lo hemos hecho. Ayla, casi estamos en casa. Casi estamos en casa —dijo Jondalar, apretando con fuerza a Ayla y agradeciendo que aún podía abrazarla.

La nieve distribuida alrededor del lago comenzaba a congelarse nuevamente y la masa blanda se convertía en hielo de corteza dura. Caminaron sobre la grava en aquella semioscuridad, cogidos de la mano, hasta que llegaron a un campo. No había leña para encender fuego, pero no les importó. Comieron el alimento que llevaban para los viajes, seco y concentrado, la misma sustancia que les había mantenido sobre el hielo, y bebieron agua de los recipientes que habían llenado cuando estaban sobre el glaciar. Después armaron la tienda y desplegaron las pieles para dormir, pero antes de acostarse Ayla paseó la mirada por el paisaje en sombras y se preguntó dónde estarían los caballos.

Silbó llamando a Whinney, y esperó oír el sonido de los cascos, pero no hubo nada. Elevó la mirada hacia las nubes móviles que se desplazaban en el cielo; volvió a preguntarse dónde estarían los animales y volvió a silbar. Ahora estaba demasiado oscuro para buscarlos; había que esperar hasta la mañana. Ayla se deslizó bajo las pieles para dormir, al lado del hombre alto, y extendió la mano hacia el lobo, que se había acurrucado junto a ella. Pensó en los caballos mientras se hundía en el sueño del agotamiento.

El hombre contempló los rubios y desordenados cabellos de la mujer que estaba a su lado, cuya cabeza descansaba cómodamente en el hueco del hombro de Jondalar y decidió no levantarse aún. Ya no era necesario avanzar deprisa, pero la ausencia de esa preocupación le desconcertaba. Tenía que recordar constantemente que habían atravesado el glaciar; ya no era necesario avanzar con toda la velocidad posible. Podían descansar todo el día bajo las pieles para dormir, si así lo deseaban.

El glaciar estaba ahora detrás y Ayla no corría peligro. Se estremeció al recordar la situación de grave riesgo por la que habían pasado y la abrazó con más fuerza. La mujer se incorporó, apoyándose en un codo, y le miró. Le agradaba mirarle. La penumbra en el interior de la tienda de cuero suavizaba el vívido azul de los ojos de Jondalar, y su frente, con tanta frecuencia marcada por la concentración o la inquietud, ahora parecía mucho más serena. Ayla rozó con un dedo las arrugas producidas por la inquietud y después recordó los rasgos del hombre.

—Mira, antes de conocerte traté de imaginar qué aspecto debía tener un hombre. No un hombre del clan, sino uno como yo. Nunca lo logré. Eres hermoso, Jondalar —dijo.

Jondalar se echó a reír.

—Ayla, las mujeres son hermosas. Los hombres no.

—Entonces, ¿qué es un hombre?

—Puedes decir que es fuerte o valeroso.

—Eres fuerte y valeroso, pero eso no es lo mismo que hermoso. ¿Cómo llamas a un hombre que es hermoso?

—Imagino que apuesto. —Él se sintió un tanto azarado. Con mucha frecuencia le habían dicho que era apuesto.

—Apuesto. Apuesto —repitió Ayla para sí misma—. Me agrada más la palabra hermoso. La entiendo mejor.

Jondalar volvió a reír, con su risa sonora, de extraños matices. La franca calidez de esa risa era algo imprevisto y Ayla advirtió que ella misma le miraba fijamente. A lo largo de aquel viaje siempre había tenido una actitud tan grave. Aunque sonreía, rara vez reía con fuerza.

—Si quieres llamarme hermoso, adelante —dijo Jondalar, acercándose más a Ayla—. ¿Cómo puedo impedir que una mujer hermosa me considere hermoso?

Ayla sintió las sacudidas de la risa de Jondalar, y ella también rió.

—Jondalar, te amo cuando ríes.

—Y yo te amo, divertida mujer.

La mantuvo abrazada; después cesaron de reír. Sintió su calidez y los pechos suaves y plenos; cubrió uno con la mano y obligó a Ayla a echarse hacia atrás, para besarla. Ella deslizó su lengua en la boca de Jondalar y sintió que su propio cuerpo respondía con un ansia sorprendente. Comprobó que había pasado bastante tiempo. Durante los días en que habían permanecido sobre el glaciar, ambos se habían sentido nerviosos y estaban tan agotados que no habían estado de humor o no podían relajarse en la medida suficiente para llegar a eso.

Jondalar percibió la disposición ansiosa de Ayla y cobró conciencia de su propia y súbita necesidad. La obligó a cambiar de posición mientras se besaban; después, apartando las pieles, le besó el cuello mientras buscaba el seno de la joven. Cerró los labios sobre el pezón duro y succionó.

Ella gimió cuando una aguda punzada de increíble placer la atravesó con una intensidad que la obligó a jadear. Se asombró ante su propia reacción. Él apenas la había tocado y ella ya estaba lista; incluso se sentía muy ansiosa. No había pasado tanto tiempo, ¿verdad? Acercó su cuerpo al hombre.

Jondalar bajó una mano para tocar el lugar femenino de los placeres, entre los muslos, sintió el promontorio duro y lo frotó. Al compás de unos pocos gritos, ella alcanzó súbitamente la culminación, y allí estaba, preparada para él, deseándole.

Jondalar sintió la súbita y húmeda tibieza de Ayla y comprendió su disposición.

La necesidad de Jondalar había alcanzado la misma intensidad que la de Ayla. Apartando las pieles para evitar que se interpusieran, Ayla se abrió y esperó al hombre. Él buscó con su orgullosa virilidad la cavidad profunda de Ayla y penetró.

Ella le atrajo mientras él se lanzaba hacia delante y entraba profundamente. Jondalar sintió el abrazo total de Ayla y ella gritó de alegría. Le había necesitado y él sentía tanto placer, incluso algo que estaba más allá del goce, más que placer.

Jondalar estaba tan preparado como ella. Retrocedió y avanzó de nuevo, sólo una vez más y, de pronto, ya no pudo volver. Jondalar sintió la oleada que se elevaba, llegaba al límite y desbordaba. Con los últimos movimientos, volcó su savia, después presionó aún más y aflojó su cuerpo sobre el de Ayla.

Ella yació inmóvil con los ojos cerrados, sintiendo el peso de Jondalar y experimentando una sensación maravillosa. No deseaba moverse. Cuando, al fin, él se incorporó un tanto y la miró, tuvo que besarla. Ayla abrió los ojos y miró a su compañero.

—Ha sido maravilloso, Jondalar —dijo, sintiéndose lánguida y satisfecha.

—Fue muy rápido. Estabas preparada. Ambos estábamos listos. Y hasta hace un instante en tu cara se dibujaba la sonrisa más extraña.

—Eso es porque me siento muy feliz.

—Yo también —dijo Jondalar, besándola de nuevo y rodando a un costado.

Yacieron juntos, en silencio, y volvieron a dormirse. Jondalar despertó antes que Ayla y la contempló mientras dormía. La extraña y breve sonrisa apareció de nuevo e indujo a Jondalar a preguntarse en qué estaría soñando Ayla. No pudo resistir. La besó tiernamente y le acarició el seno. Ayla abrió los ojos. Los tenía dilatados, oscuros, líquidos y colmados de profundos secretos.

Él besó cada párpado, después mordisqueó juguetonamente el lóbulo de la oreja y también un pezón. Ella le sonrió cuando Jondalar buscó el triángulo de vello y palpó su receptiva suavidad, si no del todo lista otra vez, por lo menos incitando al hombre a desear un nuevo comienzo en lugar de un fin. De pronto, él sostuvo el muslo de Ayla, besó fieramente a la joven y acarició el cuerpo, los pechos, las caderas y los muslos. Casi no podía apartar de ella las manos; el haber estado tan cerca de perderla había despertado una necesidad tan profunda como la sima que casi la había tragado. No lograba satisfacer su necesidad de tocarla, de abrazarla, de amarla.

—Nunca creí que me enamoraría —dijo Jondalar, aflojando de nuevo los músculos y acariciando distraídamente el hoyuelo que se formaba al final de la espalda de Ayla y la suave elevación que después seguía—. ¿Por qué tuve que viajar hasta el fin del Río de la Gran Madre para encontrar a una mujer a quien pudiese amar?

Había estado pensando en eso desde el momento de despertar y advertir que casi habían llegado. Era grato estar de este lado del glaciar, pero Jondalar se sentía colmado de expectativa, ansioso de tener noticias de todo y también de ver a su gente.

—Porque mi tótem significaba que tú eras para mí. El León de la Caverna te vio.

—Entonces, ¿por qué la Madre logró que naciéramos tan lejos el uno del otro?

Ayla levantó la cabeza y miró a Jondalar.

—He estado intentando hacer averiguaciones, pero todavía sé muy poco de las cosas de la Gran Madre Tierra y no mucho más acerca de los espíritus protectores del clan, pero lo que sí sé es esto: tú me encontraste.

—Y después casi te perdí. —Una súbita oleada de frío temor penetró en el cuerpo de Jondalar—. Ayla, ¿qué haría si te perdiese? —dijo, con la voz ronca, con ese sentimiento que rara vez demostraba francamente. Rodó hacia ella, cubriendo el cuerpo de Ayla con el suyo y hundió la cabeza en el cuello de la joven, abrazándola con tanta fuerza que ella apenas pudo respirar—. ¿Qué haría?

Ayla se aferró a Jondalar, deseando convertirse en una parte del hombre, y graciosamente se abrió a él cuando sintió que la necesidad de Jondalar se manifestaba de nuevo. En un apremio tan exigente como su amor, cuando Ayla se acercó él la tomó con un impulso igualmente imperioso.

Ahora todo terminó más rápidamente todavía que antes, y con la liberación, la tensión provocada por la áspera emoción de los dos se fundió en una cálida secuela. Cuando él comenzó a separarse, Ayla le retuvo, pues quería apresar la intensidad del momento.

—Jondalar, no quisiera vivir sin ti —dijo Ayla, retomando la conversación que habían comenzado antes de su sesión amorosa—. Una parte de mí te acompañaría al mundo de los espíritus y yo jamás volvería a ser una persona entera. Pero tenemos suerte. Piensa en toda la gente que nunca intenta el amor, en los que aman a alguien que no puede corresponder a ese sentimiento.

—¿Como Ranec?

—Sí, como Ranec. Todavía me duele el corazón cuando pienso en él.

Jondalar se apartó y se sentó.

—Le compadezco. Me gustaba Ranec… o podría haberme gustado. —De pronto, sintió el ansia de partir—. De este modo jamás llegaremos a Dalanar —dijo, y comenzó a enrollar las pieles de dormir—. No veo el momento de encontrarme nuevamente con él.

—Pero ante todo tenemos que encontrar a los caballos —dijo Ayla.

Capítulo 43

Ayla se puso en pie y salió de la tienda. Una bruma flotaba cerca del suelo y sobre la piel desnuda se sentía el frío y la humedad del aire. Alcanzaba a oír el estruendo de la cascada a lo lejos, pero el vapor se espesaba para formar una densa niebla cerca del fondo del lago, un espejo largo y angosto de agua verdosa, tan turbia que era casi opaca.

Ayla estaba segura de que en un lugar así no había peces, del mismo modo que no había vegetación a lo largo de la orilla; todo era demasiado nuevo, demasiado crudo para sostener la vida. Sólo se veía agua y piedra y una especie de fijación del tiempo antes del tiempo, los antiguos comienzos antes del principio de la vida. Ayla se estremeció y volvió a experimentar el sombrío regusto de su terrible soledad antes de que la Gran Madre Tierra crease todas las cosas vivas.

Se detuvo a orinar y después cruzó deprisa en dirección a la orilla de bordes afilados, cubierta de grava; vadeó la corriente y se agachó. Estaba fría como el hielo y cargada de limo. Deseaba bañarse —no había podido hacerlo mientras cruzaban el hielo—, pero no en aquella agua. No le importaba demasiado el frío, pero necesitaba agua clara y limpia.

Regresó a la tienda para vestirse y ayudar a Jondalar a guardar las cosas. En el camino, miró a través de la bruma el paisaje sin vida y divisó un atisbo de árboles más abajo.

De pronto, sonrió.

—¡Ahí están! —dijo, y emitió un silbido estridente.

Jondalar salió inmediatamente de la tienda. Sonrió con la misma alegría que Ayla al ver a los dos caballos que galopaban hacia ellos. Lobo venía detrás; Ayla pensó que el animal parecía muy contento consigo mismo. No había estado con ellos aquella mañana y Ayla se preguntaba si el lobo habría desempeñado alguna función en el retorno de los caballos. Meneó la cabeza, pues comprendió que probablemente jamás lo sabrían.

Saludaron a cada caballo con abrazos, palmadas y caricias, restregones cordiales y palabras de afecto. Al mismo tiempo, Ayla los examinó atentamente, pues quería comprobar que no estaban heridos. La bota de la pata trasera derecha de Whinney había desaparecido y le pareció que la yegua se encogía cuando le examinó la pata. ¿Habría quebrado el hielo del borde del glaciar y, al soltarse, se habría desprendido la bota y se habría lastimado la pata? Fue la única explicación que Ayla pudo imaginar.

Ayla retiró las restantes botas de la yegua, levantando cada pata para desatarlas, mientras Jondalar permanecía cerca para calmar al animal. Corredor todavía conservaba todas sus botas, aunque Jondalar advirtió que estaban gastándose sobre los afilados cascos; el propio cuero de mamut no podía durar mucho si se usaba sobre los cascos.

Después de reunir todas sus cosas y de arrastrar el bote, descubrieron que el fondo

estaba empapado y blando. Por una fisura entraba el agua.

—No creo que convenga volver a cruzar un río con este bote —dijo Jondalar—. ¿Crees que deberíamos abandonarlo?

—Tendremos que hacerlo, a menos que queramos arrastrarlo nosotros mismos. Ya no tenemos las estacas para armar la angarilla. Las dejamos atrás cuando descendimos por esa pendiente de hielo. Y por aquí no veo árboles para fabricar nuevas pértigas —agregó Ayla.

—Bien, ¡asunto arreglado! —dijo Jondalar—. Me alegro de que ya no necesitemos continuar cargando piedras; hemos aligerado tanto el peso que creo podríamos llevarlo todo nosotros mismos, incluso sin los caballos.

—Si los animales no hubieran regresado, eso es lo que estaríamos haciendo mientras los buscábamos —dijo Ayla—, pero me alegro enormemente de que nos hayan encontrado.

—Yo también estaba preocupado por ellos —admitió Jondalar.

Mientras descendían la empinada ladera sudoeste del antiguo macizo que sostenía el terrible manto de hielo sobre su gastada cumbre, cayó una ligera lluvia, vaciando los bolsones de nieve sucia que llenaban las oscuras depresiones del bosque abierto de abetos que estaban atravesando. Pero una especie de pátina verde acuarela teñía la tierra parda de un prado inclinado y rozaba las puntas de los matorrales próximos. Debajo, a través de algunos huecos en la brumosa niebla, alcanzaron a ver imágenes de un río que serpenteaba de oeste a norte, obligado por las mesetas circundantes a seguir el trazado de un profundo valle. Más allá del río, hacia el sur, el accidentado promontorio alpino se desdibujaba en una bruma púrpura, pero, elevándose y emergiendo de la bruma como una corona, estaba la alta cadena montañosa cubierta de hielo desde la cima hasta la mitad de su altura.

—Dalanar te gustará —decía Jondalar, mientras cabalgaban tranquilamente uno al lado del otro—. Te gustarán todos los lanzadonii. La mayoría de ellos antes eran zelandonii, como yo.

—¿Por qué decidió organizar una nueva caverna?

—No lo sé muy bien. Yo era tan pequeño cuando él y mi madre se separaron que en realidad no llegué a conocerle hasta que fui a vivir con él, y él nos enseñó, a Joplaya y a mí, el modo de trabajar la piedra. No creo que decidiera establecerse y fundar una nueva caverna hasta que conoció a Jerika, pero eligió este lugar porque descubrió la mina de pedernal. Cuando yo era niño, la gente hablaba de la piedra de los lanzadonii —explicó Jondalar.

—Jerika es su compañera, y… Joplaya… es tu prima, ¿verdad?

—Sí. Prima cercana. Hija de Jerika, nacida en el hogar de Dalanar. Ella también es buena talladora de pedernal, pero nunca le reveles que yo te lo he dicho. Es una gran bromista y siempre está de guasa. Me gustaría saber si ya encontró compañero.

¡Gran Madre! ¡Ha pasado tanto tiempo! ¡Se sorprenderán de vernos!

—¡Jondalar! —dijo Ayla con un murmullo fuerte y apremiante. Él sofrenó el caballo—. Mira allí, cerca de esos árboles. ¡Hay un ciervo!

El hombre sonrió.

—¡Vamos a cazarlo! —dijo, echando mano de una lanza al mismo tiempo que preparaba su lanzavenablos y hacía una señal a Corredor con las rodillas. Aunque su método para guiar al caballo no era igual al de Ayla, después de casi un año de viaje era tan buen jinete como ella.

Ayla rectificó la trayectoria de Whinney casi simultáneamente. Sentía la satisfacción de verse por una vez libre, sin el estorbo de la angarilla, y montó su lanza en el lanzavenablos. Sobresaltado por el rápido movimiento, el ciervo comenzó a huir a grandes saltos, pero ellos lo persiguieron, acercándose uno por cada lado, y con la ayuda de los lanzavenablos, despacharon fácilmente al animal joven e inexperto. Cortaron los trozos favoritos y eligieron otros trozos seleccionados para llevarlos como regalo a la gente de Dalanar; después dejaron que Lobo consumiera lo que quedaba.

Hacia el atardecer encontraron un arroyo de aguas rápidas y burbujeantes, de aspecto saludable, y lo siguieron hasta que llegaron a un amplio campo abierto con algunos árboles y algunos matorrales junto al agua. Decidieron acampar temprano y cocer parte de la carne del ciervo. La lluvia había amainado y ya no tenían la más mínima prisa, si bien ellos mismos necesitaban recordar a cada momento que la urgencia había pasado.

A la mañana siguiente, cuando Ayla salió de la tienda, se detuvo y miró asombrada, desconcertada por el espectáculo. El paisaje era casi irreal, aunque tenía el carácter de un sueño especialmente vívido. Parecía imposible que hubieran podido soportar la intensidad más cruel y dura de las condiciones invernales extremas apenas unos días atrás; y ahora, de pronto, había llegado la primavera.

—¡Jondalar! ¡Oh, Jondalar! ¡Ven a ver!

El hombre asomó la cara, de expresión soñolienta, por la abertura y ella advirtió que comenzaba a sonreír.

Estaban en una elevación de escasa altura; la llovizna y la bruma de la víspera habían dado paso a un sol limpio y luminoso. El cielo mostraba un azul intenso decorado con manchas blancas. Los árboles y los arbustos tenían muchos puntos de un verde brillante y lustroso, el de las hojas nuevas, y el pasto del campo parecía tan fresco que resultaba hasta apetitoso. Las flores —los lirios, las aguileñas, las azucenas y otras— abundaban por doquier. Había pájaros de todos los colores y muchas variedades, que cruzaban veloces el aire, piando y cantando.

Ayla identificó a casi todos —tordos, ruiseñores, pájaros carpinteros de cabeza negra y currucas del río— y les contestaba con su propio canto. Jondalar se levantó y salió de la tienda a tiempo para observar admirado mientras ella atraía pacientemente hacia su mano a un alcaudón gris.

—No sé cómo lo haces —observó Jondalar, mientras el pájaro se alejaba volando.

Ayla sonrió.

—Iré a buscar algo fresco y delicioso para comer esta mañana —dijo.

Lobo había desaparecido de nuevo; Ayla estaba segura de que el animal se había dedicado a explorar o a cazar; la primavera traía aventuras también para él. La joven se dirigió adonde estaban los caballos, que se encontraban en el centro del prado, mordisqueando la hierba corta y tierna. Era la estación de la abundancia, el momento del despertar de toda la tierra.

Durante la mayor parte del año las anchas planicies que se extendían alrededor de las láminas de hielo de varios kilómetros de espesor y los altos prados de las montañas eran lugares secos y fríos. Las lluvias y la nieve eran escasas; los glaciares solían absorber la mayor parte de la humedad del aire. Aunque en las antiguas estepas la capa siempre helada era un fenómeno tan general como en las tundras septentrionales más húmedas de épocas ulteriores, los vientos influidos por el glaciar hacían que los veranos fuesen áridos y que la tierra se mantuviera seca y firme, con escasos lugares pantanosos. En invierno, los vientos desplazaban la nieve poco profunda, de modo que grandes áreas del suelo helado quedaban desnudas, pero cubiertas con el pasto que se secaba y convertía en heno; este forraje mantenía un enorme número de grandes animales que pastaban.

Pero no todos los pastizales son iguales. Para propiciar la fecunda abundancia de las planicies de la Edad del Hielo, lo que importaba no era tanto la magnitud de la precipitación —mientras fuese suficiente—, sino el momento en que llovía; la combinación de humedad y viento que secaban el terreno, todo en la proporción apropiada y en el momento oportuno, era el factor fundamental.

A causa del ángulo de incidencia de la luz solar, en las latitudes más bajas el sol comienza a calentar la tierra no mucho después del solsticio de invierno. Donde se ha acumulado nieve o hielo, la parte principal de la luz solar de principios de la primavera se refleja y vuelve al espacio, y lo poco que se absorbe y convierte en calor será utilizado para fundir la cubierta de nieve, condición indispensable para que crezcan las plantas.

Pero en los antiguos pastizales, en los que los vientos habían desnudado la planicie, el sol derramaba su energía sobre el suelo oscuro y era muy bien recibido. Las capas altas, secas y siempre heladas, comenzaban a calentarse y a derretirse, y aunque aún hacía frío, el caudal de energía solar hacía que las simientes y las largas raíces se preparasen para emitir brotes. Pero para que su desarrollo prosperase, era necesario que hubiese agua en estado aprovechable.

El hielo reluciente resistía la acción de los rayos cálidos de la primavera y reflejaba la luz del sol. Pero como había tanta humedad almacenada en las capas de hielo de la alta montaña, éstas no podían rechazar por completo los avances del sol o la caricia de los vientos tibios. Las cumbres de los glaciares comenzaban a derretirse y algo de agua descendía por las fisuras y comenzaba lentamente a formar arroyos y

después ríos; más avanzando el verano, estos ríos llevaban el precioso líquido a la tierra desecada. Pero eran aún más importantes las nieblas y las brumas que se desprendían de las masas glaciares de agua helada, porque formaban en el cielo una capa de nubes de lluvia.

En primavera, la cálida luz del sol hacía que la gran masa de hielo desprendiese humedad en lugar de absorberla. Casi por única vez a lo largo de todo el año, ahora llovía no sobre el glaciar, sino sobre la tierra sedienta y fértil que lo rodeaba. En la Edad del Hielo el verano podía ser cálido, pero era breve; la primavera primitiva era prolongada y húmeda, y el crecimiento de los vegetales era explosivo y profuso.

Los animales de la Edad del Hielo también crecían en primavera, cuando todo era fresco y verde; abundaban los nutrientes que ellos necesitaban y precisamente en el momento en que los necesitaban. Por naturaleza, al margen de que la estación sea húmeda o seca, la primavera es la época del año en que los animales desarrollan los huesos jóvenes o los colmillos y los cuernos viejos, o producen cornamentas nuevas y más grandes, o se desprenden del espeso pelaje invernal y comienzan a formar otro nuevo. Porque la primavera comenzaba temprano y duraba mucho, la estación del crecimiento de los animales se prolongaba, lo que facilitaba que adquiriesen proporciones generosas y luciesen apéndices córneos impresionantes.

Durante la larga primavera, todas las especies compartían indiscriminadamente la abundancia de hierbas verdes, pero, al final de la estación fértil, competían fieramente unas con otras por los pastos y las hierbas que estaban madurando y que eran menos nutritivos o menos digeribles. La competencia no se manifestaba en disputas acerca de quiénes comerían primero o comerían más o en la defensa de áreas determinadas. Los rebaños de animales de las planicies no tenían un carácter territorial. Emigraban a gran distancia y eran sumamente sociales, buscaban la compañía de individuos de su propia especie en el curso de sus desplazamientos y compartían sus territorios con otros que se adaptaban a los pastizales abiertos.

Pero siempre que más de una especie compartía hábitos de alimentación y vida casi idénticos, invariablemente una sola prevalecía. Las otras adoptaban modos distintos de aprovechar ese ámbito, aprovechaban otro elemento del alimento disponible, emigraban a un área distinta o se extinguían. Ninguno de los muchos animales distintos que pastaban y ramoneaban competían directamente con otros precisamente por el mismo alimento.

Los combates los libraban siempre machos de la misma especie y estaban reservados para la temporada de la brama, cuando, a menudo, la mera exhibición de una cornamenta muy impresionante o de un par de cuernos o de colmillos era suficiente para sentar el dominio y el derecho de procrear, es decir, la exhibición de razones genéticamente decisivas en virtud de los grandiosos adornos estimulados por el fecundo desarrollo primaveral.

Pero una vez que pasaba esa especie de exceso primaveral, la vida de los moradores itinerantes de las estepas se ajustaba a esquemas fijos y nunca era tan fácil.

En verano tenían que mantener el crecimiento espectacular propiciado por la primavera y echar carnes y engordar con vistas a la difícil estación que se avecinaba. El otoño era para algunos la imperiosa temporada de la brama; para otros significaba la aparición de un denso pelaje y la adopción de otras medidas de protección. Pero el momento más difícil era el invierno; en invierno, tenían que sobrevivir.

El invierno determinaba la capacidad de la tierra para sostener a sus moradores; el invierno decidía quién viviría y quién moriría. El invierno era un momento difícil para los machos, que tenían un cuerpo más grande y unos pesados apéndices «sociales», que debían mantener o formar de nuevo. El invierno era difícil para las hembras, que tenían menores proporciones, porque no sólo debían mantenerse básicamente con la misma cantidad de alimento disponible, sino también alimentar a la generación siguiente, formándola en el interior de su propio cuerpo o amamantándola, o ambas cosas. Pero el invierno era sobremanera difícil para las crías, que carecían de las proporciones de los adultos para almacenar reservas y consumían en el crecimiento lo que habían acumulado. Si lograban sobrevivir al primer año, sus posibilidades eran mucho mayores.

En los viejos pastizales, secos y fríos, cerca de los glaciares, la gran variedad de animales compartía la tierra compleja y fecunda y se mantenían porque los hábitos de alimentación y vida de una especie armonizaban o coexistían con los de otra. Incluso los carnívoros tenían sus presas preferidas.

Pero una nueva especie, dotada de inventiva y capacidad creadora, una especie que no tanto se adaptaba al ambiente cuanto lo modificaba para acomodarlo a sus propias necesidades, comenzaba a hacer acto de presencia.

Ayla estaba extrañamente silenciosa cuando se detuvieron a descansar cerca de otro rumoroso arroyo de montaña; allí terminaron la carne de venado y la verdura fresca que habían recogido aquella mañana.

—Ahora no estamos muy lejos. Thonolan y yo nos detuvimos cerca de aquí en nuestro viaje —dijo Jondalar.

—Es impresionante —contestó ella, pero sólo una parte de su mente estaba apreciando la belleza del paisaje.

—Ayla, ¿por qué estás tan callada?

—He estado pensando en tus parientes. Y de pronto comprendí que yo no tengo parientes.

—¡Los tienes! ¿Qué me dices de los mamutoi? ¿Acaso no eres Ayla de los mamutoi?

—No es lo mismo. Los echo de menos y siempre los amaré, pero no fue tan difícil dejarlos. Fue peor la otra vez, cuando tuve que separarme de Durc.

Una expresión de dolor se manifestó en sus ojos.

—Ayla, sé que para ti fue difícil abandonar un hijo. —La abrazó—. Quizá no lo

recuperes de ese modo, pero es posible que la Madre te dé otros hijos… más adelante…, quizá hasta hijos de mi espíritu.

Le pareció que ella no le oía.

—Dijeron que Durc era deforme, pero eso no era cierto. Pertenecía al clan, pero también era mío. Era parte de ambos. Ellos no creían que yo fuese deforme, sino solamente fea, y además era más alta que los hombres del clan…, alta y fea…

—Ayla, no eres ni alta ni fea. Eres bella, y recuerda que mi estirpe es tu estirpe.

Ella le miró.

—Jondalar, antes de que tú llegases yo no tenía a nadie. Ahora te tengo y te amo, y quizá un día tenga un niño tuyo. Eso me haría feliz —dijo Ayla sonriendo.

La sonrisa de Ayla alivió a Jondalar y su mención del hijo le tranquilizó todavía más. Observó la posición del sol en el cielo.

—Si no nos damos prisa, no llegaremos hoy a la caverna de Dalanar. Vamos, Ayla, los caballos necesitan un poco de ejercicio. Te desafío a una carrera a través del prado. Creo que no podría soportar otra noche en la tienda cuando ya estamos tan cerca.

Lobo salió del bosque, desbordando energía y deseos de jugar. Pegó un brinco, apoyó las patas en el pecho de Ayla y le lamió el mentón. Ayla pensó que aquélla era su familia y apuñó el pelaje del cuello de Lobo. Este magnífico animal y la yegua fiel y paciente, el animoso corcel y el hombre, aquel hombre maravilloso. Poco más tarde conocería a la familia de Jondalar.

Guardó silencio mientras preparaba lo poco que aún conservaban. De pronto, comenzó a retirar las cosas de un envoltorio distinto.

—Jondalar, me bañaré en ese arroyo y me pondré una túnica y calzones limpios —dijo, mientras se quitaba la túnica de cuero que había estado usando hasta entonces.

—¿Por qué no esperas a que lleguemos? Ayla, te congelarás. Esa agua es probable que venga directamente del glaciar.

—No me importa, no quiero conocer a tu gente completamente sucia por el polvo del viaje.

Llegaron a un río de aguas verdosas y turbias a causa del desagüe del glaciar; el caudal estaba creciendo, aunque el nivel de las aguas podía ser mucho más elevado cuando alcanzase su volumen total, al final de la estación. Miraron hacia el este, río arriba, hasta que encontraron un lugar poco profundo y pudieron vadear su curso; después ascendieron en dirección al sudeste. Estaba cayendo la tarde cuando llegaron a una pendiente poco pronunciada que terminaba cerca de una pared rocosa. Bajo un saliente se ocultaba la abertura oscura de una caverna.

Una joven estaba sentada en el suelo, de espaldas a los viajeros, rodeada por láminas y nódulos rotos de pedernal. Con una mano sostenía un botador, una vara de madera aguzada, sobre el núcleo de una piedra gris oscura, tratando de situarla

exactamente, y preparándose para golpearla con un pesado martillo de hueso que sostenía en la otra mano. Estaba tan absorta en su tarea que no advirtió que Jondalar se deslizaba en silencio y se acercaba por detrás.

—Continúa practicando, Joplaya. Un día llegarás a ser tan buena como yo —dijo con una sonrisa.

La maza de hueso falló el blanco y quebró la hoja que estaba afinando; la mujer se volvió bruscamente, con una expresión de incredulidad en la cara.

—¡Jondalar! ¡Oh, Jondalar! ¿Eres tú realmente? —exclamó, y se arrojó en los brazos del hombre. Con los brazos alrededor de la cintura de Joplaya, él la alzó y giró sobre sí mismo. Joplaya se aferró a él, como si no deseara soltarlo jamás—. ¡Madre! ¡Dalanar! ¡Jondalar ha regresado! ¡Jondalar ha regresado! —gritó.

La gente salió corriendo de la caverna y un hombre mayor, tan alto como Jondalar, se acercó al visitante. Se abrazaron, se separaron, se miraron; después volvieron a abrazarse.

Ayla hizo una señal a Lobo, que se le acercó más mientras la joven retrocedió y se quedaba mirando, sosteniendo las cuerdas que sujetaban a los dos caballos.

—¡De modo que has vuelto! Te ausentaste tanto tiempo, que no creía que regresaras —dijo el hombre.

Y entonces, por encima del hombro de Jondalar, Dalanar contempló un espectáculo muy sorprendente. Dos caballos, cargados de canastos y bultos, cada uno con una plancha de cuero sobre el lomo y un corpulento lobo, esperaban cerca de una mujer alta, vestida con un chaquetón de piel y calzones de extraño estilo, con una decoración casi desconocida. Ella se había quitado la capucha, y sus cabellos dorados descendían en ondas a ambos lados de la cara. Sus rasgos tenían un aire decididamente extranjero, lo mismo que el estilo poco frecuente de sus prendas; lo que no hacía sino destacar más la belleza de la forastera.

—No veo a tu hermano, pero no has vuelto solo —dijo el hombre.

—Thonolan ha muerto —dijo Jondalar, cerrando involuntariamente los ojos—. Yo también habría muerto de no ser por Ayla.

—Lamento saberlo. El muchacho me gustaba. Willomar y tu madre sufrirán mucho. Pero veo que tu gusto por las mujeres no ha cambiado. Siempre mostraste preferencia por las bellas Zelandoni.

Jondalar se preguntó por qué él creía que Ayla era Una Que Servía a la Madre. Después volvió los ojos hacia Ayla, rodeada por los animales y de pronto la vio como debía verla el hombre de más edad, y sonrió. Se acercó al borde del claro, cogió la rienda de Corredor y comenzó a regresar, seguido por Ayla, Whinney y Lobo.

—Dalanar de los lanzadonii, da la bienvenida a Ayla de los mamutoi —dijo.

Dalanar extendió las dos manos, con las palmas hacia arriba, en el saludo que expresaba franqueza y amistad. Ayla cogió las dos manos con las suyas.

—En el nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi —dijo Dalanar.

—Yo te saludo, Dalanar de los lanzadonii —replicó Ayla, con la formalidad debida.

—Hablas bien nuestra lengua para ser una persona que llega de tan lejos. Me complace conocerte.

El formalismo de Dalanar se veía desmentido por su sonrisa. Había advertido el modo de hablar de Ayla y pensaba que era muy sugestivo.

—Jondalar me enseñó a hablar —dijo ella, que no pudo disimular cierta expresión de asombro. Miró a Jondalar, y después nuevamente a Dalanar, desconcertada por el parecido entre los dos.

Los largos cabellos rubios de Dalanar eran un poco más ralos sobre la cabeza y tenía la cintura un tanto más gruesa; pero poseía los mismos ojos intensamente azules —con algunas arrugas en los ángulos—. Su voz tenía también el mismo timbre, el mismo tono. Incluso acentuaba del mismo modo la palabra «placer», sugiriendo un atisbo de doble sentido. Era realmente extraño. La calidez de sus manos provocó en ella una reacción peculiar. La semejanza incluso desconcertó por un momento el cuerpo de Ayla.

Dalanar percibió esa reacción y sonrió como sonreía Jondalar, pues comprendía el motivo y por eso mismo simpatizaba con ella. «Si tiene un acento tan extraño», pensó, «seguramente viene de un lugar lejano». Cuando soltó las manos de Ayla, el lobo se le acercó de pronto, sin demostrar el más mínimo temor, aunque él no podía decir lo mismo. Lobo insinuó la cabeza bajo la mano de Dalanar, reclamando atención, como si ya conociera al hombre. Dalanar advirtió sorprendido que acariciaba al hermoso animal, como si fuese una actitud perfectamente natural mimar a un corpulento lobo vivo.

Jondalar sonreía.

—Lobo te confunde conmigo. Todos han dicho siempre que nos parecemos. Cuando menos lo pensemos, estarás sentado en el lomo de Corredor.

Acercó la cuerda al hombre.

—¿Has dicho «sobre el lomo de Corredor»? —preguntó Dalanar.

—Sí. Hemos recorrido la mayor parte del camino sobre el lomo de estos caballos. Yo llamo Corredor a este potro —dijo Jondalar—. El caballo de Ayla se llama Whinney, y esta bestia grande que tanto ha simpatizado contigo se llama «Lobo» —pronunció la palabra mamutoi que significaba lobo.

—¿Cómo has podido llegar a tener un lobo y dos caballos? —comenzó Dalanar.

—Dalanar, ¿dónde están tus modales? ¿No crees que otras personas desean conocer a la mujer y escuchar sus relatos?

Ayla, todavía un poco desconcertada por el asombroso parecido de Dalanar con Jondalar, se volvió hacia la que hablaba y se descubrió a sí misma mirando de nuevo atentamente. La mujer no se asemejaba a nadie que Ayla hubiera conocido antes. Los cabellos, recogidos para formar un rodete sobre la coronilla, eran negros y relucientes, con algunas hebras grises en las sienes. Pero su cara atrajo especialmente

la atención de Ayla. Era redonda y chata, con pómulos salientes, una nariz minúscula y unos ojos negros y sesgados. La sonrisa de la mujer contradecía su voz severa; Dalanar sonrió admirado.

—¡Jerika! —exclamó Jondalar, sonriendo complacido.

—¡Jondalar! ¡Qué alegría verte de nuevo! —Se abrazaron con evidente afecto—. Como este oso salvaje que es mi compañero no tiene modales, ¿por qué no me presentas a tu amiga? Y después puedes explicarme por qué esos animales se quedan aquí en lugar de huir —dijo la mujer.

Avanzó hasta quedar entre los dos hombres, empequeñecida por ellos. Los dos tenían exactamente la misma estatura; la cabeza de Jerika apenas llegaba a la mitad del pecho de cualquiera de ellos. La mujer caminaba con paso vivo y enérgico. Ayla pensó en un pájaro, una impresión que se veía reforzada por aquel cuerpo diminuto.

—Jerika de los lanzadonii, te presento a Ayla de los mamutoi. Es la responsable de la conducta de los animales —dijo Jondalar, que sonrió a la mujercita, de modo que en su cara apreció la misma expresión que la de Dalanar—. Ella puede explicarte mejor que yo por qué no huyen.

—Bienvenida aquí, Ayla de los mamutoi —dijo Jerika extendiendo las manos—. Y también bienvenidos los animales, si puedes prometer que mantendrán esa conducta tan extraña.

Mientras hablaba miraba a Lobo.

—Te saludo, Jerika de los lanzadonii. —Ayla correspondió a la sonrisa. El apretón de la mano de la mujercita tenía una fuerza sorprendente y, Ayla así lo percibió, su carácter—. El lobo no lastimará a nadie, a menos que alguien nos amenace. Los caballos se inquietan cuando hay extraños y suelen encabritarse si uno se acerca demasiado, lo cual puede ser peligroso. Sería mejor que la gente se mantuviese lejos de ellos por lo menos al comienzo, hasta que conozcan mejor a todos.

—Me parece razonable, pero me alegro de que nos lo hayas advertido —replicó Jerika, y miró a Ayla con desconcertante franqueza—. Has venido de muy lejos. Los mamutoi viven más allá del fin del Donau.

—¿Conoces el país de los Cazadores del Mamut? —preguntó Ayla, sorprendida.

—Sí, e incluso más al este, aunque no recuerdo mucho. A Hochaman le encantará hablarte de esos lugares. Nada le agrada más que contar sus historias a nuevos oyentes. Mi madre y él vinieron de un país que está cerca del Mar Infinito, sobre el extremo este de la tierra. Yo nací en el camino. Vivimos con muchos pueblos, a veces durante muchos años. Recuerdo a los mamutoi. Buena gente. Excelentes cazadores. Querían que nos hubiéramos quedado con ellos —dijo Jerika.

—¿Por qué no aceptasteis?

—Hochaman no deseaba asentarse todavía. Su sueño era viajar hasta los confines del mundo, para ver cuánto se extendía la tierra. Conocimos a Dalanar no mucho después de la muerte de mi madre y decidimos permanecer aquí y ayudarle a

aprovechar la mina de pedernal. Pero Hochaman ha vivido para ver realizado su sueño —dijo Jerika, volviendo los ojos hacia su compañero, el hombre de elevada estatura—. Ha recorrido todo el camino que va del Mar Infinito del este hasta las Grandes Aguas del oeste. Dalanar le ayudó a completar su viaje, hace unos años, llevándole sobre sus espaldas la mayor parte del camino. Hochaman lloró cuando vio el gran mar occidental y lavó a todos con agua salada. Ahora no puede caminar mucho, pero nadie ha realizado un viaje tan largo como Hochaman.

—O como tú, Jerika —agregó orgulloso Dalanar—. Has viajado casi tan lejos como yo.

—Hmmm. —La mujer se encogió de hombros—. No es como si yo hubiese hecho la elección. Pero estoy riñendo a Dalanar y, además, yo misma hablo demasiado.

Jondalar mantenía el brazo alrededor de la cintura de la mujer a la que había sorprendido.

—Desearía conocer a tu compañera de viaje —dijo ella.

—Por supuesto, discúlpame —dijo Jondalar—. Ayla de los mamutoi, ésta es mi prima, Joplaya de los lanzadonii.

—Te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi —contestó la mujer extendiendo las manos.

—Yo te saludo, Joplaya de los lanzadonii —dijo Ayla, que de pronto tuvo conciencia de su propio acento y se alegró de vestir una túnica limpia bajo el chaquetón. Joplaya era tan alta como ella, quizá un poco más. Tenía los pómulos salientes de su madre, pero su cara no era tan chata y su nariz se asemejaba a la de Jondalar, sólo que era más delicada y estaba mejor cincelada. Las suaves cejas negras armonizaban con los largos cabellos negros, y las gruesas pestañas enmarcaban los ojos que sugerían el tipo de la madre, ¡pero de un verde deslumbrante!

Joplaya era una mujer de asombrosa belleza.

—Me alegro de conocerte —dijo Ayla—. Jondalar me ha hablado de ti muchas veces.

—Me alegro de que él no me haya olvidado —replicó Joplaya. Retrocedió un paso y el brazo de Jondalar le rodeó de nuevo la cintura.

Otras personas se habían ido acercando y Ayla tuvo que pechar con la ceremonia formal con cada miembro de la caverna. Todos tenían curiosidad por conocer a la mujer que Jondalar había traído, pero el examen y las preguntas de los habitantes del lugar comenzaron a incomodarla; por eso se alegró cuando intervino Jerika.

—Creo que deberíamos reservar algunas preguntas para después. Estoy segura de que podrán contarnos muchas cosas, pero seguramente se encontrarán cansados. Vamos, Ayla, te mostraré dónde podéis descansar. ¿Los animales necesitan algo especial?

—Sólo deseo descargarlos y encontrar un lugar en el cual puedan pastar. Si no tienes inconveniente, Lobo permanecerá dentro, con nosotros —pidió Ayla.

Vio que Jondalar estaba enfrascado en su conversación con Joplaya, y descargó sola los bultos que los dos caballos traían; pero él se apresuró a ayudarla cuando llegó el momento de introducir las cosas en la caverna.

—Creo que sé cuál es el lugar más conveniente para los caballos —dijo Jondalar —. Los llevaré allí. ¿Quieres ocuparte de Whinney? Voy a atar a Corredor con una cuerda larga.

—No, no creo que sea lo mejor. Ella se quedará cerca de Corredor —Ayla advirtió que Jondalar se sentía tan cómodo que ni siquiera había pensado en oponerse. Pero ¿por qué no? Estas personas son sus parientes—. De todos modos, te acompañaré. De ese modo Whinney se tranquilizará enseguida.

Atravesaron un pequeño prado cubierto de pastos, con un arroyo que lo atravesaba rodeándolo por un costado. Lobo les acompañó. Después de atar bien la cuerda de Corredor, Jondalar inició el regreso.

—¿Vienes? —preguntó.

—Me quedaré un poco más con Whinney —dijo ella.

—Entonces, ¿puedo ocuparme de meter nuestras cosas?

—Sí, adelante.

Él parecía ansioso por regresar y Ayla no se lo criticaba. Ordenó a Lobo que permaneciera con ella. También para él todo era nuevo. Salvo Jondalar, los animales y Ayla necesitaban un poco de tiempo para adaptarse. Cuando regresó, le buscó y descubrió que estaba inmerso en una conversación con Joplaya. Vaciló, porque no deseaba interrumpirles.

—Ayla —dijo Jondalar cuando la vio—. Estaba hablando de Wymez a Joplaya. ¿Después le mostrarás la punta de la lanza que él te regaló?

Ayla asintió. Jondalar se volvió hacia Joplaya.

—Ya verás lo que hemos traído. Los mamutoi son excelentes cazadores del mamut y emplean en sus lanzas puntas de pedernal en lugar de hueso. Perforan mejor el cuero grueso, sobre todo si las hojas son delgadas. Wymez inventó una técnica nueva. Talla la punta para obtener dos caras, pero no como lo haría con el filo de un hacha tosca. Calienta la piedra, ahí está la diferencia. De ese modo se desprenden esquirlas más finas, más delgadas. Puede fabricar una punta que no es más larga que mi mano, de un grosor tan reducido y un filo tan agudo que parecería increíble.

Estaban de pie, tan cerca que los cuerpos casi se tocaban, mientras Jondalar explicaba excitado los detalles de la nueva técnica; esa desenvuelta intimidad inquietaba a Ayla. Aquellos dos habían vivido juntos durante sus años de adolescencia. ¿Qué secretos había revelado Jondalar a Joplaya? ¿Qué alegría y dolores habían compartido? ¿Qué frustraciones y triunfos habían conocido juntos mientras ambos aprendían el difícil arte de tallar el pedernal? Quizá Joplaya conociera a Jondalar mucho mejor que ella.

Antes ambos habían sido forasteros para los pueblos con quienes se cruzaron en el viaje. Ahora, sólo ella era la forastera.

Se volvió hacia Ayla.

—¿Qué te parece si voy a buscar esa punta de lanza? ¿En qué canasto estaba? —preguntó, y ya había comenzado a alejarse.

Ella respondió a la pregunta y sonrió nerviosamente a la mujer de cabellos oscuros después que él se alejó; pero ninguna de las dos habló. Jondalar regresó casi al instante.

—Joplaya, he dicho a Dalanar que viniese…, hace mucho que deseo mostrarle esta punta. Ya verás cuando él la conozca. —Abrió con mucho cuidado el envoltorio y mostró una punta de pedernal cuidadosamente trabajada, en el momento mismo en que apareció Dalanar. Al ver la fina punta de lanza, Dalanar la recibió de las manos de Jondalar y la examinó atentamente.

—¡Es una obra maestra! Nunca vi un trabajo tan minucioso —exclamó Dalanar —. Mira esto, Joplaya, tiene dos caras, pero muy delgadas; se han eliminado las escamas más pequeñas. Piensa en el control y la concentración que sin duda fueron necesarios. El tacto y el lustre de este pedernal son diferentes. Parece casi… resbaladizo. ¿Dónde lo conseguiste? ¿En el este tienen un tipo distinto de pedernal?

—No, es un proceso nuevo, inventado por un mamutoi llamado Wymez. Es el único tallador que he conocido que pueda compararse contigo, Dalanar. Calienta la piedra. De ahí el lustre y el tacto; pero hay algo todavía mejor: después de calentarla, puedes desprender esas escamas tan finas —explicó Jondalar, muy animado.

Ayla comprobó que ella misma estaba observándole.

—Las escamas casi se desprenden solas, por eso se puede controlar bien el proceso. Te mostraré cómo lo hace. No soy tan bueno como él, necesito trabajar y perfeccionar mi técnica, pero ya verás cómo lo hago. Necesito conseguir buen pedernal mientras estemos aquí. Con los caballos podemos transportar más peso y me gustaría llevar a casa algunas piedras de los lanzadonii.

—Jondalar, ésta es también tu casa —dijo Dalanar—. Pero sí, podremos ir mañana a la mina y extraer piedras nuevas. Me gustaría ver cómo lo haces; pero ¿es realmente una punta de lanza? Parece tan fina y elegante, casi demasiado frágil para cazar con ella.

—Emplean estas puntas de lanza para cazar el mamut. Sí, se quiebran más fácilmente, pero el pedernal afilado perfora el cuero grueso mucho mejor que una punta de hueso y se desliza entre las costillas —dijo Jondalar—. Tengo que mostrarte otra cosa. La inventé mientras me recobraba de las heridas que me infligió el león de las cavernas, en el valle de Ayla. Es un lanzavenablos. Con este aparato, una lanza recorre doble distancia. ¡Espera, te mostraré cómo funciona!

—Jondalar, creo que quieren que vayamos a comer —dijo Dalanar, al ver que se había reunido la gente a la entrada de la caverna y que hacía señas—. Todos querrán escuchar tus relatos. Entrad; así estaréis más cómodos y los demás podrán escuchar. Nos intrigas con estos animales que obedecen tus deseos y los comentarios acerca de los ataques del león de las cavernas, los lanzavenablos y las nuevas técnicas para

tallar las piedras. ¿De qué otras aventuras y maravillas tienes que hacernos partícipes?

Jondalar se echó a reír.

—No hemos hecho más que empezar. ¿Me creerás si te digo que hemos visto piedras que permiten encender el fuego y piedras que arden? Viviendas construidas con huesos de mamut, puntas de marfil para pasar el hilo y enormes botes usados en el río para pescar peces tan grandes que se necesitan cinco hombres de tu estatura, uno encima del otro, para llegar de la cabeza a la cola.

Ayla nunca había visto a Jondalar tan feliz y relajado, tan desembarazado y expresivo, y comprendió cuánto le alegraba estar con su gente.

Jondalar pasó los brazos alrededor de Ayla y Joplaya mientras regresaban a la caverna.

—Joplaya, ¿todavía no has elegido compañero? —preguntó Jondalar—. Me pareció no haber visto a nadie decidido a reclamarte.

Joplaya se echó a reír.

—No, Jondalar, estaba esperándote.

—Otra vez con tus bromas —dijo Jondalar, sonriendo. Se volvió para hacer una aclaración a Ayla—. Como sabes, los primos cercanos no pueden unirse.

—Lo tengo todo planeado —continuó diciendo Joplaya—. Pensé que podíamos huir juntos y fundar nuestra propia caverna, como hizo Dalanar. Aunque, por supuesto, sólo aceptaríamos a los talladores de pedernal.

La risa de Joplaya parecía forzada y miraba únicamente a Jondalar.

—Ayla, ¿entiendes lo que quiere decir? —dijo Jondalar, volviéndose hacia ella, pero propinando al mismo tiempo un pellizco a Joplaya—. Siempre bromeando. Joplaya es una guasona.

Ayla no estaba muy segura de entender la broma.

—En serio, Joplaya, tendrás que comprometerte.

—Echozar me solicitó, pero yo todavía no lo he decidido.

—¿Echozar? Me parece que no le conozco. ¿Es un zelandonii?

—Es lanzadonii. Se unió a nosotros hace pocos años. Dalanar le salvó la vida, le encontró cuando ya casi se había ahogado. Creo que todavía está en la caverna. Es un hombre tímido; comprenderás la razón cuando lo veas. Parece… bien distinto. No le agrada tratar con extraños y dice que no desea acompañarnos a la Reunión de Verano de los zelandonii. Pero es muy bondadoso cuando llegas a conocerle y está dispuesto a hacer lo que sea necesario por Dalanar.

—¿Iréis a la Reunión de Verano este año? Así lo espero, por lo menos para asistir a la Ceremonia Matrimonial. Ayla y yo nos uniremos.

Esta vez Jondalar dio un pellizco a Ayla.

—No lo sé —dijo Joplaya, con los ojos fijos en el suelo. Después miró a Jondalar —. Siempre supe que no te unirías con Marona, esa mujer que quedó esperándote el año en que te marchaste; pero tampoco supuse que traerías contigo una mujer.

Jondalar se sonrojó ante la mención de la mujer con quien había prometido unirse y que había quedado en la región y no advirtió que Ayla erguía el cuerpo mientras Joplaya se acercaba deprisa a un hombre que acababa de salir de la caverna.

—¡Jondalar! ¡Ese hombre!

Jondalar percibió el sobresalto en la voz de Ayla y se volvió a mirarla. La joven tenía el rostro ceniciento.

—¿Qué sucede, Ayla?

—¡Se parece a Durc! O quizá a lo que parecerá mi hijo cuando crezca. ¡Jondalar, ese hombre tiene sangre del clan!

Jondalar miró con más atención. Era cierto. El hombre a quien Joplaya exhortaba a acercarse tenía la apariencia del clan. Pero cuando se aproximaron, Ayla advirtió una importante diferencia entre el hombre y los miembros del clan a quienes ella conocía. Era casi tan alto como la propia Ayla.

Cuando se aproximó, Ayla esbozó un movimiento con la mano. Era sutil, casi imperceptible para el resto, pero los grandes ojos castaños del hombre se abrieron sorprendidos.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó, y esbozó el mismo gesto. Tenía la voz profunda, pero clara y bien definida. No tenía dificultades para hablar; una señal evidente de que era una mezcla.

—Me crió un clan. Me descubrieron cuando yo era muy pequeña. No recuerdo cuál era mi familia antes de que sucediera eso.

—¿Un clan te crió? Ellos maldijeron a mi madre porque me dio a luz —dijo el hombre con amargura—. ¿Qué clan aceptó criarte?

—No me ha parecido que el acento de Ayla fuese mamutoi —intervino Jerika. Varias personas estaban alrededor.

Jondalar respiró hondo y cuadró los hombros. Había previsto desde el principio que el pasado de Ayla apareciera más tarde o más temprano.

—Jerika, cuando yo la conocí ni siquiera sabía hablar…, por lo menos, no hablaba con palabras. Pero me salvó la vida después que me atacó el león de las cavernas. La adoptaron los mamutoi del Hogar del Mamut porque es muy hábil para curar.

—¿De modo que es Mamut? ¿La Que Sirve a la Madre? ¿Dónde está su señal? No veo ningún tatuaje en su mejilla —dijo Jerika.

—Ayla aprendió a curar de la mujer que la crió, una hechicera del pueblo a quien ella denomina el clan, los cabezas chatas, pero es tan eficaz como los zelandonii. El Mamut estaba comenzando a enseñarle para que Sirviera a la Madre, antes de nuestra partida. Nunca la iniciaron. Por eso no tiene la marca —explicó Jondalar.

—Sabía que era Zelandoni. Tiene que serlo para controlar así a los animales, pero ¿cómo pudo aprender de una cabeza chata el arte de curar? —exclamó Dalanar—. Antes de conocer a Echozar, yo pensaba que eran poco más que animales. Por lo que él me dice, entiendo que, en cierto modo, saben hablar, y ahora tú dices que tienen

curadores. Echozar, debiste explicarme eso.

—¿Cómo podía saberlo? ¡No soy un cabeza chata! —Echozar escupió la palabra —. Sólo conocí a mi madre y a Andovan.

Ayla se sorprendió ante el rencor que se reflejaba en la voz del hombre.

—¿Has dicho que maldijeron a tu madre? ¿Y, sin embargo, ella sobrevivió y te crió? Seguramente fue una mujer notable.

Echozar miró francamente los ojos azul grisáceos de la mujer alta y rubia. No hubo vacilación y ella no esquivó la mirada. Echozar se sentía extrañamente atraído por esta mujer a la que nunca había visto antes; se sentía cómodo con ella.

—No hablaba mucho del asunto —dijo Echozar—. La atacaron unos hombres, que mataron a su compañero cuando intentó protegerla. Él era hermano del jefe de su clan y achacaron a mi madre la culpa de su muerte. El jefe dijo que traía mala suerte, pero después, cuando ella supo que tendría un hijo, él la tomó como segunda mujer. Y cuando yo nací, el jefe dijo que yo era la prueba de que mi madre era una mujer de mala suerte. No sólo había provocado la muerte de su compañero, sino que había dado a luz un hijo deforme. Y entonces la maldijo con la maldición de la muerte.

Hablaba con esta mujer más francamente de lo que lo hacía con otros, y él mismo estaba sorprendido.

—No sé muy bien qué significa eso…, una maldición de la muerte —continuó diciendo Echozar—. Ella me habló del asunto una sola vez, pero no terminó de relatarme el episodio. Afirmó que todos se apartaban de ella, como si no pudiesen verla. Decían que estaba muerta, y aunque intentaba conseguir que la mirasen, era como si no estuviese allí, como si estuviera muerta. Seguramente tuvo que ser terrible.

—En efecto —dijo Ayla en voz baja—. Es difícil continuar viviendo si uno no existe para los seres amados.

Sus ojos se enturbiaron con el recuerdo.

—Mi madre me llevó y se alejó de ellos para morir, como supuestamente debía hacer; pero Andovan la encontró. Él era ya anciano y vivía solo. Nunca me dijo por qué se había alejado de su propia caverna; había algo acerca de un jefe cruel…

—Andovan… —le interrumpió Ayla—. ¿No era sarmunai?

—Sí, creo que sí —dijo Echozar—. Pero no hablaba mucho de su pueblo.

—Sabemos algo de ese jefe cruel —dijo Jondalar con gesto sombrío.

—Andovan nos cuidó —continuó Echozar—. Me enseñó a cazar. Aprendí a hablar el lenguaje de los signos del clan gracias a mi madre, pero ella nunca pudo decir más que unas pocas palabras. Yo aprendí las dos lenguas, aunque ella se sorprendía al ver que yo podía pronunciar los sonidos y las palabras que me enseñaba Andovan. Andovan murió hace pocos años y con él se desvaneció la voluntad de vivir de mi madre. Finalmente, la maldición de la muerte se la llevó.

—Y entonces, ¿qué hiciste? —preguntó Jondalar.

—Viví solo.

—Eso no es fácil —dijo Ayla.

—No, no es fácil. Traté de buscar compañía. Ninguno de los clanes permitió que me acercase. Me apedreaban y decían que yo era deforme, que traía mala suerte. Tampoco las cavernas querían relacionarse conmigo. Afirmaban que era una abominación de espíritus mezclados, mitad hombre y mitad animal. Al cabo de un tiempo me cansé de intentarlo. Ya no quería estar solo. Cierto día me arrojé de un peñasco al río. Y cuando recobré el sentido, Dalanar estaba mirándome. Me llevó a su caverna. Ahora soy Echozar de los lanzadonii —concluyó orgullosamente, mirando al hombre de elevada estatura a quien idolatraba.

Ayla pensó en su hijo y se sintió agradecida porque le habían aceptado cuando era muy pequeño, y también porque había gente que le amaba y deseaba tenerle cuando ella tuvo que abandonarlo.

—Echozar, no odies al pueblo de tu madre —dijo Ayla—. No se trata de que sean malos, sucede únicamente que son tan antiguos que cambian con mucha dificultad. Sus tradiciones se remontan a un pasado muy lejano y no comprenden las nuevas costumbres.

—Y son personas —dijo Jondalar a Dalanar—. Eso es algo que he aprendido en este viaje. Conocimos una pareja un poco antes de iniciar el cruce del glaciar, ésa es otra historia, pero están planeando organizar reuniones para tratar los problemas que han tenido con algunos de nosotros y sobre todo con ciertos jóvenes losadunai. Y alguien hasta se ha aproximado hasta ellos con la idea de comerciar con ellos.

—¿Los cabezas chatas tienen reuniones? ¿Comerciar? Este mundo está cambiando más rápidamente de lo que yo puedo comprender —dijo Dalanar—. Antes de conocer a Echozar, ni siquiera lo hubiera creído.

—Echozar, quizá la gente les llame cabezas chatas y animales, pero tú sabes perfectamente que tu madre era una mujer valerosa —dijo Ayla, y después le tendió las manos—. Sé lo que se siente cuando uno no tiene un pueblo. Ahora yo soy Ayla de los mamutoi. ¿Nos darás la bienvenida, Echozar de los lanzadonii?

Él la cogió de las manos y Ayla sintió que las del hombre temblaban.

—Ayla de los mamutoi, eres bienvenida aquí —dijo.

Jondalar se adelantó con las manos extendidas.

—Yo te saludo, Echozar de los lanzadonii —dijo.

—Te doy la bienvenida, Jondalar de los zelandonii —dijo Echozar—, pero no necesitas que a ti se te dé la bienvenida aquí. He oído hablar del hijo del hogar de Dalanar. No hay ninguna duda de que naciste de su espíritu. Te le pareces mucho.

Jondalar sonrió.

—Todos lo dicen, pero ¿no crees que su nariz es un poco más grande que la mía?

—No lo creo. Creo que tu nariz es más grande que la mía —dijo riendo Dalanar, palmeando la espalda del joven—. Entra, la comida se está enfriando.

Ayla se retrasó un momento para conversar con Echozar; cuando se volvió para entrar, Joplaya la retuvo.

—Deseo hablar con Ayla, Echozar, pero no entres todavía. También contigo quiero conversar —dijo. Él se apartó deprisa, para dejar solas a las dos mujeres, pero no antes de que Ayla percibiese la adoración que se traslucía en sus ojos cuando miraba a Joplaya.

—Ayla, yo… —comenzó a decir Joplaya—. Yo… creo que sé por qué Jondalar te ama. Quiero decirte… que os deseo felicidad a ambos.

Ayla miró atentamente a la mujer de cabellos negros. Percibió un cambio en ella, cierto retraimiento, un sentimiento de sombría determinación. De pronto, Ayla supo por qué se había sentido tan incómoda frente a esa mujer.

—Gracias, Joplaya. Yo le amo profundamente; para mí sería difícil vivir sin él. Me dejaría un gran vacío interior y sería muy difícil soportarlo.

—Sí, muy difícil soportarlo —dijo Joplaya, cerrando un momento los ojos.

—¿Vais a venir a comer? —preguntó Jondalar, que había salido de la caverna.

—Adelante, Ayla. Hay algo que tengo que hacer antes.

Capítulo 44

Echozar miró el gran fragmento de obsidiana y después apartó los ojos. Las ondulaciones del trozo oscuro y reluciente deformaban el reflejo de Echozar, pero nada podía modificarlo, y él no deseaba ver su propia imagen. Estaba vestido con una túnica de piel de ciervo, ribeteada con pedazos de piel y adornada con cuentas fabricadas con huesos huecos de pájaro, plumas teñidas y afilados dientes de animales. Nunca había poseído nada tan lujoso. Joplaya lo había confeccionado para él con motivo de la ceremonia en que oficialmente se incorporaría a la Primera Caverna de los lanzadonii.

Mientras entraba en el sector principal de la caverna, palpó el cuero suave, alisándolo con reverencia, pues sabía que las manos de Joplaya lo habían trabajado. Casi sufría tan sólo con pensar en ella. La había amado desde el primer momento. Ella era quien le hablaba, le escuchaba y trataba de arrancarle de su aislamiento. Nunca habría podido aquel año ponerse delante de todos esos zelandonii en la Reunión de Verano si no hubiera sido por ella, y cuando veía cómo la cortejaban los hombres, deseaba morir. Había necesitado meses para reunir valor y solicitarla: ¿Cómo era posible que un hombre que tenía la apariencia física de Echozar se atreviese a soñar con una mujer como ella? Pero cuando Joplaya no le rechazó, esa actitud alimentó la esperanza de Echozar. Pero ella había tardado tanto en darle una respuesta, que él estaba seguro de que era el modo de negarse que usaba Joplaya.

Y entonces, el día de la llegada de Ayla y Jondalar, cuando ella le preguntó si aún la deseaba, Echozar no pudo creerlo. ¡Vaya si la deseaba! Nunca había deseado tanto en el curso de su vida. Esperó el momento de hablar a solas con Dalanar. Pero los visitantes le acompañaron siempre. Y Echozar no deseaba molestarlos. Además, temía preguntar. Sólo la posibilidad de desaprovechar su única oportunidad de llevar una vida más feliz de lo que jamás había creído posible le infundía valor.

Después Dalanar dijo que Joplaya era hija de Jerika y que Echozar tendría que tratar el asunto con ella. Pero se había limitado a preguntar si Joplaya le aceptaba y si él la amaba. ¿Si la amaba? ¡Oh, Madre, cómo la amaba!

Echozar ocupó su lugar entre la gente que aguardaba expectante y sintió que el corazón le latía con más rapidez cuando vio que Dalanar se ponía en pie y caminaba hacia un hogar que estaba en el centro de la caverna. La pequeña escultura en madera de una mujer de formas generosas estaba clavada en el piso, frente al hogar. Los amplios pechos, el estómago lleno y las nalgas redondas del donii habían sido representados con fidelidad; pero la cabeza era poco más que una protuberancia sin rostro, y apenas estaban esbozados los brazos y las piernas.

Dalanar estaba en pie junto al hogar y miraba al grupo reunido allí.

—En primer lugar, deseo anunciar que este año volveremos a asistir a la Reunión de Verano de los zelandonii —comenzó Dalanar—, y que invitamos a quienes quieran unirse a nosotros. Es un viaje largo, pero abrigo la esperanza de convencer a

uno de los zelandonii más jóvenes para que retorne y se establezca aquí. No tenemos Lanzadoni y necesitamos a Una que Sirva a la Madre. Está aumentando nuestro grupo, de modo que pronto habrá una segunda caverna, y llegará el momento en que los lanzadonii asistan a sus propias Reuniones de Verano.

—Hay otro motivo para ir allí. Por una parte, la Ceremonia Matrimonial que santificará la unión de Jondalar y Ayla, y por otra, este año habrá también un motivo más de celebración.

Dalanar levantó la representación en madera de la Gran Madre Tierra y asintió. Echozar estaba nervioso, pese a que sabía que ésta era sólo una ceremonia de anuncio y que tenía un carácter mucho más sencillo que la complicada Ceremonia Matrimonial, con sus ritos y tabúes purificadores. Cuando ambos estuvieron frente a él, Dalanar comenzó a decir:

—Echozar, Hijo de una Mujer Bendita por Doni, de la Primera Caverna de los lanzadonii, has solicitado a Joplaya, hija de Jerika, unida con Dalanar, para que sea tu compañera. ¿Esto es cierto?

—Es cierto —dijo Echozar, con una voz tan débil que apenas pudieron oírle.

—Joplaya, hija de Jerika, unida con Dalanar…

Las palabras no fueron las mismas, pero sí lo era el sentido, y Ayla se estremeció al sollozar, pues recordó una ceremonia igual durante la cual ella había permanecido en pie al lado de un hombre moreno que la miraba del mismo modo que Echozar miraba a Joplaya.

—Ayla, no llores, ésta es una ocasión feliz —dijo Jondalar, abrazándola tiernamente.

Ayla apenas podía hablar; sabía lo que era estar en pie junto al hombre equivocado. Pero no había esperanza para Joplaya, ni siquiera el sueño de que más tarde o más temprano el hombre amado rechazaría la costumbre para buscarla. Él ni siquiera sabía que Joplaya le amaba y ella no podía mencionar el asunto. Era un primo suyo, un primo cercano, más hermano que primo, es decir, un hombre con quien no podía unirse, y él amaba a otra. Ayla sentía como propio el dolor de Joplaya, y ahora sollozaba al lado del hombre a quien ambas amaban.

—Estaba pensando en el día en que me encontré al lado de Ranec, como ellos están ahora —dijo finalmente.

Jondalar recordaba perfectamente el hecho. Sintió una opresión en el pecho, un dolor en la garganta y la abrazó con fuerza.

—Vamos, mujer, a ese paso conseguirás que yo también me eche a llorar.

Miró a Jerika, que permanecía sentada, con rígida dignidad, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas.

—¿Por qué las mujeres siempre lloran en estas ceremonias? —dijo.

Jerika miró a Jondalar con una expresión insondable en el rostro y después a Ayla, que sollozaba casi silenciosamente en los brazos del hombre.

—Ya era hora de que se uniera, hora de que abandonase los sueños imposibles.

No todos podemos tener al hombre perfecto —murmuró en voz baja, y después volvió a centrar su atención en la ceremonia.

—… ¿La Primera Caverna de los lanzadonii acepta esta unión? —preguntó Dalanar, mirando a los que estaban reunidos allí.

—Aceptamos —replicaron todos al unísono.

—Echozar, Joplaya, vosotros habéis prometido uniros. Que Doni, La Gran Madre Tierra, bendiga esta unión —concluyó el jefe, tocando con la talla de madera la cabeza de Echozar y el estómago de Joplaya. Devolvió el donii al frente del hogar, mientras hundía las piernas de la figurilla en el suelo, de modo que se sostuviera por sí misma.

La pareja se volvió para mirar a la caverna reunida y después comenzó a caminar lentamente alrededor del hogar central. En el silencio solemne, el inefable aire de melancolía que envolvía a la mujer extrañamente hermosa le confería una cualidad tal que determinaba que ella pareciera aún más exquisita y atractiva.

El hombre que estaba al lado de Joplaya era ligeramente más bajo. Su nariz ancha y puntiaguda sobrepasaba una gruesa mandíbula sin mentón que sobresalía. El fuerte entrecejo, cuyos extremos se unían en el centro, se destacaba todavía más a causa de las cejas espesas e hirsutas que le cruzaban la frente en una sola línea velluda. Tenía los brazos muy musculosos; el pecho enorme y el cuerpo largo estaban sostenidos por unas piernas cortas, velludas y arqueadas. Eran los rasgos que le identificaban como parte del clan. Pero no podía decirse que fuese un cabeza chata. A diferencia de aquéllos, carecía de la frente baja e inclinada que terminaba en una cabeza grande y larga —el aspecto achatado que determinaba el nombre—. En cambio, la frente de Echozar se elevaba alta y despejada sobre el reborde óseo del ceño, como la cabeza de cualquier otro miembro de la caverna.

Pero Echozar era increíblemente feo. La antítesis de la mujer que estaba a su lado. Sólo los ojos desmentían la comparación; eran impresionantes. Los ojos marrones, grandes y brillantes, desbordaban tan tierna adoración hacia la mujer amada, que hasta se imponían a la inenarrable tristeza que impregnaba la atmósfera a través de la cual Joplaya caminaba.

Pero ni siquiera la evidencia del amor de Echozar podía imponerse al dolor que Ayla sentía por Joplaya. Hundió la cabeza en el pecho de Jondalar, porque el simple hecho de mirar la lastimaba profundamente, pese a que hacía todo lo posible para rechazar la desolación de su propia empatía.

Cuando la pareja completó el tercer circuito, la propia gente que se puso en pie para ofrecer sus buenos deseos quebró el silencio. Ayla quedó detrás e intentó recuperar el control de sí misma. Finalmente, apremiada por Jondalar, fue a presentar sus deseos de felicidad.

—Joplaya, me alegro de que celebres con nosotros tu Ceremonia Matrimonial —dijo Jondalar, y la abrazó. Ella se aferró al hombre. Jondalar se sorprendió de la fuerza del abrazo. Tuvo la desconcertante sensación de que ella se despedía, como si

se preparase para perderle de vista definitivamente.

—Echozar, no necesito desearte felicidad —dijo Ayla—. En cambio, te desearé que siempre seas tan feliz como ahora.

—Con Joplaya, ¿acaso puede ser de otro modo? —contestó Echozar. Respondiendo a su impulso, Ayla le abrazó. Para ella no era feo; tenía un aspecto grato, conocido. Echozar necesitó un momento para reaccionar; no era frecuente que las mujeres hermosas le abrazaran, y ahora experimentó un cálido sentimiento de afecto hacia la mujer de cabellos dorados.

Después, ella se volvió hacia Joplaya. Cuando miró sus ojos, tan verdes como azules eran los de Jondalar, las palabras que se proponía decir se le atravesaron en la garganta. Con una exclamación dolorida extendió los brazos hacia Joplaya, conmovida por esa desesperada aceptación. Joplaya la abrazó también y le palmeó la espalda, como si Ayla fuera la que necesitase consuelo.

—Está bien, Ayla —dijo Joplaya, con una voz que sonaba hueca, vacía. Tenía los ojos secos—. ¿Qué podía hacer? Jamás encontraré un hombre que me ame tanto como Echozar. Hace mucho tiempo que sé que terminaría por unirme con él. En realidad, ya no había motivo para esperar más.

Ayla se apartó un poco, tratando de contener las lágrimas que ella derramaba por la mujer que no podía llorar, y vio que Echozar se acercaba. El hombre deslizó inseguro un brazo alrededor de la cintura de Joplaya, como si aún no pudiera creerlo. Temía despertar y descubrir que todo había sido un sueño. No sabía que recibía sólo la envoltura de la mujer amada. Pero no importaba. Esa envoltura era suficiente.

—Bien, no. No lo vi con mis propios ojos —dijo Hochaman—, y no puedo decir que entonces lo creí. Pero si vosotros podéis montar caballos y enseñar a un lobo a seguirlos, ¿por qué alguien no puede montar el lomo de un mamut?

—Por lo que tú sabes, ¿dónde sucedió eso? —preguntó Dalanar.

—No mucho después de que partiéramos, a gran distancia de aquí hacia el este. Seguramente fue un mamut de cuatro dedos —dijo Hochaman.

—¿Un mamut de cuatro dedos? Nunca oí hablar de nada parecido —dijo Jondalar —. Ni siquiera cuando estuve con los mamutoi.

—Mira, los mamutoi no son los únicos que cazan mamuts —dijo Hochaman—. Y en realidad ellos no viven muy al este. Créeme, comparados con el pueblo al que me refiero, los mamutoi son vecinos cercanos. Cuando llegas realmente al este y te acercas al Mar Infinito, los mamuts tienen cuatro dedos en las patas traseras. Además, también su pelaje tiende a ser más oscuro. Muchos son casi negros.

—Bien, si Ayla pudo cabalgar sobre el lomo de un león de las cavernas, no dudo de que alguien pudo aprender a cabalgar un mamut. ¿Qué te parece? —preguntó Jondalar, mirando a Ayla.

—Si uno lo recibe cuando es bastante joven —dijo Ayla—. Creo que si uno cría a

cualquier animal en compañía de la gente desde que es muy pequeño, puede enseñarle algo. Por lo menos, puede enseñarle a que no tema a la gente. Los mamuts son inteligentes; pueden aprender mucho. Ya vimos cómo rompían el hielo buscando agua. Y muchos otros animales también se aprovecharon de ello.

—Pueden oler el agua desde muchísima distancia —dijo Hochaman—. En el este el tiempo es mucho más seco y allí la gente siempre dice: «Si se te agota el agua, busca un mamut». Pueden resistir bastante sin agua, si es necesario; pero más tarde o más temprano te llevan adonde hay agua.

—Es bueno saberlo —dijo Echozar.

—Sí, sobre todo si viajas mucho —dijo el hombre.

—Pero vendrás a la Reunión de Verano de los zelandonii —observó Jondalar.

—Por supuesto, para nuestra Ceremonia Matrimonial —explicó Echozar—. Y me gustaría veros de nuevo —sonrió, inseguro—. Sería estupendo que tú y Ayla vinieseis aquí.

—Sí. Espero que ambos aceptéis nuestro ofrecimiento —dijo Dalanar—. Jondalar, sabes que aquí tienes siempre tu hogar. Y excepto Jerika, que en realidad no está entrenada, no tenemos curador. Necesitamos un Lanzadoni y ambos pensamos que Ayla sería perfecta. Podrías visitar a tu madre y regresar con nosotros después de la Reunión de Verano.

—Créeme, Dalanar, agradecemos tu ofrecimiento —dijo Jondalar—, y lo tendremos en cuenta.

Ayla miró a Joplaya. Había adoptado una actitud retraída y se había replegado en sí misma. La mujer agradaba a Ayla, pero las dos se referían a temas superficiales. Ayla no podía superar su pena en vista del sufrimiento de Joplaya —ella había estado casi en una situación parecida— y su propia felicidad era un recordatorio permanente del dolor de Joplaya. Aunque había llegado a simpatizar mucho con todos, se alegraba de partir por la mañana.

Sobre todo, echaría de menos a Jerika y a Dalanar y sus acaloradas «discusiones». La mujer era minúscula; cuando Dalanar extendía el brazo, ella podía pasar debajo y hasta sobraba espacio. Pero tenía una voluntad indomable. Ejercía el mando de la caverna tanto como él y discutía a gritos cuando las opiniones de ambos discrepaban. Dalanar la escuchaba atentamente, pero también es verdad que no siempre cedía. El bienestar de su pueblo era su preocupación principal, y a menudo consultaba con la gente el asunto sometido a discusión; pero adoptaba por sí mismo la mayor parte de las decisiones con la misma naturalidad que demuestran los verdaderos jefes. Jamás exigía nada; simplemente, imponía respeto. Después de las primeras veces en que interpretó mal esos choques, Ayla comenzó a escuchar con agrado las discusiones entre ellos dos, y casi no se molestaba en disimular una sonrisa ante el espectáculo de la mujer de pequeña estatura que sostenía un debate acalorado con el hombre gigantesco. Lo que la sorprendía más era la facilidad con que podían interrumpir una discusión violenta con una tierna palabra de afecto o para hablar de otras cosas, como

si un instante antes no se hubiesen mostrado dispuestos cada uno a asesinar al otro. Después reanudaban el combate verbal como si hubieran sido los peores enemigos. Una vez resuelta la discusión, se apresuraban a olvidarla. Pero parecía que los duelos intelectuales les agradaban, y pese a la exagerada diferencia de proporciones físicas, era un combate entre iguales. No sólo se amaban, sino que se respetaban profundamente.

La temperatura estaba aumentando y la primavera se encontraba en pleno desarrollo cuando Ayla y Jondalar reanudaron la marcha. Dalanar les pidió que transmitieran sus mejores saludos a la Novena Caverna de los zelandonii, y les recordó nuevamente su ofrecimiento. Ambos habían sentido que eran bien recibidos, pero la sensibilidad de Ayla frente a Joplaya determinaba que para ella fuese difícil pensar en la convivencia con los lanzadonii. Sería demasiado duro para ambas, pero, por lo demás, no era algo que pudiese explicar a Jondalar.

Ciertamente, él percibía una tensión peculiar en la relación entre las dos mujeres, a pesar de que parecían simpatizar mutuamente. Por otra parte, Joplaya adoptaba una actitud distinta ante él. Se mostraba más distante, no bromeaba ni jugaba como había hecho siempre. En todo caso, Jondalar se había sorprendido ante la vehemencia del último abrazo de Joplaya. Los ojos de la mujer se habían llenado de lágrimas. Él le había recordado que ahora no iniciaba un largo viaje; acababa de regresar y pronto volverían a verse en la Reunión de Verano.

Le aliviaba que les hubiesen acogido con tanta calidez y en realidad tendría en consideración el ofrecimiento de Dalanar, sobre todo si los zelandonii no adoptaban una actitud tan receptiva frente a Ayla. Era bueno saber que tendrían un lugar, pero en el fondo de su corazón, y a pesar de todo lo que amaba a Dalanar y a los lanzadonii, los zelandonii eran su pueblo. En todo caso, él deseaba vivir allí con Ayla.

Cuando al fin partieron, Ayla sintió que le quitaban un peso de encima. A pesar de las lluvias, le complacía sentir el tiempo cada vez más cálido y los días soleados; todo era demasiado hermoso y no permitía que la tristeza durase mucho. Ayla era una mujer enamorada que viajaba con su hombre y se dirigía al encuentro del pueblo de Jondalar y a su nuevo hogar. De todos modos, no podía evitar un sentimiento de ambivalencia, una mezcla de esperanza y a la vez de inquietud.

Era una región que Jondalar conocía; él redescubría, excitado, cada una de las señales familiares, y a menudo formulaba un comentario o relataba una anécdota pertinente. Atravesaron un paso entre dos cadenas montañosas y después remontaron un río que viraba y se desviaba en la dirección que ellos seguían. Lo abandonaron en su fuente y cruzaron varios anchos ríos que corrían de norte a sur por un ancho valle; después treparon por un extenso macizo coronado de volcanes, uno de los cuales todavía humeaba, mientras que los otros permanecían dormidos. Cuando cruzaron una meseta, cerca del origen de un río, pasaron a poca distancia de algunas fuentes de

agua caliente.

—Estoy seguro de que éste es el comienzo del río que pasa frente a la Novena Caverna —dijo Jondalar, lleno de entusiasmo—. ¡Ayla, casi hemos llegado! Podemos estar en casa al anochecer.

—¿Éstas son las aguas calientes curativas que tú me mencionaste? —preguntó Ayla.

—Sí. Las llamamos las Aguas Curativas de Doni —dijo Jondalar.

—Pasemos aquí la noche —propuso Ayla.

—Pero si casi hemos llegado ya —dijo Jondalar—; estamos al final de nuestro viaje, y ya he estado ausente durante tanto tiempo…

—Por eso quiero pasar aquí la noche. Es el fin de nuestro viaje. Quiero bañarme en el agua caliente y pasar la última noche sola, sola contigo, antes de que conozcamos a todos tus parientes.

Jondalar la miró y sonrió.

—Tienes razón. Después de tanto tiempo, ¿qué es una noche más? Y durante mucho tiempo será la última vez que estaremos solos. Además —su sonrisa fue ahora más cálida— me agrada estar contigo cerca de las fuentes de agua caliente.

Armaron la tienda en un lugar que sin duda había sido usado antes. Ayla pensó que los caballos parecían inquietos cuando los soltaron a pastar en el prado de hierba verde de la meseta; pero ella había visto unas hojas tiernas de uña de caballo y de acedera. Cuando fue a recogerlas, vio algunas setas de primavera y flores de manzana silvestre y renuevos más antiguos. Regresó al campamento sosteniendo la parte delantera de la túnica como un canasto, colmado de plantas verdes y otros ingredientes sabrosos.

—Me parece que estás planeando un festín —dijo Jondalar.

—No es mala idea. He visto un nido y quiero volver y comprobar si tiene huevos —indicó Ayla.

—En ese caso, ¿qué te parece esto? —dijo él, mostrándole una trucha. Ayla sonrió complacida—. Me pareció verla en un arroyo, ahusé una vara verde y atrapé una lombriz para enroscarla en su extremo. Este pez mordió tan rápido que casi me pareció que estaba esperándome.

—¡Bien, ya tenemos los ingredientes del festín!

—Pero puedes esperar, ¿verdad? —preguntó Jondalar—. Creo que ahora mismo preferiría un baño caliente.

Los ojos azules de Jondalar transmitieron ciertos pensamientos a Ayla y provocaron su reacción.

—Una idea maravillosa —dijo ella, mientras vaciaba la túnica al lado del fuego; después se encaminó hacia los brazos del hombre.

Permanecieron sentados uno al lado del otro, algo retirados del fuego, satisfechos y

completamente relajados, observando cómo las chispas dibujaban un arabesco y desaparecían en la noche. Lobo dormitaba cerca. De pronto levantó la cabeza y apuntó las orejas hacia la meseta oscura. Oyeron un relincho potente y enérgico, pero no les resultó conocido. Entonces, la yegua se movió inquieta y Corredor gimió.

—Hay otro caballo en el campo —confirmó Ayla, y se incorporó de un salto. Era una noche sin luna y la visión no era clara.

—Esta noche no podrás explorar en la oscuridad. Intentaré encontrar algo para fabricar una antorcha.

Whinney se quejó de nuevo, el caballo desconocido relinchó y oyeron ruidos de cascos que se alejaban en la noche.

—Ya sabemos a qué atenernos —dijo Jondalar—. Esta noche es demasiado tarde. Creo que Whinney se fue. Un caballo la atrapó otra vez.

—Esta vez creo que se fue porque así lo deseaba. Pensé que parecía nerviosa; hubiera debido prestar más atención —dijo Ayla—. Es su período de celo, Jondalar. Estoy segura de que era un garañón y me parece que Corredor les acompañó. Todavía es demasiado joven, pero sin duda otras yeguas están en celo y es posible que él se sienta atraído.

—Ahora está demasiado oscuro para buscarlos, pero conozco esta región. Podemos rastrearlos por la mañana.

—La última vez yo salí con ella y el garañón castaño vino a buscarla. Whinney volvió a mí por propia voluntad y después tuvo a Corredor. Creo que ahora tendrá otro potrillo —dijo Ayla, sentándose junto al fuego. Miró a Jondalar y sonrió—. Me parece justo que las dos nos quedemos embarazadas al mismo tiempo.

Pasó un momento antes de que él comprendiese.

—¿Las dos… embarazadas… al mismo tiempo? ¡Ayla! ¿Quieres decir que estás embarazada? ¿Tendrás un niño?

—Sí —dijo ella, asintiendo—. Jondalar, tendré un hijo tuyo.

—¿Un hijo mío? ¿Tendrás un hijo mío? ¡Ayla! ¡Ayla! —La levantó en sus brazos, giró sobre sí mismo y después la besó—. ¿Estás segura? Quiero decir, ¿estás segura de que tendrás un hijo? El espíritu pudo provenir de uno de los hombres de la caverna de Dalanar o incluso de los losadunai… Pero está bien, si eso es lo que la Madre desea.

—Pasé mi período lunar sin sangrar y me siento embarazada. Incluso me he sentido un poco enferma por la mañana, pero nada grave. Creo que comenzamos a formar el niño cuando descendimos del glaciar. Y es hijo tuyo, Jondalar, de eso estoy segura. No puede ser de otro. Comenzó con tu esencia. La esencia de tu virilidad.

—¿Mi hijo? —repitió Jondalar, con una expresión de dulce asombro en los ojos. Apoyó la mano sobre el vientre de Ayla—. ¿Tienes ahí a mi hijo? Lo he deseado tanto —dijo, desviando la mirada y parpadeando—. ¿Sabes?, incluso se lo pedí a la Madre.

—Jondalar, ¿no me has dicho que la Madre siempre te da lo que le pides? —

Sonrió al ver la felicidad del hombre y al sentir la suya propia—. Dime, ¿pediste un varón o una niña?

—Ayla, nada más que un hijo. No importa si es varón o niña.

—Entonces, ¿no te opondrás si esta vez pido que sea una niña?

Él meneó la cabeza.

—Es suficiente con que sea hijo tuyo y quizá mío.

—La dificultad de rastrear caballos aquí radica en que pueden correr mucho más velozmente que nosotros —aclaró Ayla.

—Pero creo saber adónde han ido —dijo Jondalar—, y conozco un camino más corto, pasando la cima de ese risco.

—¿Y si no están donde tú crees?

—En ese caso, retrocederemos y buscaremos de nuevo el rastro; pero las huellas se encaminan en esa dirección —dijo Jondalar—. No te preocupes, Ayla, los encontraremos.

—Es necesario, Jondalar. Hemos pasado por muchas cosas. Ahora no puedo permitir que vuelvan a una manada.

Jondalar la guió hacia un campo protegido donde antes había visto caballos con frecuencia. Allí encontraron muchos animales. Ayla no necesitó demasiado tiempo para identificar a su amiga. Descendieron por el borde hasta el fondo cubierto de pasto y Jondalar vigiló de cerca a Ayla, un poco temeroso de que ella hiciera más de lo que sus fuerzas le permitían. Ayla emitió el consabido silbido.

Whinney irguió la cabeza y galopó hacia la mujer, seguida por el garañón corpulento de pelo suave y por otro más joven, de pelo castaño. El garañón se desvió para rechazar al animal más joven, que se apresuró a retroceder. Aunque estaba excitado por la presencia de hembras en celo, el potrillo no podía aún desafiar al veterano garañón y disputarle a su propia madre. Jondalar se abalanzó hacia Corredor, el lanzavenablos en la mano, preparado para protegerle del animal corpulento y dominante, pero la propia actitud del potrillo le había protegido. El caballo de pelaje claro se desvió hacia la yegua más receptiva.

Cuando el garañón llegó, se alzó sobre las patas traseras y exhibió toda su fuerza; Ayla estaba en pie, con los brazos alrededor del cuello de Whinney, que se apartó de la mujer y respondió al macho. Jondalar se aproximó, conduciendo a Corredor con una sólida cuerda atada al cabestro; el hombre parecía preocupado.

—Puedes tratar de ponerle el cabestro —dijo Jondalar.

—No. Esta noche acamparemos aquí. Todavía no está dispuesta a venir. Está formando un potrillo y Whinney lo desea. Quiero permitírselo —dijo Ayla.

Jondalar exteriorizó su asentimiento encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no? No hay prisa. Podemos acampar aquí unos días —advirtió que Corredor pugnaba por acercarse a la manada—. Él también desea unirse con la

manada. ¿Crees que podemos dejarlo?

—Me parece que no saldrán de aquí. Esto es un campo muy grande, y si se alejan, podemos trepar al risco y ver hacia dónde van. Quizá convenga que Corredor esté un tiempo con otros caballos. Tal vez aprenda de ellos —indicó Ayla.

—Creo que tienes razón —respondió Jondalar, deslizando el cabestro y observando a Corredor que galopaba a través del campo—. Quisiera saber si Corredor será alguna vez garañón de una manada. Y si compartirá los placeres con todas las hembras.

«Y quizá», pensó, «consiga que en cada una empiecen a formarse potrillos».

—Bien, podemos buscar un lugar para instalar el campamento y ponernos cómodos —dijo Ayla—. Además, tenemos que cazar algo para comer. Quizá entre esos árboles, junto al arroyo, encontremos perdices.

—Lástima que aquí no haya fuentes de agua caliente —lamentó Jondalar—. Es extraño cómo relaja un baño caliente.

Ayla contempló desde gran altura un infinito espejo de agua. En la dirección contraria, la planicie ancha y cubierta de pasto se extendía hasta donde la vista alcanzaba. Más cerca, un conocido prado montañés, con una pequeña caverna en una pared de rocas, sobre el borde. Las plantas de avellano crecían contra la pared, ocultando la entrada.

Tenía miedo. Fuera de la caverna nevaba, de modo que la entrada había quedado obstruida; pero cuando ella apartó los arbustos y salió al exterior, era primavera. Las flores se abrían y los pájaros cantaban. La nueva vida se manifestaba por doquier. De la caverna le llegó el llanto robusto de un recién nacido.

Ayla seguía a alguien que descendía por la ladera de la montaña, llevando a un niño apoyado en la cadera y sostenido por un pedazo de la capa. Cojeaba y caminaba con la ayuda de un bastón y sobre la espalda cargaba un bulto, envuelto en una capa. Era Creb, y estaba protegiendo al recién nacido de Ayla. Caminaron, pareció que eternamente, pero recorrieron una gran distancia a través de las montañas y las dilatadas planicies, hasta que llegaron a un valle con un campo protegido y cubierto de hierba. Allí acudían con frecuencia los caballos.

Creb se detuvo, se quitó la abultada capa y la depositó en el suelo. Ayla creyó que veía dentro el blanco del hueso, pero un joven caballo castaño salió de la capa y corrió hacia una yegua de pelaje de color amarillo leonado. Ayla silbó a la yegua, pero ella se alejó al galope con un garañón de pelaje claro. Creb se volvió e hizo señas a Ayla, pero ésta no pudo entender la seña. Era un lenguaje cotidiano que ella desconocía. Él hizo otra señal: «Vamos, podemos llegar antes de que oscurezca».

Ella estaba en un largo túnel que penetraba profundamente en una

caverna. Delante parpadeaba una luz. Era una abertura para salir. Ayla estaba ascendiendo por un empinado sendero a lo largo de una pared de roca de color blanco cremoso, siguiendo a un hombre que daba pasos largos y briosos. Ella conocía el lugar y se dio prisa para alcanzar al otro.

—¡Espera! ¡Espérame! Ya voy —gritó.

—¡Ayla! ¡Ayla! —Jondalar estaba sacudiéndola—. ¿Tenías una pesadilla?

—Un sueño extraño, pero no una pesadilla —contestó Ayla. Se incorporó, sintió una oleada de náusea y volvió a acostarse, con la esperanza de que el malestar se aliviase.

Jondalar agitó la ancha lámina de cuero para asustar al garañón de pelaje claro y Lobo aulló y le hostigó, mientras Ayla deslizaba un cabestro sobre la cabeza de Whinney.

La yegua no tenía sobre el lomo más que un envoltorio pequeño. Corredor, firmemente atado a un árbol, soportaba la mayor parte del peso.

Ayla saltó sobre el lomo de la yegua y la apremió para que galopase, llevándola hacia el borde del ancho campo. El garañón les persiguió, pero disminuyó el ritmo a medida que se separaron del resto de las yeguas. Finalmente se detuvo, se alzó sobre las patas y relinchó, llamando a la yegua. Volvió a encabritarse y corrió de vuelta hacia el rebaño. Varios garañones ya habían intentado aprovechar su ausencia. Disminuyó la distancia que le separaba de las hembras y de nuevo se alzó sobre las patas, lanzando un desafío.

Montada en Whinney, Ayla continuó la marcha, pero ya no fue necesario mantener el rápido galope inicial. Cuando oyó ruido de cascos detrás, se detuvo y esperó a que se acercaran Jondalar y Corredor, con Lobo a poca distancia.

—Si nos damos prisa, podemos llegar antes de que oscurezca —dijo Jondalar.

Ayla y Whinney se pusieron a la par del resto. Ella tuvo la extraña sensación de que antes ya habían hecho lo mismo.

Avanzaron con paso tranquilo.

—Creo que ahora las dos tendremos hijos —dijo Ayla—. El segundo para cada una; y ambas ya tuvimos varones. Creo que eso es bueno. Podemos compartir esta situación.

—Podrás compartir tu embarazo con muchas mujeres —observó Jondalar.

—Estoy segura de que dices la verdad, pero será agradable compartirlo con Whinney, pues ambas hemos quedado embarazadas durante este viaje. —Cabalgaron en silencio un rato—. Pero ella es mucho más joven que yo. Ya soy vieja para tener un hijo.

—Ayla, no eres tan vieja. Yo soy el anciano.

—Esta primavera cumplo diecinueve años. Es mucho para tener un hijo.

—Yo soy mucho mayor. Ahora ya tengo veintitrés años cumplidos. Es mucha edad para el hombre que por primera vez instala su propio hogar. ¿Sabes que estuve ausente cinco años? Me pregunto si alguien me recuerda —se interrogó Jondalar.

—Por supuesto, te recordarán. Dalanar no tuvo la más mínima dificultad, y tampoco Joplaya —dijo Ayla. «Todos le reconocerán», pensó Ayla, «pero nadie sabrá de mí».

—¡Mira! ¿Ves esa roca, allí? ¿Después del recodo del río? ¡Ahí es donde maté mi primera presa! —dijo Jondalar, incitando a Corredor a apretar el paso—. Era un ciervo grande. No sé qué temía más…, si aquella gran cornamenta o errar el tiro y volver a casa con las manos vacías.

Ayla sonrió, complacida ante los recuerdos de Jondalar; pero ella no tenía nada que recordar. De nuevo sería una extranjera. Todos la mirarían y harían preguntas acerca de su extraño acento y de su origen.

—Cierta vez celebramos aquí una Reunión de Verano —dijo Jondalar—. Se organizaron hogares por todo el lugar. Fue la primera que presencié después de hacerme hombre. Oh, cómo me pavoneaba tratando de parecer mayor, pero temeroso de que ninguna joven me invitase a compartir sus Primeros Ritos. Supongo que no era necesario preocuparse tanto. Tres me invitaron, ¡y eso me atemorizó todavía más!

—Jondalar, ahí hay varias personas mirándonos —señaló Ayla.

—Es la Decimocuarta Caverna —dijo Jondalar, y saludó con la mano. Nadie contestó. En cambio, desaparecieron bajo un ancho saliente.

—Seguramente se trata de los caballos —dijo Ayla.

Él frunció el entrecejo, después meneó la cabeza.

—Se acostumbrarán.

«Así lo espero», pensó Ayla, «y también deseo acostumbrarme yo misma. Lo único conocido en todo esto será Jondalar».

—¡Ayla! ¡Ahí está! —dijo Jondalar—. La Novena Caverna de los zelandonii.

Ayla miró en la dirección que él señalaba y sintió que palidecía.

—Es fácil descubrirla por ese saliente alto. ¿Ves, donde parece una piedra que está próxima a caer? Pero no cae, a menos que todo el saliente se desplome. Te veo muy pálida.

Ella detuvo la marcha del caballo.

—Jondalar, ¡he visto antes ese lugar!

—¿Cómo es posible? Nunca has estado antes aquí.

De pronto, todo se reveló claramente. «¡Era la caverna de mis sueños! La que surgió de los recuerdos de Creb. Ahora sé lo que él intentaba decirme en mis sueños».

—Te dije que mi tótem te destinaba a mí y me arregló las cosas de modo que vinieses y me consiguieras. Deseaba que tú me llevases al hogar, al lugar en el que mi espíritu del León de la Caverna sería feliz. Es aquí. Jondalar, yo también he llegado a mi hogar. Tu hogar es mi hogar —dijo Ayla.

Sonrió; pero antes de que él pudiese responder, oyeron una voz que gritaba su

nombre.

—¡Jondalar! ¡Jondalar!

Volvieron la mirada hacia un sendero que llevaba a un risco y vieron la figura de una joven.

—¡Madre! Ven, apresúrate —dijo la muchacha—. Jondalar ha vuelto. ¡Jondalar está en casa!

Ayla pensó: «Y también yo».

JEAN M. AUEL. Jean Marie Auel, de soltera Untinen, nació el 18 de febrero de 1936 en Chicago, Illinois (Estados Unidos).

A los 18 años se casó con Ray Bernard Auel, y a los 25 años ya tenía 5 hijos. La familia reside en Portland, Oregón. Tras finalizar su etapa universitaria, en 1977, comenzó sus investigaciones para escribir un libro ambientado en la Edad de Hielo. Además de pasar muchas horas en la biblioteca estudiando, tomó parte de cursos de supervivencia para aprender cómo construir un refugio de hielo y vivir la experiencia de habitar en uno de aquéllos. Aprendió también los métodos primitivos de hacer fuego, curtir el cuero y tallar piedra para hacer herramientas.

Finalmente decidió que en vez de un libro escribiría una saga. El primero de los libros, El clan del oso cavernario, publicado en 1980, fue un auténtico éxito. El libro tenía como protagonista a Ayla, una niña Cromañón que queda huérfana tras un terremoto y es recogida por un grupo de hombres de Neanderthal. Cada uno sus siguientes libros fue creado como una secuela del precedente; sin embargo, aunque la acción continúa inmediatamente de un libro en el siguiente, el tiempo de publicación entre los distintos volúmenes ha demorado hasta 12 años. La saga se compone de seis libros.